

golmos

Trilogía Mi tarea perdida
completa con contenido extra.



Marta Lobo

Somos

Trilogía ni tarea pendiente
completa

Marta Lobo

© 2019, Marta Lobo

Primera edición digital: Vitoria, 17 de abril de 2017
Reedición digital: Vitoria-Gasteiz, 23 de diciembre de 2019
All rights reserved.

Diseño de portada, contraportada y maquetación: Marta Lobo

Todos los personajes de esta novela son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas o con acontecimientos es mera coincidencia.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler, envío por *e-mail* o préstamos públicos.

Impreso en España — Printed in Spain

MARTA LOBO

escritora de romántica



VIVE LA NOVELA

Te atreves a vivir la novela como si estuvieses dentro de ella?

En tus manos tienes una novela completamente interactiva.

¿Quieres pasear Nueva York de la mano de los personajes?

En este enlace encontrarás todos los escenarios por los que transcurre esta historia: [Tour Trilogía Somos](#)

¿Quieres escuchar la novela?

En este enlace encontrarás la lista de canciones que acompañan momentos muy importantes de la historia: [Lista Spotify Trilogía Somos.](#)

Opción solo válida en dispositivos que dispongan de audio y conexión a internet.

Dejaos llevar, poneos cómodas y disfrutad de esta nueva experiencia.

VIVE LA NOVELA

SOMOS INSTANTES

PRÓLOGO

1. COMO UN CÓCTEL CAMBIÓ MI VIDA
2. COMO AGENTES DE LA CIA
3. COMO EN UN VIDEOCLIP DE LOS 80
4. COMO CHUPAR UNA BARANDILLA
5. COMO UN CAMELO EN LA PUERTA DEL COLEGIO
6. CÓMO LAS COINCIDENCIAS UNEN
7. COMO SE HACEN LAS PROMESAS
8. COMO SI FUERA UN REGALO DE NAVIDAD
9. COMO CUANDO MONTAS UN PUZZLE
10. COMO SI ES UNA MISIÓN SUICIDA
11. COMO SI LO VIERA VENIR
12. COMO SI REALMENTE TUVIERA MIEDO
13. COMO LA PEOR BASURA DEL VERTEDERO
14. COMO UNA DECLARACIÓN DE AMOR
15. COMO DOS TRENES DE MERCANCÍAS PELIGROSAS
16. COMO SI HUBIERA ESPERADO TODA LA VIDA
17. CÓMO FIRMAR UN CONTRATO
18. CÓMO CAZAR UN MILLONARIO

SOMOS CASUALIDADES

19. COMO SI FUERA UN GRAN SECRETO
20. COMO CAER EN UNA TRAMPA
21. COMO EN UNA PELÍCULA
22. CÓMO LLEGAMOS A ESA SITUACIÓN
23. COMO DOROTHY BUSCANDO EL CAMINO
24. COMO EN UNA VERDADERA CITA
25. CÓMO ENFRENTAR LA VERDAD
26. COMO DOS GALLOS DE PELEA
27. COMO UN PISO FRANCO
28. COMO CUANDO NOS CONOCIMOS
29. COMO DOS ADOLESCENTES
30. COMO LA PLASTILINA
31. COMO UN GRAN RESACÓN
32. COMO GIACOMO CASANOVA
33. COMO LAS JINETES DEL APOCALIPSIS
34. COMO UN BOMBÓN EN UNA PASTELERÍA
35. COMO SI UN GATO ME HUBIESE COMIDO LA LENGUA
36. COMO SI LLEVARAS ESCALERA REAL DE COLOR
37. COMO EN EL AJEDREZ
38. COMO SI EL CIELO ME CASTIGASE

SOMOS ETERNOS

1. COMO SI NO ESTUVIESE ALLÍ
2. COMO SI HUBIESE VISTO UN FANTASMA
3. COMO EN UNA PELÍCULA ROMÁNTICA
4. COMO EN NUESTRO PARAÍSO
5. COMO SI DE UN FANTASMA SE TRATASE
6. COMO SI QUISIERA QUE FUERAMOS SOLO UNO
7. COMO HULK
8. COMO UN JUGADOR DE RUGBY
9. COMO EN BLANCO Y NEGRO
10. COMO AQUEL CHICO SIN MIEDO
11. COMO SI FUERA UNA BOMBA A PUNTO DE EXPLOTAR
12. COMO UNOS GLADIADORES A PUNTO DE SALIR A PELEAR
13. COMO SI FUERA LA CHICA DE GAFAS Y APARATO
14. COMO UNA MALDITA PESADILLA
15. COMO SI MIS PEORES PESADILLAS SE ESTUVIERAN HACIENDO REALIDAD
16. COMO SI QUISIERA BORRAR AQUEL RASTRO DE MI CUERPO
17. COMO SI FUERA LA MEDICINA QUE NECESITABA
18. COMO SI FUERA DOS PERSONAS DIFERENTES
19. COMO SI QUISIERA OBLIGARME A NO OLVIDARLE
20. COMO FUEGOS ARTIFICIALES EL 4 DE JULIO
21. COMO SI FUESE LA PRIMERA VEZ, COMO SI FUESE LA ÚLTIMA
22. COMO SI NUNCA NOS HUBIERAMOS CONOCIDO
23. COMO SI MIS CABLES NO HICIERAN CONTACTO
24. COMO A CENICIENTA
25. COMO ESAS PELÍCULAS EN BLANCO Y NEGRO
26. COMO SI HUBIERAN HECHO UN PACTO DE SILENCIO.
27. COMO ALGO QUE NINGUNO DE NOSOTROS PLANEAMOS
28. COMO UNA FOTO INCOMPLETA
29. COMO SI EL UNIVERSO ESTUVIERA CONSPIRANDO
30. COMO EN UNA GRAN PELÍCULA AMERICANA
31. COMO EL FINAL DE UN CUENTO DE HADAS
32. CUENTO DE NAVIDAD

EPÍLOGO

SOMOS

1. COMO SI FUESE AYER
2. COMO SI NUNCA
3. COMO SI SIEMPRE
4. COMO SI CADA DÍA
5. COMO SI A VECES

SIEMPRE ELLOS

AGRADECIMIENTOS

SOMOS INSTANTES

*Somos
instantes*

Mi tarea pendiente I

A Martín,
nuestra pequeña estrella brillante.
Te queremos.

«No olvides nunca que el primer beso
no se da con la boca, sino con los ojos».

O.K. Bernhardt

Nombre: Mariola Santamaría.

Familia: padre, madre, hermana mayor, un cuñado, dos perros y una tortuga.

Lugar de nacimiento: Labastida, un idílico pueblo de la Rioja Alavesa.

Lugar de residencia anterior: Salamanca.

Lugar de residencia actual: Nueva York, un piso bastante bonito en el Soho.

Edad: esto no lo pretendía responder, pero treinta y pocos.

Estudios: Publicidad y Relaciones Públicas, en la Universidad Pontificia de Salamanca.

Experiencia: ¿De la vida o laboral? Laboral muy amplia y de mi vida, será mejor que lo descubras leyendo mi historia.

Amores: una señorita no suele responder a esto, pero yo no soy lo que la RAE define como tal, así que... Unos cuantos y muy intensos.

Virtudes: leal, positiva, perfeccionista, creativa y siempre digo lo primero que me viene a la cabeza sin filtrar. Aunque esto último podría ser un defecto, tal vez.

Defectos: cabezota, impulsiva, un pelín malhablada y muy tarada. Aunque esto último debería haberlo puesto en virtudes. Yo es que me lío en estas presentaciones.

Situación actual: sumida en una vorágine de casualidades que han hecho de mi vida una auténtica aventura.

Situación actual del corazón: algo un tanto complicado de explicar en un par de líneas. Pero tengo un rato. ¿Te animas a descubrir el resto de mi historia?

PRÓLOGO

Nueva York, la ciudad de las oportunidades, la que nunca duerme, la gran manzana, el lugar donde los sueños se hacen realidad. Podría seguir con los tópicos de esta metrópoli durante un buen rato más, pero para mí Nueva York no fue una serie de televisión tipo *Sexo en Nueva York*, *Friends* o *Gossip Girl* (bueno, como esta algo tal vez sí). Mi serie podría titularse: «*Las penas de una novata y algo estúpida española en Nueva York*». A mí la gran manzana me dio el gran bocado y me escupió cuando me quedé clavada en su garganta.

O para arriba o para abajo. *You know...*

Al finalizar mis estudios conseguí un puesto de trabajo como becaria en una gran empresa de Nueva York. Gracias a mis buenas notas y a las recomendaciones de todos mis profesores, el puesto fue mío. Aunque antes de firmar el contrato tuve que pasar unas cuantas entrevistas a través de *Skype* con varios de los directivos de la empresa. Tras los nervios, las pruebas de inglés y entregar todos los títulos correspondientemente compulsados, conseguí el tan fabuloso puesto de trabajo. Podría seguir riéndome hasta el día del juicio final de mi suerte y del puesto, porque no era ni tan fabuloso ni tan siquiera era un trabajo de verdad.

I.M. Advertisement

Se necesita persona con experiencia en ámbito internacional. Asumirá roles de dirección de equipos, proyectos y desarrollo de negocio. Las competencias personales requeridas son: liderazgo, organización y planificación, visión de negocio, orientación al cliente, iniciativa, así como movilidad nacional e internacional y motivación por asumir nuevos retos.

Facilitaban el visado de trabajo, un puesto estable y muy bien remunerado, así como un equipo de trabajo formado por los mejores profesionales del sector. Valoré todas las opciones que tenía, hice varias listas con lo positivo y lo negativo, y siempre salía ganadora la columna positiva. Podría empezar a trabajar en la ciudad que siempre había adorado. «*New York, where dreams come true*^[1]». Estas fueron las palabras que dijo mi hermana que terminaron de convencerme para mudarme a la ciudad. Me puse el mundo por montera y monté en un avión para cumplir... *Jajajajajaja*, perdón. Cumplir mis... *Jajajajaja*, perdón. Sueños.

Un trabajo idílico, ¿verdad?

Pintaba muy bien, ¿no? Pues me comí un mojón.



Ocho años atrás

Cuando llegué al aeropuerto JFK, tras esperar las dos horas pertinentes para atravesar la gran barrera de inmigración y recoger mi maleta que estaba a punto de ser requisada por agentes de seguridad, busqué el coche que supuestamente me estaba esperando, pero no había ni rastro de él. Tuve que meterme en un taxi maloliente, con un conductor bastante desagradable que no hacía nada más que gritarme en un idioma que ni reconocía. Pero no iba a dejar que aquello me jodiese la primera imagen de Manhattan que se empezó a dibujar en el horizonte. Estaba anocheciendo y aquella ciudad me daba la bienvenida, aunque ninguna de las dos imaginábamos cómo iba a ser nuestra toma de contacto.

Llegaba cargada con una gran maleta y con muchísimas ilusiones puestas en mi nueva vida. Con el dinero que había ahorrado trabajando en una discoteca los fines de semana y, siempre que podía en un catering, pagué un par de meses en un hotel que me recomendó una compañera de la Universidad. Ella me dijo que estaba situado en uno de los mejores barrios de la ciudad, en un enclave precioso y que era espectacular.

Aquel fue el inicio del fin.

El lugar no estaba del todo mal, pero la palabra espectacular le quedaba demasiado grande. El *Bowery House* era una especie de hotel con cabañas individuales, situado en NoLIta^[2]. Y con cabañas, me refiero a una habitación completamente forrada de madera, con una cama y muy poco espacio para moverse. Recogida era, demasiado recogida. Cualquier movimiento que tratase de hacer me pegaba con la cabeza en la pared, con el brazo golpeaba unas baldas o mi espinilla terminaba contra la esquina de la cama. Mi maleta de tamaño *me voy de casa para siempre* no entraba ni de lado. Al menos en aquel cubículo no había ningún rastro del hotel con amplias habitaciones al que me habían mandado. O es que se equivocaron al darme las señas y elegí el *Bowery* incorrecto.

Pero me daba igual. Estaba en la ciudad de mis sueños, a punto de comenzar a trabajar dentro del mundo de la publicidad y mi ilusión colgaba de lo alto del *Empire State*. No había nada que me bajase de aquella nube en la que iba subida, cual Heidi hasta el culo de café.

Saqué de la maleta mis zapatos de la suerte, el vestido negro ajustado, pero poco ~~indecente~~ provocativo y mi bolso de *Hermés* heredado de mi hermana. Pobre, menudo trote llevaba. La H estaba a punto de caerse, pero seguía siendo el bolso más bonito que había tenido nunca.

Dejé todo bien colgado en un clavo que me encontré en la pared, donde seguramente en épocas mejores habría residido algún cuadro, para que se estirase. Me quedé varios segundos observando y escrutando el conjunto escogido. Destilaba seguridad, elegancia, pero sin llegar a ser demasiado para un primer día.

—A por ellos, Mariola. Puedes con eso y con mucho más. Te los vas a meter en el bolsillo.

Lo de hablarme a mí misma en tercera persona para darme ánimos, era algo que mi hermana me había contagiado. Ella decía que era bueno para la autoestima, para el cutis y el alma. Mejor no os digo que otras cosas decían que eran buenas para tensar... el alma.

Tenía toda la tarde para relajarme, reconocer un poco el barrio y descansar. Aunque con el *desfase horario*, el subidón de adrenalina por estar en Nueva York y los nervios, poco iba a poder descansar.

Me pegué una ducha en el baño compartido, menos mal que tenía el culo pelado para este tipo de cosas por los años de mochilera recorriendo Europa en verano. Si llega a ser mi hermana María la que tiene que compartir baño en un sitio como este, sería capaz de no ducharse en una

semana.

Salí del baño sin darme cuenta de que la toalla era demasiado pequeña, hasta que noté unos ojos clavados en mí. Mejor dicho, clavados en mi culo. Caminé con seguridad hasta la habitación y alguien seguía observándome. Estaba segura de tenía rayos X y me estaba viendo hasta la marca de nacimiento que tenía sobre el culo.

—Menuda suerte la mía, tengo que compartir baño y pasillo con mirones. —No me di cuenta de que alguien podría entenderme al hablar en español. No había visto a demasiados inquilinos, a parte de una familia de japoneses.

—No te pasees así y nadie te mirará.

La voz profunda de un hombre me sorprendió.

—Pasearé así cuando me dé la gana.

—Pues búscate una toalla más amplia la próxima vez.

Al darme la vuelta ya no había nadie. Aquella voz, sexy y profunda, se había esfumado. Entré en el cuarto negando con la cabeza.

—Será mejor que me mantenga callada y no deje salir a mi lengua a pasear el primer día.

Hablaba sola más a menudo de lo que me gustaba reconocer, como ya os habréis dado cuenta. Pero lo peor era que a veces me contestaba. Mi hermana me decía que era mejor que lo hiciese yo, que, si alguna vez estaba sola y oía una contestación, seguro que era nuestra tía abuela que venía en modo fantasma para vengar alguna pelea de nuestros ancestros. María y sus momentos paranormales.

Me puse el primer vestido que pillé de la maleta, mis *Converse*, las gafas de sol y saqué un pequeño bolso de la maleta. Necesitaba meterme en el cuerpo algo más que la comida de plástico que me habían dado en el vuelo y aquellas galletas rancias que encontré al fondo de mi mochila. Bajé las escaleras y me despedí con una sonrisa de la chica que estaba en la recepción.

—Perdone, su pasaporte. Ya tengo digitalizado todo. —Me lo entregó hablando un perfecto castellano—. Arriba tenemos un jardín del que puede disfrutar más tarde. Cuando se va el sol, es el mejor lugar del edificio para ver el atardecer. Además, se ve el *skyline*^[3] de esta parte de la ciudad. Sé que acaba de llegar a Nueva York —levantó levemente los hombros a modo de disculpa— y sé que el primer día puede ser abrumador.

—Perfecto... —entrecerré los ojos para poder leer su nombre en la chapa que llevaba colgada de la camiseta.

—Sonia, me llamo Sonia. Me alegro ver a otra española en el *Bowery*. —Su sonrisa era dulce y sincera—. He visto que estará un par de meses con nosotros.

—He venido por trabajo. Espero que me den el alojamiento que me prometieron para poder sacar las cosas de la maleta. La habitación no es que sea apta para maletas en las que se lleva una vida entera. —Levanté los hombros resignándome—. Y hálame de tú, lo de usted no lo llevo demasiado bien. Cada vez que alguien lo hace, me sale una cana nueva y se me caen un más poco las tetas.

—De acuerdo. —Volvió a sonreír y me pareció la chica más dulce del planeta—. Cuando yo llegué tuve que alquilar otra habitación. Al final conseguí un alojamiento con mis compañeras de clase. —Salió del cubículo y me entregó un mapa en el que vi marcados en rojo varios lugares—. Come algo en alguno de estos locales de aquí cerca.

—Muchas gracias, Sonia. La verdad es que tengo un hambre que me podría empezar a comer al primero que me encuentre. —Agité el mapa en la mano.

—Si has vuelto cuando salga de trabajar, nos tomamos una cerveza en el jardín. Verás cómo la ciudad te parecerá aún mejor después de ver este atardecer.

Comenzó a sonar insistentemente el teléfono de recepción y Sonia volvió a su trabajo. Me quedé unos segundos observándola y pensé que al menos había una persona amable en la ciudad dispuesta a echar una mano a una desconocida.

Era julio y hacía muchísimo calor. Quería reconocer un poco el barrio, pero con aquel sol abrasador, decidí que lo mejor era refugiarme en alguno de los restaurantes que Sonia me había marcado. El más cercano era el *Café Habana* y sonaba de lujo. Caminé un poco y cuando doblé la esquina quise morirme. Había cola para entrar a comer de unas cuarenta personas. Opté por esperar a ver si aquello mejoraba, pero entre el sol, las pocas sombras que había y que mi estómago no dejaba de gruñir de hambre, comencé a marearme. Me apoyé en la pared y me deslicé hasta el suelo en un intento de no acabar despatarrada enseñando las bragas a mis nuevos vecinos. Me abaniqué con el mapa y escuché a alguien decir que tendríamos que esperar un mínimo de tres cuartos de hora.

—La madre que me parió...

Comenzaba a respirar con dificultad, estaba a punto de darme una bajada de tensión de las mías, de esas que acababan haciendo historia. O bien enseñaba las bragas o me hacía alguna brecha nueva. Rebusqué en el bolso un caramelo o una barrita energética o un trozo de cacho de miga de algo que en su día hubiese sido una galleta, pero no hubo suerte.

Cerré los ojos y traté de tranquilizarme. Hice unos ejercicios de respiración: inspirar por la nariz cuatro segundos, retener el aire siete y expulsarlo durante ocho. Mi tensión empezaba a estar por los suelos.

A los segundos algo me hizo sombra delante. Supuse que sería que el sol estaba oculto detrás de alguno de aquellos edificios que nos rodeaban, pero noté de nuevo una mirada fija en mí. Al abrir los ojos me encontré un chico ofreciéndome una bebida.

—Necesitas beber o te vas a desmayar. —Aquella voz me resultaba familiar—. Bebe y si quieres después me das las gracias.

Me debatía entre mandar a la mierda por su tono de voz, mandar al culo del mundo a meterse en sus cosas o derretirme en aquella acera. Así que opté por la mejor opción para mi cerebro en aquel momento. Le quité el refresco de la mano y sorbí por la pajita. Era algo demasiado dulce y morado.

—No pongas esa cara que te ha salvado la vida.

—Vamos a ver —me llevé la mano a la frente parapetándome del sol—, que no me has inyectado penicilina en la segunda Guerra Mundial.

Desde el suelo el sol me deslumbraba y no podía ver bien a *mi salvador*, pero al levantarme pude ver quién era... Joder, no estaba nada mal el muchacho. Era más alto que yo, pelo oscuro y ojos azules. A él parecía no hacerle daño el sol.

—¿Eres siempre tan desagradecida?

—No, solamente con los descarados. —Levanté una ceja que se podía ver sobre mis gafas de sol.

—Pillado. Soy de los que espera que las mujeres se deshidraten tiradas en una acera de esta ciudad y después ataco sin piedad con un refresco con mucho hielo. —Me retó con su mirada y yo no pude evitar sonreír. Una sonrisa que traté de ocultar con mi cara de enfado—. Venga, que no estás enfadada. No me mientas.

—¿Vais a entrar o no? Porque me muero de hambre. —Un hombre de unos cincuenta años nos recriminaba que no nos movíamos. La cola había avanzado mucho y estábamos dejando un hueco demasiado grande.

—Sí, perdóneme. El calor me atonta. —Le sonreí y él me devolvió al final el gesto. Truco

Santamaría. Nadie se resistía a nuestras sonrisas.

—Me invitarás a algo, ¿no?

—No te conozco. —Le di la espalda ocultando otra sonrisa.

—He compartido contigo el mejor refresco de arándanos de la ciudad. Eso me lo tienes que pagar de alguna manera.

—¿Tienes siete años para beber zumo de arándanos? —Me giré para mirarle y negué unos segundos con la cabeza.

—Eres muy borde, ¿lo sabías? —Hizo una mueca con los labios y me pude fijar más en ellos. Eran esos típicos labios en los que te podrías perder durante una tarde entera. Mejor no hablemos de los brazos tatuados que asomaban por las mangas de la camiseta—. Borde y en la inopia.

—¿Qué?

—Que yo seré un descarado, pero tú te acabas de perder en estos brazos.

Levantó ambos brazos haciendo una pose de gimnasio. En cualquier otra situación le hubiera mandado a la mierda, pero me hizo gracia. Me hizo muchísima gracia y no pude evitar comenzar a reírme. Negó con la cabeza y se contagió con mi risa. No parecía un mal tipo, al fin y al cabo, me había salvado de morir derretida en aquella acera. Entré en el *Café Habana* y me senté en una silla alta de la barra. A mi lado se sentó él.

—Me llamo Mariola. Muchas gracias por el refresco.

—Yo soy Jonathan. —Extendió su mano, pero yo ya estaba dándole dos besos. Se quedó muy sorprendido.

—Perdón, creo que en este país no lo hacéis así.

—No, pero me encanta que lo hayas hecho.

Me sonrió y me uní de nuevo a su sonrisa. Jonathan me recomendó el sándwich cubano, el mejor de todo Nueva York según él y según el cartel que colgaba dentro de la barra.

Nos dieron las siete de la tarde allí metidos. Cuando quisimos darnos cuenta la temperatura ya había bajado y los dos conocíamos bastantes cosas el uno del otro. Jonathan no me dejó pagar. Dijo que la primera comida de una persona que acababa de llegar a Nueva York debía ser pagada por un neoyorkino de pura cepa.

—Voy a tomarme algo refrescante en el jardín del *Bowery*. —Jonathan me abrió la puerta al salir a la calle.

—Pues esas cervezas correrán de mi cuenta. No acepto un no por respuesta, mirón. —De nuevo levanté la ceja dándole a entender que le había reconocido por su voz.

—Creo que no se me ocurriría darte ningún no, Mariola.

Cuando llegamos al jardín, que estaba situado en la parte de arriba del hotel, comprobé que lo que me había dicho Sonia era verdad. Las vistas eran espectaculares.

—Hola, Mariola—. Sonia dejó el libro que tenía en las manos y se acercó a nosotros—. Veo que ya has conocido a Jonathan.

—¿Os conocéis? —Los miré a los dos esperando encontrarme en un triángulo sexual demasiado extraño.

—Sí, viene de vez en cuando al hotel. Es un amigo del jefe. —Sonia no hizo ningún gesto extraño—. Voy a por unas cervezas. Sentaos allí —señaló unas sillas al final del todo—, he cogido el mejor sitio para la puesta de sol. Te va a encantar la ciudad. —Me guiñó un ojo y salió acelerada del jardín.

Nos sentamos en las sillas y observé la ciudad que tenía delante. El sol estaba empezando a descender y las vistas eran impresionantes. No sabía de qué tenía más ganas: si de descubrir

Nueva York o de descubrirme a mí misma en aquella nueva etapa.

—Así que mañana comienza de verdad tu vida aquí.

—Así es, solo espero que Nueva York se porte bien conmigo. —Miré a Jonathan y sentí un mariposeo extraño en la boca del estómago. Era imposible que me gustase aquel chico en solo unas horas.

—Seguro que la ciudad se alegra mucho de recibir a una chica tan preciosa como tú.

—Joder, Jonathan, ha sonado a manual de cómo ligar con extranjeras deshidratadas. —Puse mi mano sobre su rodilla sin darme cuenta.

—¿Funciona? —Agarró mi mano y con la otra que tenía libre me sujetó la barbilla.

—Tal vez funcione con otras extranjeras, pero siento decirte que yo soy demasiado rara.

—Pues entonces sé buena conmigo.

Comenzó a acercarse peligrosamente a mi boca. Menos mal que llegó Sonia con un cubo lleno de cervezas frías y bajó el calentamiento de aquel jardín.

Aquella primera noche que pasé en la ciudad fue el mejor recuerdo que tenía de los primeros meses en Nueva York. Porque después fue cuesta abajo y sin frenos.

La entrevista de mi futuro puesto de trabajo fue cancelada. La empresa había entrado en concurso de acreedores y habían despedido a casi todo el personal. Algún tema de fraude fiscal y evasión de impuestos. Lo último que iban a hacer era contratarme. Así que me quedé compuesta y sin trabajo. Al menos conservaba el visado de turista que me entregaron. Se suponía que tenía uno de trabajo, pero al no tener un puesto en *I.M. Advertisement*, aquel visado dejaba de tener validez.

Sonia me vio llegar al Bowery echa una mierda y avisó a Jonathan. Entre los dos prometieron ayudarme en todo lo que pudiesen. Aunque Sonia entre su trabajo de recepcionista y sus estudios en *Broadway Dance Center*, poco podría hacer. Pero Jonathan me dijo que no me preocupase, que descansase, que hiciese un poco de turismo y que él se encargaría de todo.

Tenía el dinero justo para pasar unos meses, a lo mucho tres, sin tener que llamar a mis padres para pedirles ayuda o para que me pagasen un billete de vuelta a España.

Jonathan se portó muy bien conmigo, trataba de animarme a diario. Me enseñó los mejores lugares de la ciudad, quería que fuera feliz y lo consiguió poco a poco.

Sonia hizo todo lo que pudo en el *Bowery* para darme una habitación más grande en la que me encontrase un poco más en casa. Su jefe redujo la especie de alquiler que me cobraba por quedarme allí. No comprendía muy bien cómo él ganaba dinero teniéndome como una inquilina que no pagaba ni una tercera parte de lo que valía mi habitación, pero tenía otros problemas más graves de los que preocuparme. Mi visado de turista estaba a punto de finalizar y no podía conseguir un trabajo con dicho visado. Tenía que salir del país, pedir un visado de trabajo, pero debía tener un contrato en alguna empresa para que me lo concediesen.

—Voy a tener que volver a España y, de nuevo, ponerme a trabajar en la discoteca y buscar un trabajo allí. —Removía la pajita de mi tercer *Tom Collins*^[4] con muy pocas ganas.

Estábamos en el *Mulberry Project*, un bar que descubrí un día que las paredes de la habitación se estrecharon hasta tal punto que me dejaron sin aire. Paseé por el barrio, y sin saber muy bien cómo ni porqué, bajando unas escaleras me encontré con aquel lugar.

Jonathan estaba pendiente de su móvil y de su trabajo, del que después de tres meses no sabía nada.

—Mariola, tranquila. No tendrás que volver a casa. —Jonathan me agarró de la mano

quitándome la copa.

—De una u otra manera, tengo que salir del país.

—No, Mariola. —Me agarró de la barbilla obligándome a mirarle—. A ver, no es el mejor trabajo del mundo y sé que tú estás preparada para algo mucho más grande, pero yo estoy hasta arriba y me vendría bien tu ayuda.

—Ni siquiera sé en qué trabajas. No sé nada de ti, Jonathan.

Realmente sabía poco sobre él. Siempre que le necesitaba estaba disponible, pero recibía muchas llamadas que le mantenían alejado de las conversaciones mucho tiempo. Solo sabía que, a su lado, me sentía bien. No sabía si era por la forma en que actuaba conmigo o tal vez que mi subconsciente necesitaba necesitarle.

—Para simplificar, yo cierro los negocios de mi jefe, pero los cierro en fiestas, en cenas de esas en las que el cubierto vale más que un coche. —Me agarró de la cintura y me pegó a él—. Suelen ser cenas en las que las mujeres están con sus maridos, y sin ellas, ellos no cierran ningún trato.

—¿Por qué me quieres ayudar?

—No lo sé, la verdad es que no sé qué me pasa contigo. No sé si es que tu culo me impactó tanto, que me idiotizaste. —Sonrió y me hizo devolverle la sonrisa—. Déjame ayudarte. Permíteme hacerlo.

Y por supuesto que le dejé, le permití entrar en mi vida, en mi cama y en mi corazón. Me ayudó en todo lo que pudo, pero nuestra relación se rompió de la misma manera que empezó. De una forma extraña y rápida. Puso mi vida tan patas arriba, que me costó muchos años recuperarme de Jonathan y su alargada sombra.

Desapareció una noche en una de sus fiestas en las que cerraba tratos y no volví a saber nada de él. Me dejó sola en una situación a la que no fui capaz de enfrentarme en aquel momento. Jonathan pasó a ser un fantasma de mi pasado y muchos sentimientos quedaron enterrados en el *Bowery* durante varios años.

Conseguí un visado de trabajo gracias a mi fantasma, un trabajo mal remunerado y con un jefe vicioso, una amistad con Sonia más fuerte de lo que me podría haber imaginado, y una ciudad en la que me estaba acostumbrando a vivir, que me esperaba con su gran sonrisa cada día para darme las sorpresas que me tenía guardada.

Y vaya sorpresas me esperaban en Nueva York.

01.
COMO UN CÓCTEL CAMBIÓ MI VIDA

Comenzó a sonar la música a todo volumen en el piso. No me podía creer que de nuevo sonase aquella maldita canción que nos despertaba todos los lunes a la misma hora. *Danza Kuduro* de Don Omar me avisaba de que ya eran las seis de la mañana del inicio de una nueva semana. Me levanté arrastrando los pies por el suelo y con los ojos cerrados, llegué hasta la minicadena para bajar aquel sonido infernal. Cuando pude despegar los párpados me encontré la escena de todas las semanas: Justin estaba haciendo sus ejercicios aeróbicos en medio del salón, mientras Mike preparaba el desayuno en nuestra cocina. Hacía casi ocho años que conocía a mis compañeros de piso y no había día que no quisiese matar a Justin.

Recordaba la noche que me preparó su famoso cóctel capaz de levantar a un muerto de su tumba... o de mandarte directamente a una. Imposible olvidar aquel momento.

Llevaba más de cuatro horas pateando la ciudad y visitando apartamentos en los que poder alojarme. Tuve que dejar el *Bowery* ya que el dueño comenzó a exigirme el mismo precio que a los demás, cambio que me sabía que se debía a Jonathan. Después de su desaparición, reaparición con intento de salvación y un par de peleas después, lo nuestro no terminó demasiado bien. Así que el dueño del hotel no quiso seguir haciéndome favores.

Tenía los pies hinchados como dos balones de baloncesto y mi cuerpo me pedía urgentemente algo que meter en el estómago. Ni siquiera había parado a comer algo decente, ya que la galleta que robé de la terraza del *Bowery* antes de irme no se consideraría decente en ningún lugar del mundo. Desesperada y muerta de hambre, entré en el primer bar que encontré en *Tribeca*^[5].

Me acerqué a la barra observando que encima de aquel mármol había unas pequeñas fuentes con frutos secos y pensé que serían una cena perfecta. No tenía nada más que diez dólares en la cartera para acabar el día. Me senté en un taburete y respiré profundamente para que no se me notase el cansancio, pero cuando mi cuerpo se relajó sobre el asiento, el poco ánimo que me quedaba acabó estampándose contra el suelo.

—Buenas noches, señorita. ¿Para comer o tomar algo?

—Lo más fuerte que tengas para la desesperación.

—No será para tanto. Esta ciudad está llena de cosas maravillosas para hacer como para malgastar el tiempo desesperándose. Es la ciudad de los sueños.

—Eso no me lo dirías si te contase el día que he tenido hoy. Necesito algo muy fuerte para olvidar todo, por favor.

—Te voy a preparar un cóctel especial que llamo *furor latino*—. Hizo hincapié con su voz en esas dos palabras y con sus dedos imitó unas comillas—. Esto te quitará todas las penas.

—Si vale menos de diez dólares me sirve. Y espero que me borre del cerebro este día de mierda, estas semanas de mierda y estos meses... —Me mordí los labios. Ya estaba hablando de más con un completo desconocido—. Perdón—. Levanté las manos en el aire.

—Esto te va a quitar todo lo malo. —El camarero me guiñó un ojo mientras comenzaba a mezclar las bebidas en una coctelera.

—Si además me encuentra un lugar para dormir sería genial. —Tamborileé con las uñas en la barra esperando un despiste del camarero para lanzarme sobre la bandeja de frutos secos—. Y si ese cóctel me encuentra un trabajo decente, me caso con él aquí mismo.

El camarero no dejaba de sonreír mientras agitaba la coctelera al más puro estilo Tom Cruise en *Cocktail*. Parecía hasta interesado en mis lamentos. Yo que nunca me quejaba, que siempre era positiva, que había aguantado estoicamente el temporal, me había desmoronado como una maldita torre de naipes con un soplido.

—Amor, este cóctel te va a cambiar la vida, ya lo verás. En el Ward III, todo es posible.

Así parecía llamarse el local en el que había decidido ahogar mis penas. Ese cóctel tenía pinta de valer más de diez dólares. Me di la vuelta en el taburete fijándome en las personas que estaban a mi alrededor y en el local. Las paredes eran de ladrillo y de las ventanas colgaban grandes cortinas grises que las cubrían dando un aspecto de reservado, en el que no te podían molestar las miradas indiscretas de la calle. Al otro lado del local había una mesa que parecía improvisada, para unos diez o doce comensales. Estaba montada con muchísimo esmero y con unos detalles que, desde lejos, me parecieron muy originales.

Así que allí estaba yo, en el Ward III sentada en un taburete tratando de atacar la fuente de los cacahuets, esperando mi furor latino para que calmase mis penas y me solucionase la vida.

—Aquí tienes tu cóctel. —Lo dejó en la barra y me quitó la fuente de frutos secos que ya había alcanzado para que fuese mi cena—. No te lo recomiendo. ¿Sabes la cantidad de manos que se meten ahí? —Negó con la cabeza con una gran sonrisa y los apartó—. Verás como después de esto ves las cosas de otra manera.

Le pegué un sorbo y... ¡Madre del amor hermoso! Sí que iba a ver las cosas de otra manera, dobles o triples al menos. Traté de tragar sin poner cara de *me está abrasando la garganta*, el esófago y las partes colindantes.

—Está cargadito el cóctel.

—Verás cómo te cambia la vida. Cuéntame, ¿qué es lo que te ha traído a este local? —me preguntó mientras secaba los vasos que habían salido del lavavajillas.

—¿La verdad? —Levanté los hombros y puse una mueca de desconocimiento—. Supongo que la música que estaba sonando cuando he entrado. —Respondí dándole otro sorbo al cóctel—. ¿Puedes pasarme los cacahuets? Por favor. Entre que no he comido nada y esta mezcla —alcé en el aire el vaso al decirlo—, puede que en menos de dos minutos acabe enseñando las bragas a tus clientes. Y llevo las últimas que tenía limpias, las más vergonzosas.

—Dame un segundo. Mike te preparará algo delicioso.

—No me queda nada más para pasar la noche.

—No te preocupes, corre de mi cuenta.

Caminó por la barra y desapareció tras una puerta al fondo de la barra. A los segundos salió de espaldas, como si hubiera robado algo y nadie le hubiese visto.

—Seguro que esto te sienta de muerte. Es la especialidad del Chef. Es la cena de un compañero, pero por los gritos que Mike le estaba dedicando, no creo que se lo vaya a comer. Ha estado a punto de lanzarlo contra la pared. —Me guiñó un ojo al acercármelo—. Disfrútalo.

Me quedé unos segundos observando el fabuloso sándwich que tenía delante. Quería parecer fina, elegante y no lanzarme a la comida como un zombi a un cerebro fresco.

—Venga, preciosa, pégale el bocado que le quieres dar o tus bragas serán tema de conversación mañana y...

No le dejé terminar la frase y atacué ferozmente el sándwich. No sabía si era mi estado de inanición o que el alcohol estaba a punto de matarme, pero tenía entre manos lo más delicioso que había comido en semanas, incluso en meses.

—¿Qué es lo que te ha traído a esta *wonderful city*⁶¹?

—Me vas a tomar por una loca.

—Prueba a ver. Más locura que cuando llegué aquí hace un año —agitó la cabeza al decirlo y sonrió— no creo que sea.

Me contó su propia experiencia de cómo la ciudad podía masticarte y escupirte sin la mayor dificultad, pero también te podía acurrucar hasta hacerte dormir. Esto lo decía mientras sonreía con cierta tristeza y en aquel momento no sabía lo importante que aquel pelirrojo iba a ser en mi vida.

Justin dejó su pequeño pueblo de Arkansas, llamado Crittenden, hacía un año. Su futuro era trabajar en la granja familiar criando pollos, vacas y demás animales. Él lo que quería era montar su propio negocio en la gran ciudad y poder vivir haciendo lo que a él le gustaba. También comentó algo de que su tendencia sexual no era muy bien vista en un pueblo donde todo eran gorros de cowboy y vaqueros ajustados. Su familia lo pasó muy mal cuando les confesó que era abiertamente gay, sobre todo por los comentarios malintencionados en el pueblo, relacionándole con drogas y perversión. Así que decidió ahorrar todo lo que pudo y se mudó a Nueva York en busca de su sueño. Aún no lo había conseguido, pero con las propinas y el dinero que tenía ahorrado, solo necesitaba un buen socio que confiase en él y pudiera lanzarse a conseguirlo.

—Encontré este trabajo gracias a Mike, el Chef. Así que, en no muy resumidas cuentas, esta es mi historia.

De repente empezaron a oírse gritos desde la cocina. La puerta se abrió golpeando fuertemente la pared y salió un chico moreno de ojos negros, despotricando palabras que jamás creí que podía oír seguidas y detrás de él un tipo bastante más pequeño con los ojos rojos, tambaleándose y agarrándose a la barra. El último solo farfullaba palabras.

—Austin, te lo dije la última vez, si volvías borracho o fumado, te despediría de forma inmediata. Me encargaré de hacerte llegar tu cheque. No quiero volver a verte.

El tipo de los ojos rojos no dijo nada, tiró varias botellas a su paso, y se marchó gritando del local.

—Mike, ¿qué ha pasado? —Preguntó Justin mientras preparaba otro cóctel.

—Que he pillado al idiota de Austin bebiéndose la botella de *Château Margaux* de 1996 que teníamos para la cena de esta noche. ¡Que la botella cuesta mil dólares!

Joder, no tenía mal gusto bebiéndose las botellas ajenas.

—Austin tiene el morro muy fino. ¿Y cómo es que tenemos nosotros una botella tan cara en nuestra carta de vinos?

—La cena de esta noche —señaló la mesa que estaba al fondo agobiado al decirlo—, es una cata de un grupo de amigos de la Universidad y pidieron explícitamente diez botellas de los mejores vinos del mundo. Iban a pagarnos muy bien por la cata y ahora no tenemos ni la botella, ni camarero para servir dicha cena. Aaron pidió ese vino exclusivamente. No nos van a mandar más gente al local y tendremos que cerrar.

—Tranquilízate, Mike.

Yo estaba ajena a todo lo que estaba sucediendo en aquel momento. Era como si estuviese sentada en el sofá de mi casa viendo una serie americana. Pensé que la ciudad realmente podía ser cruel y muy cara. Con gente de gustos muy exquisitos, que podía encumbrarte o mandarte a los infiernos con una llamada de teléfono.

—¿Dónde encuentro en menos de veinte minutos una persona para servir esa mesa? —Mike cada vez estaba más enfadado y pude ver cómo comenzaba a respirar con cierta dificultad. Se estaba frotando la sien para no perder los nervios delante del resto de clientes.

—Puede que tenga una idea —. Justin dejó el cóctel y me lanzó una mirada como si quisiera ver dentro de mí—. ¿Qué tal te defiendes tú con las botellas y las copas?

—¿Me estás hablando a mí? —Estaba de pie en la barra de la silla para alcanzar la bebida.

—Sí. El dinero no es mucho, pero por lo que he deducido no tienes sitio para dormir.

—Ajá. —Hice una mueca extrañada.

—Si puedes hacernos el servicio de esta noche, no te tienes que preocupar por el alojamiento en la ciudad. Puedes quedarte con nosotros hasta que encuentres otra cosa. O hasta que empieces a trabajar y quieras irte de nuestro maravilloso loft.

Mike le miró con cara de no saber lo que decía, pero estaba tan desesperado, que aceptó la proposición de Justin.

—Yo estoy dispuesto a firmar ese trato. —Mike negó con la cabeza y se lanzó a la piscina sin saber si había agua—. Pero me gustaría saber si sabes algo de vinos.

—He sido camarera durante la carrera para pagarme los estudios. Yo creo que no se me habrá olvidado. Y hay una gran cultura del vino donde nací.

Así que hicimos aquel trato, servimos aquella dichosa cata, y después de más de siete años, aquel cóctel nos cambió la vida a los tres.

02.
COMO AGENTES DE LA CIA

Justin me miraba de reojo mientras seguía haciendo sus ejercicios, tratando de matarme con la mirada por haberle quitado la música. Pero es que todos los lunes desde hacía siete años nos levantaba con aquella maldita canción que tenía grabada a fuego en mi cabeza.

—¿Tú te crees que son horas para despertarme así? A grito pelado con —imité su voz— *arriba, derecha, izquierda. Y uno, dos. Vamos, macizo, que tenemos que elevar estos glúteos de oro.*

—Buenos días, princesa. Antes de tomarte un café estás insoportable. —Se acercó para besarme—. Pero siempre te levantas preciosa.

—No seas pelota, Jus. Que nos conocemos ya desde hace años. —Me extrañó de sobremanera aquella forma de pelotearme. No es que nunca lo hiciese, pero aquello estaba llevado a un nivel que rozaba la desesperación—. Como para no conocerte cuando quieres algo. —Me crucé de brazos delante de él y giré levemente la cabeza siguiendo todos sus pasos por el salón—. Si me quieres pedir algo, al menos podrías no haber empezado el día con esa música y haberme llevado el desayuno a la cama. O haber preparado en la terraza de arriba una bonita mesa, con unas flores recién cortadas, un café humeante y las revistas de la semana. —Levanté una ceja retándole cuando se dio la vuelta para mirarme.

—Lo dicho, sin un buen café, no eres persona. Eres la reina de corazones, malvada pero preciosa.

—Veo que seguimos con el peloteo. —Me acerqué a la cocina y besé a Mike.

—Ten cuidado ya que el favor que te va a pedir va a ser enorme. Ese despliegue de piropos no es normal. —Mike carraspeó y negó divertido con la cabeza—. Será algo más grande que lo de los buzos de golf. —Sonrió y continuó con el desayuno.

—Eres una listilla. —Justin se acercó por detrás y me abrazó—. Sube que tienes todo lo que has pedido en la mesa para ver el amanecer y empezar el día de la mejor manera. Te espera una semana dura en la oficina. Ahora te subo el desayuno que he preparado.

Pude ver cómo Mike miraba a Justin reprobando sus palabras.

—Vale, ya sabes que lo hace él, pero el zumo lo he exprimido con muchísimo cariño y te lo he colado para que no tenga nada de pulpa.

—Tengo que comprobar que todo está listo para la fiesta de esta noche. Así que me vendrá de lujo un poco de paz antes de que la semana comience de verdad.

—¿Cómo demonios has conseguido el *Invisible Dog* con tan poco tiempo? —Mike cogió la bandeja con las galletas y me empujó con la cadera para que subiese a la terraza.

—Lo que no sé es cómo no me he vuelto loca con esta maldita fiesta. ¿A quién se le ocurre organizarla un lunes? Que los lunes son los nuevos viernes. —Agité la cabeza varias veces soltando el aire por la nariz—. Estos ricos ya no saben ni en qué día viven.

—Mi amor. —Justin venía detrás de nosotros por las escaleras con la jarra del zumo y la cafetera italiana de diseño—. Con el dinero que tienen, pueden decir lo que les dé la gana. Llevas trabajando en esta empresa más de seis años. No sé de qué te sorprendes.

—Lo que no comprendo muy bien es la temática. —Mike abrió la puerta que daba a la azotea y vi la mesa preparada.

—Es una fiesta rockera de los 80. El tío es un fanático de Queen, de los que llevan a Freddy Mercury tatuado en el pecho. No me preguntéis cómo lo sé. —Me senté en una de las sillas ante la atenta mirada de los dos.

—Eso nos lo tienes que contar. —Se sentaron uno a cada lado.

—Cuando me pidió que fuese todo como si una máquina del tiempo nos hubiese trasladado a los 80, se abrió la camisa y me enseñó el tatuaje. Así que ya sabéis, si queréis entrar, tenéis que parecer recién sacados de un videoclip de Queen. —Observé cómo Justin abría la boca, pero me adelanté a su respuesta—. Estás pensando en *I want to break free*.

—Falda de cuero, top rosa y con el aspirador. —Cogió una galleta mientras Mike nos servía el café.

—Menos mal que los jefes ya te conocen y no creo que se sorprendan.

—No me extrañaría ver a Linda con rulos y bata. —Mike empezó a reírse—. No os podéis imaginar la de veces que ha sacado los colores a más de uno.

Linda Waynon era mi jefa e íntima amiga de Mike desde hacía ya muchos años. Cuando me quedé en la calle por el despido del trabajo que me buscó Jonathan —un despido del que no supe nunca el motivo—, Mike me comentó que en *CIA* buscaban una persona competente y de confianza. Aún no sé qué es lo que pasó, qué astros se alinearon o que planetas hicieron carambola, pero tras pasar dos entrevistas, comencé a trabajar allí. Empecé como recepcionista y pocos meses después, ascendí a la chica para todo, la que daba soporte a casi todos los departamentos. Hasta que un día intervine en la preparación de una fiesta muy importante para la empresa y en la que uno de mis compañeros la había cagado. Se olvidó de confirmar en el último momento el catering de la fiesta y la empresa estaba con el culo al aire. Así que llamé a Mike y le pedí ayuda. Él lo organizó en pocas horas y, siempre según la versión de Linda, salvé la fiesta. Aquel pequeño acto hizo que me ascendiesen a un puesto de mucha más responsabilidad y mucho mejor remunerado. Ella siempre creyó en mí y vio que tenía un don para organizar todo tipo de eventos. Desde funerales, pasando por desfiles y eventos corporativos, hasta las bodas de ensueño o las más locas de la isla.

Linda era de armas tomar. Su forma de ver la vida fue la que le dio un lugar privilegiado dentro de las empresas de organización de eventos y, coño, que se llame *CIA*, pues como que deja poco a la imaginación. El día que le pregunté porqué ese nombre, me contestó con una gran sonrisa.

«No hay nada ni nadie que se escape a mi radar. Para lo bueno y para lo malo, conozco a todo el mundo en Nueva York. Sus vicios, sus virtudes, de qué pie cojean o a qué hora se levantan por la noche a mear. Quién engaña a quién y, lo mejor, con quién lo hace. Somos como la gran agencia americana de inteligencia, pero organizando eventos».

¿Cómo no adorarla?

—Las revistas —le entregó a Mike una canturreando— y para ti los periódicos.

Ojeé la sección de sociedad —o suciedad en algunos casos con toda la mierda que sacaban—, en la que todos los días venía algo interesante.

—Le han dado el premio al del *Four Seasons*. ¿Os habéis dado cuenta de que este tío no sonríe nunca? —Les mostré la foto—. No le he visto sonreír en ninguna publicación que ha salido de él. Siempre con su traje impoluto, con esa cara de perdonarte la vida por respirar el mismo oxígeno que él.

—Seguro que no es tan malo. ¿Tú le has visto bien? —Justin me quitó el periódico—. Esta foto no hace justicia a los ojos que tiene.

—Ya se nos ha enamorado. —Mike me guiñó un ojo.

—Es hetero.

—¿No salta tu radar, Jus? —No pude evitar reírme.

—Ya me gustaría a mí tener tu cuerpo y poder pegarme un revolcón con este chulazo. ¿De verdad que no te gusta?

—Vamos a ver, ciega no estoy. Veo perfectamente lo que tú ves, pero para qué complicarme la vida con un niño rico que tiene un hotel en herencia familiar. —Justin me miró extrañado—. Nueva York no es tan grande como para no conocernos todos. Yo sé de su existencia desde hace varios años, siempre nos han negado desde su hotel todas las salas. No quieren que se convierta en el hotel de los eventos locos de *CIA*. —Le pegué un trago al café—. Eso es lo que llegó a mis oídos. Pero sí, para un buen revolcón no estaría nada mal. No voy a negarlo.

Mientras Justin y Mike echaban un ojo a las revistas, yo me quedé mirando fijamente aquella foto. Estaba sacada en lo que supuse que sería su despacho, en una de las plantas altas del hotel *Four Seasons* de Nueva York. Me parecía un despacho frío y que no daba ninguna pista sobre la personalidad de aquel hombre. Estaba vestido con un traje de dos piezas perfectamente abotonado, totalmente impecable, con una mano metida en el pantalón. Sobre la gran mesa de cristal descansaba el premio que le acababan de otorgar como "*Hombre del año*". Pero en su cara no se veía ningún signo de felicidad ni de nada parecido. Estaba serio, demasiado serio para mi gusto.

—¿Qué es lo que me querías pedir, Jus?

—Quiero que me acompañes mañana a una reunión que tengo.

—Ya sabes que no me gusta que me montes citas a ciegas. La última vez no acabó demasiado bien.

—¿Que no acabó bien? —Jus dejó la revista en la mesa y me miró fijamente—. Pues el revolcón que te pegaste con el de la reunión te gustó. —Meneó la cabeza haciendo un gesto divertido con los ojos.

—Fue lo único bueno que tuvo. Solo se preocupaba de que sus pantorrillas estuvieran firmes como una piedra y que su pelo estuviese completamente perfecto.

—¿Qué quieres de un hombre que conoce Justin en el gimnasio de Rochester! O son todos gays y Justin los ha catado ya o son demasiado superficiales. —Mike lo comentó entre risas mientras me ponía un trozo del bizcocho de plátano con nueces en un plato.

—Tú lo que tienes es envidia de no poder disfrutar de este cuerpo, muchachote. —Justin bromeó mientras se contoneaba por la terraza como un pavo real.

—A todo esto, ¿para que es la reunión? —Le miré mientras degustaba el bizcocho. *Decir degustar es hacerlo bonito. Que yo soy más de bocados enormes y sin preocuparme.*

—A ver cómo te lo explico. —Justin se pasó la mano por la frente tratando de buscar las palabras adecuadas para que yo dijese sí—. Es un posible socio para el local de copas que tengo en mente. Necesito a alguien que me dé el dinero y que luego me deje a mí hacer el trabajo tal y como quiero. Es un local que ya tiene todo montado. Los antiguos dueños ya no querían seguir con el negocio y solo necesita una mano de pintura, un poco de mi toque y será la bomba.

—¿Y por qué no querían seguir? —Mike siempre ponía un poco de cordura en nuestra locura.

—Tuvieron problemas con unos proveedores y algunas malas opiniones en internet. Ya sabes cómo pueden llegar a ser de destructivos esos blogs de nuevos gurús de lo que está de moda en la ciudad.

—¿Tú podrás levantar esas malas opiniones y convertirlas en buenas? —Mike seguía preocupado por el gran paso que Justin podría dar.

—Ya sabes que quiero hacer esto desde hace años. Y ya sabéis que soy capaz de sacar adelante cualquier cosa.

La verdad es que en cada negocio en el que Justin había entrado a trabajar, le había dado tal vuelco, que los había convertido en los locales más de moda de Nueva York. En aquel momento era el encargado de las relaciones públicas de varios de los locales de moda. Sabía muy bien qué hacer y a quién llevar para que los negocios subiesen como la espuma.

—¿Por qué quieres que te acompañe esta vez? —Me olía muy mal. Me olía a una cita encubierta o a una encerrona para que mi tarjeta de *CIA* diese caché a la reunión.

—Porque una mujer bonita siempre abre más puertas. ¿No te acuerdas hace siete años cuando no nos dejaban entrar a Mike y a mí en el *I-OAK* y en cuanto apareciste tú nos abrieron las puertas de par en par? —refunfuñaba mientras se servía café.

—Ese día nos dejaron entrar porque el portero era el novio de Susan, mi compañera de trabajo. Yo no tuve nada que ver.

—Si crees que va a dejar de darte la lata con que le acompañes, lo llevas claro. Justin puede ser muy insistente y pesado —Mike le guiñó un ojo cómplice a Justin—. Pero creo que deberías ir con él. Es una gran oportunidad y el local está al lado de mi restaurante. Podríamos hacer un buen negocio con ello.

Ya no tenía solo a Justin con cara de perrito apaleado bajo la fría lluvia de invierno, ahora se le había unido Mike. Cogí el periódico de nuevo y comencé a pasar las páginas. Estaba claro que iba a decir que sí, pero quería crear un poco de tensión, que sabía que ponía muy nervioso a Justin.

—¡Será perra! Se pone a leer el periódico y pasa de mí como si solo le hubiese pedido un poco de azúcar.

—Iré contigo. Pero antes de las siete no puedo, tengo que pasarme a recoger las pruebas de las flores de la boda de los futuros señores McNee. No me líes ninguna.

—Prometido. Mi futuro socio se llama Frank Jacobs. Hemos quedado en el restaurante de Mike, así estamos en nuestro terreno.

—Tengo que prepararme para ir a trabajar y comprobar que todo está preparado. ¿A qué hora tengo cita con Wen?

—Viene a casa a las dos y media. Te trae la peluca y la ropa que le pediste.

—Perfecto. Tengo que estar en Brooklyn a las cinco y media como muy tarde. Y tengo media hora mínimo hasta la sala. —Me levanté sirviéndome otra taza de café—. Muchas gracias por el desayuno, chicos. Nos vemos en la fiesta. —Les lancé un par de besos y bajé corriendo las escaleras hasta casa.

Vivíamos en un precioso loft remodelado en el Soho. Después de pasar por varios apartamentos, algunos era mejor no recordar, encontramos nuestro hogar. Estaba situado en el *42 de Greene Street*, una de las zonas más tranquilas e increíbles del Soho. Un edificio de cuatro plantas y pared amarilla, con las típicas escaleras de incendio que siempre había visto en las series y películas americanas. Yo me enamoré de aquel loft nada más verlo en unas fotos que me enseñó mi jefa, pero los tres lo amamos mucho más fuerte al verlo en persona. No dudamos en alquilarlo y ya lo habíamos hecho nuestro hogar.

Salí corriendo por las escaleras tropezándome con algunos de los vecinos y dándoles los buenos días mientras seguía bajando. Tenía más de media hora en metro hasta llegar a la oficina. A las siete de la mañana la ciudad se despertaba para empezar la semana. Me encantaba recorrer las calles para llegar al metro y observar a la gente. Ya era una más en aquella gran ciudad. No me

sentía perdida como la primera vez que me quedé sin trabajo. Incluso se me había pegado de alguna manera su forma de vivir. Había días que tenía que subir a nuestra azotea, ponerme un buen *gin- tonic* y respirar. Nueva York podía ser estresante y mi trabajo podía llegar a asfixiarme algunos días, pero adoraba lo que hacía y no era nada mala.

Antes de subir a la oficina situada en pleno *MidTown* de Manhattan, entré en una de las cafeterías a por un gran café. Justin tenía razón, pero se equivocaba siempre en la cantidad. Yo no era persona sin dos cafés en casa y otro enorme antes de subir a la oficina.

—Buenos días. —Al salir del ascensor me encontré con Sasha, la recepcionista que acababa de empezar en la empresa.

—Buenos días, señorita Santamaría.

—Por favor. —Negué con la cabeza—. Soy Mariola, lo de señorita Santamaría déjalo para cuando venga algún cliente de los pijos.

—Es que no me acostumbro a llamar por el nombre de pila a los jefes.

—¿En serio? —Empecé a reírme y ella se quedó extrañada—. Sasha, aquí los únicos jefes son Linda y Michael.

—Tú eres su mano derecha, así que por ende, eres jefa también.

Sasha siempre utilizaba palabras muy rebuscadas. Parecía que tenía el diccionario a mano para usar una nueva palabra cada día.

—Soy su ayudante, por ende —le guiñé un ojo al repetir sus palabras mientras me alejaba hacia mi oficina— no soy jefa, soy Mariola.

Antes de entrar en el despacho, escuché voces en la sala del café. Al acercarme me encontré a varios de mis compañeros probándose pelucas. Al verme, varios de ellos comenzaron a posar cual estrellas del rock.

—¿Así cumplimos el protocolo para la fiesta de esta noche?

—¿Quién os ha dicho que estáis invitados?

—Pues el cliente. Ha invitado a toda la empresa. Está tan encantado con tu trabajo, aún sin haber visto la fiesta, que quiere vernos a todos allí.

—¿Con qué le habéis sobornado? —Les miré uno a uno y estaban para una foto. Para colgarla en la web de la empresa y poner como pie de foto: «*El equipo más profesional a su servicio*».

—Con nada. No me extrañaría que te pidiera que te casases con él y le organizaras el resto de la vida. —Paul, uno de los chicos de diseño gráfico, me guiñó un ojo.

—En fin. —Me alejé de la sala en dirección a mi despacho—. Estáis perfectos para la fiesta. —Lo grité para que me escuchasen bien.

—Buenos días, Mariola.

—Buenos días, Linda. No te esperaba hasta más tarde.

—Bueno, algunos problemillas con la boda de los McNee, pero nada de lo que te tengas que preocupar hoy. ¿Tienes todo listo para esta noche?

Entramos las dos en el despacho de los jefes y allí estaba también Michael trabajando en su portátil.

—Buenos días, Mariola. ¿Cómo aguantas a todas estas novias petardas? He hablado con ella una sola vez. —Resopló y negó con la cabeza—. Me ha hecho envejecer de golpe.

—Es que esta es una petarda de manual. ¿Qué ha pedido ahora? —Me acerqué a él, pero bajó la tapa del portátil para que no lo viese.

—No, tú hoy tienes esa gran fiesta. Mañana nos encargaremos de esto.

—De acuerdo. —Levanté las manos en son de paz—. Me voy a mi mesa a hacer un par de llamadas.

—Y te vas pronto a casa. Me ha mandado Justin un mensaje para recordarte que Wen va pronto a casa. ¿Qué demonios vas a llevar? —Linda tenía curiosidad.

—Esta noche lo verás. Es una fiesta muy extraña. —Salí por la puerta sonriendo—. Esperad lo más loco que me hayáis visto en estos años.

La mañana transcurrió entre llamadas confirmando catering, bebidas, el grupo en homenaje a los rockeros de los 80 que habíamos contratado, llamadas de Justin recordándome la cita con Wen y la reunión del día siguiente. Cuando a las dos de la tarde llegué al piso, Wen ya me estaba esperando con la música a todo volumen y un par de copas de vino en la mesa.

—Ya era hora. —Wen se acercó a besarme—. Manos a la obra.

Wen me dejó irreconocible. Llevaba una peluca de pelo natural de uno de sus espectáculos, que mezclaba un rubio platino con tonos morados oscuros. El maquillaje era espectacular, muy rollo años ochenta. Wen me convirtió en una especie de Cindy Lauper. Falda de tul con vuelo, medias con agujeros estratégicos, corpiño con un chaleco vaquero por encima, collares de colores estridentes, pulseras, guantes sin dedos de puntilla negra y como colofón, unas lentillas azules. No me reconocería ni mi propia madre.

Un coche me recogió en casa, Linda se había encargado de que fuese así. Al entrar en el local sonreí. Estaba todo tal y como lo tenía en la cabeza desde hacía meses. Me había pasado todo el fin de semana trabajando en la fiesta, colocando las cosas como quería con nuestro equipo de decoración. Les había vuelto locos cambiando veinte veces las cosas, pero por fin estaba todo perfecto.

—La fiesta no empieza hasta dentro de una hora. ¿Cómo ha entrado?

A mi lado estaba Ronnie, uno de los empleados de seguridad de la empresa. Parecía que el disfraz era perfecto, no me reconocía.

—Lo sé, Ronnie. Soy Mariola.

—No cuela. —Me miró varias veces de arriba abajo y negaba con la cabeza—. No sé cómo ha entrado, pero tiene que salir.

—Ronnie, no me hagas llamar a tu madre y decirle que me has echado de mi propia fiesta. No creo que en la próxima comida te ponga extra de estofado.

Volvió a mirarme y se fijó en mis ojos. Abrió la boca y me dio un pequeño empujón.

—Es que no hay manera de reconocerte.

—Esa es la idea. Infiltrarme en la fiesta y que nadie me agobie. —Le agarré de la mano—. Vamos, que tenemos que hacer las pruebas con el grupo que estará a punto de llegar.

A las ocho de la tarde la fiesta ya estaba encarrilada. La comida era perfecta, las camareras paseaban con bebidas entre la gente, y nuestro cliente ya estaba encima del escenario cantando una versión muy suya de *Tie your mother down* de Queen, con la que quiso que la fiesta comenzase.

—Te has salido, Mariola. —Justin acababa de llegar y estaba espectacular. Se había disfrazado de David Bowie.

—Tú sí que te sales. Wen te ha dejado increíble.

—Esta fiesta sí que es increíble. Me imaginaba algo, pero no esto. —Justin miraba todo—. Y la fiesta acaba de mejorar. *Ou yeah*, nena.

—No lées ninguna. —No quise mirar en la dirección que miraba Justin—. Tengo que hablar con los camareros y con el grupo. Nos vemos en un rato.

Salí corriendo entre los invitados y me refugié detrás del improvisado escenario para poder controlar todo. Tras hablar con el grupo y con los camareros, me dispuse a disfrutar de la fiesta. Nuestro cliente estaba encantado y se podía ver en su cara.

—Esto es impresionante. Gracias por hacer realidad aquella locura que te pedí. Es mucho mejor de lo que me esperaba, señorita Santamaría, muchísimo mejor. —Me dio un gran abrazo, un beso en la mejilla y se alejó sonriendo.

Eran más de las doce de la noche y nosotros no podíamos parar bailar. Salir de fiesta con Justin siempre era malo, acabábamos destrozados a altas horas de la madrugada.

—Me muero. —Justin se quedó con la boca abierta y señaló con el dedo a alguien en la sala.

—¿Qué pasa? —Me di la vuelta, pero las lentillas y las copas que llevaba encima no me

permitían ver bien.

—Pues que el hombre del año ha llegado a la fiesta.

—¿Que hombre del año?

—Del que hemos hablado esta mañana en el desayuno. Ese al que dejarías entrar en tus sueños más guarros.

Al mirar al fondo de la sala me encontré con los ojos más azules que había visto en mi vida. Parecía que tenían una luz propia que hacía que toda la atención se fijase en ellos. Estaba hablando con alguien con una peluca rubia cardada. Llevaba otro traje impoluto y parecía estar muy perdido en aquella fiesta tan loca.

—Vamos a bailar. —Justin tiró de mi mano acercándonos peligrosamente al hombre del año.

Cuando comenzó a sonar *Don't stop me now* Justin se volvió loco y empezó un duelo de karaoke y baile. Se grababa demasiado videos de *Dubsmash* y había veces que se le iba de las manos. Aquella era una de esas veces. Pero tenía que reconocer, que a mí también se me solían ir las cosas de las manos bastantes más veces que a él. Si Justin se desataba, Nueva York comenzaba a temblar. Si lo hacíamos los dos y junto, temblaba hasta Canadá. Éramos el centro de atención de la fiesta. Linda sonreía con nuestro cliente a su lado y este estaba encantado con un espectáculo como aquel. Un David Bowie y una Cindy Lauper cantando Queen en su fiesta. ¿Qué más se podía pedir para que la noche fuese increíble? Una apuesta.

—Anda ya, Jus. No voy a caer en tu juegucito. —Estábamos tomando más chupitos de la cuenta.

—¿Cuándo vas a volver a verle? NUNCA. —Elevó tanto el tono de voz, que varias personas nos miraron—. No te vas a cruzar con él nunca, Mariola. Seguro que no sale de su fortaleza. Irá a trabajar o tendrá tanta pasta que se ha clonado para no tener que salir de su mansión nunca. —Justin podría haber sido perfectamente escritor de novela fantástica.

—Es la persona más estirada que he visto en mi vida. No ha sonreído ni una sola vez desde que ha llegado. Creo que no sabe hacerlo.

—Así que le has estado vigilando.

—No, pero es el único que no va con una peluca llamativa. —Justin me había pillado—. Seguro que cree que si sonrío se le va a partir el tiro del traje. —Traté de desviar la atención de Justin.

—No me dirás que no está un rato bueno. Un rato muy, muy, muy, pero que muy largo. Ese traje tiene que esconder un cuerpo cincelado por los dioses del Olimpo.

Miré a Justin y sus ojos estaban clavados en la entrepierna del hombre del año.

—Jus, eres un perverso. —Le di un golpe en el pecho.

—Dime —al decirlo me agarró de la barbilla para que le mirase—, júrame por Diana Ross, la más grande, que no te pone ni un poquito y paro.

Me giró de nuevo la cara para que le mirase. No podía decir que no me ponía bastante aquella forma que tenía de tratar de controlar todo y las caras que ponía al ver que aquella fiesta se escapaba de zona de confort.

—Pues acepta la apuesta. Nunca más vas a volver a cruzarte con él. ¿Qué puede pasar?

Gruñí y negué con la cabeza varias veces. Después de ocho años en Nueva York, no me lo había cruzado ni una sola vez. Y eso que mi trabajo era organizar fiestas del tipo de las que le gustaba ir a aquel estirado y nuestras empresas estaba muy cerca.

—¿Qué nos apostamos?

—Que no eres capaz de que se quite la americana, se desanude la corbata y acabe bailando contigo encima del escenario *Pour some sugar on me* de Def Leppard. —Me miró desafiante—.

El que pierda tiene que preparar los desayunos durante un mes.

—De acuerdo. —Le mostré mi mano y las estrechamos—. Tendrás que aprender a hacer buen café.

Le guiñé un ojo y busqué a nuestro cliente. Sabía que, si le proponía un juego, estaría encantado de hacerlo realidad. Así que, tras contárselo, subió al escenario sonriendo y le pidió a la banda la canción.

—Buenas noches, Nueva York. —Silbó con sus dedos en la boca durante unos segundos—. Lo primero de todo, muchas gracias por estar aquí, y al equipo de *CIA* por conseguir que esta sea una de las mejores fiestas de mi vida. Nena, eres la mejor. —Me señaló y le devolví la sonrisa—. Vamos a animarnos un poco más. Buscad una pareja para bailar que no conozcáis de nada y habrá un duelo en el escenario. Quien gane se lleva una botella de *Legacy de Angostura*^[2], el mejor ron del mundo. No hagáis trampas, porque os conozco a todos y sé quienes os conocéis y quienes no. Hagamos de esta fiesta algo épico.

Se le había ido la olla con el regalo, pero bueno, si ganaba la apuesta de Justin y me llevaba ese lujo a casa, tampoco lo iba a rechazar. Observé la sala con las primeras notas de la canción y vi cómo el hombre del año se alejaba un poco de las miradas de las mujeres. ¿Estirado arrogante o tan solo vergonzoso? Iba a comprobarlo.

Caminé por la sala en su dirección, moviéndome al son de la música y cuando nuestros ojos se cruzaron, le hice una invitación con mi dedo. Parecía no creer que era a él o tal vez estaba pasando de mí. Me acerqué decidida y cuando llegué a su lado, sin pensármelo, metí la mano por dentro de su americana y saqué la corbata, tirando lentamente de ella.

—Perdone, señorita, pero yo solo he venido a...

—¿A mirar? —No le dejé terminar la frase.

—He venido a buscar a un amigo, pero parece que al final no ha venido. Yo ya me voy. —Miró su corbata pidiéndome que la soltase.

—No, quiero que esa botella de ron acabe en la mesa de mi salón. No se tú, pero yo tengo gustos muy exquisitos. —No pensaba perder ninguna de las dos cosas.

—Señorita... no lo haga, por favor.

—Déjate llevar. ¿Hace cuanto tiempo que una loca no te asalta en una fiesta, tira de tu corbata y te ayuda a salir de esa vida encorsetada que llevas?

Comenzaron a dibujarse unas arrugas entre sus cejas y sus ojos parecían muchísimo más azules. Las fosas de su nariz se ampliaron y soltó el aire que tenía retenido en sus pulmones. Mi peluca, las lentillas y aquella ropa, eran mi escudo. Su traje parecía ser el suyo, así que decidí desarmarle poco a poco. Pasé mis manos por sus hombros, cosa que tuve que hacer poniéndome un poco de puntillas, y baje por las solapas del traje hasta llegar a los botones, que desabroché lentamente sin dejar de mirarle a los ojos. Estaba esperando un signo con el que me pidiese que parase, pero no lo hizo. Incluso me pareció ver que esbozaba una sonrisa.

—Déjate llevar.

De nuevo, subí las manos por las solapas del traje y tiré hacia atrás de ellas para deshacerme de su americana. Me puse detrás de él y terminé de quitársela. Los músculos se dibujaban bajo aquella camisa blanca y casi se me cortó la respiración cuando su perfume se metió dentro de mí. Joder, que bien olía.

—No está bien de la cabeza. —Lo susurró con una voz tan sexy, que en aquel momento supe que podría perder la cabeza.

—No lo sabes tú bien. Soy lo más loco que te puedes echar a la cara... o al cuerpo, según se dé la noche, señor. —Aquello último deseaba que se hubiese quedado dentro de mi cabeza.

—Loca y con la lengua bastante larga. Un cóctel demasiado explosivo. ¿Mañana me dará usted resaca?

Sí, parecía que lo había escuchado todo. Mariola y su cabeza que ni filtra ni corta a tiempo.

Tenía delante de mí a una Cindy Lauper venida de los 80 que quería ganar el premio. Sí, yo también tenía gustos muy exquisitos, pero no se me hubiese ocurrido por nada del mundo asaltar a ninguna persona de aquella fiesta. Ya me había percatado de ella nada más entrar. Llamaba la atención por su pelo, sus ojos, el maquillaje que brillaba en la oscuridad y aquel corsé que dejaba entrever mucho y poco a la vez.

No me podía creer que no se hubiese detenido ante mi tono de voz y mi semblante serio. Parecía que no le afectaba como a los demás. Ella se pasó los formalismos por cualquier sitio y me quitó la americana, dejándola en manos de un David Bowie sonriente. Me encontraba en medio de la pista moviéndome al son de una canción que parecía más hablar de la resaca que aquella mujer me iba a dejar, que de otra cosa. Pero no quería alejarme de ella. Me intrigaba saber hasta dónde podría llegar, dónde tenía el límite aquella mujer y me producía un interés que no demostraría tan fácilmente.

—¿Vas a verter algo de azúcar sobre mí?

—¿Hemos dejado los formalismos de lado?

—Creo que has roto ese hielo cuando me has arrancado la americana, Cindy. —Estábamos peligrosamente cerca uno del otro.

—No, señor. —Negué con la cabeza—. Si te la hubiese querido arrancar, no hubiese dejado ni la camisa.

Su cuerpo se movía al mismo son que la canción y no había caído en la letra. Pero era muy subliminal. Maldito Justin.

—Creo que me darás resaca y eres demasiado peligrosa.

—No, soy un angelito, pero con esta ropa parezco peor de lo que soy.

—Con esta ropa... —Me dio un repaso milimétrico de la cabeza a los pies y respiró profundamente—. Con esta ropa has partido varios cuellos esta noche.

—Qué frase más preparada. ¿Te sirve para ligar con las niñas del *Upper East Side*? —Miré fijamente en sus ojos, y por unos segundos, temí perderme en ellos y perder aún más la cabeza.

—¿Funcionan contigo?

Me removí inquieta entre sus brazos, aquello estaba empezando a pasar de una simple apuesta y yo no quería ningún tipo de complicaciones con aquel hombre. Colocó su mano en mi espalda. Era una mano fuerte y grande, que me apretó contra él.

—¿Ahora vas a escaparte? Al menos compartirás conmigo el premio.

Sin darme casi cuenta me elevó unos centímetros del suelo y subió las escaleras del escenario, para terminar los dos justo en medio bailando. Dejé de ver a los invitados, a la banda y todo lo que sucedía a nuestro alrededor. Aquel hombre no era el encorsetado que imaginaba. Se había dejado llevar de la mano de una loca y estaba actuando por instintos. De hecho, estaba sonriendo. Tenía dibujada una sonrisa ladeada en la cara, lo que le convirtió en *el hombre más sexy del año* de aquella sala y de toda la jodida gran manzana.

—Tenemos ganadora. Ella será quien se lleve el premio. —Mi cliente me agarró de la mano.

—¿Y yo no me llevo nada?

—Te has llevado un buen baile con la chica más auténtica y preciosa de la fiesta. —Mi cliente lo susurró y le sonreí.

—Bueno, al menos me invitarás a una copa un día. —Tiró de mi cintura contra él.

—Si nos volvemos a ver en esta gran ciudad, cosa que dudo mucho, te invitaré a una copa. Mientras tanto, los dos volvemos a nuestras realidades. Tú, como *hombre del año* en tu torre y yo, como una mera plebeya en Broadway. —Le hice una reverencia, le guiñé un ojo y salté del escenario en dirección a la barra.

No me podía creer que me hubiese dejado en el escenario tirado y encima sin invitarme a una copa de aquel ron que acababa de ganar gracias a mí. Seguramente ella tenía razón, no volveríamos a vernos. Yo no frecuentaba aquel tipo de fiestas y ella parecía frecuentar Broadway. Debía ser una actriz o una bailarina en alguna obra de teatro. Aquel descaro no podía ser innato, aquello sería algo ensayado. Un papel que ejercía en aquel tipo de fiestas.

Me bajé del escenario, busqué la americana, que estaba encima de la barra al lado de David Bowie. Casualmente se encontraba al lado de Cindy Lauper, que estaba dada la vuelta pidiendo algo para beber.

—Tienes razón. No creo que nos volvamos a ver, pero ha sido un placer bajar de la torre por un momento. —Sí, lo había hecho para que me escuchase y el efecto que mi voz produjo en el cuerpo de aquella desconocida, me hizo sonreír interiormente.

—Me alegro haber sido una buena diversión momentánea. Señor. —Estiró su mano y yo la estreché, aprovechando para pegarme un poco más a ella.

—Señorita Lauper, un placer haber coincidido por esta única vez. —Me acerqué más a ella, aprovechando mientras recogía la americana de la barra—. Tal vez en mis sueños nos volvamos a ver.

Me alejé de ellos y me fui a casa. Necesitaba descansar ya que la semana había comenzado demasiado fuerte para mi gusto. Yo, que solamente iba a entregarle a mi amigo unas llaves, acabé bailando con una mujer que me había hecho sonreír después de mucho tiempo.

Al meterme en la cama sus ojos se me vinieron a la mente. ¿Realmente no volvería a verla? Nueva York no era tan grande como para no volver a cruzarnos nunca, ¿o sí?

Dos semanas después

Tenía todo el cuerpo destrozado. Las clases de *Krav Maga*^[8] a las que Mike me obligaba a ir tres veces por semana, me tenían agotada. Según él, a las horas que yo salía de trabajar, tenía que saber defenderme. Vamos, como que algún atracador se atrevería a robarme mi bolso. Dentro llevaba mi agenda, en la que tenía apuntado todo mi trabajo, todas mis notas, toda mi vida. No se creía el atracador que no lucharía hasta quedarme sin uñas. Pero aquel alegato, como que a Mike no le valía. Vamos, que tenía moratones en los brazos de las diversas caídas de las clases. Era una completa inepta en cuestiones de *Krav Maga*.

—Dios, necesitaba esta copa.

Estábamos cenando en la terraza, disfrutando de los extraños días de calor de la primavera neoyorkina.

—Venga, que no serán tan duras esas clases.

—¿No? —Levanté mi brazo para que me viese el gran moratón, que estaba tan oscuro, que el Papa me había llamado para incluirle en el Vaticano.

—No es para tanto. —Mike trató de no reírse de mí.

—Dejemos esas clases de lado. Jus, ¿qué fue de aquella famosa reunión? —La anularon en el último momento y no sabía nada más.

—La han cambiado varias veces de día. Este tal Frank debe de ser el hombre más solicitado de Nueva York. —Justin hizo un gesto con los ojos sin creerse lo que estaba diciendo—. Hemos quedado el viernes. ¿Me seguirás acompañando?

—Bastante tienes con haber perdido la apuesta de la fiesta, como para decirte que no a esto. —Le guiñé el ojo a sabiendas de que el comentario iba a tener su respuesta ácida.

—Hiciste trampa, Mariola. Lo sabes tan bien como yo.

—Jus, no hice ninguna trampa. No es mi problema que te apostases los desayunos. —Me levanté de la silla para bajar a mi dormitorio—. Mañana me apetece un café largo con unas tostadas francesas. —Besé a Mike y al acercarme a Justin para hacer lo mismo, le susurré—. Y que no se te quemen ni te las haga Mike.

—Cuidado con el café mañana, no me hago responsable de cómo te sienta.

Aquello no era un aviso, era una amenaza en toda regla.

Me libré de tentar a la suerte con el café. Mi jefa me llamó a las cinco de la mañana para que fuese urgentemente a la oficina. Había saltado la alarma y ellos estaban en Miami, no podían acudir a hablar con la policía. Cogí un taxi para llegar lo antes posible a la oficina y tras revisar todo, comprobamos que había sido una falsa alarma. Pero ya aproveché y me quedé todo el día trabajando en la boda de los McNee. Aquella mujer era completamente insufrible. Todo lo que le presentaba le parecía insuficiente. O demasiado simple o demasiado discreto o demasiado poco. Lo que era insuficiente era su cerebro. Pero tenía que esconder a la Mariola directa y sin pelos en la lengua, para dar paso a la Mariola fina y educada, que para algo mis padres me habían pagado

un colegio privado durante quince años.

El día se pasó entre llamadas, respondiendo *e-mails* y preparando otras fiestas que teníamos pendientes en la oficina. Eran más de las dos de la madrugada cuando salí del edificio para llegar a casa y desplomarme hasta el día siguiente en mi cama. Mis días eran una especie del día de la marmota, pero en versión fiestera.

—Buenos días, princesa, el desayuno está listo.

La voz de Justin me despertó cuando el sol aún no había salido por el horizonte. Lo primero que quise hacer fue darle con la almohada y darme la vuelta para seguir durmiendo. Pero el olor a café recién hecho y la mantequilla, de lo que suponía que eran las tostadas, me hicieron despertar mucho más tranquila.

—Mátame, Jus. Mátame y acaba con mi sufrimiento, por favor.

—¿Y qué haría yo sin ti? —Dejó una bandeja a mi lado y se tumbó para abrazarme.

—Seguro que encuentras a otra loca que entre en un bar y pida auxilio en mil idiomas diferentes. —Me tumbé sobre su pecho mientras me acariciaba la espalda.

—Ni en mil años encontraría a una persona como tú. Nena, nuestros destinos ya estaba escritos antes de conocernos. —Me besó y me provocó una gran sonrisa.

—¿Algún día me dirá otro hombre esas mismas palabras?

—No. —Lo dijo muy alto, pero sabía que estaba sonriendo—. Ninguno te lo dirá como yo ni ninguno sentirá lo que yo siento por ti. Eres mi amiga, mi hermana, mi todo. No eres mi amante... porque no tienes rabo que sino, otro gallo cantaría, morena. —Comenzó a hacerme cosquillas.

—Ves, me dices estas cosas y no puedo enfadarme por haberme quemado las tostadas. —Me apoyé en su pecho para mirarle.

—Por cierto, ¿volverás a ver al hombre del año?

—No. —Negué haciendo una mueca con los labios.

—¿Estás segura? Nueva York no es tan grande como para que evite un choque inminente el día que os volváis a ver.

—¿Choque inminente? Joder, ni que fuésemos dos asteroides perdidos por el universo.

—Asteroides perdidos no sé, pero que os atraéis... —Se levantó de la cama sonriendo—. Ya me lo dirás, nena. —Me guiñó un ojo.

—Ni una cosa ni la otra. —Cogí la bandeja y le seguí al salón.

—Chispitas —hizo un gesto con los dedos como si explotasen, mientras canturreaba—, chispitas saltaban mientras le quitabas la americana.

Me senté al lado de Mike en la cocina que estaba ojeando un libro de cocina japonesa, mientras vigilaba el bizcocho que se estaba terminando de hornear.

—No te comas las tostadas. No creo ni que estén hechas. —Mike me acercó unas galletas por encima de la mesa.

—Menos mal que te tengo a ti.

—Sí, porque tú sola no sobrevivirías en tema de comidas. —Me acercó a él en la banqueta.

—Oye, hay algunas cosas que me salen de lujo.

—Sí, el café y la tortilla de patata. A lo demás le pones empeño, pero no sobrevivirías sin mí.

Escuchamos el timbre varias veces y a los segundos apareció Andrea y su larga melena rubia corriendo por la cocina.

—Buenos días, tíos. —Se fue directa al bote de las galletas.

—Esta niña me va a matar a disgustos un día de estos, ya os lo digo. —Sonia entró justo detrás de la niña.

—¿Qué hacéis a estas horas aquí? Si hasta las nueve no entra.

—Que lleva desde las seis de la mañana levantada, rogándome que le trajese aquí porque hoy hay bizcocho del tío Mike. —Nos besó a los dos mientras dejaba su bolso, la mochila de la niña y varias carpetas en la cómoda de al lado de la cocina.

—Quiero bizcocho, tío. *Porfiiiiiiii*. —Le rogaba a Mike mientras tiraba de su pantalón.

—Hola, princesa. Claro que te doy un trozo, pero con un vaso de leche que si no, no te haces grande.

—Vale, pero no de esa que bebe el tío Jus, que sabe como pasar la lengua por una barandilla oxidada. —Le miramos los cuatro sorprendidos.

—¿Y tú cómo sabes a lo que sabe una barandilla oxidada? —Pregunté esperando la respuesta más ingeniosa del mundo.

—Porque se lo oí decir el otro día al tito Justin. Dijo que salió con un chico y cuando hizo no se qué, que no entendí bien, que aquello era peor que pasar la lengua por una barandilla oxidada, que sabía a rayos. —Los tres miramos a Justin.

—A mí no me miréis. Que esta pequeña terrorista escuche conversaciones ajenas no es culpa mía. A ver si ahora me vais a quitar la libertad de expresión.

—La culpa es mía por dejártela un sábado por la noche después de que el día anterior salieras de fiesta hasta las tantas. —Sonia le recriminó mientras hacia cosquillas a la niña—. Y tú no debes escuchar conversaciones de mayores, ¿entendido?

—Vale, mami. Lo siento.

Me quedé unos segundos observando la sonrisa de Andrea y la de Sonia. Viéndolas así, en aquel momento y de aquella manera, nadie podría imaginar cómo había sido su vida años atrás.

Me hice íntima de Sonia cuando llegué a Nueva York. Fue mi primera amiga en la ciudad y de la que no me había separado en ocho años. Su trabajo en el *Bowery* lo compaginaba con clases en Broadway Dance Center. Pero una tarde, en el último ensayo para uno de los papeles protagonistas de la representación más importante de su vida, su compañero no la agarró bien y acabó en el suelo con la rodilla destrozada. Tras dos operaciones y mucha rehabilitación, pudo de nuevo volver a bailar, pero nunca podría ser la protagonista de ninguna obra ni nada por el estilo. Comenzó a trabajar en una discoteca de moda de la ciudad, donde conoció al que ella creyó que era su príncipe azul. Era un conocido jugador de los *Knicks* y Sonia cayó rendida a sus pies. Estuvieron saliendo un par de meses, pero el príncipe azul empezó a desteñir y a dejar manchas por muchas mujeres del estado de Nueva York y otros colindantes. Cuando dio el pasó de romper toda relación con él, se enteró de que estaba embarazada. Recordaba a la perfección la conversación que tuvimos siete años atrás.

—Sonia, no puedes volver con él. Por mucho que él pueda mantenerte, nunca te querrá, ni te respetará como te mereces. —Estábamos sentadas en el baño de la discoteca.

—Pero yo sola no puedo sacar adelante a... —puso sus manos sobre la tripa al decirlo en voz alta—. No puedo.

—No estás sola. Mike, Jus y yo te ayudaremos en todo.

—No os puedo cambiar la vida así. —Sonia no pensaba con claridad.

—Sonia, somos familia para lo bueno y para lo malo. Cuando ha pasado todo lo de Jonathan, tú has estado a mi lado al pie del cañón. —La abracé fuertemente—. Sí, por supuesto que nos va a cambiar la vida. Pero ¿no crees que va a ser increíble?

—¿Y si no sé cuidarla o darle de comer o...

—Pues lo haremos juntos. Somos como los de esa película de *Tres hombres y un bebé*, pero en nuestro caso somos dos mujeres, un hombre y Justin.

Conseguí con aquel comentario que Sonia sonriese.

—Si ese hijo de... —Me tragué mis propias palabras para no hacer más daño a Sonia—. Si ese mamonazo no quiere saber nada de su hija, perfecto. Tendrá una madre y tres tíos que la quieran con locura para siempre. Porque esto sí que es para siempre.

Desde hacía tres años Sonia era la propietaria de una pequeña academia de baile. Tras muchos quebraderos de cabeza, conseguimos reunir el dinero suficiente para la obra que se hizo. Era feliz haciendo lo que le adoraba, pero le quitaba mucho tiempo para estar con su hija, por eso nosotros tres hacíamos lo imposible para ayudarla.

—Mariola, te tengo que pedir un favor. ¿Puedes llevar a la niña a clase hoy? Tengo unas entrevistas ahora a las ocho y no puedo dejarla.

—No te preocupes, Sonia. Ya la llevo que me pillas de paso. —Me giré mirando a la niña—. Además, así me dice la señorita qué quiere para su cumpleaños.

—Solo quedan cinco días. —Andrea me enseñó su mano abierta.

La niña comenzó a explicar lo que quería para su cumpleaños. Le faltó pedirnos un unicornio rosa y que Bruno Mars saliese de la tarta. Les dejé en la cocina y me fui a preparar. Recogí mi agenda, mi bolso y mis inseparables gafas de sol. No era persona sin ellas.

—Andrea, preciosa, coge tus cosas que nos vamos para el colegio.

—Ole, ole y ole el arte español para llevar esos vestidazos. —Justin me dio un azote.

—Un día de estos te corto la mano.

—Tengo la cabeza como un bombo. Tengo que contratar a un profesor o profesora nueva — Sonia se sentó en un taburete mientras hablaba con Mike—, pero no sé ni por dónde empezar.

—El que sea el mejor. La academia está creciendo y necesitas más ayuda. Así podrás estar más con la niña. —Mike miró a Andrea que estaba en su mundo pintando en la mesa del salón.

—Lo sé, pero es que no me da la vida. Es más, la fiesta de cumpleaños... —Se llevó las manos a la cabeza agotada—. Ni siquiera he empezado a mirar nada.

—¿Y para qué trabajo yo en una empresa que organiza eventos? Tengo miradas varias cosas y solo tengo que hacer un par de llamadas para tener la mejor fiesta del mundo. —Le mostré un pequeño dossier que saqué del bolso.

—¿Cuándo demonios has tenido tiempo para esto? —Sonia me miró alucinada.

—Entre bodas, fiesta de graduación y negociaciones con mis jefes. —Hice una mueca de satisfacción con la boca.

—Pero no puedo pagar todo esto, Mariola. Se me va de presupuesto. —Sonia negó con la cabeza fuertemente.

—¿Y quién te ha dicho que lo tengas que pagar tú? Esta fiesta es mi regalo, tú encárgate de poder pasar el día con tu hija. No tienes que hacer nada más. —Le agarré de las manos sabiendo que no le iba a gustar.

—No puedes seguir sacándome las castañas del fuego cada vez que se me quemén.

—Sonia, somos una familia. Esto es lo que hacen las familias.

—¿Cuándo me irá todo bien? ¿Cuándo me he convertido en una mantenida? —Apoyó su cabeza en la mesa.

—No eres una mantenida —Mike miró por encima de Sonia—. Todos hemos tenido malos

momentos, muy malos. ¿No recuerdas la cantidad de trabajos surrealistas que tuvimos que hacer nosotros para poder seguir adelante?

—No fueron tan malos. —Sonia levantó la cabeza y se encontró con mis ojos abiertos como platos.

—Y un mojón.

—Lo de embajadores de whisky no estuvo mal. —Mike nos miró sonriendo—. Bebíamos mucho y aprendimos algo de ello.

—¿Y catadores de comida u olores? —Me levanté para ponerme otro café—. Que aún recuerdo cuando nos metieron comida de gatos para catar sin decírnoslo.

—Pero no me niegues que el de buzos de pelotas de golf te parecía el mejor trabajo del mundo.

—No te lo puedo negar. Disfrutaba como una enana y encontrábamos cosas de lo más raras en aquellos lagos. Pero un día todo empezó a mejorar. —Agarré a Sonia por los hombros—. No somos multimillonarios, pero no nos podemos quejar. Todo mejorará.

—Si tú lo dices, espero que llegue mi día pronto.

Sonia se esforzaba día a día para sacar a Andrea adelante, pero había que reconocer que no le estaba siendo demasiado fácil. Aunque nosotros tratábamos de ayudarla con todo, ella la mayoría de las veces no se dejaba. Vivía en un piso en el sur del *Bronx*, ya que era la zona donde más barato le salía el alquiler. Habíamos tratado de alquilar el piso de enfrente del nuestro para que viviesen con nosotros, pero Sonia se había negado muchas veces.

—Vamos, preciosa. —Fui a coger la mochila de Andrea, pero tuve que sacar más fuerza de lo normal—. ¿Qué co... demonios llevas aquí metido que pesa tanto?

—Mis libros y unas piedras.

—¿Cómo que unas piedras? —Sonia miró asombrada a la niña

—Sí, es que como esta mañana hacía viento, metí unas piedras en la mochila. El tito Justin un día me dijo que cuando hiciese viento, me tenía que meter piedras en los bolsillos, para no salir volando. Pero en el uniforme no me entran bien.

—Yo me voy a la ducha que llego tarde a mi cita.

Justin salió corriendo hacia su habitación, porque si no Sonia le iba a tirar las piedras que la niña había metido en su mochila.

—¿Nos vamos? Al final llego tarde al colegio. Os ponéis a hablar y no paráis. —Andrea estaba ya con la mochila en la espalda y las manos en la cadera—. Sois unas cotorras de mucho cuidado.

Los tres miramos a la niña y empezamos a reírnos. Debíamos tener mucho cuidado con lo que decíamos porque aprendía demasiado rápido. Era mucho más madura a sus seis años, que lo que podíamos ser nosotros en una noche de copas. Si no, a los hechos me podía remitir con la fiesta de los 80.

—Vamos, terremoto. —Cogí la mochila de Andrea y comencé a sacar las piedras—. Hoy no te llevará el viento.

Monté a Andrea en el coche, y tras colocarla en su silla y atarle el cinto, nos encaminamos a su colegio. Andrea estudiaba en *Allen-Stevenson*. Era uno de los mejores colegios privados de la ciudad. Costaba más de 45.000 dólares al año, pero los padres de Sonia le dejaron una herencia al morir. Era la única hija de una familia adinerada de Andalucía. No se hablaba con ellos desde que se quedó embarazada, pero tras morir repentinamente los dos en un accidente en una de sus fincas, descubrió que le dejaron un dinero en herencia. Sí, vivía en una de las peores zonas de Nueva York, ya que decidió destinar todo ese dinero para la educación de su hija. 45.000 dólares al año, multiplicados por los años que la niña estudiaría en aquel colegio, suponían casi la

totalidad de la herencia. Quería que Andrea tuviese la mejor educación posible. Ya nos preocuparíamos cuando Andrea empezase la universidad para ver de dónde íbamos a sacar el dinero. Le había dicho muchas veces que cambiase de piso, que destinase algo de ese dinero para que viviesen en una zona mejor, pero ella no quería tocar ni un céntimo de lo que le habían dejado sus padres. No se hablaba con ellos, ni siquiera conocían a su nieta, pero quisieron cuidarlas después de morir.

—¿Y voy a tener un unicornio? —Andrea me sacó de mis pensamientos mientras estábamos en un atasco.

—Cariño, el tema unicornios está siendo un poco difícil.

—Ya sé que no existen, pero me gustan. ¿Puede ser en los globos?

—No sé yo. —La miré a través del retrovisor.

—No quiero ningún regalo, solo quiero que estén mis amigos de clase.

—¿Ningún regalo? Pues tendré que devolver aquellas botas que viste en la tienda, las tipo *Ugg* rosas con dos lacitos a los lados. —Sabía que me iba a dar una de las réplicas más mordaces que tenía.

—A ver, tía, quien dice que no quiere regalos, miente. Me refiero a que no necesito unicornios ni castillos de princesas. —Se mordió el labio y me miró también a través del retrovisor—. Pero si me quieres regalar esas botas tan chulis, no les voy a decir que no.

—De acuerdo.

—Es que estarán tan solitas en el escaparate, que se encontrarán mejor en mi armario.

Tuve que contener la carcajada que tenía en la garganta.

—¿Has entregado ya las invitaciones a tus amigos?

—He entregado todas menos una. Le tengo que dar la última a Jason. Es que ha estado malito y no se la he podido dar.

—Cuando te confirmen todos los niños, me avisas para terminar de organizarlo todo.

Media hora más tarde aparqué el coche delante del colegio. Ayudé a Andrea a bajar del coche. Me di la vuelta para recoger la mochila del asiento y cuando se la iba a dar a la niña, salió corriendo por la acera hacia otro coche que había estacionado un par de metros detrás.

—Andrea, ¿dónde vas?

—Es Jason. Tengo que darle la invitación.

Me fijé en el coche que teníamos detrás. Era un *Chevrolet Suburban* negro que parecía recién sacado de una película de espías. Me coloqué las gafas de sol para no parecer idiota observando aquella nave espacial. Era muchísimo más grande que mi *Range Rover Evoque*. Del otro coche se bajó un hombre de al menos metro noventa, moreno, con un buen traje y se acercó con pasos firmes para abrir la puerta trasera. De ella se bajó un niño de la misma edad que Andrea, supuse que era Jason. Aproveché para pegarle un buen repaso a aquel hombre que, si se llevaba la mano a la oreja, sabría que era agente secreto. Me acerqué lentamente a ellos, sin dejar de observarle.

05.
COMO UN CARAMELO EN LA PUERTA
DEL COLEGIO

Gracias a Dios que llevaba las gafas de sol puestas, porque si no, aquel hombre se hubiese dado cuenta del repaso que le estaba pegando. Soy miope, de las que de lejos no ven un carajo y tengo que entrecerrar a menudo los ojos para ver claro. Así que cuando me acerqué lo suficiente y mi vista se enfocó en su cara... quise morirme. Tenía delante al *hombre del año*, al hombre al que le había arrancado la americana y al que, si me hubiese dejado, le habría arrancado hasta la foto del pasaporte a mordiscos. Me acordé de Justin, de sus ancestros y hasta del hombre mono del que descendía.

—Tía, tía. —Andrea comenzó a tirarme de la mano mientras yo seguía mirándole a él—. Tenemos un problema de agenda.

Lo dijo con tal tono dramático, que me recordó a una de esas comedias antiguas que veíamos en casa y de las que parecía que Andrea aprendía demasiado.

—¿Cuál es el problema de agenda, cariño? —Me agaché para estar a su altura.

—Mi papá me ha dicho que no puede. —Jason se acercó a nosotras—. Ese día tiene una reunión muy importante y no me puede acercar. Así que no puedo ir. Además, como he estado enfermo, debo tener cuidado con lo que como. —Jason me lo explicaba con cara de pena, mientras su padre sacaba la mochila del niño del coche.

—Por el tema de la comida no tienes que preocuparte, yo me encargo de la fiesta y cualquier cosa que no puedas comer, te la cambio por lo que quieras.

—No solo es por la comida, Jason. Ya sabes que me gusta ir contigo y ese día tengo una reunión importante. —Su padre se acercaba a nosotros con paso firme, sin mirarnos ni a Andrea ni a mí.

—Si ese es el mayor problema, yo puedo recogerte donde me digas antes de la fiesta y me hago responsable de volver a llevarte a casa cuando termine. —Trataba de que no se me notase nerviosa y rogué a todos los dioses que aquel hombre no me reconociese.

—No es que no me fie de usted, a simple vista no parece una psicópata roba niños. —Notaba su mirada clavada en mí mientras hablaba—. Pero me gusta conocer las personas que se ofrecen para llevarse a mi hijo a una fiesta.

O bien era el mayor imbécil del planeta y estaba haciendo que no me reconocía... O es que solo era el mayor imbécil del planeta. Me levanté del suelo y me giré para decirle las miles de palabras malsonantes que se me estaban pasando por la cabeza, pero se quitó las gafas, y aquellos ojos azules se posaron de nuevo en mí. Me miró de arriba abajo sin ningún tipo de pudor.

—¡Perdone, señor trajeado! Pero creo que no tiene derecho a insinuar nada por el estilo.

—Es mi tía Mariola. Pensaba que ya os conocíais. Ha organizado todas mis fiestas de cumpleaños. —Andrea era ajena a la tensión entre nosotros—. Aunque te perdieses la del año pasado y la del anterior, Jason.

—El año pasado estábamos de viaje y no pudimos ir a la fiesta, ¿o no te acuerdas Andrea? Estuviste casi dos días sin hablarme. —Jason agachó la cabeza.

—Ya me acuerdo, es que me dolió mucho que no vinieras. —Miré a la niña y tenía una cara

que ya la había visto yo aquella mañana en la cocina de casa. Otro perrito abandonado debajo de la lluvia—. Señor McArddle, por favor, deje que venga Jason a mi fiesta. Si no me moriré esta misma noche de pena y tristeza.

Andrea siempre tenía salida para todas las situaciones y era capaz de dejar a cualquiera noqueado con sus respuestas. Pero es que en aquel momento estaba con su papelón de *drama queen* muy bien ensayado. La niña era muy intensita.

No pude contener la risa y me tapé la boca con una mano, para que no se escuchase la carcajada demasiado alto. Pero pude ver como al señor trajeado se le cambiaba el gesto y no sabía muy bien cómo salir airoso de aquella situación. Así que decidí interceder en aquel mismo momento.

—Cariño, hay veces que no podemos estar tanto tiempo con las personas que queremos. — Volví a agacharme para poder hablar con Andrea—. Tenemos que aprender a ceder en ciertas ocasiones —pude ver cómo a mi pequeña sobrina se le llenaban los ojos de lágrimas mientras yo hablaba—. Mi niña preciosa. —La abracé—. No llores, por favor. Ya sabes que no me gusta verte así.

—Andrea, no me dejes de hablar porque papá no me deja ir. —Jason se acercó temeroso a Andrea.

Yo tuve que respirar un par de veces para no levantarme y pegarle un puñetazo en el hombro al trajeado por hacer llorar a mi sobrina. Le miré como si pudiese matarle con mi mirada.

—A ver, no me miréis así. —Él se pasó la mano por la nuca tratando de encontrar las palabras adecuadas—. Si a la tía de Andrea no le es mucho inconveniente irte a recoger a casa y tener cuidado con lo que comes en la fiesta... —Resopló unos segundos y acabó cediendo—. Yo intentaré salir de la reunión antes para poder ir a recogerte.

—¿Haría eso por mí, señor McArddle? —Andrea le miró con unos ojos que si le decía que no era para matarle allí mismo.

—Eres la mejor amiga de mi hijo, así que sí tu tía puede venir a por él, no hay problema. — Alzó los hombros—. Luego le daré a ella una lista de alimentos que no puede comer y cuando salga de la reunión me pasaré por la fiesta. —Hablabla de mí como si no estuviese delante.

—Muchísimas gracias, señor McArddle. —Se le abrazó a la pierna—. De verdad, muchas gracias.

—Muy bien, chicos. Ahora os tenéis que marchar a clase o llegaréis tarde. —Me acerqué a mi sobrina y le susurré al oído—. Ya hablaremos tú y yo de esas tácticas tuyas tan lacrimógenas.

Se marcharon corriendo a clase, pero a mi sobrina se le oyó decir algo.

—Ves, Jason, esto me lo enseñó mi tito Justin. Cuando una niña llora, nada se le resiste. Ni siquiera el estirado de tu padre.

Me quise morir allí mismo. Creo que la palabra estirado la había aprendido de mí. Mi sobrina era una manipuladora nata. Aunque con un maestro como Justin, no podía haber sido de otra manera.

—Así que en su familia consiguen así las cosas. Muy buen ejemplo para una niña.

Su tono de voz era demasiado duro. No lo recordaba así el día de la fiesta. Aunque supuse que era por el alcohol que corría por mi cuerpo, que me hizo tener un momento especial con aquel zoquete.

—¿Y en su familia destrozan las ilusiones de dos niños negándoles las cosas? —No pude contener mi lengua más tiempo. Si él podía hacer que no me conocía y ser el más borde de la isla, yo iba a ser la más borde de todo el estado—. Lo siento mucho, pero llego tarde a una reunión y me tengo que marchar. Pásele la lista de alimentos que su hijo no tolera a mi sobrina y me

encargaré de que no coma nada que no pueda.

—¿Por qué me tengo fiar de usted? ¿Qué experiencia tiene organizando fiestas de niños?

—He organizado las de mi sobrina desde que nació. Así que supongo que eso me otorga un mínimo grado de experiencia.

—Mi hijo tiene unas intolerancias alimenticias que...

—Mire, no quiero ser maleducada, pero tengo una reunión muy importante y ya me he entretenido bastante. Así que como ya le he dicho, pásele a mi sobrina una lista con todo y yo me hago cargo. A no ser que no quiera dejar ir a su hijo a la fiesta y destroce a dos niños de nuevo.

—No se quién se...

—Encantada, señor McArddle, pero me tengo que ir. Buenos días.

Me marché sin mirar atrás con una sonrisa en mi cara. Le dejé con la palabra en la boca, pero no iba a tolerar que aquel hombre dudase de mi trabajo o de mis dotes para organizar la fiesta. ¿Quién demonios se creía que era? Pude sentir cómo me miraba con cara de no saber qué decir. Lo que no comprendía era por qué hizo que no me conocía. Habíamos compartido un momento, ¿especial?, ¿extraño?, ¿sacado de una comedia romántica del canal de pago? No sabía muy bien cómo definirlo. Pero lo peor era que no sabía si me enfadaba porque no me hubiese reconocido, cosa que podría herir mi orgullo, o que se estuviese haciendo el loco para no tener que admitir que me reconocía.

—¡Me cago en Justin! En cuanto llegue a casa y le vea, le mato. ¿Qué puedes perder? —Miré por el retrovisor y él estaba aún en la acera observando cómo me incorporaba a la carretera—. Si no vas a volver a verle. —Eché un último vistazo por el espejo—. Lo mato.

Puse la música y comenzó a sonar *You and me are gone* de Jamie Cullum. Golpeé el volante al son de la música para quitarme los ojos azules del señor McArddle mirándome.

—Mariola, no caigas con la misma clase de piedras. Te lo prometiste a ti misma.

Hablar sola era una de mis terapias. La otra era agarrar una buena botella de vino y beber, pero tenía varias reuniones aquella mañana y no era cuestión de llegar como las Grecas al trabajo. La última vez prometí no volver a fijarme en hombres con coches caros y trajes de firma. Lo aprendí gracias a Jonathan, mi fantasma particular. Después de desaparecer aquella noche, volvió a mi vida pidiéndome perdón y echándome una mano con el caos que tenía alrededor. Era guapo, con mucho poder y con muy poca alma. Caí de nuevo rendida a sus pies y me prometió la luna, las estrellas y todo el firmamento. Puso un anillo de diamantes en mi mano la noche que celebrábamos nuestro segundo aniversario. Para mí él era mi mundo. Todo giraba en torno a él. Incluso desoí a Justin y Mike avisándome de lo que él hacía, de lo que decía o de lo que me estaba haciendo a mí sin que yo me diese cuenta. Pero estaba tan enamorada que no les quise hacer caso.

No le respondí la noche que me pidió que nos casásemos. Habíamos tenido un problema en una de aquellas fiestas a las que le acompañaba con un hombre de negocios cuando no estábamos juntos. Me costó mucho volver a confiar en él. Pensé en prepararle una gran sorpresa: una buena cena, la casa iluminada solo con velas y mi sí quiero. Pero la sorpresa me la llevé yo. Después de dos horas con la cena en la mesa y vestida con la ropa interior más sexy de La Perla, él no apareció por casa, no contestaba al teléfono y en su oficina nadie daba señales de vida. Así que decidí acercarme allí para ver si le localizaba. Pero en el momento en que el ascensor paró en la planta del *penthouse* del que yo salía, vi cómo mi maravilloso y guapísimo novio se lo estaba montando con una rubia de medidas de escándalo dentro. Ni siquiera se dieron cuenta de que estaba allí parada mirándolos, hasta que entré en el ascensor y les pedí, por favor, que saliesen para que pudiera marcharme de allí lo antes posible. En aquel momento dejé de fiarme de aquel tipo de hombres en particular y del resto en general.

Llegué a la oficina y aquello parecía la guerra. La gente corría de un lado a otro como si hubiese llegado asuntos internos a una comisaria llena de policías corruptos. Según aparecí Sasha me comentó que los jefes estaban esperándome, así que dejé mis cosas en mi sitio y me fui al despacho de Michael, mi jefe. Llamé a la puerta esperando el caos total.

—¿Se avecina un meteorito y no me he enterado?

—La boda de los McNee. —Linda me miró con cara de preocupación.

—¿Qué pasa? —Pregunté agotada mentalmente gracias a aquella boda, antes de sentarme en uno de los sillones del despacho.

—No sé qué es lo que ha pasado, pero Cindy dice que no se casa si no es en el hotel Four Seasons. Y ese hotel está reservado para una entrega de premios ese fin de semana y que también estamos organizado nosotros. Así que no sé qué vamos a hacer con esta mujer. —Linda parecía agotada.

Fue escuchar Four Seasons y en mi mente apareció el *hombre sexy del año*.

—Vamos a ver. —Me levanté del sillón—. Si estaban interesados en el Carlyle y ya teníamos hecha la reserva. No sabes lo que me costó poder ponerme en contacto con ellos y que nos reservasen todo en tan poco tiempo.

—Tranquiliémonos un poco. Podríamos hablar con el dueño del hotel. Hemos entrado por fin allí con la gala de música, tal vez nos haga el favor. —Michael era siempre quien traía paz a este tipo problemas—. Sé que es algo difícil, pero podríamos conseguirlo. Si perdemos esta cuenta la empresa se resentirá muchísimo. —Michael se acercó a mí—. Tenemos un gran equipo, pero tal vez las cosas no funcionan bien de la forma en que las hemos estado gestionando. Hemos pensado en una persona de confianza para que lo dirija y se centre en menos proyectos.

—Lo comprendo. —Yo llevaba tantas cuentas, que era normal que la hubiese cagado con aquella boda—. Dime a quién le tengo que pasar todas las notas de los McNee para que pueda elegir a su equipo de trabajo.

—Pero, niña, ¿no te das cuenta de que mi marido te lo está pidiendo a ti?

—¿Yo? Pero si solamente soy tu ayudante, Linda. Yo no me puedo encargar de eso. No tengo ningún tipo de experiencia dirigiendo equipos y menos como para encargarme de un evento de tal magnitud.

—Confiamos mucho en ti, Mariola. Has sido capaz de hacer muchas cosas sin llevarte los méritos que mereces y creemos que este es el momento de que firmes tus propias obras. —Linda me agarró del hombro.

—Sé que mi mujer confía muchísimo en ti y también sé que muchas de las ideas de otros trabajos han sido íntegramente tuyas. Así que, por favor, dínos que sí. Eres en quien más confiamos y si este trabajo sale bien, tenemos pensadas muchas cosas para ti.

—Pero no creo que yo...

—Mira, Mariola, yo me tengo que ir a ver el Four Seasons con mi mujer, a ver si entre los dos nos hace más caso, y nos hace este favor...

—Vale, yo voy a intentar hablar con la novia para saber qué ha pasado.

—Mariola, trabaja hoy desde mi despacho —Linda me guiñó un ojo sonriendo—, que tenemos ahí todo con lo que has estado trabajando y así nadie te molestará. Reúne al equipo que tú quieras y creas conveniente, porque esto nos va a dar más trabajo de nuevo. Quieren adelantar todo para dentro de dos meses. Así que hay que ponerse con ello desde ya mismo.

Sin darme casi cuenta estaba en el despacho de mi jefa buscando todas las peticiones de la novia y del novio, enterrada entre pruebas del papel para los menús, muestras de servilletas y

folios llenos de garabatos de la novia. Sin olvidarme de Jason McArddle y sus intolerancias. Tenía que cambiar la tarta y el catering de la fiesta infantil. Tenía la cabeza en dos sitios diferentes. El señor trajeado pululaba también entre las servilletas y las intolerancias.

Después de seis horas metida en el despacho y sin noticias de los jefes, vi que eran casi las tres de la tarde. Así que decidí que lo mejor era bajar a por algo de comer al restaurante de la esquina y despejarme un rato.

CIA se encontraba en una de las plantas intermedias del edificio *The Coates*, en el 555 de Madison Avenue, a un paso de la famosa Quinta Avenida. Era una zona muy concurrida a cualquier hora del día, pero ya eran las tres de la tarde, por lo que no habría muchos neoyorkinos comiendo. Decidí caminar una manzana hasta el Europa Café, un lugar donde preparaban unos sándwiches espectaculares y cuyo café me despertaba por las tardes.

—Mariola, tarde vienes hoy. —Zac me saludó desde la barra donde preparaba la comida.

—Lo sé, pero mejor ahora que casi no hay nadie. Ponme uno de pavo ahumado y queso brie.

—Marchando. —Hizo sonar una campanilla y me sonrió—. Siéntate y te lo llevo cuando lo tenga. Ahora te pone Rita un café de los tuyos.

Me senté en una mesa que estaba situada en la cristalera que daba a la calle, mi lugar favorito desde donde se veía la avenida Madison. Saqué la agenda para terminar de organizar la fiesta de cumpleaños en mi hora de la comida. Tenía pendientes demasiados detalles que atar, demasiadas cosas para preparar en tan solo cinco días. Me quedé mirando por el ventanal unos segundos. La gente caminaba con prisa por la calle, algunos corrían, otros paseaban y algunos enamorados se besaban con pasión delante de los demás transeúntes.

Observé fijamente a aquellos dos enamorados besándose y me di cuenta de que hacía tiempo que había dejado de creer en el amor tal y como creía que era. Con los hombres no había tenido muy buenas experiencias. Todos, o casi todos, me habían fallado de alguna manera. Desde los chicos que conocí en el instituto, pasando por los chicos de mi juventud. Ni siquiera cruzando el charco, había encontrado a un hombre que me hiciera volver a confiar y creer en ellos. O te engañaban o te mentían. O te engañaban y te mentían a la vez.

Cerré los ojos y meneé la cabeza intentando desprenderme de aquellos pensamientos. ¿A qué venía pensar en el amor en aquel momento? Si desde Jonathan no había vuelto a tener ninguna relación estable. Me negué a mí misma agitando la cabeza. Cuando abrí los ojos, vi al señor trajeado en la acera de enfrente abriéndole la puerta de un coche a una preciosa morena, que se despidió de él con un beso en la mejilla. Cerró la puerta, esperó a que el coche se alejase, miró ambos lados de la avenida y cruzó para entrar en la cafetería donde yo estaba sentada. Lo único que pensaba era que por favor no me viese, no sabía si sería capaz de seguir haciendo que no nos conociamos o de soportar que él hiciese que no me conocía. No me moví ni un centímetro, mi cerebro llegó a creer que podría mimetizarme con el mobiliario y ser como un camaleón, pero en el momento en que el aroma del señor trajeado se hizo más fuerte, supe que se estaba acercando y traté de disimular. Cogí mi móvil e hice una llamada falsa. Él se acercó por la derecha y yo me giré hacia la izquierda en la silla disimulando. Así varias veces, con tan mala suerte que acabé tirando el café cuando volví a girar. Me cayó por encima y sobre los pantalones del señor trajeado.

—¡Mierda! Lo siento mucho. —Me levanté para pedir unas servilletas en la barra y se las di.

—Sé que no le he caído muy bien esta mañana, pero tirarme un café por encima me parece algo exagerado.

—Usted se cree muy gracioso, ¿verdad? Dé gracias a Dios de que el café no me guste demasiado caliente, si no hubiese tenido algún problema mayor. —Me limpié la ropa y le entregué

varias servilletas—. Mierda, mi agenda. Si es que no puede ser. —Resoplé fuertemente cagándome mentalmente en todo lo posible—. Agggggggggg.

—Solamente es una agenda. Puede comprar otra.

—Claro, ¿y todo lo que tengo aquí apuntado? Es la agenda del trabajo, donde tengo la lista de invitados de la fiesta de Andrea, las peticiones estúpidas de mis clientes, los bocetos de las mesas, de la decoración, mis dibujos, fotos... En definitiva, aquí tengo media vida. —Agarré la agenda y chorreó café al levantarla.

—No se preocupe. Solamente es café. No borrará las cosas. Solo dejará mancha y un poco de olor.

Me sonrió de una manera diferente, medio compasiva, medio sexy sin pretenderlo. Tuve que volver a cerrar los ojos y menear la cabeza para quitar cierta clase de pensamientos que se me estaban empezando a pasar por la cabeza.

—Muchas gracias, señor trajeado. Pero tengo que marcharme a trabajar. Me espera una semana muy dura. —Respiré profundamente, haciendo que su olor se metiese dentro de mí—. Me tengo que marchar.

—¿Por qué parece que huye de mí? Esta mañana igual, ha salido corriendo del colegio. Ahora nos volvemos a ver y ni siquiera me ha preguntado por mi nombre.

—Es el señor McArddle, el padre de Jason. Es toda la información que necesito de usted.

—¿Seguro que no necesita nada más de mí? —Se acercó para coger unas servilletas que había dejado detrás de mí y me rozó el brazo. Sentí cómo algo se removía dentro.

—No necesito nada más.

Como siguiese delante de él cinco minutos más, iba a comenzar a decir estupideces y no me apetecía tener que dar explicaciones. Que no me recordaba, joder.

—Al menos mi dirección y la lista de intolerancias de Jason.

—Bueno, eso me lo puede decir mi sobrina.

—¿Ni siquiera mi nombre? Lo de señor trajeado es divertido, pero el señor McArddle es mi padre —sal decirlo se quedó unos segundos con un extraño gesto en la cara.

—¿Tan importante es para usted que sepa su nombre?

—De la forma en que me mira, parece ser más importante para usted que para mí.

—¿La forma en que le miro?

—Sí, parece querer saber más de mí.

—Conmigo esos trucos no funcionan. Otros trajeados como usted ya han intentado un millón de trucos y conozco a los de su clase. —Sonreí sabiendo que podía ganar aquel partido—. Y vuelvo a repetirle, no funcionan.

—¿Qué trucos?

—El de hacerme pensar que yo soy la que está interesada en conocerle, cuando no es así.

—Yo sé su nombre, Mariola, creo que es justo que sepa el mío. Me llamo Alex, Alex McArddle. —Me tendió la mano y se la estreché—. Presentaciones en condiciones. Y si puede dejar de llamarme de usted, se lo agradecería.

—Lo mismo digo de tratarme de usted y deje de pensar que soy una psicópata roba niños.

—No la entiendo.

—Es lo que ha dicho esta mañana.

—Era una broma. Lo siento, no se me da demasiado bien bromear. Voy a recoger lo que he encargado para comer y me voy otra vez a la reunión de la que me he escapado.

—Yo también me voy a trabajar. —Le vi cómo sacaba un boli de la americana y apuntaba algo y me lo tendía—. ¿Ahora qué quieres?

—Mi dirección de *e-mail* para poder pasarte la lista. No me fio de que mi hijo se acuerde de dársela a tu sobrina. Si te la da mañana cuando se la entregue yo, solo tienes que tirar el papel.

—De acuerdo. —Cogí el papel y me rozó de nuevo la mano.

—Muchas gracias por hacer esto por mi hijo. Poca gente se toma tantas molestias. Directamente no le invitan. Ya se ha perdido bastantes fiestas por su problema. Así que muchas gracias de parte de mi hijo.

Vi cómo se marchaba con una bolsa de comida por la puerta. Antes de cruzar la calle, se giró y pude ver algo diferente en sus ojos. Los entrecerró para enfocarme bien y sonrió lentamente, ladeando la boca. Se pasó el pulgar unos segundos por sus labios y, joder, me dieron ganas de salir a comérmelo de postre. Fue como si se parase el mundo a su alrededor y solo se moviese su boca para dibujar una sonrisa ladeada demoledora, acompañada de su dedo.

—Aquí tiene su café. —Me lo dejó en la barra uno de los camareros. El señor McArddle te ha pedido otro al caerse el tuyo.

—Gracias. Hasta luego

Antes de volver a la oficina me sonó un mensaje en el móvil. Justin anulaba nuestra cita de aquella tarde. Lo leí y le contesté con un escueto *Ok*. Sabía que entendería perfectamente que estaba enfadada con él por algo.

Me encerré en el despacho hasta pasadas las ocho de la tarde. Me olvidé del móvil y me había centrado tanto en la boda, que ni siquiera escuché las diez llamadas perdidas de Justin. Sabía que me pasaba algo. Era tan insistente cuando estaba enfadada con él, que era capaz de cualquier cosa para sacármelo y arreglarlo.

—¿Pretendes pasar de mí durante el resto de tu vida?

Al levantar la vista del montón de carpetas me encontré con los ojos de Justin fijos en mí. Ladeé la cabeza, solté la pluma que tenía en la mano y me acerqué a él con una sonrisa. Eso le descolocó por completo. Y después de pegarle un puñetazo en el hombro, se descolocó aún más.

—¿Es el día de peguemos al tío más guapo de la ciudad?

—No. Es el día de peguemos al liante de tu amigo que te dice —me aclaré la garganta para tratar de imitarle—: *¿Qué puede pasar? Si no vas a volver a verle en tu vida.*

Justin parecía no entender lo que le estaba diciendo. Pero es que estaba tan enfadada con el señor trajeado por no recordarme, que me enfadé más aún con Justin. ¿Cómo se le podía haber olvidado aquello? Tal vez no fue tan impactante para él, como lo fue para mí. Desde aquella noche, no se me había ido de la cabeza ni sus ojos ni su olor. Y haberlo visto dos veces más, no podía suponer nada bueno para mí.

—¿A quién has vuelto a ver?

—Al *hombre del año*. —Recogí unas carpetas de la mesa y las metí en mi bolso—. Le he vuelto a ver dos veces. Nueva York no es tan grande como parece. Si es que trabajamos a menos de diez minutos. —Gruñí un par de segundos.

—Vamos a ver... —Justin me agarró las manos, supuse que para que no le pegase otra vez—. Llevas viviendo en la ciudad ocho años, seis trabajando aquí y jamás os habéis cruzado. Aún trabajando en el mismo sector. Y me dices que después de aquella fiesta, ¿os habéis visto dos veces?

—Eso es. —Le miré negando con la cabeza.

—O el destino está siendo muy caprichoso o ese tío te está siguiendo. —Salimos del despacho.

—Ya claro. Me está siguiendo para que le dé la mitad de la botella de ron. —Nos montamos en el ascensor y bajamos hasta el garaje a por mi coche.

—Es un niño rico. Seguro que se ha encaprichado de ti.

Le volví a pegar un puñetazo. No dije nada más hasta que aparqué delante del *The Lambs Club* para coger la cena. Quería celebrar mi pequeño ascenso con los chicos, aprovechando que aquella noche Mike no trabajaba.

—No puedes estar enfadada toda la vida conmigo, Mariola. Se te va a pasar en cuanto abramos la botella de vino.

—Ya veremos.

Hice el pedido en la barra y Justin alucinó con la cantidad de comida que pedí. Y aún más con las tres botellas de vino que añadí a la cuenta.

—¿Celebramos algo o es para mi funeral?

—Se han complicado las cosas en la boda de los McNee y me voy a hacer cargo del equipo de trabajo. Los jefes quieren que tenga un puesto de más responsabilidad, mejor remunerado y poco más. —Levanté los hombros como si aquel ascenso fuese algo normal.

—Me lo estás contando como si te hubiesen dado cita para la manicura mañana. —Me agarró de los hombros—. Esto es grande, nena. Es muy grande.

Me levantó en brazos y giró conmigo en el restaurante. Explicación a aquel momento: nosotros seguíamos el protocolo de los eventos que organizábamos y de los actos a los que acudíamos, pero cuando estábamos fuera de todo aquello, nos pasábamos el protocolo por el arco del triunfo.

—Aquí tenéis la cena. —El camarero, que era un viejo conocido de Mike de la escuela de hostelería, nos la entregó sonriendo y negando con la cabeza—. Cada vez que venís a alguno de estos ricos se le encoge el esfínter.

Salí del restaurante riéndome y mucho menos enfadada con Justin. Aunque seguía teniendo la cabeza hecha un lío. Por una parte, estaba la opción de ver a Alex en el cumpleaños de Andrea, pasar la tarde con los niños y poco más. No volver a verle. Volver a ser desconocidos en la gran manzana.

Pero, por otra parte, quería saber más sobre él. Más de lo que podía conocer por las revistas o por una rápida búsqueda en *Google*. Me apetecía descubrir qué historias escondían aquellas arruguitas que se le formaban en los ojos o qué ocultaba su sonrisa ladeada o qué sentiría de nuevo mi piel si Alex pasaba su mano por ella.

—Mariola, deja de pensar en el hombre más sexy del año. Que estás haciendo atasco. —Justin me sacó de mis pensamientos.

—Perdona, estaba pensando en la boda.

—Mentirosa. —Justin cambió la música.

—¿Cuándo has quedado con tus socios?

—Casi socios. Pues el jueves a las ocho en el Galli, para que vean cómo cocina Mike.

—Mike siempre es una buena baza. Con una cena y uno de esos vinos que tiene, sumado a tu experiencia, seguro que te dan sus riñones. —Aparqué el coche delante de nuestro piso—. Y si hace ese volcán de chocolate, te dan en ofrenda a su primogénito varón.

Mike estaba con su ordenador preparando el menú de la cena. En cuanto nos escuchó entrar, y el olor de la comida le llegó, saltó del sofá para preparar la mesa en la azotea.

Tras cenar, reírnos un rato de mi encontronazo con el señor trajeado y bebernos dos de las tres botellas de vino, bajé a mi habitación para ultimar unos detalles de la boda. No había tenido noticias de mis jefes en todo el día, así que no sabía si el nuevo emplazamiento de la ceremonia era nuestro.

Cuando estaba desnudándome para meterme en la cama, y vi la mancha de café de la agenda, me acordé de él. Así que decidí mandarle un *e-mail* de agradecimiento por el café. Como no me fiaba de que no fuese un psicópata persigue locas, decidí enviárselo desde mi segundo *e-mail*. El

del trabajo le daría demasiadas pistas sobre dónde encontrarme.

La semana pasó volando y no recibí ninguna contestación al *e-mail*. Trabajaba doce horas al día en la boda y al llegar a casa lo hacía en la fiesta de Andrea. Así que me salían arreglos, canapés, globos y estrellas por los ojos, orejas y muchos más sitios indescritibles.

Por fin llegó el día de la reunión de Justin. Me marché a las cinco a casa para poder prepararme para la cena. Al día siguiente no tenía que ir a la oficina, así que era más que probable que aquella noche nos fuésemos a tomar unas copas por Manhattan.

Me metí en el baño, y tras una ducha más que relajante, me preparé. No sabía qué tipo de gente eran esos dos socios, así que me decidí por una blusa con la espalda descubierta, mis vaqueros que me levantaban el culo a lo Kardashian y mis *Louboutin* negros de tachuelas. La espalda de la blusa la taparía con una americana y así no habría ningún problema. Estaba más que preparada para que después de la aburrida cena, tomásemos copas hasta el amanecer.

Al llegar a Galli, vi a Justin muy desenvuelto en la barra preparándose un cóctel, y por el color que tenía aquello, era su famoso *furor latino*.

—Jus, ¿qué demonios haces ahí dentro?

—Que estos chicos no saben hacer mi cóctel como me gusta. ¿Te pongo a ti otro? —Antes de terminar de realizar la pregunta, ya me estaba sirviendo a mí una copa.

—¿Dónde están tus socios? —alcancé la copa para acercármela.

—Ahora mismo hablando con Mike sobre unas no se qué. —Noté algo raro en la mirada de Justin. Siempre la mantenía fija cuando hablabas con él, pero en aquel momento no lo estaba haciendo. Me estaba ocultando algo.

—Muy bien. —Entrecerré los ojos esperando que dejase de ocultarme lo que fuese, pero no lo hizo tras unos segundos de intensa mirada. Me quitó la americana—. Cuando vengan, me avisas por favor.

—¿Y esa camisa? —Salió de la barra y me rodeó—. Solo te la pones para...—se llevó una mano a la boca y soltó un pequeño grito—. ¿Esta noche salimos de fiesta?

—Podría ser. —Comencé a hacerme la interesante y a sacarle un poco de quicio—. Mañana no tengo que ir a la oficina, trabajaré desde casa por todo lo que he trabajado esta semana así que... —Abrí mucho los ojos y volví a notar cómo Justin desviaba la mirada—. ¿Me vas a decir qué me estás ocultando, Jus?

—Nada. —Le dio un trago largo a su bebida—. ¿Te ha contestado al *e-mail*?

—No. —Se lo había contado en el desayuno tras no recibir ninguna respuesta—. Me das mucho miedo cuando te pones en plan espía ruso. —Observé el restaurante y para ser jueves no había demasiadas mesas ocupadas—. Supongo que estará con su mujer y su hijo.

—Ya hablaremos de destino y psicópatas más tarde. —Comenzó a sonar un teléfono—. Nena, te vibra el móvil.

Al cogerlo vi un mensaje de Sasha sobre unas llamadas y una notificación de un nuevo *e-mail*. Al abrirlo no reconocí la dirección del remitente. Solamente aparecía la palabra copa en el asunto del mensaje.

—«No hace falta que me des las gracias por el café, pero me gustaría invitarte a otra copa cuando salga de esta reunión». —Lo leí en voz alta para Justin—. Alex.

—Claro. —Volvía a no mirarme de nuevo.

Justin estaba más raro de lo normal, pero supuse que era por la cena con sus posibles socios, así que no le di más importancia y respondí al *e-mail*.

Asunto: Fw: Copa

Mensaje: Tengo que decir que no. No creo que a su mujer le haga gracia que tome una copa con una desconocida, psicópata roba niños, y que tira cafés en la entrepierna de su marido.

Mariola.

—Pero ¿cómo se te ocurre mandar eso? —Justin me quitó el móvil de la mano tratando de deshacer el envío.

—He atado cabos, Jus. Si tiene un hijo, tendrá una mujer. No creo que haya dado a luz él. No necesito más problemas en mi vida. —Pegué un trago a la copa y noté cómo Justin comenzaba a sonreír de una forma demasiado extraña.

—Mira, ya viene Mike con Frank y con tu *hombre sexy del año*.

—¿Cómo que mi...

Al girarme en el taburete pude ver que el señor McArddle, Alex, estaba caminando al lado de Mike, y del que supuse que Frank, directos hacia nosotros. Iba vestido completamente diferente a las dos veces que le había visto. Llevaba un pantalón vaquero con una camisa impecablemente blanca y una chupa de cuero, de esas que me volvían loca. Creo que se podía ver cómo le miraba porque Justin me pegó un pellizco en la mano.

—Juro que no sabía que era él hasta que ha entrado con Frank por la puerta. Estoy igual de sorprendido que tú

—¿Seguro, Jus? Todo esto no formará parte de un plan de los tuyos para buscarme pareja, ¿verdad? —Estaba dándole la espalda a Mike, Frank y Alex, matando con la mirada a Justin.

—Eso solamente es parte de la carta. Tenemos creaciones pendientes de probar. Muchos de los productos que usamos en la cocina los tenemos gracias a nuestra amiga Mariola. Es española y nos ha dado a conocer muchos de los fabulosos productos de su país que ahora usamos. — Escuché a Mike mientras se acercaban por la barra.

—Me gusta mucho la cultura española. —Escuché su voz. Esa voz ronca, dulce y sexy que me había susurrado casi al oído días antes en el Europa Café.

—Ahora mismo os la presento. Es un encanto, seguro que os gusta.

—Jus, deja que me vaya por favor. —Estábamos lo suficientemente lejos como para que si me marchaba no me viesen en plan novia a la fuga—. Deja que ponga una excusa para irme.

—Cariño, ¿por qué parece que te estás poniendo nerviosa mientras se acerca? Tú de aquí no te escapas.

—A Justin ya le conocéis y esta es la encantadora Mariola, nuestra estudiante de intercambio. —Mike y Justin se empezaron a reír—. Lo siento, pero son muchos años y siempre se me escapa la broma cuando la presento.

—Yo creo que lo de estudiante de intercambio dejó de colar hace unos cuantos años. Hola, soy Mariola.

Traté de bajarme de la silla sin tropezarme y simular tranquilidad.

—Encantado, me llamo Frank Jacobs. —Me acerqué sin pensármelo y le di dos besos—. Costumbres españolas que siempre me han gustado.

—Hola, Alex. —Le tendí la mano para saludarle.

—¿Vosotros ya os conocéis? —Frank miró a Alex extrañado.

—Sí, casualidades. Es la tercera vez que nos vemos en pocos días. —Alex me miraba fijamente.

—Más bien yo diría que cuarta. —Justin lo susurró mientras apuraba las últimas gotas de su copa.

—Sí. —Le pegué un trago al cóctel y miré a Justin queriendo matarle. En cuanto me dejasen a

solas con él, no iba a quedar ni un pelo de su pelirroja cabeza.

—Bueno, Frank —Mike notó algo extraño en nuestras caras y trató de sacar aquella cena a flote, sin que nosotros la cagásemos—. Creo que es hora de pasar a cenar.

—Totalmente de acuerdo. —Frank asintió con una gran sonrisa.

—Os preparan aquí un aperitivo y, si me dais diez minutos, podremos sentarnos. —Mike pidió a los camareros que nos sirviesen y desapareció por la puerta que daba a la cocina.

Sin darme cuenta, Alex se situó a mi lado, cerca, demasiado cerca. Podía oler su perfume, ese olor que me había acompañado toda la semana. Sabía que me estaba observando y examinando. Me sentía algo incómoda con sus ojos recorriéndome entera. A través del espejo que estaba detrás de las botellas de la barra, le podía ver perfectamente.

Me recorrió un hormigueo por las piernas, que culminó con un escalofrío que atravesó mi espalda hasta llegar a la nuca. Tuve que cerrar los ojos un momento y sacudir levemente la cabeza para quitarme aquella sensación de encima.

—¿Estás bien, Mariola? —Justin lo dijo con una sonrisa en la boca.

—Sí, me está pasando factura ahora la semana intensa en el trabajo. —Sonreí falsamente.

—¿Te dio Andrea la lista?

—Dios mío, la lista. —No lo pude evitar—. ¿Cómo no me he acordado? —Salió mi lado más maligno.

—¿Y ahora cómo le digo yo a mi hijo que no puede ir a la fiesta, porque la tía de su mejor amiga no se ha acordado de él?

Joder, que pronto tenía el trajeado. Yo que le quería devolver lo de roba niños y me salió el tiro por la culata. Aquel hombre, por mucho que hubiese dejado el traje en casa, tenía una vida demasiado encorsetada y un humor muy malo. Tuve que controlarme para no estallar en una gran carcajada y observé su cara mientras me hablaba. Le salía un hoyuelo en la mejilla cuando torcía el gesto de la boca hacia la derecha y, hasta de aquella manera, estaba guapo.

—Sabía que no podría confiar en alguien que no conozco.

—Claro es que una psicópata sin experiencia organizando fiestas... —No me pude quedar calladita, no.

—Pero a q viene... —Se fijo en mi sonrisa y negó con la cabeza—. ¿Me estás vacilando?

—Sí.

—Y yo caigo como un idiota. —Se pasó la mano por la cara regalándome una sonrisa enorme—. Vale. Me lo tengo merecido por lo que te dije.

—La verdad es que sí que te lo mereces. Por juzgar a alguien sin conocerla, cuando lo único que estaba haciendo era ser amable. —Me señalé por si se perdía en mi explicación.

—Chicos, ya podemos pasar a cenar. —Mike nos invitó al comedor privado y yo respiré por no tener que seguir tan cerca de Alex.

—Mike, ¿les has enseñado la bodega que está aquí a la derecha?

—Es verdad, Justin, qué cabeza tengo. Acercaos por aquí. —Se apartaron un poco hasta la bodega.

—Está que cruje el tío.

—Te juro que yo te mato. Seguro que todo esto es cosa tuya, que ya sabías que era el otro socio el día de la fiesta, que me la liaste y estás disfrutando.

—No, nena, te juro que no es así. Hasta que no han llegado aquí, no tenía ni idea de nada. Además —salió de la barra y me rodeó con su brazo para susurrarme—, te mira como si fueras un caramelo en la puerta de un colegio. Tú necesitas alguien con quien...

—¡Justin! No digas nada más, por favor. Que se va a enterar todo el restaurante de mi

inexistente vida sexual de los últimos meses. —Quitó su brazo de mi cintura—. Vamos a pasar a la mesa, que tengo mas hambre que los patos de Manolo.

—Tú y tus cosas raras españolas. Nunca las entenderé. Espera un segundo. —Se metió de nuevo en la barra y puso dos chupitos—. Creo que lo vas a necesitar.

—Te mato. —Me lo bebí sin rechistar y me levanté de la silla para ponerme la americana, pero Justin se la llevó con él—. Jus, devuélveme la americana, que no puedo ir solo con la camisa.

—Tú contonéate hasta la mesa. —Salió corriendo.

No me quedó más remedio que acercarme hasta donde estaban, para intentar que pasaran a la mesa antes que yo. No me parecía muy correcta la camisa sin la americana para cenar. Pero Justin había decidido por mí.

—¿Pasamos ya?

—Por supuesto. —Frank me miró con una gran sonrisa—. Esta bodega es impresionante. No es muy grande, pero tenéis grandes vinos. Me gusta mucho el restaurante.

—Pasad por aquí. —Mike les invitó a la zona que había preparado.

—Las damas primero, por favor. —Frank me tendió una mano mostrándome el camino a la mesa.

—No, por favor, vosotros sois los invitados.

—Insisto, Mariola, adelante.

Me armé de valor, pasé por delante de ellos y vi que Justin observaba lo que sucedía detrás de mí. Mike desapareció en la cocina y yo llegué hasta donde estaba Justin sin temblar ni caerme, que soy muy de caerme.

—Al menos he llegado sin espatarrarme por el suelo. Muchas gracias por lo de la chaqueta. —Le di un golpe en el brazo.

—Nena, tú no sabes lo que me ha servido esto para ver la reacción del trajeado.

—No digas tonterías, Jus.

—Ya veremos cómo acaba esta noche, nena.

—Cállate, Jus.

Tres veces en menos de una semana, pero tenía la sensación de haberla visto antes. Aquellos ojos, aquel brillo que tenía en ellos unido a su preciosa sonrisa, me resultaban demasiado familiares. Pero no tenía recordaba dónde o cuándo nos habíamos visto.

—Una mujer muy interesante. —Frank no dejaba de mirarla—. ¿Así que ya os conocíais?

—Coincidencias.

—¿Tres veces en una misma semana?

—Simples coincidencias, Frank. Venga, vamos a cenar.

—Esa cara yo la conozco, hermano. Son muchos años.

—Venga, Frank, no empieces con tus celestineos, que nos conocemos.

—Desde que pasó lo de Alison no has tenido una relación ni normal ni duradera. Creo que no has mojado en mucho tiempo. —Una sonrisa burlona se dibujó en su cara.

—Frank —Puse mi mano en su pecho parándole en seco—. Ahora mismo te pegaría un puñetazo en el estómago, pero no es el lugar ni el momento indicado.

Empezamos a cenar y Justin les contó su proyecto. Quería darle una vuelta de tuerca y hacer del local uno de los mejores de Nueva York. Con su experiencia estaba claro que lo podía conseguir. Solo le hacían falta los fondos de los socios. Pude observar a Alex muy interesado en la idea y me fijé mejor en él. Tenía unos ojos azules preciosos, las facciones de la cara las tenía marcadas, era dueño de unos labios carnosos y de una sonrisa que quitaba el hipo. Cualquiera mujer caería

rendida a sus pies. Sus manos eran grandes y con unos dedos largos que por un momento imaginé rozando cada milímetro de mi piel. Tuve que tomar más aire de lo normal o comenzaría a hiperventilar gracias a mi imaginación. No vi en sus dedos ningún anillo. No parecía haber ninguna prueba de matrimonio, pero se lo podía haber quitado o incluso podría ser que nunca lo usase. Volví a imaginarme sus manos recorriendo mi piel y de repente me miró fijamente. Parecía que sabía exactamente lo que estaba imaginando. Cerré los ojos y meneé la cabeza.

—¿Te encuentras bien, Mariola? —Justin me preguntó sabiendo que, al menear la cabeza, quería quitarme algún tipo de pensamiento.

—Sí, se me ha olvidado una cosa de la boda. —Salí con la primera excusa que se me pasó por la cabeza.

La mirada de Alex se fijó en mis manos en busca de algún anillo. Al no encontrar ningún indicio, volvió a centrarse en la conversación de Justin y Frank.

La cena pareció encantarles y el vino que escogimos también les gustó. Después de enseñarles el local de al lado, nos dispusimos a marcharnos al *Bowery Ballroom* a un concierto al que habíamos decidido ir en el último momento.

—Pediremos un par de taxis. —Justin buscaba el teléfono en su móvil.

—Estamos a menos de diez minutos andando. —No pensaba pagar un taxi estando tan cerca.

—Está diluviando. —Frank miró a través del cristal.

Observé el cielo y no parecía que nos fuera a dar una mini tregua de lluvia.

—Somos cinco. Podemos ir tres con el primer taxi y pedimos otro. —Justin me miró y supe que los del segundo seríamos Alex y yo.

—Mike, Justin y yo vamos en el primero y si no te importa ir con Alex, enseguida está aquí el otro. —Frank me miró.

—Sí, claro. —Por dentro negaba insistentemente ya que no me quería quedar con él a solas.

—¿A ti, Alex?

—No os preocupéis por nosotros. Nos vemos en el *Bowery* en unos minutos.

—Sí, así mientras nosotros seguimos hablando de nuestra posible fusión empresarial.

Mike paró un taxi y vi cómo se montaban los tres en él.

—Nos vemos. —Justin me guiñó un ojo.

Nos quedamos los dos resguardados bajo el toldo del restaurante. No íbamos a conseguir un taxi tan fácilmente.

CÓMO LAS COINCIDENCIAS UNEN

Aquella mujer tenía algo que me resultaba demasiado familiar. Casi no había abierto la boca durante toda la cena, solamente para decir lo de la boda, pero sonó más a excusa que a otra cosa. Estaba pensando en algo y cuando la miré, sus pupilas se dilataron. Juraría que ya me había encontrado antes con ella.

—Nos toca esperar bajo la lluvia. Menos mal que el Soho sigue siendo la mejor zona de Nueva York. —Me miró sonriendo, tratando de paliar su nerviosismo—. Aunque me gusta más Broadway. Pasear por esas calles me vuelve loca.

—Es una zona diferente.

—Supongo que por eso me gusta. Llevar la contraria y buscar lo diferente es lo que mejor se me da. —Tenía la mirada perdida en uno de los edificios que teníamos delante.

Broadway... su forma de hablar sobre aquella zona de Nueva York...

No, no podía ser.

La mujer que tenía delante no podía ser aquella Cindy Lauper loca de atar. Ella tenía el pelo morado y los ojos azules. Mariola tenía unos enormes ojos marrones y una melena oscura. Pero los labios eran los mismos, su altura, su cuerpo, su voz... Me quedé unos segundos observándola más fijamente. Tenía la cabeza ladeada, estaba observando el cielo negro y sonreía. Sonreía sin ningún motivo aparente.

Tenía que ser ella.

Estaba siendo un rato de lo más incómodo. Sobre todo, cuando le pille con un mechón de mi pelo entre sus dedos.

—¿Qué... —No pude terminar la frase porque me agarró de la barbilla, acercándose lentamente a mí.

—Te descubriré.

Se me debieron de abrir los ojos como platos y rebusqué, sin que notase demasiado mi nerviosismo, el paquete de tabaco en el bolso. Lo estaba dejando. Es más, casi lo había dejado, pero el estrés de la boda, la fiesta de Andrea y tener a Alex tan cerca diciéndome que me iba a descubrir... Me encendí un cigarro con las manos temblorosas. Me alejé un poco de él para que no le molestase el humo.

—¿Por qué te apartas de mí? —No había dejado de mirarme ni un solo segundo.

—Por el humo. —Traté de evitar sus ojos—. Para que no te moleste. —Levanté el cigarro.

—Pero —se fue acercando lentamente a mí de nuevo casi susurrando—, a mí no me molesta.

Me quitó el cigarro, le dio una calada y me lo devolvió. Nunca pensé que el humo de un cigarro podía llegar a ser tan excitante. Volvió a parecerme el hombre más sexy del planeta, y con aquel pensamiento, volvieron los escalofríos que terminaban en la nuca.

—Ok. —No podía mantenerle la mirada por mucho más tiempo.

—Así que España. —Comenzó una conversación de lo más trivial—. Bonito país.

—Sí, me lo dicen mucho. Suena a frase hecha para ligar con las extranjeras.

—¿Crees que estoy ligando? —Se puso delante de mí.

—No creo que sea tu prototipo.
—Eres preciosa, inteligente y muy irónica.
Emití un ruido con la garganta a modo de reprobación a sus palabras.
—Veo que no eres de admitir muchos cumplidos. Deberías aprender.
—¿A qué? ¿A que me regalen los oídos tíos que...
—Tíos que ¿qué? —No me dejó terminar mi frase.
—Mira, no quiero prejuizarte, pero no me gustan demasiado los tíos como tú.
—Conóceme. Después podrás decidir si soy otro capullo —me puso un mechón de pelo detrás de la oreja y su tacto provocó otro escalofrío mientras hablaba— que vive en su torre de marfil o soy una buena persona.
Mierda, mierda, mierda.
Por aquello me estaba mirando tan raro.
Me había reconocido de la fiesta.
—Parece que está dejando de llover y podemos ir andando. —Me removí nerviosa.
—No creo que tarde el taxi. —Sacó una mano fuera del toldo y el agua caía fuerte aún—. No está parando. ¿Podrás aguantar ese tiempo a mi lado? —Ahora era él quien me estaba vacilando.
—Creo que podré controlar mis instintos más primitivos y no lanzarme a tus brazos. —Le entorné los ojos.
—Me gusta que una mujer sea irónica. Dice mucho de su inteligencia.
Estuvimos cinco minutos más esperando y en completo silencio.
—Así que te casas.
—¿Quién?
—Por el comentario que has hecho antes en la mesa, sobre que habías olvidado algo de la boda. Enhorabuena. —Parecía que le costaba decir aquella palabra.
—Gracias. —No negar aquello sería lo mejor—. La verdad es que estoy teniendo mucho trabajo. Son muchas cosas las que hay que tener en cuenta. Flores, invitados, mesas, trajes... —Puse los ojos en blanco—. Mucho trabajo. —Vi que cambiaba el gesto de su cara—. Pero merece la pena.
—Ahí viene el taxi.

El camino al Bowery fue silencioso, no dijimos ni una palabra. Puede que fuese un poco cruel la broma, pero él tampoco me había dicho nada de que estuviera casado.

Pude observar su imagen reflejada en la ventanilla del coche. Tenía un gesto entremezclado de decepción y de curiosidad. Cuando llegamos a la sala se bajó del coche para abrirme la puerta y me ofreció su brazo para poder entrar. Había una cola de escándalo allí fuera, pero nada más que el portero vio a Alex, le dejó pasar saludándole efusivamente.

—Buenas noches, señor McArddle. Hacía tiempo que no le veía por aquí. Es un gusto, como siempre.

—Lo mismo digo, Ralph. ¿Qué tal las niñas?

—Creciendo muy rápido. Como siempre, le veo muy bien acompañado. —Me dedicó una sonrisa amable—. Hay cosas que no cambian.

—Ya sabes que me gusta la buena compañía.

Entramos directamente y busqué a Justin. No los vi por ninguna parte, así que nos acercamos a la barra a pedir. Se abrió paso fácilmente mientras me agarraba por la cintura para acercarme a la barra. La frase del hombre de la puerta rondaba por mi cabeza. Le gustaba la buena compañía. No sabía muy bien por qué me extrañaba ante aquella afirmación.

—¿Qué quieres tomar?

—*Gin-tonic*. —Respondí rápidamente.

—Un *gin-tonic* y un whisky.

—Ahora mismo, señor. —La camarera contestó mientras le hacía ojitos a Alex.

—No veo a los chicos. —Busqué por la sala, pero no les localicé.

—Ahora los buscamos. ¿O no estás a gusto?

—Solo me preguntaba dónde están.

—Se lo apunto en la cuenta del señor Jacobs. Se encuentran en la zona de arriba.

—Muchas gracias.

Esperamos pacientemente a que melones del año nos pusiese las copas. Ella le hacía ojitos a Alex mientras echaba lentamente los hielos en mi copa, meneando descaradamente sus largas pestañas, y yo intenté que Alex no viese cómo negaba con la cabeza ante aquel despliegue.

—Bueno.

—Bueno. —Conversación de ascensor comenzando en tres, dos, uno.

—¿Qué tal va la fiesta de Andrea?

—Muy bien. Tengo todo listo, aunque si se entera de que estoy viendo a Bruno Mars, se muere.

—Le puedes regalar una foto firmada. Luego si quieres te lo presento.

—¿Le conoces? —Me giré boquiabierta.

—Frank le conoce más que yo. Pero estará encantado de firmártela para la niña. Seguro que le hace mucha ilusión recibirlo como regalo de cumpleaños.

—Sería genial. Muchas gracias. —Hice un gesto de aprobación con la cabeza y la boca—. La verdad es que no pareces tan arrogante ahora mismo.

—¿Un cumplido? —Sonrió recogiendo nuestras copas—. No va mal la noche.

Intentamos subir a la zona reservada, pero había mucha gente, así que decidimos esperar para poder avanzar. Había muy poco espacio para movernos, y cada vez que alguien pasaba a nuestro lado, nos rozábamos la mano o el brazo. Alex me agarró de la cintura para que no me empujasen y volvió su olor tan maravilloso. Con aquel aroma volvían los escalofríos y mis meneos de cabeza para sacármelo de ella. Sonaba la música y en lo único que pensaba era en besarle. Saborear lentamente sus labios y perderme toda la noche en ellos. Entonces me volvió a mirar como si supiera en lo que estaba pensando.

Empezó a sonar música y la gente comenzó a moverse. Nosotros acabamos uno frente al otro. Me agarró para que no me empujasen más y me pego a él. Su mano se posó en mi espalda desnuda y pensé que se me iba a salir el corazón dando botes por la boca. Quise besarle otra vez. Bueno, besarle otra vez en mi imaginación. Su respiración también se aceleró y empezó a acompañarse a la mía. En aquel momento supo exactamente lo que estaba pasando por mi mente. Porque, muy a mi pesar, me estaba acercando peligrosamente a él... Pero alguien nos jodió el momento tirando su copa sobre mi espalda.

—Mierda. —Me removí pegando mi cuerpo a él—. Está muy frío.

—Lo siento, guapa. No era mi intención. —Sentí su mano en mi culo y se la aparté rápidamente—. Si quieres me acompañas a la barra y te pido perdón de mil maneras.

—Muchas gracias, pero creo que paso.

—Deja a este tío y vente conmigo que te lo pasarás mejor. —Me agarró de la mano fuertemente.

—La señorita ha...

Le puse una mano en el pecho a Alex y le miré.

—Me encargo yo. —Miré al imbécil que tenía detrás—. Muchas gracias, pero he dicho que no. Si alguien te dice que no, hazle caso. Y si es una mujer, mucho más. Porque somos muy pero que

muy malas y de vez en cuando te encuentras con una bruja como yo, que además puede estar loca.

—¿Pretendes asustarme para que no te coma enterita esta noche?

—Déjanos en paz, por favor.

—No me asustas. ¿Qué puedes hacerme tú? —Me miró como si yo fuese una pequeña hormiga que pudiese sacudirse de encima—. Malfollada.

—Buenas noches. —Me di la vuelta y levanté el pie para clavarle el tacón lo más fuerte que pude. Escuchamos su grito de dolor—. Te lo he advertido, capullo. —Le miré y pudimos escuchar cómo seguía quejándose mientras se alejaba.

—Mariola, prometo no meterme nunca en la vida contigo. Te acompaño al baño de arriba para que te limpies un poco, estás empapada. Vamos.

Me agarró de la mano y tiro de mí sin dejarme reaccionar. Subimos las escaleras hasta el baño y me dejó en la puerta.

—Te espero aquí.

Me metí en el baño, me limpié los pantalones un poco, me sequé y me miré al espejo. Se volvió a activar mi imaginación. Me imaginé que le agarraba y le metía en un baño, le besaba, le acariciaba y... Tuve que abrir el grifo del agua fría y humedecer mi mano para pasármela por la nuca. Necesitaba bajar aquel calentón tan malo y bueno a la vez.

—Ya estoy. —Salí del baño mucho más fresca.

—Eres de armas tomar.

—Tengo mal genio. Sobre todo, si me tocan las pelotas.

Al acercarnos al reservado Frank, Justin y Mike me miraron como si acabase de matar a alguien.

—¿Qué has hecho, pequeña matona?

—Nada. —Levanté las manos en son de paz.

—Nos vamos a por una copa y me lo cuentas.

—Ahora venimos. —Miré a Alex y sonreí. Me acerqué a él y le susurré—. Has hecho conjeturas muy rápido. No soy yo la que se casa.

Me marché con Mike y Justin a la barra para que me contasen qué habían hablado con Frank. Justin dijo algo sobre Alex, pero Mike le cortó rápidamente. Solamente me dijeron que había pasado por algo muy duro y complicado. Tendría que investigar un poco en internet. ¡No! Prefería no saber la verdad. Otra copa. Eso era lo que necesitaba en aquel momento, otra copa, porque presentía que la noche iba a ser larga y muy difícil de sobrellevar.

—Creo que sabe que soy la que le semi desnudó en la fiesta. Ha dicho unas palabras muy similares a las que usé yo aquella noche. —Miramos hacia donde estaban.

—No se te reconocía. Llevabas peluca y lentillas azules. Es imposible.

Al mirar a Alex, me topé con sus ojos azules clavados en mí. Seguía teniendo aquella mirada, tratando de ver dentro de mí y de saber si yo era aquella loca que había tratado de hacerle salir de su zona de confort.

—¿Qué te ha dicho Mariola cuando se ha ido para que tengas esa cara?

—¿Sabes que en la cena ha comentado que se le habían olvidado unas cosas de la boda? Le he dado la enhorabuena. Me ha dado las gracias y me ha dicho que es algo duro, pero que al final merece la pena.

—Has llegado tarde, amigo.

—Ahora me ha dicho al oído que he hecho conjeturas muy rápido y que no es ella la que se casa.

—¿Y a qué viene esa cara entonces?

—Creo que es la chica de la que te hablé de la fiesta en la que me dejaste plantado.

—¿La que te quitó la ropa y bailó contigo?

—La misma.

—Me dijiste que tenía los ojos azules y el pelo morado. Que no era para nada una mujer en la que te fijarías.

—Lo sé y, llámame idiota, pero creo que es ella. Tiene algo que me intriga y quiero saber lo que es.

—¿Ya sabe que solo sois Jason y tú? Porque los chicos me han hecho alguna pregunta.

—¿Y qué les has dicho?

—Que solo tú tienes derecho a contar lo que quieras.

—Supongo que se lo estarán contando ahora.

—Creo que Mike no le dejará a Justin.

—Ojalá, porque lo de la boda y lo de la fiesta me gustaría devolvérselo.

—Tú no eres del tipo que investiga para conocer a una chica. Tú te plantas en la barra con tu whisky y esperas a que se te acerquen.

—No lo sé. —Me pasé una mano por la boca nervioso por lo que podría descubrir de Mariola—. No te puedo contestar a esa pregunta ahora mismo. Házme la de nuevo dentro de un año. Entonces, tal vez, te dé una respuesta mucho mejor.

—¿Dentro de un año?

Tal vez, aquella noche se me había pegado la locura de Cindy Lauper, pero lo que dije era verdad. Quería que Frank me volviese a hacer aquella pregunta en un año. Tal vez mi respuesta fuese otra completamente diferente.

A nuestra vuelta, Alex me miraba como si me quisiera preguntar algo. De nuevo aquella mirada que no podía mantener. Frank se acercó a Mike, le preguntó algo y le negó con la cabeza a Alex. No sabía qué era lo que tramaban, pero quería que comenzase el concierto para poder olvidarme un poco de todo aquello.

Durante todo el concierto miraba a Alex de reojo y le veía sonreír, me encantaba su sonrisa, aquellos ojos y aquella forma tan intensa que tenía de mirarme. No podía evitarlo, es que se me iban los ojos. Desde que había empezado el concierto no se había acercado a mí. Abajo habíamos estado muy muy cerca y después decidió guardar las distancias. Entonces noté cómo alguien me acariciaba el brazo y al girarme le vi. No me podía creer que después de tanto tiempo me lo encontrase de nuevo. Mi fantasma particular había dejado las bambalinas, para aparecer en una fiesta en la que yo estaba. Bruno Mars comenzó a cantar *When I Was Your Man*.

—Hola, preciosa.

—Hola, Jonathan.

—¿No me vas a dar dos besos?

—No. —Conseguía hacerme sentir incómoda—. Si me disculpas, estoy con unos amigos.

—¿Ese que me mira es tu nuevo novio?

—¿A ti qué te importa?

—Te llamé un millón de veces, te mandé flores, bombones, joyas y no obtuve ninguna respuesta. Recibí todos los regalos de vuelta. Después de años te veo y solo quiero tu perdón.

—A otro perro con ese hueso, Jonathan. No me creo nada que venga de una boca que me engañó durante tanto tiempo. ¿Crees que después de lo que me hiciste, después de todo aquello, voy a saludarte como si fueses un viejo amigo? —Vi cómo Alex se acercaba a nosotros. No pude controlar todo el rencor que tenía dentro hacia Jonathan.—. Solamente espero que un día te hagan

lo mismo que me hiciste a mí. Que sepas lo que es que te engañen, que jueguen contigo como si fueses una moneda de cambio, una muy devaluada. Que te hagan perder la fe en...

Respiré profundamente y conté hasta diez, tratando de calmarme y controlarme un poco. La mitad de las personas que estaban a nuestro alrededor nos estaban mirando y la otra mitad estaban susurrando.

—¿Va todo bien, Mariola?

—Sí, Alex, un conocido que ya se marchaba. —Me saqué de la manga una de mis sonrisas más preparadas.

—Siento haberte causado tantísimo dolor. —Me conocía también aquella táctica tan usada por Jonathan.

—Bonito perdón, ¿lo preparaste antes o después de follarte a otra y engañarme aquella noche que... —Sería mejor que dejase la mierda metida en el cajón y lo mantuviese bien cerrado—. Será mejor que te vayas antes de que me arruines la noche de nuevo.

—Lo siento, Mariola. —Se marchó sin dejar de mirarme y de observar a Alex fijamente. No parecía darle su aprobación.

—¿Estás bien?

—Nada que con dos o tres copas no olvide, al menos lo intentaré. —Resoplé y cerré los ojos unos instantes.

—¿Tu ex?

—Algo parecido. —Sonreí para que no se preocupase más y no comenzase a hacerme preguntas que no quería responder—. No dejemos que nos arruine la noche.

—Ok. —Me acarició la cara y todo mi cuerpo respondió a su caricia.

—Ven a bailar conmigo, por favor. —Justin me agarró del brazo.

Se alejaron un poco y comenzaron a bailar. Sí, sin duda era mi chica de la fiesta. ¿Mi chica? ¿Desde cuando pensaba yo así de una mujer que acababa de conocer? Bruno cantaba Gorilla y sonreí de forma estúpida al escuchar aquella letra.

Mariola bailaba como si nadie la estuviese mirando, aunque fuese el centro de atención de gran parte de la sala. Observé todos y cada uno de sus movimientos. Cómo sonreía y cómo se escudaba en aquel baile. Me fijé en el suave, pero preciso contoneo de sus caderas que movía lentamente al son de la canción. Pasaba sus manos por ellas, sin saber que aquello era una de las mayores provocaciones que podía hacer. Hacía mucho tiempo que no veía a una mujer bailando tan desinhibida. A las que yo estaba acostumbrado, no serían capaces de hacer algo así. Ellas se limitaban a sostener una copa de champán en la mano y a moverse lentamente. Pero Mariola no. Enfundada en aquellos vaqueros y con la espalda completamente desnuda, parecía invitarme a meter la mano por ella y...

—Cómo se mueve tu chica. —Frank me sacó de mis pensamientos.

—No es mi chica. —Pegué un trago a la copa para no hablar de más delante de Frank.

—No parece que estéis en la misma sintonía.

—Nunca se sabe, Frank. Nunca se sabe lo que te depara una loca en una fiesta. Si es capaz de romper todo tipo de protocolos, arrancarme la americana y hacerme sentir diferente por unos segundos, creo que merecerá la pena conocerla un poco mejor. ¿No crees?

—No sé si hablas tú, habla el alcohol o habla el tío que llegó a mi casa enfadado, pero con una gran sonrisa que hacía tiempo que no veía. —Frank me dio una palmada en la espalda y se fue a bailar.

Vi cómo Mariola sonreía invitando a Frank a bailar con ella. Me pilló mirándola fijamente y me llamó también con uno de sus dedos. Apuré la copa y le pedí que esperase unos segundos

con la mano. No parecía que tuviese mucha paciencia. Se acercó a mí, me agarró fuertemente de la mano y, sin perder la sonrisa, tiró de mí metiéndome entre la gente. No soltó mi mano en ningún momento.

Su cuerpo se seguía moviendo al son de aquella canción, que cada vez me gustaba más, cada vez me parecía mucho más provocativa. Sobre todo, cuando comencé a escucharla de los labios de Mariola. Su cuerpo se había pegado aún más al mío y yo, que era de los que no bailaban nunca, estaba siguiendo con mis caderas el ritmo de las suyas. Bajó nuestras manos que aún seguían unidas, hasta sus caderas mientras las seguía moviendo. Tuve que cerrar los ojos varios segundos, recomponer mi respiración y controlarme. Mariola me lo estaba poniendo muy difícil por una parte, pero muy fácil por la otra. Aquella forma de bailar me hizo saber con total certeza, que era la chica de la fiesta. No había ninguna duda. Mariola era directa y no ocultaba lo que le apetecía hacer en cada momento.

Tener a Alex tan cerca, tan sumamente cerca, me estaba poniendo muy nerviosa, pero a la vez me gustaba. Me gustaba sentir su cuerpo a mi lado. Cuando puse sus manos sobre mis caderas, fue algo que no pensé. Notar cómo se movía comenzaba a ponerme taquicárdica. Cuando terminó la música, no nos separamos. Ni siquiera soltó mi mano en la siguiente canción.

—Te he descubierto, Mariola.

Me dio un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios y se alejó de mí para ir a pedir otra copa. Me guiñó un ojo antes de desaparecer entre la gente. ¿Qué es lo que había descubierto? Las personas de mi alrededor seguían bailando y cantando, pero yo estaba con la mirada perdida entre las personas que me rodeaban. ¿Se habría dado cuenta de que yo era Cindy? Pero no lo dijo de una forma negativa. Lo hizo con una sonrisa enorme.

—Vamos, nena. Que te has quedado tonta. —Justin tiró de mí y volvimos a la pista.

Estuvimos bailando todo el concierto. De allí nos marchamos a otro club y a otro más. Acabamos en un club del que Frank era socio, en el que nos quedamos los cinco solos. Eran más de las cuatro de la madrugada y seguíamos hablando como si nos conociésemos de toda la vida. Estaba siendo una noche perfecta.

—Suenan un móvil. —Frank me acercó mi bolso.

—¿Sí? —No sabía quién me podía llamar a aquella hora.

—Mariola, siento molestarte a estas horas, pero con el cambio horario imaginé que estarías durmiendo e iba a dejarte un mensaje.

—No te preocupes, Michael. ¿Qué ocurre? —Trataba de que no se me trabase la lengua—. ¿Y qué es eso del cambio horario?

—Estamos en Los Ángeles. Hemos venido a un par de reuniones que surgieron en el último momento. Necesitamos que mañana estés en una reunión en el Four Seasons a las ocho.

—Pero... —Me bajé del taburete en el que estaba sentada y me alejé un poco—. ¿Por qué tengo que ir yo al Four Seasons? —Susurré para que no me escuchasen—. ¿No puede ir nadie más?

—Será una reunión corta. Solo estará el asistente del director ya que él no puede acudir. La reunión era el sábado y la han cambiado a mañana.

—Ok. —Negué con la cabeza deseando que fuese verdad que tenía reunión con el asistente de Alex—. Estaré allí a las ocho. No os preocupéis. Que vaya todo bien por Los Ángeles.

—Muchas gracias, Mariola.

—Estoy jodida. —Me metí el teléfono al bolsillo y fui a recoger mis cosas.

—¿Qué te ocurre, preciosa?

—Me voy a casa. En menos de cuatro horas tengo una reunión muy importante. Así que necesito dormir algo, que se me pase esto —me señalé la cabeza al decirlo— y un milagro para que mi

cara mañana parezca perfecta.

—Te acompaño a casa. —Justin recogió su chaqueta.

—Jus, no te preocupes. Disfruta de lo que queda de noche. No puedes dejar a Frank así. Acaba de convencerle.

—¿Y tú? —No le gustaba que me fuese sola a casa.

—Me pido un taxi y me voy a casa. No te preocupes. Estaré bien. —Me acerqué al resto—. Chicos, ha sido un placer disfrutar de esta noche con vosotros, pero me temo que tengo que marcharme. Me acaban de encasquetar una reunión a las ocho de la mañana. —Estaba tratando de ponerme la cazadora y no era capaz de atinar con las malditas mangas—. Y lo que me espera mañana. Tengo que hacer un millón de recados para la fiesta y...—Resoplé dándome por vencida, después de dar tres vueltas sobre mí misma tratando de meter las mangas, ante la atenta mirada de los cuatro—. Bueno, que me voy. —Me despedí con dos besos de todos—. Ha sido un placer conocerte, Frank.

—Nos veremos más a menudo si el negocio sale adelante.

—Eso espero. Alex. —le di dos besos que me supieron a poco—. Nos vemos el sábado cuando recojas a Jason.

—No faltaré.

—Dile a tu mujer que se venga también. O si queréis venir a la fiesta, estáis invitados los dos. —Esperé unos segundos la respuesta que me confirmase que no estaba casado.

—Ok.

Salí a la calle conteniendo el aliento. Mi boca, de nuevo, no se podía haber quedado callada unos segundos más. Me quedé maldiciendo al cielo en silencio por mi maldita boca. Los pies me estaban matando y me senté en el bordillo de la acera hasta que pasase un taxi que me llevase a casa. Empecé a darle vueltas a lo de la mujer de Alex. No me lo negó. Así que lo tomé como una afirmación. Vaya mierda.

—¿Dónde estarán los puñeteros taxis cuando se necesitan?

—Me he tomado la libertad de llamar a Caleb, es un conductor de mi empresa. He supuesto que iba a ser muy difícil encontrar un taxi en esta zona a estas horas.

—Alex, me has asustado.

—Es más seguro que te lleve Caleb hasta casa. Me quedará más tranquilo, si no te importa. —Se agachó a mi lado.

—Tengo un dolor de pies infernal, la cabeza me está empezando a matar y solo quiero llegar a mi casa. Necesito estar bien en menos de cuatro horas. —No podía parar mi verborrea—. Y eso es muchísimo trabajo ahora mismo.

—Estás preciosa. No es ningún trabajo. —Me acarició la cara—. Ahí está el coche.

—Gracias. —Me dio la mano para ayudarme y como un caballero abrió la puerta del coche.

—Caleb lleva a la señorita a su casa. Cerciórate de que entra en el portal y llega bien a su piso.

—Sí, señor.

—Muchísimas gracias, Alex. —Aún no había cerrado la puerta del coche—. Tu mujer estará encantada contigo, eres todo un caballero. —Se agachó y me susurró al oído.

—Estaría encantada, pero tú también has hecho conjeturas demasiado rápido. No hay señora McArddle... por ahora.

Sus labios se pegaron a mi mejilla y me quedé con cara de idiota. Pude ver una enorme sonrisa al otro lado de la ventanilla cuando cerró la puerta. Yo había empezado el juego y él se tomó la revancha. Bien jugado, señor trajeado, muy bien jugado.

Llegamos a casa y Caleb se acercó para abrirme la puerta. Me siguió hasta el portal.

—Muchas gracias, Caleb. Puedo subir sola a casa.

—Lo siento mucho, señorita. El jefe me ha dicho que la acompañe hasta la puerta de su casa. Y no quiero que se enfade si no lo hago.

—Pero no hay peligro. Yo puedo...

—Lo siento, pero debo acompañarla. —No aceptaba un no por respuesta.

—De acuerdo. No son horas para discutir. —Subimos hasta la puerta del piso—. Muchas gracias, Caleb. Ya estoy a salvo en casa. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita.

Cerré la puerta y me fui al baño. Entre que me desmaquillé, me quité las lentillas y eché la ropa al cubo, eran las cinco y media. No podía ser. ¿Cómo iba a ir a la reunión sin tener pinta de acabar de salir de un after? Me metí en la ducha y al salir pensé que, en vez de meterme en la cama, me quedaría dormitando en el sofá hasta que sonase la alarma a las siete. Si era capaz de despertarme.

No podía dormir, ni dormirar siquiera, ni dejar de pensar. Tenía los ojos cerrados y en mi cabeza solamente estaba la enorme sonrisa con la que Alex me había despedido. Empecé a oír ruido y supuse que estaba soñando, pero comencé a oír unas voces muy cercanas y familiares.

—Pobrecilla. Y ahora se tiene que ir a la reunión. Mike prepárale el desayuno. Lo va a necesitar.

—Creo que todos lo necesitamos, Justin. Esta noche nos hemos pasado con las copas.

—No tenéis que susurrar. Estoy despierta. ¿Qué hora es?

—Las seis y media, cariño. Mike va a preparar el desayuno para todos y un buen café para ti.

—Quien me mandaría a mí aceptar ir a esa reunión. Odio las bodas desde este mismo instante.

—Anoche dijiste que era duro, pero que al final merecía la pena.

Aún seguía tumbada en el sofá, con el pelo revuelto, las gafas y una camiseta de deporte de Mike. Esa voz no era de Justin ni de Mike. Cuando abrí los ojos vi a Alex mirándome fijamente. Estaba igual de guapo que la primera vez que le vi en la fiesta. Y la noche no se notaba en su cara. ¿Cómo podía ser si el resto estábamos hechos un asco?

—¿Qué hacéis todos aquí? —Me levanté colocándome la camiseta y peinándome un poco.

—Justin nos prometió un trozo del magnífico bizcocho de nueces y plátano. —Frank también estaba allí.

—Tenéis mejor aspecto que yo ahora mismo.

—Estás perfecta, Mariola.

—Gracias. Me voy a preparar y desayuno con vosotros.

—Te esperaremos, princesa.

—Gracias, Jus, por cierto ¿me ayudas una cosa que no sé dónde la tengo? —Nos fuimos los dos a la habitación—. ¿Qué hacéis aquí los cuatro?

—Ha sido una noche muy larga y me pareció bien terminar en casa. —Se sentó de rodillas en la cama—. Celebrando que... ¡Tenemos socio!

Se puso a gritar y a dar saltos encima de la cama. Me uní a él y parecíamos dos quinceañeras que veían a Jared Leto en concierto por primera vez. Montamos tanto escándalo que, en uno de los giros, mientras saltábamos, vimos a Mike, Frank y Alex en la puerta de la habitación mirándonos muy serios.

—Falsa alarma. No hay una rata en casa. Son dos locas saltando en una cama. Voy a terminar de preparar el desayuno.

—Sentimos el escándalo. —Me bajé de la cama—. Yo me voy a preparar.

—Te dejamos tranquila. —Se fueron los tres y entré al baño. Por el espejo vi a Alex mirándome.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí. —Se acercó a mí muy lentamente—. Ayer creo que nos precipitamos bastante los dos y me gustaría poder cenar contigo mañana, después de la fiesta, para aclarar las cosas. Creo que ninguno jugamos limpio.

—Lo sé y lo siento mucho, de verdad. —Comencé a lavarme los dientes—. Acepto cenar mañana después de la fiesta. Si los niños no nos matan antes. Ahora voy a prepararme, así que si... —le señalé con los ojos la puerta.

—Por supuesto, Mariola. No quiero que llegues tarde a tu reunión.

Salió de la habitación y empecé a prepararme. Mientras me limpiaba los dientes mi imaginación empezó a correr libremente de nuevo. Alex entraba en la habitación, me besaba por el cuello, el pecho, me pegaba su cuerpo y notaba su erección a través de sus pantalones. Mientras, el resto seguía hablando en el salón. Y...

Volví a mirar al espejo y estaba sola. Mis mejillas estaban rojas, muy rojas. Mi imaginación era muy mala para mi salud. No podía sacármelo de la cabeza y había aceptado su invitación para cenar. Cuando salí a la cocina me fijé en ellos. Charlaban con los cafés servidos y riendo. Parecía que aquella asociación había comenzado con muy buen pie. De repente me miraron los cuatro.

—¿Por qué tienes esa sonrisa y las mejillas tan sonrosadas, princesa?

—Estoy con la euforia de no haber dormido, Jus. ¿Mi café? —Puse ojito.

—Esos ojos son de familia, ¿no? —dijo Alex mirándome, haciéndome sonreír.

—Me encanta vuestra compañía, pero me tengo que marchar. Así que no me esperéis a comer que tengo que acabar de hacer algunos recados de la fiesta. Mañana recojo a Jason en casa y luego si no puedes venir a la fiesta o a la cena, me avisas y le llevo de vuelta.

—No te preocupes. He cambiado la reunión de mañana para otro día. Si necesitas ayuda con algo esta tarde aquí te dejo mi número. Llámame. —Anotó algo en un papel de la cocina y me lo entregó.

—Mandadme mucha mierda a ver si consigo el hotel para la boda.

Me fui sin dejar que ninguno respondiese.

—¿Hotel? —Frank me miró sorprendido.

—Si, la novia pija que tienen como clienta ha decidido, mejor dicho, ha exigido cambiar de hotel para su boda. Tenían un hotel espectacular, el Carlyle. Y ahora quiere casarse en el Four Seasons.

—¿La reunión que tiene es en el Four Seasons? —Me atraganté con el café.

—Sí. —Justin parecía no atar cabos.

—¿Otra casualidad no, Alex? —Frank me miró fijamente.

—Sí.

—¿Qué es ese misterio? —No, Justin no recordaba la charla de antes de que llegase Mariola a la cena.

—Alex es el dueño del Four Seasons. —Frank se me adelantó.

—Teníamos una reunión mañana, pero por la fiesta la cambié para hoy. Pero como nos liamos un poco a la noche, le dije a mi ayudante que fuese él en mi lugar.

—Joder —Justin se llevó la mano a la boca—. ¿Cómo no he caído antes? No sé cómo no me he acordado de ello. Por eso Mariola se iba tan tranquila. Sabe que tú no estarás allí.

—¿Mariola trabaja en CIA? —A Frank también le sorprendió que trabajase en aquella

empresa.

—Sí.

La entrada del Four Seasons era increíble. Unas escaleras daban paso a un hall con suelo de mármol marrón. Varias columnas separaban las diferentes zonas de acceso. A mano derecha se situaba la recepción y justo enfrente de la entrada otras escaleras llevaban a lo que parecía el bar del hotel. Me quedé observando todo durante unos segundos. La decoración era preciosa, entendía por qué la futura señora McNee quería celebrar su boda allí.

Pregunté por el ayudante del señor McArddle en la recepción y me dijeron que en unos minutos estaría conmigo. Me acompañaron hasta una de las salas de celebraciones y me senté a esperar. Daba las gracias por no tener que cruzarme con Alex de nuevo. Quería separar todo el tema de la asociación con Justin y mi trabajo.

—Buenos días, señorita. Siento mucho la espera, pero estaba al teléfono con el director. —El ayudante parecía más estresado que yo—. Quería disculparse por no poder estar aquí ahora mismo, pero me ha dicho que en media hora se une a nosotros.

—Genial. —Traté de que no se notase mi nerviosismo—. Sé que ha sido adelantada la reunión muy tarde y lo siento mucho, pero los novios están muy interesados en el hotel. Si lo arreglamos entre tú y yo, no tenemos que molestar al director.

—¿Quiere que pasemos a la cafetería y tomemos un café mientras esperamos al señor McArddle?

Pasamos a la cafetería y recé para que pudiese convencerle a él de que nos dejaran el hotel, antes de que llegase Alex. El ayudante parecía que estaba bastante perdido en el tema. Me contó que llevaba muy poco tiempo trabajando en el hotel y que Alex era muy exigente en todos los aspectos.

—Creo que estoy hablando demasiado.

—No te preocupes. —Traté de agilizar el tema—. Yo he traído dossiers de lo que los novios quieren y una pequeña presentación. Los novios están muy interesados.

—Esa misma fecha tene... mos... —Ojeaba los dossiers por encima mientras tartamudeaba nervioso.

—Una fiesta para la compañía de discos. Nosotros la organizamos. No habría ningún problema, a menos que para vosotros lo sea.

—He oído que sois muy buenos organizando eventos. Los mejores según algunos de mis amigos. —Me guiñó un ojo y empezó a relajarse.

—Eso dicen. —Cambié de tema para parecer lo más profesional posible—. La boda son menos de doscientos invitados, de los cuales un diez por ciento se nos caerá en el último momento. Esperamos que la sala Cosmopolitan esté libre. He estado viendo en internet y me parece preciosa.

—Si quieres mientras esperamos te la enseño, ya que está preparada para una boda mañana.

—¿Podrías? —Puse mi mano sobre la suya—. Estaría encantada.

Al ver la sala, supe que la necesitaba, la necesitábamos para aquella boda. Estaba preparada con mucho gusto. Cualquier novia mataría por celebrar la boda allí.

—Espera aquí un momento que el señor McArddle ya ha llegado. Ahora mismo vuelvo que tengo que bajar un segundo a recepción. —Sonrió nervioso y casi susurró—. Aquí está el jefe. No dudo que le convencerás.

—Buenos días, Tony. —Alex entró con un semblante demasiado serio.

—Buenos días, señor McArddle. Esta es la señorita...

—Hola de nuevo, Mariola. —Al saludarme pude ver una escueta sonrisa.

—Voy a empezar a pensar que me persigues, señor McArddle. —Sonreí sin querer coquetear, pero era exactamente lo que estaba haciendo.

—Es lo mismo que estoy pensando.

—Vuelvo enseguida. —Su ayudante estaba nervioso.

—No hace falta, Tony, yo me encargo de la reunión.

—De acuerdo. Adiós y encantado, Mariola. —Desapareció casi corriendo de la sala.

—Así que eres el director de este maravilloso hotel. —Paseé por la sala riéndome interiormente.

—Eso es, pero creo que ya lo sabías.

—Puede ser. —Me giré sonriendo y coqueteando de nuevo.

—Y tú eres la persona que han mandado para convencerme de que se celebre la boda aquí.

—Esa soy yo. —Quise quitarme la careta de negociadora y ser más natural—. Mira, siento mucho lo de ayer. La broma que hice de la boda creo que fue algo cruel.

—Yo también siento lo de mi no mujer.

—¿Empezamos de nuevo? —Le sonreí agachando levemente la mirada—. Me llamo Mariola y no me caso.

—Yo soy Alex, tengo un maravilloso hijo, pero no tengo mujer.

—Encantada. —Estreché su mano—. Pasemos ahora al plano profesional. Necesito contarte cuáles son las ideas, para saber si podemos contar con el hotel o puedo empezar a despedirme de mi maravilloso trabajo que tanto adoro.

—Has vuelto a hacer lo de la mirada.

—¿Qué mirada?

—La misma que pusiste en aquella fiesta, cuando querías conseguir la botella de ron, de la cuál me debes una copa.

Me quedé en silencio sopesando las salidas que tenía. La primera, lanzarme por la cristalera y acabar espachurrada en la acera. La segunda, hacerme de nuevo la loca y negarlo todo.

—¿Desde cuándo lo sabes? —Opté por la tercera, reconocer que yo era la Cindy Lauper que estuvo a punto de hacerle un traje de saliva.

—Cuando te vi en el colegio, hubo algo en ti que me resultaba familiar. —Estaba delante de mí con los brazos cruzados—. Pero no le di mayor importancia. Esta noche has dicho de nuevo algo de Broadway que me ha hecho creer que eras ella.

—¿Por eso me habías cogido un mechón de pelo?

—¿Siempre atacas así a las personas?

—Fue una apuesta. Aquella mañana habíamos visto que te habían dado el premio al *hombre del año* de la ciudad. —Cerré los ojos.

—¿Sabías quién era y jugaste conmigo?

—Solo sabía que eras el director de uno de los hoteles más importantes de la ciudad y lo del premio. No sabía nada más de ti. —Me acerqué a él.

—Cómo puede ser que, trabajando en el mismo sector, y tan cerca, nunca nos hayamos visto.

—No frecuentamos los mismos ambientes.

—Tú eres más de Broadway y parece que yo de torres de marfil. —Ladeó la cabeza esperando mi respuesta.

—Siento aquel comentario.

—Mentira. —Negó sonriendo.

—Sí, no lo siento. Es lo que pensaba en aquel momento.

—¿Y ahora sigues pensando lo mismo? —Dio un paso más, poniéndose delante de mí. Los

quince centímetros de altura que nos separaban le hacían creer que tenía más poder del momento.

—¿Comenzamos la reunión? —Quise hacerme dueña de la situación, que no pensase que iba a poder conmigo.

—De acuerdo. Vamos a hablar de negocios, el placer lo dejaremos para más tarde.

Estuvimos tres horas viendo las posibilidades de realizar allí la boda. Creo que fueron las tres horas más duras de toda mi vida. Fue muy difícil concentrarme en los papeles y no sonrojarme cuando me miraba de aquella forma tan intensa.

—Creo que ya me has dado toda la información que necesito. ¿Vamos a comer algo? —Alex se levantó recogiendo todas las carpetas y las notas que había hecho en unas servilletas.

—¿No necesitas dormir?

—No suelo dormir mucho.

—Tengo que hacer muchas cosas aún de la fiesta. Tengo pendiente el catering especial para Jason, les mandé cambiar platos y la tarta para que él pueda comer. Y tengo que pasarme a probar lo que han hecho. Si quieres venir conmigo —alcé levemente los hombros al decirlo—, así te quedas más tranquilo ya que no vas a estar en la fiesta. —Caminamos hasta la puerta juntos.

—Sí voy a estar. Cambié la reunión para poder estar allí. A Jason le parecía muy importante y a Andrea también. Dios me libre de volver a hacer que lllore. —Levantó los brazos aterrado.

—Siento mucho que hiciera aquello. —Pedí perdón por la escenita que montó.

—¿Quieres que comamos algo o prefieres dormir un poco?

—Estaría bien descansar un poco, pero tengo un hambre que ya no veo.

—Tengo una idea. —Me agarró por la cintura llevándome hacia el ascensor—. ¿Por qué no subimos al *penthouse*, pedimos algo de comer y descansamos un poco? Luego te acompaño a hacer los recados para la fiesta. —Levantó las cejas esperando mi respuesta—. No pretendo que malinterpretes la invitación.

—Ahora mismo aceptaría los cartones de un vagabundo para descansar un poco. —Fruncí los labios y la respuesta le extrañó.

—Tienes unas ideas muy locas, Mariola. —Se empezó a reír—. Ve subiendo y abres con esta llave. Yo voy a la cocina para que nos suban comida. ¿Qué te apetece?

—Cualquier cosa caliente me vendría bien. —Abrí la boca y la cerré al instante—. No pretendo que malinterpretes la respuesta.

—Vale. —Se alejó sonriendo—. Ve subiendo.

Él se fue a pedir nuestra comida y yo me monté en el ascensor. Me quedé observándole antes de que las puertas se cerrasen. Caminaba con seguridad por el hotel, acariciándose la nuca y podría haber apostado mil dólares que estaba sonriendo por mi respuesta. Al cerrarse las puertas me encontré con el reflejo de mi sonrisa. Cuando llegué al *penthouse* me quedé con la boca abierta. Aquello tendría el doble de espacio que nuestro piso, podría haberme quedado a vivir allí. Paseé haciendo un recorrido de investigación y al llegar a la habitación me encontré con una cama enorme que me estaba susurrando «*Tírate encima y descansa sobre mí*». Me quité los zapatos y me tumbé. No debí hacerlo, pero los susurros fueron más fuertes que mi cuerpo.

No sé cuánto tiempo pasó, pero me desperté con algo de música que venía de otra habitación. Me levanté medio zombi y no vi por allí ni mi bolso ni mis zapatos. Empecé a caminar sin saber muy bien a dónde dirigirme. Me guie por el olor a café. Llegué a un salón donde me encontré a Alex sin la americana y descalzo con los pies sobre otra silla, trabajando con su portátil.

—Siento mucho haberme acostado en la cama. Me ha poseído el espíritu de Ricitos de oro.

—No te preocupes, yo también he estado descansando un poco.

—Otra cosa, no sabrás donde están mis zapatos y mi bolso, ¿verdad?

—Están aquí. Recogí los zapatos y traje también el bolso para que no te molestasen con ninguna llamada.

—Muchas gracias. —Me senté en un sillón sirviéndome un poco de café.

—La comida aún está caliente. Estaba esperando a que te despertases para comer juntos.

—Mmm... tengo mucha hambre. —Descubrí las tapas que cubrían los platos—. Que buena pinta tiene todo. ¿Puedo?

—Por supuesto. Mando un par de *e-mails* y te acompaño.

Aquella comida nos ayudó para conocernos un poco más. Estuvimos charlando sobre nuestras vidas. Conocí la parte más oculta de la vida del *hombre del año*. A parte del hotel, colaboraba siempre que podía con una pequeña ONG que acompañaba a niños hospitalizados de larga duración. Sí, se me cayó la baba cuando me explicó que les iba a leer o preparaba fiestas en los hospitales para que olvidasen lo que estaban pasando por una tarde. Yo le conté mi historia con Jonathan, aunque evité ciertos pasajes de nuestra relación. Al contársela le iba cambiando la cara.

—Menudo... —se mordió los labios para no seguir hablando.

—Cabrón. Por eso puede ser que no me fie demasiado de vosotros.

—¿Has tenido otras relaciones después de él?

—Serías no. Estuve saliendo con mister pantorrillas. Pero no fue más que un intercambio de fluidos. Por describirlo finamente. —Me llevé el último trozo de sándwich a la boca.

—¿Ahora mismo? —Tenía las manos apretadas en sus rodillas.

—Ahora mismo estoy centrada en mi trabajo, mis amigos y mi sobrina. Son lo más importante. —Me limpié la boca con la servilleta—. ¿Y tú?

—Es largo.

—Tengo tiempo. —Miré el reloj—. Son las tres y media. A las cinco tengo que estar en lo del catering.

—Ok. —Sonrió. Se levantó del sillón y se acomodó en el sofá a mi lado, apoyando uno de sus brazos en el respaldo para mirarme a los ojos. Su otra mano quedó a escasos centímetros de mis rodillas, que estaban flexionadas—. Estaba en la universidad y en el último curso, a punto de terminar mis estudios, me enteré de que mi novia estaba embarazada. Decidimos casarnos antes de que se comenzase a notar. Toda mi familia se opuso firmemente a la boda. Solamente mis abuelos nos apoyaron. —Al contarle le cambió el gesto de la cara—. Fueron los que nos ayudaron en aquella época. —Al hablar de ellos sonreía—. Cuando Jason nació hubo problemas en el parto y estuvo unas semanas en la incubadora. Después los médicos le diagnosticaron un pequeño tumor en el estómago. Tras muchas pruebas y operaciones —parecía costarle mucho contar por lo que pasaron—, una de ellas se complicó y tuvimos que donar sangre para la operación. —Negó con la cabeza y respiró profundamente.

—No me sigas contando nada más si no quieres, Alex. Yo no lo necesito. —Alargué mis dedos para acariciarle la mano.

—Pero yo quiero hacerlo. —Apretó su mano sobre la mía.

—De acuerdo.

Respiró durante unos segundos. Parecía que aquella confesión le estaba pasando factura tantos años después. Tal vez recordar por lo que pasó su hijo o por lo que él mismo pasó, seguía haciéndole sufrir. No sabía cuál era el desenlace de aquella historia, pero tenía mucha curiosidad por conocerle más, por conocer todo de él.

—Cuando donamos los dos la sangre, el médico me llamó para contarme que mi sangre no era compatible con la del niño. En aquel momento no le di importancia, ya que lo más importante era

que la operación saliese bien. Cuando Jason estuvo fuera de peligro, hablé con el médico para hallar respuestas. Tras varias pruebas, entre ellas la de paternidad, descubrí que Jason no era mi hijo. —Le tembló un poco la voz. Se aclaró la garganta y prosiguió—. Le pedí explicaciones a Lisa. Lo negó todo, hasta que le enseñé las pruebas de paternidad. Entonces me contó toda la verdad entre lágrimas, lágrimas que en aquel momento no fueron bienvenidas por mí. En el último semestre de la universidad estuvo viéndose con un jugador del equipo de baloncesto. Cuando se enteró de que estaba embarazada pensó que era mucho más fácil decirme que el niño era mío y que mi familia rica cargase con él.

—Pedazo de zorra. —Me quedé con la boca abierta deseando no haberlo dicho así—. Lo siento.

—No te preocupes. —Negó con la cabeza agachada.

—Pero tu familia no se iba a hacer cargo de vosotros. No tenía sentido engañarte.

—Mis abuelos, que fueron como mis padres, al enterarse me hicieron ver que Jason era mi hijo. Daba igual una estúpida prueba de paternidad. Yo estuve en el hospital sus primeros meses de vida, a su lado en todas las operaciones y rezando cada noche para que al día siguiente despertase. —Su mirada se perdió en el sofá—. Así que hablé con Lisa y le dije que me haría cargo del niño, pero que no quería seguir casado con ella.

—Muy honrado por tu parte. Cualquiera otro tío hubiese salido de allí corriendo sin mirar atrás.

—Supongo. —Levantó la cabeza y pude ver cómo brillaban sus ojos. Estaba a punto de derramar alguna lágrima—. Un día, cuando volví al piso en el que estábamos conviviendo, no había rastro de ella. Se había ido. No dejó ni una nota ni me dijo dónde iba. Abandonó a su hijo, a nuestro hijo. —Un par de lágrimas de dolor recorrieron sus mejillas—. Hace más de seis años que no sé nada de ella. La localizó un investigador privado para que firmase los papeles del divorcio y no hemos vuelto a saber más.

—¡Que hija de puta! —Negué con la cabeza—. Y no, no lo siento. No sé cómo alguien puede hacer eso. Abandonar a su propio hijo y al hombre al que supuestamente ama. Siento que tuvieses que pasar por aquello, Alex. —Me acerqué más a él y le agarré de la mano fuertemente—. No todas las mujeres somos tan zorras.

—Ni todos los hombres tan cabrones.

Respiré profundamente. Sus ojos se fijaron en los míos y comencé a notar cómo todo mi cuerpo se encendía por dentro. No sabía cuál iba a ser el resultado de aquellas confesiones. No tenía ni idea cuál iba a ser su siguiente paso. Ni siquiera tenía demasiado claro cuál iba a ser el mío. Su mano recorrió mi cuello en dirección a la mejilla. Cerré los ojos ante su tacto y entreabrí los labios. Noté cómo su aliento cada vez estaba más cerca de mi boca. Escuché unos nudillos en la puerta y la voz de Alex pidiendo un segundo.

—Disculpen. —Su ayudante entró en el salón a los cinco segundos—. Señor, los datos que me pidió están ya imprimidos en su despacho.

—Muchas gracias, Tony. —Alex se levantó y le acompañó a la puerta.

—Creo que es hora de encontrar mis zapatos y marcharnos al catering. —Me levanté nerviosa buscándolos. Me temblaba todo el cuerpo.

—Sí, es hora de irnos. Siento haber sido tan intenso con mi historia. Muchas gracias por escucharme, Mariola.

—A ti, Alex. —Le sonreí dulcemente—. Aún quedan muchas cosas que hacer para la fiesta. ¿Estás listo?

—Para ti siempre, Mariola. —Mi nombre en su boca sonaba mucho más dulce y excitante.

Estuvimos a punto de besarnos. No sé si fue producto de mi imaginación o realmente estuvo a

punto de ocurrir.

El resto de la tarde fue como una cita especial, de esas que todas deseábamos tener. Sonrisas cómplices, caricias inesperadas. Una tarde diferente y perfecta. Aunque yo siempre estuviese huyendo de la perfección.

—¿Esto lo tienes que hacer siempre o es porque es la fiesta de tu sobrina? —Me acompañó hasta casa.

—Mi trabajo es así siempre. Detalles de última hora que fallan, peticiones extravagantes de los clientes... —Cruce los ojos sonriendo—. Después de tantos años, ya sé cómo lidiar con todo.

—Había oído hablar de tu empresa. Siempre me han dicho que trabajabais muy duro, pero que teníais una visión diferente de cómo deben ser las fiestas.

—Bueno, no siempre hay que hacer las cosas como dicta el protocolo o la sociedad. Salirse de lo común es muy divertido y muchas veces más interesante que la monotonía de una fiesta convencional. —Le guiñó un ojo.

—Creo que tú eso lo haces a diario. Te sales de lo común y parece ser muy excitante. —Eso fue un coqueteo más que directo por su parte.

—Muchísimas gracias por todo, Alex.

—Muchas gracias a ti. Has trabajado muy duro para la fiesta, para que tu sobrina la disfrute y que Jason se sienta parte de ella.

—Por los niños lo que haga falta. —Llegamos al portal y abrí la puerta—. Nos vemos mañana. Sobre las cuatro empezará la fiesta. Yo estaré allí a las doce para terminar de organizar todo. —Al girarme, me lo encontré muy cerca. Tentador y peligroso.

—A las doce estoy allí. —Se acercó y me besó. Dejó apoyados sus labios en mi mejilla más tiempo del necesario para una despedida normal—. Estoy ansioso por que llegué mañana por la noche. —Deslizó sus labios acercándolos a los míos, pero los apartó antes de que los rozasen—. Buenas noches, Mariola.

—Bue... buenas noches, Alex.

Mi cuerpo había avanzado los centímetros que nos separaban, pero él fue más rápido alejándose. Se fue por la calle sonriendo hasta su coche. Antes de montarse en él, se giró y me dijo adiós con su mano.

—Joder, Mariola, te estás metiendo en serios problemas con él. No, aléjate, aléjate antes de que la cagues. —Subí las primeras escaleras temblando—. Será mejor que me olvide de él.

COMO SE HACEN LAS PROMESAS

Me desperté con un extraño cosquilleo en el estómago. Había descansado muy bien. La siesta que me pegué en el Four Seasons no había durado más de dos horas y, aunque el día anterior no había dormido nada, no hubiese cambiado por nada del mundo haber podido conocer un poco más al señor trajeado. La conexión que hubo entre nosotros fue tremenda.

No, no me había olvidado de él.

No se oía ningún ruido en el piso. Era sábado. Justin estaría en casa de alguno de sus ligues y Mike en el gimnasio. No fallaba. Así que tenía toda la casa para mí, al menos un par de horas hasta que tuviese que marcharme a la academia para preparar toda la fiesta.

Puse música y empecé a recoger un poco la casa. Saqué a la maruja que tenía escondida muy dentro y empecé a limpiar. Me puse *Spotify* y lo primero que saltó fue la lista de los sábados. La primera canción que sonó fue *I'm so excited* de Pointer Sisters. Me miré unos segundos en el espejo del salón mientras me ataba una coleta. Lo siguiente que se pudo ver en el piso fue mi culo moviéndose al son de aquel hit de los 80, acompañado de mi dulce voz destrozando la canción. No, no era la próxima ganadora de *X Factor*^[9], pero tampoco es que fuese a hacer explotar a los pajarillos con mis gorgoritos. ¿Lo peor? Que no tenía ninguna vergüenza al cantar, ni en privado ni en público. La música era muy importante en mi vida y muchas veces me había salvado. Siempre tenía algo puesto cuando trabajaba, cuando estaba en casa, incluso cuando leía. Necesitaba la música como respirar.

Bueno, si ya estaba como una loca con la anterior canción, en cuanto sonaron las primeras notas de guitarra de *You shook me all night long* de AC/DC, no lo pude evitar. Me puse a pegar botes como una rockera fanática por toda la casa. Me subí al sofá y agarré la fregona cual micrófono. Creo que se escuchaban mis berridos desde la otra manzana.

Aquel tiempo de disfrute duró unos escasos diez minutos más. Fui hasta la puerta pegando botes cuando sonó el timbre.

—Buenos días.

—Para la señorita Mariola y vienen con nota. —Justin entró en casa con un gran ramo de rosas que le tapaba la cara.

—Buenos días, Jus. ¿A quién se las has robado?

—En el portal estaba el repartidor. Ha llamado cuatro veces al timbre, pero no le has debido escuchar. Y no me extraña. Tienes la música a un volumen infernal. —Apoyó el jarrón en su pecho y apagó la televisión.

—¿De quién son? —Curioseé tratando de ver el sobrecito.

—Pues aún no he podido leer la nota. —Se apoyó en la mesa de la cocina—. Vamos a ver. «*Las coincidencias te han puesto en mi camino. Si ayer no te asusté con mi pasado, espero que la cena de esta noche siga en pie. Quiero aclarar lo que no pasó ayer. Un beso. Alex*». —Justin tenía la ceja tan levantada que estaba a punto de salirse de su cara—. ¿Qué es eso de su pasado? ¿Qué quiere aclarar que no pasó ayer? ¿Por qué te manda flores? Ya me estás contando todo.

—Que tarde es. —Dejé el trapo que llevaba colgado de la cinturilla del pantalón en el armario

y salí de la cocina—. Me tengo que preparar para ir a lo de los niños y hacer una bolsa para luego, que no me dará tiempo a venir a casa para la cena con Alex. Así que, si quieres que te cuente todo, vas a tener que venir a la habitación.

—Como si me tengo que meter a la ducha contigo.

—Con que te sientes en el inodoro es suficiente.

Fuimos al baño y le expliqué todo lo que había sucedido el día anterior. Lo que conocí sobre el pasado de Alex y su exmujer. La insultó como solo él sabía hacer y después de todas las palabras malsonantes que salieron de su boca, no supo qué más decir.

—¿Cómo... yo no entiendo cómo... —Se llevó la mano a la boca.

—Yo tampoco, Jus. Ayer cuando me lo contaba tenía la mirada más triste que había visto jamás. Solo tenía ganas de abrazarle. —Levanté los hombros arrepentida por no haberlo hecho.

—¿Y qué es eso de aclarar lo que no pasó?

—Yo pensé que había sido mi imaginación que me jugó otra mala pasada, pero parece que no ha sido así. Estuvimos a punto de besarnos, pero nos molestó Tony, su ayudante.

—Así que la cena es importante. Tú prepárate en el baño que te voy a escoger yo la ropa para la cena. Incluida la interior. Que la que te regalaron de *La Perla*, de la semana de la moda, aún no la has estrenado.

—¿Con quién, Jus? No es muy apropiado para ir a trabajar si se trasparenta con las blusas o se ven por los vestidos.

—Pues esto es lo que te vas a llevar.

—Que no Jus, que no sé yo si con eso...

—Pruébatelo y te doy mi aprobación. —Me puse el conjunto de ropa interior—. Mira nena, yo porque soy gay al 200%, pero si Alex no cae rendido con ese conjunto... es gay. —Tiró de uno de los tirantes del conjunto y sonrió—. Y esto es lo que se quedará en el suelo de alguna habitación lujosa de su hotel.

—Justin, solo vamos a cenar. No quiero tirarme a los brazos del primer tío que parezca bueno, agradable, estupendo y que tenga unos ojos preciosos y una sonrisa que me vuelve loca. No me lo puedo permitir. —Me desnudé y me metí a la ducha—. Además, si la boda de los McNee se celebra allí, no quiero que haya confusiones entre lo profesional y lo personal.

—Te mereces que te pasen cosas buenas.

—Sí, sí, sí. La misma historia de siempre. Que soy joven, que me merezco que mi corazón esté contento, que mi cuerpo se pegué una alegría —saqué la cabeza por la cortina al repetir las palabras que tantas veces había escuchado de su boca—. Ya me sé todos tus alegatos, cariño.

—Y que no quiero que mueras rodeada de gatos.

—Eres imbécil. No sé por qué te quiero tanto.

—Porque soy lo mejor que te ha pasado en tu fabulosa vida. —Metió su cabeza dentro de la ducha—. Estarías perdida sin mí.

La esponja llena de espuma acabó estampada en su cara.

—¿Puedes dejar que me duche tranquila? Bastante nerviosa estoy ya, como para que la cabeza de una loca invada mi espacio personal.

—Espacio personal, espacio personal. —Escuché cómo salía del baño y gritaba para que le escuchase perfectamente—. No decías lo mismo cuando vivíamos en aquel apartamento de veinte metros cuadrados y teníamos que dormir los tres en la misma cama.

No le contesté por qué íbamos a entrar en una de nuestras discusiones eternas y no tenía demasiado tiempo para ello. Me sequé el pelo corriendo y me vestí con lo primero que encontré en el armario, unos vaqueros desgastados y llenos de agujeros, con una camiseta básica blanca

que no me di cuenta de que transparentaba un poco el sujetador.

—¿Qué hora es?

—Las once y media.

—Joder. —Salí corriendo al salón buscando mi bolso y la copia de las llaves de la academia —. Encima seguro que Alex estará allí sobre las doce y voy a llegar tarde. No tengo hecha la bolsa.

—Ya te la llevo yo más tarde cuando vayamos nosotros.

Había un atasco de muerte a aquella hora por todas las calles que teníamos que pasar. No avanzábamos tan rápido como me hubiese gustado, así que, a dos calles de la academia, le dejé al taxista treinta dólares y salí corriendo calle arriba. Creo que le dejé demasiado dinero por tan corto trayecto... Al doblar la esquina de la academia comprobé que no había nadie esperando. Alex parecía no haber llegado aún. Menos mal, porque entre las bolsas y la carrera, estaba de todo menos presentable. Rebusqué en el bolso las llaves para abrir la academia.

—Buenos días

—¡Joder! —Grité dejando caer las bolsas al suelo—. Menudo susto me has dado, Alex. —Me llevé las manos al pecho.

—Lo siento, pero ahora tengo que esperar a que el corazón me empiece a bombear sangre de nuevo. ¡Vaya pulmones tienes!

—Lo siento.

—He llegado a las doce menos algo y, como no te he visto por aquí, he ido a por un par de cafés y algo de comer por si no habías desayunado. —Movié en el aire una bolsa de *Ferrara Bakery*.

—Dime que son sus *Cannoli* rellenos de crema de queso y frambuesas y me caso contigo ahora mismo. —Le arranqué la bolsa de las manos y los vi en la caja que contenía—. En serio, me caso contigo ahora mismo.

—Bueno. —Levantó la ceja y abrió mucho los ojos—. Dame al menos unos meses para enamorarte y pedir formalmente tu mano.

Me dejó sin palabras con una frase. Yo, la que nunca se callaba, la que siempre tenía algo ingenioso que decir, me quedé rota con aquella frase.

—Muchísimas gracias, Alex. —Salí como pude de aquella situación y entramos a la academia —. Si quieres pasamos al salón principal y tomamos allí el café. —Señalé la sala donde había ya cosas montadas para la fiesta—. Así puedo ir al baño un momento. Que he venido corriendo las dos últimas manzanas.

—¿Por qué? —Pareció sorprendido.

—Como me dijiste que sobre las doce estarías por aquí, no te quería hacer esperar. Siento haber llegado tarde, pero es que me ha entretenido un gran ramo de flores que ha llegado a mi casa hace un rato.

—¿Sí? —Apretó sus labios con un gesto de satisfacción al saber que lo había recibido—. Buena forma de empezar la mañana.

—Yo tengo alguna otra en mente que es mejor, la verdad. —Lo dije muy muy bajito, casi para mis adentros.

—¿Qué has dicho? —Alex sonrió y estaba segura de que lo había oído perfectamente.

—Que no tengo en mente una mejor manera de empezar la mañana. Muchas gracias. No tenías que haberte molestado. —Agaché unos segundos la cabeza sonriendo—. Son preciosas. No sé cómo lo has adivinado, pero dentro del ramo están mis flores favoritas.

—Rosas azules. Lo comentaste con Justin en la cena. Cuando dijiste algo del ramo de la novia.

Tengo muy buena memoria, Mariola.

—Eso parece, señor trajeado. —Me removí inquieta de nuevo ante su mirada— ¿Y qué era eso de lo que teníamos que hablar?

—Yo creo —empezó a acercarse a mí lentamente mientras hablaba— que ayer dejamos algo a medias.

Mi respiración se cortó los segundos que tardó en agarrarme de la cintura y pegarme a él. Me temblaba hasta la puntilla de las bragas. Aquel hombre emanaba tanta seguridad, que era capaz de fulminar la mía en dos segundos con una simple mirada. Parecía completamente imbécil a su lado.

—Tía, tía, tía. —Andrea entró como un miura—. Que hoy es la fiesta. ¡Sííííí!

—La madre que la parió. —Puse mis manos en las mejillas de Alex—. Puede que sea el destino tratando de decirnos algo.

—Hola, señor McArddle. ¿Qué hace usted aquí y tan cerca de mi tía? ¿La está regañando?

—No, cariño, se me había metido algo en el ojo y me lo estaba mirando Alex.

—¿Alex?

—El señor McArddle. —No podía flaquear ante de ella. Si veía algún signo de duda, atacaría con muchas más preguntas.

—Bueno, voy a por mamá que esta con unos señores fuera haciendo algo. Hoy es mi fiesta. — Se marchó de la sala haciendo el avión y gritando como una loca.

—Lo siento.

—Sé que no es el destino. No sería tan injusto de ponerte en mi camino y no poder hacer lo que quiero hacer contigo.

—¿Es una amenaza o una advertencia?

Sonreí abiertamente deseando que me respondiese. Que fuese claro y conciso con lo que quería hacerme. Vamos, que me esperaba un resumen muy explícito de por dónde iba a pasar aquellas fuertes manos.

—Más tarde lo descubrirás.

—Mariola tengo fuera a cuatro hombretones que traen todas las... —Al girarme vi a Sonia embobada—. Hola.

—Hola, Sonia.

—No te había reconocido sin el traje y tan pegado a mi amiga. —Me agarró de la cintura pegándome pequeños pellizcos. Sonia sí que estaba excitada al ver a Alex.

—Sonia, vamos a ver a los hombretones para que metan todas las cosas, que al final se nos echa el tiempo encima. Termínate el café tranquilo, Alex.

—El tiempo no sé, pero que se me eche encima el señor McArddle. —Lo dijo muy bajo y en castellano—. ¿Tú le has visto? Esa camiseta fundida con sus músculos, ese culo apretado en sus vaqueros de marca...

Saqué a Sonia rápidamente de la sala antes de que su saliva nos inundase.

El catering llegó a las tres y media, justo a tiempo para comenzar la fiesta. Los malabaristas, payasos, bailarines de la academia y demás asistentes, también llegaron a tiempo. En la parte de atrás montamos los talleres de maquillaje, disfraces, y un montón de cosas para que los niños disfrutasen. Solo nos faltaba la sala multimedia con la consola en la pantalla grande.

—Nunca he sabido cómo conectar todo esto, Mariola.

—Sonia, no te agobies que es lo único que falta. A ver, si este cable va aquí y éste otro aquí, ¿por qué demonios me sobra uno? —Estábamos metidas detrás de uno de los equipos.

—¿Os echo una mano?

—Por favor, Alex, nos sobra un cable.

—Vamos a ver. —Se agachó y Sonia y yo nos pusimos detrás de él.

—Cómo le quedan los vaqueros, señor de mi vida y de mi corazón. —Levantó los brazos como si estuviese en la misa Gospel del domingo agradeciendo a Dios su semana—. Está para comérselo y no dejar ni una sola esquina de su cuerpo por lamer. —Empezamos a hablar en castellano.

—Sonia, necesitas un buen polvo. Hace cuanto que no...

—Seguramente el mismo tiempo que tú. ¿Que hubiera pasado si no llega a entrar Andrea hace un rato?

—La verdad es que no lo sé. No tengo ni idea de lo que hubiese pasado. —Levanté los hombros e hice mi gesto de «no tengo ni puñetera idea», con la boca.

—Chicas, esto ya está. —Se sacudió las manos enérgicamente—. Si queréis hablar de mi culo podéis hacerlo en inglés. Hablo castellano.

—¿Todo el mundo sabe ahora castellano? ¿Está de moda o algo por el estilo?

—Soy director de un hotel que es parte de una gran cadena que tiene hoteles por todo el mundo. Lo mínimo, es saber hablar al menos cinco idiomas diferentes al mío.

—¿Hablas seis idiomas? —Me quedé boquiabierta—. Yo que habló cuatro y me consideraba lista... —Negué con la cabeza sonriendo—. Una cajita de sorpresas, sí señor.

—Voy a ir a buscar a Jason.

—Perfecto. No tardes o Andrea se encargará de llamar a los SWAT. —Le guiñé un ojo.

—De acuerdo. —Se alejó unos pasos, pero volvió—. Por cierto —se acercó a mi oído para susurrarme—, solo quiero hacerte disfrutar. —Me besó en la mejilla.

Pude sentir el calor de su boca sobre mi piel. Mi mirada se perdió en su cuerpo saliendo de la sala.

—¿Qué ha sido eso, Mariola? —Sonia estaba señalando la puerta y a mí.

—Así que tú también lo has visto. No es que yo me haya vuelto una idiota integral. No estoy paranoica.

—No, Mariola. Lo he visto. He visto esa química tan explosiva. ¿Cómo puede ser que solo le hayas visto dos ratitos de nada y yo que llevo cinco años llevando a Andrea a ese colegio... —Cerró los ojos agitando su cabeza—. ¿Por qué el mundo es tan injusto de no ponerme a mí en bandeja a un semental de ese calibre? Que seguro que te hace hasta el helicóptero invertido. —Sonia, cuando se ponía nerviosa, no paraba de hablar hasta que se quedaba sin aire. Aquella era una de esas veces.

—Una casualidad, mejor dicho —comencé a contar con mis dedos al hablar —, cuatro casualidades.

—¿Cuatro? A eso, Mariola, no se le puede llamar simplemente casualidad. Eso es el destino.

Sonia seguía creyendo en el príncipe azul. Después de todo lo que había sufrido en la vida, sabía que su destino sería conocer al mejor hombre de la ciudad, el que la cuidaría hasta que se muriesen los dos juntitos en una cama a los noventa años. Sí, ella seguía creyendo en el amor para toda la vida. Yo en cambio, en cuestiones amorosas, era mucho más realista. Jonathan me hizo volverme muchísimo más cínica. Sonia, la rubia soñadora. Mariola, la morena macarra. Podría ser nuestra mejor definición.

—El destino, lo veo en tus ojos.

—Ya estás con tus cosas del destino. Déjalo, Sonia. Son casualidades y punto. —Traté de alejarme de ella. Aunque tuviese aquella cara de muñeca, tan rubia, con los ojos tan azules, podía ser muy pesada si se le metía algo en la cabeza.

—Sí, sí. —Se alejó de mí sonriendo y a mí se me encogió el esfínter.

Sonia era capaz de producir muchas más casualidades para que Alex fuese mi príncipe azul. Aunque ella misma le tuviese que teñir entero a brochazos.

—Venga vamos, Mariola, que aún tenemos que decidir dónde vamos a hacer el baile. —Hizo un giro en el suelo—. Que tú no es que seas muy buena que digamos.

—Uy que no. No sabes lo que he avanzado con mis clases de meneo de culo. —Le guiñé un ojo antes de salir por la puerta riéndome.

A las cinco de la tarde la academia estaba llena niños y amigos de la familia. Andrea estaba disfrutando muchísimo. Se podía ver una gran sonrisa en su carita.

—Tía, esta fiesta es la mejor de mi vida. Quiero me las hagas tú durante el resto de mi vida. Mis amigos están *aluciflipando*.

—¿*Aluciflipando*? —Andrea y sus palabras.

—Sí, ellos no han tenido una fiesta así en la vida. Gracias. —Me dio un beso y salió corriendo a la zona de malabares.

—Esta niña está como una cabra.

—¿De quién lo habrá aprendido? —Justin estaba a mi lado con un gran plato de comida.

—De ti. —Le quité una tartaleta.

—Eres una bruja, ¿lo sabías?

—Y te encanta. —Le lancé un beso antes de atacar la comida.

—Bueno, ¿qué tal con Alex?

—Bien. —No quise darle más información. Podía ser peor que la KGB en sus años buenos.

—¿Dónde está ahora?

—En la zona de disfraces, creo que las niñas le han tomado como rehén.

—¿Rehén? ¿Qué están haciendo con él?

—No lo sé, pero la última vez que le vi, le estaban haciendo un cambio de look.

—Dios mío, esto no nos lo podemos perder.

Caminamos hasta la zona en la que habíamos organizado el salón de belleza. No pudimos contener la risa al ver lo que estaba sucediendo. Alex estaba rodeado por un montón de niñas que le estaban maquillando. Tenía media cara pintada, una boa de plumas en el cuello y un sombrero con flores en la cabeza. Estaba adorable rodeado de niñas. Tenía a dos de ellas en sus rodillas y otra más se le subía por la espalda.

—Chicas, creo que van a empezar los juegos en la otra sala. —Pensé que tenía que salvarle de alguna manera.

Todas salieron gritando y corriendo. Justin se fue detrás de ellas y se unió a sus gritos.

—Muchas gracias, Mariola. —Se levantó de la silla y yo no pude contener la risa—. ¿Por qué te estás riendo?

—Por nada. —Me mordí los labios para no estallar en una gran carcajada.

—¿No pruebas lo que me han hecho? —Puso las manos en sus caderas.

Ver a un hombre de más de metro noventa, con un estilismo tan cuidado y con aquel maquillaje que no se veía en Nueva York desde los 70, era muy divertido.

—La verdad es que estás gracioso con todo ese maquillaje. —Le señalé la cara y continué riéndome.

—Gracioso. —Hizo una mueca con los labios—. Otro adjetivo que añadir a mi lista. ¿No vas a parar de reírte?

—Creo que no. —No podía dejar de hacerlo.

Sin verlo venir, me agarró de la cintura, pegó su cara a la mía y la restregó contra ella, dejándome los restos de su maquillaje.

—Ahora estamos los dos graciosos.

—Para, por favor. —No podía dejar de reírme—. Me estás pringando toda la cara.

—No.

Trataba de separarme de él, pero era mucho más fuerte que yo. Con sus brazos me había abarcado toda la espalda y casi estaba de puntillas. Mi cuerpo temblaba bajo el suyo. Notaba cómo los escalofríos volvían a hacerse cargo de la situación. Subían por la espalda hasta llegar a la nuca.

—Mariola, cariño... —Justin entró rompiendo la magia de aquel instante—. Lo siento. —No sabía dónde meterse—. Jason está preguntando por lo que puede comer. Y hay otros niños que... —Carraspeó un par de veces incómodo—. Os dejo solos. Ya lo solucionamos entre Mike y yo.

—Ahora vamos, Jus. —Se marchó, no sin antes abrir mucho los ojos y hacer un gesto muy obsceno con su boca—. Lo siento, de verdad.

—Espero que esta noche no nos molesten y que podamos estar los dos solos. —Pasó su nariz por la mía y tuve una sensación buena, muy buena. Tuve que cerrar los ojos y respirar profundamente.

—Si sobrevivimos a esta fiesta y a los invitados, sí. Eso espero. —Me aparté de él lentamente—. Vamos un momento a quitarte todo esto que tienes en la cara. —Le agarré de la mano y fuimos a los vestuarios—. Ven aquí, creo que tengo toallitas desmaquillantes en la bolsa que me ha traído Justin. A ver si entre todo lo que me ha metido lo encuentro. —Dentro de aquella bolsa había ropa suficiente para sobrevivir a un ataque nuclear—. Parece que en vez de a una cena me voy una semana de vacaciones.

—Se preocupan mucho por ti.

—En exceso algunas veces. —Negué con la cabeza un par de veces—. Aquí están. —Cogí una toallita—. Cierra los ojos para que te quite todo eso. ¡Cómo te han puesto!

—No puedo negarme a las niñas. Siempre quise tener una. —Cerró los ojos mientras me deshacía del maquillaje—. Jason es fantástico, pero creo que necesita compañía. —Abrió los ojos y tenía las pupilas dilatadas.

—Puede quedar con Andrea cuando quiera. Sé que no es lo mismo, pero yo puedo recogerle en el colegio y llevarlos a nuestro piso cuando quieras. Vuelve a cerrar los ojos, por favor.

—De acuerdo. —Terminé de limpiarle todo.

—Como si no hubiese pasado nada.

—Sí, como si no hubiese pasado nada. —Me guiñó un ojo y me mostró otra de sus sonrisas ladeadas que tanto me empezaban a gustar. Me estaba volviendo adicta a ellas.

—Voy a desmaquillarme yo también y voy fuera para que no pase nada con la comida. Puedes ir saliendo si quieres. Si no, mandarán a una patrulla a buscarnos.

—De acuerdo. —Se alejó hasta la puerta—. Pero esta noche no nos molestarán. De eso me encargo yo.

Esperé a que se cerrase de nuevo la puerta para desmoronarme un poquito. Tuve que agarrarme al lavabo para respirar profundamente.

—Qué hombre, por favor. —Terminé de quitarme la pintura—. Volvamos a la guerra.

La fiesta fue perfecta. Los niños y los no tan niños la disfrutamos mucho. Todo el mundo tenía cosas que hacer y con lo que divertirse. Algunas madres que habían ido tenían su mayor diversión observando el ganado. Estaban sentadas en las sillas, comiéndose con los ojos a Alex y Frank, que llegó un poco más tarde. Les observaban minuciosamente mientras jugaban con los niños.

—Madre del amor hermoso. Tiene que ser ilegal estar así de buenos. ¿No están casados? —Una de las madres comenzó a hablar.

—No. Así que o son gays o no me lo puedo explicar.

Yo estaba cerca de ellas recogiendo algunas cosas, me reí al escuchar su conversación. El efecto de aquellos dos dejaba tontas a casi todas las madres. Hasta a las que llevaban felizmente casadas muchos años. Los niños seguían como locos dando gritos y vueltas a las ocho de la tarde. Hacía calor y necesitaba respirar un poco. Subí a la parte de arriba de la academia. Sonia había comprado una antigua estación de bomberos y la había reconstruido. En la parte de arriba había hecho un mirador con flores, tumbonas y tenía unas vistas preciosas. Me senté en un banco a descansar. Había sido una semana muy larga y extraña.

—Hola. —Sonia me entregó un vaso con bebida.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Siempre sueles esconderte aquí. Esta vez ¿de qué lo haces?

—Solo quería descansar un poco.

—¿Qué te pasa? Cuéntame.

—No quiero que me vuelvan a hacer daño y yo no quiero hacérselo a él.

—A ver, que me entere yo de lo que está pasando. No hace ni una semana que os conocéis ¿y estás pensando en más? La señorita que nunca piensa, que solo actúa. La que dice que es mejor pedir perdón que permiso.

—Me estoy haciendo vieja. —Le pegué un trago a la bebida.

—Cuanto más vieja, más pelleja.

—Qué mona eres, Sonia.

—Si no lo intentas, nunca lo sabrás. Parece buena gente. Me da buenas vibraciones. Hazme caso. Cena con él y ya veremos lo que pasa. —Se levantó de la hamaca—. Ya nos preocuparemos mañana en investigar en *Google*.

—Nada de investigar. —Negué con la cabeza— Voy a cambiarme de ropa.

Fui a pegarme una ducha y a prepararme para la cena. No quería ni hacerme ilusiones ni montarme la película que Sonia ya había empezado a imaginar. Solo esperaba que la noche mereciese la pena y fuese la mitad de buena de lo que me estaba imaginado. Terminé de prepararme y salí a buscar a Alex, pero no le encontré por ninguna parte. ¿Se habría arrepentido de la cita y habría huido?

—¿Habéis visto a Alex? —Me acerqué a Mike que estaba mirando algo en el móvil.

—Ha ido a llevar a los niños a casa. Andrea se queda a dormir con Jason. Mañana los lleva al partido y Sonia recoge allí a la niña.

—¿Y dónde está Sonia?

—Hablando con Frank. Llevan toda la tarde así. —Les señaló y los vimos en un rincón. A Frank se le veía muy interesado en la conversación y Sonia tenía su gesto de me gusta este chico en la cara.

—¿Y no me ha dicho nada la muy perra?

—Mariola. —Sonia se acercó a nosotros—. Frank me ha pedido que vaya a cenar con él esta noche. Pero no sé qué decirle.

—Si no lo intentas, nunca lo sabrás. —Reproduje exactamente sus palabras.

—No me seas gilipollas, Mariola Santamaría.

Joder, había dicho mi nombre y apellido. Estaba enfadada por mi respuesta. Se le veía muy nerviosa. Hacía una hora me había cuestionado si me podía plantear o no, ciertas cosas con Alex, si solamente hacía una semana que nos conocíamos. Pero la señorita contradicciones estaba muy nerviosa y alterada.

—No sé qué me ha pasado. Sabes esas veces que ves a un hombre y después de cruzar un par

de frases, ¿sabes que quieres más? De esos que te dejan sin palabras.

Abrí la boca y Sonia me la cerró con su mano.

—No me des tu respuesta más sinvergüenza.

Quitó la mano nerviosa. Así que fui la amiga que Sonia quería en aquel momento. Seríamos sus carabinas. ¿O ellos serían las nuestras?

—¿Si vamos los cuatro estarías más cómoda? —Le agarré de la mano y estaba temblando.

—No, no. —Se apartó rápidamente de mí—. No quiero estropear tu cita, de verdad. —Dio un par de pasos atrás con la mano en la boca—. Le digo que no y ya está.

—No te preocupes, Sonia. Vamos los cuatro a cenar. Tú díselo a Frank que yo aviso a Alex cuando vuelva de llevar a los niños a casa. —Sonreí al verla tan nerviosa.

—¿Seguro? —Vio cómo afirmaba con la cabeza—. Muchas gracias, Mariola. Ya sabes lo mal que llevo yo las citas. Puedo acabar siendo la tonta más tonta del planeta. No sé cómo actuar.

—Sé tú misma. Sé aquella chica que se hizo mi amiga nada más llegar a la ciudad. Aquella que hizo todo lo que estaba en su mano para ayudarme. Si haces eso, en unos años tal vez nos vayamos de boda. —Le guiñé un ojo.

—Eso son palabras mayores, Mariola. —Se dio la vuelta y sabía que estaba sonriendo. No había visto a Sonia tan ilusionada por alguien desde hacía muchos años.

—Bueno, a ver si sale todo bien. —Cogí el teléfono para llamar a Alex—. Espero que no se enfade.

—¿Que no se enfade quién?

Me di la vuelta y allí estaba Alex. Iba vestido con un pantalón caqui y una camisa blanca. Me podía acostumbrar a verle con camisas blancas y si se las recogía hasta el codo, tal y como llevaba aquella, podría morir. Estaba impresionante. En la mano tenía una rosa azul y una tarjeta.

Mariola estaba en medio de una de las salas con el teléfono en la mano. Al oír aquello, lo primero que pensé es que iba a anular nuestra cita. Pero al verla vestida con aquel precioso vestido blanco dejé de pensar. Hacía mucho que una mujer no me impactaba de tal manera.

Al darse la vuelta vi que se había asustado al verme, no me esperaba. Se pasó la mano por el pelo y sonrió dulcemente.

—¿Quién se va a enfadar?

—Tú. —Escuché un pequeño suspiro de su boca.

—¿Por qué me da la sensación de que lo que me vas a decir tiene que ver con esta noche?

—Frank le ha pedido a Sonia salir a cenar, pero le asusta un poco estar a solas con él. —Ladeaba la cabeza hablando—. Lo siento, Alex. —Entrecerró los ojos y elevó unos milímetros sus hombros.

—Le has propuesto ir los cuatro juntos.

Pensaba que iba a anular la cena. Bien porque no quería pasar más tiempo conmigo o que le hubiese salido un plan mejor.

—Sí, lo siento mucho. Pero es que Sonia... —Tomó aire y los miró. Estaban en el pasillo hablando—. Mira, Sonia no lo ha tenido demasiado fácil en esta vida. La última vez que la vi con ese brillo en los ojos fue cuando nació Andrea. Quiero que sea feliz y si para ello tenemos que posponer la cita... —No dijo nada más y sonrió al ver cómo Sonia besaba a Frank en la mejilla.

—¿Cita? —Sí, yo quería que fuese una cita, pero eso no se lo había dicho a Mariola—. Yo pensé que solo era una cena.

—Sí, eso. Siento haberla estropeado.

—No has estropeado nada. —Agarré su barbilla para que me mirase y noté una electricidad

entre los dos—. No te preocupes. Hacer feliz a tu amiga no es la peor excusa que me han dado para no tener una cena a solas conmigo.

—No sé si darte las gracias o preguntarte cuántas veces te han dado calabazas. —Torció el gesto de sus labios y empezó a reírse—. No te hagas el interesante. No creo que muchas chicas sean capaces de decirte que no a algo.

—Tú lo has hecho ya en varias ocasiones. Recuerdas que me debes una copa, ¿verdad?

—Aquello fue un si nos volvemos a ver, te invitaré.

—Por qué me parece que siempre tus frases van con doble sentido, Mariola.

Se acercó lentamente a mi oído y susurró.

—Porque suele ser así. De esa manera es mucho más interesante conocer a alguien. —Se apartó sonriendo—. Y lo de esa copa —se pasó los dedos por los labios suavemente al hablar— algún día.

—Algún día. —Repetí sus palabras—. Te pregunté el día de la fiesta si me darías resaca. Ya sé la respuesta.

—Es bueno que tengas respuestas a las preguntas que te haces. Eres muy listo, señor trajeado. —Esbozó una sonrisa traviesa.

—Esto es de parte de Jason. —Le entregué lo que llevaba en las manos—. Quiere agradecerte lo que has hecho hoy por él.

—Me lo como. —Me acarició la mano al coger la rosa.

La nota de Jason le hizo sonreír.

—Hola, chicos. Siento lo de la cita. —Frank entró en la sala y se acercó a nosotros.

—No te preocupes. —Miré a Frank y noté cierta reprobación en mi mirada.

—Lo siento, de verdad. —Frank puso su mano en mi hombro—. Tal vez he ido demasiado deprisa.

—Dicen que los amores que brotan rápido tienen dos salidas. Una muerte aún más rápida o una vida larga y feliz. —Mariola nos sorprendió a ambos.

—No te tomaba por una chica que creía en los cuentos de hadas y los finales felices.

—Bueno, a veces es bueno creer que al final de todo, después de pasar por muchas cosas, a todos nos espera un felices para siempre. —Agitó sus largas pestañas—. Pero no creo que existan los príncipes azules.

—Estás llena de contradicciones, Mariola. —Me quedé mirándola fijamente a los ojos y noté cómo su cuerpo respondía con un escalofrío.

—Te lo advierto, Frank. —Le hablaba a él, pero no dejaba de mirarme a mí—. Si haces daño a Sonia, acabo contigo. Si con lo que pase entre vosotros, haces daño a Andrea... —Le miró solamente a él y le sonrió—. Me encargaré de que te maten y no encuentren de ti ni un mísero pelo.

Frank levantó ambas manos, caminó dos pasos para atrás y no dijo ni una sola palabra más. Afirmó con la cabeza con una mano sobre el corazón. Eso pareció servirle a Mariola, porque le devolvió a Frank el gesto con la cabeza.

—¿Sabes que puedes dar mucho miedo?

—Lo sé. Detrás de todo esto —se señaló la cara mientras hablaba— se encuentra una amiga, una hermana y una tía que se preocupa por su familia. No quiero que venga nadie a jodernos.

—No sé cuál es la historia de Sonia, pero puedo asegurarte de que Frank es una buena persona. De hecho, de las mejores que he conocido en mi vida. Es uno de los pocos amigos que conservo de la infancia.

—¿Puedo confiar en él?

—Puedes confiar en mí.

No dijo nada más. Mariola era capaz de ver más allá de mis palabras, al menos esa era la sensación que me daba su forma de mirarme. Sus ojos me transmitían tanto, que no era capaz de pensar con claridad.

—Voy a buscar a los dos para poder irnos a cenar. Que, aunque haya habido mucha comida en la fiesta no he podido comer nada —se llevó la mano al estómago.

—De acuerdo.

Fui al despacho de Sonia para recoger mi bolso y cuando abrí la puerta, me los encontré encima de su mesa besándose con una pasión incontrolable. Cerré la puerta y pasé por la mesa de catering que aún no se habían llevado. Cogí dos cervezas de la mini nevera y fui a por Alex. Le agarré del brazo y, si decir nada más, salimos por la puerta principal.

—Tendremos que esperar un poco. —Me senté en uno de los bancos—. He traído un par de cervezas.

—¿Y esto? —Se sentó a mi lado aceptándola.

—Frank y Sonia andan un poco liados en este preciso momento. —Hice un gesto con mis dedos y me llevé la cerveza a la boca sonriendo—. Están un poco liados encima de la mesa del despacho de Sonia. —Afirmé con la cabeza entre sonrisas.

—Este Frank no pierde el tiempo.

—La verdad es que no lo pierden ninguno de los dos. ¿Qué tenías planeado para esta noche?

—Íbamos a ir a cenar al *River Café* y después hay un concierto de Jazz en una sala poco conocida.

—Ahora me siento mucho peor. —Apoyé la cabeza en su hombro—. Lo siento. —Nos quedamos unos segundos en silencio—. Hueles muy bien.

—¿Estás intentando ligar conmigo? —Notaba cómo me miraba de reojo mientras bebía cerveza.

—Ni mucho menos, señor. —Le sonreí.

—Pues es una pena la verdad.

—Gracias por ayudarme con todo hoy. —Levanté la cabeza—. Has sido muy amable. —Le di un beso en la mejilla, y al hacerlo, ante el contacto con su piel, tuve que cerrar los ojos.

—Jason ha disfrutado muchísimo. —Sonrió ladeando levemente su boca, acompañándolo de un pequeño suspiro—. Nadie antes se había preocupado tanto por él para que acudiese a una fiesta. Como ya te dije, directamente los niños no le invitan y así se ahorran tener que hacer cosas como estas.

—Con lo pijos que son en ese colegio, anda que no tendrán pasta para contratar a un catering.

—¿Alguna vez te callas lo que piensas? —Me miró con los ojos muy abiertos.

—Creo que... —Pensé durante varios segundos antes de darle la respuesta—. No. No suelo pensar mucho lo que digo.

—Me gusta que digas siempre lo que piensas. Que seas irónica, sarcástica y con una vena macarra. Me gusta cómo eres.

Se pasó la lengua por los labios y yo lo único que deseaba era besarle. Quería saber si aquella chispa de mi imaginación saltaría en el momento en que nuestros labios se uniesen. Como si me estuviese de nuevo leyendo la mente, me cogió a las mejillas y se acercó a mi boca. Podía notar su respiración cerca de mis labios. Podía notar su olor metiéndose por cada poro de mi piel.

Comenzó a rozar sus labios con los míos. Su barba cuidada, me hacía cosquillas en la barbilla. Sus pulgares se aferraban dulcemente a mi cara para que no me alejase de él. Pasó lentamente su

lengua por mi labio inferior y lo mordisqueó suavemente. Me estaba matando por segundos.

—Estamos listos. Hemos tenido que recoger unas cosas.

A tomar por culo magia, deseo y beso. Me quedé sin lo que prometía ser increíble. Un beso de los que hacen historia.

—Pues anda que no podíais haber tardado un poquito más. —Lo dije en castellano para que Sonia supiese que quería matarla.

—Perdón, pero no hablo castellano, chicas. —Frank no me entendió y miró a Alex—. ¿Qué ha dicho?

—Que si os habéis terminado de besar, podemos irnos a cenar. —Alex se levantó agarrándome de la mano.

—¿Dónde vamos a ir? —Sonia estaba la pobre roja como un tomate.

—¿Qué os parece un italiano? Aquí al lado hay uno muy bueno. —Frank parecía tener todo bajo control.

—Me parece perfecto. —Sonia se acercó a él y caminaron para salir a la calle.

Sonia y Frank iban por delante hablando como si se conociesen de toda la vida. No sabía por qué Frank parecía producir aquel efecto en todas las personas. Sin conocerle, podría haber pensado que era el típico follador nato de Nueva York. Era el dueño de una discográfica, seguramente con un piso en el Upper East Side, con un gran coche y con una lista de amantes infinita. Metro noventa, pelo oscuro y unos preciosos ojos color avellana. Pero si hablabas con él cinco minutos, te tenía comiendo de su mano. Era muy diferente al estereotipo de neoyorkino de clase alta que conocía.

Alex y yo caminábamos en silencio detrás de ellos. Me llevé los dedos a los labios sintiendo aún el roce de los de Alex. Me había quedado con las ganas de saber si sus besos superarían a los de mi imaginación. Nuestras manos se rozaban al caminar y quería entrelazar mis dedos con los suyos, pero mi instinto me hizo hacer algo más. Encontré un callejón en una de las calles. Agarré su mano y tiré fuertemente de él.

—Mira, sé que vas a complicarme la vida, que puedes ser capaz de ponérmela patas arriba. Esto puede ser algo o tal vez no. Pero lo que no quiero, es quedarme con las ganas.

Negué con la cabeza y empujé a Alex contra la pared. Pegué mi cuerpo contra él y agarré fuertemente sus mejillas. Rocé mis labios con los suyos, mordisqueé el inferior al igual que él había hecho. Subí mis dedos hasta su nuca y los metí entre su pelo. Mi cuerpo se estremecía ante su cercanía. Mi respiración se empezó a descontrolar en el momento en que sus manos bajaron por mis caderas, subieron el vestido y noté su piel contra la mía. Me separé de su boca y eché la cabeza para atrás, tratando de respirar, segundo que Alex aprovechó para besarme el cuello. Lo recorrió con sus labios en dirección a mi barbilla. Entonces me separé de él y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—Vas a complicarme la vida, joder. —Me alejé un poco de él aturdida.

—Deja de pasarte la lengua por los labios o no respondo. —Se pasó la mano por la boca—. Ese gesto lleva matándome todo el día.

—Tenemos que relajarnos los dos. —Mi respiración estaba completamente descontrolada y no era capaz de hacerme con ella.

—A la mierda.

Tiró de mí y me envolvió con sus brazos pegándome contra la pared. Continuó con sus besos por el cuello y su mano subiendo por mi pierna. Su cuerpo estaba completamente pegado al mío, podía notar su presión sobre mí. Subió más su mano y paró a escasos centímetros de mi culo. Con un brazo me levantó del suelo y con su mano libre me acarició la cara y, con sus dedos, tiró

levemente de mis labios.

—Me estás matando, Alex. —Solté un pequeño gemido al notar más presión sobre mi cintura.

Comenzó con un beso suave, pasando la lengua por mis labios pidiendo paso, exigiendo que mi boca siguiese su ritmo, que mi lengua siguiese a la suya. Sus besos eran dulces y suaves. Mi cuerpo temblaba excitado bajo el suyo. Necesitaba más, quería mucho más. Abrí la boca y le di paso completo acceso. Si no hubiésemos estado en aquel callejón, le hubiese dado pase VIP a todo mi cuerpo. No sé si fueron segundos o minutos lo que estuvimos besándonos, pero cuando se separó de mí ya le echaba de menos.

—Será mejor que paremos, Mariola.

Pegó su frente a la mía y suspiré. Estuvimos varios segundos sin movernos, para tratar de recuperar la respiración y un poco de compostura.

—¿Vamos al restaurante?

—Tienes resto de pintalabios. —Le limpié los labios con mis dedos y antes de apartarlos, me pegó un mordisco y después lamió el dedo—. No vuelvas a hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque entonces seré yo la que no responda y te aseguro que me estoy reprimiendo muchísimo. —Negué muy seria—. ¿Estamos listos?

—Para ti siempre.

—Te tomo la palabra, Alex. —Le sonreí y levanté una ceja—. Van a pensar que nos han secuestrado.

—Vamos. —Me dio la mano y antes de salir del callejón se puso delante de mí—. Prométeme una cosa.

—Dime.

—No me rompas el corazón, por favor. —Entrecerró levemente sus ojos.

—No me lo rompas tú a mí.

—Trato hecho. —me dio un beso rápido—. Pero vamos a cerrar el trato como lo hago con mi hijo. Dame tu mano.

—¿No irás a escupirme? —Le observé escéptica y creo que con cara de asco.

—No. —Soltó una gran carcajada—. Se unen los meñiques entrelazados y se pegan los pulgares. Si te fijas, con un poco de imaginación, es un corazón. —Los dos estábamos mirando nuestras manos—. Decimos a la vez: lo prometo.

Los dos lo hicimos a sabiendas de que aquello era una promesa de algo más de una noche de pasión.

—Así es como hacen promesas los niños. Con corazón.

—Me gustan ese tipo de promesas. —Sonreí como una quinceañera—. Aunque son difíciles de cumplir.

—A mi hijo no le he roto ninguna de las que le he hecho. Soy un hombre de palabra.

—Estás muy seguro de ti mismo. —Sonreí.

—Por verte siempre sonreír de esta manera, no tengo ninguna gana de romper la promesa.

—Yo tampoco las rompo. Yo los tratos los cierro con un apretón de manos y un beso. —Le señalé mi mejilla.

—De acuerdo, señorita —Me besó.

Fue una noche muy divertida. Frank y Alex nos contaron sus vidas. Las juergas nocturnas preuniversitarias en la hermandad, las gamberradas infantiles y muchas cosas que no nos hubiésemos imaginado. Tras un par de copas en un bar cercano decidimos que era una buena hora para marcharnos a casa. Frank y Sonia no dudaron ni un momento en dejarnos solos. Según él era

para que nosotros terminásemos nuestra cita. Por la cara de Sonia, sabía que aquello era una mentira de las gordas.

—Por fin solos.

—Sí. —Miré a Alex y noté que estaba agotado—. La fiesta ha sido dura con tanto niño suelto.

—Tú también tienes que estar rendida. Mañana iré a llevar a los niños al partido. Si quieres nos vemos allí y almorzamos juntos.

—Me encantaría, pero tengo que hacer la presentación final, en caso de que el director del Four Seasons me llamé para decirme que el hotel está disponible para la boda. Y tengo que hacer otro poniendo al Carlyle por las nubes para convencer a la novia, en caso de que el director del Four Seasons me dé una negativa. —Aún no me había dicho si nos iban a alquilar el hotel o no.

—Yo creo que el director dará el visto bueno. Le he gustado mucho la presentación. —Estaba jugando conmigo—. Aunque el director es bastante exigente.

—Yo soy muy concienzuda en todo. —Sonreí unos segundos—. Tengo que presentarles a mis jefes los dos en cualquiera de los casos.

—Supongo que comerás.

—Te llamo si acabo pronto. Necesito fotos y navegar en internet para los informes. Porque con lo petarda que es la novia, a última hora es capaz de volver a cambiar de opinión.

—Yo puedo ayudarte con eso. Mándame un *e-mail* con lo que necesitas. O si quieres, después del partido, podemos comer en casa y tú misma lo puedes mirar en mi ordenador entre mis archivos de otros eventos. —Se estaba estirando los dedos. Parecía que aquello para él era algo más que ayudarme con mis informes.

—No quiero molestarte. —Puse mi mano sobre la suya para que se relajase—. Si no llamaré a tu ayudante. No te preocupes, Alex. La semana que viene nos vemos.

—Te acompaño a casa. Vamos paseando y así puedo disfrutar de tu compañía ya que mañana no quieres quedar conmigo. —Comenzó a jugar como Andrea.

—¿Y luego la teatral es mi sobrina?

—Cómo se pegan las cosas en tan poco tiempo. —Me guiñó un ojo mientras se mordía el labio.

Me acompañó a casa. Fue muy insistente en dejarme en mi piso. Subimos en el ascensor con una de mis vecinas favoritas, la que miraba con los ojos muy abiertos a Alex. Cuando ella salió en su piso, me miró y aprovechó que Alex estaba mirando algo en su móvil, para levantarme los dos pulgares en señal de visto bueno.

—Muchas gracias por esta noche, Alex.

—Gracias a ti. —Al abrir la puerta, miró en el interior. Jus y Mike ya estaban en el salón dormidos en el sofá.

—Piénsate lo de mañana.

Me besó y me deseo buenas noches. No insistió ni en pasar dentro ni en estar tiempo de más en la puerta. Me quedé observándole mientras iba hasta el ascensor. Como le había dicho, sabía que me iba a traer problemas. Pero, me apetecía arriesgarme y ver qué podía ocurrir.

COMO SI FUERA UN REGALO DE NAVIDAD

Domingos, benditos domingos. Se rumorea que fueron creados para descansar, disfrutar del silencio de la mañana, dormir hasta que se caiga el techo sobre ti. Hasta que el sonido de un taladro a las siete de la mañana me hizo saber que no iba a ser un domingo tranquilo.

—Me cago en el inventor *Black & Decker*.

Pegué un grito y salí de la habitación buscando algo con lo que aporrear la pared.

—¿Por qué me dejaría en mi pueblo la escopeta de perdigones? —Justin salió con su antifaz—. ¿Quién demonios osa a hacer ruido a estas horas de la mañana?

—Nuestro adorable vecino nuevo. Yo no sé si está montando un mueble o una exposición de cuadros en su puñetera casa. —Pegué pequeños cabezazos contra la pared—. Necesito dormir un poquito más.

—Creo que Mike tiene tapones en su habitación.

Entramos en su habitación y vimos cómo dormía plácidamente... desnudo.

—Busca los tapones y deja de mirar, por favor. —Le vi removiendo las sábanas—. No creo que los tenga escondidos debajo de su cuerpo. —Los encontré en un cajón—. Vamos. —Salimos de la habitación en silencio—. Necesito dormir.

—No me has contado que tal ayer la cena. —Entramos los dos en mi habitación—. Cuéntame y así me relajo. —Se metió conmigo en la cama.

—Jus, necesito dormir un par de horitas más. Te prometo que luego te lo cuento todo. —Me abracé a él—. Pero ahora a dormir.

—Me encanta tu cama. Es tan grande y cómoda, y tu cuarto, siempre huele a fresco.

—No te voy a cambiar la habitación. La gané justamente.

—Que la ganó justamente, dice. —Bostezó—. Hiciste trampas.

—Eso es mentira.

Antes de empezar a discutir ya nos habíamos quedado dormidos.

La verdad es que la forma en que me gané la habitación fue un tanto extraña. Hicimos unas pruebas. El primero que recorriese quinientos metros en nuestro antiguo barrio con los pies atados, le quitase una prenda de ropa interior a nuestro vecino más cascarrabias, y se bebiese dos chupitos de tequila, ganaría la mejor habitación de la nueva casa.

¿Hice trampas?

Nunca lo reconoceré.

Jamás de los jamases.

Puede que el nudo de mis zapatillas fuese uno simple y se soltase a los diez metros, que la prenda se la hubiese robado el día anterior, y que le hubiese avisado a nuestro vecino de que había visto a unos niños robándole la ropa, aconsejándole que no la colgase en un par de días por si acaso. Pero los chupitos sí que me los bebí.

Tenía la mejor habitación de la casa y estaba encantada con ella. Era un espacio amplio con una cama enorme, un gran armario vestidor, una zona más apartada que destinaba a mi oficina, un baño increíble y lo que más me gustaba, una de las ventanas tenía un banco a lo largo que daba a

las escaleras de incendio. Allí me sentaba a leer o a ver pasar a la gente por la calle. Me encantaba la habitación.

No habían pasado ni dos horas cuando empecé a oír voces que venían de la cocina. Justin estaba a mi lado porque notaba su mano en mi espalda. Aquellos tapones eran una mierda. Sentí que se abría la puerta.

—Mike, déjanos un poco más que ha sido una noche dura.

—Shhh... —Justin farfulló sin moverse.

—Subíos en la cama y que se despierten los dos. Que ya es hora.

Andrea y Jason empezaron a saltar en la cama, a tirar de las sábanas y a machacarnos a golpes. Les reconocí por las carcajadas.

—Quietos, parad, por favor. —Me senté en la cama.

—¿Qué está pasando? —Jus abrió un ojo.

—Los niños querían desayunar antes de ir al partido y Andrea ha hablado tan bien de mis desayunos de los domingos, que tengo aquí a los tres.

—¿Tres? —Miré entre los dos niños que teníamos encima—. Buenos días, Alex.

—¿Habéis tenido una noche muy dura? —Dijo sonriendo.

—¿Qué hora es?

—Las nueve. ¿Os hago desayuno? —Justin se levantó de un salto con los niños colgando de él—. Veo que a ti sí. ¿Tú, Mariola?

—Yo quiero dormir. —Me tapé con un cojín.

—Vamos a dejar a la tía, que cuando se despierta es una pequeña bruja. —Les tiré el cojín—. ¿Veis lo que os he dicho?

—Ni un minuto de tranquilidad. —Me tapé con un brazo pensando que me había quedado sola.

—Buenos días. —Noté un peso sobre la cama.

—Hola, Alex. —Abrí los ojos y me tapé la boca con el brazo.

—¿Qué haces?

—El aliento. Espérame en la cocina y ahora salgo.

—No. —Se sentó en la cama.

—Bueno, pues voy al baño un momento. —Tiré de la sábana para llevármela conmigo.

—¿Qué haces? —La agarró divirtiéndose con la situación.

—Yo duermo ligera de ropa y no tenemos tanta confianza. —Tiré con más fuerza de la sábana y me hice con ella—. Aún.

—¿Aún?

—Sí, aún.

Estaba llegando al baño y Alex pisó adrede la sábana, quedándose con ella.

—Bonitas vistas.

Mientras me lavaba los dientes, vi a Alex tumbado en mi cama, observando todo a su alrededor. No me pude resistir y cuando salí del baño, me tiré directamente encima de él y le besé. Le besé con las mismas ganas que la noche anterior. El único inconveniente es que estábamos tumbados en una cama y con dos niños en la cocina. Tenía debajo de mí a un hombre terriblemente atractivo al que quería devorar en aquel mismo instante.

—Buenos días. —Le sonreí.

—Esto sí que es un buen despertar. —Se puso encima de mí—. He de confesar que los niños querían venir a desayunar, pero yo también quería verte. Ayer me quedé con ganas de más. —Me besó de nuevo—. De mucho más pensándolo ahora mismo.

—Alex. —Me estaba matando con sus besos y sus caricias—. Tenemos que salir a desayunar.

—Continuó besándome por el cuello. Estaba a punto de mandar todo a la mierda y me iba a dejar llevar por sus caricias—. Para, por favor, Alex. —Puse mis manos sobre su pecho tratando de separarle de mí.

—De acuerdo. —Se levantó a regañadientes—. Creo que yo ahora mismo con esto no puedo salir —se señaló los vaqueros.

Cerré los ojos negando. Le había mirado descaradamente el paquete. Y qué paquete, señor mío.

—Si quieres espera un poco aquí —me puse un pantalón de chándal casi tartamudeando—. Yo voy saliendo.

—Yo ahora mismo voy. —Se sentó en la cama con un cojín tapándose la entrepierna. Fue porque no hacía más que mirársela—. Por cierto, estás preciosa cuando te levantas.

¿Derretirme?

Estaba en proceso.

Salí a la cocina muy digna, sin que se me notase que quería echar un polvo con Alex.

—¿Dónde está papá?

—En la habitación. Tenía un problema con su... Con una llamada.

—Vale. —Jason me miró extrañado—. Esto está buenísimo. Tenías razón, Andrea. Qué suerte tienes de tener estos tíos. —Pude ver un gesto de tristeza en su cara.

—¿Qué pasa, Jason? —Me senté en un taburete a su lado.

—Que yo no tengo una familia así. Solo tengo al tío Frank y a papá, bueno... y a la tía Alison. Pero hace mucho que no la veo. —Levantó sus hombros—. Y a papá le veo muy poco también.

—Sabes que cuando quieras puedes venir aquí con Andrea. Te voy a dar mi número de teléfono y siempre que te sientas triste o necesites cualquier cosa, me llamas. —Anoté mis números en un *post-it* y se lo entregué.

—Gracias, pero no quiero molestar.

—No es ninguna molestia. —Le besé.

Cuando me di la vuelta vi a Alex cerca de la cocina con la misma cara que había puesto su hijo. No tendrían la misma sangre, pero no había ningún tipo de duda de que eran padre e hijo. Cogí dos cafés, un par de tortitas y le hice un gesto con la cabeza para que me siguiese hasta el salón.

—¿Estás bien? —Nos sentamos en uno de los sofás.

—Me duele mucho ver a mi hijo triste. Estamos los dos solos y no paso con él el tiempo necesario. —Le pegó un par de sorbos a su café—. Yo trabajo duro para que no le falte nunca nada.

—Puede ser que necesite que trabajes un poco menos y estés un poco más con él. —Golpeé suavemente mi rodilla contra la suya.

—Lo sé.

—No me quiero meter en vuestra vida. —Busqué las palabras exactas para no ser demasiado directa—. Por muchas cosas que tengas, si no tienes una buena base familiar y te sientes solo, no hay dinero que pueda arreglar eso. ¿No hay nadie de tu familia con los que... —No quería hacer preguntas de más que le hicieran estar incómodo a mi lado.

—Mis padres no me hablan desde que les dije lo del embarazo. —Se recostó en el sofá y yo me giré hacia él para escucharle—. Mi hermano es un alma libre y está en Brasil, en un poblado en medio de la selva ayudando construir o reconstruir algo. —Cerró los ojos—. Hablo con él muy de vez en cuando por teléfono, pero tiene su vida. Mis padres tampoco le hablan por haber dejado el bufete de abogados, por irse a curar leprosos. Palabras textuales de mi padre.

—¿Y la tía Alison? —Sí, quería saber más. Quería saber qué papel jugaba ella en la vida de

Alex.

—Es la hermana de Lisa, la madre de Jason. Ella me ayudó con el niño cuando era pequeño. Luego confundió los sentimientos, quería que yo le diese algo más que la amistad y el cariño que le tenía. Ella quería mucho más que yo. —Comenzó a retorcerse los dedos. Era una señal de que le preocupaba—. Y nos distanciamos.

—Has tenido que luchar mucho por tu hijo, Alex. —Le agarré de la mano y agradeció mis palabras con una sonrisa.

—Es lo más grande que me ha pasado en la vida. Es mi hijo, mi vida. —Se giró para mirarle—. Quiero darle todo lo que necesite.

—Necesita a su padre, forjar recuerdos y tener experiencias contigo.

—Muchas gracias por decirle que te llame cuando quiera. —Se acercó a mí.

—No me des las gracias. —Miré a Jason que jugueteaba divertido en la cocina con Andrea—. Puede llamarme cuando él quiera.

—¿Y el padre puede hacer lo mismo? —Jugueteaba con sus dedos sobre la palma de mi mano.

—El padre se lo tendrá que ganar un poco más. Soy muy blanda con los niños.

—Me lo ganaré. —Se acercó para susurrarme al oído—. Te aseguro que me lo ganaré.

—Papá, que vamos a llegar tarde al partido. —Jason estaba delante de nosotros mirándonos muy intrigado.

—Ahora mismo vamos, cariño.

—Gracias por los teléfonos. —Me abrazó fuertemente.

—De nada, Jason.

—Mucha suerte y a ganar. —Justin se estaba comiendo a besos a Andrea.

—Gracias, tío. Mañana vengo a desayunar. Pero esta vez que el bizcocho sea de chocolate blanco. —Andrea lo exigió mientras se ponía su cazadora.

—Los lunes desayuna aquí. Por eso el lunes pasado llevé yo a la niña al colegio. —Estaba situada al lado de Alex.

—Sois una familia muy diferente.

—Ellas también lo han tenido difícil. En algún desayuno te contaré más.

—¿Desayuno después de una cena? —El señor trajeado estaba jugueteando aquella mañana.

—Nadie ha hablado de cena. Se puede desayunar sin haber cenado.

—El padre lo va a tener muy crudo. Lo veo. —Metió su mano por dentro de mi camiseta y me acarició la espalda—. ¿Comemos hoy juntos?

—Tengo que hacer las presentaciones, pero si quieres vente a casa y mientras trabajo, me ayudas con la presentación de tu hotel, señor director.

—Estaría bien, pero Jason...

—Chicos, ¿qué os parece si esta tarde hacemos en casa una sesión de palomitas y películas de dibujos? —Sabía que iba a convencer a los niños.

—Síiiii. —Justin se unió a la invitación—. Ah, que era para los niños pequeños. —Se excusó al ver a los niños mirándole.

—Para todos. En la sala de atrás hacemos maratones de cine y hoy tocan dibujos animados.

—Yupiiiiiiii. —Andrea daba botes por la casa.

—¿No te apetece venir, Jason? —Alex le preguntó preocupado ya que no había dicho nada.

—¿Yo también estoy invitado?

—Claro que sí, enano. —Mike le cogió y le subió por los aires—. Siempre que quieras.

—Bien. —Bajó al suelo casi de un salto—. Ahora vámonos al partido. —Salieron corriendo los dos hacia el ascensor.

—Muchas gracias. Luego traemos las palomitas y todo lo necesario para que no te molesten mucho.

—Ok.

—Nos vemos luego. —Me dio un beso en los labios que me sorprendió. No es que no lo quisiese, pero no me lo esperaba delante de todos.

Se marcharon al partido y nosotros terminamos de recoger el desayuno. Más tarde Justin se fue a correr y Mike al restaurante. Así que empecé con mis presentaciones para los McNee. El primero fue el del Carlyle que más o menos ya lo tenía, pero lo retoqué un poco más todo para que pareciera el lugar más maravilloso para casarse. Por si a la novia se le cruzaban de nuevo los cables o por si Alex no quería mezclar lo personal con lo profesional. Tres horas después empecé a preparar la presentación del Four Seasons. Empecé a indagar en internet acerca del hotel y tras varias páginas en las que hablaban maravillas del Four Seasons, empezaron a salir noticias de Alex. «Alex el soltero de oro», «Alex el rompecorazones», «Alex el caza modelos». Muchas, muchas páginas de sus ligues. Y como yo era así de cotilla —y algo masoca en algunas ocasiones—, pasé a la parte de imágenes. Modelos, actrices y un montón de chicas preciosas colgadas de su brazo. Me negué a seguir viendo aquello.

Nunca me había gustado la prensa sensacionalista americana. Siempre buscaban el punto débil del famoso de turno o creaban historias falsas para sacar noticias. No quería saber nada más que no me contase él. El señor *Google* podía ser mi peor enemigo en aquel momento. Bajé la tapa del ordenador y me fui a comer algo. No había nada en la nevera, así que me vestí y bajé al restaurante que teníamos más cerca a pedir algo. Estaba en la cola respondiendo un par de *e-mails* de trabajo cuando escuché una voz familiar detrás de mí.

—Qué alegría verte por aquí.

—Scott. —Otro de mis ex salía de su tumba.

—Te veo bien. Mejor que bien diría yo.

—¿Qué haces por este barrio? —La verdad es que no acabamos ni bien ni mal. Él estaba más preocupado por su cuerpo que por el mío. Estaba muy sorprendida.

—Me acabo de mudar. Vivo aquí al lado.

—¿Dónde? —Era imposible que se hubiese mudado a nuestro edificio.

—En ese edificio. —Señaló justamente el nuestro.

—Joder, ¿has sido tú el que se ha puesto a hacer agujeros a las siete de la mañana? —Eché la cabeza para atrás y gruñí. Solía gruñir cuando las cosas no me gustaban—. ¿Cómo puede ser posible tanta casualidad?

—¿Vives tú en ese bloque?

—¿No lo sabías? —No me gustaban las casualidades como aquella.

—¿Cómo iba a saberlo? Cuando salimos no quisiste invitarme nunca a tu casa. —Levantó las manos en el aire—. No pienses que te estoy persiguiendo. Tengo un trabajo nuevo y este barrio siempre me ha gustado.

—¡Qué suerte tengo! —Viva mi ironía.

—Pedido veintisiete. Pedido veintiocho.

Recogimos los pedidos y fuimos a casa. No me podía creer que viviera justo en nuestro edificio. El chico era guapo, y si no hubiera sido por sus tonterías del gimnasio y la obsesión que tenía con su pelo, podría haber funcionado.

—Quería pedirte perdón por cómo era en aquella época. Solo me centraba en mí.

—¿Aquella época? No han pasado tantos años. —Me resigné para no empezar a discutir por lo que él hizo mal y por lo que yo no hice bien—. Está bien que lo reconozcas.

—Lo siento mucho. Si alguna vez quieres que comamos o tomemos un café ya sabes dónde vivo.

—¿Te apetece que comamos juntos en casa? —Mi estado de inanición me provocó una locura temporal—. Estoy sola y así podremos hablar un poco más de lo que hicimos mal.

Subimos a casa y comimos juntos. Tuvimos la charla que en su momento no pudimos tener. Había madurado mucho (o al menos lo parecía) y seguía igual de guapo que siempre. Y divertido, muy divertido. Recordé las veces que me había hecho reír cuando las cosas no iban bien.

—¿Vives sola?

—Sigo viviendo con Justin y Mike.

—Justin. —Le cambió por completo el gesto de la cara—. La última vez que me vio en el gimnasio me quitó toda la ropa de mi taquilla cuando estaba en la ducha.

—Lo siento. Ya me lo contó, pero en aquel momento me pareció muy bien. —Esto era un *sorry not sorry* en toda regla.

—He cambiado, Mariola. Me gustaría que pudiésemos darnos otra oportunidad. —Me agarró la mano y me sentí incómoda, como si estuviese traicionando a Alex.

Justo entró Justin con Andrea, Jason y Alex. Justin miró a Scott con cara de pocos amigos y Alex le observó desde la distancia. ¿Por qué cuando estás soltera no te para ni un taxi, pero cuando tienes a alguien en la cabeza, te atropellan todos los coches de la ciudad?

—Hola, Justin.

—¿Qué haces aquí? —Justin se situó a mi lado como si me estuviese protegiendo de Scott.

—Es nuestro vecino, el que taladraba a las siete de la mañana. Nos hemos encontrado pidiendo la comida y nos hemos quedado aquí charlando.

—No me creo que le hables.

—Creo que es mejor que me vaya a ir a casa. Tengo que deshacer las maletas y colocar muchas cosas. —Me besó en la mejilla mientras miraba a Justin—. Nos vemos, Mariola.

Al salir por la puerta cruzó la mirada con Alex.

—Vamos a preparar la sala para las películas. —Me levanté y me dirigí a los niños.

—He traído un montón de películas, chuches, palomitas de colores, bebidas, mis cosas más especiales y unos juegos por si nos aburrimos de ver películas. —Justin venía con muchas bolsas.

—No he podido pararle en la tienda. —Alex se acercó a mí—. ¿Otro ex?

—La ciudad no parece tan grande como dicen.

—Tú y yo ya hablaremos seriamente. —Justin me señaló enfadado mientras se iba con los niños.

—En el poco tiempo que nos conocemos, ya nos hemos encontrado a dos de tus ex.

—Son parte del pasado y parte de mi vida. Tú también tendrás tus ex y tus amores.

—Ex algunas, amores de verdad, ninguno. —Fuimos a mi habitación. Eres diferente, Mariola, y eso me da mucho miedo.

Yo no sabía qué más decir y él parecía retrocedido a la casilla de salida. El juego empezaba a ser peligroso.

—¿Te importa si nos ponemos con la presentación? —Acerqué dos sillas a la mesa en la que tenía todo desperdigado—. Y ya de paso, me podrías decir si podremos celebrar en tu hotel la boda o no. Más que nada para poder explicarlo mañana en el trabajo. —Quise que nos centrásemos en el trabajo y dejásemos toda nuestra tensión (la sexual y la normal) calmada durante un rato.

—La sala que está disponible es la Cosmopolitan Suite, con capacidad máxima de ciento sesenta y cinco invitados. ¿Cuántos tiene?

—Más o menos ciento setenta. Pero lo podremos ajustar si es necesario. —Ojeé mi agenda mientras hablaba con él—. ¿Tendríamos el jardín disponible para el cóctel de bienvenida?

—Si lo hacemos antes de las ocho de la tarde para que podamos preparar la fiesta... sí, dispones de él. —De reojo vi cómo se acomodaba en la silla y cruzaba sus manos sobre sus rodillas.

—¿Habitación para los novios?

—Una suite.

—La novia quiere salir del hotel hacia la iglesia en coche de caballos. Se casan en la *Trinity Baptist Church*. ¿Podríamos disponer de alguna sala del spa? Para que esa mañana se haga los últimos tratamientos. —Continué tachando cosas de la agenda.

—A vuestra disposición.

—¿Cuántas habitaciones tendríamos disponibles para la familia de la novia que viaja desde California?

—Si mal no recuerdo creo que podríamos disponer de quince individuales, siete dobles y luego alguna suite. La verdad es que para esas fechas el hotel tiene muchas reservas.

—No sé si serán pocas. Tendría que confirmarte cuantas necesitaríamos cuando hable con ellos. —Pasé un par de hojas de la agenda.

—Tienes todo muy bien atado.

—Ni mucho menos. Los novios, bueno la novia es muy toca pelotas. Tienen mucho dinero y quiere que sea la boda del año, pero alguna de sus exigencias me parece que está fuera de lugar y es desorbitada. —Me di cuenta de que aún tenía bastantes cosas pendientes.

—¿Por qué?

—Quiere que el salón este lleno de peonías, porque dice que simbolizan el lujo y la prosperidad. Y quiere el tipo de orquídea más cara del mundo para su ramo, que cuesta como cinco mil dólares. —Puse los ojos en blanco—. Caviar *Almas*, ternera *Wagyu* y un montón de cosas más. No sé para qué tanta tontería con esas cosas. —Resoplé varias veces.

—¿Por qué dices eso?

—Tengo otra forma de ver las bodas después de tantos años organizándolas para millonarios que al cabo de un año escaso se separan. Yo me casaría en un lugar bonito, discreto, rodeada de mis amigos y familiares más cercanos. Al atardecer. —Miré a través de la ventana sonriendo—. Quizá en una playa y al acabar la ceremonia lanzar lámparas de papel al cielo, como el festival *Lantern* de Taiwan. Disfrutar de mi marido y de mis amigos. Algo íntimo. Rodeados solo de seres queridos. Que sea un momento que recordemos para el resto de nuestras vidas. Que sintamos el aire en nuestra cara al anochecer —cerré los ojos mientras hablaba y suspiré.

—Suenan tentador.

—No tantas cosas solamente por aparentar. Pero ellos son mis clientes y si quieren un millón de peonías, las tendré que conseguir. Y hablar con el chef del hotel.

—Por eso no te preocupes. Aceptará el menú que propongas, dentro de unos límites. Podemos hacer uno de prueba la semana que viene.

—Los novios estarán encantados. Muchas gracias.

Tras tres horas trabajando en la presentación, por fin la terminé. Gracias a que Alex pacientemente respondió a todas mis preguntas. Los niños no estaban haciendo nada de ruido y eso solo podían ser dos cosas. Una, que la película les estuviera entreteniendo de lo lindo. Dos, que estuvieran tramando algo. Nos acercamos a comprobarlo y estaban los tres, incluido Justin, dormidos.

—Están fritos.

—Entre el partido y que tienen la tripa llena de chucherías, están muertos.
—Quería proponerte una cosa. —Le llevé hasta la cocina y me senté en la pequeña isla.
—Dime. —Se situó entre mis piernas.
—Ya que el otro día no pudimos ir a cenar juntos, que te parece si te recompenso cocinando para ti el viernes.
—¿Puedo fiarme de ti como cocinera?
—No, la verdad. También podemos salir a cenar fuera.
—Confío en ti. Aunque el viernes tengo una reunión por la tarde y no sé a qué hora terminará.
—Puedo prepararte la cena para cuando acabes. —Jugueteaba con mis uñas por sus brazos.
—Jason el viernes estará con Frank que van a ir a un partido de baloncesto, le puedo decir que se quede con él a dormir.
—¿Y te tendría para mí toda la noche? —Empecé a besar su cuello.
—Sí. —Nuestros labios se unieron en un beso que comenzó a subir la temperatura de aquella cocina.
—Papá, tengo sed.
—Sí. —Me bajé de un salto de la barra—. Te doy ahora mismo agua. —Le di una botella del armario—. Así que el viernes que viene te vas al baloncesto con el tío Frank. Qué suerte.
—Suerte la de papá que vas a cocinarle.
—Enano, no está bien escuchar las conversaciones de los mayores.
—Lo he oído mientras venía, pero luego como os estabais dando besos, no he querido molestar.
—Mierda. —Me tapé la cara con las manos.
—¿Vosotros sois novios?
—Somos amigos. —Alex se adelantó a contestar.
—Ya, pero yo también soy amigo de Andrea y no le doy besos. ¿Le tengo que dar besos así para ser su amigo?
—No, cariño. Cuando seas mayor lo entenderás.
—Estoy harto de lo de cuando seas mayor —Jason lo dijo con voz de abuelo—. Cuando sea mayor voy a ser súper listo, porque voy a saber un montón de cosas que ahora mismo no sé. Súper listo. —Iba hablando solo mientras volvía a la sala.
—Haces un buen trabajo con él. —Me puse a recoger cosas de la cocina.
—Tú serías buena madre.
—No podría con tanta responsabilidad. Apenas cuido de mí bien, como para cuidar de otra personita.
—No te das cuenta, pero cuidas de muchas personas.
—Sólo me preocupo por mi gente.
—Espero poder entrar en ese exclusivo círculo.
—Tal vez, señor trajeado. —Le besé.

Cuando llegamos a casa, Alice, la mujer que venía a casa una vez a la semana, estaba terminando de recoger todo.

—Buenas noches, Alex.
—Buenas noches.
—Os he dejado cena en el horno.
—Ya sabes que no tienes que hacerlo, Alice. No es tu trabajo.
—¿Y le dejo a mi niño sin su plato favorito? Que en tu hotel cocinarán muy bien, pero como la comida casera no hay nada. —Alice siempre estaba muy pendiente de nosotros.

—No tengo hambre, papá. —Jason estaba que se caía de sueño. No podía mantener abiertos los ojos.

—Has comido un montón.

—Ya lo sé. Es que claro, Justin ha comprado chuches de las que puedo comer y me parecía feo dejarlas. —Estaba tratando de convencerme de que él no era el culpable—. ¿Puedo irme a dormir?

—Claro que sí. Mañana desayunamos juntos y te llevo al cole.

—Gracias, papi. —Saltó y le cogí al vuelo—. ¿Me arropas?

—Por supuesto.

Le llevé hasta la habitación y observé lo mayor que estaba.

—Me ha gustado pasar la tarde en casa de Mariola. Es divertida. —Se puso el pijama entre bostezos y se metió en la cama.

—Me alegro de que te guste. Está un poco loca. —Me tumbé a su lado en la cama.

—Pues a mí me gusta mucho que no sea como todas las demás. —Jugueteaba con las sábanas—. Me ha dado sus números de teléfono para que la llame cuando quiera.

—Pero no le llames todos los días, que nos conocemos.

—No voy a molestar. —Me miró tapándose la cara—. Es muy buena y guapa, papi. Me gusta mucho.

—No decías lo mismo de otras amigas.

—Es que eran unas plastas. Solo hablaban de ellas y a mí no me hacían nunca caso. Ninguna jugaba conmigo. Mariola se tira al suelo para ayudarme con un puzle o corre como una loca cuando el juego lo pide. Cuando crezca quiero que mi novia sea así. —Me miró sonriendo—. Papi, ¿por qué no le pides que sea tu novia?

—¿Cómo? —Se me abrieron los ojos de par en par.

—Pues pidiéndoselo. No es tan difícil. Yo se lo pedí a Andrea esta tarde cuando acabamos de ver una peli. —Mi hijo me dejaba boquiabierto casi todos los días.

—¿Sois novios?

—Sí.

—¿Y qué vais a hacer de novios?

—Pues lo que se hace cuando alguien es tu novia. Ver pelis juntos, compartir las chuches, ir al parque a jugar e invitarle a un helado. —Levantó los hombros como si yo no entendiese las cosas—. Papi, de verdad, siempre dices que cuando sea mayor sabré muchas cosas, pero tú eres mayor y no sabes lo que se hace con una novia.

—Hace mucho que papi no tiene una. —Tuve que controlar mi risa—. Puede ser que se me haya olvidado.

—¿Y cuando mami era tu novia qué hacíais juntos?

—Lo mejor que hicimos juntos fue tenerte.

—¿Aunque luego ella no me quisiera?

—Ella sí te quería, cariño, pero no fue lo suficientemente fuerte como para hacerse responsable de sus actos.

—Por lo menos tú sí me querías. —Le cayeron unas lágrimas por la mejilla.

—Escúchame bien, campeón. Pase lo que pase, yo siempre te querré. Nunca te dejaré solo. Nunca, Jason. —Le abracé fuertemente

—Eres el mejor padre del mundo mundial. Te quiero.

—Yo sí que te quiero, cariño. Y ahora a dormir que mañana tenemos que ir despiertos al colegio. —Le arropé y le besé—. Te quiero.

Salí de la habitación sin dejar de mirarle. Se dio la vuelta y sacó de debajo de las sábanas un papel amarillo. Se quedó unos segundos observándolo y después lo pegó en el cabecero. Hacía mucho tiempo que no tenía una conversación como aquella con mi hijo. Mariola estaba en lo cierto: tenía que pasar mucho más tiempo con él. Debía delegar en el hotel y disfrutar de aquellos momentos. Cuando menos lo esperase, se haría mayor y ya no querría hablar conmigo. Seguramente, pasaría a odiarme por algún motivo y se iría a la universidad.

Me senté en la isla de la cocina a cenar y antes de terminar, sonó el timbre.

—Hola, Frank. ¿Qué haces aquí?

—Hola. —Entró en casa y se fue directo a la nevera para coger una cerveza—. Quería preguntarte algo.

—Dime.

—Es sobre Sonia.

—¿Qué ha pasado?

—Pasar pasar, nada. Ayer fuimos a casa a tomar una copa. Una cosa llevó a la otra. Estábamos bien, muy cómodos. —Le dio un largo trago a la cerveza—. Pero de repente empezó a decir que no varias veces y se quedó en un rincón de la cama tapada con las sábanas.

—¿Qué pasó?

—Nada. —Agitaba las manos en el aire—. Estuvo más de media hora callada y no supe qué hacer. Después de un buen rato, me dejó abrazarla. Solo me pidió perdón y se fue.

—Eso es raro, tío.

—¿Podrías hablar con Mariola para saber si está bien? No tengo ni su número ni sé dónde viven. Ella me gusta, pero no quiero acabar con los pies llenos de cemento en el East River.

—Qué exagerado eres, Frank. ¿Por qué te preocupas tanto? Si a ti mujer que te dice que no, mujer que desaparece de tu mente.

—No sé qué me está pasando con ella.

—¿Flechazo? —Hice un gesto como si fuese cupido soltando una flecha.

—Tú eres imbécil. —Negó con la cabeza.

—Imbécil o no, a eso se le llama flechazo. Hay veces que pasa, amigo, y no te puedes deshacer de la flecha. —Estaba tratando de calmarle, pero no lo conseguí.

—¿Podrías hablar con Mariola?

—Sí. Lo único que hasta el viernes no estaré con ella.

—No puedo esperar hasta el viernes, por favor.

—Suenas desesperado. Nunca te había visto así.

—Estoy más asustado yo que tú. Así que no me vaciles. —Negaba con la cabeza.

—Perfecto. —Levanté las manos en son de paz—. Cuando le llame le pregunto. Si no me cuenta nada, pásate por su trabajo a la hora de la comida y habla con ella.

—¿Eso que huele es el estofado de Alice? —Se sentó en un taburete robándome mi plato de comida.

—Sí, si eso cómetelo, que ya me pongo yo otro.

—Gracias, tío. —Continuó comiendo.

Cuando Frank zanjaba un tema, lo hacía de una manera muy especial. Dejaba de hablar sobre ello y pasaba a hacer otra cosa.

—No sabes lo que me ha dicho tu sobrino. —Le conté la conversación que acababa de tener con Jason.

—Soy muy fan de tu hijo.

—No sabes qué cara se me ha quedado cuando me ha dicho que si no sabía qué se hacía con

una novia. —Negué con la cabeza—. Mariola no es mi novia, pero tampoco sé qué hacer con ella.

—Yo te puedo explicar qué hacer con una mujer.

—Hoy he conocido a otro ex.

—Si es su ex, por algo será. No te preocupes.

Otro lunes que me despertaba con la misma canción. Pero aquel día salí corriendo y me uní al baile de Justin. Andrea y Sonia llegaron como siempre a desayunar, pero noté a Sonia más preocupada de lo normal. Quise preguntarle qué le ocurría, pero cada vez que me acercaba ella se apartaba unos centímetros. Así que decidí no preguntar. Le llamaría para comer juntas.

Al llegar a la oficina Sasha me avisó de que los McNee ya estaban allí para ~~dar más por culo~~ hablar de su boda.

—Te esperan en la sala cinco.

—¿Todos o solo los jefes?

—Todos.

—Gracias.

—Mucha mierda, guapa.

—La necesito. —No pasé por mi despacho antes de ir a la sala, así que entré con el bolso, la agenda, las carpetas y mi café—. Buenos días. Siento el retraso, estaba ultimando los detalles con el director del Four Seasons que... —noté unos ojos clavados en mí mientras hablaba. Alex estaba al fondo de la mesa de reuniones—. Que está precisamente aquí para ultimar los detalles. —Le miré sin saber qué coño hacía allí.

—Muchísimas gracias, Mariola, por conseguirme el Four Seasons. Casi me muero este fin de semana de la angustia tan terrible que tenía. —Cindy, la novia petarda, me abrazó—. No tienes la más mínima idea de lo que ha sido. Nunca estarías sometida a tal estrés. Hasta Birkin lo ha sufrido, pobrecita.

—¿Birkin? —No sabía muy bien si quería conocer la respuesta.

—Mi perrita. La hemos tenido que dejar en el spa para que le den un masaje relajante.

—Dios de mi vida. —Lo salté en castellano esperando que ninguno me entendiese. Alex me miró, anotó algo en una hoja y sonrió.

—Alex nos ha contado que tuvisteis una reunión muy fructífera, Mariola. Que dejaste todo muy bien atado. —Linda hablaba con una sonrisa en la boca—. Luego ya me contarás qué hace aquí el soltero de oro. —Me lo dijo al oído cuando se acercó a por un café.

—¿No le habéis llamado vosotros?

—No, cariño. Ha venido a la reunión por si la novia necesitaba algo. Estaba muy interesado en ello o en ti, no lo sé muy bien.

Hice la presentación lo más tranquila que pude teniendo al señor trajeado mirándome, observando cada gesto, cada movimiento. Aquel día era especialmente caluroso. Me quité la chaqueta y cuando me quise dar cuenta vi que mi sujetador se transparentaba un poco con la blusa. Eso me pasaba por salir corriendo de casa sin mirar lo que me ponía. Un precioso sujetador que me las ponía a la altura de las amígdalas estaba a punto de verse más de la cuenta. Mierda.

—Cindy, espero que sea todo de tu agrado.

—Más que eso. —No me miraba a mí, no me daba a mí su beneplácito. Se lo estaba dando a Alex.

—¿Y a tu futuro marido le gusta todo?

—Con tal de ver a mi reina feliz, lo que haga falta.

Breve resumen de ellos dos: Duncan, futuro exmarido o difunto marido de Cindy, de unos sesenta años y rico, asquerosamente rico; Cindy, mechas balayage perfectas, más de metro ochenta, menos de treinta, medidas 120-60-90... Eran la típica pareja de ricos de la ciudad a los que no les daba más de dos años de matrimonio. Duncan solo tenía ojos para su preciosa novia. Como decía mi difunta abuela: «*El amor no tiene edad ni ojos ni boca para decir la verdad*». Me pareció escucharla desde el más allá avisando a Duncan. Aunque nunca había entendido demasiado bien aquella frase.

Cindy miraba a Alex deseando rasgarle la ropa, como si fuera un regalo de navidad.

—Muchísimas gracias, Alex. —Se levantó y le abrazó muy efusivamente—. Tendremos que quedar para ultimar los detalles. Te daré mi móvil...

—No. —Alex de una manera muy caballerosa se deshizo de aquella invitación—. De todo eso se encarga Mariola. Ella luego me transmitirá vuestras peticiones. Es la encargada de organizar vuestra boda así que, todo a través de ella, Cindy. Estaré encantado de hacer realidad todas tus peticiones.

—Hasta la de atarla a un potro. —Linda estaba a mi lado susurrando muy divertida.

—Yo también le ataría a un potro, Linda. —Las dos nos reímos y disimulamos segundos después.

—De acuerdo. Duncan, llévame al spa, que yo también necesito relajarme. Qué estresante es organizar una boda. Mariola —me lanzó dos besos al aire casi gritando—, te llamaré con las nuevas peticiones. *Ciao, ciao*. —Se marcharon los dos y respiré.

—Muy buen trabajo, Mariola.

—Sí, pero hacedme un favor. No me volváis a dar una boda de este estilo. Yo sí que necesito ir al spa a relajarme, no su perra. —Me dejé caer en un sofá que teníamos en la sala.

—Ya sabes cómo es Cindy, cariño. Nueva rica. —Linda sirvió unos cafés.

—Ahora entiendo lo que dijiste el otro día, Mariola. —Alex se sentó a mi lado.

—¿Y qué te dijo nuestra chica? —Michael se comportaba como un padre cuando su hija le presentaba un novio. Cosa que no era así.

—Que los ricos pueden llegar a tener unas manías muy raras. Y lo de esta chica no es muy normal, la verdad. Estoy de acuerdo contigo con la forma que tienes tú de ver una boda. —Alex me miró afirmando.

—Cariño, tenemos que ir al Carlyle. Para confirmarles que cambiamos de hotel. Perderemos la fianza y se enfadarán mucho con nosotros, pero espero que esa sonrisa que me enamoró hace cuarenta años, les enamore también a ellos. —El jefe besó la mano de Linda.

—Que adulator eres. Y lo que me gusta. A todas las mujeres les gusta, Alex, aunque digan que no. —Me miró a mí sabiendo que entendería sus palabras.

—Linda, que nos conocemos. —Me removí nerviosa en el sofá. Linda era capaz de venderme a Alex en dos minutos.

—Hacéis una pareja preciosa. Los dos tan guapos, tan monos. Si es que eres como mi hija. Quiero verte feliz, que ya va siendo hora...

—Cariño, deja a Mariola tranquila. Ella sabe cuidarse bien. Tiene muchos pretendientes por ahí. Algún día elegirá a uno y le hará el hombre más feliz del mundo. Como me has hecho tú a mí todos estos años.

—Me declaro súper fan de lo que tenéis después de cuarenta años.

—Hay momentos duros, pero todo con amor se supera. —Besó a su mujer.

—Cariño, vamos a dejar a esta pareja terminar lo que está pendiente. —Linda nos señaló—.

Lo haréis bien. Os compenetráis a la perfección. —Se marcharon sonriéndonos.

—Perdona a mis jefes. Llevo aquí tantos años, que creo que ya no distinguimos entre lo personal y lo profesional. —Me levanté a recoger las cosas que tenía por la mesa.

—¿Te apetece que comamos juntos?

—No puedo. Quiero quedar para comer con Sonia. Esta mañana estaba más rara de lo normal.

—Ayer vino Frank a casa y me contó algo.

—¿El qué? —Me di la vuelta rápidamente y me acerqué a Alex que estaba de pie cerca de la ventana.

—Estaba preocupado. Sonia reaccionó de una manera extraña cuando se quedaron a solas en casa.

—Como le haya hecho daño, le mato.

—Quieta, Vita Corleone. Estuvieron cenando, luego fueron a tomar una copa a casa de Frank. Hubo un momento en que ella se quedó en una esquina de la cama acurrucada y tapada con una sábana.

—Otra vez no. —Me llevé una mano a la cabeza.

—¿Cómo que otra vez no?

—Joder, pensaba que lo había superado. —Apoyé mi mano en la ventana que daba a *Madison Avenue*. Me quedé unos segundos pensando en lo que sucedió aquella noche.

—¿Le hicieron daño?

—Creo que sí, pero nunca me lo quiso contar. Me llamó un día a las tres de la madrugada pidiéndome que fuera a recogerla a un hotel. Conduje hasta un motel de Jersey. Al llegar allí me encontré a una Sonia atemorizada por algo o por alguien. No había nadie más en la habitación. Le pregunté qué había sucedido y me dijo que no quería hablar más de ello. Nunca he sabido realmente lo que pasó aquella noche. —Recordaba el dolor en los ojos de Sonia—. Esto que te acabo de confesar no se lo puedes contar a Frank. Comprendo que esté preocupado, pero esto es algo solo de ella.

—No le había visto así nunca. Sonia le importa, aún conociéndola tan poco.

—Hay veces que entra en tu vida alguien como un soplo de aire fresco y te desbarata todo. Todo lo que no querías sentir, lo sientes. —No me refería precisamente a Sonia.

—Sé de lo que hablas. —Se acercó a mí—. Cuando no buscas nada, una persona aparece delante de ti, te quita la americana y te hace respirar de nuevo.

—Sí. —Sonreí mordiéndome el labio.

—Te hace perder la cabeza. En una reunión en la que tienes que tener la mente en los números y en los clientes, tienes la cabeza en el escote de esa persona. En su blusa, observando un sujetador muy tentador debajo de la misma —bajó su dedo por mi cuello hasta el primer botón—. Imaginando cómo será de suave su piel desnuda...

—No puedes decir estas cosas a una chica en su trabajo. —Me costaba hasta tragar saliva. Aquellas palabras eran tan directas, que todo mi cuerpo comenzó a temblar—. Te libras porque estamos en mi trabajo y seguramente me despedirían, pero eres muy tentador. —Me levanté y comencé a correr las cortinas poco a poco. Miraba a Alex mientras lo hacía—. Pero me has hecho imaginar tus manos —me situé delante de él mientras comenzaba a susurrar—, recorriendo todo mi cuerpo. Tus labios besando desde aquí —puse un dedo en el inicio de mi cuello—, hasta aquí —bajé lentamente el dedo entre mis pechos. Aproveché que Alex había perdido su mirada en mi blusa para cerrar el pestillo de la sala—. Tus brazos agarrándome fuertemente. —Me acerqué más a él y le empujé hasta conseguir tumbarle en la mesa de reuniones—. Besándome por aquí y por allá, sin ninguna ropa que te impida hacerlo.

Empecé a besarle el cuello, le desabroché un par de botones, le besé el pecho y subí directamente a los labios. Estaba siendo muy excitante hacer aquello en la mesa de reuniones. Aunque lo más excitante era tener a Alex debajo de mí.

—Mariola —escuché la voz de Sasha—, necesitamos la sala en cinco minutos para la siguiente reunión.

—Ahora mismo terminamos de recoger y os la dejamos libre. —No me moví de encima de Alex—. Tendremos que dejarlo para otro momento. Tal vez para la semana que viene.

—¿Se te ha olvidado la cena que tenemos pendiente esta semana?

—Imposible olvidarla. —Sonreí traviesa.

—Que te parece si cenamos en el hotel y después disfrutamos del spa. Así podrás relajarte. —Pegó su cadera a mí y lo que aquel traje escondía no prometía relajarme, precisamente.

—Me parece un plan perfecto. Ahora tenemos que salir de esta sala, porque si no... —Me mordí el labio y fui yo quien pegó su cadera.

—¿Si no? —Sacó la camiseta de la falda y metió su mano por mi espalda.

—No respondo, Alex, no respondo. —Meneé la cabeza y me quité de encima. Me costó la vida apartarme de él.

—El viernes. —Se puso en pie atándose los botones de la camisa y colocándose dentro del pantalón.

—Viernes. —Le estreché firmemente la mano como si estuviésemos cerrando un acuerdo entre petroleras—. Y ahora, cada uno volverá a su esquina del ring, nos comportaremos como personas civilizadas y no como...

—Como unos quinceañeros. —Sonrió cerrando los ojos unos segundos.

—Exactamente, no como unos quinceañeros hasta arriba de hormonas.

Cada uno volvimos a nuestra esquina del ring. Supimos comportarnos cuando salimos de la sala de reuniones. Nos comportamos hasta que salimos del edificio. Pero no pudimos controlarnos más cuando nos montamos en mi coche. Menos mal que en aquel momento no había nadie en el parking. Aquellos besos, mi cuerpo casi encima del suyo, su mano por dentro de mi camisa... Estábamos explorando nuestros cuerpos semi desnudos (lo que se puede desnudar a un tío tan grande en un coche tan pequeño), hasta que sonó el teléfono de Alex.

—Alex, ¿dónde se supone que estás? He llamado al hotel y me han dicho que has ido a una reunión con Mariola. He llamado a su empresa y os habéis ido sin decir a dónde. —Alex puso el manos libres.

—¿Qué quieres, Frank?

—¿Por qué tienes la voz así? ¿Qué estás haciendo?

—Vuelvo a preguntarte. ¿Qué quieres, Frank?

—He llamado a Sonia y no me coge el teléfono. Estoy preocupado por ella. ¿Has sabido algo más?

—Buenos días, Frank.

—Hola, Mariola. ¿Estás con Alex? ¿Qué estabais... —No se escuchó nada en unos segundos—. Joder, os he pillado con las manos en la masa. —Soltó una gran carcajada—. Lo siento.

—No es lo que piensas.

—Yo no pienso.

—Nos vemos en el *Bouley* de Duane Street en media hora. Veré si puedo que Sonia vaya, pero no te prometo nada.

—Muchas gracias, Mariola.

—De nada, corta rollos. —No pude evitarlo.

—Allí nos vemos. —Alex colgó rápidamente.

—Voy a llamar a Sonia. A ver si puedo hablar con ella y convencerla para que venga a comer.

COMO CUANDO MONTAS UN PUZZLE

¿Cómo describir la comida? ¿Un desastre? ¿Una hecatombe? ¿Una auténtica mierda? La verdad es que no serían las palabras exactas para describir lo que sucedió. ¿En qué momento se fue todo a la mierda? Ah, sí. Con el tonto exagerado de la futura señora McNee cuando apareció en el restaurante y dos ~~petardas~~ nuevas amigas.

Frank aún no había llegado por lo que aproveché para llamar a Sonia, pero no me contestó a ninguna de las cuatro llamadas. No tenía ni idea de qué le pasaba o el motivo por el que estaba actuando de una forma tan extraña.

—¿Por qué no quiere venir Sonia?

—No lo sé. —Le pedí al camarero un par de copas—. Un Tom Collins y un... —Miré a Alex.

—Un whisky, por favor.

—Gracias. —Espero a que se alejase el camarero para emitir un sonido con mi garganta.

—¿Fue tan grave lo que pasó en aquella habitación?

—Supongo. —Negué con la cabeza soltando un gran suspiro—. Me gustaría saberlo, pero nunca me ha querido contar nada.

—Tranquila, lo solucionaremos. —Me acarició la cara.

—¿*Mos*? —Le miré extrañada. Había hablado en plural.

—Lo solucionaremos. Los amigos están para lo bueno y para lo malo.

—¿Somos amigos?

—Creo que nos podemos considerar amigos, ¿o no?

No pude evitar besarle. No sabía muy bien qué era, pero sentía una atracción bastante irrefrenable por Alex. No sabía si era aquella pose de hombre con todo controlado o que mi yo más macarra quería ponerle a prueba, tensar su cuerda y ver hasta dónde aguantaba. O lo más probable, que aquel tiarrón empezaba a gustarme.

—Chicos, que estamos en un lugar público. —Frank se acercó con una mano tapando sus ojos.

—Hola, Frank. —Alex le estrechó la mano y a mí me dio dos besos. Vi cómo buscaba a Sonia con su mirada al sentarse.

—Tenía unas clases a la hora de la comida y no tenía a nadie que la sustituyese. Lo siento. —Estaba mintiéndole.

—Tal vez haya exagerado todo un poco y no pase nada. Tal vez fui demasiado rápido. —Frank movía tanto las piernas, que las copas temblaban en la mesa.

—No he podido hablar con ella, pero te prometo que lo haré hoy sin falta.

—Tienes mala cara. —Alex le ofreció su copa a Frank.

—Su reacción me asustó mucho. Pensé que hice algo mal o que ella pensó que la estaba forzando, y que por mi culpa haya reaccionado así. —Le pegó un trago al whisky—. ¿Por qué miras a Mariola, Alex? Creo que sabes más de lo que me has dicho.

—Sé que le pasa algo, pero no he podido hablar con ella. Así que hasta que no sepa nada más —puse mi mano sobre la suya por encima de la mesa tratando de tranquilizarle—, poco más te puedo decir.

—Que tal si dejamos de darle vueltas y comemos. —Sabía que Frank estaba tratando de evitar

pensar más en lo que sucedió.

—No sé vosotros, pero yo tengo un hambre que no veo. Hoy no me han dejado desayunar. — Miré de reojo a Alex mientras sostenía la carta—. Que pinta tiene todo. —No, no solo lo estaba diciendo por la fabulosa comida.

—Vamos a pedir. —Alex me leyó la mirada, pero al segundo estaba mirando por encima de mí—. Mariola, creo que la novia de esta mañana está a punto de sentarse en la mesa de enfrente.

—No, por favor. —Me tapé con la carta—. No quiero que me vea. Seguro que me indigesta la comida.

—Hola, Alex. —Su voz repipi resonó en el restaurante—. ¡Qué casualidad tan maravillosa encontrarte aquí!

Bajé un poco la carta para poder observar a Cindy. Estaba meneado su preciosa melena y uno de sus dedos se adentraba en su escote mientras hablaba con Alex.

—Estamos en una reunión. —Señaló la mesa.

Cindy solamente se fijó en Frank y se le hizo la boca agua. Dos hombres tan guapos es la mayor fantasía de cualquier mujer del planeta.

—Maravilla de reunión. —Cindy puso su mano en la espalda de Alex y la recorrió lentamente arriba y abajo.

—Hola, Cindy. —Sabía que no le iba a gustar encontrarme allí.

—Mariola, no te había visto. —Se movió y me dio con el bolso en el codo y me tiró un poco de bebida en la ropa—. Perdona. —Le quitó a Alex la servilleta de las piernas y creo que aprovechó para tocarle el paquete.

Alex se removió incómodo en su silla. Sí, Cindy había tocado carne.

—Lo que no me parece muy bien es que los quieras a los dos para ti, Mariola. Eres muy traviesa. —Me agarró un pellizco en la mejilla y casi le pego un mordisco—. Mi prometido no puede venir a comer y voy a comer sola con Birkin. —Caída de ojos acompañada de cambio de peso en la cadera. Aquel vestido le hacía un culo espectacular, todo había que decirlo.

—¿Birkin? —Frank me miró y yo bizqueé los ojos.

—¿Puedo acompañaros?

—Es una reunión de trabajo importante. —Alex no parecía darle la bienvenida.

—Una pena. Había aceptado alguna de las ideas de Mariola, pero tal vez, vuelva a cambiar de idea.

—Claro que sí, Cindy. —Hice de tripas corazón. Lo último que quería es que se fuese a la mierda su boda, de nuevo—. Siéntate con nosotros.

—Perfecto. —Cogió una silla de la mesa de al lado y trató de meterla entre Alex y yo—. Mariola, cariño, mueve un poco ese culo para la derecha. Que estoy mucho más delgada que tú, pero tiene que entrar la silla. —Me lo dijo con una sonrisa tan falsa como sus tetas.

—Sí. —Moví la silla mandándola a la mierda en voz baja.

El camarero se acercó para tomarnos la nota. Yo estaba terminando mi bebida y la agité suavemente en el aire. El camarero lo anotó con una sonrisa.

—Yo quiero lubina a la plancha con verduras frescas del día. Sin salsa ni grasa. —Cindy cerró la carta—. Hay que cuidar la línea.

—Yo Kobe. —Frank no dejaba de mirarme.

—Yo también. —Alex parecía tener hambre.

—Yo quiero cordero con quinoa.

—Es el plato estrella del chef de esta semana. Le voy a avisar que es para ti, Mariola. Esperemos acertar esta vez. —Me guiñó un ojo y Cindy se quedó con la sonrisa congelada.

—Uy. —Abrió mucho los ojos—. No deberías pedir eso. Tiene muchas calorías y no te convienen. —Me aconsejó como si fuese mi mejor amiga con una gran sonrisa en la boca.

—¿Lleva pan de pita?

—Sí. —El camarero me sonrió anotándolo en la comanda.

—Un Cosmopolitan y que esté bien hecho. Hay veces que no sabéis cómo se hacen. —Salió la Cindy que yo conocía.

—Perfecto, señores. —El camarero se marchó negando con la cabeza.

—¿Qué estabais ultimando? Porque creo que Mariola necesita mucha de tu ayuda, Alex, ya que no tiene demasiada experiencia en actos sociales importantes y con glamour. —Le acarició el brazo por encima de la americana.

—Mariola lleva siete años en este mundo. Creo que tiene mucha más experiencia que yo en este tipo de actos sociales, como tú llamas a una boda.

—Le pediré a los jefes su currículum para leerlo con mis propios ojos. —Hablaban como si yo estuviera en alguna otra dimensión.

—Creo que he conseguido ya perfeccionar el truco de hacerme en transparente. —Agradecí con la mirada al camarero que me dejó mi segunda copa.

—Si me disculpáis voy al baño un segundito. ¿Cuidáis de Birkin? —Su perro estaba metido en un bolso que colgaba de la silla. Le dio un beso, permitió que el perro le lamiese la boca y salió meneando su culo.

—Esto no podría ir peor. —Yo lo único que quería es que nos trajesen la comida y desaparecer de allí rápidamente.

—Yo creo que sí. —Frank miró hacia la puerta.

—¿Qué pasa, Frank?

—Es Laura. Está entrando ahora mismo con su hermana.

—No me jodas. —Alex se llevó una mano a la cara.

Al mirar hacia la puerta la identifiqué rápidamente como una de las chicas que colgaban del brazo de Alex en *Google*.

—Hola, Alex. Cuantos días sin vernos. —Se miraron entre ellas—. Desde la fiesta de Anderson del viernes.

—Hola, Laura. —Se levantó muy educado y le dio un beso a cada una—. Cheryl, ¿qué tal estáis?

—Bien. Teniendo en cuenta que no nos llamasteis después de la fiesta. —Cheryl miró a Frank.

—Hola, Cheryl. —Frank también se levantó. *Estos dos educados son un rato*.

—Pensé que después del viernes nos veríamos de nuevo. —Laura comenzó a acariciar el brazo de Alex.

—Pues sí que está siendo interesante la comida. —Lo dije en castellano mientras bebía un poco más y sabiendo que Alex me iba a entender.

—¿Y ella quién es? No es muy de vuestro estilo.

—La verdad es que no. —Las dos me estaban mirando y yo hice que no entendía nada. Me limité a sonreír y a agitar mis pestañas.

—Quedó claro el otro día. —Alex no quería ni mirarme.

—Aquello fue después de acostarnos. No creo que fuera un buen momento para hablar. —Laura parecía no querer dejar nada a mi imaginación.

—No es un buen momento. —Frank me miró y trató de que aquellas dos chicas se fuesen.

—Siempre es un buen momento, cariño. —Cheryl cogió la cara de Frank y le besó.

—Mira qué bien, oye. Vienes a comer y te llevas lengua de aperitivo. —Continué hablando en

castellano.

—¿Quedamos esta noche para repetir, Alex? El viernes me hiciste disfrutar como nunca. —Le acarició la cara.

—Perdón, chicos. —Fingí una llamada—. Tengo que marcharme. Me acaban de llamar y decime que se acaba de inundar el garaje de la Quinta donde estaba mi coche aparcado y están tratando de rescatar a dos cachorros que se han quedado atrapados bajo mi coche. —A drama e intensa no me ganaba nadie. Y a inventarme excusas alucinantemente falsas tampoco—. Son dos perras que si no tendrán que sacrificar.

Me levanté educadamente y salí del restaurante con la cabeza alta. No sé qué coño se me había pasado por la cabeza al pensar que aquellos dos serían normales. Normal no hay nadie en este mundo y menos dos especímenes como ellos de Nueva York. Me sentía tonta, muy tonta. Yo nunca me había dejado llevar por las apariencias y por eso quise darle una oportunidad a Alex y otra a Frank.

Me dirigí calle arriba sin saber bien a dónde ir, así que me metí en la primera cafetería que me encontré. Entré y me senté en una mesa para comer algo. Había sido tan gilipollas de irme sin comer del *Bouley*. Las palabras de Laura aparecieron en mi cabeza como si fueran los titulares de algún periódico y estuviesen tratando de decime algo. El viernes estuvimos juntos todo el día, bueno, hasta que me dejó en casa y se marchó sin insistir en entrar. Había pensado que aquello fue porque era un caballero, pero no se me pasó por la cabeza que sería porque ya tenía con quien follar aquella noche.

Comenzó a sonar mi teléfono. Cuando miré la pantalla vi el número de Alex, le di a rechazar sin pensármelo. No me apetecía darle las explicaciones que ni yo misma sabía. Lo único que me apetecía era tomarme una copa, una detrás de otra.

Al menos dejé de pensar en todo por un par de horas. No sé cómo no me echaron de aquel lugar. Había tomado aquella mesa como rehén y terminé con una botella de vodka en la mano. Cogí el teléfono para hacer la llamada que nunca se debería hacer estando borracha. ¿Y a quién llamaba yo cuando me pasaba de copas? A Justin. Que justo aquel día decidió no coger el teléfono. Tampoco podía llamar a Sonia para contarle que el tío con el que tuvo una crisis se había follado a una modelo de *Sports Illustrated*. No era buena idea.

El teléfono comenzó a sonar y lo miré como si estuviese a punto de explotarme en las manos. Vi la cara de Linda en la pantalla.

—¿Dígame? —Traté de que no se me notasen las copas.

—Mariola, la reunión de esta tarde se ha cancelado. Tomate la tarde libre y no te pases por la oficina, cariño.

—¿Qué pasa, jefa?

—Mi marido va a hacer rodar cabezas esta tarde. Ha habido varios problemas con la fiesta de la compañía de discos. La han pifiado bien. Tengo que hablar con Alex de nuevo. Me ha llamado antes preguntando si sabía dónde estabas. ¿Va todo bien?

—Sí, la comida se ha vuelto un poco intensa.

—¿Has bebido?

—No. —Tragué saliva—. Me he tomado un antihistamínico para la alergia que me ha sentado un poco mal.

—A ti te pasa algo, que nos conocemos.

—No te preocupes. Nos vemos mañana. Que me están llamado por la otra línea. —Le colgué y pasé a la otra llamada.

—¿Qué se ha quemado, preciosa? Diez llamadas perdidas en veinte minutos.

—Justin, te necesito.

—¿Dónde estás?

—En el Tribeca Grill. ¿Vienes a por mí?

Colgó el teléfono y no tardó ni quince minutos en aparecer.

—¿Qué ha pasado? —Se sentó a mi lado y me abrazó con todas sus fuerzas. Cogió la botella de vodka y observó que quedaba menos de la mitad.

—Me he estrellado. —Comencé a explicarle todo lo que había pasado en la comida.

—Mi radar de capullos no funcionó con él.

—¿Cómo he sido tan confiada?

Volvió a sonar mi móvil y Justin lo miró.

—Tienes como cincuenta llamadas perdidas de Alex. ¿Por qué no hablas con él y lo aclaras?

—No quiero hablar con él. Tenías que ver cómo le miraba la chica. Y encima era preciosa, una de esas a las que miras y sabes que tienen todo lo que un hombre desea. Pechos bien arriba, culo respingón, piernas kilométricas y unas pestañas que podrían provocar un huracán.

—¿Y cómo la miraba él?

—No lo sé. Me levanté y me marché del restaurante.

—Tú no eres así. Tú te enfrentas a los problemas a menos que... —Justin me agarró de la cara—. A menos que él te esté empezando a gustar y se te esté escapando de las manos.

—Quiero irme a casa. —Volvió a sonar el teléfono y, enfadada, descolgué sin mirar quién llamaba—. ¡Déjame en paz!

—¿Mariola? —Sonia sonaba extrañada al otro lado.

—Hola, Sonia. Lo siento. ¿Qué quieres?

—¿Qué tal la comida?

—Prfffffffffffffffffffff. —Hice un sonido extraño al teléfono.

—Dame eso. —Justin me arrancó el teléfono de las manos—. Sonia, tenemos un código rojo. Nos vemos en casa cuando termines las clases. Mariola, no te bebas eso, por Dios. —Yo tenía agarrada la botella y estaba a punto de beberme lo que quedaba en ella de un trago y a morro—. Sonia, te dejo que me la llevo para casa. —Colgó el teléfono y lo metió en su vaquero—. Nosotros nos vamos.

Me montó de un empujón en un taxi y según llegamos me metí en mi habitación. Me quitó la ropa y me puso una camiseta.

—¿Una película? —Lo que yo realmente quería era tumbarme con Justin y abrazarme a él hasta quedarme dormida.

—¿Quieres ver *El diario de Noa*?

Preparó la sala con un buen cargamento de palomitas y de bebida energética.

—Que fácil sería todo si te gustasen las mujeres, Jus.

—Y si a ti no te gustase tanto beber cuando tienes un problema.

—Oye, ni que fuera una alcohólica. Solo me he bebido un par de copas. —Nos tumbamos en el sofá—. Prométeme una cosa.

—Dime.

—No me abandones nunca.

—Nunca lo haré, princesa. —Me besó en la frente—. Nunca en la vida.

—Muchas gracias. —Me recosté sobre él.

—¿Qué has hecho con tu móvil?

—Lo he metido en el congelador.

—Estás como una cabra.

—Lo he apagado y dejado en el bolso. O eso creo. Puede que lo haya tirado en un arrebato por la ventanilla del taxi.

—Creo que deberías hablar con él. —Mientras empezaban los créditos Justin trató de tranquilizarme—. Puede que todo haya sido una confusión y que pueda tener una explicación lógica.

—No quiero hablar con él. —Me levanté unos centímetros para mirarle—. Y te pido que si viene a casa, si estoy yo, que no le dejes pasar.

—Lo siento mucho, preciosa.

—Pensé que podría ser mi Noa. —Señalé la tele.

—Lo encontrarás.

—Quiero que alguien me diga la frase. —Me aclaré la garganta y la dije al completo—. *«No será fácil, va a ser muy difícil. Debemos trabajar todos los días. Pero estoy dispuesto, porque te quiero, te quiero para siempre. Tú y yo, diariamente»*.

Dos horas después, medio cubo de palomitas menos y tres o cuatro paquetes de pañuelos por el suelo, terminamos de ver la película. Nos quedamos sin hablar, mirando al techo y respirando. Muchas veces nos quedábamos sin decir nada y eran los mejores momentos para estar a solas, pero sin estarlo realmente. Hasta que el timbre de la puerta nos distrajo.

—Esa será Sonia.

—Yo me quedé aquí un ratito más.

—Ok. —Me besó y fue a abrir la puerta—. Anda que no has tardado hoy en...—Escuché un carraspeo—. Mariola no está.

—Justin, por favor, necesito hablar con ella. Ha habido una terrible confusión.

—Mira me caes bien o al menos antes me caías bien, me gustabas, pero después de lo que me ha contado Mariola, no estás en mi lista de regalos de Navidad.

—Necesito hablar con ella.

—No la vas a encontrar.

—Me voy a sentar aquí a esperar hasta que aparezca. Necesito que aclaremos las cosas. —Se sentó en el sofá y me escondí un poco en la sala para que no me viera.

—Alex, por favor. No quiero ser desagradable, pero haber pensado antes de hacerle la promesa de que no le romperías el corazón. No se hacen promesas y se rompen.

Me hice un ovillo para escucharlos.

—No mentí. Eso es lo que quiero explicarle. Todo lo que ha dicho Laura, no es verdad. Necesito decírselo.

—Lo vas a tener muy difícil.

—Parece que la he cagado, pero no es así.

—Vamos a ver. ¿Qué paso con esa chica?

—Fue antes de conocer a Mariola, pero no me acuerdo.

—Ya claro. —Justin me miró y me vio negando con la cabeza. Hice una peineta con mi mano derecha—. Eso no es muy creíble.

—Hubo una fiesta y no sé si fue el alcohol o qué, pero no lo recuerdo muy bien. Está borroso. Me desperté en una habitación del hotel y ella estaba a mi lado. No recuerdo nada más. Es la verdad. —Vi que levantaba la cabeza y me volví a esconder—. Créeme. Me gustaría decir que no pasó nada, pero no lo recuerdo.

—Así que fue antes de conocer a Mariola. ¿Y lo que dijo del viernes?

—Sí, estuve con ella. Frank estaba en una fiesta y me pasé un momento, pero no pasó nada. Entré, me tomé una copa y me fui. Ni siquiera hablé con ella.

Viéndole de aquella manera, con la cara descompuesta, podría hasta habérmelo creído. Pero algo dentro de mí me decía que no, que no fuese tonta. Que no le dejase engañarme.

—¿Puedes decirle que me llame?

—Se lo diré cuando venga.

—Hice una promesa y no la voy a romper. No la he roto.

Mariola había desaparecido y no podía encontrarla. Estaba preocupado, necesitaba explicarle todo y no dejar que pensase que le estaba engañando. No quería perder lo que... Entonces me di cuenta.

—Justin, creo que me estoy enamorando de ella. No sé cómo explicarlo. Hay personas que necesitan toda la vida para encontrar a esa persona que encaja perfectamente en su corazón. Mucha gente no lo encuentra. —Me temblaban la garganta y las manos. Estaba reconociendo algo que llevaba años sin sentir—. Ella hizo clic. Como cuando estás montando un puzle y las piezas encajan perfectamente. No sé explicarlo, Justin. Ella hizo clic. —Solté todo el aire de mis pulmones.

—Mariola ha tenido varios desengaños y de los gordos. Yo no quiero que le hagas daño. —Me apretó la mano que tenía apoyada en mi rodilla—. Le tienes que decir lo mismo que me has dicho a mí, exactamente lo mismo.

—Muchas gracias por escucharme. —Me levanté del sofá y fui hasta la puerta.

—De nada, Alex.

Me quedé unos segundos apoyado en la puerta. Me sentía como un idiota por haber dejado que Mariola se marchase del restaurante con aquella falsa llamada. Tenía que haber salido detrás para explicarle lo que había sucedido.

—Yo le creo.

—¿Perdón? —Me quité los cascos.

—¿Hasta dónde has oído?

—Hasta lo de la fiesta, luego me he puesto un poco de música para relajarme.

—Tienes que hablar con él. Yo le creo y ha dicho una cosa preciosa que te debe decir a ti. Habla con él, cabezota.

—Me voy a la ducha y a la cama. Mañana creo que habrá movida en la oficina. Y lo peor es que tengo que trabajar con él.

Al día siguiente me desperté temprano, parecía que las horas de sueño me habían venido bien. Me preparé un café y tras una ducha reparadora, untarme en mis cremas milagrosas, y echarme la loción en la cara que aportaba brillo y hacía desaparecer todo rastro de resaca, me vestí. Me miré en el espejo y vi una sonrisa reflejada. Así era yo. Así era la Mariola que sacaba su escudo y se enfrentaba a los malos momentos. Paseaba una gran sonrisa por toda la ciudad, dejando los problemas encerrados en la habitación.

Decidí que un par de días sin verle ni hablar con él, me harían ver las cosas más claras. Por supuesto no había cena el viernes. Así que mi conjunto de lencería se quedaba otra vez en el armario. Salí de casa sin hacer ruido y al coger el ascensor me encontré con Scott.

—Buenos días.

—Buenos días, preciosa. —Empezó la típica conversación de ascensor—. Va a hacer bueno hoy.

—Scott, nos conocemos bastante bien como para tener esta charla.

—Lo siento, es que estoy un poco nervioso. Hoy empiezo en el nuevo trabajo.

—No te preocupes, lo harás genial. ¿De qué es el puesto?

—Soy ayudante. Hace unas semanas me llamaron porque había un puesto vacante de ayudante y no me lo pensé. Es una gran empresa.

—Que misterio. —Salimos del ascensor—. ¿Quieres compartir un taxi? Hoy no llevo el coche. —Perfecto.

Con un perfecto silbido y una mano en el aire, consiguió un taxi.

—Buenos días. ¿A dónde los llevo?

—555 de Madison Avenue, por favor. —Dijimos a la vez.

—¿Perdón? —Miré extrañada a Scott—. No me digas que el nuevo puesto es en una empresa de publicidad y relaciones públicas.

—Sí.

—En ese edificio solo hay una empresa así y yo trabajo ahí.

—¿No me jo...—Se llevó una mano a la boca y se frotó los labios—. ¿Me tomas el pelo?

—El mismo edificio, la misma empresa... ¿Me estás acosando?

—Ni mucho menos.

—Últimamente hay muchas casualidades en mi vida. Tengo que dejar de creer en el destino y en esas gilipolleces.

Llegamos a trabajar y Scott pagó el taxi. Subimos a las oficinas y me dirigí al despacho de los jefes. Parecía que por allí había pasado un huracán. Tenía peor pinta que la hecatombe de comida del día anterior. Llamé a la puerta del despacho de Roberson, ya que me habían dicho que estaban allí los jefes y entré dentro mirando hacia atrás.

—¿Qué está pasando en la oficina hoy?

—Mi marido ayer despidió a varias personas. Han estado filtrando noticias a la prensa sobre eventos y han liado una gorda con lo de la discográfica.

—Menos mal que me dijiste que no viniera. Podía haber rodado mi cabeza. En el estado que me encontraba ayer, hubiese acabado vomitando encima de alguien.

—La tuya no rodaría nunca. Por eso tienes que estar tranquila. —Michael cerró la puerta tras de mí.

—Gracias, jefe.

—Tenemos que organizar lo de la fiesta. Es un problema. Tenemos que quedar con el dueño del hotel.

—Alex. —Linda se apresuró a decir su nombre mirándome.

—¿Te puedes encargar, Mariola? Va a venir un chico hoy para que sea tu ayudante. Vas a tener mucho trabajo. Desde hoy eres nuestra nueva Ejecutiva de cuentas de comunicación 360.

—¿Perdón? —No tenía claro si lo había escuchado bien o era producto de mi resaca.

—Vamos a ver, Michael, ese nombre es un poco enrevesado. —Linda se acercó a mí porque me vio cara rara—. Te vas a encargar de las cuentas más importantes y gestionarás todo desde cero. Tendrás un equipo a tu disposición, un despacho con tu nombre en la puerta y un ayudante.

—¿Perdón? Es que estoy en estado de shock aún.

—No me vale un no como respuesta. Llevas muchos años con nosotros y ahora mismo eres la persona en la que más confiamos. Así que decide cómo quieres que sea tu despacho, decoración y demás, porque este es tuyo. —Abarcó todo con sus brazos abiertos—. Píntalo, decóralo o haz con él lo que quieras. Mientras tanto mi despacho es todo tuyo.

—Me parece exagerado un puesto como ese.

—Te lo mereces. Has trabajado muy duro por nuestra empresa. No te has cogido ni una baja en estos siete años.

—Si no valgo para el puesto, si lo hago mal, por favor comunicádmelo. Nos os quiero decepcionar por darme esta oportunidad. ¿Lo haréis? —Me estaba preocupando no llegar a sus expectativas.

—Claro que sí, Mariola. Siempre te lo diremos. —Linda me abrazó—. Enhorabuena, pequeña.

—Muchas gracias. Gracias por confiar tanto en mí. Os lo agradeceré siempre. —Estaba a punto de ponerme a llorar.

—Voy a buscar a tu ayudante y podemos empezar a sacar cosas que no sirvan de este despacho.

—Una pregunta. ¿Quiero saber qué es lo que ha pasado con Roberson? ¿O no quiero saberlo?

—Ha filtrado datos personales de clientes, de las cuentas y de la discográfica. No ha hablado con managers, con los que ha hablado les ha llegado a insultar y bueno, algunas otras cosas más.

—Perfecto, ahora nos tocará arreglar todas sus jodidas cagadas. Nunca me gustó su forma de trabajar y últimamente parecía tener mucho contacto con algunas revistas. —Salimos del despacho.

—Vamos a conocer a tu nuevo ayudante. —Entramos en una sala de reuniones.

—Buenos días, Scott. —Nada más verle me llevé la mano a la frente—. No podía ser de otra manera.

—Buenos días. —Scott parecía sorprendido.

—Te presento a Mariola. Serás su ayudante.

—Nos conocemos, Linda. Somos amigos desde hace unos años. —Negué incrédula con la cabeza.

—Entonces espero que trabajéis bien porque vais a pasar muchas horas juntos. Pasamos al despacho que vamos a buscar todo lo que hay de la fiesta e investigaremos qué coño se ha filtrado a la prensa.

Scott navegó por internet buscando las noticias filtradas mientras yo revisaba la documentación que tenía delante. No me podía creer que alguien de la empresa hubiese actuado de aquella manera. Los clientes confiaban en nosotros, nunca había salido nada de la empresa y manejábamos información de lo más jugosa. Pero supuse que había gente dispuesta a vender a su madre por un puñado de dólares.

Dos horas después fui a por un par de cafés a la cocina y vi a un repartidor perdido en la oficina, con un gran ramo de rosas. Sabía para quién eran aquellas rosas azules. Pensé que si me iba con los cafés al despacho y no miraba al repartidor, se desvanecería con las rosas como si fuese un dibujo animado.

—Tú café.

—Muchas gracias.

Sonaron unos nudillos en la puerta.

—¿Mariola Santamaría? —Levanté la mano negando con la cabeza—. Si me puede firmar el albarán —me dio un bolígrafo al decirlo sin darme opción a negarme.

—Bonitas rosas, ¿son de tu novio?

—Gracias. —Firme el recibo cagándome en Alex y en mis malditos sentimientos.

—Que tengan un buen día. —El repartidor entonces se desvaneció.

—No. —Las dejé en el borde de la mesa.

—¿No vas a leer la nota para saber de quién son? Porque esto vale una pasta. ¿Ni siquiera por mera curiosidad? —Cogió la tarjeta y la movió en el aire.

—Sé de quién son, así que puedes coger esa nota y dejarla junto a las rosas.

Justo cuando estaba diciendo eso entró en el despacho Linda con Alex. Me sorprendí tanto que me moví en la mesa y las flores se cayeron.

—¿Y esas rosas? —Linda las sacó rápidamente.

—Ya hemos encontrado los documentos filtrados. —Cambié de tema para no tener que dar explicaciones que eran reales, pero que parecían inventadas.

—Tengo poco tiempo para esta reunión, Linda. —Alex cambió su gesto y se apoyó en la puerta—. Tengo una cita muy importante en dos horas.

En sus ojos se podía ver una mezcla de incomprensión por las rosas en la basura, de rabia por no contestar y de incomprensión al ver a Scott a mi lado trabajando.

—Alex, te presento a Scott. Es el nuevo ayudante de Mariola. —Linda le sacó de dudas con rapidez.

—¿Ayudante? —Aquello descolocó aún más a Alex.

—Es la nueva ejecutiva de cuentas de comunicación 360. —Linda tomó aire para decirlo y sonreía.

—Enhorabuena. —Me ofreció su mano.

—Gracias. —La estreché sintiendo los mil escalofríos por mi cuerpo.

—Necesitamos aclarar un par de puntos de la boda. El otro día en la comida —Alex se acercó a mí al hablar y yo tuve que recular un par de pasos hasta darme con la mesa en las piernas—, Cindy le dejó a Frank una lista de nuevas peticiones. Te lo he mandado por *e-mail*, Mariola. No parece que lo hayas revisado hoy o puede que lo hayas eliminado sin darte cuenta.

—He estado trabajando con Scott y no he tenido tiempo de hacerlo, pero ahora mismo me pongo con ello. —Caminé hasta mi portátil y revisé la bandeja de entrada. Tenía unos cuantos correos de Cindy y otro Alex—. Aquí está.

—Necesitamos solucionarlo ya.

Se ponía duro y aquella forma de actuar sacaba una parte de mí que me gustaba y que odiaba: mi subconsciente quería empezar un juego de sacarle de quicio y llevarle al límite.

—Scott, vamos a ir por recursos humanos para formalizar tu tarjeta de entrada y así dejamos que hablen tranquilamente de la boda.

—De acuerdo. —Los dos salieron hablando del despacho.

—¿Por qué no me coges el teléfono? —Alex cerró la puerta.

Comenzaron a temblarme las piernas y pensé que me iba a desmayar de un momento a otro. Ya no era cuestión de si estaba con aquella mujer o no. Era cuestión de que cada vez que me miraba, mi cuerpo respondía, aunque yo lo tratase de negar. Cada vez que estábamos a solas en una habitación, era capaz de robarme todo el aire. Era cuestión de que cuando me miraba, todo, absolutamente todo desaparecía y aquello me hacía ser vulnerable. Estaba jodida. Jodida porque no era capaz de controlar lo que empezaba a sentir. Y no me podía permitir de nuevo ser vulnerable.

—Necesito aclarar lo que sucedió en la comida.

—No quiero hablar de ello, de verdad. No estoy enfadada, Alex.

—¿Y cómo estás? —Se situó delante de mí, solo nos separaba la mesa y empecé a ver que no era una mesa, ni unos metros. Su vida nos separaba y yo no estaba dispuesta a entrar en un juego así.

—Después de tantas decepciones, solo ha sido una más.

—Tus ojos no me dicen lo mismo. —Bordeó la mesa y se situó a mi lado. Comencé a temblar—. Necesito que hablemos. ¿Podemos comer juntos? —Su mano se acercó a mi cara y me apartó un mechón de pelo. Tuve que cerrar los ojos ante su cercanía—. Necesito que me dejes explicarte todo. No es lo que piensas, de verdad.

—No me debes ninguna explicación. No somos pareja.

—Estás decepcionada.

—Se me pasará. De verdad. En una semana no se puede encontrar...

¿Iba a decir al amor de tu vida? ¿Qué clase de enajenación mental estaba sufriendo? Aquello no tenía pinta de transitoria. Vale, ya estaba más que jodida.

Menos mal entraron Scott y Linda en el despacho. Estaba loca si creía que en una semana había conocido al amor de mi vida. Me creía que mi vida era una película romántica protagonizada por Sam Claflin y Lily Collins. En la que al final del todo, los protagonistas se dan cuenta de que siempre han estado enamorados y hay un final feliz por todo lo alto. Pero la vida no era así. La vida era mucho más jodida la gran mayoría de las veces.

Realmente, ¿por qué me había enfadado con él por tener amigas? Quien dice amigas, dice amantes o lo que fueran. No comprendía qué coño se me pasó por la cabeza para casi mandar a la mierda a Alex, sin darle la oportunidad de explicarse. ¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué me estaba haciendo aquel tipo de preguntas? ¿Por qué temblaba cada vez que se acercaba a mí? No podía casi ni aguantar una de sus miradas. Me ruborizaba, me hacía temblar y hacía que el corazón me bombease más sangre de la normal. Me empezó a faltar el aire. Comencé a ver toda la sala borrosa, los sonidos comenzaron a distorsionarse. Notaba mis pulsaciones en la sien.

—Chicos, necesito... —Casi no podía respirar.

—¿Estás bien, Mariola? —Alex saltó casi de la silla para acercarse a mí.

—No... —No acabé la frase y todo se volvió negro.

Supuse que Alex se acercó a mí rápido porque cuando abrí los ojos, estaba en el suelo entre sus brazos.

—Mariola, ¿estás bien?

—Un poco aturdida. ¿Qué ha pasado? —Estaba desubicada.

—Menudo susto me has dado. —Me apretó contra su cuerpo—. Te costaba respirar y de repente estabas desmayándote.

—¿Dónde están los demás?

—Scott ha salido a comprarte algo con azúcar y Linda ha ido a por agua.

Traté de incorporarme, pero Alex no me lo permitió.

—¿Dónde te crees que vas?

—Solo necesito respirar. —Aún seguía en brazos de Alex—. Y en tus brazos no puedo.

Me deshice de Alex y me levanté con la dignidad que me quedaba. Me apoyé en la ventana como pude y la abrí para tratar de respirar.

—Mariola, necesito que me escuches.

—Alex, por favor. No necesito que me expliques nada.

—Solamente te pido cinco minutos para aclarar las cosas, pero prefieres imaginar a saber qué. —Estaba empezando a enfadarse.

Se le marcaba la vena de la frente y a mí, no tenía muy claro por qué, pero me estaba poniendo muy ~~eachonda~~ tontorrón todo aquello.

—Eres una maldita cabezota a la que no le entra en la cabeza que tal vez los dos estemos empezando a...

No le dejé terminar la frase.

—Tenemos que trabajar juntos unos meses. O lo hacemos a través de nuestros ayudantes, cosa que no me gustaría o juntos.

—De acuerdo. ¿Quieres que seamos solo profesionales? Lo seré, pero te prometo que confiarás en mí. No será fácil, va a ser muy difícil, pero me lo voy a ganar.

Mi cuerpo respondió a su frase, a aquellas precisas palabras. Respiré profundamente, me recompuse por dentro por completo y obvié lo que acababa de decir. Sí, me estaba comportando como una jodida estúpida.

—Nada de llamadas fuera de los temas laborales. Nada de rosas. Solo trabajo.

—Como tú quieras.

Iba a ser muy duro trabajar con él. Lo sé. Tendría que haberle dejado explicarse, pero tal y como él ya sabía, era muy cabezota. Me había dado cuenta de que estaba empezando a enamorarme de aquel hombre. Del hombre con el que tendría que trabajar como mínimo dos meses más y que no iba a permitir que se acercase a mí.

—Te he traído de todo. —Scott entró corriendo en el despacho—. Las chocolatinas de avellanas que tanto te gustaban, ositos con azúcar, galletas...

Alex me miró, miró a Scott y negó con la cabeza mientras recogía una chocolatina de la mesa. Respiró profundamente y salió del despacho sin dejar de mirarme. Iban a ser unos meses muy duros. Muy, pero que muy duros.

No sabía cómo, pero Alex había dicho la frase de la que había hablado con Justin el día anterior. ¿Tendría al enemigo en casa y mi querido amigo estaba ayudando al trajeado? Si me enteraba de que aquello era verdad, iba a agarrarle de su precioso pelo pelirrojo y le iba a arrastrar por las escaleras hasta la calle. A Justin nunca le había gustado ninguno de mis novios, ninguno. Pero parecía que a Alex le daba su beneplácito.

Hacía mucho tiempo que ningún hombre ocupaba tanto tiempo de mis pensamientos. Es que era mirarme y me recorrían los escalofríos. Y si ya me tocaba, la piel se me derretía bajo sus dedos. Estaba idiotizada y apollardada. Vamos a ver, no podía ser el amor de mi vida. ¡Coño, que solo hacía un par de semanas que le conocía! Pero tal vez mi niña interior, la que soñaba junto a mi hermana con encontrar a nuestra alma gemela, se había despertado y decidido (sin consultarme) que Alex era el candidato perfecto. El que me hiciese olvidar mis malas experiencias, me sacase las sonrisas que otros no habían conseguido y el que me hiciese sentir, pero de verdad.

—¿Otra vez, Mariola?

Estaba en el baño arreglándome un poco el pelo y el maquillaje, y tuve que ponerme seria con mi propio reflejo.

—Recupérate, déjate de gilipolleces y que vuelva la Mariola que conozco. —Me estaba mirando en el espejo negándome a mí misma—. Anda, Mariola, que tú puedes. Dos meses. Dos meses para la boda y tu vida volverá a ser la de antes. Sin preocupaciones, sin ojos que te besen y sin manos que te reconozcan. Sin Alex en ella.

—¿Hablando sola? —Sasha entró en el baño en el momento que yo estaba agarrada al mármol del lavabo a punto de arrancarlo.

—Sí, es algo que hago como terapia.

—Pues siento cortar tu terapia, pero Scott te está esperando fuera con una pila de papeles.

—Gracias. —Le puse la mano en el hombro y ella, amablemente, me devolvió una preciosa sonrisa.

—Todo lo malo pasa y siempre deja paso a lo bueno.

Los siguientes días no mejoraron nada. Fue muy duro ver a Alex casi a diario, en la oficina o en su hotel. Me refugié en la fiesta de la discográfica y en la boda. Trabajaba en la oficina hasta tarde, y al llegar a casa, estaba hasta altas horas de la noche trabajando. Pasaron varias semanas y no paraba ni un segundo. Ni siquiera había encontrado el momento adecuado para hablar con Sonia.

Alex cumplió su promesa.

Ni una llamada fuera del horario estrictamente laboral ni rosas ni ningún regalo. Al principio me alegré, entendí que estaba dando paso a una relación cordial y, que tal vez, pudiésemos retomar lo nuestro más adelante. Pero con el paso de las semanas, todo cambió. Empezó a mandar a su ayudante a las reuniones. Los *e-mails* que me enviaba eran estrictamente de asuntos de trabajo. Sabía que yo se lo había pedido, pero empecé a pensar que la había cagado. Echaba de menos verle, su sonrisa, su mirada y sus besos. Echaba muchísimo de menos sus besos y lo que me

hacían sentir. La había cagado a lo grande.

El viernes estaba a punto de finalizar mi semana de trabajo infernal y estaba rozando con los dedos las cuarenta y ocho horas en pijama para no hacer nada.

—Me marchó ya, jefa. —Scott recogió unas fotos.

—Yo también me iré en breve. Estoy muerta.

—Llevas trabajando de sol a sol muchas semanas ya. Tienes que parar, descansar un poco, disfrutar y salir por ahí.

—Supongo.

—Esta noche voy a salir con unos amigos a cenar y después a tomar unas copas. Anímate y vente con nosotros. Lo pasarás bien.

—Muchas gracias, pero...

—Te paso a recoger a las ocho.

—Scott yo...

—O estás lista o te saco de casa tal y como estés.

—Quiero ponerme una mascarilla de pepino con aguacate y dormir hasta que se me cuarteé la cara. —Estaba intentando convencerle de que me dejase en paz.

—No acepto un no como respuesta.

—¿De dónde has sacado ese genio? Recuerda que soy tu jefa. —Me crucé de brazos delante de él.

—Hay veces que contigo funcionan más las amenazas que las invitaciones. Nos vemos a las ocho. —Se marchó de la oficina sin dejarme tiempo para una réplica.

Realmente no me apetecía nada de nada salir de casa y menos con Scott. Lo único que quería era relajarme, pero parecía que aquel no iba a ser el plan.

Me marché a casa y cuando entré oí a Justin hablando con Mike, pero no llegué a la conversación completa.

—¿Qué pasa?

—Que esta noche nos vamos de fiesta, Mariola. Lo necesitas. Que seguro que debajo de esos pantalones hay más pelo que en todo el cuerpo del yeti.

—¿Perdona?

—Mariola, cariño —Mike se acercó a mí mientras su tono de voz se volvía pacificador—. Lo que Justin quiere decir es que necesitas despejarte. Llevas muchas semanas trabajando mucho y necesitas divertirte.

—Y un buen meneo. —Justin lo añadió con una sonrisa.

—¿Disculpa?

—Lo que has oído. —Justin me agarró del brazo—. Vamos a ponernos guapas, que esta noche vamos a subir al Cielo.

—Me niego a encerrarme allí con música electrónica.

—Esta noche hay una fiesta latina. Que no se diga que la Mariola que conocemos ha desaparecido.

—Un poco sí. —Solo quería descansar.

—Mira, mona. —Justin me empujó hasta el baño—. Te preparas, te pones el vestido más sexy que tengas y nos vamos por ahí.

—He quedado a las ocho con Scott. Me ha invitado a salir.

—¿Me vas a abandonar por esa reina de la gomina?

—No es eso, Jus. Me lo ha dicho en el trabajo y no he sabido decir que no.

—Llámale y dile que se te había olvidado que tenías una cita con un tío guapísimo y que lo sientes mucho, pero que no vas a salir esta noche con él.

—No puedo hacer eso, Jus.

—Voy ahora mismo a su casa y se lo explico yo. Tú prepárate. —Salió disparado por la puerta.

—No, Jus.

—Tarde, Mariola. —Mike se iba a trabajar.

—Me voy a preparar porque si no este es capaz de sacarme también tal y como esté cuando a él le dé la gana. —Me metí en el baño.

A las ocho y media nos marchamos de casa. Primero nos fuimos a cenar a un restaurante tailandés, tomamos unas copas y sobre las doce de la noche fuimos a Cielo. Era un local que estaba de moda, demasiado para mi gusto. Famosos, celebrities y personas importantes de Nueva York se daban cita allí cada noche. Así que cuando llegamos había una cola de gente para entrar que no era ni medio normal.

—No te preocupes, que estamos en la lista.

—Mira allí está Scott con sus amigos. No les van a dejar entrar. —Le saludé desde la entrada.

—Ese no es tu problema. —Vio mis pucheros—. ¿Qué ganas tú con que ellos entren?

—No te costará nada que les dejen pasar. Además —le giré para que viese bien a sus amigos mientras hablaba para convencerle—, ellos están muy bien.

—De acuerdo. —Jus les hizo un gesto con la mano para que se acercasen.

—Muchas gracias, Justin. —Scott le saludó y se quedó esperando una respuesta que no llegó.

—Sí. —Justin me miró negando con la cabeza cuando entramos en el local—. Vamos a ver si tenemos alguna mesa libre y pedimos, que esta noche vamos a quemar la pista de baile. —Justin iba dando vueltas sobre sí mismo moviendo las caderas.

—Así se mueven las divas, guapo. —Uno de los amigos de Scott empezó su ataque.

—Chicos, relajaos. Que aún no os conocen y podéis llegar a ser demasiado intensos. —Scott trató de frenar a sus amigos, pero allí ya no había nada que les parase.

—Somos Dan y Ricky. Tú eres la preciosa ex de Scott, a la que dejó de hacer caso y le mandó a freír espárragos.

—Esa debo de ser yo. —Le saludé desconfiada por los halagos.

—Y tú eres el amigo increíblemente guapo de Mariola.

—Ese soy yo. —Les dio la mano encantado con los halagos recibidos. A Justin sí que le gustaban desconocidos que le lamían el culo... o que le lamían simplemente.

—No le digáis esas cosas, que al final empieza a sacar todas las plumas de pavo real.

—Nena, pluma tengo mucha, pero como el pavo real, solo la enseño para mostrar toda mi belleza. —Hizo un gesto en su espalda como si fuese el pavo mostrando su gran cola.

—Necesito una copa para aguantar esta noche.

—Me alegro de que me obligases a colarles. Creo que va a ser una noche más que interesante. Tú, yo, los amigos de Scott, A... —Se quedó en silencio.

—¿A?

—Amigos. Vamos a hacer muchos amigos esta noche.

Justin estaba encantado con los dos amigos de Scott, pero con él no cruzó ni una sola palabra. Nunca supe qué tenía contra él. Estuvieron buena parte de la noche tirándose indirectas entre los dos. Justin tiraba una, Scott la recogía y devolvía mucho más fuerte. Le pregunté un par de veces qué le pasaba con él. Su única respuesta fue que no le aguantaba.

Después de tres copas necesitaba con urgencia ir al baño. Iba a avisarle a Justin, pero no le vi por ninguna parte. Había que cruzar una de las pistas que estaba bastante oscura y subir unas escaleras. No se veía demasiado bien. En el último tramo me agarré al pasamanos porque casi no veía los escalones. Pero una luz verde que parpadeaba continuamente y parecía estar a punto de adentrarme en un videoclip de J.Lo, me mostró algo que me dejó patidifusa, que me heló la sangre, que me dejó muerta, que me dejó el alma partida, que me hizo poner los ojos en blanco y no poder respirar. Todo eso sería lo que habría dicho Justin. Lo mío sería más como: «*Lo que vi me dejó con el culo pegado al suelo*».

Él se estaba besando con...

No me lo podía creer y no lo quería ver.

No estaba preparada para aquello.

Traté de darme la vuelta, pero la jodida luz verde me dejó ciega y pisé mal, patiné con un par de escalones seguidos y no me pude agarrar a ningún sitio. Estaba preparada para caer de morros contra el suelo y acabar siendo más *pozi* que el mismísimo *pozi*. Hasta que unos brazos fuertes me sujetaron y me pegaron a un pecho duro y fuerte.

Aquel olor era demasiado familiar. Sin mirar a quien me había salvado de acabar sin dientes, volví a mirar atrás para cerciorarme de que lo que había visto no era producto de mi imaginación.

Seguían besándose.

—¿Estás bien, Mariola? —Alex estaba en el momento justo y en el lugar adecuado.

—No sé cómo lo hago, pero lo mío es acabar en tus brazos.

—¿Qué has visto para casi matarte?

—No me lo puedo creer. Él... —No podía digerir aquello.

—¿Puedo soltarte sin que te caigas? —Se separó de mí lentamente.

—Qué casualidad que estemos en el mismo local.

—¿Estás con Justin?

—Sí.

—No es casualidad. Él ha quedado con Frank.

—Ahora ya tengo dos razones de peso para no volver a hablarle en una buena temporada. — Subí las escaleras y me dirigí hacia él—. Jus, querido, creo que tienes cosas que explicarme.

Justin y Scott estaban besándose y yo aproveché para molestarles con muchas ganas.

—Tengo varias cositas, nada, meras tonterías por las que podría dejar de quererte durante un tiempo. —Realmente estaba enfadada—. Has quedado aquí con Frank y Alex, toda una encerrona. Y segundo, ¿qué coño estáis haciendo?

—Yo, lo... Mariola. Dios mío. Lo siento. —Scott se disculpó avergonzado.

—¿Me vais a contar qué está pasando aquí?

—Lo siento. —Justin no sabía qué decir.

—Si hace un momento os estabais matando.

—Es difícil de explicar. —Scott no sabía por dónde empezar.

—No es tan difícil, Scott. —Justin y su forma de ver las cosas sencillas—. Sabes que nos conocimos antes de que vosotros dos estuviérais juntos.

—Soy bisexual. —Scott parecía buscar excusas.

—Cuando empezó a salir contigo me enfadé mucho con él.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Cariño, yo a ti no te podía pedir nada, no te podía exigir nada. No lo sabías. Por eso te dije que no me caía bien.

—Me hubiese gustado saberlo, para que, si algún día os veía besándoos, no me cayese por las

escaleras del shock. Menos mal que Alex —miré a Justin enfadada al susurrarlo—, me ha salvado de caerme por las escaleras. —Me marché al baño enfurecida antes de decir nada más.

—Perdón, perdón... —Justin entró en el baño con la mano en los ojos—. Mariola, lo siento. Lo siento mucho. Te tenía que haber contado lo de Scott.

—Eso no es lo que más me cabrea. —Me metí a uno de los baños y cerré la puerta—. Lo que me jode es que me hayas arrastrado hasta aquí engañada. No estaba preparada para ver a Alex. Ha estado mandando a su ayudante las últimas semanas. No ha dado señales de vida.

—Eso es lo que tú le pediste. Nada de flores. Nada de llamadas. Nada fuera de lo estrictamente laboral. ¿Te arrepientes?

—No lo sé. —Estaba echa un lío.

—Tenías que haber hablado con él. Haberle dejado explicar lo que pasó. Lo del clic... —En aquel momento se calló.

—¿Qué clic? —Salí del baño para lavarme las manos.

—Que no he oído el clic del pestillo.

—Justin, ¿por qué lo has hecho?

—Solo quiero verte feliz, cariño. Te gustaba y tuviste miedo, a sentir, a querer y a que lo nuestro avanzase. Miedo a ser feliz.

—Justin. —Le miré a través del espejo—. No quiero encontrármelo con una rubia colgada del brazo. No me apetece descubrir que no es el hombre que está en mi cabeza. Puede ser que lo mejor es que no nos sigamos conociendo. Queda poco para que todo terminé entre la empresa y su hotel.

—Cabezota, cabezota, cabezota. —Me dio con los dedos en la frente—. Eres muy terca.

—No quiero más decepciones.

—No todos los hombres son como Jonathan. Él fue un cabrón contigo, pero Alex no es como él.

Tenía tanto miedo a otra decepción, que estaba perdiendo la oportunidad de conocer a un hombre que podía ser como los demás, pero también existía la posibilidad de que fuese maravilloso. Me lo estaba perdiendo por mi jodida cabeza que mandaba mucho más que mi corazón.

—Frank, ¿por qué has insistido tanto en que viniese?

—Necesitabas despejarte.

—¿No tiene nada que ver con que acabe de salvar a Mariola de caer por las escaleras?

—¿Mariola está aquí? —Frank nunca había sabido mentir. Desde pequeño, le salía una sonrisa que le delataba.

—Sabías que iba a estar aquí esta noche.

—Lo siento, tío. —Levantó los hombros y no lo sentía para nada—. Sé que no has hablado con ella desde hace semanas. Te lo pidió y lo has respetado, pero está hecha polvo. Tú también lo estás. Necesitáis hablar.

—No quiere hablar conmigo. Además, está aquí con su ex. Que también es su ayudante. Y.. —Apoyé mi cabeza en la pared—. Está preciosa. ¿Y si no me quiere escuchar?

—Empezad de nuevo. Como si os conocieseis esta noche. Si crees que merece la pena luchar por ella, hazle ver que eres el mejor hombre que puede tener en su vida. Lucha.

—¿Cuántas películas románticas te estás tragando?

—Puedes reírte de mí todo lo que quieras, pero tengo razón. ¿Te gusta? Ve a por ella. Es sencillo.

—Las cosas no son tan sencillas.

—Todo lo complicado es mucho mejor cuando lo consigues. —Me dio un par de palmadas en

la espalda—. La noche va a ser muy larga e interesante.

Al salir del baño y cruzar la parte de arriba, me encontré con los ojos de Alex. Me siguió con la mirada. Sentía cómo todo mi cuerpo respondía, cómo mis piernas temblaban al sentirle tan cerca y a la vez tan lejos. Había sido una idiota. Le obligué a no mantener ningún contacto conmigo. Pero con el paso de los días, le empecé a echar de menos. Las sonrisas tan sinceras que me dedicaba, sus caricias tan intensas y su voz. Echaba de menos su olor, su todo. No comprendía cómo podía sentir todo aquello por él en tan poco tiempo. Mi corazón empezó a latir mucho más fuerte. Podía sentir los latidos por todo mi cuerpo. No lo podía controlar, no podía controlar lo que Alex me hacía sentir.

Justin y yo nos fuimos directamente a la barra a pedir unas copas. Necesitaba olvidarme un poco de todos mis pensamientos y me dejé llevar por la música.

—Buenas noches, gente. —Uno de los profesores requirió la atención de todos—. Esta noche vamos a divertirnos mucho. Vamos a aprender a bailar kizomba. Sé que habéis oído hablar de ello. Así que tenéis que buscar una pareja con la que tengáis mucha confianza o una con la que queráis ligar esta noche. Porque os aviso que el baile levantará muchas pasiones.

—Yo me voy a ir a la barra. —Uno de los amigos de Scott desapareció a los segundos y le siguió el otro chico hasta la barra.

—Yo voy a intentarlo. —Scott miró a Justin.

—Ya tienes pareja. Dicen que hay que tener confianza y eso nosotros ya lo hemos sobrepasado. —Justin le agarró firmemente la mano.

—Yo me voy a la barra a por otra copa. —Decidí desaparecer.

—Veo que muchos ya tenéis pareja, solamente me falta a mí. Vamos a ver quién está sin pareja por aquí. —El profesor comenzó a caminar entre la gente, haciendo gestos con su cara, buscando a alguien con quien bailar.

—Con la mierda de suerte que tengo, seguro me toca hacer el ridículo. —Me situé detrás de Justin ocultándome.

Empecé a andar de espaldas entre la gente para tratar de llegar a la barra lo antes posibles. Giré la cabeza y vi que Alex estaba en mi camino. Intenté dar la vuelta y vi cómo Justin me señalaba.

—Tenemos por aquí a una preciosa chica que parece que aún no tiene pareja. La que intenta esconderse detrás de la gente. —El profesor me estaba señalando a mí.

—No. —Negué con la cabeza.

—Vamos, belleza. Tienes pinta de ser latina y esto se te dará genial.

—Síiiii... —Toda la sala comenzó a vitorear al profesor.

—No soy latina, soy española y no se me da bien ni el flamenco. Que soy del norte.

—Esta preciosa mujer que se llama... —Me miró fijamente esperando a que le contestase y negué con la cabeza.

—Puedo ser tu peor pesadilla. Será mejor que no sepas ni mi nombre.

—Mariola. —Justin gritó mi nombre detrás de Scott. Se pensaba que no iba a reconocer su voz.

—Mariola. Vamos a mostrar un poco cómo se baila esto. Después todos querréis bailar con Mariola. Que no sé por qué no tiene pareja, la verdad. Luego te doy mi número de teléfono. —Me guiñó un ojo muy cómicamente e hizo que todos se riesen.

—Yo solo iba a la barra a tomar una copa. Deja que me marche y tendrás diez chicas encantadas de mover la cadera a tu lado. —Le rogué con la mirada.

—Me encantan los retos y tú pareces uno, Mariola. Regálame cinco minutos. —Era muy insistente.

El profesor empezó a explicar cómo se bailaba y yo quise que me tragase la tierra. Estaba a su lado con cara de «¿Qué coño hago yo aquí?», mientras todos me observaban fijamente sonriendo.

—Dejaos llevar por la música. Cortejad a vuestra pareja y si sentiréis cómo este baile os hará sentir mucho más cerca de su alma. —Me dio su mano para pegarme a él.

Mil pasos de Soha llevó el Caribe a aquel local. La temperatura empezó a subir en el momento en que las primeras notas sonaron. El profesor me agarró con una mano de la cintura y con la otra de la cadera para guiarme. Introdujo su pierna entre las mías y comenzó a guiarme por el centro de la sala. Cerré los ojos, y me dejé llevar por la música y por sus manos expertas. No era una bailarina experta, pero siempre que podía me había apuntado a clases de baile. Mike solía ser mi pareja cuando nuestros trabajos nos dejaban.

—Para no saber moverte, lo haces muy bien. —El profesor me susurraba aprovechando que tenía su mejilla contra la mía.

—Se te acaba el tiempo.

—Yo mismo te invitaré a esa copa, aunque no te faltarán pretendientes después de mover las caderas así. —Bajó su mano por mi espalda para mostrar otro de los pasos—. Mueve solo la parte de arriba de tu cuerpo y saca el culo para atrás.

—¿Pretendes que me desarme?

Mariola estaba siendo el centro de atención. Nadie estaba bailando, todos les estábamos observando a ellos dos. Parecía que se habían metido en una burbuja y solo estaban ellos en la sala. Se movían de un lado para otro y caminé entre la gente para no perderles de vista. Él bajaba la mano por su cadera, ella se movía entre sus brazos. Me removí incómodo y me fui al otro lado de la sala. Empecé a darle vueltas a las palabras de Frank. Tal vez tenía razón y deberíamos empezar de cero. Como si nos conociésemos aquella noche. Tal vez la asusté con mi pasado y pensó que tenía algún tipo de trauma por mi relación con Lisa o que tenía relaciones tóxicas con las mujeres. Aunque no podía comprender porqué se había enfadado por Laura y no me permitió explicarme. Bueno, comprendía que la situación en el restaurante no fue la mejor. Laura se tomaba siempre demasiadas confianzas cuando había una mujer cerca de mí. Le daba igual que fuese una amiga o una empleada. Parecía que quería marcar un terreno, que, por otra parte, no era suyo.

Mariola terminó de bailar y se acercó a la barra. Su movimiento de cadera animó a varios de los tíos que por allí pululaban. Antes de poder pedir ya tenía tres copas encima de la barra.

—Gracias, pero no busco ni compañía ni un polvo. Así que será mejor que no lo intentéis. —Al escucharla sonreí.

—Hola. —Me acerqué lentamente, no quería que volviera a salir huyendo de mí.

—Hola. —Le costó varios segundos, pero terminó sonriendo—. Siento que nos hayan hecho esta encerrona. Si llego a saberlo... —Ladeó la boca y suspiró.

—¿No quieres volver a verme?

—No es eso, Alex.

—Déjame hablar un segundo, por favor. Frank me ha dado un buen consejo hoy y lo voy a seguir, si te parece bien.

—¿Qué te ha dicho?

—Que empecemos de cero. Puede que todo empezase muy rápido.

—Fue una semana muy intensa. —Tamborileó con las uñas en la barra antes de coger la copa.

—Sé que me pediste que no te llamase, que no nos viésemos si no era por algún tema

laboral. —Di un paso acercándome a ella—. Me ha costado mucho, pero lo he hecho.

—Por eso has estado mandando a tu ayudante. —Sonrió aliviada.

—Quería hacer lo que me pediste, pero me gustaría que empezásemos de cero. —Puse la mano encima de la barra, acercándola a la suya.

—Tomarnos las cosas más despacio. —Parecía que estaba sopesando mi propuesta—. A veces me contradigo. Me encantaría intentarlo, pero aún no puedo. Lo siento, Alex.

—Mariola, sé que todo...

Puso su mano sobre la mía, tomó aire y me miró a los ojos.

—Déjame que te diga todo lo que pienso. Si no, no creo que tenga el valor de hacerlo hasta que no me tome tres copas o más. —Sonrió—. Confié en ti, quise confiar en ti. Pasamos mucho en una sola semana. Mucho más de lo normal y eso no fue bueno ni para ti ni para mí. Nos nubló el juicio la idea de algo perfecto, pero no lo ha sido. Todas las interrupciones, todas las veces que alguien nos molestaba, eran señales. Señales de que lo nuestro no podía llegar a más o no debía. —Sonrió con amargura en sus ojos—. Tal vez si nos hubiéramos conocido en una discoteca y hubiésemos echado un polvo, habría sido más sencillo. Mi cabeza me dice una cosa y mi corazón me dice todo lo contrario. Ha sido un mes muy duro. Sobre todo, las últimas semanas cuando no he sabido nada de ti. Cada día al llegar a las reuniones buscaba en la sala para verte. Cuando veía a tu ayudante, me decepcionaba.

—Tú me lo pediste. Para mí también ha sido muy duro. Un mes entero sin saber de ti, sin poder llamarte para saber cómo te había ido el día. Hasta Jason quiso llamarte y le dije que no lo hiciera. Que estabas ocupada y no le podrías atender.

—Dile que puede llamarme cuando quiera. No quiero que el sufra las consecuencias de mi cabezonería. Una cosa es que no pueda... —Me señaló con las manos.

—Mariola, por favor. Necesito que me dejes explicártelo, para que por lo menos esa decepción que tienes desaparezca. Aunque luego no quieras volver a verme.

—El problema es que no sé si quiero saberlo. Porque si me lo confirmas... —Su voz comenzó a temblar y se empezó a remover nerviosa a mi lado—. No podría...

Me aclaré la garganta un par de veces, pero las palabras no salían de mi boca. Me había quedado muda.

—Hola, Alex. —Laura apareció de la nada y se colgó de su brazo.

—¡Y tú te podrías ir un poquito a la mierda, guapa! —Lo dije en castellano con una sonrisa.

—¿Y ésta en qué habla?

—Quédate con ella, follad un par de veces, dale unos cuantos orgasmos, a ver si deja de dar por el culo. —Continué hablando en castellano.

—Mariola. —Alex se miró con la boca abierta.

—Y dicho esto, yo me cojo mi copa y me voy a bailar dignamente, esperando que tu castellano no sea tan bueno como para entenderlo todo. —Se lo dije a Alex que tenía una sonrisa en la cara.

Me marché con mi copa muy digna por la pista de baile. Puede que me arrepintiera en unas horas de haberle dicho que se follasen un par de veces. Esperaba que el nivel de castellano de Alex no fuese tan bueno como para entender todo lo que les había dicho.

—Laura, no sé de qué va esto.

—No te entiendo.

—Lo que pasó en el restaurante estuvo totalmente fuera de lugar, al igual que esto. No te atrevas a volver a cogerme del brazo nunca más. —Me aparté de ella enfadado.

—Alex, yo pensaba que tú y yo...

—No hay ningún tú y yo. Nunca lo hemos sido y nunca lo seremos. ¿Ves a esa mujer? — Señalé a Mariola—. Estoy enamorándome de ella. Así que no pienses ni por un segundo en un tú y yo. Porque voy a hacer lo imposible por estar con ella, así me cueste días, meses o años.

—Alex, cariño, esa mujercita lo único que quiere es tu dinero. —Puso sus manos en mi pecho y me eché para atrás.

—Te equivocas.

—¿Pero tú la has visto bien? Es una andrajosa...

—Te pido que me dejes en paz, por favor. A mí y a ella, te lo pido por favor. —Me alejé de ella.

—No sé qué le has dicho, pero tiene una cara de amargada que no puede con ella. —Frank me interceptó por el camino.

—Le he pedido que nos deje en paz

—Pues no me fio nada de ella.

—Estoy harto de mujeres que quieren controlar mi vida.

—¿Y Mariola que te ha dicho?

—Que necesita tiempo. —Me quedé unos segundos en silencio mientras veía a Mariola bailando con Justin—. Es la mujer que quiero que esté en mi vida. Cueste lo que cueste, lo voy a conseguir.

—Cualquier cosa que necesites, pídemela. Como si es una misión suicida. Te ayudaré en todo lo que pueda.

—Gracias, tío.

Frank siempre estaba a mi lado para lo bueno, para lo malo y para lo peor. Gracias a él salí de la depresión en la que me sumí unos años atrás.

—¿Qué te ha contado Alex? —Justin y su cotilla interior.

—Que empezásemos de cero. Cómo si nos hubiésemos conocido esta noche. Pero necesito más tiempo.

—¿Y si en ese tiempo conoce a otra persona?

—Entonces no era para mí.

Al cabo de un buen rato me fui con Justin al baño. Había una cola que daba la vuelta a la esquina, así que empecé a ojear mi móvil. Tenía una llamada perdida de un móvil que no conocía. Entré corriendo en el baño que quedó libre quince minutos después. Mientras estaba dentro oí un pequeño revuelo fuera y de repente todo se quedó en silencio. Al salir del baño me encontré a Laura y a la otra chica mirándome.

—Creo que esta pequeña zorra necesita una buena lección. —Laura sonrió mirándome a través del espejo mientras se pintaba los labios.

—Yo me encargo de que no entre nadie.

Salió y vi de refilón a Justin esperándome fuera.

—Tú y yo tenemos que hablar.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Tienes un problema conmigo: me has quitado a Alex.

—A ver cómo te explico yo esto para que lo entiendas bien. —Carraspeé buscando las palabras exactas—. Yo no te he quitado nada: Alex no es un objeto. —Me sequé las manos con un trozo de papel tras lavármelas—. Si no quiere saber nada de ti puede ser porque seas una petarda.

—Sonreí falsamente—. Buenas noches. —Traté de salir, pero me cortó el paso.

—Aquí la única zorra que hay, eres tú. —Me pegó un empujón que me obligó a mantener el

equilibrio sobre mis tacones.

—Mi paciencia tiene un límite y tú, amiga, lo estás rozando peligrosamente. Déjame salir del baño y hagamos como que somos dos señoritas finas y educadas. —La rodeé para salir y abrí un poco la puerta.

—Eres una zorra y acabaré contigo.

Tenía ya la puerta abierta cuando escuché la palabra zorra. Al girarme, recibí un puñetazo que me sacó al pasillo y me tiró contra la pared. Enseguida Justin me agarró y Laura saltó encima de mí tirándome del pelo. Se estaba comportando como una niñata a la que le habían quitado el pinta labios en el instituto. Traté de deshacerme de ella sin tocarla, pero me lo estaba poniendo muy difícil. Me apetecía meterle un derechazo y quitarle toda aquella tontería de encima.

—Para, Laura. —No quería ponerle un dedo encima para no buscarme ningún problema.

—Seguiré luchando por el que es mi hombre.

Saltó de nuevo sobre mí y me arañó con sus uñas puntiagudas de porcelana en el cuello. De repente estaba siendo cogida en volandas por uno de los de seguridad y a ella la estaba cogiendo otro.

—Suéltame. —Laura estaba dando patadas al aire y lanzando puñetazos. Uno de los puñetazos se lo dio a Justin, que acabó encima de otro chico del personal de seguridad.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —Frank y Alex aparecieron por el revuelo que se había formado.

—Nos llevamos a esta señorita a la calle y da por hecho que no vas a volver a entrar en este local. Reza para que no te denunciemos por los desperfectos.

—¿Qué has hecho, Laura? —Alex la miró sin dar crédito.

—Esa zorra estúpida no me puede quitar a mi hombre, no Alex. —Estaba completamente descontrolada.

Sacaron a Laura y a su amiga de la discoteca. Desde arriba observamos el espectáculo que estaban dando entre patadas y gritos.

—¿Puedes bajarme? —Se lo pedí amablemente al de seguridad porque aún estaba atrapada en sus brazos—. Por favor.

—¿Qué ha pasado? —Alex me revisó la cara—. Estás sangrando del labio y tienes una herida en el cuello. Creo que te tendrían que mirar esto. —Sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón. ¿Qué hombre seguía llevando pañuelos de tela?

—¿Cómo una cosa tan pequeña puede dar esos puñetazos?

—¿Frank puedes ir a por el coche para llevarlos al hospital?

—Por supuesto. —Justin acompañó a Frank.

—¿Estás bien?

—Sí, creo que sí. —Aún estaba en shock.

—Me he asustado cuando he visto el revuelo que había en el baño y te he visto en brazos del de seguridad sangrando.

—No lo he visto venir. Pero tampoco quería responderle con otro puñetazo. Si esto llega a oídos de los jefes o de algún cliente, se acabó mi carrera.

—No te preocupes. Aquí dentro no hay prensa. Además, tú no has hecho nada. ¿Seguro que estás bien?

—Me duele mucho la boca. —Saqué la lengua—. Y se me está hinchando la lengua, creo que me la he mordido. —Tenía que ser un espectáculo con la lengua fuera y los pelos de loca que Laura me había dejado.

—Vamos.

—Mierda. —Al apoyar el pie, comenzó a dolerme el tobillo—. Creo que cuando me ha sacado del baño y se ha lanzado sobre mí, me lo he torcido.

—No te preocupes. —Me cogió en brazos—. Te llevaré hasta el coche.

—¡Bájame, por favor! No me hagas esto.

—Mariola, déjate ayudar.

Me tapé la cara avergonzada con el pelo. Cruzó conmigo en brazos toda la discoteca. Salimos del local y no había rastro del coche, así que tuvimos que esperar varios minutos.

—Tengo que mirar el móvil. Tenía una llamada perdida de un número que no conocía.

—No te voy a bajar para que te hagas más daño. Quien te haya llamado a estas horas, podrá esperar a que le llames después de que te mire un médico.

—Eres demasiado controlador.

—Tú una maldita cabezota que cree que puede con todo. —Cerró los ojos, se humedeció los labios y me volvió a mirar—. Eres muy diferente de las personas que he conocido y eso me da miedo, pero estaré aquí para cuando tú estés preparada.

Unos minutos después llegó el coche de Frank y nos montamos para ir al hospital. Todo el camino fui pensando en lo que me dijo Alex. Iba a esperar hasta que yo estuviera segura. Iba a esperar. Después de la noche tan rara que habíamos tenido, después de haberle dicho lo que le dije, que no quería empezar de cero, él seguía allí. Que me podía haber mandado a freír churros, pero no lo hizo. Estaba allí cuidándome y aquello... Aquello me encantó.

11.
COMO SI LO VIERA VENIR

Sobre las dos de la mañana llegamos al hospital Bellevue. Nada más entrar en urgencias nos atendieron. Faltaría más después de lo que costaba el seguro mensual de la fabulosa sanidad americana. Justin entró a que le hiciesen varias pruebas. Se llevó un buen puñetazo en el ojo, y viendo la dimensión del pedrusco que llevaba Laura en el dedo, tal vez tenía alguna herida en el interior. A mí me metieron en una sala para hacerme unas cuantas radiografías del tobillo, en todas las posiciones posibles y haciéndome más daño que cualquiera de los puñetazos de Laura.

Me quedé en otra sala con una de esas batas abiertas por la parte trasera. A la media hora dejaron pasar a Alex a la sala. No sabía muy bien cómo lo había conseguido, ya que solo podían pasar familiares directos.

—¿Cómo estás?

—Fabulosa. Me acaban de coser la boca como a esas muñecas de terror, me han retorcido el tobillo y me han dado una bata con la que estoy enseñando el culo, porque no me puedo bajar de esta camilla. Está demasiado alta. —Me removía tratando de taparme el culo.

—Yo te ayudo. —Negó con la cabeza y se acercó a mí—. Prometo no mirar.

De reojo vi cómo cerraba los ojos. Me apoyé en mis manos para levantarme un poco y que pudiese cerrarme la bata. No abrió los ojos ni un segundo. Su cuello estaba muy cerca de mi cara. Le tenía a unos centímetros y, joder, es que olía muy bien. Su aroma era superior a mí. Estuve a punto de pegarle un mordisco en el cuello y menos mal que entró un médico para molestarnos, si no el pobre se habría quedado sin un cacho.

—Mariola, las placas no muestran nada roto. Es un esguince moderado. —Me vio la cara de no comprenderlo bien—. No es leve, pero tampoco es grave. Hielo, antiinflamatorios y reposo. — Me agarró de la barbilla para revisar los puntos del labio—. Esto te dolerá unos cuántos días, pero se caerán solos.

—Vale.

—A los labios también tienes que darle unos días de reposo. —Me miró y acto seguido miró a Alex.

—Podré comer y beber, ¿no?

—Sí, pero con cuidado. Nada de maquillarte en unos días, para que cure bien y no deje cicatriz. Y para el tobillo deberías tenerlo en reposo de una semana.

—No puedo. —Me negué en rotundo—. Tengo que trabajar.

—Bueno, pues unas muletas. Deberás andar con ellas para no apoyar el pie y no lo hagas porque si no tardará más en curarse. ¿De acuerdo? —Levantó una ceja esperando la confirmación de que le había entendido.

—Sí, sí.

El médico salió de la sala y supuse que iba a buscar unas muletas para darme.

—Menuda novecita y menudas amiguitas tienes.

—No es nada mío. —Alex parecía querer deshacerse de todo vínculo con Laura—. Siento mucho lo que ha pasado esta noche. No era mi intención cuando hablé con ella que hiciera esto. Yo solo traté de que me dejara en paz.

—Pues no sé qué le dijiste, pero tranquila, lo que se dice tranquila, no se quedó. Si no mira las consecuencias. —Me señalé la cara.

—Lo siento mucho. —Bajó la mirada y me evitó—. Entendería que no quisieras hablar conmigo después de que yo provocase esto.

—Vamos a ver, Alex, ¿estás tonto o qué?

—¿Perdona? —Me miró con los ojos muy abiertos y medio sonriendo—. ¿Me acabas de llamar tonto?

—No... bueno sí... bueno no... a ver... —Dudé varios segundos con la cabeza—. Lo que quiero decir es que después de lo que ha pasado te has quedado conmigo. —Respiré unos segundos buscando las palabras exactas que quería decir, sin echarme para atrás—. Puede que fuera demasiado borde cuando me pediste empezar de cero.

—Borde y muy clara, de verdad.

—Ese es el problema. Hay veces que soy demasiado clara y directa. —Moví la pierna sana en el aire—. Puede ser buena idea lo de empezar de cero. Pero es que tengo miedo.

—¿Miedo de mí?

—Miedo a volver a sufrir y a hacernos daño.

—A mí no...

En el momento que Alex iba a contestarme, comenzó a sonar mi móvil.

—¿Quién me puede llamar a estas horas? ¿Dónde he dejado mí... —Me fui a bajar de la camilla sin acordarme del tobillo—. Joder. —Me doblé del dolor.

—Pero ¿qué haces? —Me cogió en brazos. Dos veces en la misma noche. Me iba a acostumbrar a ello.

—¿Sí? —Contesté mirando a Alex. Aún me tenía sujeta.

—¿Mariola?

—Sí, soy yo.

—Soy Alice Preston. He estado llamando al señor McArddle y al señor Jacobs, pero no he podido localizarles. En la habitación de Jason estaban todos sus números y pensé que bueno...

—¿Qué le ha pasado a Jason?

—¿Jason? —Alex me dejó en la camilla asustado.

—¿Qué ha pasado?

—A la noche ha estado vomitando muchas veces y después de darle las pastillas, no ha mejorado, así que le he traído al hospital. No he podido localizar...

—Está aquí conmigo. ¿Está bien?

—Sí. Estamos en el Presbyterian Morgan Stanley, en la habitación 354.

—Vamos enseguida. —Colgué rápidamente y busqué con mi mirada mi ropa para salir de allí corriendo—. ¿Dónde demonios tienes tu móvil? La señora Preston os ha estado intentando localizar toda la noche.

—Soy el peor padre del mundo. —Comenzó a buscar su móvil en los bolsillos.

—Están en el Presbyterian no se qué.

Alex me acercó la ropa, pero no me dejó ponérmela. Me cogió en brazos, me la dejó en el regazo y salió conmigo en brazos hasta la entrada de urgencias.

—Frank, necesito las llaves de tu coche. Jason está ingresado y necesito llegar ya.

—Yo me quedo esperando a Justin. —Le lanzó las llaves y Alex las cogió con una de las manos, sin dejar de agarrarme.

—Alex, necesito vestirme y unas muletas.

—Luego conseguimos unas.

Me metió con mucho cuidado en el coche y condujo rápidamente hasta el hospital. Mientras conducía traté de vestirme, pero era un poco complicado. Alex aparcó en la entrada y salió corriendo, dejándome medio en pelotas y con el coche en marcha.

Me vestí como pude y bajé a pata coja del coche. Me costó un horror llegar hasta el ascensor. Cuando estaba a punto de montarme en él, una mujer con muy malas pulgas me paró.

—¿A dónde va? ¿Puede mostrarme su pase?

—Esto... no. Yo me lo dejé arriba. Había bajado a ver si me podían dejar unas muletas que no me las he traído. —Me señalé con una sonrisa el tobillo.

—¿En qué habitación está?

—En la ... 354. Jason McArddle.

—¿Y usted es? —Me miraba muy seria. Me sentí como cuando tenía que ir en el colegio al despacho de la directora por haberla liado—. A estas horas familiares solo pueden estar aquí familiares.

—Soy familiar, si no como iba a estar aquí a estas horas. ¿Me deja pasar?

—Y usted es... su... —Me invitó a terminar la frase con algo que le pareciera convincente.

—Soy su tía. Mariola McArddle. Soy la hermana de su padre. —No me creía ni yo la mentira. Es más, no pensaba ni que fuese a colar.

—Disculpe, pero es que a estas horas hay gente que se intenta colar. Le acompaño hasta la habitación y así le doy unas muletas.

—Por supuesto. —Subimos hasta la habitación y entramos las dos.

—Buenas noches. Me he encontrado a la señorita McArddle abajo. Ahora mismo voy a por unas muletas. No puede andar así con el pie vendado. —Se marchó sonriendo a Alex. Producía el mismo efecto en todo el mundo.

—¿Señorita McArddle? —Alice me preguntó sorprendida.

—Sí, es que no me dejaba pasar si no era un familiar y no iba a quedarme abajo con el coche en marcha y medio en pelotas. —Negué con la cabeza—. He dicho que era la hermana de Alex. Lo siento, pero quería subir a ver a Jason y me has dejado tirada en el parking.

—Lo siento. —Alex estaba sentado en la cama de Jason y negó con la cabeza—. Estaba al borde de un ataque de nervios.

—Me lo imagino, pero me ha costado horrores vestirme, es más, creo que le he enseñado a medio hospital el culo. No he sido capaz de atarme el vestido sola.

Alice se puso detrás de mí y subió la cremallera.

—Cariño, ¿qué tal estás? —Me senté en una silla al lado de la cama.

—Ahora bien. Me he asustado mucho. Hemos llamado a papá, pero no cogía el teléfono y el tío Frank tampoco. Así que te llamamos a ti. —Aquello último lo dijo como si hubiese hecho algo malo—. Papá me dijo que no te molestase, pero tenía miedo.

—Siempre puedes llamarme, siempre. —Cogí su mano y me la llevé a la boca para besarla.

—¿Qué te ha pasado? —Me tocó la cara.

—Que soy muy torpe y me he caído.

—Pues menudo golpe te has tenido que dar para tener el labio así. —Alice reprobó mi mentira con su cara.

—Le traigo aquí unas muletas. —La mujer de admisiones las dejó apoyadas en la pared—. Hasta luego.

—Creo que no se ha creído lo de que soy tu hermana, Alex. —Me llevé la mano a la frente cómicamente e hice que me quitaba el sudor.

—Me gustaría que realmente fueras de la familia. —Jason miró a su padre—. ¿A que sí, papi?

¿A que molaría mucho que Mariola fuera parte de nuestra familia? Bueno, familia, parte de nuestras vidas. Es que Mariola, molas mucho y me gustas.

—Tu sí que molas, enano. —Le revolví el pelo—. Pero creo que es hora de que duermas algo, que es muy tarde. Papá y yo vamos a salir a hablar con el médico. —Me levanté y le di un beso en la frente.

—Vale. —Se recostó sin dejar de mirarme a los ojos. Tenía la misma forma intensa de mirar que Alex—. ¿Vas a estar cuando me despierte?

—Cariño, Mariola tiene que ir a su casa a dormir.

—No te preocupes. Te prometo que cuando te despiertes, voy a estar aquí. —Le puse el meñique.

—¿Ves cómo mola, papá? Sabe hacer bien las promesas. —Me dio su meñique—. Mariola... es que molas... —bostezó sin casi poder terminar de hablar— mucho.

—Alice, ¿puedes quedarte un poco con él mientras hablamos con los médicos?

—No me voy a mover de su lado hasta que esté bien.

Buscamos al médico que había atendido a Jason. Nos contó que las pruebas habían dado todas bien. Le tendrían que hacer más pruebas para descartar un par de cosas, pero en principio no había motivos para alarmarse.

—Menos mal que está bien y que Alice le trajo al hospital. —Se sentó en un sillón con la cabeza entre las manos.

—Ya ha pasado el susto. —Me senté a su lado.

—No sé dónde está mi móvil.

—Coge el mío y avisa a Frank. Así de paso que le diga a Justin que se vaya a casa.

Llamó a Frank y le contó lo que había pasado. Se apartó unos metros para hablar con él y yo mientras miré por la ventana de la habitación de Jason. A Alice le estaba pesando la noche y el susto. Así que cuando Alex terminó de hablar con Frank, nos quedamos en la habitación con Jason mientras Alice se iba a casa para descansar un rato.

A las cinco de la mañana Alex se quedó dormido apoyado en la cama. Le dejé una nota y me fui a casa a pegarme una ducha y a cambiarme de ropa. Llegué a casa y encontré a Justin hablando con Scott en el salón.

—Mariola, ¿qué ha pasado esta noche?

—Entre lo vuestro, la pequeña karateka y que Jason está en el hospital... —Solté las muletas en el salón—. Voy a ducharme y me voy otra vez. Le he prometido que iba a estar allí cuando se despertase. Y no queda mucho para que lo haga.

—¿Y Alex?

—Se ha quedado allí con él. Le he dejado una nota diciendo que volvía en un rato.

Me fui a la ducha y mientras estaba debajo del chorro de agua creo que me quedé dormida. Cinco minutos, pero me dormí. Cuando salí, me vestí y volví al baño. Cuando me vi el labio, y vi el aspecto que tenía, negué con la cabeza. El labio estaba cosido con dos puntos y a su lado empezaba a salir un moratón bastante feo. Quería disimularlo, pero recordé lo que me dijo el médico, nada de maquillaje en unos días. Tenía unas ojeras de panda que asustaban, un arañazo en el cuello y un sueño de muerte. Parecía sacada del casting de *The walking dead*. En el trayecto en taxi me quedé dormida. El amable taxista me despertó con el grito de «*Me debe treinta dólares*».

Tras pagar, entré en una cafetería que había enfrente del hospital. Pedí dos cafés y cogí un par de bollos. Supuse que Alex tendría hambre y no se habría movido de la habitación desde que me había ido. Cuando entré, vi a Jason despertándose mientras Alex seguía durmiendo.

—Buenos días, cariño. —Dejé los cafés y los bollos en la mesa—. ¿Qué tal has dormido?

—Papá sigue durmiendo.

—No. El olor a café me ha despertado. Buenos días, cariño. ¿Qué tal estás?

Les observé durante unos segundos y no pude evitar sonreír. Alex tenía los ojos y los labios hinchados, pero era el hombre más guapo que jamás había visto.

—¿Cuándo puedo irme a casa?

—Tenemos que hablar con el médico, pero espero que entre hoy y mañana, cuando acaben de hacerte pruebas.

—¿Más pruebas?

—Sí, cariño. Unas pocas más y ya está.

—No quiero más pruebas. Ayer me hicieron daño. —Nos enseñó su brazo.

—No te preocupes, Jason. Solo unas pocas más.

—¿Vas a estar conmigo cuando me las hagan, papi?

—Claro que sí. Voy a estar contigo siempre.

—Ayer cuando no venías, me asusté mucho. —Jason era adorable.

—Lo siento mucho, cariño. Estaba con Mariola en el hospital cuando nos llamó Alice y vinimos corriendo.

—Mariola, muchas gracias por estar aquí. —Jason me miró sonriendo.

—Te lo prometí, no rompo nunca mis promesas.

—¿Cuándo me van a traer el desayuno? Tengo muchísima hambre. —Se frotó la barriga.

Salí de la habitación para preguntar por los desayunos y para comprobar cuando le iban a hacer las pruebas. A los minutos volví y escuché la conversación entre mi hijo y Mariola.

—¿Te duele mucho el labio?

—Un poco, pero se me pasará.

—No me gustan nada las agujas.

—¿Te cuento un secreto?

—Sí.

—A mí tampoco me gustan las agujas, pero hay veces que hay que ser valiente y hacer ver a los demás que no se tiene miedo. Es como tu padre. Ayer cuando vino estaba muerto de miedo, pero no se le notaba. ¿A que no?

—Papá nunca tiene miedo de nada. Es súper valiente.

—Sí que tiene miedo de las cosas, pero hace ver que no.

—¿Eso se aprende al hacerse mayor?

—Se aprenden muchas cosas. Es muy divertido.

—¿Sí?

—Y además puedes hacer cosas que de pequeño no te dejan.

—¿Como qué? —Jason se recostó en la cama y me miraba muy atento.

—Me estoy metiendo en un jardín que no voy a poder podar.

Mariola no se había dado cuenta de que Jason era un niño y no dejaría de preguntar.

—Puedes comer helado a la hora que quieras.

—¿Y qué más?

—Puedes ver la tele hasta tarde.

—¿Y qué más?

—Puedes ir a Disney World y montarte en las atracciones peligrosas.

—¿Y qué más?

Entré en la habitación para salvar a Mariola de los «¿Y qué más?» de mi hijo.

—Ahora te traen el desayuno. ¿De qué hablabais?

—Mariola me estaba contando lo guay que es hacerse mayor. Yo quiero ser ya mayor, papi.
—Todo llega, cariño.
—¿Y qué más?
—No aburras a Mariola, cariño. Que en cuanto coges confianza...
—No me aburre. Me encanta hablar con él.
—Aquí traemos el desayuno, pero antes tenemos que sacarte un poco de sangre. —La enfermera se acercó a Jason con una gran sonrisa.
—Yo me quedo contigo, cariño, para que no tengas miedo.
—No tengo miedo, papá. Soy valiente. Puedes salir con Mariola y así desayunas tú lo que ha traído.
—¿Estás seguro?
—Sí, papi. Soy valiente como tú.
—Cualquier cosa llámame que estaré ahí fuera.
—No te preocupes. —Salió con Mariola al pasillo con los cafés y la bolsa.
—Gracias por hablar con Jason. Aunque necesitas descansar. Tendrías que haberte quedado en casa.
—Le he prometido que vendría. —Se apoyó en la pared cansada, pero con una sonrisa mientras miraba a mi hijo.
—Después de todas las pruebas que le han tenido que hacer, ha cogido miedo. Muchas gracias por hablar con él, Mariola.
—A Andrea también le dan miedo las agujas, hasta a mí me dan pánico. Ayer no grité en urgencias cuando me cosieron el labio porque había el suficiente alcohol en mi cuerpo como para hacer de anestesia.
Me hizo reír.
Mariola era capaz de hacerme reír en los peores momentos. Se preocupaba realmente por mi hijo.
Si echaba la vista atrás, ninguna de las chicas que había presentado a Jason se habían preocupado por él. Mi hijo solo había conocido a otra mujer, ya que me parecía muy egoísta por mi parte que las mujeres que yo conocía entrasen en su vida y saliesen de la misma forma. Me prometí a mí mismo el día que su madre nos abandonó, que nunca le iba a hacer daño y que siempre le iba a proteger.

—¿Sí? —Mi teléfono comenzó a vibrar.
—Mariola, soy Frank.
—Dime.
—¿Estás con Jason?
—Sí, estamos aquí los dos. —Miré a Alex que estaba perdido en alguno de los múltiples puntos del papel pintado de la pared.
—Me paso por allí ahora mismo.
—Habitación 354. No tiene pérdida, la más grande de la planta. Aquí parece que el tamaño de la habitación va en consonancia con el poder que el padre del paciente ejerce en las mujeres de la planta. —Vi a tres enfermeras cuchicheando desde su puesto mientras observaban a Alex.
—Sí, suele producir ese efecto. ¿No se te cae a ti la baba con él, Mariola? Y no se te ocurra mentirme, porque empiezo a conocerte un poquito. —Se empezó a reír—. Ya hablaremos tú y yo sobre nuestros amigos.
—Sí, tenemos algo pendiente tú y yo. —Aquellas palabras que salieron de mi boca hicieron que Alex torciese la cabeza para mirarme.

—Ayer no te pude preguntar. ¿Sabes algo de ella?

—No, la verdad es que no. Entré que yo he estado muy ocupada con el trabajo y ella no ha dado señales de vida, hace un mes casi que no he hablado con ella en condiciones. No hemos coincidido ni los lunes.

—Estoy preocupado. La he intentado llamar y no me coge.

—Cuando salga del hospital la llamo.

—Gracias, Mariola. En nada estoy allí.

—Vale. —Colgué anotando mentalmente que tenía que llamar a Sonia—. Era Frank. Se pasará en un rato.

—¿Por qué no te vas a dormir?

—No te preocupes. Estoy bien.

Estuvimos un rato esperando a que le dieran los resultados de las pruebas de Jason. Todo estaba bien, así que aquel mismo día le darían el alta y tendría que volver al médico en unas semanas para hacerle pruebas complementarias.

A la hora de comer aproveché para llamar a Sonia. Nos merecíamos ambas una conversación y echaba de menos nuestras noches de margaritas en la terraza.

—Hola, desaparecida.

—¿Qué quieres?

—¿Cómo que qué quiero? Después de un mes sin saber de ti, esperaba una mejor contestación.

—Mariola, estoy muy ocupada. Has estado muy ocupada con el señor millonario, así que no esperes que ahora esté disponible para ti. —Su tono de voz era bastante impertinente.

—Si te hubieras dignado a contestar alguna de las llamadas que te he hecho, sabrías que no ha sido el mejor mes de mi vida. Y si te diese la gana coger el teléfono y contarme tus problemas, podría haberte echado una mano con lo que te pasa. Así que no me vengas con chorradas.

—Eres a la única persona del mundo a la que le pasan cosas. —Lo dijo entre gritos y colgó.

—Será... —Entré en la habitación cabreada—. Alex, tengo que ir a la academia. A Sonia le pasa algo y no sé lo que es.

—Andrea me ha contado que su mamá estaba muy rara. —Jason escuchó el nombre de Sonia y pensó que teníamos que saber lo que había pasado—. Que llega tarde a casa todos los días. Ella cree que está trabajando mucho. Sólo va con ella los lunes a clase. El resto de los días la lleva la madre de Aaron, un compañero de clase.

—Claro —me mordí la lengua para no decir nada delante de Jason—, los lunes tiene que venir a casa a desayunar y si no apareciese, sospecharíamos que algo no va bien. Aunque yo no haya coincidido con ella, los chicos sí la han visto. Pero ha estado actuando de una forma muy extraña por lo que me han dicho.

—Buenos días. —Frank entró con una gran sonrisa y unos globos en la habitación—. ¿Cómo está mi sobrino favorito?

—Estoy bien. Y he sido muy valiente porque me he quedado solo cuando me han sacado sangre.

—Eres más valiente que yo para esas cosas. —Frank le dio un beso en la frente.

—Es lo que se aprende cuando te haces mayor. —Jason me guiñó un ojo.

—Ahora que estás en buena compañía, yo me voy a ir un ratito. —Besé a Jason—. Luego vengo otra vez y si quieres seguimos hablando.

—Ok.

—Me marchó a ver si sé qué co... —medí las palabras que quería decir— leches le pasa a Sonia.

—¿Has hablado con ella?

—Sí, pero me ha colgado.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, Frank.

—¿Te puedes quedar con Jason? Así llevo yo a Mariola que no puede conducir. —Alex estaba recogiendo sus cosas de la mesilla.

—No, quédate con Jason. Después de lo que ha dicho por teléfono debemos tener una conversación de chicas.

—Prefiero acercarte yo.

—Y yo prefiero que te quedes con tu hijo. Sigue asustado, no le dejes solo.

—Déjame acompañarte hasta la salida al menos.

Le dejé bajar conmigo y así le daba un poco de aire.

Antes de que llegase el taxi me fijé en su mirada. Estaba perdida en la acera, su gesto era de cansancio y se quejaba de algún dolor en el cuello; se pasaba la mano cuando estaba nervioso, pero también cerraba los ojos cuando ejercía un poco de presión.

—Ve a casa, pégate una ducha y vuelve.

—¿Tan mal huelo?

—Yo creo que tú no hueles mal ni corriendo un maratón en el infierno. —Me acerqué a él y le besé en la mejilla—. Sigues oliendo de maravilla, Alex. Me gusta.

Al llegar a la academia me encontré a Sonia sola en una clase bailando. No quise molestarla así que esperé hasta que acabase su rutina. Cuando me vio por el espejo fue a apagar la música y se acercó a mí.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué cojones te pasa?

—¿A mí? Nada. ¿Y a ti? No tienes muy buen aspecto que digamos. —Sonia estaba mucho más arisca que de costumbre.

—Qué borde eres cuando quieres.

—Aprendí de la mejor.

—¿Qué coño te pasa? —Agarré su brazo obligándola a mirarme.

—Déjame en paz y vive tu perfecta vida. —Quiso soltarse de mi mano y pegó un tirón.

Yo apreté fuertemente para no dejarla ir, pero toda su rabia salió de una manera incontrolable. Sacó fuerzas y me pegó un empujón que me envió al suelo.

—Mariola. —Se agachó preocupada—. Lo siento. No quería tirarte. Perdóname.

—¿Por qué llevo un mes sin saber nada de ti? —Traté de acercar mi mano a su cara, pero ella la rechazó—. ¿Qué te está pasando?

—Lo siento. Lo siento mucho, Mariola.

—¿Qué pasa?

—No sé por dónde empezar.

—Por el principio, como siempre.

Sonia se sentó a mi lado en el suelo. Me empezó a contar todo desde el principio o al menos es lo que creí en aquel momento. La noche que pasó con Frank le vinieron los recuerdos de aquel hotel del que la saqué hace años. Llevábamos muchos años siendo amigas y conocíamos todos nuestros secretos. Además de conocer a la perfección cuando mentíamos. Sonia me estaba ocultando muchas cosas.

—Frank no tiene que saber nada de mi pasado. Fue una estupidez lo que hice. Creí que me

merecía un final de cuento de hadas, un felices para siempre y no es así. No me merezco ese final.

—¿A qué viene esa estupidez?

—No merezco que me pase nada bueno.

—¿No te mereces a un hombre que lleva un mes preocupado por ti? ¿Un hombre que ha preguntado cada día a todos tus amigos por ti? —Negué con la cabeza un par de veces—. Sé que hay algo más. ¿Hace cuanto que no llevas a Andrea a clase? —Sabía que, hablando de la niña, no podría seguir mintiéndome.

—La llevé el lunes.

—Jason me ha contado que la ha llevado toda la semana la madre de un chico de clase. ¿Qué pasa?

Tras insistirle muchas veces, porque yo podía ser tan insistente como una mosca cojonera en un caluroso día de verano, comenzó a explicarme lo que le sucedía. Hacía unas semanas un grupo de las clases de baile le invitaron a salir. Primero fue un día y pasaron a ser dos y después pasaron a ser todos los de la semana.

—¿Qué quieres que olvidar?

—Nada. —Soltó uno de esos suspiros que te dañan hasta el alma.

—No me voy a levantar de aquí hasta que me lo cuentes.

—No he superado lo que ocurrió en el hotel y hace unas semanas me encontré con él. —En sus ojos se estaban empezando a acumular las lágrimas que no se había permitido derramar.

—¿Cuándo te lo encontraste?

—Antes de la fiesta de Andrea.

—Así que con Frank lo intentaste para olvidar.

—Sí y no. Me gusta, pero pensé que lo mejor era estar con otro hombre y así me olvidaría de todo.

—Han pasado muchos años y nunca me lo has querido contar. ¿Qué es lo que pasó en aquel hotel? —Agarré fuertemente sus manos y las puse en mi regazo—. No comprendo tu comportamiento, ni con Frank ni con los demás. Sé que no he estado muy disponible este último mes, pero te llamé y no me contestaste ninguna de las veces. Nos hemos necesitado las dos y no hemos estado. Yo asumo mi culpa, pero deja de compadecerte de ti misma y vuelve a ser tú.

—No puedo contártelo. Te incumbe también a ti.

—¿Cómo que me incumbe a mí también? —Solté sus manos. No podía entender a qué se refería.

—Sí. No puedo contártelo. No puedo.

—¿Pero por qué demonios no me lo puedes contar?

—Porque no. —Volvió a gritarme enfurecida y se marchó de la sala.

—Perfecto. —Me levanté del suelo como pude y salí de la sala—. Sonia, sé que me puedes oír, sino me lo cuentas no quiero volver a hablar contigo hasta que tengas los huevos de contarme lo que pasa.

—¡Déjame en paz de una puta vez, Mariola! Sigue con tu perfecta vida, tu perfecto millonario, tu perfecto trabajo y olvídate de mí. —Se encerró con llave.

—No pienso dejarte en paz. Porque si ha pasado algo que me incumbe a mí, tengo todo el derecho del mundo de saberlo. —Esperé unos segundos a ver si apelaba a su buen corazón, al gran corazón que sabía que tenía—. Pero veo que eres una puta cobarde.

Me marché de la academia muy enfadada. ¿Qué demonios había pasado para que Sonia estuviera así? ¿Qué podía ser tan grave para que no me lo pudiese contar? Iba andando, tratando de coger un taxi muy enfadada y nada más bajar unos metros de la calle, comencé a arrepentirme

por haber hablado así a Sonia. Yo sí que me ponía intensita cuando me tocaban lo mío. Pero como dijo Scott, hay veces que una amenaza es más efectiva que una bonita charla. Esperaba que lo que le había dicho le hiciera reaccionar.

A los diez minutos logré parar un taxi. Paró justo en el semáforo que estaba delante de la academia y al mirar vi a Sonia hablando con alguien en la puerta. Comprobé que estaba levantando los brazos en el aire y parecía estar gritando. La persona con la que estaba hablando me era familiar, pero estaba de espaldas y no le pude ver bien. Supuse que sería algún trabajador con el que Sonia estaba pagando su malestar general. Necesitaba un buen café. Uno triple o cuádruple. Entre el dolor del tobillo, el del labio y el sueño que tenía, estuve a punto de hacerme ingresar en el hospital cuando bajé del taxi.

Antes de coger el ascensor para subir a la habitación, tuve que pararme a respirar unos minutos. La bronca con Sonia me había dejado sin aire. Necesitaba recuperarme un poco y lucir mi mejor sonrisa.

—Mariola, ¿estás bien?

—Hola. —Al levantar la cabeza vi a Alex con una carpeta en las manos—. ¿Ya le han dado el alta al niño?

—Sí.

Frank y Jason salieron del ascensor hablando.

—Claro que sí, socio. Ahora nos vemos unas pelis en casa. Que este fin de semana vamos a hacer lo que tú quieras.

—Bien. —Jason me vio y se acercó corriendo—. Mariola, ya nos vamos a casa.

—Qué bien, cariño.

—Sí. —Me abrazó por la cintura—. Muchas gracias por cuidar de mí y de papá.

—De nada, cariño.

—Cuando papá me dijo hace unos días que no te podía llamar porque estabas muy ocupada, me puse triste. —Miré a Alex y él agachó la cabeza.

—Nunca estaré tan ocupada como para no cogerte el teléfono.

—¿Te puedo pedir un favor?

—Claro que sí. —Me agaché para estar a su altura.

—¿Vienes a casa con nosotros? Vamos a ver unas pelis y a lo mejor te apetece pasar el día con nosotros.

—Cariño —Alex se agachó también para hablar con Jason—, Mariola tiene que descansar.

—No te preocupes, Alex. No tengo nada mejor que hacer que pasar el día con un chico tan guapo. Eres mi cita de hoy. —Le guiñé un ojo a Jason.

—Pero no somos ni novios ni nada, ¿eh?

—Los amigos también tienen citas. —Tuve que contener la risa. Jason era capaz de hacerme olvidar todo.

—¿Entonces papi y tú sois amigos? Porque os vi dándoos besos, pero luego no os habéis visto en mucho tiempo. Y ayer estabais juntos a la noche con el tío.

—Cariño, las cosas no son tan fáciles como lo son a tu edad. —Alex lo dijo apenado.

—Bueno, pues entonces vosotros hoy también tenéis una cita, como amigos, pero una cita. — Jason sonrió y vi la picardía de Alex en sus ojos.

Nos montamos en el coche y nos dirigimos a casa de Alex. Su casa estaba en pleno Upper East Side, no podía ser de otra manera. Estaba situado entre Madison y Park Avenue. El edificio llamaba la atención sobre los demás. No por la ostentación, ni nada por el estilo. Era una zona de la 83 Este, donde los rascacielos daban paso a algunos bloques de cuatro pisos, una zona mucho

más tranquila y alejada del barullo de Madison Avenue. El edificio de cuatro plantas estaba recubierto de piedra. Miré para arriba y Jason dijo que ya estábamos en casa, me agarró de la mano y me obligó a entrar con él. Alex tuvo que pararle porque estaba tan emocionado, que estuvo a punto de tirarme una de las muletas.

Me quedé embobada cuando entramos en el piso. Me esperaba, no sé, paredes cubiertas de oro y alicatados terribles, pero no. Era un espacio abierto y limpio. Jason entró corriendo, lanzando las cosas al aire y Alex se quedó detrás de mí, como si tuviese miedo de que pusiese un pie dentro y decidiese atrincherarme en su casa para no salir en la vida.

—La casa no come, puedes pasar.

—Ya. —Entré observando todo con detenimiento—. Porque si me comiese, tardaríais años en encontrarme. Esto es enorme.

—Eso lo suelen decir cuando tienes los pantalones bajados, Alex. —Frank entró riéndose.

—Vale, ya me siento mucho más cómoda. Es hablar de rabos y yo me tranquilizo. —Me acerqué riéndome al salón y negando con la cabeza. Gracias, Frank.

—Me gusta esta chica, Alex. Hazlo bien. —Fran se alejó un poco para hablar por teléfono.

—¿Qué peli podemos ver? —Jason ya se había quitado las zapatillas.

—Elige tú. —Alex cogió a Jason en brazos.

—Pues —se puso un dedo en el labio como si estuviera pensando mucho—, tras mucho pensarlo —se frotó las manos sonriendo—. Las de *Gru*.

—Ve a buscarlas.

Jason salió corriendo a por las películas, que seguramente estarían en la sala de cine que tendrían en alguna parte. Una sala de cine con butacas y capacidad como para mil personas. Al volver, traía las películas y varias cosas más. Estaba encantado de tener gente allí, no parecía estar muy acostumbrado a tener en casa personas que no fueran Alice, su padre o Frank.

—¿Dónde vemos a ver la peli?

—Mariola debe tener el pie en alto, y tú deberías estar en la cama metido. ¿Qué te parece si vamos al cuarto de invitados, que tiene una cama muy grande, una tele enorme y así descansamos todos un poco?

—Vale. —Salió corriendo por uno de los pasillos.

—Yo tengo que irme. Nos toca entrevistar a unos camareros que vimos ayer en Cielo. —Frank cerraba un ojo al mentir. No conocía mucho de él, pero ese tic ya se lo había pillado.

—Tu sobrino se va a enfadar contigo.

—Ahora hablo con él. —Fue a la habitación.

—No tienes que quedarte con nosotros. Necesitas descansar.

—¿Y perderme a Gru? No. —Me puse a andar hacia la habitación—. Me encantan esas pelis. —No escuché a Alex tras de mí—. Vamos.

—A la noche vengo a cenar. —Frank se marchó tras besarle.

Jason parecía comprender a la perfección cuándo un adulto le daba una explicación.

—¿Tú en qué lado de la cama duermes?

—Yo en la izquierda. —Dejé las muletas apoyadas en una silla y me apoyé en la cama con cuidado.

—Qué bien. —Jason se empezó a reír—. Papi duerme en la derecha.

—¿Y tú dónde duermes? —Le empecé a hacer cosquillas.

—Yo en el medio. —No podía casi hablar de la risa. Era contagiosa.

—Dios mío, qué gusto, una cama. —Me estiré y creo que hasta se me escapó un casi inaudible gemido.

—Ya veo que habéis elegido sitio. —Alex entró en la habitación con unas bebidas—. Yo me voy a pegar una ducha que desde ayer...

—Sí, que ya huele. —Me tapé la nariz y Jason me imitó.

—No sé yo si me gusta mucho que paséis tiempo juntos. —Se marchó negando con la cabeza.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Mariola?

—El bono de preguntas hoy es ilimitado. Dime. —Me recosté en la cama.

—¿A ti te gusta papi?

—Es una buena persona y me gustan las buenas personas. —Tuve que tragar saliva y evitar empezar a parpadear como una loca.

—No, no en ese sentido. Es que papi ha estado triste estas semanas y yo creo que es porque no te ha visto. —Abrió mucho los ojos y se recostó sobre mí—. Sé que él ha querido llamarte. Le he visto muchas veces dando vueltas en la cocina con el móvil en la mano, pero luego lo dejaba y seguía triste.

—Siento que hayas visto a papá así.

—No es tu culpa, pero me gusta verle como está hoy. Tú haces que papi sonría.

No supe qué contestarle. Le di un beso en la cabeza y se recostó bien en mi pecho. Esperamos a que Alex saliese de la ducha para empezar las películas. Apareció con unos pantalones de chándal y sin camiseta. Se la estaba poniendo mientras venía por el pasillo y yo tenía una visión perfecta de aquel espectáculo. Ladeé la cabeza para ver aquello en su máximo esplendor. Madre del amor hermoso. Aquel hombre tenía... tenía de todo. Músculos por todo el cuerpo y oblicuos, esos músculos a los lados del ombligo que van bajando y hacen que se te levante una ceja y el ánimo.

—¿Estás bien, Mariola? —Jason me estaba mirando extrañado porque al ladear el cuello, moví todo el cuerpo.

Asentí con la cabeza, con la baba colgando y con Alex mirándome.

—Bien —me aclaré la garganta—, estoy bien.

Se tumbó al lado de Jason y escuché que decía algo que no quería que escuchásemos. No le hice caso porque sabía que me estaba mirando de reojo y se estaba riendo.

Vimos la primera película y nos reímos un montón con las imitaciones que hacía Jason de Gru y de las niñas. Con aquel pelo alborotado castaño, sus enormes ojos color avellana y su preciosa sonrisa medio desdentada, habría sido capaz de comérmelo.

Antes de empezar a ver la segunda película me fui al baño y Alex a por unas bebidas. Cuando salí del baño, pasé por un par de habitaciones y vi la fantástica terraza que tenían. Era la casa de los sueños de cualquiera. Tenía una vista impresionante, aunque parecía que no la disfrutaban como se merecía. La terraza contaba con una pérgola, unos sillones grandes, una mesa enorme de madera, unos detalles, flores y unas velas. Aquello podría ser el mejor refugio en Nueva York. Pasé por la cocina y vi a Alex pensando en algo y golpeando con una de las latas la isla.

—Espero que no me des a mí esa para abrir. El concurso de camisetas mojadas es mañana. — Parecía que no me escuchaba—. ¿Estás bien?

—Solo pensaba.

—¿En Jason?

—Si le llega a pasar algo y no hubiera llegado a tiempo...

—No ha sido nada más que una intoxicación.

—Ya lo sé, pero...

—Tranquilo. — Me acerqué, dejé las muletas apoyadas en la barra y le abracé—. Nos localizaron y fuimos enseguida.

—Muchas gracias por todo. —Me aparté de él y me agarró del brazo—. Le gustas mucho.

—Y él a mí.

Nos quedamos unos segundos sin dejar de mirarnos. Yo creo que hubiese sido el momento perfecto para un beso, pero no quería joder la promesa de tomármelo con calma. Maldita Mariola y sus ganas de hacer las cosas bien. ~~Θ de estar eagrada como una idiota.~~

No sé cuánto tiempo estuvimos durmiendo, pero fueron las mejores horas de sueño de mi vida. Cuando me desperté Alex aún seguía dormido y yo estaba recostada sobre su pecho. Jason no estaba en la cama. Traté de salir de entre sus brazos, pero era un poco complicado. En uno de los movimientos que hice me di con uno de sus brazos en el labio.

—Mierda. —Me moví buscando un pañuelo o algo antes de manchar la cama con sangre.

—Mmmm... ¿estás bien?

—Sigue durmiendo. —Me levanté de la cama y me olvidé del tobillo—. Joder.

—Mariola. —Saltó por encima de la cama y me empecé a reír—. ¿Y ahora te ríes?

—Nunca me había imaginado que terminaría así contigo en la cama.

—¿Así que te has imaginado conmigo en la cama? Muy interesante, señorita Santamaría.

—Bueno... —Seguí riéndome. No podía parar—. Lo siento, pero en situaciones ridículas, soy la número uno, señor trajeado.

—¿Señor trajeado? —Sonrió—. Hacía semanas que no me llamabas así.

—¿Papá? —Jason entró corriendo en la habitación asustado—. Hemos oído a Mariola gritar y...

Frank y él dieron la vuelta a la cama y nos encontraron en el suelo riéndonos. Nos miraron, se miraron y se fueron. Decidieron que lo mejor era dejarnos allí con nuestra locura.

Fuimos al baño y Alex me curó el labio. No sabía cuál era exactamente la sensación que tenía en aquel momento. Sí lo sabía. Era la misma me había acompañado todo el día: estando con Alex me sentía bien. Salimos del baño y oí a Frank hablando con alguien por teléfono. Por lo poco que oí de la conversación supe que hablaba con Sonia y cuando le vi me di cuenta de que lo hacía desde mi móvil.

—Sonia, tranquilízate, por favor. ¿Dónde estás? Dímelo y te voy a buscar. Quiero que hablemos. No, Sonia, no te voy a dejar en paz. Llevo un mes tratando de hablar contigo y no lo he conseguido. Por favor. De acuerdo. Ahora te la paso. —Me pasó el teléfono.

—¿Qué pasa Sonia?

—Yo... no... quiero...

—Tranquilízate. ¿Dónde está Andrea?

—Tenis. —No era capaz de hacer una frase coherente.

—Frank va a buscar a Andrea y yo voy a por ti.

—No puedes ayudarme, Mariola. Nadie puede.

—Sonia, no me toques los cojones. Dime la dirección y voy a buscarte.

—En la Man... —Estaba llorando y no la entendía demasiado bien.

—Repítelo, por favor.

—*Manhattan Club*. —Se le apagó la voz

—¿Qué demonios haces ahí? ¿Con quién estás? Dime con quien estás, Sonia.

—Estoy sola.

—No me mientas. ¿Qué se te ha perdido ahí?

—Lo siento, lo siento tanto, Mariola.

—Voy ahora mismo. Más vale que cuando llegué sigas ahí y no quiero ver a nadie más. —Colgué el teléfono—. La mato, joder. —Aquella zona de Nueva York me traía amargos recuerdos.

—¿Qué está pasando, Mariola?

—¿Puedes ir a por Andrea? Está en clase de tenis. Recógela y tráela aquí. Luego pasaré a por ella.

—Puede quedarse aquí esta noche con Jason. —Alex se acercó a mí preocupado—. Te acompaño.

—No, Alex, por favor. Si mis sospechas son ciertas, no quiero que estés allí. Tienes que quedarte con Jason.

—Pero ¿qué demonios está pasando? —Frank estaba muy nervioso.

—Ahora me tengo que marchar.

—Mariola, voy contigo. Me da igual lo que me digas. Estás demasiado nerviosa. Yo te llevo.

—Alex, por favor.

—No me vale un no como respuesta.

—Ahora mismo tengo que guardar energía para Sonia, así que vamos. —Salí despacio con las muletas y Alex ya estaba llamando al ascensor, vestido y con las llaves del coche en la mano—. Joder, pues sí que eres rápido.

Bajamos y nos montamos en el coche. Le dije la dirección a la que tenía que ir. No quería ni imaginar con quién estaba, pero aquella dirección solo nos llevaba a un sitio. Me pasé el camino rogando para que estuviera sola.

Después de dar un par de vueltas por la manzana, ya que no era demasiado buena dando instrucciones —hice que Alex se perdiese un par de veces—, llegamos al edificio. Media hora después de la llamada angustiada de Sonia, Alex aparcó en la acera de enfrente del edificio. Se bajó del coche y yo me quedé pegada al asiento, no era capaz de moverme.

—¿Mariola? —Alex se asomó a mi ventanilla—. ¿Qué ocurre?

—Necesito un par de minutos más para entrar ahí, Alex. —Me froté la cara.

—¿Qué podemos encontrarnos para que estés aterrada?

—No es eso. Sólo es que... —No sabía ni qué decirle—. Menudo día de locos. —Salí del coche.

—Ven aquí. —Me abrazó tratando de reconfortarme.

—Gracias por estar aquí conmigo. —No me quise separar de él—. Se está bien así.

—La verdad es que sí. —Estuvimos abrazados unos cinco minutos.

No podía explicar la sensación que tenía en aquel momento. El lugar lo conocía, lo conocía muy bien. Había estado allí muchas veces. La última vez que estuve, salí corriendo sin mirar atrás. No sabía por qué Sonia estaba en aquel lugar. Deseaba que el final de todo aquello no fuese tan malo como me lo estaba sucediendo en mi mente. Entré al local temblando, había muy poca luz y busqué a Sonia con la mirada. Estaba sentada en un sofá con varias copas en la mesa y gracias a Dios estaba sola. Según nos fuimos acercando vi cómo Sonia nos miraba y pude ver que las lágrimas empezaban a rodar por sus mejillas. Tenía los ojos muy hinchados.

—Lo siento. —Tropezó con la mesa y derramó las copas.

—Sonia, ¿qué está pasando?

—Mariola, lo siento, lo siento mucho. —Fue a agarrarme de la mano y señaló detrás de mí—. ¿Qué hace aquí? —Señaló a Alex.

—He venido por ella.

—No sé qué pinta él aquí. No debería estar aquí. Ni tú tampoco. —Se sentó enfadada.

—¿Entonces para qué coño me llamaste?

—¡No lo sé! —Me gritó—. No lo sé. —Empezó a llorar más—. Él no debería estar aquí.

—Sonia, o me dices lo que está pasando o me marchó por donde he venido. —Señalé la puerta—. Tienes cinco segundos para responder. —Esperé con muy poca paciencia, pero no dijo nada—. Adiós, Sonia. —Me di la vuelta para irme.

—Por favor, no te vayas. No te vayas. Andrea, Andrea...

Se puso muy nerviosa y solo repetía el nombre de su hija. Su voz entrecortada lo decía una. Le pedí a Alex que nos dejase a solas. Puede que con él delante no pudiera hablar o no quisiese contarme qué es lo que estaba pasando.

—Si necesitas cualquier cosa solo llámame y vengo.

—De acuerdo. Muchas gracias. —Le di un beso en la mejilla y esperé a que se alejase lo suficiente para que no nos escuchase—. Te lo repito. ¿Qué está pasando?

—No sé por dónde empezar.

—Dime que haces aquí, en este local y en este edificio.

—Vas a odiarme. Voy a perder a mi hija.

—No vas a perder nada. Sea lo que sea, estaré aquí para ayudarte. —Me senté a su lado para tratar de que se tranquilizase un poco.

—Lo he hecho mal. Muy mal.

—Me estás asustando. ¡¿Qué pasa, Sonia?!

Sonia estaba acabando con la poca paciencia que me quedaba. Sus continuos titubeos, sus dudas al contarme las cosas me estaban sacando de quicio. No había dormido nada en cuarenta y ocho horas, y como Sonia no empezase a contarme toda la verdad, iba a explotar arrasando con todo a mi paso.

Todo parecía estar relacionado con lo que pasó aquella noche en el hotel. Seguía sin decirme la verdad. Era como si realmente tuviera tanto miedo de hablar como parecía.

—Todo empezó hace unos cuántos años. ¿Recuerdas la temporada que estuvimos más distantes? ¿Cuando estabas saliendo con Jonathan?

—Sí. Nunca supe qué pasó. Supuse que era porque no te gustaba Jonathan y también por aquellas personas que pululaban por tu vida. No me gustaba cómo lo estabas haciendo en aquel momento.

—Tu vida tampoco era perfecta. También has cometido tus errores y muy grandes. No eres perfecta. —Me gritó.

—Lo sé. Pero no he acabado sola en un local como este, pidiendo ayuda a gritos y con demasiadas copas en la mesa. —Observé que no hubiese ninguna droga cerca.

—Yo no te he pedido ayuda.

—Lo estás haciendo ahora mismo, Sonia. ¿Cuando empezó todo esto? ¿Por qué me lo has estado ocultando tanto tiempo? Me dijiste que esto tiene que ver conmigo.

—Lo sé. Pero si te lo cuento...

—No empieces con que me vas a perder. Si no me lo cuentas, sí que va a pasar. —No era verdad, pero tal vez con aquella amenaza Sonia comenzase a soltar el peso que tenía encima.

—De acuerdo. —Respiró profundamente—. Sabes que en aquella época mis amigos no eran muy recomendables. Probé alguna droga y entre la niña, la academia y el trabajo extra, no descansaba bien. Empecé a tomarlas más de seguido. Creía que lo necesitaba.

—Sonia... —Traté de agarrar sus manos temblorosas, pero se apartó de mí.

—Déjame continuar.

—De acuerdo. —Me recosté en el sofá dejándole más espacio.

—Estuve durante mucho tiempo con aquel estilo de vida, ocultándoslo todo para que no os preocupaseis. Una noche salí con unos amigos y acabamos en una discoteca. No era ni el mejor lugar ni la mejor compañía. La droga corría por doquier y... —Soltó todo lo que tenía en sus pulmones y tomó una gran bocanada de aire—. Hicieron fotos y algún vídeo. No sé cómo, pero la noche se descontroló mucho, acabamos teniendo sexo en un reservado entre varias personas y alguien lo grabó. No me acuerdo de nada de la noche en cuestión. No recuerdo ni cómo volví a casa. Ni quién me llevó. Ni con quién tuve sexo.

—¿Por qué nunca me lo has contado?

—Porque me avergüenzo de todo. De lo que hice que me acuerdo y de lo que no me acuerdo.

—¿Eso es todo?

—El video acabó en manos de personas que jamás imaginarías.

—¿Del padre de Andrea?

—No, de otra persona que me chantajeó para que no llegase a sus manos y me quitasen a Andrea. Me amenazó con los Servicios Sociales. Me citó un día en el hotel al que me fuiste a buscar aquella noche. Me enseñó el vídeo y me dijo que, si no hacía lo que él me pedía, se lo

entregaría a él y nunca más volvería a ver a Andrea. Mi niña, iba a perder a mi niña.

—¿Cómo has podido pasar por todo esto y yo no saber nada? —Me senté a su lado esperando que no me rechazase.

—No quería meterte en medio de nada.

—¿Cuándo pasó?

—Hace muchos años.

—¿Y yo qué tengo que ver con todo esto?

—La persona que me chantajeó ha vuelto. No sé por qué, pero hace un mes más o menos apareció en la academia. El otro día cuando tú viniste volvió. Hacía mucho tiempo que no le veía. Parecía que me había dejado en paz después de todos estos años.

—Vi a alguien en la entrada, pero no pude reconocerle.

—Mariola, es mejor que no sepas nada más.

—Y una mierda, Sonia, ya has llegado hasta aquí. ¿Qué pasó en el hotel? ¿Quién es?

—Me forzó a tener sexo con él. Cosas que jamás habría pensado que sería capaz de hacer, las hice. No podía dejar que el vídeo llegase a más manos. Hice todo lo que me pidió. Siempre que me llamaba o me buscaba, tenía que acceder. Todo. Todo. —Lo repetía con dolor y le dio un escalofrío—. Cada vez que lo recuerdo me doy asco a mí misma. Y más con él.

—¿Con quién? —Estaba desesperada por saber quién fue el cabrón que le hizo aquello a mi mejor amiga—. Sonia, o me lo dices o...

—Jonathan.

Creo que me dio un ataque al corazón, morí y reviví, porque empezó a hervirme la sangre. No dije nada. Solamente me limité a echar cuentas de todo lo que me había contado. Cuando fui al hotel, cuatro años y algo, no, más de cuatro años. Dios no me acordaba exactamente cuando fue.

—Espera... —Continué contando con los dedos.

Fue el año que me hice el tatuaje de la espalda. Lo recuerdo, porque estaba buscando una farmacia de guardia cuando me llamó. Exacto, cuatro años y medio o un poco más. Empecé a mirar a Sonia. No me lo podía creer. Yo estaba con Jonathan cuando todo aquello sucedió. Me engañó con mi propia amiga y ella no me lo contó, no dijo que no. Sonia estaba tratando de ocultar sus errores a costa de mi dolor.

No dije nada, me levanté, cogí las muletas y salí a la calle. En el último piso de aquel edificio se encontraba el piso de Jonathan, por eso no quería ir allí, porque me olía a podrido todo aquello y no me había equivocado. Había veces que mi sexto sentido no fallaba. Tiré las muletas y me senté en el suelo. No me podía imaginar ni en un millón de años que aquello era lo que le pasaba a Sonia.

—Mariola. —Sonia salió del edificio.

—No quiero verte ahora mismo.

—Mariola, lo siento. —Se arrodilló a mi lado—. Sé que aún estabas saliendo con él. Sé que estuve con él el día que te propuso matrimonio. Me lo repitió al oído mientras me hacía todo aquello. Me lo repitió muchas veces para que me sintiese peor aún. Para dejarme claro que, si contaba algo, perdería todo. A Andrea y a ti.

—Ahora mismo me da igual. Me da igual tu vida. Me da igual todo. —Me levanté como pude—. Así que no quiero volver a verte. Me da igual lo que te pase. Me engañaste, joder. Me iba a casar con él. Si me lo hubieras contado, hubiésemos podido hacer algo. Lo podríamos haber solucionado. Pero preferiste hacer lo que él te pidió. —Alex salió a la calle debido al escándalo que estábamos montando—. Tú haz tu vida y soluciona tus problemas, porque no quiero saber nada de ti.

—Mariola. —Alex se acercó corriendo a nosotras—. Tranquilízate. No digas cosas de las que te puedes arrepentir más tarde.

—Tú no sabes de qué va la historia, así que no te metas. —Le grité a él también—. Y tú... Ni me llames ni me escribas, no me saludes si me ves por la calle. —Me giré enfurecida—. Tú y yo hemos terminado, para siempre.

Cogí las muletas del suelo y empecé a caminar. No sabía a dónde ir, pero necesitaba aire y alejarme de toda aquella mierda. Necesitaba asimilar todo lo que me había contado Sonia. Quería gritarle a alguien y lo terminé pagando con Alex. Él solo trataba de tranquilizarme y le mandé a la mierda. Me senté en un banco cercano. Necesitaba respirar profundamente y tomar cierta distancia de aquello. Empecé a llorar sin saber si era por la rabia, el engaño o por el dolor de que Jonathan utilizase a mi amiga para hacerme daño. No sabía cómo manejar aquellos sentimientos.

—Mariola. ¿Qué ha pasado?

—Llévame a casa, por favor. Necesito estar sola.

—No te voy a dejar sola en ahora. —Me abrazó—. No sé qué ha pasado ahí dentro y si no me lo quieres contar, lo entenderé, pero no me pidas que te deje sola, porque no lo voy a hacer. No ahora. —Me abrazó aún más fuerte.

Dejé que me llevase a casa, pero acabamos en su piso. Pasé a ver a los niños que ya estaban durmiendo y vi cómo Andrea dormía ajena a todos los problemas de su madre. En aquel momento lo entendí, comprendí el motivo de Sonia. No lo compartía, pero lo supe al ver a la niña. No la quería perder y por ella engañó, mintió e hizo todo aquello.

—Necesitas descansar. No has dormido nada.

—Tú tampoco.

—Esta conversación ya me suena haberla tenido contigo.

—Sí. —Sonreí.

—Vamos a descansar. Frank ya se ha ido. Me ha preguntado por lo que ha pasado. Pero le he dicho que cuando sea el momento, lo sabrá.

—¿Te importa si me pego una ducha?

—Como si estuvieras en tu casa. —Fuimos al cuarto de invitados—. Duerme aquí esta noche.

—Muchas gracias, Alex. Muchas gracias por todo.

—Cuando estés lista para hablar, si lo necesitas, estaré en la habitación del fondo.

—De acuerdo.

Me senté en la cama y le observé mientras dejaba a mi lado unas toallas perfectamente dobladas. Alex me miró y me dio un beso en la frente. Creo que fue un impulso, no se lo pensó y me gustaba cuando lo hacía, cuando se dejaba llevar. Me desnudé cuando salió de la habitación y sentí cómo todo el peso del mundo caía sobre mí. Respiré profundamente un par de veces, me tomé unos segundos para recomponerme, para no romper a llorar.

Cinco minutos después me metí en la ducha. No me di cuenta de que llevaba la venda y la empapé. Traté de secarla con un secador, pero empezó a despegarse. Salí del baño para ponerme algo de ropa y pedirle a Alex otra venda, pero me di cuenta de que no tenía ropa para limpia. Me puse la toalla y cogí las muletas. Abrí la puerta y fui hasta la habitación del fondo en la que Alex me dijo que estaría. Llamé con suavidad, pero no me contestó nadie. Con la cantidad de habitaciones que había seguramente me había equivocado y estaba llamando a la puerta de la zona de lavandería. Entré y Alex estaba saliendo del baño desnudo. Aparté la mirada al primer segundo ~~tercer cuarto~~ a los segundos. Tal vez viese por el rabillo del ojo un poco más de la cuenta. Al taparme los ojos solté una de las muletas que cayó al suelo haciendo bastante ruido.

—Lo siento, lo siento. He llamado a la puerta y como no ha contestado nadie, he entrado pensando que me había equivocado de habitación. —Me di la vuelta con los ojos cerrados y me pegué contra la pared—. Mierda, lo siento.

—No te preocupes. Ya puedes destaparte los ojos, de verdad. —Me giré y abrí despacio los ojos—. Eres graciosa.

—A ver, no pretendía encontrarte así, desnudo. —Le señalé tratando de no babear más de la cuenta

—No te preocupes, no pasa nada.

—Es que he salido de la ducha y me he dado cuenta de que no tenía nada que ponerme, me he mojado la venda. ¿Tú no tendrás algo para dejarme para dormir?

—Voy a ver qué te puedo dejar. —Le miré mientras caminaba muy orgulloso de su cuerpo. Y no era para menos.

—Santa madre del amor hermoso.

—¿Qué? —Se dio la vuelta para mirarme.

—No, nada. Que tu habitación es enorme —hice hincapié en la palabra al decirla— y la cama ni te cuento.

—La eligió Jason. Así cuando duerme conmigo, tenemos sitio suficiente para los dos. —Aproveché para colocarse una toalla alrededor de la cintura.

—Es muy listo. —Dejé de mirarle porque ya me parecía que estaba rozando el acoso.

—Sí. —Cogió una camiseta y unos pantalones cortos y me los dio—. Esto te servirá.

—Muchas gracias. —Nuestras manos se rozaron y sentí una electricidad abrumadora—. Voy a cambiarme.

—Te puedo cambiar la venda yo. Tengo conocimientos médicos. Bueno —puso los ojos en blanco dándose cuenta de lo que había dicho—, sé cómo poner una venda bien. Así que siéntate en la cama que voy a cambiártela. —Se marchó y aproveché para ponerme la ropa—. Mierda.

Me intenté poner los pantalones a la pata coja pensando que me iba a dar tiempo antes de que Alex llegase. O tal vez es que mi subconsciente me quería dejar en bolas y así teníamos una parte de la noche hecha. Antes de poder ponerme la camiseta entró Alex en la habitación.

—Lo siento. —Se tapó los ojos y dejó caer todo lo que traía en las manos—. Yo no... —Justo aparecieron Andrea y Jason.

—¿Por qué hacéis tanto ruido? —Andrea estaba frotándose los ojos.

—Mierda.

—Papá, ¿por qué estas con una toalla y Mariola sólo con un pantalón tuyo? —Me di la vuelta y me puse la camiseta.

—Sentimos haberos despertado, chicos. ¿Por qué no volvéis a la cama? Mañana tendréis sueño.

—Mariola, ¿dónde está mamá?

—Ven aquí. —Me senté en la cama y la subí encima de mí—. Mamá tenía mucho trabajo y por eso Frank te ha traído a pasar la noche aquí.

—¿Por qué trabaja tanto?

—Para que no te falte de nada. Ya sabes que las cosas cuestan dinero. Por eso mamá últimamente trabaja tanto.

—Ya no pasamos tiempo juntas. Nunca está en casa. Además, viene un amigo que no me gusta.

—¿Cómo un amigo?

—Tú también le conoces. Era amigo tuyo. Pero no me cae bien. No trata bien a mamá, como no te trataba bien a ti.

—Valiente hijo de puta. —Lo susurré menos bajo de lo que hubiese querido y Alex me miró.

—Bueno, chicos, vámonos a la cama que si no mañana no vais a poder levantaros. —Cogió a Andrea en brazos y Jason le agarró de la mano.

—Buenas noches, Mariola. —Jason se despidió con la mano mientras.

Cuando Alex volvió traía una sonrisa incrédula en la cara.

—Vaya dos.

—¿Qué te han dicho?

—Me han preguntado si estábamos haciendo cosas de mayores de amor. —Al decirlo se le puso una sonrisa muy sexy en la boca.

—¿Y qué les has dicho?

—Que mañana hablaríamos.

—Ya sabes que no se les va a olvidar.

—Ya se nos ocurrirá algo. Ahora vamos a ver ese tobillo. —Se sentó en la cama y empezó a quitarme la venda—. Si te hago daño, avísame.

—Sí. —No podía apartar la vista de sus manos, de la forma en que me rozaban sus dedos.

—¿Le has llamado?

—¿A quién?

—A Sonia. No sé qué pasó, pero...

—Es Jonathan.

—Jonathan. —Hizo un gesto de no comprender de quién hablaba—. ¿Quién es Jona... —Estaba quitando la venda y se dio cuenta a los segundos—. ¿Tu ex?

—Sí.

Mientras él me cambiaba la venda empecé a explicarle lo que había pasado aquella noche. Le conté todo, absolutamente todo. No quería ocultarle nada. Se estaba portando tan bien conmigo, que decidí que no hubiese ni un solo secreto. ¿Quería empezar de cero? Pues aquel comienzo era brutal. Necesitaba soltar mierda, cagarme en Jonathan, cagarme en lo que había hecho Sonia y en su maldita estupidez. No dijo ni una sola palabra. Solamente emitía pequeños sonidos confirmando que me estaba escuchando y que seguía aquella truculenta historia.

—Eso es lo que ha pasado. —Me llevé las manos a la cara—. Cuando hemos venido a casa y he visto a Andrea durmiendo, lo he comprendido. Entiendo la causa por la que sigue ocultándolo y cediendo al chantaje de ese cabrón. —Respiré hondo cerrando los ojos unos segundos y tragándome las lágrimas que quería derramar.

—¿Y por qué ha vuelto ahora?

—No lo sé, Alex, no lo sé. —Estaba agotada psicológicamente—. No sé qué es lo que busca. No me gusta que se acercó a Sonia y menos a la niña. No es buena persona.

—El día que le vi parecía sincero.

—Esa es su forma de ser, siempre hace lo mismo. Es un maldito encantador de serpientes. Puede parecer una buena persona, pero es veneno. Hay mucho más detrás de su cara bonita. A mi me tuvo engañada durante demasiado tiempo.

—Lo siento mucho, Mariola. —Se quedó en silencio con los puños apretados sobre sus piernas.

—Yo le daría un puñetazo y le daría una patada en los huevos. Disfrutaría viéndole retorcerse en el suelo. —Afirmé sonriendo, disfrutando de la visión de mi mente.

—Gracias por contármelo. —Nos recostamos en la cama y entrelazó sus dedos con los míos.

—Gracias a ti por escucharme. No tengo batería.

—Dame, te lo pongo a cargar aquí. —Le pasé mi teléfono y lo colocó a su lado—. Llámala

mañana por la mañana. Descansa, recupera un poco de sueño y mañana verás las cosas con más claridad. —Me abrazó y me besó en la frente.

—Eres demasiado bueno conmigo.

—Tú no te quedas atrás, nena.

—Nunca me había gustado que me llamasen nena, la verdad. Pero contigo es diferente. —Me puse de lado en la cama para poder verle bien—. Siento mucho lo que te dije en el bar ayer. Soy una bocazas.

—Tendría que haber más gente como tú. Aunque a veces hagas daño.

—Hay veces que pienso que estaría mejor callada.

Le acaricié la cara y le di un casto, dulce y tímido beso en los labios. Solo los rocé por un segundo. Lo hice sin pensar, pero necesitaba sentirle cerca.

No sentía el brazo. Me había quedado dormido sobre él. Abrí los ojos y escuché una respiración a mi lado. Me costó un par de segundos ubicarme. Tenía a Mariola durmiendo en la cama con el pelo enmarañado en la cara. Se lo quité despacio y vi que el labio se le había puesto un poco más morado. Le aparté el pelo del cuello y vi la otra marca que Laura le hizo. Respiré un par de veces para no despertarla con mi mal humor. No serían más de las seis de la mañana y al no escuchar ruido, decidí esperar un poco más y tal vez dormir hasta que los niños se despertasen. Mariola se removió y se abrazó a mí. Me encantaba la sensación de tenerla tan cerca. Acaricié su espalda por debajo de la camiseta. Parecía tranquila, nada le atormentaba, aunque cuando al despertar fuese a luchar contra todos los demonios de la ciudad.

Me despertaron unos ruidos en el salón. Al abrir los ojos me di cuenta de que estaba en casa de Alex. Él estaba mi lado durmiendo aún. Me quedé observándole unos segundos. Me fijé en su pelo, en sus mejillas, en la cicatriz que tenía bajo la ceja, en sus labios, en sus fantásticos labios. Tuve que reprimirme mucho para no lanzarme contra su boca y sobre su cuerpo. En el salón los niños estaban viendo dibujos animados y rebuscando en los armarios de la cocina.

—¿Qué hacéis despiertos a estas horas?

—No os queríamos despertar, Mariola. Estábamos viendo dibujos animados, pero nos está entrando hambre.

—¿Qué os parece si hacemos el desayuno entre los tres?

—¡Sí! —Se pusieron a gritar.

—Shhh.

—Sí. —Repitieron de nuevo, pero más bajito.

—Venga vamos, que me tenéis que ayudar a buscar las cosas que no sé dónde están en esta cocina.

—Ven. —Jason se situó detrás de mí y me guio hasta la cocina—. Yo te digo dónde está todo.

—Que cocina tan grande, Jason. —Andrea se subió a una silla—. Es más grande que nuestro piso.

—A todo esto. ¿Tú que puedes desayunar, Jason?

—Puedo desayunar tortitas si las haces con esto y con esto. —Rebuscó en el armario—. Si quieres hacer tortitas.

—Entonces vamos a votar. Desayunamos tortitas o muesli.

—Aggggggggg. Muesli no. —Dijeron los dos a la vez.

—De acuerdo, pues tortitas. Poned la mesa para que cuando se levante Alex esté todo preparado.

—Es raro que no se haya levantado ya. Siempre madruga mucho. —Jason se sentó al lado de

Andrea.

—¿Qué estabais haciendo ayer? —Mi sobrina, la que siempre empezaba sus quintos grados con preguntas difíciles de contestar.

—Empieza la ronda de preguntas.

—Cosas como... —Andrea se abrazó ella misma e hizo que se besaba con alguien.

—Tenle un poco más de respeto a tu tía. —Puse un gesto de enfado, pero al ver su cara no pude evitar reírme.

—Buenos días.

—Buenos días, papi. —Jason salió corriendo hacia él—. Ya nos ha contado Mariola lo que estabais haciendo ayer medio desnudos.

—Yo no he dicho nada. —Me di la vuelta con un cuenco en la mano.

—Ya, pero si colaba y papi decía algo... —Alex le dejó en una silla y le dio un beso en la cabeza a Andrea.

—Buenos días, nena. —Recalcó la última palabra y me dio un beso en la mejilla.

—Es un pequeño terrorista informativo.

—Jason, Mariola y yo somos amigos y ayer tenía un mal día, por eso estábamos hablando. Además, le iba a cambiar la venda del tobillo. Eso es todo lo que hay que saber.

—A otras amigas tuyas también las he visto así y no tenían el pie vendado.

—Jason. —Alex quiso matar a su hijo—. No le hagas caso, son sus tretas para sacar información. Así me sacó el viaje a Disney World. Que era una sorpresa y se acabó enterando.

—Soy muy bueno. —Nos señaló guiñando un ojo y haciendo un ruidito con la boca.

Acabamos de hacer las tortitas y se las dejamos a los niños en la mesa para que desayunaran. Mientras tanto nosotros nos tomamos un café un poco más alejados de ellos.

—Alex, siento mucho lo de ayer. Últimamente lo único que hago contigo es pedirte perdón y darte las gracias. Me repito más que un bocadillo de ajo a primera hora de la mañana.

—¿Perdón por qué?

—Por haberte dado un beso.

—Me supo a muy poco, pero te dije que respetaba tu decisión. No puedo decir que no me gustase. —Me acarició la cara.

—Todo a su tiempo. —Empezó a sonar mi móvil—. Ha revivido. Voy a ver quién es.

—Tomate el café tranquila. —Fue a por mi móvil.

—¿Qué tal están las tortitas, chicos?

—*Están... guenísimas.* —Andrea habló con la boca llena.

—Tienes diez llamadas perdidas.

—Es Justin. —Marqué su número—. Buenos días, Jus.

—Tienes que venir a casa ahora mismo.

—¿Qué ha pasado?

—Ven a casa ahora mismo. Tenemos un problema. ¿Estás con Andrea?

—Sí. Frank la recogió ayer y estamos en casa de Alex.

—Por nada del mundo dejes que venga. Es Sonia.

—Ahora mismo voy. —Colgué.

—¿Qué pasa?

—Tengo que irme a casa. Justin está histérico. No sé qué ha pasado, pero no es bueno.

—Te acompaño.

—No. Tienes que quedarte con los niños. —Fui a por el bolso—. Pido un taxi. Luego te llamo. Me fui a toda prisa, bueno, tan rápido como mis muletas me lo permitían.

COMO LA PEOR BASURA DEL VERTEDERO

Tan solo cogí mis zapatillas y no me di ni cuenta que iba con la ropa de Alex. Llegué rápidamente a casa y cuando entré, lo que me encontré no me gustó nada.

—Traté de llamarte, pero tu móvil estaba apagado. No sabía dónde estabas ni cómo localizarte. Ha aparecido a las cinco de la mañana.

—¿Dónde está?

—Con Mike. Ha llegado alterada y... —Justin negó con la cabeza y se llevó la mano a la boca desolado.

Pasé a mi habitación y me encontré a una Sonia muy demacrada. El médico había pasado por casa para examinarla. Estaba tranquila y dormida. Pensé que lo mejor era dejarla así y que Justin me contase lo que había pasado. Al ir a taparle un poco se movió y vi un moratón en su brazo y otro en la cara al girarse. La tapé y salí al salón enfurecida.

—¿Qué demonios ha pasado? —Cogí a Justin del brazo, una manta y salimos a las escaleras de la terraza de arriba.

—A las cinco de la mañana ha empezado a sonar el timbre. —Mike salió con café—. Me levanté y al descolgar oí a Sonia hablando sola, gritando y no le entendía muy bien.

—Bajé a ver qué pasaba y cuando la vi no me lo pensé ni un solo segundo. Necesitaba subirla a casa y que alguien la reconociera. Su mirada estaba ida. No sé muy bien qué ha pasado, pero no está bien. Lo que no sé es como ha llegado hasta aquí, porque venía sin zapatos ni bolso ni dinero. —Justin movía nervioso las piernas.

—Puede que esto sea culpa mía.

—¿Te acuerdas de aquel ligue que tuve hace un par de años que era médico? Seguimos manteniendo contacto y me hizo el favor de venir hace un par de horas. —Mike salvó la situación.

—Me estáis asustando.

—Sonia solo repetía que no te necesitaba. Que nunca te lo tenía que haber contado. Entró en tu habitación y empezó a tirar tus cosas al suelo. Estaba totalmente fuera de sí.

—¿Qué más dijo? —Me llevé una mano a la frente y comencé a frotarla. La cabeza me estaba a punto de explotar.

—Que te lo merecías por ser como eres. Que Alex va a hacer lo mismo. Que eres una... —Justin se quedó en silencio unos segundos sopesando si decirlo o no—. Una bruja y una zorra. Que ella ha hecho un millón de cosas por ti y tú nunca te has preocupado por ellas. Que solamente piensas en ti. ¿De qué coño está hablando?

—Eso no me suena a palabras de Sonia. ¿Algo más?

—Que se había enterado y que no iba a parar hasta destrozar vuestras vidas. —Mike no podía comprender nada de lo que había pasado.

—¿Qué dijo el médico?

—A simple vista que estaba bajo los efectos de algún tipo de droga. Que los moratones eran recientes. Nos aconsejó llevarla hoy al médico a que le hagan un reconocimiento completo. En su estado no se atrevió a hacerle más pruebas. Le dio un tranquilizante y desde que se ha ido, está durmiendo en tu cuarto.

—No le tenía que haber dejado sola allí. Todo es por mi culpa. —No sabía si ir donde Sonia o llamar a la policía.

—Tranquilízate, Mariola. —Mike me abrazó fuerte—. Cuéntanos qué está pasando.

Primero me cercioré de que Sonia seguía durmiendo, cerré la puerta de mi habitación y me fui al salón con los chicos. Empecé contándoles lo que había pasado la noche anterior. Justin no decía ni una sola palabra y Mike tampoco. Estaban tan preocupados y destrozados como yo. Los cinco éramos una familia, la única que teníamos y saber lo que sufrió Sonia, lo que pasó sin contárnoslo, nos estaba matando. Mike dio un puñetazo en la mesa que hizo que todos los vasos se cayesen. No dijimos nada los tres.

Cuando terminé de contarles todo lo que sabía, nos quedamos en silencio. Estuvimos diez minutos callados con las miradas perdidas. Cada uno pensaba cuál era la mejor manera de solucionar todo aquello. Mike pensó en matar a Jonathan y Justin le apoyaba diciendo que conocía a unos irlandeses que por unos dos mil dólares nos hacían el trabajo sin preguntar.

—No estáis hablando en serio.

—Es lo que se merece ahora mismo ese hijo de puta. Si ya sabía yo que no era bueno. Cuando estabais saliendo mira lo que te hizo. Y obligar a Sonia a hacer todo lo que... —Mike despotricaba mientras recogía los vasos rotos.

—Tenemos que pensar muy bien qué hacemos con ella. —Justin estaba descompuesto.

—Lo sé. —Fui a uno de los cajones de la cocina y saqué el tabaco—. Lo siento chicos, pero... —Fruncí los labios y negué con la cabeza.

—Ojala tuviéramos algo más fuerte ahora mismo. —Mike cogió otro cigarro—. Esto me sobrepasa.

—Creo que lo mejor sería que fuera a hablar con Jonathan. No sé por qué está haciendo esto ahora. El día que nos lo encontramos en el *Bowery*, estuvo tanteando el terreno. Se me heló la sangre cuando le vi. —Di dos caladas seguidas al cigarro—. No sé qué se le ha pasado por la cabeza, pero no voy a dejar que destrucé a nuestra familia. Y menos que se pasee por casa de Sonia cuando la niña está allí.

—Como le haga algo a Andrea, lo mato con mis propias manos. —Mike estaba a punto de explotar.

—Cariño, no puedes ir sola a hablar con él. —Justin me agarró de la mano.

—Si Sonia no le ha dicho nada de que me lo ha contado, podría camelármelo.

—Mira cómo esta Sonia. No me parece la mejor solución. —Mike no podía con la situación.

—Le denunciaremos a la policía. —Justin casi lo gritó.

—Sigue teniendo el vídeo de Sonia. Si el padre de Andrea se entera...

—No le ha hecho caso estos últimos años. Le dio dinero cuando se enteró del embarazo y adiós muy buenas. A él le dará igual.

—Pero no a la prensa si se enteran de todo. Además, podrían quitarle a Andrea si se enteran de las drogas y lo que últimamente ha estado haciendo. No podemos denunciarlo. Al menos no por ahora. —Apagué el cigarro en uno de los ceniceros—. Ahora solo podemos esperar a que despierte Sonia, ver cómo está y llevarla al médico. Creo que ha podido estar consumiendo últimamente y no nos hemos dado cuenta.

—Ninguno lo hemos hecho. —Mike se culpaba de todo.

—¿Cómo no me he podido dar cuenta? —Me sentía responsable.

—Si alguien no quiere que te enteres de algo, es muy fácil esconderlo. No te martirices, no es culpa tuya ni nuestra. No ha dado ninguna señal de estar mal. —Jus era el que nos estaba sacando a flote en aquel momento.

—Supongo.

—A todo esto, ¿dónde está Andrea?

—Está en casa de Alex. Ayer Frank le recogió de tenis y la llevó allí. Le pedí que se quedase con ella, pero tampoco puede estar allí todo el día porque terminará preguntando por su madre.

—Tengo una idea. Voy a por la niña y nos vamos a Coney Island. —Mike apagó el cigarro.

—Me parece perfecto. Id los dos. Cuando Sonia despierte tengo que hablar con ella y es mejor que estemos solas por si llegamos a las manos.

—Sería mejor que se quedase alguien contigo.

—Quiero hablar con ella a solas.

—De acuerdo. Pero si hay algún problema, llámanos y venimos uno de los dos corriendo.

—Ahora id a por Andrea a casa de Alex.

Les apunté la dirección en el móvil de Mike y media hora después los dos se fueron. Me hicieron prometerles que no nos mataríamos, que trataría de hablar con ella y que la haría recapacitar. Que tenía que intentar que me contase todo para poder ayudarla.

Cuando me quedé sola me desmoroné. Comencé a llorar metida en el baño del pasillo, lejos de Sonia para no despertarla. Sentía que la había fallado y que había fallado también a mi sobrina. No podía comprender cómo había estado tan ocupada como para no ver nada, para no enterarme y dejar a Sonia a la deriva con aquel problema que estuvo a punto de acabar con ella.

—*¿Qué os apetece hacer hoy?*

—*¿Andrea se va a quedar con nosotros todo el día?*

—*Sí.*

—*Bien. —Los dos se pusieron a saltar.*

—*Id pensando qué os apetece hacer, que después de recoger el desayuno, nos vamos. —Sonó el timbre y al abrir la puerta, vi a Frank con la cara desencajada—. ¿Qué tal estás?*

—*He tenido mejores noches. —Salimos los dos a la terraza—. ¿Qué pasó ayer con Sonia?*

—*Frank, yo...*

—*Si no me lo cuentas tú, llamo a Mariola ahora mismo. ¿Qué pasa para que no me lo quieras contar?*

—*Tranquilízate.*

No le quise contar nada de lo que hablé con Mariola. No por no decírselo, si no porque no sabía qué había sucedido en su casa ni sabía lo que estaba haciendo Sonia en aquel momento. Adoraba a Frank, pero le conocía cuando se enfadaba y si sabía que había un tío que se había aprovechado de Sonia... podría matarle. Traté de desviar toda la atención hacia otra conversación.

—*Me besó.*

—*¿Quién? —Frank no me miró.*

—*La vecina del quinto... ¿Quién va a ser?*

—*¿Mariola? —Se giró extrañado.*

—*Sí.*

—*¿No te había dicho que no?*

—*Sí. Eso fue en el bar. Pero luego después de todo lo que pasó, me dijo que era buena idea empezar de cero.*

—*¿Y qué tal el beso?*

—*Muy corto. Fue un roce más que un beso, pero me gustó. Aunque solo fuera ese o fuera el último, me gustó mucho.*

—Estás muy pillado por esa chica.
—No... yo... —Sabía que Frank me estaba mirando, sonriendo—. Sí, me gusta mucho.
—Ya era hora de verte feliz. —Sonó el timbre y Frank fue a abrir.
—Hola, Frank.
—Mike, Justin. ¿Qué ha pasado?
—Venimos a recoger a Andrea para irnos a Coney Island.
—¿Qué tal está Sonia? —Me acerqué a ellos.
—Mariola está con ella. Cuando se despierte sabremos más.
—Tíos... —Andrea fue corriendo y se abrazó a Mike—. ¿Qué hacéis aquí?
—Hemos venido a buscarte para irnos a Coney Island.
—Bien. —Empezó a dar botes por el salón—. Un momento. —Los miró con sus manos en las caderas—. Hoy no es mi cumpleaños ni el de Justin. Ni tampoco es catorce de febrero. ¿Qué es lo que pasa aquí?
—Nada, cariño. ¿Por qué tiene que pasar algo? —Justin trató de salir airoso de aquella extraña invitación.
—Pues porque solo vamos allí cuando ha pasado algo malo.
—El tío Jus está un poco depre. —Mike pasó un brazo por encima de Justin.
—Eso es porque hace tiempo que no tiene citas. ¿A qué sí, tío?
—Eso es.
—Si es por el tío, me visto y nos vamos. —Se fue corriendo a la habitación.
—Jason, ¿por qué no vas con ella, por si necesita alguna camiseta o algo? —Jason se fue refunfuñando.
—¿Qué ha pasado con Sonia?
—Ayer no llegó en muy buen estado a casa. Solamente necesitaba dormir un poco. —Mike parecía muy afectado por lo que había sucedido.
—En mal estado es poco. Después de lo que pasó anoche con Mariola. —A Justin se le fue la lengua y Mike le dio un codazo en las costillas—. Au. Me haces daño.
—¿No quedamos en no decir nada? —Mike le susurró a Justin.
—Ya sabes que soy un poco bocazas.
—¿Qué es lo que ha pasado? —Frank empezó a preocuparse más.
—Ya te dije que Mariola hablará contigo. Solo necesita tiempo para poner en orden toda la información.
—¿Debo preocuparme?
—Hablará contigo. —Nos miramos los tres—. Solo necesitan tener una charla de chicas.
—¿Está sola con ella?
—Sí.
—Debería haber alguien allí con ellas. —Me preocupaba que explotasen como la noche anterior.
—Nos echó del piso.
—Ya estoy. —Andrea salió con una camiseta de Jason y una camisa de cuadros—. ¿A que me queda bien esta ropa?
—Tú siempre estás guapa.
—Pasadlo bien. —Jason los miró apenado
—Tengo una idea. —Me agaché al lado de mi hijo—. Que os parece a todos, si a ellos les parece bien, ir juntos a Coney Island. Creo que todos necesitamos despejarnos.
—¿Podemos ir, papi?

—*Ve a prepararte que en media hora nos vamos.*
—*Vale. —Jason se fue como una bala al cuarto.*
—*¿Os parece bien? —Les pregunté a los chicos.*
—*Claro que sí. Además, si pasa algo, Mariola nos llamará.*

Habían pasado más de tres horas desde que llegué a casa y Sonia seguía durmiendo plácidamente. Yo no sé qué le dio el médico, pero quería una de esas para descansar como ella. Me senté en el sofá de la habitación para revisar algunas cosas de trabajo, mientras me comía un sándwich. Aproveché que la casa estaba en silencio para responder a unos cuantos *e-mails* y hacer un par de presupuestos. A los minutos noté cómo Sonia se despertaba. La miré y pude ver cómo se tapaba con las sábanas queriendo ocultarse, esperando que aquella tela la hiciese invisible.

—Hola. ¿Qué tal has descansado? —Me senté a su lado en la cama.
—Podría estar mejor.
—Eso no lo dudo. Al menos ayer rompiendo cosas parece que te relajaste algo. —Cogí un marco que despedazó.
—Lo siento mucho, Mariola.
—Me hubiese gustado ver el numerito que montaste. ¿Tenías que romperme el portátil?
—Lo siento. —Se tapó más con las sábanas.
—¿Crees que voy a dejar de hablarte por que te escondas bajo las sábanas? ¿O que es una especie de *Delorian* en el que viajas al pasado si te tapas?
—No tengo la cabeza para tus ironías ahora mismo. —Se alejó de mí.
—Nosotros no tenemos tampoco la cabeza para aguantar otro numerito de los tuyos. ¿En qué estabas pensando?
—No lo sé.
—¿Qué ha pasado? —Me senté más cerca y la destapé. Al ver su cara, los moratones y sus ojos llenos de lágrimas, relajé el tono—. ¿Quién te ha hecho eso?
—Mariola, ya basta de hacer preguntas que no quieres saber la respuesta.
—La respuesta ya la sé. Pero quiero oírla de tu boca. ¿Qué pasó ayer cuando me fui? ¿Jonathan apareció?
—Se supone que él no tenía que estar allí ni tenía que verte o ver a Alex. Pero justo cuando te fuiste, apareció y vio cómo te ibas, y cuando Alex fue detrás de ti... —Trago saliva—. Entonces se puso como un loco.
—Y te pegó.
—Me obligó a subir a su apartamento. Cuando subimos empezó a gritarme y a rasgarme la ropa. Yo quería salir de allí corriendo, pero no pude. En las bebidas debió meter algo y no tenía ni fuerzas ni podía gritar. Solo pude llorar. Lloré mientras me acariciaba, me besaba, mientras me... —Se tapó la cara y empezó a llorar más fuerte.
—Tranquila. —La abracé—. Siento mucho lo que te dije anoche. En ese momento mi cerebro no regía correctamente. No podía procesar lo que me habías contado y lo pagué contigo.
—Si no me hubiera metido en aquello, nada de esto hubiera pasado.
—Cuando vi a Andrea durmiendo en casa de Alex —respiré profundamente al hablar—, lo comprendí. Esta mañana he salido corriendo de casa de Alex, sin bragas, sin sujetador, con pelos de loca psicótica, vestida con unos pantalones arremangados que parecía Gila volviendo de la guerra. —Sonia comenzó a sonreír—. Puede que sea culpa nuestra por no habernos dado cuenta, pero estás pidiendo ayuda a gritos.
—No puedo más. Ya me da igual todo y me da miedo.

—No te puede dar igual todo. Ese cerdo no puede acabar con tus ilusiones y con tu vida. — Sujeté su cara para que me escuchase bien—. Te lo has currado para tener todo lo que tienes. ¿Y vas a dejar que un cabrón de mierda como ese te joda todo? Y una mierda. Yo no lo voy a permitir. Y cuando me lo encuentre... Cuando me lo encuentre... —Se me tensaron los músculos del cuello de la impotencia que tenía—. Espero que corra, porque le voy a matar.

—Dijo que todo esto era por tu culpa.

—¿Perdón?

—Sí. —Se sonó la nariz—. Que cuando te vio en la discoteca con ese capullo arrogante con cara de pez, la cagaste.

—¡Será cabrón! Ahora me quiere echar a mí la culpa de todo. No tiene huevos a venir donde mí y decirme que todo esto es por mi culpa. Que te chantajeó, que te ha drogado y que te ha pegado por mi culpa.

—Mariola, déjalo estar.

—No, Sonia. Te ha pegado y eso hay que denunciarlo.

—Si lo hago va a ser peor. Él tiene mucho dinero y puede comprar a cualquiera.

—A cualquiera no.

—Lo siento, Mariola. Pero tenía miedo de contártelo entonces, estaba acojonada. Necesitaba que lo supieses. Nunca habíamos tenido secretos hasta que Jonathan llegó a tu vida. Sabía que no era bueno para ti, pero no podía hacer nada.

—Podías haberme contado todo esto antes y nos habiésemos ahorrado muchas cosas, Sonia.

—No me eches la bronca más, por favor. Bastante estúpida me siento yo ya.

—No te estoy echando la bronca. Solo te digo que si cuando empezó todo hubieses pedido ayuda, ahora no tendríamos que pasar por esto.

—Tú no tienes que pasar por nada.

—Somos una familia y saldremos de esta. Haremos lo imposible. Siempre hemos sido capaces entre los cuatro de salir adelante y esta vez no va a ser menos. —Le acaricié la cara tratando de no ver el moratón—. Además, tienes a mucha gente preocupada. Frank es uno de ellos.

—Lo he hecho muy mal con él. ¿Sabe algo?

—No, pero pregunta todos los días por ti. Ayer se quedó muy preocupado cuando le mandé a por la niña. Sabe que algo malo ha pasado, pero no sabe lo que es. Yo no se lo tengo que contar. Es cosa tuya si quieres hacerlo. Pero ahora mismo lo único que tienes que pensar es en salir adelante. En que todo merece la pena.

—No tengo ilusión por nada. Tengo muchos problemas con la academia ahora mismo y con el piso.

—¿Qué pasa con la academia?

—Genera muchos gastos y ahora mismo no está dando beneficios. Además, el piso es muy caro. El casero nos quiere subir el alquiler y no me da para todo. No quiero tocar el dinero de la herencia. Andrea tiene una educación inmejorable y no quiero que acabe como yo, trabajando en un bar de mala muerte con malas compañías.

—Sonia, eso ya pasó. Todo en esta vida tiene su recompensa.

—Tú trabajas en una buena empresa donde te tienen en consideración. Has ido ganándote las cosas. Pero yo lo único que tengo es una academia que no tiene más que pérdidas ahora mismo y que tendré que cerrar en poco tiempo si la cosa sigue así.

—¿Por qué no nos has dicho nada?

—Pensé que podría salir de todo. —Levantó los brazos y los dejó caer como si estuviera derrotada—. Pero no ha sido así. —Se tapó la cara avergonzada.

—Sonia, sabes que con nosotros puedes contar para lo que quieras. Solo tienes que pedirnoslo. Pero eres demasiado orgullosa y en esa cabecita no entra la palabra ayuda. —Le di unos golpecitos con el dedo en la cabeza.

Estuvimos un buen rato hablando. Hacía mucho tiempo que no teníamos una charla de las nuestras. De las que duraban horas y horas, en las que intentábamos arreglar el mundo, pero no éramos capaces de arreglarnos ni las uñas. Echaba de menos a Sonia y después de todo lo que había hecho, después de todo lo que nos habíamos dicho, estábamos aún más unidas que nunca.

Los niños estaban disfrutando de lo lindo entre las atracciones y las ocurrencias de Justin. Era la mejor niñera que un niño podía desear. Mientras ellos estaban en una de las atracciones Frank, Mike y yo nos sentamos en una mesa a tomar algo.

—¿Ha llamado Mariola? —Frank llevaba toda la mañana mirando su móvil

—No. Eso es bueno. En caso de que hubiera pasado algo, ya nos habríamos enterado. Estarán solucionando el mundo, ellas son así, muy complicadas. Pero por eso mismo las adoro.

—Todas las mujeres son complicadas.

—No tanto, Alex. Solo hay que saber escuchar cuando no hablan. —Mike parecía hablar en clave.

—Nunca sabes por dónde te van a salir. —Frank se empezó a reír.

—Ahí te doy la razón, Frank, pero sé lo que digo. Son muchos años al lado de esas dos. Al final aprendes a escuchar cuando no están hablando. Sus gestos, sus miradas, sus sonrisas. Cuando las conozcáis mejor, sabréis de lo que hablo.

—Como cuando Mariola meneaba la cabeza. Algo está pasando dentro de ella y no quiere hacerle caso.

—¿Cómo... —Mike se quedó sorprendido ante mi descubrimiento—. A mí me costó mucho saber por qué hacía eso. Llegué a pensar que le daban espasmos. Pero eso solo es el principio. Tiene muchas cosas más. Ya te irás dando cuenta si sigues conociéndola.

—Es lo que quiero, si ella me lo permite.

—Tiene una coraza de mujer dura y echa a sí misma, pero cuando la rompes, es un cachorrito adorable. Da todo lo que tiene por los demás. Lo que tiene y lo que no tiene. Si necesitas su ayuda, saltará a una jaula de tiburones con un cinturón hecho de carnaza. Me alegro de que aquel día entrase en el bar por casualidad.

Nosotras continuábamos arreglando el mundo, nuestro mundo, el de Sonia. Me estuvo contando que consumía desde hacía unos años. Que lo tenía controlado. Solo era para días que tenía mucho trabajo y no daba a basto con todo. Pero desde hacía un tiempo empezó a ser más habitual. Por eso llevaba un tiempo sin venir tanto por casa. Todos lo achacábamos al trabajo, pero nos equivocábamos. Necesitaba ayuda y con la nuestra solo no iba a ser suficiente. También me explicó los problemas por los que estaba atravesando la academia. Necesitaba 20.000 dólares para acabar con unas deudas. Y a todo aquello se le sumaba que su casero había decidido subirles el alquiler al doble de lo que pagaban. Toda su situación era insostenible.

—Yo tengo ese dinero. Es tuyo.

—No, Mariola. No puedo aceptar eso.

—No me vas a decir que no a ese dinero y lo del piso no te preocupes. Venid las dos con nosotros. Ya veremos cómo nos las apañamos, pero aquí estaréis bien. No tendrás que pagar nada. Además, tú ahora mismo necesitas ayuda profesional. Si quieres encauzar de nuevo tu vida y luchar por tu hija, debes hacerlo, se lo debes a ella.

—Ayer cuando te vi tan enfadada, cuando me dijiste que no te importaba ni yo ni mi vida,

empecé a darme cuenta de que... —Empezó a llorar de nuevo—. De que la había cagado. De que había tocado fondo. Y cuando vi a Jonathan... estaba aterrorizada. Pero no podía hacer nada en ese momento, me sentía como la peor basura del vertedero.

—No pienses eso ni un momento, por favor, Sonia. —La abracé—. Saldremos de esta, de verdad.

Estuvimos abrazadas en la habitación media hora sin hablar. Llamaron a la puerta y no quise abrir, pero tras la insistencia, decidí dejar a Sonia en la habitación. Fui hasta la puerta y por primera vez en mucho tiempo, miré por la mirilla. Después de ver a Sonia tan aterrada, la verdad es que sentí miedo. Falsa alarma. Era Scott.

—¿Qué se está quemando?

—Venía a ver si me podías dejar algo... —se pasó la mano por la cara buscando algo que decir convincente— un poco de azúcar.

—Te ha llamado Justin para que vengas a ver si estamos bien.

—No. Bueno, sí.

—Anda pasa. Estoy con Sonia en la habitación. Ha tenido una mala noche.

—¿Y a ti que te ha pasado?

—Otra mala noche.

Me senté con él en el salón. Estuvimos hablando un rato y a la media hora salió Sonia de la habitación. Tenía la cara hinchada de los moratones y de la llorera que se había pegado. Pero bajo todo aquello, seguía estando nuestra Sonia. Scott la miró, pero no dijo nada. Siempre había sabido callar cuando era el momento. Era tarde y pensamos que sería bueno cenar algo. Les dejé en el salón y fui a la habitación para llamar por teléfono.

—Hola, Mike. ¿Qué tal va la tarde?

—Ya estamos volviendo para casa. ¿Todo bien por allí?

—Pregúntale a Justin que ha mandado a la caballería.

—Ya le he dicho que no mandase a Scott, pero no me ha hecho caso.

—Necesitamos una reunión familiar urgente. Hay muchas cosas que solucionar y yo no puedo con todo, la verdad. Pero tampoco sé qué hacer con Andrea. No quiero que vea así a su madre.

—Espera que piense. A ver...

—Lo único que se me ocurre es que se quede con Alex esta noche también. Mañana voy para llevarla al colegio.

—¿Qué le vas a decir a Andrea?

—Que su madre tiene paperas y no se puede acercar a ella.

—Esa no es mala idea. Espera que le digo a Alex que se ponga y hablas con él.

—No espera Mike que no...

—Hola.

—Hola. ¿Qué tal la tarde?

—Digamos que interesante. ¿Qué tal por allí?

—Interesante también. Ahora íbamos a cenar algo. Sonia necesita comer y dormir. Necesito que me hagas un favor.

—Lo que quieras.

—¿Podría Andrea dormir esta noche en tu casa? No quiero que vea a Sonia así. Si no es mucha molestia.

—Claro que sí.

—¿No te incordiará mucho?

—Jason estará encantado de que vuelva a quedarse esta noche.

—Perfecto. Cuando vengan Justin y Mike a casa les dejo con Scott aquí y que vigilen a Sonia. Voy a su casa a por las cosas de la niña y las llevo a la tuya.

—¿Scott está allí? —Cambió su tono.

—Sí. Ha venido a ver cómo estaba.

—Como nos ha dicho Justin que les has echado de casa, me ha sorprendido que él esté allí.

—Le ha llamado Justin para que se pasara a ver si necesitábamos algo.

—Luego nos vemos. Adiós. —Me colgó el teléfono y lo miré un tanto sorprendida por su cambio de tono.

—¿Y ahora qué ha pasado? —Salí de la habitación.

—¿Estás bien? —Preguntó Sonia con la boca llena.

—Andrea se va a quedar a dormir en casa de Alex. No sería bueno que te viera tal y como estás ahora, haría muchas preguntas. Le diremos que estás enferma y que, para no contagiárselo, se queda allí.

—La echo de menos.

—Cuando esté con ella te llamo, ¿vale?

—¿Cómo me he metido en todo esto?

—No lo sé, Sonia, pero sí sé cómo vamos a salir: juntos.

—Tengo miedo de que intente hacerte algo a ti.

—Por mí no te preocupes. Ahora mismo lo importante eres tú.

—Te quiero, Mariola. —Se abrazó a mí llorando.

—Yo también te quiero, Sonia.

En el momento en que llegaron los chicos a casa aproveché para irme a recoger las cosas de Sonia y Andrea. Recogí varias cosas y las metí en dos maletas (quien dice dos, dice dos maletas y dos bolsas y una mochila) que arrastré por escaleras hasta el taxi que me llevó hasta casa de Alex. Cuando llegué, el portero me acompañó hasta el piso.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches y muchas gracias.

—Es mi trabajo. —Llevaba las bolsas y la mochila de Andrea. Llamó a la puerta de Alex.

—Buenas noches.

—Buenas noches, señor McArddle. Aquí le dejo las cosas que traía la señorita.

—Muchas gracias, Jackson.

—De nada, señor. Siempre es un placer ver a una señorita tan guapa en su casa. —Le miré al pobre Jackson queriendo fulminarle con la mirada.

—Hasta luego, Jackson. —Se marchó sigilosamente.

—¿Están dormidos?

—Andrea te está esperando. Quiere hablar con su madre.

—Buenas noches, chicos. —Fui a la habitación.

—Hola, tía.

—¿Qué tal ha ido el día? —Me senté agotada en la cama.

—Nos lo hemos pasado genial. No sabes la cantidad de cosas que hemos hecho. Y Frank y Alex son súper divertidos, sobre todo Alex.

—¿Divertido?

—Sí. Es muy divertido —tiró de mí para decirme algo al oído— y muy guapo.

—Andrea, te he oído. —Jason estaba atento.

—Es que tu papá es súper guapo.

—Tú también eres muy guapo, cariño. —Besé en la mejilla a Jason.

—Papi también dice que tú eres muy guapa. —Se miraron los dos.

—No sé qué es lo que estáis tramando, enanos, pero dejadlo ahora mismo.

—No sabemos de qué hablas. —Levantaron los dos los hombros como diciendo «*Yo no he sido*».

—¿Llamamos a mamá? Que te echa de menos. Pero como tú no has pasado las paperas, no puedes estar con ella hasta que se cure.

—Qué rabia. —Cogió el teléfono y llamó a su madre.

—Yo os dejo aquí solos un poco. Cuando acabes me dices para que os acueste.

—Vale. —Andrea me dijo que me fuese con la mano.

Salí de la habitación y fui al salón. Alex estaba en la terraza sentado en la mesa tomándose algo. Estaba serio, demasiado. La verdad, le había cambiado el tono de voz cuando oyó la palabra Scott en nuestra conversación. O puede que le ocurriese algo más que no tenía que ver conmigo.

—Bonitas vistas. —Me quedé abrumada ante la ciudad que tenía delante.

—Cuando necesito relajarme un poco salgo a la terraza y cuando se apaga el ruido de la ciudad puedo pensar.

—¿En qué piensas?

—Estaba preocupado. No sabía qué podía haber pasado en tu piso.

—Ha sido un día difícil. —Me senté en una silla a su lado—. Me he enterado de muchas cosas que desearía no saber. Tenemos cosas pendientes que solucionar con ella. No está bien.

—¿Necesitas hablarlo?

—Ya he aburrido a Scott con los pormenores.

—Scott. —Dio un trago a su bebida levantado una de sus cejas.

—¿Estás bien?

—Supongo que es normal que pases tanto tiempo con él. Es tu vecino, ayudante y ex.

—Sí. Bueno, pero...

Quise decirle que nunca pasaría nada entre Scott y yo, pero no me gustó aquella insinuación. Así que le dejé con su comedura de cabeza.

—Es el pasado.

—Pero visto lo visto, el pasado vuelve. Tu pasado ha vuelto. —Dijo un poco enfadado.

—Todos tenemos un pasado. ¿No? —También me enfadé.

—Sí, pero no todos vuelven.

La tensión entre los dos estaba empezando a crecer. Él estaba enfadado por lo de Scott y yo por su comentario sobre la vuelta de mi pasado.

—Muy a mi pesar, Jonathan ha vuelto a mi vida y a la de Sonia, dejándole unos buenos moratones en la cara. Por eso se queda Andrea aquí. No te quiero aburrir más, así que voy a irme a casa que necesito descansar y solucionar unos cuantos problemas de mi pasado, de mi presente y del futuro de mi familia. Mañana vengo a por Andrea. Hasta mañana.

Me marché del piso de Alex enfadada. Al llegar a casa Sonia estaba ya en la cama descansando. Justin había salido a buscar una farmacia para comprar un par de cosas para ella. Mike estaba en la cocina haciendo lo mismo que hacía siempre que estaba preocupado: cocinaba.

—Buenas noches. —Fui por detrás suyo y le abracé.

—Buenas noches. —Se dio la vuelta, me besó la cabeza y me abrazó.

—Necesitaba esto. —Solté algunas lágrimas.

—¿Qué te pasa?

—Después de todo lo que ha pasado, tenía que estallar.

—Tranquila. —Me abrazó más fuerte.

—Vaya mierda.

—Ya lo sé, pero saldremos de esta. Eso dalo por hecho.

—¿Os ha contado todo?

—Nos ha dicho lo de la academia, lo del piso y que le has dicho que se vengan aquí.

—¿Qué os parece? —No me separé del pecho de Mike.

—Perfecto. Si está cerca podremos ayudarla mejor. Aunque necesite especialistas.

—Yo creo que podría pagar unos meses en una clínica.

—Yo tengo algo ahorrado, pero invertí bastante en el restaurante y Justin lo ha invertido todo en el local con Frank.

—Veré lo que puedo hacer con el banco. —Cerré unos segundos los ojos.

—Ese es un problema para mañana. —Me besó en la frente y me separé de él.

—Supongo.

—¿Qué más te pasa?

—He discutido con Alex, pero no tengo muy claro el motivo. Creo que me recriminó que el pasado siempre vuelve. No se ha dado cuenta de que mi pasado ha golpeado a Sonia.

—¿Os habéis enfadado por vuestro pasado? ¿Sois idiotas?

—Creo que solo necesito dormir, descansar y tener un día normal.

En eso pensé cuando me metí en la cama. En que el día siguiente iba a ser un día normal. Pero justo antes de dormirme pensé que desde hacía demasiado tiempo que no tenía un maldito día normal.

COMO UNA DECLARACIÓN DE AMOR

Estaba comenzando el mes de julio y empezaba a hacer mucho calor. Estaba siendo uno de los veranos más calurosos de los últimos años en la ciudad. No era simplemente los grados de más, la humedad de Nueva York empezaba a ser sofocante. Había días que era mejor no salir de casa y sobrevivir a base de aire acondicionado y mojitos con mucho hielo.

—¿Dónde estará? —Salí a medio vestir al salón—. ¿Alguien ha visto mi móvil?

—No. —Justin seguía con sus ejercicios.

—Si ya sabía yo que no podía tener un día normal. Vamos a ver. —entré en la habitación mientras me acababa de preparar—. Ayer lo tenía, fui dónde Alex y luego volví. ¿Dónde...

—Mariola, es para ti. —Mike me dejó el teléfono fijo en la habitación.

—¿Sí?

—Buenos días, Mariola.

—Hola, Linda. Dime que no teníamos una reunión y llego tarde. —Me estaba maquillando para mejorar un poco la cara de culo que tenía aquel día.

—Te he llamado al móvil y se ha puesto Alex.

—Me lo dejé ayer allí.

—Algún día me contarás qué pasa entre tú y el guapísimo Alex.

—Te lo cuento ahora. —Dejé el teléfono en la encimera y puse el manos libres—. Nada.

—El viernes es la boda.

—¿Ya? —No sabía ni en qué día vivía—. Se me ha pasado este tiempo volando. Esta semana toca no pegar ni ojo. —Solté el aire para relajarme.

—Pero si lo tienes todo ya listo. Lo único que falta es ir al hotel y organizar allí todo.

—Faltan muchas cosas, de verdad. Confirmación del menú y de las flores, rezar para que la novia no quiera unicornios que la bajen del cielo a última hora.

—¡Mariola! —Me pegó un grito—. Te pones nerviosa, no recuerdas todo lo que ya has hecho y luego sale todo perfecto. —Linda y su gran confianza en mi trabajo.

—Va a ser una semana demasiado dura con todo lo que ha pasado. —Observé en el teléfono.

—¿Va todo bien?

—¿Podemos comer luego? Necesito hablar contigo.

Linda fue como una madre para mí en Nueva York. Siempre había podido hablar con ella y contarle todo lo que me sucedía. Aunque fuese mi jefa, teníamos una relación muy estrecha y siempre me había apoyado en todo. Hasta ella misma me dijo que Jonathan no era bueno. Y no, no se había equivocado. Era un cabrón redomado.

Tras colgar a Linda y terminar de prepararme, salí al salón para intentar organizar el día.

—Necesito que me hagáis un favor. ¿Podéis ir a por Andrea a casa de Alex para llevarla a clase? Tengo que marcharme a la oficina.

—Llámale y dile que la lleve a clase con Jason. Y no me digas que sigues enfadada por lo de ayer.

—No, no es eso. —Mentira, mentira, mentira—. Tengo que irme a la oficina ya. La boda es el viernes y la fiesta también. Tengo que terminar muchas cosas. —Tenía el teléfono de casa en la

mano y volvió a sonar—. ¿Hola?

—Mariola, soy Alex.

—Buenos días.

—Ayer saliste tan rápido de casa que te dejaste el teléfono.

—Ya me ha dicho Linda que ha hablado contigo. Necesito que lleves a Andrea a clase.

—Les llevará Frank hoy. También tengo que pasarme por tu oficina. Me ha pedido Linda que nos reunamos para ultimar los preparativos.

—Yo iba a ir a la oficina y luego al hotel. —Me seguía poniendo nerviosa su voz, y más, si se ponía tan serio como el día de la fiesta de los ochenta. Sí, yo era más de que me pusiesen las cosas difíciles. Me encantaban los retos.

—No te preocupes. ¿Te espero en el hotel?

—Sí, paso por la oficina a recoger unas cosas y... —No me había dado cuenta de que Sonia seguía durmiendo en mi habitación—. Mierda, ¿qué hago con Sonia?

—¿Está en vuestra casa?

—Van a dejar el piso y a mudarse con nosotros. Ya veremos cómo nos las apañamos. Luego nos vemos. —Le colgué sin darle tiempo a despedirse.

—¿Estás bien? —Mike me entregó un café humeante.

—¿Puedes estar tú con Sonia hoy?

—No te preocupes. Yo tengo vacaciones esta semana.

—Perfecto. —Le besé, pegué un trago al café y salí corriendo de casa.

Al llegar a CIA, Scott ya estaba allí trabajando y preparando unos detalles con Cindy. Él tenía la mirada perdida en algún punto de la sala mientras ella no paraba de hablar. Yo no era la única a la que aquella mujer sacaba de sus casillas. Recogí unas fotos, varias carpetas, unos informes y volví a salir pitando de la oficina para llegar al hotel.

Entré en el hotel y la recepcionista me acompañó hasta el bar. Me dijo que el señor McArddle se encontraría conmigo en unos minutos. Me senté en un taburete y dejé el bolso encima de la barra. No quería parecer nerviosa así que saqué el *IPad* para revisar el correo. A los minutos me fijé en que Alex estaba al fondo del bar con un par de ejecutivos. Estaba demasiado serio, de nuevo con uno de sus trajes impecables. Se frotaba las manos mientras hablaba con ellos. Según me vio se despidió de los dos hombres y se quedó sentado con un café en la mano, sin hacer ningún amago por levantarse.

Me bajé del taburete, recogí las muletas y me acerqué lentamente. No dejó de mirarme ni un segundo. Llegué a pensar que me iba a caer al suelo por culpa de aquella mirada tan intensa. Podría haber sido capaz de derretirme.

—Buenos días, Alex.

—Buenos días, Mariola. ¿Qué tal estás?

—He tenido días mejores. —Hice un gesto con la boca que le hizo esbozar una pequeña sonrisa—. Y semanas mejores.

—¿Quieres un café?

—No he podido tomar hoy uno entero y sin ese café no soy persona.

—Ahora te traigo uno. —Se marchó y me senté en una de las sillas. No tardó más de dos minutos.

—Café largo y con leche semi fría.

—¿Cómo sabes cómo tomó el café?

—Del día que me lo tiraste en aquel bar.

—El día que te evitaba porque habías sido un completo imbécil. —Me quedé mirándole unos

segundos.

—*Mea culpa* entonces. —Sonrió.

—Respecto a lo de ayer...

—Siento mucho haberte hablado así.

—Yo tampoco tenía que haberte contestado de esa manera.

—Lo siento. —Dijimos los dos a la vez.

—¿Por qué siempre nos acabamos pidiendo perdón?

—No lo sé. —Bebió un sorbo de café sin dejar de mirarme a los ojos—. Tendremos que conocernos más para saber en qué podemos discutir. Por eso te pedí que empezásemos de cero.

—Me he dado cuenta de que yo conozco cosas de tu vida, pero tú no sabes nada de la mía. Puede que cuando sepas más cosas no te guste.

—Nada de lo que me cuentes podría hacer que me dejases de gustar. Porque me gustas, Mariola. —Sus dedos se deslizaron por la mesa para acariciar mi mano—. Por eso quería empezar de cero. Conocernos como las personas normales.

Acababa de reconocer que le gustaba. No pude decir nada más, se me acabaron las palabras, las salidas irónicas y mi mente se quedó en blanco.

—Para empezar, te voy a contar una cosa. Te lo tendría que haber dicho ayer. Es sobre Scott. —Le cambió por completo el gesto—. No pongas esa cara, que cuando te lo cuente te vas a sorprender.

—No sé yo.

—¿Te acuerdas en la discoteca el otro día? Cuando me caí y me cogiste en las escaleras.

—Sí.

—Scott y Justin estaban besándose.

—¿Qué? —Cerró un segundo los ojos procesando la información y adelantó la cabeza unos centímetros.

—Me confesó que es bisexual. Que tuvo algo con Justin antes de estar conmigo, y después de todo, pues eso, que ellos dos ahora están juntos. —Esperé una respuesta por su parte.

—Pensé que estando tanto con él, podrías empezar de nuevo una relación.

—No estoy con nadie. —Le corté rápidamente. No quería que se imaginase nada—. El mes que hemos estado sin vernos, lo único que me apetecía era llamarte. Pero tenía miedo de que no me contestases. Entonces pensé que lo mejor era dejarlo pasar.

—Yo no quiero dejarlo pasar. Quiero ver a dónde puede llegar esto. Quiero conocerte más. Quiero saber todo de ti.

—Nunca me había pasado esto. Nunca alguien se ha preocupado tanto por mí sin conocerme. Mi vida no es tan fácil como puede ser la de otra persona.

—Tienes que empezar a confiar. No todo el mundo es como la gente que ha pasado por tu vida.

—Gracias.

—¿Qué tal va tu labio?

—Curándose poco a poco.

—Lo sigues teniendo hinchado. —Me rozó el labio con su dedo—. Esperemos que cure bien. —Sonrió.

—Sí. —Me sonrojé como una idiota al notar su tacto.

—¿El pie qué tal?

—Hoy voy a ir al médico. A ver si me pueden chutar algo para el fin de semana. Que me den algo de eso que les dan a los jugadores de baloncesto.

—¿Puedo acompañarte?

—No te preocupes... —Vi su cara de «*Déjate ayudar, Mariola*»—. Puedes acompañarme si tienes tiempo.

—Para ti siempre.

Después de nuestra pequeña charla, en la que me quedé con muchas ganas de tirar las muletas y saltar encima de él... Sí, tuve que sacudir la cabeza varias veces porque nos los íbamos a tomar con calma. Quería conocerle bien, conocer todo de él antes de dar un paso más. Acababa de comprobar cómo un tío del que estuve enamorada y con el que me prometí, estaba intentado destrozarle la vida a Sonia. Necesitaba comprobar que Alex no era así, que podía ser alguien en el que pudiese confiar y pudiese dejarme llevar con él sin miedo a lo que sucediese.

Después de tomarnos el segundo café, ultimamos todos los detalles para la boda. El salón ya habían empezado a prepararlo. Fuimos a verlo y estaba precioso. Le faltaban los detalles de las flores y empecé a cambiar algunas cosas de las mesas. Era excesivamente maniática y había algunos detalles que no me gustaban cómo estaban. Estaba en la orilla de la mesa presidencial tratando de alcanzar unos detalles del centro, pero no llegaba bien. Alex se acercó por detrás de mí, me agarró de la cintura y me los acercó. Sentir su mano en mi cintura me quemó. Tuve la misma sensación que el día del *Bowery* cuando nos quedamos los dos cara a cara mientras la gente pasaba a nuestro alrededor. Aquel mismo escalofrío que me subía desde los pies hasta la nuca reapareció y me pareció maravilloso. Giré la cabeza, estábamos a escasos centímetros. Le miré a los ojos, a los labios y agaché la cabeza. Iba a ser muy difícil tomárnoslo con calma. Muy, pero que muy difícil. Me costaba respirar teniéndole tan cerca. Solo repetía en mi cabeza: «*Nos lo vamos a tomar con calma, nos lo vamos a tomar con calma*», como si fuese mi nuevo mantra para sobrevivir a un día a su lado. Mi cabeza fue más fuerte que mis ganas de besarle y me separé un poco de él.

—Yo creo que está todo genial.

—El mismo día de la boda me pasaré a ver las flores y demás detalles. Si no está todo perfecto, la novia pedorra se quejará a los jefes.

—No te preocupes por ella. Preocúpate por la otra fiesta.

—Me pondré con ello en cuanto llegué a la oficina.

—¿También lo llevas tú?

—Despidieron a quien lo estaba organizando por filtrar información a la prensa. Además, hemos tenido problemas con algunos artistas por ese tema.

—A mí me han confirmado algunos. Muchos son conocidos, gracias al trabajo de Frank, y no fallan a ninguna fiesta que se organiza aquí.

—Bueno, un problema para más tarde. ¿Qué te parece si nos vamos a comer?

—Voy a subir al despacho a recoger unas cosas y nos vamos.

Él subió a su despacho y yo me quedé pululando por el hall. Vi a un chico por allí, con una maleta enorme, hablando con la recepcionista. Iba vestido con unos pantalones de camuflaje, unas *Panama Jack* llenas de barro y una camiseta negra. Llamó mi atención porque estaba haciendo sonreír a la recepcionista. Cuando se dio la vuelta su mirada me resultaba familiar. Intenté recordar dónde le podía haber visto, pero no encontré ninguna respuesta en mi cabeza. Sonó el timbre del ascensor y el chico familiar empezó a acercarse dónde estaba yo. Puse mi sonrisa de «*Te conozco de toda la vida y sé cómo te llamas*». Se acercó más y más, con una gran sonrisa y me puse muy nerviosa.

—Alex.

—¿Por qué no me has dicho que venías? —Alex pasó a mi lado y se abrazaron los dos.

—He vuelto a casa. Necesitaba desconectar.

—Si llevas años desconectado del mundo. —La sonrisa de Alex era preciosa.

—Os echaba de menos.

—Y nosotros a ti. —Se volvieron a abrazar, dándose golpes en la espalda.

Estaban allí hablando y yo intenté andar hacia la entrada del hotel para dejarles un poco solos, con tan mala suerte que mi bolso cayó a una mesita, en la mesita había un jarrón que parecía muy caro, mi bolso con el millón de cosas que llevaba la desestabilizó y empezó a bailar. Solté la muleta y agarré como pude el jarrón y la mesa. Al caer la muleta y el bolso, hicieron tanto ruido, que Alex y el desconocido me miraron.

—¿Estás bien, Mariola? —Alex se acercó rápidamente.

—Tendría que llevar alguna advertencia de «*Cuidado persona torpe acercándose*».

—Mejor sería una advertencia de «*Cuidado persona impresionante a la vista*». —El chico al que no conocía recogió mi bolso.

—No pierdes el tiempo, hermanito. —Alex no dejó de sonreír—. Mariola, él es Brian, mi hermano.

—Encantada. —Le di dos besos.

—Española sin duda. Qué costumbres más buenas tenéis, de verdad. Encantado.

—Parece que a los McArddle os gustan mucho las costumbres extranjeras. —Miré a Alex levantando una ceja.

—¿Tienes tiempo para comer juntos, hermanito?

—Me iba a comer ahora con Mariola.

—Ok. No te preocupes.

—Hacemos una cosa. Yo me voy a la oficina y vosotros os vais a comer juntos. Se me había olvidado de que había quedado para comer con mi jefa.

—Mariola. —Alex empezaba a pillar al vuelo mis excusas.

—Me desconcentras tanto, que haces que se me olviden las cosas. —Me acerqué más a él—. Así llamo a Sonia para ver cómo está pasando el día. Además, tengo que ir al banco para hacer unas gestiones de la academia y quiero mirar clínicas de desintoxicación. —Me mordí el labio y suspiré.

—¿A qué hora tienes el médico?

—Iré sobre las siete o así, pero no te preocupes, os tenéis que poner al día. —Le acaricié la cara y le di un beso en la mejilla.

—Te paso a recoger a las seis y media para llevarte.

—Encantada, Brian. Nos vemos.

—Te paso a buscar.

Mariola salió del hotel afirmando con la cabeza, pero seguramente negándome en su interior. Era divertido verla con aquel gran bolso colgado de su hombro, las muletas, el vestido que se bamboleaba con el movimiento de sus caderas y aquellas Converse blancas con las que acaba su atuendo. Observé que no era el único que la estaba mirando.

—¿Es tu novia? —Brian se situó a mi lado y sabía que también estaba mirando a Mariola.

—Es una amiga.

—Por eso no dejas de mirarla mientras se va.

—Es una amiga. —Miré a Brian y tenía en su cara su sonrisa más burlona—. Deja de mirarme así

—Lo que tú digas, hermanito, pero te conozco y sé que por dentro estás pensando en lo que esconde ese precioso vestido que se mueve mientras camina.

—Parece que los años fuera de la ciudad no te han cambiado. —Le di una fuerte palmada en

la espalda.

—Parece que a ti sí te ha cambiado mi ausencia. Estás más estirado y relamido que cuando me marché. —Dio un par de vueltas a mi alrededor—. Parece que llevas un palo metido por el culo, hermanito. El día que te lo saques, te va a doler mucho.

—Vale, saca tus mugrientas botas de mi hall. —Entrecerré los ojos y hubiese querido matarle.

—Claro, ahora mismo. Voy a seguir a Mariola y seguro que ella me invita a comer.

—Eres un imbécil, eso no ha cambiado. —Le agarré del hombro—. Te he echado de menos, capullo.

—Yyo a ti, estirado. —Volví a abrazarle.

—Vamos a dejar tus bolsas a casa, ya que asumo que te quedarás con nosotros. Después vamos a comer a El Paso. Voy a pedirte el taco más picante que haya, a ver si se te cae la lengua y estás callado más tiempo.

—No sé si ese cambio de humor es debido a esa mujer increíble que acaba de salir de tu hotel. Tendré que comer un día con ella para conocer mejor a mi cuñada. —Recogió su bolsa y empezó a reírse.

—Extra de picante. —Pasé mi brazo por su hombro.

Al bajar del taxi me encontré con Linda delante de nuestro edificio.

—Mariola, menuda mañana de locos. ¿Comemos juntas?

—A eso venía. ¿Te parece bien el italiano de la vuelta?

—Me parece perfecto. —Fuimos al restaurante y enseguida nos sentaron en una mesa—. ¿A qué viene ese labio, Mariola?

—Una historia que no merece la pena contar, Linda.

—Hay algo detrás de esa cara, cariño.

Empecé con la historia de terror y su cara era un poema. Quería matar a Jonathan, tal y como queríamos cinco personas más. Estaba muy preocupada por nuestra seguridad. Según ella, Jonathan era un animal de costumbres y si estaba urdiendo algún plan para hacernos más daño, lo llevaría a cabo sin duda alguna.

Aproveché a llamar a Mike cuando Linda salió del restaurante para atender una llamada urgente. Sonia estaba tranquila, pasando el día medianamente bien, pero lo de la clínica era demasiado urgente.

Después de la comida, Scott me puso al día con las últimas peticiones de la novia. Quería música en directo. Se le acababa de ocurrir que, a pocos días de su boda, quería música en directo. Tuve que decirle que sí, antes de que yo misma me arrancase las orejas para dejar de escucharla con su voz de pito.

Antes de ir al médico, salí de la oficina para pasarme por el banco y pagar la deuda que tenía la academia. Me encontré con Alex y Frank. Venían hablando por la calle y no eran ni las seis.

—Buenas tardes, chicos.

—Hola, Mariola.

—¿Qué hacéis tan pronto por aquí? —Miré el reloj.

—No sé por qué, pero me imaginé que tendrías alguna intención de ir sola.

—Te has equivocado. —Me pasé el pelo por detrás de la oreja.

—Mentirosa. —Frank pilló mi mentira al vuelo.

—Ahora mismo iba al banco. Tengo que pagar la deuda de S... —Me quedé en silencio.

—No hace falta que te calles, Mariola. Le he contado a Frank lo que ha pasado.

—Alex, no deberías haberlo hecho.

—No es su culpa. He insistido mucho y al final me lo ha contado. ¿Cómo ha podido pasar eso? Quiero que me des la dirección de ese cabrón.

—No pienso hacer eso.

—También me ha contado lo de vuestra intención de que ingrese en una clínica.

—Lo de la academia ya lo tengo medio solucionado, pero necesito comprobar mi solvencia en el banco. Mike está buscando clínicas de desintoxicación y hemos pensado que cuanto más lejos de aquí, mejor. Pero las que le gustan, valen un riñón y parte del otro.

—No necesitas ir al banco. Quiero ayudarlos. Quiero ayudarla. —Frank me agarró del hombro y no comprendía por qué lo quería hacer.

—Frank, casi no la conoces. No nos conoces.

—No puedo explicarlo con las palabras adecuadas, pero quiero ayudarla.

—Sonia no accedería nunca a esto. Bastante que ha aceptado que le pague las deudas del piso y de la academia.

—Mariola, deja que te ayudemos. —Alex me miró unos segundos—. Empieza a confiar en las personas.

Estuvimos hablando un buen rato en medio de la calle. Frank quería, por todos los medios, ayudar a Sonia. No sabía qué es lo que le sucedía con ella. Necesitaba salvarla de todo, protegerla y hacer que se recuperase. De repente me vi inmersa en una conversación de la que no formaba parte. Alex y Frank estaban decidiendo sobre el futuro de Sonia y yo era una mera espectadora. Decidí cortar de raíz aquella conversación.

—Tengo que irme al médico. —Silbé, levanté la mano y a los dos segundos tenía un taxi parado delante de nosotros para ir al hospital.

El médico me quitó la venda para examinar mi tobillo, y tras mi insistencia de que tenía que trabajar mucho aquella semana, y rogar un par de veces con muchos por favor seguidos, me puso unas infiltraciones de corticoides. No le gustaba demasiado aquella práctica para una persona que tranquilamente podría estar una semana reposando, pero no hay nada que hacer cuando la paciente necesita tener todas sus extremidades a punto para una boda.

Salí caminando de la consulta y el médico me seguía dando consejos por detrás. Vendas frías en intervalos de dos horas, no forzar la articulación, si tenía algún síntoma de dolor en las siguientes cuarenta y ocho horas, que no dudase en volver a visitarle.

—Ya nos podemos ir.

—¿Y tus muletas? —Alex y Frank me miraron extrañados.

—Le he pedido que lo arreglase. Ahora solo debo tener un poco de cuidado y ya está. No puedo correr un maratón, pero al menos no tengo que llevar el pie vendado y las dichas muletas.

—Eres una cabezota. —Alex negó con la cabeza.

—Ya lo sé, pero necesito estas dos piernas para esta semana. No quedaría bien con el precioso vestido que tengo, llevar muletas y el pie vendado. Además, mis Jimmy Choo no entran con la venda. —Me agarré del brazo de ambos—. Ahora, yo me voy a casa que tengo que pensar qué hacer con Andrea.

—Vamos contigo, Mariola. Necesitáis la opinión de personas que vean las cosas con más claridad ahora mismo. —Frank no estaba dispuesto a escuchar un no por mi parte.

—No creo que... —Noté la mirada de Alex—. ¿Qué?

—¿Qué me has prometido esta tarde?

—No te he prometido nada.

—Mariola...

—Que me iba a dejar ayudar.

—Eso es.

—Vale. —Claudiqué demasiado rápido. No me apetecía acabar el día discutiendo con ninguno de los dos—. Pero no sé cómo os recibirá Sonia.

No sabía qué nos íbamos a encontrar al llegar al piso. Había dos opciones. La primera, que Sonia hubiese reventado todo el piso, tal y como trató de hacer con mi habitación. La segunda, que les echase a patadas del piso, a mí me odiase por dejar que Frank se enterase de todo, y una tercera que, para mí, era inimaginable. Pues aquella fue la que nos encontramos. Cuando llegamos a nuestro rellano, escuchamos unas risas que venían de nuestro piso. Al abrir la puerta vimos que Sonia estaba en el sofá con Andrea y Mike.

—Buenas noches.

—Hola, tía. —Andrea vino corriendo a abrazarme—. Vamos a vivir aquí con vosotros. Yupi.

—Sí, cariño. —La cogí en brazos, pero estaba descolocada ante aquello—. Vamos a vivir todos juntos.

—Bueno, cuando vuelva mami. Se tiene que ir fuera unos meses a estudiar. Cosas de la academia.

—Sí. —Sonia se levantó del sofá estirándose la camiseta y atusándose un poco el pelo—. Aquellos cursos a los que me apunté, pero que no me habían contestado. —Me miró tratando de que la siguiese.

—Claro, que no me acordaba. Ya sabéis que tengo la memoria tipo pez.

—Eso no es verdad. —Andrea me acarició la cara suavemente, sin tocarme—. Tú te acuerdas siempre de todo.

Decidimos pedir algo de cenar. Sonia subió a preparar la mesa en la terraza. Subí a dejar la bebida y vi cómo Frank la estaba ayudando, pero no habían cruzado ni una sola palabra. Supuse que Frank estaba siendo muy precavido, esperando a que ella se acercase. Bajamos los tres a la cocina y miré a Mike para que me ayudase a obligarles a hablar. Mike cogió a la niña y se la llevó a la habitación, yo agarré de la mano a Alex y tiré de él para dejarles solos.

—¿Qué haces? —Me siguió hasta la habitación y cerré la puerta.

—Estos dos deben hablar y si no lo hacemos así, Sonia no dará el paso. Y Frank, por muy echado para adelante que sea y tenga salidas para todo, cuando está cerca de Sonia se queda bastante paradito.

—¿No te parece una encerrona?

—Sí. Pero como me dijeron una vez, hay veces que es la única forma de que alguien reaccione. —Me senté en la cama con unos papeles de la boda.

—Eres un poco bicho.

—Pero solo un poquito. —Hice gesto con los dedos.

—¿No puedes dejar de trabajar ni un momento?

—No. Me ha pedido ya lo último. Quiere alguna actuación en directo. No le vale con el cuarteto de cuerda que nos hizo conseguirles.

—¿Y a quién quiere?

—No me lo ha dicho. Solo me ha dicho: «*Sorpréndeme, a ver si eres tan buena como dicen*».

—Solo te quedan tres días.

A los veinte minutos escuchamos el timbre. Supusimos que sería la cena del Soho Thai que habíamos pedido.

—Voy yo a abrir. —Salimos los dos de mi habitación y Frank se nos había adelantado hacia la

puerta. Iba con la cartera en la mano—. ¿Pero qué demonios haces aquí?

—Nos han llamado para cenar. —Brian y Jason estaban al otro lado de la puerta.

—¿Cuándo has llegado? —Frank le abrazó efusivamente.

—Esta mañana. He pasado la tarde con mi sobrino preferido.

—Claro. Como que soy tu único sobrino. —Jason entró corriendo para ver a Andrea.

—No molestamos, ¿no?

—En esta casa siempre son bienvenidas las visitas. —Le guiñé un ojo a Brian y fui a por más vino a la nevera—. Chicos, es el hermano de Alex.

Nada más llegar la cena, subimos a la terraza. Justin había colocado unas pequeñas guirnaldas a lo largo de la pared, que acompañó con velas led, que le daba un toque perfecto a nuestra terraza.

—¿Qué te trae por la ciudad, Brian? —Tenía curiosidad por él.

—Llevo fuera de casa muchos años y echaba de menos a mi familia. —Abrazó a Jason que estaba comiendo unos tallarines.

—Habrá salido huyendo de alguna relación. —Frank le estuvo vacilando toda la noche.

—La verdad es que echaba de menos el ruido, la gente... —Se quedó unos segundos en silencio, como pensando en algo más. Pero volvió rápidamente con nosotros—. Echaba de menos salir de fiesta por Nueva York. Seguro que las discotecas me echan mucho de menos.

Tenía una sonrisa embaucadora. Estaba sentado al lado de Alex y les observé. Se parecían físicamente. Los mismos ojos azules, la misma sonrisa, pero parecían completamente diferentes en otros aspectos. Alex era más serio y Brian mucho más extrovertido.

Dos horas más tarde seguíamos hablando en la terraza.

—Creo que es hora de dejaros descansar. —Alex tenía a Jason dormido en sus brazos.

—Sí. —Frank recogió la mesa con ayuda de Sonia.

—Yo tengo un *jet lag* que no puedo con él. —Brian sonreía continuamente.

—Ya será la botella de vino que te has trincado tú solito. —No pude evitarlo.

—Alex, me gusta mucho esta chica para ti.

Alex negó con la cabeza sonriendo. Bajamos a despedirnos a la puerta y vi cómo Frank besaba a Sonia en la mejilla. Esta se fue a la habitación sonriendo con la mano puesta en la cara.

—Gracias por la cena. —Alex salió con Jason aún en los brazos.

—Gracias a vosotros por todo. Creo que esta cena le ha venido muy bien a Sonia. Me ha gustado mucho teneros a todos en casa. —Le di un beso a Jason.

—Descansa un poco y recuerda que no tienes aún bien el tobillo. —Alex me besó en la frente—. Buenas noches.

Fui a mi habitación y Sonia estaba sentada en las escaleras de incendio. Me senté a su lado y me agarró de la mano.

—Quiero hacer esto. Necesito salir de esta mierda. Por mi hija, por vosotros y por mí.

—Es un gran paso decidir que quieres dejar todo esto atrás.

—La cena. —Se limpió unas lágrimas de los ojos—. Quiero poder ser parte de más cenas como esta. Quiero ser parte de una familia así. Y Frank... —Esbozó una pequeña y tímida sonrisa—. Frank me ha dicho que va a estar a mi lado. Que quiere ayudarme. Aunque no sé por qué lo quiere hacer. Puede tener a la chica que quiera.

—Pero no quiere a cualquiera. Déjate ayudar, Sonia. Si él ha aparecido en tu vida, ¿por qué no dejarle ser parte de ella?

—Las cosas no han salido como tenía planeadas. Yo quería bailar y triunfar en el ballet. Quería

ser la primera bailarina de una gran compañía y viajar por el mundo. —Su tono de voz era muy triste, demasiado melancólico—. No he conseguido triunfar en nada.

—Tienes una hija que te adora, que te quiere hasta límites insospechados. Has triunfado, Sonia. Tal vez no como te hubiese gustado, pero tienes a la mejor hija del mundo.

—Lo sé y por ella quiero hacerlo. Quiero que se sienta orgullosa de mí algún día. Que hable de su madre como una luchadora y no como una persona que falló. No quiero que me odie por abandonarla. —Se apoyó llorando en mi hombro.

—No la vas a abandonar. Vas a luchar por salir de esto por ella. Vas a volver mucho más fuerte, sana y recuperada.

Aquella noche marcó un final para Sonia. Quería luchar, quería sobrevivir y volver con mucha más fuerza. No iba a ser tan fácil como pensábamos, pero estaba segura de que lo iba a conseguir. Era una luchadora nata y nos tenía a todos a su lado para ayudarla.

Los siguientes días fueron una locura. Sonia tenía sus bajones, pero como Mike estaba pegado a ella a todas horas, no dejaba que decayera su ánimo. La oficina era un caos. Llamadas, confirmaciones, anulaciones de invitados, novia *porculera*... Fue una semana en la que estuve a punto de darme a la bebida y no volver nunca más.

Y por fin llegó el ansiado día de la boda. Yo creo que tenía más ganas que la mismísima novia. Quería quitármela de encima a toda costa, pero no había sido capaz de solucionar la última petición de la novia.

Aquel día iba a ser muy complicado. Me iba a marchar de casa antes de las siete de la mañana y ya no iba a volver hasta bien entrada la madrugada. Así que tuve que hacer una pequeña maleta y un portatrajes con mi maravilloso vestido. Me había comprado un precioso vestido de *Elie Saab* con escote en pico delantero y trasero, verde botella y con detalles de lentejuelas. Me enamoré nada más verlo en *Bergdorf Goodman* de la Quinta y tenía que ser mío. Lo iba a acompañar de unas fabulosas sandalias de *Jimmy Choo*. Eso si mi tobillo quería resistir aquella noche.

Además, aquel fin de semana me abandonaban mis compañeros de piso. Sonia, Justin, Mike y Andrea se iban a pasar el fin de semana a los Hamptons con Mike, a casa de un amigo de este. Así que, si sobrevivía a la boda, tendría el apartamento todo para mí.

Fui al hotel a ver a la novia. Le estaban haciendo un tratamiento que para mí lo hubiese querido. Tenía todo el cuerpo cubierto por láminas de oro, ¡de oro! Y todo ello bien regado con una copa de *Perrier Jouët*. Estaba siendo mimada como una reina. Esperaba que no tuviera ninguna queja del tratamiento. Salí de allí sin hacer mucho ruido, con una botella de *Perrier* bajo el brazo, para que estuviera tranquila. Al ir a recepción para pedir si podía dejar mis cosas en algún sitio, apareció Alex.

—Buenos días.

—Buenos días, Alex. —Escondí la botella.

—¿Necesitas algo? ¿Una copa o te la vas a beber a morro?

—A morro me vale. No soy tiquismiquis con estas cosas. —Sonreí juguetona.

—¿Necesitas algo cosa más? —Su mirada se fijó en la maleta.

—He traído las cosas para luego y me gustaría dejarlas en algún sitio para poder prepararme cuando haya terminado de revisar todo.

—Ven conmigo. Puedes usar la Ty^[10]. Yo tengo mis cosas allí también.

—Perfecto.

Dejé mi maleta y el vestido en manos de uno de los botones para que lo subiese a la Ty. Respiré profundamente y me acerqué con Alex a la sala donde se iba a celebrar la boda. Entonces comenzó el caos. Gente que entraba y salía de las diferentes salas con las flores, sillas, copas... Un caos que tenía que reconocer que me encantaba.

A eso de las dos de la tarde empecé a oír música de una de las salas dónde se iba a celebrar la fiesta de la discográfica. Scott se había encargado de confirmar las actuaciones, así que no tenía muy claro quién iba a deleitarnos aquella noche. Unos acordes comenzaron a sonar y parecía una prueba de sonido. Me acerqué para ver quién era y casi me caigo de culo al verle en directo. Justin Timberlake era el que estaba encima del escenario. Me quedé en la puerta escuchando cómo cantaba *Mirrors*. La letra me pareció preciosa, era como una declaración de amor en toda regla.

—Joder. —Me llevé una mano a la boca para no molestar.

—Es una canción preciosa. —Alex se había acercado a mí en silencio.

—Me encanta. Y si... —Me quedé con el gesto de la boca torcido y pensando.

—Y si ¿qué?

—Es una locura, pero puede que diga que sí. —Me acerqué al escenario—. Hola, siento molestar.

—No te preocupes.

—Soy Mariola Santamaría, de la empresa que organiza la fiesta. Me gustaría pedirte un gran favor, pero es un poco raro.

—Dime. —Él se agachó en el escenario.

—Justo antes de la fiesta se va a celebrar una boda aquí al lado de unos clientes y la novia se moriría si pudieses cantar algo justo cuando entren ellos al salón. Ya sé que es algo raro y que no está en tu contrato de esta noche, pero...

—Alex, no te había visto. —Saludó a Alex como si fuesen viejos amigos.

—¿Os conocéis? —Los miré sorprendida.

—¿Y vosotros? —Justin nos miró a los dos.

—Yo he preguntado primero.

—Sí. —Alex y el señor Timberlake se rieron.

—Desde hace unos años, gracias a Frank. —Alex respondió mientras estrechaba con cariño la mano de Justin.

—¿Es de fiar? ¿O es una fan psicópata que me quiere secuestrar?

—Es lo mismo que le dije yo cuando la conocí. —Alex me miró medio riéndose.

—¿Sí o no?

—¿Se lo has pedido? —Alex me miró—. ¿Te lo ha pedido?

—Sí. —No sabía si el señor Timberlake se estaba haciendo el interesante, quería vacilarme o no pretendía echarme una mano.

—Olvidalo. —Me di la vuelta y caminé hasta la puerta hablando bien alto para que me escuchasen bien—. Me voy que aún tengo muchas cosas que hacer para la boda. Entre ellas, pedir a alguien del metro que cante una triste canción para la dichosa boda.

—Es increíble. Espera, espera. —Justin vino detrás de mí corriendo—. No te vayas. Aún no te he respondido.

—Es muy importante para la novia. Pero no te preocupes, ya se me ocurrirá algo.

—No he dicho que no lo vaya a hacer. —Se cruzó delante de mí, evaluándose.

—¿Lo harías?

—Bueno. —Eché un vistazo a su alrededor—. Si es justo antes de la fiesta, sí.

—Ellos hacen el cóctel en la terraza. No serían más de diez minutos, mucho antes de la fiesta. Después tendrías tiempo para descansar y tomarte algo.

—¿Es importante para ti?

—Para la novia, sí.

—¿Para ti?

—La verdad es que sí.

—De acuerdo. Lo haré.

—Muchas gracias. —Me lancé sobre él para besarle—. Me voy a preparar lo que queda. Muchas gracias. Te quiero. Te quierooooo. —Me marché corriendo, agitando los brazos.

A media tarde la novia ya estaba lista, blanca y radiante como una verdadera princesa de cuento. Scott se encargaba de ir a la ceremonia para que todo fuese según lo previsto, para que yo pudiese estar lista cuando empezasen a llegar los invitados. Subí a la habitación para prepararme. Después de ducharme me senté en la cama y llamé a los chicos a ver qué tal iba su fin de semana.

—¿Qué tal va todo?

—Lo estamos pasando muy bien. Sonia tiene sus bajoncillos, pero no dejamos que sean demasiado grandes. —Mike sonaba cansado al teléfono.

—Perfecto. Yo voy a prepararme para bajar a la boda. Se acaban de ir a la iglesia, así que tengo una hora más o menos, para relajarme un poco.

—¿Te has depilado? —Escuché a Justin por detrás.

—Sí, Justin. Fui ayer a tu esteticista. No tengo ni un pelo de tonta. —Me abrí un poco la toalla para empezar a darme crema y me miré mi antigua zona poblada—. Ni de lista ahora mismo. Vaya forma de depilar que tiene la bielorrusa. Qué bestia parda.

—Es la mejor. ¿Te has echado la crema que te he dejado?

—Sí, Jus, estoy ahora mismo en ello.

Mientras hablaba con Justin por teléfono, Alex se acercó a la habitación y se quedó en la puerta apoyado mirándome.

—Bueno, Jus. Te dejo que me tengo que acabar de preparar.

—Acuérdate de ese conjunto que te he elegido. Con ese seguro...

—Adiós, Jus. —Le colgué.

—Eres increíble. Después de la semana que has tenido, sigues estando preciosa.

—Esto es gracias a unas amigas mías que llevan conmigo muchos años: las cremas. —Levanté en el aire una de ellas.

—No creo que sea eso.

—Voy a terminar de prepararme.

—Te veo en el salón y bajamos juntos.

—Perfecto.

Me metí en el baño y me terminé de preparar. Me dejé el pelo ondulado y sujeto por un lateral con unas horquillas. Me maquillé muy suavemente, acentuando bien la raya del ojo. Me pinté los labios con uno de mis labiales fetiches, *Russian Red* de MAC.

Cuando acabé de vestirme, me miré un par de veces en el espejo y me di el visto bueno. Me coloqué bien el escote delantero, me revisé los dientes para no tener restos de labial y me agaché delante del espejo para ver cuán profundo era el escote.

Salí al salón colocándome una pulsera en la muñeca y cuando levanté la vista y vi a Alex, me dejó sin aliento. Estaba colocándose los gemelos y tenía el ceño fruncido, como si le estuviese costando trabajo hacerlo. Me quedé unos segundos observándole. Llevaba un precioso traje negro italiano, que le quedaba perfecto, con una corbata negra y estrecha, el pelo un poco alborotado...

Sentí que mi entrepierna iba a empezar a echar humo de un momento a otro. Alex estaba totalmente comestible.

—Ñam, ñam.

Levantó la mirada al escucharme y suspiró al verme. Se llevó una mano al pecho y me regaló una de las sonrisas más impresionantes que jamás había visto.

—Estás preciosa. No... —carraspeó—. No tengo palabras.

—Gracias. —Sonreí tratando de no sonrojarme.

—¿Bajamos? —Me ofreció su brazo como un auténtico caballero.

—Sí.

Nos montamos en el ascensor y la tensión sexual no resuelta se podía hasta oler. Alex estuvo todo el trayecto de bajada rozándose con el pulgar el labio. En aquel momento me hubiese encantado ser de las que se mordían las uñas. Estaba nerviosa, excitada y taquicárdica perdida. Por el reflejo de las puertas del ascensor podía ver cómo Alex me miraba de reojo. Yo me colocaba el pelo nerviosa y me pasaba la mano por el pecho, tratando de controlar mi respiración. Joder, si es que estaba a punto de desmayarme por hiperventilar. Yo no sabía si estábamos bajando veinte pisos o dos mil. Froté varias veces mis piernas entre ellas y note las costuras interiores de mi ropa interior. Joder, iba a llegar fatal al hall.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, Alex colocó su mano en mi espalda, poniendo estratégicamente su pulgar en el escote del vestido, justo donde dejaba visible mi piel. Rozó unos segundos mi espalda. Me estaba volviendo loca con un solo dedo.

¿Qué me podría pasar si me tocaba con todo su cuerpo?

¿Qué sería de mí si le dejaba seguir adelante con aquel juego que acaba de empezar?

15.
COMO DOS TRENES DE
MERCANCÍAS PELIGROSAS

Me temblaban tanto las piernas que en cualquier momento podría haberme caído al suelo.

—Si no dejas de temblar tendré que hacer algo contigo.

Respiré profundamente, conseguí que mis piernas me mantuviesen en pie y le miré negando con la cabeza.

—No me sigas diciendo esas cosas, señor trajeado, o no respondo de mis actos. Y luego tendrás que pedir perdón por las consecuencias de tu dedito recorriendo mi espalda.

Alex sonrió y me dio un beso en la cabeza. Él y su manía de tener aquel gesto condescendiente. En la cabeza se besaba a las abuelas y a los niños, joder. No a la chica que supuestamente te gusta y a la que le dedicas frase del tipo que me acababa de decir.

Salimos a la terraza y aquello estaba precioso. Todo estaba listo para los invitados y la posterior llegada de los novios. En aquel momento pensé que lo mejor sería tomarnos una copa para calmar los nervios. Si se lo recomendaban a las novias antes de casarse, a mí en aquel momento, me vendría estupendamente.

—Una copa, por favor. —Pedí a uno de los camareros.

—Hasta que no lleguen los novios, tenemos orden de no servir nada.

—Lo sé. Soy la que organiza esto y la que da las órdenes. Una copa, por favor. —Mi tono fue demasiado autoritario.

—Sí, señorita. Ahora mismo le sirvo una copa de... —Me miró esperando mi respuesta.

—Tequila. Solo y doble.

—De acuerdo. —El camarero fue a por la bebida.

—¿No crees que es muy pronto para empezar con el tequila?

—Nunca es demasiado pronto. Ya es hora legal.

—Buena forma de verlo. —Alex levantó una mano y parece que pidió algo de beber también—. Está todo perfecto. Los novios no pueden tener ninguna pega con tu trabajo. Has conseguido hasta lo imposible. Las flores, la comida y la actuación.

—Sí. Pero por experiencia sé que las cosas pueden fallar. —El camarero apareció con las dos copas. Me la bebí de trago—. Está fuerte. —Me pasé la lengua por los labios para quitar los restos de tequila.

—Bueno. —Alex sonrió bebiéndose de trago también su copa—. Espero que eso te calme, si no ya te ayudaré yo. —Su dedo volvió a mi espalda.

—Con calma, ¿ese era el trato?

—Supongo. —Se acercó a mí—. Pero va a ser muy difícil. —Me pegó a él y me susurró al oído—. Porque lo único que quiero ahora mismo es tenerte desnuda y disfrutar de ti, recorrer todo tu cuerpo con mis manos.

—Señor trajeado, es usted un poco tramposo. —Le susurré cerca de la boca.

—En ciertas ocasiones.

—Ya. —Suspiré sonriendo—. Si me disculpas, voy un momento al baño.

—De acuerdo. —Justo antes de separarse me besó en la mejilla apretando sus dedos contra mi

espalda, produciendo un placer que no reconocía.

Fui al baño sin dejar de mirarle por el espejo que recorría toda la terraza. Alex había conseguido con tres palabras, más de lo que se imaginaba. Estaba a punto de mandar a la mierda mis ideales, mi promesa y mi todo, para entregarme a una noche de pasión desenfrenada entre sus brazos. Joder, si es que no me podía resistir a él ni a sus manos ni a su sonrisa ni a su cuerpo, coño. Que estaba como un tren y yo necesito quitarme toda la tensión acumulada.

—Lo que te pasa a ti es que estás más cachonda que una mona y ese tío está para untarle en chocolate y lamerle enterito. —Se lo dije al mi reflejo.

Me recoliqué las tetas dentro del vestido, no quería que una saliese saludando en alguna de las fotos. Me retoqué el labial, me coloqué una horquilla más en el pelo y respiré varias veces antes de salir.

No sabía si iba a poder cumplir el trato y tomárnoslo con calma. Porque estaba hasta las pelotas de aguantarme, de reprimirme y de cortarme de hacer lo que quería hacer. Aunque menos mal que aún tenía algo de pudor porque todo lo que se estaba pasando por mi cabeza, podría haber hecho que nos detuviesen por escándalo público. Y no era cuestión, la verdad.

Salí del baño y llegó Scott avisándome de que los invitados estaban a punto de llegar. Entrarían por la parte del lateral, ya que en el hall principal estaba el photocall de la fiesta. Era un poco caótico, pero tenía buenas vibraciones de aquella noche.

Los invitados de la boda empezaron a llegar. Era una fauna un tanto variopinta. Ricos, ricas, pijos, pijas, pijas que se creían que iban monísimas que, seguro que serían amigas de la novia, viejos verdes y mucho hombre trajeado con muñequitas colgadas de sus brazos. Me faltaba Justin a mi lado para poder cotillear a gusto de los estilismos de las invitadas. Pasaron todos a la terraza y empezaron a beber y a comer un poco.

—¿Dónde se han metido los novios? —Le pregunté a Scott.

—Estarán a punto de llegar. ¿Que le vas a decir cuando vea que no tiene la actuación?

—De eso no te preocupes que cuando veas a quien tengo, te caes muerto.

—¿A quién has conseguido?

—Alguien que venía a la otra fiesta.

—¿Famoso?

—Conocidillo —lo dije con un tono de voz burlón—. Ahí están los novios. Entretenles un momento que voy a por él.

—De acuerdo.

Scott estuvo distraído a los novios para que fuera a por la actuación. Le pillé justo con Alex hablando en el salón de la fiesta.

—Tú y yo nos vamos. Que ya han llegado los novios y cuanto antes lo hagamos antes acabamos. —Me miraron los dos—. ¿Qué?

—Suenan a proposición indecente.

—Te aseguro que mis proposiciones son mucho más indecentes que esa. Además, no flirteo con hombres casados.

—Por aquí hay alguno que no está casado. —Miró a Alex sonriendo.

—Vete a cantar, que eso es lo tuyo. Nos vemos luego en la fiesta.

—En cuanto solucione cuatro detalles de la boda, me escapo. Necesito bailar hasta que me tengan que amputar los pies. Pretendo disfrutar mucho esta noche. —Miré a Alex.

—¿Vamos? —Justin me ofreció su brazo.

Esperamos un momento en la puerta y le hice un gesto a Scott para que mandase a los novios entrar. Según entraron en la terraza, todos los invitados les empezaron a aplaudir. Comenzaron a

sonar las primeras notas de la canción y Justin entró para cantar su declaración de amor. Cuando la novia escuchó las primeras notas y se dio la vuelta, no se lo podía creer. Le miraba como si mirase una obra de arte. No se movía. Por un momento pensé que no le estaba gustando. Pero cuando vi cómo le brillaban los ojos, supe que había dado en el clavo con la sorpresa. Nosotros estábamos en la puerta de acceso al jardín, en un segundo plano. La novia me miró y leí en sus labios un gracias. Primera cosa amable que dirigía a mi persona. Después de meses de no dormir bien, de trabajar hasta tarde, la boda se estaba celebrando e iba por muy buen camino.

Terminó la actuación y Justin felicitó a los novios, les deseo una buena vida en pareja y se marchó. Los invitados se acercaban a los novios para felicitarles, el fotógrafo contratado hacía fotos de cada momento, y nosotros dos observábamos que todo estuviera saliendo bien. Pudimos empezar a relajarnos. Al menos yo, porque en el momento que viera que todo estaba bien con la comida, me iba a cambiar de salón.

—No sé cómo lo has conseguido, pero eres muy buena en tu trabajo. Así que ya está todo. Disfruta de tu merecido éxito.

—No cantes victoria, porque la novia se está acercando con una sonrisa en la cara que no me gusta.

—Mariola. —Me ofreció una copa de champán que traía en la mano.

—Gracias. —Scott se alejó un poco.

—Tenían razón.

—¿Quién?

—Todo el mundo que me recomendó que tu empresa organizase la boda, que tú la organizaras. Eres muy buena. Sé que he sido una novia muy exigente, pero siempre he querido esto. Las flores, la bebida, un marido rico que me dé todos los caprichos y al final lo he conseguido. Mi cuento de hadas se ha hecho realidad. Gracias a ti no olvidaré este día. Un trabajo espectacular.

—Muchas gracias. La verdad es que ha sido difícil tratar de complacerte en todas tus peticiones, pero hemos intentado hacerlo lo mejor posible.

—Es mucho mejor de lo que yo me imaginaba. —Tocó mi copa con la suya.

—Felicidades. Espero que seáis muy felices.

—Muchas gracias.

—Disfruta de tu noche, Cindy.

—Lo haré. Tú haz lo mismo.

Después de un rato en la terraza, pasamos a los invitados al salón donde se iba a celebrar el banquete. Se fueron sentando y empezaron a comer. Scott y yo estábamos en la puerta viendo de reojo el *photocall* y viendo quien venía y con qué modelito. A falta de Justin, bueno era Scott.

Una hora después, cuando la boda estaba ya perfecta, decidimos cerrar las puertas, darles intimidad y dejar a los novios disfrutar. Cuando entramos en la fiesta de la discográfica, el ambiente era genial. Nos acercamos a la barra y pedimos un par de copas.

—Estás preciosa.

—Muchas gracias. Tú también estás genial.

—No soy el único que lo piensa. Desde que hemos entrado, Alex no te quita ojo de encima. Esta noche vas a gritar tan alto que la ciudad entera no va a dormir.

—Cállate. —Le di un manotazo—. Pero si yo a él no le he visto.

—Yo sí. Como para no verle. Está guapísimo de traje. Está justo detrás del grupo de la chica pelirroja. Mirándote, observándote como un león a una gacela.

Miré disimuladamente hacia donde estaba él y nuestras miradas se cruzaron. Tuve la sensación de que toda la sala se congelaba y que los únicos que respirábamos éramos nosotros dos. Me

dedicó una bonita sonrisa y yo se la devolví. Estaba coqueteando con él.

—Mariola. —Linda se acercó a mí.

—¿Qué hacéis por aquí?

—Ya sabes que Linda nunca se pierde una fiesta y más si hay actuaciones en directo.

—Estás preciosa, cariño. —Me cogió de la mano y me dio una vuelta—. Hacía mucho que no te veía con ese brillo en los ojos. Hay algo de lo que no me haya enterado, ¿verdad?

—No te preocupes que no hay nada que contar.

—Aún. —Scott lo trató de ocultar con un poco de tos falsa.

—¿Por qué no la dejáis los dos en paz y disfrutáis un poco de la fiesta? Yo me voy con Scott a echar un vistazo a la boda. Vosotras divertíos un rato. —Michael y Scott se fueron.

—Cuántos chicos guapos hay esta noche por aquí.

—La verdad es que sí.

—Aunque yo creo que tú solo tienes ojos para uno. Hablo de Alex. Entre vosotros hay algo que no sé explicar, pero me gusta ver cómo te brillan los ojos. Estás radiante. Ese chico tiene suerte.

—No sé lo que pasará. Solo que voy a disfrutar de esta noche y que mañana bienvenida sea la señora resaca.

—Así se habla.

Estuve tomando una copa con Linda y ella me presentó a varias personas de la fiesta. Gente de la discográfica, artistas a los que admiraba y a los que escuchaba a diario. También teníamos un fotógrafo que estuvo toda la noche retratando cada momento. Hubo actuaciones musicales que me encantaron, pero seguía echando de menos poder hablar con Alex. Él estaba por un lado y yo andaba por el otro. Pero a cada oportunidad que teníamos, nos buscábamos entre la gente y nos sonreíamos. Estábamos jugando con fuego. Estábamos haciendo crecer el deseo. Y estaba creciendo hasta límites insospechados.

Llegó una de las mejores actuaciones de la noche. Ya le había visto hacía no mucho, pero Bruno Mars y su *Locked out of heaven* me volvían loca. Las primeras notas ya hicieron que empezase a bailar. Me parecía una canción sexy y sensual. Estaba bailando y cantándola cuando alguien se acercó por detrás. Sabía que era Alex, todos los poros de mi piel le reconocieron sin verle. Era el único que me provocaba aquellos escalofríos tan excitantes.

—¿Lo estás pasando bien?

—Sí. Me encanta esta canción. —Continué cantando y bailando.

—No cantas nada mal. —Se pegó a mi espalda y me agarró de la cintura.

—Lo que no tengo es vergüenza. Canto fatal.

—No me había parado a escuchar la letra. *Cause your sex takes me to paradise...* —Repitió lentamente la letra—. Me está gustando mucho, pero espero que mañana me guste mucho más. —Pasó su mano de mi cintura a mi tripa y me pegó más a él.

Me dejé llevar por la canción y bailaba como si nadie nos estuviese mirando. Movía las caderas, ya pegadas a su cuerpo, y sus manos comenzaron a recorrerlas. Estaba pidiendo a gritos que me desnudase. Me di la vuelta y pasé mis manos por su cuello, jugueteando con mis uñas en su nuca. Su mano bajó por la parte que el vestido no cubría mi piel, hasta dejarla muy cerca de la zona más indecorosa de mi cuerpo. Había tan poco espacio entre nosotros dos, que no era capaz de pensar con claridad. Metí mis manos por dentro de su americana y las subí por su pecho. Por un pecho que se movía acelerado por su respiración. Alcancé su cara con mis manos y la pegué a la mía. No pretendía hacerlo, no pretendía acercarme tantísimo al peligro, pero es que el deseo estaba creciendo sin medida. Gracias a los tacones de doce centímetros, ya no había tanta distancia entre nosotros. Nuestras bocas estaban cerca, peligrosamente cerca.

—Eres muy sexy. —Rozó su nariz con la mía.

—Puedo ser muchas cosas, pero no sexy.

—Eres la mujer más sexy de esta sala. Sin saberlo, lo eres. —Se acercó más a mi boca. Podía sentir su respiración muy cerca de mí.

—Muchas gracias. Tú sabes que eres sexy.

—Tengo la nariz grande, las orejas grandes...

—Todo grande. —Ronroneé sin querer hacerlo. A mí me vino a la cabeza todo lo grande que tenía.

—Eres un bicho.

—Eso sí, un bicho muy peligroso. —Le guiñé el ojo mordiéndome los labios.

—Sexy y descarada. Una mezcla que me dará dolores de cabeza, pero por ti —se acercó a mis labios, los rozó y subió su boca hasta mi oreja para susurrar—, por ti estoy dispuesto a quemarme en el infierno.

Me besó en el hueco que deja la oreja en el cuello y me estremecí. Solté un gemido casi inaudible, pero por la sonrisa que Alex tenía en la boca, sabía a la perfección que me había estremecido con aquel beso.

Siguieron las actuaciones, los bailes, las copas y la presentación de Mariola en sociedad. Cualquiera se acercaba y se presentaba. Supongo que muchos porque eran amigos de Alex, otros porque me conocían de otras fiestas. No sé con cuantas personas diferentes pude tomar algo aquella noche. Eran las cuatro de la mañana y los últimos rezagados no querían ni marcharse. Muchos habían subido a habitaciones del hotel reservadas.

—Chicos, yo creo que es hora de macharse. —Alex le dio un sorbo a su copa de whisky.

—Una fiesta increíble, chicos. Lo habéis montado de lo lindo. Mariola, eres muy buena.

—Gracias... —intenté recordar su nombre.

—Steve. Soy Steve.

—Perdona, pero es que he conocido a tanta gente que soy incapaz de recordar todos los nombres. —No era del todo verdad.

—Pues yo el tuyo no lo voy a olvidar. —Estaba intentando ligar descaradamente conmigo y era uno de los amigos de Alex.

—Claro que sí, Steve. Mañana no recordarás su nombre, ya nos conocemos. —Alex le dio un par de palmadas en la espalda.

—Cómo olvidarme de una mujer como ella. —Me alejé de ellos, pero podía escucharlos—. Nos vemos la semana que viene. Hemos quedado el jueves para cenar todos. Anímate, que hace mucho que no nos vemos.

—Esta vez no me pierdo la cena.

—La está organizando Ross, así que no sé qué saldrá.

—Tengo muchas ganas de ver al resto.

—Bueno, pues nos vemos el jueves. —Se abrazaron y Steve se marchó.

Yo estuve hablando un rato con los jefes. Todos estaban encantados con la comida, con el baile y con todo en general. Me alivió bastante saberlo. Después de todo el trabajo, mereció la pena las horas sin dormir. Los jefes se marcharon a casa y nosotros nos quedamos solos en la sala.

—Ha salido todo muy bien.

—Sí, no ha estado mal. —Me senté en el escenario para descansar—. Creo que es hora de marcharme a casa. Mis pies no aguantan más. —Me levanté un poco el vestido y tenía los pies a punto de reventar.

—Eso tiene solución. —Me quitó lentamente las sandalias y empezó a darme un masaje.

—Dios mío, qué manos tienes. —Volví a ronronear suavemente—. Gracias.

—De nada. —Siguió dándome un masaje por la pierna, subiendo peligrosamente.

—Creo que es hora de que me vaya a casa. Me da a mí que mañana voy a tener un poco de resaca. Esto de conocer a mucha gente en una noche y tener que tomar algo con cada uno de ellos, no va a ser bueno para mi hígado.

—Sí. —Me cogió de la cintura y me bajó del escenario.

—Subiré a por mis cosas.

—Te acompaño.

Nos montamos en el ascensor y los pisos pasaban muy lentos. Llegamos a la habitación y fui donde tenía mis cosas para recoger todo. Alex se quedó en el salón.

—¿Una última copa? Luego nos vamos a casa.

—Vale. —Le dije desde la habitación mientras recogía.

Cuando fui al salón se había quitado la corbata y deshecho de la americana. Me quedé mirándole unos segundos. Al verme me ofreció la copa.

—Gracias.

—Ha sido una noche interesante. —Me observaba apoyado en una de las columnas.

—Me pones nerviosa.

—¿Por qué?

—Es la forma en que me miras. —Le di un trago largo a la copa—. Haces que me estremezca, Alex.

Nos quedamos unos segundos en silencio y lo único que quería era apurar hasta la última gota de aquella copa.

—¿Has encontrado ya la clínica?

—No. —Me senté agotada en uno de los sofás.

—Frank conoce una muy buena en Arizona. Se llama *The Meadows*. Es la mejor que hay.

—Ya la vi, pero se va un poco de presupuesto.

—Frank ya ha hablado con ellos. Tienen que ver análisis e historial, pero no será ningún problema.

—Eso será algo a lo que buscarle una solución mañana, ¿no crees? —Acabé mi copa.

Él se quedó allí de pie, observando cómo me iba de la sala y yo no me di la vuelta mientras lo hacía. Me sentía cada vez más nerviosa estando a su lado. No me quería marchar de aquella habitación, no quería pasar el fin de semana sola en casa. Entré en la habitación y observé la ropa que tenía sobre la silla. Comencé a recogerla y meterla en la bolsa. Me temblaban las manos al hacerlo. Respiré un segundo, me miré en uno de los grandes espejos que había en la habitación y cerré los ojos.

—Mariola, no seas imbécil. No te comportes como una niña. Te gusta mucho. —Abrí los ojos y me observé—. No tienes nada que perder y mucho que ganar. —Me recoloqué el vestido—. *Go big or go home, baby*^[11]. —Levanté una ceja y me sonreí.

Estaba revisando el móvil. No me habían parado de entrar e-mails durante toda la fiesta y me estaban a punto de colapsar la bandeja de entrada. Reuniones de la cadena y un par de la clínica de desintoxicación que me había reenviado Frank.

—Alex.

La voz de Mariola sonó detrás de mí. Supuse que estaba lista para irse a casa. Me levante y me di la vuelta lentamente.

—Sé que me has pedido que vayamos despacio —se acercó a mí muy decidida sin un ápice de duda al hablar—, que nos lo tomemos con calma. Yo te he dicho que sí. Es lo que mi cabeza

quiere. —Se situó delante de mí—. Pero no es lo que mi corazón me pide.

Respiró un par de segundos y se pegó a mí. Me agarró de la cara y se lanzó contra mis labios. Comenzó con un lento ataque sobre ellos. Primero pasó los suyos con delicadeza sobre los míos, como si estuviese esperando algún tipo de oposición por mi parte. Pasé mis manos por su espalda y aproveché para borrar el poco espacio que quedaba entre nosotros. Quería sentir cómo se estremecía con aquel beso. Su lengua comenzó a abrirse paso mi boca y, joder, aquella mujer era capaz de excitarme con un solo beso. Me separé de ella unos segundos. ¿Qué sería de mí si no paraba en aquel momento?

—¿Estás segura? No quiero que todo esto sea efecto del alcohol. Si pasamos la noche juntos, quiero que mañana recuerdes cada beso, cada caricia y cada segundo de esta noche. —Acaricié su espalda con un dedo y, de nuevo, se estremeció entre mis brazos.

—Lo quiero todo y lo quiero ahora.

No esperé ni un segundo para devorar su boca. Necesitaba más besos, más caricias, más Mariola, mucho más. Señor, tenía que tomármelo con tranquilidad o iba a arrancarle la ropa y no quería perderme ninguno de sus gestos, no iba a desperdiciar ni uno solo de sus gemidos. Quería disfrutar desnudándola, acariciando cada parte de su cuerpo, besando cada hueco de su piel. Pasé mi lengua desde su esternón, recorriendo su delicioso cuello, hasta llegar a su boca.

—Madre mía, Alex. ¿Por qué... —Su voz estaba entrecortada y su respiración se aceleraba a cada una de mis caricias—. ¿Por qué coño no hemos hecho esto antes?

—Y no hemos hecho nada más que empezar —lamí sus labios entre susurros—, nena.

Escuché un gemido que salió de su boca e hizo que mi excitación creciese hasta toparse con mi pantalón. Pude mirar un segundo en sus ojos y sus pupilas estaban completamente dilatadas. Sus ojos, ya grandes de por sí, parecían enormes. Sus labios, humedecidos e hinchados por los besos, parecían mucho más apetecibles, si aquello podía ser posible.

Comenzó a desabrocharme lentamente los botones de mi camisa sin dejar de mirarme a los ojos. Eso me encantaba de ella, nunca lo dejaba de hacer. Sus manos se metieron por dentro de mi camisa, subiendo por el pecho en dirección a los hombros y se deshizo de ella, de la misma manera que me quitó la americana la noche que nos conocimos, con el mismo descaro que tanto me gustaba. Sacó lentamente la camisa del pantalón del traje, despacio, como si para ella fuese un ritual. Pasó sus manos por mi pecho, clavando levemente las uñas y tuve que ahogar un gemido en mi garganta.

Se separó de mí, se llevó un dedo a la boca y jugueteó con él. Ladeó la cabeza observándome, levantó una ceja y esbozó una gran sonrisa, acompañada de un ronroneo. No hizo nada más. Se dio la vuelta, se soltó la pequeña cremallera del vestido, y comenzó a bajárselo lentamente, hasta que cayó a sus pies. Dejó a la vista su precioso cuerpo lleno de curvas, enfundado en un sugerente culotte negro sin nada más. Se dio la vuelta con el brazo cubriendo su pecho y extendió su otra mano.

—Eres tremendamente sexy, Mariola.

Tiré de su mano libre, obligándola a pegarse a mi cuerpo, bajé mis manos por su espalda y me aferré a su culo, elevándola del suelo y obligándola a que se sujetase a mi cadera con sus piernas.

—Va a ser una noche muy interesante descubriendo el significado de cada uno de estos tatuajes.

Sus caricias me llevaron a una noche llena de placer. Rocé el cielo de Nueva York con la punta de mis dedos. Fue sexy, salvaje, dulce y pasional. Era una mezcla a la que era imposible

resistirse.

Me levanté de la cama, cogí su camisa y me fui al baño. Me miré en el espejo un instante y tenía un brillo diferente en los ojos. No, no era por lo que acababa de suceder, bueno, sí. Sí era en parte por todo lo que acababa de suceder, pero aquello iba más allá. Yo necesitaba comprobar si lo nuestro se iba a quedar en un calentón de los que se podían apagar rápido o si había química entre nosotros. Llevábamos tanto tiempo deseando aquello, que me aterraba pensar que no iba a existir una chispa más allá del sexo. Aunque en el momento en que recorrió mi cuerpo con sus dedos, supe que estaba perdida. Éramos como dos trenes con mercancías peligrosas a punto de chocar.

Estaba relajándome bajo el agua en forma de lluvia de aquella maravillosa ducha, cuando escuché unos nudillos en la puerta.

—Adelante. —Alex entró con una sonrisa en la boca.

—¿Me haces un hueco? —Señaló el agua.

—Siempre. —No me moví de debajo del agua y no dejé de observarle.

—Me encanta que no trates de esconderte. —Se pegó a mi cuerpo aprovechando para acariciarme la cara.

—Llevo treinta y pico años con él, ya le he cogido cariño. Me he hecho a cada cicatriz, a cada curva y a cada marca que han dejado los años.

Aquel momento en la ducha fue tan íntimo, tan normal, que podía haber dado la sensación de que llevábamos juntos una década. Al salir de la ducha me pasó una toalla y no dejó de mirarme ni un segundo mientras me secaba. No era una de esas miradas de deseo, que también, era algo más. Me miraba de una forma que no me habían mirado nunca. Alex se tumbó en la cama y yo fui al minibar a por un par de botellas de agua. Entré en la habitación y me quité la toalla para meterme con él.

—¿Cómo es posible que no nos hayamos conocido antes, Mariola?

—Porque hubiese sido el fin del mundo como lo conocemos.

Me quedé en silencio unos segundos escuchando la música que sonaba y sonreí.

—Me gusta mucho esta canción de Adele.

Sonaba *All I Ask* y me quedé unos segundos escuchando la letra.

—¿Tienes miedo a lo que pueda pasar? ¿A lo que pueda venir después? —Alex me invitó con su brazo a apoyarme en su pecho.

—¿Miedo? —Acepté su invitación—. No se puede vivir con miedo. Ni al fracaso ni al éxito.

—Es una buena forma de vivir. —Alex comenzó a acariciarme la espalda.

—Esta vida es demasiado corta como para tener miedo a hacer las cosas, a sentir, a explorar o a equivocarte. ¿Qué te caes? Pues te sacudes las rodillas, te pones un par de tiritas y vuelves a correr.

—Hablas como si te hubieses tropezado muchas veces en la vida. —Me besó en la frente y le miré.

—Me he tropezado unas pocas, me he tambaleado otras tantas y me he caído bastantes, pero me he levantado siempre. —Apoyé mis manos en su pecho y sobre ellas mi barbilla—. Mira, cuando llegué a Nueva York tenía una mano delante y otra detrás. Las cosas no salieron como tenía planeadas. Pero en esta vida, nada sale como imaginas. —Cerré los ojos unos segundos y sonreí—. No tenía planeado enamorarme de un tío que me engañase. No planeé que involucrase a mi mejor amiga, a mi hermana, en asuntos de los que, si no nos hubiésemos dado cuenta a tiempo, podían haber acabado con ella. —Respiré profundamente y me tragué las lágrimas que estaban a punto de brotar—. Como tú no planearías que tu exmujer os abandonase.

—Tienes razón, la vida es mucho más dura de lo que nos enseñan. —Por mucho que tuviese su gesto serio, comenzaba a ver en sus ojos y me encantaba—. Y no siempre es buena.

—La vida es un regalo, el mayor. Si yo no hubiese tenido aquella mala experiencia y tú siguieses casado no nos hubiésemos cruzado. —Le sonreí—. No planeé conocerte y mira dónde estamos. Tú no entrabas en mis planes y yo no encajaba en los tuyos.

—Tienes una forma de vivir la vida tan intensa, tan auténtica, que estar a tu lado sí que es un regalo.

—¿Tú tienes miedo a lo que pueda venir después? —Repetí las palabras de la canción de Adele que estaba terminando.

—No tengo miedo de lo que pueda pasar. He aprendido que la vida te quita cosas, pero en otras ocasiones, te hace regalos como tú. Me alegro mucho haber ido aquel día a la fiesta y que Frank me obligase a ir con él a la cena con Justin. —Se acercó a mis labios—. Y en algo estás equivocada. Encajas a la perfección en mi vida, aunque estés a punto de ponerla patas arriba y volverme loco.

Me besó y sentí como todos los poros de mi cuerpo estallaban. No, no era solo química. Nosotros juntos éramos la puñetera tabla periódica de los elementos.

A la mañana siguiente cuando me desperté estaba sola en la cama. Antes de abrir los ojos, busqué a Alex con el brazo, pero no estaba. De repente, comenzó a llegarme el maravilloso olor de café recién hecho. Abrí los ojos y tenía las lentillas reseca, parecía que se me iban a caer los párpados. Después de parpadear varias veces, me encontré con Alex delante de la ventana, en calzoncillos y sin nada más. Oh sí, yo quería despertarme así el resto de mis días.

—Buenos días.

—Buenos días, Alex.

—¿Qué tal has descansado? —Se sentó en la cama con un café en la mano.

—Hacía semanas que no descansaba tanto. —Sabía que se me estaba poniendo cara de idiota.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana?

—Como los chicos no están, iba a quedarme en casa organizándola un poco para Sonia y la niña.

—Tengo una proposición para ti.

—Si es indecente, ya sabes mi respuesta. —Le guiñé un ojo y le arrebaté la taza de las manos.

—Ese es mi café.

—Bueno, no te vas a poner ahora tiquismiquis en cuestión de compartir cosas. Que me has escuchado gritándole al cielo y con los tobillos en las orejas.

—¿Qué... —Su cara era un poema. Él se esperaba una dulce princesa al despertar y se había encontrado la loca del cuento en la cama—. Vale. —Sonrió mordiéndose un poco el labio—. ¿Qué te parece si pasamos el fin de semana juntos?

—Me parece perfecto. Está muy bueno. —Me llevé el café a la boca—. El café también.

—Sí, me vas a poner la vida del revés, Mariola.

—¿Y lo que te vas a divertir? Vas a salir de esa vida tan encorsetada que llevas.

Alex no tenía ni idea de cómo una loca como yo podía ponerle la vida del revés, de enderezarla, hacerle un *looping* invertido y hacerle bajar a doscientos kilómetros por hora y sin frenos. Pero parecía estar dispuesto a comprobarlo.

Cuando recogimos todo pasamos por su oficina antes de salir del hotel. Tenía unas vistas privilegiadas de gran parte de la ciudad. Mientras Alex recogía algunas cosas del despacho, yo observé todos los detalles de aquella habitación. Tenía varias fotos con Jason, una en el campo de los *Yankees* bateando, otra en el Madison Square Garden con los *Knicks*, con el equipo al completo. Había otra foto de su hermano en un poblado indígena y otra de una pareja en una preciosa cabaña al lado de un lago.

—¿Son tus abuelos?

—Sí. —Alex se acercó a mi lado y cogió la fotografía en sus manos—. Magda y Edgard. Eran increíbles.

—Ya sé de dónde has sacado esos ojos. —Observé detenidamente a la abuela—. Era guapísima y tu abuelo no se queda atrás. Te llevaste demasiados buenos genes.

—Sí. —Parecía que mirar aquella fotografía seguía doliéndole—. Les hubieras encantado, sobre todo al abuelo. Seguro que hubiese tratado de ligar contigo y me temo, con toda seguridad, que lo habría conseguido —esbozó una sonrisa al decirlo—. Era todo un caballero.

—Seguro que me habría enamorado de ellos.

—Sí. —Alex no parecía estar allí conmigo.

—Jason alucinaría el día que bateó. —Cambié de tema para no seguir metiendo el dedo en la llaga.

—Fue un día increíble.

—Cualquier niño fliparía con ello.

—¿Fliparía? —Me miró reprobando aquella palabra.

—Sí. Fliparía. ¿Algún problema con mi vocabulario? —Me acerqué a él con los labios fruncidos, simulando enfado.

—Ninguno. —Levantó las manos—. Cuando quieres eres muy educada, otras veces...

—¿Otras veces?

—Hablas raro. —Me besó tratando de despistarme—. Pero me encantas.

—Tú a mí también me gustas un poco, aunque hay veces que eres un pelín estirado. Tienes que desestirarte un poco más.

—Hay veces que hablas como mi hijo. —Cuando hablaba de Jason se le iluminaba la cara.

—Es un chico listo. —Me quedé unos segundos abrazada a su cintura—. ¿Qué te parece si nos vamos y comemos hoy con él?

—Quería pasar el día contigo.

—Lo sé. No hay nada que me gustaría más, pero podemos comer con él, pasar la tarde los tres juntos. Además. —Cerré los ojos y respiré—. Te echa de menos. Esta semana no habéis estado casi juntos.

—¿Cómo lo sabes? —Me separó de él y estaba sorprendido de que yo tuviese aquella información.

—Me ha llamado un par de veces por la noche.

—Hemos estado toda la semana trabajando juntos y se te ha olvidado mencionar ese pequeño detalle.

—Solo quería hablar conmigo un rato. Además, cuando me llamó, estaba sola en la oficina. Me gusta mucho hablar con él.

—Te llamó el martes y el miércoles, ¿no? —Me observó.

—¿Cómo lo sabes?

—Le oí hablar con alguien, pero no pensaba que fueras tú. Pero era demasiado tarde para que te molestase. —Parecía preocupado.

—Fui yo quien le dio los números para que me llamase cuando quisiese.

—Pero no a esas horas, Mariola.

—A esas horas y a cualquiera. Estaré disponible para él cuando me necesite.

—¿Y para mí? —Empezó a darme besos por el cuello.

—No sé. Tendrás que convencerme un poco más. Tu hijo se ha ganado más rápido que tú ese privilegio, Alex. —Siguió besándome. Paró y me miró—. ¿Por qué paras? Si quieres ganarte más privilegios, te lo tendrás que currar, señor trajeado. —Le miré levantando una ceja.

Mientras nos estábamos besando y nos sumergíamos en nuestro mundo, escuchamos que sonaba su teléfono, al que no hicimos el más mínimo caso. Dejó de sonar y a los segundos una llamada entró en el mío.

—Deja que suene. —Alex no se separaba de mi boca.

—Espera. —Cogí el teléfono a regañadientes—. ¿Sí?

—Hola, Mariola. ¿Estás con papá?

—Sí.

—¿Me lo pasas, porfi?

—Claro. —Le pasé a Alex el teléfono y me aparté de él, pero me agarró de la mano impidiéndome.

—Anoche acabó la fiesta demasiado tarde y no te quería despertar al llegar, así que me quedé en el hotel. —De repente algo que le dijo Jason le hizo sonreír nervioso—. Ahora vamos a casa. —Colgó el teléfono y se quedó observándolo unos segundos con los ojos muy abiertos—. Creo que vamos a tener un buen interrogatorio cuando lleguemos.

—Por eso mismo, tú vas a casa a enfrentarte a tu pequeña inquisición y yo a la mía a cambiarme de ropa. En cuanto termine me paso por la tuya y decidimos qué hacer hoy.

—De acuerdo, pero esta noche tendremos esa cita que no pudimos tener.

—Te tomo la palabra. —Le besé.

Al llegar a casa todo estaba en silencio. Dejé la bolsa en mi habitación y aproveché para tumbarme unos minutos en la cama. En mi cabeza se reprodujo a cámara lenta la noche anterior. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo e hizo que tuviese que meterme en la ducha para bajar el calor que estaba a punto de consumirme. Seguía sintiendo sus manos, sus labios, su...

—Mariola, quítate este calentón de encima o no sales de casa hoy.

Tras ducharme llamé a Sonia para ver cómo estaba.

—Hola, cariño. ¿Qué tal estás?

—Bien. Mike y Justin me están ayudando mucho. Además, Frank está muy pendiente de mí. — Escuché un pequeño suspiro.

—Me gusta.

—¿El qué?

—Ese tono que usas cuando hablas de él y los suspiros que se te escapan.

—No se me escapa... —Sonia se quedó unos segundos en silencio—. ¿Qué tal la boda?

—Buena táctica cambiando de tema, Sonia. Ya te contaré cuando vuelvas.

—¿Mucho que contar?

—Cuando vuelvas.

—¿Te has acostado con él?

—Cuando vuelvas.

—Eres una petarda asquerosa. Dame algo jugoso para sobrevivir un poco, no estoy bien. —Su voz sonó diferente.

—No me hagas chantaje, que no cuela. Hablamos cuando vuelvas. Te quiero.

—Te quiero. —Me colgó entre falsos lloriqueos.

Nada más abrir la puerta de casa comenzó mi interrogatorio. Jason me cogió de la mano sin decirme nada más, me obligó a sentarme en el sofá y se sentó en la mesa que tenía justo enfrente. Apoyó los codos sobre sus rodillas, situó su cara entre las manos y me observó. Estuvo un buen rato en silencio y a mí me comenzaron a sudar las manos.

—¿Por qué no has venido a dormir?

—Ya te lo he dicho antes. La fiesta acabó muy tarde y no te quería molestar.

—Claro. —Se frotó la barbilla y negó con la cabeza—. ¿Y Mariola?

—¿Qué pasa con ella?

—Estabais juntos.

—Teníamos una reunión.

—Eso no es lo que me ha dicho el tío. —Jason miró a Brian, que estaba sentado comiendo algo en la cocina.

—A mí no me mires. Este hombrecito es muy listo y ata cabos rápidamente.

—Y tú le has ayudado.

—No.

—Sí. El tío me ha dicho que habrás dormido con ella.

—Sí. —Respondí sin pensar demasiado en que Jason me estaba liando para sacarme la verdad.

—Así que sí que has dormido con ella.

—No. —Traté de que no se me notase la mentira.

—Tío, te han pillado.

—Pensaba que no teníamos secretos, papi.

—Claro que no, cariño. —Me senté a su lado en la mesa.

—Ya sé lo que me vas a decir. Que cuando sea mayor entenderé las cosas. —Movié las piernas sonriendo—. ¿Entonces es tu novia?

—Somos amigos.

—Vale. —Frunció la boca y sonrió.

—¿Qué te pasa?

—Que me gusta, ya te lo dije. Se preocupa por mí. El otro día le llamé y me escuchó. No como hacen otros mayores que me dicen que sí para que me calle. Ella me escucha, deja que hable y luego habla ella. Por eso me gusta.

—A mí también me gusta, cariño. Mucho.

—¿La quieres?

—Aún es pronto para decir eso. —Mi hijo me hizo pensar en esas dos palabras—. Pero creo que podría hacerlo.

—Vale. —Me abrazó fuertemente—. Te quiero, papi.

—Yo también te quiero, enano.

—¿Qué vamos a hacer hoy?

—¿Qué te parece si vamos a un partido?

—¿Sí?

—Sí. *Ve a prepararte que en un rato tenemos que ir a buscar a Mariola, si te parece bien.*

—Genial. —*Salió corriendo para prepararse.*

—*Hermanito, hermanito. Yo diría que te estás enamorando. Por lo poco que he visto, te gusta mucho esa chica. —Lo dijo medio cantando.*

—*Brian, para. Que nos conocemos y sabemos que te puedo.*

—*Sí, sí. Tú tendrás más músculos que yo, pero sigo corriendo mucho más rápido.*

—*Vale, Brian. Lo que tú digas. —Negué con la cabeza sabiendo que mi hermano era capaz de sacarme de quicio en dos segundos—. Prepárate tú también si quieres venir con nosotros.*

—*No puedo. He quedado con mamá. Quiere hablar conmigo de algo. Parecía preocupada. —Metió la taza en el lavavajillas—. ¿Hace cuánto que no hablas con ellos?*

—*Seis años. —No me gustaba hablar de ellos.*

—*Creo que deberíais arreglar las cosas. Después de lo que he visto en los sitios que he estado, sé que la vida es corta.*

—*No me apetece hablar de ellos ahora mismo. No quiero echar a perder el día.*

—*De acuerdo.*

Recibí una llamada de Alex avisándome de que ya estaban esperándome abajo. Cuando bajé a la calle vi a Alex y a Jason fuera del coche. Alex le estaba haciendo cosquillas al niño y este se estaba retorciendo de risa. Era una imagen muy tierna.

—*Hola, Mariola. —Jason se me acercó y me tiró del vaquero.*

—*Hola, cariño. —Me agaché.*

—*¿Tú y papá sois novios?*

—*No. —Miré a Alex sonriendo—. Somos amigos.*

—*Yo quiero que seáis novios.*

—*Ya hablaremos de eso cuando suceda. —Alex trató de salir airoso.*

—*Pero no me mintáis. —Nos miró a los dos fijamente.*

—*No, cariño. —Alex le subió al coche y tras ponerle el cinto, cerró la puerta.*

—*¿Si sucede?*

—*¿Qué quieres que le diga? No veas el interrogatorio que me ha hecho. Gracias a las ideas de mi hermano, Jason tenía una historia truculenta montada en su cabeza.*

—*Qué mente tiene.*

—*Demasiada para su edad, diría yo.*

—*Yo a su edad también era así. Preguntaba mucho, me interesaba todo y no he salido tan mal.*

—*Nada mal. —Me besó e hizo que rememorase la noche anterior. Pegué mi cuerpo a él y tuve que separarme al darme cuenta de que estábamos en medio de la calle.*

—*Ufffff. —Me acaricié la barbilla—. Vale... Por cierto, ¿a dónde vamos?*

—*A ver un partido de fútbol americano.*

—*Me encanta. Tíos supercachas con pantalones ajustados repartiendo estopa.*

—*¿Perdón?*

—*Sí. —Nos montamos los dos en el coche—. Supercachas. —Hice un gesto de músculos con los brazos.*

Alex no pudo evitar reírse, mientras yo seguía con la pose de gimnasio y repitiendo supercachas un par de veces.

Cuando llegamos al estadio, aquello me pareció un gran espectáculo. Después de llevar ocho años viviendo de Nueva York, era la primera vez que asistía a un partido. Cuando entramos y

fuimos a nuestros sitios, me fijé en que estábamos en la mejor zona, Sección 111 C. En primera fila para ver bien todo.

—¿Queréis algo de beber? Voy a ir a por unas cervezas y algo de comer.

—Ya voy yo, Mariola.

—Ni de coña. Si me quedo a solas con el pequeño inspector, me hace a mí el quinto grado. — No quería quedarme a solas con Jason. Más que nada porque iba a soltarlo todo con dos preguntas.

—Bajas por aquí —puso su mano en mi cintura y me susurró al oído—, pasas el túnel y a la derecha encuentras la zona VIP. —Apretó su paquete contra mi culo—. Pide lo que quieras.

—No lo tienen en carta, ya te lo digo yo. —Eché para atrás mi culo e hice un par de movimientos frotándome, que eran casi imperceptibles.

—Eres mala. —Lo susurro pegado a mi cuello.

—No me provoques o me encontrarás.

—Que lo añadan a mi cuenta.

—Lo que tú digas, Alex. —Eso no se lo creía ni él.

Llevaba una tarjeta colgada del cuello que me entregó Alex. No me había fijado ni en lo que ponía. El chico de seguridad que estaba para impedir el paso a quienes no llevaban acreditación, nada más verme me dejó pasar. Según entré, varias personas se dieron la vuelta para mirarme y supuse que porque era la desconocida que entraba con vaqueros rotos a por unas cervezas. Opté por no quitarme las gafas de sol, así no podrían ver cómo entornaba los ojos mandándoles a la mierda. Pedí las cervezas, un zumo y algo de comer. Tuve que esperar un rato a que el chef que allí había me lo preparase todo. Me puse a ojear una revista de la NFL^[12] que había por allí, cuando empecé a escuchar una conversación sobre la fiesta de la noche anterior.

—Estuvo genial. Había un ambientazo de muerte.

—Tenía una gala benéfica a esa misma hora.

—¿Y qué tal el gran anfitrión? Ya he visto alguna foto.

—¿Foto? —Lo susurré para mí—. Imposible tan rápido.

—En TMZ^[13]. —Observé con cuidado cómo le enseñaba el móvil—. Mira que está bueno el tío. Si yo le pillase.

—Yo lo intenté, pero pasó bastante de mí. Y de todas las chicas que le revolotearon durante toda la noche. Mira, ¿ves a esta chica? —Apuntó con su dedo en el móvil.

—Sí.

—Estuvo pendiente de ella toda la noche. El pie de foto dice que es su pareja. Que se les ha visto unas cuantas veces juntos. —Una de ellas se acercó el móvil y leyó—. «*El conquistador del Four Seasons parece que ha encontrado con quien disfrutar sus noches de soledad. ¿Estaremos a punto de descubrir si esta organizadora de eventos es capaz de enderezar la vida al gran gigoló de Nueva York?*».

Las dos se quedaron observando atentamente el móvil. Yo estaba tratando de asimilar aquellas palabras.

—No es su tipo. —Una de ellas apartó el móvil—. Se cansará de ella igual de rápido que de las demás.

—Pues a mí me gusta. —La otra chica seguía mirando la fotografía—. Me encanta el vestido que lleva y organiza unas fiestas increíbles.

—¿Tú de qué lado estás?

—¿Cómo que de qué lado?

El camarero me dejó mi pedido sobre una de las bandejas y me alejé para no escuchar nada

más. Según giré la esquina, saqué el móvil con mi mano libre para buscar aquellas dichas fotos. No me podía creer que se hubiesen filtrado. Ni siquiera había recibido las del fotógrafo oficial de la fiesta.

Llegué hasta nuestros sitios y no dije nada. No quería estropearles el día a los chicos, así que me lo guardé para cuando fuese el momento, aunque me moría de ganas por ver qué había en aquella web. No tardó mucho en empezar a sacar humo mi móvil. Mensajes de Linda, de Michael, de Sasha, de varios compañeros de trabajo y de Justin. Carraspeé con el móvil en la mano y cuando noté la mirada de Alex sobre mí, lo guardé entre las piernas disimuladamente.

—¿Estás bien?

—Se han filtrado fotos de la fiesta. —Saqué el móvil y se las mostré.

—¿Cómo? —Lo cogió y empezó a ver la web.

—Han salido en TMZ.

—Siempre sacan la mitad de las noticias inventadas para generar más audiencia.

—No sé cómo se han filtrado, ni quién ha tenido la poca vergüenza de hacerlo.

—«*El conquistador del Four Seasons ... Noches de soledad...*» —Lo leyó negando continuamente con la cabeza.

—Ya. —Le quité el móvil para que no siguiese leyendo—. En cuanto acabe el partido trataré de hablar con el fotógrafo.

—No te preocupes, siempre salen noticias así. Parece que quieren que sienta la cabeza y creen que tú eres la indicada.

—El gigoló y la organizadora. —Sonreí para quitarle hierro al asunto—. Parece una película de sábado por la tarde.

Jason estaba ajeno a nuestra conversación. Lo dejamos para más tarde. Comenzamos a ver el partido y nos ayudó a olvidarnos de aquellas fotos y de los comentarios desafortunados que seguramente estaban empezando a colapsar internet.

Después del partido fuimos a casa de Alex para que Jason descansara. Según llegamos el niño se quitó las zapatillas, se tumbó en el sofá y puso una película. Nos sentamos con él y a los segundos comenzó a sonar el teléfono de Alex. Se levantó del sofá, resopló y se marchó a su despacho. No le oía muy bien, pero no parecía una conversación demasiado agradable.

—Lo sé... No es mi problema, Brian...Me da igual.

Tapé a Jason con una manta mientras dormía y me acerqué al despacho de Alex. Estaba sentado con las manos en la cara, negando con la cabeza. La puerta estaba abierta, pero llamé para no asustarle.

—¿Todo bien?

—Sí. No te preocupes.

—¿Sigue en pie nuestra cita? —Me senté justo delante de él, sobre la mesa.

—Por supuesto. —Empezó a acariciarme las piernas.

—Alex, tu hijo está en el salón echándose la siesta.

—Duerme como un lirón. —Empezó a besarme las rodillas—. Necesito saber que estás aquí, Mariola.

—¿Estás bien? —Le cogí la cara—. Ya sabes que puedes contármelo, lo que sea.

—No quiero que mi mierda estropee nuestro día.

—Alex, nada va a estropear el día. Pero esa llamada te ha cambiado la cara. ¿Es por las fotos?

—No, eso me da igual.

—¿Por los comentarios que han salido? —Ladeé la cabeza.

—Mariola, llevan años hablando de mí. Me da igual lo que digan. —Se levantó y me acarició

la cara—. No te preocupes por eso.

Salió del despacho y me quedé unos segundos pensando y oí la puerta de casa cerrándose con un gran golpe. A los segundos escuché a Brian y a Alex discutiendo por cosas que no comprendía. Al salir, vi a Brian en una habitación recogiendo cosas y a Alex en la cocina, sirviéndose un café.

—No sé cómo puedes ser así, Alex.

—Tú no sabes bien todo lo que pasó ni siquiera estabas allí. Te fuiste a hacer del mundo un lugar mejor, mientras tu familia se desmoronaba.

—¿Por qué te crees que me marché?

—Nunca me lo dijiste. Decidiste poner miles de kilómetros de por medio. —Alex se estaba enfrentado a Brian muy enfadado.

—¿Ni ahora vas a dar tu brazo a torcer? ¿Después de lo que te he contado?

—Me da igual.

—Joder. —Brian se fijó que yo estaba allí—. Mariola, hazle tú entrar en razón.

—A ella no la metas en esta mierda.

—Chicos, tranquilizaos. En esta vida todo se puede hablar y solucionar, sin tener que llegar a gritarse.

—Mariola, por favor, no te metas. —Alex ni siquiera me miró.

—Tengo que marcharme y solucionar varios temas antes de la cena. Luego hablamos, Alex.

—A las ocho paso a recogerte.

Recogí mi bolso y me marché mirando a los dos hermanos. Estaban uno delante del otro, esperando a que yo me marchase, para seguir con su guerra. No tenía ni idea de lo que había pasado para que, de un día a otro, aquellos dos quisieran matarse. Nada más llegar a casa llamé a Linda para ver cómo podíamos contener todas las fotos. Ella me dijo que se estaba encargando de todo aquello. No me podía creer que siguiésemos teniendo a algún topo en la oficina, que seguramente se estaba llevando una buena cantidad de dinero por filtrar las noticias.

Durante un buen rato traté de rastrear las fotos con mi acceso remoto al servidor de la oficina. Pero las únicas personas que teníamos acceso a aquellas fotos éramos los jefes y yo. Y ni siquiera nosotros teníamos las originales. Me metí de nuevo en TMZ y revisé las fotos que habían colgado. Aquellas no eran las del fotógrafo. Algunas estaban desenfocadas y con mala iluminación. Estaban hechas con un móvil. Me las descargué en una carpeta para revisarlas a fondo en el trabajo. Tal vez podía ver en algún espejo quién las había hecho. Sí, me encantaban las películas de detectives y, de no haber estudiado Relaciones Públicas, me hubiese decantado por ser policía.

A las ocho en punto sonó el portero. Alex tenía puntualidad inglesa. Cuando bajé, estaba apoyado en el coche y al escuchar la puerta del portal, me miró sonriendo.

—Estás preciosa.

—Me he arreglado, no vaya a ser que mañana salgamos en la primera plana de algún periódico. —Sonreí—. Además —me acerqué a su oído para provocarle—, me he puesto bragas por si hay algún fotógrafo debajo de la mesa.

De su boca salió una gran carcajada.

—Gracias. —Me besó—. Gracias por hacerme sonreír.

—Cada vez que necesites una —hice un gesto con la mano de un teléfono.

Alex condujo en silencio unos kilómetros y cuando cruzamos el puente de Brooklyn, supe cual era el destino de nuestra cita, *The River Cafe*. El lugar dónde íbamos a cenar la primera noche que quedamos y la cita se vio truncada por Frank y Sonia. Cuando entramos en el restaurante, y el camarero nos llevó hasta nuestra mesa, descubrí las mejores vistas de Nueva York. Las teníamos

justo delante de nosotros.

Comenzaron a servirnos el menú de degustación.

—Me encanta este lugar.

—Y queda mucha noche por delante. Espero que te hayas preparado porque será solo para nosotros. —Me miró fijamente, pero estaba demasiado serio. Había vuelto a ser el trajeado estirado de la primera vez.

—¿Seguro que estás bien? Me habéis dejado preocupada esta tarde.

—Problemas familiares. Nada que no se pueda solucionar. No te preocupes. —Apoyó su mano sobre la mía, que descansaba encima de la mesa.

—No quiero verte como te he visto esta tarde.

—A veces mi hermano me saca de mis casillas. —Se quitó la americana—. Él se marchó cuando las cosas empezaban a ponerse feas. Puso miles de kilómetros de por medio y se desentendió por completo. Ahora parece que quiere arreglar todo y hay cosas que no se pueden solucionar. —Cerró los ojos unos segundos y parecía que aquello le dolía.

—La familia es lo más importante que podemos tener. Yo la tengo lejos y está un poco desestructurada. Mi madre en Alemania, mi hermana con su novio en Escocia y mi padre en Argentina, seguramente con su nueva novia. —Entorné los ojos unos segundos—. Si pudiera tener a mi familia cerca y unida, haría cualquier cosa.

—No siempre es fácil.

—Las cosas no son fáciles, pero siempre se puede tratar de solucionar. —Me miró frustrado—. No voy a decir nada más. —Le agarré una mano y se la besé—. Esta noche es solo para nosotros, prometido.

Continuamos cenando, pero en su cara se podía ver que no estaba allí al cien por cien. De vez en cuando se despistaba de nuestra conversación.

—¿Así que tu hermana vive en Escocia?

—Sí, con mi cuñado Mark. Se conocieron en La Rioja. Ella era guía turística y en uno de los viajes que hizo la empresa de Mark a una bodega en la que ella trabajaba se enamoraron y se fue como una loca a Edimburgo a vivir. Sonreí recordándolo todo.

—Bonita ciudad.

—Es increíble. Me parece uno de los lugares más mágicos de todo el mundo. El país me tiene enamorada. —Sonreí unos segundos—. Hace tres años, cuando pude ir a visitarles, me cogí un coche y me subí hasta las Highlands.

—¿Fuiste sola?

—Sí. Necesitaba desconectar y pensar mucho. Me vino muy bien estar sola, pensar en lo que estaba sucediendo aquí y poner en orden mis ideas.

—¿Y tus padres?

—Se separaron cuando éramos pequeñas.

—¿Infancia difícil?

—Ni mucho menos. —Terminé de comer el postre—. Comprendimos que, si no estaban bien juntos, lo mejor era que se separasen. Nos costó un tiempo ver a nuestra familia rota, pero lo superamos.

—¿Y porque decidiste dejar todo y venirte a Nueva York? ¿Alejándote de algo?

—No, no tengo ningún tipo de trauma ni me fugué de España vestida de blanco. —Me parecía que Alex estaba preguntando, sin preguntar, sobre mi pasado—. Me dieron la oportunidad y quise cambiar de aires, probar algo nuevo. Aunque cuando llegué, y quise empezar a trabajar, nada era tan increíble como me prometieron. Fueron unos inicios un poco difíciles, pero cada momento

vivido ha merecido la pena para ser quien soy ahora mismo. Para tener el trabajo que tengo. Adoro lo que hago y se me da bastante bien.

—Después de tanto tiempo, es la primera vez que conozco algo más de ti. —Acercó su silla a la mía.

—No me gusta hablar de mí, la verdad. Aunque parece que salir contigo, lleva implícito salir en la prensa. Me ha parecido ver a un par de fotógrafos en la entrada.

—Se cansarán como siempre.

Cuando salimos, Alex observó a nuestro alrededor. No me había equivocado, había un par de fotógrafos a la salida del restaurante. Al principio se me paralizó el cuerpo. No podía andar cuando empecé a ver unos flashes. Alex me agarró de la mano, me sonrió y susurró al oído.

—Si quieren hablar, que hablen. Tú sonríe como solo tú sabes.

Media hora después estábamos sentados tranquilamente en el Smoke, un local de jazz en Broadway. Alex parecía conocer a la perfección mis gustos. Supuse que habló con Justin para que la primera cita fuese perfecta. Aunque sabía que lo que hubiese pasado con su hermano, seguía rondándole por la cabeza. Lo sabía porque estuvo toda la noche pendiente del móvil, y finalmente lo apagó, después de poner mala cara tras leer un mensaje.

—Vamos a dar un paseo. —Agarré la mano de Alex, recogí nuestras chaquetas y le levanté de la silla.

—Aún no ha terminado el concierto.

—Tampoco es que les hayas hecho demasiado caso. Vamos a pasear, te vendrá bien.

Comenzamos a caminar y cuando nos dimos cuenta, llevábamos casi una hora andando mientras íbamos hablando de cosas banales. Al llegar a Times Square me quedé parada delante de todas aquellas luces.

—Mi lugar favorito en la ciudad. Siempre hay gente, pero puedo pensar y respirar tranquilamente. —Cerré los ojos y tomé una gran bocanada de aire.

—Yo hacía mucho tiempo que no paseaba por aquí. Siempre tan preocupado por el trabajo, Jason y un millón de cosas. —Metió sus manos en los bolsillos del pantalón y agachó la cabeza.

—De vez en cuando hay que perderse en esta gran ciudad, dejarse llevar por sus olores, sus luces y todo lo bueno que tiene Nueva York. —Me puse delante de él y ladeé la cabeza buscando sus ojos.

—Eres diferente, Mariola Santamaría.

—La vida ya es demasiado complicada, como para ponernos piedras en el camino. Hay que disfrutar de cada segundo que tenemos. Puede que mañana, ya no nos quede ninguno. —Agarré su mentón—. Deja de planear tanto tu vida y sal de tu zona de confort. Comete locuras, vive nuevas experiencias y disfruta de cada momento.

Tenía delante a una chica con una positividad y una energía que era envidiable. Y no parecía que precisamente hubiese tenido todo demasiado fácil, pero no perdía su sonrisa en ningún momento.

—Eres encantadora. —Tiré de su mano y la pegué a mí—. Y preciosa.

Comenzamos a besarnos en medio de Times Square, mientras coches y personas pasaban a nuestro alrededor sin inmutarse. Solamente éramos dos personas más en medio del mundo besándose. Cada vez que estaba cerca de Mariola me olvidaba de todo y hasta de la posibilidad de salir en la portada de alguna revista al día siguiente.

—Me encanta el ruido que haces cada vez que te beso. —Acaricié sus mejillas—. Ronroneas.

—Es lo que me provocas, Alex. Sacas mis instintos más primitivos. —Metió sus manos por dentro de mi americana.

—¿Sigues disponible el resto de la noche? —Agarré su barbilla.

—Para ti estoy disponible el resto de mi vida si sigues sonriéndome así.

La besé de nuevo y levanté una mano solicitando un taxi. Al entrar le di la dirección del hotel al taxista y me perdí de nuevo en los labios de Mariola. A su lado todo parecían tan sencillo, tan fácil, que dejarme llevar era simple. Sabía que a su lado me podría quemar y acabar enamorándome perdidamente de ella, pero era un riesgo que estaba dispuesto a asumir. Y hacía muchos años que no asumía ningún tipo de riesgos.

Al llegar a la planta en la que tenía preparada la habitación, le pedí a Mariola que esperase unos minutos en el pasillo. Quería que todo fuese perfecto.

No sabía qué es lo que estaba tramando Alex dentro, pero me tocó esperar un rato en el pasillo. Me senté en un banco que había justo enfrente de la habitación y saqué el móvil. Busqué entre mis listas de *Spotify* y le di al *play* sin pensar en ninguna canción en concreto. Comenzó a sonar *Still Falling For You* de Ellie Goulding. Sonreí unos segundos y dejé el móvil sobre el banco, apoyé la cabeza en la pared y cerré los ojos un instante. A los segundos noté una mirada clavada en mí. Al abrir los ojos Alex estaba tendiéndome la mano y esperando a que aceptase su invitación.

—¿Me acompañas?

—¿Me espera ahí dentro una sala de tortura o llena de juguetes sexuales extraños? ¿Hay algo que no sepa de ti y me vas a contar ahora?

—No, no me va el rollo cuero y látex. —Me miró unos segundos mientras se pasaba la lengua por los labios. Parecía estar saboreándome—. Aunque bien pensado, debes estar increíble enfundada en un mono de cuero sobre una moto.

—Motos. —Agarré su mano—. No sabes lo que me gusta un hombre sobre una moto.

Sonrió abiertamente, sin miedo a que viese sus arrugas, aquellas pequeñas que se amontonaban al lado de sus ojos y que me encantaban. Puso su mano sobre mis ojos para que no viese nada cuando entramos en la habitación.

—Quítate los zapatos. Quiero que sea la noche en que tus sentidos exploten.

Su cuerpo estaba situado detrás de mí para guiarme. Me deshice de los zapatos sin ningún problema. Notaba el suelo de mármol bajo mis pies. No sabía qué es lo que me iba a encontrar, pero estaba dispuesta a averiguarlo. De repente me llegó un aroma a frutos rojos mezclado con... ¿canela?

—Ahora vas a comenzar a caminar sin abrir los ojos. No hagas trampa o el resto de tus sentidos se quedarán sin su premio. —Apartó el pelo de mi nuca y depositó sobre ella sus labios. Un acto que hizo que todo mi cuerpo se estremeciese por completo.

—No me quiero quedar sin el premio gordo, ni de coña. —Levanté una mano en el aire y la otra me la llevé al pecho como su estuviese en un juicio—. Lo prometo.

—Todo recto diez pasos y te sientas en el suelo.

Me empujó con su cadera marcándome el camino que tenía que seguir. Caminaba con los ojos cerrados y comencé a sentir algo bajo mis pies. Era suave y pequeño, había muchos. A los diez pasos, me arrodillé en el suelo. Aproveché para buscar lo que estaba pisando y me lo llevé a la nariz. Por el tacto, y su olor, parecían pétalos de rosa.

—Espero que no te parezca demasiado cursi todo esto. Pero desde que te conozco, todos mis sentidos están alerta. Desde la vista, hasta el tacto. —Pasó sus dedos por mis labios—. Pasando por el olfato —su nariz se acercó a mi cuello, haciéndome temblar— y el gusto —su lengua saboreó mi cuello, recorriéndolo hasta mis labios, sin llegar a besarme. De mi boca salió un gemido—. Y sin duda, el mejor de todos, el oído. Escucharte ronronear me mata.

Mi cuerpo tembló con aquellas palabras y con sus manos. No me había casi tocado y me tenía

en un punto de excitación... que o empezaba a darme más o iba a mandar a la mierda el resto de mis sentidos.

—Vamos a descubrirte, Mariola.

—¿Vas a torturarme lentamente?

—Lo más lentamente que pueda resistir. —Puso una venda sobre mis ojos—. Por ahora, voy a dejarte sin la vista, para ver si se agudizan tus otros sentidos, nena.

Ató suavemente a venda en la parte trasera de mi cabeza y me pidió que le diese dos minutos. Así que me senté en el suelo, con las piernas cruzadas y jugueteando con los pétalos de rosas entre mis dedos. Sonreía continuamente por la incertidumbre. No sabía qué era lo que Alex tenía preparado y me moría de curiosidad. Comencé a escuchar música de fondo y el tintineo de unas copas acercándose.

—¿Confías en mí, Mariola?

—Como me saques un látigo o algún bicho raro comience a acariciarme, vas a comprobar lo rápido que mi culo sale de esta habitación porque...

No me dejó terminar de hablar. Sus labios atacaron los míos sin ningún tipo de piedad. No pidió permiso, no esperó a que le diese paso. Sus labios se unieron a los míos con una necesidad feroz. Su cuerpo empujó el mío contra el suelo, aprisionándome debajo del suyo, apretando fuertemente su cadera a la mía.

—No pretendo ver cómo tu precioso culo sale de aquí. No esta noche —me mordió el labio inferior y tiró de él— y puede que tampoco mañana durante todo el día.

Levanté mi cadera para pegarla a la suya, en un signo claro de confirmación de que no pretendía salir de aquella habitación en todo el fin de semana. Mi cuerpo temblaba bajo el suyo, se estremecía con una caricia, con un beso. Nada era simple con Alex. Sus caricias no lo eran y sus besos mucho menos. Sabía qué hacer y qué no en cada momento. Cuándo acelerar y cuándo echar el freno. De fondo podía escuchar música, una canción que siempre me había gustado, pero en una versión que pensaba que él no conocería. *Everybody Hurts* de Jasmine Thompson, decía las cosas que nosotros no éramos capaces de decir. Era como si con aquella canción Alex me estuviese prometiendo que no sufriríamos que, aunque estábamos a punto de complicarnos la vida como nunca, nada podría salir mal. Que todo el mundo llora, pero que él no me daría ningún motivo para hacerlo.

—¿Sabes que me podría acostumbrar a tus besos y a tus caricias?

—Espero que así sea, Mariola. —Introdujo en mi boca uno de sus dedos, y sorpresa, estaba impregnado de chocolate.

—Me acostumbraría a esto muy fácilmente. Pero sobre todo, a ti.

Debajo de mí tenía a una de las mujeres más increíbles que había conocido en toda mi vida. No dejó de sonreír ni un segundo, no hizo ninguna pregunta y no se quitó la venda hasta que se lo pedí.

—Quiero ver en tus ojos todo lo que me dices. Quiero ver cómo se dilatan tus pupilas y cómo te humedeces los labios antes de besarme. Lo quiero todo, nena. Todo.

Me había desecho de su ropa y tan solo llevaba encima un conjunto de ropa interior precioso. Mi primer instinto fue arrancárselo y dejarlo caer lejos de ella. Pero no quise ser el animal que estaba acostumbrado a ser con otras mujeres.

—Pues ahora que el oído, el gusto, la vista y el olfato han sido probados, vas a dejar lo mejor para el final. —Se situó a horcajadas sobre mí en el suelo—. El tacto. —Puso sus manos sobre mi pecho, pegándose al suelo.

—Este no era el trato. Yo iba a descubrir tus sentidos.

—Bueno, los tratos se pueden romper. —Se tumbó sobre mí, deslizando lentamente su cuerpo, ejerciendo la presión exacta.

—Eres una tramposa.

—Aquí la cuestión es disfrutar, ¿no? —Levantó una ceja esperando mi respuesta.

—Siempre.

—Pues vamos a dar que hablar mañana en el hotel. Prometo no gritar tu nombre. —Se sentó sobre mí y cruzó los dedos de una forma extraña con la mano levantada—. Palabra de Girl Scout.

Aproveché que estaba despistada para girar sobre ella, levantarla del suelo y pegarla a la pared.

—¿Serás capaz de no gritar? —Subí mi mano por su muslo, sin llegar a rozar su ropa interior.

—A la mierda las Girls Scouts. Seguramente me hubiesen echado de ellas.

Me dejé llevar por sus besos y sus caricias. Salió, salió mi parte más animal y me deshice de su ropa interior de una forma muy brusca, pero que hizo que Mariola gimiese, y su cuerpo y el mío comenzasen a ser solo uno entre gemidos, besos y oleadas de placer.

CÓMO FIRMAR UN CONTRATO

La noche no pudo ser más increíble, la verdad. Sí, tal vez aquello de descubrir los sentidos, en un primer momento me chocase, pero tenía que reconocer que Alex se lo curró mucho. Tal vez no estaba acostumbrada a aquel tipo de citas. A las que yo estaba acostumbrada eran un restaurante de estrella Michelin, una copa en un lugar de moda y un polvo demasiado rápido. No había querido complicaciones... hasta que empecé a planteármelas al conocer más a Alex.

Nada más meternos en la cama me quedé dormida, pero sobre las cuatro de la mañana me desperté agitada. Había tenido un sueño demasiado extraño y necesitaba beber algo de agua. Me levanté haciendo el mínimo ruido posible tratando de no despertar a Alex. La habitación estaba completamente a oscuras y tenía la sensación de que me iba a reventar la espinilla contra alguno de los muebles. Encendí la pantalla del móvil en un intento de tener un poco de luz para salir de allí y cuando fui a abrir la puerta, Alex apareció por el otro lado, haciéndome gritar mucho más que hacía unas horas.

—Mierda... joder. —Mi primer instinto fue darle un golpe.

—En una de estas me vas a matar de un ataque al corazón. —Se llevó la mano al pecho.

—Creía que estabas durmiendo. —Salí de la habitación y Alex se quedó en silencio sin moverse—. ¿Quieres algo? Voy a por un poco de agua.

—No. —No me miró, su mirada estaba perdida.

—Ya sé que no nos metemos en las cosas del otro, pero no estás bien desde la discusión con tu hermano.

—Todo está bien.

—No me mientas. Sé que son mentiras que pueden parecer no tener importancia, pero no quiero que nos mintamos. Prefiero que me diga: *«Sí, me pasa algo, pero no te preocupes. Lo arreglaré»*.

—Lo siento, Mariola. —Se pasó la mano por la cara nervioso—. Tarde o temprano lo solucionaré, no sé cómo, pero lo haré. Y prometo no mentirte. No quiero empezar lo nuestro con mentiras. —Me agarró de la cintura cuando volví de coger la botella de agua del minibar.

—¿Empezar lo nuestro?

—¿No pensarás que lo de anoche se lo hago a todas las mujeres? —Levantó una ceja.

—La verdad es que lo he pensado. Se te da demasiado bien.

—Pues eres la primera a la que se lo hago y espero que seas la última.

—Me gusta eso de la primera y última. —Ronroneé.

Le besé y me aparté de él. Yo solamente llevaba puesta su camisa.

—¿Vienes a la cama? —Me giré mirándole fijamente y pasando mis dedos por los botones.

—Creo que me quedaré aquí un poco más.

—De acuerdo. Si prefieres quedarte y no venir a la cama conmigo.

Sabía que no me estaba mirando, que se había sentado en el sofá sin mirar atrás. Caminé hacia la habitación, me quité la camisa y se la tiré, cayéndole en la cara. Para cuando quiso reaccionar, yo ya estaba en la habitación.

—Con lo tranquilo que estaba en el sofá y apareces tú provocando a un pobre hombre.

—¿Pobre? No me hagas reír. —Le abracé cuando se metió en la cama—. Al menos te he hecho

sonreír.

—No sé cómo lo haces, pero siempre lo consigues. Debes de tener un don, señorita Santamaría. —Me besó.

Dos horas más tarde comenzó a amanecer y Alex seguía durmiendo profundamente. Le observé unos segundos y me levanté para ir a por el desayuno. Pero me encontré con un problema al salir de la ducha. No tenía nada más que la ropa del día anterior. No había planificado dormir fuera de casa y en el precioso *clutch* de *Michael Kors* no me cabían ni las bragas de emergencia. Ya que las de la noche anterior Alex se había encargado de hacerlas trizas.

—¿Qué haces tan pronto despierta? —Alex me miraba desde la cama y me pareció una de las mejores visiones del planeta. La sábana solamente le cubría la parte baja de la cintura.

—Voy a por el desayuno.

—Nos pueden subir lo que queramos.

—Ni de coña. *Magnolia Bakery* está aquí al lado. Son los mejores cupcakes de la ciudad y está a menos de diez minutos de aquí. Y me muero por sus Red Velvet. —Ya los estaba saboreando.

—Si esperas te acompaño.

—Tú descansa porque después de que me los coma, tendré que quemar esas calorías.

—Este desayuno promete. —Se apoyó en el cabecero, con las manos detrás de la cabeza—. Promete mucho.

Me puse la ropa de la noche anterior y bajé a por nuestro desayuno. Menos mal que no eran ni las siete de la mañana y la cola que había en *Magnolia* no era demasiado grande, cosa que era de extrañar ya que desde hacía varios años se había convertido en un punto de referencia de las adictas a *Sexo en Nueva York*. Pero ¿qué era lo bueno de trabajar en CIA? Que solíamos trabajar en la mayoría de los eventos con ellos, así que tenía un poco de enchufe. Pero en vez de colarme las veinte personas que tenía por delante, llamé por teléfono e hice el pedido. En diez minutos uno de los trabajadores me entregó los *cupcakes* y algo sorpresa que me había metido en la caja.

—Es algo que estamos probando. A ver qué nos dices, Mariola.

—Linda me matará por no llevarle un poco, pero no creo que esto salga del hotel. —Le guiñé un ojo y me dirigí a una de las cafeterías que había cerca.

Pedí dos cafés extragrandes y mientras esperaba me hice con un cargamento de revistas en el quiosco que estaba justo enfrente. Al recoger los cafés y verme reflejada en la cristallera, me reí interiormente. ¿De qué me reía? Pues que eran las siete de la mañana, iba vestida de cita, con unos taconazos de más de diez centímetros, mis gafas de sol, en una mano llevaba una bolsa de *Magnolia*, una bandeja con los cafés y las revistas debajo del brazo. Era un cliché neoyorkino de película en toda regla. Bebí un trago de mi café y observé la ciudad mientras esperaba a cruzar un paso de peatones. Estaba bastante tranquila para ser un sábado a las siete y media de la mañana. Estaba esperando en *Park Avenue* para cruzar la carretera y comenzó a sonar mi móvil.

—¿Sí?

—Ya era hora de que contestases a mis llamadas, cabrona.

—Hola, María. —Tenía a mi hermana al teléfono.

—¿Tan ocupada te tiene el Capitán América?

—¿Y a ti William Wallace?

—Graciosilla.

—¿Ya has visto las revistas? —Caminé hasta girar la esquina del hotel.

—Yo y medio mundo. ¿De dónde sacaste ese vestido?

—De una tienda. —Llegué al hotel y saludé sin quitarme las gafas.

—Veo que los yanquis no te quitan tu ironía.

—Ni lo conseguirán. —Llamé al ascensor y esperé pacientemente rezando no encontrarme con nadie.

—Me tienes que contar muchas cosas, ¿no crees?

—No tantas. —Me monté en el ascensor y al llegar al piso abrí lentamente la puerta de la habitación—. ¿Qué te parece si esta noche te llamo?

—No que luego no lo haces y se me olvidan todas las cosas que quiero preguntarte.

—Dispara. —Pensé que Alex seguiría en la cama, pero comprobé que se estaba duchando por el ruido del agua—. Tengo un rato para ti.

—¿Dónde le conociste? ¿Os habéis acostado? ¿Te trata bien? ¿Es tan guapo al natural? ¿Cuántos años tiene? ¿Está totalmente soltero?

—Respira que te ahogas. —Dejé las cosas en la mesa del salón y me senté en una de las sillas—. Por dónde quieres que empiece.

—Soy tu hermana mayor. Me tienes que contar todo.

—En el colegio de Andrea, no te pienso contestar, mejor que bien, mucho más aún, treinta y sí.

—Hola. —Alex se acercó con una toalla en la cintura y me besó.

—Tata, te contesto de nuevo a una de las preguntas. Muchísimo mejor de lo que te imaginas y te esperas.

—No hace falta que me contestes a la de si te lo has tirado. Su voz a estas horas me ha respondido. Es él.

—Sí, María. Es que tú eres la inteligente de la familia.

—Y tú la lista. —Nos reímos las dos.

—Empieza a desayunar Alex, que los *cupcakes* están increíbles. Le he metido mano a uno sin poder remediarlo. —Me mordí el labio con ganas de morderle a él y no acabarme el Red Velvet.

—Hago un par de llamadas y desayuno contigo.

Se acercó a mí con una mirada diferente, me agarró de la barbilla, pasó su pulgar por mis labios y me besó apasionadamente. Su mano subió por el interior de mis piernas, abriéndolas un poco y se quedó a menos dos centímetros de mi sexo. Al dejar de besarme sonrió, quería comprobar si había tenido narices de salir sin bragas a la calle. Se me cayó hasta el teléfono al suelo. Mientras se iba a la habitación frotándose los labios, unos extraños sonidos comenzaron a salir de mi boca.

A los segundos sin tener riego en mi cerebro, debido a lo que causaba el señor trajeado en mí, escuché la voz de mi hermana desde el suelo.

—¿Sigues ahí o estáis reproduciéndoos?

—Perdón. —Me agaché a recoger el móvil—. Lo siento. Se me va la cabeza con este hombre.

—Que voz más sexy. Me llama a mí princesa con esa voz y me hago norteamericana, aunque Trump sea el Presi.

—¿Qué tal mi cuñado favorito? —Quise cambiar de tema y me recosté en la silla con el café.

—Aquí al lado lo tengo. Deseando hablar contigo.

—Pásamelo anda, que así no tengo que responder a tus preguntas

—Cuerpo. —Mi cuñado Mark siempre me llamaba así.

—Ojazos.

—¿Qué tal está mi cuñada favorita?

—Muy bien. ¿Y tú?

—Aquí, aguantando a tu hermana. —Escuché un golpe.

—Te lo has ganado.

—¿Cuándo vienes a visitarnos?
—A ver si este año saco un poco de tiempo.
—Tu madre viene unos días en octubre.
—Será mejor no coincidir en el mismo país, Mark. Por el bien de los escoceses.
—Así nos presentas al Capitán América.
—Sois muy idiotas.
—Todo se pega. —Lo dijimos a la vez—. Menos la hermosura. —Nos reímos.
—Ya veo que tu castellano es casi perfecto, Mark.
—Después de tantos años, como para no hacerlo. Te tengo que dejar que aún me queda trabajo por hacer. Hablamos pronto.
—Te quiero. —Al colgar el teléfono, me quedé observándolo.
—¿Tu hermana?
—Y mi cuñado. —Sonreí al recordarles.
—¿Qué te han preguntado? —Se sentó a mi lado ya vestido, secándose el pelo con una toalla.
—Por el Capitán América. —Cogí lo que me quedaba de uno de los cupcakes.
—¿Perdón? —Me miró sin comprender por quién me habían preguntado.
—Para ellos tú eres el Capitán América.
—Nunca había sido un superhéroe. —Le hizo mucha gracia el apelativo por la sonrisa que le iluminaba la cara.
—Para Jason sí.
—Él no cuenta. Los padres siempre lo son para sus hijos. —Se entremezcló algo de tristeza en su cara.
—¿Qué tal esa llamada?
—¿Desayunamos?
—Voy a necesitar más café. —Agité el envase ya vacío.
Alex se encargó de que nos trajesen a la habitación café recién hecho.

La verdad es que se estaba bien en aquel mini universo que nos estábamos montando, pero había que regresar a la vida real. Aunque me hubiese encantado perderme en los besos de Alex el resto del día, teníamos responsabilidades que atender. Jason estaba con Frank y los chicos habían vuelto a casa con Sonia y Andrea. Por la mañana fuimos a recoger a Jason y le llevamos al zoo de Central Park.

—¿Al zoo?
—Sí, Alex, al zoo. De verdad, empieza hacer cosas de personas normales y no de millonarios. Que llevar a tu hijo a ver un partido está genial, pero también tiene que hacer cosas de niños. Ver monos, bailar como los pingüinos y...

—¿Bailar como qué?
Estábamos justo delante de los pingüinos y sin pensármelo dos veces, vamos, ni siquiera me lo pensé la primera vez, junté mis pies, los ladeé uno en cada dirección y comencé a bailar como una de esas aves marinas tan elegantes. Jason me observó durante unos segundos muy serio, pero terminó uniéndose a mi baile. Alex nos miraba alejado, pasándose una mano por los labios, entre reprobando lo que estábamos haciendo y divirtiéndose con el espectáculo.

—Vamos, papá. Baila con nosotros. —Jason se acercó corriendo a Alex.
—Hijo, no soy demasiado bueno bailando.
—Dile que no te mienta, que te cuente cómo nos conocimos.
Alex negó con la cabeza y sonrió, pero no se unió a nuestro baile.

Aquella noche al volver a casa, los chicos ya habían vuelto con un montón de noticias. Sonia había aceptado la propuesta de Mike para ir a Arizona. Lo que Sonia no sabía, era que Frank estaba detrás de toda la idea. Al día siguiente volarían allí para comenzar con el tratamiento. Durante la estancia no podía recibir visitas, así que iban a ser unos meses muy duros para ella y para nosotros. Dos meses de estancia, tratamientos psicológicos y ayudas de especialistas. Saldría como nueva, al menos eso es lo que todos esperábamos y deseábamos.

Al día siguiente seguía teniendo muchas preguntas en la cabeza. No tenía demasiado claro si dos meses fueran suficientes para solucionar los problemas de Sonia. Cuando me desperté, no escuché la música de los lunes. Primera vez en tantos años que un lunes era silencioso.

—¿Dónde está nuestra Jane Fonda particular? —Fui a la cocina donde Mike estaba haciendo café.

—Ha dormido en casa de Scott.

—Más le vale bajar a desayunar. Es el último día que estamos con Sonia.

—Como me encuentre a ese hijo de puta lo mato. —Mike tenía los puños apretados sobre la encimera.

—¿Scott? —Sabía que estaba hablando de Jonathan—. No es mal chico, un poco extraño, pero no es malo.

Conseguí que Mike sonriese y dejase a un lado aquello. Ninguno queríamos despedirnos de Sonia, pero era lo mejor para ella. Mientras desayunábamos vi cómo Sonia nos miraba y trataba de respirar para no ponerse a llorar. Justin se dio cuenta y se llevó a Andrea a la habitación para vestirla.

—Ven aquí, tonta. —La abracé fuertemente.

—Es que os voy a echar mucho de menos. —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

—Lo importante es que salgas de allí como nueva. Da igual lo que tardes. —Le di una servilleta—. Nosotros te echaremos de menos muchísimo.

—No quiero perderme nada más.

—Estarás de vuelta en unos meses, mucho más fuerte y con muchas menos cosas en la cabeza.

—Eso espero.

—Ve a prepararte que tienes que llevar a la niña al colegio. Luego nos vemos, cariño. —La besé y la dejé en la cocina en silencio.

Aquel día en la oficina fue interminable. Tratamos de comprobar por todos los medios posibles, quién fue la persona que filtró aquellas fotografías. A parte de por todo lo que se vio aquella noche en la fiesta, queríamos proteger la intimidad de todos los invitados, y coño, yo me quería proteger de la prensa. Que estuviese... que Alex y yo... que... Bueno, que Alex y yo estuviésemos conociéndonos, no quería que saliese publicado en ningún medio. Quería seguir con mi vida anónima, seguir caminando por la ciudad... ¿Pero en quién coño me pensaba que me iba a convertir? ¿En la nueva Kardashian para fotografiar?

—No seas idiota, Mariola. Vas a pasar tan desapercibida como hasta ahora. No te las des de importante.

—¿Hablando sola? —Scott entró en el despacho sin llamar.

—Sí, como siempre. ¿Qué me traes?

—Pues vengo a traerte tu móvil. Te lo has dejado en la sala de reuniones y cuando he ido a recoger, lo he visto casi echando humo.

Al desbloquearlo vi cinco llamadas de Alex, otras tantas de Mike y Justin. Les devolví las llamadas, pero ninguno me contestó.

—Vámonos a casa, Mariola. No hay ninguna manera de que tengas más información hoy. Mañana nos dirán algo desde el departamento de informática.

—Voy en un rato. Tengo que firmar unas cuantas cosas y quiero leerlas bien. En una hora máximo estoy allí.

—Justin me ha dicho que cenamos en la terraza. No tardes mucho. —Me guiñó un ojo y se fue.

Mi idea no era tardar, era echar un ojo a los contratos, firmarlos e irme. Pero no fue así. Los leí tan detenidamente, que dos horas después de despedirme de Scott, estaba saliendo del garaje. Llamé de nuevo a Alex, pero no me contestó ninguna de las llamadas. Supuse que estaría reunido.

Al subir a la terraza me encontré con la cena de despedida de Sonia. Jason y Andrea estaban jugando en el suelo con unos muñecos, parecía que ellos ya habían cenado. En la mesa estaba Frank al lado de Sonia, que estaba llenándola de atenciones. Justin, Scott y Mike estaban enfrascados en una conversación sobre productos ecológicos.

—Siento llegar tan tarde, chicos. Me he liado al final con los contratos. —Busqué a Alex, pero no parecía estar por allí.

—Pero si cuando yo me he ido los ibas a leer por encima.

—Son tan importantes que quería marcar lo que no me queda claro para hablar con los abogados. —Me senté en uno de los bancos y miré en el teléfono por si tenía alguna llamada de Alex.

—No sé nada de él. —Frank me ofreció una copa de vino.

—A mí me ha llamado, pero no he podido cogerle y le he llamado, pero no me ha contestado. —Le di un trago a la copa.

—Me ha pedido que recogiese a Jason.

—¿Sabes qué es lo que pasa?

—No tengo ni idea, pero al igual que tú, me huelo que algo está pasando. Su hermano no está en su casa ni en el hotel. Está preocupado por algo, pero no me lo quiere contar.

Traté de disfrutar de la cena que Mike nos había preparado, pero estaba preocupada por Alex. Yo comprendía que a mí no me lo hubiese contado ¿pero a Frank? ¿A su mejor amigo?

—Todo saldrá bien, Sonia. —La voz de Frank me sacó de mis pensamientos.

—Quiero daros las gracias a todos. Gracias por hacerlo por mí y por mi niña. Sé que estará muy bien con vosotros. —Observó a Andrea con lágrimas en los ojos—. Os quiero.

Todos la abrazamos y los niños se unieron a nuestro abrazo. Sonia y yo nos quedamos en la terraza una vez todos se fueron. No dijimos nada en un buen rato, solamente bebimos vino y miramos la ciudad.

—Cuando vuelvas nos vamos a ir a Escocia a ver a mi hermana. Vamos a alquilar un coche y vamos a parar en todos los pueblos que encontremos para probar su whisky. Visitaremos sus castillos, las Highlands y con suerte veremos a algún highlander con kilt. —Agarré su mano sobre la mesa.

—Serían unas buenas vacaciones. ¿Hace cuánto que no tienes unas semanas libres?

—Varios años.

—Sabes que necesitas descansar, ¿verdad?

—El trabajo ha sido así estos años.

—Todos necesitamos un descanso. Tal vez ahora que estás saliendo con Alex, podíais tomaros un fin de semana lejos de la ciudad.

—Sí, si me coge el teléfono o deja de actuar de forma extraña, tal vez.

—¿Va todo bien?

—Te juro que me vuelve idiota. Pero el otro día discutió con Brian y desde entonces está como

ido.

—Bueno, dale tiempo. Ya sabes que hay personas que no lo sueltan todo a la primera como haces tú. Las personas normales necesitamos nuestro tiempo para hablar.

—¿Me estás llamando anormal?

—Sí, reconócelo, Mariola, no eres para nada normal. Y eso te encanta. Sueltas lo primero que se te pasa por la cabeza, sea bueno o malo. No te importa lo que digan de ti, actúas por instintos y con el corazón en la mano. Puedes ser la más correcta del mundo o la tía más políticamente incorrecta del planeta. —Se pegó a mí—. Y por eso te quiero tanto. ¿Te acuerdas cuando bebíamos en la terraza del *Bowery*?

—Fuiste mi primera amiga en la ciudad. Ahora me toca a mí cuidarte. —La besé en la mejilla—. Pero no me pidas que dé clases de baile en tu academia. Seguro que te la hundo en una hora. —Nos reímos.

—Mañana, si quieres, puedes hablar con Rick.

—¿El rubio de ojos azules?

—Sí, ese con el que estuviste saliendo como una semana. Es el mejor profesor que tengo y creo que si hablas con él mañana, con tus encantos —me tocó descaradamente las tetas por encima de la ropa—, te ayudará encantado a llevar la academia. Tú te dedicas al papeleo y él a lo demás.

—Él se divierte y yo me dedico a hacer de contable. Qué puta es la vida a veces.

—Mariola, ¿vas a estar bien?

—Será complicado, pero sí.

—Ten cuidado con Alex. —Se preocupaba por mí.

—Nos estamos conociendo. Puede que me esté enamorando de él. Puede que pierda la cabeza en un momento dado por él. Tal vez sea una puta suicida y me esté lanzando por el precipicio. Pero quiero comprobarlo, sentirlo y vivirlo. ¿Que no funciona? Me quedaré con lo bueno.

—Prométeme que cuando vuelva, me obligarás a vivir como tú.

—Es peligroso, Sonia. —Sonreí abrazándola—. Te obligarás a vivir de verdad, a amar de verdad y puede que a perder de la misma manera.

—Lo sé, pero habrás vivido de verdad, que a mí eso se me ha olvidado.

—Volveremos a vivir, te lo prometo.

Disfrutamos de confidencias de última hora. Sonia y su miedo a no saber vivir. Yo y mi exceso de positividad al hacerlo.

Al día siguiente dejé muy pronto a Mike y Sonia en el aeropuerto. Fue muy complicado saber que no podría ni verla ni hablar con ella en los siguientes meses.

—Sé que no nos dejarán hablar contigo, pero te mandaré *e-mails*. Cuando te dejen entrar en tu cuenta, los podrás leer. Te mandaré uno al día con todo lo que ha pasado.

—No creo que me dejen al principio tener noticias del exterior.

—Bueno, los tendrás a modo de diario para cuando los puedas leer. Y algún vídeo, seguro que se nos ocurre algo para animarte.

—Tenemos que coger el vuelo.

Me abracé a Sonia unos minutos antes de que pasasen por seguridad. Esperé a dejar de verlos y montarme en el coche para ponerme a llorar. Sabía que Sonia iba a estar en buenas manos, que la iban a tratar muy bien, pero me costaba no poder charlar con ella. Aunque lo que más me dolía era no haberme dado cuenta antes de todo lo que estaba pasando.

Llamé a Alex antes de ir a la oficina, pero no me contestó. Así que decidí pasarme por el hotel. En la recepción me dijeron que acaba de llegar y Pauline, la nueva recepcionista, no escatimó en darme detalles de la mala cara que traía el jefe.

—No ha dado ni los buenos días.

Me paré en la puerta de su despacho unos segundos, tratando comprobar su estado de humor, si había alguien más con él... Vamos, que quería esperar unos segundos.

Llamé a la puerta, pero no escuché nada así que abrí lentamente.

—¿Alex?

Le vi sirviéndose una copa y no eran más de las nueve de la mañana. Pero yo tampoco era quién para juzgarle. Yo misma había bebido más de una copa entre semana y mucho antes de las nueve. Había días que se complicaban desde muy temprano.

—Adelante.

Yo no tenía la mejor cara de mi vida, ya que tenía los ojos hinchados de llorar por el camino de vuelta a la ciudad, pero la de Alex tampoco reflejaba uno de sus mejores momentos.

—¿Ocupado?

—Un poco. —Se dio la vuelta y suspiró.

—Solo quería saber que estabas bien, como no nos hemos puesto de acuerdo con los teléfonos. —Sonreí tratando de sacarle un gesto amable, pero no hubo manera.

—Me alegro de que hayas venido. —Se acercó a mí para besarme y abrazarme. Noté necesidad excesiva en su beso.

—¿Estás bien? —Le acaricié la cara y cerró los ojos ante mi tacto.

—Un millón de cosas que hacer y nada de tiempo para estar contigo. —Jugueteaba con sus dedos en mi espalda.

—Yo también he tenido un inicio de día de locos. He llevado a Sonia y a Mike al aeropuerto. —Me agarró de la barbilla para comprobar que había estado llorando.

—No me gusta que llores.

—A mí tampoco y no lo cogeré como una costumbre, no te preocupes.

—A veces se puede ser débil. Puedes flaquear de vez en cuando. —Sus ojos parecían estar cansados también.

—Necesito vacaciones. Unos días en una playa desierta.

—Cuando tengamos menos trabajo, podríamos escaparnos unos días a Bali.

—A Bali, claro. ¿Digo que necesito un par de días de descanso y lo que se te ocurre es Bali? —Le acaricié la cara y me mordí el labio—. A mí no me tienes que impresionar, Alex. Ya has conseguido que me acueste contigo, no tienes que llevarme a Bali.

—No es eso. Es un sitio precioso y... —Se pasó la mano por la nuca—. Tengo miedo de que lo que está sucediendo pueda estropear lo nuestro. Las revistas, las fotos, los comentarios malintencionados, las opiniones...

—Las opiniones de que mi culo es demasiado grande, me las paso por el papo —me señalé la entrepierna al aclarárselo—. Alex, no soy una de esas chicas con las que sueles salir. Soy Mariola Santamaría, y aunque suene prepotente, estoy muy segura de mí misma. Me ha costado unos años, pero estoy encantada conmigo misma.

—Pueden acabar destrozando lo que les apetezca.

—Alex, relájate, de verdad. —Mis palabras no parecían hacer efecto sobre él—. ¿Te apetece cenar esta noche?

—Tengo una reunión a las nueve con unos empresarios. No me apetece nada cenar con ellos, pero tengo que ir. —Me apartó el pelo de la cara.

—Si decides anular la reunión y venir a comerte este cuerpo serrano, llámame. —Me pasé las manos por las caderas en un claro signo de provocación.

—¿Pretendes que yo esté concentrado en la reunión que tengo que preparar después de decirme

eso, Mariola?

—Buenas días, Alex. —Le di un pequeño beso en los labios y salí de su despacho.

Sabía que aquella insinuación al menos le sacaría una sonrisa, y tal vez, una llamada tardía para un buen revolcón y una buena conversación.

Pero no hubo llamada ni ese día ni los siguientes. Ni siquiera el viernes, con el fin de semana llamando a sus puertas. La semana fue un infierno. Entraron nuevos proyectos y uno que seguramente nos daría muchos dolores de cabeza.

—¿Tú qué opinas sobre el proyecto de moda? —Michael entró en mi despacho preocupado.

—Me parece interesante, difícil, pero interesante. Encargarnos de una campaña de moda tan importante será muy bueno para la empresa. —No sabía si al final nos haríamos con la cuenta.

—Esta noche iremos a cenar con los socios de la empresa de internet, ven con nosotros. Necesitamos a alguien que hable su idioma.

—¿Su idioma? Como empiecen con los frikismos informáticos, me perderé antes de la primera copa.

—Pues recoge tus cosas y a descansar. Tendrás que estar lo más fresca esta noche. Por lo que tengo oído —Linda giró mi silla—, son los más fiesteros de Silicon Valley.

—Que buena manera de terminar la semana, con una cena con unos frikis de internet. —Me levanté para recoger.

—Nos vemos a las ocho en el *Pulse*.

—¿Un karaoke? —Miré a mis jefes pidiéndoles que no me obligasen a ir.

—Sabemos que les encantan esos sitios y ese es genial. —Linda sonreía.

—No tanto. —Recordaba la última vez que había ido con Justin—. No quiero saber cómo acabará la noche. —Al ver la cara de Linda supe que me tocaría comerme el marrón por completo a mí.

—Sería una cuenta muy buena también para la empresa.

Me fui a casa para descansar un poco. Había sido una semana terrible, no había casi ni podido grabarle los vídeos diarios a Sonia. Sabía que no podría verlos en aquel momento, pero necesitaba contarle las cosas que nos pasaban. Llamé a Alex, pero su ayudante me comentó que estaba reunido y no sabía cuándo iba a terminar. Quería haber sacado un poco de tiempo para haber hablado con él, aunque hubiese sido una pequeña comida en su despacho o una copa tardía, pero no hubo manera humana. Me vestí acorde a los clientes que tenía aquella noche y me fui al *Pulse*. Llamé a Alex desde el taxi. Al descolgar escuché muchísimo ruido.

—Hola, Alex.

—Hola, nena.

—¿Bien la reunión? —Dejé veinte dólares al taxista y salí justo en la acera de enfrente del *Pulse*.

—Me he escapado de hotel sin decir nada. Estoy en la cena que han organizado mis amigos. Creo que va a ser una noche muy larga.

—La mía también. Me tengo que ganar una cuenta esta noche. —Crucé la acera mirando a ambos lados de la carretera.

—Con lo guapa que estás, lo conseguirás.

—¿Cómo que con lo guapa que estoy?

Me giré en la calle y no le vi. Solamente había unos grupos de chicas y chicos, pero él no estaba por ningún sitio.

—Siempre estás preciosa. Aunque con ese vestido y esa chaqueta de cuero estás increíble.

—¿Dónde... —Me di la vuelta y le vi serpenteando entre un grupo de chicas.

—¿No hay más bares en la ciudad? —Seguimos hablando por teléfono hasta mi posición.

—Parece que no. —Le miré y estaba para dejarme embarazada con una sola mirada.

—Estás increíble. —Me agarró de la cintura, me pegó a él y haciendo un recorrido con sus labios, me besó en el cuello.

—Joder, Alex. —Puse a regañadientes mis manos sobre su pecho para apartarle de mí—. Como vuelvas a hacer esto, van a ser trillizos.

—¿Qué? —No, no comprendía la idiotez que acababa de decirle.

—Cosas mías, Alex.

—Estás preciosa.

—Pues no has visto lo que hay debajo. —Me bajé unos centímetros la cazadora y le mostré divertida el hombro.

—Lo dicho, impresionante. —Pasó un dedo por mi hombro subiendo al cuello y me aparté de él como si fuese un cable pelado.

—Tú te has quitado el traje. La noche promete. —Afirmé a unos pasos de él.

—Eso parece. —Tiró de mi mano, metió su mano por debajo de mi pelo y me besó. Ya íbamos por quintillizos.

—Tengo que entrar. He quedado a las ocho y no quiero llegar tarde. Da mala imagen de empresa.

—Vamos. —Me agarró de la cintura y me acompañó dentro—. Si no han llegado tus clientes, me gustaría presentarte a mis amigos. —Parecía nervioso ante aquello.

Eché un vistazo y no vi a los jefes por allí ni a dos chicos sentados solos en ninguna mesa, así que accedí.

—A ver esos amigos. —Le sonreí para que se tranquilizase y nos acercamos a su mesa.

—Chicos. —Estaban gritando y riéndose, bastante alborotados—. Chicos.

Como no nos hacían ni caso, y sacar una teta no era la mejor opción, me metí los dedos en la boca y silbé. Se me quedaron todos mirando ojipláticos.

—Ella es Mariola. —Alex también me estaba mirando sorprendido.

—Hola. —Dijeron todos al unísono

—De mí ya te acordarás. —Steve se levantó con un aire chulesco que no se podía aguantar.

—No recuerdo tu nombre, lo siento.

—Steve. —Me vio cómo negaba continuamente con la cabeza—. Steve. Es la segunda vez que no recuerdas mi nombre.

—Lo siento. —Decidí que, debido a chulería, era el momento de vacilarle un poco—. La verdad es que no me acuerdo y mira que tengo buena memoria, pero déjame ver... —Le agarré de la barbilla y giré su cara—. No, lo siento.

—Ya no tengo ningún efecto sobre las mujeres.

—Tengo memoria selectiva. A los tíos que me entran en una fiesta a última hora y que no se quieren marchar ni con agua caliente, no suelo recordarles.

—¡Touché! —Se alejó de mí negando con la cabeza.

—Ellos son Kevin, Tom, Andersen y Ross, el artífice de que estemos en un karaoke.

—Verás qué divertido. —Ross se acercó a mí divertido y me pasó un brazo por el hombro.

—Yo ya tengo claro qué canción voy a destrozar. Dadme dos copazos y canto lo que me echen.

—Me gusta esta chica, Alex. Te viene bien alguien que sepa divertirse a tu lado. Tienes que aprender a desestresarte.

—Eso mismo le dije yo. —Miré a Ross sorprendida—. Me caen bien tus amigos, Alex. Unos

más que otros. —Miré a Steve de reajo medio sonriendo.

—¿Qué trataste de hacer? —Tom le dio en la espalda a Steve.

—Encantada, pero tengo una reunión ahora mismo.

—Menuda excusa para no estar con nosotros. —Steve parecía resentido.

—Tengo mejores excusas, pero es la verdad. Algunas tenemos que trabajar esta noche. —Besé a Alex sin importarme quién estuviese delante—. Luego nos vemos si esta reunión no acaba conmigo.

Me fui a una mesa que parecía estar reservada. Al preguntar al camarero en mi campo de visión estaban Alex y sus amigos, que me miraban con una mezcla de satisfacción y algo extrañados.

—Menuda mujer. —Ross me agarró del hombro.

—No lo sabes bien.

—Es una borde. —Steve estaba tocado en su orgullo.

—No. —Me quedé unos segundos observándola—. Sí. Si quiere es una borde de cuidado, pero contigo es irónica. Y me encanta que lo sea, especialmente contigo, Steve. Vas de listillo con las mujeres y hay veces que te encuentras a alguien más listo que tú. —Le di una fuerte palmada en el pecho.

—Me gusta, Alex. —Tom me puso un brazo en el hombro—. Parece buena gente.

—Lo es. No sabes cómo tiene a Jason. Está loco por ella.

—Pues entonces tienes mucho ganado. —Tom se quedó unos segundos en silencio—. Y a ti, ¿cómo te tiene?

Me quedé unos segundos observándola. Estaba hablando con el camarero, con la carta en la mano, supongo que organizando algo para la cena. Estaba preciosa con aquel vestido ajustado, que dejaba ver su precioso cuerpo lleno de curvas.

—No hace falta que me contestes, Alex. Te tiene igual que a tu hijo.

—Es posible, aunque las cosas no siempre son tan fáciles, Tom.

—No empieces a poner trabas a una relación cuando ni siquiera ha empezado. No te torpedees a ti mismo, Alex, que nos conocemos.

¿Así era yo? En el momento en que comenzaba a sentir algo... ¿me boicoteaba a mí mismo? Tenía tanto miedo a volver a sufrir que no sabía cómo llevar una relación. Y ni siquiera sabía si lo nuestro era una relación.

Cuando llegaron nuestros clientes con los jefes, comenzaron a flipar pepinillos, palabras textuales. Les parecía muy *cool* que hiciésemos una reunión en un karaoke. Que no era a lo que estaban acostumbrados. Que las otras empresas con las que se habían reunido los había llevado a un restaurante de moda de la ciudad y habían comido cosas que no sabrían describirlas demasiado bien.

—Pues esta noche vais a cenar hamburguesas, patatas grill y los mejores aros de cebolla de la ciudad, pero nada de platos impronunciabiles.

—Pues no sabes lo que te lo agradecemos, Mariola. Solamente con esto, habéis empezado con muy buen pie.

—Muy buena idea lo de la cena. —Linda me agarró del brazo y me susurró—. No se me había ocurrido cenar aquí.

—Al ver la carta he pedido un poco de todo. Me imaginaba que las otras agencias les habrían tratado de ganar con comidas caras y extravagantes. No tienen más de veinte años.

—Si sabía que hacíamos bien dejándote esta cuenta a ti. Así que podemos dejarte a solas con

ellos, tenemos otra cena ahora mismo a la que no me apetece acudir, pero nos entregan un premio a no sé qué...

—Esto ha sido una encerrona en toda regla.

—Si te digo que te mando a una reunión a un karaoke, ¿qué me hubieses dicho?

—Que no me vacilases de nuevo, Linda. Que esa reunión ya me la hiciste pasar cuando empecé en la compañía. —Recordé la broma que me hicieron cuando no llevaba más de un año en la empresa.

—Aquella salió bien y esta irá igual. Son tuyos, ya están encantados con la comida. —Miramos la mesa y se estaban poniendo las botas.

—Id a recoger el premio, yo me los gano. Pero esta noche corre a cargo de la empresa, las copas, las discotecas... Pasaré todo a la cuenta de gastos.

Los jefes se despidieron y yo me fui a la barra a pedir algo más de beber.

—¿Y qué hago yo con estos dos pipiolos? —Me apoyé en la barra observándoles.

—¿Problemas en el paraíso? —Steve se me acercó de nuevo con sus aires chulescos.

—Oh, cállate.

—Vaya genio te gastas.

—Solo contigo.

—¿Por qué te caigo mal?

—No me caes mal, pero si me vienes de rey del mundo, no esperes que no intente bajarte de tu trono. No me gustan los tíos que se creen demasiado guapos y esperan a que todas las mujeres del universo caigamos como moscas con su aroma.

—Pero Alex es así.

—Alex era un estirado, que no dejaba entrar a nadie en su impoluto mundo.

—¿Era? —Me preguntó muy curioso.

—Siempre puede llegar una loca, arrancarte la americana, apostarse una botella de ron de miles de dólares y sacarte de tu zona de confort. —Recogí las cuatro copas y le di una a Steve—. A mi salud. A ti también te llegará alguna que te quite esa coraza de chulo de playa.

—Eres imposible.

—Pero te gusta, Steve, reconócelo.

No dijo nada más, se quedó en la barra sonriéndome y dándole un gran trago a su copa.

—Bueno, chicos. ¿Queréis que nos quedemos aquí o que cambiemos de sitio?

—No podemos irnos, esto es un karaoke. No nos podemos ir sin cantar algo.

—Yo canto fatal. Si al salir de aquí, Noé está metiendo a todos los animales en su arca de dos en dos, no me echéis la culpa.

—Bueno, solo falta una cosa para que nuestra cuenta sea vuestra. —Cogieron la carpeta para echar un vistazo.

—Sorpendedme. —Me quedé observándoles fijamente.

—Verte en el escenario cantando una canción.

—Eso suena a chantaje.

—Tú veras cómo les dices a tus jefes que has perdido la cuenta.

—Vosotros veréis cómo os vais a quedar cuando perdáis a la mejor empresa para daros a conocer.

Había muchísimas canciones que ni conocía. Otras demasiado americanas para mi gusto y otras tantas que conocía y me encantaban. Pero cuando vi aquella canción supe que la tenía que cantar. La letra decía mucho y estando Alex allí, lanzarle la indirecta de que me llevase a casa aquella noche, sería un gran final para aquel viernes. Los dos chicos apuntaron unas cuantas canciones en

un papel y se lo dieron a la camarera. Había mucha gente cantando y haciendo que nos lo pasáramos bien, hasta varios amigos de Alex cantaron alguna que otra canción. Pero cuando oí al chico llamar a las siguientes personas para cantar, tuve que estar atenta cuando lo repitió.

—Alex y compañía, os toca.

Alex se levantó de su asiento. Ya se había quitado la chaqueta que llevaba y se había quedado con una camiseta blanca y unos vaqueros ajustados. Culpable, estaba babeando por él.

—Buenas noches a todos. —Steve se hizo cargo de su presentación—. Especialmente a todas. —Me señaló con una de sus manos guiñándome un ojo, a lo que yo respondí con una falsa sonrisa—. Vamos a cantar una canción que realmente me encanta. Aquí a mi amigo Alex le da un poquito de vergüenza. —Alex se tapó la cara con una mano, pero se le podía ver con una gran sonrisa—. Espero que le animéis mucho, chicas, porque es un hombre muy tímido. ¿Alguna que quiera hacerle los coros? —Miró en mi dirección y se encontró una peineta en mi mano más tiesa que el *Empire State*.

En cuanto empezaron a sonar las primeras notas empecé a sonreír. Eligieron *Sexy and I know it* de LMFAO. La primera imagen que me vino a la mente fue Alex arrancándose los pantalones, dejando al descubierto su... Joder, empecé a babear solo con mi imaginación. Le dije que tenía que salir de su zona de confort, pero es que con aquella canción sus amigos le estaban sacando de ella a patadas.

No era la única que estaba teniendo aquellos pensamientos al ver bailar a Alex y a sus amigos, que todo hay que decirlo, vaya amigos tenía el señor trajeado. Ninguno tenía desperdicio y bailando aquella canción tan atrevida... Apaga y vámonos.

—No dejaba yo ni un centímetro sin lamer de esos cuerpos.

Me di la vuelta porque aquel grito salió de la boca de alguien que estaba justo detrás de mí. Aquellas mujeres habían buscado billetes de veinte dólares para meter en las cinturillas de los vaqueros de los chicos.

Alex de vez en cuando me miraba, y trataba de esconderse detrás de sus amigos, pero estos no le dejaban. Me miraba, sonreía y se moría de la vergüenza.

Cuando terminaron la canción, se despidieron como si fuesen un grupo de rock de los 90, caída de micrófonos al suelo incluida. Alex pasó por mi lado y me miró muy desafiante.

—Sé cómo desestirarme, Mariola.

—Más bien te han obligado, pero me gusta verte así. Desinhibido, un poco salvaje —me levanté y le susurré al oído—. Tal vez luego seas salvaje conmigo, señor trajeado.

—Eres una tramposa. Desde aquí tengo unas vistas espectaculares de tu escote. Ahora pretenderás que me sienta con mis amigos y no piense en las mil maneras en que te voy a devorar esta noche. —Me dio un mordisco en el lóbulo de la oreja.

—Bueno, tú sigue pensando. —Le guiñé un ojo y me fui a la barra a por una copa—. Ponme un chupito de tequila y un *gin-tonic*.

Me bebí el chupito cuando escuché que me llamaban por mi nombre. Era mi turno de subir al escenario. Alex y sus amigos se sentaron cerca para no perderse nada. Comenzaron a sonar las primeras notas de *We are Young* de FUN. Agarré el micrófono con las manos temblorosas, sonreí unos segundos y comencé a cantar.

Cambié la letra para cantársela a Alex. No creo que hubiese ninguna duda de lo que quería aquella noche, de cómo quería acabarla. Le estaba pidiendo a Alex que me llevase aquella noche a casa, que éramos jóvenes, que podíamos hacer arder el mundo y brillar más que el sol. Se la cantaba a él, no dejé de mirarle a los ojos en los cuatro minutos de canción.

No pude ni bajarme del escenario, porque Alex y sus amigos, junto con nuestros posibles

clientes terminamos cantando *The Final Countdown* de Europe allí arriba.

Nos marchamos a otro bar todos juntos donde pude conocer un poco más a los amigos de Alex. Todos fueron a la misma universidad y eran de la misma hermandad. Me extrañaba no ver a Frank por allí, pero Steve se encargó de explicarme que estaba de viaje por temas de trabajo.

En un momento de la noche me fui al baño, esperando que no se dieran cuenta de que ya estaba dejando de beber, porque seguir su ritmo era un peligro.

Cuando giré la esquina para llegar al baño me encontré a Alex que venía de frente. Nos quedamos mirándonos mientras nos acercábamos y le sonreí.

—Hola. —Nos paramos uno enfrente del otro.

—Hola.

—¿Te estás divirtiendo?

—Sí, pero aún queda mucha noche por delante.

—Eso espero. —Le volví a sonreír.

—¿Ya has encontrado a alguien que te lleve a casa? —Me agarró de la cintura fuertemente.

—Eso espero.

—¿Es una insinuación?

—Yo creo que ya sabes lo que quiero, Alex. Conmigo no van las insinuaciones.

No sé cómo se las ingenio, pero en una abrir y cerrar de ojos estábamos en lo que supuse que era el almacén o el reservado del local, donde nadie nos podía molestar. Comenzamos a recorrer nuestras bocas y todo nuestro cuerpo. No había ninguna parte que no nos tocásemos, agarrásemos o rozásemos. Me subió encima de una mesa y subió mi vestido. Estaba siendo muy excitante saber que a nuestro alrededor había mucha gente divirtiéndose y nosotros teníamos nuestra fiesta privada.

—Au.

—¿Estás bien, nena?

—Sí. Creo que me acabo de clavar algo en el culo. —Me removí para deshacerme de lo que me molestaba.

—Eso tiene solución.

Me agarró del culo y, sin costarle ni un mínimo esfuerzo, me pegó contra la pared. Estaba sujeta con mis piernas a su cuerpo. No sabía si era el alcohol o el efecto que aquel hombre producía en mí, pero estaba muy excitada, demasiado excitada como para salir de allí sin llevarme el premio gordo de la noche. Mi cuerpo vibraba cada vez que me besaba o que me tocaba. Nuestros jadeos se tapaban con la música que se oía fuera. Sentí que el clímax estaba a punto de partirme en dos. Alex conseguía llevarme al cielo con un solo movimiento.

Nos quedamos abrazados por un instante y de repente Alex se separó de mí. Su cara era de terror.

—¿Qué pasa, Alex?

—Lo siento.

—¿Qué sientes?

—Yo... con la emoción del momento... se me ha olvidado el...

—No te preocupes.

—No es que pueda contagiarte nada. Pero...

—Alex, respira. Tomo anticonceptivos. No te preocupes. No hay ningún peligro.

—¿Seguro?

—Sí. No te preocupes. No tengo ninguna intención de quedarme embarazada. Ahora debemos

salir de aquí.

—Sí.

Salimos del almacén como si nada hubiera pasado, pero se nos notaba en la cara. Al menos eso fue lo que dijo Ross en cuanto nos vio. El resto de la noche la pasamos riéndonos y hablando mucho. Nuestros futuros clientes me dejaron un trozo de servilleta del último local firmando el futuro contrato con la empresa. Decían que, si era capaz de hacer lo que había hecho aquella noche por una apuesta, la cuenta con nuestra empresa sería lo mejor que podrían hacer en la vida. Nos despedimos de ellos en la puerta de su hotel y del resto de los amigos de Alex en otro bar.

Nos fuimos andando hacia mi piso y por el camino nos paramos unas cuantas veces para besarnos, sin pensar si alguien nos podría ver. A las horas de la madrugada que eran, era muy poco probable que nuestras caras saliesen al día siguiente en ninguna página web. No podíamos quitarnos las manos de encima.

—Yo lo siento, Alex, pero no llego a mi piso.

Entré agarrada de su mano en un hotel cercano, sin pedirle permiso, tomando las riendas de todo en aquel momento. Él tampoco opuso ningún tipo de resistencia. El resto de la noche fue solo para nosotros dos, para nuestros besos, para nuestras caricias y para nuestra pasión desmedida.

Cuando me desperté al día siguiente, Alex estaba acostado en la cama mirándome.

—Buenos días.

—Hola.

—Estás preciosa cuando duermes.

—¿Sabes que da muy mal rollo que te miren mientras duermes?

—¿Qué te parece si nos pegamos una ducha y nos vamos a desayunar?

—Me parece perfecto, sobre todo lo de la ducha. —Me abracé a Alex unos segundos—. Pero dame un rato así, sin hacer nada, sin decir nada. Como si no fuese a pasar nada cuando salgamos de esta habitación.

—¿A qué te refieres, Mariola?

—Pues que quiero disfrutar de unos segundos de paz antes de salir de aquí. No sabemos qué nos depara el día o la semana.

—No te preocupes por nada, Mariola. Lo que tenga que ser, será.

Yo seguía preocupada por lo que Jonathan había provocado y sabía que no iba a parar hasta conseguir lo que quisiese. Desde la noche del concierto no le había vuelto a ver, pero tenía la sensación de que aquello no iba a durar eternamente.

18.
CÓMO CAZAR UN MILLONARIO

Después de ducharnos, salimos del hotel para desayunar. Fuimos a una pequeña cafetería cerca de nuestro piso, un pequeño local en la que me encantaba perderme los domingos por la mañana. Tenía una zona de lectura con varios sillones antiguos y estanterías llenas de libros.

Estuvimos varios minutos en silencio mientras leíamos los periódicos que acabábamos de comprar en el quiosco. Me encantaba disfrutar de momentos como aquel con Alex, pero me preocupaba un poco la cara de pánico que puso en el almacén la noche anterior.

—¿Puedo preguntarte por lo que pasó ayer?

—Fui un imbécil al dejarme llevar y no pensar en las consecuencias de nuestros actos, Mariola. —No me miró, continuó leyendo.

—Entonces fuimos imbéciles los dos, Alex. Esto no es solo cosa tuya. —Puse la mano sobre el periódico para que me mirase y lo apartó—. ¿No quieres tener más hijos? —Me sorprendí a mí misma formulando aquella pregunta.

—Lo pasé tan mal con Jason, que no sé si quiero volver a tener hijos. No quiero volver a pasar por aquello de nuevo. Tener que quedarme solo con una persona que depende totalmente de mí. —En sus ojos se dibujó preocupación.

—¿Piensas que yo podría hacer lo mismo que tu ex? —No comprendía lo que acababa de decir—. Que, si pasase lo mismo entre nosotros, ¿yo me marcharía dejándote con un bebé?

—La conocía desde hacía años, estábamos enamorados y ella se fue. Nosotros casi no nos conocemos y podría pasar. No es algo tan descabellado, Mariola.

Me quedé unos segundos callada, mirándole, pero él se perdió de nuevo en las hojas del periódico. No me había mirado ni una sola vez después de compararme con la mujer que les abandonó. Mi enfado comenzó a crecer, y tal y como me conocía, decidí que era mejor pagar el desayuno y marcharme de allí antes de sacar mi lado más gore.

—Alex, tengo que marcharme a trabajar.

No le di ninguna opción de acompañarme. Según salí de la cafetería, cogí un taxi, aunque solo eran dos manzanas hasta el piso. No sé qué era lo que realmente estaba pasando, pero me estaba empezando a cansar de los cambios de humor que Alex parecía tener últimamente.

Llegué a casa, me cambié de ropa y me marché a la oficina. Un par de reuniones de los nuevos grupos de trabajo, un par de entrevistas a nuevos ayudantes y poco más. Se notaba en el ambiente que ya era viernes.

A las tres de la tarde recogí unos cuantos dossiers, mi agenda, unas revistas que tenía por la mesa y le dije a Scott que si necesitaba algo que me llamase al móvil.

Bajé a la calle y mientras esperaba a un taxi, miré a la acera de enfrente y un escalofrío me recorrió el cuerpo entero. Me parecía un espejismo, una maldita visión con la que mi cabeza me estaba jugando una mala pasada. Cerré unos segundos los ojos, pero no desaparecía. Jonathan estaba en la acera de enfrente mirándome, quieto entre las personas que aquellas horas colapsaban la calle. Se me empezó a acelerar la respiración, por mi cabeza se pasó a la idea de ir corriendo a él para pegarle dos puñetazos y llamar a la policía. Sin pensarlo demasiado bien comencé a cruzar

la calle y menos mal que el portero del edificio vio que venía un coche, porque si no me hubieran atropellado.

—Señorita Santamaría, ¿se encuentra bien?

—Sí. No me he dado cuenta de que venían coches.

Miré a la acera de enfrente y ya no había rastro de Jonathan. Busqué su mirada entre las personas que caminaban por la calle, pero no hubo suerte. Había desaparecido, se desvaneció delante de mis narices.

—¿Seguro que está bien? —Nuestro portero parecía muy preocupado.

—Sí, será el cansancio de la semana de trabajo. Muchas gracias.

Paró amablemente un taxi y le dio la dirección de nuestro piso. Por el camino la imagen de Jonathan no se me fue de la cabeza.

—Ya hemos llegado, señorita. —El taxista me miraba a través del retrovisor.

—Disculpe, estaba lejos de aquí. —Le di un billete de veinte dólares y me bajé.

Antes de entrar en el portal, miré a ambos lados de la calle, notaba que me estaban observando. Pero al no ver a nadie, supuse que mi cabeza me estaba jugando una mala pasada. Revisé el buzón y me encontré un montón de propaganda y facturas. Las fui revisando en el ascensor. Entré en casa, dejé las cosas en la mesa, aparté toda la publicidad y comencé a revisar las facturas. De la academia, teléfono, del banco... hasta que vi una sin sello, sin nada, solo ponía Mariola. Me quité los zapatos y abrí la carta.

Lo mismo que le pasó a tu amiguita, te puede pasar a ti. No eres tan buena como él cree, eres otra zorra más y él se acabará dando cuenta. Ten cuidado con lo que haces porque todo lo que le ha pasado o pase a tu familia, será culpa tuya siempre.

Tú eres la única que puedes mantenerles seguros.

Hoy por mí, mañana por ti.

Venía sin firma, sin remitente, sin nada, pero sabía perfectamente que era de Jonathan. Había estado en el portal para dejar la carta. Jonathan se había acercado a nosotros y no nos habíamos dado cuenta. Cogí el teléfono y marqué el número de Mike, sabía que habría terminado ya su turno de comidas, pero cuando me descolgó... no supe qué decirle y colgué. A los dos segundos recibí una llamada suya.

—Se ha cortado, Mariola.

—No, me he equivocado. Quería llamar a Mike, de contabilidad, pero me he despistado. —La mejor opción era mentirle para que no se preocupase.

—¿Va todo bien? Y no me mientas que conozco tus diferentes tonos de voz.

—Sí, bueno, he tenido un mal despertar con Alex. Ya te contaré cuando te vea. No te molesto más. —Le colgué.

No quería decirle nada de la nota, así que la guardé en una de mis libretas, dejándola oculta a todos, no sin antes releerla durante media hora tratando de encontrar sentido a todo aquello. Sabía que lo único que quería era asustarme, pero no entendí muy bien la última parte.

—Hoy por mí, mañana por ti. ¿Qué es lo que quieres?

Cuando me di cuenta, era la hora de ir al colegio a recoger a Andrea de clases y la llevé al parque, ya que tenían un cumpleaños en Central Park. Al llegar vimos a Jason, pero no había rastro de su padre, lo cual agradecí muchísimo. No me apetecía mucho verle en aquel momento.

—No puedo comer de nada.

—¿Queréis que nos vayamos a comer algo los tres? A algún sitio que Jason pueda comer algo.

—Pensé en un local que estaba cerca de allí en la que tenían comida apta para celíacos y personas con diferentes intolerancias.

—Perfecto.

—¿Con quién has venido, Jason?

—Con la madre de Austin. Le dijo papá que me trajese.

—Voy a decirle que nos vamos y así llamamos también a tu padre. —Llamé a Alex varias veces, pero no respondió ni una de las llamadas. En el hotel no me pasaron con él, así que dejé el mensaje a su ayudante y otro en su buzón de voz—. Vamos a comer algo, chicos.

Los dos iban hablando de cosas del colegio mientras íbamos a por algo de comer. Yo iba más pendiente del móvil que de otra cosa, ya que esperaba que Alex me contestase a los mensajes que le había mandado. Pero no hubo ningún tipo de respuesta en la siguiente hora.

Volvimos al parque con la comida y nos tumbamos en el jardín, a unos metros del cumpleaños al que los niños estaban invitados. Mi teléfono comenzó a sonar y Andrea descolgó.

—¿Sí? Andrea... sí. Ahora. —Me entregó el teléfono—. Es el señor McArddle y parece que está muy enfadado.

—Vale. —Cogí el teléfono—. ¿Sí?

—¿Por qué te has llevado a Jason sin avisarme?

—Alex, te he llamado seis veces y te he dejado un mensaje en el buzón de voz, otro en el móvil y otro en tu hotel.

—Pues haber insistido.

—¿Quieres que te acibille a llamadas para que no me cojas como la semana pasada? —Bien, había conseguido sacarme de quicio—. No seas gilipollas, estamos justo al lado del cumpleaños. No he secuestrado a tu hijo.

—Ahora mismo voy para allí. —Me colgó.

—Tu padre no parece tener un buen día.

—Hace muchos días que no está bien. —Jason parecía triste—. Desde que el tío Brian se marchó está muy raro.

—¿Y te ha contado el motivo?

—Antes me contaba más cosas, pero ahora no. Trabaja mucho más y casi no le veo.

Negué con la cabeza enfadada con él. Parecía que los pasos que había dado con Jason, los había retrocedido en una sola semana. No sabía que le estaba pasando, pero aquello estaba afectando a su familia. Estábamos tirados en la hierba cuando apareció Alex. Estaba muy cabreado y yo iba a pagar el pato por todo lo que le enfadaba y por todo lo que le iba a enfadar el resto de su vida.

—¿Sabes el susto que me he dado cuando no le he visto en la fiesta?

—Alex, que no le han secuestrado. Que nos hemos ido a por algo de comer. —Me levanté para enfrentarle.

—¿En la fiesta no teníais comida?

—No, papi. —Jason se situó a mi lado—. No había nada que yo pudiera comer.

—Jason esto es una conversación de mayores. —Apoyó su mano en mi espalda para apartarnos.

—¿Qué coño te pasa para que le hables así a Jason? —No daba crédito a la forma en que nos estaba hablando.

—Que sea la última vez que haces algo así. —Lo dijo entre dientes. Tenía la mandíbula apretada y comenzó a apretar su mano en mi espalda.

—¿Perdona?

—Lo que has oído. No te vuelvas a llevar a mi hijo sin mi permiso. —Se le tensaron los músculos del cuello.

—¿Dónde has dejado a Jekyll? —Me aparté de su lado y le miré negando con la cabeza.

—No estoy para aguantar tus ironías.

—Ni yo tus gilipolleces, Alex. No estoy para perder el tiempo con alguien que no sabe lo que quiere, que está aterrado y que no tiene ni idea de vivir. —Me aparté de él—. Andrea recoge tus cosas que nos vamos a casa. Se está haciendo tarde.

—Nos vemos en el cole, Jason.

Se dieron un beso y pude ver cómo los dos niños se entristecían. Me daba mucha pena por ellos, pero Alex se estaba comportando como un auténtico imbécil y no quería que una de sus malas contestaciones acabase dirigida a ninguno de los dos niños.

—Papi, ¿por qué se va Mariola tan enfadada?

—Ni lo sé ni me importa, Jason. Ahora nos vamos a casa que esta noche tengo una reunión muy importante. —Estábamos caminando hacia la salida de parque.

—¿Otra vez me quedo solo? —Jason tiró de mi mano para que nos parasemos.

—No. Estarás acompañado como siempre.

—Pero no contigo.

—No puedo estar siempre contigo, Jason. Tengo que trabajar

—Pero es que siempre estás trabajando y nunca tienes tiempo para mí. —Jason se soltó de mi mano enfadado—. Cuando conociste a Mariola si tenías tiempo, pero ahora ya no.

—No entiendes que tengo que trabajar para darte todo lo que necesitas. El colegio no se paga solo, tu ropa tampoco y tu comida menos. —No me había dado cuenta de la manera en que había elevado mi tono de voz.

—Pero yo te necesito a ti, papá.

—No puede ser, Jason.

Agarré su mano y nos fuimos a la salida para irnos a casa. Alice estaría ya en casa para cuidar a Jason aquella noche. Necesitaba despejarme y dejar de pensar en Mariola, además tenía una reunión muy importante aquella noche y no podía faltar.

Yo traté de que Andrea no notase que estaba más enfadada que una mona, porque ella no se merecía que le fastidiase el día, al igual que Alex se había encargado de hacérselo a Jason. Fuimos al supermercado que teníamos debajo de casa para comprar algo para cenar. Tendríamos que apañarnos sin Mike en la cocina.

—¿Vamos a cocinar nosotras?

—Sí, sé que no tengo ni idea, pero para hacer unos sándwiches club y unas patatas fritas, espero apañarme.

—Si no quemas la sartén. —Andrea se sentó en un taburete y empezó a reírse. Me recordó muchísimo a su madre.

—¿Qué te parece si después de cenar le grabamos un vídeo a mamá? Ya sabes que no le dejan llamar ni ir a visitar.

—Ya me dijo el tío Jus que era como un internado y que tenía que estudiar mucho. Que por eso no podíamos verla.

—Sí. —Justin siempre había sido muy bueno para inventarse excusas y aquella vez lo había hecho muy bien.

No queríamos mentir a Andrea, pero preferimos esperar a que Sonia se recuperase por completo, volviese a casa renovada y entonces hablaríamos con Andrea para contarle lo que había

pasado.

Tras cenar y ver una película en el salón, llevé a Andrea a mi habitación en brazos. Se quedó dormida sobre mis piernas nada más empezar la película. Me quedé unos segundos mirándola. Entrecerré la puerta de mi habitación y me fui a la cocina para seguir trabajando. No recibí ninguna llamada de Alex, aunque tampoco la esperaba. Se había comportado como un auténtico gilipollas.

La semana siguiente estuvo cargada de reuniones, visitas a clientes y un montón de viajes a la academia para tratar de solucionar los problemas que iban surgiendo día a día. Tuve una reunión con la profesora de Andrea en el colegio y recé para no encontrarme con Alex.

—Pero todo va bien. Solamente que estos días ha estado un poco ausente.

—Sí, es por Sonia. Ya le conté al director lo que sucedía y es comprensible que eche de menos a su madre.

—Yo estoy tratando de que siga el ritmo de la clase, pero tal vez necesite ayuda extraescolar para terminar los trabajos que no termina en clase.

—¿Ayuda extraescolar con su edad?

—Sí, en este colegio nos tomamos muy en serio la formación de nuestros alumnos desde pequeños. No queremos que pase el curso y Andrea tenga que abandonar el colegio por no llegar al nivel que tenemos impuesto.

Miré por la ventana del despacho y vi a Andrea en el jardín del colegio con un libro entre las manos.

—Nos encargaremos de todo, no se preocupe. No habrá que tomar ningún tipo de medida de aquí a final de curso.

Salí de aquel despacho con una preocupación más que añadir a mi lista. Al salir al jardín me quedé observando a Andrea. Estaba leyendo uno de los libros que le habíamos regalado para su cumpleaños. Siempre había sido un mini ratón de biblioteca y a mí aquello me encantaba. Prefería un libro a tirarse delante de la televisión horas y horas.

—Hola, tía. —Vino corriendo nada más verme—. ¿Me la he cargado?

—¿Cómo?

—Como te han mandado venir a hablar con mi profesora.

—No, cariño. No te preocupes. —Me agaché para hablar con ella—. ¿Hay algo que te preocupe?

—No... —Agachó la cabeza y sabía que no me estaba diciendo la verdad.

—Te acuerdas que nos prometimos no mentarnos nunca, ¿verdad?

—Es que no te quiero preocupar.

—¿Un batido y me cuentas todo?

—¿Unas patatas y un batido de *Shake Shack* de Madison Square Park?

—Mmm... —Dudé cómicamente un par de segundos—. ¿Puedo elegir yo el sabor del batido?

—Mientras sea de vainilla y caramelo, puedes. —Me agarró de la mano.

—Vamos a por ese batido, chantajista.

Mientras nos tomamos nuestra ración de patatas y el batido, pude comprobar que Andrea tenía algunos problemas a la hora de concentrarse. Así que decidí hablar con Justin y Mike para tratar de ayudarla entre los tres. Y si fuese necesario, buscar ayuda extraescolar y que alguien nos echase una mano en casa.

El resto de la semana la dedicamos a ayudar a Andrea cuando salíamos de trabajar. Hicimos

unos turnos que seguíamos a raja tabla para ir a buscarla al colegio, llevarla a tenis y ayudarla con sus trabajos. Pero nos seguía sorprendiendo la cantidad de trabajo que tenía que hacer Andrea en clase.

No recibí ninguna llamada, ningún mensaje ni ningún *e-mail* de Alex. Yo tampoco le había escrito, ni siquiera me había pasado por el hotel para hablar con él. Había estado demasiado ocupada tratando de olvidarme de las palabras que me dedicó en el parque.

Por fin era viernes, lo que significaba que Justin estaría con Andrea hasta las doce de la noche, hora en la que se iba a trabajar.

—Hasta mañana, Sasha.

—Mañana es sábado, Mariola. Yo no pretendo venir a trabajar.

—Pero a mí me toca preparar una reunión para el lunes. Es lo que tiene asumir más responsabilidades. No sé si tenía que haber dicho que no al ascenso. —Llamé al ascensor.

—¿Quién mejor que tú? Conoces todo lo de la empresa y, Mariola, haces unas fiestas de muerte. La de los 80 sigue dando que hablar. Sobre todo, aquel baile que te marcaste con el tiarrón aquel.

—Yo por alcohol, hago hasta el pino con las orejas. —Me di la vuelta sin mirar a Sasha. Sabía siempre cuándo mentía.

—Hace mucho que no llama o que no le veo por aquí. ¿Todo bien entre vosotros? —Sasha recogió sus cosas y parecía que aquella conversación continuaría en el ascensor.

—No hay nosotros, Sasha.

—Y un cuerno, Mariola. Tú no viste cómo te miraba. No apartaba los ojos de ti, incluso cuando no estabas hablando. Aprovecha que es fin de semana, compra una buena botella de vino y plántate en su casa solamente con un conjunto de ropa interior y una gabardina. —Sasha sonreía al darme su consejo—. No se resistirá a ti, reina.

—No me queda demasiado claro eso último. —Negué con la cabeza.

—Mariola, os vi encima de la mesa. ¡No me jodas! Que echabais chispas solo con miraros. No seas tonta, cuando un hombre te mira de esa manera, no puedes dejar que se escape. —Llegamos a la planta baja y salió corriendo por la puerta—. Hazme caso. Los hombres pueden ser bastante idiotas, pero hay veces que debemos darles un empujón.

Besó a un chico que estaba a su lado y se marchó con él despidiéndose con la mano. Me quedé unos segundos observándoles. Sasha no tenía más de veinticinco años y emanaba unas ganas de vivir que eran contagiosas. El chico que la acompañaba era un bohemio con barba que la hacía sonreír. Yo era como Sasha, pero me había amargado momentáneamente con el tema del señor trajeado. Así que decidí quitarme aquel amargor y llamarle. Sería yo quien diese el primer paso, pero no me contestó. No tenía más de media hora andando hasta su casa, por lo que decidí coger un café para llevar y caminar por Madison Avenue hasta llegar a su casa. Pero cuando llegué y llamé al timbre, no contestó nadie. Supuse que estaría trabajando así que di un paseo por el barrio, esperando a verle llegar a casa. Compré un par de revistas en un quiosco cercano y me senté en un banco esperando a que el señor de la casa apareciese por allí.

Hora y media después, sobre las ocho de la tarde, decidí marcharme ya que no había señales de vida en aquella casa. Caminé de nuevo la media hora hasta la oficina para recoger mi coche y marcharme a casa. Necesitaba quitarme los tacones, deshacerme de aquel vestido que llevaba y tirarme en el sofá con una buena copa de vino. Pero la ciudad dijo que aún no me lo merecía. Me metí en un atasco en el que no se movía ni un solo coche, y el café grande junto con el refresco de

medio litro que me había metido esperando a Alex en su casa, estaban haciendo estragos en mi vejiga.

Llevábamos más de treinta minutos parados, así que eché del freno de mano, me bajé del coche, lo cerré y me fui al bar que tenía justo al lado. Aquel atasco no se iba a mover mientras yo estaba en el baño. No me paré ni a pedir permiso cuando entré, ni siquiera a mirar quienes estaban en la barra del bar cuando salí. Pero un pequeño tumulto de gente en la entrada me hizo pararme y escuché una risa familiar, una risa que semanas atrás había sonado en la cama a mi lado. Me giré entre la gente y vi a Alex riéndose y abrazando a una mujer. Su abrazo parecía muy cómplice y su risa me acababa de romper por completo. Y cuando vi que la besaba... ¿en los labios? ¿en la comisura? La gente que pasaba a su lado no me dejó comprobar en qué lugar de la cara de aquella mujer Alex había posado sus labios.

Sentí cómo todo se me rompía en pedazos. Me refugié entre la gente que salía y me quedé unos segundos en la calle, sin ni siquiera mirar si el atasco había avanzado o seguía delante de mí. Comencé a notar unas gotas de lluvia. Dos minutos después salí corriendo hasta el coche. Necesitaba salir de allí lo antes posible, pero el atasco no había avanzado. Me negué a mirar de nuevo al bar, no quería verlos en la barra en aquella actitud tan cariñosa, pero no lo pude evitar. Los vi que salían del bar y se despedían de una manera aún más cariñosa en la puerta. Aparté la mirada negando con la cabeza.

Volví a poner la vista en la carretera y las luces rojas del coche de delante habían desaparecido. Metí primera para avanzar los metros que me separaban, no eran más de seis o siete, pero el coche que venía detrás de mí debió de multiplicar aquel espacio por cien, porque terminé pegándome un golpe en el culo del coche, que me hizo moverme del asiento.

—Será imbécil. Este se la va a llevar calentita. —Eché el freno de mano y salí como un miura del coche, sabiendo que mis gritos se escucharían desde Brooklyn—. ¿Tú eres gilipollas? Que no estamos en un rally.

—Perdona, preciosa. Pensaba que estabas mucho más lejos. —Estaba con el móvil en la mano.

—Ni perdona ni hostias, joder. Seguro que estabas mandándole mensajitos a tu amante de turno. —Comenzó a caer mucha más lluvia—. ¿No sabes que no se puede usar el móvil en el coche?

—Mujer, tranquilízate. No ha sido nada más que un roce. —Nos acercamos al culo y el coche estaba bastante golpeado.

—¿Un golpe? ¿A ti esto te parece un pequeño golpe? Que me has reventado la luz y el guardabarros está tocando la rueda.

—En serio, no es para tanto. Lo llevas a tu taller y solucionan el problema. —Trató de calmarme, pero no le dejé.

—¿A mi taller? Ya me estás haciendo los papeles, que de esto se hace cargo tu seguro, machote.

Le di una palmada en la espalda, más fuerte de lo que realmente hubiese querido. Además de pegarle un grito con el que media calle se nos quedó mirando. Incluso Alex se acercó entre los coches al ver el revuelo y supongo que al escuchar a una loca gritar.

—Mira, solamente quiero hacer los papeles y marcharme a mi casa. No puedo con más mierda. —Empecé a llorar de la rabia que me estaba dando aquella situación.

—¿Todo bien? —Alex se acercó a nosotros y yo no quise ni darme la vuelta.

—Sí. —El chico habló por mí—. Lo estamos solucionando.

—¿Seguro? —Agachó la cabeza y se encontró con mis ojos.

—Sí. —Le miré enfadada—. No nos haces falta aquí. Lo tenemos solucionado.

—¿Mariola? ¿Estás bien?

—Sí, no necesito tu ayuda, Alex. Puedes irte a seguir viviendo tu vida, como estabas haciendo hasta hace unos segundos. A seguir con la vida tan fabulosa que tenías antes de conocerme. Sin complicaciones y sin nada.

Fui dura y un poco hija de puta, tenía que reconocerlo, pero me había dado tanta rabia, me había dolido tanto verle con aquella mujer, que me comporté como una auténtica imbécil.

Terminé de hacer los papeles del accidente y me monté de nuevo en el coche poniendo rumbo a casa, pero no lo hice. Comencé a dar vueltas por la ciudad mientras el agua golpeaba los cristales. Necesitaba saber quién era aquella mujer, si por ella Alex había cambiado conmigo, pasando a tratarme como a una extraña amiga. Así que me dirigí de nuevo hacia su casa, esperando que me diese una respuesta. No pretendía que fuese buena para mí, ni siquiera buena para nuestra relación, pero quería que fuese satisfactoria y me pudiese marchar a mi casa a emborracharme con una botella de vino.

En menos de media hora me planté en su portal, casi quemando su timbre, hasta que su voz sonó por el interfono. Me pidió que subiese, que estaba lloviendo, pero me crucé de brazos y esperé a que bajase a la calle.

—Vamos dentro, por favor. —Señaló el interior de su edificio, mientras se resguardaba de la lluvia.

—No, Alex.

—Mariola, por favor.

—No. —Le miré directamente a los ojos—. Necesito saber qué es lo que pasa. ¿Qué coño está pasando?

—No necesitas saberlo, Mariola. Es mi vida, no la tuya.

—Alex, hasta hace unos días parecía que... parecía que... —Me costaba decirlo en alto—. Parecía que entre nosotros podría haber algo más que cenas, polvos y desayunos en la cama.

—Ni siquiera nos conocemos, Mariola. Hay cosas de mi vida que son demasiado complicadas y que tú no entenderías. —Me estaba hablando con tal grado de condescendencia, que mi hija de puta interior estaba saltando con el tridente en la mano, deseando saltar a pincharle el cuello.

—Claro, perdona, Alex. Qué tonta soy. Parece que yo sigo siendo una chica de Broadway, tonta y estúpida, que no comprende la vida tal y como es. Que vive en una puta burbuja de sueños e ilusiones, mientras tú tienes problemas de verdad en tu torre de marfil. —No le gustaba la ironía, pues tres raciones en bandeja.

—Ya te dije que no te metieras en mi vida. No tienes que salvarme como tratas de hacer con todo el mundo. —Ni siquiera me miró a los ojos.

—Ni mucho menos. Ahógate con tu mierda porque no mereces ni un segundo más.

De repente, la puerta del edificio se abrió y apareció la mujer con la que se estaba abrazando con un paraguas para cobijar a Alex debajo de él.

—Alex, cariño, ¿va todo bien?

—Sí, ahora mismo acabo.

Comencé a sonreír cínicamente. Estaba claro que ella era la responsable de los cambios de humor de Alex y la que estaba dispuesta a solucionar sus problemas del Upper East Side.

—Ahora comprendo porqué has estado tan ocupado y no te has dignado a responder ninguna de mis llamadas. —Miré a aquella mujer de arriba a abajo—. Ella queda perfecta en tu preciosa torre de marfil. Espero que seas muy feliz, Alex.

Me marché sin mirar atrás. No quería volver a ver esos ojos mirándome. Solamente quería coger el coche y desaparecer de allí. Conduje un par de calles, pero el coche comenzó a dejar de

ir recto. Cada vez que soltaba el volante, el coche se escoraba a la izquierda. Paré a varias manzanas de allí y al bajarme comprobé que la rueda trasera estaba pinchada.

—De cojones, Mariola. De cojones.

Llamé a la grúa y media hora después se estaba llevando mi coche delante de mí. Negué con la cabeza varios minutos, recogí mi bolso, mi maletín de trabajo y comencé a caminar para sacar dinero y poder coger un taxi para marcharme a casa.

Paré en un cajero que estaba en una calle poco transitada debido a la lluvia que estaba casi asolando Nueva York. Introduje la tarjeta y tecleé el código de seguridad. Miré a ambos lados de la calle, pero no había nadie. Negué con la cabeza sonriendo. No sería un buen día para...

—Dame todo lo que llevas encima y saca todo tu dinero.

Noté algo punzante clavándose en mi cintura. Mi respiración se paralizó por unos segundos y miré al cielo.

—No, no es el mejor día para que me atraquen.

—Cállate y dame el dinero. —Apretó más fuerte con lo que me estaba amenazando e hizo que me doblase unos segundos.

—Solo puedo sacar mil dólares. No puedo más.

—Parece que todo lo que llevas encima vale mucho, princesita.

Pasó su nariz por mi nuca y se pegó a mi cuerpo, como si estuviese buscando mucho más que el dinero. Respiré profundamente tratando de tranquilizarme, cuando comencé a escuchar unos gritos a lo lejos.

—¡Alto, policía!

Giré la cabeza ante aquel grito y vi a un loco saltando por encima de varios coches aparcados, corriendo hacia nosotros con un arma en la mano. Mi asaltante salió corriendo en la otra dirección y yo me quedé inmobilizada viendo aquello. Me llevé la mano al costado, ya que pensaba que me había hecho una herida, pero con el vestido no me podía mirar. Escuché un frenazo a lo lejos y una moto de gran cilindrada pasó por la carretera a toda velocidad. Todo pasaba a cámara lenta. Me apoyé en la pared del cajero y me deslicé hasta quedarme de cuclillas en el suelo.

—¿Estás bien?

Al levantar los ojos vi justo delante de mí, agachado a mi lado, al loco que había corrido detrás del asaltante.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño? —Se guardó la pistola en la parte trasera de sus vaqueros.

—Sí, solamente ha sido un susto. Estoy bien, creo. —Tenía la mano en el costado.

—¿Te ha herido? ¿Has podido reconocerle? ¿Se ha llevado algo? —Me miraba fijamente y notó que le miraba muy extrañada el arma—. Perdón, creo que debo presentarme en condiciones. Soy Ryan Acherson, inspector de la División de Inteligencia de la policía de Nueva York. —Sacó su placa del bolsillo trasero de su vaquero y me la mostró.

Me dio la mano para ayudarme a levantarme.

Me quedé mirando la placa y me conformé con lo que me dijo. Supuse que no sería un psicópata que llevaba una pistola y una placa falsa.

—Me llamo Mariola y soy la idiota a la que casi atracan en una calle solitaria. Tenía que haber entrado dentro, pero con la mierda de día que he tenido, no he pensado en que me querrían robar. —Esbocé una sonrisa.

—¿Puedo acercarte hasta tu coche?

—Se lo ha llevado la grúa hace media hora y estará de camino a algún taller. —Continuaba lloviendo y estábamos empapados los dos.

—Aquí al lado hay una cafetería que prepara un buen café. Llamo a una patrulla para que te

tomen declaración y no tengas que ir a comisaría. Tomamos un café, entramos en calor y te llevo a casa.

Le observé. Delante tenía a un hombre que había corrido por una de las calles de Nueva York detrás de un pirado con una navaja que me quería atracar. Sí, su obligación como policía era servir y proteger, pero lo del café no entraba dentro de sus competencias.

—No soy muy buena compañía esta noche. Lo único que falta es que me caiga un rayo. —Miré al cielo temerosa de que Zeus me lanzase algo.

—No ha podido ser tan malo tu día.

—En mi ranking de días malos... —Hice gesto de balance con mi mano y meneé la cabeza—. Lo situaría entre el tercero y el cuarto.

—No hay nada que un buen café y una buena conversación no solucione.

—Si me prometes que lleva más whisky que café, lo acepto.

Ryan no dijo nada más, recogió mi bolso y el maletín del suelo, y nos encaminamos a la cafetería que estaba a escasos metros. Caminaba por inercia pensando que, si no hubiese llegado Ryan, me habría quedado seguramente sin dinero y con una herida más grande de lo que me imaginaba que tenía en el costado. Nada más entrar a la cafetería, Ryan me acompañó hasta una mesa desde donde se veían bien todos los accesos a la misma.

—Voy un momento al baño.

—¿Café?

—Solo, largo y un whisky aún más largo.

Entré en el baño y observé aquello. Era un cubículo de no más de tres metros cuadrados con todo junto. Tenía un espejo en el que me quería mirar la herida. Primero me sequé un poco el pelo con el seca manos y me lavé las manos. Me miré en el espejo y... ¡joder qué pintas tenía! Me giré bajando la cremallera lateral del vestido para ver mi costado. Tenía una herida, debido a que mi asaltante se debió asustar cuando Ryan gritó policía. Cogí una servilleta, la mojé con agua y me limpié la sangre que tenía alrededor. No era demasiado escandaloso ni parecía requerir mucho más.

—¿Mariola? —Escuché la voz de Ryan al otro lado.

—Sí, me estoy limpiando un poco la herida.

—Voy a entrar. —Al verle me empecé a reír. Entró en aquel minúsculo baño con la mano en los ojos.

—No estoy desnuda, solamente me he abierto la cremallera.

—De acuerdo. —Me señaló—. ¿Puedo echarle un vistazo? Soy experto en heridas.

—No es nada, de verdad. No se me ha salido ningún órgano. —Hice una broma para romper el hielo, pero Ryan ni se inmutó.

Puso su mano sobre mi cintura, se agachó y observó la herida de cerca. Cogió una servilleta y la pasó mojada por ella.

—Mañana te saldrá un pequeño moratón. —Pasó sus dedos alrededor de la herida y me estremecí—. Perdón.

—No, tranquilo. Tienes las manos heladas.

—Vamos, tú whisky te espera fuera y mis compañeros están a punto de llegar.

Nos sentamos en la mesa y Ryan se puso frente a la puerta y controló todo el local. Le pegué un trago al café y sonreí.

—¿Deformación profesional?

—¿El qué?

—Pues que tienes controlada a la mujer del café de la entrada, al hombre que está sentado en la

barra con el sombrero y seguramente, hayas comprobado sus perfiles en el programa ese que tendréis en la policía.

—Tú también tienes a todos vigilados.

—Esto es por todas las fiestas. Tienes que controlar que los gorriones no se te cuelen.

—¿Organizas fiestas?

—Sí, me dedico a organizar eventos.

Al cabo de un rato un par de sus compañeros me tomaron declaración. No les pude decir nada más porque tampoco le había podido ver, pero Ryan comentó que iban a pedir las cámaras de seguridad del banco y de aquella calle.

Dejé de escucharlos cuando nos acompañaron a la puerta. Miré la hora en el móvil y eran cerca ya de las once. Tenía que marcharme a casa, así que me despedí de ellos amablemente y me dispuse a encontrar un taxi.

—Gracias, pero me tengo que marchar a casa. Tengo que cuidar a la niña y mis chicos se tienen que ir ya.

—Yo te llevo, Mariola. Me quedará mucho más tranquilo si yo te dejo en casa.

—No hace falta, Ryan. Muchas gracias.

—Me quedará más tranquilo. ¿Vas a ser la responsable de que no pegue ni ojo hoy?

Tenía delante a un hombre de metro ochenta y mucho, moreno, con unos impresionantes ojos entre verdes, azules y avellana, chantajeándome con su sueño.

—Ya será otra la que no te deje dormir.

—Ninguna otra me quita el sueño.

Una frase mía completamente inocente, se convirtió en un pase para... ¿coquetear?

—Vamos, Mariola, te llevo a casa.

Puso su mano en mi espalda, invitándome a acompañarle al coche y al final acepté. Le dije la dirección y en menos de media hora estábamos aparcando delante del piso. Ryan se bajó del coche para abrirme la puerta. Me bajé y fui directa hasta el portal con Ryan muy pegado a mí.

—Muchas gracias por todo. Gracias por salvarme del atraco, por el café y por el whisky. —Le sonreí.

—Me alegro de que no te haya pasado nada, Mariola.

Y Ryan sonrió, me regalo una preciosa sonrisa que me dejó sin palabras durante unos segundos. Después de una gran tarde de mierda, había encontrado una sonrisa amable que me despedía el día.

—Mi tarjeta. —La metió en mi bolso—. Para lo que necesites.

Sin esperarlo me abrazó. Me cubrió con sus grandes y fuertes brazos, y por unos segundos estuve a punto de romper a llorar, pero fui lo suficientemente fuerte como para esperar a derrumbarme en la ducha, metida debajo del agua.

Al entrar en casa, Justin estaba preparado para marcharse y me avisó de que Andrea estaba durmiendo en su cama. Así que me despedí de él, fui a ver a la niña y me derrumbé en la ducha. Lloraba por el daño que me había hecho Alex con su desprecio. Lloraba por el atraco y esbocé una sonrisa entre lágrimas al acordarme de Ryan.

—Joder, Mariola. Estás como una puta cabra. Será mejor que te metas a la cama y mañana será otro día. O el lunes será una semana nueva.

Cuando me desperté al día siguiente, volví a taparme con las sábanas a ver si podía desaparecer. Tenía todo el sábado para descansar, porque el domingo mi querida hermana y mi querido cuñado llegaban a la ciudad. Lo decidieron en el momento que les colgué el teléfono

semanas antes. No podían venir en peor momento.

Escuché ruido en el salón, afiné el oído y supe que eran Andrea y Mike con el desayuno. Decidí que tenía que comportarme como una persona adulta y afrontar un nuevo día con una gran sonrisa. Al llegar a la cocina Andrea estaba sentada con un cuaderno encima de la mesa.

—Buenos días. —Besé a la niña y a Mike—. ¿Tú sigues siendo gay? Porque me vendría muy bien que te enamorasas perdidamente de mí, mandases a paseo a los hombres y nos fugásemos al fin del mundo.

—Qué mal suena eso. Pero sí —me agarró de las mejillas—, aún me gustan los hombres. —Me besó en los labios como siempre—. Pero me tienes hechizado desde hace siete años, Mariola. Eso no lo va a cambiar ningún hombre.

—Tú tienes el muñeco ese al que pegas patadas en el armario de la azotea ¿verdad?

—¿Qué ha pasado?

—Ayer no fue la mejor tarde de mi vida. Discutí con Alex dos veces, mi coche se lo llevó la grúa, casi me atracan en el cajero... —Levanté los brazos en el aire—. Una noche de viernes en la gran ciudad.

—¿Atracarte?

—No pasó nada. Apareció un policía de la nada y se asustó. Solo tengo un pequeño moratón aquí junto a la herida. —Me levanté la camiseta de tirantes—. Nada que un sábado de chicas no pueda arreglar.

—Pues yo hoy no puedo. —Andrea estaba a nuestra conversación—. Hoy duermo en casa de Jas, que es su cumple y lo celebramos las tres mejores amigas.

—Vale, entonces no hay nada que una buena sesión de películas no arregle. —Me puse una taza de café y me senté en el sofá.

—¿Hablaste ayer con Alex cuando llegaste a casa? —Justin salió de su habitación sin haber escuchado nada de la conversación con Mike.

—Cuando llegué hablé contigo y me fui a la ducha.

—Es que estaba en su coche cuando bajé a tirar la basura sobre las once. Pensé que estabas con él en el coche, pero como luego me dijiste que... —Justin se quedó pensando—. ¿Quién te trajo a casa si tu coche se lo llevó la grúa?

—Joder qué oído tienes, Jus.

Llamaron a la puerta y Mike fue a abrir. Cuando me di la vuelta para ver quien era, le señalé.

—Me trajo él. —Señalé a Ryan que estaba con mi maletín en la mano.

—Buenas días. Ayer te dejaste el maletín y se te cayó el móvil en el coche. Me di cuenta al llegar a casa, pero era demasiado tarde.

—¿Cómo sabías el piso que... —Negué con la cabeza sin terminar de hablar—. Vale, eres de Inteligencia.

—¿Es poli de verdad? —Justin estaba detrás de mí susurrándome al oído.

—Poli de verdad, así que ten cuidado. —Fui hasta la puerta—. Pasa Ryan. Lo mínimo que puedo hacer es invitarte a un café.

—Nunca rechazo un café.

Acompañé a Ryan hasta el salón y me fui a la cocina a poner un café. Justin vino casi corriendo a tratar de ponerse al día.

—Dime que no es tu nuevo ligue.

—No, Jus, no es mi nuevo ligue. Ayer me intentaron atracar y apareció él corriendo cual agente de la ley.

—¿Atracar?

—Un imbécil que quería el dinero que estaba sacando, pero llegó Ryan y se acojonó.

Miré al salón y Ryan estaba sentado en el sofá, ojeando una revista de decoración. Estaba vestido con un pantalón cargo, una camiseta azul de manga corta que dejaba a la vista varios tatuajes de sus brazos. Hombre con tatuajes, Mariola.

—¿Qué ha pasado con Alex?

—No lo sé, Jus, pero él parece que ya ha encontrado a la candidata perfecta que encaja en su mundo.

Me tomé el café con Ryan, y por un momento me olvidé de Alex, de la mujer que estaba en el bar y en su casa. Aquella forma de llamarle cariño seguía resonando en mi cabeza, haciéndome más daño del que deseaba. Alex parecía ejercer más poder sobre mí del que quería aceptar.

—Vuelvo al trabajo. Por cierto, te han llamado del taller. He cogido pensando que podría ser importante. Hasta el miércoles no te arreglan el coche. Han tenido que pedir una pieza y no les llega antes.

—Gracias. Mañana tengo que ir al aeropuerto a por mi hermana y me dejan sin coche. Se van a cagar en cuanto les llame.

—Yo te llevo a por ellos. —Fue hacia la puerta.

—No, Ryan, no te preocupes. Ya alquilaré una furgó o lo que sea.

—No se hable más. —Me quitó el móvil—. Desbloquéamelo, por favor. —Lo hice—. Te anoto mi número en tus contactos. Mándame un mensaje a la hora que llegan y te paso a recoger.

—No hace falta.

—Espero tu mensaje, Mariola.

Fue a por el ascensor y se giró para despedirse con un guiño de ojo. Yo me quedé asombrada mirando las puertas del ascensor cerrándose y noté que Justin me estaba mirando a mí.

—No me preguntes.

—¿Cómo haces para que semejantes hombres lluevan del cielo para ti?

—No seas idiota.

—Mariola, me tengo que preparar. La madre de Jas viene en media hora a recogerme.

—Claro. Vamos, princesa.

Le preparamos una mochila a Andrea y nos despedimos de ella hasta el domingo por la tarde. Aquel día iba a ser de relax, de copazos en la terraza y de lectura de los libros que tenía pendientes acumulándose en mi mesilla. Pero Justin no me lo permitió. Me convenció para ir a comer, tomar una copa, y acabar a las siete de la tarde tomando más copas en Jimmy, el Rooftop del Hotel The James en el Soho.

La verdad es que Justin siempre me ayudaba a olvidarme de un mal día, pero a cambio al día siguiente me daba una resaca monumental.

—¿Has avisado a julio del calendario de polis buenorros de la ciudad? —Justin dejó dos copas más.

—Ahora le mando un mensaje. —Cogí el móvil y sin pensármelo le mandé un mensaje con la hora de llegada del vuelo de mi hermana y del aeropuerto.

—Pensé que te costaría más.

—Yo también. —Comencé a reírme sorprendida y dejé el móvil en la mesa—. Voy al baño, no toques mi copa.

A la vuelta Justin me entregó el teléfono con mala cara.

—Será mejor que te pongas tú.

—¿Sí?

—Mariola.

—Dime, Frank.

—¿Qué ha pasado?

—No sé de que me hablas.

—Con Alex.

—Nada.

—Mariola, te lo pregunto de nuevo. ¿Qué ha pasado?

—Te repito, Frank, nada. —Me costaba articular ya bien las palabras.

—Pues algo ha tenido que pasar, porque hace un par de horas me han llamado del hotel diciéndome que ha dejado el bar sin existencias. Mariola, sé que tiene que ver contigo.

—¿Conmigo? —Me levanté, apoyándome en la barandilla, observando la ciudad—. A lo mejor le ha pasado algo con la mujer que estaba ayer en su casa.

—¿Qué mujer?

—No me fijé demasiado bien en ella, pero primero me los encontré en un bar muy cómplices y luego en su casa. Así que yo no tengo nada que ver.

—No sé lo que ha pasado, Mariola, pero no está bien. Por favor, Mariola, eres la única que le puede ayudar.

—No, Frank. Yo no puedo ayudarle.

—Me han llamado de un club. Acabo de llegar y está en muy mal estado. A mí no me hace caso y si la prensa se entera de que está aquí...

—Frank, no insistas, por favor. Pídele ayuda a otra cualquiera. —No quería claudicar tan pronto.

—Piensa en Jason. —Una maniobra muy dura por parte de Frank.

—Eso es jugar sucio, Frank, muy sucio.

—Por favor, Mariola.

Me quedé unos segundos en silencio con la vista perdida en las luces de la ciudad, tamborileando con mis uñas en la barandilla.

—¿Dónde estás?

—En *Marquee*.

—Mmm. —Dudé un par de segundos—. Dame media hora para que llegué. —Fui a colgar, pero antes lancé mi ataque—. Más vale que se esté muriendo, Frank.

Dejé a Justin en el Rooftop y salí corriendo, paralizando mi vida, poniéndolo todo en *stand-by*, solo por él, solamente por el tío que me había dicho que no éramos casi ni del mismo planeta. Estaba cabreada con él, pero mucho más conmigo por salir corriendo en cuanto Frank me lo pidió.

En la puerta había mucha gente y tuve que acercarme hasta la entrada casi a codazos para hablar con el portero. Menos mal que era un conocido de la empresa de seguridad que solíamos contratar para las fiestas, así que me dejó pasar sin problemas.

Justo antes de entrar vi que en aquella entrada había demasiada prensa. Había varios fotógrafos apostados buscando la exclusiva del año. Frank me estaba esperando en la entrada interior.

—Muchas gracias por venir.

—Mira, Frank, no tengo ni puñetera idea de qué hago aquí, así que espero que esté a punto de cometer su suicidio social con los que hay aquí fuera. —Negué con la cabeza—. Porque ahora mismo no me gusta Alex.

—Solo tú puedes ayudarle, necesita que le des dos hostias y le hagas reaccionar, Mariola.

—No me tientes, Frank. No me tientes. —Me paré en seco antes de subir unas escaleras.

—No está bien, Mariola. Él no es así. Esa persona que está ahí arriba, borracha y sin sentido... no es el Alex que yo conozco.

—Pensaba que le conocía un poco, pero ahora es un total desconocido para mí.

—Mariola, él no es así. —Me agarró de los hombros—. Él no es así. Yo sí le conozco muy bien y ese no es mi amigo. Ha estado a punto de darme un puñetazo.

—Haberte dejado, así tenías la excusa perfecta para meterle un rechazazo y que su estúpido cerebro se volviese a colocar en su sitio. —Levanté las cejas y fruncí los labios.

—Sé que es jugar muy sucio, pero si por un casual sale así en la prensa, piensa en Jason.

—¿Dónde está ese gilipollas?

Frank me acompañó hasta la parte de arriba, donde tras varias mujeres bailando, se encontraba Alex con otra mujer sentada a horcajadas sobre él, que se lo estaba comiendo a besos. Le estaba cabalgando y creo que no llevaba ni bragas. Alex parecía estar perdido en una nube de perfume y demasiado whisky. Apreté mis puños a ambos lados de mi cuerpo, meneé la cabeza un par de segundos y respiré.

—Perdona. —Le di unos toquitos a la chica en el hombro—. ¿Puedes bajarte del caballo? Media discoteca te está viendo el culo y el tatuaje de conejita Playboy de tu nalga derecha.

La chica se apartó de los labios de Alex, me miró con aires de grandeza y todo su pintalabios rosa chicle corrido por la cara.

—Seguiré cabalgando lo que me dé la gana.

—Bonita, no estoy de humor. Así que saca tu culo de aquí ahora mismo o te saco arrastras. —Sonreí de manera muy poco amable.

—Ya llego la alegría de mi vida, la mujer que hace que mis días brillen más. —Alex tenía restos de labial por toda la boca—. ¿Qué demonios haces aquí? —Se levantó, obligando a la chica a hacerlo con él.

—¿Qué estás haciendo tú, Alex?

—Divertirme. —Cogió su copa y apuró lo que le quedaba—. Si me disculpas —puso su mano en mi brazo para apartarme—, me voy a por esa chica. Aún me queda mucho que descubrir de ella.

Le agarré de la mano, le retorcí la muñeca e hice que se sentase de nuevo en el sofá. Parecían que algunas de las llaves de mis clases de *Krav Maga* daban sus frutos.

—No vas a ningún sitio, si no es conmigo y a casa. —Se lo dije al oído, esperando que nadie nos escuchase.

—¿Vas a darme tú lo que ella me iba a dar gustosamente?

—¿Pero te estás escuchando, Alex?

Se soltó de mi mano y se puso de pie enfrentándome. Estaba muy borracho, bastante perdido, pero muy seguro de lo que estaba diciendo.

—Déjame vivir mi vida de la misma manera que vives la tuya. —Tenía los ojos entrecerrados y destilaban mucho odio.

—Alex, no me toques los cojones, de verdad. Están siendo unos días muy difíciles y no necesito que tú te sigas comportando como un gilipollas. —Cogí su chaqueta y le agarré del brazo—. Nos vamos ahora mismo.

—Déjame en paz.

—No. Así que no me jodas, que te saco por la puerta principal y ya veremos cómo lidias con los fotógrafos que están ahí fuera esperando una gran exclusiva jugosa. «*El hombre del año y la conejita Playboy*». —Le miré a los ojos muy enfadada.

—Me da igual.

—Si no piensas en ti, al menos hazlo por tu hijo.

Parecía que mencionarle a su hijo le había devuelto a la realidad. Pensé unos segundos en

cómo salir de allí y recordé que aquel local tenía una salida de emergencia. Llamé a la compañía con la que trabajábamos para los invitados de las fiestas, una compañía de coches y limusinas, que sabía que en menos de diez minutos me iban a mandar un coche allí sin tener que dar explicaciones.

Dejé a Alex sentado en el sofá mientras trataba de localizar a alguien de seguridad. El hombre que me había dejado pasar estaba subiendo las escaleras y fui a por él. Le pedí que me ayudase con Alex y con su fuga por la puerta trasera. Entre los dos le montamos en el coche que llegó rápidamente y tras darle las gracias con una gran sonrisa, le pedí al conductor que nos llevase hasta casa de Alex. Rezaba para que aquella mujer que había salido de su casa el día anterior no estuviese cuando llegásemos. No me podría enfrentar a ella en aquel momento.

Al llegar no había rastro de ella. Jason también estaba en el cumpleaños de Jas por lo visto. Alex iba farfullando palabras sin ton ni son, que ni siquiera quería escuchar. Le acompañé hasta su baño, encendí el agua y le metí en la ducha sin quietarle la ropa.

—¿Crees que me estás salvando?

—Dios me libre de eso. Solamente estoy pensando en un niño que adora a su padre y que sufriría mucho si sales en este estado en la portada de una revista, imbécil. —Le impedí salir del agua.

—No le importo a nadie, la gente solo me quiere por el interés que suscito o porque pretenden sacar algo de provecho. —Me acorraló contra la mampara de su amplia ducha con sus brazos—. ¿Tú también buscas sacar provecho de esta noche?

—No sé si este es tu verdadero yo o si eres el hombre dulce, amable, cariñoso y divertido del que... Si eres esto que veo, tengo mucha suerte de que me hayas alejado de tu vida. —Le pegué un empujón apartándole de mí.

—¿Por qué no me has dejado con ella?

—Porque dejarte allí no era buena idea. —Le pegué fuertemente en el pecho—. Joder, Alex. ¿No lo comprendes?

Comencé a respirar demasiado deprisa. Alex seguía siendo capaz de descontrolarme, aunque se comportase como un jodido imbécil. Le tenía delante de mí completamente perdido, sin saber qué estaba pasando en su vida para que aquellas fueran sus decisiones.

¿Comerse a besos a la primera que se le pusiese a tiro en una discoteca?

¿Ser capaz de dar una exclusiva jugosa a una revista?

—No sé qué está pasando en tu vida, ya que has decidido sacarme de ella, pero necesitas hablar con un amigo. Aunque no sé si habrás perdido a Frank hoy. Que conmigo te comportes así —levanté una ceja al decirlo—, a mí casi no me conoces y en cierto modo es normal ¿pero con él?

—No vengas a darme un sermón, Mariola.

—Tengo una tolerancia alta a los gilipollas, Alex. Contigo tengo el límite más alto, pero lo estás rozando con los dedos.

—¿Y qué pasa si lo toco?

Su soberbia me estaba matando, pero preferí callarme.

—No tienes respuesta para todo, Mariola.

—Sí que la tengo, pero no quiero decir algo de lo que luego me arrepienta. Al menos yo pienso en las consecuencias de mis palabras y de mis actos. —Salí de la ducha.

—¿Por qué estás aquí, Mariola?

—Por un estúpido y minúsculo motivo, Alex. Me importas. —Estaba muy enfadada y estaba a punto de perder todos los papeles.

—¿Yo o mi dinero?

—Eres un capullo arrogante. —Salí del baño enfadada para dejarle allí tirado con su borrachera.

—Te repito. ¿Qué haces aquí? Dime la verdad. —Salió del baño hacia donde estaba yo recogiendo mi bolso

—Déjame en paz. —Me agarró fuertemente del brazo—. Suéltame, por favor.

—¿Por qué?

—No respondo de lo que estoy a punto de decir o hacer.

—Eres una cínica. Crees que puedes arreglar todo y no es así. No puedes salvar a todo el mundo.

—Lo sé y no pienso perder más el tiempo contigo. Allá tú y tu mierda, húndete con ella.

—No comprendo por qué estás aquí. —Me agarró más fuerte.

—Porque me he enamorado como una gilipollas de ti, porque me has vuelto loca, pero no te preocupes. Las locuras también son pasajeras y en unas semanas estaré como nueva. Me he enamorado de una manera tan rápida, que he dejado de ver la realidad. —Le señalé de arriba abajo—. Una que no me gusta y que para nada quiero en mi vida. —Tiró de mi brazo hacia él y me besó. Instintivamente le solté una bofetada—. Ni se te ocurra volver a hacer eso en tu vida. Adiós, Alex.

Al llegar a casa Justin aún no había llegado y Mike ni siquiera habría salido de trabajar. Así que decidí llenar la bañera con agua, esparcir sales de lavanda y ahogar mis penas con una botella de un buen Rioja.

Dos horas después seguía metida en la bañera, con el agua fría y me había terminado la botella de vino. Comenzó a sonar mi teléfono y salí de la bañera.

—¿Sí?

—Tata. —La voz de mi hermana sonaba demasiado estridente.

—María. ¿Qué haces llamándome a estas horas, si nos vemos mañana?

—¿Estás borracha?

—Puede ser.

—Te he vuelto a ver en la prensa con tu novio.

—No es mi novio. —Me entró hipo.

—Solo te entra hipo cuando estás borracha o cuando mientes.

—Escojo la primera opción. —Me puse una toalla demasiado pequeña alrededor del cuerpo.

—Genial, entonces tal vez mañana no te acuerdes de lo que te voy a decir.

—Entonces puedes esperar a contármelo mañana, total si no me voy a acordar. —Me senté en un taburete mirando fijamente la nevera, como si fuese a salir una deliciosa cena preparada de dentro de ella lista para comer.

—Me caso.

—¿Cómo que te casas? —A punto estuve de dejarme los dientes contra la mesa de la cocina.

—Iglesia, vestido precioso... Que me caso con Mark.

—¿Cuándo...

—Hace diez minutos.

—Enhora... enhorabuena, creo. Tú no querías casarte.

—Te quería pedir un favor.

—Ahora mismo digo sí a lo que sea. —Me acerqué a la nevera para coger la publicidad del restaurante Thai para pedir algo de cena.

—¿Podrías organizar tú la boda?

—Dalo por hecho.
—Gracias, tata.
—¿Dónde será la boda?
—Edimburgo.
—Qué envidia.
—Pero hay más.
—¿Voy a ser tía? —Me agarré a la puerta de la cocina.
—No, no jodas. Aún no. Llegamos mañana por la tarde al final. Cogemos el vuelo en un par de horas.
—Genial. —Traté de echar cuenta de la hora que sería en Escocia, pero no estaba como para pensar demasiado.
—Nos vemos en el aeropuerto, tata. Qué ganas tengo de verte y de contarte tantas cosas. — Abrí otra botella de vino.
—Yo también tengo ganas de verte. Te quiero.
—Te quiero. —Colgué y sonó el timbre—. O tengo telepatía con el Thai o es la D.O^[14].Rioja para regalarme más vino. —Fui hasta la puerta y no miré por la mirilla antes de abrir.
—Mariola.
—¿Por qué no tendré la costumbre de mirar por ese agujerito de la puerta? —Me di la vuelta esperando que se fuese.
—¿Puedo pasar?
—No eres bienvenido, Alex. Es una fiesta privada. —Levanté la botella en el aire.
—No quiero molestar. —Miró dentro a ver si veía a alguien allí conmigo—. Necesito hablar contigo.
—No quiero.
—Pero yo...
—Me das igual tú, tu vida y tú otra vez.
—¿Estás borracha?
—Sí. A ver si solo puedes emborracharte y ser maleducado tú. —Al hablar le daba con un dedo en el pecho.
—Lo siento, Mariola. Me estoy comportando como un imbécil.
—Como un imbécil arrogante, capullo y gilipollas. Si vas a repetir mis frases, que sean completas.
—Después de escucharte... —No le dejé terminar la frase.
—Está todo dicho entre nosotros. —Le empujé.
—Quiero que sepas lo que está pasando.
—Gññññ. —Hice un ruido parecido a esas sirenas que suenan en los programas de la tele cuando el concursante se equivoca—. Respuesta incorrecta. No quiero saber nada más. No me llames, no me escribas, no me busques.
—Mariola, por favor.
Durante unos segundos casi flaqueé, pero mi cerebro fue más listo que mi corazón y me recordó sus palabras, los restos de aquel labial rosa y los abrazos con su chica desconocida.
—Me hubiese encantado escuchar eso hace varios días, pero ya es tarde, Alex. Tú tienes tu vida y yo tengo que volver a la mía. Fue muy bonito mientras duro, pero los cuentos de hadas no existen. Ni yo soy una princesa que tengas que rescatar ni tú un caballero de brillante armadura que busca el amor. No sabes lo que es eso, no te darías cuenta de que tienes a una mujer enamorada a tu lado ni, aunque el amor te golpease en la frente.

Respiré hondo tomando el suficiente valor que necesitaba para decir mi última frase.
—Adiós, Alex.

Mariola no estaba tan borracha como para no saber lo que estaba diciendo. Tenía las ideas muy claras y yo era un maldito gilipollas que la había cagado por miedo a que ella descubriese la mierda que había en mi vida. Por miedo había perdido a Mariola.

Abrí la puerta para irme y la miré por última vez. Tenía el pelo mojado y olía a lavanda, un olor que iba a tardar en olvidar.

—No he sabido estar a la altura. Tú eres demasiado y yo demasiado poco. —Salí al pasillo y antes de cerrar la puerta la miré—. Sí, soy un cobarde, pero no sé amar de otra manera. Lo siento mucho, Mariola.

Cerré la puerta y me quedé unos segundos esperando. Se me pasó por la cabeza que Mariola saldría corriendo detrás de mí, pero aquello no era como en las películas. Mariola era mucho más lista que yo y sabía que yo no tenía remedio. Que la mierda de mi familia había reventado nuestra relación y yo no me lo iba a perdonar.

Bajé al portal y antes de montarme en el coche miré para arriba. La ventana de la habitación de Mariola estaba abierta e iluminada. Comenzó a escucharse una canción a lo lejos. A los segundos salió ella a la escalera de incendio vestida con una camiseta larga. Se sentó en uno de los escalones y se llevó las manos a la cabeza. Me mataba saber que estaba llorando por mi culpa, pero tal vez era mejor así. Tarde o temprano acabaría haciéndole daño. Y era mejor no avanzar más en nuestra relación.

No tenía ni idea de cómo amar, pero pensé que ella me podría ayudar a ello. Pero la jodí, la jodí de la peor manera que pude hacerlo.

Raise Up de Andra Day comenzó a sonar y no pude evitar llorar cuando me senté en las escaleras.

No sabía amar de otra manera. ¿Aquello significaba que... que Alex me quería? ¿O tan solo era una maniobra de distracción para que cayese de nuevo en sus brazos? No podía pensar con claridad así que, tras llorar un rato dos horas, me tumbé en la cama para poder descansar y me quedé dormida.

Al día siguiente hasta el vuelo de una mosca me molestaba. Maldito vino, maldita resaca y maldito Alex. Justin no estaba en casa, Mike dejó una nota de que tenía un catering aquella mañana y Andrea seguía en casa de su amiga. No me podía quedar en casa, se me iba a caer encima y hasta la tarde no tenía que ir a buscar a mi hermana y a su futuro marido. Me acordaba de la conversación con ella. No bebí tanto vino.

Me preparé y me fui de compras. Sabía que una terapia de quemar tarjeta de crédito podría ser buena. Pero pensé que primero debería llenar bien mi estómago con uno de los mejores desayunos de la ciudad. Caminé hasta *Balthazar* y tuve suerte de encontrar una mesa apartada del resto. Siempre estaba lleno y había que reservar con días de antelación, pero parecía que el día me quería regalar un poco de amabilidad.

Me pedí un café gigante con unos huevos *Benedict*. Eran una de mis perdiciones los días de resaca. Aquellos huevos eran capaces de revivir a un muerto. Saqué del bolso algunas revistas que acababa de comprar en el quiosco, junto a un paquete de tabaco. No quería empezar a fumar de nuevo, pero necesitaba tenerlo cerca por una posible crisis.

Empecé a ojear una de las revistas y en cuanto pasé la segunda hoja, había casi un desplegable: «*las 101 razones para cazar a Alex McArddle*».

—¿En serio? —Miré al techo, como si pudiese hablar con alguna divinidad.

Cerré la revista y dudé un par de minutos si leerla o no. Pero siendo mujer, masoquista por naturaleza y cotilla de nacimiento, decidí leerlo, no podía ser de otra manera. Parecía el hombre del mes también de aquella revista.

—«Razón uno: atractivo». —Comencé a leer en voz baja—. Sí, se lo han currado mucho. «Razón 2: cuerpazo». —Puse los ojos en blanco.

La verdad es que no se habían matado para hacer el artículo. Todo eran frases de relleno, como si Alex se hubiese apuntado a un programa para buscar citas. Continué leyendo atentamente cada razón. Algunas iban acompañadas de fotos de él en traje, otras sugerente en la playa y otras con su hijo en el parque. No parecían tener escrúpulos en mostrar su vida privada. Rico, guapo, buen partido, propietario de tal y cual, casa aquí y allá. Nada que no se pudiera saber navegando un poco por internet. Pero cuando llegué a la última razón...

—«Razón 101. Os queda muy poco tiempo. Tal vez cuando leáis este artículo, el hombre del año esté ya pillado. Se rumorea que está saliendo con una ejecutiva española de una gran empresa llamada Mariola Santamaría. Se les ha visto juntos en varias ocasiones. Saliendo de su hotel. —Vi la foto correspondiente al día que iba sin bragas y fui hasta Magnolia a por el desayuno—. De su casa y en un partido con Jason, el hijo de Alex».

Cómo cazar un millonario. Aquel era el mejor título para el artículo. Solamente le faltaba poner la dirección de la casa de Alex y sus gustos en cuestión de mujeres. Pero a aquella lista le faltaba la razón más importante para cazar a Alex McArddle. La solución al quebradero de cabeza de las mujeres que le quisieran cazar. Desmentir la razón ciento uno. Estuve tentada a mandar un e-mail a la revista para que actualizaran la noticia.

Alex no sabía amar y yo amaba demasiado.

Saqué un boli de mi bolso y comencé a escribir en el margen de la revista.

—«Razón 102: está completamente soltero. Chicas de Nueva York podéis ir a buscarle. Le gusta mucho que se lo pongan difícil, pero se aburre rápidamente si no le bailan el agua. Y no sabe amar, no tiene ni puñetera idea de cómo hacerlo sin acojonarse».

Miré la última fotografía de la revista.

—No eres tan diferente a los demás, señor trajeado. Al final, me has partido el corazón y prometiste no hacerme daño. Tus promesas no valen una mierda.

Dejé la revista en un lado de la mesa cuando me trajeron mi desayuno.

Media hora después pagué y salí de allí. Nada más cerrarse la puerta del restaurante me di cuenta de que me había dejado la revista encima de la mesa, pero me quedé quieta en la puerta mientras las personas que hacían cola me miraban.

—Adiós, Alex.

Sabía que no era más que una revista olvidada en un restaurante, pero para mí era la forma que tenía de obligar a mi cerebro a apartarle de mis pensamientos.

Hacia tres meses no teníamos ni idea de quienes éramos. Nunca nos habíamos cruzado en la ciudad en los ocho años anteriores a nuestro primer encuentro. Pero teniendo en cuenta lo caprichoso que era el destino, sabía que Alex ya formaba parte de mi vida e iba a ser imposible sacarle de ella. Tendría que aprender a vivir sin sus besos, sin sus caricias y sin la forma tan intensa que tenía de mirarme. Estaba claro desde el principio que lo nuestro no iba a funcionar.

Porque tan solo fuimos instantes.

SOMOS CASUALIDADES

Somos casualidades

Mi tarea pendiente II

«No me conoces, me imaginas.
Solo ves en mí lo que eres tú».
Alejandro Jodorowsky

No fue nada más que una revista olvidada en un restaurante que tirarían al no encontrar a nadie en la mesa. Acabaría en la basura y nosotros con ella. Me alejé del restaurante y comencé a caminar sin rumbo fijo. Necesitaba respirar profundamente y poner en orden mis sentimientos y tenía que ser en mi lugar de Nueva York, en el único sitio en el que podía respirar de verdad, olvidarme de todo y dejarme llevar. Silbé y levanté la mano para que un taxi parase a mi lado. Media hora después estaba en Terrace Drive, delante de la entrada de Central Park. Caminé dentro del parque y comencé a respirar. Era el único lugar en Nueva York en el que podía desaparecer durante unas horas y que nadie me molestase.

Pedí una limonada en un puesto cercano y caminé lentamente sin mirar a las personas que estaban a mi alrededor. Bajé unas escaleras y caminé por la galería inferior que daba a la fuente y me quedé observando unos segundos. Paseé por aquella maravilla y miré al techo. Conocía a muchas personas de mi empresa, neoyorkinos de pura cepa, que no sabían nada de aquella maravilla. Mi lugar en Nueva York era *The Arcade* en *Bethesda Fountain*, en pleno Central Park.

Tras unos minutos en los que la gente fotografiaba aquella maravilla, y yo solamente observaba, caminé hasta las escaleras para sentarme y fijarme en las personas que estaban allí. Siempre me ayudaba observar e imaginar cómo eran sus vidas. Alejarme por unos minutos de la mía y respirar tomando cierta distancia de los problemas. Me imaginaba que sus vidas eran caóticas y a la vez ordenadas, pero todas ellas estaban llenas de magia.

Alex irrumpió en mis pensamientos. Mejor dicho: nuestro último beso acompañado de una gran bofetada. Saqué el móvil del bolsillo y lo desbloqué. Busqué el nombre de Alex entre mis contactos y pasé el dedo por encima del botón de llamada. Quise llamarle, pero también deseé borrar todos sus números de teléfono. Quise enfrentarme a él, pero también desaparecer y no encontrármelo de nuevo.

Yo no soy de las típicas personas que huyen de los problemas. Yo los agarro, me enfrento a ellos, les grito si hace falta, los soluciono y sigo con mi vida. No soy una cobarde y con Alex no iba a ser la primera vez que lo fuese.

Dos horas después me levanté de las escaleras. Por delante de mí habían pasado más de doscientas personas que habían fotografiado, echado un vistazo fugaz a aquella zona y se habían marchado de allí sin saber que aquel rincón era el que más magia tenía de todo Nueva York. Los turistas solo querían una fotografía perfecta en un lugar bonito, pero no se paraban a ver lo que tenían delante. Una pena.

Salí del parque en dirección a la Séptima y caminé media hora hasta llegar a *Godiva Chocolatier* que estaba situada en la misma avenida. Necesitaba una inyección, mejor dicho, una buena sobredosis de chocolate y nadie mejor que *Godiva*. Nada más entrar, el olor inconfundible de chocolate me inundó, me recordó en cierta parte al olor que desprendía siempre la casa de nuestra abuela en España. Cuando nos hacía aquel chocolate tan espeso los domingos para merendar. Sonreí recordando las tardes que pasábamos con ella en su casa de la montaña.

—Mariola, buenos días. —Una de las chicas que estaba vino a saludarme—. Hace mucho que

no nos visitas.

—Sí, la última fiesta fue una locura y no me pude ni pasar.

—¿Algún encargo?

—No, para mí. Necesito sacarme algo de la cabeza y meterme unas cuantas de esas deliciosas creaciones.

—¿Un hombre?

Afirmé mientras observaba la tienda e iba cogiendo cosas. Unas galletas para Andrea, un chocolate para que Mike cocinase y unos bombones para Justin. De lo mío se estaban encargando personalmente dentro. Creo que había dado demasiada información cuando afirmé a su pregunta.

—Toma, Mariola. —Me entregó dos cajas y pasé por el mostrador a pagar—. Espero que te gusten los bombones y en la otra caja te he metido las fresas con chocolate que tanto te gustan.

—Gracias, Ciara.

Salí de la tienda con el olor a chocolate por todo mi cuerpo y no aguanté ni un segundo en meter la mano en la caja de las fresas. Valían cada centavo que costaban.

No me había alejado demasiado de la tienda, cuando al levantar la vista vi a Alex caminando en mi dirección. Iba con el móvil en la mano y bastante despistado. Varias personas se chocaron con él y ni siquiera levantó la cabeza. No nos habíamos cruzado en ocho años ni una sola vez y parecía que las casualidades nos iban a juntar más veces de las que me hubiese gustado.

Mi móvil no dejó de sonar en toda la mañana. Mi hermano seguía bombardeándome con mensajes. No me podía creer que siguiese insistiendo tanto en el mismo tema.

Levanté la vista un segundo cuando alguien me golpeó en el brazo al pasar por mi lado y la vi. Mariola estaba enfrente de Godiva, con una fresa en la boca y mirándome como si acabase de ver un fantasma. Los dos nos quedamos quietos, sin movernos, mientras la gente pasaba entre nosotros dos. Mi corazón dio un vuelco nada más verla.

Terminó de comerse la fresa, se limpió las manos con una servilleta, cerró la caja que tenía en la otra mano metiéndola en la bolsa y sonrió cerrando los ojos, como si lo que estaba comiendo fuese el mejor manjar del mundo. Se puso las gafas de sol y caminó en mi dirección. Se paró justo a mi lado y levantó una mano parando un taxi. No me miró, ni siquiera de reojo. Se montó en el taxi y no me dedicó ni una sola mirada. Volvimos a ser los mismos que hacía dos meses: dos desconocidos más en Nueva York; y me mataba que todo fuera por mi culpa. Por mi maldito miedo a no saber amar o a no amar de la manera que Mariola se merecía.

Llegué a casa para dejar todas las compras y busqué en el ordenador el teléfono de la empresa que solíamos contratar para los eventos para alquilar un coche para ir al aeropuerto. Escuché mi móvil sonando varias veces. Rebusqué en el bolso y contesté.

—¿Sí?

—¿No me ibas a llamar? —Ryan sonaba aparentemente enfadado.

—Yo no dije que sí.

—Bueno, pero como soy así de insistente y cumplo todo lo que prometo, dime a qué hora paso por tu casa o por donde estés, para ir al aeropuerto.

—Ya tengo el número de un coche de alquiler.

—Y yo estoy en el coche dispuesto a recogerte. ¿Dónde estás? Y no me des largas porque soy de Inteligencia y tengo tácticas que desconoces.

—No sé si definirte como persistente o como un jodido loco. —No dije nada más, sopesé unos segundos aceptar su insistencia y me empecé a reír—. Estoy en casa. Llegan en una hora y media.

—Dame diez minutos. Estoy saliendo de la comisaria de Tribeca.

—Ryan, no tienes que hacerlo, de verdad. Ya me salvaste de un atraco.

—En diez minutos en tu portal. Hasta ahora, Mariola.

No me dio ninguna opción para seguir dándole largas. Durante unos segundos continué sentada en el sofá, sin saber muy bien qué demonios estaba haciendo. ¿Estaba siendo amable con Ryan por haberme ayudado o estaba a punto de cometer una estupidez nivel Santamaría? ¿Que qué era ese nivel de estupidez? Así lo bautizó mi abuela materna. Ella, a dos días de casarse con su tercer marido... La abuela realmente creía en el amor y se pasó toda su vida buscándolo. Pues eso, a dos días de casarse, se fugó con nuestro abuelo. Sí, sí, nuestro abuelo, el que fue su primer marido. Se separó de él cuando nuestra madre era pequeña porque él se fue a trabajar a unas minas en África, pero nunca dejó de amarle. Y después de esos matrimonios fallidos, él volvió a buscarla. Todo muy libro de Nicholas Sparks. Así era nuestra abuela, la mujer que siempre luchó por sus ideales y por el verdadero amor. Yo había heredado mucho de ella. Demasiado.

Sonreí al recordarla. Después de tantos años de su muerte, seguía echando de menos sus consejos tan especiales. Si me lo proponía, podía escuchar de su propia voz el consejo que me hubiese dado sobre Alex: «*Si tiene miedo, que aprenda a dejar de tenerlo, joder. No te quedas con el que se caga a la primera de cambio*». Y luego mi madre solía preguntarse porqué mi hermana y yo éramos tan malhabladas. Venía en los genes de la abuela.

Bajé para esperar a Ryan en el portal. Comprobé en tiempo real el vuelo de mi hermana. Llegaba en setenta minutos exactamente. Al levantar la vista vi a Ryan apoyado en su *Chevrolet Silverado* azul. Llevaba unas gafas de sol y también estaba pendiente de su móvil. Me paré unos segundos antes de bajar los últimos escalones y le observé. Llevaba unos pantalones negros, una camiseta azul y aquellos tatuajes volvían a asomarse por las mangas de aquel trozo de tela que se le ajustaba al cuerpo.

—Buenos días, Mariola. —Me pilló mirándole como una idiota.

—Perdón, me he despistado.

Agacho la cabeza y sonrió. Me pareció tan tierno y sexy en aquel momento, que pensé que tal vez un hombre amable fuese lo que necesitase en aquel momento. Hacer amigos siempre se me había dado bien y Ryan podía ser mi nuevo mejor amigo. Estupidez nivel Santamaría cargando...

—¿Nos vamos?

Pusimos rumbo al JFK y antes de cruzar el puente de Williamsburg nos metimos en un atasco de muerte. Había retenciones de más de cinco kilómetros debido a un accidente múltiple según la radio. Estuvimos más de tres cuartos de hora parados y decidí llamar a mi hermana, para que no se preocupase cuando aterrizasen y no me vieses allí, pero aún lo tenía apagado.

Veinte minutos después recibí la llamada de mi hermana quejándose de que no la estaba esperando con un cartel con su nombre en la terminal.

—Que poca vergüenza, tata.

—Estoy en un atasco de cojones y aquí parece que nadie tiene ninguna intención de moverse, coño. —Saqué la cabeza por la ventanilla—. ¿Podéis estar más tiempo parados?

—Métete dentro del coche, Mariola. —Ryan tiró de mi brazo y sacó una sirena—. Diles que en veinte minutos estamos allí.

Me quedé con los ojos como platos y comprobé cómo los coches que teníamos delante hicieron un embudo para que pudiésemos pasar.

—¿Y esto no lo podrías haber hecho antes, Ryan?

—No es legal que lo use como beneficio personal, pero como es para tu beneficio...

Arqueó sus cejas, se bajó las gafas de sol y me guiñó un ojo.

—Agárrate, preciosa, que no soy de los que van despacio.

No sabía si hablaba de su forma de conducción, de él o de ambos. Sorteó los coches como un auténtico profesional y en menos de quince minutos estábamos aparcando frente a la puerta de salida. Mi hermana y mi cuñado estaban los dos como locos comprobando todo lo que les estaba entrando en el móvil.

—Eso es un *highlander* en toda regla, sí señor. —Lo dije muy alto y en castellano. Sabía que mi cuñado no tardaría en reaccionar.

—Eso es un cuerpo y no el de *Scotland Yard*.

Mark se acercó a mí y me cogió en volandas, girando conmigo en sus brazos. Me dejó en el suelo, me ladeó levemente y me besó como en la foto de Alfred Eisenstaedt^[15].

—¿Siempre tenéis que montar este numerito? Luego me acaban preguntando cosas muy extrañas de vosotros dos y esa manía de besaros en la boca.

—Dar que hablar siempre es muy divertido. —Mark y yo lo dijimos a la vez.

—Hay cosas que no deben cambiar nunca. —Mark me puso de pie y fui hasta donde mi hermana—. Estás preciosa. —La besé—. Lo de casarte te sienta muy bien.

—Eso parece. —Movié su mano en el aire enseñándome el anillo.

—Mark, has dejado Escocia sin brillantes. —Agarré la mano de mi hermana observando aquel anillo—. Con esto, o te casas tú con él o lo hago yo.

—Aléjate de Mark, que nos conocemos. —Pude ver que mi hermana no dejaba de mirar a Ryan—. ¿Y quién es el tío tan guapo que parece sacado de un calendario de la Marina?

—Una larga historia que no querrás oír ahora mismo, María. —Aproveché a seguir hablando más bajito—. ¿Vamos al hotel?

—Sí, tenemos la reserva en el Four Seasons. —Me miró sonriendo—. Quiero ver al Capitán América con mis propios ojos.

—¿No podías haber pillado en otro hotel, María? —Agarré su maleta y la llevé hasta el coche—. Ryan, ella es María, mi hermana. Él es Mark, mi cuñado. —Se saludaron y Mark me miró de reojo mientras guardaba sus maletas—. Es un amigo.

Recé por no encontrarnos con Alex en el hotel. Nos acercamos a recepción para que hiciesen el *check-in* y Ryan esperó detrás de nosotros. Dejé a Mark y a María firmando mientras yo hablaba con él.

—Me has salvado el culo con estos dos.

—Encantado de salvarte el culo.

Estuvimos mirándonos en silencio unos cinco segundos. Yo no sabía cómo reaccionar. Bueno, sí lo sabía, al menos si sabía cómo hubiese reaccionado la Mariola de hacía un año, pero el maldito trajeado se paseaba por mi mente como Pedro por su casa. No tenía ningún derecho.

—Todo listo. Tenemos una suite que no habíamos pedido y un regalo de bienvenida. —Agitó un sobre en la mano—. Una sesión de masaje y spa.

—En fin. —Puse los ojos en blanco—. ¿Que os parece si os alojáis y vamos a picar algo? Estaréis muy cansados y hoy toca cenar a la hora americana.

—Nos vemos aquí mismo en media hora. Podéis tomar algo en el bar mientras nos damos uno rapidito.

—Nada de rapiditos.

—Sí, preciosa. —Mark me dio un beso y se fue riéndose con María.

Subieron a la habitación y nosotros nos fuimos al bar.

—¿Qué quieres tomar? —Ryan me apartó un taburete de la barra para que me sentase.

—Una cerveza estaría bien.

—Dos cervezas, por favor. —Ryan pidió a la camarera con una gran sonrisa.

Me di la vuelta para apoyar mi bolso en la barra, cuando vi a Alex entrando en el bar. Era imposible estar allí y no cruzarnos.

Entré al bar, ya que mi ayudante me avisó de que la hermana de Mariola ya estaba en el hotel. Supuse que ella estaría por allí esperándoles para ir a cenar algo. Pero lo que no me esperaba era verla acompañada. Nuestros ojos se cruzaron y noté cómo Mariola se removía nerviosa en la silla. Me acerqué a la barra y me quedé muy cerca de ellos.

—¿Podrías subir una botella de Taittinger con unas fresas con chocolate de Godiva a la suite Central Park? Con una nota que les desee una feliz estancia en la ciudad a María y Mark.

—Sabía que Mariola me iba a escuchar perfectamente y no sería capaz de quedarse callada.

—Mi hermana no tiene los mismos gustos que yo.

—Tenéis las dos la misma mirada dulce y sincera.

—Aunque mi hermana por unas fresas con chocolate es capaz de venderme.

—Tal vez me he equivocado de hermana. —¿Por qué demonios solté aquello?

—Puede que con ella no te hubieses comportado como un imbécil. Pero nunca lo sabremos porque se va a casar con un hombre de verdad. —Se dio la vuelta y comenzó a hablar con aquel tío.

—Ya veo que tú olvidas fácilmente.

—Mira, Alex. —Se giró en el taburete y me miró directamente a los ojos—. Si tú decidiste dejar todo correr, yo decido avanzar. Ninguna piedra en el camino me va a parar, Alex.

—Eres fuerte y superarás todo. —Aproveché que su acompañante estaba pagando y despistado, para acercarme al oído de Mariola—. No dejes que nadie te cambie, ni siquiera yo.

Se alejó de mí, pero su perfume se quedó a mi lado, se metió de nuevo dentro de mí. Su maldito olor me impregnó por dentro, tardaría mucho tiempo en sacar de mi cabeza. El jodido señor trajeado que tanto me había dado, decidió quitármelo todo de golpe, sin darme una explicación que me sirviese. Tan solo diciendo que no dejase que nadie me cambiase. Era un maldito imbécil sin remedio.

—¿Puedo preguntarte algo? —Ryan me sacó de mis pensamientos y se lo agradecí en silencio.

—Dispara.

—Ese es Alex McArddle.

—Eso no es una pregunta, Ryan.

—Vale, creo que me he expresado mal. —Se pasó la mano por la boca y continuó mirando a la puerta.

—Es él. —Parecía que Alex era conocido por la policía o al menos por Ryan—. ¿Tengo que preocuparme si alguien de Inteligencia me pregunta por él? No quiero acabar en un oscuro y sucio agujero en alguna comisaría respondiendo preguntas de las seguramente que no sé la respuesta.

—Le he reconocido por las revistas. —Me miró extrañado con una medio sonrisa en la boca—. ¿Cuántas series de policías has visto?

—Tengo buena imaginación.

—Solo lo he preguntado por las revistas. Habéis salido mucho últimamente. —Jugueteó con su mano en la encimera de la barra.

—A mi pesar, se me ha reconocido por follarme a un director de hotel demasiado famoso, antes que por mi trabajo. —Solté el aire sabiendo que había hablado demasiado—. ¿Tú lees esas revistas? —Traté de desviar el tema.

—No, pero mi hermana sí. Si le digo que he conocido a ese tío es capaz de hacerme un interrogatorio al estilo del antiguo KGB.

—¿Tienes una hermana?

—Sí. Una hermana y un hermano. Los dos más pequeños que yo. —Su sonrisa se hizo más grande.

—Así que eres el mayor de tres hermanos. Eso dice mucho de ti.

—¿Y qué se supone que dice sobre mí? —Se puso la mano en el mentón, frotándolo levemente, interesado por la respuesta que estaba a punto de darle.

—Pues que sois mucho más responsables, más inteligentes y siempre estáis pendientes de los demás. Tenéis una forma de sobreproteger a las personas de vuestro alrededor. Y si a eso le añadimos que eres policía, que decidiste elegir una profesión para salvar al mundo... pues te tenemos a ti.

—¿Todo eso por ser el hermano mayor? Parece que calas muy bien a las personas, Mariola. —Ladeó la cabeza y me miró fijamente a los ojos, como si quisiera ver dentro de mí.

—Pues no te creas. Suelo encontrarme a bastantes capullos a los que no puedo detectar. Tendré que llevar el radar al taller. —Sonreí negando con la cabeza y cambié de tema—. ¿Qué edad tiene tu hermana?

—Veinte años, llenos de adolescencia atrasada y rebeldía.

—Dios mío, menuda edad. —Puse mi mano sobre la suya, que reposaba en su rodilla—. Siento ser yo la que te lo diga, pero lo peor no ha pasado aún. Yo a esa edad era una tarada y más de diez años después sigo volviéndome loca a mí misma. Siento decírtelo así, pero hay cosas que no cambian. —Chasquéé la lengua en un claro intento de coqueteo. Pero ¿qué coño me pasaba a mí?

—Pues si quieres te la presto unos días a ver si tú consigues volverla loca.

—No. —Levanté las manos en el aire—. Ya tengo bastante con una niña de seis años.

—¿Tienes una niña pequeña? —Me miró curioso.

—Tenerla la tengo, aunque no sea de mi sangre. Es mi sobrina. Una adorable niña que me vuelve loca, a la que adoro y por la que mataría. Así que supongo que sé lo que es ser la hermana mayor ahora mismo.

—¿Sabes que se te ilumina la cara al hablar de ella?

—Es mi niña. He estado desde su nacimiento con ella, es más, la vi nacer. Estuve con Sonia en el hospital cuando dio a luz. Y es... —Abrí mucho los ojos—. Es algo que no sabría describir. Es muy bonito, pero bastante asqueroso. Creo que en aquel momento decidí que no quería tener hijos. Con ser tía, me vale.

—¿No quieres tener hijos?

—Creo que no es una conversación para una... —Me quedé en silencio. ¿Estaba dando por hecho que aquello era una cita?

—Solamente soy una persona que te está haciendo un favor. Cuando tengamos una cita, Mariola, lo tendrás muy claro porque habrá una buena cena, un buen vino y un postre exquisito.

Miré durante varios segundos a Ryan. ¿Él también estaba coqueteando tan descaradamente o es que yo quería que lo hiciese para tratar de olvidarme de Alex?

—Estás muy seguro de que te diría que sí a una cita, Ryan. No sería muy buena compañía ahora mismo.

—No tiene que ser hoy ni siquiera mañana, Mariola. Las cosas no suceden en dos segundos, pero te aseguro que acabaremos cenando en un lugar bonito, con música y un buen postre.

Parecía que Ryan tenía mucha confianza en sí mismo, en su preciosa sonrisa, en su mirada sincera y en aquella caída de ojos tan terriblemente sexy que tenía. Por la manera que reaccionaba mi cuerpo, su confianza estaba bien fundada.

—Algún día.

Noté una mirada clavada en mí y Ryan miró por encima de mi hombro a alguien. Ahí estaba el policía que debía tener todo controlado.

—Hola, Mariola. ¿Cómo tú por aquí? —Frank se acercó para darme dos besos sin dejar de mirar a Ryan.

—Haciendo tiempo para que mi hermana y mi cuñado bajen de su habitación. Parece que no hay más hoteles en la ciudad y han tenido que alojarse justamente aquí. —Escuché un teléfono y Ryan se disculpó antes de contestar la llamada. Se alejó un poco de nosotros.

—¿Qué tal estás? —No dejaba de mirar a Ryan.

—Frank, estoy aquí. —Le agarré de la barbilla, obligándole a mirarme—. Estoy igual que la última vez que nos vimos.

—Te noto con cierta desazón.

—¿Desazón? —No pude evitar sonreír y negar con la cabeza—. Cómo te gusta usar palabras raras, Frank. Estoy bien, dentro de lo que cabe. Tu amigo no es mi persona favorita ahora mismo, la verdad.

—No sé lo que ha pasado entre vosotros.

—Pues que parece que se ha cagado de miedo y no es capaz de lidiar con sus sentimientos. O no está preparado para tenerlos y tal vez nunca lo esté. —Notaba algo de esa desazón que había comentado Frank.

—Él me ha dado su versión. —Se apoyó con una mano en la barra.

—Mira, Frank, te tengo mucho aprecio, pero es mejor que no te metas en esto. No quiero darte uno de mis conocidos cortes que te deje temblando, pero en este momento sería capaz de hacerlo sin querer. —Le miré ladeando la cabeza.

—¿Quieres que cenemos juntos y hablamos? —Sonrió, pero parecía triste y preocupado—. Yo también necesito hablar de algunas cosas y me vendría genial alguien sin filtros como tú.

—Estoy esperando a mi hermana y a Mark para cenar. Cuadraré la agenda para hacernos un hueco. Parece que tú necesitas más unas copas que cenar.

—Me paso por tu empresa. Que además tengo un proyecto y quiero que lo lleves tú. Quiero que hagáis la inauguración del local y quién mejor que tú y tu equipo de grandes profesionales.

—¿No debería ser yo quien te alabe y halague tu trabajo para conseguir el proyecto? —Los dos nos reímos y por un momento vi al Frank del cumpleaños de Andrea—. Avísame cuando vayas a pasarte y nos reunimos, que estamos a tope de proyectos. Pero por ser tú, te haré un hueco en mi súper apretada agenda de gran profesional. —Le guiñé un ojo.

—Esta semana hablamos, preciosa. —Se agachó para darme un par de besos y se fue pendiente de su móvil.

Ryan seguía apartado hablando por su teléfono, cuando escuché un pitido que me indicaba que me había entrado un mensaje en el móvil. No vi el remitente antes de desbloquear la pantalla.

Asunto: Todo puede cambiar en un solo instante.

Mensaje: Te lo avisé, Mariola. ¿Crees que lo que te está pasando es por cuestiones del destino? Baja de las nubes, preciosa. Don perfecto, don millonario te oculta algo y no tienes la más mínima idea de lo que es, pero no seré yo quien se vaya de la lengua. Ahora tu cabeza comenzará a funcionar a mil por hora como siempre. Releerás esto mil veces para leer entre líneas, como solías hacer cuando estábamos juntos, pero esto no va a ser tan fácil, Mariola. Sé que te matará la curiosidad y acabarás haciendo algún informe como en tu empresa con todos los recortes que encuentres en internet. Pero piensa que los secretos de los ricos se pueden ocultar muy bien con dinero.

Terminarás desquiciándote, pero te lo mereces.

Por cierto ¿qué tal tu hermana y tu cuñado?

¿Se quedarán mucho tiempo en la ciudad?

Pobrecita, Mariola. Qué triste te ves tan sola en esa barra del bar tomando algo. Alex no está a tu lado, Frank se ha ido y ese nuevo amigo tuyo acabará haciendo lo mismo.

Te vas a quedar sola.

Un beso enorme, mi princesa.

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Fue como un latigazo de electricidad que me dejó paralizada unos segundos. Dejé de respirar, de ver lo que sucedía a mi alrededor y a escuchar las conversaciones que se iniciaban a mi lado. Me levanté de la barra lentamente, agarrándome fuertemente a ella para no caerme y comencé a observar a todas las personas que estaban allí. Tenía a un par de hombres de negocios cerrando algún tipo de trato, una familia que pedía comida y una pareja que no dejaba de observarme, pero supuse que era por la cara de loca que seguramente tenía. No vi a Jonathan por ninguna parte. Me estaba observando y no podía dar con él. Respiré profundamente varias veces, me tranquilicé y agarré con fuerza el móvil. No iba a dejar que aquel desgraciado me hiciese vivir con miedo, así que decidí enfrentarle.

Asunto: Fw: Todo puede cambiar en un solo instante.

Mensaje: ¿Qué demonios quieres de mí, Jonathan? ¿Qué es lo que te he hecho tan jodidamente malo? ¿Quieres decirme algo? Hazlo a la cara. Sé un hombre y da la cara y no te escondas detrás de pantallas.

Deja de amenazarme con mi familia o con falsas acusaciones.

¿Quieres venir a por mí? Aquí te espero.

No pienso vivir bajo tus amenazas.

Le di a enviar sin apenas revisar lo que había escrito. Sabía que iba a tener consecuencias aquel *e-mail*, pero no le iba a dejar creer que tenía el poder en aquel momento.

—¿Todo bien? —Ryan se acercó a mí tras finalizar su llamada.

—Sí. —Puse mi mano sobre su antebrazo y sonreí.

A los minutos mi hermana y Mark bajaron de la habitación con una gran sonrisa en sus bocas. Parecía que habían comenzado a disfrutar de una luna de miel anticipada.

—¿Dónde nos llevas a cenar hoy, Mariola? —Mark me agarró de la cintura, plantándome un sonoro beso en la frente.

—Pues he pensado en el Gramercy Tavern. Otro día nos iremos de puestos callejeros.

—Me parece estupendo, hermanita.

—Yo os dejo, chicos.

—¿No vienes a cenar con nosotros? —Mi hermana agarró a Ryan del brazo, como si le conociese de toda la vida y estuviese a punto de hacerle una confesión.

—Mi trabajo ha terminado en el momento que os hemos dejado en el hotel.

—¿Soy un trabajo? —Le miré muy seria.

—No quería que sonase así.

—Entonces vente a cenar con nosotros. Invita mi hermana y creo que se cena de muerte en ese restaurante por lo que he oído. —María comenzó a andar casi tirando de Ryan.

—No quiero molestar. Tendréis que poner os al día de muchas cosas. —Ryan me miraba pidiéndome auxilio.

—Tenemos tiempo, Ryan. —Mi hermana le soltó cuando salimos del hotel y agarró a Mark de

la mano y caminaron por delante de nosotros.

—Ven a cenar, Ryan. Así puedo agradecerte haber hecho el trabajo tan bien. Yo invito. —
Afirmé con la cabeza para acabar de convencerle.

—No quería que sonase así, Mariola. Lo he hecho encantado, de verdad.

Se quedó unos segundos mirándome a los ojos y mantuve la mirada todo lo que pude, para terminar levantando una ceja y entrecerrando los ojos, haciéndole sonreír.

—Pero sigue sin ser una cita.

—Nada de citas entre nosotros, agente.

Caminamos por Park Avenue hasta llegar al restaurante. Mi hermana iba disfrutando del paseo y yo de una buena conversación con Ryan. Al llegar al Gramercy, nos sentamos los cuatro en la barra, no queríamos nada demasiado serio para aquella primera noche de los chicos en la ciudad.

Después de ver a Mariola con aquel tío tuve que subir a encerrarme en mi despacho. No quería que nadie me viese tan jodido por ella. Desoí unos nudillos que golpearon la puerta.

—¿Pretendes pasar de todo el mundo o es algo conmigo?

—Frank. —No me di la vuelta para mirarle. En cuanto cruzásemos nuestras miradas, Frank sabría que estaba mal.

—¿Podemos hablar? Sin que me pegues un puñetazo.

—Lo siento. —Me di la vuelta rápidamente—. Estaba hecho una mierda y lo pagué contigo.

—Parece que te has comportado como un auténtico cretino con Mariola y ahora mismo estará cenando con ese tipo de tatuajes y pinta de sicario. ¿Le habrá contratado para que acabe contigo por ser tan imbécil?

—Yo...

—Porque mira que lo has hecho mal, tío. Pero mal del verbo cagarla por completo.

—Del verbo ser un cobarde sin huevos. —Me senté en la mesa y Frank se sentó en uno de los sillones.

—Alex, te conozco muy bien, más de lo que te gustaría. Podría decir muchas cosas de ti, pero lo de no tener huevos no es una de ellas. —Frank se levantó para ponerse una copa.

—Pues con ella no tengo, soy un cobarde.

—¿A qué le temes, Alex? ¿A amar? ¿O a amar y no ser correspondido? —Me entregó una copa rebosante de alcohol para olvidar.

—Me hace sentir, vibrar y me da miedo no ser suficiente, no ser lo que ella espera o necesita. —Sí, lo dije en alto y me sentí bien al hacerlo.

—Sí, eres un auténtico gilipollas sin remedio. Vamos a ver... —Se frotó la barbilla unos segundos—. No conozco a Mariola tanto como para poner la mano en el fuego por conocer todos y cada uno de sus sentimientos, pero los dos la conocemos lo suficientemente bien como para saber que no necesita a nadie a su lado, para que la salve o que actúe como un príncipe con ella. —Negó con la cabeza sonriéndome—. No necesita el beneplácito de nadie, hace lo que quiere, cuando quiere y como quiere. No espera a pedir permiso, pide perdón después si es necesario. ¿Crees que no serías suficiente para ella?

—Puede que sea todo eso lo que me abrumba de ella. Que es tan independiente, que no necesite nada más, que no quiera nada más.

—Tienes miedo a quererla y a perder. —Dejó la copa en la mesa y se acercó a la ventana—. Pues estás mandándola directamente a los brazos de ese tío. No sé qué cojones te está pasando, Alex, pero la estás cagando con Mariola. Vas a perder a la única mujer que he visto que se ha preocupado realmente por ti, que ha visto más allá del playboy millonario y te ha querido. — Frank se quedó callado.

—¿Qué has dicho?

—Nada. —Se removió nervioso.

—¿Qué has dicho, Frank?

—Que la estás cagando con Mariola.

—¿Me quiere?

—Es una forma de hablar.

—No es una forma de hablar, Frank.

—Mariola me mataría si se entera de que lo he soltado por mi gran bocaza, como diría ella. Si no te quisiera, no hubiera aguantado cuando te vio besándote con aquella chica en el bar y, aun así, pensar solo en ti y sacarte de allí sin montar un escándalo. Solo porque tú no salieras perjudicado. Solo pensó en ti y no en el daño que le estabas haciendo.

—Ella solo me dijo que estaba enamorada de mí. Nada más.

—Os debéis una conversación, porque si sigues así la perderás para siempre. —Frank agarró la puerta para marcharse—. Ese tío la miraba exactamente como tú la miraste en el cumpleaños de Andrea y no parece que la quiera apartar de su lado. La quiere bien cerca.

—No me estás ayudando con esas palabras, Frank.

—No pretendo ayudarte, Alex. Lo que pretendo es que abras los ojos antes de que sea demasiado tarde y te arrepientas.

María se comió hasta las ensaladas del resto de los platos. Parecía que el viaje le había dado hambre y sed, mucha sed. Se trincó casi ella sola una botella de vino.

—Creo que es hora de ir dando un paseo hasta el hotel. —Mark besó a mi hermana y puso una cara extraña—. Y de lavarte los dientes, apestas a alcohol.

—Cariño, estamos de vacaciones. Hay que disfrutar, estamos en la ciudad más increíble del mundo, estamos con mi hermanita. —Me agarró del cuello y casi me tira de la silla—. Vamos a vivir mil aventuras que nunca olvidaremos. Por Nueva York.

Pegó un grito demasiado alto alzando la copa en el aire e hizo que todo el restaurante nos mirase.

—Tu hermana parece peligrosa. ¿Tendré que sacarla de la cárcel alguna noche? —Ryan me susurró al oído, muy cerca de mí.

—Pues podría ser, pero si eso pasa, déjala allí unas horas. —Me reí imaginándome a mi hermana en una celda mugrienta.

—Eres demasiado mala, Mariola.

—Soy la hermana pequeña. Mi misión en la vida es volverla loca. —Le sonreí y vi cómo Ryan negaba con la cabeza agachándola.

—Vamos a acompañarlos hasta el hotel y te llevo a casa.

—Puedo coger un taxi. Vivo cerca de aquí.

—No voy a dejar que vayas a casa sola. —Se bajó de la silla para acompañar a María y a Mark a la entrada mientras yo pagaba la cena.

Temblé al dejarles en el hall del hotel y pedí al cielo no encontrarme de nuevo con Alex. Lo mejor para nosotros sería que el destino, las casualidades o como quisiera llamarlas, dejasen de unirnos por las calles de la ciudad. No más encontronazos, no más fiestas y tal vez... podríamos seguir con nuestras vidas sin querer desgarrarnos la ropa cada vez que nos viésemos. Tal vez era hora de desgarrarle la ropa a otras personas...

—No sé en qué estás pensando, pero se te está poniendo cara de garrilla de revista erótica. —María me besó antes de irse.

—Ten cuidado con ella. No destrucéis la suite, por favor.

—Caerá redonda en cuanto ponga su precioso culo en la cama. —Mark me besó—. ¿Tú vas a dormir sola o acompañada? —Miró a Ryan que nos estaba dando cierta privacidad.

—Con una preciosa niña. No voy a dormir con él, Mark.

—Mira, sé que no le conozco, pero tú tampoco. Mereces que un tío se preocupe por ti y él te salvó de un atraco, te ha acompañado al aeropuerto a buscarnos y ahora te va a llevar a casa. —Levantó la ceja sonriendo—. Me gusta.

—Buenas noches, Mark.

Bajé las escaleras sonriendo y me acerqué a Ryan que seguía con el móvil en la mano.

—Si tienes trabajo o cualquier cosa que hacer...

—Mi hermana. Está en una fiesta en Brooklyn y quiere que vaya a buscarla. —Se guardó el móvil en el vaquero—. Lleva toda la semana asegurándome que era la fiesta del siglo. —Puso su mano en mi espalda para guiarme hasta el coche.

—A esa edad todas las fiestas son las del siglo.

—Está en Output. —Miró su reloj.

—Ryan, ve a por ella y yo me voy en taxi.

—No te preocupes. ¿Te importa si pasamos a por ella, la dejo en casa y después te llevo a la tuya? Vivimos en Brooklyn.

No iba a desistir, así que me monté en el coche. Iba muy concentrado en la carretera y supuse que en echarle la bronca a su hermana. En la radio comenzó a sonar *Still Breathing* de Green Day. Bajé la ventanilla, me apoyé en ella y cerré los ojos mientras el aire me agitaba el pelo. Respiré muy profundamente y sonreí.

—¿Estás bien?

—Sí. —Giré la cara—. Mejor que nunca. Gracias, Ryan.

—No he hecho nada.

—Gracias.

Volví a mirar a la carretera mientras cruzamos el puente de Brooklyn. Solamente necesitaba cambiar de aires, recordarme a mí misma que podía respirar y podía volver a ser la misma Mariola que era de antes de conocer a Alex. No quería olvidar lo que aún sentía por él —mi corazón no me iba a dejar y mi cerebro iba a empezar una guerra contra él—, pero sabía que con el paso de los días podría dejar en un segundo plano aquellos sentimientos y tal vez conocer a alguien más.

—Ahí está. —Ya habíamos llegado y ni me había dado cuenta—. Ahora se estirará la falda para subir al coche y pondrá sus ojos de niña buena.

—Eso lo hemos hecho todas, Ryan.

—Hola, hermanito. —Se acercó a nosotros y me miró fijamente—. ¿Esta es la chica del atraco?

—Astrid, ¿vas a montarte en el coche o te vas a quedar ahí haciendo que no te estás estirando la falda?

—Coño, tú eres la que está saliendo con Alex McArddle.

—¡Astrid! Esa boca, joder.

—Tú me lo vas a decir, míster taco profesional del año. —Astrid se montó en la parte de atrás del coche y no dejaba de observarme—. No me habías dicho que habías salvado a una famosa.

—No soy famosa. Que haya compartido cama y un par de desayunos con el señor McArddle, y se me conozca más por eso que por mi trabajo, no me hace famosa.

—¿Te lo has tirado?

—¡Astrid! —Ryan reprochó la actitud de su hermana.

—¡Ryan! —Astrid gritó por tocarle las pelotas a su hermano.

—Mariola. —Yo dije mi nombre y los dos me miraron extrañados, con la misma cara de no entender nada—. Yo que sé, pensaba que estábamos diciendo nombres al azar para recordarlos. Sí, soy la que salía en las revistas. Sí, nos hemos acostado unas cuantas veces. Sí, es igual de guapo que en las revistas, pero mucho más capullo y arrogante de lo que ya parece. ¿Alguna pregunta más? —Vi su cara a través del retrovisor, abrió la boca y miró a su hermano.

—No, por ahora no.

—Te dejamos en casa y llevo a Mariola a la suya.

Notaba cómo Astrid me miraba durante todo el trayecto. Una vez que la dejamos en casa, justo antes de entrar en el portal, gritó.

—Has mejorado mucho en tus gustos, hermanito. Por lo menos esta no tiene pinta de presidiaria recién salida de Guantánamo.

Subió corriendo las escaleras antes de que Ryan pudiese decir nada más.

—Perdón por todo lo que ha dicho. Tiene la maldita costumbre de decir lo primero que piensa. —Cerró los ojos y negó con la cabeza.

Yo tuve que reprimir una carcajada, porque aquella loca con el pelo rubio y californianas rosas me recordaba a mí.

—Me veo muy reflejada en ella, en mi yo de veinte años. Me encanta que sea así, ya tendrá tiempo para ser comedida y callarse las cosas.

—¿Tú también vas a volverme loco? ¿Eso significa que quieres volver a verme? —Me miró fijamente.

—Llévame a casa, Ryan. Ha sido un día muy largo y empiezo a decir tonterías.

—No creo que nunca digas tonterías, Mariola. Si vas a volverme loco —Ryan se incorporó a la carretera mientras hablaba— puede que te deje hacerlo.

—Te crees demasiado encantador y con una sonrisa irresistible, ¿verdad?

—¿Irresistible? —Ryan me miró de reojo antes de entrar en el puente de Brooklyn en dirección a mi piso—. Me han dicho de todo, pero nunca han usado esa palabra conmigo.

—Tal vez porque no han visto más allá de esos tatuajes y tu pose de policía.

—La verdad es que no salgo mucho y no tengo oportunidad de conocer a muchas chicas. Y menos a chicas como tú.

—¿Chicas como yo?

—Chicas que siempre van sonriendo y llenas de vida. Que un atracador les intente robar y se nieguen a perder lo que llevan encima. —Me miró durante unos segundos—. No has dejado de sonreír desde que te he visto y creo que es una coraza que tienes. Esa sonrisa esconde mucho detrás y me lo acabarás contando con un perrito del *Grey's Papaya*, un paseo por Broadway y tal vez un helado.

—¿Plan para un domingo por la tarde?

—Mejor plan para un jueves por la noche. Esta semana tenemos algo complicado en el equipo. El *briefing* de mañana va a ser muy interesante.

Preferí no preguntar nada más. Sabía que la policía nunca contaba nada de lo que no quisiera que te enterases. Media hora después me estaba abriendo la puerta de su coche.

—Muchas gracias por todo, Ryan. —Puse mi mano en su mejilla y le besé la otra—. Has sido muy amable.

—No hay nada que agradecer, ha sido un auténtico placer, Mariola.

Me acompañó hasta la puerta y se me acercó muy decidido. Pensé que me iba a besar y no me

aparté. No desvié la cara ni me opuse a lo que pensaba que estaba a punto de hacer. Pero Ryan, a escasos centímetros de mis labios, se apartó para besarme en la mejilla.

—Nos vemos el jueves.

Me quedé unos segundos mirando cómo se iba hasta el coche. Se despidió con una gran sonrisa cuando pasó por mi lado y de mi boca salió nada. Mi cerebro me echó la cremallera. Me di la vuelta y rebusqué en mi bolso las llaves de casa. Lo llevaba con un millón de cosas innecesarias, como siempre. Saqué la agenda, el iPad, un par de neceseres y varias libretas hasta que encontré las llaves. Todas mis cosas iban bailando entre mis manos y el antebrazo, hasta que se me cayeron al entrar en el portal.

—Mierda.

Maldije el caos y lo miré un par de segundos, como si se fuesen a meter todas las cosas dentro del bolso de nuevo. No miré la puerta mientras se cerraba y aquel fue mi primer error. Una mano me tapó fuertemente la boca y me empujó contra el hueco que dejaba la escalera cerca de los buzones. No podía ver quién me estaba aprisionando con su cuerpo, pero aquel olor me resultaba demasiado familiar. Casi no podía respirar por la presión que ejercía su mano sobre mi boca y parte de la nariz.

—Estás tan guapa como siempre, princesa.

Era Jonathan, era imposible olvidar aquella voz tan grave que me provocaba escalofríos. Me removí tratando de deshacerme de su mano, pero no pude.

—Ni se te ocurra gritar o esto acabará peor de lo que te gustaría. —Giró mi cuerpo sin dejar de presionar mi boca con su mano—. ¿Me prometes que no vas a gritar? —Se pasó la lengua por los labios—. Se buena y no grites.

—¿Qué coño quieres? —Tuve que controlar mi respiración.

—Quiero volver a sentir tus labios —pasó un dedo por mi boca y traté de mordérselo—. Me encanta que sigas siendo una fiera. Ya sabes lo que quiero, Mariola. —Comenzó a pasar su mano por el escote de mi parte de arriba.

—Suéltame, por favor. —No quise levantar la voz.

—Querías saber qué era lo de hoy por mí, mañana por ti, ¿no? Si tú me complaces, me olvidaré de todo y os dejaré en paz. —Metió su mano por debajo de mi falda e instintivamente cerré mis piernas.

—Eres un hijo de puta. —Le escupí en la cara.

—Conozco todos tus secretos, Mariola. Tendrás que darme algo muy jugoso a cambio. Seguro que no quieres que el señor McArddle se entere de cómo fueron tus primeros años en esta ciudad.

—Me da igual. —Sonreí—. El señor McArddle, como tú le llamas, no es nada mío.

Jonathan desvió la mirada hacia la derecha, tapándome más la boca ya que escuchó algún ruido que venía de la escalera. La hija de una de las vecinas bajó con los cascos puestos y la música a tope. Bajaba con los ojos cerrados y se quedó en la primera escalera haciendo un solo de guitarra eléctrica. Se llevó la mano a la cabeza y volvió a subir las escaleras. Jonathan me empujó un poco más en la oscuridad. No quise hacer ruido para que no le hiciese daño a aquella chica.

—¿Y qué harías por proteger a tu querida sobrina? Para que no le pase nada un día que salga de sus clases de tenis. Los niños corren y hay accidentes todos los días. —Le pegué una patada en la entrepierna. Me soltó las manos e intenté pegarle, pero me agarró de la mano—. ¿Quieres jugar? Tienes todas las de perder, Mariola. Tu hermana y tu cuñado están en la ciudad. —Me agarró del cuello con tanta fuerza que tuve que echar la cabeza para atrás—. Suerte que a Sonia la has mandado lejos, porque sería de las que más fácil podría librarme. —Trató de besarme en la boca. Su aliento era una mezcla de alcohol y tabaco—. Volveré a hacerte mía y me rogarás que te

bese como solía hacerlo. Volverás a disfrutar entre mis brazos, tal y como nunca harás de nuevo con otro hombre.

—Tú no sabes hacer disfrutar, Jonathan. —Sabía que le pondría de los nervios hablando de su virilidad y hombría—. ¿Crees que me hacías disfrutar? —Solté una carcajada dañando su orgullo—. No tienes ni idea de lo que hay hacer con una mujer.

Las venas de su cuello comenzaron a ser más notables y apretó su mandíbula. Negó con la cabeza y se le dibujó una temible sonrisa en la cara. Sin verlo venir, su mano acabó en mi cara, propinándome una bofetada que me hizo caer al suelo. Desde abajo vi cómo salía corriendo del portal y respiré de nuevo. La puerta se quedó abierta debido a mis cosas que seguían desperdigas por el suelo. Cerré los ojos e introduje la cabeza entre las piernas. Necesitaba recomponer mi respiración para subir al piso y que los chicos no se enterasen de lo que acababa de ocurrir.

—¡Mariola!

Escuché mi nombre y unos pasos rápidos dirigiéndose a mí. Levanté la vista y tenía a Ryan delante de mí asustado.

—¿Estás bien?

—Sí. —Me limpié las lágrimas.

—Se te ha caído el móvil en el coche. He visto que alguien salía corriendo y te... —Se agachó a mi lado y en sus manos tenía todas mis cosas—. ¿Qué ha pasado?

—No... no es nada. —Me costaba hablar.

—Ven aquí. —Tiró de mi mano, me levantó y cogió en brazos. —Estás a salvo.

Me inspeccionó la cara y me tocó los labios. Se me debió abrir la herida debido a la bofetada, ya que su tacto me escoció. Negó varias veces con la cabeza, se mordió los labios y llamó al ascensor.

—Puedes dejarme en el suelo, Ryan.

—Me vas a invitar a un café en tu casa y me vas a contar lo que ha pasado.

—No es...

—No digas que no es nada. —No me dejó terminar de hablar.

—Vale.

Cuando entramos en casa, Mike ya estaba durmiendo con Andrea en su cuarto y Justin no estaba. Lo agradecí mucho. Preparé dos cafés e invité a Ryan a acompañarme a la azotea.

—Bienvenido a mi gran paraíso en la ciudad. —Nos sentamos en unos cojines en unos bancos hechos con pallets.

—Me gusta mucho tu paraíso.

Nos quedamos callados unos segundos. Supuse que Ryan esperaba que yo comenzase a hablar y yo estaba rezando para que a Ryan no le saliese ese gen que tienen todos los policías.

—Puedes empezar cuando quieras. —Ryan me dio un suave golpe con su hombro en el mío.

—Es mi pasado que parece que ha vuelto para darme por culo. Primero ha tratado de joder la vida de Sonia, que ahora está internada en una clínica y ahora viene a... —Miré el café—. Creo que me he pasado de azúcar.

—Yo te puedo ayudar.

—No quiero que la policía se involucre. Ni siquiera los chicos saben lo de la nota que me dejó ni los *e-mails* que me manda y no se van a enterar de la visita en el portal de esta noche. —Apoyé la cabeza en la pared—. Ya han sufrido por Sonia y no quiero que esto les afecte más.

—¿Y de ti quién se preocupa?

—Yo.

—Tienes que aprender a dejar que te ayuden.

—Ya has hecho mucho por mí. —Le devolví el golpe en el hombro.

—Soy policía y no dejaré que esto quedé así. —Puso su mano sobre la mía.

—Yo me encargo de todo, de verdad. —Apoyé la cabeza en la pared mirándole.

Pasó su otra mano por mi mejilla, llegando a mi barbilla y dejé que me diese un suave beso. El contacto apenas duró dos segundos, quizás tres y no me aparté.

—Sé que acabas de salir de tu relación con... —Hizo un divertido gesto con los ojos que me hizo sonreír—. Pero ...

—No te preocupes, Ryan. Está bien.

¿Realmente estaba bien?

¿Estaba bien que Ryan me hubiese besado?

Aunque tan solo durase varios segundos, cerré los ojos.

Y cuando yo cerraba los ojos...

Cinco días después de mi *encontronazo* con Jonathan estaba en mi despacho pensando en todo lo que me había pasado en los últimos meses. La noche del concierto de Bruno Mars parecía que había sido el desencadenante para Jonathan. Al principio se acercó como si fuese un antiguo amigo, pero comenzó a comportarse raro después de ver a Alex. ¿Qué demonios tenía que ver Alex con Jonathan? Si me dijo que no se conocían de nada. ¿Tal vez me estaba mintiendo en aquello también?

Diez minutos después seguía mirando por la ventana y trataba de encajar todas aquellas piezas.

—Tienes que dejar de darle tanto al coco, Mariola, o vas a terminar volviéndote más loca de lo que ya estás.

Miré mi reflejo en la pantalla apagada de mi ordenador al darme la vuelta en mi despacho. Necesitaba desconectar de todo aquello y trabajar en la fiesta de aniversario de aquella empresa que me había entregado Linda. Miré el reloj y eran casi las seis de la tarde. Mi hermana estaría a punto de llegar para irnos a tomar algo y planear su boda. Eso era lo que necesitaba, centrarme en centros de flores y en decoraciones para una boda en Escocia. Lejos, muy lejos de Nueva York, de neoyorkinos y de problemas.

Recogí mi bolso, mi agenda, varias carpetas, el portátil y me fui cargada hasta el ascensor. Aquel día no quedaba nadie en la oficina. Había una fiesta diez pisos por encima de nosotros y seguramente todos estarían allí. Ni siquiera estaba Sasha en la recepción. Recibí un par de mensajes de mi hermana que estaba en la recepción y llegaba tarde. Los ascensores no parecían llegar hasta el piso cero, así que decidí bajar por las escaleras. ¿Qué eran veinte pisos con unos tacones de casi quince centímetros? Nada que no hubiese hecho en una fiesta de nochevieja de hacía un par de años.

Bajaba haciendo una lista mental de tareas pendientes para el día siguiente, cuando noté la vibración de mi móvil dentro de mis vaqueros.

—María, estoy llegando al hall, que el ascensor estaba lleno y voy por las escaleras. Me estoy ganando esos cocteles. —Contesté sin ni siquiera mirar quién llamaba.

—Ya te gustaría que fuese tu preciosa hermanita, mi amor. —Jonathan hizo que se me estremeciese todo el cuerpo y me quedase paralizada agarrada a la barandilla fuertemente—. Tu hermanita está preciosa hoy con ese vestido rojo. ¿Ya te has pensado nuestro trato?

—Jonathan, no voy a ceder a tus chantajes.

—Piénsatelo bien, Mariola. Ya sabes todo lo que tienes que perder. Incluso Alex podría perder más de lo que imaginas.

—Jonathan, ya te dije que Alex y yo no estamos juntos. No me puedes chantajear con él. —Traté de sonar lo más segura que pude.

—Te conozco bien, Mariola. No dejas de querer a una persona de un día para otro ni deja de importarte. Sé que te gusta jugar a salvar a todo el mundo, pero tendrás que elegir: o sufres tú o lo hará él.

—Jonathan, vete a la mierda.

—No me voy a ir a ningún sitio hasta que vuelvas a estar conmigo. Y no pienses que ese poli

de pacotilla va a poder ayudarte. ¿Crees que olvidarás a Alex con él? Otro más al que harás daño. Todo lo que tocas se convierte en mierda.

—Eso es lo que haces tú con la gente que te rodea.

—Tienes una semana para darme una respuesta, Mariola. Si no alguien sufrirá las consecuencias. Date prisa, que tu hermana se está impacientando en tu hall.

Respiré varias veces para controlar las ganas que tenía de estampar contra la pared todo lo que tenía entre manos, pero lo primero en lo que pensé fue en mi hermana.

Bajé corriendo el resto de los pisos hasta salir por la puerta de las escaleras del hall. Miré a mi alrededor y María estaba en la entrada hablando por teléfono y sonriendo. Me tranquilicé al ver que estaba bien. Me acerqué a ella con el móvil en la mano y le mandé un mensaje a Ryan. Se suponía que íbamos a quedar aquella noche, pero pospuse aquella cena para el sábado. Justin se iba a llevar a Andrea a un estreno de cine y podría estar tranquilamente con Ryan hablando de todo lo que me estaba pasando. No conocía a Ryan tanto como para confiarle la verdad, pero era policía y supuse que él era el único que podría ayudarme.

—Hola, María.

—¿Cuánto has tardado en bajar?

—¿Dónde has dejado a Mark?

—En el gimnasio del hotel. En cuanto ha sabido que había uno, ha salido disparado.

Cuarenta minutos después estábamos en la azotea del The Press Lounge, con dos Mai Tai en la mano.

—Ahora me vas a contar qué ha pasado con el queso de tetilla.

—¿Quién? —Cuando mi hermana se decidía a ponerle apodos a la gente... No se podía decir que lo hacía demasiado bien.

—El que se ha encargado de darnos esa pedazo de suite y las fresas de *Godiva*.

—No sabría por dónde empezar, la verdad.

—Pues por el principio como siempre, Mariola.

Le conté lo que había pasado hasta donde yo sabía, pero le dije lo que yo pensaba. María no podía comprender nada.

—Algo ha tenido que pasar para que dé un cambio tan radical contigo. Por todo lo que se veía en las revistas, estabais genial.

—Tal vez fue ese fue el problema. Salir en las revistas lo hizo real y parece que él se asustó... O no quiso... No sé, María. —Le pegué un trago al Mai Tai—. Con lo bien que vivía yo sin conocerle. —Me quité los zapatos y puse los pies debajo del culo.

—¿Se lo has preguntado?

—¿El qué? —Busqué el móvil en mi bolso—. ¿Que por qué decidió poner punto final? Porque no sabe amar de otra manera. Dime si tú entiendes algo de esa frase, porque yo, por más vueltas que le doy, no la comprendo.

—¿Qué coño ha pasado en su vida para que no sepa amar de otra manera? —Se quedó unos segundos mirando el horizonte y me miró fijamente—. Eso significa que te ama... que te quiere, tata.

—Pues menuda forma de mierda de querer, María. Yo no quiero un amor que me haga ese tipo de daño, yo solo quiero a alguien que me vaya a buscar al trabajo, que podamos tomarnos unas cervezas en el parque y cenemos en un puesto callejero. No necesito nada más.

—Me suena a tu yo de hace diez años. La que deseaba caminar descalza por Central Park, la que soñaba con trabajar en una gran empresa, tener un precioso piso y... —Se mordió el labio dejando de hablar. Sabía que no quería decir nada más.

—Puedes seguir. La que soñaba con encontrar a su alma gemela, pero tal vez la mía ya esté con su media naranja.

—Ryan parece buena gente. ¿Te has planteado algo con él? —Levantó ambas cejas.

—Si te digo que no me parece atractivo, misterioso y con una sonrisa de escándalo, te estaría mintiendo. Y el otro día me besó y no me aparté. No fue un beso en condiciones, no del estilo que le hubiese dado. No de esos que te dejan con el hilo del tanga bailando, pero fue de los que gustan.

—¿Has olvidado a Alex?

—Me gustaría decirte que sí. Sentí mucho en muy poco tiempo, pero creo que me costará olvidarme de él. Y, sobre todo, porque esta ciudad se va a encargar de que nos crucemos en más de una ocasión. Ocho años sin saber nada el uno del otro y ahora... —Recordé las palabras de Jonathan y me quedé en silencio. No quería preocupar a mi hermana.

—No vas a olvidarte de él, pero tal vez Ryan te ayude. Ábrete a él y si puede ser de piernas... eso que te llevas, tata.

—Vamos a ver, ¿dónde está mi hermana y qué has hecho con ella?

—Es esta ciudad. Adoro Escocia, pero es que Nueva York tiene algo muy especial que me hace ser más tú. Más desinhibida y malhablada.

—Lo mío venía de serie.

Pedimos un par de cocteles más y algo de picar. Durante un buen rato estuvimos mirando las azoteas que nos acompañaban, observamos a las personas que nos rodeaban sin decir nada. Tal y como hacíamos en aquellas terrazas de Salamanca cuando me venía a visitar.

—¿Qué tal está Sonia?

—Bien, parece que la terapia le está viniendo muy bien. Creo que en unos meses podría estar de nuevo en casa.

—¿Por qué no habéis denunciado a ese cabrón?

—Porque no tenemos pruebas de nada, María. Es Sonia contra Jonathan, un tipo rico y con muchas influencias en demasiados sitios. —Me volvió a temblar el cuerpo con su recuerdo y no se lo iba a permitir—. Pero estamos aquí para preparar vuestra boda. Yo me encargaré de todo lo que necesites, María.

—¿De verdad harías eso?

—¿Crees que, organizando una media de veinte bodas al año, iba a dejar pasar la oportunidad de organizar la de mi preciosa hermana?

—Pero nosotros no podemos pagar tu caché.

—Es mi regalo. Así que empieza a soltar por esa boquita lo que quieres hacer.

—¿Aunque estés tan lejos?

—María, no te preocupes por nada. Hay *Skype*, puedo mandarte pruebas allí, los días que estéis aquí podemos mirar las tiendas con las que trabajamos y verás las cosas que te gusten. No es tan complicado organizar una boda.

—Eso lo dices tú que eres la experta en cuestiones de amor.

—Claro. —Chasqué la lengua y la miré fijamente—. Por eso estoy emborrachándome con mi hermana en vez de estar con un maromazo poniéndome los ojos en blanco y mirando al *Empire State*. —Comenzó a sonar mi teléfono—. Ryan.

—Hablando de que te pongan mirando a Cuenca...

—Hola, Ryan. —Le saqué la lengua a mi hermana—. ¿Cómo estás?

—Bien, en Chicago con un caso. Me temo que la cena de esta noche tengo que posponerla. Se nos está complicando un poco...

—No te preocupes, Ryan. Te he mandado un mensaje, que parece que no has podido leer. Cuando vuelvas cenamos juntos.

—Sí porque no me olvidé de lo que me prometiste.

Me toqueteé el pelo y mi hermana me miraba sabiendo lo que estaba haciendo inintencionadamente.

—¿Me contarás quién es Mariola Santamaría? ¿Qué misterios esconde esa sonrisa?

Cerré los ojos y sonreí. Creo que hasta solté una de esas risitas estúpidas que soltaba cuando escuchaba algo que me gustaba.

—El domingo estaré de vuelta, así que si quieres nos vemos en tu casa por la tarde.

—Te hago un hueco en mi apretadísima agenda, inspector. —Me removí en mi asiento con una sonrisa en la cara. Mi coqueteo fue más que claro.

—De acuerdo. —Escuché su risa.

—Hasta el domingo, Ryan.

—Hasta el domingo, Ryan. —Mi hermana hizo una imitación de mi voz—. Hermanita, siento decírtelo, pero has coqueteado con él y eso es por que te gusta. Tú no eres de las que se saca un clavo con otro clavo, aunque el nuevo clavo esté para romper paredes. —Levantó su copa en la mano cuando el camarero pasó por nuestro lado.

—No me juzgues.

—¿Yo? Jamás. —Levantó la mano en el aire como si estuviese jurando sobre una biblia delante de un juez—. Veo eso en tu mirada.

—Parece que con un Mai Tai te vale. —Cogí las dos copas que dejó el camarero.

—Dame eso. —Mi hermana saltó de su asiento y se lanzó al mío casi en plancha—. No le quites a una prometida su bebida. —Me abrazó—. Sé feliz y no pienses en los peros o en los porqués. Déjate llevar.

Chocó su copa contra la mía, la alzó en el aire y gritó un «*Por la felicidad de mi hermanita*», que se oyó en toda la azotea y que hizo unirse a nuestro brindis a varias de las personas que allí estaban.

Estaba descargando un poco de estrés en el gimnasio. Sabía que un jueves a aquellas horas no habría demasiados clientes, pero a la media hora de mi llegada entró el cuñado de Mariola y vino directo hacia mí.

—Ya sé que sabes quién soy, así que me voy a ahorrar lo de presentarnos. Has tratado de ganarte a mi prometida con esas fresas con chocolate y con la suite, pero al igual que Mariola, María no es tonta.

—Solo trataba de que vuestra estancia sea la mejor posible. —La verdad es que sí quería ganarme un poco a María.

—Voy a ir al grano, tío. No sé qué le has hecho a mi cuñada, pero no es ella al 100% y sé que es por tu culpa. Así que haz lo que tengas que hacer para solucionarlo. —Soltó lo que llevaba en la mano en uno de los bancos—. Es mi persona favorita en este mundo y no la quiero ver triste por un capullo como tú.

—Perdona, pero no es de tu incumbencia. —Si él podía ser políticamente incorrecto en sus formas, yo iba a comportarme igual.

—Es más que mi cuñada, es la hermana que no tuve, McArddle. —Respiró profundamente unos segundos—. La quiero muchísimo y si un tío como tú, que puede tener a quien quiera, ha decidido joderle la vida... te daré una paliza. Y no, por si te lo preguntas, no es una amenaza.

—No quiero problemas. —Me levanté del banco de pesas.

—Pues te has metido en ellos tú solo haciendo daño a Mariola. Como me entere de que le

has puesto un dedo encima...—Negó con la cabeza varias veces—. Vendré aquí y te machacaré, al igual que machaco los haggis^[16] cuando los hacemos en casa.

—Es mejor así, Mark. Es mejor que haya sido ahora y sufra por unas semanas conociéndonos. No quiero que ella acabe igual que el resto de las personas de mi vida.

—Mariola no es igual que el resto de las mujeres que has conocido. No tiene miedo ni de qué dirán ni de lo que pasará. Es capaz de enfrentarse a todo por las personas que quiere, pero si tú no quieres a una persona así a tu lado... No encontrarás a nadie como ella, aunque busques un millón de años. De eso debes estar seguro. —Apretó su mandíbula—. No vuelvas a acercarte a ella.

Nos sentamos los dos en un banco y por un segundo me pareció que Mark relajó le gesto de su cara

—Mira, no sé por qué te lo voy a contar, pero voy a hacerlo. —Tomó una gran bocanada de aire, como si me fuese a contar su mayor secreto—. Hace seis años, cuando empecé a salir con María y ella se vino a vivir a Escocia, tuvimos varios problemas de convivencia. —Levantó los hombros a modo de perdón—. Fui un estúpido y la alejé de mí de la peor manera que pude. Hice que creyese que la había engañado y sabía que, de aquella manera, María se alejaría por completo de mí. —Se quedó mirando el reloj que llevaba en su muñeca—. Pensé que no quería un compromiso así de grande. Por Dios, ella se había mudado a mi país, había dejado atrás un empleo fijo que adoraba, para vivir conmigo.

—Te asustaste.

—Me acojoné. Pero ella se merecía un tío que no tuviese miedo a nada, que no temiese pasar el resto de su vida con una mujer tan fantástica como ella. Hice todo lo posible por alejarla de mí, la mentí, la engañé de mil maneras... pero mi corazón seguía siendo suyo.

—¿Estuviste con otras mujeres?

—No, le mentí para que así lo creyese. María vino a pasar una temporada con su hermana a Nueva York. Cuando Mariola se enteró de lo que estaba pasando, no lo dudo ni un momento. Cogió el primer avión a Escocia y se plantó en mi casa de Glasgow. Cuando golpeó más de veinte veces la puerta pensé que venía la policía a detenerme por algún delito. Hizo un viaje con cuatro escalas y más de dieciocho horas para darme un puñetazo en cuanto abrí la puerta.

—¿Te pegó?

—Ni te imaginas la fuerza que tiene la maldita morena. Tuve el ojo morado más de una semana. —Soltó una carcajada—. Estuvimos hablando toda la noche, tratando de solucionar los problemas que tenía y al final lo comprendí. Ella me dijo algo que aún recuerdo. —Se quedó unos segundos en silencio—. Aunque el amor da miedo muchas veces, la recompensa final merece mucho la pena. Compartir tu vida con la persona que quieres es lo que gana a tanto temor. —Suspiró fuertemente—. Llegó a las diez de la noche y cogió un avión a las siete de la mañana de vuelta a Nueva York. Así que sigue su propio consejo. Si crees que el miedo a estar con ella es mejor que tener una relación, aléjate. No la llames, no la escribas y no la vuelvas a buscar más adelante. Porque ella no te va a esperar, aunque por dentro lo quiera hacer, nos encargaremos de que te olvide. Lo podría intentar con su amigo Ryan. —Mark parecía estar metiendo el dedo en la llaga para ver si reaccionaba.

—Te haré caso y me alejaré de ella.

—¿Aunque la quieras?

—¿Cómo lo sabes si no me conoces?

—Me lo acabas de confirmar. Espero que estés seguro porque ella se merece ser feliz. Después de todo lo que ha pasado, de todo lo que le han hecho, se merece que la quieran, la

cuiden y nunca dañen su corazón. —Se levantó del banco recogiendo sus cosas. Parecía que no había bajado a hacer ejercicio—. Quédate con una gran frase de Dostoievski: «Es al separarse cuando se siente y se comprende la fuerza con que se ama».

—Me recuerdas mucho a las cosas que dice Mariola.

—Ella me enseñó que amar es la mejor palabra del mundo. —Se alejó y antes de salir por la puerta se giró—. Por amor se perdona todo, hasta las gilipolleces más grandes que uno puede cometer.

Los Mai Tai y un montón de revistas de novias se amontonaron en nuestra mesa, junto con una de mis libretas y los esbozos de lo que María quería. Tenía un caos en su cabeza. Por una parte, quería un cuento de hadas, pero por otra quería algo simple por Mark. Sonó mi teléfono de nuevo y miré la pantalla antes de descolgar.

—Hola, Jus.

—¿Dónde estáis? He pasado por la oficina y me ha dicho la jefa que ya habías salido.

—Estamos en el Press. Mi hermana está escalando puestos en el ranking de novias petardas y exigentes.

—Te tengo que dar unas cosas para la fiesta de inauguración y aprovechando que estoy con Frank. ¿Quedamos en el Galli? Le digo a Mike que lleve a Andrea allí y cenamos algo.

—Claro. Ahora mismo vamos para allí. Así aviso también a Mark que no sé dónde se ha metido. —Colgué y le mandé un mensaje.

—Vale.

Nos levantamos de los asientos y mi hermana me miraba tratando de ubicar a Frank, pero por su cara supe que no tenía ni idea de quién era.

—Frank es el socio de Jus en el nuevo local que van a abrir y también es amigo de Alex y, además, un amigo muy especial de Sonia.

—Madre mía. Al más puro estilo telenovela venezolana.

No pude negárselo y me reí. La verdad es que sí que nuestra vida se había convertido en una especie de telenovela con tintes dramáticos. Quedamos con Mark también en Galli. Le comentó a María que acababa de salir del gimnasio y se tenía que duchar. Así que nosotras nos fuimos en taxi y a los diez minutos de llegar apareció Mike con Andrea.

—Madre de mi vida. ¿Tú eres la misma niña de hace unos años que era así? —María hizo un gesto con las manos de muy pocos centímetros.

—Soy yo, ya he crecido un poco. —Se lanzó a los brazos de María. Se habían visto muy pocas veces, pero cada vez que hablaba con mi hermana por *Skype*, Andrea aparecía por el ordenador.

Nos sentamos en una mesa más apartada, esa que siempre teníamos para nosotros cuando no había servicios de comidas ni de cenas. Era la mesa en la que tratábamos de arreglar el mundo, en la que yo había trabajado tantas noches mientras Mike lo hacía en la cocina. Justin y María comenzaron a ponerse al día con todo lo de la boda hasta que llegó Mark y todos nos quedamos observando la manera que tenía de tratar a mi hermana. Venía con un par de rosas en la mano. Siempre era muy detallista con María. El día de su quinto aniversario fueron de viaje a la Isla de Man y mientras paseaban por una de sus playas bajo las estrellas, un montón de farolillos empezaron a elevarse hacia el cielo y le regaló la pulsera más bonita que jamás había visto, con unas palabras que, si me las hubiesen dicho a mí, me hubiese caído se me hubiesen caído las bragas. *«María, una vida no es suficiente para vivirla a tu lado. Más allá de la muerte, nuestras almas siempre estarán unidas en una sola»*. Mark era un escocés con un corazón de oro. Y un piquito del mismo material.

—Hola, cariño. —Besó a María ante la atenta mirada del resto—. He pasado por un puesto y

no he podido resistirme.

—Cariño, es preciosa. —Volvieron a besarse.

—Qué asquito me dais, de verdad. Tú tan guapa y él tan buenorro... —Justin los miraba con cara de asco.

—Traes otra más. —María sonrió.

—Es para mi cuñada favorita, la que me hizo ver que el amor existe y está al alcance de los dedos. Que no hay que tener miedo a amar. A la que quiero con locura y que espero que antes de la boda, encuentre ese amor que haga que su preciosa sonrisa nos ilumine a todos. —Me dio la flor.

—Mark, que si tú ves que mi hermana no se quiere casar contigo: Sí, quiero. —Le agarré de las mejillas—. Los hombres americanos deberían aprender de ti. —Besé a Mark y Frank carraspeó.

—Algunos quedan, Mariola. Solo tienes que darles una oportunidad.

—A algunos se les han acabado... —Me mordí el labio para no seguir hablando y sonreí—. Frank él es Mark, mi cuñado.

—Encantado.

Se dieron la mano y comenzaron a hablar como si se conociesen desde hacía años. Sobre música celta, el torneo de rugby de las Seis Naciones^[17] y de coches. A los hombres les das un coche antiguo y se acaba el mundo por unas horas.

Mientras tanto Justin y yo hablamos sobre la fiesta de inauguración. Parecía que ya habían hablado con Linda y me había asignado la cuenta, sin decírmelo a mí antes.

—Primero quiero saber qué es lo que queréis.

—Yo quiero que sea algo grande. Algo que la ciudad no haya visto antes. —Justin estaba emocionado con el nuevo negocio. Llevaba muchos años queriendo hacerlo.

—Tú eres la experta. ¿En que habías pensado?

—Es solamente una idea que no he podido desarrollar y habrá que pulirla. ¿Qué os parece el carnaval de Venecia? Pero mucho más sexy. Imágenes de la ciudad, temática veneciana, los invitados con los trajes del carnaval, camareros, acróbatas en telas colgantes. —Los miré y estaban con un gesto muy raro en sus caras—. Sé que es algo diferente, pero no ha habido algo así por aquí.

—Me encanta. —Frank sonrió y suspiré aliviada.

—Habría que mirar muchas cosas, cuadrar las fechas de la fiesta cuando esté terminada la reforma, invitados, decoración, comida, bebida y recrear perfectamente la cultura italiana—. Mi hermana se unió a la conversación.

—Mi hermanita estuvo viviendo allí un año entero, en su tercer curso de Erasmus. Podría traeros todo el sabor de Venecia a Nueva York.

—Eres una caja de sorpresas, Mariola. *L'Italia è bellissima*. —Frank lo dijo muy despacio, como si tuviese miedo a equivocarse.

—Es alucinante, Frank. Su cultura, su historia, su comida... Es de las pocas cosas que sé cocinar bien. La pasta, por mucho que diga Mike que soy una negada. Lo que pasa es que, si no la hago, no me piden que cocine. —Le guiñé un ojo mientras Mike estaba despistado.

—A mí me gusta la idea, pero habría que definirla muy bien y que no quede sosa. —Justin iba a ser mi cliente más complicado, lo estaba viendo.

Justin estuvo dos horas exactamente sacándome de quicio. Y continuó al día siguiente hasta bien entrada la tarde en mi despacho, hasta que le mandé a tomar por saco.

—Jus, me voy a por Andrea al colegio. Olvídame por unos días, anda. Que eres peor que un jodido grano en el culo en pleno verano.

—¿No vas a apuntar lo que te estoy diciendo? —Me siguió hasta el ascensor.

—Habla con Scott y que él me lo pase mañana. —Me metí en el ascensor y paró las puertas mientras se cerraban.

—¿Tratas así a todos tus clientes?

—A las petardas como tú, sí. Como llegue tarde al colegio, te juro que abandono tu cuenta y será la primera vez que lo haga. —Le fulminé con la mirada.

—No sé cómo te aguanto.

—Porque me quieres y sabes que soy la mejor. —Se lo grité mientras las puertas se cerraron.

Me monté en el coche y debí de saltarme varios semáforos en ámbar, porque en diez minutos estaba aparcando cerca del colegio. Había tenido tan poco tiempo de pensar, que no me imaginé toparme con Alex allí.

Al acercarme al colegio, las piernas parecía que me iban a fallar, pero respiré profundamente, meneé la cabeza varias veces para sacarme la imagen de Alex, que precisamente estaba apoyado en una pared vestido con unos vaqueros ajustados y una camisa azul marina con las mangas subidas hasta los codos... Sí, me había dado tiempo a localizarle, escanearle y tratar de que no me viese mirándole. Intenté que nuestro encuentro fuese lo más cordial posible. No necesitaba dramas en mi vida, no me habían gustado nunca y no iba a empezar en aquel momento. Mi vida era sencilla, dentro de lo que cabía, y no necesitaba una tragedia griega en ella.

Me quedé más apartada del resto de madres, bueno, más bien del resto de cuidadoras que estaba en la salida para recoger a los niños. Escuché unos pasos sobre la acera y aquel sonido cada vez estaba más cerca. Me ajusté las gafas de sol, volví a respirar, porque a veces con Alex tan cerca se me olvidaba, y saqué el cacao del bolso para aplicarme en los labios. Tenía un olor a frambuesa y lima que me calmaba. Sí, podía parecer una más de mis gilipollices diarias, pero me calmaba... y punto.

Se situó a mi lado, también alejado del resto de mujeres que estaban por allí y por el rabillo del ojo vi cómo se pasaba los dedos por sus labios y sin poder remediarlo, aquel maravilloso escalofrío se apoderó de mí. Cerré los ojos tratando de controlarme y que no pareciese que me estaba dando un ataque de pánico.

No dijo ni una sola palabra en los diez minutos que estuvimos esperando a que Jason y Andrea saliesen de clase.

—Joder, parece que están cerrando ellos el colegio. —Lo gruñí entre dientes y escuché un carraspeo de una madre que se había puesto a mi lado.

—¿Podrías controlar tus tacos delante de mi hija? —Había tapado los oídos a la niña.

—Disculpa.

—Estás en la puerta de un colegio.

—Ya he pedido perdón. Joder. —Giré la cabeza y lo susurré en castellano hacia el lado donde estaba Alex.

—¿Esa boca te sigue metiendo en problemas? —Ladeó su sonrisa al finalizar su pregunta.

—No en más de lo normal. Lo que pasa que en este colegio son un poco estirados y, cuando llega alguien diferente, se les encoje el esfínter. —Hice un sonido con la boca, como si estuviese encogiéndose algo y con los dedos hice un círculo que fui haciendo cada vez más pequeño.

—Me extraña que no te meta en más problemas. Tienes la lengua demasiado rápida.

—La más rápida a este lado del país. —Le hice un gesto de pistolas disparando con mis manos, sonido incluido.

Vale, me había vuelto gilipollas en un momento. No sabía si estaba ligando con él, le estaba

tratando de alejar o pretendía que se embarcase en el primer viaje a la luna para ricos. Pude ver mi cara de idiota reflejada en sus gafas. Entorné los ojos, me re Coloqué mis gafas y miré al frente. Si le quitaba de mi campo de visión, podría hacer que no estaba a mi lado.

A los diez minutos, los diez minutos más tortuosos de mucho tiempo, Andrea vino corriendo con los brazos en el aire y agitando algo en su mano.

—Tía, tía, tía. —Saltó a mis brazos cuando me agaché para saludarla.

—Hola. —Parecía que llevaba meses sin verme.

—Mira. —Me enseñó un dibujo—. Lo hemos hecho hoy en clase.

—¿Qué es? —Al mirar el dibujo pude ver un grupo de personas, pero no la entendía demasiado bien.

—Un dibujo de nuestra familia.

—¿Y quiénes son todos? —Andrea aprovechó a sentarse en mi rodilla flexionada.

—Esta es mami, esta eres tú —me iba señalando uno por uno los dibujos al decirlo—, este es el tío Jus y este el tío Mike.

—¿Esto es una oveja?

—Es un perro. ¿No le ves sus orejitas y su pequeño morrito? —Frunció sus labios a modo de hocico—. Bueno, es algo que quiero, así que pensé en dibujarle.

—¿Y estos otros dos?

—El pequeño mi novio.

—¿Cómo puede ser que yo no me haya enterado de eso?

—Es Jason. Ya sabes que es mi novio, tía. —Se quitó el pelo de la cara con mucha gracia.

—Perdóneme usted, Lady Gaga. No me he enterado por las revistas de su noviazgo. —Escuché una semi carcajada de Alex—. Vale, entonces tenemos a mamá, a mí, a tus tíos, a tu novio, a tu perro imaginario y debemos tener a alguien más que no reconozco.

—¿No sabes quién es? —Andrea señaló casi enfadada.

—No.

—Es el papi de Jason, el señor McArddle.

—¿Y porque está en el dibujo familiar? —Lo susurré para que Alex no nos escuchase.

—Porque es mi dibujo y así lo he querido. —Me enseñó los dientes que estaba rechinando.

—Sí, sí, te ha poseído el genio de Lady Gaga en American Horror Story^[18]. —La niña me miró sin saber a qué me refería con aquello—. Es precioso, Andrea. En cuanto lleguemos a casa lo colgamos de la nevera.

—Sí, así los tíos lo verán cuando lleguen a casa. ¿Hoy vamos a grabar un vídeo para mamá? Tengo un montón de cosas que contarle. —Se puso de pie y me levanté.

—Sí, hoy trabajo desde casa. Así que luego lo grabamos.

—Hola, Mariola.

—Hola, Jason. —Me tiró de la mano para que me agachase. Pensé que me iba a dar dos besos, pero se colgó de mi cuello y lo aupé.

—Te he echado de menos. —Comenzó a acariciarme la cara. Me mataba ver cómo se le entristecía la mirada y todo por culpa del imbécil de su padre. ¿Le había llamado ya imbécil a la cara? Me parecía no haberlo hecho y se lo merecía.

—Ya sabes que cuando quieras puedes llamarme.

—Gracias, Mariola.

—Enano, ¿para mí no hay besos ni abrazos?

—Claro que sí. —Dejé a Jason en el suelo y saltó a los brazos de su padre.

—¿Qué tal las clases hoy?

—Bien. Mira lo que hemos hecho. —Le enseñó su dibujo también—. Nos han pedido que dibujásemos a nuestra familia.

—Madre mía, somos un montón en tu dibujo.

—Mira, este eres tú, con tu traje y la corbata. Este es el tío Frank.

Mientras Jason le enseñaba a su padre su dibujo, cogí en brazos a Andrea y curioseamos lo que había dibujado por detrás de su padre. La verdad es que a Alex le había clavado con su rictus.

—Hay que decir, Alex, que tu hijo te ha clavado en tus momentos más estirado. —No me pude mantener callada y Andrea se rio.

—¿Y ella? —Alex al señalar el dibujo, me miró de reojo.

—Es Mariola.

—Es un dibujo de tu familia y ...

—Ella es parte de mi familia. —Jason cortó a su padre—. Es mi dibujo.

—De acuerdo, campeón, no quería decir nada malo sobre él. —Le dejó en el suelo.

Aquel momento empezó a volverse muy incómodo. Nosotros no encontrábamos el momento adecuado para decir adiós y marcharnos. Era como si pronunciar aquella palabra nos volviese a distanciar. En un momento dado, vi cómo los niños se miraban y sonreían. Aquellos dos tenían algo planeado para los cuatro.

—Tía, ¿podemos ir a tomar un helado?

—Sí, cariño.

—¿Puede venir Jason? —No supe qué responder—. *Porfi*.

—Tendréis que preguntarle a su padre.

—Señor McArddle, ¿os venís a tomar un helado con nosotras?

—Yo... eh... —Me miró y levanté los hombros dejando en su mano la respuesta—. Claro que sí, Andrea. Si a tu tía no le importa que vaya yo.

—Prometo comportarme como una adulta por un rato. Un helado no dura mucho en un día como hoy.

—De acuerdo, vamos en mi coche y nos acercamos hasta Bryant Park. Esta mañana he visto allí el camión de Van Leeuwen.

Caminamos hasta el coche de Alex y los niños se subieron en él.

—Te van a encantar, Andrea. Tiene unos helados *aluciflipantes*. —Miré a Jason sonriendo y, tras atarles, me monté en el asiento del copiloto.

—Los mejores helados de Nueva York. —Alex me miró de reojo antes de arrancar el coche.

No dije nada más en todo el camino y contesté a un par de *e-mails* que me acababan de mandar de la oficina. También tenía que revisar las peticiones de presupuestos para dos bodas, tres *Bar Mitzvah*, una fiesta de los quince y una jubilación. Me bajé del coche al llegar a Bryant Park sin escuchar lo que los niños decían. Me quedé quieta en la acera revisando los presupuestos y Jason empezó a empujarme por el paso de cebra para llegar hasta el camión de los helados.

—¿De qué queréis los helados? —Alex alzó a los dos niños para que viesan la carta.

—Yo quiero de chocolate vegano. —Jason no se lo pensó demasiado.

—Yo quiero... quiero... quiero... —Andrea no se decidía y cuando levanté la vista casi la veo babeándole la manga a Alex.

—Andrea, cierra la boca mientras decides que te va a entrar una mosca volando.

—Es que todos tienen muy buena pinta.

—Yo el de caramelo salado. —De nuevo fijé la vista en el móvil.

—De mantequilla de cacahuete con chispitas de chocolate. —Se estaba relamiendo los labios, no me hacía falta mirar para comprobarlo.

—Y uno de café.

—Eso es arriesgarse, señor trajeado. De café. No vaya a ser que meterle un poco de nata sea demasiado. —Hice otro ruido con la boca. Tenía le gracioso subido aquella tarde.

—¿Podemos ir a jugar al parque mientras nos traen los helados?

—No os alejéis mucho.

Alex puso su mano en mi espalda para que nos sentásemos en unas mesas que había por allí y los niños se marcharon corriendo. En aquel parque en verano las mesas se llenaban de personas trabajando y había clases de yoga en el jardín central. Me encantaba tumbarme con una toalla cuando había la posibilidad y escuchar los pájaros. Era muy extraño estar entre rascacielos, pero sin escuchar todo el tráfico de la ciudad.

—Y el helado de café de aquí es el mejor de Nueva York. —Alex me devolvió a la realidad de aquella mesa—. No me gusta tomar riesgos innecesarios. —Aquello lo dijo por el helado ¿o por nosotros?—. Siento que estemos aquí engañados por los niños. —Se quitó las gafas de sol, las apoyó en la mesa y jugueteó con las patillas.

—No te preocupes. —Mi mirada estaba fijada en sus manos—. La verdad es que pensé que lo iba a llevar peor.

—¿El qué?

—Verte. —Respiré profundamente y me quité mis gafas. Se merecía que le mirase a los ojos—. Mi idea era odiarte hasta hacerte desaparecer de la faz de la tierra, pero al segundo tuve claro que no iba a funcionar. —Negué sonriendo y le miré directamente a los ojos—. Hemos estado ocho años viviendo en la misma ciudad, trabajando a menos de diez minutos andando y no nos habíamos cruzado hasta aquella noche en la fiesta. Tengo claro que ahora la ciudad hará lo imposible por juntarnos y llenar nuestra vida de casualidades.

—¿Te molesta eso? —Acercó su mano a la mía, la puso encima, pero no me llegó a tocar, supongo que por miedo al rechazo.

—No me molesta, pero reconozco que no me puedo olvidar en dos días ni en dos semanas de lo que he sentido, por mucho que quiera taparlo con trabajo, fiestas o con alcohol, con mucho alcohol. —Respiré profundamente.

—No te cuesta decir lo que piensas.

—No me cuesta hablar ni de sentimientos ni de nada, Alex. —La camarera salió del camión con dos de nuestros helados y los dejó en la mesa.

—Los otros dos ahora mismo salen. —Sonrió amablemente.

—Sé que no te cuesta y a mí... —Ladeó la cabeza—. Hay cosas que no sé cómo explicar.

—No hace falta que digas nada, Alex. He dicho que va a ser difícil olvidar todo, no imposible. —Probé mi helado y cerré los ojos—. ¿Cómo no sabía yo de la existencia de estos helados?

—Al menos te he descubierto algo nuevo.

—Has hecho mucho más que eso, Alex. —Puse mi mano sobre la suya y la agarré fuertemente—. Mira, puede que tan solo fuésemos instantes... —Le sonreí de verdad—. Tal vez más adelante sí sea nuestro momento.

—¿Cómo puedes tener ese pensamiento después de todo?

—Pues porque pensar que el mundo se acaba por lo nuestro, no va conmigo. Las personas no son lo que hacen, si no lo que dicen. Mira, Alex, no sé qué es lo que te pasa, pero sé que no eres así. Si tienes miedo... —traté de buscar las palabras adecuadas para no ser una auténtica zorra—. Si tienes miedo y crees que alejarte es lo mejor, puede que de aquí a un tiempo te arrepientas y sea tarde. No es una amenaza, te lo aseguro, es algo que puede suceder. Nosotros nos conocimos y sucedió todo muy rápido. ¿Cómo asegurarnos de que no puede volver a pasarnos con otras

personas?

Lo que estaba diciendo Mariola era completamente comprensible, pero a mí me iba a suceder. Yo no me iba a olvidar de ella ni en dos días ni en dos semanas, ni siquiera en dos años. Olvidarme de Mariola no entraba en mis planes. La camarera nos sacó de nuestra conversación y los niños parecieron oler los helados porque vinieron corriendo. Los dos se sentaron a nuestro lado y no dijeron nada mientras atacaban sus copas, hasta que comenzó el interrogatorio.

—¿De qué habláis?

—De nada, Andrea. —Mariola trató de zanjarlo, pero no lo consiguió.

—Cosas como... —Se puso la mano en la barbilla sin soltar la cucharilla—. ¿Porque ya no estáis juntos? —Se nos atragantó el helado—. No nos habéis dicho la razón.

—No hay una razón. —Tomé las riendas de aquel interrogatorio que se podía poner muy feo con ellos.

—Pues volved a estar juntos. —Jason agarró de la mano a Mariola—. Papá te echa de menos, aunque sea demasiado cabezota y orgulloso como para decírtelo.

—¡Jason! —Recriminé que repitiera unas palabras que Frank me había dicho unas noches atrás.

—Yo sé que te gusta Mariola, te oí el otro día hablando con el tío.

—Jason, es de mala educación escuchar detrás de las puertas.

—Yo no estaba detrás de ninguna puerta, papá. Estaba en mi cuarto leyendo y vosotros dos hablabais demasiado alto. —Agarró fuertemente la mano de Mariola.

—No debes escuchar conversaciones ajenas porque a veces te enteras de cosas que no quieres. —Mariola besó a Jason en la cabeza y este le miró de una forma muy tierna. Adoraba aquella conexión.

—Lo siento. —Jason agachó la cabeza—. No os enfadéis, pero es que me da mucha pena que no estéis juntos.

—Sé que te va a sonar a lo de siempre, pero cuando seas más mayor comprenderás que las cosas no salen siempre como nos gustaría. —Traté de tranquilizar a mi hijo.

—Ya lo sé. —Vi una lágrima en sus ojos.

—Jason, cariño. —Mariola abrió sus brazos y Jason se refugió en ellos—. ¿Qué te pasa?

—Pues que me da mucha pena, Mariola. No voy a volver a verte y me gustas mucho. Yo quería que... —Jason comenzó a moquear en el pecho de Mariola, pero ella no se movió—. Yo quería que fueras parte de nuestra familia, porque te quiero mucho.

—Que tu padre y yo no estemos juntos no significa que deje de ser tu amiga. —Jason no se despegaba de Mariola.

—Eso dices ahora, pero te acabarás olvidando de mí y no volveré a verte. —Mariola me miró y pude ver cómo a ella también le brillaban los ojos.

—Te aseguro que eso no va a pasar, Jason. —Agarró su cara con ambas manos.

—Es que me gustas mucho. —Se limpió las lágrimas.

—Te quiero mucho, Jason. —Le besó y Jason respiró un par de veces tranquilizándose.

—Yo también te quiero, Mariola.

Me quedé mirando unos segundos lo que tenía ante mí. Sin decir nada Andrea se levantó lentamente y se abrió paso entre los brazos de Mariola, sentándose también sobre ella y fundiéndose en un abrazo con su tía y mi hijo. Ella no se movió, parecía estar incómoda con medio cuerpo fuera de la silla, con los dos niños encima casi ahogándola, pero aguantó hasta que Jason le dio un beso y se sentó en su silla. Andrea se quedó mirando unos segundos más a

su tía, le acarició la cara, la besó y sin mediar palabra, se sentó de nuevo en su sitio.

Me levanté de la silla tratando de que no se me cayese ni una sola lágrima delante de los niños, pero ¡joder! Aquellos dos enanos eran capaces de ablandarle el corazón al más duro del mundo. Cogí unas servilletas del camión de los helados y me limpié un poco las lágrimas, esperando que ninguno de los tres se diese cuenta de lo que estaba haciendo y aproveché para pagar los helados.

—Tía, te está sonando el teléfono. —Andrea me lo acercó y se fue a seguir comiendo.

—Llevo más horas pegada a este bicho infernal hoy, que trabajando. —Al mirar vi que era del Four Seasons. Unas semanas atrás había guardado el número—. Hermanita, dime que no te has cargado la suite.

Escuché una respiración al otro lado de la línea. Una respiración pausada.

—¿Qué coño quieres, Jonathan? —Terminé de pagar y me alejé de todos.

—Te lo he advertido, Mariola. Tenías que haberte alejado de Alex y de ese renacuajo. —Respiró tan profundo que lo noté en mi oreja—. No me gusta que me mientan y tú nunca has sido buena escondiendo las cosas.

—Alex y yo no somos nada más que amigos. Estamos tomando algo con los niños, nada más. —Trataba de estar lo más tranquila por fuera, aunque por dentro era un jodido manojo de nervios.

—No me haces caso, nena, así que puede que si te llevas un susto aprendas la lección. Como bien dicen en tu país...

Se quedo unos segundos en silencio, seguramente saboreando una copa de whisky en el hall del hotel o tratando de ponerme más nerviosa, pero no quise caer en su trampa.

—La letra con sangre entra. —Lo dijo en un perfecto castellano—. ¿Así es como quieres aprender las cosas, Mariola?

—Jonathan. —Respiré varias veces para no perder los papeles y ponerme a gritar como una maldita loca en el parque—. ¿Qué haces en el Four Seasons?

—Estas fotos deben de ser muy importantes para él, ¿verdad? Su hijo, sus abuelos, tú...

—Deja todo eso. —Supe por aquellos detalles que estaba en el despacho de Alex—. Si quieres hacerme daño a mí, adelante, no te tengo miedo.

—Suenas muy valiente ahora mismo. —Se escuchó el ruido de unos hielos cayendo a lo que supuse que era un vaso—. ¿Habéis disfrutado de los helados?

En aquel preciso instante se me cortó la respiración, se me cerró la garganta y la cabeza comenzó a darme vueltas. Giré varias veces, mirando en diferentes direcciones sin comprender cómo sabía que estábamos tomando unos helados. Pero era imposible que estuviese allí vigilándonos y en mi pantalla apareciese el número del hotel.

—¿Qué es lo que quieres, Jonathan?

—Te quiero a ti. Volverás a gemir entre mis brazos como solías hacerlo. ¿Recuerdas cuando íbamos a aquellas fiestas?

—Eres un hijo de puta. —No le permití continuar hablando.

—Acabarás en los brazos de este hijo de puta. —Escuché cómo la bebida atravesaba su garganta—. Acepta mi propuesta y no volverás a recibir más llamadas ni cartas. Tic tac, Mariola, tic tac.

El teléfono resbaló de mi mano, para acabar golpeándose con las piedras del camino en el que estaba. Me había alejado tanto de Alex y de los niños, que no podían ver cómo me temblaba el cuerpo.

A los minutos, regresé a la mesa y me excusé diciendo que teníamos que marcharnos, que me habían surgido dos reuniones al día siguiente y tenía que prepararlas. Al llegar a casa, Justin estaba con Scott viendo una película y dejé a la niña con ellos, mientras yo subí a la azotea para

tomar aire.

La voz de Jonathan resonaba en mi cabeza. Aceptar su propuesta no era ninguna solución, sería como caer de cabeza en una trampa para osos de la que difícilmente podría salir con vida. Necesitaba hablar con alguien, pero ese alguien no era nadie de la familia ni siquiera era el propio Alex, del que Jonathan me estaba obligando a alejarme. La única persona con la que podía hablar era Ryan.

03.
COMO EN UNA PELÍCULA

Sabía que Alex dudaba de la mierda de excusa que acababa de darle para esfumarnos tan rápido. Me conocía mejor de lo que él imaginaba y de lo que a mí me gustaría.

—Tía, vamos a la tienda. ¿Quieres que te subamos algo? —Escuché la voz de Andrea desde las escaleras.

—Sí. —Bajé al piso—. Comprad café, voy a tener una noche demasiado larga y una semana terrible.

—Vamos a tardar un rato por si te apetece darte un baño y devolver una llamada a un policía muy guapo que ha llamado dos veces esta tarde. —Justin me guiñó un ojo.

—Tengo que ir a recoger unos cuadros. No tardaremos más de dos horas. —Scott me dio un beso—. Llámale.

Cogí el teléfono para llamar a Ryan. Necesitaba hablar con él y me apetecía verle. No sabía exactamente cuál de las dos cosas era la que más necesitaba. No tardó más de dos pitidos en contestar.

—Hola, Mariola. ¿Cómo estás?

—Bien. —No soné nada convincente—. Pensé que estarías en una operación en el extranjero, pero me han comentado que me has llamado.

—Hemos vuelto antes de tiempo. ¿Qué te parece ese perrito esta noche? Al no ser fin de semana, no es una cita.

—Necesito hablar con alguien y creo que tú eres el más indicado.

—Vale, me estás preocupando. Estoy en una reunión, pero creo que en media hora podría pasar por tu piso. Llevo tequila y cervezas, parece que las vamos a necesitar.

—Ya sabes dónde vivo. —Me fui a la habitación y comencé a desnudarme mientras hablaba con Ryan.

—Como mucho tardo una hora.

—De acuerdo.

Dejé mi móvil encima de la cama y me metí en la ducha. Aproveché que tenía tiempo y me puse una mascarilla en el pelo, me exfolié el cuerpo, y tras salir de la ducha, me embadurné en crema relajante de té verde. Escuché a los minutos la puerta. Miré el reloj de mi habitación y no había pasado más de media hora desde que los chicos se habían ido. Seguro que Andrea se había aburrido de andar y les había rogado volver a casa.

—Espero que no se os haya olvidado el café.

Salí del cuarto colocándome bien la toalla alrededor del cuerpo, cuando noté que me aprisionaban contra la pared y me tapaban la boca con la mano. Jonathan estaba pegado a mi cuerpo, y para salvarse de un nuevo arañazo, me agarró fuertemente con una mano mis dos muñecas, elevándolas por encima de mi cabeza.

—Sigues teniendo los mismos rituales en la ducha, Mariola. —Pegó su nariz a mi cuello, provocándome un escalofrío—. ¿Prometes ser buena y no gritar? —Comenzó a destaparme lentamente la boca.

—¿Qué quieres, Jonathan?

—Tenéis que ser más cuidadosos a la hora de cerrar la puerta o las ventanas. Nunca sabes

quién puede entrar. —Había vuelto a fumar. De nuevo olía a aquellos cigarros de vainilla—. Hoy no has sido una niña demasiado buena y mereces un castigo por ello. —Su mano se introdujo por la toalla, me agarró de la cintura y me pegó a él.

—¿Qué tiene Alex para que no me pueda acercar a él? ¿Tanto daña tu ego que un hombre como él se haya fijado en mí? ¿Tanto te duele que después de lo que tú me hiciste, yo haya sabido salir a flote y tener una buena vida? ¿Tan poca autoestima tienes, Jonathan? —Estaba intentando sacarle de quicio. Quería mostrarle que no le tenía miedo, que no me iba a atemorizar con sus amenazas.

—¿Crees que le tengo envidia? No es más que un niño rico que tarde o temprano se cansará de una chica como tú. —Su mano subió por mi espalda, haciendo caer la toalla al suelo.

—¿Una chica como yo? —Solté una carcajada que desconcertó a Jonathan. A él sí que le conocía muy bien. Sabía exactamente cómo hacerle perder los nervios—. Pues para ser una chica normal y poco interesante, a ti aún parece que te vuelvo loco.

Jonathan esbozó una temible sonrisa que me heló la sangre. Hasta aquel momento pensaba que estaba jugando conmigo, que estaba celoso por que hubiese rehecho mi vida y que cuando me vio con Alex fue como una pelea para comprobar quien la tenía más grande. De repente, se esfumó la sonrisa y su gesto me terminó de aterrar. Su mano se posó en mi garganta y empezó a apretar. Lo hizo con tanta fuerza, que me quedé unos segundos de puntillas en el suelo.

—No juegues conmigo, nena. No se te ocurra pensar que eres más inteligente que yo, porque no es así. Siempre iré un paso por delante de ti. Aléjate de Alex o sufriréis todas las consecuencias. —Me arrastró hasta mi habitación y me tiró encima de la cama—. Sería tan fácil hacerte mía ahora mismo. —Se tumbó sobre mí dejando caer todo el peso de su cuerpo—. Pero prefiero esperar y que vengas a mi apartamento vestida solamente con una gabardina y te entregues a mí en cuerpo y alma, Mariola. Porque déjame decírtelo —recorrió con su lengua mi cuello hasta llegar a mi oreja para susurrarme—, terminarás haciéndolo para salvar a Sonia y a Andrea, a tus adorados amigos, a ese mocoso y al hombre del que te has enamorado.

Su respiración se metió por todos los poros de mi piel. Traté de quitármelo de encima, pero Jonathan era demasiado grande y tenía más músculos de los que recordaba. Estaba pegando su cadera sobre mi entrepierna y sus vaqueros me estaban haciendo daño. Me removía, trataba de apoyar mis manos sobre su pecho para quitármelo de encima, pero no podía.

A los segundos escuchamos la puerta abriéndose y una conversación que hizo que Jonathan se pusiera nervioso.

—He terminado antes. —Ryan estaba con ellos.

Jonathan entró en pánico, se levantó de la cama, empezó a mirar su alrededor y la única vía de escape que encontró fue la ventana que daba a la escalera de incendios. Yo tiré de la colcha para tapar mi desnudez.

—Mariola, estamos en casa.

—Si gritas, ellos lo pagarán.

—Estoy —traté de que mi voz sonase tranquila— en la habitación, Justin, echándome la siesta. —Sabía que eso no le iba a cuadrar a Justin y que iba a saber que algo sucedía.

Yo intenté que mi tono de voz no denotase mi estado de alteración, pero escuché unos susurros y a los segundos, mientras Jonathan tiraba varias cosas de mi escritorio y salía por la ventana, Ryan y Justin entraron en la habitación.

—¡Mariola! —Justin se lanzó a abrazarme y Ryan me observó durante unos segundos.

—¿Estás bien?

—Sí. No. Yo... —me empezó a faltar el aire.

—¿Te ha hecho daño?

—No. —Cerré los ojos.

Sin decir ninguna palabra más Ryan salió saltando por la ventana, persiguiendo a Jonathan por las escaleras al más puro estilo película de acción. Justin me abrazaba fuertemente tratando de calmarse a sí mismo.

—¡Alto, policía! No te muevas. —Escuchamos los gritos de Ryan mientras perseguía a Jonathan.

Lo siguiente no pudimos escucharlo, eran ruidos metálicos mezclados con el tráfico de nuestro barrio. Me asomé con Justin a la ventana. Ryan alcanzó a mitad de la calle a Jonathan, saltó sobre él y cayeron los dos al suelo. Solo podía ver los puñetazos que ambos se lanzaban. De repente, sin Ryan verlo venir, recibió una patada de Jonathan que le apartó de él. Este aprovechó para salir corriendo entre la gente. Ryan se llevó la mano al estómago y yo, sin pensármelo demasiado, me coloqué un vestido y salí corriendo por las escaleras descalza. Bajé lo más rápido que pude hasta llegar a la calle y me encontré con Ryan empuñando su pistola.

—¿Estás bien? —Me agaché a su lado.

—Sí. —Se llevó la mano a la boca—. Solo es sangre. ¿Quién era ese hijo de puta?

—¿Sabes que te pueden expedientar por sacar tu arma poniendo en peligro a tantos civiles? —Puse mi mano sobre la suya, para que bajase la pistola.

—¿Cómo demonios sabes tú eso?

—Vamos a casa. Hay que curarte esas heridas.

—¿Qué es lo que quería de ti?

No contesté. Éramos el centro de atención de toda la calle y Ryan tuvo que enseñar la placa para que una pareja de policías que se acercó a nosotros no le detuviesen.

Subimos a casa. Justin, tras cerciorarse que yo estaba bien, cogió a la niña y se fue al piso de Scott. Sabía que le iba a contar lo que estaba pasando a Ryan y era mejor que no hubiese nadie en casa.

—Estoy aquí al lado, si a este se le ocurre hacerte daño... —Justin se pasó un dedo por el cuello a modo de amenaza.

—Prometo portarme bien. —Ryan sonrió y se le dibujo un gesto de dolor.

—Hay que curarte eso. —Escuché la puerta cerrándose.

—Me voy a lavar un poco la cara para eliminar la mayor parte de sangre. —Pude escuchar varios quejidos susurrados.

Fui a mi habitación a por una toalla limpia y a por el botiquín. Al entrar en la cocina vi a Ryan apoyado en el fregadero.

—Toma la toalla para secarte y siéntate en el taburete.

Se sentó y me puse delante de él. Abrió las piernas, dejándome paso para acercarme más. Cogí un algodón con un poco de *Betadine* y me acerqué a más a él. Tenía una manera tan intensa de mirar que era capaz de traspasarme la piel.

Me temblaba la mano y no comprendía el verdadero motivo. No sabía si era por haber tenido a Jonathan en casa o por estar tan cerca de Ryan. Respiré profundamente y puse el algodón en su ceja. Cerró los ojos, aquello debía doler.

—No quiero hacerte daño.

—Estoy bien.

Me fijé en su mandíbula tan marcada, tan masculina, en todas sus facciones, su barba de dos días. Me acerqué tanto a él, que mis pezones le podían haber traspasado la ropa. Cuando le curé la herida del labio, cerró un poco las piernas y me aprisionó contra él.

—Esta no será tu táctica para que te dé una cita, ¿verdad? Llegas a mi casa, saltas por la

ventana como un superhéroe y acabas con el malo de la película.

Abrió los ojos y frunció el ceño.

—¿No será la tuya? Sé que quieres pedirme una cita y no sabes cómo hacerlo.

Noté cómo se deslizaba por mi hombro el tirante del vestido y Ryan tomó el tirante de una forma muy delicada y lo subió hasta el hombro, pasando lentamente por mi brazo sus dedos y acabando en la clavícula. Su tacto me estremeció. Fueron... ¿dos o tres segundos?

—Muchas gracias por todo, Ryan. —Respiré un par de veces—. Creo que te debo unas cuantas cenas.

—No me debes nada, Mariola. Mi trabajo es servir y proteger. —Sonríe de una forma que ya era habitual en él. Ladeaba sus labios, pero no los abría.

—No es tu trabajo salvarme la vida.

Sin pensármelo, sin ni siquiera planteármelo un solo segundo, me acerqué a los labios de Ryan y le besé. Me acerqué con mucho cuidado, esperando no hacerle daño y... *¿En qué te estás metiendo, Mariola?*

—Perdón. —Me aparté rápidamente—. No pensaba.

Levanté los hombros y no supe qué más decir.

¿Me apetecía besarle? Sí.

¿Sabía dónde me estaba metiendo? No tenía ni puta idea.

En dos pasos se acercó a mí, pasó su brazo por mi cintura y con la otra mano libre me agarró de la barbilla. Pegó su cuerpo al mío aprisionándome contra la barra de la cocina.

—No me pidas perdón.

Sentí su respiración en mis labios. Mis manos se aferraron a la barra y sentí que estaba a punto de perder el sentido. Me besó, me plantó un beso de esos que hacen historia. De esos que te hacen perder la noción del tiempo y del espacio. Un beso de los que te quitan el aire. No fue planeado, ni siquiera creo que ninguno de los dos estuviésemos buscándolo, pero lo que sucedió en aquellos minutos en la cocina, se nos escapó a los dos de las manos. Manos que recorrían el interior de su camiseta, las mías, que encontraban la piel que dejaba desnuda mi vestido, las suyas.

—¡Joder!

Ryan apoyó su frente en la mía y nuestras descontroladas respiraciones comenzaron a acompasarse.

—¡Joder!

No apartó ni un momento sus ojos de los míos. Tras varios segundos, en los que los dos nos mantuvimos en silencio, tal vez para callar lo que no estábamos dispuestos a decir, me besó en la frente, en los labios y terminó con un beso en la punta de la nariz. Y aquello me hizo sonreír.

—Te van a quedar unas cicatrices muy sexys que volverán locas a las chicas.

—Solo quiero que una chica se vuelva loca por mí y la tengo delante. —Me apartó el pelo de la cara.

—¿Ese truco te suele funcionar, Ryan?

Nos miramos unos segundos fijamente y comenzamos a reírnos. Su sonrisa provocaba a la mía, mientras sus dedos trataban de atrapar los míos que se encontraban entre nuestros cuerpos. No sabía qué me hacía sentir Ryan, tampoco tenía ni idea de qué estábamos haciendo, pero me hacía sonreír y, en aquel momento, era suficiente para que quisiera descubrirle.

—¿Qué te parece si salimos a cenar algo?

—Había traído cervezas. —Ryan me miró unos segundos.

—No tengo ni idea de cocinar y había pensado que podíamos ir a picar algo. —Comencé a moverme nerviosa por la cocina. Sabía que si nos quedábamos encerrados en el piso acabaríamos

en la cama—. En la nevera no hay nada y, a no ser que quieras una ensalada de frutas...

—Dejamos las cervezas para cuando te invite a mi casa a cenar. —Levantó la ceja y se acercó a mí—. Yo sí sé cocinar y lo hago muy bien.

—¿Todo lo haces bien? —Me encontré jugueteando con él, con mis brazos alrededor de su nuca.

—Tendrás que descubrirlo. —Aprovechó para besarme otra vez y de nuevo fue capaz de hacerme temblando.

—Voy a vestirme. No tardo.

Salí de la cocina y antes de llegar a mi habitación ya me había quitado el vestido. No pretendía provocar a Ryan, pero era una manía que tenía. Salí a los minutos con unos vaqueros rotos y zapatillas. Ni siquiera me maquillé y me dejé el pelo medio ondulado. No era una cita, solamente éramos dos amigos que íbamos a cenar e iba a confesarle a Ryan todo lo que me estaba pasando con Jonathan.

—Te voy a llevar a un sitio que te va a encantar.

— ¿Siempre estás tan seguro? ¿Nunca dudas de ti?

—¿Y tú de ti?

—Tengo un millón de defectos, pero los salvo todos con mi carisma, mi esfuerzo y una sonrisa preciosa. —Le sonreí enseñándole los dientes.

Tras cruzar el puente de Williamsburg aparcamos en una calle tranquila, desde la que se veía la isla que comenzaba a iluminarse. Me quedé unos segundos observando cómo los rascacielos comenzaban a emitir pequeños destellos.

—Nunca había visto la ciudad así.

—Yo la veo así todos los días. —Pasó su brazo por mis hombros—. Ver amanecer desde aquí es una pasada. Me encanta Manhattan, pero prefiero vivir aquí, lejos de todo ese barullo de la ciudad. —Señaló una terraza de un edificio cercano—. ¿Ves esa terraza con las flores blancas?

Alcé la vista y observé una terraza en un cuarto piso en la que se veían unas flores blancas que la recorrían, con unas sillas y una pequeña mesa.

—Desde ahí se ven unos amaneceres increíbles.

—¿Me estás invitando a ver uno?

—Tal vez. —Puso su mano en mi espalda y me pegó a sus labios.

—Vamos a cenar algo y a tomar unas cervezas para que me cuentes todo lo que ocultas.

Me llevó a un local cercano llamado *Baby's All Right*. Me encantó nada más entrar. Era un bar atípico y sonaba música en directo de fondo. Nos acercamos a la barra y uno de los camareros saludó a Ryan efusivamente.

—*Mr. Seal*. —Salió de la barra para abrazarle—. Ya era hora de que te acercases a verme. No te veía desde hace meses.

—Ya sabes, el trabajo me tiene absorbido.

—Sentaos donde queráis y enseguida os servimos. ¿Para beber?

—Dime que prepararéis micheladas^[19].

—No tenemos en carta, pero encantado te preparo una. —Le dio en la espalda a Ryan—. Esta chica sí que sabe.

Nos sentamos en una mesa alta uno en frente del otro. Durante unos minutos solamente escuché la música en directo. Parecía ser un grupo tributo al rock de los 70 u 80.

Estaba sonando *Any way you want it* de Journey y no pude evitar cantarla.

—Aquí tenéis vuestras bebidas. Espero que no sea demasiado picante.

—Cuanto más picante mejor. —Le pegué un trago y la saboreé—. Impresionante, si la comida

es la mitad de buena que esto, se va a convertir en uno de mis locales favoritos de Brooklyn.

—Cenaremos nachos y esos burritos que haces que no están en la carta y mucho picante. Visto lo visto, con ella hay que superar la barrera de *Scoville*^[20].

—Os traeré con la cena una botella de tequila añejo. Una cena como la que vais a tomar, lo necesita.

El camarero se fue canturreando y Ryan mantuvo la mirada fija en el grupo.

—Jonathan es mi ex, el mismo que me atacó en el portal y el que me está enviando *e-mails* y notas desde hace unas semanas. El que ha acosado a Sonia y la ha chantajeado durante años.

Para qué empezar de forma pausada y haciéndolo bonito. No, yo iba al meollo directamente. Ryan se dio la vuelta con los ojos como platos y se bajó de la silla, la acercó a mi lado y se sentó observándome. Sentí como si fuese a comenzar mi interrogatorio.

—Vamos a empezar por el principio, Mariola. ¿Desde... ¿Có...

Ryan se levantó de la mesa, entró en la barra, le dijo algo al camarero que nos acababa de atender y volvió con la botella de tequila que no nos habían traído aún.

—Vale, creo que la necesitamos antes de la cena. Primero, dos chupitos, después seguimos. — Los sirvió y los bebimos de trago—. ¿Desde cuándo te está acosando?

—No es acoso. —No me sonaba ni a mí convincente—. Cuando llegué a Nueva York le conocí en el hotel en que me alojaba. Comenzamos a salir, me la jugó y desapareció de mi vida. Aparecía y desaparecía con los años, hasta que hace unos tres o así, desapareció por completo. Parecía que la isla se lo había tragado. —Serví otros dos chupitos—. Pero hace unas semanas Sonia me confesó que lleva años chantajeándola con unas fotos y un vídeo.

—¿Sonia?

—La madre de Andrea. Él se acostaba con ella mientras estábamos saliendo. Y no, no es culpa de Sonia, hasta cierto punto. Andrea es hija de un famoso jugador de baloncesto de la NBA que no quiso saber nada de ella. Sonia estuvo en una fiesta, Jonathan aprovechó la situación... Sonia por miedo a perder a su hija...—Serví de nuevo otros dos chupitos—. Ahora Sonia está en una clínica de desintoxicación. Me encontré con Jonathan hace unos meses en una fiesta, yo estaba con Alex y cuando nos vio... No sé que cojones se le pasó por la cabeza, pero comenzó todo esto. Me ha mandado cartas, *e-mails*, me ha llamado y ha estado dos veces en casa. Y eso es lo que ha pasado hasta que le has perseguido por la calle.

Ryan no dijo nada, se pasó la mano por la boca, por la barbilla, se mordió el labio, negó con la cabeza, se levantó de la silla y dio varias vueltas alrededor de la mesa. Yo cogí de nuevo la botella de tequila y estuve a punto de pegarle un trago directamente.

—¿Por qué no has denunciado?

—Es más complicado que todo eso, Ryan. No quiero que haga daño a la niña. A mí no me puede hacer daño, sé cómo defenderme, pero la niña... Su madre no está, su padre... ni siquiera sabe de él. —Cerré los ojos unos segundos y se me puso un nudo en la garganta pensando en lo que podría pasar—. Sé que es cobarde no denunciarle, pero es la única manera que tengo de proteger por ahora a Andrea, hasta que sepa qué es lo que quiere.

—¿Crees que el atraco podría ser cosa de él?

—No lo sé, parece saber siempre dónde estoy.

—¿Llevas una rutina?

—Mi vida puede ser de todo menos rutinaria. Lo único que hago todos los días es coger un café antes de llegar a trabajar, pero no a la misma hora todos los días.

—¿Vas a decirme su apellido para que pueda investigarlo? —Ryan sirvió más tequila.

—Eres de Inteligencia, un ex SEAL y si te lo digo vas a ir a por él a torturarle de alguna

siniestra manera. Déjame un tiempo para ver lo que puedo hacer, ver cómo puedo pararle.

—No me convence, Mariola. Parece peligroso.

—Lo sé. —Levanté los dos chupitos.

—Me voy a arrepentir de esto, pero... —Ladeó la cabeza y cerró los ojos, como si le costase seguir hablando—. Como vuelva a acercarse tanto a ti, me aseguraré de encontrarle, me digas su apellido o no.

Brindamos y bebimos los chupitos. Ya había perdido la cuenta de los que me había metido entre pecho y espalda. Ryan emitió un sonido con su garganta de no aprobación, se acercó a mí y me besó.

—Tienes mucho peligro con esto. —Levantó la botella de tequila.

Cuando llegó la cena pudimos relajarnos un poco. Ryan al principio seguía tenso por lo que le había contado, pero tras cenar y hablar de cosas mucho más normales, la noche empezó a animarse.

—Voy a llamar a Justin para que no se preocupe.

Al coger el teléfono, comenzó a hacerme muchas preguntas, pero al decirle que estaba con Ryan cenando, se quedó tranquilo. Sabía que con él estaba segura y alejada de Jonathan. Le pedí que grabase el vídeo con Andrea, que yo en un par de horas volvería a casa, pero aquello no fue lo que realmente sucedió. Era mi idea... o no.

Tras otra michelada, varios tacos muy picantes y otra botella de tequila con el dueño del local, no tenía ninguna intención de volver a casa. Tras salir de allí, entramos en un bar cercano, en el que perdí el poco pudor que me quedaba aquella noche. Bailamos, continuamos bebiendo y me olvidé de todo.

—Me vas a meter en problemas. —Sus manos acariciaban mi espalda mientras bailábamos en medio de la pista.

—No soy peligrosa. —Me acerqué a su boca.

Nuestros besos nos acompañaron a la salida del local, por las calles que llevaban a su casa, en su ascensor y en cada rincón de su casa que visitamos antes de llegar a su habitación. Nos deshicimos ansiosos de nuestra ropa y nos quemamos, nos abrazamos en aquella habitación durante toda la noche. Lo que escondía aquella ropa de militar que Ryan acostumbraba a llevar... Madre mía. Y lo que su cuerpo y sus labios eran capaces de hacerme sentir... Madre mía.

El olor a café recién hecho me despertó. Al abrir los ojos y mirar por la ventana, comprobé que aún era de noche. Ryan no estaba a mi lado y no escuché más voces fuera de la habitación. Cogí una camiseta de *U.S Navy Academy* que estaba encima de una de las cómodas doblada y salí de la habitación. Ryan estaba preparando el desayuno. Me quedé durante unos segundos observándole apoyada en una de las columnas que separaba el salón de la cocina.

—Tengo la cabeza que me va a estallar por tu culpa.

Vale, no era tan silenciosa como me creía.

—Buenos días. —Me senté en un taburete.

—Eres muy peligrosa. —Se acercó a mí, metiéndose entre la isla de la cocina y yo.

—Yo pensaba que un SEAL podía con todo.

—Ya. —Se mordió el labio, puso sus manos en mis piernas, las abrió, se metió entre ellas, me agarró del culo y me sentó en la isla—. Eres peor que un entrenamiento a cincuenta grados en el desierto afgano.

Me pegó a él y comenzó a pasar su lengua por mi cuello. Mi cuerpo se estremeció por completo. No sabía qué producía Ryan en mí ni por qué mi cuerpo reaccionaba a cada una de sus caricias, pero lo hacía. Se deshizo de mi camiseta, dejándome solamente con las bragas. Astrid

salió de la habitación con los ojos cerrados, abrió la nevera, cogió una botella de agua, y sin mediar palabra, se fue de nuevo a su habitación.

—¡Joder! —Me tapé con los brazos.

—Está zombi perdida. Ha llegado a casa hace una hora.

—Vale, pero prefiero que tu hermana no me encuentre en bragas encima de vuestra isla. —Puse la mano en el aire para que me pasase su camiseta.

—¿Desayunamos y vemos el amanecer antes de llevarte a casa?

—Tenía otra cosa en mente, pero si me lo vendes bien... —Me pasé la lengua por los labios.

—Deja de hacer eso. —Me besó y antes de separarse, tiró con sus dientes de mi labio inferior.

Me pasó la camiseta y me la coloqué mientras me bajaba de la isla. Ryan se puso detrás de mí y me acompañó hasta la terraza.

—Disfruta del amanecer más bonito de la ciudad. —Me tapó con una manta y me dio un beso.

Escuché cómo silbaba la canción de Journey de la noche anterior. Miré al horizonte y me quedé sin palabras. Nueva York me había robado el aliento muchas veces, pero no como aquella. Aún se veían algunas de las luces de los edificios de Manhattan. Subí los pies en el banco y apoyé la cabeza en el respaldo, tapándome con la manta. El cielo comenzó a verse cada vez más azul y por el este comenzaron a dibujarse unos tonos anaranjados que me mostraron la ciudad como nunca la había visto. A los minutos salió Ryan con una bandeja con la cafetera, fruta recién cortada, huevos revueltos y cereales, junto con pan recién tostado. Se sentó a mi lado y abrí la manta para que se metiese dentro conmigo.

—Es precioso.

—Sí. —Sabía que Ryan no había mirado al horizonte.

—Estoy hablando del amanecer.

—Bah, está sobrevalorado. Lo tengo demasiado visto y a ti nunca te había visto recién levantada.

—Eso también está sobrevalorado. —Giré la cabeza y me estaba mirando de una manera que me hizo sentir especial.

—¿Un café?

—Siempre.

Nos mantuvimos en silencio cobijados bajo la manta media hora más, hasta que mi teléfono comenzó a sonar desde mi vaquero, que parecía desaparecido en combate en el salón.

—Voy yo, tú termina de desayunar.

Observé a Ryan mientras entraba en el amplio salón. Siguió el sonido y rebuscó en el pantalón y me lo trajo poniendo una mueca muy divertida.

—Creo que te has metido en problemas.

Al entregármelo vi la cara de Mike en la pantalla. ¿Les mandé un mensaje avisándoles de que no iba a dormir? Antes de contestar la llamada, revisé que sí se lo había enviado. A los segundos sonó de nuevo el móvil y, a lo lejos, el de Ryan.

—Comienza el día. —Ryan me entregó el teléfono y me guiñó un ojo.

—Buenos días, Mike.

—¿Dónde se supone que te has metido? Ya estás moviendo el culo para que cuando la niña se despierte estés aquí.

—¿Has dormido mal? —Miré el reloj y eran las cinco y media.

—Sé que estás con Ryan, y de verdad que me alegro de que trates de olvidar a Alex echando polvos indescriptibles, pero Andrea ha tenido pesadillas esta noche y ha preguntado por ti.

—Vale. —Me levanté corriendo y doble la manta—. En media hora estoy en casa.

Puse las tazas en la bandeja y la llevé a la cocina. Aproveché para recoger todo mientras Ryan seguía hablando por teléfono.

—¿Qué haces?

—Tú has hecho el desayuno y yo friego. Así son las cosas. —Terminé de recoger y busqué mis vaqueros y mi camiseta, que estaban encima de uno de los sillones. Me vestí antes la atenta mirada de Ryan.

—De acuerdo. —Colgó y me miró aún más fijamente—. ¿Estás bien?

—Sí, es la niña. Ha tenido pesadillas esta noche y le había prometido grabar un vídeo con ella. Y se habrá despertado, habrá ido a mi habitación... —Me pasé las manos por la cara.

—Lo siento.

—No, no es culpa tuya. A la que se le fue de las manos la noche fue a mí. —Al mirar a Ryan vi preocupación en sus ojos—. Y no, no me arrepiento. —Enrosqué mis manos alrededor de su cuello—. De nada. No puedo arrepentirme de algo que me ha hecho sentir tan bien. Hablar contigo, contarte por lo que estoy pasando ha sido liberador.

—Aunque no me dejes ayudarte. —Rozó su nariz con la mía.

—Te prometo que serás al primero que acuda. —Me mordí el labio y agaché la mirada—. ¿Unas cervezas, cenar en el *Gray's Papaya* y un café en *Boat Basin* el sábado?

—Me encanta el plan.

—Esa si es una cita.

Al llegar al despacho lo encontré desordenado. Había una copa usada en la bandeja de la bebida, mi sillón estaba al lado de la ventana y la foto de Mariola no estaba allí. Miré por toda la mesa, debajo de ella por si se había caído, pero no estaba. Cogí el teléfono para llamar a recepción.

—Dígame, señor McArddle.

—¿Ha entrado alguien en mi despacho? —Abrí la caja fuerte, pero allí no parecía faltar nada.

—Que yo sepa no, señor. Puedo llamar al jefe de seguridad que acaba de llegar.

—Que venga ahora mismo.

Colgué el teléfono y comencé a ponerme nervioso. No había nada de excesivo valor en mi despacho, eran objetos con valor sentimental, pero pensar que alguien había estado allí dentro...

Arthur no tardó en llegar y me pidió que saliese de mi despacho para hacer ciertas comprobaciones. Media hora después subió a la sala de vigilancia para comprobar las cámaras.

Llegamos antes de lo esperado al piso e invité a Ryan a tomar un café. Cuando subimos Mike ya estaba preparando el desayuno y fui a ver a Andrea que seguía durmiendo en el cuarto de Mike.

—¿Cuántas veces se ha despertado?

—Un par. —Mike le sirvió un café a Ryan—. No ha sido preocupante, pero preguntaba por ti.

—Perdón, ayer se me fue de las manos. Voy a pegarme una ducha antes de que la niña se despierte y así ya estoy preparada para llevarla al cole e irme a trabajar.

Me duché y a los veinte minutos salí ya preparada a la cocina. Poco quedaba de la Mariola de la noche anterior, ya estaba vestida como la Mariola de Midtown.

—Mike, ¿has visto mi agenda?

—¿No está en la entrada?

—No. ¿Qué coño he hecho con ella?

—Así vestida no pareces de las que dice tacos. —Ryan me miró sorprendido con el café en las manos.

—Porque no la has visto bebiendo cervezas. —Mike me agarró de los hombros—. Se convierte en algo peligroso.

—Lo sé, anoche se convirtió en ello. Es la definición perfecta de peligro.

—No lo sabes bien. ¿No habéis tenido que sacarla de ninguna comisaría?

—Os podéis ir a la mierda los dos juntitos para que no os perdáis. —Les señalé y fui a buscar mi agenda—. ¿Dónde co...

—Buenos días. —Vino corriendo y la cogí en brazos—. No estabas cuando me desperté y tenía miedo.

—Pero estaba el tío Mike y él es mucho más fuerte.

—Pero tú eres valiente.

—¿Qué has soñado? —Fui con ella a la cocina para que desayunase.

—El hombre malo estaba en tu cuarto y te quería hacer daño.

Andrea no dijo nada más mientras desayunaba y tampoco comentó nada cuando la ayudé a vestirse. Tan solo me habló cuando le estaba haciendo una trenza.

—No va a volver, ¿verdad?

—Nadie te va a hacer daño, Andrea. Te lo prometo.

—Pero te quería hacer daño a ti. —Se dio la vuelta y me acarició la cara.

—Nadie nos va a hacer daño.

—¿Y a mamá?

—Mamá está protegida, al igual que tú. ¿Preparada para ir al cole?

—¿Me llevas tú?

—Por supuesto. Y este fin de semana, sin falta, grabamos el vídeo.

—Mariola, Jus se ha llevado tu coche. Tenía que ir a Staten Island a no se qué con Scott.

—Es verdad, que hoy Scott no está en la oficina. Pues me espera un día cojonudo.

—Yo os llevo. No tengo el *briefing* hasta las nueve y media. —Ryan apuró el café.

—¿Quién eres? —Andrea le miró fijamente.

—Soy Ryan, un amigo de tu tía.

—¿Eres un amigo de los que se dan besos? Como ya no sale con el señor McArddle, tal vez seas tú al que le dé besos ahora.

Ryan se quedó con los ojos fijos en la niña y casi con la mandíbula desencajada. Yo sabía que Andrea lo estaba haciendo a posta. Es que esas palabras eran muy de Justin, que seguro que le escuchó la noche anterior.

—¿Es tu nuevo novio? —Me miró a mí con las manos en sus caderas y con la cara de pilla que ponía cuando nos quería sacar de quicio.

—Somos amigos, Andrea.

—Vale, que tu amigo nos acerque al colegio.

Tuve que reprimir una carcajada. Ryan estaba boquiabierto por la actuación de Andrea. Mike estaba disfrutando de la escena. La niña salió de casa y llamó al ascensor. Yo recogí la silla de Andrea que Justin había dejado en casa antes de llevarse mi coche.

—Vamos, Ryan. Ya te dije que a mí me volvía loca.

—Joder, he sentido más miedo que en un interrogatorio de asuntos internos. —Le di la mano y fuimos al ascensor donde Andrea ya nos esperaba.

En el trayecto de bajada Andrea no quitó ojo de nuestras manos unidas y Ryan creo que no

respiró hasta que colocó la silla y la niña sacó un libro de la mochila.

Cuando llegamos al colegio, acompañé a Andrea hasta la entrada.

—Esta tarde viene a buscarte el tío Justin, que hoy tiene libre y te lleva a tenis. —Le di la mochila.

—Vale. —Me dio un beso y miró hacia el coche, observando de nuevo a Ryan—. ¿Es tu nuevo novio?

—Somos amigos y nos estamos conociendo. —No parecía que se había quedado tranquila—. Por cierto, ¿tú has visto mi agenda?

—Ayer la vi en la mesa donde comimos los helados, pero no recuerdo si la cogiste.

—Genial. Te quiero.

—Y yo. —Salió corriendo, agitando un brazo y saludando a sus compañeras de clase.

Me acerqué al coche con mi teléfono en la mano. Tenía que llamar a Alex para comprobar si él había recogido mi agenda. Le llamé un par de veces, pero su teléfono estaba comunicando continuamente. Me metí en el coche y Ryan estaba atendiendo una llamada.

—De acuerdo. Sí. Ahora mismo.

Esperé a que colgase el teléfono y le mandé un mensaje a Alex. Cuando Ryan colgó me miró esperando que le dijese la dirección de la oficina.

—Tengo que pasar por el Four Seasons. No sé si Alex tendrá mi agenda.

—Yo también tengo que ir. Me acaban de llamar por un robo en su despacho.

—Mierda. —Me escurrí por el asiento y apoyé la cabeza en el respaldo, llevándome las manos a la cara.

—No me has contado todo, ¿verdad?

—Ayer me llamó Jonathan cuando estaba con los niños y Alex tomando un helado. Me dijo que estaba en su despacho, pero no quise creerle.

—Tendrás que decirle a él lo que me estás diciendo y tendrás que hacer una declaración y ahora sí, darme su nombre y apellidos. Es un sospechoso.

—De cojones.

No tardamos en llegar al hotel. Aparcamos en una calle cercana. Ninguno de los dos hablamos. Ryan supongo que estaba metiéndose en su papel de inspector y yo solo pensaba en lo que me iba que enfrentar en unos minutos.

04.
CÓMO LLEGAMOS A ESA SITUACIÓN

Volver a pisar el hotel me ponía nerviosa y más en una situación así. Mis tacones resonaban por el hall. Ryan fue a recepción a preguntar por Alex y yo al levantar la vista le vi. Sus ojos me recorrieron entera, creo que no se creía que estaba allí. Me acerqué lentamente y él se giró para decirle algo a la persona con la que estaba hablando para que se alejase.

—Buenos días.

—Hola, Mariola. ¿Va todo bien? —Parecía nervioso al verme allí.

—Creo que ayer me dejé la agenda cuando nos tomamos el helado.

—Sí, pero como saliste casi corriendo, dándome unas explicaciones bastante malas, se te olvidó encima de la mesa. La tengo en mi despacho. —Señaló para arriba—. Te iba a llamar, pero se me ha complicado la mañana.

Su mirada de perdió detrás de mí, comenzaron a tensarse todos los músculos de su cara y giró el cuello. Pude escuchar perfectamente el sonido de sus nudillos al crujirse. Giré levemente la cabeza y vi que Ryan se acercaba a nosotros hablando con un hombre grande como una torre.

—Señor McArddle, es el inspector Acherson. Ha venido por lo de... —La torre me miró y se quedó callado.

—Yo solo quiero mi agenda.

—¿Podemos ir al despacho y ver lo que ha sucedido? Y no, Mariola, no te vas a ir sin tu declaración. —Ryan me miró ladeando la cabeza, pasando a ser más policía y menos el chico de la noche anterior.

—¿Declaración? —Alex me miró negando con la cabeza.

—¿Podemos subir? —Traté de acercarme a él, pero me paralicé. No sabía si era por su mirada perdida aún detrás de mí o por mi miedo a contarle todo lo que estaba pasando.

—Será mejor, señor McArddle. Suban a su despacho y yo bajo los vídeos con los códigos de tiempo.

Alex nos condujo hasta el ascensor y subimos hasta su despacho sin mediar una sola palabra. Alex estaba a mi derecha y Ryan a mi izquierda, los dos con sus miradas puestas en las puertas del ascensor y yo en medio, con las manos apretadas a ambos lados de mi cuerpo. Estaban siendo los ~~cinco mil quinientos~~ cien segundos más largos de toda mi vida.

Al abrirse las puertas del ascensor Alex puso su mano sobre mi espalda y aquel simple gesto, lleno de intenciones por su parte, hizo que mi cuerpo se estremeciera y estuviese a punto de caerme de bruces contra el suelo. Ryan estuvo rápido y me agarró de la cintura, soltando lo que tenía en su mano.

—¿Estás bien?

—Sí, el tacón se me ha enganchado en el carril. —Mentirosa, mentirosa.

—Señor, lo que hay que ver. —Alex lo dijo tan bajo, que pensaba que no lo iba a oír, pero al mirarme y ver mis ojos semientornados, supo que le había escuchado a la perfección.

—¿Seguro que estás bien? —Ryan aprovechó que Alex ya había entrado en su despacho.

—Sí.

Busqué la mirada de Alex, pero estaba de espaldas rebuscando algo encima de la mesa. Me

entregó mi agenda y aprovechó que nuestras manos se rozaron, para mirarme a los ojos y comprobar algo.

—Tienes que tener más cuidado, preciosa. —Hizo un especial hincapié en la última palabra.

—Gracias, precioso. —Yo hice también énfasis y le arranqué mi agenda de las manos—. Yo tengo mucho trabajo. Si puedo pasarme luego por la comisaría a hacer la declaración o puedes pasarte por mi despacho o mi casa, sería estupendo.

—Es mejor que te quedes y le expliques al señor McArddle quién ha entrado en su despacho, mientras yo subo a revisar las imágenes a seguridad.

—Pero... —Alex y yo lo dijimos a la vez.

—Vuelvo enseguida.

Ryan se marchó y los dos nos quedamos mirando la puerta como si nos fuese a sacar de aquella extraña situación. Observé todo el despacho y me di cuenta de que faltaban algunas cosas, como una de nuestras fotos. Seguramente las hubiese quitado en un arranque de ira. Caminé hasta la puerta negando con la cabeza y sé que en mi cara se instaló un gesto raro.

—Seamos claros los dos, antes de que nos tiremos algo a la cabeza. ¿Qué está pasando?

Alex caminó hacia a mí, lo sentí en cada poro de mi piel. Su cercanía seguía emitiendo calor cuando se acercaba a mí. Me di la vuelta y le tenía a menos de un metro, ofreciéndome su mano para que nos sentásemos en el sofá.

—¿Qué está pasando?

—Voy a ser clara, va a ser lo mejor. —Me levanté y, aunque tan solo eran las nueve y poco de la mañana, me serví una copa—. La persona que ha entrado en tu despacho es Jonathan. Ayer me llamó y me dijo que estaba aquí, pero pensé que era un farol, era imposible. Pero veo que para él no existe esa palabra. Lleva un tiempo... —Ladeé la cabeza un par de veces tratando de buscar las palabras exactas que necesitaba—. Ya sabes lo que hizo con Sonia. —Me bebí la copa de trago—. Ahora a la que quiere joder es a mí, pero joder en el sentido más literal de la palabra.

—¿Cómo? —Se acercó a mí preocupado—. ¿Has vuelto a verle?

—Bueno. —Ladeé la cabeza y abrí mucho los ojos, poniéndome otra copa—. Ha entrado en casa, me ha estado llamado y enviando *e-mails*.

—¿Por qué no me lo has contado? Pensé que éramos...

—Éramos, Alex, tú mismo lo has dicho. No te lo conté porque era mejor que os mantuviésteis lejos. No quería que también fuese a por vosotros. —Levanté los hombros y me fui a poner otra copa, pero Alex me la quitó de las manos.

—Vas a terminar como una cuba si te bebes el segundo. —Lo dejó en la bandeja—. ¿Desde cuándo... Pero... —Levantó la copa y se la bebió él.

—Siento mucho no habértelo dicho, pero pensaba que podría manejarlo. Fui una estúpida pensando que hacerle caso era la solución. —Apreté los labios y los ladeé—. ¿Qué se ha llevado?

—Tus fotos.

—Pensé que las habías quitado. —Miré encima de su mesa, donde solía estar nuestra foto.

—Parece que lo que le importa eres tú. —Colocó su mano sobre mi hombro. Pude ver el gesto de preocupación que se dibujó en su cara—. ¿Qué tiene contra ti?

—Tiene algo contra nosotros. Supongo que ha visto que he rehecho mi vida después de él de una manera que no se podía ni imaginar, y contra ti, pues que eres un hombre de negocios de éxito y él no ha conseguido todo lo que deseaba en su vida. —Ví cómo desviaba la mirada un segundo al comentar que podía tener Jonathan contra él, pero no le di mayor importancia—. Cada vez que nos vemos, ya sea por casualidad o porque los niños nos obligan a tomar un helado, él se entera y me da pánico que le haga algo a Jason, Andrea o a ti. —Cerré los ojos unos segundos, echando la

cabeza para atrás—. No sé cómo hemos llegado a esta situación.

—A mí no me hará nada. —Me agarró de la barbilla, obligándome a adelantar la cara y mirarle—. No sabía que te preocupabas por mí.

—Aunque te hayas comportado como un idiota integral, me preocupo por las personas que... —No sabía cómo decir lo que pensaba sin dar pie a malentendidos—. Me sigo preocupando por ti.

—Voy a ampliar todo el equipo de seguridad del hotel y os pondré también a Jason y a ti. —No había ningún tipo de duda en su mirada.

—A mí no me vas a poner nada.

—Ahora tienes al señor inspector a tu lado. —Apartó su mano de mi barbilla.

—¿De verdad que me estás hablando con ese tonito? —Crucé los brazos delante de mi pecho.

—Mariola, no te hagas ahora la tonta, que no te pega. Habéis llegado juntos, te mira de una manera extraña, tiene gestos íntimos contigo... Mira cuando te has desestabilizado en el ascensor.

—Claro, perdóname. Que me haya salvado de estamparme contra el suelo y perder la mitad de los dientes, ya da por hecho que hemos follado. ¿Tú siempre ganabas al *Cluedo*?

Cruzó sus brazos imitándome y entrecerró los ojos. Me estaba retando y mi macarra interna estaba a punto de saltar al ring. Ya me estaba poniendo los guantes y el protector bucal.

—Menuda boca tienes, Mariola.

—La de siempre, ¿acaso te das cuenta ahora? Porque no me digas que es que no te habías percatado. Te agradezco que pienses que puedes protegerme, pero no necesito a nadie que me siga a todas horas. Me encanta mi libertad y no la voy a perder por un imbécil.

Ambos nos quedamos unos segundos en silencio.

—Ya está aquí la Mariola macarra que conocí. —Su boca dejó de ser carnosa para ser una línea recta en su cara.

—Aquella Mariola te gustaba. O eso parecía, porque contigo las apariencias parece que siempre engañan. —Estaba agarrando a mi zorra interior con cadenas de acero—. Mira, Alex —respiré profundamente antes de seguir hablando—, siento mucho que haya pasado todo esto por mi culpa. Pero es que sigues siendo aquel capullo arrogante vestido de traje de diez mil dólares que vi en la revista con su premio. —Me acerqué a la puerta para salir de allí antes de decir nada más.

—Tú sigues siendo una macarra inaguantable. —Me di la vuelta para darle una bofetada, pero me agarró de la mano.

—Gilipollas. —Me pegué a él.

—Macarra. —Se acercó mucho más a mí sin dejar casi espacio entre los dos.

—Estirado. —Me pegué totalmente a él.

—Malhablada.

No sé si fueron dos segundos o dos minutos, pero mantuvimos la mirada fija en el otro sin decir nada más. Esperamos a que nuestras respiraciones y nuestros pensamientos se tranquilizaran. Si es que éramos una maldita bomba de relojería. Alex me soltó la mano, pero yo me quedé unos segundos más pegada a él.

—Lo de la seguridad iba en serio. No quiero que te pase nada.

—No lo vas a hacer, Alex.

—Es para protegerte.

—Solo quiero que toda esta mierda termine y seguir con mi vida, como hace unos meses, que no tenía más complicaciones que las mil que supone mi trabajo. —Negué con la cabeza, escondiendo la cara entre mis manos.

—¿Como antes de conocerme? —Un largo suspiro salió de su garganta que me hizo abrir los ojos.

—No me refería a eso. —Recogí la agenda y el bolso de la mesa que estaba justo en la entrada.

—¿Ahora te vas con él?

—Ahora me voy a trabajar. ¿Quieres preguntar algo directamente? Porque estoy dispuesta a contestar a las preguntas que parece que tienes. —Le miré desafiante.

—No necesito saber nada más. Sé leer entre líneas.

Le conocía más de lo que él pensaba. Lo que estaba tratando de hacer era que le odiase, que le odiase tanto que le mandase a la mierda, pero no iba a ganar. Escuchamos unos nudillos en la puerta y Ryan entró con el de seguridad.

—De acuerdo. —Ryan agitaba algo en su mano.

—Siento que esas fracciones de tiempo estén borradas, no lo comprendo.

—¿Cómo que borradas? —Alex se acercó a ellos.

—Sí, señor. Hay un lapso entre las seis y las siete de la tarde de ayer que ha sido borrado.

—¿Cómo? —Alex se dio la vuelta y me miró a mí, como si yo tuviese la culpa de aquello—. ¿A qué hora te llamó?

—Sobre las seis y algo.

—Yo me llevo una copia del disco duro y se lo pasaré a un contacto que tengo, para que mire a ver si puede sacar algo de información.

Mientras Alex trataba de organizar su nuevo equipo de seguridad, yo resoplé y recogí mis cosas.

—Si no me necesitáis, me voy a trabajar, que tengo el día muy ocupado.

—Sí, que yo tengo una cita ahora y no quiero hacerla esperar. —Alex me miró desafiante.

—Buenos días.

Salí del despacho como si me hubiesen llamado diciéndome que se estaba quemando mi piso. No me apetecía escuchar ese tono de Alex tan altivo. ¿Hacerla esperar? Maldito imbécil.

—¿Todo bien? —Ryan se puso delante de mí en el ascensor antes de llegar al hall.

—Estaba pensando en Jonathan y en su forma de actuar.

—Te acompaño a tu despacho y te tomo allí la declaración, prefiero que no vayas a la comisaría.

No dije nada más en el trayecto hasta el coche. Solamente abrí la boca pare decirle dónde estaba el garaje en mi trabajo, pero no dije nada más hasta que saludé a Sasha. Entramos en mi despacho y solté todas las cosas sobre la mesa, me fui a la sala del café y preparé dos. Volví a mi despacho, cerré la puerta y me senté en el pequeño sofá.

—¿Seguro que estás bien? No has dicho ni una palabra. —Ryan se sentó a mi lado preocupado.

—Sí, no pasa nada.

—¿Seguro?

—Sí, de verdad. —Le agarré de la mano.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Alex y tú...? —Se frotó al nuca nervioso.

—Alex y yo, nada.

—¿No hay nada entre vosotros?

—No. —Lo dije de una forma demasiado tajante—. Si te digo que me voy a olvidar de lo que ha pasado entre nosotros en unos días te mentaría y lo que no quiero es mentir. Pero te aseguro que la forma en la que se comportó... —Cerré los ojos y me removí en el sofá—. Ya no hay nada entre nosotros.

Se acercó lentamente a mí y me besó. Me perdí en sus labios. Tenía una forma de besarme que

me desarmaba. Podía ser salvaje y atrevido, pero cuando era necesario, dulce y un poco tímido.

—Si me lo permites, procuraré que te olvides de todo lo que te ha pasado. —Apretó los labios y sonrió.

Ryan estaba en mi despacho con toda una declaración de intenciones y yo, pues yo estaba con la cabeza como un maldito cajón de los desastres. Ese que tenía guardado debajo de la cama y que me daba miedo abrir.

—¿Puedo mandarte un correo con todos los datos que tengo de Jonathan? No quiero ser maleducada, pero tengo un día terrible y en menos de cinco minutos empezará a sonar ese teléfono. —Abrí mucho los ojos y resoplé—. Ahora mismo mi cabeza está en un millón de sitios y en ninguno a la vez.

—Si te parece me paso por tu casa esta noche y hablamos de la seguridad que hay que poner. Y no se te ocurra decirme que no, porque no pienso hacerte caso. Voy a hacer lo que me dé la gana. —Su respuesta me hizo sonreír.

—De acuerdo, hombre duro.

—Así puedo ver la nota y los mensajes que te ha mandado. Si hoy tienes alguna noticia de él, avísame. Para ti mi teléfono está disponible las 24/7. —Nos levantamos—. Y yo estoy disponible para ti treinta.

—No sé por qué estás actuando de esta manera, pero muchas gracias. —Se dio la vuelta antes de abrir la puerta.

—Porque hay veces en esta vida que necesitas ayuda y encontramos a alguien que nos la puede brindar. Sé que nos conocemos desde hace poco, pero para ayudarte siempre hay tiempo. —Me besó—. Para ti, todo del que disponga.

Acompañé a Ryan hasta el ascensor ante la atenta mirada de varios de mis compañeros. Supuse que le habían visto la pistola y la placa que llevaba colgada del vaquero.

—Nos vemos a la noche. —Me dio un beso en la mejilla—. Cuídate.

—Prometido.

Me quedé unos segundos quieta cuando las puertas del ascensor se cerraron. Suspiré profundamente y escuché otro suspiro detrás de mí. Al girarme me encontré con Sasha mirándome.

—¿Quién es, jefa?

—Ryan, un amigo.

—No quiero meterme donde no me llaman. —Me entregó varias notas de personas que ya me habían llamado—. Pero Alex McArddle ha llamado a las ocho de la mañana y parecía preocupado.

—Ya he estado con él.

—Mmmm... —Sasha parecía querer preguntar algo más.

—¿Qué ocurre?

—Espero no meterme en un lío por decir esto, pero es que se os veía tan bien a Alex y a ti. Esa forma que tenía de mirarte... —Levantó los hombros unos segundos—. Aunque Ryan te mira también de una forma muy intensa.

—Tú me dijiste que los hombres a veces necesitan un empujón. Alex al sentirlo, se cagó de miedo y prefirió alejarse. El mundo no se para por un hombre ni por una mujer. —Le guiñé un ojo y fui a prepararme otro café.

—Jefa, me encantas. De mayor quiero ser como tú. —Entró conmigo a la sala y me giré con la jarra del café en la mano.

—Joder, que tampoco tengo ochenta años.

—Lo sé, es una forma de hablar. Tienes veintiséis o veintisiete.

—Qué mona eres. —Le miré riéndome—. Treinta y cuatro y a seguir sumando.

El resto del día lo pasé entre presupuestos, telas, manteles, copias de contratos, revisión de fichas de clientes y mil llamadas de otros departamentos. Los jefes no estaban, así que todo me lo desviaron a mí. A las ocho de la tarde llegué a casa queriendo meterme en la cama y dormir hasta que el fin de semana pasase. Pero aquello no fue posible teniendo a una niña pequeña en casa con más ganas de hacer cosas que nadie.

Me pegué una ducha y al salir a la cocina me encontré con Mike haciendo la cena.

—¿No vas a darme ni un beso, Mariola?

—Claro que sí. —Le besé y noté que estaba algo preocupado—. ¿Qué tienes en la cabeza?

—No me quiero ni imaginar lo que hubiese pasado si no llega Justin a casa. Te juro que como me lo encuentre le mato. —Dejó todo lo que tenía entre manos—. Primero Sonia y ahora tú. No quiero pensar que pueda pasar algo malo. —Me miró unos segundos y me abrazó fuertemente, como si me fuese a escapar de él—. No sé qué tiene contra ti. —Me apretó tan fuerte que me levantó del suelo varios centímetros.

—Yo sí lo sé. —Justin entró en la cocina—. Que te dejó escapar y se arrepiente, pero de una forma retorcida y asquerosa. —Sonó el timbre y Justin fue a abrir.

—Mike, ¿puedes bajarme, por favor? Que parezco un jamón secándose.

—Solo unos segundos más. —Mike me apretó mucho más fuerte—. Te voy a soltar por ahora, pero un día de estos tenemos que meternos en la cama y liberar tensiones. —Me besó dejándome en el suelo.

—¿Liberar tensiones en la cama?

Al girarnos, nos encontramos con Ryan mirándonos extrañado. Los dos tuvimos que contener la risa. La verdad es que, al no conocer nuestra relación, eso de liberar tensiones en la cama podía sonar muy mal, y más al encontrarnos abrazados y besándonos.

—Tranquilo, chavalote. —Justin le dio un par de golpes en la espalda—. Nuestra forma de liberar tensiones es muy pura, demasiado diría yo. Nada de sexo duro. Nosotros somos más de besuqueos que incomodan.

—Porque vosotros nunca habéis querido. —Me acerqué a Ryan—. Hola.

Agarré su camiseta para sacarle de la cocina, le pegué contra la pared y busqué sus labios. Necesitaba volver a sentir lo mismo que la noche anterior. Fue un beso que me hizo olvidar por unos segundos la mierda que tenía alrededor.

—¿Cómo has pasado el día?

—Tranquila y sin novedades. —Rocé mis labios con los suyos—. ¿Has visto lo que te he mandado?

—Sí, se lo he pasado a mi compañero. Él revisará todo lo que encuentre de Jonathan. Yo no puedo. —Balanceó la cabeza mirándose.

—¿Conflicto de intereses?

—Prefiero que sea él quien investigue todo. —Respiró profundamente y sus fosas nasales se abrieron mucho más. Tenía algo más que le rondaba la cabeza.

—¿Qué pasa, Ryan?

—Mariola, no quiero asustarte, pero si mi compañero se pone con ello a fondo, te investigará a ti, a tus amigos, a tu familia y a todos los que estén a tu alrededor. Quiero que lo tengas en cuenta.

—Me apartó el pelo de la cara.

—Entre mis conocidos no tengo mafiosos sicilianos, traficantes de armas ni proxenetas. — Quise quitarle hierro al asunto. Cerré unos instantes los ojos sabiendo que estaba poniendo a todos en manos de la policía—. Solo espero nadie salga herido por mi culpa. —Puse mi mano sobre su cara—. Nadie más. No quiero que su locura ataque a mi familia o... —No quise decir nada más.

—O a Alex.

—O a Jason. —Le corregí rápidamente, aunque Ryan tuviese razón en su respuesta—. Tampoco quiero que haga daño a Alex o a su hermano. Por mucho que haya hecho o dicho... —No tenía demasiado claro si lo que iba a decir haría que Ryan saliese huyendo del piso—. Cada persona que pasa por mi vida tiene un impacto. A veces es bueno, a veces no tanto, pero todos se quedan dentro de mí y me sigo preocupando por ellos. Sobre todo, si yo he... —agaché la mirada y tomé el aire que necesitaba para seguir hablando—, sobre todo si he tenido sentimientos hacia esa persona.

—¿Sabes que eres muy buena persona?

—Se hace lo que se puede. Tú también lo eres, me estás salvando de mi fantasma.

—Ojalá pueda hacerlo.

Sin usar más palabras me abrazó y me sentí segura a su lado.

—Mariola, Frank al teléfono—. Justin se acercó a nosotros.

—Hola, Frank.

—¿Te apetece ir mañana a un concierto de Jamie Cullum? Va a ser algo íntimo, no más de cien espectadores. Es a las seis en el Smalls Jazz Club de Greenwich y he pensado que te gustaría venir.

—¿Tú qué crees que te voy a decir?

—Mañana puedes pasarte por la oficina y te las doy, que tengo una reunión. Son dos invitaciones, para que vayas con quien quieras. Tu hermana ya tiene para ir con Mark.

—No estarás tratando de liar alguna, ¿verdad?

—Yo iré con Alex, para que lo sepas.

Me quedé unos segundos en silencio.

—Ryan, ¿qué te parece si mañana añadimos un concierto, una cena tardía y el café? No podrás decir que no a Jamie Cullum.

—Ni loco. —Hizo un gesto muy divertido con la cara.

—Mañana me paso por tu oficina. Hasta mañana.

—Adiós.

—¿Te importa que vayamos?

—No, mientras el resto de la cita te siga disfrutando solo para mí, me parece perfecto. —Me agarró por la cintura.

—¿Vais a cenar con nosotros, tortolitos, o vais a comeros poco a poco? —Justin pasó por nuestro lado.

—Lo de comerte no es una mala idea, Mariola, pero necesito meterme algo decente en el cuerpo.

—Justin, ni se te ocurra.

Me apresuré a la respuesta irreverente que le iba a dar a Ryan sobre lo de meterse algo decente en el cuerpo.

—Me coartas siempre, no puedo decir lo que pienso.

—Deja que Ryan te conozca un poco más, anda, que si no le vas a asustar y nos quedamos sin

ver su cuerpo por aquí. —Mike salió de la cocina riéndose y con la cena para subirla a la azotea.

—Dime que eso que huelo no es comida criolla. —Ryan aspiró el aroma que dejaba lo que llevaba Mike en las manos.

—Tendrás que cenar con nosotros para descubrirlo.

—Y así hacemos las invitaciones en esta casa: chantajeando con sexo o comida. —Le miré sonriendo.

—Acepto la invitación si ninguna duda. Ambas. —Ryan soltó un pequeño sonido gutural.

—¿Andrea?

—Está en mi cuarto. ¿Crees que es bueno seguir diciéndole que su madre está en un curso, Mariola? —Mike no era de los que mentían.

—Creo que sería mejor contarle la verdad. Pero para ello tenemos que hablar primero con Sonia y no le permiten tener vistas ni recibir llamadas.

Cuando entré en el cuarto de Mike, me encontré a Andrea mirando en el iPad las fotos que tenía con su madre. Estaba recostada en la cama y al acercarme, vi cómo se limpiaba las lágrimas.

—¿Estas bien?

—Ya sé que queda menos para poder verla, pero la echo mucho de menos.

Andrea se dio la vuelta y me miró con aquellos enormes ojos azules, que eran iguales que los de su madre. Tenía su pelo, sus ojos y una forma de mirar tan intensa que a veces acojonaba.

—¿Sabes que fue mi primera amiga en esta ciudad? La que me ayudó a no volver a España.

—No serías mi tía ahora si no vivieses aquí.

—Por eso me alegro de que tu madre me ayudase en aquel momento.

—¿Por eso la estás ayudando tú ahora?

—¿Cómo? —Sabía que se había enterado.

—Os escuché cuando vinimos a casa. Pagaste el dinero que debía mamá, nos dejaste vivir contigo, aunque no haya sitio para todos en esta casa.

—Eso es porque os quiero hasta más allá.

—¿Hasta el infinito?

—Hasta mucho más allá. Siempre que necesites algo, estaré a tu lado. Si me necesitas, sílbame y acudiré. —Le abracé fuertemente—. Ahora nos vamos a ir a cenar que tu tío ha preparado algo que está buenísimo.

—Te quiero mucho, tía. —Me besó.

—Y yo a ti, princesa.

Me levanté con la niña en brazos y subimos a la terraza. Ya estaba todo preparado.

Nos sentamos a cenar y una hora después tenía a Andrea dormida en mis brazos. Me tumbé con ella en una de las hamacas y escuchaba de fondo a los chicos, hasta me uní al sueño de la niña.

—Mariola...

No sentía ningún peso ya encima de mí y noté que algo que me cubría. Me removí en la hamaca.

—Mariola, vamos a la cama. —La voz de Ryan susurraba a mi lado.

—Me encantaría, pero creo que hoy te haría la estrellita de mar y poco más.

—Vamos, estrellita de mar.

Metió sus manos por mi espalda y mis piernas y me llevó hasta la cama.

—No te vayas. —Le agarré de la mano—. No te prometo sexo duro y salvaje esta noche, pero mañana te invito al mejor desayuno de la ciudad. Los mejores bagels en Black Seed. Tienen uno de ricota, manzana y miel que te mueres de lo bueno que está. —Entrecerré los ojos y los saboreé.

—Será mejor que te quites la ropa para dormir.

No pretendía moverme para desvestirme, así que Ryan comenzó a desnudarme, pero estaba tan

cansada que no reaccioné a ninguno de sus roces. Ni siquiera reaccioné cuando se desnudó delante de mí y se metió en la cama a mi lado.

—Necesito unas vacaciones. Que se me desnude un hombre así delante de mí y mi cuerpo ni reaccione... —Me apoyé en el pecho de Ryan.

—Eres divertida. —Comenzó a acariciarme la espalda—. ¿No tienes malos días?

—¿De esos en los que piensas que el mundo es un infierno y crees que no puede ir a peor? —Me mordí el labio y apoyé la barbilla en su pecho y sonreí—. Mira, mi abuela que tanto nos enseñó siempre decía: «*Si un problema tiene solución, ¿para qué preocuparte? Si no la tiene, ¿para qué preocuparte?*». Los neoyorkinos os pasáis la vida preocupados por el trabajo, por el dinero y por tantas cosas que no disfrutáis de la vida.

—Hay veces que es complicado hacerlo, sobre todo si tienes un trabajo como el mío.

—¿Qué hace un ex SEAL en Inteligencia en Nueva York?

—Después de muchas misiones fuera de casa, necesitaba volver y recuperar el tiempo con mis hermanos. —Respiró profundamente y se quedó unos segundos en silencio—. Mi padre murió hace seis años en un incendio y mi madre falleció hace medio año. —Cerró los ojos.

—Lo siento mucho. No quería... —Me senté en la cama para mirarle bien—. No pretendía ahondar tanto en tu vida.

Ryan se sentó como yo en la cama y apoyó la espalda en la pared. Durante unos segundos su mirada se perdió en mi habitación y tras un buen rato, comenzó a sonreír.

—Le hubieses encantado. Siempre trataba de que llevase a una mujer a comer los domingos a casa.

—Seguro que llevaste a unas cuántas, Ryan. No me creo que hayas sido casto y puro.

—A casa nunca. Siempre esperé a que llegase esa chica especial, pero mi madre no llegó a conocerte.

—¿Así que soy especial? —Quise bromear con él para pasar aquel momento que parecía que se le estaba atragantando.

—Lo eres. —Me miró de reojo mientras me apoyé en su hombro.

—No sé por qué pasan muchas cosas, es como si el destino me hubiese empujado hacia ti. No hace ni unas semanas que te conozco y te has convertido en alguien casi imprescindible.

—¿Sabes que es muy difícil competir con tu pasado?

—No tienes que hacerlo. —Me removí nerviosa—. Lo último que quiero es engañarte, Ryan. No puedo prometerte que me voy a olvidar de lo que ha sucedido en mi vida en los últimos meses. —Agarré su mano y me la llevé a la boca para besarla—. No sé si esto durará días, semanas, meses o años, pero vamos a disfrutar el tiempo que sea.

—Voy a ser menos neoyorkino y más Santamaría. —Se tumbó sobre mí y comenzó a besarme el cuello—. Ya no me preocupa tener mañana sueño.

—Me parece... que tú aprendes... muy... rápido. —Me costaba mucho decir las palabras sin soltar jadeos entre medias.

—Contigo debo aprender rápido para seguirte el ritmo.

Preparar café al día siguiente fue más que necesario. Todos en el piso seguían durmiendo, así que mientras el olor a café inundaba la casa, fui a la habitación a coger mi portátil. Ryan seguía durmiendo en la cama y solamente tenía la sábana cubriéndole la cintura y muy poco más. Estaba boca arriba, con un brazo debajo de su cabeza y, por su sonrisa, supe que me estaba engañando.

—Duerme un poco más, es demasiado temprano. Yo voy a trabajar un rato.

—¿Qué hora es?

—Poco más de las cinco. —Me senté a su lado y le besé.

—Mmm. —Aproveché para tumbarme con él en la cama—. Me prometiste el mejor desayuno de toda la ciudad. —Su nariz se pegó a la mía y sus labios me hacían cosquillas sobre los míos—. Pero he pensado que podríamos quedarnos en la cama el resto del día.

—Tengo que trabajar antes de ir a la oficina de Frank y quiero dejar a Andrea en casa de Michelle, que hoy celebran una fiesta y tenemos que preparar unas galletas. —Fruñí los labios y negué con la cabeza—. Que las compraré de camino a su casa.

—Un ratito más. —Ryan me besaba, tratando de que no saliese de aquella habitación—. Solo cinco minutos.

—¿Cinco minutos? Con eso yo ni me caliento.

—¿Segura?

Subió la mano por el interior de mis piernas, llegando lentamente hasta lo poco que cubría la camiseta y de mi boca surgió un grito excitado.

A los diez segundos exactos, Justin y Mike estaban entrando corriendo en la habitación.

—¿Qué...

—Dios mío, Mariola. Te ha salido un maromazo increíble entre las piernas. —Justin estaba revisando a Ryan—. Inspector, enhorabuena por ese cuerpo y por... todo.

—Justin. —Mike y yo lo gritamos a la vez.

Tiré de la sábana para tapar a Ryan que estaba completamente desnudo sobre mí. Él, con toda la naturalidad que yo no me hubiese imaginado, se levantó ante la atenta mirada de Justin, y por supuesto, la mía. Se metió en mi baño y antes de cerrar la puerta me guiñó un ojo.

—El café.

Salí esquivándoles a los dos de la habitación, pero me siguieron muy de cerca. No dijeron nada, se sentaron en los taburetes y pusieron sus tazas para que las rellenase.

—¿Estás segura de eso, Mariola? —Mike señaló mi cuarto.

—¿Segura de qué, Mike? En esta vida no hay nada seguro y mientras me sienta bien, no haga daño a nadie, me haga sentir y esté a gusto, no pienso arrepentirme de nada. —Rellené las tres tazas y me senté en la mesa entre los dos.

—¿Has olvidado todo lo que sentías por Alex?

—No.

—¿Y...

—No estoy engañando a Ryan. Le he dicho que no puedo olvidar lo que he sentido, pero necesito pasar página. ¿Saldrá bien? —Levanté los hombros y pegué un trago al café—. No lo sé.

—No quería cuestionarte. —Mike me besó la rodilla—. Lo que hagas me parece bien. Es peor cuando te quedas mirando cómo pasa la vida sin hacer nada. —Negó con la cabeza, como si le pesase algo que no nos quería contar.

—Mientras seas feliz, los demás lo seremos. Como yo con Scott. —Justin sonrió, pero Mike se levantó y salió de la cocina en silencio.

Me levanté de la silla y fui a la nevera disimulando para ver dónde iba Mike. Se metió al baño y escuché la ducha. Debía tener una charla muy seria con él porque creía saber a qué se debía su forma de actuar últimamente, pero no había tenido ni un segundo para sentarme tranquilamente con él.

—Lleva unas semanas muy raro. —Justin estaba comiendo unas galletas.

—Estará estresado con el trabajo. Por cierto. —Cambié de tema—. ¿Sabes si Scott hizo ayer las llamadas?

—No lo sé, pero tampoco le dejé demasiado tiempo libre. —Hizo un gesto muy obsceno con la boca.

—Dios, no estoy preparada para eso a estas horas.

—Yo creo que sí, porque te hemos pillado con un maromo de armas tomar encima, con su mano metida en tus...

—Voy a casa de Scott.

Cogí la agenda, el móvil, mi café y salí al pasillo. Me encontré a un repartidor pasando de largo, totalmente perdido.

—Hola. —Ladeé la cabeza.

—Hola, perdón. Estoy buscando a... —miró la PDA que llevaba— Mariola Santamaría.

—Tienes suerte. —Me señalé sonriendo.

—Tengo un paquete para usted, señorita. —Lo dijo tímidamente.

—La fantasía de muchas mujeres. —Mi payasa mañanera salió a pasear incomodando al repartidor.

—¿Puede firmar aquí? —Se acercó a mí rojo como un tomate y dejó el paquete en mis manos.

—Sí. —Firmé y le volví a sonreír—. Gracias.

—Adiós. —Se marchó por las escaleras corriendo.

Era una caja negra con un lazo de seda rojo. Demasiado bonito y perfecto para que hubiera dentro algo desagradable. Dejé en la mesa de la entrada la agenda, el café, el móvil y observé el paquete. Le di un par de vueltas, me lo acerqué al oído para ver cómo sonaba mientras lo agitaba, fruncí los labios, pero no se oía nada. Me apoyé en la puerta, de espaldas al pasillo y comencé a abrirlo. Cogí el lazo por un extremo y tiré de él. Tenía un sonido especial al estirarlo que me hizo sonreír, me recordaba a los regalos de Navidad de cuando era pequeña. Al abrir la tapa me encontré una nota dentro y algo debajo de una tela roja de seda que cubría todo. Cogí la nota para leerla.

No sé cómo pedir perdón por la noche que rompí tu ropa interior. Ayer me di cuenta de que el sujetador que llevabas se sentía muy solo sin sus compañeras inferiores. Me he tomado la libertad de comprarte algo que podría romper la próxima vez que nos veamos A SOLAS.

—Pero ¿quién coño se cree que es?

Mi tono de voz se elevó tanto que Justin salió de la cocina asustado al oír aquello.

—Le voy a meter la cajita por el agujero del culo a empujones. —Busqué mi móvil para llamarle, pero Justin me paró.

—¿Quieres dejar de gritar? —Vio la caja y lo que contenía—. ¿Quién te regala solo unas bragas de *Victoria's Secret*?

—El gilipollas del año. Y la nota que lo acompaña... Se acaba de coronar como el mayor imbécil del planeta. ¿Se cree que con unas bragas y una notita voy a ir corriendo a lamerle las...

—Joder —Justin agitaba la dichosa nota en el aire—. No se ha cortado un pelo. Ahora, cuéntame cómo sabe la ropa interior que llevabas ayer.

—Yo qué sé. Se me vería por el escote o se le fueron los ojos. Yo qué sé, Jus. —Cerré la caja y la dejé encima del sofá cerrada—. Este me va a oír.

—¿Has podido cerrar algo de la inauguración? —Cuando Justin tenía algo en mente, daba igual lo que sucediese a su alrededor.

—Te dejo las carpetas y les echas una ojeada que le voy a llevar a Frank una copia ahora a la mañana.

Dejé a Justin revisando todas las ideas y me fui a la habitación. Ryan estaba sentado en la cama hablando por teléfono. Me guiñó un ojo y me metí a la ducha. No me podía olvidar de la nota de Alex, pero estaba tan jodida de la cabeza, que la escuchaba como si me la estuviese leyendo él. Su

maldita voz se metió dentro de mí.

Al salir, Ryan no estaba en la habitación y escuché su voz en la cocina con Justin.

—¿Cómo es posible que tenga todo esto si no ha tenido tiempo?

—Cada vez que he quedado con ella está con el móvil cerrando cosas que ni siquiera entiendo.

Me vestí mientras escuchaba su conversación y me hacía gracia ver cómo Justin se sorprendía a cada hoja que pasaba, cosa que aprovechaba para soltar pequeños comentarios ácidos, que pensé que asustarían a Ryan.

—Las noches le dan mucho de sí. ¿No, Ryan?

—Justin, sé bueno. —Lo grité desde la habitación mientras terminaba de ponerme los vaqueros.

—Pero si nunca he sido bueno, no voy a empezar ahora que empiezo a peinar canas.

—Jus —salí en sujetador colocándome una camiseta de tirantes—, nunca has sido bueno, pero con la edad te estás volviendo una zorra.

—Yo también te quiero, princesa.

—Vale. —Nos miró a los dos y entornó divertido los ojos—. Tengo que irme a trabajar. Hay algo nuevo de un caso en el que llevamos meses trabajando y tengo que pasarme para hablar con una confidente.

—Sí, yo tengo que ir a hacer unos recados, llevar a la niña e ir a por nuestras entradas.

—Esta noche nos vemos. —Me agarró de la camiseta, su otra mano la metió detrás de mi pelo, agarrándome la nuca y me pegó a sus labios, pero no me besó—. Esta noche terminaremos lo que hemos dejado a medias hace un rato y no habrá nadie que nos moleste.

Saboreó mis labios e hizo que mi cuerpo se excitase con sus palabras y con un solo beso.

—Prometido. —No dije nada mientras salía por la puerta y me quedé unos segundos tocándome los labios.

—Pero no tiembles. —La voz de Justin me sacó de mis pensamientos.

—¿Perdona?

—Que no te hace temblar como hacía él... como hace Alex. —Cerró las carpetas—. Te excita, te pone como una jodida moto, pero no hace que tiembles.

—¿Qué te parece? —Me puse un café en el termo para llevar y le señalé los papeles que le había dejado.

—Pues que eres una máquina, que tus días deben tener cincuenta horas. ¿O es que eres un zombi y no duermes?

—Ya sabes que duermo poco y si tengo cuentas importantes... —Levanté los hombros dándole un trago al café.

—¿Has pensado lo de los disfraces?

—Hay una empresa de caracterización en Los Ángeles. He pensado hablar con ellos, que nos manden todos los disfraces y que los invitados, una vez confirmen su asistencia, elijan cuál quieren entre la selección. Nadie llevará el mismo porque son únicos. —Busqué en el móvil la empresa—. Ya he trabajado con ellos y no supone ningún problema. A excepción de la cantidad de invitados. Sé que quieres que se entere toda la ciudad, pero haciendo una fiesta más exclusiva, le daréis el carácter que queréis. Que luego se maten por entrar.

—Crear más expectación para después. —Justin afirmaba con la cabeza.

—Es una técnica de marketing más vieja que yo. Cuanto más se hace esperar algo, más deseo se produce en el cerebro de las personas. Es como el buen sexo.

—Como el buen sexo. —Justin se quedó en silencio unos segundos—. ¿Puedo usar eso en la invitación?

—Ya pensaremos en eso en unos días. —Miré el reloj—. Voy a despertar a la niña y... ¿puedes acercarla tú? Te dejo el coche y yo me voy en taxi.

—Sin problema.

Fui a despertar a Andrea, que seguía dormida como un tronco en la cama de Mike. Este ya se había vestido y se estaba peinando.

—Tú y yo vamos a tener una cita esta semana. Me paso por el restaurante una noche y hablamos.

—Estoy bien, Mariola.

—Al resto puedes engañarles, pero a mí no, Mike. Así que me da igual lo que digas. —Le besé y salí corriendo.

Me monté en el primer taxi que pasó por la calle y durante todo el trayecto estuve mirando el maldito regalo. Preparé en mi cabeza todo lo que le quería decirle a Alex. No podía comportarse como el rey del mundo, como si yo fuese a caer en sus brazos por unas bragas bonitas. Eso tal vez le funcionaba con el resto de las mujeres con las se había acostado o lo pretendía hacer, pero había topado con Mariola Santamaría y no tenía ni idea del demonio que acababa de despertar.

Cuando llegué al hotel, no esperé a que me dijese los buenos días. Entré en el ascensor y al abrirse las puertas en el piso del despacho de Alex, salí disparada a su puerta, sin dejar de mirar mi móvil. Adelanté la mano para abrir la puerta, sin intención alguna de avisar que estaba allí, pero me choqué con algo duro y muy grande. Al levantar la vista me encontré con un tío de unos dos metros, más otros dos de ancho y con cara de muy pocos amigos.

—Joder. —Traté de pasar, pero tapaba toda la puerta.

—¿A dónde cree que va, señorita? —Puso una de sus manos sobre mi hombro.

—A ver al cap... Al señor McArddle. —Traté de empujarle para poder pasar, pero no se movió ni un milímetro.

—¿Y usted es? —Cruzó los brazos y comenzaron a salirle bultos en ambas columnas que tenía por extremidades superiores.

—¿Y tú? —Me puse delante de él con la mano en la cintura.

—Soy del equipo de seguridad del señor McArddle. Así que, si no está en la lista, no puede pasar al despacho. —Sacó una carpeta de algún lado de su cuerpo.

—A mí como si es del equipo de seguridad del Papa. O me dejas pasar o... —Traté de empujarle, pero no había forma humana de moverle.

—Señorita, va a hacerse daño. —Sonrió.

—Necesito entrar ahí. O le llamas tú o lo hago yo a gritos. Tú verás, armario empotrado.

—¿Qué me ha llamado? —Adelantó unos centímetros la cara, agachándola para tratar de asustarme.

—Armario empotrado. ¿Te lo tengo que deletrear o decir más despacio? —Estaba empezando a enfadarme.

—No necesito que me lo repita. No soy idiota, señorita. Apártese, por favor. —Volvió a mirar al frente, como si yo ya no estuviese allí.

—Estas manos pueden ser armar mortíferas y no quiero hacerte daño. —Levanté una ceja y le desafié con mi mirada, pero tampoco parecía servir de nada.

—Es usted muy graciosa, pero no va a pasar. Y menos con una caja sospechosa en la mano. —Señaló el paquete que llevaba en las manos.

—¿Sospechosa? Claro que sí, señor, llevo una bomba en una caja tan pequeña y con un lazo de seda. —La agité delante de su cara.

—Tal vez debería ver qué es lo que hay dentro para cerciorarme que nadie salga herido. —

Acercó su mano a la caja.

—Toca la caja y te crujó.

—¿Perdón? —Me miró levantando una ceja.

—Tenemos dos opciones. Primera. —Levanté un dedo delante de su cara—. Te apartas, me dejas pasar, le doy a Alex un recadito y me voy.

—Negativo.

—Segunda. —Me quedé pensando que no tenía más opciones si aquella mole no se movía.

—¿Cuál es la segunda?

—Te crujó y caes al suelo. Al fin y al cabo, todos los hombres os dobláis a la misma altura.

—Lo dudo, señorita.

Me alejé un poco y cogí mi móvil marcando el número de Alex. No tenía ninguna otra opción.

—Te vas a cagar cuando tu jefe te despida por no dejarme pasar. —A los segundos descolgó—. ¿Puedes decirle al portero que tienes delante de tu despacho que me deje pasar y que no soy ninguna psicópata?

—No tengo muy claro todo eso con tu tono de voz. Además, no estoy en el despacho. Estoy en seguridad. En cinco minutos estaré ahí.

—¿Perdona? Pero... eres... —Resoplé fuertemente y colgué el teléfono cruzándome de brazos—. Me ha dicho que sube en cinco minutos. Así que tendrás que aguantarme un poquito más.

Lo que en un principio iban a ser cinco minutos, se convirtió en más de media hora. Acabé sentada en el suelo mirando al de seguridad fijamente. Iba vestido con un pantalón y una camiseta negros, la cual dejaba a la vista un tatuaje que parecía ir desde el cuello hasta medio brazo, de estilo maorí.

—¿A ti te gusta tu trabajo? —Lo dije sin dejar de mirar el tatuaje.

—Sí, señorita.

—Estar todo el día delante de una puerta parece muy interesante, claro que sí.

—No solamente me dedico a esto, señorita. Hoy estamos evaluando la seguridad del hotel, pero visto que usted ha llegado hasta aquí sin ningún problema —me miró sin mover un ápice su cabeza y prosiguió—, veo que es una mierda.

—Eso parece. Si una terrorista como yo ha sido capaz de subir hasta aquí, es una gran mierda. —Le enseñé los dientes a modo de sonrisa.

—Podría haberse sentado en la silla, estaría mucho más cómoda.

—O podías haberme dejado pasar al despacho y esperarle dentro cómodamente sentada. —Crucé las piernas en el otro sentido.

—Ya le he dicho que no está en la lista.

—Si habrá sido tan capullo de sacarme de todas las listas, como si fuera una criminal. Tu jefe es imbécil. —Apoyé la cabeza en la pared.

—No lo sé, señorita. —Negó con la cabeza.

—Yo si lo sé. Doy fe.

—¿Qué es lo que lleva en esa caja? —Seguía muy interesado en su contenido.

—Una devolución para tu querido jefe.

—Antes de entrar necesitaré echarle un vistazo.

—Él reconocerá la caja, no te preocupes.

—Es por seguridad.

—Que no, hombre, que no. Que no vas a ver lo que hay aquí dentro. —Le grité apartando la caja de su vista.

Veinticinco minutos después el señorito aún no se había dignado a aparecer y a mí ya me empezaba a doler el culo, a parte de que mi paciencia estaba llegando a su límite. A los minutos noté una mirada fija en mí. Al levantar la vista me encontré a Alex mirándome con una mano en el bolsillo de su pantalón y con la otra se estaba acariciando los labios con sus largos dedos. Un gesto que sabía a la perfección que me ponía muy nerviosa.

—Mariola.

—Ya era hora de que movieses tu culo hasta aquí, señor ocupado. —Me levanté recogiendo la caja del suelo—. Necesitamos hablar sobre el envío de paquetitos indecorosos.

—Dwayne, puedes dejarla pasar. No es peligrosa, aunque lo parezca.

Me miraron los dos y comprobé que en la cara de Alex se estaba dibujando una sonrisa llena de malicia y un poco de picardía. Creía que sus trucos bajabragas iban a volver a funcionar, pero no tenía ni idea del grado de enfado que llevaba conmigo.

—La caja, señorita. —Dwayne la señaló e hizo un gesto con la mano para que la abriese.

—¿Es necesario, Alex? Sabes perfectamente lo que hay aquí dentro. —Levanté la ceja, que estaba a punto de salir despedida de mi cara.

—No es peligrosa, Dwayne. —Alex trató de poner una mano sobre mi espalda—. Al menos la caja. —Me di la vuelta para mandarle a la mierda, para decirle que era un gilipollas con galones, pero me empujó dentro de su despacho rápidamente, cerrando la puerta tras nosotros.

—¿Qué quieres, Mariola? Tengo algo importante en unos minutos. —Comenzó a ojear su móvil, como si mi presencia allí no le importase lo más mínimo.

—¿Quién coño te crees que eres para mandarme esto con la notita? —Tiré la caja abierta encima de la mesa—. Ni en tus mejores sueños.

—¿No te ha gustado el regalo? —Puso una de sus sonrisas made in Alex de las que me volvían gilipollas.

—Está más que fuera de lugar. —Me crucé de brazos delante de él y vi cómo sus ojos se posaban en el escote que la camiseta dejaba a la vista.

—¿Estás segura de no quererlo? —Se acercó peligrosamente a mí—. Porque estarías increíble con él, Mariola. —Se paró a escasos centímetros de mí y bajó la vista—. Irresistible.

—Vete a la mierda. —Puse mis manos en su pecho.

—Sigues temblando cuando nos encontramos.

—¿Qué tipo de poder crees tener sobre mí? ¿De verdad piensas que voy a caer rendida a tus pies con una caída de ojos o porque te toques con las yemas de los dedos los labios? —Me pegué a él, me puse de puntillas y me quedé muy cerca de su boca—. No eres tan irresistible como piensas, hombrecito.

Sabía que catalogarle así iba a golpear directamente en su ego. Frunció sus labios, puso su mano en mi espalda para que no me apartase de él, cosa que no iba a hacer, no iba a darle por ganador en aquella batalla.

—Eso no es exactamente lo que me decías hace unas semanas. —Se mordió el labio.

—¿Quién te crees que eres? ¡¿Un puñetero dios del sexo?! —Lo dije más alto de lo que hubiese querido.

—No te has quejado antes.

—Pues perdona que te diga. —Le entorné los ojos, me mordí el labio y me pegué aún más a él—. Los hay mejores y más increíbles. Te lo aseguro.

—Eres una descarada.

—Y tú un arrogante.

Nos mantuvimos las miradas unos minutos en silencio. Yo trataba de que no se notase cómo mi

cuerpo, mi estúpido e imbécil cuerpo, seguía respondiendo a su cercanía. Sí, por mucho que me pesase, mi cuerpo con él seguía temblando.

—¿Algo más, Mariola?

No entendí a qué se refería. Su gesto había cambiado y parecía que sus ojos demostraban cierta preocupación.

—No has venido solamente a devolverme eso. —Señaló la caja—. ¿Qué sucede?

—¿Cómo puedes pasar de ser un capullo a... —le señalé extrañada sin saber qué decirle— esto? Contigo me pierdo, Alex. Estoy cansada de estar perdida como si fuera Dorothy buscando el camino de vuelta a casa. —Agaché la mirada y respiré profundamente.

—Cuando luchas tanto por buscar algo y no lo encuentras o lo que encuentras no es bueno y te sientes perdida, es mejor dejarlo ir. —Me agarró de la barbilla—. Dejarlo libre.

—No quiero sentirme así, Alex. No contigo.

Seguía mostrándose altiva conmigo, algo desconfiada y muy orgullosa, pero no era algo que pudiese reprocharle. Me había comportado como un auténtico gilipollas integral con ella y estaba pagándolo muy caro. Me dolía pensar que pudiese estar comenzando algún tipo de relación con Ryan, pero no era nadie para prohibírselo ni para echárselo en cara. Es más, yo la lancé a sus brazos con mis estúpidos miedos.

—Esto es una mierda, Alex. Me gustaría decirte tantas cosas, me encantaría poder preguntarte... —Respiró profundamente—. Pero no puedo. Así que hagamos un trato. —Me miró a los ojos y estuve a punto de lanzarme contra su boca—. Nada de lencería, nada de regalos. No me hagas odiarte, Alex, por favor.

Estaba a punto de decir algo de lo que, seguramente, me arrepentiría más tarde, pero unas voces fuera del despacho me interrumpieron. A los segundos se escucharon unos nudillos y se asomó una cabeza por la puerta. Era la misma mujer que estaba en casa de Alex hacía unas semanas. La misma mujer que parecía tener pase VIP a su despacho, la que sí estaba en la lista. Miré de reojo a la puerta y allí estaba tan perfecta como aquella noche. Con su pelo perfectamente peinado, su bolso de marca y su maquillaje impecable.

—Hola. —Alex le dedicó una bonita sonrisa—. ¿Puedes esperarme cinco minutos? Nosotros ya estamos terminando.

—Por supuesto, cariño. —Le devolvió la sonrisa, me miró a mí y salió cerrando la puerta.

—¿Ella está en la lista y yo no? ¿Soy una especie de terrorista? —Le dije señalando la puerta.

—¿Quieres estar en la lista? —Su tono burlón me mataba.

—No. —Miré al techo negando con la cabeza y contando mentalmente hasta diez.

—Esto es muy fácil, Mariola. Si quieres estar en esa lista sólo tienes que pedírmelo. —Pegó su pecho a mi cuerpo.

—No me provoques, Alex, no me provoques.

—Pídemelo. —En aquel momento, en el que seguíamos demasiado juntos, se pegó a mi boca—. Pídemelo, Mariola.

—No. —Negué con una gran sonrisa—. No soy yo la que te lo pida jamás, capullo.

—Demos la bienvenida a la malhablada. —Levantó una ceja.

—Me voy a marchar antes de que tu armario tenga que venir a sacarme de tu despacho por pegarte. —Recogí el bolso del sofá y la caja de la mesa.

—La caja venías a devolvérmela.

—Alguien, que ni de coña vas a ser tú, disfrutará rompiendo tu regalo. Y te aseguro que yo gozaré como nunca.

—Serás...

—Sí, Alex. —Abrí la puerta—. Yo también puedo ser una completa capulla. Adiós.

Dejé la puerta abierta, sabiendo que Alex me estaba mirando con mucha rabia en aquel momento, que la señora *Vuitton* me miraba sorprendida por mi vocabulario y que el armario empotrado estaba eliminándome de todas las listas del mundo. El día que volviese a comportarse como el hombre del que me había empezado a enamorar, volvería a tratarle como aquellos días que supuestamente éramos felices, mientras tanto... iba a ser igual de capulla que él.

Vivian me miró con su ya conocida condescendencia.

—¿Es ella?

—Sí. —Abrí la puerta y mandé pasar a Dwayne—. Necesito que busques a alguien que la siga, que la tenga protegida las veinticuatro horas del día, pero que ella no se enteré. —Abrí mucho los ojos y negué con la cabeza. Si se enteraba me iba a matar—. Ya has visto qué genio tiene.

—Lo he podido comprobar, señor. Ha intentado empujarme asegurando que sus manos son armas mortíferas. Es graciosa. —Dwayne esbozó una pequeña sonrisa.

—Es única, Dwayne. —Noté cómo se dibujaba una sonrisa mucho más grande poco a poco en mi cara.

—¿Entonces por qué no está incluida en esta lista, señor? —Dwayne parecía tener cierta curiosidad por ella.

—Porque es la única manera de que no esté sola en ninguna parte del hotel. No me fio de Jonathan.

—He puesto a uno de mis hombres a investigarle, pero no encontramos nada. Ni siquiera le encontramos a él.

—¿Por qué ese tal Jonathan te preocupa tanto? —Vivian no conocía la historia al completo.

—Está amenazando a muchas personas.

—¿Es el ex de esa chica?

—Esa chica se llama Mariola. —No iba a permitir que le faltase al respeto—. Ha entrado en mi despacho y solamente se ha llevado sus fotos. Es un peligro para todos.

—Señor, me ha mandado James un mensaje. Mariola acaba de llegar al despacho de Frank.

—Sí, va a recoger las entradas para el concierto de esta noche. Necesito que estéis allí, pero...

—Que no se nos vea. Entendido, señor.

—¿Por qué haces todo esto por ella, cariño? —Vivian me acarició la cara y, a veces, me seguía quemando aquel acto.

—Porque ella me importa... Porque la quiero, Vivian.

—¿Y ella lo sabe? —Su gesto se torció, parecía no hacerle gracia lo que yo mismo acababa de admitir.

—No, ni lo sabrá por ahora. —Me costaba admitir que mantenerla lejos de mí era lo mejor—. Está más segura lejos de mí. Aunque me parta el alma en dos, aunque me duela cada segundo que no paso a su lado. —Me pasé la mano por la cara para tragarme lo siguiente que iba a decir, tal vez de aquella manera no sería real—. Aunque haya otro tío en su vida ahora mismo.

—Si no se lo dices, pasa página y olvídate de ella. Como tú bien acabas de decir, ella ya está rehaciendo su vida. Haz tú lo mismo. —Se acercó a mí, pero mi cuerpo la rechazó de inmediato.

—Yo soy el culpable de que Ryan esté a su lado.

Di la espalda a Dwayne y a Vivian, observé la calle desde el gran ventanal de mi despacho.

La ciudad estaba a medio gas aún. Un sábado no era normal ver demasiados turistas tan temprano. ¿A quién demonios quería engañar? Me daban igual los turistas, los que iban o volvían de trabajar. Solamente quería ver que Mariola volvía al hotel para estar conmigo.

Cuando llegué al despacho de Frank, tras atravesar la discográfica por completo acompañada del de seguridad que no se despegaba de mi culo, me encontré a Justin allí.

—Buenos días.

—Hola, Mariola. Nos has pillado con tus carpetas y nos estamos volviendo locos con algunas cosas. —Frank se levantó para besarme.

—No comprendo la mitad de estas cosas. —Justin agitaba un montón de papeles en la mano—. No sé qué leches es todo esto.

—Déjame ver. —Los cogí y miré por encima—. Son los contratos del local que debéis revisar con los abogados, papeles a presentar en organismos como Sanidad y cosas de esas. —Se los quitó de las manos—. Déjamelos que te los miro y ya te marco las cosas que he visto que no me gustan.

—Si es que eres un sol, Mariola. —Frank sacó un sobre de uno de los cajones—. Los pases. Jus, tenemos la reunión con los decoradores y están a punto de llegar. Yo que quería ir a comer con Alex y se me está complicando el sábado. —Frank parecía muy agobiado.

—Alex ya tiene qué comerse hoy. —Carraspeé y les sonreí—. ¿Puedo ayudaros con algo más?

—No, solo es que se me están acumulando ciertas cosas. Ayer estuve... —Cerró la boca a cámara lenta y supe que había hecho algo de lo que no quería que nos enterásemos.

—Te has quedado a medias. —Comprobé el brillo que Frank tenía en los ojos y todo indicada que el final de su frase era "*viendo a Sonia*".

—No quiero meterme en ningún lío contigo, Mariola.

—Como me digas que has estado con Sonia... —Le miré, no contestó y supe que había dado en el clavo—. Solo dime que está bien, que está mejorando y que queda poco para que vuelva a casa.

—No pude hablar con ella, pero estuve con su médico y la psicóloga. Está haciendo un gran trabajo y se ha abierto mucho. —Sonrió—. La vi unos segundos en el jardín mientras meditaba y estaba en paz.

—¿Te dijeron cuando... —No quise terminar la frase por si la respuesta no era la que estaba esperando.

—En un mes harán una evaluación y nos dejarán visitarla. Si todo va bien, unas semanas después podría volver a casa.

Aquello, dentro de todo lo que nos estaba pasando, era un soplo de aire fresco. Tal vez en un par de meses Sonia podría volver a estar con nosotros, podría volver a trabajar en la academia, a vivir con su hija y a comenzar a llevar una vida normal. Me quedé pensando en un par de ideas que había tenido las últimas semanas.

—Ya le está dando vueltas en la cabeza a algo. Lleva unas semanas ojeando páginas de alquiler de pisos y eso significa dos cosas. —Escuchaba a Justin casi de fondo—. O pretende abandonarnos o quiere mirar algo para cuando Sonia vuelva.

—No voy a abandonaros, pero necesito la ayuda de mi hermana. Que, por cierto, he quedado con ella. —Miré el reloj—. Me tengo que marchar. Vamos a ver vestidos de novia. Pero antes tengo que ir a la oficina.

—Es sábado.

—Sí, pero me he olvidado de unas cosas para trabajar mañana en casa.

—Tienes que descansar. Además, hoy tienes una gran cita con R... —Justin se quedó a medias en la frase, pero Frank ya lo había pillado al vuelo.

—¿Vas con Ryan al concierto? —Frank dejó lo que estaba haciendo para acercarse a mí.

—Sí.

—Tan sincera como siempre.

—No voy a mentir ni a ocultarme. Me vais a ver a la tarde y no quiero que sea algo incómodo. Ryan no se merece pasar por nada raro por nuestra culpa.

—Me parece bien, Mariola. No me tienes que explicar nada. —Puso su mano en mi hombro.

—No es eso, pero no quiero que sea algo raro estando Alex.

—No te preocupes por él. Tal vez así se le quiten todas las...

Frank no quiso continuar y yo no quise saber nada más, así que me despedí y me fui a la oficina. Era sábado y no había nadie. Estaba en el cuarto donde teníamos como un millón de carpetas con muestras, direcciones y datos de empresas con las que trabajábamos a diario. Estaba subida en una de las estanterías, con una pierna a cada lado, cuando escuché unos ruidos que venían del otro lado del pasillo. Bajé sin hacer ruido y busqué algo con lo que defenderme. Lo único que encontré fue una espada de mentira que utilizamos en una fiesta medieval unos años atrás. Pero eso quien estaba haciendo los ruidos no lo sabía. La empuñé con fuerza y salí muy lentamente. Comencé a recorrer los pasillos y me acerqué más y más al ruido. Provenía de mi despacho que estaba abierto. Me quedé unos segundos escondida en una esquina desde la que podía ver la sombra que pululaba por allí.

—Joder, Mariola. Tú eres igual que esas rubias tetonas de las películas de terror. No durarías ni un minuto en *Scream*²¹¹. —Apreté fuertemente mi mano alrededor de la empuñadura.

Respiré varias veces, me llené de valentía y entré corriendo en mi despacho y gritando.

—¡No te muevas, estoy armada y soy peligrosa!

La persona que estaba allí ni se inmutó. Estaba de espaldas a mí, con los cascos puestos colocando cosas en la estantería. Comenzó a cantar en voz alta. Entonces le reconocí.

—Scott, la madre que te parió. —Me acerqué a él y le arranqué los cascos—. ¿Tú eres idiota? ¿Qué coño haces aquí en sábado? No te pagamos suficiente para que estés hoy en la oficina.

—Dame unos segundos porque me acabas de matar de un susto. —Tenía la mano en el pecho y cerró los ojos un par de segundos—. Ayer no vine a trabajar y quería tener todo organizado para el lunes. Sé que te gusta tener todo en su sitio y después de estas semanas... —Me miró sin querer decir nada más.

—¿Cómo has entrado?

—Me ha abierto el de seguridad.

—No había nadie cuando he venido yo. He abierto con mis llaves.

—Había un vigilante de seguridad haciendo la ronda por esta planta cuando he llegado.

Me quedé mirando el pasillo. No recordaba que tuviésemos a nadie de seguridad, pero también era verdad que hacía tiempo que no me pasaba un sábado por la oficina.

—Voy a recoger un par de cosas que estaba buscando y me voy que he quedado con mi hermana.

—Yo estoy acabando. Salgo contigo.

Diez minutos después salimos del edificio, me despedí de Scott y esperé a que pasase un taxi, ya que tenía que ir al otro lado de Central Park. Mientras esperaba, me entró un escalofrío. Tenía la sensación de que me estaban vigilando. Di varias veces la vuelta esperando a ver a Jonathan detrás de mí o en la acera de enfrente, pero no había nadie. Tenía a mucha gente que caminaba en diferentes direcciones a mi alrededor, pero nada fuera de lo normal a aquella hora. Me fijé en un hombre, de no más de treinta años, observándome desde la acera de enfrente. Llevaba unas gafas de sol y parecía hablar por teléfono, pero no me quitaba ojo. Aparté la vista unos segundos y al

volver a mirar, aquel hombre comenzó a caminar. Estaba empezando a obsesionarme.

Cuando llegué al edificio, María estaba ansiosa por entrar a probarse vestidos de novia. Era el taller privado de Samuel Heek, uno de los diseñadores que había despuntado en los últimos meses en la semana internacional de moda para novias.

—¿Lista?

—Me muero de ganas.

Subimos al loft y en cuanto entramos, a María le hicieron los ojos chiribitas. Samuel había apartado ya varios vestidos para que ella se probase. Les había mandado un *e-mail* adelantándome a mi hermana con sus gustos y cómo quería que fuese su boda.

—Buenos días, Mariola. Siempre es un placer verte. —Me besó y abrazó.

—Vamos a encargarte a ti el vestido, Sam, así que la pelota a mi hermana.

—¿Sois todas tan preciosas en vuestra familia? —Besó a María.

—Tata, me encantan tus amigos. —María en cuanto le soltaban un par de piropos, se enamoraba.

—Mi hermana quiere una boda de cuento de hadas, de ninfas y de bosques encantados.

—Pues estaba diseñando algo que encaja. —Se acarició la barbilla—. Pero primero pruébate las muestras que te he dejado aquí, para saber qué corte y telas se adaptan mejor a tu cuerpo y estilo.

—Me muero de ganas de empezar. —María se fue dando saltos a la zona que estaba destinada como probador, que era una parte de la habitación con unas grandes cortinas hasta el suelo de color berenjena.

—Y para ti, Mariola, tengo un vestido impresionante. Seguro que dentro de poco tienes una fiesta en la que lo podrás lucir.

—La novia soy yo y os debéis centrar en mí y en mis deseos. —María salió medio desnuda al medio de la sala.

—No podéis negar que sois hermanas. Tenéis el mismo genio.

Aunque María tenía una idea muy fija en su cabeza, le pedí que se probase aquellos vestidos para que Sam comprobase lo que necesitaba para diseñárselo. Me senté en el sofá que estaba pegado a la ventana y el ayudante de Sam trajo una botella de *Taittinger* y dos copas.

—Justo lo que necesitaba meterme en el cuerpo.

—Hermanita, ¿no tienes que contarme nada?

—No. —Serví dos copas.

—¿Estás segura? —Sacó la cabeza y me escudriñó con la mirada.

—¿Sobre qué? —Descorché la botella.

—Has cambiado al Capitán América por el SEAL sexy. No es mal cambio, mientras te trate bien.

—¿Apruebas una de mis... —Le di un trago al champán tratando de buscar una palabra para Ryan y para mí. No tenía muy claro qué éramos o qué no.

—Sea lo que sea, te hace sonreír. Ya no estás tan triste como cuando llegamos. Sé que ha pasado poco desde lo vuestro y que tal vez Ryan sea una válvula de escape, pero hay veces que es necesario tocar fondo y que alguien te rescate, para comprobar que hay personas que siempre estarán a tu lado. Aunque aparezcan cuando menos les esperas.

Volvió a meterse al probador y Sam entró con ella para ayudarla con toda aquella tela. Me quedé pensando en las palabras de mi hermana. Muchas veces sus consejos no eran demasiado buenos o no acertaba con el momento de darlos, pero en aquel acertó. Abrí el móvil y le mandé un mensaje de voz a Ryan.

—Espero que ese caso no nos estropee la cita de esta noche. Sí, he dicho cita.

Le di a enviar y sonreí esperando su respuesta. No tardó más de veinte segundos en enviarme otro audio de vuelta.

—Nunca me han gustado demasiado las citas, pero contigo haré una excepción. Deseando pasar a buscarte.

Le envié un mensaje para quedar sobre las cinco en casa. Así podríamos ir paseando hasta el local.

Mi hermana estuvo probándose vestidos sin que le convenciese ninguno, hasta que Sam hizo magia y le enseñó uno que le encajaba a la perfección.

—¿Puedes traerme el velo y unos pendientes para que se vea como una novia? —Sam sacó la mano por la cortina.

—Por supuesto. —El ayudante no tardó ni dos segundos.

María salió radiante y no encontré las palabras. Su sonrisa eclipsaba el precioso vestido que llevaba y eso que solo era una prueba con telas a medio poner. Fue con los ojos cerrados de la mano de Sam hasta el centro de la sala, se subió en el pódium preparado para ella y Sam le pidió que no abriese los ojos hasta que no se lo dijese. Colocó la pequeña cola del vestido, junto con el velo y se apartó de ella. Me levanté situándome al lado de Sam. Me llevé la mano a la boca y noté cómo se me escapaba una lágrima. No me había pasado nunca con una novia, pero era mi hermana mayor.

—Espero que te guste tanto como a tu hermana.

Cuando abrió los ojos supimos que ya había elegido. Se le iluminó tanto la mirada que no pudo negar en ningún momento que estaba encantada con aquel vestido. Dio un par de vueltas para ver bien el escote de la espalda y la cola. Pero noté algo extraño en su mirada. Quise creer que era porque nadie más de nuestra familia estaba con nosotras en un momento tan especial, que el vestido no era más que un esbozo de lo que llevaría el día de su boda, pero me preocupó.

—¿Estás bien, María?

—Sí, es solo una tontería. Hasta este momento no me he dado cuenta de que me caso. —Levantó un hombro y se mordió el labio.

—¿Ahora te das cuenta?

—Sí, ahora se está haciendo realidad y me da miedo. Me da miedo que...

No quiso decir nada más. Se pasó la mano por la cara, tratando de ocultar unas lágrimas que había derramado y me mostró su gran sonrisa, la que usaba como coraza cuando algo no iba bien.

—Ya tengo la idea, María. Sé lo que quieres, sé lo que necesitas y sé perfectamente qué hacerte.

—¿Seguro?

—María, tú deja todo en sus manos. Será una obra de arte.

Mi hermana se metió dentro del probador sin decir una sola palabra más. Me preocupaba y sabía cómo hacer que hablase.

—Tata, date prisa que tenemos reserva para comer sushi en diez minutos.

Nos despedimos de Sam, pero María no estaba bien. No tenía ni idea de lo que se le estaba pasando por la cabeza en aquel momento, pero después de unos makis y un poco de sashimi, me lo iba a contar todo. Llegamos a *Sushi Damo* y nos sentamos en la barra. Pedimos un par de cervezas, pero mi hermana no dijo ni una sola palabra.

—¿Me vas a hacer que pida ya sake? ¿Qué sucede, María?

—No lo sé. Me acabo de acojonar al verme con el vestido.

—No comprendo cómo te acabas de dar cuenta de que te vas a casar.

—A ver, no es que no quiera, pero... ¿Y si todo cambia? ¿Y si al casarnos todo se acaba?

—Tú estás enamorada de Mark y él te adora, besa el suelo por donde pisas. Todo saldrá bien.

María sonrió, pero no terminó de convencerme. No quise seguir preguntando, porque la conocía a la perfección. Si seguía insistiendo, acabaría mandándome a tomar por culo y cerrándose en banda.

Tras la comida dejé a mi hermana en el hotel y el mismo taxi me dejó veinte minutos después en casa. Mike me había dejado una nota: Andrea ya estaba en casa de su amiga, Justin estaba con Scott y él se había ido a correr. Me quedaba menos de media hora para que Ryan se pasase a buscarme.

Me duché y preparé en tiempo record. Me decidí por un vestido de tirantes blanco corto, con unos botines negros bajos y una cazadora. El pelo me lo sequé muy poco y me salieron los rizos locos.

Ryan llamó a las cinco menos cinco al timbre. Al bajar le encontré apoyado en la barandilla con el móvil en la mano.

—Hola, guapo. —Me acerqué lo suficientemente a él para meter mi mano por dentro de su camiseta y poder acariciar su espalda—. ¿Sabes que no me puedo resistir a los tíos con tatuajes?

—¿Sabes que yo no me puedo resistir a ti?

Sus besos eran la medicina que necesitaba en aquel momento. Me hacía sentir tan bien, que me olvidaba de lo que tenía en la cabeza.

—Estás impresionante, Mariola. —Subió el tirante rebelde de mi vestido—. Y desde aquí las vistas son aún más espectaculares. —Sí, me estaba mirando las tetas descaradamente y no se cortó cuando le miré.

—Eres un poco descarado.

—Contigo todo es poco. —Me agarró de la cintura.

Me hizo sonreír por las cosquillas que me hacían sus dedos en mi cintura. No dejé de sonreír hasta que llegamos al *Smalls*. Mark y mi hermana estaban en la entrada hablando con Frank. No parecía que hubiese llegado nadie más.

Entramos en el club y nos dirigimos a una zona que teníamos reservada. Mark aprovechó que mi hermana estaba hablando con Ryan para agarrarme de la mano.

—¿Va todo bien, Mariola?

—Sí.

—¿Seguro?

—Venga, Mark, sé directo. ¿Qué te preocupa? —Nos acercamos a la barra.

—Tú.

—¿Yo? Madre mía, llevo el culo al aire desde casa y no me he dado cuenta.

—No es eso, Mariola. ¿Te has olvidado de Alex?

—¿Pero que os ha dado a todos hoy?

—Sé que no tengo que meterme, que no soy nadie para decirte nada, pero no quiero que sufras. —Me agarró de la mano y se la llevó a la boca.

—Mark, estoy en una edad en la que no quiero arrepentirme de nada. Con Alex lo intenté, le... le sigo queriendo, está claro. No puedo ir en contra de mi corazón, pero le seguiré queriendo porque, aunque se haya comportado como un gilipollas, sé que es buena persona y que está pasando por algo que no me ha querido contar. ¿Que en un futuro puede que volvamos a estar en la misma sintonía? Puede. ¿Que con Ryan todo sale bien? —Levanté los hombros y sonreí abiertamente—. No lo sé. No sabemos lo que va a suceder mañana, ni siquiera lo que sucederá en unos minutos. No quiero arrepentirme de no intentar ser feliz. Puede que funcione o no, pero la

vida es corta.

—¿Y Ryan?

—Los dos sabemos dónde nos estamos metiendo. Somos adultos. —Miré hacia la otra parte de la sala y sonreí—. No te preocupes por mí, Mark, estoy bien.

Nada más decir aquellas dos palabras, Alex entró en la sala y se dirigió hacia donde estaba Ryan y María.

Pedí una ronda de cervezas a la camarera y fui con las diez en las manos hasta nuestro reservado.

—Brindemos. —Fui ofreciendo uno a uno las cervezas, hasta que llegué a Alex y me miró con un brillo que reconocía en sus ojos. Le sonreí—. Por una noche entre amigos.

—Salud.

Chocamos las cervezas y bebimos. Yo miré a Ryan que me guiñó un ojo, pero notaba cómo Alex no había apartado su mirada de mí ni un solo segundo. Y sí, Alex, muy a mi pesar, me seguía poniendo nerviosa.

Una hora después el local ya estaba lleno y las luces se apagaron para dar comienzo al concierto de Jamie Cullum y no podía hacerlo de una manera mejor. Las primeras notas de *The same things* empezaron a animar el local y yo me prometí dejarme llevar y hacer lo que me apeteciese aquella noche. No iba a ponerme ningún límite, bueno... me puse solamente uno. Me prometí a mí misma ser fiel a mis principios y a mis sentimientos en todo momento.

Mariola cantaba la canción como si le fuese la vida en ello. Llevaba un vestido blanco y los tirantes no hacían más que resbalar de sus hombros, dejando a la vista alguno de los tatuajes de su espalda. Esos tatuajes que había memorizado las noches que pasé con ella mientras Mariola dormía. Había hecho un pacto conmigo mismo de no molestarla con mis miradas ni decir nada fuera de lugar, pero era muy complicado no mirarla, era imposible no hacerlo.

El concierto estaba siendo perfecto, el ambiente que teníamos era genial y no había habido ninguna palabra fuera de lugar de Ryan ni de la hermana de Mariola, que no hacía más que mirarme. Creo que me estaba amenazando mentalmente con no acercarme a su hermana.

—¿Unos chupitos? —María había vuelto de la barra con una botella de vodka congelada.

—María, sabemos cómo puedes acabar. Eres capaz de ir a arrancarle el micrófono a Jamie.

—No me tientes, porque me parece monísimo.

María nos sirvió la ronda y alzó su chupito para brindar.

—Por los nuevos inicios, por las aventuras, por los amigos que conoces en la otra punta del mundo, por que seamos felices siempre y por todo lo bueno que está por llegar. —Miró a su hermana—. Para que todo lo malo se quede en un recuerdo del pasado. Por que jamás nada nos borre la sonrisa de nuestras caras.

—Por que, pase lo que pase, la felicidad nos persiga el resto de nuestras vidas y nos atrape.

—Mariola tenía un brillo en los ojos muy especial. Se le caía la baba con su hermana.

Brindamos y noté la mirada de Mariola perdida en aquella sala. No miraba a nadie, pero nos miraba a todos. Como si quisiera que aquella noche se quedase en nuestras memorias para siempre. Como si quisiese que, aunque la vida nos deparase malos momentos, recordásemos aquel brindis y sonriésemos.

—Ahora vuelvo. —Ryan besó a Mariola y se alejó con el teléfono en la mano. Parecía algo urgente y yo aproveché la oportunidad.

—¿Estás bien, Mariola? —Me acerqué a ella cuando se sentó un poco alejada del resto.

—Sí, es que mi hermana me ha recordado una frase de mi abuela. —Trató de ocultar lo que

verdaderamente estaba pensado con una de sus sonrisas, pero la conocía demasiado bien. Por su cabeza estaba pasando algo más.

—Sé que las cosas entre nosotros han terminado mal por mi culpa, pero no quiero perderte por completo, Mariola. Me gustaría seguir siendo tu amigo.

—¿Esto es por que he... —Dejó de hablar y parecía que estaba organizando en su cabeza lo que me quería decir para no hacerme daño.

—No es porque Ryan y tú hayáis empezado algo o lo que hayas decidido. —Me temblaban las manos al reconocer que entre ellos estaba sucediendo algo más—. No quiero perderte del todo. No quiero que desaparezcas de mi vida por completo. Además, Jason no me lo perdonaría en su vida.

—Así que es por Jason. —Ladeó la cabeza y le pegó un trago a la cerveza.

—No es solo por él. —Noté cómo empezaba a dibujarse una de sus sonrisas traviesas en la cara—. ¿Por qué me sigo sintiendo como un niño perdido contigo?

—No sé si me estás llamando vieja o algo por el estilo. —Se quedó tan seria que pensé que se había enfadado—. Solo tengo cuatro años más que tú, pero eso te dio igual cuando decidiste arrancarme las bragas. En aquel momento no eras tan niño.

Comenzó a levantar la ceja derecha, se mordió los labios tratando de que no se le escapase una sonrisa y le dio un trago a la cerveza.

—Vale, me he ganado unas cuantas ironías más tuyas por mi forma de comportarme. Siento mucho todo lo que ha pasado, todo lo que... —Negué con la cabeza—. Siento mucho que lo nuestro no haya funcionado.

—No era nuestro momento. —Se levantó ofreciéndome su mano y la acepté—. Pero tal vez haya algún otro momento —me besó en la mejilla al decirlo—, nunca se sabe lo que la vida te va a regalar.

Se alejó de mí cantando la canción que estaba sonando en aquel momento. Me quedé unos segundos observándola mientras cantaba al son que Jamie estaba marcando con su Mixtape. Comenzó a saltar moviendo el vestido y dejándome ver su piel, como si aquello fuese Coachella^[22] y ella la única persona que estaba escuchando el concierto. Le daba igual lo que la gente pensase y eso precisamente era lo que tanto me gustaba de ella.

Ryan volvió media hora después preocupado.

—Muy a mi pesar voy a tener que posponer nuestra cita.

—No pasa nada, Ryan.

—¿Podemos salir un momento fuera? —No dejaba de frotarse la barbilla.

—Claro.

Salimos del local y nos sentamos en unas escaleras cercanas. ¿Tal vez tenía noticias de Jonathan y eran tan malas que no me las quería contar?

—Ryan, me estás asustando.

—Tenemos que posponer la cita, pero no sé por cuántos meses.

—¿Cómo? —No comprendía nada.

—¿Recuerdas la investigación con la que estaba? —Me agarró de la mano y afirmé con la cabeza—. La DEA^[23] nos ha pedido que colaboremos para atrapar a la banda al completo. Tengo que irme a Colombia mínimo seis meses.

—¿Cuándo te vas?

—A finales de la semana que viene. Ahora tengo que ir a comisaria. La DEA me espera allí para darme todas las instrucciones.

—¿Ahora?

—Sí, así es este trabajo. Nunca sabes cuando tendrás que salir corriendo y dejar a una preciosa chica sola. —Me agarró de la barbilla—. Pero mañana te invito a cenar a casa. Me encargaré de que mis hermanos no estén y tengamos toda la casa para nosotros solos. No me fio de que nos tengamos que ir el mismo lunes.

Sonreí tristemente al saber que lo que parecía que acababa de empezar, terminaba tan rápido. Seis meses no eran una vida, pero eran el tiempo suficiente para que las cosas cambiaran.

—Tengo que irme ya. Te acompaño dentro.

—No te preocupes, necesito un poco de aire.

—Mañana tendrás la mejor cita de tu vida, te lo prometo. Mientras, disfruta de esta noche con tus amigos. —Señaló el interior del local con la cabeza y me besó.

Vi a Ryan alejándose por la calle buscando un taxi y me quedé sentada en las escaleras pensando en lo rápido que las cosas cambian. Me daba vértigo no tener las cosas planeadas.

Media hora después volví a entrar y mi hermana me notó en la cara que algo pasaba. Al contárselo su cara también cambió.

—¿Seis meses?

—Mínimo.

—Qué putada, tata. —Sirvió dos chupitos—. Un *putadón*. —Bebimos de trago y mi hermana me miró muy seria—. ¿Vas a esperar a que vuelva?

—¿Cómo?

—Es como si se fuese a la guerra y no sois más que dos amigos que han follado. Un muy buen polvo por lo poco que sé, pero no sois nada más que eso. ¿Vas a poner en pausa tu vida por él?

Me quedé en silencio y dejé de disfrutar del concierto. Mi cabeza se quedó dando vueltas a la pregunta de mi hermana. Una pregunta muy jodida en aquel momento en que Alex me había pedido que fuésemos amigos porque no me quería perder del todo. Necesitaba algo más fuerte que las cervezas. Mi vida, una vez más, se ponía patas arriba.

—Yo me voy, Mariola. —Frank se acercó a mí antes que el resto—. Los chicos no han podido llegar al concierto y voy a cenar con ellos.

—De acuerdo.

—¿Estás bien?

—Muy bien. —Afirmé mientras me bebía el nuevo chupito—. Ahora *me voy* a ir a *cenar algo*. —Se me comenzaban a unir demasiado las palabras.

—¿Y Ryan?

—Me voy sola. Ryan se... ha tenido que ir... a trabajar.

Frank me dio un beso y se marchó sonriendo. Mi hermana también se fue con Mark, ya que tenían una mesa reservada para cenar en un sitio misterioso que Mark no quiso decirnos. Nos quedamos Alex y yo solos sin saber qué decir.

—Yo... —Lo dijimos los dos a la vez.

—¿Quieres que te acerque a casa?

—Voy a cenar algo, necesito meterme algo en el cuerpo. La comida de hoy ha sido devorada casi íntegra por mi hermana y no he desayunado en condiciones. —Me tragué un eructo que estuvo a punto de salir—. Necesito comer algo antes de llegar a casa.

—De acuerdo.

—Voy a ir a comer unos tacos a *Agave*. ¿Quieres venir?

—Yo...

—Has dicho que querías que fuésemos amigos y los amigos van a comer unos tacos y

comparten unos nachos con unas cervezas.

Alex no parecía estar muy convencido de mi invitación, así que tras pagar los chupitos y recoger lo que me había dejado arriba, me fui sola. Estaba a dos minutos de la sala de jazz. Nada más llegar me senté en la barra. Pedí unos tacos y una cerveza para terminar la noche.

—¿Y nuestros nachos para compartir?

Al girarme vi a Alex a mi lado apartando una silla para sentarse.

—Somos amigos o quiero que lo seamos. Tendremos que normalizar nuestra relación para hacerlo posible. —Estaba mirando fijamente la carta.

No dije nada más y sonreí sin apenas darme cuenta. Pedí unos nachos y Alex unas enchiladas para acompañar la cerveza que le sacaron. No hablamos en varios minutos hasta que Alex rompió nuestro silencio, que ya estaba haciéndome perder la paciencia.

—Pensé que cenarías con Ryan.

—Le reclamaba la DEA por un viaje a Colombia. Parece que no acierto yo con... —me mordí los labios para no decir nada más.

—¿Se va a Colombia?

—Sí, una acción conjunta o algo así. Tampoco me ha contado mucho más, pero mínimo seis meses.

—Lo siento. —Le dio un trago a la cerveza.

—No lo sientes, Alex.

—¿Tan malo soy mintiendo?

—Demasiado.

Nos empezamos a reír los dos, no de que no sintiese que Ryan se fuese, si no de que, por primera vez en aquellos días, estábamos juntos sin tirarnos de los pelos ni echarnos nada en cara.

Dos horas después, quedaban pocos clientes en el restaurante y nuestra parte de la barra parecía un campo de batalla entre chupitos de tequila y cervezas.

—Creo que es... que es hora de irme... irme a mi... a casa. —Se me trababan las palabras.

—Te acompaño a casa, Mariola. No quiero que te pase nada de camino.

—Puedo coger un *tx... ta ...* uno amarillo. —Dejé mi tarjeta para pagar, aunque Alex trató de evitarlo—. Yo he bebido más y estaba aquí primero.

—Entonces yo pago la última copa antes de dejarte en casa.

Alex se encargó de parar a un taxi y le pidió que nos llevase al M1-5. Al llegar el local estaba casi lleno y me recordó a la vez que fuimos a tomar una copa después de cenar en Galli. Alex puso su mano sobre mi espalda y se situó a mi lado escudándome con su cuerpo. Su aroma, su maldito aroma se me metió de nuevo dentro y la sala comenzó a moverse a mi alrededor. Caminé firmemente hasta la barra sin caerme.

—¿Qué quieres?

—Lo que sea, pero que esté frío.

Respiré profundamente varios segundos mientras Alex esperaba a uno de los camareros. Alex se dio la vuelta, agarró mi mano y la otra la metió por detrás de mi espalda y pego su boca a mi oído. Había demasiado ruido como para escucharnos sin estar muy cerca.

—¿Mojito?

—Perfecto.

No me soltó la mano mientras pedía, ni cuando pagó, ni siquiera cuando dejó las bebidas a nuestro lado en la barra. Los dos bebimos sin hablar y empezaron a sonar las primeras notas de *Believe In Me* de Lenny Kravitz. Necesitaba bailar, necesitaba soltar todo lo que tenía en mi interior y mi cuerpo empezó a moverse solo.

«¿Dónde está el amor que teníamos? (...) Me siento como si hubiera terminado. Por favor, cree en mí».

Mariola caminó bailando hasta el centro de la pista, movía sus manos por sus caderas, levantando sin darse cuenta su vestido. Aquella canción parecía que hablaba de mí, de lo nuestro, en definitiva, de nosotros. La observé unos segundos y mientras se movía, mantenía los ojos cerrados, como si no quisiera que nadie la molestase, pero no me pude resistir. No me pude quedar quieto allí en la barra observándola de lejos.

Noté cómo alguien se pegaba a mi espalda, bajaba una de sus manos a mi cadera y la otra la situaba en mi tripa. Sabía que era él, sabía a la perfección que era Alex. Mi cuerpo le reconoció, no hacía falta abrir los ojos para saberlo. Mi cuerpo, muy a mi pesar, seguía recordando sus caricias, sus manos y su olor. La nariz de Alex jugueteaba en mi cuello. Subió su mano por mi cintura hasta la nuca, para apartar el pelo y pasar sus labios por él. En aquel preciso momento *el gran escalofrío* recorrió todo mi cuerpo. Mi respiración se había descontrolado por completo, hacía mucho calor en aquel local. Ladeé la cabeza conscientemente, dejándole el cuello disponible a Alex para que hiciese lo que quisiera. Lo hice con premeditación y con mucha alevosía. No le podía echar la culpa al alcohol, eso sería muy cobarde. Apreté sus dedos en mi tripa, haciéndome tener que cerrar fuertemente las piernas ya que mi excitación estaba escalando grados como si fuese una carrera. Nuestras caderas se movían al mismo son y Alex aprovechó para girar mi cuerpo, sin dejar de rozar el suyo, poniéndonos cara a cara. Sabía que tenía las pupilas completamente dilatadas. Solo me hizo falta mirar a Alex a los ojos para saber que los dos estábamos iguales.

—Lo siento, Mariola, pero no puedo ser tu amigo.

Metió su mano por detrás de mi pelo, pegó su boca a la mía y la atacó con una ferocidad que no recordaba. Como si necesitase comprobar que aquel beso era de verdad, que no era una fantasía creada por el alcohol de aquella noche. Se apartó de mí unos segundos, sin decir una sola palabra, mientras la canción seguía sonando ya demasiado lejos de nosotros.

—No quiero ser solo tu amigo.

Me perdí en su mirada, me perdí en sus palabras, me perdí por completo aquella noche. No me hubiese reconocido si no me hubiese dejado llevar, si no le hubiese seguido aferrada a su mano por las calles de mi barrio hasta el *Soho Grand Hotel*. No quería despedirme de él aquella noche.

En el hotel nos entregaron la llave del Loft Sur. Alex no me había soltado la mano desde nuestro baile, no lo hizo al entrar en el hotel, ni siquiera cuando entramos al ascensor. Al llegar a nuestra planta salimos lentamente y observé dónde estaba el baño. Necesitaba lavarme la cara, los dientes y mirarme bien en el espejo. Saber si la que estaba en aquella habitación era la verdadera Mariola o era la Mariola borracha a tequilas. Me lavé la cara varias veces, aprovechando los *amenities* para quitar el poco maquillaje que llevaba. Me lavé los dientes sin mirarme al espejo, me daba miedo mirar, que no hubiese un reflejo y que todo aquello fuera un sueño o algo peor. Apoyé las manos en el mármol de la encimera, apreté fuertemente los dedos y subí la vista hasta encontrarme conmigo en aquel espejo. ¿Estaba segura de aquello? ¿Sabía dónde me estaba metiendo de nuevo?

Comencé a escuchar *By your Side* de Sade desde la habitación. Aquella letra era como si saliese directamente de la boca de Alex.

«¿Crees que me alejaré de tu lado, nena? ¿Crees que te abandonaré cuando estés sobre tus rodillas? Si solo pudieras ver dentro de mí».

Al salir del baño me encontré a Alex en la terraza, observando las mejores vistas de la ciudad. El One World Trade Center se veía al fondo iluminado y quitaba la respiración. La ciudad de Nueva York estaba completamente a nuestros pies y no sentí vértigo, no sentí miedo por caerme, parecía que Alex estaría para no dejar que mis rodillas tocaran el suelo.

—Me había olvidado de lo increíble que es esta ciudad. Tú me has enseñado a ver todo de otra manera, a disfrutar de las pequeñas cosas, pero fui tan estúpido que te dejé escapar. —Se dio la vuelta para mirarme—. No dejes que te aparte de mí de nuevo. Sé que Ryan y tú sois más que amigos, pero dime que con él sientes lo mismo que conmigo —casi lo susurró mientras me agarraba fuertemente de la cintura, como si pensase que iba a salir huyendo de aquella terraza sin mirar atrás—. Dime que con él te tiemblan las piernas de la misma manera.

Acercó lentamente sus labios a los míos, pero se quedó a escasos milímetros. Su barba me hacía cosquillas en la cara.

—Dime que te recorren los mismos escalofríos cuando te besa. —Rozó suavemente mis labios con los suyos, aprovechando para recorrerlos con pequeños mordiscos que me estaban haciendo perder la poca razón que me quedaba.

Me agarró de la cintura metiéndome dentro de la habitación y corriendo las cortinas con una mano. Me dejó en medio de la habitación, atenuó las luces y me observó. Me recorría con su mirada y Sade comenzó a sonar en bucle, una y otra vez. Se deshizo de sus zapatos, quedándose descalzo delante de mí. Llevaba una camiseta blanca y unos pantalones de vestir. No necesitaba nada más para seguir pareciéndome el hombre más atractivo del planeta. Comenzó a bajarme los tirantes lentamente como si supiese que, al hacerlo, el juego de seducción desaparecería. El vestido me cayó sobre la cadera y a los segundos terminó en el suelo, dejando a la vista mi sujetador blanco. Sí, no era el más sexy, pero eso a él parecía darle igual. Me dio la vuelta, dejándome un reguero de besos por mi cuello y mi nuca, mientras su mano desabrochaba el sujetador, dejando que cayese al suelo con el vestido. Se separó por unos segundos, pero no tardó en volver a poner sus manos sobre mí, esta vez en la cintura para volver a girarme, poniéndonos cara a cara de nuevo.

«Cuando te pierdas, cuando estés sola y no puedas regresar, yo te encontraré. Cariño, te llevaré de vuelta a casa».

Acarició con sus manos mi cintura, pasando por los laterales de mi cuerpo, subiendo por los brazos y llegando a la cara. Metió sus manos entre mi pelo y tiró levemente de él, obligándome a pegarme a él. Sus ojos recorrían toda mi cara, como si la estuviese memorizando por si aquella noche fuese la última. Puse mis manos sobre su pecho temblando, sabiendo que aquello no era un sueño, que volvía a tenerle cerca, peligrosamente cerca.

Memoricé el brillo de sus ojos, las pecas casi imperceptibles de sus mejillas, el rubor de estas y sus labios entreabiertos esperando por mí. Quise recordar todo por si no tenía más ocasiones de disfrutar de ella. Recorrí con mi nariz la suya, acercándome lentamente a su boca, para disfrutarla lentamente, como si fuese un dulce manjar que no quería terminar de saborear.

—¿Qué estamos haciendo, Alex?

—Lo que los dos deseamos, Mariola. —Cerré los ojos un instante—. No me digas que es solamente efecto del alcohol.

—Tú te sientes como un niño a mi lado y yo... —puso sus manos en mis mejillas, acto que me estremeció—. Me siento perdida cuando te comportas así, como si fuese lo único importante de tu mundo.

—Lo eres. Siento haber sido un idiota y haberme dejado comer por el miedo. Sé que no lo vamos a tener fácil, sé que tendré que trabajármelo mucho para recuperar tu confianza, pero

quiero que lo intentemos. Tal vez no mañana ni dentro de una semana, pero podemos empezar a recuperar eso que tuvimos y que no se ha desvanecido.

Se quedó unos segundos en silencio, como si estuviese haciendo una lista en su cabeza de mis pros y mis contras. La ladeó, cerró los ojos y me regaló su sonrisa más sincera y preciosa hasta aquel momento.

—No sé que sucederá mañana, pero esta noche solo seremos tú y yo.

Puso sus manos de nuevo en mi pecho y me empujó tirándome sobre la cama. No dijo nada más y se sentó a horcajadas sobre mí. Comenzó a besarme el pecho, subió por el cuello, pasó por mis mejillas... Se estaba haciendo de rogar el beso. Mi cuerpo reaccionaba a sus caricias. Mi piel la seguía reconociendo. No se había olvidado de ella, ni mi cuerpo... ni mi corazón.

Pasó lentamente sus labios por los míos, sin besarme realmente, solo los rozaba. Se separó y acarició su nariz con la mía. Estaba aún saboreando el beso del M1-5, pero necesitaba más, quería más. En un momento de despiste de Mariola, giré todo mi cuerpo y la dejé debajo de mí. No esperé más a devorar su boca, a hacerlo con necesidad. Mis manos recorrían todo su cuerpo, topándome con su ropa interior. Me separé de ella, la miré a los ojos mientras sostenía la goma de su culotte y se mordió los labios. Sin hablar, sabía en lo que estaba pensando. Tiré de ellas y de su garganta salió un gemido que me excitó. Su cuerpo se estremeció bajo el mío y no dejó de hacerlo durante toda la noche. Disfrutamos de besos llenos de intenciones, de caricias provocadoras y del mejor sexo que podía imaginar.

Su cuerpo y sus manos me llenaron de placer toda la noche. No quería que se despegase de mí, pero me quedé dormida sobre su pecho bien entrada la madrugada, completamente satisfecha y feliz.

Unas caricias me despertaron cuando el sol aún no había salido por completo. Estaba entrando por el hueco que dejaba una de las cortinas de la terraza. Sonreí cuando comencé a escuchar la versión de *Be my baby* de Leslie Mendelson, mientras los dedos de Alex recorrían mi espalda.

—Buenos días, nena.

—¿Ya es de día?

—Aún no ha terminado nuestra noche. —Se tumbó sobre mí y echó la sábana sobre los dos—. Si no salimos de aquí debajo, no cambiamos de día.

—¿Una sábana puede parar el tiempo?

—Tú eres la que puedes parar el tiempo, cariño. Eres la única capaz de hacer eso —me besó en la comisura de los labios al decirlo— cada vez que estoy contigo. Un minuto contigo equivale a muchas vidas.

—Ya me has llevado a la cama de nuevo. No hace falta que me regales los oídos.

—¿Regalarte los oídos? —Levantó la ceja y supe que no me comprendía.

—Sí, venderme la moto. —Negué con la cabeza y abrí mucho los ojos—. ¿En qué mundo encorsetado has vivido hasta ahora?

—Tú es que hablas raro y dices cosas que diría mi hijo.

—Dios mío. —Cogí su cara entre mis manos—. Treinta años casi y aún no sabes hablar. Necesitabas que apareciera en tu vida sin falta.

—No tienes ni idea de la falta que me haces.

Se levantó, tiró de mis piernas, me agarró del culo y me llevó a la ducha sin dejar de besarme en ningún momento.

—Voy a pedir el desayuno antes de que termine de amanecer y sea un nuevo día.

Salió del baño y me metí debajo del agua. Sabía que una vez que pusiera un pie fuera de aquel

hotel, la realidad me daría una bofetada de las buenas. Aquel mismo día había quedado con Ryan. *Joder, Mariola. La has liado buena.*

—¿En qué piensas? —Alex entró en la ducha y me di la vuelta para mirarle.

—No te va a gustar la respuesta.

Alex echó la cabeza para atrás un segundo y suspiró fuertemente.

—En Ryan y en lo que sucederá en el momento que salgamos de aquí. —Me volvió a mirar con un gesto de tristeza.

—Te he dicho que no te iba a gustar, pero no voy a mentirte.

—No es que no me guste, sé que tú y él habéis tenido más que una cena o unas copas. No me gusta, pero... ¿lo entiendo? —Volvió a mirarme levantando los hombros sin creérselo.

—Alex...

—No me tienes que dar ninguna explicación. Yo fui un capullo y te dejé ir, te evité por miedo. Te envié directa a él.

Desayunamos en la terraza viendo el amanecer y recordé que no hacía muchos días había hecho lo mismo con Ryan. Me removí nerviosa en la silla en la que estaba acomodada al lado de Alex, mientras él tenía su mano sobre la mía y miraba al horizonte. Le observé y parecía estar tranquilo.

—¿Qué va a pasar ahora? —No, no estaba tan tranquilo como quería hacerme ver.

—No lo sé, Alex. Te diría que lo podemos retomar donde lo dejamos, que olvidemos estas semanas o meses, que las cosas pueden ser iguales, pero tengo que arreglar... Tenemos que arreglar ciertos asuntos.

—Jonathan.

—Sí, no sé que tiene en tu contra, pero cada vez que me acerco a ti tengo un *e-mail* o una visita desagradable. —Me senté en el regazo de Alex—. No quiero que te pase nada, no quiero que tenga nada para ir contra ti.

—¿Y si yo sé lo que tiene en mi contra?

—¿Cómo? —Me extrañó que él lo supiera y no me hubiese dicho nada.

—Eres tú. Hasta ahora no habías tenido ninguna relación larga ni habías triunfado tanto. Él siente que sigues siendo parte de su vida y quiere que tus triunfos no lo sean.

—No puede ser eso. Está mal de la cabeza, tal vez sus malos negocios le hayan afectado más de lo que me imaginaba. Cuando...

No estaba preparada para contarle lo que sucedió entre Jonathan y yo la última vez que nos vimos años atrás, así que me quedé en silencio incapaz de seguir hablando. Negué con la cabeza y me levanté de encima de Alex, pero él tiró de mi mano para abrazarme fuertemente.

—Sea lo que sea, encontraremos la solución. Juntos podemos con todo, nena. Te lo prometo.

Metí la cabeza en su cuello y cerré los ojos. Su olor mezclado con el jabón del hotel me relajaba. Sus dedos dibujaban círculos en mi espalda y tenía que reconocer que había echado mucho de menos aquella sensación que tenía a su lado. Pero aquellos minutos de paz se vieron rotos por el insistente sonido de su móvil, al que a los segundos se unió el mío.

—¿Sí? Hola, Jason. Estoy desayunando con Mariola. No, no nos hemos vuelto a pelear, somos amigos. —Alex sonreía y se pasaba la mano por la nuca.

—Hola, María.

—¿Cómo que hola? ¿Dónde cojones estás?

—Desayunando con las mejores vistas de Nueva York.

Me estiré en la silla, apoyando las piernas en una maceta grande y observando a Alex, que estaba en calzoncillos delante de mí de espaldas.

—No sé dónde estás desayunando, pero he ido a casa para llevarte unos *cupcakes* de Magnolia

de los que tanto me hablaste y no estás aquí.

—Ayer —comencé a susurrar—, ayer se lio la noche un poco, tata. Y estoy disfrutando de un café, unos croissants de mantequilla y de un hombre semidesnudo, al que voy a echar una última cata antes de salir de esta habitación.

—¿Por qué susurras? Y... —Se quedó unos segundos callada—. ¡Te has follado de nuevo al Capitán América!

—Pero que burra eres.

Me alejé de Alex y fui hasta la otra punta de la terraza. Me pasé la mano por la cara tratando de encontrar una respuesta que a mi hermana le sirviese.

—Podría darte excusas del tipo de: me han emborrachado, me han drogado, pero no es así. Era consciente, muy consciente de todo, joder. Ha sido infinitamente mejor que la primera vez. Ha sido el mejor polvo de mi vida y quiero repetir, pero antes tengo que hablar con Ryan y sincerarme.

—Eres una loba, Mariola. Nueva York ha convertido a mi hermanita pequeña en toda una loba.

—Menos mal que no te he contado lo que...

Los labios de Alex comenzaron a recorrer mi nuca, mientras sus dedos se introducían por mi ropa interior.

—¿Qué no me has contado?

—Le Pain Quotidien. 100 Grand Street. Media hora.

Solté el teléfono encima de una de las macetas y me dejé llevar por las manos, los labios y el cuerpo de Alex. Ya me enfrentaría después a la realidad que nos esperaba fuera de aquella terraza.

07.
CÓMO ENFRENTAR LA VERDAD

Bajamos en el ascensor sin soltarnos las manos, salimos del hotel sin soltarnos las manos. Ninguno de los dos quería que aquel momento acabase. Pero al poner los pies fuera del hotel, los dos supimos que la realidad volvía a escaparse entre nuestros dedos.

—¿Te veo mañana en el colegio?

—Supongo que sí.

Sin importarle quién nos viese o si había prensa por allí cerca, Alex me agarró de la nuca y de la cintura, ladeó mi cuerpo y me besó como si estuviésemos en una película de los años sesenta.

—Hagamos que lo nuestro funcione. Poco a poco, sin presiones, sin limitaciones, solamente tú y yo. Nadie más. Sin miedo.

—Me lo pones tan difícil, Alex. —Seguía tumbada en sus brazos—. Hubiese sido tan fácil olvidarte si fueras un completo capullo como quise imaginarte.

—Olvidarnos no es una opción.

No, no era una opción para ninguno de los dos.

Nos despedimos cuando un taxi paró a nuestro lado y Alex se montó en él. Nos besamos y me fui corriendo hasta *Le Pain*, ya que llegaba tarde y mi móvil acababa de morir con el decimo noveno mensaje de mi hermana. Al llegar me la encontré con una mimosa en la mano y otra me estaba esperando encima de la mesa.

Mi hermana me sometió al quinto grado antes de que se fuese con Mark al tour de contrastes de Nueva York. Yo aproveché para hacer algunas gestiones con la inmobiliaria y buscar piso, hasta que fui a cenar con Ryan.

Aparqué debajo de su casa y me intenté preparar mentalmente para enfrentarme a la decepción de sus ojos. Ryan no se merecía mentiras y le iba a contar lo que había pasado. Saqué la bolsa con el postre que llevaba y justo cuando iba a llamar al timbre, Astrid salió del portal.

—Mariola, mi hermano está esperándote. Lleva media tarde preparando la cena y ha conseguido echarnos a los dos de casa hasta mañana.

—Qué presión. —Estiré la cabeza mirando hacia arriba.

—Seguro que disfrutáis mucho de la noche, aunque en tu cabeza parece que hay algo más. ¿Mucho trabajo?

—Bueno, se podría decir que sí.

—Algún día me encantaría desayunar contigo o comer, para saber todo lo que haces, porque es lo que en un futuro querría hacer yo. Mi hermano piensa que soy una cabra loca y que no tengo metas en mi vida, pero no es así. —Dentro de su pinta de chica a la que no le importaba nada, se escondía alguien más.

—Me recuerdas mucho a mí. —Rebusqué en el bolso una tarjeta—. Llámame un día de estos y tomaremos un *brunch* en alguna azotea chula.

—No creo que me dejen entrar con estas pintas. —Se señaló.

—Te aseguro que te dejarán entrar. No todas vamos en tacones y vestidos de marca todos los

días. No sabes el gustazo que es poder entrar con unos vaqueros rotos y una camiseta de *Missrock* de una calavera preciosa y la frase *Mátame a besos*, con una chupa de cuero encima. —Sonreí levantando la ceja.

—Te encanta ir contracorriente.

—Es mucho más divertido hacer lo que los demás no quieren, no pueden o no se atreven. Esta vida no es tan larga como para estar cortada con el mismo patrón que todo el mundo. Hay que ser diferente sin ser copia de nadie. La vida es para los valientes.

—Cógeme el teléfono cuando te llame, por favor. Eres mucho más interesante que lo que ha salido en las revistas. Te pintaban bien, pero eres mucho mejor. —Se abrazó a mí—. Disfrutad de la noche.

Astrid se montó en un taxi y desapareció por la calle. Tomé aire y subí las escaleras hasta el piso de Ryan. Antes de llamar a la puerta solté todo el aire que tenía en los pulmones. Llamé con los nudillos y a los segundos Ryan salió secándose las manos.

—Hola, preciosa. —Se acercó para besarme y se paró unos segundos antes de hacerlo—. ¿Estás bien? Tienes mala cara.

—Sí. —Sonreí tratando de evitar comenzar la conversación tan pronto.

—Estás preciosa. —Me besó y cerré los ojos—. Vamos, la cena está casi lista.

El piso estaba preparado con velas y un olor increíble salía del horno. Ryan me acompañó hasta la cocina y me sirvió una copa de vino.

—Enseguida estará la cena. Espero que te guste.

—Ya me ha dicho tu hermana que llevas media tarde con ello. A mí con una pizza de cuatro quesos me vale, Ryan. —Le acaricié la cara con tristeza. Sabía que iba a hacerle daño con lo que le iba a contar y me mataba.

—Esta noche tenemos otro menú. Vieiras a la plancha con salsa romesco con tallarines de judía verde y de segundo, corvina thai.

—Vale, creo que mi paladar acaba de entrar en un éxtasis que no conocía. Yo he traído algo de postre. —Metí la bolsa en la nevera—. Bueno, se lo he robado a Mike del restaurante. *Coulant* de chocolate negro relleno de grosellas. —Levanté los hombros y pegué un trago al vino.

Observé a Ryan mientras terminaba de preparar la cena. Aquella no era la primera vez que le preparaba algo así a una chica. No faltaba ningún detalle. El salón estaba iluminado con unas cuantas velas y en la mesa donde íbamos a cenar, había un pequeño jarrón con unas flores silvestres y de fondo sonaba algo de jazz. Me llevé la mano a la cara y apuré el vino que quedaba en mi copa. Necesita un empujón para destrozar al hombre del que, si Alex no hubiese jugado un papel tan importante en mi corazón, me habría enamorado sin duda alguna.

—Ryan, tenemos que hablar.

—Joder, eso sigue sonando igual de mal que hace cinco años. —Apartó la sartén del fuego y se dio la vuelta—. No, no suena nada bien y menos si tienes esa cara, preciosa.

Se sentó frente de mí en la gran mesa de madera que hacía de isla. Me agarró de las manos y en su cara se dibujó un gran gesto de preocupación.

—Ryan, ya sabes que no oculto nada. Sabes más de mi vida privada, de lo que saben personas que me conocen desde hace más tiempo.

—Ha pasado algo que tiene que ver contigo y conmigo. —Ladeó la cabeza y frunció los labios.

—La he cagado, Ryan. Ayer... ayer cuando te fuiste a comisaría me fui a cenar a Agave y Alex vino conmigo. No quiero hacerte daño.

—Mariola, tranquila. —Me agarró fuertemente de las manos—. No la has cagado.

—Sí, porque hemos pasado la noche en un hotel los dos.

Ryan no dijo nada. Se pasó la lengua por los labios, negó levemente con la cabeza y sonrió.

—Sabía a lo que me enfrentaba cuando nos acostamos, Mariola. Sabía que seguías enamorada de él, por mucho que lo quisiera obviar. —Se levantó para ponerse a mi lado—. Mariola, no la has cagado, solo le has hecho caso a tu corazón.

—No quería hacerte daño ni quiero que pienses que he jugado contigo. Me gustas, Ryan. Me encanta como eres conmigo. —Resoplé tratando de poner en orden todas las palabras que se acumulaban en mi cabeza.

—Pero un me gusta no puede competir con un corazón enamorado.

—Lo siento mucho, Ryan. Perdóname. Hubiese sido tan fácil y tan jodidamente bueno... —Agaché la cabeza y *Not while I'm around* de Jamie Cullum comenzó a sonar, haciendo que las lágrimas comenzasen a amontonarse en mis ojos.

—No me pidas perdón por hacer caso a tu corazón. Ojalá yo hubiese tenido ese valor en su día. Sé lo que es estar enamorado y no debes luchar en contra de ello. —Me agarró de las mejillas y vi una gran sonrisa en su cara—. ¿Qué me encantaría ser él? Por supuesto. Envidio que una mujer como tú sienta algo tan fuerte y no tenga miedo a reconocerlo. Eres valiente al contármelo. Hubiese sido mucho más fácil para ti no decirme nada, mantenerlo oculto y esperar a que no estuviese en la ciudad para volver con él. Pero has sido sincera y eso es lo que más aprecio.

—¿Por qué no me mandas a la mierda y me echas de tu casa? Sería mucho más fácil para mí, Ryan. —Una lágrima recorrió mi mejilla, pero Ryan la limpió justo cuando estaba sobre mis labios.

—Porque, aunque no pueda estar contigo de la manera que quiero, no quiero perderte como amiga. —Me agarró de las mejillas y se acercó a mis labios—. Aunque siga deseando besarte cada vez que te veo.

Se acercó más a mí y me besó. Pero no un beso de los que dan paso a un polvazo memorable. No. Era otra clase de beso. Uno de esos en los que no participan nada más que los labios. Un beso de despedida, de los que hablas con cariño porque siempre te recordarán un buen momento. Aunque con Ryan fuesen pocos, los recordaría todos con una gran sonrisa.

Al apartarse me besó en la nariz y sonrió.

—¿Cenamos?

—Por favor. —Le agarré de las mejillas y le volví a besar varias veces, sin querer realmente olvidar aquellos besos ni a él—. Sincerarme me da mucha hambre y todo esto huele muy bien.

Terminé de colocar las copas sobre la mesa y me limpié las lágrimas que me caían al ver la cara de Ryan que me intentaba ocultar. Hubiese sido tan jodidamente especial, que tal vez en otra vida lo nuestro podría funcionar.

Aquella cena fue mejor de lo que me había imaginado. En ningún momento pensé que Ryan iba a reaccionar de aquella manera. No se enfadó, no montó ningún numerito. Tan solo me apoyó y me dio varios consejos durante la cena para protegerme mientras él estuviese fuera de la ciudad. Le seguía preocupando Jonathan. Si volvía con Alex, él volvería a salir de su cueva.

—Mi compañero sigue investigándolo, pero no encuentran nada. —Dejó una tarjeta en la mesa—. Se llama Joe.

—Gracias, Ryan. Por preocuparte por mí, por ayudarme y comprenderme.

—En el fondo sabía que tarde o temprano volveríais a estar juntos. No se puede luchar en contra de dos corazones enamorados.

—Si nos hubiésemos conocido antes. —Apoyé mi cabeza en su pecho y me abracé a su cintura—. Tal vez en otra vida.

—En otra vida os volveríais a encontrar los dos.

Estuvimos hablando hasta las tres de la mañana, momento en que decidí que ya era hora de irme a casa. Ryan me acompañó hasta el coche.

—Mándame un mensaje cuando llegues a casa y mañana nos vemos para presentarte a mi compañero. Quiero que os conozcáis antes de que me vaya.

Me despedí de él con un beso. Ryan me devolvió una sonrisa de resignación porque lo nuestro había terminado casi antes de haber empezado.

Le mandé un mensaje cuando me metí en la cama y me quedé unos minutos pensando en Alex. Le envié un mensaje de voz dándole las buenas noches y diciéndole que al día siguiente hablaríamos. Dejé el teléfono en la mesilla pensando que estaría durmiendo y a los segundos el móvil se iluminó con la respuesta de Alex. Me hizo sonreír.

No pude dormir demasiado aquella noche. Cuando estaba ilusionada por un proyecto laboral o por algo más personal, mi sueño se veía afectado. Me levanté antes de que el resto se despertase y me pegué una ducha, preparé café y dejé el desayuno en la pequeña isla de la cocina. Me vestí y cogí mi ordenador, un café largo y caliente recién hecho. Cuando me disponía a subir a la terraza para trabajar un poco, sonaron unos nudillos en la puerta. Dejé las cosas en la mesa del salón y me acerqué lentamente. Miré por la mirilla y al otro lado estaba Alex con Jason en brazos. Abrí la puerta muy sorprendida.

—Buenos días.

—Jason quería desayunar contigo, pero se acaba de quedar dormido en el coche. —Se excusó con su hijo.

—Llévale a mi habitación y que siga durmiendo. Son las seis de la mañana. —Sonreí y negué con la cabeza.

Metimos a Jason en mi cama y le preparé un café a Alex ya que traía una caja con algo que olía de vicio. Subimos en silencio a la azotea y dejamos las dos puertas abiertas para escuchar si sucedía algo abajo.

—Así que Jason quería venir a desayunar.

—Lo reconozco. —Alex estaba de pie a mi lado mientras colocaba las cosas encima de la mesa—. He usado a mi hijo. Yo quería verte y desayunar contigo.

—¿No te da vergüenza usar a un niño pequeño en tu beneficio? —Dejé mi portátil, el móvil y la agenda sobre la mesa.

—Ninguna. Quería verte y...

No dijo nada más, se giró y me agarró de las mejillas, besándome con una intensidad que no me esperaba. Su lengua se había hecho cargo de la situación y estaba guiando a la mía dentro de nuestras bocas. Sus manos se introdujeron dentro la espalda descubierta de mi vestido, jugueteo con las yemas de sus dedos, subiendo por la columna hasta el cuello. Al separarnos, pegó su frente a la mía y se mordió los labios.

—Ahora ya podemos desayunar. —Se sentó, probó su café y comenzó a leer el periódico en su iPad.

Le miré durante unos segundos. Estaba tan tranquilo sentado en la silla, removiendo su café y ojeando las noticias y yo... Coño, yo estaba como una gata en celo a punto de restregar todo mi cuerpo sobre él. Negué con la cabeza unos segundos, puse una mano en su hombro y me senté a su lado. Abrí el portátil y comencé a revisar *e-mails*. Filtré varios a las carpetas de presupuestos pendientes, fiestas y revisé unos cuantos de remitentes que no reconocía.

Una hora después Mike y Justin subieron a desayunar con los niños.

—Nos hemos encontrado un niño en tu cama, Mariola. Había pensado que la crema había hecho milagros, pero al ver el cambio de sexo... —Justin se había levantado de muy buen humor—. Y de paso nos hemos encontrado un padre muy sexy desayunando contigo.

—¿Soy un padre sexy? —Alex y su falsa modestia que me hacía sonreír.

- No me jodas, Alex. Lo eres y lo sabes.
- Esa boca. —Alex me miró sonriendo.
- Esto no ha cambiado. —Me la señalé.
- Y me encanta. —Me besó ante la atenta mirada de todos.
- Voy a subir el resto del desayuno.

Mike me miró extrañado durante todo el desayuno, mientras Jason y Andrea hablaban de una excursión que iban a hacer con el colegio al MoMA^[24].

- Mierda. —Bajé un poco la tapa del ordenador al ver una foto en una web sensacionalista.
- ¿Qué pasa?
- Pues que ayer nos fotografiaron. —Le enseñé el ordenador a Alex entre susurros.
- No pienso esconderme, Mariola.
- ¿Y si nos obligan?
- Nadie nos va a obligar. —Dio por zanjada la conversación con aquella frase.

Alex llevó los niños al colegio y yo me quedé el resto del día esperando una llamada, un mensaje o una visita de Jonathan.

A media tarde Ryan me llamó para quedar con su compañero, pero yo aún no había terminado con la mitad de trabajo pendiente que tenía acumulado.

—Lo siento, Ryan, pero no voy a poder quedar hoy, tengo que acabar un montón de cosas y tengo que ir al cole a por Andrea. Tengo que llamar para que se quede en alguna extraescolar porque no llego. No me da tiempo.

- ¿Quieres que vaya yo a buscarla?
- No hace falta, Ryan.
- Déjame ayudarte, Mariola.
- Les llamo y se queda un poco en la sala de arte.

—Dime la dirección, la recojo y quedo después contigo. No hay ningún problema, de verdad.

Me quedé unos segundos mirando el cursor mientras parpadeaba en la pantalla de mi portátil pensando si era buena idea.

- Mariola.
- De acuerdo. Voy a llamarles ahora y les envío tus datos, porque si no, no te dejarán salir con ella.
- La recojo y te esperamos en el parque tomando un helado.
- No sé cómo lo haces, pero siempre apareces para salvarme el culo.
- Un culo que estoy encantado de salvar, Mariola.
- Hasta luego, Ryan. —Sonreí al dejar el teléfono y me zambullí de nuevo en los presupuestos.

A las cinco de la tarde fui a buscar a Jason al colegio, deseando ver allí a Mariola, pero al aparcar vi que Ryan estaba apoyado en su camioneta azul mirando hacia el edificio.

—¿Qué coño hace este imbécil aquí?

—¿Quién, señor?

—Ese de ahí es Ryan Acherson, es agente de Inteligencia y apareció de la nada cuando Jonathan empezó a mandar mensajes amenazadores.

—De acuerdo. —Mandó un mensaje a alguien del equipo—. Se ponen con él ahora mismo.

Salimos los dos del coche y nos acercamos a él. Sabía que ya se había percatado de que estábamos allí, era policía y no parecía de los ineptos.

—Buenas tardes, Alex. —No se giró. Seguía con los brazos cruzados y las gafas de sol

puestas.

—¿Qué haces aquí? —Le miré fijamente.

—Me ha pedido Mariola que venga a recoger a Andrea. Está hasta arriba y no le daba tiempo a venir. —No me miró y me sacaba de quicio aquello.

—Me podría haber pedido a mí que la recogiese.

—Teníamos una cita y por eso me lo ha pedido a mí, Alex. —Se giró para mirarme y se quitó las gafas—. Luego he quedado con ella.

—¿Una cita?

—Sí.

Ryan no movió ni un músculo de su cara y no sabía si lo estaba haciendo por molestarme o realmente tenía una cita con Mariola después.

—¿Cómo va la investigación? —Cambié de tema para no enzarzarnos en una pelea verbal delante del colegio.

—Dile a tu gorila si quiere mi número de placa para que le sea más fácil, porque la matrícula ya la tiene.

—Es del nuevo cuerpo de seguridad. Viendo que la policía no hace nada para detener a Jonathan, tengo que proteger todo lo que me importa.

—Claro, a un multimillonario no debe faltarle un buen gorila detrás. ¿Tienes mucho que proteger o mucho que esconder?

—Tengo que proteger a Mariola y a mi hijo.

—Para eso ya estoy yo.

—Para eso estabas tú.

—Sé que habéis vuelto o que lo vais a intentar o yo que sé. Pero como hagas daño a Mariola —negó con la cabeza al decirlo—: acabaré contigo.

—No te conozco de nada, has aparecido en su vida y... —conté hasta diez interiormente para no estallar—. Me da igual tu placa, tus galones o tú lo que sea. Me da igual que seas un antiguo SEAL, acabaré contigo como hayas aparecido en su vida para hacerla daño.

Estábamos uno frente al otro y no me asustaban ni sus técnicas de pelea ni su placa. Menos mal que salieron los niños del colegio y Jason vino corriendo hacia mí. Andrea salía acompañada de una de las profesoras.

—¿Usted ha venido a por Andrea?

—Sí, soy Ryan Acherson. —Le enseñó la placa.

—Disculpe, agente. Mariola nos ha dicho que nos aseguremos muy bien, antes de nada. Hemos aumentado la seguridad en el colegio siguiendo las instrucciones de Mariola y las del señor McArddle. —La profesora me saludó con un pequeño gesto de cabeza y una sonrisa—. Tengo que volver a una reunión. Mañana nos vemos, chicos. —Se marchó corriendo de nuevo al colegio.

—¿Por qué no ha venido la tía? —Andrea miraba extrañada a Ryan.

—Me ha pedido que te recoja y nos vayamos a Central Park a disfrutar de un buen helado. Luego vendrá ella.

—Cambio helado —Andrea se quedó mirando fijamente a Ryan mientras hablaba— por batido de chocolate y menta con croissant de mantequilla.

—Claro. —Ryan estaba perdido con la niña y me hizo gracia—. Claro.

—¿Te vienes, Jason? —La niña miró a mi hijo y acto seguido a mí. Sabía que iba a utilizar la misma táctica de siempre y esperé para ver cómo lo hacía.

—No sé si papá querrá venir. —Me miraron los dos. Menuda mala influencia era Andrea

para Jason—. *¿Podemos ir a tomar un batido con ellos?*

Me miró haciendo la misma caída de ojos que le había visto hacer a Mariola aquella mañana en su azotea, cuando se iba a comer el último bollito de arándanos y Justin casi se lo quitó.

—*De acuerdo.*

—*Voy a mandarle un mensaje a Mariola para que no se preocupe y sepa que estamos todos juntos. —Ryan parecía querer prevenir a Mariola de que podríamos entrar en un conflicto si nos dejaba demasiado tiempo a solas.*

Caminamos hasta Central Park. No perdimos de vista a los niños en ningún momento y los tres nos fijábamos en cada persona que se cruzaba en nuestro camino. Los tres estábamos en alerta por si a Jonathan le daba por aparecer. Por la mañana vimos que nuestro beso ya había salido en la prensa y Jonathan no tardaría en aparecer.

Pedimos los batidos y los croissants en un puesto ambulante de la entrada del parque y nos sentamos en una de las mesas. Ninguno de los dos dijimos ni una sola palabra, no nos aguantábamos por lo que sabíamos que había pasado con Mariola.

—Sí, Scott, puedes dejarlo ya en diseño. Mañana lo recojo por la mañana que tengo que irme a por Andrea.

—Yo termino, no te preocupes.

—Gracias, Scott.

Recogí la agenda y varios documentos que quería dejarle a Sasha para que recogiese un mensajero antes de que ella se fuese. Sonó el teléfono y respondí mientras salía corriendo de mi despacho.

—Estoy saliendo de la oficina, Ryan. Dime que Andrea no se ha puesto en plan diva contigo.

—Dejé los papeles con una nota en la recepción y entré corriendo en el ascensor.

—¿Me echabas de menos, preciosa? —Jonathan respiraba profundamente al otro lado del teléfono.

—Nunca, Jonathan. —Apreté el botón del hall y recé para que el ascensor llegase lo antes posible a la salida.

—¿Crees que no iba a ver esa foto de vuestro beso?

—Estoy cansada de tus amenazas.

—¿Sabes dónde está ahora mismo tu sobrina?

—Con Ryan. —Empecé a temblar porque cuando Jonathan hacía aquel tipo de preguntas, siempre tenían una gran trampa.

—¿Estás segura?

—Está con Ryan. —Quise simular tranquilidad, pero mi cuerpo temblaba contra la pared del ascensor.

—Asegúrate de que es así. Los niños salen corriendo y en un descuido... —me colgó sin decir nada más.

Se me cortó la respiración y solo pude recuperar el aliento cuando las puertas del ascensor se abrieron en el vestíbulo. Salí tambaleándome de aquel cubículo que se había hecho demasiado pequeño para mí y me apoyé en la pared contigua. Con las manos temblorosas llamé a Alex. Necesitaba saber que lo había dicho Jonathan no era verdad, que los niños estaban bien.

—¿Sí?

—¿Dónde estáis? —Mi voz estaba completamente entrecortada.

—Estamos en el parque.

—¿Los tienes a la vista?

—Sí. —No escuché nada durante unos segundos y su respiración se aceleró—. No los veo ahora mismo. ¿Qué pasa, Mariola?

—Mierda, joder. —Me quedé inmóvil agarrada a la pared.

—Mariola, ¿qué está pasando?

—Jonathan. ¿Cómo es posible que con tanta seguridad que has contratado no les tengas a la vista? —Grité tan fuerte que los de seguridad se acercaron a mí.

—¿Está bien, señorita Santamaría?

—Sí. —Agité la cabeza unos segundos—. Perdón.

—Estamos en la entrada de la Quinta con la 72.

—Por favor, encontradles.

Levanté la mano y se paró un taxi a mi lado. Le pedí que fuese lo más rápido posible a Central Park y que si llegaba en menos de diez minutos era capaz de triplicar la carrera.

Ninguno de los dos nos habíamos dado cuenta de lo que podía pasar. Estábamos demasiado pendientes el uno del otro.

—Dwayne, te pago por nuestra seguridad y puedes explicarme ¿cómo cojones un loco puede llevarse a dos niños a plena luz del día y no verlo?

—Señor, les voy a encontrar. Hace menos de dos minutos estaban jugando en esos árboles. No había nadie extraño cerca. Les tenía...

—No te atrevas a decir bien vigilados, porque es mentira, Dwayne. —Mis gritos alertaron a varias personas que estaban a nuestro lado.

—Voy a llamar a unos compañeros. Es imposible que hayan desaparecido delante de nosotros. Alguien ha tenido que ver algo. —Ryan se alejó de nosotros con su teléfono en la mano.

Estaba tan enfadado con Dwayne y con Ryan, como conmigo mismo. Todo aquello era por mi culpa, por besar a Mariola y darle a Jonathan otra causa más para atacarnos. Por ser tan gilipollas de fijarme más en Ryan que en los niños. Por pensar en lo que hablaron Mariola y él o lo que hicieron el día anterior.

Me bajé del coche en *Terrace Drive* y salí corriendo unos metros, paré en seco y me quité los zapatos. Busqué en la terraza que me había dicho Alex, pero no los vi allí. Mi corazón palpitaba a mil por hora, mis pulmones no eran capaces de llevar a cabo su función y mi cabeza comenzó a dar vueltas. Cerré los ojos tratando de calmarme un poco y volvió a sonar mi teléfono.

—¿Dónde están los niños? —Grité tan fuerte que me hice daño en la garganta—. Por favor, Jonathan.

—Me encanta escucharte rogarme. Vas a hacer lo mismo la noche que cerremos nuestro trato. —Escuché un gemido saliendo de su boca—. Rogarás que no pare de follarte.

—Eres un hijo de puta.

Corrí al medio de la zona ajardinada de mi derecha, tratando de reconocer a los niños en cualquiera de los que veía. Me estaba volviendo loca pensando que no iba a volver a verlos. Cuando de repente, a lo lejos, vi la mochila de Andrea en medio del parque. Dejé caer el bolso, la agenda y todo lo que llevaba en las manos. Cuando llegué miré a mi alrededor, pero no había ningún rastro de Jason ni Andrea. Me llevé las manos a la cara y comenzaron a pasarse mil ideas de lo que Jonathan podría hacerles.

Unas manos se apoyaron en mis hombros y unos brazos fuertes me abrazaron. Sabía que era Alex, era el único capaz de tranquilizarme en un momento así. Me levantó del suelo y comencé a pegarle en el pecho.

—¿Cómo les has podido perder de vista? —Le pegué.

—Mariola, les vamos a encontrar, te lo prometo. —Trató de abrazarme, pero no le dejé.

—Solo tenías que vigilarles y no están. Mi niña no está. —Dejé de pegarle y le abracé fuertemente.

—Mariola, les encontraremos, así tenga que movilizar a toda la ciudad. Mírame, Mariola. — Me agarró de las mejillas—. Les encontraremos.

Cerré los ojos y me perdí en sus brazos. Él estaba tan preocupado como yo. Su hijo también estaba en manos de aquel psicópata. Cuando las lágrimas me dejaron abrir los ojos, pude ver cómo Ryan nos miraba desde una posición cercana. Me solté de Alex y fui hasta donde él.

—Lo siento Mariola. Voy a irme a la comisaría ahora mismo para poner a más agentes buscándolos. Necesito que te tranquilices y te vayas a casa. —Trató de abrazarme y me deshice de él.

—¿Cómo pretendes que me vaya a casa en este momento? Cómo si tengo que patearme la ciudad entera para buscarlos. —Empecé a llorar de nuevo—. No puede pasar esto. Por favor, Ryan... —Le abracé y Ryan me acarició la espalda, sabiendo que aquel gesto me tranquilizaba.

—Necesito que te vayas a casa, que esperes la llamada de Jonathan. Alex, necesito que estés con ella y trates de que se tranquilice.

—No te preocupes, Ryan. Yo estaré con ella.

—Clonaré tu móvil más tarde y así intentaremos localizarle. —Ryan me besó en la frente—. Les vamos a encontrar. Prometí protegerte y cuidarte.

Ryan se marchó corriendo y me quedé unos segundos observando el parque, imaginándome que los niños venían corriendo de cualquier lugar diciendo que se habían despistado, pero no fue así. Recogí la mochila de Andrea y Alex me llevó hasta su coche abrazándome en todo momento. Me abrió la puerta del coche, me senté y él mismo me ató el cinturón de seguridad. Tenía la mirada pérdida en el horizonte. No quería hablar, no podía ni pensar. Ni siquiera estaba segura de si estaba respirando. Oí que Alex me decía algo, pero ni le escuché ni contesté. Cuando aterricé de nuevo en la tierra, Alex me estaba soltando el cinturón de seguridad.

—Mariola, hemos llegado a casa. —Me agarró de la cara de nuevo y me obligó a mirarle a los ojos—. Lo solucionaremos. Solucionaremos todo.

No sabía si esa promesa sólo se refería a lo que estaba pasando en aquel momento o a toda nuestra relación. Tenía un millón de cosas pasándome por la cabeza y no me di ni cuenta de cómo llegué hasta el salón de Alex.

—Te vendrá bien ahora mismo, aunque sé que no te gusta demasiado. —Me ofreció una copa de *whisky*.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —Le miré con los ojos llorosos.

—Uno de los dos tiene que mantener la calma. Tú te has derrumbado y yo debo mantenerme frío. Tengo a un montón de personas buscando a los niños y a Jonathan. —Se sentó a mi lado y respiró profundamente, apoyando su cabeza en el respaldo del sofá.

—Lo siento, Alex. Todo esto es por mi culpa. Si no me hubiera metido en tu vida, ahora Jason estaría aquí contigo a salvo. —Cerré los ojos—. Ojalá no me hubieras conocido. Tu vida sería mucho más fácil ahora. —Agaché la cabeza y negué—. Nunca le habría pasado nada a Sonia ni a Andrea ni a Jason ni a ti. Todo sería mejor si no hubiera aparecido en vuestras vidas.

—Mariola, te lo diré una y mil veces. —Me agarró de la barbilla—. Eres lo mejor que me podía pasar en la vida. Gracias a ti, he empezado a vivir de verdad. Si no te hubiera conocido, no hubiera vuelto a creer en el amor. Gracias a ti sé que puedo querer, sé que puedo volver a amar. —Me acarició las mejillas con los pulgares—. Eres increíble, así que no te atrevas a decir eso ni

a pensarlo. —Se acercó lentamente a mi boca. Cerré los ojos y justo cuando estaba a escasos milímetros de mi boca, salió de su boca casi en un susurro—. Te quiero, Mariola.

Me aparté de él unos centímetros y le miré extrañada. ¿Me acababa de decir aquellas dos palabras a las que tanto miedo tenía?

09.
COMO UN PISO FRANCO

Lo había reconocido en alto y me sentía bien. No tenía miedo ya a decírselo, porque como ella siempre me había dicho, la vida era demasiado corta como para arrepentirnos de lo que no hacemos y de lo que sí.

—Yo, Alex... —Mariola negaba con la cabeza, incrédula por lo que acababa de escuchar.

—Te quiero, Mariola. No necesito que tú digas lo mismo. Sé que me he comportado como un idiota, pero...

—Alex, no creo que sea el mejor momento para hablar de esto.

Sonó el timbre y salí corriendo con la esperanza de que fueran los niños, pero Ryan estaba en la puerta solo.

—¿Ya has hecho tu trabajo y has encontrado a los niños? —No quería que entrase en mi casa sin haber hecho su trabajo y haber detenido a Jonathan.

—No tenemos ninguna novedad, por ahora.

—¿Cómo puede ser que después de estas horas no haya ningún tipo de novedad? ¿Tan incompetentes sois la policía de Nueva York? —Estaba empezando a perder los nervios.

—Creo que es mejor que te tranquilices. ¿Me dejas pasar? Tengo que hacerle unas preguntas a Mariola. —Señaló el interior de la casa.

—Hola, Ryan. —Mariola se acercó a nosotros—. ¿Alguna novedad? —No había escuchado nada.

—No, preciosa. —Vi cómo su mano se acercó a la mejilla de Mariola y acto seguido, la besó—. Tengo que hacerte unas cuantas preguntas sobre Jonathan. ¿Sabes si tiene algún otro piso en la ciudad?

—Su loft al que ya habréis ido, otro piso en Lower East Side, un local en Manhattan y... —Negó con la cabeza—. Lo siento, pero no recuerdo nada más ahora mismo. —Se sentó en el sofá abatida.

—Ryan, o encuentras a los niños ya o pondré mis propios medios para encontrar a Jonathan y matarle. —Me acerqué a ellos. Había perdido ya toda mi paciencia con aquel imbécil.

—Mira, Alex. —Ryan se acercó a mí sin vacilar—. Como ya te he dicho, me dan igual tus millones. No te interpongas en una investigación policial o te detendré.

—¿Tú me vas a detener? —Me enfrenté a él—. Ni tú ni veinte como tú.

—Eso podría ser tomado como una amenaza. ¿Sabe que amenazar a un policía es delito? —Se acercó más a mí rozándome con sus brazos cruzados.

—¡Ya está bien! —Mariola perdió los nervios—. ¿Queréis dejar de mediros el rabo? Joder. Los niños han desaparecido y nadie sabe dónde están. —Se situó entre los dos y nos apartó con sus manos en nuestros pechos—. No sois más que dos orangutanes dándoos golpes en el pecho y sacando vuestro rabo para ver quién mea más lejos y cuál de los dos la tiene más grande. —Respiró con cierta dificultad y agachó la cabeza. Cuando la levantó de nuevo, sus ojos brillaban—. No os disteis cuenta de que los niños no estaban a vuestro lado. Seguramente porque estabais más pendientes de vosotros que de ellos, como dos auténticos imbéciles. —Me empujó con su mano aún en mi pecho—. Tú seguramente pensando en lo que hablé con Ryan

ayer por la noche. Y tú —empujó a Ryan—, tú te estarías imaginando lo que no te conté de la noche que pasé con él.

Pegó un grito y se separó de nosotros maldiciendo en castellano. No podía entender la mitad de sus palabras, pero sabía que estaba tan destrozada que sería capaz de hacer cualquier tontería por recuperar a los niños.

—¿En qué coño estáis pensando? Dejad de pelear, por favor. —Levantó los brazos en el aire—. Los niños están en manos de un hijo de puta y a vosotros... —dejó caer sus brazos a modo de desistimiento—. Joder.

Ryan y yo nos miramos unos segundos. Él seguía impasible observándome y mirando por encima de mi hombro a Mariola. Negué con la cabeza y fui a la cocina donde estaba ella. No merecía la pena seguir discutiendo con él.

—Lo siento. —Me acerqué lentamente a ella, esperando que no me rechazase—. Lo siento, pero es que me saca de mis casillas.

—Me da igual, Alex. Me da igual lo que Ryan te haga sentir. —Se apoyó en la nevera y respiró hondo—. Hasta que no ha llegado Ryan no has perdido los nervios.

—Me estoy muriendo por dentro, Mariola, pero pensaba que, si yo estaba tranquilo, tú estarías mejor. —Le acaricié la cara y no se apartó.

—Necesito tomar el aire. Voy a bajar a la calle.

—Sal a la terraza.

—Prefiero pasear por la calle. Voy a ir a esa tienda de aquí al lado.

—Mariola.

—Necesito alejarme de tanta testosterona. —Me acarició la cara.

Recogí el móvil y salí por la puerta. Me extrañó no ver a Dwayne en la puerta protegiendo aquello. Al salir del edificio caminé unos metros y me senté en un banco que estaba vacío. No había demasiados transeúntes y casi no pasaban coches por la carretera. Me quité los zapatos, me desabroché un poco la cremallera del vestido y respiré.

Media hora después de estar allí sentada comenzó a sonar mi móvil. Supuse que era Alex preguntándome a ver dónde coño me había metido, bueno, no. Sus palabras serían mucho más finas y educadas.

—¿Sí?

—Hola.

—Jonathan, por favor, dime dónde están los niños.

—¿Recuerdas nuestro piso de *Upper West Side*?

—Sí, el piso en el que te follaste a tantas y tantas.

—Cómo echaba de menos esa lengua, pequeña. —Su respiración era demasiado fuerte—. En el loft que tanto te gustaba. 1021 Amsterdam Avenue. Pero tendrás que venir sola. Deshazte de tu último amante, de tu recién recuperado novio y ven sola.

—No tienes ni idea de la gente que está buscando a los niños. —Quería que supiese que no estaba sola en aquello.

—Tienes veinte minutos. —Colgó sin poder replicarle.

Me quedé pensando unos segundos. No tenía muchas opciones para actuar, no tenía demasiado tiempo para reaccionar o encontrar un plan de escape. Justo vi cómo Dwayne aparcaba enfrente del portal y le atacé. Antes de que saliese del *Suburban*, me monté en el asiento de atrás.

—Señorita. ¿Qué demonios hace aquí?

—Necesito que me lleves a Amsterdam Avenue.

—No puedo hacer eso sin el permiso del señor...

—Mira, no tengo tiempo ni de explicaciones ni de mentirte. ¿Quieres ayudar? Llévame allí y recuperaremos a los niños.

Dwayne me miró furioso. Se debatía entre ayudarme a mí y engañar a Alex o salir del coche y mirar cómo se lo robaba delante de sus narices y enfrentarse a Alex por haberme dejado marchar sola. Emitió un rugido entre dientes, golpeó el volante y salió derrapando del aparcamiento. Me puse el cinturón y recé por llegar lo antes posible. No dejé de mirar el móvil ni un segundo. Recibí un par de mensajes de Alex preocupado. Decidí que era mejor no contestarle y así no darle margen para actuar.

Quince minutos después estábamos aparcados en un lateral desde el que Jonathan no podía tener visión. Dwayne trató de persuadirme varias veces, pero no le dejé. Si le veía a él era capaz de hacerle daño a los niños y eso no me lo iba a perdonar en la vida. Me monté en el ascensor y apreté el último botón. Con cada pitido avisándome de que un nuevo piso pasaba, los latidos de mi corazón comenzaron a ser más fuertes. Notaba las pulsaciones por todo mi cuerpo y si dejaba de respirar, sería capaz de escuchar el bombeo de mi propio corazón. El último pitido dio paso a las puertas abriéndose. Jonathan estaba delante de mí y me observaba con una gran sonrisa en la cara.

—Buenas noches. —Se acercó a mí decidido.

—¿Dónde están los niños?

No dijo nada y puso su mano en mi espalda para que pasase dentro. De reojo vi que Jonathan aún tenía marcas en la cara de la pelea con Ryan.

—No tengas miedo. —Me empujó para meterme al salón.

Aquello no era como me lo había imaginado. Estaba decorado, todo pintado con colores muy cálidos y de fondo escuché la televisión. Era una película de dibujos animados. A los segundos se unieron las risas de los niños. Me asomé por la esquina y los vi sentados en el sofá con unas hamburguesas y unos refrescos. Estaban bien, los niños estaban perfectamente. Me agaché delante de ellos y les abracé.

—¿Qué pasa, tía? —Andrea me acariciaba la cabeza.

—No sabía dónde estabais. —Traté de sonreír.

—Él nos dijo que le habías pedido que nos recogiera, que teníais que ir todos a una reunión. — Jason señaló a Jonathan.

—Lo sé, pero os he echado de menos. —Los miré para comprobar que estaban bien.

—¿Nos vamos ya a casa? —Me miraron los dos con cara de cansancio.

—Claro que sí. —Me levanté sonriendo y me acerqué a Jonathan. —He venido sola, cómo me has pedido. Ahora solo te pido que nos dejes marcharnos a casa.

—Ellos se pueden ir, pero tú no. —Me acarició el brazo y me aparté—. Tú no vas a salir de aquí tan fácilmente.

—Jonathan, por favor. Déjame que me lleve a los niños a casa. —Le miré desesperada—. Jason necesita tomarse una medicación y Andrea necesita descansar.

—Ellos sí, tú no. —Me agarró del brazo y me pegó a él. Notaba su aliento en mi cuello—. Tú y yo vamos a disfrutar de esta noche.

—Por favor, Jonathan. —Puse mis manos temblorosas sobre su pecho, tratando de que no notase mi desesperación y le susurré al oído para no asustar a los niños—. Déjame bajar a pedir un taxi para que los lleve a casa, solamente te pido eso. Después yo me quedo.

—No hagas ninguna tontería. Sabes que sé lo que haces en cada momento. Sé que no vas a poner en peligro a los niños. —Me agarró de la barbilla y me pegó a su boca—. Ellos me dan

igual, solo te quiero a ti. —Su aliento olía a alcohol.

—Podremos hablar de todo lo que está pasando.

—No vamos a hablar. Eso te lo aseguro.

—Niños, coged vuestras cosas, nos vamos a casa. —Tuve que contener las lágrimas y sonreí.

Nos metimos en el ascensor y las piernas me temblaban cada vez más. Jason y Andrea iban hablando de la tarde que habían pasado, contándome cómo Jonathan se les había acercado en el parque y cómo se fueron con él. No entendía aún cómo Alex y Ryan se lo habían puesto tan fácil. Al salir a la calle, caminamos hasta donde estaba Dwayne. Al vernos salió del coche negando con la cabeza.

—Mariola.

—Llévate a los niños, por favor.

—No voy a dejarte aquí sola. Tengo que llamar al señor McArddle y...

—No, Dwayne. —No me lo pensé. Cogí su móvil y lo tiré al suelo—. Es la única forma de acabar con todo esto.

—Las órdenes del señor McArddle han sido muy claras. Llevaros a los tres a su casa. —Se cruzó de brazos.

—¿Órdenes? ¿Has hablado con él?

—Hace unos segundos. Cuando os he visto saliendo por la puerta.

—Dwayne, me importa una mierda las órdenes de tu jefe. Mis órdenes son las siguientes: llévate a los niños y no hagas más preguntas. —Le miré directamente a los ojos y puse mi mano sobre sus manos entrelazadas—. Por favor.

—Me va a matar.

—Eres más grande que él. —Le mostré una sonrisa segura, completamente enmascarada.

—Me matará. —Negó con la cabeza—. Tendrás que llamar a mi familia para decírselo. —Abrió las puertas del coche—. Vamos, chicos.

—Id con él a casa. Yo tengo que hablar con Jonathan unas cuantas cosas antes de ir con vosotros. —Me agaché y vinieron los dos a abrazarme.

—Ten cuidado, tía. —Andrea me lo susurró al oído antes de darme un beso.

—Os quiero.

Me quedé mirando cómo se alejaban en el coche y me despedí con la mano de los niños. Sabía a la perfección que Alex iba a poner el grito en el cielo y que Ryan iba a mandar a los SWAT, al ejercito e incluso a la seguridad del Presidente.

Mientras esperaba a que el ascensor llegase a la última planta, se me pasaron por la mente todos los momentos que pasé con Jonathan. Nunca fue un novio diez, fuimos mejores amigos que pareja, pero aquello no parecía que fuera a pasar de nuevo. Él quería algo de mí y yo a él le odiaba por haber intentado hacer daño a los niños, por haber chantajeado durante tantos años a Sonia y por tratar de joderle la vida a Alex.

Cuando sonó el timbre avisando de que el ascensor había llegado al piso, observé cómo se abrían las puertas lentamente. Di dos pasos y no vi a Jonathan, así que caminé por allí. Estaba amueblado, pero no había ninguna foto ni flores ni cuadros. Era como un piso franco. No parecía que viviera allí. Justo cuando iba a entrar en una de las habitaciones del fondo, Jonathan me agarró del cuello y me pegó contra la pared. Nunca me había dado cuenta desde que nos separamos que no aguantaba su presencia en la misma habitación.

—Estás tan buena como siempre. —Me acarició la cara con su mano—. Has mejorado mucho con los años y era algo muy complicado.

—Jonathan. —Aparté la cara—. Necesito que me digas los motivos por los que haces esto. —Estar cerca de él me producía escalofríos.

—Todo esto lo hago por ti. Fue un error dejarte escapar. —Era uno de sus trucos para tratar de hacerme flaquear—. No sé qué se me pasó por la cabeza cuando te engañé, pero ha sido el error más grande de mi vida.

—Si quieres a alguien no le haces pasar por todo esto.

—Quiero volver a sentir tu piel bajo la mía. Quiero saborear de nuevo tus labios. Me muero por ver cómo cuerpo se excita bajo el mío. —Se pegó a mí moviendo la cadera y traté de separarme de él sin éxito.

—Hablemos, por favor. —Saqué toda la fuerza que tenía y le aparté de un empujón.

—No te lo crees ni tú, Mariola. —Me agarró del cuello de nuevo cortándome la respiración y me pegó a la pared con fuerza, golpeándome la cabeza contra ella fuertemente—. Voy a hacerte disfrutar como nadie ha hecho en tu maldita vida. Voy a saborear cada parte de tu cuerpo —pasó sus labios por los míos y susurró—, te guste o no.

Su mano se deslizó desde mi cuello, pasando por el escote del vestido y lo arrancó sin mucha dificultad. Su mano apretó con muchísima fuerza mi garganta y no me dejaba respirar. La habitación empezó a darme vueltas y los ojos me pesaban cada vez más.

Cuando Dwayne abrió la puerta del piso y entraron los niños corriendo, casi se me paralizó el corazón. Los dos se acercaron a mí y me agaché para abrazarles.

—La tía se ha quedado con él. No ha venido con nosotros, Alex. —Andrea estaba muy agitada y nerviosa.

—¿Dónde?

—No ha querido venir con nosotros.

Miré a Dwayne negando con la cabeza y acompañé a los niños a la habitación de Jason. Tenían que descansar un poco los dos. Cerré la puerta y salí enfurecido hasta el salón. Empujé a Dwayne contra la pared.

—¿Dónde coño está Mariola? —Puse mi brazo sobre su cuello y apreté.

—Ella no me ha dejado ninguna opción. —Negó con la cabeza mientras tragaba con dificultad.

—¿Dónde está Mariola? —Apreté más.

—Está con Jonathan. Nos ha dicho que tenía que hablar con él.

—Menuda mierda de seguridad. —Ryan se acercó a nosotros.

—La has dejado allí sola con un psicópata, no sabes lo que le puede hacer. Dame la dirección y no muevas tu culo de esta casa. Aunque se caiga el mundo, protege a los niños con tu puñetera vida. —Pegué un puñetazo en la pared, que me destrozó los nudillos, pero en aquel momento no me dolía nada.

—1021 Amsterdam Avenue.

Ryan salió corriendo mientras llamaba por teléfono. Yo no pude ir detrás de él tan rápido, primero fui donde los niños. No se merecían que desapareciese sin decirles nada. Al entrar en su habitación estaban los dos metidos en la cama.

—Chicos, voy a buscar a Mariola. Se queda Dwayne fuera. Si necesitáis cualquier cosa, solo tenéis que pedirselo.

—Vale, papi. —Jason me dio un beso.

—Haz que la tía vuelva. No me gusta ese hombre, pero esta tarde tuve miedo de que nos hiciese daño y accedí a irnos con él. —Andrea comenzó a llorar.

—No te preocupes, Andrea. Te prometo que cuando mañana te despiertes, tu tía estará aquí

con nosotros.

Les besé a los dos, les arrojé y salí corriendo de casa. Necesitaba llegar lo antes posible, aunque supuse que Ryan ya estaba movilizando a la policía.

—Vas a disfrutar como nunca lo has hecho. Como ese millonario de mierda no ha podido hacer. Nunca podrá ser tan bueno en la cama como yo. Recuerda cómo te hacía disfrutar. —Bajó su mano por mi estómago hasta mi pierna derecha. Las cerré de golpe.

—Jonathan, por favor. —A cada centímetro que se acercaba a mí, yo me alejaba más de aquel piso.

—Mírame a la cara. —Cerré los ojos—. Ábrelos, Mariola. —Me agarró fuertemente de la barbilla haciéndome daño—. Quiero que recuerdes toda la vida mi imagen devorándote. Que nunca más ningún hombre pueda estar en tu cabeza. ¡Ábrelos! —Accedí y le dejé ver mis lágrimas—. Así me gusta, que esos ojos marrones tan llenos de vida se apaguen esta noche aquí y conmigo.

Tiró de mi brazo y me llevó hasta lo que se suponía que era el salón. Puso dos copas y me ofreció una de ellas, la puso delante de mí y la tiré al suelo de un golpe. Volvió el Jonathan amenazante y peligroso. Me agarró con dureza de la mandíbula, echando mi cuello para atrás y cortándome momentáneamente la respiración. Sus ojos me dijeron exactamente cuáles eran sus intenciones.

Lanzó su vaso contra la pared y observé cómo se rompía en mil pedazos, como mi cuerpo en aquel preciso instante. Fue hasta la barra donde tenía la botella de alcohol, le dio un trago y de nuevo se acercó a mí con su mirada amenazante. Yo estaba aterrorizada en el sofá, con las piernas subidas en él. Tenía que salir de allí o iba a acabar conmigo de una forma física y emocional. Cuando le tuve delante, saqué todas mis fuerzas y le pegué una patada en el estómago cuando se agachó sobre mí, clavándole el tacón con la mayor fuerza que pude. Cayó a plomo sobre mí y rodó hasta el suelo. Pasé por encima de él y salí corriendo hasta el ascensor. Parecía estar a cien metros bajo el suelo. Por más que apretaba el botón, no llegaba. No fueron más de quince o veinte segundos los que habían pasado, pero estaba tan nerviosa por salir de allí, que no me di cuenta de lo que estaba sucediendo detrás de mí. Jonathan me agarró de uno de los tobillos tirando tan fuerte, que me desestabilizó y acabé golpeándome la cabeza contra el suelo, quedando tendida un poco adormecida.

—Nena, no deberías haber hecho eso. Esto podría haber sido bonito y tierno... —salió un gruñido de su garganta—, pero ahora va a ser duro, muy duro para ti. —Dejó caer todo el peso de su cuerpo sobre mí

—No... Yo... —Casi no podía moverme por el golpe de la cabeza. Solamente podía mover los brazos que acabó por aprisionar por encima de mi cabeza.

—No tendrías que haber hecho nunca eso. No deberías haber estado con ese gilipollas nunca en tu vida. —Rozaba su cadera contra mi cuerpo—. No tendrías que haberte metido en su camino.

Mi cabeza empezó a dar vueltas y cerré los ojos. No quería que la cara de Jonathan se grabase en mi mente. Su aliento, sus manos y su cuerpo recorría el mío. Los gruñidos de Jonathan llenaban aquel lugar en el que desee no estar, en el que desee que todo acabase lo antes posible.

Estaba tan aturdida que me pareció oír el ascensor llegando a aquel piso. No sabía si era verdad o tan solo fruto de mi desesperación. Giré como pude la cabeza y por el hueco que quedaba entre mis codos y el suelo, observé unos pies que se acercaban corriendo a nosotros. Cerré los ojos y al abrirlos no vi a nadie. No era más que una mala pasada de mi cerebro. Traté de moverme, pero el peso de Jonathan no me lo permitía. No podía gritar, no podía moverme, solo podía rezar y esperar que algún dios se apiadase de mí.

Noté cómo el peso de Jonathan desaparecía.

Escuché unos gritos.

Me di la vuelta como pude en el suelo y traté de levantarme, pero no tenía fuerzas. Oí unas voces de fondo y sonidos de puñetazos. Me arrastré hasta el ascensor que aún mantenía las puertas abiertas. Me arrodillé para poder llegar hasta mi salida. Tenía que hacer un último esfuerzo. Me metí dentro y estiré el brazo pulsando el botón del cero. Me acurruqué en una esquina y recé para que las puertas se cerrasen. Pero antes de que aquello, alguien entró en el ascensor.

—No. —Me tapé la cabeza con las manos y empecé a llorar desconsoladamente, repitiendo no, una y otra vez.

—Mariola, estás a salvo.

Aquella voz no era de Jonathan, definitivamente, no era él. Levanté la cabeza temerosa de que mi cabeza me estuviese pasando una mala pasada y vi a Ryan lleno de sangre en la cara, con los nudillos desgarrados. Sujetó mi cara con firmeza, observó mis brazos, las marcas de forcejeo que Jonathan había dejado en ellos, se dio cuenta de la sangre que corría por mi nuca.

—Pase lo que pase, oigas lo que oigas, no salgas del ascensor hasta que llegues abajo. —Su voz sonaba entrecortada.

—¿Tú qué vas a hacer?

—No te va a volver a hacer daño. —Escuché una voz por el pinganillo que salía de su oreja—. Sí, baja en el ascensor. Recogedla y que le hagan una revisión completa. Sí. Después que suba el equipo. De acuerdo. —Se quitó el pinganillo—. Prométeme que no pararás hasta estar a salvo abajo.

—Ven conmigo. Que suban los demás. —Le agarré de las manos—. Por favor, Ryan, ven conmigo. —Me dio un beso en los labios.

—No te preocupes por mí, Mariola.

Escuchamos cómo Jonathan maldecía desde el salón.

—Veté ya. —Pulsó desde fuera el botón del hall—. Nos vemos abajo.

Sacó el arma de la funda de la pernera que llevaba y se acercó hasta el salón. Se cerraron las puertas antes de que pudiese ver lo que estaba pasando.

El ascensor fue anunciando cada piso y me quedé acurrucada en una esquina sin moverme. Noté cómo se abrían las puertas y un silencio se hizo a mi alrededor. Comencé a temblar pensando que había vuelto al último piso. Clavé los talones en el suelo y apreté mi cuerpo contra aquella esquina.

—¡Mariola!

Oí un grito que rompió aquel silencio tan atronador. Levanté la cabeza y apareció Alex entre un montón de policías mirándome desesperado, apartándolos a manotazos y saltándose el cordón policial.

—Alex. —Tomé varias veces aire sin llenar mis pulmones y comencé a llorar totalmente abatida—. Alex.

—Mariola, ¿qué has hecho? —Se agachó delante de mí aterrado y me cubrió con una chaqueta.

—Sácame de aquí. —Fue lo único que salió de mi garganta.

Sin dudarle un momento, Alex me cogió por la cintura y las piernas, y me sacó de allí desoyendo las órdenes de los policías. Me aferré a su cuello con las pocas fuerzas que me quedaban. No quería soltarme por nada del mundo.

—Necesitas un médico urgentemente.

—Disculpe, señor. —Un agente de policía nos cortó el paso—. No pueden marcharse. El inspector Acherson nos ha dado órdenes de que ella no salga de aquí si no es con él.

—Me dan igual las órdenes de su inspector. Me voy a llevar a mi chica a un hospital. —Lo dijo

mientras me abrazaba más fuerte, como si aquel policía fuera a arrebatarme de sus brazos.

—Señor, hay una ambulancia fuera con un equipo médico. —El agente señaló un grupo de vehículos.

—Alex, no quiero irme de aquí sin ver a Jonathan esposado. —Le miré fijamente a los ojos—. Por favor.

—Mariola. —Respiró profundamente y abrió mucho los ojos—. De acuerdo. —Me llevó hasta la ambulancia—. Mariola, ya estás a salvo.

Alex estaba observando cómo me curaban y no se quiso apartar ni un segundo de mi lado.

—Estoy aquí al lado, no te voy a dejar sola. —Me besó en la frente.

—Ok. —Suspiré varias veces y por fin pude respirar. Mis pulmones pudieron hacer su trabajo.

Se me acercaron varios policías para hacerme un montón de preguntas a las que ni quería ni podía responder.

—¿Podéis dejarla tranquila? Vais a provocarle un ataque de ansiedad y empezará a mandaros a la mierda y con razón. —Delante de mí había un chico rubio mirándome—. Que os vayáis ya, joder.

—Gracias. —Le miré extrañada ya que él me miraba como si me conociese.

—Soy Joe Lachland, el compañero de Ryan. ¿Cómo estás?

—Tengo un exnovio psicópata, una conmoción del golpe y unas marcas que mañana se convertirán en moratones feos. —Levanté mi pulgar y sonreí falsamente—. Estoy de cojones.

—Ya veo lo que me decía Ryan. —Me entregó un café que llevaba en la mano—. Seguro que te sienta bien.

—¿Dónde está Ryan?

—Han subido los refuerzos. Ryan es un SEAL, puede con esto y con mucho más. —Puso su mano sobre mi hombro, ya que debió ver mi cara de preocupación—. No te preocupes por él. Ha salido de cosas mucho peores. Estos seis meses que se va fuera va a estar seguro.

—Supongo—. Le pegué un trago al café y Joe me puso una manta por encima.

—Necesito hacerte varias preguntas, ya que el otro día no nos pudimos conocer, quiero saber en qué cojones pensabas viniendo aquí sola.

Le expliqué mis motivos al ir al piso de Jonathan sola. Me miraba con cara de *eres idiota*.

—Sé lo que estás pensando, Joe, pero si no venía sola podía hacer daño a los niños. Pensé que si le hacía caso... —me pasé la mano por la cara al escucharme de nuevo decir lo mismo—. Mira, los niños están a salvo en casa y estamos bien.

—Joder, eres más cabezota de lo que me dijo Ryan. He conocido a personas que han puesto su vida en peligro por...

—Mira, como se te ocurra decir que he puesto mi vida en peligro por una tontería...

Joe levantó las dos manos en señal de paz y empezó a reírse.

—No quiero molestarte ahora, necesitas descansar. —Me entregó una de sus tarjetas—. Llámame un día de estos y me respondes unas preguntas. Te pongo al día con la investigación —señaló el último piso confiando en sus palabras—, pero esto ya ha terminado. Puedes estar tranquila.

Joe se alejó de mí con una gran sonrisa. Me quedé sola unos minutos y observé todo a mi alrededor. Las luces rojas y azules comenzaron a ralentizarse sobre la pared en la que se reflejaban. Las voces sonaban cada vez más lejanas.

Fijé mi mirada en Alex que estaba hablando con unos policías entre los que se encontraba Joe. Sus puños estaban apretados a ambos lados de su cuerpo y negaba con la cabeza constantemente. Levantó los brazos, los dejó caer, señaló el edificio y me señaló a mí. Volvió a negar con la

cabeza y se pasó la mano por la nuca. Parecía que, fuese lo que fuese de lo que estaban hablando, había desistido.

Caminó hasta la ambulancia preocupado.

—¿Cómo estás? —Se agachó Alex a mi altura.

—Mejor. —Traté de sonreír y afirmé con la cabeza.

—¿Te ha... ¿Jonathan te... —Cerró unos instantes los ojos—. No se cómo preguntártelo.

—Ryan llegó a tiempo. —Puse mi mano en sus mejillas.

—Tienes el vestido hecho trizas.

—Estoy bien, Alex. Solamente necesito tomarme otra de estas pastillas que me han dado y dormir. —Eché mi cabeza hacia delante, apoyándola en su hombro.

—¿Qué te parece si te llevo a casa? —Me besó la cabeza mientras me acariciaba el pelo. Tuvo cuidado con mi herida.

—Quiero ver a Jonathan esposado.

—¿Estás segura de que quieres verle?

—Sí, lo necesito, por favor.

Mi cabeza descansaba en su hombro, pegué la nariz a su cuello y su olor me tranquilizó. Sabía que estaba a mi lado, que estaba allí para ayudarme, pero me preocupaba Ryan. No había noticias de él y no las hubo en la media hora siguiente. El tranquilizante que me habían inyectado estaba haciendo su labor y mis ojos comenzaron a pesar tanto que era incapaz de mantenerlo abiertos.

—Mariola, nos vamos a casa. Vas a caer en dos minutos y prefiero que duermas en una cama. —Me agarró para llevarme hasta el coche—. Vámonos a casa.

No tenía ni idea de cómo llegamos a casa de Alex, solo sabía que aquel olor era familiar y me terminó de tranquilizar, pero el sonido de un teléfono me puso alerta. Abrí los ojos y vi a Dwayne mirándome desde una esquina. Alex me dejó en el sofá y rechazó aquella llamada. Fue a la cocina y empezó a preparar unos té.

—Lo siento, señor.

—Tendrías que haberte quedado con ella, pero... La próxima vez que te diga que no te separes de ella, no lo hagas. —Sirvió los té en unas tazas mientras yo les observaba.

—Sí, señor. —Se apartó de su camino.

Alex se acercó al sofá con la cara aún desencajada. Sabía que haberme ido sin avisarle había sido una mala jugada, pero si el hubiese conocido mi plan, no me hubiese dejado ir sola. Y tal vez los niños no estarían durmiendo en la habitación en aquel momento.

—Te sentará bien. —Me entregó una de las tazas.

—Gracias. —Le pegué un sorbito y debí de ronronear o algo.

—Echaba de menos ese sonido que haces cuando te gusta algo. —Se sentó a mi lado sin saber muy bien qué hacer conmigo—. ¿Qué necesitas ahora mismo?

—Una ducha y dormir. Cerrar los ojos y olvidarme de todo lo que ha pasado.

—Lo que necesites. Ya sabes que estás en tu casa.

—Gracias, Alex.

Me acompañó hasta su habitación para que me pudiera dar una ducha. Según salió de baño abrí el grifo de la ducha, me desnudé y me miré en el espejo. Tenía marcas en los brazos, un arañazo en el pecho del momento en que me rasgó el vestido. Me acaricié cada herida y al tocar la del pecho, me vino la imagen de Jonathan encima de mí, echándome su aliento y diciéndome que no iba a tener a ningún hombre más en mi cabeza nunca. Me metí debajo del agua, tratando de que se llevase aquellas malditas imágenes, no quería que se quedasen grabadas en mi cabeza. Me deslicé por la pared mojada, para acabar sentada en el suelo, mientras el agua me caía encima.

No sé cuánto tiempo estuve sentada, si grité o qué pasó, pero Alex apareció en el cuarto de baño asustado. No lo dudo ni un momento, se metió con la ropa que tenía puesta debajo de la ducha y se arrodilló para abrazarme. No dijo nada, sabía perfectamente lo que necesitaba era uno de sus abrazos, que me abrazase como lo había hecho en el *Soho Grand Hotel*.

Varios minutos después me agarró de las mejillas y me besó la frente.

—¿Estás bien?

—Siento haberte asustado.

—He entrado en la habitación y he escuchado tus sollozos. He llamado varias veces a la puerta, pero no has debido escucharme. ¿Estás bien?

—Sí, necesito quitarme los restos de sangre. —Me froté con las manos los brazos tratando de hacer desaparecer aquellas marcas de mi piel.

Alex se levantó lentamente y me dio la mano para que hiciese lo mismo. Me besó en la frente y salió de la ducha empapando todo el suelo. Se desnudó y se metió de nuevo conmigo, cerrando la puerta tras de él.

Su cuerpo se acercó al mío, puse mis manos sobre su pecho, que aún parecía no haberse recuperado del susto de aquella noche, ya que seguía moviéndose intranquilo. Sus ojos estaban fijos en los míos, pero en un momento noté cómo se le desviaban a la herida que tenía de las uñas de Jonathan en el pecho

—¿Te duele?

—Se pasará.

Observó minuciosamente cada marca mientras respiraba profundamente negando con la cabeza. Pasó sus dedos por cada herida, como si con aquel gesto las curase. Me besó el moratón de la cara y me abracé a él.

Diez minutos después apagó el agua y cogió un par de toallas de una de las baldas.

—No me dejes sola esta noche, por favor. No me dejes sola, Alex.

10.
COMO CUANDO NOS CONOCIMOS

Dejé a Mariola unos minutos más a solas en el baño. Estaba a salvo, al menos por el momento. La puerta estaba entreabierta y pude ver cómo se secaba un poco el pelo, cómo trataba de evitar mirarse en el espejo para no ver las marcas que el hijo de puta de Jonathan había dejado en su cuerpo. Pero me preocupaban más las interiores. Por mucho que tratase de simular que todo estaba bien, que lo podía controlar todo...

—Deja de mirarme así, Alex. Sé que puede sonar raro que diga que estoy bien, pero Ryan habrá detenido ya a Jonathan y estará de camino a algún calabozo oscuro y mugriento. —Se quedó delante de mi vestidor desnuda, buscando una camiseta, sin ruborizarse—. ¿Vas a quedarte conmigo?

Se dio la vuelta mientras se colocaba una de mis camisetas. Después de todo lo que había pasado, quería que me quedase a su lado y para mí, por el momento, era suficiente aquella noche.

—No me voy a mover de tu lado hasta que me lo pidas. Voy a ver a los niños y a darle un par de instrucciones a Dwayne.

Salí de la habitación y al entrar en la de los niños, comprobé que los dos estaban durmiendo en la misma cama. Jason abrió un ojo y se llevó la boca pidiéndome silencio.

—Andrea tenía miedo y le dije que se metiera en mi cama.

—Bien hecho, cariño. Descansad.

Les besé a los dos y salí de su habitación para hablar con Dwayne. Estaba hablando por Skype con el personal de su equipo.

—No quiero molestarte, Dwayne, pero espero que esta noche podamos descansar. Mañana hablaremos de cosas que tienen que cambiar.

—De acuerdo, señor.

No quise enfrascarme en otra pelea con Dwayne, así que volví a la habitación. Mariola estaba metida en la cama y decidí tumbarme en el sofá que tenía en la habitación. Ella no quería estar sola, pero no quería incomodarla dando por hecho de que quería que durmiese a su lado. La observé durante unos minutos. Su respiración parecía tranquila, se había acurrucado pegada a la almohada y no parecía que nada estuviese perturbando su sueño.

Escuché cómo Alex entraba en la habitación, pero me quedé dormitando unos minutos. Al abrir los ojos Alex no estaba a mi lado. Me giré y le vi durmiendo en el sofá o tratando de hacerlo. Estaba tumbado con los brazos detrás de la cabeza y con la mirada perdida en el techo. Escuché un gran suspiro que se escapó de su boca y apagó la luz, pero dejó una luz tenue para tranquilizarme o para hacerlo él.

Una hora después seguía perdida en aquel techo blanco con molduras. La cama se me hacía grande, demasiado fría. Me levanté sin hacer mucho ruido y me acerqué al sofá. Me quedé paralizada, como si toda la vergüenza del mundo hubiera caído sobre mí en aquel momento. Me mordí el labio e hice el amago de volver a la cama.

—¿Estás bien? —Abrió los ojos.

—Me siento sola en la cama. ¿Puedo acostarme aquí contigo un rato? —Señalé el sofá.

Levantó la manta y pasé por encima suyo para tumbarme a su izquierda. Levantó su brazo para que pudiese acomodarme sobre su pecho, y al hacerlo, me abrazó fuertemente. Empezó a acariciarme la espalda, con movimientos suaves de arriba abajo. Sabía qué hacer para que me relajase. Me besó en la cabeza y nuestras respiraciones se acompasaron, hasta que me quedé profundamente dormida.

Comencé a tener un sueño que me evocaba paz y tranquilidad. Estaba en una habitación sentada en un sofá blanco mirando por una ventana por la que se veían un océano. El mar se agitaba delante de mí, las olas traían y se llevaban arena de la orilla.

Puse la vista en el horizonte, respiré tan hondo como mis pulmones me dejaron y disfruté de aquella paz, pero de repente el cielo empezó a ponerse muy oscuro, como si estuviese a punto de desatarse la tormenta perfecta. Un fuerte viento empezó a soplar arrastrando todo lo que pillaba a su paso, llevándose las ramas de unas palmeras, haciéndolas chocar con la ventana que estaba a mi lado, rompiendo el cristal en mil pedazos y cayendo todos sobre mí. Salté del sofá y corrí hasta una de las habitaciones para protegerme, pero aquella sala comenzó a volverse más oscura. Todo se tiñó de un color azul muy oscuro, pero en el que podía distinguir las sombras de las ramas mientras eran movidas por el viento. Había otras sombras que se movían delante de mí y parecían reírse mientras me señalaban. Mi corazón latía tan rápido que era lo único que se oía en aquella habitación. Una de las sombras empezó a acercarse a mí y me acorraló contra la esquina de la habitación. No podía respirar. Era como si hubieran sacado todo el oxígeno de la habitación. La sombra se detuvo frente a mí. Levanté la vista para ver qué o quién era lo que me estaba provocando aquello. Era Jonathan. Su sonrisa estaba formada por una hilera de dientes extremadamente afilados y cada vez se hacía más grande. Tiró de mí sin ningún esfuerzo, arrastrándome por el suelo hasta otra de las habitaciones. Me soltó en medio de lo que antes era el salón. Ya no había ventanas, no entraba nada de sol, no había nada más que la luz que salía de una pequeña lámpara vieja que había en una esquina. Comencé a moverme desesperada en el suelo, pero tenía demasiado peso encima como para poder deshacerme de aquello. Sentía lo mismo que aquella tarde había experimentado en el piso de Jonathan, una completa y absoluta desesperación.

—Mariola.

—No, no, no. ¡Para, por favor! —Comencé a gritar y a mover los brazos tratando de detenerle, pero no podía con él.

—¡Mariola, despierta! Es una pesadilla.

En uno de esos movimientos de brazos que trataba de hacer para zafarme de Jonathan, lancé un puñetazo al aire.

—¡Joder!

El grito de Alex me despertó. Al sentarme en el sofá y abrir los ojos, le vi en el suelo con la mano en la boca.

—Mierda. —Salté del sofá para arrodillarme entre sus piernas—. Lo siento yo...

Le quité la mano de la boca y vi que estaba sangrando. Alcancé una camiseta que había a nuestro lado y se la puse en la boca. Me levanté y rebusqué en el armario del baño algo para parar la pequeña hemorragia que le había provocado.

—Siéntate en el sofá que te voy a curar eso.

—No te voy a llevar la contraria. —Se sentó y me situé de rodillas entre sus piernas—. Ya le avisaste a Dwayne de tus dotes en artes marciales, pero menudo derechazo tiene, señorita Santamaría.

Sonríó un poco y yo negué con la cabeza. Puse mi mano izquierda en su cara y con la derecha le limpié la sangre. Alex tenía los ojos cerrados y aproveché para observar su cara. La cicatriz de su ceja, su barba supuestamente descuidada perfectamente cuidada. Debí de quedarme unos segundos quieta sin hacer nada porque abrió los ojos y me pilló observándole detenidamente. Respiré profundamente y le dediqué una pequeña sonrisa.

—Lo siento. No quería pegarte —negué con la cabeza.

—Estás a salvo. —Tiró suavemente de mi brazo y me abrazó—. A mi lado siempre estarás a salvo.

—Gracias, Alex. —Terminé de limpiarle la herida cuidadosamente—. Bueno, yo creo que ya está.

—Me está matando ver esa herida en tu pecho, Mariola. —Sus ojos se habían perdido en el escote de la camiseta—. ¿Cómo has sido capaz de ir allí sola? —Su tono de voz relajado, había pasado a ser algo enfadado.

—Yo solo quería acabar con todo lo que está pasando. Pensé que si hablaba con él... —Me aparté de él y tiré de la camiseta para abajo, como una niña pequeña cuando se disculpa.

—Mira cómo has acabado. —Me señaló desde la distancia que había puesto entre los dos.

—No hace falta que me echés a los perros, Alex. Sé que soy idiota al pensar que yo sola podría solucionarlo.

—No puedes resolver todos los problemas sola, Mariola. Aunque estés acostumbrada a hacerlo. —Se levantó—. No puedes arreglar los problemas del mundo. Tienes que empezar a confiar en las personas que te rodean.

—Es fácil decirlo. —Levanté las cejas y sonreí—. Pero cuando estás acostumbrada a sobrevivir... Mis primeros años en esta ciudad fueron un machaque diario. Si hubiera sido otra persona, te aseguro que hubiese tirado la toalla.

—Tú no la tiras ni en el gimnasio.

—No sé ser de otra manera, Alex. Puede que mi boca me pierda la mayoría de las veces, la gran mayoría. Puede que no piense con detenimiento algunos de mis actos, que tenga cierta incontinencia verbal, pero siempre actúo con el corazón. —Meneé la cabeza unos segundos hacia los lados—. Eso me hace pegarme unas hostias de espanto con muchas personas, pero no sería yo si no lo hiciese así.

Nos quedamos unos minutos en silencio. Siempre me había incomodado quedarme delante de otra persona sin saber qué decir, pero con Alex era diferente. Con mirarnos a los ojos, podíamos hablar sin decir nada durante mucho tiempo.

—Solo espero que toda esta mierda se acabe y vuelva la no normalidad a nuestras vidas.

—¿No normalidad? —Alex no me entendía.

—Alex, nuestras vidas son de todo menos normales. No tenemos unos trabajos de nueve a cinco. No tenemos unas familias en la ciudad típicas. Somos lo más atípico que conozcas, reconócelo. En tu círculo de amigos pocos hay como nosotros.

—Sois diferentes, eres especial y eso me encanta.

—La palabra especial siempre me ha gustado. —Me acerqué a él—. Nos merecemos que todo esto termine.

—Recuperar nuestras vidas. No estar todo el día pendiente de el psicópata de tu ex. —Se pasó la mano por la boca como si quisiera no haber dicho aquello.

—Siempre me fijo en quién no me conviene.

—¿Eso también va por mí?

Levanté los hombros y en aquel momento sí busqué las palabras adecuadas.

—Tal vez tan solo somos instantes o meras casualidades. El destino es caprichoso.

—El destino no sería tan mamón de ponerte en mi camino en aquella fiesta y que no tengamos que ser. —Me acarició el brazo y volvió el dichoso escalofrío por la espalda.

—Esa boca, Alex. —Le mantuve unos segundos la mirada sonriendo y escuché el sonido de mis tripas rugiendo.

—¿Comemos algo? —Sonrió.

—Sí, por favor.

—Vamos a ver qué podemos preparar a estas horas de la madrugada. —Me empujó con su cuerpo para salir de la habitación.

Fuimos a la cocina tratando de no hacer demasiado ruido. Alex abrió la nevera y los dos nos quedamos mirando aquella gran nevera de doble puerta con los brazos cruzados.

—¿Qué te apetece? —Alex me miró por el rabillo del ojo.

—Si fuera una típica conquista tuya diría que medio pomelo. —Lo dije con voz de pito y abriendo los ojos—. Pero siendo yo... unas tortitas con chocolate caliente y fresas por encima.

—¿Típica conquista? —Puso uno de sus brazos detrás de mí agarrando la puerta de la nevera—. ¿Ha estado cotilleado sobre mí en *Google*, señorita? —Se pasó la mano por la boca tratando de que no viese su gran sonrisa.

—Solamente leí un reportaje tuyo en una revista del corazón. —Me puse de puntillas para coger las fresas y me di la vuelta mirándole.

—¿Leíste el reportaje? —Puso su otro brazo en la otra puerta cerrándome el paso.

—Te vendían muy bien la verdad —me metí una fresa en la boca—, pero que muy bien. —Pasé por debajo de su brazo izquierdo y fui hasta la isla—. Eras como el caballo ganador en una carrera. Bonito pelaje, dentadura perfecta y una ver... —sonreí pensando lo que no le iba a decir.

—Eres mala. —Lo dijo en castellano mientras cogía algunas cosas y cerraba la nevera.

Era las cuatro de la mañana y estábamos preparando tortitas. La verdad es que no eran horas, pero estaba muy a gusto, con la mente distraída y, sobre todo, en muy buena compañía. No hablábamos, solamente le pasaba los ingredientes y nos mirábamos.

—Ya te puedes sentar, acabo en unos minutos. —Le señalé un taburete.

—Sí, señor. —Hizo un gesto militar.

Dos minutos después dejé el chocolate caliente en una jarra, las fresas cortadas y lavadas en un bol, y una torre de tortitas recién hechas.

—Listo el desayuno. —Le guiñé un ojo.

—No sé si a estas horas se le puede llamar así.

—¿No las vas a probar? —Me senté a su lado—. Soy toda una experta haciendo tortitas, a Jason le rechiflaron. —Me metí un cacho de tortita en la boca.

—Ya sabes que soy muy exigente. —Arqueó las cejas y se metió un trozo en la boca.

—¿Y bien? —Me giré en la silla para ver bien su cara.

—Cómo te lo digo para no ofenderte. —Se pasó la lengua por los labios. Se giró y se acercó a mí—. Es lo segundo más sabroso y apetecible que hay en esta habitación ahora mismo. —Se mordió el labio.

Me besó en la mejilla, muy muy cerca de la boca, pensé que tanteando el terreno. Sonreí agachando la cabeza, como si aquella frase me hubiese dado vergüenza. A los segundos, se levantó y puso un poco de música. Muy suave para no despertar a los niños y cuando escuché las primeras notas de la canción empecé a sonreír mientras comía.

«Sus ojos hacen parecer que las estrellas no brillan. Su pelo cae perfecto sin que ella lo pretenda. Ella es tan hermosa y se lo digo todos los días».

Bruno Mars y *Just the Way You are* siempre conseguía sacarme una sonrisa, hasta en los malos momentos. Me di la vuelta y vi la mano de Alex tendida invitándome a bailar. Le miré y negué con la cabeza sonriendo, pero no se conformó con mi negativa. Tiró de mi mano para bajarme del taburete, pero le enseñé mis dedos llenos de chocolate como si fuera una disculpa para no bailar. Tiró más de mí, obligándome a pegar un salto para bajar del taburete. Me pegó a él haciéndome sentir todo su cuerpo. Yo seguía solo con la camiseta que no cubría demasiado y él solamente con unos pantalones cortos que dejaban mucho a la vista. Le miré a los ojos y vi el mismo brillo de los primeros días que nos conocimos. La misma mirada traviesa de la fiesta de cumpleaños de Andrea, la de aquel callejón donde nos besamos por primera vez. Me estremecí entre sus brazos e hizo que mi cuerpo vibrase al rozarlo con el suyo. De repente se llevó mi mano a su boca, sin dejar de mirarme a los ojos. Cogió mi dedo índice, que estaba pringado de chocolate, y lo chupó. Pasó su maravillosa lengua por mi dedo, quitando todo rastro de chocolate. Hizo lo mismo con cada dedo, matándome a cada lametazo, con cada mirada. Cuando llegó al meñique creo que ya estaba flotando en el cielo totalmente noqueada. Estaba excitada ante semejante festín que se había dado con mis dedos.

—¿No más excusas para bailar?

—Hombre, tal vez me fallen las piernas por lo que acabas de hacer.

Alex sonrió y empezamos a bailar. Siempre me había parecido muy de película romántica —y algo cursi, todo había que decirlo— hacer cosas así, pero con el señor trajeado nada salía como yo esperaba.

Nos olvidamos de la hora que era, de lo que estábamos desayunando y pasamos a estar solamente nosotros dos bailando en medio de su salón. La siguiente canción no pudo ser más perfecta.

After All de Michael Bublé nos estaba recordando por lo que habíamos pasado y Alex comenzó a cantármela al oído. Su profunda voz me llevó lejos de aquella habitación. Me transportó a la habitación del Soho Grand Hotel, a aquel momento en que hicimos lo que deseábamos y nos dejamos llevar sin pensar en lo que sucedería al salir de nuestro rincón secreto. Me pegó más a su cuerpo, con su mano apoyada en mi espalda y mi cabeza reposando en su pecho, podía escuchar cómo latía con fuerza su corazón. Ronroneé conscientemente, me encantaba aquella sensación de paz y tranquilidad. Aunque fuera de aquella habitación el mundo estuviese a punto de ser devorado por un asteroide en llamas, a nosotros nos daba igual.

Tal y como decía la canción, después de todo, los dos seguíamos allí. Después de todo lo que había pasado, cada uno podía haber tomado su camino y desaparecer de la vida del otro. Pero nos estábamos empeñando en no separarnos.

Cuando finalizó la canción, nos quedamos unos segundos más abrazados. No me quería soltar y yo no quería que me soltase nunca. Quería decirle que le quería, que estaba loca por él y que sí, que quería luchar a su lado contra los dragones y las brujas que se pusiesen en nuestro camino. Que me daban igual su pasado, al fin y al cabo, todos tenemos uno. Yo quería ser su presente y, sobre todo, su futuro. Me aparté unos centímetros de él, le acaricié la cara y sonreí. Le acaricié la cicatriz que me volvía loca, los labios que me hacían perder el sentido cada vez que estaban cerca de mí. Metí los dedos por su pelo y sin querer remediarlo me acerqué a su boca, besándole con una necesidad que no sabía que tenía. Saboreé cada centímetro de sus maravillosos labios, pero se apartó de mí.

—Quiero que vayamos despacio, Mariola. Tenemos que hablar.

—¿Después de nuestra noche en el hotel? Una mierda despacio, Alex.

Se quedó unos segundos en silencio, con la respiración un poco acelerada. Se apartó, respiró

profundamente, paso su mano por la nuca, negó con la cabeza y acto seguido dio una zancada para agarrarme de la nuca y besarme. Mejor dicho, devorarme. Su lengua exploró dentro de mi boca como si fuese la primera vez. Sus manos recorrieron mi cuello, mis brazos y mi espalda hasta llegar a mi culo. Me apretó contra él y pude notar su excitación. Su boca paseó por mi cuello, lamiéndolo y llegando hasta el lóbulo y tirar de él. Me agarró del culo y me subió hasta su cintura, pegándome a la encimera, para después sentarme en ella. Se dedicó durante unos segundos a observarme. A mirar cómo mi pecho subía y bajaba con la respiración descontrolada. Me humedecí los labios y me pregunté por qué estaba parando, cuál era el motivo para que no terminase lo que habíamos empezado. Se movió nervioso unos segundos por la sala, como si se hubiese arrepentido o como si tuviese algo que le atormentase. Me cogió en brazos, me dejó en el suelo y volvimos a bailar.

—Los niños nos están mirando. —Susurró en mi oído.

—¿Ves cómo son ellos, Jason?

—Están locos. Es muy pronto para bailar. —Los dos nos miraban divertidos.

—Están enamorados. Me lo dijo el tío Mike. —Andrea frunció los labios y afirmó con la cabeza.

—¿Pero tú les estás oyendo? —Alex seguía susurrándome.

—Ya lo sabía. ¿Por qué no salen juntos y dejan de hacer el bobo? —Jason levantó los brazos negando con la cabeza.

—No lo sé.

—Pues yo quiero que sean novios otra vez. Mariola es súper guay. Yo quiero que sea de nuestra familia y que salgan juntos y se casen.

Yo solté una carcajada que ahogué en el cuello de Alex y el agachó la cabeza para que los niños no descubriesen que les estábamos escuchando.

—¿Me quieres quitar a mi tía? —Andrea le miró sonriendo.

—No, solo quiero que papá sea feliz. Que sonría como cuando Mariola estaba por aquí. Hacía tiempo que no le veía así. —Nos señaló—. Siempre suele estar triste y ya no juega conmigo.

—Mi tía también tiene días que parece que está algo triste, aunque su amigo Ryan le ayuda mucho y me gusta, pero me gusta *muchísimísimo* más tu padre.

—¿Tu amigo Ryan te ayuda mucho? —Alex me miró sonriendo.

—Mi papi es el mejor. Aunque se enfade, es el mejor.

—Yo no sé quién es mi padre, pero con mami, la tía y los tíos me vale.

—Todo son súper guays en tu familia. Yo no conozco a mucha parte de la familia de papá.

—Mi familia es la tuya también.

No quise que los niños siguiesen hablando de aquellas cosas.

—Pero ¿qué hacéis despiertos a estas horas? —Me acerqué a ellos corriendo y pegaron un grito asustados.

—Nos habéis despertado con la música, las risitas esas raras y el olor a tortitas. —Andrea se lanzó a mi cuello—. ¿Estás bien, tía?

—Mejor que nunca, cariño, mejor que nunca.

—¿Podemos desayunar?

Alex comenzó a calentar leche y yo senté a los niños en los taburetes. Apagué la música y me acerqué a Alex para echarle una mano, pero se alejó unos centímetros de mí.

—¿Todo bien?

—Tengo que contarte algo, pero puede esperar. No te preocupes.

Alex no dijo nada más y preparó el desayuno. En el momento en que se separó de mí cuando

estaba sentada en la encimera y soltó lo de *Tenemos que hablar...*

La frase que no traía consigo nada bueno.

La frase con la que se mascaba la tragedia.

11.
COMO DOS ADOLESCENTES

Mientras los niños desayunaban, Mariola fue a ducharse y a prepararse. Quería ser ella la que llevase a Andrea al colegio aquel día.

—Señor, tenemos que hablar.

Cuando Dwayne me lo contó... no me lo podía creer. No era posible.

—Sí, señor.

—Voy a hablar con Mariola. Seguid investigando y ya sabes lo que hay que hacer con ella.

Dejé a Dwayne con Andrea y a Jason en la cocina, y fui a la habitación con un par de cafés. Sabía que Mariola iba a necesitar bastantes aquel día. Salió del baño con la ropa ya puesta, ropa que se dejó semanas atrás en casa.

—¿Estamos bien? —Mariola me abrazó al verme.

—Tenemos que hablar.

—Joder con la maldita frase. ¿Tú sabes que cuando alguien dice esa frase se mueren dos unicornios y tres centauros, a cuatro hadas les cortan las alas y muchas más desgracias? —Se quedó callada y me miró preocupada—. ¿Qué pasa, Alex?

—A Dwayne le han informado de lo que sucedió anoche en el edificio de Jonathan. —Me costaba mucho recordarlo.

—Me estás asustando, Alex.

—Ryan. —Cerré los ojos y me pasé la mano por la frente—. Necesito que estés tranquila.

—¿Qué pasa? —Se situó delante de mí mordiéndose el labio y con los ojos llenos de preocupación.

—Sé porqué no vimos salir a Jonathan ni a Ryan. Cuando tú bajaste en el ascensor ellos empezaron a pelear. Al intentar subir el resto de la policía, el ascensor estaba bloqueado y no había ningún otro acceso. —Le agarré de las manos, que le temblaban—. Después de un tiempo sin tener ningún tipo de contacto con Ryan, consiguieron desbloquear el ascensor y llegar. —No sabía cómo seguir y negué con la cabeza.

—Alex, ¿qué le ha pasado a Ryan?

—Cuando la policía llegó encontraron sangre y casquillos por el salón, cristales rotos y señales de forcejeo. Cuando localizaron a Ryan estaba cubierto de sangre y respiraba con mucha dificultad. Estaba semiinconsciente y se lo llevaron al hospital, pero perdió mucha sangre. —Le agarré de la cara porque se había quedado sin color—. Le han tenido que operar, pero...

Todo lo demás que Alex me dijo lo oí como un ruido de fondo. Si yo no hubiera ido a aquel piso, si no hubiera conocido a Ryan, si no hubiera conocido a Alex, nadie habría salido herido. Me fui al baño y me lavé los dientes. Por el espejo vi a Alex observándome.

—¿Dónde está? —le miré a través del espejo.

—En el Monte Sinaí. Está en buenas manos. —Se acercó para abrazarme, pero me aparté.

—Necesito... —me puse a buscar por la habitación mi bolso—. ¿Dónde demonios...

Me paré en medio de la habitación y empecé a llorar. No sabía si estaba grave, si era algo leve

o si... o si estaba muerto. Mi mirada se fijó en un punto de la habitación cuando mi cabeza recordó el sonido atronador de aquel disparo de Ryan a Jonathan. Retumbó tan fuerte que tuve que agarrarme la cabeza.

—Mariola. —Me agarró de la cara.

—¿Está muerto?

—No sé cuál es su estado.

—Sé que lo último que te apetece es verme preocupada por alguien que no te gusta, pero voy a irme ahora mismo al hospital.

—Ayer te dije que pasase lo que pasase, iba a estar contigo. Así que no te vas a librar de mí tan fácilmente, Mariola. —Me acarició la cara y me besó dulcemente en los labios.

—¿Por qué es todo tan difícil? —Apoyé mi frente en su hombro.

—La vida es mucho más complicada de lo que siempre nos contaron. Los planes y las ideas que tenemos de cómo debería ser nuestra vida, a veces se confunden, cambian o se hacen esperar. Pero todo llega en esta vida. Por muy difícil que parezca, por muy feas que se pongan las cosas, esta vida tiene su recompensa. Y mi recompensa eres tú, Mariola.

—¿Y la de Ryan es llevarse un tiro por mi culpa? —Mi cabeza no procesó las últimas palabras de Alex.

Durante todo el camino al hospital Alex no dijo ni una sola palabra. Supuse que estaba preocupado por mi reacción al ver a Ryan. A medida que nos acercábamos al hospital se me empezaron a pasar mil imágenes por la cabeza. No sabía lo que me iba a encontrar allí. Aparcamos en el garaje y subimos hasta la recepción en el ascensor.

—Alex. —Pulsé el botón de stop—. Te quiero. Te quería antes de que nos separásemos y te sigo queriendo. He intentado obviar mis sentimientos para seguir adelante. No sé quién es esa mujer que estaba en tu casa y en el restaurante... —Se me revolvió el cuerpo al pensar en ella.

—Mariola...

—No, déjame terminar porque puede que en cuanto subamos ahí arriba reciba alguna noticia que me deje destrozada. Quédate con lo que te estoy diciendo aquí. Porque si sale la Mariola cabrona, puede hacer mucho daño. —Respiré profundamente—. Te quiero, Alex. No te lo estoy diciendo por lo que sucedió ayer ni por miedo. Me lo callé cuando te acojonaste porque no quería sufrir más.

—Mariola. —Me abrazó fuertemente—. No te prometo que esto vaya a ser fácil, pero prometo caminar a tu lado. Si nos tambaleamos, trataremos de no caernos. Si nos caemos, nos levantaremos las veces que haga falta.

Estuvimos en silencio y abrazados unos minutos. Volvimos a estar en nuestro pequeño mundo en el que nada ni nadie podía hacernos daño.

—¿Estás preparada?

—¿Para que me dejes de abrazar? No.

—Tenemos que subir. —Apretó de nuevo el botón.

En la recepción encontramos varias personas delante de nosotros y yo estaba jugueteando con el anillo de mi mano derecha. Noté que alguien me estaba mirando fijamente y al levantar la vista, había un chico de mi edad delante de mí. Di dos pasos para atrás y Alex se dio cuenta.

—¿Qué pasa, Mariola?

—No lo sé.

El chico se paró delante nuestro y, justo detrás de él, aparecieron varios policías que no dejaban de mirarnos.

—¿Mariola Santamaría?

—¿Quién lo pregunta? —Alex me puso con su brazo detrás de él y los miró con recelo.

—Soy Jackson. Uno de los compañeros de Ryan. —Sorteó con la mirada a Alex para mirarme.

—¿Podrías enseñarme... —no terminé la frase y me enseñó su placa—. Gracias.

—¿Podemos hablar? Ryan solamente pregunta por ti desde que ha recobrado la consciencia. No le hemos podido decir nada de cómo te encuentras porque no seguiste las instrucciones de mis compañeros y os marchasteis antes de que pudiésemos hablar contigo.

—Hablé con Joe.

—Pero no volvió a verte.

—Necesitaba descansar. —Levanté los hombros tratando de disculparme.

—Si no te subo ahora mismo a su habitación hará que mi culo acabe en algún agujero oscuro.

—¿Me puedes decir cómo está? Nadie me ha dicho nada.

—Creo que será mejor que hables con uno de los médicos. Yo no sabría explicarte bien su estado. —Llamó al ascensor.

—Me da igual que no me digas en términos médicos cómo tiene los aminoácidos o el magnesio, pero sabes cuál es su estado.

—Ryan es duro, el tipo más duro que he conocido en esta vida. Ha salido de cosas mucho peores.

Alex se montó con nosotros en el ascensor y al llegar al piso de la habitación de Ryan, comprobamos que la planta estaba llena de policías.

—Son compañeros de la comisaría y de otros cuerpos. Están todos preocupados. La habitación de Ryan es la del fondo.

Alex me dio un beso en la mano y se sentó en un banco que había delante del puesto de enfermeras. Fui caminando hasta el final del pasillo sin saber muy bien lo que me iba a encontrar. Cuando entré en la habitación y le vi allí en la cama con los ojos cerrados, me desmoroné.

—Lo siento, Ryan. Yo no quería que todo esto pasase.

—Yo no debí subir sin refuerzos, pero temí por tu vida y no esperé a nadie. —Ryan abrió los ojos y me miró.

—Dios mío, Ryan. —Me tiré sobre él.

—Joder. —Pegó un aullido que alertaría a toda la planta.

—Perdón. —Me separé de él aterrada.

—Es broma, estoy bien. —Sonrió y me agarró de las manos.

—Imbécil. —Tragué saliva—. ¿Cómo te encuentras?

—Con una resaca bestial. —Sonrió.

—¿Cómo puedes seguir teniendo ese humor?

—Ahora mismo es lo mejor que tengo. A parte de una cicatriz en el hombro y a una chica preciosa a mi lado preocupándose por mí. —Me agarró de la mano—. Has tardado mucho en venir.

—No me has podido echar de menos. —Jugueteé con mis dedos en la palma de su mano—. Lo siento. He venido en cuanto me he enterado.

—Cuando recibí el disparo, y caí al suelo, lo único en lo que pensaba eras tú. En el trayecto en la ambulancia eras lo único que tenía en la cabeza. Solo quería verte y comprobar que estabas bien. Te he visto en mis sueños o en lo que me hayan provocado las drogas. Tus preciosos ojos marrones mirándome como lo hacen ahora. —Me regaló una de sus sonrisas tan impresionantes—. Esa sonrisa que me vuelve tan loco, nena. —Alargó su mano para acariciarme la cara—. Al no verte por aquí pensé en lo peor... —Negó varias veces—. Cuando Jonathan desapareció de la habitación..

Se me paralizó el corazón unos segundos, solté la mano de Ryan y, menos mal que la silla estaba detrás de mí, porque me caí de culo sobre ella.

—Quieres decir cuando le detuvieron, ¿verdad? —Me faltaba el aire en aquella habitación.

—¿No te lo han contado? —Cerró los ojos, se pasó la mano por la cara y negó con la cabeza —. Soy un maldito bocazas. Supuse que Jackson te habría puesto al día.

—Nadie me ha dicho nada.

—Quiero que estés a salvo, Mariola. Me seguiré preocupando por ti. Aunque, en el fondo, siempre he sabido que entre nosotros las cosas no saldrían adelante. —Sonrió tristemente.

—Lo siento, Ryan.

—No te preocupes. —Se sentó en la cama—. Tú no tienes la culpa de que yo tuviese un flechazo. Estábamos en momentos diferentes, pero si ese estirado te trata mal —señaló con la cabeza el pasillo al decirlo—, tengo contactos.

Ryan me hizo sonreír. Me pidió con su mano que me sentase a su lado en la cama y, al hacerlo, me abrazó.

—Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para atrapar a ese hijo de puta.

—Ryan, te vas a Colombia. Céntrate en que no te maten.

—Joe y Jackson serán mis ojos. Y si hace falta, cojo un vuelo para atraparle.

Estuvimos hablando media hora. Me dijo que en un par de días saldría del hospital y me daría unas pautas para que estuviese más segura. Que hiciésemos algunos cambios en casa y en mis hábitos diarios, aunque no los tuviese. Antes de marcharse iba a pedir que investigasen a todas las personas que me rodeaban a diario.

—Scott, Sasha, Alex... Todos pasarán por ese examen minucioso.

Escuchamos unos nudillos en la puerta y, al abrirse, entró una enfermera con una bandeja.

—Vengo a hacerte las curas, Ryan. Es hora de dejarle descansar. —Notaba la mirada de la enfermera recayendo sobre mí.

—No me vuelvas a dar un susto así, por favor. —Le besé en la mejilla.

—Prometo no hacerlo, pero tú cuídate.

—Ahora descansa y recupérate, que te necesitamos. —Le sonreí.

—Prometido, preciosa. —Me guiñó un ojo.

Al salir de la habitación quise mostrarme muy tranquila y que no se me notase el nerviosismo, pero al ver a Alex allí sentado, sin un signo en su cara de preocupación... Vale, comprendía que Ryan ni era ni sería jamás su mejor amigo, pero...

—Tú. —Le señalé y le cambió la cara—. ¿Por qué demonios no me habéis contado lo que ha sucedido antes? —Le empujé hasta pegarle en la pared—. Podía haber muerto y yo cargaría con la culpa el resto de mi vida. —Le estaba gritando en castellano mientras todos los policías nos miraban.

—Mariola.

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —Me pasé la lengua por los labios—. No sé cómo, pero pufffff —hice un gesto con los dedos en el aire — ha desaparecido.

Estaba hablándole a Alex como si él tuviera la culpa de todo, pero no me estaba comprendiendo.

—Ryan está bien, he hablado con los médicos y está bien. La bala le ha atravesado el hombro sin rozarle nada importante. —Quería sonar tranquilo, pero no lo terminaba de conseguir.

—Está bien, pero podría no haber sido así. Joder. —Pegué un grito y me marché por el pasillo ante la atenta mirada de los compañeros de Ryan—. Ahora mismo no me caes demasiado bien, Alex. —Se lo dije antes de meterme en el ascensor, pero no se terminaron de cerrar las puertas

cuando la mano de Alex las paró y se metió dentro.

Según se abrieron las puertas en la planta donde habíamos aparcado, le arranqué las llaves de las manos a Alex y me subí al coche.

—¿Qué haces, Mariola? —Me miró sorprendido.

—Conducir y por tu bien cierra un rato el pico porque no respondo de lo que te pueda decir. —Arranqué el coche y salí del aparcamiento a toda velocidad. Pude ver cómo Alex se agarraba a cualquier parte del coche—. No voy a destrozar tu juguetito.

No sé cómo lo hice, pero en menos de veinte minutos aparqué el coche encima de la acera de mi apartamento. Quitó las llaves del contacto, salí del coche y comencé a andar por la acera. Alex se bajó sin saber muy bien si hablarme, besarme, quitarme las llaves del coche o echar a correr. Me miraba como si estuviera loca y en una de las miradas que le eché pude ver una pequeña sonrisa en su cara.

Le volví a mirar enfadada y le tiré las llaves del coche, con tan mala suerte que se las estampé en la cara. Me llevé la mano a la boca y empecé a reírme. Él se llevó la mano a la herida e hizo un gesto como si le hubieran dado un *knock out*^[25], apoyándose cómicamente en el coche.

—Lo siento. —Me acerqué a él mordiéndome el labio—. No quería hacerte daño... al menos no así.

—Hay muchas formas en las que puedes hacerme daño y esta no es la peor de ellas. —Dejó de sonreír y pasó a estar muy serio, con algo de tristeza en su mirada—. He visto cómo miras a Ryan cuando estás con él. Cómo juegas con sus manos, cómo le besas... Quiero hacerte una pregunta y quiero que seas sincera. —Se pegó a mí y yo asentí con la cabeza, mientras jugaba con el bajo de su camiseta—. ¿Qué sientes por él?

—Le tengo mucho cariño. —Pasé mis manos por su cintura y me puse de puntillas para acercarme más a su boca—. Pero no es lo mismo que siento por ti. —Ladeé la cabeza—. A ti te quiero. No he estado tan segura de algo antes en mi vida.

—¿Sí? —Me dio la vuelta y me pegó al coche.

—Muy segura, Alex. Puede que tenga dudas de muchas otras cosas, como de cuando fue la última vez que me hice la manicura, de si he llamado para reservar la sala para la fiesta de dentro de tres meses, de mi talla de vaqueros dependiendo del mes, pero de que te quiero... estoy completa y absolutamente segura. —Le besé.

Me olvidé de la herida de Ryan, de que Jonathan había escapado.

—Te quiero, Alex, aunque te diga que hay momentos en los que no me caes demasiado bien. Yo...

No pude terminar de hablar con Alex porque escuché un berrido que sugería ser mi nombre. Al girarme vi a mi hermana corriendo hacia nosotros con las mejillas sonrojadas, el rímel corrido y un pelo un tanto difícil de explicar. O se había enterado de lo que había pasado la noche anterior o mi cuñado le había pegado un buen polvazo. Pero cuando llegó hasta nosotros, apartó a Alex de un empujón y me abrazó llorando y moqueando... lo del polvazo lo descarté.

—Tata, ¿qué ocurre? —Me abrazó tan fuerte que la herida del pecho empezó a dolerme y el dolor se dibujó en mi cara.

—No, no...

—Tranquila.

—No puedo casarme. Yo... he engañado...

—¿Perdona? —Aparté a mi hermana un poco de mí.

—Sí, yo... —Empezó a llorar y a balbucear cosas ininteligibles—. Yo... no... —negaba continuamente con la cabeza— ayer... entonces... —Levantaba los brazos en el aire y los dejaba

caer—. *Pis dai hsihv...*

El resto de las palabras que dijo no las comprendimos ninguno de los dos. Alex me miró negando con la cabeza y yo no sabía qué hacer con ella.

—María, no sé de qué me estás hablando.

No hacía nada más que llorar y gritar. Así que después de tratar de tranquilizarla, pero no conseguirlo, entre Alex y yo la convencimos de que entrase en el coche para ir a tomar algo a una cafetería. Necesitábamos café y muchas cosas dulces para que mi hermana nos contase lo que había pasado.

Alex condujo hasta el hotel y al salir del garaje, nos dirigimos a *All about food*, un restaurante de la 58. María no me había soltado la mano en todo el trayecto, como no había dejado de sonarse los mocos de una manera cada vez más escandalosa.

Entramos en el bar y enseguida nos sirvieron unos cafés. María continuaba llorando y soltando palabras sueltas en castellano. Alex me miraba. Pobre, si no sabía a veces qué hacer conmigo, para saber qué hacer con una de las Santamaría echa un manojo de mocos y nervios.

—¿Qué has hecho? —Le levanté la cabeza.

—Ayer salí con Justin a tomar algo. Conocimos a unos chicos que eran muy agradables y, bueno, uno de ellos era muy simpático, fue muy amable conmigo. —Me apartó la mirada.

—La madre que te parió, María, que conozco esa mirada. —Resoplé—. ¿Qué demonios has hecho?

El móvil de Alex comenzó a sonar, pero rechazó la llamada. A los segundos volvió a sonar y le dije a Alex con la cabeza que contestase.

—¿Sí? Hola. Si, en el *All about*. ¿Qué te pasa? Ok. Aquí estamos. —Colgó extrañado.

—¿Todo bien? —Le miré y puse mi mano sobre la suya.

—Mi hermano necesita hablar conmigo. Espero que no siga con lo mismo.

María comenzó a contarnos cómo había engañado a mi cuñado. Es que no me lo podía creer, si ellos eran la pareja más consolidada que conocía. Se querían, se amaban, se adoraban y se respetaban. No lo podía entender. Ni a ella ni a sus explicaciones de mierda que me estaba dando.

—Tienes que hablar con Mark.

—No puedo destrozarle el corazón de esta manera.

—Eso tenías que haberlo pensado antes de follarte a un jodido desconocido, sabiendo que eso iba a reventar tu boda y tu vida.

María me miró y comencé a notar cómo se quedaba blanca por segundos.

—A ver, María, ¿creías que no iba a pasar nada? ¿Qué te iba a apoyar en esto?

Ella negaba con la cabeza y su cara se ponía cada vez más y más blanca.

—¿Qué hace él aquí? —Señaló a la puerta.

Me giré para ver qué o a quién había visto y comprendí que los problemas no habían hecho nada más que empezar.

—María, dime que no es él. —Levantó los hombros y afirmó con la cabeza—. Es el hermano de Alex. —Me levanté del asiento y negué con la cabeza—. ¡Joder!

No pude evitarlo, tenía que soltar toda aquella rabia y qué mejor que hacerlo con Brian. Me acerqué a él y empecé a pegarle pequeños empujones hasta que le pegué contra la pared.

—¿No hay más chicas en esta puñetera ciudad que te tienes que tirar a mi hermana? Joder, que está prometida. —Le puse la mano en el pecho para que no se pudiese mover.

—¿Ella es tu hermana? No lo sabía.

—Claro. Sacaste todas tus armas, tu rabo a pasear y pensaste que sería una chica más. —No le dejé hablar—. En Nueva York hay millones de mujeres, ¿por qué ella? —Señalé a María.

—Yo no... —Brian miró detrás de mí.

—Mariola, vamos a sentarnos a hablar. Estas muy alterada. —Alex me agarró de la cintura y me apartó de su hermano—. Hermanito, no sabes la bestia que acabas de despertar.

Alex me llevó casi en volandas hasta la mesa y yo no dejaba de mirar a Brian. Me llevé dos dedos a mis ojos y luego se los lancé a él.

—Vale, eso supongo que es que me estás vigilando.

—Cállate, Brian. Será mejor para ti. —Alex le advirtió a su hermano.

Nos sentamos los cuatro en la mesa y nadie quería decir nada. Teníamos a Brian y a María delante, pero ninguno de los dos era capaz de mirarnos. Yo abrí la boca un par de veces, pero no encontraba las palabras con las que empezar. Eran como dos putos adolescentes que sabían que la habían cagado, pero que realmente no se arrepentían de haberlo hecho. ¿En qué coño estaban pensando aquellos?

12.
COMO LA PLASTILINA

El tintineo de nuestras cucharillas removiendo el café era lo único que rompía nuestro silencio. Los cuatro nos encontrábamos haciendo exactamente lo mismo, aunque nuestros hermanos lo que mejor hacían era evitar nuestras miradas.

Yo no quería decir nada porque la iba a montar, Alex tampoco sabía por dónde empezar, Brian estaba más callado que una monja de clausura y mi hermana no hacía más que llorar.

Aguanté de aquella manera diez minutos más hasta que reventé.

—¿Quieres dejar ya las lágrimas? —Le hablé en castellano, prefería que Brian no se enterase de todo lo que le quería decir—. No creo que ayer cuando te la estaba clavando hasta el corvejón llorases así. —María me miró enfadada.

—¿Cómo me puedes hablarme así? Estoy echa polvo y me hablas como si fuese una cualquiera. —Lo dijo haciendo un gesto muy Santamaría.

—Lo de la tragedia griega conmigo no funciona, María, que nos conocemos. Y te hablo así porque no eres una cualquiera, eres mi hermana y eso me da derecho a decirte las cosas claritas. Que para edulcorarlas ya tenemos a mamá si eso. —Le miré agitando la cucharilla en el aire.

—No serás capaz. —Se echó para atrás en la silla.

—O dejas de llorar o te la pego en la nariz. Que sé que te da mucha vergüenza que la gente te mire a ti en un sitio público. —Traté de no sonreír y ella estaba tratando de hacer lo mismo.

—No me estoy enterando de nada. ¿Por qué hablan todo en español? —Brian le preguntó a Alex.

—Tú mejor que no te enteres. ¿Cómo se te ocurre tirarte a su hermana? Está prometida con un escocés enorme.

—No hables así, eso no es lo que pasó. —Brian se ofendió por las palabras de Alex.

—Ya claro ahora me vas a decir que es amor, picha brava. —Le contesté a Brian mientras seguía mirando a María con la cucharilla en alto.

—No sabes la que te espera hermanito. —Alex estaba encantado con que mi enfado no fuese con él.

—¿Cómo se lo digo a Mark? —María me miró temblando.

—La verdad siempre por delante, cariño. Él se merece saberlo. —Agarré sus manos que estaban entrelazadas encima de la mesa—. Pero necesito que me expliques algo que no logro comprender. Si estáis enamorados, sois felices y os queréis... ¿Por qué lo has hecho?

—Me dejé llevar por la rutina cuando se instaló en nuestras vidas y al verte a ti aquí, en la ciudad más maravillosa del mundo, disfrutando de la vida sin preocupaciones, sin problemas... Me dio envidia la libertad con la que vives. —Respiró profundamente.

—Te equivocas en más de la mitad de las cosas, María. Esta ciudad es maravillosa ahora, cuando vine fue un infierno. Tengo preocupaciones... —omití dar el detalle de Jonathan y lo que sucedió la noche anterior—. Mi vida no es como la de Carrie Bradshaw, se parece más al desastre de Bridget Jones a veces.

—Eres feliz aquí.

—Pero eso no significa que no tenga preocupaciones, problemas y un trabajo en el que pueden ser las tres de la mañana cuando recibo un mensaje de un cliente que quiere, yo qué sé, a Campanilla sobrevolando la fiesta. La vida es tan rutinaria como tú quieras hacerla. Romper con la rutina no es follarte al primer desconocido que aparezca, si en casa te está esperando un hombre maravilloso.

—Joder, la he cagado, pero bien. —María se llevó las manos a la cara.

—Se va a enterar si no se lo cuentas.

—¿Se lo puedes contar tú?

—Ni hablar. —Me enfadé porque no quería apechugar con las consecuencias de sus actos—. Esto lo has hecho tú, te toca dar a ti las explicaciones pertinentes. Adoro a Mark y no se merecía esto.

—No quiero hacerle daño.

—Eso lo tenías que haber pensado ayer antes de meterte a este *yogurín* entre pecho y espalda.

Volvió a reinar el silencio entre nosotros. María seguía con su cabeza enterrada entre sus manos y cuando se abrió la puerta de la cafetería, fui yo la que me quedé blanca.

—María, alegre esa cara de culo que tienes porque acaba de entrar Mark. No quiero que te vea así. —Me levanté para darle tiempo a mi hermana para ir al baño y arreglarse la cara—. Mi bombonazo escocés. —Le abracé y traté de que no fuese un abrazo más largo de lo normal.

—Así da gusto. —Me besó—. ¿María?

—Ha ido al baño. —Le sonreí y cuando no me vio puse los ojos en blanco. Cuando estaba nerviosa no encontraba excusas demasiado buenas—. Vamos a desayunar. —Le di la mano y nos acercamos a la mesa.

—Hola. —Alex le dio la mano, pero también se le notaba nervioso—. ¿Qué tal la mañana en el gimnasio?

—Genial.

—Él es Brian, el hermano de Alex. —Se levantó para saludar a Mark con una sonrisa, pero me iba a encargar de quitársela—. Brian, este es mi cuñado Mark. —Se le cambió la cara.

—Encantado, Mark. —Le estrechó la mano.

—Igualmente, Brian. —Cogió una silla y se sentó a mi lado.

Ninguno de los cuatro hablamos mientras María se restauraba la cara. A Brian le costaba hasta tragar el café y yo estaba disfrutando con aquello. Quería que se sintiera culpable teniendo a mi cuñado allí al lado. Cuando María salió del baño, a Mark se le iluminó la cara, al igual que la primera vez que la vio en La Rioja.

—Hola, cariño. —Se levantó y le dio un beso—. Te he echado de menos esta noche. ¿Te lo has pasado bien? —Mark sonreía mientras le acariciaba la cara.

—Una noche más. —María no pudo aguantarle la mirada—. ¿Te importa que nos vayamos al hotel? Necesito una ducha. —Sonrió con muy pocas ganas.

—De acuerdo, preciosa. Necesito que descanses porque esta noche te he preparado un vuelo por la ciudad. Quiero que veas lo preciosa que es. Aunque lo más precioso de la ciudad estará a mi lado. —María le abrazó y comenzó a llorar.

—¿Estás bien, nena? —Mark me miró asustado.

—Resaca. Le habrá dado llorona como aquella vez que nos *tajamos* a *patxaran*. —Noté la mirada de todos—. Sí, ¿que pasa? Nosotras también nos emborrachamos y podemos beber mucho más que vosotros.

—Vamos, nena. Necesitas descansar. —Agarró a María por la cintura y tras despedirse se marcharon.

—Menudo marronazo tiene mi hermana. —Levanté la mano para pedir más café—. Y como mi cuñado averigüe que has sido tú con quien le ha engañado... —Negué con la cabeza—. Te saldrá un moratón del tamaño del estado de Pensilvania en tu bonita cara. —Le sonreí mientras afirmaba con la cabeza. Quería que se le encogiesen las pelotas y se le subieran hasta la garganta.

—Deja de asustarle, que bastante tiene. —Me señaló a Brian con la cabeza.

—Sé que él no tiene la culpa, si hubiera sido otro tío que no conociera no le podría dar caña, pero es él quien se ha tirado a mi hermana. Así que me tendrá que aguantar un poco más. Hasta que me canse de meterme con él y recordarle que como haya roto la relación de mi hermana, le mataré. Le descuartizaré, le meteré en una bolsa negra y le tiraré al Hudson. O mejor al zoo, a la jaula de los caimanes. —Volví a levantar la mano ya que no me había hecho caso la camarera.

—Disculpadme un segundo, tengo que salir que aquí no hay mucha cobertura. —Alex agitó el teléfono y salió a la calle.

—Genial, mi hermano me deja aquí con una aprendiz de mafiosa.

—No te equivoques. —Negué con la cabeza—. No soy ninguna aprendiz. Soy de los Corleone. *Capisci?* —Fruncí los labios.

—Ya sé por qué mi hermano está loco por ti. —Esperó a que la camarera nos rellenase las tazas—. Siento mucho lo que ha pasado con María, yo no sabía que estaba prometida y mucho menos que era tu hermana. Esta mañana se ha levantado y ha desaparecido. —Cerró los ojos unos segundos—. Lo siento mucho, Mariola, de verdad. Yo jamás me interpondría entre una pareja. A mí me ha pasado y sé lo que duele.

Estaba escuchando atentamente todo lo que me decía, tratando de interpretar sus palabras y saber si estaba siendo sincero.

—Sé lo que se sufre. Se lo que duele y sé que no se olvida. He visto cómo mira tu cuñado a María. Eso es devoción. Ojalá encontrase yo a una mujer que me mirase así o como mi hermano habla de ti o te mira. Eso es amor y lo de las películas románticas solo puro teatro.

Brian agachó la cabeza y aproveché para tragar saliva y decir un *Joder* en bajo. Me estaba enterneciendo el *destrozaparejas*.

—Mi hermana es la que tiene la culpa. Es la que tiene pareja, pero... ¿no te fijaste en el anillo de su mano? ¿En ese pedazo de pedrusco que lleva?

—No sé qué se me pasó por la cabeza. En cuanto la vi desapareció el resto del mundo. Parecía que tenía una luz que la enfocaba solamente a ella. No podía ver a nadie más. Su sonrisa me volvió loco. Lo siento mucho, Mariola. —Vi cómo se le enrojecían los ojos.

—Joder, eso no. —Me senté a su lado—. No se te ocurra hacerme esto, que no hay cosa que peor lleve que ver a un tío llorar. Y viéndote así no puedo odiarte y menos diciéndome lo que me acabas de decir de mi hermana. —Pensé en la primera vez que Alex sonrió—. Sé lo que has sentido. Yo quiero mucho a mi cuñado, le adoro, pero es mi hermana quien tiene la última palabra.

—¿Tú crees en el amor a primera vista? ¿En que te puedes enamorar de una persona nada más verla y sin saber nada de ella?

Alex estaba en la acera que daba a nuestra mesa, se giró, me guiñó un ojo y me mostró su gran sonrisa.

—Sí, Brian, sí creo en el amor a primera vista. Desde que le conocí, más que nunca. —Negué con la cabeza señalando a Alex—. Siento haber sido tan dura contigo. La culpa de todo la tiene mi hermana, es la que está prometida. —Eché la cabeza para atrás y negué con la cabeza.

—Eres increíble. —Se separó de mí y me besó la mejilla.

—Aparta de Mariola que ya has catado a una de las hermanas. —Alex agarró cómicamente a su hermano del cuello y se sentó sonriendo.

—Y luego soy yo la macarra —me indigné—. Si en el fondo soy más buena que el pan recién hecho.

—Creo que es hora de que vuelva a casa y duerma un poco. Ahora mismo necesito desconectar y pensar en las consecuencias de mis acciones. —Se levantó de la mesa y me abrazó—. Gracias, Mariola.

—Descansa. —Le besé.

—Hermanito, muchas gracias por el café, porque la charla me la ha dado Mariola. —Le abrazó y le dijo muy bajito, pero le escuché—. Da igual toda la mierda que tenemos detrás. Solo piensa en ella y en vuestra felicidad.

—Lo haré, Brian. Al menos lo intentaré.

—No lo intentes. Habla con ella, lo entenderá. Todos tenemos un pasado. —Se soltó de él y le dio en el hombro—. No te arrepientas más delante de no haberlo hecho.

Brian se marchó y nos quedamos los dos sentados en la cafetería tratando de disfrutar un poco del desayuno. Yo no hacía más que negar con la cabeza y tomar café. El móvil de Alex comenzó a sonar de nuevo.

—¿Sí? Hola, Dwayne. Vale. Ahora mismo estoy con ella. Me da igual cuántas puertas tengáis que tocar o tirar. ¿En la prensa? ¿Dónde? Joder, Dwayne, te dije que te encargases. Me da igual. No pararán hasta saber toda la verdad y van a ir a por ella.

Cuando decía *ella* me miraba de reojo. Estaba hablando de mí sin duda alguna. ¿Prensa? ¿Qué demonios estaba pasando? Recordé que vi a algún periodista en los alrededores cuando bajamos del piso de Jonathan, pero esperaba que no trascendiese más allá de una alerta policial.

—Desde éste mismo momento. Me fío de ti y de tu criterio, Dwayne. No me hace falta. De acuerdo. Que venga al hotel. Eso es. Hoy mismo. Gracias, Dwayne. —Colgó y me miró como si fuera a decirme quién mató a Kennedy.

—¿Por qué hablabais de mí?

—Como ya te dije, vas a tener seguridad.

—No quiero tener a otro idiota siguiéndome todo el día. Te dije que no lo necesitaba y no lo voy a aceptar.

—¿Por qué eres tan cabezota? Jonathan casi te mata, casi mata a Ryan y ha escapado. ¿Crees que no lo va a intentar y tratar de llevar a cabo la próxima oportunidad que tenga, Mariola? —Su tono de voz pasó a ser agresivo.

—Que me da igual, Alex. Nunca he necesitado la seguridad de un millonario a mi disposición. Póntela a ti, pónsela a Jason, pero a mí déjame en paz. —Me levanté enfadada de la mesa y dejé cincuenta dólares para pagar los desayunos—. No quiero nada de eso.

Salí hecha una furia de la cafetería. Comprendía que estuviese preocupado, pero no iba a dejar que un tío al que no conocía me siguiese las veinticuatro horas del día.

—Mariola, por favor. —Corrió unos metros por la calle y me agarró del brazo—. No quiero que nadie te haga daño. No quiero que nadie intente hacer daño a mi...

—No soy tuya, Alex. —No le dejé terminar—. No soy otra de tus múltiples propiedades. No soy una casa ni un coche y mucho menos un objeto que puede pasar de unas manos a otras. No sé cómo han sido tus otras relaciones, pero conmigo no va a funcionar. —Traté de soltarme y me pegó aún más a él.

—No me has entendido. Sé que no eres una de mis propiedades. No quiero que nadie te haga daño, no puedo imaginarme qué pasaría si a ti te sucediera algo. Te quiero, Mariola. —Me besó la frente—. Eres la única persona que me ha conocido a mí, solo me has visto a mí. A un hombre al que le daba miedo volverse a enamorar y tú, pequeña cabecita loca, lo has conseguido. Me

enamoré de ti sin planearlo. Esa forma de tratarme, tu forma de mirarme y esa manera de tocarme sin miedo. Sin miedo a nada. —Me acarició la cara.

—¿Crees que no me daba miedo conocerte? Esa seguridad que desprendías, esa forma de hablarme. Si hasta la tercera vez que te vi en la cafetería traté de esconderme para que no me vieras. Tenía mucho miedo a enamorarme de ti y que no fuera correspondida o que fuera más de la misma mierda que he tenido en mi pasado. —Cerré los ojos y me separé de él.

—No te separes de mí, por favor. —Me abrazó y apoyé mi cabeza en su pecho—. No quiero que te separes de mí por nada del mundo.

—No te preocupes por eso, Alex. —Me separé de él y le besé—. Pero a la seguridad, sigo diciendo que no. —Me separé de él.

Caminamos hasta su hotel. Me invitó a subir a su despacho y accedí. No tenía una reunión hasta las dos de la tarde.

—No es un loco y no es negociable. —Alex entró en su despacho y cerró la puerta cuando yo lo hice.

—¿Que no es negociable? —Solté una carcajada—. No soy una niña pequeña a la que tienes que vigilar a cada paso que da. No he venido aquí para seguir discutiendo. —Llamaron a la puerta.

—Tarde Mariola, ya está aquí. Adelante. —Alex me desafió con su mirada.

—Me voy a marchar antes de que acabe mandándote a la mierda. —Fui a darle un beso, pero me agarró y me tumbó hacia un lado.

—Dedícame una de tus sonrisas. —Le enseñé los dientes—. Una sonrisa de las tuyas, de las que me tanto me gustan. —Entrecerré los ojos y terminé sonriendo—. Me encantas, señorita Santamaría. —Me besó—. Esta noche deja a la niña con Justin que nosotros nos vamos a cenar. Y no acepto un no como respuesta. Ponte un bonito vestido y te paso a recoger a las ocho. —Me volvió a besar para que no rechistase—. Ya te he dicho que no acepto un no como respuesta. No rompas el corazón a este tonto enamorado.

—Pásame a recoger por el hospital, iré a ver a Ryan antes de la cena.

Sí, su nombre en boca de Mariola me chirriaba cada vez más, pero no quería que se enfadase conmigo, así que la besé y esperé a que entrase en el ascensor. Pero sabía que se iba muy enfadada.

—Señor McArddle.

—El huracán que acaba de salir es la persona que tienes que proteger con tu vida. Así que no pierdas tiempo y síguela. Me da igual lo que ella te diga, no la dejes ni a sol ni a sombra.

—De acuerdo, señor.

No le dejé ni presentarse. Ni siquiera me fijé en cómo era o qué aspecto tenía. Lo único que quería es que Mariola estuviese protegida.

Cuando llegué a la oficina Sasha estaba hablando por el teléfono y me entregó un montón de notas.

La mañana fue un caos y la reunión de las dos, pasó a ser a las tres y después a las cinco. Frank estaba en otra reunión que se le había complicado. Cuando llegó él, Justin no estaba. Le esperamos media hora más y Frank quiso darme algo de conversación.

—Mariola, no le tengas en cuenta todo lo que te ha dicho. Está muy preocupado por ti y por tu seguridad. Jonathan casi te... —Cerró la boca un instante—. Es normal que esté así. Nunca ha querido tanto a nadie como a ti y no te quiere perder.

—Pues algunas cosas que hace me sacan de quicio.

—Ten paciencia con él. Le han hecho mucho daño y cuando conoce a una persona como tú no sabe muy bien qué hacer. —Me puso la mano en el hombro.

—¿Una persona como yo? —Me recosté en la silla y negué con la cabeza—. De acuerdo, Frank.

Tuvimos que dejar la reunión a medias porque Frank tuvo que salir corriendo por un problema en el local. Así que tras recoger todo, me marché a casa. Necesitaba pegarme una ducha y relajarme con una copa de vino antes de que Alex pasase a recogerme para cenar.

Al llegar al piso cerré bien la puerta y me aseguré de que no había nadie en el pasillo tras mirar por la mirilla. Recorrí todas las habitaciones, comprobando que las ventanas estaban cerradas con la seguridad que habíamos colocado.

Puse un poco de música y me serví una copa de vino blanco. Necesitaba desconectar por unos minutos de todo lo que estaba sucediendo. En la minicadena sonó *Monday Morning* de Melanie Fiona.

Fui al baño del pasillo y preparé la bañera con agua caliente y unas sales. Buena música, un buen vino y un bañito para relajarme. Aquel era mi plan, pero mi teléfono comenzó a sonar en el momento en que metí la punta de los dedos de mi pie en el agua espumosa. Se acabó la paz, era mi hermana.

—Mariola. La he cagado. —Estaba llorando otra vez.

—Todo en esta vida tiene arreglo.

—No, Mariola, esta vez no. Le he tirado el anillo a la cara y le he dicho que no me quiero casar con él. Le he contado todo y Mark no me ha dicho nada. No ha dicho ni una palabra y eso me ha sacado de quicio. Le he empezado a gritar y...

—Tranquilízate, María. ¿Dónde estás?

—En el hotel. Se ha marchado de aquí y no sé dónde está.

Escuché el timbre.

—Dios, en esta casa no se puede estar tranquila nunca. Espera, María. —Vi a un repartidor y abrí con mucho cuidado.

—¿Mariola Santamaría? —Lo leyó en el papel.

—Sí. —Le observé detenidamente a ver qué hacía—. María, espera un segundo. —Dejé el teléfono en la mesa de la entrada.

—Un envío a su nombre. —Me entregó un ramo de rosas azules—. Me han comunicado que hasta que no lo reciba no me mueva de aquí. Y la propina que me han dado es como para no hacerlo en semanas. —Abrió mucho los ojos.

—De acuerdo. —Le cogí las flores.

—Muchas gracias, señorita. —Se marchó al ascensor y observé el pasillo comprobando que no habría nadie.

—Mariola... Mariola... —Oí la voz berreante de María en el teléfono que había dejado en la mesa.

—María, tranquilízate. Sube al spa a que te hagan un tratamiento y relájate. Espera a que él vuelva.

—Quiero a Mark más que a nada en este mundo, pero no sé qué me pasó con Brian. No me había pasado nunca.

—María, tienes que descansar, dormir un poco y verás las cosas con más claridad. Yo ahora mismo no me puedo pasar por ahí. Tengo que ir al hospital, pero te prometo que cuando salga te

llamo.

—Voy a atacar la nevera. —Me lo dijo con una gran carcajada cargada de temores.

—Haz lo que necesites para descansar, pero no te bebas eso. Pide una buena botella de vino que te vendrá mejor.

—¿Tú me vas a perdonar algún día?

—María, puedes matar a alguien y yo siempre te perdonaré. Eres mi hermana y mataría por ti.

—Agité la nota que traían las flores en la mano—. Te quiero.

—Te quiero, tata.

Al colgar el teléfono saqué la nota del sobre. Indudablemente eran de Alex, la rubrica del hotel me lo avisaba en el sobre.

Perdona a este idiota. Lo único que quiere es que la mujer más preciosa, encantadora y sexy de este mundo, esté a salvo.

Te quiero, princesa.

Cogí el teléfono y marqué sin pensar su número.

—Más que idiota diría yo.

—Ya me lo han mirado y tengo el diagnóstico.

—¿Y? —Lo pregunté sonriendo.

—Total e irremediablemente enamorado. Así que me han dicho que solo hay un tratamiento. Mariola cinco veces al día y si empeoro, subir la dosis hasta que mejore. —Al decirlo parecía que su garganta ronroneaba.

—Eres muy tonto.

—Me encantaría ver esa sonrisa que me estás regalando ahora mismo. Te recojo a las ocho en el hospital.

—De acuerdo.

Colgué y cuando miré el reloj vi que eran las seis de la tarde. Tenía el tiempo justo para prepararme, pasar por el hospital y a las ocho cenar con Alex.

Me preparé corriendo y busqué las cuatro cosas básicas para meterlas en el bolso pequeño. Cuando decía cuatro y pequeño, quería decir veinte y mediano. Me puse las gafas de sol y bajé en el ascensor. Al levantar la vista para ir a salir a la calle, vi un coche aparcado en frente de casa. Cuando el conductor me vio abrir la puerta del portal, salió del coche y eché mano del bolso para... no sé, ¿tratar de matarle a golpes con él en caso de que me atacase?

—Señorita Santamaría, soy Rud. El señor McArddle me ha mandado para acercarle al hospital.

—¿Eres el de seguridad que me ha puesto? —Me bajé un poco las gafas y le repasé de arriba a abajo—. ¿Tú eres guardaespaldas?

—¿Algún problema? —Entreabrió su boca.

—Me sorprende. —Volví a mirarle.

—Mira si quieres te subes al coche, si no, llamaré a tu novio y le diré que la niña caprichosa no se ha querido montar. —Señaló el coche.

—Quién te crees que eres ¿Frank Farmer^[26]? —Me crucé de brazos y por su cara supe que no sabía de quién hablaba.

—Parece que tú eres la nueva Paris Hilton.

—Vete a la mierda. —Se lo dije en castellano y me fui calle arriba para parar un taxi.

—O te subes al coche o lo haré yo. Por las buenas o por las malas. —Lo dijo en un perfecto castellano.

—¿Así que hablas castellano? Pues entonces me habrás entendido bien. Pero por si acaso te lo repito: vete a la mierda.

—París Hilton. —Me di la vuelta y me vi cómo me ofrecía su teléfono—. Quieren hablar contigo.

—Pues que se vaya a la mierda también. —Continué andando y tras cerrar el coche se acercó a mí corriendo—. Es tu novio y tiene algo que decirte.

—¿Qué? —Le quité el teléfono.

—¿Por qué no quieres subir al coche?

—Porque este tío es imbécil. Vaya ojo tienes para la seguridad, chato. —Tenía a Rud cara a cara.

—Mariola, súbete al coche con él. Si no le diré que te meta a la fuerza.

Empecé a respirar tratando de tranquilizarme y mirando fijamente a Rud. Desistí para no discutir con Alex.

—Lo hago por ti, pero como tenga a este tío pegada al culo todo el día, acabaré saliendo en las portadas de los periódicos por asesinato. —Escuché la risa de Alex—. A mí no me hace gracia. —Le devolví el teléfono y me fui andando hasta el coche.

—Sí, señor. Eso está hecho. No me despegaré de su culo. Hasta luego. —Se acercó al coche.

—¿Tengo que esperar alguna frase ocurrente? —Le miré.

—Creo que nos vamos a llevar muy bien, señorita Santamaría, pero que muy bien. —Abrió el coche.

—Sí, Farmer, vas a ser mi nuevo mejor amigo. Ya te he incluido en mis felicitaciones navideñas. —Sonreí sarcásticamente y di un portazo al cerrar.

—¿A dónde vamos? —Me miró con una gran sonrisa por el retrovisor.

—Sabes muy bien a dónde me tienes que llevar, Farmer. —Cogí el teléfono muy enfadada y le mandé un mensaje a Alex.

No tienes ni idea de la persona a la que has contratado. Es impertinente e inaguantable. No me juzgues si un día aparece con un ojo morado.

Pulsé enviar y su respuesta fue casi instantánea.

Me da igual que sea un impertinente y las veces que termine con un ojo morado. Mientras te proteja, a mí me sirve.

Aparqué en el garaje del Sinai y subimos hasta la planta de Ryan. Saludé a un par de policías y tuve que enseñar mi identificación para que me dejaran pasar. Cuando llegué a la habitación le dije a Rud que esperase fuera, tuvo que aceptar a regañadientes y se sentó en una silla a ojear una revista. Entré en la habitación y había un chico hablando con Ryan. Los dos se quedaron en silencio y me miraron.

—Hola. Si molesto paso mañana a verte.

—Hola. —Sonrió—. Asumo que para venir a verme no te has vestido así.

—Tengo una cena en un rato.

—Robert, ella es Mariola.

—¿Así que tú eres la famosa Mariola? —Se acercó y me extendió la mano.

—Es posible. —Afirmé con la cabeza.

—Eres aún más guapa de lo que mi hermano me ha dicho.

—Robert. —Ryan le regañó—. ¿Puedes mantener el pico cerrado durante los próximos

minutos? Nunca sabes cuándo debes hablar o cuando callar.

—No te preocupes, Ryan. ¿Qué tal estás? —Le agarré de la mano.

—Parece que mi cuerpo acepta bien la medicación. Ahora solamente esperar a que cure bien y en un par de días a Colombia.

—¿No has cambiado de opinión sobre eso?

—No te preocupes. Si ese cabrón no acabó conmigo, nada puede hacerlo. Ni mis hermanos son capaces de matarme de los sustos que me dan. —Miró a Robert sonriendo.

Me estuvieron contando un poco las peripecias por Nueva York de los hermanos Acherson. Ryan era el mayor y se comportaba como tal. Era divertido saber más cosas de él, y con cada detalle que me contaba, más me daba cuenta de que Ryan era un hombre increíble. No solo por fuera, por dentro era aún mejor.

Cuando miré el móvil ya eran las ocho menos cuarto. Miré por la cristalera y me encontré a Rud dormido, con la revista que supuestamente estaba leyendo en las piernas. Me despedí de los hermanos pidiéndole a Ryan que me avisase el día que se fuese de la ciudad, quería despedirme de él en condiciones.

—No me voy a ir sin decirte adiós.

—Más te vale. —Le besé ante la atenta mirada de su hermano—. Recupérate.

Al salir, me quedé delante de Rud con los brazos cruzados, esperando a que se despertase, pero no lo hizo. Es más, comenzó a emitir unos pequeños ruidos, similares a ronquidos. Agarré la revista, la enrollé y le di en la cabeza con ella.

—Au. —Se removió en la silla y escuché algunas risas de los policías que estaban allí.

—Menuda seguridad de mis cojones.

—Estaba atento. Solamente me miraba los párpados por dentro. —Se levantó de la silla.

—Lo tengo claro contigo. —Miré mi móvil y tenía un mensaje de Alex—. Se ha alargado la reunión. Me tienes que llevar a *The Press Lounge*. ¿Sabes dónde está?

—Por supuesto, señorita. —No tenía ni idea. Pude ver cómo lo buscaba en el móvil y sonreí.

En menos de veinte minutos estábamos aparcando en el hotel. Subimos hasta la planta donde se encontraba la terraza y nada más abrirse el ascensor me quedé descolocada. No había nadie más por allí.

—Buenas noches, señorita Santamaría, si es tan amable de acompañarme. —Un hombre me acompañó hasta la terraza—. Ésta es su mesa. El señor McArddle nos ha dicho que le saquemos una botella de vino mientras llega. —Me acomodó en la mesa y se fue.

Rud parecía estar fuera de su hábitat natural. Estaba observando todo y toqueteándolo. Negué con la cabeza mientras un camarero me dejó una botella de vino blanco en una cubitera, me sirvió una copa y se alejó educadamente. Me quedé mirando al horizonte y las luces de la ciudad tintineaban. Eran casi las nueve de la noche y no tenía noticias de Alex. Le llamé por teléfono, pero lo tenía apagado. Al llamar al hotel me dijeron que ya había salido hacía una hora.

Me tomé otra copa de vino esperándole y cuando me di cuenta, me había acabado la botella y habían pasado casi dos horas. Por la cabeza se me pasó Jonathan, seguía suelto y Alex no daba señales de vida. Empecé a asustarme. Le pedí a Rud que llamase a Dwayne. Tenía que estar con él y sabría exactamente dónde estaba. Pude oír un poco de la conversación y sabía que Dwayne le dijo a Rud dónde estaban.

—¿Dónde está?

—No lo sé, Mariola. —No me miró a los ojos.

—Me estas mintiendo. ¿Qué demonios está pasando?

—No me voy a meter donde no me llaman, Mariola.

—O me dices dónde está o empiezo a atizarte hasta sacártelo. —Me levanté y le agarré del brazo.

—Mariola, no lo sé.

—Perfecto. Estás despedido.

Me fui al ascensor y bajé a por el coche. En un descuido de Rud, le había quitado las llaves.

—Has bebido más de la cuenta. No vas a conducir. —Rud apareció tratando de quitarme las llaves y le di un golpe en el estómago—. Joder.

—Te lo he avisado. Llévame donde está o te vuelvo a dar.

No me hizo caso y cuando le iba a dar otro golpe, me agarró del brazo, me quitó las llaves del coche y me acorraló contra el coche.

—Mariola, es mejor que te lleve a casa. Mañana ya hablarás con él y que te explique por qué no ha aparecido.

—¿Por qué no quiere que vaya a dónde está? ¿Qué me está ocultando? —Resoplé varias veces y agaché la cabeza negando.

—Está en el bar de su hotel. No sé nada más. Te lo prometo.

—Acércame allí, por favor. El motivo de que tú me estés protegiendo es lo que me preocupa.

—Me miró durante unos minutos mientras yo le rogaba que me llevase al hotel.

—De acuerdo, pero no quiero tener problemas con mi jefe. —Se montó en el coche.

—No los tendrás.

Aparqué el coche en el hotel y dudé durante unos segundos si entrar o no. Me quedé inmóvil en el coche durante unos segundos, respiré varias veces y comprobé que Rud me miraba sin saber qué decir por el retrovisor.

Me bajé del coche, me ajusté el vestido y entré decidida en el hotel. No sabía qué me iba a encontrar, pero sabía que no estaba con Jonathan. Lo que no comprendía es por qué no me había avisado. Mis tacones anunciaron mi entrada en el hall. Sonreí al recepcionista y me encaminé al bar. Antes de entrar, busqué a Dwayne y le encontré en una esquina del bar leyendo un periódico. Parecía estar relajado, así que yo hice lo mismo. Abrí la puerta lentamente, sin hacer demasiado ruido y traté de localizar a Alex. Estaba en una de las mesas del fondo con las manos en la cara y hablando con alguien. Desde mi posición no podía ver bien con quién lo hacía. Pero cuando se movió... cuando ella se movió...

—Me cago en lo más grande.

La señora *Vuitton* le estaba acariciando la mano y la cara. No me podía creer que me hubiera dejado plantada por esa bruja con zapatos de tacón. Respiré seis, siete y hasta ocho veces antes de acercarme a ellos. Ella le avisó de mi llegada a Alex y este al girarse, tenía restos de lágrimas en sus ojos.

—Mariola, contrólate y no la lées. —Me lo dije en bajito para tranquilizarme—. Buenas noches. —Me crucé de brazos ladeando la cabeza.

—No deberías estar aquí. —Alex se levantó y me agarró del brazo apartándome de la mesa.

—El que no debería de estar aquí eres tú. Hace dos horas habíamos quedado para tener una bonita cena romántica. Pero aquí estás. —Negué con la cabeza—. Al menos podrías haberme llamado para cancelar la cena con alguna excusa de las tuyas. No sabes las veces que me he repetido a mí misma que no eras como los demás, que no eras otro gilipollas arrogante lleno de mierda, que te diese otra oportunidad, pero, como ya te dije, tengo el radar con los capullos jodido.

—Mariola, yo...

—Ni tú ni nada. Me da igual toda la palabrería que me quieras soltar, todas tus palabras bonitas de esta mañana te las puedes meter por donde te quepan, porque esta idiota no te va a volver a creer. Ya te lo he dicho alguna vez, no hagas que me arrepienta de haberme enamorado de ti ni de quererte. Quédate con la señorita —la miré bien y me autocorregí—, la señora peinado de la Quinta. Porque cada vez que ella aparece en escena —la señalé descaradamente—, lo nuestro se hunde.

—A ella no la metas.

—La meteré donde me dé la gana. —Hice hincapié en todas las palabras—. Aunque aquí el que se la meterá serás tú. —Saqué la sonrisa más sarcástica de mi repertorio.

—Esa boca, Mariola. No me gusta...

—Te gustaba mucho esta boca y lo que hacía con ella, pero... —no le deje terminar—. Podrías haberme avisado antes de tus cambios de humor y gustos tan bipolares. Que, si esto es una relación completamente abierta, Ryan es una gran opción para compartirme.

—Mariola.

—Que te den, Alex.

No le dije nada más. Sabía que aquellas últimas palabras saliendo de mi boca iban a dolerle mucho, pero donde las dan las toman. Y a macarra y un poco zorra, poca gente me podía ganar.

Pasé por la barra y antes de marcharme del bar, entré dentro de la barra, pasé mis dedos por las botellas de alcohol y elegí dos de *Macallan* 1824 Reserva.

—A cuenta del señor director.

El camarero no dijo nada, Alex no daba crédito, Dwayne estaba alucinando y Rud escondía una sonrisa debajo de la cara seria que trataba de mantener.

—Buen gusto, Paris.

Miré a Rud, pero no dije nada más. Fui al ascensor y subí a la suite de mi hermana. Llamé tres veces, pero mi hermana no abría. Comencé a dar golpes con la palma de la mano en la puerta.

—María, por tu padre, abre la puerta o empiezo con estas botellas yo sola.

Escuché unos muebles moviéndose, un par de gritos y a los segundos la cabeza de mi hermana apareció por la puerta.

—¿Qué haces aquí?

—Necesitamos emborracharnos. —Levanté las botellas en el aire, empujé a mi hermana dentro de la habitación, me quité los zapatos lanzándolos al aire y cerré la puerta con un pie.

—¿Tú no deberías estar en una cita romántica? —Mi hermana dejó de hablar cuando me giré y la miré levantando la ceja.

—Traigo dos botellas para ahogar nuestras penas, María. —Mi teléfono comenzó a sonar—. Como sea Alex estampo el teléfono contra la pared. —Vi la cara sonriente de Justin en la pantalla—. Contigo quería hablar yo muy seriamente.

—¿Me he metido en problemas?

—No lo sabes tú bien. ¿Dónde estás? —Me tiré en el sofá con María y puse el altavoz.

—En un bar cerca de Madison.

—Pues te quiero ver en el hotel, Suite Central Park, la de la terraza. Necesitamos una reunión urgente de mentes maravillosas.

—Miedo me das, Mariola. ¿Es... estáis borrachas? —Miré a mi hermana y asintió.

—María sí y yo estaré más borracha en unos minutos.

En menos de diez minutos Justin estaba con la lengua fuera llamado en la habitación.

—¿Qué se está quemando?

- Pues el culo de la Vuitton a manos de Alex y la cabeza de mi hermana.
- Va a ser una noche muy larga.
- Y de las que dan resaca.

13.
COMO UN GRAN RESACÓN

Tratamos de dejar las reservas escocesas vacías, bueno, al menos lo intentamos con las del hotel.

—Esto va a ser peor que una orgía. Mañana nos va a doler.

Rebusqué todos los cojines que había en la suite, los tiré al suelo y nos tiramos encima.

—Alguna ya tuvo ayer suficiente meneo de caderas.

Miré a mi hermana mientras apuraba lo que quedaba en el vaso.

—Serás... Me dio con un cojín a la cara.

—Ahora me dirás que solo hubo tocamientos por encima de la camisa. Hubo sexo y del bueno. Que Brian tiene pinta de ser todo un semental. —Eché más bebida en los vasos y me di cuenta de que nos habíamos acabado la primera botella.

—Sois unas alcohólicas. —Justin se lanzó casi en plancha a nuestro pequeño oasis de cojines.

—¡Reconocidas! —Gritamos a la vez chocando los vasos.

—Estáis locas.

—Ahora empieza la ronda de preguntas y no me miréis mal porque esto va a ser peor que un interrogatorio en Guantánamo. —Justin y María se miraron con pánico.

—Venga, adelante. —Justin se sentó sobre uno de los cojines.

—¿Tú en qué estabas pensando cuando dejaste que mi hermana empezase a tontear con Brian?

—Yo no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Estaba a lo mío. —Se bebió de trago la copa.

—¿A quién estabas metiendo fichas?

—¿Yo? —Se llevó las manos al pecho indignado.

—Jus, que nos conocemos. —Al observarle sabía que no estaba diciendo toda la verdad—. ¿Qué has hecho?

—¿Cómo demonios lo sabes todo siempre?

—Es una herencia que le dejó la bisabuela bruja. Siempre sabe todo y, lo que es peor, cómo sacárselo a la gente sin que se den cuenta. —María se estaba peleando con la segunda botella de *Macallan*.

—No siempre, a Alex... —Me mordí los labios—. Maldito gilipollas. —Le quité la botella a mi hermana y le di un trago.

—Garganta profunda, para un poco que vamos a acabar en urgencias. —Justin me quitó la botella derramando parte de ella en los cojines.

—María, ¿qué es lo que te paso ayer con Brian? —Me puse seria o todo lo seria que podía en mi situación.

—Nunca en la vida habría pensado que esto me podría pasar. Quiero muchísimo a Mark, pero la sensación que tuve ayer al hablar con él, al besarle, al acariciarle... hacía mucho tiempo que no lo sentía. No sé cómo llamarlo. —Empezó a llorar.

—Yo sí. —Justin se levantó a buscar algo para comer—. Eso sólo pueden ser dos cosas. O bien un buen calentón, que mirando al hermanito no lo dudaría, o un flechazo en toda regla. Lo mismo que le pasó a tu hermana con Alex.

—Lo mío creo que fue un calentamiento mezclado con atontamiento momentáneo. Que ha

terminado con una patada en el culo, con este fabuloso *Calvin Klein* —me agarré el tirante del vestido al hablar— y con un guardaespaldas capullo.

—¿Guardaespaldas? —Me miraron los dos sorprendidos.

—Espera, que tenemos aquí a Whitney Houston y no nos hemos enterado. Ha venido desde el mundo de los muertos a vernos. —Justin tarareó la canción de *El Guardaespaldas*.

—No me cambiéis de tema. Que tanto tú —señalé a mi hermana—, como tú —hice lo mismo con Justin— me habéis decepcionado. No quiero darte un sermón ni nada por el estilo, pero debes aclarar tus ideas. Y no deberías haberle tirado el anillo a Mark a la cara. ¿Cómo se te ocurrió? — Mi hermana estaba comiéndose una chocolatina entera.

—Me salió ese gen Santamaría cabrón. No sé por qué lo hice. Solo me miraba y asentía con la cabeza. Fue su silencio lo que más me dolió.

—¿Qué hubieras hecho tú en su situación? —Me levanté.

—Supongo que me habría quedado en shock, sin saber qué decir. Pero habría reaccionado... Tengo que hablar con él. —Se fue a levantar, y menos mal que estaban los cojines, porque según subió volvió a bajar mareada.

—No creo que estés en condiciones de hablar con nadie ahora mismo. Además, que no tienes ni idea de dónde está. Necesitamos más bebida. Justin.

—Dime. —Salió del baño con una mascarilla rosa.

—¿Qué demonios te has puesto? —Le miramos las dos.

—No sabéis lo que el alcohol le hace a mi cara y a mi juventud. Lo he encontrado entre los *amenities* del hotel. Es de *Bvlgari*.

—Llama a recepción y que nos suban más bebida, pero hazte pasar por el gran director del hotel. —Le di el teléfono.

—¿Que quieres que haga qué? —Gritó.

—Solamente tienes que decir que le suban bebida a la suite.

—Y algo de comer. —María estaba tumbada mirando al techo y lanzando al aire nueces de Macadamia, cogiéndolas con los dientes al caer.

—Bebida y algo de comer, que son unos huéspedes muy importantes.

—¿Creéis que necesitamos más alcohol?

—Por supuesto. Tengo que acabar de sonsacar a María la verdad de todo.

—Y yo a ti qué demonios ha pasado con Alex. —Mi hermana me miró.

—De acuerdo. —Cogió el teléfono y se aclaró la voz, parecía que iba a cantar *La traviata* de Verdi—. Buenas noches, soy Alex. Necesito que subáis a la suite central Park, la de la terraza, dos botellas del mejor champán que tengamos, otra del mismo *Macallan* que se han llevado y comida. Eso es. Son unos huéspedes muy especiales y si piden cualquier cosa, sea la hora que sea... Eso es... Perfecto. —Colgó y se quedó mirando el teléfono—. Parece que ha colado.

—Muy bien, cariño mío. —Tiré de su brazo y cayó a los cojines—. Aunque siga enfadada contigo por permitir que mi hermana se beneficiase a ese tiarrón, te sigo queriendo. —Le besé—. Una pena que seas gay.

—Mi cuerpo está muy cotizado últimamente. No sabes la cantidad de números que conseguí ayer en ese local. —Abrió mucho los ojos.

—¿Y Scott?

—Tenemos una relación muy abierta. Somos amigos con derecho a roce, nada más. Ya sabes quién es mi amor, pero es imposible.

—No sé por qué no lo habláis de una vez. Sois amigos desde hace años y nunca habéis tenido nada. Puede que a él le pase lo mismo.

—¿Pero tú le has visto? Es guapísimo, centrado con su trabajo y en su vida. No pegamos ni con cola.

—Los polos opuestos se atraen, Jus. —María agachó la cabeza—. No te estanques en una relación monótona. Un día puede llegar alguien que ponga tu mundo patas arriba con dos segundos de tu tiempo y será entonces cuando te des cuenta de que estabas viviendo una vida que no te hacía feliz. Aunque lo pareciera. Esa persona que con dos palabras te hace sentir especial. Yo pensaba que Mark me ofrecía todo eso, pero me he dado cuenta de que no era así. —Se levantó y salió a la terraza. Justin y yo la seguimos de cerca—. De que nuestra relación ya se basaba en la amistad y el respeto. Siempre le querré por todo lo que me ha apoyado y querido, pero me he dado cuenta de que necesito vivir. Han sido muchos años. Si en un futuro me arrepiento de la decisión que he tomado, asumiré las consecuencias, pero al menos no me arrepentiré de preguntarme qué hubiera pasado si no lo hubiera hecho. —Se quedó unos segundos callada—. He seguido tu ejemplo, Mariola. He saltado al vacío sin esperar a que ninguna mano me agarrase y me he encontrado con la de Brian.

—Y por esto Jus, es por lo que necesitamos más alcohol. —Señalé a mi hermana—. Nos suelta la lengua a todos.

Justin fue a abrir cuando llamaron a la puerta, mientras nosotras nos sentamos en la terraza. Mi hermana se acurrucó a mi lado y yo, por primera vez, no sabía qué decirle. No encontraba la respuesta adecuada a lo que acababa de confesar. Ella quería a Mark, pero ya no estaba enamorada de él.

—¿Pensaste que una boda lo solucionaría?

—Creí que sí le amaba, pero solo le quiero y...

—Y tomaste el camino de hacerle daño para que se alejase de ti.

—Sí.

—Buenas noches, señor. Cortesía del director del hotel. —Escuchamos al botones y el tintineo de los platos y botellas del carrito—. Cualquier cosa que necesiten no duden en llamarnos a la hora que sea. Estamos a su completa disposición.

—Muchas gracias. —Justin le dio una propina.

—Buenas noches, señor. —Cerró la puerta.

—Preciosas, tenemos aquí un banquete. —Sacó el carrito con cuidado a la terraza—. Suena un móvil y no es el mío.

—El mío tampoco. —María abrió las tapas de la comida.

—Es el mío entonces. ¿Dónde está mi bolso? —Busqué por la habitación y me guié por el sonido. Estaba debajo de los cojines—. Te tengo. ¿Sí?

—Mariola, ¿te pilló en mal momento?

—Claro que no, Mark. ¿Qué pasa? —Miré a mi hermana y cerré los ojos.

—Necesito hablar con alguien y solo te tengo a ti en esta ciudad. ¿Podemos quedar? —Me fui al baño y cerré la puerta.

—¿Dónde estás?

—En el Garden Restaurant.

—¿En el hotel? —Me quedé en silencio un par de segundos—. Dame cinco minutos y bajo.

—¿Estás con María?

—Sí.

—Te espero aquí.

Me apoyé en la encimera del lavabo y me miré en el espejo, dudando de si era el mejor momento para hablar con Mark. Me acerqué a la terraza.

—Mark está abajo, voy a hablar con él. —Me coloqué bien el vestido.

—¿Vas a bajar? —María protestó con la boca llena de comida.

—El también necesita hablar con alguien y no conoce a nadie en la ciudad.

—Supongo. —María respiró profundamente.

—No te preocupes, que lo que me has dicho queda aquí. No se merece escuchar eso de mi boca. ¿Mis zapatos?

—Los tiraste al entrar. —Los busqué por la habitación, pero no hubo suerte.

—Me llevo el móvil. Si hay alguna emergencia, me mandáis un mensaje. Os quiero. —Cogí un par de lonchas de beicon tostado y salí de la habitación.

Me estiré de nuevo el vestido, tratando de recuperar algo de mi yo normal, pero al verme el pelo en el reflejo de las puertas del ascensor... Lo de normal no iba conmigo. Cuando pulsé el botón, noté que había alguien detrás. Afiné la vista tratando de ver quién era a través de las puertas. Allí estaba Farmer.

—¿Tú no te cansas de asustarme?

—¿Perdona? El alcohol que llevas en vena no te deja asustarte. Aunque no me extraña con las botellas que has robado del bar y las provisiones que os acaban de traer.

—¿Me estás vigilando?

—Es mi trabajo, Paris. —Entró conmigo en el ascensor para acompañarme los treinta y dos pisos de bajada—. ¿Y tus zapatos?

—Han muerto en combate. —Hice la señal de la cruz en mi cuerpo.

—Tu enfadado novio te está buscando y no está de buen humor después de la escenita a lo telenovela mexicana que has protagonizado.

—Mira, bonito de cara, no sabes ni la mitad de nuestra historia. Así que cierra esa boca de una vez. —Me empecé a pellizcar las mejillas. Noté cómo me miraba sonriendo—. No me mires así, esto mejora el tono de la cara y realmente lo necesito.

—Yo no digo nada. —Se cruzó de brazos echando la cabeza para atrás—. Eres el peor objeto que he tenido que proteger.

—¿Has tenido la cara de llamarme objeto? —Abrí la boca indignadísima—. Tú eres muy tonto.

—Aunque te suene mal, eres lo que debo proteger. Después de lo que ha pasado, de la que has liado, me han ordenado seguir protegiéndote. Tu novio, exnovio o lo que sea, me ha exigido que no me separe de tu culo pase lo que pase. Y voy a cumplir sus órdenes.

Salí del ascensor sin dar crédito a lo que aquel imbécil me estaba diciendo.

—Y protejo un culo increíble, sí señor. —No se cortó a la hora de decirlo, parecía que quería que le escuchase.

—Serás gilipollas.

Entré en el bar y al fondo de la barra vi a Mark. Su cara le delataba, se estaba muriendo por dentro. Como buen escocés, estaba matando las penas con una botella de *whisky* al lado. Nosotras habíamos cogido esa costumbre tan escocesa y la habíamos hecho nuestra.

—Esto va a ser muy jodido. —Me acerqué a Mark ante la mirada estupefacta de los que nos rodeaban. Todos se habían dado cuenta de que iba descalza y con pelos de loca—. Buenas noches, Mark.

—Hola, preciosa. —Se levantó del taburete y me abrazó hasta levantarme del suelo.

—¿Qué tal estás? —Al soltarme me agarró de la cara para besarme.

—Echo una verdadera mierda. —Me besó en la frente y nos sentamos—. No entiendo lo que ha pasado. —Tenía el anillo de compromiso de María en uno de sus dedos y lo estaba girando—. ¿Has hablado con ella?

—No quiero mentirte, Mark. —Puse mi mano sobre la suya—. Lo que más le molestó fue que no le dijeras nada.

—¿Qué le podía decir? No me podía creer lo que me estaba contando. Quería creer que era una maldita broma, pero cuando me lanzó el anillo y suspendió la boda supe que todo se había acabado. Le he dado lo mejor de mí, la he protegido y la he amado como a nadie. Pero se ve que no ha sido suficiente. —Pegó otro sorbo a su copa.

—La vida da muchas vueltas y cuando crees que todo va bien, siempre hay algo que te la pone patas arriba. No estoy justificando a mi hermana, ni mucho menos. Lo que ha hecho está fatal. No te lo mereces. Pero hay veces que no nos damos cuenta de las cosas, hasta que la vida nos da un bofetón para espabilarnos.

—No me queda nada más que hacer en esta ciudad. Mañana vuelvo a casa para estar con los míos y anunciar el fin del compromiso. —Apoyó la cabeza en la barra—. La vida es una mierda.

—No lo es. A veces la vida te putea y te pone la zancadilla, pero hay que vivirla sin miedo a caer. Me encantaría decirte que luchases por ella y que volverá a tu lado, pero no tengo ni idea de lo que va a hacer mi hermana. —Tamborileé con las uñas en la barra—. Me duele mucho verte así, pero dale tiempo y espacio. Si vuelve a tu lado y quieres perdonarla... estará en tu mano. Pero no te arrepientas en el futuro de nada.

—¿Tú te arrepientes de algo?

—No me arrepiento de dar nuevas oportunidades, aunque en el fondo sepa que no va a salir bien.

—¿Qué ha pasado? —Levantó la cabeza y acercó mi silla a él para poder abrazarme.

—Lo de siempre. —Me apoyé en su pecho.

—¿Alex?

—No sé cómo me las ingenio, pero siempre me equivoco. ¿Por qué no me podré enamorar de alguien como tú?

—Porque no estaba escrito. —Me besó en la cabeza.

—Vaya dos. —Me quedé unos minutos acurrucada sobre su pecho y al final me separé de él.

—Por cierto, ¿quién es ese tío que no nos quita ojo de encima?

—¿Tiene cara de imbécil?

—Tiene los ojos puestos en ti y una sonrisa en la boca muy guasona.

—Mi guardaespaldas. Protección de Alex.

—Cariño, si alguien te pone seguridad te quiere y quiere protegerte.

—Si alguien te quiere y confía en ti, te cuenta toda la mierda que tiene en su vida. No te oculta las cosas y te deja plantada. No te manda notitas de amor por la tarde y esa misma noche te abandona por una tiparraca. Para él parece que solo soy un activo más.

—¿Quieres que le dé una paliza? —Me miró con su preciosa sonrisa.

Nos quedamos los dos unos minutos jugueteando con nuestras manos y sin hablar.

—Estoy a una llamada de ti, Mark.

—Y yo de ti. —Apretó fuertemente mi mano—. Voy a hacer la maleta y al aeropuerto. Tengo el vuelo en cuatro horas y necesito despejarme un poco antes.

—No he visto tu ropa en la suite.

—He pedido otra habitación. —Nos levantamos de la barra y caminamos hasta el ascensor.

—Siento mucho lo que está pasando, Mark. Sabes que te quiero muchísimo y que me tienes para lo que necesites, pero en esto no me puedo meter. Ella es mi hermana y tú serás mi cuñado siempre. —Le abracé tratando de no derramar ninguna lágrima—. No te olvides de mí.

—Imposible. Solo quiero decirte algo que me dijiste a mí hace muchos años. Que, aunque el

amor da miedo muchas veces, la recompensa final merece mucho la pena. Compartir tu vida con la persona que quieres es la recompensa a tanto miedo. A mí me hiciste reaccionar. —Puso su mano sobre mi corazón—. Escúchale. En estos momentos es el que te puede ayudar. —Le besé y me despedí con la mano cuando se cerraron las puertas del ascensor en el vestíbulo.

Me quedé allí quieta sin saber muy bien qué hacer. Me dolía mucho ver a Mark de aquella manera, pero tras lo que me había confesado mi hermana no podía decirle que luchase por ella, le iba a rechazar. Volví al bar y me pedí una copa. No quería enfrentarme al interrogatorio de mi hermana sobre él. Prefería que siguiesen bebiendo hasta perder el sentido. De nuevo tuve la sensación de unos ojos clavados en mi nuca.

—Rud, en serio, deja de hacer esto porque te voy a acabar pegando un guantazo.

—¿Me pegarías? —No era la voz de Rud.

—Puede. —Al girarme Alex me estaba mirando fijamente—. Sí, ahora mismo te pegaría para ver si reaccionas de una maldita vez. —Volví a darme la vuelta y agarré el vaso.

—¿Quién te crees que eres para hablarme así?

—Ahora viene con dignidad. —Negué varias veces y puse los ojos en blanco—. Ahórratelo, Alex. ¿A qué coño juegas?

—No te comprendo.

—Ese parece ser nuestro problema, que hablamos idiomas diferentes y nos movemos en diferentes mundos. Espero que te vaya bien con ella. Estoy agotada de luchar por algo que no tendrá un *y fueron felices*. No puedo más Alex. Todo esto me ha sobrepasado. ¿Sabes qué es lo primero que pensé cuando no llegaste a nuestra cita? —Negué con la cabeza—. Lo primero que pensé fue que te había pasado algo. No podía ser que no me avisases de que ibas a llegar tarde después de todo lo que habíamos hablado. —Sonreí amargamente mientras agitaba el vaso—. Pero cuando llegué aquí, comprobé que no soy la primera en tu lista y nunca lo seré. Siempre está ella por delante. No sé quién es y la verdad ya me da igual.

—Mariola, escúchame. —Me dio la vuelta en la silla.

—Tus explicaciones llegan tarde, Alex. No sé qué es lo que escondes, no tengo ni idea de qué es lo que te pasa para que tengas miedo a amar y a que te amen. Así que te deseo lo mejor. Espero que seas muy feliz y que algún día encuentres a la persona que te borre esos malditos miedos o estarás jodido el resto de tu vida.

—Hace un rato me has mandado a la mierda y ahora me deseas suerte con una sonrisa. No te entiendo.

—Yo no quiero arrepentirme de nada en esta vida. Yo lo he intentado, he tratado de hacerte ver las cosas de otra forma, de que supieses lo que es que te quieran sin miedos y sin mentiras. Siempre habrá algo o alguien que se interponga. No puedo luchar sola, Alex. Si tú no luchas esto se va a la mierda. —Me costaba mirarle a los ojos.

—Por favor, Mariola. Déjame que te explique.

—Tenemos que aceptar que no hay un nosotros mientras tú... —No quería decir nada más.

—Te quiero, Mariola.

—Y yo, Alex, pero no parece ser suficiente.

Para nosotros quererse no era suficiente. Para Alex tal vez yo no fuese bastante o es que aquella mujer rubia era quien le ataba tanto a su pasado y no le permitía avanzar. No quería vivir el resto de mi vida pensando en que, si ella aparecía, lo nuestro se iba a ir a la mierda una y otra vez. Su cara parecía querer decirme muchas cosas, su corazón supongo que también, pero de su boca no salió ni una sola palabra. Comprendí la desesperación que sintió mi hermana cuando Mark se quedó callado. Me puse de puntillas y me acerqué lentamente a él, lo último que

necesitaba era un rechazo por su parte. Quería sentir sus labios por última vez. Quería mantener el recuerdo de que lo nuestro no había sido algo fugaz y sin sentido. Me acerqué más a él y le di un beso en los labios. Un último beso de despedida cargado de dolor. Un beso que ponía punto y aparte a nuestra ya más que fallida relación.

Él se sorprendió dejándose caer en una de las sillas, sin decir una palabra. Me miraba y negaba con la cabeza, con un gesto de tristeza en su cara. Le acaricié sin decir una sola palabra, regalándole una sonrisa. Me estaba costando hacer aquello, separarme de él y fingir que no sentía ningún tipo de dolor, pero era lo mejor para los dos. Ojalá pudiera odiarle y maldecirle, pero le quería más de lo que me hubiera gustado admitir. Me alejé de él y me encontré con la atenta mirada de Rud en la puerta. Su cara también había cambiado.

Llegué al ascensor y presioné el botón para que el ascensor me sacase de allí antes de que rompiera a llorar delante de los dos. Se abrieron las puertas y entré, pero justo antes de que se cerrasen, cuando mis lágrimas estaban a punto de desbordar mis ojos, un brazo interrumpió el cierre. Al levantar la vista me encontré con Alex. Volví a mirar el suelo, abriendo mucho los ojos para retener las lágrimas. Tiró de mi mano y me pegó a él. Podía escuchar su corazón, latiendo a cien por hora, su respiración entrecortada, su cuerpo tenso al rozar el mío. Me agarró de la cara y me obligó a mirarle a los ojos.

—Perdóname, Mariola. Perdóname por todo.

Me besó en la frente y las lágrimas empezaron a caer sin control. No pude aguantar más sin desmoronarme por completo.

—Prefiero perderte y que seas feliz, a que seas infeliz a mi lado. Lo siento mucho, cariño.

Me besó y se alejó de mí como si estar en contacto con mi piel le abrasase. Observé cómo se alejaba de mí y mi corazón se partió en mil millones de pedazos. Le observé hasta el último centímetro que pude antes de que las puertas se cerrasen. Durante el trayecto de las treinta y dos plantas no pude dejar de llorar. Las puertas se abrieron y Rud estaba frente a mí. Le negué con la cabeza avisándole de que no estaba dispuesta a aguantar sus tonterías, pero no dijo ni una sola palabra. Solamente se acercó y me abrazó.

—Todo en este mundo tiene solución, Paris.

—Ya tenías que llamarme así. —Me separé de él y le di en el estómago.

Miré para atrás y continué sonriéndome. Antes de llamar a la puerta volví a mirar. Estaba hablando por teléfono y a los segundos se marchó. Ya no me correspondía tenerle de seguridad.

Llamé a la puerta y una muy borracha María abrió la puerta, y le cambió la cara cuando me vio.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? —Tiró de mi brazo metiéndome en la habitación.

—He hablado con Mark. Ahora mismo estará yéndose al aeropuerto. Vuelve a casa. Necesito una ducha. —Me fui quitando la ropa hasta llegar al baño.

Me di una ducha rápida que me ayudó a despejarme por completo. Al salir me encontré a Justin y a mi hermana durmiendo en los cojines del suelo. Le robé algo de ropa a mi hermana, les tapé con unas mantas y me fui. Necesitaba desconectar, quería olvidarme de lo que acababa de pasar y tenía que ser en algún lugar seguro, en un sitio que... Sabía exactamente dónde tenía que ir.

Decirle adiós en el ascensor fue más duro que obligar a Mariola a que se alejase de mí. Ella me quería y yo seguía siendo un maldito cobarde. Ni siquiera fui capaz de contarle la razón por la que Jonathan me quería hacer pagar por mis pecados del pasado.

Me senté en el sillón del despacho y encima de la mesa tenía la revista en la que salíamos los dos a la salida del Soho Grand Hotel. Estábamos en portada sonriendo, justo en el momento en que la besé en la puerta del hotel antes de separarnos, cuando ella estaba ladeada y con una preciosa sonrisa en su cara. El pie de foto era muy jugoso para que continuasen siguiendo la

persecución: «La tan esperada reconciliación del multimillonario y la organizadora de eventos española. Pocos eran los medios que conocían su reciente relación y nosotros tenemos la exclusiva».

—Menuda mierda. —Lancé la revista a la basura y sonaron unos nudillos en la puerta—. Adelante.

—Hola, cariño. —Vivian entró decidida.

—¿Qué haces aquí?

—Se me ha olvidado decirte dónde hemos quedado mañana.

—Mándame un mensaje mañana con el lugar y la hora.

—¿Ya has hablado con la señorita malhablada? —Su temido tono burlón apareció.

—Sí, he hablado con ella.

—¿Ha seguido con su boquita tan dulce? —Negó con la cabeza.

—No me apetece hablar ahora mismo. —Señalé la puerta enfadado.

—No quiero molestarte. Mi intención no es meterte en ningún problema. —Se acercó para darme un beso y me aparté—. De acuerdo. Mañana nos vemos, cariño. —Salió del despacho y me quedé con la mirada fija en la puerta cerrada unos minutos.

—Ahora sí que la has cagado del todo, Alex. —Puse música y la primera canción que sonó me recordó que el karma existe—. Venga, ya. ¡No me jodas!

With or Without You de U2 sonaba más dura que nunca. Era una de mis canciones favoritas, pero nunca había tenido tanto sentido como aquella noche. Quise ponerme una copa, pero lo evité en el último momento. Tenía que hacer frente a mis estúpidas decisiones sobrio. Sin que el alcohol me hiciese hacer o decir cosas de las que pudiese arrepentirme más adelante.

Miré por la ventana y la ciudad parecía demasiado tranquila, comparándola con mi noche. Abrí la ventana, necesitaba un poco de aire. Ya estábamos en julio y el calor se notaba hasta por la noche. Por el reflejo de la ventana vi la portada de la revista en la basura. Me agaché y la recogí. Durante unos segundos sentí aquel beso, sentí los labios de Mariola sobre los míos, su sonrisa explotando sobre mi boca... De nuevo unos nudillos en la puerta me sacaron de mis pensamientos.

—Adelante. —Esperaba que no fuese otra visita inesperada. La jefa de recepción apareció con su eterna sonrisa—. Hola, Rachel.

—Buenas noches, señor. Yo acabo ya este turno y quería comentarle que la Suite está servida. Todo lo que ha pedido se lo hemos subido.

—¿Perdón? —Apagué la música sin comprender lo que me estaba diciendo.

—Antes llamó para pedir que les subiésemos comida y Macallan. Huéspedes especiales.

—¿Suite Central Park?

—Eso es, señor. ¿No es lo que quería?

—Sí, por supuesto. Muchas gracias, Rachel.

—De nada, señor. Buenas noches.

Rachel salió de la habitación y sonreí como un imbécil al saber que aquello era la marca de Mariola. Tenía que solucionar mis problemas para poder hablar con ella y poner encima de la mesa toda mi mierda y rezar por que ella lo comprendiese.

Al llegar a la suite del Soho Grand Hotel una tranquilidad me invadió. No quería ir a casa, pero tampoco me quería quedar en el hotel. Necesitaba estar en un lugar en el que encontrar paz. Aunque fuese una contradicción ya que aquel lugar que me recordaba a Alex, pero me recordaba a un buen momento, a un muy buen momento y al salir a la terraza decidí que aquel sería mi nuevo lugar secreto en Nueva York. Después de ocho años había encontrado aquel pequeño oasis en la

ciudad. Nadie sabía que estaba en aquella terraza, nadie me juzgaba, nadie me quería hacer daño, nadie podía hacerme daño tumbada en aquel banco pidiendo deseos a las estrellas que iluminaban el cielo.

—¿Sería una estupidez pedirnos un deseo? —Sonreí tapándome los ojos con el brazo—. Como si alguna me fuese a contestar. De hecho, si alguna me dijese algo pensaría que estoy peor de la cabeza de lo que ya estoy.

Durante varios minutos fijé mi vista en una de las estrellas que parpadeaba encima de mí, a miles de millones de kilómetros de distancia, pero aquella tintineaba en el cielo solo para mí. Me levanté del banco para poner algo de música en el ordenador que había en el salón. Nada más entrar en *Spotify*...

—Cómo no, no podría ser de otra manera.

La primera canción que comenzó a sonar era *A thousand years* en la versión de Boyce Avenue.

«El corazón late rápido, colores y promesas, ¿cómo ser valiente? ¿Cómo puedo querer cuando temo caer? (...)».

Con las primeras notas de guitarra mi corazón se paralizó. Ni siquiera podía moverme. Aquellas palabras comenzaron a resonar en mi cabeza, repitiéndolas con la canción, sabiendo que el temor no formaba parte solamente de Alex, yo también tenía miedo.

«Pero viéndote solo, todas mis dudas de alguna manera desaparecen. (...) No tengas miedo de que te haya querido durante mil años. Te querré por otros mil más».

¿Se podía querer a alguien que cada vez que te acercabas, te alejaba de él? ¿Mi corazón era tan estúpido que, aunque mi cabeza le pidiese no sentir más por él seguía queriéndole?

Recuerdo cómo mi corazón latió demasiado rápido la primera vez que le vi, al igual que hizo la segunda y las siguientes veces. Mi corazón era el único que puso alas a lo nuestro y el que seguía empeñándose en no creer que lo bueno se podía acabar con tanta facilidad. Y no solamente era mi corazón el que no lo quería creer, mi cabeza parecía estar de acuerdo con él.

—¿Por qué te empeñas en seguir creyendo que todo el mundo debe tener un final de los buenos, Mariola? Tal vez el destino no te tenga eso guardado para ti.

—No seas tan dura contigo misma.

Escuché la voz de alguien más en la habitación, agarré el mando a distancia de la televisión y lo lancé contra la cabeza de quien me acababa de hablar.

—Joder, Paris. —El mando le dio de pleno en la frente.

—¿Qué coño haces aquí dentro, Farmer?

—Tengo órdenes, bueno, sigo teniendo órdenes de no alejarme de ti más de cinco metros. Pero la señorita, quiero la suite bla bla bla... Debo quedarme aquí. —Sintió mi mirada extrañada—. Que esto es enorme y te aseguro que no quiero tener que enfrentarme a lo que seáis vosotros dos. —Me miró mientras se frotaba la frente esperando a que le aclarase algo.

—Siento haberte dado con el mando, pero no sabía que estabas aquí dentro. Ya tengo a una especie de psicópata detrás de lo que sea que busque. —Me acerqué a él con una botella de agua que saqué de la nevera—. Toma, esto ayudará a que no te salga un chichón ahí.

—¿No tienes casa o es que vives aquí?

—Tengo casa, pero... No pienso caer en tu trampa. No vamos a ser amigos y, espero más temprano que tarde, que tu jefe prescindiera de tus servicios.

—¿Siempre eres tan desagradable o es que yo te caigo mal?

—No has llegado en buen momento. Y tampoco es que me caigas demasiado bien, Farmer.

—Eso tendrá que cambiar ya que vamos a pasar mucho tiempo juntos.

—Ojalá te equivoques en eso. Como te has equivocado a la hora de entrar en la habitación.

¿Sabes que puedo hacer que te echen?

—A la recepcionista le he colado que soy tu hermano y que había ido a aparcar. Ha sido muy amable. —Estaba cogiendo una bolsa de comida

—Sírvete sin problemas, Rud. No vaya a ser que te quedes con hambre. —No me había dado cuenta hasta que me escuché. Estábamos hablando en castellano los dos—. ¿Cómo hablas tan bien castellano?

—Mi madre es de Estepona. He estado muchos años viviendo allí.

—Tú como en tu casa, no te cortes. —Negué con la cabeza mientras Rud devoraba las bolsas que encontraba.

—Gracias, preciosa. —Me guiñó un ojo.

—¿Así te ganas a tus conquistas? Porque tienes pinta de ser todo un camelador. —Me senté en una silla tras coger una botella de agua.

—Yo lanzo una mirada —chasqueó la lengua— y caen rendidas a mis pies. —Me lanzó su mirada y empecé a reírme—. ¿No funciona?

—Yo es que soy muy especial. Pero seguro que a las niñas de veinte les encanta ese toque macarra *chic* que llevas.

—Caen como fichas de dominó. —Se puso la bolsa en la boca y la agitó para que cayesen las patatas dentro. Me vio la cara que tenía—. ¿Qué? —Tenía patatas pegadas en la cara.

—Espero que no te vean comer. Anda límpiate. —Le tiré una servilleta.

—Gracias, Paris. —Me guiñó un ojo y le sonreí.

—De nada, Farmer.

—¿Por qué estás aquí? Si te hubieses ido a tu casa, yo ya estaría durmiendo. Aunque este hotel está muy bien para pasar la noche.

—Este había decidido que fuese mi rincón secreto en la ciudad, pero tú, que eres como un grano en el culo has aparecido para tocarme las narices.

No dije nada más y me tumbé en la cama. Unos segundos después escuché que Rud estaba arrastrando algo y acercándolo a la habitación.

—Viendo lo que hay fuera en la terraza, es normal que este sea tu sitio. —Se tiró en un sofá.

—¿Quién te ha invitado a quedarte aquí? —Me quité los vaqueros y las zapatillas.

—Eh, eh, nena. No te creas lo que no es. No me voy a acostar contigo que esto no es *Una proposición indecente*.

—¿Tú eres imbécil? —Me puse de rodillas en la cama y la camiseta de tirantes me tapaba justo el culo—. Sería lo más decente a lo que hincarías esta noche el diente, pero ni en tus más sucios sueños. —Me tumbé de nuevo encima del edredón.

Nos quedamos en silencio varios minutos, mientras las versiones de Boyce Avenue seguían sonando, pero ninguno de los dos nos levantamos para apagarlo. Rud sabía que necesitaba ese tiempo en silencio para pensar y para recuperar un poco la cordura que había perdido aquella noche.

—«*Highway run into the midnight sun*». Siempre me ha gustado mucho *Faithfully* de Journey...

Suspiró y aproveché para girarme en la cama y mirarle. Estaba con las manos debajo de su cabeza y las piernas cruzadas colgando por el respaldo de aquel sofá que le quedaba demasiado pequeño. Me fijé más en él, algo que no había hecho las anteriores veces que me había perseguido por Nueva York. Tenía el pelo castaño y unos ojos marrones muy expresivos. Su sonrisa era contagiosa, aunque yo hubiese tratado de no caer en ella.

—¿Puedo preguntarte algo? —Giró la cabeza y me pilló observándole.

—¿Si digo que no vas a desistir?

—No. —Vio cómo le daba paso a preguntar—. ¿Cuál es tu equipaje?

—Yo no tengo equipaje.

—Eso no es verdad. Todos lo tenemos, aunque no lo queramos reconocer. Te cuento el mío si tú me cuentas el tuyo. Vine a Estados Unidos después de haber estado en la Base Naval de Rota, por amor. Me enamoré y lo dejé todo para venir a Nueva Jersey, para descubrir que ella estaba casada. —Sonreía mientras me lo contaba—. No me enteré hasta dos años después, cuando ya vivíamos juntos y apareció un exmarine reventándome la nariz en un bar. —Se la señaló—. Por eso tengo este aguilucho en la cara.

—Así que tu equipaje es un desengaño amoroso y una rotura de nariz. —Volví a tumbarme en la cama mirando al techo.

—Paris, no me hagas trampas. No me obligues a subirme a esa cama y empezar a hacerte cosquillas como si no hubiese mañana. —Se movió en el sofá.

—Ya te he dicho que no soy como las demás chicas, Farmer.

Rud no se movió, pero a los diez segundos había saltado encima de la cama y estaba sobre mí, aprisionándome las manos, buscando el punto exacto donde empezar a hacerme cosquillas.

—Todas tenéis un punto con el que os volvéis completamente locas. —Alzó cómicamente las dos cejas.

—No me vas a tocar ese punto ni en tus sueños.

—Solo hablas de mis sueños. ¿Te has paseado mucho por ellos? —Ladeó la cabeza con esa sonrisa tan contagiosa.

—Me pasearé por tus pesadillas como la mismísima Harley Quinn^[27]. —Traté de moverme, pero era imposible—. ¿Sabes que los hombres también os dobláis todos por el mismo lugar?

Rud rápidamente levantó los brazos en el aire y puso una mirada a la que supe que ninguna mujer sería capaz de resistirse. Era una mezcla de niño bueno y su toque macarra.

—Suiza, me declaro Suiza en este momento.

—Suiza. —Negué con la cabeza.

—Eres muy difícil, Mariola, pero muy interesante. No sé si es el bagaje que llevas a tus espaldas el que te ha convertido en lo que eres. —Se quitó de encima de mí, tumbándose a mi lado en la cama—. Pero eres muy interesante.

—Gracias, Rud. —Me quedé unos segundos en silencio, sin echarle de la cama. Aquello era lo suficientemente grande como para no rozarnos.

—No te enamores de mí, Mariola. Estoy muy lejos de tu alcance.

Saqué todas las fuerzas posibles y empujé a Rud en la cama, tirándole al suelo junto a un par de cojines. Me asomé por la esquina.

—No te preocupes. Aunque fueses el último hombre de este planeta, no me enamoraría de ti.

—El universo es...

—Planeta, universo, galaxia o lo más grande que quieras mencionar. —Le lancé una de las almohadas a la cara—. Bastante que te dejo dormir aquí dentro y no te saco al pasillo.

—No serías capaz, detrás de esa cara preciosa, pero de macarra malhablada, se esconde una mujer buena.

—Oh, Rud, qué bonito. —Negué con la cabeza.

—Y que está tan buena vestida como medio desnuda.

—Retiro lo dicho.

Me quedé dormida en menos de diez minutos.

Al día siguiente el olor a café y el sonido de una cucharilla dando vueltas en una taza, lograron

despertarme. Rud estaba en la terraza con un banquete montado en la mesa. Al salir me ofreció el café y un periódico sin decirme nada más. Lo agradecí mucho. Es más, no dijo ni una sola palabra más en las dos siguientes horas en las que fui a casa para ducharme y cambiarme de ropa e ir al nuevo local de Frank y Jus para ver cómo iban las obras y la decoración.

—¿Quieres otro café? —Estábamos en la puerta del local y abrí la puerta.

—Estaría bien, pero ya voy yo. ¿Qué quieres?

—Un frapucchino sin nata y con leche desnatada.

—Así tienes ese culo. —Rud lo dijo entre dientes y recibió un puñetazo en el hombro—. Es un piropo a tu culo... no a ti. Así que deja que tu culo sonría y disfrute de unas palabras bonitas.

—A ver si te pierdes un rato, Farmer.

—Pero si ya no puedes vivir sin mí, Paris. Tres días y me necesitas. —Se acercó a mí, pegándome a la puerta—. Me necesitas.

Entorné los ojos y me escapé por debajo de su brazo. Al entrar en el local vi que las obras habían terminado, casi, y tenía a un par de decoradores colocando ya detalles para la fiesta de inauguración. Paseé entre un montón de cajas y observé lo que había en el interior: decoración y piezas para alguna lámpara. Al levantar la vista vi una imagen del puente Rialto sobre lo que era el escenario.

—¿Mariola Santamaría?

Al darme la vuelta una chica con una gorra y mascando chicle agitaba una carpeta en el aire.

—Soy yo.

—Vale, menos mal que te he encontrado porque algún imbécil me había mandado mal la dirección. Traigo las telas recién salidas del horno.

—Te ayudo. —Sacamos las telas y me ayudó a dejarlas en la parte de arriba, que es donde iban colgadas.

—¿Te puedo dejar mi currículum? Estoy un poco harta de cruzarme la ciudad dejando paquetes y haciendo recados para cobrar una mierda a la semana.

—Puedes mandármelo por *e-mail* y se lo hago llegar a los dueños en cuanto lo reciba. —Vi cómo sacaba su móvil para enviármelo allí mismo—. santamariamariola@cia.com.

—Enviado. Soy muy currela y me dejo el culo todo el día.

—De acuerdo. Se lo paso ahora mismo.

—Gracias.

Bajó saltando las escaleras de tres en tres y se chocó con Rud en la entrada. Este se quedó observándola unos segundos, hasta que se dio cuenta de que le estaba mirando.

—¿Quién era?

—Puede que si su currículum es tan bueno como parece, empiece a trabajar aquí.

—¿Puedo verlo? —Me ofreció mi café.

—Ni de coña. ¿Conoces algo de la ley de protección de datos? —Le arranqué el café de la mano.

Rud no dijo nada más y bajó las escaleras para sentarse en una esquina. Se puso a leer una revista de cotilleos. Negué con la cabeza y sabía que cada dos por tres Rud estaba mirando lo que hacíamos. Empezamos a montar las telas que iban a colgar de algunas partes de la escalera y de la pared. Desde la parte de arriba de la escalera cayó una gran alfombra roja que pedí que fijasen con unas barras a los laterales para que nadie se matase subiendo o bajando. En las paredes comenzaron a colgar fotos de Venecia alrededor de una más grande de Giacomo Casanova, el famoso aventurero, escritor, diplomático, bibliotecario, agente secreto italiano y libertino. Por esto último es por lo que mejor y más se le conoció. Me hizo sonreír recordar todo lo que me

contó de él una compañera en Italia, Adriana, mi compañera de piso que era estudiante de arte. Ella fue bastante Casanova en su época.

Alrededor de la fotografía grande estábamos colocando otras más pequeñas en blanco y negro sobre el carnaval de Venecia. Escuché unos gritos en la parte de abajo y al asomarme el que supuse que era el jefe de obra, estaba dando órdenes demasiado altas.

—¿Hay algún problema? —Al bajar las escaleras todos se giraron para mirarme—. No creo que para que te hagan caso debas elevar tanto el tono de voz.

—¿Y tú quién eres?

—Pues la que te está pagando por que acabes esta obra a tiempo y la que puede decidir que tú salgas de aquí ahora mismo. —Le sonreí antes de pegarle un sorbo por la pajita al café.

—A veces los trabajadores necesitan algún que otro grito para que hagan lo que tienen que hacer.

—Mientras estés trabajando para mí espero no escuchar ni un solo grito o pongo tu culo en la calle. ¿Entendido? —Lo dije en bajo y con una sonrisa. Aquello sabía que funcionaba mucho mejor.

—Sí, señorita, lo siento mucho.

Mientras ellos terminaban de colocar la lámpara central, yo vi que faltaban por colocar más fotos sobre la barra, así que acerqué una escalera y me subí para hacerlo yo. Justo cuando encontré la estabilidad para no caerme de culo, empezó a sonar mi móvil.

—¿Sí?

—Por Dios, cómo me duele la cabeza.

—Hola, Jus. ¿Cómo va tu resaca?

—Horrible, terrible, horrorosa, atroz, abominable...

—Estoy ya en el local. ¿Vas a mover tu culo hasta aquí?

—He llamado a Frank y me ha dicho que se acercaba él ahora. Esperaré a que se me pase este terrible dolor de cabeza o me echaré al sol a dejarme morir, no lo tengo muy claro.

—Qué griego eres, de verdad, Jus. ¿Cómo está la borrachuca de mi hermana?

—Roncando como un jabalí. Te aseguro que no vuelve a probar el alcohol en una temporada. —Escuché su risa de foca asfixiada—. Joder, hasta reírme me hace daño.

—Lo siento, Jus, pero no me das pena. Me da igual si vienes arrasándote por media ciudad o te pones unas gafas tipo Grace Kelly, pero mueve tu fantástico culo hasta aquí. Necesito que me digas cómo quieres ciertas cosas y están empezando a llegar los repartidores de las bebidas.

—No me chilles.

—Jus, no estoy chillando. —Continué hablándole en bajito—. Mueve el culo. —Le colgué y me metí el teléfono en el bolsillo del pantalón—. Vamos a ver... Si muevo esta más y esta aquí... —Me estiré para ver cómo quedaría y la escalera empezó a tambalearse.

—Cuidado, Paris, esta escalera es menos de fiar que un exnovio. —Le lancé una mirada que me devolvió con la lengua fuera—. No me mires así, que me voy a terminar enamorando y solo me pagan para protegerte.

Me moví demasiado rápido, los tacos de las patas de la escalera no estaban bien ajustados, la pestaña de seguridad estaba partida y perdí el equilibrio. Acabé en brazos de Rud.

—Si ya te he dicho yo que cuando lanzo mi mirada, las chicas caéis a mis brazos.

Le miré unos segundos y comencé a reírme contagiada de su sonrisa. Justo en aquel momento se abrió la puerta del local y Rud se dio la vuelta conmigo aún en brazos. Frank entró en el local y venía acompañado de Alex.

—¿Quién cojones es ese que tiene a Mariola en los brazos?

—Parece que la boca malhablada de Mariola se te ha pegado, Alex.

—No me jodas, Frank.

—Parece que las hermanas Santamaría os están jodiendo pero bien a los hermanos McArddle. Aunque Mariola no de la forma en que te gustaría.

—Oh, cállate Frank. —Le pegué un empujón.

Me quedé observando a Mariola en brazos de aquel tío y la sonrisa cómplice que tenían. No tenía ni idea de quién era y no me gustaba nada aquello. No me gustaba cuando se me escapaban las cosas entre los dedos y Mariola se me estaba escurriendo.

—Rud, ya me puedes bajar.

—¿Estás segura de que el suelo no te va a atacar? Que hay baldosas muy asesinas. —Lo dijo con una enorme sonrisa.

Me iba a dejar en el suelo cuando oímos un grito y en el momento que Rud dio un paso atrás, un cubo lleno de agua se escurrió por el suelo, con el consiguiente patinazo de mi guardaespaldas tan precavido y terminamos los dos en el suelo. Más concretamente yo encima de Rud riéndome.

—¿Baldosas asesinas?

No me podía ni levantar del ataque de risa que me dio y Rud tampoco se podía mover. Éramos el espectáculo perfecto para todos los que estaban por allí. Al notar todas las miradas sobre nosotros, miré a Rud y con un simple gesto de cejas, le comprendí. Al levantar la vista me encontré con la mano de Alex ayudándome.

—¿Estás bien? —Me preguntaron él y Alex a la vez.

—Sí. —Le di la mano a Rud—. Venga, que no te pagan por estar tirado en el suelo.

—Pues anoche estuve tirado en tu habitación y me pagaron por ello. —Alex le miró con odio.

—¿Perdona tú eres... —A Alex se le marcaba la vena del cuello, una vena que estaba a puntito de explotar.

—¿Cómo que quién es, Alex? —Le miré atónita.

—Pues no lo sé, Mariola, por eso lo pregunto. Aunque parece que tú le conoces bastante bien. —Se cruzó de brazos como un niño pequeño con un berrinche.

—¿Me estás hablando en serio? ¿No sabes quién es él, Alex? —Señalé a Rud.

—No, te lo repito.

—Señor McArddle. Soy Rud.

—Me parece genial. —Le miró completamente descolocado.

—¿Pero tú a quién coño contratas? ¿No sabes ni quién está en tu equipo de seguridad?

—Soy el guardaespaldas que contrató para proteger a Mariola. El otro día fui a su despacho, pero ni tan siquiera me miró. Estaba pendiente de algo más importante.

—Perfecto. —Alex cogió su móvil y se alejó de nosotros.

—Voy a lavarme las manos.

Rud se quedó por allí secándose con unos trapos que le dieron y vi cómo Frank se acercaba hasta donde estaba Alex hablando por teléfono.

—Tú también podías haber buscado uno de seguridad con menos encanto y más feo. ¿Le has visto?

—Ya le he visto. No hace falta que me lo digas.

—Le has ordenado a Dwayne que le ponga alguien más feo y viejo. —Negué con la cabeza unos segundos para afirmar después—. Es verla y te cambia la cara, tío.

—Es que no pensé que estuviese aquí hoy.

—Ella organiza la fiesta y es la semana que viene. ¿Cómo no iba a estar aquí? —Frank me

cogió por el hombro.

—Todo esto va a ser muy complicado. —Me pasé la mano por la cara y el pelo. Vi cómo Mariola salía del baño sonriendo y secándose las manos.

Ella salió del baño y me miró con aquellos maravillosos ojos marrones, grandes y brillantes. Fue hasta la barra y terminó de colocar aquellas fotografías, mientras Rud le agarraba de las piernas. Observé cómo se reían, cómo bromeaban y aquella mierda me estaba matando.

Nunca había sido celoso, pero no eran celos enfermizos de querer marcarla como mía, eran celos porque su sonrisa ya no era para mí.

¿El motivo?

Mi gilipollez crónica y estupidez suprema.

14.
COMO GIACOMO CASANOVA

Seguía clavado en aquella esquina sin poder moverme. No comprendía cómo podía haberla cagado de nuevo. Yo y mis mierdas, mis mierdas y yo.

—Gilipollas integral. —Sonreí al escuchar mi propia voz insultándome como podía haber hecho Mariola.

Ella seguía colocando y dando órdenes a los decoradores, mientras Rud estaba leyendo una revista en una esquina. Cómo no se me ocurrió que podía ser alguien joven y que le hiciese reír. Comprobé que estaba echa polvo. Lo que no comprendía es como no estaba tirada en una esquina de resaca con lo que se había llevado del bar y lo que habían pedido en la suite. Lo que sí tenía era hambre. Poco a poco había aprendido a reconocer sus gestos. Estaba buscando algo en las cajas que los repartidores acaban de apilar en una esquina de la barra. Estaba casi seguro de que las tortitas del día anterior eran lo único que había comido en todas aquellas horas. Vi cómo le decía algo a Rud y éste le contestaba que no, pero ella insistió de nuevo.

—Mi culo puede ir solo a la cafetería de enfrente. No te preocupes por él y así te pierdo de vista un rato.

Pasó por delante de mí y le dedicó una preciosa sonrisa a Frank, tratando de no mirarme a mí. Salió del local refunfuñando y Rud, como buen empleado que era, fue a salir tras de ella, pero le paré justo cuando pasó por delante de nosotros.

—Voy yo. —Puse mi mano en su pecho.

—No creo que le guste mucho. —Levantó los hombros y negó con la cabeza.

—No te he pedido tu opinión. Trabajas para mí, ergo...

—Madre mía. Cuando los pijos empezáis a decir palabras sacadas del diccionario que no usáis nunca, es mejor dejaros solos. —Se alejó de mí y se sentó de nuevo en un taburete.

—Voy a despedirle.

—¿No lo hueles, Alex? —Frank olisqueó como un sabueso.

—¿El qué?

—¿De verdad que no lo hueles? —Me puso la mano en el hombro. —Ese tal Rud va a acabar con tu paciencia.

—Frank, no estoy para aguantar tus idioteces.

—Pues son celos, puros y duros. C-e-l-o-s. —Lo deletreó lentamente mirándome.

—Voy a por algo de comer. —Me di la vuelta para irme.

—Tú vas a seguirla, porque tienes celos —lo canturreó mientras subía las escaleras.

Crucé a la acera de enfrente con la cancioncita de Frank metida en la cabeza. Nada más entrar vi a Mariola en la cola esperando. Tenía a tres personas por delante y un tío detrás que estaba mirando descaradamente su culo. Sus manos estaban cerca, muy cerca de aquella parte de la anatomía de Mariola y como esta le pillase, se llevaría un bofetón.

En un despiste del tío, le pegué un pequeño y discreto empujón y sus manos acabaron en el culo de Mariola.

—A tocarle el culo a un cerdo para elegir el jamón.

Le pegó una bofetada que resonó por toda la cafetería. El tío en cuestión se llevó la mano a

la boca y de la vergüenza que le dio, salió de la cafetería sin mirar atrás.

—En cuanto pueden te echan mano del culo. —Hablabla sola mientras miraba el móvil. Parecía que no se había dado cuenta de que estaba detrás de ella.

—Pocos quedan. —Supe que sabía que estaba allí por el escalofrío que trató de reprimir.

—Tú no te pongas medallitas.

—Sé que me odias ahora mismo. —Se giró para mirarme con sus ojos chispeantes.

—No te odio, Alex, Ojalá pudiera hacerlo.

—Siguiente.

—Quiero un cappuccino doble con leche desnatada, un macchiato doble de todo, uno con leche de soja, uno solo largo, un bollo de arándanos, otro de plátano y chocolate, un bagel de pavo con queso y otro de pavo, rúcula y queso de cabra.

—¿Para un regimiento? —Le dije sorprendido.

—Rud, Frank, tú y yo. —Pagó los desayunos mientras nos preparaban los cafés. Se apartó y la seguí con una sonrisa.

—¿Por qué llevas desayuno para todos? —Nos sentamos en unos taburetes a esperar.

—Supuse que os apetecería un café y algo para comer. —Fijó su mirada en el suelo.

—Mariola, aún tenemos que hablar.

—Alex, no necesito saberlo, de verdad. Me he acostumbrado a que la gente guarde secretos, pensé que al menos contigo eso no pasaría. Pero supongo que es algo demasiado duro como para compartirlo con una extraña.

—No eres una extraña, Mariola. No vuelvas a decir eso, por favor. —Acerqué mis manos a las suyas con miedo a que me rechazase, pero no lo hizo.

—Entonces algo muy terrible debes ocultar y me da pánico saberlo. Porque si es tan horrible como me estoy imaginando... Si es tan malo como se me ha pasado por la cabeza, sí que podría llegar a odiarte y no quiero hacerlo. Me quiero quedar con lo bueno que hemos vivido, con los momentos en los que sonreímos. —Trató de hacerlo, pero no podía—. Quiero recordarte como el hombre que hace que mis piernas tiemblen solo con su olor. Eso creo que nadie más va a conseguir, Alex. —Estaba siendo tan sincera como siempre y no apartó la vista de mis ojos.

—Te mereces a alguien que te haga plenamente feliz, que te quiera por encima de todas las cosas y yo con mi carga... por ahora no puedo. Pero te aseguro que un día seré yo el que te haga feliz. Cueste lo que cueste. —Le acaricié la cara.

—No prometas cosas que no puedes cumplir, Alex. Las promesas nunca se deben romper.

—No te lo estoy prometiendo, Mariola... Te lo estoy asegurando. Yo seré el que haga que tus piernas tiemblen y tu corazón lata con fuerza siempre. Recuérdalo siempre, hasta los días en los que no te caiga demasiado bien. —Acaricié su cara con mi mano y por un solo segundo, ella cerró los ojos y suspiró, rozándose con mi palma.

¿Cómo podía ser posible que de gilipollas pasase a ser lo que tenía delante? ¿Me estaba asegurando que él sería quien me hiciese feliz algún día? No tenía ni idea de por qué mi corazón no podía odiarle, por qué mi cabeza no me permitía hacerlo y por qué mi cuerpo seguía respondiendo de la misma manera cuando le tenía tan cerca. Las piernas me temblaban, las palabras se atascaban y los escalofríos recorrían mi cuerpo.

Segundos después me encontré suspirando con los ojos cerrados y con la mejilla apoyada en la mano de Alex. Creo que hasta le había chupado la mano para no olvidar su sabor. Tenía que ordenarles a mi cabeza, corazón y cuerpo que dejarasen de reaccionar así ante él.

—Mariola, su pedido. —Una de las camareras me liberó de aquel momento tan extraño.

—Muchas gracias. —Recogí todo y salí de la cafetería con Alex detrás de mí.

—¿Te ayudo? —Me dijo ofreciéndome una mano.

—Yo puedo. —Le miré ladeando la cabeza.

—De acuerdo. —Levantó las manos en son de paz.

—Menudo día y semana tengo por delante. —Estaba tratando de iniciar una conversación de ascensor de camino al local.

—¿Y Justin?

—De resaca. Creo que ayer nos pasamos un ... —me fui quedando en silencio y le miré de reojo.

—¿Con las botellas de *whisky* o el fabuloso catering del hotel? —Lo dijo con una sonrisa ladeada.

—No sé a qué te refieres. —Negué con la cabeza tratando de no reírme—. Me acojo a la quinta enmienda.

—Ya. —Negó con la cabeza y puso los ojos en blanco. Era un gesto que hacía yo cuando no me creía algo que me estaban contando.

—Joder. —Empecé a removerme ya que me estaba sonando el móvil.

—Trae que te vas a tirar todo. —Cogió los cafés y la bolsa.

—Mi hermana... En dos días me vuelve loca. ¿No quieres hablar tú con ella? —Le enseñé el móvil—. Si es muy simpática de resaca. —Cerré los ojos y contesté—. Bienvenida al mundo de los vivos, roncadora profesional.

—*Buos das*. —Al bostezar casi no se le entendía.

—¿Cuerpo de orgía? —Vi la cara asustada de Alex.

—Algo parecido, pero sin el placer. ¿Por qué me dejaste beber tanto?

—Eso preguntásele al pelirrojo, que cuando volví a la habitación ya estabais peor que cómo os dejé. Me duché y al salir estabais muertos en el suelo. Os tapé y me fui. —Al entrar al local me acerqué a la barra.

—No sé qué necesito ahora mismo.

—Si quieres te mando al semental para allí. —Vi a Brian sentado con Frank mirando unos papeles—. Tengo a tu ligue de una noche aquí. ¿Quieres probar de nuevo a ver si te gusta o lo devuelves?

—No seas mala conmigo. —Lo dijo lloriqueando.

—¿Qué vas a hacer? —Recogí los cafés de las manos de Alex y los repartí.

—¿En general o con mi vida?

—Con todo.

—Pues no lo sé. Porque no puedo volver a Escocia. Allí no tengo nada que hacer. Ni trabajo ni familia ni perro que me ladre.

—¿Quieres quedarte conmigo una temporada? Ya nos apañaremos. —Se lo propuse sin realmente pensarlo bien.

—¿Puedo?

—¿Puedo echarme para atrás si no han pasado diez segundos?

—Esto no es como la comida en el suelo de una hamburguesería.

—¿Cómo decirte que no si eres mi hermana favorita del mundo? —Sonreí sabiendo que el fin del mundo, al menos el del mío, estaba a punto de llegar.

—Soy tu única hermana.

—Eso no es seguro. Tal vez papá...

—¡Cállate! —Pegó un grito entre carcajadas—. No me hagas pensar en papá de esa manera.

—Llama a Mike, recoge tus cosas e id al piso. Yo estoy demasiado liada hoy... y esta semana... y este mes.

—¿Podríamos comer juntas?

—Pásate por aquí si quieres sobre las dos. A ver si me puedo escapar.

—Te súper quiero. —Me mando un montón de besos excesivamente sonoros.

—Adiós, María. —Me quedé mirando el teléfono preocupada por mi hermana—. A ver cómo lleva todo cuando se despeje.

—Seguro que le has escupido a mi café.

—Te advertí que, si me asustabas de nuevo, te iba a pegar. —Le di un manotazo en el brazo.

—Pegas como una niña, Paris.

—¿Quieres que te pegue otra vez? Si me tocas las pelotas, sacaré la niña del exorcista que llevo dentro. —Le miré levantando las cejas.

—Proposiciones indecentes después de las doce, Paris. —Me guiñó un ojo y le dio un trago al café, dejándose todo un bigote de espuma. Vio cómo se me dibujaba una sonrisa—. ¿Qué tiene tanta gracia?

—Tú. —Le quité con un dedo el bigote—. Eres un caso, Rud.

—Te gusto, te gusto —empezó a canturrearlo—. Te gusto, porque soy se... se... sexy.

Comenzó a hacer un baile tan extraño como divertido. Se pasaba la mano por la cara, por el pecho, moviendo torpemente las caderas, obligándome a agarrarme a la barra del ataque de risa que me dio.

—¿Lo estáis viendo? —Señalé a Rud y Mariola.

—Sí.

—Entre los dos me van a matar.

—De celos. —Mi hermano no apartó la mirada de los dos mientras sonreía—. Te lo advertí, Alex. Que tu mierda no jodiese lo vuestro —me dio una palmada fuerte en la espalda insistiendo—. La has jodido, pero bien.

De repente se abrieron las puertas del local y dos pequeños terremotos entraron corriendo para saltarme encima.

—Tíaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa. —Andrea me dejó sorda, ciega y hasta coja de la patada que me pegó en la espinilla.

—Hola, preciosos. ¿Qué tal estáis? —Les di un montón de besos.

—Nos ha traído Dwayny. —Jason me miraba fijamente.

—¿Dwayny? —Me sorprendió aquel nombre tan ñoño.

—El súper cachas. —Andrea empezó a hacer las mismas posturitas que hacía su tío cuando entrenaba con las pesas.

—¿Estás bien? —Jason tiró de mi mano y le cogí en brazos.

—Claro que sí, mi amor. ¿Tú estás bien?

—Estaba preocupado por ti.

Mi hijo ni siquiera se paró al verme en la puerta. Salió corriendo hasta Mariola para saltar en sus brazos.

—Jason está fascinado.

—Lo sé. —Miré a Mariola y sabía que ella estaba notando mi mirada.

—Hasta a mí me encanta y he hablado con ella poco más de media hora.

—A ti te encanta su hermana, Brian.

—Sin duda. —Frank y yo le miramos sorprendidos.

—No has dudado.

—No, no he dudado, pero las cosas no están en mi mano. María está prometida. No puedo hacer nada. —Agachó la cabeza.

—Claro que puedes. Si crees que puede ser LA CHICA, la mujer que te puede hacer feliz el resto de tu vida, que puede hacer que un día de mierda a su lado sea el mejor día de tu vida, que te haga vibrar como nadie lo ha hecho antes... Está en tu mano, Brian. —Noté la mirada de mi hermano y Frank sobre mí—. ¿Qué?

—¿Me estás dando un consejo así de profundo y tú la acabas de cagar tanto?

—Yo soy de dar consejos, pero no de aplicármelos. Pero le he prometido que voy a ser yo quien le haga feliz siempre, cueste lo que cueste y caiga quien caiga. —A mirar a Mariola y ver cómo jugueteaba con la mano de Jason entre la suya, no pude reprimir una sonrisa.

—¿Cueste lo que cueste?

—Sí. —Yo también lo afirmé sin ningún tipo de duda.

Dwayne entró casi sin respiración. Los niños se miraron y se refugiaron uno en mis brazos y la otra entre mis piernas.

—Pequeñas bestias. Si os digo que me esperéis sin correr... —Los miró simulando algo de enfado—. Hola, señorita Santamaría.

—Hola, Dwayny. —Sonreí.

—Chicos, era nuestro secreto. —Arrancó a Jason de mis brazos y empezó a hacerle cosquillas.

—Ya, pero a Mariola se lo contamos todo. Porque ella es guay. —Jason se bajó de los enormes brazos de Dwayne.

—¿Qué os parece si nosotros nos vamos a un sitio donde no estorbemos mucho y le dejamos a ella trabajar?

Los dos afirmaron con la cabeza y se encaramaron uno a cada pierna de Dwayne. Aunque cuando Jason vio a su padre, corrió a su lado.

—Papi. —Alex le cogió y le dio vueltas.

—Ya pensé que no me ibas a saludar. ¿Qué tal estás?

Mi hijo me miró fijamente y sonrió. Supe al instante que estaba tramando algo.

—Bien. Ahora vamos a dejar a Mariola trabajar, pero luego le vamos a invitar a comer.

—¿Vosotros?

—Sí, pero pagas tú. Yo soy un niño y no tengo tanto dinero. —Levantó las manos.

—Mi sobrino es el más listo del mundo. Invita a dos chicas guapas a comer y le saca la pasta a su padre.

—Ven. —Jason le hizo una señal para que se acercase a él. Quería susurrarle, pero aún no modulaba demasiado bien su tono de voz—. Es que quiero que ellos dos coman juntos.

—Secreto de tío y sobrino. —Brian se pasó los dedos por la boca simulando cerrar una cremallera. Jason se fue corriendo—. Hermanito, este niño nos da mil vueltas a todos.

Después de tres horas de duro trabajo apareció Justin con María. Yo estaba en la parte de arriba terminando de colocar una tela que colgaba hasta el suelo del piso inferior, cuando vi las caras de mi hermana y Brian cuando se vieron. Mierda, allí había más que una simple noche de pasión. No dudaron ni un momento y les dio igual toda la gente que estábamos allí. Comenzaron a caminar el uno hacia el otro, sin pensar en nada, sin pensar en que nosotros les estábamos mirando. Cuando estuvieron en medio del local, uno en frente al otro, se cogieron de las manos y

entrelazando sus dedos.

«Te conocí en la oscuridad y tú me encendiste, me hiciste sentir como si yo fuera suficiente. Bailamos toda la noche, bebimos demasiado».

El DJ estaba haciendo pruebas de sonido e hizo que sonase *Say You Won't Let Go* de James Arthur en el local justo en aquel momento. Todo a su alrededor comenzó a pasar a cámara lenta. Brian miraba a mi hermana con tanta ternura, con tanto cariño que se escapó un suspiro de mi boca. Busqué a Alex y él también estaba negando con la cabeza. Me pilló mirándole y los dos levantamos las manos sin saber que iba a pasar con nuestros hermanos.

—No sabes la envidia que me está dando mi hermana ahora mismo. Brian es... —No podía describirle.

—Sexy, atractivo, potente... —Le tapé la boca y se deshizo de mi mano—. Totalmente follable, como su hermanito.

—¿A ti no te dieron lo tuyo antes de ayer o qué? —Me giré negando con la cabeza.

—Nunca es suficiente.

—Ninfómana.

—Y a mucha honra. —Me abrazó y supe que algo había sucedido—. He pasado por un quiosco y me ha parecido verte en alguna revista.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—Sí, en el quiosco de aquí al lado.

Bajé saltando las escaleras de cinco en cinco y salí corriendo del local sin dejar que Rud reaccionase ante mi huida. Cuando llegué, sofocada e híper ventilando al quiosco, busqué entre todas las revistas que estaba colgadas de aquellas pinzas. Encontré tres revistas con una foto mía en la ambulancia y de Alex a mi lado. Las arranqué de las pinzas, le dejé el dinero al vendedor y volví al local. Rud estaba en la puerta con cara de pocos amigos.

—No vuelvas a salir corriendo.

—Sí, vale. —No le hice ni caso y entré leyendo las revistas.

No comprendía nada de lo que leía. Estaba muy confusa. Según aquellas revistas, Alex y yo habíamos tenido un accidente de coche del que habíamos salido ilesos. No entendía nada. Eché un vistazo y me encontré a Alex hablando con Brian y María. Me encaminé hacia él y algo se olió porque su cara cambió.

—Esa cara de mi hermana la conozco. Es como cuando le estropeé su vestido favorito. —Se llevó las manos al cuello y sonrió—. Te viene una buena, Capitán América.

—Eso parece.

No le dejé hablar. Llegué, le agarré de la camiseta y le arrastré a una esquina.

—¿Me he perdido algo? —Le dejé las revistas en el pecho.

—Al menos lo han respetado. —Empezó a ojearlas.

—¿Cómo que lo han respetado?

—No te quería preocupar con toda esta mierda. He hecho todo lo posible para que no saliera nada de lo que pasó. Tú no eres de este mundo. —Agitó las revistas y las tiró a un cubo que había por allí.

—Tampoco el tuyo. —Levanté los hombros.

—Ahora sí. —Apretó los labios y al fruncir el ceño, le salieron arrugas en la cara.

—¿Qué has hecho?

—Lo que el dinero no compra, una buena entrevista lo hace. Les he ofrecido una exclusiva. Llevan muchos años detrás de mí y así podré controlar lo que publican.

—No entiendo por qué lo haces. —Me miró a los ojos y lo comprendí—. ¿Por mí?

—Como te he dicho, no es tu mundo, no es tu guerra. Son capaces de sacar los más sucios secretos que puedas tener y no quiero que te hagan eso a ti. Quiero que estés a salvo de esos carroñeros. —Me acarició la cara.

—¿Y la mejor manera es ponerte en bandeja de plata para que te devoren? Todo lo que a mí no me has contado, ellos lo pueden sacar a la luz. —Me apartó la mirada y entonces lo supe—. ¿Ya lo saben?

—Que me devoren a mí, que me crucifiquen públicamente, pero que a ti te dejen tranquila.

Se iba a dejar devorar por protegerme. Le abracé tan fuerte que noté su corazón, su aliento y su cuerpo temblando. Alex me dejó abrazarle con fuerza y no me quería separar de él.

Me separé de él sin dejar de mirarle a los ojos. Respiré varias veces antes de separarme de él. No quería desmoronarme allí delante de todos aquellos desconocidos, así que tragué mis sentimientos y le sonreí. Le acaricié la cara, pero no dije nada. Me alejé de él sin dejar de pensar en lo que estaba haciendo por mí. Me di la vuelta y me importó poco quien me estuviese escuchando.

—No dejes que nos destrocen, Alex. Ten mucho cuidado.

Esa frase se quedó grabada en mi cerebro: «No dejes que nos destrocen». ¿Lo había dicho por nosotros por separado o por que no nos destrozasen como posible pareja? No dudé en ningún momento al conceder aquella entrevista, estaba haciéndolo todo por Mariola. No quería que nadie le hiciese daño y menos esos buitres que la podrían despellejar en dos segundos. Por muy dura que pareciese, no quería que tuviese que lidiar con mentiras, falsos secretos y que destrozasen su tranquila vida en la ciudad. Sabía muy bien de lo que hablaba, porque otras muchas veces nos lo habían hecho a nosotros, a mi familia. Pero estaba dispuesto a todo por ella.

Dejé a un lado mis pensamientos y continué ayudando por allí. Brian y María se dedicaron a comerse con los ojos toda la mañana, Rud y Dwayne estuvieron revisando la seguridad del local y jugando con los niños. Y yo ayudé en todo lo que pude, pero mi cabeza estaba en Mariola. Cualquier paso que daba, cualquier movimiento que hacía, yo lo vigilaba.

Sobre las dos de la tarde, todos empezamos a sentir hambre, pero Mariola no paraba ni un segundo.

—Vamos a comer, chicos. —Los niños recogieron sus cosas rápidamente.

—Sí, que ya tenemos hambre.

—Spiderwoman, baja que nos vamos a comer. —Justin le gritó a Mariola que estaba en una escalera colgando algo.

—Ahora mismo voy. Déjame que coloque esto y termino.

—Yo me muero de hambre. —María se frotaba la tripa.

—Id vosotros que no tardo. Id a Galli que Mike ya tiene la mesa preparada. —Se puso de puntillas en la escalera.

—Tengo más hambre que Jesucristo en la cruz. —Rud lo dijo en su perfecto castellano.

Se subió a la escalera, la cogió por las piernas, se la echó al hombro y salió del local. Ninguno dijo ni una sola palabra, me miraron y acto seguido empezaron a reírse de mí, de la cara de gilipollas amargado que ponía cuando Rud estaba cerca de Mariola. Les miré uno por uno, bajaron la mirada y empezaron a salir del local. Al menos mi mirada fulminante seguía funcionando.

Mi hermano y María se dedicaron a tontear durante toda la comida. En la vida le había

visto así con una mujer. ¿Qué nos daban las hermanas Santamaría a los hermanos McArddle?

Mariola comenzó a removerse en su asiento, poniendo los ojos en blanco y rebuscando en el bolsillo de su pantalón. Escuché aquel sonido terrible que salía de su teléfono. No había parado de sonar ni un solo momento en toda la mañana y eso que yo estaba acostumbrado a estar colgado del teléfono todo el día, pero lo de Mariola sobrepasaba cualquiera de mis días. Tenía todo absolutamente controlado sobre todos los proyectos que llevaba. Al sacar el teléfono se llevó la mano a los labios y tenía cara de estar pensando si se le había pasado algo por alto.

—Perdón, chicos, tengo que contestar. —Salió a la calle.

—No le dejan ni comer tranquila. Tendrían que subirle el sueldo. —María engullía otro trozo de carne a la barbacoa sin pudor.

—Como comas así todo. —Justin bromeó.

—Yo a todo le pongo mucha pasión, cariño. —Abrió la boca y se metió otro trozo de carne de forma muy lasciva.

—¿Qué pasaba antes, Alex? —Frank, que estaba a mi lado sentado, me preguntó en voz baja.

—Las revistas han sacado imágenes de Mariola en la ambulancia. He intentado por todos los medios pararlo, pero ha sido imposible. Les he concedido una entrevista en persona a la editorial.

—Te van a devorar. —Frank no lo comprendía.

—Ya lo sé, pero mientras a ella la dejen tranquila, me da igual. —Levanté los hombros negando con la cabeza.

—¿Crees que tienen algo más?

—Lo tengo claro. Ellos siempre tienen algo o si no se lo inventan. —Me pasé las manos por la cara—. Creo que esta mierda nos va a salpicar a todos. Nadie va a quedar fuera si no lo hago bien. Mi hermano, Vivian y... —No quise continuar nombrando a más personas.

—Vivian puede defenderse sola.

Frank y ella tenían una relación cordial, pero no le gustaban muchas cosas que había hecho en el pasado.

—Sí, aún quedan cosas por rematar, pero todo está bastante encaminado, aunque no estoy tranquila.

—No debes estar nerviosa.

—¿Cómo no me voy a poner nerviosa, Linda? Es lo primero que hago totalmente sola de estas dimensiones. Además, son amigos y ya sé que confiáis en mí, no hace falta que me lo digas, pero es difícil.

—Entonces... quería comentarte que este viernes será la fiesta. La semana que viene es imposible...

Pegué tal grito en medio de la calle, que la mitad de los transeúntes se giraron pensando que Godzilla estaba arrasando de nuevo la ciudad.

—¿Viernes?

—Frank me ha pedido adelantarla y...

Mientras Linda me contaba el por qué, yo golpeé la cristalera que daba a nuestra mesa y Justin se giró poniendo cara de besugo. Señalé a Frank y este le avisó. Les hice a los dos un gesto muy, muy, pero que muy feo, que comprendieron al segundo. María, que también me estaba mirando, les señaló y empezó a reírse con la cara llena de salsa.

—Y no podremos estar en la fiesta ya que tenemos una reunión muy importante en Los Ángeles.

—Genial. No estáis, se adelanta la fiesta... Cojonudo.

—Y te quedas a cargo de la empresa.

—No me jodas, Linda. Pídeselo a otra persona.

—No, niña, no. —Escuché a Michael por detrás.

—Por favor. —Paseé por la acera revolviéndome el pelo y resoplando—. Si volvéis del viaje y he muerto, mi fantasma os rondará para daros por culo.

—Me encanta cuando me hablas así de mal.

—Es una amenaza.

—Lo sé, Mariola, pero como sé que lo harás muy bien, no te vas a morir.

Fui hasta el quiosco en el que había comprado las revistas y le pedí un paquete de tabaco. Era un momento perfecto para fumar uno y tratar de despejar la mente.

Cuando entré de nuevo en el restaurante Frank intentó apaciguarme.

—Quería preguntarle primero a Linda si era posible, antes de agobiarte a ti.

—Es mi cuenta, sois mi cuenta. —Sabía que tenía los ojos inyectados en sangre como una loca.

—Lo sé y lo siento. Tenía que habértelo consultado.

—Te avisé que se iba a enfadar. Con Mariola siempre es mejor ir de frente, aunque vayas a joderla.

—¿Sabéis lo que os digo? Que me marcho a trabajar, porque si queréis una gran inauguración este viernes —señalé a los dos enajenada—, aquello no se hace solo.

Salí del restaurante con un paquete de *grisinni*^[28] de parmesano y orégano que hacía Mike caseros en la mano. Aquello iba a ser mi comida.

—Madre mía, la tenéis muy estresada. Necesita follar un poco para liberar ese estrés retenido que tiene. —María seguía comiendo.

—Tienes el mismo problema que tu hermana. —Frank negaba con la cabeza mientras se reía.

—¿Cuál?

—No podéis guardaros nada dentro y soltáis todo como os viene a la cabeza. —Negué con la cabeza mientras María me miraba desafiante.

—El problema es de aquellos que no dicen lo que de verdad piensan o sienten. Como dice mi hermana: es mejor actuar y pedir perdón, a no actuar y arrepentirse. —Levantó una ceja y frunció los labios, al igual que hacía Mariola y continuó comiendo.

—¿Tú dónde demonios metes lo que comes? —Justin le preguntó boquiabierto.

—Tengo un cuerpo muy, pero que muy agradecido. Genética Santamaría. —Chasqueó la lengua y sonrió.

Fue la tarde más larga de toda mi vida, pero creo que la más fructífera. No pude terminar todos los detalles, pero casi todas las cosas importantes estaban ya en el local o las tenía que recoger al día siguiente. Eran más de las ocho de la tarde y ya no quedaba ningún obrero allí.

Estaba comprobando que los marcos de las fotografías estuviesen rectos y me fijé más en ellas. Algunas me las había mandado Adriana desde Lastres. Ella, como buena amante del arte, tenía ese don para la fotografía. Las imágenes más representativas de Venecia eran de ella, otras eran las que saqué yo con aquella cámara que le pedimos a uno de los chicos con los que estaba saliendo Adriana. Fue un viaje muy divertido y lleno de experiencias inolvidables.

—Son impresionantes. Esta es la parte que más me gusta de todo el local. Estás haciendo un trabajo magnífico, Mariola. —Alex me sorprendió por detrás.

—Gracias. —No le quité ojo a las fotos.

—Captan la esencia de Venecia. —Se acercó a una de ellas y la señaló—. ¿De dónde las has sacado?

—Son más y de una amiga. De uno de los viajes que hicimos, cuando todo era menos

complicado.

—¿Por qué no vas a casa y descansas? Llevas aquí metida todo el día.

—¿Brian y María?

—Se han ido con los niños al cine hace un buen rato.

—¿Dónde está mi querido guardaespaldas? —Lo dije con mucha ironía.

—Le he mandado a casa. Solo quedo yo. —Levantó los brazos como si quisiera abarcar todo.

—Alex, no creo que sea...

—No vas a ir a casa sola. —Negó con la cabeza—. Pienso asegurarme de que cenas algo, ya que solo has comido el *bagel* y unos *grisinni* que han terminado devorando los niños. Mis tortitas es lo último decente que te has llevado a la boca.

Entrecerré los ojos porque aquella frase me daba pie, mucho pie, a contestar algo muy guarro, pero opté por esconder la sonrisa y negar con la cabeza.

—He picado algo más.

—Mentirosa. —Ladeó su cabeza y me empujó para bajar las escaleras—. Vamos a comprar algo y me aseguraré de que cenas.

Salimos del local y me extrañó que Dwayne no nos estuviese siguiendo. Alex debió de notar que le buscaba con mi mirada mientras caminábamos hasta el piso.

—No te pasará nada estando conmigo.

Me dejó en casa asegurándose de que todo estaba bien y bajó a por algo a una tienda cercana. Aproveché que se había llevado mis llaves para desnudarme, poner música y meterme en la ducha.

Debí de estar un buen rato en la ducha porque me empezó a venir un olor de la cocina absolutamente maravilloso. Salí de la ducha y me coloqué un vestido veraniego encima.

Salí al salón revisando unos mensajes que había recibido y cuando llegué salí a la cocina me lo encontré cocinando. Cerré los ojos y abrí uno muy despacio, temiendo que fuera mi imaginación, pero no. Alex estaba preparándose la cena y no precisamente sacando de cajas de cartón algo de comida.

—Esto debe ser efecto del alcohol de ayer. —Me senté en un taburete.

—¿El qué? —Me miró mientras se limpiaba las manos en un trapo.

—Pues que me estés cocinando. Eres de los pocos que me ha cocinado. —Obvié el dato de que Ryan también lo había hecho.

—Una pena no ser el primero —sonrió y me besó en la frente tratando de hacer aquel momento algo normal—, pero seré el último.

La música que había puesto para ducharme seguía sonando. Era el disco en directo de una cantante italiana.

«Y llegará, el sabor del beso más dulce y un abrazo que te calentará. Llegará mi piel para curar tus antojos^[29]».

Sonreí y subí para preparar la mesa para dos. Al bajar de nuevo a la cocina, busqué unos platos y de reojo le veía desenvolverse a la perfección en la cocina. Estaba preparando un plato de pasta, creo que *linguine all'a amatriciana*. Me apoyé en el marco de la puerta observándole. Se había arremangado la camisa blanca. ¿Había algún hombre en el planeta al que le quedase mejor una camisa blanca? Me pilló mirándole mientras me pasaba los dedos por los labios.

—No es la primera vez que se lo preparas a una chica.

—La primera no, pero sí a la última que se lo haga.

—Seremos amigos, pero no trates de camelarme, porque con un plato de pasta soy demasiado fácil.

—Eres de todo menos fácil.

Me dio una botella de vino que acababa de sacar de la nevera y me empujó fuera de la cocina. Terminé de preparar todo y resonaron en mi cabeza sus palabras en la cafetería de aquella mañana: «No te lo estoy prometiendo. Te lo estoy asegurando».

Subí a la azotea con la cazuela de pasta y el queso. Mariola estaba con una copa de vino mirando la ciudad. Tenía una mano sobre su brazo derecho mientras ladeaba la cabeza. Se frotó la nuca y el vestido se movió con una ligera brisa, dejando ver sus impresionantes piernas. Al escuchar la cazuela sobre la mesa, se dio la vuelta. Estaba cansada, agotada diría yo.

—Espero que te guste.

—Huele bien. —Se sentó en la mesa y serví los platos.

No dijo nada mientras echaba queso parmesano por encima, como tampoco dijo una sola palabra mientras comía la pasta.

—Ni Mike la hace así. ¿Dónde has aprendido?

—Estuve en Italia hace muchos años estudiando durante un verano. Me alojaba con la típica familia italiana y la mamma me enseñó a hacer esta receta.

—Pues te has salido. Del planeta, de la órbita y del universo. —Puso su mano en alto para que se la chocase.

—Gracias. —Le choqué la mano sonriendo.

—Italia. Que ganas tengo de volver. Esas playas de la costa amalfitana, sus olores, su gente... —Apoyó la cabeza en una mano y suspiró como una quinceañera enamorada.

—Yo también tengo ganas de volver.

Media hora después, junto con la botella de vino al completo, terminamos de cenar.

—Bueno, tú has hecho la cena, yo me encargo del café.

Se levantó y al ir a recoger mi plato me rozó el brazo. Su olor y su roce me hicieron estremecer. Quería quitarle los platos y besarla. Pero no quise hacer ningún movimiento brusco que echase a perder la fantástica cena que estábamos teniendo.

—Si quieres lo tomamos en el sofá, parece que empieza a refrescar aquí arriba.

Recogimos la mesa y tras meter los platos en el lavavajillas y recoger la cocina, me senté en el sofá y noté nervios en el estómago. No sé qué provocaba en mí la señorita Santamaría, pero me mataba por dentro cada vez que estábamos a solas.

—El café. —Dejó la bandeja en la mesa del salón.

Se sentó en el sofá a mi lado y sirvió el café. Su mano volvió a rozar la mía y otra vez las mariposas del estómago volvieron a revolotear como idiotas. Pero ¿de qué estaba hablando? Nunca había tenido ni mariposas ni murciélagos en el estómago. Pero con Mariola todo era diferente.

—¿Te apetece ver una película o tienes prisa?

—En ningún sitio estaría mejor que aquí.

Empezó a buscar en la televisión pasando por todos los canales.

—Peli de terror, me niego. Bastante terror tengo ya en mi vida. —Iba haciendo comentarios divertidos de todas las películas que iban saltando—. Comedia romántica, perfecta. La boda de mi novia.

No me gustó demasiado aquel título. Se me debió dibujar cara de angustia porque por mi cabeza me pasó una imagen a cámara lenta de Mariola vestida de novia, yendo hacia el altar, donde le esperaba Ryan con su traje.

—Sé que es ñoña, pero me encanta. —Le miré y vi que tenía cara de susto—. Si quieres pongo una de acción.

—No, me parece perfecta.

Sonrió y se puso cómodo en el sofá tras beberse el café. Se quitó los zapatos y colocó los pies sobre la mesa tras poner uno de los cojines. Yo subí las piernas en el sofá y apoyé la cabeza en el respaldo cerca de Alex. Mientras nos iban contando su historia, yo me iba acercando sin darme cuenta a Alex, hasta terminar con mi cabeza apoyada en su hombro y su brazo sobre mí.

Al terminar la película me pilló limpiándome alguna lagrimilla furtiva.

—Siempre lloro con estas películas.

—Es mejor llorar por eso que por la realidad. —Me vio bostezar—. Hora de descansar, Mariola.

—Me mata la espalda. Voy a por un antiinflamatorio.

—Vete a la habitación que te doy un masaje. —Me agarró por detrás y me llevó hasta la habitación.

—En el baño tengo aceite para masajes, al lado de las cremas. —Fue al baño y me empecé a desnudar.

—¿Es ésta? —Salió y al verme quitándome la ropa, se le cayó el bote al suelo—. Perdón—. Se tapó los ojos.

—Ya me has visto desnuda antes, Alex. ¿Ahora vas a tener vergüenza? —Traté de sacarle los colores.

—Yo... ya... pero... —Se puso muy nervioso y trató de recoger el bote sin mirar.

—No creo que no haya nada nuevo. —Me tumbé boca abajo en la cama, pero no pude evitar reírme—. Estoy tumbada en bragas en la cama. ¿Demasiado incómodo?

—Te encanta hacerme esto, ¿verdad?

—De vez en cuando sale mi demonio interior y hace de las suyas.

Noté que se había sentado por el peso que se venció a un lado de la cama. Oí el clic del bote de aceite abriéndose y supuse que se echó aceite en las manos y se las frotó. Noté sus manos nerviosas acariciando mi espalda, subiendo y bajándolas con firmeza. Lo que se suponía que era o debía de ser relajante, mi cerebro lo intensificó y estaban siendo los preliminares para algo más. Alex se autoimpuso los límites.

—¿Dónde te duele?

—En la parte de debajo de la espalda, el culo y baja por la pierna hasta abajo.

—Si te sientes incómoda dímelo y paro.

—No te preocupes.

—Te ha salido un moratón de un color un poco indefinible. —Aprovechó que llevaba unas bragas brasileñas y el moratón debía estar fuera de lo que la tela cubría. Pasó su mano por encima y se me puso la piel de gallina.

—Mañana estará peor.

—Espero quitarte el dolor y ayudarte a que te relajes y duermas bien.

Sus manos recorrieron mis piernas, la espalda, los brazos durante más de media hora, hasta terminar dándome un masaje en la cabeza que me dejó k.o.

Se relajó tanto que se quedó dormida. La arropé y me quedé unos minutos observándola. Me senté en un pequeño sillón que estaba en su habitación, esperando a que Mike o Justin llegasen a casa, ya que María estaba durmiendo en mi casa con Andrea. Contesté a un par de correos y encontré uno de la editorial, que me recordaba que teníamos que cerrar una fecha para la

entrevista. Respiré profundamente, conteniendo las ganas de lanzar el teléfono contra la pared y Mariola se removió en la cama, como si mis pensamientos le atormentasen en sueños. Me quedé en silencio unos segundos hasta que su respiración se relajó de nuevo.

Los famosos cheques que nos hicieron daño años atrás amenazaban con volver a hacerlo, pero esta vez destrozando a muchas más personas. Mi padre se encargó de que nuestra familia se separase y nos dejásemos de hablar con mi madre. Mi hermano había retomado el contacto con los dos. Es que no entraba en mi cabeza cómo había podido volver a hablar con mi padre, el hombre que le echó de su casa, que le dejó en la calle y juró desheredarle por no apoyarle en sus negocios. Comprendía por qué quiso volver a hablar con mi madre, ella había estado sometida toda la vida a mi padre, a la sombra del gran magnate de los negocios. Llevaba años sin verla, desde que decidió poner miles de kilómetros de por medio. Por la extraña relación que nuestro padre mantuvo con nosotros de pequeños, que nos trató como objetos a los que exhibía cuando íbamos a aquellas fiestas, por todo aquello me desvivía por Jason. No quería decepcionarle de ninguna manera, aunque muchas veces la cagaba con él.

Cuando Mike llegó a las doce y media, me fui a casa.

El masaje de Alex me llevó al cielo y me desperté al día siguiente como nueva. Le iba a obligar a hacérmelo todas las noches. Una buena cena, una botella de vino, película y masaje. Sí, seguro que eso lo podrían llegar a recetar los médicos como remedio contra todos los males. Cinco piezas de Alex al día para sentirte sana y feliz. Aunque le añadiría un poco de sexo del bueno para ya ponerle un lazo a la felicidad. Sonreí recordando que él me contestó lo mismo sobre mí, que necesitaba cinco dosis más al día.

Pasé volando por la cocina a las seis menos cuarto y no había nadie despierto aún. Me preparé un café para llevar y bajé corriendo a buscar un taxi. Llegué a la oficina y todo estaba en silencio. Adoraba llegar a trabajar temprano, cuando los gritos de mis compañeros no me alteraban y cuando me dejaban poner música y trabajar tranquila. En cuanto encendí mi ordenador y fui a por unas muestras de telas recordé que estaba a cargo de la oficina. En menos de una hora tendría a un montón de gente en la puerta pidiendo cosas, dejándome pilas de papeles a los que tendría que dar el visto bueno. Así es como sucedió. Todos, absolutamente todos necesitaban lo que me iban dejando en la mesa para el día siguiente. Necesitaban que les diese visto bueno a presupuestos, revisar contratos de locales, entrevistas a nuevos trabajadores externos, nuevos diseños... Tantas cosas que estuve a punto de arrancarme las orejas para dejar de escucharlos a todos.

—Se acabó. —Salí al pasillo—. Quién necesite que revise algo para mañana tiene dos minutos antes de que desaparezca de la oficina. Y si es muy urgente, que me lo mande por correo.

Recogí las carpetas que habían tapado toda mi mesa y Scott, que estaba en la puerta de mi despacho recogiendo lo que le entregaban en el último momento, me puso en la montaña otras diez carpetas.

—Scott... si mañana no me ves, es que me he fugado. Me voy al local. Tengo una reunión allí a las dos. Necesito que te quedes aquí y organices la fiesta de cumpleaños de la hija de los MCoy. Queda pendiente cerrar con ellos el catering y la prueba de las tartas, que es esta tarde aquí en la sala grande. —Me fui al ascensor—. Vendrán sobre las tres y media con las muestras. Si llegan antes que los MCoy, mételas en la nevera del office.

—Tranquila, que si hay fuego yo te llamo.

—Si hay fuego —apreté el botón del ascensor indignada—, lo apagas.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor me encontré con Rud y dos cafés enormes de Starbucks.

—Ya te echaba de menos. Buenos días.

—Mariola. —Me ofreció uno de los cafés y me quitó las carpetas de las manos

—¿A dónde tenemos que ir hoy? —Bajamos en el ascensor y nos acercamos al aparcamiento donde Ryan había dejado el coche.

—Al local. —Me monté en el asiento del copiloto cuando llegamos al coche—. Tengo el día de cojones. Repasar todas esas carpetas para mañana sin falta, ir a por el disfraz, hacer las entrevistas... —Apoyé la cabeza en el respaldo cuando me monté en el coche.

—Pan comido para ti, nena. —Me guiñó un ojo.

Había recibido un par de llamadas desde España, pero no tuve ni un segundo para cogerlas. Supuse que sería mi madre. Tenía que buscar un hueco para llamarla y contarle todo lo que estaba pasando. Seguro que ya se había enterado por la borrachera de mi hermana que había roto su compromiso. Me llamaba para pedirme a mí explicaciones y echarme la bronca por no haber sabido cuidar de mi hermana mayor en Nueva York, la ciudad del pecado según ella.

A las dos de la tarde mandé a Rud a por algo de comer al restaurante de Mike mientras yo me quedaba en el local, pero aproveché su ausencia para ir corriendo a recoger mi disfraz. Cuando Rud volviese y se diera cuenta de que me había fugado de nuevo, le iba a dar un ataque. El lugar donde los estábamos guardando estaba muy cerca de allí, así que no me lo pensé dos veces.

Al llegar comprobé que quedaban muy pocos disfraces, lo que significaba que la fiesta iba a estar hasta arriba. El mío estaba reservado desde que hice el pedido. Era maravilloso, recién sacado del mejor carnaval veneciano. Al ver el corpiño que llevaba me di cuenta de que iba a necesitar ayuda para meter a mis dos amigas allí dentro. Aproveché para recoger la lista de invitados con cada traje que habían elegido. Así sería más fácil saber quién era cada uno de ellos.

Bajé con una bolsa gigante que tenía que levantar por encima de mi cabeza para no arrastrarlo. No estaba a más de cinco manzanas del local, pero era complicado andar con aquella bolsa entre la cantidad de gente que había a aquella hora en el Soho. Traté de parar un taxi, pero no pasó ninguno vacío. La calle estaba abarrotada de gente, personas que estaban de compras, hablando o esperando a cruzar la acera.

De repente noté como si toda la ciudad me estuviese observando, pero al girarme no había nadie haciéndolo. Unos escalofríos horribles comenzaron a sacudir mi cuerpo. Los de aquel tipo solo había una persona capaz de provocármelos: Jonathan estaba cerca, muy cerca. Respiré varias veces tratando de controlar la ansiedad que estaba empezando a comerme por dentro. Entre tantísima gente no podía verle, pero sabía perfectamente que estaba allí, escondido entre todos aquellos desconocidos, observándome, siguiendo cada paso que daba, siempre sabiendo dónde estaba.

La gente pasaba muy cerca de mí, demasiado cerca. Tenía ganas de gritar, de salir corriendo, pero el miedo me dejó inmóvil. Alguien me rozó la espalda con la mano, una persona a la que no pude ver. El rastro que me dejó en la piel quemaba, me abrasaba. Al reaccionar y mirarle, solo pude ver a una persona caminando de espaldas con una gorra negra. Antes de perderse entre la multitud, se giró y vi su perversa sonrisa. Jonathan estuvo a escasos centímetros de mí y no pude darme cuenta hasta que ya era demasiado tarde. Me costaba respirar, me pesaba la cabeza y mi mirada se perdió en las personas entre las que se coló Jonathan para desaparecer. Solté la bolsa del disfraz, mi móvil y el bolso. No podía moverme y la cabeza empezó a darme vueltas y de nuevo noté una mano en mi brazo. Me giré aterrada y media calle se giró para mirarme.

—Ni se te ocurra hacer esto de nuevo, Mariola. Que no se te pase por la cabeza que vamos a jugar al guardaespaldas de la niña rica que desaparece cuando se le pone en los cojones.

—Lo siento, siento haberme ido sin avisarte. —Me abraza fuertemente a él—. No lo volveré a hacer. Lo siento. —Apreté mi cuerpo contra el suyo.

—¿Qué ha pasado? —Me agarró de la cara para que le mirase y el gesto de enfado de su cara pasó a ser de preocupación.

—¿Por qué parece tener el derecho a hacerme sentir miedo? No quiero vivir así. —Sonó un mensaje en mi móvil. Me agaché para recogerlo del suelo—. ¿Cuándo terminará esto?

—¿Qué ocurre? —Leyó en alto el mensaje al mostrárselo—. «*Él tampoco podrá protegerte para siempre. En algún momento estarás sola y nos volveremos a ver cara a cara, volveré a sentir tu cuerpo temblando bajo el mío. Siempre serás mía, Mariola. Pase el tiempo que pase o te tires a los tíos que te tires. No habrá nunca nadie más que yo*». —Negó varias veces incrédulo con la cabeza y lo releyó por segunda vez en silencio—. ¿Qué cojones es esto?

—Este es mi equipaje, esto es por lo que te han contratado. Siempre está un paso por delante de mí. —La angustia que sentía explotó en lágrimas.

—Mariola. —Me abrazó mucho más fuerte—. Nadie se va a acercar a ti a menos que tú se lo permitas. Ni este tipo ni nadie que te vaya a hacer daño. Para eso estoy yo aquí. —Me besó en la cabeza—. Te prometo que mientras yo esté a tu lado, nadie se atreverá a hacerte daño, pero tienes que prometerme que no volverás a fugarte. Prométemelo.

Afirmé con la cabeza porque no me salían las palabras. Al mirarle a los ojos vi que decía la verdad, que estaba para protegerme de todo lo malo que Jonathan tratase de hacerme. Recogió la bolsa de mi disfraz y mi bolso.

—Te llevo a casa.

—No puedo, Rud. Tengo que volver al local. Tengo un montón de cosas que hacer esta tarde.

—Mariola. —Controló lo que iba a salir de su boca—. Necesitas despejarte de todo lo que acaba de pasarte.

—Necesito ir al local. Trabajar es justo la terapia necesaria para olvidarme de esta mierda.

No dijo nada más y fuimos hasta el local en un taxi que Rud se encargó de parar.

El resto de aquel día transcurrió como el resto de la semana. Mucho trabajo, pocas horas de sueño, muchas cosas acumuladas en mi cabeza, pocas salidas sociales, pocos amigos y casi ninguna hermana. Rud estuvo especialmente alerta toda la semana. A cada persona que entraba en el local cuando estábamos allí, le hacía un examen exhaustivo y casi les pedía la talla de ropa interior. Su actitud conmigo había cambiado. No sabía por qué había sido, pero estaba muchísimo más atento y sus pullitas habían disminuido bastante. La verdad es que las echaba de menos. Se había convertido en una versión muy sosa del Rud que me gustaba.

Por fin llegó el viernes, el gran día de la inauguración del local. Aquella mañana solamente estábamos pendientes de colocar el cartel y que trajesen todo el *merchandising* con el nombre del local. Justin y Frank lo tuvieron en máximo secreto durante la semana. Se llamaba Silk, así rezaba el gran cartel que colocaron sobre la puerta de la entrada unas horas antes de la inauguración. Justin me había contado el significado que tenía, pero la verdad es que no le hice mucho caso. No hice mucho caso a nadie aquella semana. Creo que hasta un día mandé a freír espárragos a mi hermana y a Brian. Me estaban volviendo loca con sus continuas sesiones de besos y lo que no eran besos en el sofá de casa.

Me gané la ducha de aquella tarde y la posterior siesta que me iba a meter entre pecho y espalda antes de la fiesta. Después del baño me lancé a la cama y caí como un tronco en menos de dos minutos. La alarma de las cinco de la tarde me despertó, pero me costó un triunfo levantarme. Me fui a la cocina a buscar alguna bebida energética de Mike en la nevera y me encontré a un Justin atacado.

—Buenas tardes, guapo. —Le besé.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila?

—Porque mi cuerpo funciona por inercia, estoy más muerta que viva. —Abrí una lata que contenía un líquido con un sabor indescriptible con burbujas.

—¿Has comido algo decente esta semana? —Me miró de arriba abajo.

—Café, café, café, bebida energética y creo que alguna barrita de estas que come Mike. No he tenido tiempo de más.

—Necesitas llevarte algo decente a la boca, nena.

—Sí, a ser posible de metro noventa y moreno.

—¿Ryan o Alex? —Lo preguntó muy divertido. Sabía que cuando estaba tan cansada respondía aún más rápido lo que pensaba.

—No voy a picar, Jus. Ahora me visto y me voy que tengo que recoger todo para llevar allí y prepararme. A las seis estará por allí el maquillador y el peluquero para prepararnos.

—Estoy acojonado. —Le dio por mirar el reloj de la cocina—. Y estamos jodidos porque llegamos tarde.

Saltamos los dos de las sillas para recoger todo. Parecíamos recién sacados de una comedia en blanco y negro. Corríamos por casa cogiendo las cosas, nos chocábamos y nos tirábamos las cosas para llevárnoslas.

Media hora después estábamos entrando en el local como dos locas entrando en *Marks & Spencer* el primer día de rebajas. El equipo de trabajo ya estaba listo y solo faltábamos nosotros por prepararnos.

—Lo siento. Lo siento. Lo siento. —Tiré todo lo que tenía encima de las manos sobre un sillón y me senté en unas sillas que estaban preparadas para maquillarnos.

—Si llegáis un poco más tarde, acabas en bragas delante de los invitados. —Wen ya me estaba cepillando el pelo para esconderlo debajo de una peluca—. Aunque no será la primera vez que vas en bragas a una fiesta. Aún recuerdo a la fuiste de Wonder Woman.

—Coño, ella va en bragas.

—Te di la opción de ponerte unas mallas metalizadas azules. —Wen tiró de mi pelo para atrás para que le mirase.

—Pero era verano y creo que llamaba más la atención aquel corsé con el que mis tetas saludaban solas, que las bragas con las que se me veía medio culo.

—Lo que te gusta a ti un espectáculo.

—Mi cuerpo no está para ocultarlo.

—Eres única.

—Menos mal que no hay más como yo o el mundo acabaría loco y extinguiéndose.

—¿Dejáis de rajar? —Justin se sentó a mi lado—. Tenemos un poco de prisa.

Todo el equipo se puso manos a la obra para prepararnos lo antes posible. El maquillaje blanco que me estaban poniendo como base, se me metía en la boca constantemente y Wen seguía con los tirones de pelo. Se pensaba que era una de esas muñecas a las que les crecía el pelo cuando se lo estirabas. Cada vez que me quejaba Wen me daba un brochazo en la cara, metiéndome los pelos en la boca y diciéndome que o me callaba o me metería algo más grande y duro en la boca.

A falta de diez minutos para que se abriesen las puertas ya estábamos maquillados y con las pelucas.

—Espero que con el disfraz no parezca la niña del exorcista en el siglo XVII. —Me acerqué al espejo—. Al menos Wen me han tapado las ojeras.

Justin se encargó de atarme el corsé y cuando nos pusimos de nuevo frente al espejo, y vimos el

resultado final, no pudimos decir nada.

—Mariola, estás impresionante. —Justin me miró de arriba abajo.

—Tú sí que estás guapo, Jus. —Le abracé—. La fiesta va a dar mucho que hablar y verás cómo mañana todo el mundo querrá hacer cola para entrar aquí. —Me removí incómoda dentro del traje—. No sé yo si no reventaré esta noche.

Empezaron a llegar los invitados y todo transcurría tal y como lo habíamos planeado. Los invitados hablaban y bailaban, comían todo lo que había preparado Mike y estaban encantados. La fiesta iba sobre ruedas y yo empecé a relajarme.

—Muchísimas gracias por todo, Mariola. No tenía ninguna duda de que ibas a organizar una buena fiesta, pero no una tan increíble como esta.

Busqué a Alex en la fiesta, sabía que iba a estar allí, no podía faltar, pero no le encontré. Subí a la parte de arriba para poder tener una mejor visión y, entre otras muchas cosas, poder descansar un poco y tomarme una copa tranquilamente.

No me despegué en toda la noche del móvil por si había algún problema y sobre las once de la noche comenzó a sonar.

—¿Sí?

—No has venido a verme, preciosa. —La voz de Ryan siempre me tranquilizaba.

—Lo siento, Ryan. Fustígame la próxima vez que nos veamos. —Me quedé unos segundos pensando. Se suponía que Ryan tenía que estar ya en Colombia.

—No me des ideas, Mariola. Con ese corsé...

—Ryan. —Miré en la parte de abajo, pero no pude reconocerle entre los invitados—. ¿Quién te ha invitado?

—Tu hermana María con ayuda de tu ayudante por lo que parece. Pensé que sabrías que venía hoy. Si hay algún problema...

—No, me alegro de ver caras conocidas hoy, bueno —me reí unos segundos—, ya me entiendes. ¿Tú no se supone que deberías estar en Colombia?

—Se ha pospuesto hasta la semana que viene. Así que pensé que verte hoy era una muy buena forma de despedirnos. Si no le importa al gran hombre de negocios.

Me quedé pensando unos segundos. No se merecía ni una verdad a medias ni una mentira. Yo no era de las personas que encubrían sus actos, pero Ryan no se merecía ninguna de las dos cosas.

—Si me dejas invitarte a una copa, me podré despedir de ti en condiciones.

—Tendrás que encontrarme, Mariola.

Colgó el teléfono y continué observando la fiesta. No reconocí a Ryan entre aquellos invitados. Justin me hacía señales desde la barra para que bajase y en cinco minutos me uní a su fiesta particular de chupitos.

—El tema de las pelucas moradas te va a terminar engancho. —Wen me ofreció un chupito rojo—. Me acabarás haciendo caso y dejando que te tiña el pelo de ese color.

—Algunos clientes ya me tienen miedo. Si me ven con el pelo morado, se cagan.

Mientras Justin y Wen charlaban, yo comencé a notar una mirada clavada en mí. Disimuladamente observé a mi alrededor mientras pedía tres copas, pero no encontré a nadie que me estuviese mirando. Negué con la cabeza pensando en que el cansancio me estaba jugando una mala pasada, pero a los segundos de nuevo noté aquella intensa mirada que me estaba abrasando, pero no me hacía sentir incómoda.

—¿Estás bien? —Justin me notó rara.

—Sí.

El DJ puso la canción de Adele que siempre me recordaba a la despedida de mi hermana en

España hacía ocho años: *Make you feel my love*.

Cerré unos instantes los ojos y al abrirlos, delante de mí, tenía a un hombre invitándome a bailar, con un gesto del siglo XVII: una reverencia y una mano tendida en el aire delante de mí. Entrecerré los ojos tratando de reconocer algo en él, pero de aquella manera era imposible. Le di la mano y me llevó hasta donde otros invitados estaban bailando. Las luces se habían atenuado y el ambiente era mucho más íntimo.

Su mano se situó en mi espalda, en la parte baja y me pegó a su cuerpo. Al principio pensé que podía ser Ryan o incluso Alex, pero llevaba una máscara dorada que no me dejaba verle bien. Pero el disfraz sí que lo reconocí, era el de Giacomo Casanova, disfraz que no estaba en la lista de los que nos prestaron para la fiesta. Repasé mentalmente a todos los invitados y ninguno lo llevaba. No sabía quién era aquel hombre, pero tal vez era lo que necesitaba, olvidarme de todo y dejarme llevar. Pude ver a María y Justin sonriéndome mientras bailaban cerca de nosotros, tratando de averiguar quién era el hombre con el que estaba bailando.

Cerré los ojos por un instante, me dejé guiar por sus manos y me sentí... ¿atraída por un desconocido? Sí, yo había cometido muchas locuras sin pensar demasiado en mis actos. Solo había que ver a mi exnovio psicópata.

Ni si quiera me di cuenta de que la canción había terminado y a nuestro alrededor los invitados se movían a otro son. Yo seguía con la letra de Adele en la cabeza: «*Te podría abrazar durante un millón de años, para hacerte sentir mi amor*».

Puso su mano sobre mi espalda, justo en la parte que el corsé dejaba al descubierto y cogió dos copas de champán a un camarero, ofreciéndome una de ellas. Acepté con la cabeza sin decir nada más y continué escrutándole. Aquella máscara no me dejaba ver bien sus ojos y su boca también estaba oculta tras ella. Él no decía nada y yo sentía que no tenía nada que decir. A los segundos vi a Justin haciéndome señas desde la parte de arriba angustiado.

—Tengo que subir un momento a la parte de arriba. —De su boca no salió ni una palabra—. Si me disculpas. —Le sonreí y el afirmó con la cabeza—. No sé si no va a salir alguna palabra de tu boca esta noche, pero si es así, espero que sea para pedirme otro baile. —Volvió a afirmar con la cabeza y supuse que en su cara se estaba dibujando una sonrisa o al menos es lo que quise imaginar.

Subí sorteando a varios invitados y Justin estaba apoyado en la barandilla, a mitad de la escalera, con dos copas de champán en la mano.

—¿Quién es?

—No lo sé. —Al mirar abajo, nuestras miradas se encontraron. Estaba en la barra apoyado mirándome.

—Aprovéchalo. Necesitas sacarte tanto a Alex como a Ryan de la cabeza.

—Tiene que ser Ryan. Acabo de hablar por teléfono con él.

—Ryan no estaba invitado.

—Gracias a María y a Scott, sí. Tiene que ser él.

—Disfruta de un polvo con un completo desconocido, nena. —Levantó ambas cejas.

—Justin, deja de meterte en mi cabeza, que verás cómo acabo la noche cometiendo una locura.

—Una locura que te hará volver del mundo de los no vivos, nena. Llevas una semana como un muerto viviente. Olvídate de Ryan y de Alex. Déjate llevar y comete alguna locura. ¿Quién sabe si ese hombre enfundado en ese traje puede hacerte ver con claridad todo después de dos buenos *pollazos*? —Le miré extrañada por su comentario y no solo por lo de los *pollazos*—. No me mires así, sabes que adoro a Alex y que Ryan me cae muy bien, pero...

—Pero ¿qué? —Le miré esperando una de sus respuestas más sarcásticas.

—No me gusta verte así. Sé que te duele haberle tenido que decir a Ryan que le engañaste con Alex, porque, aunque entre vosotros no existiese una relación te hubiese gustado que fuese así. Pero tu corazón, muy a tu pesar, sigue latiendo por Alex y sé que le has buscado esta noche. — Respiró pensando bien lo que estaba a punto de decirme—. Alex es caso aparte. Te mereces a alguien que no te oculte nada, que te mime y te adore. Si él no ha sabido hacerlo, lo siento mucho, pero tienes que continuar con tu vida. Ya tendrá tiempo para lamentarse por ello y te aseguro que se lamentará lo más grande.

No me dijo nada más, me besó y se fue a hablar con unos invitados que esperaban junto a Frank cerca de la barra. Subí el resto de las escaleras pensando en todo lo que me había dicho. ¿Aquella era la mejor solución? ¿Pasar página y tirarme al primero que se me pusiera a tiro o continuar esperando a que mi flamante príncipe azul bajase de su torre de marfil?

Apuré el champán que quedaba en la copa que Justin me había entregado y observé la tranquilidad que se respiraba en aquella parte de arriba. Todos los invitados estaban disfrutando abajo de la gran fiesta que habíamos preparado y yo me estaba alejando de aquella locura. Aproveché para utilizar el baño de arriba, en el que no había nadie.

Cuando salí del baño, una mano me rozó el brazo. El hombre misterioso estaba allí esperándome y sus ojos me decía que él sí sabía lo que quería. Me pegó a él, noté sus fuertes brazos recorrieron parte de mi espalda desnuda, sus ojos me estaban devorando y me sentí excitada. Sin pensármelo dos veces le agarré de la mano y le metí en el reservado que estaba justo detrás de una gran tela negra. Aproveché para cerrar el pestillo mientras me pegaba a la pared y buscó el interruptor sin dejar de mirarme. Echó un último vistazo, negó con la cabeza y apagó la luz. La habitación se tiñó de un color anaranjado muy tenue debido a la luz de emergencia que colgaba encima de la puerta.

Se acercó a mí lentamente y me acarició el cuello, subiendo sus dedos hacia mi cara. Joder, mi cuerpo respondía con pequeños escalofríos. Se deshizo de mi peluca morada y me deshizo el moño que llevaba con sumo cuidado. Metió las manos en mi pelo y lo despeinó lentamente, rozando con sus dedos mi cabeza, haciéndome sentir un gran placer. Mi cabeza, uno de mis puntos débiles.

Él se deshizo de su máscara, pero no le podía ver bien la cara en la oscuridad de aquella sala que se me antojaba cada vez más pequeña. Se acercó más a mí y me cogió con las dos manos la cara y me pegó a su boca, pero sin llegar a besarme, se estaba tomando su tiempo. No sé si valorando mi reacción o esperando el momento adecuado para seguir devorándome.

Notaba su respiración entrecortada y caliente tan cerca de mi boca, que estaba empezando a nublar cada uno de mis sentidos. Sus labios rozaron unos segundos los míos e introdujo la lengua en mi boca, poco a poco, como si no tuviese prisa. El beso comenzó siendo dulce, suave, pero en pocos segundos pasó a devorar mis labios en un beso feroz.

En un segundo me separó de él, en aquella oscuridad me miró y me dio la vuelta, pegando mi espalda a su pecho. Me apartó el pelo y comenzó a besarme el cuello mientras sus manos deshacían el nudo de mi corsé. Lo hizo tan lentamente que no lo notaba, hasta que me di cuenta de que había caído sobre mis pies. Me agarró del pelo, metiendo su mano por dentro de él y tiró fuertemente hacía atrás, pero con cierta delicadeza, dejando mi boca a su completa disposición. Sabía muy bien lo que hacía. Sabía demasiado bien qué debía hacer para excitarme. Traté de darme la vuelta, pero me aprisionó con sus caderas contra una mesa. Un absoluto desconocido me estaba haciendo sentir una excitación que no podía describir. Con mis manos traté de buscar su cuerpo, pero cogió mis muñecas y me las puso encima de la mesa.

—No.

Por primera vez oí su voz grave, con un monosílabo, negándome a tocarle. No le reconocí.

Pegué las palmas de mis manos a la mesa y él comenzó un ritual de besos, que empezaba en la nuca y continuaba por la espalda hasta llegar a la parte de arriba de la falda. Soltó lentamente la cremallera y con ello bajó todo lo que llevaba encima. Estaba desnuda, en el reservado del local a la total disposición de aquel desconocido y aquello me excitaba aún más. Lo único que me dejó encima fueron las sandalias de tacón alto que llevaba.

Por unos segundos se apartó de mí, pero seguía notando su mirada en la oscuridad y su respiración totalmente desbocada como la mía. Al sentir de nuevo su cuerpo me di cuenta de que ya estaba desnudo. Se había deshecho del disfraz. Su cuerpo era fuerte, caliente y rebosaba deseo, su sexo erecto me lo confirmó. Puso sus manos sobre las mías y sin dejar de besarme el cuello, fue subiendo por mis brazos, pasando por los hombros, bajando por la espalda y se paró en mi culo. Lo apretó con su mano firme, pero sin hacerme daño, para de repente darme una pequeña palmada que resonó en el reservado.

Se me fue la cabeza, mi cuerpo reaccionaba a cada una de sus caricias y de nuevo otra palmada en el culo, aquella vez más fuerte. De mi garganta se escapó un gemido.

—Mariola.

Susurraba mi nombre, pero su voz había cambiado.

—Mariola.

Sus manos se pusieron en mis hombros y empezó a agitarme fuertemente.

—No pares...

—Mariola.

Aquella voz sonó mucho más cerca de mí, pero en forma de grito.

—¿Qué coño estás soñando, cacho guarra? —Justin era el que me estaba gritando—. No sé si quiero saber la respuesta, pero tus gemidos han hecho maullar a la mitad de los gatos del barrio. —Se sentó en la cama.

—Demasiado bueno para ser verdad, me cagó en lo más grande del... —Me tapé los ojos suspirando profundamente.

—Tienes una cara de bien follada que no lo sabes bien.

—Si al menos hubiese echado el polvo. —Salté de la cama y me di cuenta de que estaba con la toalla mojada de cuando salí de la ducha.

—Oye, tal vez esta noche. —Me guiñó un ojo sacándome la lengua al estilo Miley Cyrus.

—Vamos que nos tenemos que marchar que si no llegaremos tarde. A las seis está por allí el maquillador y el peluquero para prepararnos.

—Estoy atacado. —Le dio por mirar el reloj de la mesilla—. Y estamos jodidos porque llegamos tarde.

Justin empezó a correr por toda la casa recogiendo las cosas y yo me quedé paralizada. Era la misma manera en la que había empezado mi sueño.

¿Había sido una premonición?

COMO LAS JINETES DEL APOCALIPSIS

Todo comenzó tal y como lo había soñado, de la misma extraña manera. El camino hasta el local transcurrió a cámara lenta, al llegar subí las escaleras observando todo, esperando despertar del sueño de nuevo en cualquier momento, pero no fue así. Al sentarme en la silla delante de Wen me pellizqué debajo del brazo.

—Joder.

—¿Ahora te va el sado, nena? —Wen me miraba extrañado.

—No por ahora. Nunca se sabe. Tampoco quería complicarme la vida, pero lo he hecho tantas veces...

—Tenemos poco tiempo para prepararos así que manos a la obra.

Cuando Wen terminó de maquillarnos y colocarnos las pelucas, Justin me ayudó con el disfraz. Al tirar de la lazada inferior del corsé, lo hizo con más fuerza de lo normal.

—¿Qué es lo que has soñado para que tengas esa sonrisa? —Me agarró de la barbilla para que le mirase directamente a los ojos.

—Si te lo cuento...

—No, no me hagas el truco de no te lo creerás. No vas a salir de aquí sin contármelo. —Me agarró del brazo.

Su risa resonó cuando le expliqué lo que había soñado y que aquello había comenzado de la misma manera. Pero le encantó lo del señor Giacomo Casanova y algunos de los detalles que le di.

—Si lo que has soñado se va a hacer realidad, me pido que me dé lo mío y lo tuyo.

—Todo para ti. —Levanté ambas manos para ajustarme la peluca.

—Joder, nena. Si esta noche se te pone a tiro un hombre así y un desconocido te aborda a por él. O te olvidas de Alex o vuelves con él a pesar de toda su mierda.

—Justin, ya me has pegado esa charla en el sueño y la recuerdo perfectamente. Sé que está en mi mano todo, tanto olvidarme de Alex como olvidar lo que ha pasado. No sé qué es más difícil, si olvidarme de lo que me ha hecho él o del daño que yo le he hecho a Ryan. —Me miré en el espejo y me retoqué los labios.

—Vamos a hacer de esta fiesta la más memorable de todo el año.

Frank recibía a los primeros invitados y en la puerta vi a Rud en una esquina, observando todo con detenimiento. No, no parecía haberme deshecho de él. Dejé a Justin con Frank y me perdí entre los invitados que ya habían llegado. Al fin y al cabo, mi trabajo allí casi había finalizado. Hablé con unos cuántos invitados que ya conocía, pero más que de sus conversaciones, estaba pendiente de que todo estuviese bien. La comida, los camareros con las bebidas... ¡Qué coño! Estaba buscando al misterioso Casanova de mi sueño. Justin también estaba pendiente por si le veía aparecer en la fiesta. Me buscaba y con su mirada me preguntaba, a lo cual yo le negaba.

Frank y Justin estuvieron toda la noche ocupados con todos los invitados, María y Brian que también estaban por allí, estaban disfrutando de la fiesta como dos tortolitos que se acababan de

conocer. Vale, se acababan de conocer y estaban *apollardados* perdidos. Y yo estaba escondiéndome para no tener que hablar con nadie más. Los pies me estaban matando y el corsé me estaba dejando sin respiración. Justin se había pasado apretándolo. Tenía los pezones a punto de salir para respirar de allí dentro.

Tres horas después de que la fiesta comenzase, subí a la parte de arriba, al reservado que estaba cerrado. Me apoyé en la barandilla y eché un vistazo a mi móvil y vi varias llamadas perdidas desde España. No reconocía el número, supuse que de nuevo sería mi madre ya que María no parecía tener nada más en la cabeza que Brian en aquel momento. Le di a rellamada sin pensármelo dos veces.

—«*Me llaman la desaparecida*». —La voz de Aitana sonó al otro lado del teléfono cantando a su estilo. Era una de mis mejores amigas en España.

—Hola. —Me senté en un sofá y suspiré. Siempre que hablaba con alguna de mis amigas de España la nostalgia se adueñaba de mí.

—Hace que no hablamos una eternidad.

—Lo sé. Estoy hasta arriba de trabajo, Aitana.

—Si yo te contase.

Aitana era diseñadora de moda flamenca y estaba empezando a diseñar trajes de novia. Era una de las diseñadoras más cotizadas en Andalucía y poco a poco se estaba abriendo camino en Europa. Sus trajes de flamenca habían arrasado en la última *Simof*¹³⁰¹. Se quedó en silencio más tiempo de la cuenta y supe que algo le rondaba por la cabeza. No sabía si era algo que había pasado allí o algo que le preocupaba sobre mí.

—¿Todo bien, Aitana?

—Te pregunto lo mismo. ¿Todo bien? —Su tono de voz era muy dulce.

—Aitana que nos conocemos, ¿por qué me lo preguntas?

—Llevamos un tiempo viéndote en las revistas con ese cañonazo. Y en la última no me cuadran algunas cosas. ¿Qué demonios está pasando? —Noté su preocupación.

—Todo está bien. —No quise seguir hablando para no preocuparla y suspiré.

—Mariola, conozco tus suspiros y ese ha sido de estoy agobiada. No me digas que es por el trabajo, porque lo adoras al igual que yo adoro lo que hago. ¿Qué es lo que realmente pasa?

—Sí que en parte es por el trabajo, pero también ese cañonazo al que has aludido tiene algo que ver. Y mi ex y otro chico que ha aparecido hace poco... Estoy un poco agobiada.

—Ya sabes que mi paraíso particular está a tu disposición en cualquier momento. Silba...

—Y vendrás a rescatarme. —Era algo que nosotras siempre nos decíamos.

—Me gusta oír que no olvidas nuestras cosas.

—Sé que he estado demasiado desaparecida, pero espero poder terminar varios proyectos y escaparme unos días. Necesito desconectar de mi trabajo, de Nueva York y de mi vida aquí.

Mi cabeza se transportó años atrás.

En Salamanca nos conocían como las jinetes del apocalipsis, no dejábamos nada vivo cuando pasábamos por algún sitio. Nos conocimos de la manera más extraña. Primer año de universidad, fiesta de los ochenta y las seis fuimos disfrazadas de Eva Nasarre. En cuanto nos vimos empezamos a hacernos fotos y a reírnos de las diferentes Eva Nasarre que habíamos elegido. Echaba mucho de menos aquella época en la que no había problemas ni quebraderos de cabeza.

—Ya sabes que es decirlo y nos juntamos aquí todas.

—Lo intentaré. —Miré a la pista desde el sofá y vi a Justin haciéndome señas—. Aitana, tengo que dejarte que creo que se está quemando algo.

—Cuéntame de qué es la fiesta, que me encantan los reportajes fotográficos que nos mandas.

Supe inmediatamente que Aitana estaba sentada con una mano apoyada en la barbilla esperando todas las explicaciones de la fiesta detalladas, con una copa de vino en la otra mano.

—¿Qué llevas puesto? Dime que es de un gran diseñador.

—Es bonito, pero para llevar algo de una gran diseñadora, tendría que ser tuyo. —Sonreí.

—Pelota.

—Y te encanta. —Nos reímos y le mandé una foto del disfraz desde un ángulo en el que el corsé era el gran protagonista.

—Nena, con ese escote si el gran dios McArddle no cae ante ti... es que es gilipollas.

—Cariño, tengo que dejarte. —Volví a ver a Justin nervioso—. Justin me reclama como si el demonio hubiera entrado en la fiesta. Te llamo por *Skype* un día de éstos y hablamos.

—Ok, cariño.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. Cuidate y cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde estoy.

—Lo sé. Adiós, Aitana. —Al colgar me quedé mirando el teléfono.

Sabíamos todos nuestros secretos y aun así éramos las mejores amigas. Hacía mucho tiempo que no las veía y las echaba muchísimo de menos. Hablar con Aitana me dio más ganas de terminar varios proyectos y cogerme una semana de vacaciones. Bajé a buscar a Justin y le encontré hablando con Scott. Creo que era él por el disfraz que llevaba.

—¿Dónde está la bomba? —Cogí otra copa de champán.

—He visto a Casanova. Acaba de pasar por aquí.

—Justin, no me vaciles que no tengo la noche.

—Pues espero que la tengas porque viene directo.

Me dio la vuelta y le vi caminando decidido entre los invitados sin dejar de mirarme. De lejos parecía igual que en mi sueño. Sus ojos, bajo aquella máscara dorada, me estaban devorando, pero al acercarse y comenzar a hablar...

—Hola. —Su voz no sonaba como en mi sueño—. Este disfraz te resalta tanto los ojos. —Sabía que no iba a ser como en mi sueño, ni parecido, pero tenía la esperanza de que aquella situación se diese la vuelta—. Y te hace unas tetas para comértelas ahora mismo. Así que no voy a dar rodeos... tú, yo, mi cama, ahora.

—A tomar por culo sueño.

—Nena, te haré disfrutar más de lo que te han hecho gemir jamás. Lo que tengo entre las piernas te está esperando. —Pasó su mano por mi cuello y me aparté.

—Guárdate lo que tengas entre las piernas para alguien a quien le interese.

—¿Dónde va ese culo? —El Casanova de saldo trató de agarrarme del brazo, pero le miré enfadada.

—Este culo va donde le dé la gana. —Noté su mano aferrada a mi brazo e hice un fuerte gesto para soltarme de él.

—Nos vamos a dar una vuelta a la calle. —Rud apareció a mi lado y agarró del disfraz a Casanova—. Deberías estar agradecido de que tan solo te haya regalado una sonrisa.

—Rud, tranquilo. —Quise tranquilizarle y le acompañé hasta la puerta.

—Que no te vuelva a ver aquí dentro esta noche o no seré tan amable. —Le sacó a la calle y cruzó sus brazos.

Subí de nuevo a la parte de arriba y me quedé en medio de la escalera observando el cuadro del verdadero Casanova. Mi sueño fue solamente eso, un sueño. La fiesta continuó mientras yo me perdí en aquellas fotos de Venecia. Mi mente volvió a transportarse años atrás.

Una sensación extraña me sacó de aquel verano de mochilera que pasé por la Toscana. Noté

unos ojos clavados en mi espalda. Me di la vuelta y vi de nuevo a Casanova detrás de mí.

—Mira, aprendiz de Casanova, no tengo el chichi para farolillos, así que búscate otro disfraz con tetas para comerte y déjame en paz. Ya te han echado de aquí una vez, por tu bien... —Lo dije en castellano señalando la puerta de salida, pero no se inmutó—. No me hagas ser más desagradable contigo.

No se movió ni un milímetro. Estaba plantado delante de mí con sus ojos clavados en los míos. Me estaban entrando unos calores y no de excitación precisamente. Empezó a acercarse a mí lentamente y yo retrocedí hasta notar la pared en mi espalda. Me costaba respirar, me costaba tragar y en aquel momento lo primero que se me pasó por la cabeza fue Jonathan. Quería gritar, pero era incapaz de hacer ningún movimiento o de emitir ningún sonido.

Comenzó a acariciarme el cuello, con una suavidad que me tranquilizó. Era imposible que aquel desconocido fuese Jonathan. Pegó su cuerpo al mío y mi respiración empezó a acelerarse. Bajó su mirada hasta mi pecho y observó cómo subía y bajaba. Pasó sus dedos por el escote y me estremecí. Me agarró del cuello, sin apretar demasiado y buscó mi boca con la suya. Me besó desesperadamente, con ferocidad, al igual que en el sueño. Me tenía agarrada con sus brazos y anclada a la pared con sus caderas. No quería dejarme escapar.

Sus manos bajaron por mi espalda hasta llegar a mi culo, agarrándolo fuertemente. Gemí, gemí en su boca como lo hice en mi sueño. Me estaba matando lentamente con aquel beso, pero, al igual que en el sueño... de repente paró. Me acarició la boca con las yemas de sus dedos y me miró a los ojos. Bajó un par de escaleras y se giró unos segundos para observarme por última vez, para desaparecer después.

Tardé en reaccionar, pero cuando lo hice, bajé las escaleras buscándole y me encontré con Justin.

—Problema resuelto. Lo siento por tu sueño, pero Casanova no entrará en la fiesta de nuevo.

—Hay otro. —Aún respiraba con dificultad—. Hay otro Casanova. —Le aparté mirando por todo el local.

—¿Otro? —Me miró extrañado.

—Sí. Me... me ha... besado. Y ese sí que era el de mi sueño. —Grité y creo que hasta lancé un pequeño gemido de frustración.

—¿No le has reconocido?

—No. —Negué con la cabeza.

—Qué putada, nena. —Me abrazó tratando de calmarme.

—¿Te importa si me voy a casa?

—Te hemos explotado para la fiesta. Necesitas descansar y no hacer nada el fin de semana. — Me acarició la cabeza.

—Lo que necesito son vacaciones.

—¿Vacaciones?

—He hablado con Aitana. —Me aparté de él.

—¿Por qué no te vas allí con ellas unos días? Habla con los jefes y cuando puedas, escápate. Allí estarás tranquila y podrás poner todo en su sitio. Entre tu hermana y su ruptura de compromiso, Ryan, Alex, el trabajo...

—Nos vemos en casa. Voy a por decírselo a Rud. Disfruta mucho de la fiesta.

Rud me acompañó hasta casa con varias burlas hacia mi disfraz y hacia los encantos que dejaba al descubierto. Revisó el piso al llegar y me pidió que cerrase la puerta con doble llave. Me desmaquillé, casi arrancándome la mitad de la cara, me deshice del disfraz y me tumbé. Puse algo de música para relajarme y descansé como hacía noches que no había hecho.

Unas semanas después de la fiesta, tanto Justin como Frank, seguían encantados con el resultado. El negocio había salido en varias paginas web y revistas especializadas. Todos los días estaba lleno y ya tenían reservas para más de medio año de fiestas privadas, muchas de las cuales las organizaba CIA.

Ya estábamos en pleno verano y el trabajo se había multiplicado con las fiestas que habíamos aceptado. Nueva York en verano se llenaba de turistas, pero la ciudad siempre seguía teniendo lugares escondidos en los que perderse entre la multitud. Cuando necesitaba descansar, trabajar hasta altas horas sin que nadie me molestase o simplemente necesitaba alejarme de todo, siempre terminaba tumbada en aquella terraza del Soho.

Aquella mañana estaba desayunando en la terraza del hotel observando el tatuaje que me había hecho unas semanas antes, la palabra *breathe* en el antebrazo, en el estudio Bang Bang de Broome Street. Tenía que mirarlo de vez en cuando para evitar ahogarme. Acababa de recibir el café recién hecho, junto con varios periódicos y revistas internacionales. Desde los días previos a la fiesta del Silk no sabía nada de Alex. Sabía que había estado dos semanas en Europa y otra semana más perdido en algún otro sitio recóndito del mundo, en una isla paradisíaca por lo que aparecía en una de las revistas.

Me tomé el café, me vestí y me fui a la oficina corriendo. Los jefes estaban reclutando gente nueva. Habían decidido abrir una delegación en la costa Este. Estaba en el despacho revisando un par de currículums cuando llamaron a mi puerta.

—Mariola. —Sasha apareció con otra rosa.

Desde el día siguiente de la fiesta del Silk había una rosa de diferente color cada día de la semana en la oficina, de lunes a viernes no había fallado la entrega ni un solo día. Blanca, roja, amarilla, morada y rosa. Sin nota, sin saber de quién eran.

—Parece que tienes un admirador. —Sasha me miró con una sonrisa enorme.

—¿Otra vez sin nota? —Linda entró en el despacho y Sasha desapareció.

La saqué de su envoltorio y la coloqué en el jarrón que cada día tomaba una dimensión más grande.

—¿Cómo va lo de la nueva oficina? —Traté de cambiar de tema.

—Muy bien, pero necesito que viajes allí para supervisar algunas cosas. —Linda se sentó en la mesa justo a mi lado—. Hemos estado hablándolo y hemos pensado que tú podrías dirigir la delegación de la costa Este.

—¿Cómo? —Estuve a punto de tirar el florero de la mesa, pero lo agarré antes de hacerlo.

—Lo hemos pensado mucho y si te parece bien cambiar de ciudad y empezar allí una nueva vida. Puede ser lo que necesitas ahora mismo. —Traía unas revistas en la mano—. Parece que él lo está haciendo y no te mereces toda esta mierda. —Me las enseñó.

—Ya las he visto. —Me acerqué a la cristalera para ver Madison Avenue.

—No nos tienes que responder ya, pero por una vez en tu vida piensa en ti. —Me acarició la cabeza—: Esta vez no pienses en los demás. Puede que allí te estén esperando mil oportunidades y mil amores nuevos.

—Muchas gracias, Linda.

—Tu cabeza sabrá lo que quieres hacer, pero sé que tu corazón no estará de acuerdo. Respetaremos cualquier decisión que tomes.

Linda me dejó sola en el despacho pensando en lo que me acababa de ofrecer, pero Scott apareció para romper aquella tranquilidad.

—Mariola, tengo una llamada de Brian.

—Pásamelo, por favor. —Descolgué el teléfono y esperé unos segundos hasta que escuché

alboroto al otro lado de la línea—. Hola, Brian.

—Mariola, necesito que me ayudes a organizar la fiesta de cumpleaños de Alex. Es en una semana y necesito tu ayuda. —Su tono parecía una mezcla de desesperación y coqueteo, seguro que mi hermana estaba al lado metiéndole mano.

—Brian yo no creo que sea la más adecuada. Puedo hacer que alguno de mis compañeros la organice.

—Lo eres. Mi madre ha estado hablando de tu fiesta del Silk desde hace un mes. Le encantó. — Se quedó unos segundos en silencio—. Me ha dicho que o la organizas tú o la organizas tú.

—Yo... —Balanceé unos segundos la cabeza y puse los ojos en blanco—. ¿Por qué no sé decir no?

—¿Eso es un sí?

—Sí. —Me tapé la cara con una de las revistas que había dejado Linda en mi mesa.

—Te paso con mi madre que quiere hablar contigo.

—No, espera Bri...

—Buenos días, señorita Santamaría. —Su voz era muy dulce.

—Buenos días, señora McArddle.

—La señora McArddle era mi suegra. Llámame Susan.

—Cla... —me aclaré la garganta—. Perdón. Claro, Susan.

—El cumpleaños de mi hijo es en una semana y quiero que organices la fiesta.

—¿Tienes algo pensado? —Cogí mi agenda para apuntar todo mientras por dentro me estaba llamando gilipollas.

—Lo dejo todo en tu mano. Es su treinta cumpleaños y tiene que ser especial.

—¿Podemos quedar en persona para organizar la lista de invitados?

—Cariño, no estoy en la ciudad. Estamos en Los Ángeles por unos problemas familiares que teníamos que solventar con urgencia y no estaré disponible en unas semanas. Volveré para la fiesta. —Escuché un golpe y ella susurró algo que no comprendí—. La fiesta la haremos en los Hamptons, en nuestra casa de la playa. Brian vuelve la semana que viene y con él podrás organizar todo. Haz lo que necesites, pide todo lo que quieras. No pongas límites.

—De acuerdo. ¿La lista de invitados?

—Te le entregará Brian. Alex y tú sois amigos. Sabrás muy bien qué hacer.

—Me pongo con ello ahora mismo. —Tocaron de nuevo en la puerta—. Tengo que colgar, Susan.

—De acuerdo.

Escuché el pitido y me quedé mirando el teléfono sabiendo que aquello no era una buena idea. Scott entró con cara de preocupación.

—Has aceptado la fiesta ¿verdad? —Se sentó en una silla.

—Sí.

—De acuerdo. —Parecía enfadado.

—¿Qué pasa, Scott?

—Pues que después de todo lo que ha pasado, no sé cómo le dices que sí. Desde hace un mes no sabes nada de él y has estado mucho mejor. Él está con rubias cañones colgadas del brazo y... Tú sabrás lo que debes hacer. —Me entregó una carpeta—. En dos días vuelas a Los Ángeles.

—Pregúntale a Linda a ver si puedo reunirme con ella en media hora para comentarle un par de cosas. —No hice demasiado caso al comentario de Scott. Llevaba raro unas semanas, pero lo achaqué a todo el trabajo que teníamos.

Scott se marchó sin decirme nada más y al levantar la carpeta de los vuelos, vi las revistas de

nuevo. Ojeé las portadas y una de ellas me dejó sin habla. En la portada se podía leer en mayúsculas: «*Alex McArddle al desnudo: la tan ansiada entrevista al hombre del año más deseado*».

Recibí un mensaje de mi hermana preocupada por las revistas que ya había visto. Me decía que había visto a Alex solo en el hotel. Me daba en la nariz que estaba haciendo de espía y vigilaba todos sus pasos. Le contesté con un simple *OK* y fui al despacho de Linda, que dio el visto bueno a la fiesta con algunos reparos, que no dijo, pero me dejó ver por los gestos de su cara.

Fueron dos días de locura. Tenía entre manos la fiesta de Alex, pendiente un montón de informes para preparar, el viaje a Los Ángeles, organizar la vuelta de Sonia a casa, aguantar a mi hermana con Brian en casa cada día, cada tarde o cada noche. Justin y sus continuas peleas con Scott, Mike enfadado día sí y día también, Andrea volviéndome loca y la academia dándome más quebraderos de cabeza que otra cosa. Aquel viaje me iba a venir de maravilla para alejarme por unos días de los problemas que dejaba en la ciudad.

Llegó el día en que cogía el vuelo para Los Ángeles. Despedirme de Andrea en casa me costó bastante, para ella me iba a la otra punta del mundo y no iba a poder hablar conmigo en años, aunque le había prometido que volvía en unos días.

—Eso dijo mi madre —levantó los hombros con cara de enfado— y no ha sido así.

—Prometo que te compensaré a la vuelta.

—No me vale. —Se agarró a la mano de Mike.

—No se lo tengas en cuenta, Mariola. Estamos todos agobiados con este calor. —Me besó antes de irse—. Piensa en la oferta, pero hazlo con el corazón.

Durante el trayecto hasta el aeropuerto estuve pensando en la oportunidad que los jefes me habían ofrecido. Aquello significaría dejar atrás a mi familia, a mi niña preciosa y empezar de cero en una ciudad nueva donde no conocía a nadie, pero donde tampoco me perseguiría nadie.

Dos horas después estaba bostezando en la sala VIP del aeropuerto, ya que me había levantado a las cuatro de la mañana para tratar de hacer algo con la fiesta de Alex. Tenía las gafas de sol puestas y los cascos conectados escuchando *Chained To The Rhythm* de Katy Perry. Estaba en la cristalera viendo algunos aviones que despegaban mientras mi cuerpo se movía al son de aquella canción. No era la mejor de las bailarinas, pero no tenía vergüenza y estaba sola en aquella gran sala. A los segundos vi cómo las puertas se abrían reflejándose en la cristalera, pero no me apetecía entablar una conversación con un extraño. Pero el aroma que me llegó me decía que no era un desconocido, no señor.

—Buenos días, Mariola.

—Genial. —Suspiré y me quité los cascos junto con las gafas al darme la vuelta—. El mundo es un puñetero pañuelo. —Me acerqué a él.

—Eso parece. ¿Vacaciones?

—Ojalá. Si fuesen vacaciones... —Suspiré unos segundos—. Si fueran esas vacaciones que tanto necesito, me iría a mi particular paraíso.

—¿Dónde está ese preciado lugar? —Me miraba curioso.

—Si te lo cuento ya no sería mi particular paraíso al que huir.

—¿Huirías?

—Sí. —Me apoyé la barra que teníamos al lado.

—¿Y qué te lleva a Los Ángeles? —Preguntó tratando de saber más de lo que yo estaba dispuesta a contarle.

—Trabajo. —No quise decir nada más y no le estaba mintiendo, solo ocultando una parte muy importante del viaje—. Te hacía en la semana de la moda de alguna capital europea bien rodeado.

—No te creas todo lo que publican las revistas.

—¿No vas a Los Ángeles a dar la exclusiva?

—Vale, esa parte de la revista sí que te la puedes creer.

Ninguno de los dos quiso decir nada más. Me sentía incómoda ocultándole mis verdaderos motivos para ir a Los Ángeles y él parecía no querer contar nada más de la entrevista que le iba a tener en boca de medio mundo durante muchos meses.

—¿Un café?

—Siempre.

Pidió un par de cafés y me lo acercó. Su sonrisa estaba más apagada de lo normal y también su mirada. Alrededor de sus ojos habían salido de repente unas arrugas de preocupación que le hacían tener la mirada demasiado triste, pero seguía siendo impresionante como aquellos ojos azules eran capaces de paralizarme.

—Por mucho que esto sea la sala VIP —removió el café indignado—, el café no tiene muy buena pinta.

—Después de la mañana, de la semana y del mes que llevo, hasta me bebo el alquitrán que prepara Scott en la oficina.

—¿Mucho lío?

—El trabajo se ha multiplicado por diez. Añádele a eso la vuelta de Sonia, la búsqueda de un piso para ella y Andrea, que casi ya lo tengo... Y no te olvides de nuestros queridos hermanos. Ayer me salieron con que se quieren ir a vivir juntos. —Cerré los ojos y negué con la cabeza—. Lo próximo será una boda relámpago vestidos de Elvis y Marilyn en Las Vegas. —Ví una gran sonrisa en la cara de Alex—. No te rías, que ese es el siguiente paso.

—Están locos el uno por el otro. No se puede hacer nada en contra de eso. —Le dio un sorbo a su café.

—Espero que todo salga bien entre ellos, porque no quiero ni que mi hermana sufra ni que tu hermano lo pase mal. —Suspiré profundamente pensando en cómo habíamos terminado nosotros.

—Los flechazos es lo que tienen, que un día que no esperas las casualidades hacen que delante de ti se plante una chica que haga tambalear tu mundo. Da igual la manera de la que empieza una relación, pero un flechazo siempre tiene un buen final.

Tuvo que notar una mirada escéptica recayendo sobre él. Notó cómo se me había ido levantando la ceja derecha y el gesto de mi cara había cambiado por completo.

—Espero que su flechazo acabe mejor que lo nuestro.

—Espero que lo nuestro acabe mejor aún que lo de nuestros hermanos. No será una boda en Las Vegas, será algo mucho más grande. —Nada más decirlo sonó su teléfono y se apartó de mí.

Allí tenía otra gran declaración de intenciones del señor McArddle. No sabía cómo lo hacía, pero siempre sabía decir algo que me hacía volver a creer que lo nuestro tenía arreglo. ¿De verdad, Mariola? *¿De verdad pensabas que lo nuestro tendría un arreglo mejor de lo que ya había tenido?*

Al subir en el avión nuestros asientos estaban uno al lado del otro, con un asiento libre en medio separándonos. Al menos no iba a su lado y no tendría que aguantar casi la respiración para que su aroma no me dejase más tonta de lo que ya estaba.

Cuando el avión se estabilizó en el aire, saqué mi agenda y continué con la preparación de su fiesta. De vez en cuando me miraba por encima del periódico que estaba leyendo desde su asiento y yo tapaba la agenda con mi cuerpo. Su cara era de pura curiosidad y yo sonreía al saber que iba

a ser toda una sorpresa para él. Se recostó en su asiento y se quedó mirándome fijamente. Lo sabía porque su mirada me seguía quemando, era el único capaz de conseguirlo.

—¿Algo para beber? —Una azafata se acercó a nosotros.

—¿Puede ser un mimosa?

—Por supuesto.

—Lo mismo que ella.

El vuelo transcurrió sin mayores contratiempos. Si no le llamamos contratiempo a que Alex estuviese todo el vuelo observándome a cada segundo, recorriendo todo mi cuerpo con sus ojos y creo que hasta escaneándome el código de barras de la etiqueta de las bragas que estrenaba aquel día.

Al llegar al aeropuerto de Los Ángeles, Alex amablemente me ayudó a cargar con la maleta que llevaba hasta la salida. Parecía que le costaba un poco llevarla en la mano cargada.

—Tiene ruedas.

—¿Seguro que no huyes?

—Ya te he dicho que aún no, pero no sé si me tendré que quedar más días o qué me voy a poner. Ya sabes, las mujeres y nuestros por si acaso. —Bajé la mirada sin casi darme cuenta.

—¿Estás bien?

—Todo acaba pasando y olvidándose, ¿no? —Le miré a los ojos.

—Hay cosas que nunca se olvidan.

Por un instante me sentí pequeña a su lado, pero no por que me intimidase su presencia, era más bien que me hacía sentir como si él supiese algo que yo desconocía. Como si el tuviese la carta de mi destino en sus manos y no me la quisiera mostrar.

Cuando llegamos a la salida nos encontramos a Rud con un cartel con *Farmer busca a Paris* escrito en letras rosas y con brillantina.

—¿Ni aquí me lo quito de encima? —Traté de sonar seria, pero en mi boca se dibujó una pequeña sonrisa al verle con aquel cartel, que sin duda había tenido que hacer él.

—Es su trabajo. —Nos acercamos los dos.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Encima de que me tiré ayer dos horas haciendo el cartelito con brillantina, ¿me recibes así? —Me mostró las manos y estaban llenas de brillantina de colores—. Ves.

—Vamos antes de que me arrepienta. —Alex le dejó la maleta al lado de Rud.

—¿Crees que te la voy a llevar? —Me miró con los brazos en alto.

—Por supuesto que sí, Farmer. —No se movió ni un centímetro—. Anda, llévala, porfi, que pesa un montón. —Le lloriqueé ante la atenta mirada de Alex.

—¿Por qué siempre acabo haciendo todo lo que quieres? —Tiró de la maleta.

—Siempre consigue lo que quiere. —Alex me miró antes de alejarse hasta un coche negro que estaba aparcado delante de nosotros.

—No siempre. —Aquellas dos palabras se escaparon de mi boca sin mi permiso.

Llegamos al hotel y cuando levanté la cabeza para ver el edificio resoplé, Linda tenía la culpa de que nos alojásemos en el *Four Seasons* de Beverly Hills.

—Buenos días, señorita Santamaría. Ahora mismo subirán sus equipajes. —El chico de recepción parecía saber quiénes éramos sin decírselo—. Su habitación es la Suite Presidencial Oeste, en el piso dieciséis.

—Ser tu guardaespaldas va a ser muy bueno.

—Todo esto no es cosa mía, te lo aseguro.

Un botones recogió nuestro equipaje y nos acompañó hasta la Suite. Le di una buena propina mientras Rud revisaba aquello.

—No busques nada, que nadie sabe que estoy en este hotel. Solo lo sabe Linda.

—Nunca está de más.

—Además, lleva mucho tiempo sin dar señales de vida. Tal vez se ha cansado.

—Que tú y Alex estéis en la misma ciudad y en el mismo hotel, me da que pensar que él ya lo sabe.

—Yo voy al despacho. —Señalé una zona habilitada con una mesa y un ordenador.

—Luego podíamos salir a cenar y a tomar algo fuera del hotel. —Se sentó en un sofá.

—Rud yo...

—Mariola —no me dejó terminar—, llevas un mes de un seco que no te lo imaginas. Y Justin me ha dado instrucciones para que te saque y te despejes. Así que a las ocho nos vemos aquí. —Se fue a su habitación.

—Mato a Justin. —Cogí el teléfono para echarle la bronca, pero justo llamaron a la puerta. Al abrirla me encontré un ramo de rosas rojas—. Hola.

—Señorita Santamaría, son para usted. —Entró en la habitación y las dejó en la mesa del centro—. Disfrute de su estancia.

—Gracias. —Cerré la puerta y miré el ramo. Esta vez venía con una nota—. Disfruta mucho de la estancia en Los Ángeles. Puede que sea tu próximo hogar. —Suspiré al ver la firma de Linda.

Me marché a la habitación y me tumbé en la cama con el portátil, tratando de cuadrar un poco las ideas que tenía en la cabeza, pero en poco tiempo me quedé dormida.

Me desperté antes de las siete y estuve un buen rato mirando por el ventanal de mi habitación. Tenía Bel Air al fondo y el *Downtown* a mis pies. Aquella ciudad que estaba completamente iluminada era la que podría ofrecerme un cambio de vida. Estaba ensimismada en mis pensamientos cuando Rud aporreó con fuerza la puerta, diciéndome que me empezase a preparar que necesitaba un par de horas para la chapa y pintura. Le respondí tirándole una sandalia a la puerta.

Después de un buen rato debajo de la ducha empecé a prepararme. No me había llevado mucha ropa para salir a cenar ni para ir a tomar copas en una ciudad en el que el culto a la moda y al cuerpo era lo más importante. Revisé la maleta para sacar todas las cosas y... Aquella ropa no era la que yo había metido. Justin estuvo trasteando en la habitación y fue el último en tocar mi maleta. Suspiré y empecé a sacar todo lo que mi adorado amigo había metido. Decidí hacer otro apunte mental para matar a Jus a la vuelta. Comencé a prepararme y cinco minutos antes de las ocho ya estaba lista. Justin había elegido un vestido amarillo a media pierna con la espalda descubierta.

—En fin. —Negué con la cabeza mientras me miraba en el espejo y decidí dejarlo por imposible.

Salí de mi habitación con la cremallera a medio atar y me encontré a Rud vestido de punta en blanco. Iba con un traje negro y una camisa blanca desabrochada los dos primeros botones. Estaba ajustándose los puños de la camisa. Le debí de mirar sorprendida, porque se giró sobre sí mismo para que le viese bien.

—¿Visto bueno? —Levantó una mano y afirmé sonriendo.

—¿Me ayudas con la cremallera? —Me aparté un poco el pelo.

—Claro que sí.

Se acercó por detrás y me subió la cremallera lentamente y me rozó la espalda con sus manos,

y al hacerlo... no sentí nada. Aquella era una gran sensación. Por mucho que me emborrachase, no me acabaría acostando con Rud en un ataque de locura y enajenación transitoria.

Cogimos el ascensor para bajar y justo cuando se abrieron las puertas del ascensor, Rud me ofreció su brazo para que me agarrase. Pasamos por la recepción riéndonos de una de sus ocurrencias.

Al salir de mi Suite me encontré con Mariola y Rud que salían de la suya. No me podía creer que estuviera en el mismo hotel que ellos y que pasase riéndose, preciosa y agarrada del brazo de su guardaespaldas, por delante de mí.

El último mes lo había pasado en Europa entre reuniones con inversores y acudiendo a muchas fiestas. Un plan para alejar a los medios de Mariola y, lo más importante, hacer que Jonathan se alejase de ella al no vernos juntos.

Estaba tramando un plan que esperaba que diese sus frutos. Aunque cuando se publicase la entrevista y saliera todo a la luz, podía ser algo muy complicado.

Enseguida llegó la persona a la que estaba esperando y nos montamos en el coche para ir directos a Nobu, un restaurante al que siempre iba cuando estaba en la ciudad. Cuando llegamos había un montón de fotógrafos que no pudimos evitar. Nos hicimos las fotos de rigor, me hicieron un par de preguntas y entramos dentro. Justo cuando abrí la puerta para pasar los dos, se formó un gran revuelo detrás de nosotros. Supuse que sería alguna de las hermanas Kardashian, pero al girarme vi a Mariola con Rud pasando por delante los fotógrafos. Le hicieron un montón de preguntas que ella evitó con una gran sonrisa. Antes de que se dieran cuenta de que también estábamos allí, me apresuré a entrar dentro y llegar a la barra. Mi acompañante se marchó al baño y observé que Rud hacía lo mismo. Estábamos los dos a cada lado de la barra y le hice un gesto al camarero para que le sirviese una copa a Mariola. Le sorprendió cuando el camarero se la entregó y le hizo un gesto de que la invitación venía del final de la barra. Me buscó intrigada y al ver que era yo, levantó la copa y sonrió. Se levantó del taburete y se acercó lentamente, con su manera de andar tan sensual, haciendo girar a más de un hombre la cabeza para verla.

—¿Me estás siguiendo? Por que tengo un guardaespaldas, que estará ligando con alguna camarera guapa, que puede partirte las piernas. —Dejó su copa a mi lado y sonrió de nuevo.

—Dios me libre de que Rud me parta nada. He de reconocer que la vida está llena de casualidades y me encantan las que nos unen. —La miré de arriba abajo y no pude contener mis palabras—. ¿Cómo puede ser que cada vez que te veo estés más guapa?

—No seas un adulator vende humos, Alex. O tu pareja se enfadará. —Lo dijo de una forma tan rotunda, que hizo que me temblasen las piernas.

—La prensa es dura y muchas veces mienten.

Los dos nos quedamos en silencio. Ella jugueteaba con sus uñas sobre el respaldo de mi taburete sin mirarme a los ojos. Cambió de peso en sus caderas varias veces y le cedí mi taburete para que se sentase.

—¿Qué te ha traído a esta ciudad a parte del trabajo?

—Los jefes van a abrir una delegación aquí y bueno... —Se sentó en el taburete y pude ver cómo cruzaba las piernas. Aquel vestido amarillo dejó poco a mi imaginación—. Quieren que supervise un par de cosas y si me gusta la ciudad, podría ser mi nuevo puesto.

—¿Vas a huir de Nueva York? —Se me atragantó la copa y mi corazón estuvo a punto de salir por mi boca.

—Es una gran oportunidad para poner tierra de por medio a muchas cosas. Puede que sea

lo mejor para todos. Aunque tenga que dejar muchísimas cosas atrás. —Me miró y en sus ojos se dibujó la tristeza que sentía por pensar en abandonar Nueva York.

—¿Te compensaría alejarte de tu familia y dejar todo atrás?

—Hace ocho años me embarqué en la mayor aventura de mi vida trasladándome a Nueva York, quedándome sin trabajo y subsistiendo a base de trabajos de mierda para llegar hasta donde estoy ahora mismo. Puedo elegir quedarme allí o probar suerte aquí.

—Nuestra mesa está lista. —Rud se acercó a nosotros y agarró a Mariola de la cintura.

—Nos vemos, Alex.

Se marchó con Rud, pero a medio camino giró su cabeza y suspiró para después sonreírme. ¿Qué quería decir aquel gesto?

Nobu era un restaurante que Mike me había recomendado y en el que Rud se había asegurado de que tuviésemos una mesa lista para los dos.

—Por aquí, señorita Santamaría. —Un camarero nos acompañó hasta nuestra mesa.

—Muchas gracias. —Nos sentamos y Rud comenzó a ojear la carta.

—Joder qué precios, señor.

—Esta cuenta es mía, Rud. Vamos a divertirnos esta noche. ¿No es lo que te han pedido? —Le miré esperando una de sus respuestas sarcásticas que no llegó.

—Me das miedo, Paris.

—Soy demasiado buena como para dar miedo. —Continué leyendo la carta—. Pero no me des chupitos de tequila, porque seré tu peor pesadilla.

—Trataré de no darte de comer ni beber tras las doce, como a los *Gremlins*.

Rud me miró sonriendo y me fijé más en él. Era guapo, muy guapo. Tenía una cara aniñada que uniéndola a su lengua rápida y macarra hacía un cóctel explosivo.

—Ya te lo avisé, Mariola, deja de mirarme así o terminarás completamente enamorada de mí y me veré en la obligación de partirte el corazón. —Se pasó la mano por la barbilla, apoyó un codo en la mesa y me invitó a acercarme a él con uno de sus dedos—. Aunque una noche loca entre nosotros... Mmmm.

Aquel gemido se oyó en las mesas cercanas y me hizo sonreír.

—Rud, jamás podría liarme contigo, aunque seguro que el polvo sería muy, pero que muy bueno. Eres igual que yo, pero con un rabo entre las piernas.

—Si tuviera yo esas dos amigas, me estaría tocando todo el día. —Se puso las manos en el pecho y volvió a gemir poniendo cara de placer. Estaban a puntito de ponernos de patitas en la calle.

—Deja de tocarte o nos echarán de aquí y tengo muchísima hambre.

—Pues sé de uno que hoy no va a cenar como no haya un alma caritativa. —Rud señaló la entrada.

Alex y su acompañante estaban esperando una mesa que no había disponible. Rud al ver que se estaba formando un pequeño barullo en la entrada, miró nuestra mesa y levantó la mano para llamar al camarero.

—La pelirroja y ese trajeado pueden sentarse con nosotros para cenar.

—¿Qué coño haces? —Le pegué una patada por debajo de la mesa.

—Solamente sigo instrucciones. —Observamos cómo el camarero hablaba con Alex y ellos aceptaban.

—Recuérdame en unas horas que te mate.

Sonreí falsamente mientras se acercaban y respiré hondo, apurando mi copa.

—Alex, tengo muchísima hambre, así que alegra esa cara porque nos vamos a sentar con ellos.

—Abby, podemos ir a cualquier otro restaurante. —Nos paramos antes de llegar a la mesa.

—Alex, sé un hombre y afronta tu pasado. Si ella ya no está en tu vida, admítelo o...

—Para que te conozco.

Se acercaron a la mesa y Rud se levantó para recibir a nuestros acompañantes.

—Sentimos las molestias. —Alex sonrió.

—Yo la verdad es que no lo siento. —La pelirroja se comió a Rud con los ojos—. Tengo muchísima hambre y si el señor estoy muy ocupado para descolgar el teléfono, hubiera llamado para reservar una mesa, no estaríamos en la vuestra.

Yo tenía la cabeza metida en la carta. Solamente quería pedir mi cena y devorar aquello que se me antojaba tan delicioso.

—Esta noche va a ser muy larga. —Alex se sentó a mi lado sin dejar de mirar a Rud.

—Demasiado. —Lo dije en castellano y bajito.

La cena no fue tan desastre como me había imaginado. Rud y Abby hicieron muy buenas migas, cosa que a Alex no le hacía mucha gracia. Hicieron tan buenas migas, que nos obligaron a ir juntos toda la noche.

Tras arrastrarnos a unos cuantos bares que Abby parecía conocer, terminamos en un local de ambiente latino.

Rud y Abby no pararon en ningún momento y nos arrastraron por media ciudad. Si hubiera sido de otra manera les hubiera dejado a la primera de cambio, pero estaba Mariola, y en su estado no me fiaba de nadie, ni siquiera de mí mismo. El último local en el que entramos no sabría muy bien si definirlo como antro de perversión o de auténtica lujuria. La música sonaba y en la pista se veían a parejas bailando como si quisieran unirse para siempre.

—Una ronda de chupitos de tequila para todos. —Abby golpeó la barra dejando un billete de cincuenta dólares y arrastró a Rud hasta la pista de baile.

—Qué peligro. —Observé cómo Mariola se apoyaba en la barra, pero sus caderas se movían al son de la música—. Me encanta. —Lo tuvo que decir medio gritando por el volumen que tenía la música.

—Ya lo veo.

Se alejó de la barra dejando el bolso sobre ella y se dejó llevar por la música. No podía apartar mis ojos de ella. Daba vueltas sobre sí misma levantando los brazos y moviendo las caderas. Varios tipos se le acercaron, pero sin que ella se diese cuenta, les alejé con una mirada. Supongo que pensaron que una mujer así no podía estar sola. Pero al peor moscón de todos no pude evitarle. Rud tiró de Mariola y se la llevó a bailar al medio de la pista. No les quité el ojo de encima. Observaba cómo Rud la agarraba de la cintura, le daba una vuelta, la tumbaba hacia un lateral y aquello provocaba una gran sonrisa a Mariola.

—Cambia esa cara, cariño. —Abby me sacó de mis pensamientos.

—No empieces.

—Vamos a bailar un rato. —Trataba de hacer que me moviese de la barra—. No se va a caer si te alejas.

—Abby, para. —Traté de frenarla, pero era imposible.

Acabamos en medio de la pista bailando cerca de Mariola y Rud. Ellos seguían a los suyos, riéndose a cada vuelta que daban y había que reconocer que hacían muy buena pareja de baile.

La conexión que había entre ellos era explosiva. No sabía si debía preocuparme por lo que pudiera pasar entre ellos y tendría que matar a Rud sin dejar muchas huellas. No era tan mal plan. Disfruté del baile con Abby lo que pude, pero cuando sonó otra canción y ella se fue a bailar con Rud, llegó mi momento. Mariola caminaba hacia la barra y antes de que ningún otro hombre se le acercase, tiré de su mano pegándola a mi cuerpo. Sentí cómo se le erizaba la piel bajo mis manos. Mi cuerpo también reaccionaba al sentir su respiración cerca de mi cuello, al notar su pecho respirando pegado al mío.

Estaba sorprendida con la actuación de Alex, nunca había bailado algo así con él. Ni siquiera pensaba que sería capaz de mover tan bien ese metro noventa y pico con una canción como *Despacito* de Luis Fonsi. Me sorprendí a mí misma bailando ese tipo de música sin haber ingerido una cantidad mayor de alcohol. Con Alex era capaz de perder la poca cordura que me quedaba. Sabía que no podía estar con él mientras siguiese ocultándome sus verdaderos motivos para actuar de aquella manera.

Nuestros cuerpos no se despegaron ni un solo segundo el resto de la noche. Sus ojos no se apartaron de los míos. Miraba como si quisiera saber todo lo que mi cabeza guardaba en aquel momento, todo lo que mi mirada le escondía. Como si quisiera saber si el dolor que me había provocado ya se había esfumado o seguía en algún rincón dentro de mí.

—No voy a volver a caer en tus redes, Alex.

—No te entiendo. —Por su cara no parecía hacerlo.

—Por mucho que me mires como aquella primera vez, por mucho que tus manos recorran mi espalda: no voy a acostarme contigo de nuevo. Hay piedras en las que volver a tropezar puede ser peligroso. —Apoyé mi cabeza entre su pecho y su cuello.

—¿Te arrepientes de lo que pasó en el Soho?

Sabía que se refería a aquella noche que no había sido capaz de olvidar. Por mucho que mi boca soltase que no iba a volver a caer en sus redes, sabía que mi corazón estaba en contra de todas mis palabras. Maldito corazón estúpido.

—No me arrepiento de nada de lo que he hecho en mi vida. —Me quedé unos segundos en silencio pensando—. De todo se aprende.

—¿Qué has aprendido de lo nuestro?

—Pues que eres un maldito imán.

—¿Perdona? —Se separó un poco de mí y nos quedamos quietos en medio de la pista.

—Sí, Alex. Eres un maldito imán al que mi cuerpo, pero sobre todo mi corazón, se siente atraído. Es estúpido, al igual que puedo ser yo en algunos momentos. Yo no quería enamorarme de un tío como tú.

—¿Un tío como yo?

—Sí, uno de los que aparecen en las revistas, pero que al conocer... —Levanté los hombros esperando que Alex comprendiese lo que le estaba diciendo.

—Ya. —Tomó una gran bocanada de aire.

Hablando de lo que decían y enseñaban las revistas, justo detrás de Alex apareció una preciosa rubia, a la que reconocí de la estancia de Alex en Europa de las últimas semanas.

—¿Me lo prestas un rato?

—Claro que sí. —Sonreí amablemente y aparté mi mano que aún reposaba en el pecho de Alex.

—Mariola.

—No te preocupes.

Les sonreí, tratando de ser lo más amable en aquel momento y fui hasta la barra. Mi primera intención fue pedirme un par de chupitos para hacer más llevadero lo que quedaba de noche, pero fui mucho más cabal y recogí mi bolso mientras buscaba a Rud con la mirada. Le encontré muy ocupado con una chica con curvas de infarto, así que decidí que lo mejor era desaparecer de allí.

Estaba a dos manzanas del hotel, así que comencé a arrastrar con mucho estilo mis pies hasta mi suite. Estaba enfadada, pero no sabía si con Alex o conmigo misma por tener la boca tan grande y el cerebro tan pequeño en algunas ocasiones. Entré en el hotel lo más erguida que pude y llegué hasta los ascensores, rezando por qué llegasen lo antes posible.

—Mariola. —Alex entró corriendo cuando yo me estaba montando ya en el ascensor.

—Alex, no tengo el cuerpo para aguantar más. ¿Por qué no te has quedado con la rubia que te follaste en Europa?

—Se te descontrola la boca, Mariola.

—No se descontrola, porque puedo llamarte muchas más cosas que se me están pasando por la cabeza.

—Aquí está de nuevo la Mariola macarra y sin filtros.

Por el rabillo del ojo vi cómo levantaba las manos señalándome, como si me estuviese presentando en público.

—Imbécil.

No quise decirlo, pero se escapó de mi boca macarra. Antes de llegar al piso dieciséis me quité los zapatos. Ya no podía más, mis dedos pedían libertad a gritos. Las puertas se abrieron y salí enfadada del ascensor.

—Soy imbécil, mudarme va a ser lo mejor. —Lo que yo pensaba que era un susurro, eran gritos.

—Serías un cobarde si huyeses cuando se te plantea un problema.

Entonces sí que no me lo pensé, cogí uno de mis zapatos y se lo lancé a la puerta de su suite. Sí, ya sabía o más bien imaginaba, que estaría en la otra suite del hotel cuando se bajó en mi planta. Alex esquivó con gran maestría y al más puro estilo *Matrix* el zapato y cayó dentro de su habitación.

Entré en mi Suite y grité con fuerza. Estaba tan enfadada con él, que lo pagaba conmigo. Respiré un par de veces para poder tranquilizarme y traté de bajarme yo sola la cremallera del vestido, pero con las copas de más que llevaba encima... no era una tarea demasiado fácil. Estiré el brazo para bajarla y comencé a dar unos pequeños pasos tambaleantes, chocándome con el sofá y cayendo por encima de él al suelo. Me quedé unos segundos sentada y me fijé en el zapato que había tirado junto con el bolso al entrar.

Salí de mi habitación para recuperar al hermano de mi *Jimmy Choo* de aquella noche, ya que los necesitaba para la reunión del día siguiente. Eran mis zapatos de la suerte. Aporreé la puerta de Alex y me recibió con una toalla alrededor de la cintura.

—¿Vienes a tirarme algo más o a seguir llamándome imbécil?

—Necesito mi zapato. —Le miré sin desviar mi mirada de sus ojos.

—¿Seguro que no quieres soltar alguno de los insultos?

—Sí, mira, eres idiota. —Le hice a un lado y entré a por mi zapato.

—Mariola.

—No empieces con ese tono de voz, Alex, que nos conocemos. Sé lo que pretendes, ya conozco todas tus tácticas y no voy a volver a caer. Por mucho que me apetezca ahora mismo arrancarte esa toalla y follarte sobre del piano. —Vi cómo se dibujaba en su rostro una sonrisa—. Cambia de cara, porque eso no va a ocurrir.

Me senté en uno de los sillones tras recoger mi zapato. Necesitaba saber algo, conocer de primera mano lo que Alex me iba a contar aquella mañana en su piso, cuando nos interrumpieron los niños. Tal vez era la excusa que necesitaba para que la reunión del día siguiente fuese un completo fracaso o un éxito rotundo.

—Alex, necesito saber una cosa.

—Yo...

—¿Qué ocurre, Mariola? —Fue a su cuarto y salió con el pantalón del pijama puesto—. Primero te enfadas, después me llamas imbécil y ahora parece que te interesa saber algo de vital importancia para ti.

—Alex, la reunión de mañana, como ya te he dicho, puede cambiar mi futuro. Tengo un millón de razones para cruzarme el país y poner tierra de por medio, pero solo necesito una para no aceptar.

Alex se acercó a la barra en la que estaban las bebidas y dejó en la mesa dos botellas de agua y una de *whisky* con un par de vasos. Llevé mi mano a la botella de agua y, tras bebérmela casi entera, serví dos copas.

—Necesito saber qué es lo que me ibas a contar cuando los niños nos interrumpieron. —Pegué un trago—. No hemos acabado la conversación.

—¿Por qué ahora?

—¿Y por qué no?

—Te lo tendría que haber contado hace tiempo y puede que nada hubiese sucedido.

—No creo que hubiesen cambiado las cosas, Alex.

—Tal vez las cosas no hubiesen sucedido así.

Alex se quedó unos minutos en silencio mirando el fondo de la copa que le había servido. No decía nada y comencé a desesperarme. No sabía qué era aquello que tenía que contarme —o confesarme dado el estado nervioso de sus manos—. Me levanté sin decir nada, me acerqué a la terraza y me refresqué con el aire que corría a aquella hora. El mando de la minicadena estaba encima de una de las mesas y pulse el *play*. Las notas de *How Would You Feel* de Ed Sheeran comenzaron a sonar de fondo. Cerré los ojos y me acerqué a la barandilla, aferrándome fuertemente a ella, escuchando aquella letra... tan dura, tan real y tan de nuestro pasado.

«Tenemos preguntas que no deberíamos hacer. (...) Me tomaré mi tiempo, gastaré mi vida enamorándome más profundamente de ti. Así que dime que tú también me quieres».

—No sé por dónde empezar. —La voz de Alex sonó nerviosa detrás de mí.

—Por el principio. —Me di la vuelta sin saber a qué me estaba a punto de enfrentar—. Siempre por el principio.

—Sucedio hace muchos años, pero para mí...

Sus ojos se perdieron en las baldosas que formaban dibujos en el suelo de aquella terraza. Abría la boca, pero la cerraba a los segundos. Le estaba costando mucho encontrar las palabras adecuadas.

—Hace muchos años, cuando éramos jóvenes y muy estúpidos, salimos de una fiesta en Queens. —Movía nervioso sus manos lentamente en el aire—. En aquella época a mi hermano le gustaba retar a mis padres en todo y estaba metido en carreras ilegales de coches. Aquella noche la madre de Jason y unas amigas suyas estaban con nosotros y les pareció una idea genial acercarnos a la carrera que se celebraba. Al llegar allí, Lisa quiso coger uno de los coches de un amigo de Brian. Y nosotros fuimos con el nuestro.

Parecía que le costaba respirar al empezar a contar aquello. Quise acercarme, pero me daba miedo que se apartase o que dejase de hablar. Necesitaba saber aquel secreto tan oscuro y

peligroso que parecía esconder.

—No quise dejar a mi hermano solo, pensé que le haría entrar en razón y que no corriese demasiado, pero el nivel de alcohol y demás sustancias en mi cuerpo aquella noche, no me dejaron ver las cosas con demasiada claridad. Comenzaron a acelerar, a divertirse según ellos, pero... —sus ojos comenzaron a brillar y pude ver cómo las lágrimas se acumulaban en ellos—. La calle por la que entramos se estrechaba y no lo controlaron. Otro coche apareció de la nada, tratamos de esquivarlos... pero ella no pudo evitar la colisión con el otro coche. De rebote, nos embistieron a nosotros, que acabamos dando un par de vueltas y terminamos boca abajo en la carretera, donde no había nadie para ayudarnos...

Se me había encogido el corazón y había dejado de respirar en el momento en que relató cómo otro coche les embistió.

—Alex. —Me acerqué a él, poniendo mi mano sobre la suya, pero negó con la cabeza.

—Necesito terminar de contártelo. —Respiró profundamente—. El fuerte olor a gasolina me hizo recobrar un poco el sentido. Mi hermano estaba tendido en el suelo, fuera del coche, sangrando y yo casi no podía moverme. No sé aún muy bien cómo lo conseguí, pero salí del coche y ayudé a mi hermano. Perdía mucha sangre, estaba inconsciente... Marqué como pude el número de emergencias pidiendo ayuda, pero perdía demasiada sangre y si dejaba de taponar la herida hubiese muerto en mis brazos.

—¿Y el otro coche? ¿Y Lisa?

Alex levantó los hombros y negó con la cabeza, como si con aquel gesto yo tuviese que comprender y saber lo que había pasado con la madre de Jason y sus amigas.

—No podía hacerle eso. —se pasó la mano por la boca y abrió mucho los ojos—. Si hubiese quitado la mano de la herida de mi hermano...

—No pudiste ayudar a todos, Alex. —Me acerqué más a él con las piernas temblorosas.

—Tal vez sea algo relacionado con aquel accidente lo que Jonathan tiene contra mí.

Me quedé unos segundos con la boca abierta, esperando a que las palabras continuasen saliendo de mi garganta sin miedo, pero se terminaron. Se agotaron como parecía que se agotaba el aire a nuestro alrededor. Pensé que contándole a Mariola todo podría de nuevo confiar en mí, pero no decía nada. Dio un par de pasos de espaldas y se apoyó en la barandilla. Cerró los ojos y tomó una gran bocanada de aire, llenando por completo sus pulmones y reteniéndolo dentro.

—No eres tú.

No abrió los ojos, aquellas tres palabras salieron de su boca y... joder, aquello sonaba peor que nunca. Aquellas tres palabras tan temidas por cualquier persona.

—No es por ti, Alex. Nada de lo que está pasando con ese hijo de puta es por ti. Todo es por mí, parece que en aquella fiesta se le activó en el cerebro el gen psicópata y quiere joderme.

—¿Por él quieres huir de Nueva York y establecerte en esta ciudad?

—Si yo me marchó, puede que se acabe todo.

—Tienes mil razones para marcharte.

Me quedé observándola y mis manos comenzaron a temblar. Las metí en los bolsillos del pantalón para que Mariola no se diese cuenta de lo nervioso que estaba.

—Soy yo.

—¿Perdón? —Me miró como si no supiese a lo que me estaba refiriendo.

—Soy yo. Has dicho que tienes un millón de razones para cruzarte el país y solo una para rechazar lo que puedan ofrecerte aquí. Soy yo.

—¿Tú eres la razón por la que debo quedarme en Nueva York?

—Te quiero, Mariola. Aunque la haya cagado de la peor manera.

Mariola entrecerró sus ojos y me miró fijamente negando con la cabeza.

—No me puedo creer que haya salido eso de tu boca, don vocabulario perfecto.

—Parece que una preciosa chica que conocí hace unos meses me ha cambiado más de lo que me imaginaba.

—No me voy a acostar contigo, Alex.

—No quiero que esa sea tu razón. Quiero que tu razón sea mi corazón y no mi cuerpo.

Me obligó a sonreír con su último comentario. Parecía estar muy seguro de que él era mi razón y no se equivocaba. Él podía ser el único por el que podría llegar a rechazar cualquier tipo de oferta. No es que mi familia y mis amigos no fuesen una razón de peso, de mucho peso, pero si me alejaba de la ciudad y de Alex, Jonathan dejaría a todos tranquilos.

—Te he vuelto a hacer sonreír. —Se mordió el labio inferior—. Con eso ya me puedo ir tranquilo a la cama, Mariola. —Levantó una ceja.

—¿Por qué no eres así más a menudo?

—Así ¿cómo?

—Eres Alex y no el hombre que debe tener todo controlado. Eres más tú que lo que se puede ver en internet. Eres el tú que me gusta, del que me enamoré. No la versión estirada que has mostrado últimamente.

—Del que te enamoraste. Hablas en pasado. —Respiró profundamente y se sentó en un banco que había en la terraza.

Me quedé unos segundos bloqueada sin saber muy bien si hablar o si quedarme callada para siempre. Le observé y, por un instante, pensé en la opción de mandar todo a la mierda, de agacharme a su lado y besarle.

—Alex, no quiere decir que no siga enamorada de ti, pero no quiero que tengas miedo y que volvamos a probar suerte, que un día el miedo te asfixie y desaparezcas para siempre de mi vida. —Me agaché a su lado—. No quiero despertarme un día y comprobar que has desaparecido para siempre de mi vida. —Tuve que parar un segundo y respirar profundamente—. No creo que pudiese recuperarme de algo así, Alex. Estoy enamorada de ti, te quiero más de lo que me imaginé que llegaría a hacer aquella noche que nos besamos en aquel callejón con la luz tintineando sobre nuestras cabezas.

—Mariola...

—Déjame terminar, Alex, por favor. —Le agarré de las manos y me las llevé a la boca—. Prefiero ganarte como amigo que perderte como amor. Sé que no soy fácil de llevar, que puede asustar la forma en que tengo de ver la vida y de afrontar los problemas. A parte de que tengo un psicópata detrás de mí por las calles de Nueva York.

Alex negó con la cabeza y esbozó una sonrisa.

—Mariola, no eres complicada. Eres diferente y serlo, es algo muy bueno. No te pareces a ninguna mujer que haya conocido antes. Apuesta por nosotros Mariola, deja que yo sea tu razón.

Me levanté alejándome de él. No quería darle la primera respuesta que tenía en mente, no quería repetirme de nuevo. No pretendía sonar desesperada con el miedo a que todo aquello se desvaneciese de un plumazo. No tenía la más mínima intención de hacer un *lo que pasa en Los Angeles se queda en los Angeles*. No podía dejarme llevar.

—Apuesta por nosotros Mariola, deja que yo sea tu razón para no poner cuatro mil kilómetros entre tú y yo.

Estaba de espaldas a él, mirando los edificios iluminados que se veían desde su terraza. No quería darme la vuelta. Sabía que iba a caer rendida en sus brazos si se acercaba unos metros más

a mí. Alex era mi maldita kryptonita, era quien me hacía sentir, pero también quien me provocaba algo que ningún hombre había conseguido. Yo había sido siempre más de vivir el momento sin pensar en el futuro, pero con Alex todo había sido diferente.

—Es mejor que me vaya a mi habitación. —Le esquivé y ni siquiera fui capaz de mirarle a los ojos.

—Mariola —me agarró dulcemente del brazo al hablar— no te vayas, por favor.

—Alex, me estás pidiendo que apueste por nosotros y tú no has sido capaz de afrontar tus miedos y luchar por lo que empezábamos a tener. ¿Por qué debería hacerlo yo? No seas tan egoísta y pedirme que haga algo que tú no has tenido huevos a hacer. —Mi tono de voz era amable, pero no mis palabras.

—He sido un cobarde, un gilipollas y he estado... ¿cómo sueles llamarme últimamente? *Apollardado*. Mañana saldrá todo en la entrevista y no quedará nada con lo que Jonathan pueda chantajearnos.

—No quiero depender de que tengas miedo. La vida no es fácil ni sencilla. Un día puede ser maravillosa y al día siguiente puede mostrarte una de sus caras más terribles. —Me di la vuelta para enfrentarme a su mirada—. Hay cosas que no puedes planear. Siempre puede pasar algo que haga que tu vida se desmorone y se vaya a la mierda sin remedio —sentí un nudo en la garganta que me iba a impedir seguir soltando todo lo que había retenido dentro de mí—. La vida puede llegar a ahogarte. —No pude decir nada más. Mis propias palabras lo estaban haciendo.

—Si la vida nos ahoga respiraremos profundo y saldremos a flote. Déjame ser tu razón, Mariola. A pesar del dolor, a pesar de todo lo malo que la vida nos tenga guardado; si me dejas ser tu razón, podremos con todo, Mariola. Somos más fuertes de lo que pensamos. Bueno. —Esbozó una sonrisa nerviosa—. Tú eres fuerte y yo lo soy a tu lado.

Alex estaba siendo sincero y yo no sabía qué demonios responder. Es como si se hubiese metido en mi cabeza y me estuviese diciendo exactamente lo que quería escuchar. Me di la vuelta y atravesé el salón para irme a mi habitación. Mi cabeza me pedía a gritos que saliese de aquella habitación porque iba a ser incapaz de cumplir la promesa de no acostarme con él, pero mi corazón ¡joder! Mi corazón debía hablar otro idioma porque me exigía que me diese la vuelta y me asegurase de que estaba siendo sincero. Puse la mano en la puerta para salir de allí sin mirar atrás, pero no pude abrirla. Sabía que tenía a Alex a escasos metros, observándome, pidiéndome a gritos en silencio que no me marchase de allí y que le escogiese.

—Mariola...

Salió de sus labios de una forma tan dulce, tan tierna, que me estremeció escuchar mi propio nombre en sus labios. Al girarme, tenía su mano tendida en el aire pidiendo que me acercase a él, que agarrase su mano y no la soltase nunca. Extendí la mía lentamente, con miedo a aferrarme a la suya y que la soltase. Al poner la mía sobre la suya, la agarró fuertemente, tirando de mí y llevándose nuestras manos entrelazadas al pecho. Nuestros cuerpos estaban pegados y comenzó a bailar al son de la canción que sonaba. Se me escapó una risa nerviosa y adolescente. De esas que se me escapaban cuando algo se me iba de las manos.

—No te soltaré jamás, Mariola. Pase lo que pase, estaré a tu lado. Como amigos por ahora, pero no dejaré de luchar por ti. Me da igual el tiempo, los problemas o las personas que se interpongan en mi camino. Apareciste un día para dar luz y color a mi vida.

Apoyé mi cabeza en su pecho escuchando su declaración.

—No voy a dejar que se apague. Te quiero, Mariola.

Era imposible saber lo que iba a suceder al día siguiente ni las consecuencias que le iba a acarrear aquella entrevista que había pactado con la editorial, pero en aquel momento, en aquel

preciso instante en que la música seguía sonando y nosotros bailábamos en la oscuridad de aquella habitación, sentí que todo podía comenzar de cero y confirmé que Alex era mi razón.

Me desperté con los primeros rayos de luz que entraron en la habitación. Me había quedado dormida sobre el pecho de Alex, con su brazo por encima de mi cuerpo a modo de protección. Me senté en la cama observándole. Dormía tranquilo, como si no hubiera ya nada que le atormentase.

La música seguía sonando en el ordenador que no apagamos.

«Tengo un millón de razones para marcharme, pero solo necesito una buena para quedarme».

Allí estaban las *Million Reasons* de Lady Gaga cantando lo que la noche anterior le había dicho a Alex. No quería moverme, no quería casi ni respirar para no despertarle y romper aquel momento. Bajé de la cama sin hacer mucho ruido y busqué por la habitación mis dos zapatos. Uno se encontraba en la mesa del salón y el otro estaba debajo de la cama.

Antes de salir de la habitación me quedé mirando unos segundos a Alex, que no se había movido ni un milímetro en la cama. No pude salir de allí sin acercarme a él, me apoyé en la mesilla que estaba al lado de la cama y, sin hacer ruido, me aproximé a su mejilla, depositando un beso suave.

—Eres una buena razón, Alex, de eso no hay ninguna duda. —Lo susurré esperando que no lo escuchase... o tal vez si quería que lo hiciese.

Cerré la puerta sin hacer demasiado ruido y caminé por el pasillo con los tacones en la mano. Al entrar en mi habitación no había rastro de Rud, pero sí de la noche que debió pasar. Había ropa desperdigada por el suelo, un par de botellas de champán y unas bragas de un color flúor horribles colgaban del pomo de la puerta de Rud. Supuse que aquello era algún tipo de código de neandertales para avisarme de que podía encontrarme con alguien en pelotas por la suite.

Me metí en el baño para darme una ducha relajante antes de irme a la reunión a las doce del mediodía. Una hora un tanto extraña para alguien que comenzaba con reuniones a las siete de la mañana la mayoría de los días. Mientras el agua resbalaba por mi cuerpo, pensé en lo que podía pasar en las siguientes horas. Tal vez recibía una gran oferta irrechazable. Cerré los ojos fantaseando con la idea de que nuestra vida volviese a ser normal. Solté aire por la nariz y negué con la cabeza. Mi vida nunca había sido normal y eso no iba a cambiar de la noche a la mañana. No quería tener una vida normal, quería que fuese extraordinaria. Que todos los días algo pudiera sorprenderme y que nunca dejase de soñar.

—¡Mariola!

Menos mal que el vaho que había provocado el agua caliente había empañado la mampara de la ducha.

—Joder, Rud, ¿qué coño haces? Llama a la puerta.

—¿Llamar a la puerta me dices? He aporreado tu puerta hará una media hora y no me has contestado. He entrado en pánico absoluto pensando que te podía haber pasado algo y me he encontrado tu móvil en el salón. No he tenido más remedio que ir a la habitación del jefe, para saber dónde demonios te habías metido. —Su tono de voz era muy serio, al igual que el gesto de su cara.

—¿Y qué te ha dicho el gran jefe? —Me aclaré el jabón y saqué una mano buscando la toalla.

—Pues gracias a ti, Paris, me he ganado una buena bronca al haberte perdido de vista ayer a la

noche en la discoteca.

—Es que estabas tan ocupado con la morena. —Rud me dio una toalla y al salir le vi enfadado—. Quitá esa cara que has triunfado.

—Que más hubiese querido. Pero no le gusté. —Se sentó en la encimera del lavabo—. Estaba más interesada en ver cómo movías el culo bailando. —Empezó a mover el pecho como si estuviera en el sambódromo.

—Si no ligaste con ella —le empujé tratando de que me dejase verme en el espejo—, ¿de quién son las bragas flúor que cuelgan de tu pomo?

—De una bailarina cubana.

—Rud, me encanta que me des conversación, pero me tengo que preparar para la reunión y quiero desayunar algo antes en Clementine. —Sonreí.

—¿Te has acostado con él?

—¿Perdona?

—He ido a la suite del jefe y tenía cara de estar muy satisfecho. Tú no estabas en tu cuarto y sonríes de una manera muy extraña. Dos más dos son cuatro, Mariola. Aquí la que quiere poner tierra de por medio con el jefe y lo que pone de por medio es una cama. Por medio, por encima, por debajo...

Abrí la boca ofendida, negué con la cabeza y le tiré lo primero que tenía a mano. Un bote de gel que impactó contra su cara, provocándole una pequeña herida que comenzó a sangrar en segundos.

—Lo siento, lo siento... —Cogí la toalla de manos y me acerqué a él—. No quería... —Me empecé a reír mientras presionaba la herida de su boca—. Cualquiera te llevaría donde tu jefe y te echarían.

—Pero tú no eres cualquiera. —Me quitó la toalla de la mano y se miró al espejo—. Eres diferente a los demás y eso es lo mejor de ti. —Notó mi mirada extrañada a través del espejo—. No me mires con esa cara. Puede parecer que no deje de bromear siempre, que me encante molestarte hasta el punto de que me llames imbécil, pero en este tiempo te he conocido bastante. No dejes que él se aproveche de una noche de locura.

—Es más complicado que todo eso. Mucho más de lo que imaginas.

—La vida solo es tan complicada como cada uno quiera hacerla.

—Lo fácil que era la mía hace un año.

—Uffff, pues yo no volvería a mi vida de hace un año. Estaba con una seguridad horrible. Estaba trabajando para uno de esos multimillonarios de noventa años que se casan con una jovencita de veinte, que lo único que hace es entrar y salir de clínicas de estética, cada vez con las tetas más grandes y el cerebro más pequeño. —Mojó la toalla y se miró al espejo quintándose la sangre que le quedaba—. Menos mal que Dwayne se acordó de mí sacándome de aquel infierno.

—Para meterte en otro conmigo. —Levanté las cejas mientras me maquillaba.

—Tú eres el mejor infierno en el que he estado. —Se bajó de la encimera, me dio un beso en la frente y se dirigió a la puerta.

Me estaba preparando para la entrevista mientras sonreía por las palabras de Mariola. Sí, las había escuchado, y que hubiese salido de su boca que era una buena razón, me hacía creer que aún quedaba una oportunidad entre nosotros, pero no quería adelantar acontecimientos. Aún quedaba la entrevista, de la cuál podrían sacar cosas de contexto y poner palabras en mi boca que no iba a decir. De eso ya me preocuparía más adelante. Tenía que aprender a ver las cosas más al modo de Mariola: preocuparme por lo que tengo delante y no preocuparme por cosas que están fuera de mi alcance.

Al salir de mi suite escuché unas risas y a Mariola cantando. Estaba preciosa con aquel vestido negro que dejaba al descubierto parte de su espalda, donde se podían ver varios de sus tatuajes. Me quedé observando uno en su brazo, no sabía cómo no me había fijado antes. Aquel era nuevo y me quedé fijamente mirándolo tanto tiempo, que escuché la voz de Mariola a mi lado.

—Buenos días, Alex.

—Buenos días, jefe.

Levanté la mirada y Rud estaba al lado de Mariola con una sonrisa que me sacaba de mis casillas en su cara. Tenía que deshacerme de él y ponerle un guardaespaldas de unos mil quinientos años. Me fijé que Rud tenía una herida en el labio. ¿Tan loca había sido su noche para acabar marcado? Puse mi mano en la puerta para que no se cerrase y traté de no sonar como un energúmeno.

—Algunos tenemos que llegar a una reunión.

—Perdón. —Mariola me miró negando con la cabeza y haciéndome burla con la boca—. Perdón, Mr. Ocupado.

Mariola sacó su móvil porque empezó a pitar. Al abrir los mensajes sonrió mientras la voz de Andrea salía a gritos del teléfono.

—Tía, te quiero mucho y te echo mucho de menos. Tráeme un poco de arena de la playa y unas conchas bonitas, que vamos a hacerle a mamá una playa en la azotea.

—La madre que me parió. —La sonrisa que se dibujó en su cara no tenía precio.

—Así que no te olvides de traer cosas chulas de la playa de... de... de allí. Te quiero. Muaaaaaaaaaaaaaaa.

Mariola se quedó en silencio unos segundos mirando la pantalla. Aquella niña era otra de las razones por las que Mariola no se iría de Nueva York hasta que solucionase todos los problemas de Sonia.

—Señor, es de mala educación escuchar conversaciones ajenas.

—Tú lo has puesto con el altavoz. No es mi culpa que la voz de tu sobrina resuene por todo el ascensor.

Se abrieron las puertas en el vestíbulo y Mariola se estiró el vestido saliendo del ascensor con una gran sonrisa.

—Buenos días, Dwayny.

—Buenos días, señorita Santamaría. —Hasta Dwayne había sucumbido a ella. No se enfadaba por que Mariola usase aquel apelativo con el que le habían bautizado los niños.

—Rud, tenemos que ir a desayunar que me muero de hambre y luego a US Bank Tower de...

—Sé dónde tengo que llevarte.

—Adiós, Alex.

Se giró para despedirse, levantó una mano en el aire y se quedó quieta unos segundos. Parecía que sus pies se habían pegado al suelo. No apartó ni un instante sus ojos de los míos y comenzaron a temblarme las manos ante su intensa mirada. Le entregó a Rud todo lo que tenía en las manos y volvió a mirarme, de esa forma tan única que tenía de hacerlo. Abrió la boca, tomó una gran bocanada de aire, me observó detenidamente y se acercó a mí. Comencé a temblar más. Me agarró de las manos y me susurró cerca de mi mejilla.

—Sí, eres una de mis razones. —Me besó en la mejilla, dejando sus labios contra ella varios segundos de más—. Por favor, ten mucho cuidado en la entrevista.

Se separó de mí con una gran sonrisa, me acarició la mejilla y se alejó sin dejar de mirarme. Observé cómo salía del hotel y cómo Rud me miraba negando con la cabeza. ¿Podría

despedirle por juzgarme? Le dijo algo a Mariola y ella le respondió con un golpe fuerte en el pecho, que él recibió con un gesto exagerado que hizo sonreír a Mariola.

—Señor, nos tenemos que marchar.

—Sí, la entrevista. —Caminamos hasta el coche que estaba aparcado en la entrada—. ¿Has podido averiguar si Ryan y Jonathan tienen algún tipo de conexión?

—No hay nada, señor.

—¿Y sabéis algo sobre su paradero?

—El día de la inauguración, Mariola se lo encontró en la calle. Mandó a Rud a por comida y ella se escapó a recoger el disfraz. Rud la encontró en medio de una de las avenidas muerta de miedo.

—Joder, Dwayne. —Me quedé mirándole enfadado—. Pon a todo el equipo a buscarle, removed cielo, tierra e infierno para sacarle del sucio escondrijo en el que está metido. No puede ser que sepa todos los pasos de Mariola, que se adelante siempre a ella. Hay alguien que le está ayudando. Alguien debe tener contacto con ese hijo de puta. —Agarré a Dwayne del brazo.

—Hemos investigado a todos y no hemos encontrado ninguna conexión con él.

—Seguid haciéndolo. Cueste lo que cueste, le voy a sacar de su vida.

Me monté en el coche y en el trayecto hasta el hotel en el que íbamos a realizar la entrevista, estuve pensando en las palabras de Mariola: «Eres una de mis razones».

Mientras desayunábamos, Rud leía el periódico y yo anotaba varias reuniones en la agenda y preparaba un par de presupuestos que tenía pendientes de las flores y la mantelería para una fiesta de quince años. Recibí diez *e-mails* de Scott preguntándome cuándo volvía a la oficina porque iba a morir en el intento de ser yo por unos días. Solo le respondí un email con emoticonos de una sevillana, la cara con las gafas, un café y un croissant, acompañados de varios labios. Sabía que no lo iba a entender, pero me divertía al imaginarme su cara de absoluta incompreensión.

—Paris, quita esa cara y acábate el té.

—Sabes que necesito un café por las mañanas y no esto que me dices que es más sano para mí.

—Hay un Starbucks a cuatro minutos de donde tienes la reunión. No me llores tanto, princesita. Prometo que subirás a la reunión con un café largo en la mano. —Se encargó de pagar la cuenta.

—Vaya, parece que el jefe te paga muy bien para invitarme a desayunar.

—Nena, te invitaré a desayunar siempre que pueda. Porque lo de cena y polvo... —Me miró con los ojos muy abiertos y justo cuando yo abrí la boca para contestarle, siguió hablando—. Vale, cuando los dragones con uñas de porcelana pueblen la tierra.

Afirmé mientras recogía todo y salimos del local riéndonos.

Cuarenta minutos después tenía en la mano un café bien cargado y la sonrisa de Rud mientras veía a la preciosa recepcionista que estaba en el piso sesenta y cinco dándonos la bienvenida. Rud no se separó de mí ni un segundo. La recepcionista me hizo pasar a una gran sala con unos ventanales que daban a la ciudad, mientras Rud se quedaba sentado fuera con una revista. Tan solo esperaba que aquella vez no se mirase los párpados por dentro mientras estaba reunida.

Eran más de las doce de la mañana y no había rastro del hombre con el que me iba a reunir. Me fijé en la mesa y conté ocho sillas. Se suponía que era una reunión informal para conocer al socio y ver si podíamos ponernos de acuerdo en las ideas generales de los jefes, pero aquello parecía preparado para una reunión mucho más importante de lo que yo me había imaginado.

Me levanté nerviosa y me acerqué al gran ventanal para observar desde las alturas. No me parecía la ciudad más espectacular del mundo, echaba de menos los grandes edificios de Nueva

York. Estaba tan ensimismada en mis pensamientos, que no me di cuenta de que alguien había entrado a la sala, hasta que oí una voz muy dulce, con un acento muy marcado. Me di la vuelta y tenía delante a un hombre enfundado en un traje azul, perfectamente abotonado, a pesar del calor que hacía aquel día.

—Claro que sí. Perfecto. Sí, te tengo que dejar que ya llego bastante tarde a la reunión. Seguro que me matarán en cuanto llegue por hacer que espere tanto tiempo. —Me miró sonriendo—. Luego concretamos. Hasta luego. —Colgó el teléfono y se acercó a mí con paso firme—. Siento mucho haberte hecho esperar, pero ya sabes cómo son estas llamadas de última hora. Soy Will Rodríguez.

—Encantada, Will. —Le tendí la mano, pero tiró de ella para darme dos besos—. De acuerdo.

—Siendo española me extraña que te hayas americanizado tanto. —Habló en castellano con un precioso acento cubano.

—Se supone que vas a ser el socio de los jefes, así que me intento comportar. Cuando me conozcas ya verás que de americanizarme... poco.

—¿Seguro? —Miró el café que tenía en la mano.

—No me juzgues por esto. Ni lo intentes.

—De acuerdo. —Levantó las manos en son de paz y me sonrió.

Aquella sonrisa le acompañó durante las dos horas que estuvimos en aquella sala. Will me enseñó varios de sus trabajos y era muy bueno. Se nos pasó el tiempo sin darnos cuenta. Will era una de esas personas que te hacen sentir bien desde el segundo uno. Sin conocerle demasiado, ya me caía bien y la forma que tenía de hablar me gustó mucho. En aquellas dos horas hablamos de mis trabajos, le enseñé la presentación que me había enviado Linda y me mostró cuáles eran los puntos fuertes de su empresa. Sabía la razón de Linda para decidirse por él.

—¿Qué te parece si esta noche cenamos para celebrar que la empresa abre delegación en esta costa?

—¿Así de fácil te haces socio de mis jefes? —Le miré extrañada.

—¿Socio? —Soltó una gran carcajada—. No, Mariola. Yo no quiero ser socio de la empresa ni abrir aquí una delegación de CIA. Yo te quiero a ti. Quiero a Mariola Santamaría aquí. Llevo varios años siguiendo la empresa y todos tus trabajos tienen algo que pocas veces se ve en este sector. Pones frescura y un punto de locura en todos tus eventos.

—Me estoy perdiendo un poco, Will. Si no vas a ser el socio que me dijo Linda... —Me removí nerviosa—. ¿Quién coño eres?

—Linda y Michael se van a jubilar y...

Creo que se dio cuenta de la cara de sorpresa que estaba poniendo, porque sus palabras empezaron a alargarse.

—Ellos me venderían la empresa y en Nueva York se quedaría CIA, pero a ti te quiero en mi equipo aquí en los Ángeles. Tú eres su más valiosa trabajadora y te quiero aquí.

Sus palabras entraban por mis oídos, pasaban a mi cerebro a toda velocidad, pero este no era capaz de filtrar lo que estaba escuchando. No lograba comprender por qué Linda no me había explicado nada.

—Yo... no... —Me costaba hasta respirar—. Linda no me dijo nada de todo esto. Ella tan solo... —Me llevé la mano a la boca y traté de recordar mi última conversación con ella por si me había perdido algo.

—Linda sabía que si te lo explicaba todo no ibas a querer sacar ni un pie de Nueva York. Así que ella te mandó aquí engañada, vendiéndote que yo quería abrir una delegación en esta costa y bla bla bla. —Meneó la cabeza—. Tengo que decir que estoy encantado por ello. Todo lo que me

dijo era verdad. —Me miró y me regaló otra increíble sonrisa—. Me avisó de que en cuanto hablase contigo dos minutos y conociese a la verdadera Mariola... te querría secuestrar sin dejarte salir de la ciudad. Si a mí en dos minutos me has convencido, ¿qué no podrás hacer con los clientes!

No podía articular palabra. A Mariola Santamaría la que jamás se quedaba en silencio, me habían dejado sin argumentos.

—Voy a intentar venderme, vender mi empresa y lo que estoy dispuesto a ofrecerte. —Se levantó, se quitó la americana dejándola sobre la silla y poniéndose delante de mí—. Sé de lo que eres capaz, de todo lo que consigues con tu tesón y tu esfuerzo. Eso es lo que quiero en mi empresa. Las personas que han pasado por aquí han sido peor que un grano en el culo.

Me sorprendí de la forma que tenía al hablarme. No es que me molestase, pero me resultaba divertido verle sacar todo su armamento para convencerme.

—Elegirás los trabajos.

—Eso ya lo hago en Nueva York. —No iba a dejar que pensase que estaba ganando aquella partida.

—Serías mi mano derecha.

—Ajá. —Me crucé de brazos delante de él aún sentada en la silla—. No me ofreces nada nuevo.

—De acuerdo. —Escribió algo en un papel que estaba encima de la mesa y me lo dio. Era una cifra: \$12,000.

—No está mal como aumento anual. —Le di la vuelta a la hoja devolviéndosela.

—Eso sería tu sueldo mensual.

Menos mal que estaba sentada. Si hubiese estado de pie, Will hubiese visto mis bragas al caerme. Mi mirada se quedó fija en uno de los botones de su camisa y mi boca se quedó en plan pista de aeropuerto para alguna mosca despistada que hubiese en aquella sala.

—Vale, será mejor que dejemos el resto de la conversación para esta noche en la cena. Linda puso muchas pegas para que vinieras hasta aquí, pero yo pude convencerla. —Se situó delante de mí—. Todo lo que te ofrezco es bueno. Cenamos y continuamos hablando.

—Will... —me levanté sin saber qué decir.

—Es una cena de negocios. —Sonrió de nuevo.

—No sé si podré decir que sí a tu oferta en algún momento.

—Cenamos en Mastro's en Beverly Hills. Prometo no emborracharte —levantó una ceja—, demasiado.

—¿Así cierras los tratos?

—¿Lo cerraré esta noche?

—Seguramente no.

—No me digas eso que me partes el corazón. —Se llevó la mano al pecho y sonreí.

—Eso es demasiado *telenoveler*. —Me reí y le vi esperando—. De acuerdo.

—A las seis y media te paso a recoger.

Estábamos en la terraza del hotel Sofitel de Beverly Hills. La editorial pensó que estaría más cómodo en aquella terraza con un millón de preguntas incómodas. Estaban haciendo comentarios a mis respuestas sin mucho sentido, me preguntaban cosas que realmente no interesaban sobre mi vida, mis exnovias, mis padres, mi hermano y un sinfín de cosas totalmente irrelevantes. Todo estaba siendo grabado y fotografiado.

Una vez que las dichosas preguntas terminaron, posé en diferentes localizaciones de la terraza y me relajé un poco al estar más alejado de ellos. Y cuando bajé la guardia, cuando

pensé que todo aquel infierno de más de tres horas estaba terminando, salieron con la artillería pesada.

—¿Mariola Santamaría conoce todo tu pasado? ¿O es por eso por lo que ahora mismo está teniendo una reunión para mudarse a Los Ángeles? —La periodista notó cómo la fulminé con mi mirada.

—O se queda al margen o no continúo. Ese fue el trato.

—Que tendrá ella que no han tenido las demás para tener al súper millonario bajo su embrujo. —Lo que ella pensó que decía en bajo, salió un tono más alto de lo normal.

—Juro por Dios que como salga su nombre o una sola foto de ella —me acerqué a ella fuera de mí—. Os jodo la vida a vosotros y a la mierda de revista para la que trabajáis.

—Sí, Alex, pero esta mierda de revista te puede joder la vida, así que deja ese mal humor que somos nosotros quienes tenemos la sartén por el mango.

Tuve que callarme ya que aquella mujer que consiguió sacarme de mis casillas tenía razón.

Cuando terminaron de sacar las fotos que quedaban, hice una señal a Dwayne y nos marchamos de allí. No quería permanecer cerca de aquellas hienas ni un segundo más. Oían el miedo, la sangre y la mierda. Por eso nunca había dado una entrevista a medios como aquellos.

Salí del hotel y lo único que se había mantenido en mi cabeza eran las palabras de Mariola. Por ella estaba haciendo todo aquello y esperaba que las cosas pudiesen solucionarse entre nosotros. Poco a poco, tardase lo que tardase, seguiría siendo una buena razón para ella.

En el trayecto al hotel Dwayne no hizo ningún comentario, así que supuse que no se sabía nada nuevo de Jonathan y no había novedades de Rud tampoco. Al entrar en la suite, el olor de Mariola que la noche anterior había impregnado la habitación se había esfumado y me moría de miedo porque, al igual que su aroma había desaparecido, ella podía hacerlo de mi vida. Quería coger el teléfono y llamarla, quedar con ella en la piscina y tomarnos una cerveza mientras me contaba cómo había ido la entrevista, pero no quise molestarla.

Dejé a Dwayne en la oficina con las investigaciones y bajé con el periódico a la piscina. Lo que yo pensaba que iba a ser una tarde tranquila, se convirtió en una tarde ruidosa, con un montón de tíos a remojo. Un equipo de fútbol americano que estaba haciendo las delicias de las camareras.

Me puse los cascos y decidí perderme en alguna lista, aunque no pude hacerlo por mucho tiempo. Empecé a escuchar gritos que se elevaban por encima de aquella canción.

—Un ángel ha bajado del cielo para pasar la tarde con nosotros.

Cuando me giré para ver cuál era el motivo de tanta exaltación, vi cómo Mariola salía de unos de los pequeños reservados que había en la piscina. Llevaba un pequeño bikini que realzaba cada parte de su maravilloso cuerpo. Esas caderas tan bien contorneadas, esos muslos... Mi cabeza se vaciaba cada vez que la veía semidesnuda. No dejaba de ser un hombre al que una mujer le despertaba sus instintos más primarios. Se tiró de cabeza a la piscina e instintivamente me levanté temiendo que la parte de arriba de su pequeño bikini saliera flotando. Mi cara debía de estar desencajada, porque cuando llegó Dwayne miró al mismo lugar que yo estaba haciendo.

—Santo Dios.

—Es Mariola, así que chitón, Dwayne. —Se le cambió la cara.

—Yo... —No dejaba de mirar a la piscina—. Venía a decirte que Mariola, desde hace un mes, está recibiendo rosas en su despacho. —Le miré fijamente—. Y no, no sabemos de dónde proceden.

Volví a mirar a Mariola y estaba siendo rodeada por cuatro jugadores enormes y llenos de

tatuajes.

—Me vuelve jodidamente loco, Dwayne. Y eso me preocupa.

—No es para preocuparse. Te vuelve loco de la peor y la mejor manera. Pero es la única capaz de calmarte. Ella es la única que hace posible lo imposible para ti.

Mariola se subió en una colchoneta que estaba en medio de la piscina y amablemente evitó el contacto con los jugadores.

—Mariola. —Oí a Rud llamándome y traté de hacerme la sorda—. Sé que me estás oyendo. —Le hice un gesto con la mano para que me dejase en paz—. No me hagas tirarme a la piscina.

—Pasa de mí, Rud.

Dejé de oír sus gritos y pensé que se habría puesto a ligar alguna de las animadoras del equipo que estaban en la piscina. A los segundos noté cómo la colchoneta se hundía en el agua y cómo esta entraba por mi boca y nariz. Salí a flote como pude tosiendo y escupiendo agua.

—La madre que te parió, Rud. —Me subí en su espalda, tratando de ahogarle.

—No juegues, Paris, que puedo contigo. —Se apartó el pelo de la cara—. A tu ex le daría un ataque al corazón si se te ve algún centímetro más de piel.

—¿Alex está aquí? —Al darme la vuelta me encontré con sus ojos clavados en mí.

Quería salir de la piscina y preguntarle cómo había ido la entrevista, pero tenía miedo de que hubiese prensa en el hotel y que aquello llegase a Jonathan y volviese a actuar. Así que decidí mantenerme al margen hasta que subiésemos a nuestra planta del hotel.

Dejé a Rud subido en la colchoneta que segundos antes tenía debajo de mi cuerpo y salí del agua para tumbarme un rato al sol. Fui a la barra, pedí un gran daiquiri y me metí en el reservado para cambiarme de bikini. Me quité la parte de arriba para poder escurrirlo un poco. Estaba de espaldas a las cortinas y noté cómo entraba más sol.

—No necesito nada, gracias. —Me tapé el pecho con un brazo y giré la cabeza.

—No soy quien te imaginas. —Miré fijamente a Alex que estaba delante de mí.

—Ya veo.

—¿Buscas esto? —Cogió la parte de arriba de mi bikini y la levantó a una altura a la que yo no llegaba.

—Al final voy a pensar que tienes unas tendencias sexuales un tanto extrañas. Hace un tiempo te quedaste con mis bragas, ahora me quieres robar la parte de arriba de un bikini... —Le miré medio sonriendo—. Yo me lo haría mirar.

—Vas a tener q saltar un poco más arriba o acercarte más a mí. —Estaba jugando conmigo.

—Vamos a ver, seductor de película antigua en blanco y negro. —Sabía que no iba a bajar el brazo entonces traté mi propio plan—. Por mucho que el destino se entrometa para que nos veamos... —bajé el brazo y me destapé—. Entre nosotros hay una atracción sexual enorme, no te lo voy a negar. —Me acerqué a él, quería que notase mi pecho desnudo sobre el suyo—. Somos adultos y debemos comportarnos como tal.

No dije nada más y le empujé fuera de mi reservado, haciendo que su metro noventa cayese a la piscina que estaba a escasos metros. Me di la vuelta dignamente, sonreí a Dwayne y Rud que estaban *ojipláticos* mirándonos y volví a entrar cerrando las cortinas. No pude contener la carcajada que se salió de mi garganta sin control. Fuera oí a Alex blasfemar algo ininteligible en castellano, cosa que me provocó aún unas carcajadas mucho más sonoras.

Me puse la parte de arriba y salí a hablar con Rud. Aquella noche cenaba con Will y no quería que Rud volviese a hacerme de niñera para no tener que explicar la razón de por qué llevaba a un tío pegado a mi culo a todas partes. Rud se negó a aquello varias veces, a lo cuál Dwayne se unió

alegando que, aunque estuviese a miles de kilómetros de casa, nadie sabía el paradero de Jonathan.

—¿Sabes una cosa Rud? —Le miré sonriendo—. No me caes nada bien ahora mismo. Nadie me va a hacer nada en este hotel, es imposible que Jonathan sepa dónde estoy ahora mismo, así que déjame en paz.

Me encaminé de nuevo al reservado a recoger mi bebida para tumbarme y relajarme un rato al sol.

—¿Te parece bonito? —Me di la vuelta de un salto y vi a Alex empapado de pie allí dentro.

—Te lo has ganado por idiota.

—¿Sabes lo que te has ganado tú? —Sus ojos echaban chispas.

—¿Un premio a la paciencia?

—Con tu salida de tono, tu contoneo por la piscina con esa minúscula pieza, por la osadía de salir sin la parte de arriba dejando a la mitad de los hombres con la boca abierta, te mereces un castigo.

—Bueno sí —solté una falsa carcajada—. Ahora me vas a salir con que eres un amo castigador. —Levanté una ceja—. Pues no te esperes a una sumisa de rodillas ante ti diciendo: sí mi amo. —Me mordí el labio y Alex sonrió.

—Ni mucho menos. —Tiró de mi brazo y me pegó a él.

Notaba sus músculos mojados tensándose alrededor de mi cuerpo. Me seguía provocando aquellos maravillosos escalofríos que me recorrían toda la columna.

—No es justo para los que están ahí fuera ver algo que no pueden tocar. —Mientras su boca me adoraba, sus manos empezaron a recorrer mi cuerpo—. Eres como un bombón en una pastelería. Perfecto por fuera, dulce y una pura tentación por dentro, pero que desde el escaparate no se puede tocar. —Bajó su mano hasta mi culo y lo apretó tratando de provocarme—. Que no se puede oler. —Pasó su nariz por mi cuello poniéndome los pelos de punta—. Y, sobre todo, que no se puede saborear. —Pasó sus labios por los míos, sin llegar a besarme.

Mis piernas comenzaban a flaquear, pero sus brazos me tenían bien atrapada, para no poder huir. Mi cabeza daba vueltas y mi yo más temerario estaba con las bragas en la mano. Subió sus manos por mi espalda alcanzando mi cara, acariciándola y mirándome a los ojos. En esos momentos era cuando mi mente se olvidaba de todo y solo veía al hombre del que me había enamorado. No me pude resistir y enterré mi lengua en su boca, jugando con sus labios, apretando sus fuertes brazos con los míos y pegándome completamente a él.

Nuestras miradas se unieron durante varios minutos, sin decir nada, sin movernos, sin ni siquiera casi respirar. Había tanto que decir y tan poco ya que callar... Yo le había confesado que él era mi razón, pero no sabía si yo podía ser la suya. La única razón por la que Alex dejaría de lado sus miedos.

Mi móvil comenzó a sonar, pero traté de olvidarme de él. Pero continuó sonando aquella canción de una manera tan insistente, que me obligó a separarme sin desearlo de Alex para responder a quien demonios fuese el que osaba a molestarnos.

Observé cómo buscaba su móvil, y al ver quién estaba llamando, se separó de mí como si no quisiera que viera quién estaba al otro lado. Al ver que se trataba de ocultar quise saber quién la llamaba y por la cabeza se me pasó que podía ser Ryan. Cerré los ojos y respiré profundamente mientras seguía sintiendo el cuerpo de Mariola pegado al mío. Recorrí su cuello con mis dedos para apartarle el pelo y me empujé con su culo, mientras mis ojos seguían buscando la pantalla de su móvil.

—¿Te importa si te llamo dentro de un rato? —Me seguía empujando y, como yo no me

alejaba, se las ingenio para agarrarme del brazo, doblármelo hasta la espalda, obligándome a ponerme de rodillas delante de ella—. Tengo algo entre manos...

Traté de moverme, pero aquella loca me tenía arrodillado a sus pies, de la forma más literal posible. Intenté moverme, pero ella negó con la cabeza y me apretó más.

—Espera un segundito... un segundito. —Me miró, se pegó el teléfono al pecho—. Como sigas molestando sales de nuevo a la piscina, pero esta vez sin bañador.

—No te atreverás. —Me zafé de su mano y le di la vuelta pegándola a mi cuerpo.

—Sí, yo te llamo en un rato. Claro que sí. Estoy deseándolo. —Colgó el teléfono—. Mira, señor arrogante, no vuelvas a mirar por encima de mi hombro para cotillear con quién hablo.

—Estás semidesnuda delante de mí y te alejas para coger una llamada. Tenía que ser muy importante.

—Una fiesta de cumpleaños. —Levantó una ceja y sonrió—. Muy importante.

Se acabó la bebida, quitó la fresa que tenía en el vaso, me la acercó sonriendo, pero al ir a morderla se la llevó a la boca. Se lamió los labios, se colocó el vestido, las gafas de sol, recogió sus pertenencias y salió de allí con una sonrisa victoriosa en su cara. Ella sabía tan bien como yo que, si su teléfono no hubiese sonado, todo hubiese acabado de otra forma.

Salí de allí con la cabeza bien alta, sintiéndome estupenda por haber sabido controlar la situación, porque, ¡joder! Estar con Alex medio desnudo era muy complicado dejarlo pasar arrancarle la poca ropa que le quedaba.

A las seis y media recibí una llamada de recepción avisándome de que Will estaba esperándome. Salí de mi habitación sin mirar a Rud, que ya estaba esperándome. No le dije nada, salí de la suite sin hacer ningún amago de hablar con él. Fui hasta el ascensor sin esperarle y menos mal que aceleró el paso, porque no hice ni el amago de parar las puertas mientras se cerraban.

—Paris, ¿que te he hecho?

—Podías haberte quedado hoy en el hotel, solamente esta noche. —Resoplé.

—No quiero volver a sentirme como el día que te encontré atemorizada en medio de Manhattan. —Me agarró la cara—. No quiero que nada ni nadie te atemorice.

—Voy a tener que explicarle por qué tengo a un tío pegado a mi culo. —No me podía enfadar mucho más con él después de lo que me acababa de decir, que me había costado procesar—. Siento haberte mandado a la mierda.

—¿A la mierda? No me había enterado. —Sonríe abiertamente—. Además, ¿te crees qué no he investigado a ese tal Will?

—¿Cómo? —Le miré extrañada.

—Linda me lo contó hace un par de semanas. Estaba demasiado interesado en ti y eso a ella también le asustó, así que hice lo que tenía que hacer. Siento entrometerme, pero es mi trabajo.

—Supongo. —Negué con la cabeza frunciendo los labios pegando el superior con la parte de debajo de la nariz—. Supongo que gracias. —Levanté una ceja.

—Linda tiene buen ojo. No te preocupes por él. No hay pasados oscuros ni mierda detrás. —Su tono paso a ser irónico y supe exactamente a qué se refería.

Al salir del ascensor vi a Will que nos esperaba. Parecía nervioso por aquella cena. Se frotaba las manos y acto seguido se colocaba bien los puños de la camisa. Parecía que ya sabía que Rud vendría con nosotros porque no se sorprendió al acercarnos y le estrechó la mano antes de saludarme a mí.

—Buenas tardes, Mariola. —Me dio un par de besos.

—Will. —Le sonreí y vi cómo Rud caminaba por delante nuestro—. Siento lo de Rud. No sé que decir. Entendería que, si ya sabes de que va todo esto, no quisieras...

—Mariola, me da igual tu pasado o quién hubiera en él. Yo solo te quiero aquí en mi empresa. —Me ofreció su brazo para salir del hotel.

Me agarré a su brazo y nos marchamos del hotel. Venía con su propio chofer al cual Rud supongo que ya había estudiado en profundidad. Nos sentamos en la parte de atrás del coche que nos llevaron directamente a Mastro's.

Nada más llegar vi una oleada de fotógrafos en la entrada fotografiando a todas las personas que entraban. Era uno de los locales de moda de la ciudad. Traté de pasar desapercibida y que no nos fotografiasen, resguardándome entre mi pelo suelto y el cuerpo de Will.

—Tenemos mesa para dentro de media hora. ¿Te apetece una copa antes? —Nos acercamos a la barra.

—Sí, por favor.

Aproveché la estancia en Los Ángeles para reunirme con compañeros de la costa Este. No es que me apeteciese pasar toda la noche con ellos y con sus vivencias hollywoodienses, pero sabían que me estaba alojando en el hotel y no pude decir que no. Mientras ellos hablaban de quién se estaba acostando con quién o de qué famosa había estado alojada en sus hoteles o de qué puntuación le daban a alguno de los restaurantes de moda, yo no dejaba de pensar en Mariola. Menos mal que mi móvil comenzó a sonar y aproveché para alejarme de aquellos capullos.

—Ahora vuelvo. —Me alejé de ellos—. Hola, Frank. ¿Qué tal? —Salí del reservado en el que estábamos.

—Muy nervioso. —Su voz estaba entrecortada.

—¿Qué ha pasado? —Lo primero que se me vino a la mente fue que algo había sucedido en Nueva York.

—Esta semana vuelve Sonia y después de este tiempo quiero saber cómo va a reaccionar cuando me vea. ¿Es normal que esté cagado de miedo?

—A ti lo que te pasa es que te da miedo que a su vuelta no quiera estar contigo o haya cambiado de idea. —Estaba tratando de que me dijese lo que realmente sentía.

—¿Qué te pasaría a ti si Mariola desapareciese de tu vida durante meses?

—Pues que me volvería loco. Una cosa es que no estemos juntos, pero viviendo en la misma ciudad, trabajando tan cerca... Las casualidades existen y podemos hacerlas posibles.

—Quiero saber si lo que me he imaginado...

—¿Imaginado? —Empecé a reírme. No creí en la vida oír a Frank diciendo aquello—. Frank, ¿en qué te has convertido?

—En lo mismo que tú. En un idiota enamorado. Dime si no es verdad. —Suspiré profundamente.

—¿Qué te puedo decir, Frank? Que la loca, terrorista verbal, mal hablada, sexy, encantadora y preciosa señorita Santamaría me tiene completamente enamorado. Cada día que pasa, más.

Estuve hablando con Frank, desahogándonos los dos, a falta de una conversación con una buena cena lo hicimos por teléfono. Caminé por el bar y me fijé en las parejas que estaban allí, pero mis ojos se desviaron a una de ellas. Él estaba arrodillado en medio del bar, entregándole a su chica una pequeña caja roja. Cuando ella la abrió, comenzó a llorar y sonreí. Aún quedaba algo de romanticismo en el mundo.

—Dime que me harás tan feliz como estos últimos seis meses. Han sido los mejores meses de mi vida y ya no sabría vivir sin ti.

Aquella pareja se besó ante la atenta mirada de todos los que nos congregamos a su alrededor. Sí, aún había flechazos en el mundo y a mí me hacía creer que todo podía ser posible con Mariola.

Me fijé en las reacciones de todos y mis ojos se quedaron sobre Mariola y el hombre que la acompañaba. Negué con la cabeza, aparté la vista y volví a mirar, esperando que me hubiese equivocado, pero no fue así. Ella estaba sentada al lado de un hombre que no conocía y Rud estaba situado a varios metros de ellos. Ninguno de los dos se dio cuenta de que estaba allí observándoles.

—¿Cómo conociste a los jefes? —Le di un trago a mi copa de vino—. Si no es mucha indiscreción.

—Mi deber es conocer a la competencia a la perfección. Me llegaron informaciones sobre la idea de Linda y Michael de jubilarse. Les hice una oferta por la empresa. —Dio un trago a su copa y me miró.

—Pues lo siento mucho, pero yo no te conocía. Me he centrado en hacer que nuestra empresa fuese auténtica, no una burda copia de otra.

—¿Siempre dices lo que piensas?

—Sí.

—Me gustas, Mariola Santamaría. —El camarero le hizo una señal a Will—. Ya podemos pasar.

Me fui a bajar del taburete ayudada por la mano que me había extendido Will, cuando el camarero al retirar nuestras copas derramó el vino encima de mí.

—Señorita, lo siento, lo siento... —Salió de la barra trayendo con él un trapo—. Dios mío, de esta me echan. Qué patoso soy.

—No pasa nada. —Le miré retirando el trapo de sus manos y le sonreí—. Solamente es vino.

—Perdóneme.

—No te preocupes, de verdad. Ha sido culpa mía.

Recogí mi bolso de la barra y fui al baño para secarme un poco. El vestido había absorbido la mayor parte de la copa. Me sequé las piernas con unas toallitas y en la pared vi un secador de manos.

—Supongo que esto ayudará. —Me levanté el vestido y lo acerqué para secarlo.

Estaba con medio cuerpo al aire, la pierna pegada a la pared y levantada a la altura de la cintura tratando de secar el vestido. Sí, tenía el culo al aire y si entraba cualquiera al baño podrían echarme de allí.

Cinco minutos más tarde el vestido parecía seco y estaba preparada para salir como si no hubiese pasado nada.

—Joder.

—Malhablada y exhibicionista. Hoy eres un no parar.

Tenía a Alex pegado a mi espalda observando la escena. No había oído ni que había entrado ni que se había colocado detrás de mí.

—Top-less en la piscina, ahora en el baño de un buen restaurante con el culo al aire. —Negó con la cabeza mientras me sonreía—. Eres toda una exhibicionista.

—Y tú un mirón. —Observé que había echado el pestillo de la puerta—. Esto, señor trajeado, es un secuestro.

—No. —Se acercó lentamente más a mi cara—. Secuestrarte sería —se pegó mucho más a mí, agarrándome de la cintura y comenzó a susurrar— sacarte en volandas de este restaurante, dejar a ese cachitas colgado aquí y encerrarte de por vida en mi habitación. —Al decir las palabras *sacarte en volandas* me agarró por la cintura, me levantó un poco del suelo y me acercó hasta el lavabo apoyando mi culo contra él.

—Vamos a ver, Alex, que esto no es una película porno. Ni me vas a sacar de aquí en volandas ni Will se va a quedar aquí colgado. Es una reunión de trabajo. Así que no juguemos al gato y al ratón. —Tragué saliva buscando la mejor manera de salir de aquel baño—. O podemos terminar quemándonos los dos. —Aparté mis manos de su pecho y me bajé el vestido—. No podemos permitirnos eso, Alex. Si realmente queremos que lo nuestro —tracé en el aire un círculo entre nosotros dos al decirlo— pueda llegar a funcionar algún día, vamos a dejarnos de tonterías y pensemos fríamente. ¿Queremos un buen polvo o queremos que sea...

—¿Para siempre?

Puse los ojos en blanco e hice un gesto con la boca sin saber muy bien cuál era la mejor respuesta a su para siempre.

—Quiero un para siempre contigo, hasta que la vida se nos escape entre los dedos.

No dijo nada más, me besó en la comisura de los labios y desapareció del baño de la misma manera que había entrado, en silencio y sin llamar la atención. Yo me quedé sin poder moverme debido a su frase: «*Hasta que la vida se nos escape entre los dedos*».

—Joder, Alex.

Tardé varios minutos en recomponerme. Tuve que respirar profundo varias veces, tragarme todas las palabras que se amontonaban en mi cerebro y salir de aquel baño antes de que mis propios pensamientos me ahogasen. Volví a nuestra mesa con una gran sonrisa, de esas capaces de ocultar todo lo que acababa de pasar.

—¿Todo bien? —Will se levantó del taburete—. Has tardado tanto que pensaba que habías huido.

—El vestido que ha tardado más de lo que esperaba en secarse.

Un camarero nos acompañó hasta el reservado que estaba justo al lado de donde Alex estaba cenando.

La cena con Will fue de maravilla. Me contó todo lo que su empresa había organizado en la ciudad, las fiestas, los diferentes acontecimientos importantes que él mismo había preparado, me enseñó varias fotos y vídeos. Todo parecía perfecto, pero no era la manera como yo trabajaba en Nueva York. Las dos costas tenían una forma muy diferente de ver la vida y de encargarse de eventos.

Observé cómo la mesa de Alex se levantaba para marcharse y él, al pasar por delante de nosotros, me guiñó un ojo sin que Will se diese cuenta.

Cuando nos quisimos dar cuenta eran más de las cuatro de la madrugada y seguíamos sentados en aquella mesa, viendo números y vídeos en el *iPad*. Al girarme vi que no quedaba nadie más en el restaurante y que los camareros estaban en la terraza descansando después de la fiesta que había habido allí, de la que no nos habíamos enterado.

—Madre mía. Si no te he matado de aburrimiento, no te mata nada.

—Nunca me aburro con estos temas.

—Para compensar te voy a invitar a una copa en un buen lugar de la ciudad.

Quería decir que no, pero no lo hice. Terminé tomando tres copas en una terraza de uno de los edificios más altos de la ciudad, en unos sofás muy cómodos y en un ambiente tranquilo y con una

música en directo espectacular. Me deshice de mis zapatos y subí las piernas en el sofá, observando todo mientras Will volvía del baño. Cerré los ojos, respiré profundamente y las palabras de Alex volvieron a mi cabeza

—Joder, las seis. —Solté el móvil encima del sofá y me pasé una mano por la cara.

—¿Te he convencido? —Will dejó dos botellines de agua encima de la mesa.

—Me temo que no. —Cogí uno de los botellines.

—Es una ciudad bonita, tiene muchas cosas que ver y de las que disfrutar. Conciertos, exposiciones...

—Todo eso también lo tengo en Nueva York. Y siento decirte —le llamé con mi dedo índice porque no quería decir aquello demasiado alto— que mi ciudad es mil veces más bonita que la tuya.

—Si no es muy tarde para ti, quiero enseñarte algo que no tienes ni tendrás nunca en Nueva York. —Levantó una ceja y yo le respondí entrecerrando los ojos—. Confía en mí. Debo ser de fiar si tu guardaespaldas te ha dejado conmigo y se ha marchado al hotel hace dos horas.

—Eso es porque tenía una cita con la cubana.

—Solo necesito que me des una hora más de tu tiempo y si lo que te voy a enseñar no te convence de que esta puede ser tu ciudad, nada lo hará.

Se levantó y me ofreció su mano, que observé un par de minutos mientras evaluaba su mirada y el gesto de su cara. Algo me decía que me podía fiar de él y había aprendido a dejarme llevar. Acepté sin pensarlo demasiado y bajamos hasta su coche. Salimos de aquella zona de rascacielos y observé cómo dejaba atrás la ciudad y salía por la carretera en la que aquella hora no había casi circulación. Varios kilómetros después giró en un camino y nos adentramos en una carretera secundaria. El coche paró unos kilómetros más adelante. Miré por la ventanilla y solo veía una pequeña montaña con unas escaleras. Will se bajó del coche y se acercó a mi puerta sonriendo.

—Vamos, que llegamos tarde.

Subimos por las escaleras casi corriendo y entonces vi lo que aquella ciudad me podía ofrecer: un precioso amanecer en la playa. Will se quedó quieto en una zona de piedras de aquel montículo, pero yo no me lo pensé dos veces. Me quité los zapatos y hundí mis pies en la arena. Aquella sensación que tanto me gustaba y hacía demasiados años que no sentía. Bajé corriendo y metí los pies en el agua mientras el sol comenzaba a iluminar el cielo.

—Todo esto no te lo puede dar Nueva York. Por tu forma de correr hasta la orilla esto te gusta tanto como a mí.

No le pude contestar con palabras así que lo hice con una sonrisa. Sí, aquello era perfecto, sencillamente perfecto, pero me faltaba algo. Podría disfrutar de aquel amanecer, pero me faltaba alguien.

Después de tomar un par de copas, decidí marcharme al hotel y me puse con un par de informes que tenía que terminar. Aproveché para responder a varios correos que tenía en la bandeja de entrada sin responder, pero estaba atento a cualquier ruido que se produjese fuera de mi suite.

A las cuatro de la mañana dejé de trabajar y Mariola no había dado señales de vida. No estaba preocupado, porque Rud estaba con ellos. Me metí en la cama y me quedé dormido pensando en ella, algo ya habitual en mí.

Después de ver aquel maravilloso amanecer, Will me dejó en la puerta del hotel. No me agobió pidiéndome una respuesta, solamente me pidió que me lo pensase y que tuviera en cuenta la

oportunidad que supondría para mí. Me despedí de él y en el trayecto hasta nuestra planta supe que lo que me faltaba en aquel amanecer era Alex. Cuando las puertas del ascensor se abrieron me encontré con Dwayne recién levantado. Parecía que se iba al gimnasio. Madre del amor hermoso que pedazo de brazos tenía el tío. Seguro que podía romper una nuez si se la ponía en el brazo y lo cerraba.

—Buenos días, Dwayne.

—Buenos días. ¿En qué te puedo ayudar? —Se puso en medio del pasillo.

—He quedado para desayunar con Alex. —Necesitaba que me dejase entrar en la suite.

—¿A estas horas? —Miró su reloj y volvió a mirarme negando con la cabeza—. ¿Qué estás tramando?

—Cómo te lo explico yo para que no me hagas la de la última vez. —Noté cómo sonreía—. Sé que en este momento te puedo parecer la peor persona para que entre en esa habitación, pero necesito hablar con tu jefe ahora mismo. Necesito aclarar un par de cosas con él. Así que, si fueras tan amable de dejarme pasar, te lo agradecería en el alma, Dwayny. —Le hice mi famosa caidita de ojos.

—Realmente no sé qué estás tramando, pero el jefe ha estado media noche esperando a que alguien entrase en la habitación y sé que te esperaba a ti.

Se quedó pensando unos minutos si dejarme pasar o no, pero al final me dio la llave de la habitación.

—Si el jefe se enfada le diré que me diste una paliza con tus armas mortíferas. —Aquel comentario me obligó a soltar una gran carcajada y él se rio ampliamente.

—Yo le digo que te he reducido. —Le guiñó el ojo—. Muchísimas gracias, Dwayne. —Me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla.

Dejé los zapatos y el bolso encima de la mesa nada más entrar y me dirigí de puntillas hasta la habitación de Alex. Abrí las puertas correderas y comprobé que estaba plácidamente dormido. Le observé durante un par de minutos y me quité el vestido para acurrucarme a su lado dentro de la cama. Me apoyé sobre mi mano y le observé. Su cara estaba relajada, su pelo perfecto y sus labios tan apetecibles como siempre. Le observé durante unos minutos y se movió hacia mi lado. Comencé a recorrer su cara con las yemas de mis dedos.

—Buenos días, Alex. —Lo susurré dulcemente.

—Buenos días. —Abrió los ojos y al verme meneó la cabeza como si fuera un espejismo—. ¿Eres real?

—No, solamente soy un producto de tu imaginación. Si pestañeas me esfumo.

Cerró los ojos y los volvió a abrir. Se quedó unos segundos en silencio y sonrió.

—¿Qué haces en mi cama a estas horas? ¿Qué planetas se han alineado para que tenga tanta suerte?

—Pensaba invitarte a desayunar. —Me mordí el labio.

—Vale. —Observó la habitación buscando una bandeja de desayuno—. ¿Y qué vamos a desayunar si se puede saber? Porque no veo café.

—No. —Sonreí.

—Miedo me das cuando sonríes así. —Levantó una ceja.

—El desayuno soy yo.

Eché la sábana hacia atrás y dejé mi cuerpo desnudo al descubierto. Sus ojos se abrieron totalmente y en su boca se dibujó una o perfecta. Sabía que le había sorprendido y no pude evitar empezar a reírme, rompiendo cualquier escena sexy que se hubiese planeado en mi cabeza.

—Sería el mejor desayuno del mundo, pero no voy a caer en tu trampa, Mariola. Me dejaste

claro que no te acostarías conmigo y no quiero hacerlo así.

—Genial. Me pongo cuál geisha cubierta de sushi en bandeja para ti, pero decides no probar mis makis.

—Mariola, me acabo de despertar y te tengo en la cama semidesnuda hablando de... ¿makis?

—Sí. —Apoyé mi cabeza en su pecho y entrelacé mis dedos con los suyos.

—¿Qué tal tu cita? —Sabía que estaba sonriendo.

—Era una cena de negocios, ya lo sabes. —Le miré a los ojos y sabía que me quería preguntar un millón de cosas, pero no lo hizo—. Esto es como cuando decidí salir de España. Es una decisión que puede cambiarme la vida.

—¿Eres buena tomando decisiones?

—Hay días que pienso que soy la peor, pero ahora mismo... —Me apoyé en el codo y le miré directamente a los ojos—. Si no hubiera salido de mi ciudad, no hubiera conocido a mi familia americana. Si no hubiese decidido coger el petate y lanzarme a por el sueño americano, no te habría conocido a ti. Así que hay días que tomo las peores decisiones del mundo y hay momentos en los que soy la mejor.

—Doy gracias por que decidieras venirte aquí. Igual que doy gracias a que mis abuelos se mudaran de Escocia a Nueva York. Si no lo hubiesen hecho, no hubiese tenido la suerte de conocerte. Me hubiera gustado que los conocieras. Eran increíbles.

—Tú tendrás mucho de ellos.

—Aún recuerdo cuando mi abuelo me llevaba a un pequeño lago del norte del estado a pescar en verano. Íbamos los cuatro. —Se acomodó en la cama y yo apoyé mi barbilla en su pecho para poder verle bien—. Mi abuelo, Brian y yo íbamos a pescar, mientras la abuela nos esperaba en casa con una increíble tarta de manzana con helado de nata. Su tarta era única. —Le estaba mirando y vi cómo se le iluminaba la cara hablando de aquel sitio—. En pleno invierno nos hacía chocolate para cuando volvíamos. Parece que lo estoy oliendo. —Cerró los ojos y las aletas de su nariz se hicieron más grandes—. Pero todo cambió de repente y dejamos de ir. No sé qué es lo que pasó entre mis abuelos y mi padre, pero todo cambió con ellos. En aquel momento empezaron los secretos en mi familia.

—¿Nunca preguntaste qué sucedió?

—Supuse que eran cosas que pasaban en todas las familias. Al principio trabajé para mi padre, pero no me gustaba en lo que me estaba convirtiendo y lo dejé. Después de aquello no me ofreció ninguna ayuda ni ninguno de sus contactos. Tuve problemas para trabajar después.

—¿Que tuviste problemas para trabajar? —Me sentí ofendida—. No te creo, Alex. No sabes lo que es estar en una ciudad desconocida y pasarlo realmente mal. —Me levanté de la cama.

—Mariola. —Se levantó detrás de mí—. ¿Estás bien?

—No quería sonar así, pero es que me ha hecho gracia lo que has dicho.

—¿Gracia? Ha sonado más a: tú, niño rico, es imposible que tuvieras puertas cerradas. —Se sentó a mi lado.

—Sí, pero no lo quería hacer. —Negué con la cabeza—. Es que me sorprende que gente como tú, con tu estatus social, con las amistades que habrán rodeado siempre a tu familia... no, Alex. Una persona como tú no tiene que recorrer la ciudad día y noche para encontrar un trabajo mal pagado, porque si no te echan de la mierda de hostel de muerte en el que estás alojado, porque el trabajo con el que venías a un país desconocido te cerró las puertas dejándote en la calle sin un duro, sin conocer a nadie en una ciudad que te come sin piedad. En un país que vende el sueño americano y que a veces se convierte en pesadilla. No te imagino a ti teniendo que hacer eso.

No quería seguir hablando, pero parecía que me habían dado cuerda.

—No sabes lo que es tener el dinero justo para comer una vez al día y no querer dar tu brazo a torcer ante tu familia. Hacer la llamada semanal de rigor a tu madre diciéndole que tu trabajo es el mejor que podías haber encontrado, que todo va sobre ruedas, tratando de que no note que estás llorando. Colgar y seguir toda la noche haciéndolo en una esquina de aquel hostel. Por que a alguien de la empresa no le había gustado tu culo y lo echó a patadas de allí, dejándote pocas opciones para conseguir dinero. —Me separé de él.

—Nunca me habías contado todo esto. —Se sentó más ladeado para verme bien.

—Es algo que no me gusta recordar. Hay que vivir el presente y tener la cabeza y el corazón puesto en el futuro.

—Tú lo has dicho, todo eso es el pasado. Y esto —me agarró fuertemente de las manos mientras hablaba—, esto, Mariola, es el presente. No me gusta saber que lo pasaste tan mal, pero sé que todo lo que tuviste que superar te hizo ser más fuerte y ser la persona que tengo a mi lado ahora mismo.

—Gracias por ser cómo eres conmigo, aun teniendo que aguantar mis desplantes, mi cabezonería y mi lengua tan afilada. Aun con todo eso sigues aquí. —Cuando me quise dar cuenta tenía los labios pegados a los de Alex.

—Te quiero, Mariola y por mucho que pasemos, no voy a salir corriendo.

Me abrazó fuertemente y me sentí la mujer más protegida del mundo en esas cuatro paredes.

—Te quiero, Alex.

17.
COMO SI UN GATO
ME HUBIESE COMIDO LA LENGUA

Contarle a Alex todo aquello, bueno, más bien escupirle todo aquello me hizo respirar más tranquila. Con Alex siempre había pasado de puntillas por mi historia de cuando llegué a Nueva York. No sabía cómo me había ganado la vida antes de empezar a trabajar en CIA.

Me desperté tranquila y con el olor a bollería y café recién hecho. Me estiré en la cama y no noté a Alex en ella. Me senté y le vi sacando a la terraza desde el salón lo que acababa de dejar alguien en un carrito. Miré a mi alrededor y vi la camisa blanca que Alex llevaba la noche anterior sobre un sillón. Me la puse y sentí que su aroma se metía en cada poro de mi piel.

Me acerqué por detrás de él y le abracé.

—Buenos días, Alex.

—Buenos días, nena. —Se dio la vuelta y me dio un gran abrazo.

—Qué bien huele todo. —Miré por detrás de él la gran mesa de desayuno que había preparado.

—He pensado que necesitarías café. Solo has dormido dos horas. —Sonrió.

—Pues son las dos mejores horas de sueño de hace tiempo. —Seguía abrazada a él, no quería despegarme.

—¿Desayunamos?

—Un minuto más. —Cerré los ojos mientras me acariciaba la espalda.

—Todos los que necesites, preciosa. Todos los que necesites.

Pasaron más de cinco minutos en los que no dijimos nada, tan solo nos abrazamos. Al rato, Alex se separó de mí, me besó en la frente, me abrazó por detrás y me obligó a salir a la terraza, mientras no dejaba de besarme en la mejilla.

Desayunamos y hablamos de muchas cosas y de ninguna en particular. Yo no le pregunté por la entrevista y él no me hizo ninguna pregunta sobre mi reunión con Will.

—Tu sitio favorito de Nueva York. —Serví dos cafés más.

—Me lo pones difícil. Hace mucho que no veo más allá de las paredes de mi despacho.

—Pues mueve el culo y no te pierdas todo lo que la mejor ciudad del mundo tiene.

—¿El tuyo? —Se llevó la taza a la boca.

—Un rincón muy especial en Central Park. La fuente del Ángel de las aguas, el puente gótico pero, sobre todo, la Arcada de Bethesda Terrace. Sentarme allí y observar los azulejos y las pinturas. La gente pasa demasiado rápido por allí o ni pasa, dejándose muchas cosas que ver. Pero lo prefiero, que siga siendo mi lugar en la ciudad.

—¿Solo tuyo?

—No he ido con nadie allí nunca. Sigo manteniéndolo como mi lugar en la ciudad y hace poco he añadido otro.

—¿Dos lugares secretos? No sea acaparadora, señorita.

—Es un lugar que me trae buenos recuerdos y que...

No dije nada más y le pegué un gran sobro al café. El Soho Grand Hotel se había convertido en

mi lugar privado de la ciudad, en el que nadie me podía encontrar y donde nadie me podía hacer daño. Pero no estaba preparada para compartirlo.

—¿Qué tienes que hacer el viernes? —Alex se levantó situándose a mi lado.

—Tengo un evento esa noche. Una fiesta que he tenido que organizar de última hora.

—De acuerdo. —Su mirada se volvió triste.

—¿Por qué? —Me tapé la boca con la mano.

—Mi madre ha organizado una pequeña fiesta en casa, algo muy familiar por mi cumpleaños. —Evaluó mi reacción.

—¿Tu cumpleaños? —Abrí mucho los ojos haciéndome la sorprendida—. Dime que no se me ha olvidado. —Empecé a contar con mis manos tratando de desesperarle— Era el veinticinco de julio. —Me miró completamente sorprendido y se sentó a mi lado.

—Nunca te he dicho cuándo es mi cumpleaños.

—¿Crees qué eres el único que tiene contactos? —Negué con la cabeza sonriendo mientras fruncía los labios.

—Veo que no.

—Pero tengo una fiesta muy importante. Trataré de acercarme cuando termine.

—No te preocupes.

—Prometo intentarlo. —Me mataba la cara que estaba poniendo de decepción.

—Prepárate que nos vamos de excursión. ¿O tienes algo que hacer hoy?

—No, tengo todo el día para disfrutar. ¿Necesito llevar algo en especial? —Me levanté mirándole fijamente.

—Yo me encargo de todo.

Media hora después nos estábamos montando en un coche y Alex metió una dirección en el GPS que no me dejó mirar. Pero lo que más me sorprendió fue que ni Dwayne ni Rud nos iban a acompañar.

—¿Solos?

—Hoy es para ti y para mí. Estamos a cuatro mil kilómetros de casa, nadie nos va a molestar y vamos a disfrutar de un día especial a solas. —Me agarró la mano y se la llevó a los labios—. Solo para nosotros.

Le observé mientras salíamos del hotel y lo hice durante los veinte minutos después hasta que cogió una carretera que iba paralela a la costa. Hacía calor y llevaba las ventanillas bajadas sintiendo el viento que entraba en el coche. Alex puso la radio y *Let's Hurt Tonight* de One Republic sonó en la radio.

«Así que voy a apagar las luces y a cerrar la puerta. Nosotros no vamos a dejar este cuarto hasta que rompamos las diferencias. No te alejes, no cierres los ojos».

Apoyé la cabeza en el marco de la ventanilla que continuaba abierta y no pude evitar pensar en aquel trozo de canción que explicaba cómo me sentía con Alex cerca.

«Dicen que el amor es doloroso, así que nena, esta noche vamos a experimentar ese dolor».

Pude ver a Mariola con la mirada perdida en la carretera y casi podía escuchar sus pensamientos. Sabía que aquella canción le estaba recordando a nosotros. Puse la mano en el botón que paraba la música, pero Mariola puso la suya encima de la mía y negó con la cabeza.

—Déjala.

—De acuerdo. —No quise decir nada más.

Una hora después estaba aparcando en una explanada al lado de Matador Beach. Mariola

se extrañó al ver dónde estábamos, pero cuando nos acercamos y vio la playa...

—Es preciosa. —Se llevó la mano a la boca.

—Vamos. —Saqué del coche una cesta que había pedido que nos preparasen en el hotel.

Llegamos a una escalera de madera que daba a la playa y Mariola se descalzó para no tropezarse. La verdad es que estaba un poco complicado para bajar. Así que me paré delante de Mariola y le dije que se subiese a mi espalda. No se lo pensó dos veces, sujetó la cesta y yo la sujeté fuertemente a ella. Al poner los pies en la arena, Mariola empezó a dar pequeños saltos. Dejó la cesta cerca de unas rocas y miró al horizonte, cerró los ojos y tomó una gran bocanada de aire, como si hacer aquello la relajase.

—Podías haberme avisado para traer un bikini.

Observó alrededor y no vio a nadie cerca. Estábamos solos y supuse que era por ser un día entre semana y a la hora de comer. Se sentó en la arena antes de que me diese tiempo a sacar nada de la cesta.

—He pedido al hotel que nos preparasen algo para comer y pasar la tarde. Voy a subir a por la otra cesta.

Subí corriendo aquellas pequeñas escaleras de madera y bajé la nevera en la que el hotel había metido bebidas. Cuando me acerqué, vi a Mariola en la orilla con los pies hundidos en la arena dentro del agua, con los brazos abiertos, los ojos cerrados y la cabeza echada para atrás.

Saqué una toalla grande y la puse sobre la arena. Me quité las zapatillas y apagué el móvil para que nadie nos molestase. Me acerqué a Mariola en silencio, no quería molestarla porque parecía que estaba pensando y ya no estaba conmigo en aquella playa.

—¿Cómo sabías que necesitaba esto? ¿Cómo sabías que necesitaba...

—¿Respirar? —Aproveché para acariciar el tatuaje de su brazo.

—Exacto.

—Puede que no me creas, pero te conozco más de lo que te imaginas, Mariola.

—Si me conoces tan bien... —Se dio la vuelta para mirarme, aún metida en el agua—. ¿En qué estoy pensando ahora mismo?

—En que por muy valiente y fuerte que seas, tienes miedo. Miedo a dar un paso que te aleje de todo lo que has conseguido en Nueva York. Que te aleje de tus amigos, de Sonia, de tu niña, de tu familia. —Observé cómo el gesto de su cara cambiaba—. Eres la mujer más fuerte y valiente que he conocido, pero ahora mismo tienes miedo y es completamente lícito, Mariola. Todos en algún momento de nuestras vidas tememos perder lo que tenemos, salir de nuestra zona de confort... —Me costaba tener que decirle todo lo que mi boca quería callar, pero había aprendido a no tener miedo con ella—. Yo estoy aterrado por si decides venir a trabajar aquí, pero lo aceptaría porque no se le pueden cortar las alas a la creatividad.

—Alex...

—Déjame que termine, por favor. Si no lo hago ahora puede que no sea capaz. —Vi cómo Mariola aceptaba—. No puedo prometerte que todo vaya a ser pan comido, me encantaría hacerlo, pero es imposible.

—Alex, no necesito una declaración de intenciones.

—Lo sé, sé perfectamente que no lo necesitas. Pero yo sí. No te puedo prometer que todos los días vayan a ser maravillosos, como tampoco puedo asegurarte que estaré a tu altura en cada ocasión. Tú eres una mujer sin miedos y yo... —levanté los hombros sin saber cómo explicarme—. Yo soy el miedo en persona desde que te conocí. Me dio pánico darme cuenta de lo que estaba sintiendo y saber que enamorarme de ti era como dar un salto de fe. Desde que la madre

de Jason desapareció de mi vida, comprendí que el amor no era para mí. Yo no quería volver a amar, enjaulé mi corazón para no volver a sentir aquel dolor tan inmenso. Y llegaste tú, con tu peluca, tus lentillas y tu forma de plantarte delante de mí sin importarte quién era. —Veía a Mariola negando con la cabeza y sonriendo—. Has sido la única con la que he fantaseado con un futuro juntos.

—Yo pensaba que los hombres no hacíais eso.

—Yo no soy como los demás.

—Lo sé y eso... —Puso los ojos en blanco y levantó los hombros.

—No quiero que por mi culpa digas adiós a la gran oportunidad de tu vida, pero tampoco quiero alejarme de ti. Te prometo que dejaré mis miedos atrás cuando luche contigo y si hace falta, seré quien mate a los dragones que se pongan en nuestro camino.

—Joder, Alex.

No dijo nada más y se alejó de mí caminando por la orilla. Movía los brazos en el aire y pude escucharle decir algunas palabras en castellano. Entonces sí que sentí el miedo aterrador de haberla cagado, pero cagado hasta el fondo, metiendo la pierna y rebosándome por la cabeza la mierda. Volvió caminando muy decidida a mí, mientras las pequeñas olas le mojaban las piernas.

—Joder, Alex. —Se situó delante de mí negando con la cabeza—. Sí, me conoces más de lo que me gustaría, pero mi miedo no es comenzar de cero en una ciudad nueva, eso podría hacerlo si no dejase tanto atrás. Mira, no sé muy bien lo que puede pasar entre nosotros, ni siquiera qué sucederá mañana cuando vuelva a Nueva York, pero no quiero quedarme con la sensación de no haber luchado hasta el final por lo nuestro. —Abría mucho los ojos y se le iluminaba la cara—. No quiero decir que mañana volvamos a tener lo que teníamos hace unos meses... Quiero corresponderte sin miedo, pero no puedo hacerlo sabiendo que Jonathan está en la calle. No quiero que te haga daño y sé de lo que es capaz. Tampoco quiero decir que no quiera estar a tu lado hasta que ese hijo de puta no esté en la cárcel, pero... Joder, esto es más complicado de lo que pensaba. No puedo estar cerca de ti, pero tampoco quiero alejarme.

—Ahora mismo solo estamos tú y yo. Deja de pensar en mañana, cariño.

Puse mis manos en sus mejillas, acariciándola con mis pulgares. Mariola ladeó la cabeza y cerró los ojos ante mi tacto. Respiró profundamente y sonrió.

—Aunque solo sea por unos segundos hagamos que nunca hemos sufrido y jamás hemos tenido roto el corazón. —Se humedeció los labios—. Finjamos que podemos ser felices.

—No quiero fingir ser feliz contigo. —Me acerqué a sus labios lentamente—. Quiero serlo de verdad y sé que lo vamos a conseguir.

Con el agua cubriéndonos ya hasta las rodillas y el sol en lo más alto de aquella playa, nos besamos sin importarnos si el mundo se estaba cayendo a nuestro alrededor o si alguien nos podía estar viendo.

Y como si en mi cabeza comenzase a sonar la canción perfecta para el final de una película romántica, Alex me cogió entre sus brazos, llevándome hasta el lugar en el que había extendido una toalla, dejándome sobre ella. Apoyó sus antebrazos en la arena y continuó mirándome con aquellos ojos azules que seguían haciéndome vibrar. Se acercó muy lentamente a mi boca, rozando mi nariz con la punta de la suya, jugando a no besarme mientras yo me moría por que lo hiciese de nuevo. Estaba cerca, mucho más cerca de mi boca, a escasos milímetros y sentí un escalofrío en los pies, que subió por las piernas y...

—Alex, el agua.

Nos levantamos corriendo porque la marea había subido y nos había pillado desprevenidos.

Alex recogió las cosas que había encima de la toalla y yo retiré la cesta riéndome.

—A la mierda.

Alex tiró todo lo que tenía en las manos lejos del agua y se acercó a mí para besarme. Sus manos me agarraron de la cintura y sus labios aprisionaron los míos. Solté lo que tenía en las manos y me aferré a su cuello. No quería soltarle, no quería dejar de besarle, no quería que aquel viaje que me había llevado a un posible cambio de vida terminase. Porque volver a Nueva York podía significar volver a estar separada de Alex y no quería hacerlo.

Nos quitamos la ropa y la dejamos secando en unas rocas mientras nos sentamos en la arena para tomar lo que el hotel nos había preparado. Volvimos a hablar de todo y de nada, sin darnos cuenta de que el sol comenzaba a caer.

—Es hora de volver al hotel. Si sube más la marea puede ser peligroso.

—Ha sido un día genial, Alex. Muchísimas gracias por hacerlo posible. —Pegué mis labios en su mejilla y comprobé que al igual que yo, cuando algo le gustaba mucho, cerraba los ojos para disfrutar del momento.

—¿Podemos cenar esta noche?

—Hasta mañana a mediodía, soy toda tuya.

—Pues vámonos ya, que ni todo el tiempo a tu lado es suficiente.

Cuando llegué a la suite, Dwayne y Rud estaban en la mesa con un montón de papeles encima. Me metí al baño de mi habitación para prepararme, pero cotilleé un poco sobre lo que estaban hablando. Pude escuchar como hablaban de Jonathan y de Ryan. Decidí no decir nada hasta que no estuviese preparada y me fuese de la suite.

Media hora después estaba enfundada en unos vaqueros de contrabando que había encontrado en la maleta. Al salir al salón los dos se quedaron callados mirándome.

—Sé que lo que os diga no va a hacer que dejéis de hacer vuestro trabajo, pero no tenéis razón con Ryan. No tenéis ni idea. —Me puse delante de ellos observándoles detenidamente.

—Pero dejó que Jonathan escapase. —Rud lo dijo ofendido.

—Jonathan le pegó un tiro, joder. —No quise decir nada más—. Supongo que vendréis a cenar esta noche con nosotros, así que nos vemos abajo. —Hice un amago de cerrar la puerta, pero me quedé unos segundos escuchando.

—Está enfadada, Dwayne. —Rud me conocía muy bien.

—Me da igual que se enfade, es nuestro trabajo protegerla, protegerles a los dos. Así que seguiremos ese cabo suelto que ha aparecido. Puede que tirando de él sepamos más cosas y podamos encontrar a ese cabrón.

Estaba tan enfadada con aquellos dos, que me metí en el ascensor y ni siquiera pensé en pasar por la suite de Alex para buscarle. Salí del hotel para respirar un poco y me di cuenta de que me había dejado el móvil arriba. Debatí unos segundos si subir a por él, pero no pretendía volver a ver a aquellos dos imbéciles en un buen rato. El ruido de una moto acelerando me sacó de mis pensamientos.

—Señorita.

Al darme la vuelta vi a Alex a mi lado encima de una moto. Estaba sentado ahorcajadas sobre ella, con unos vaqueros, una chupa de cuero y las gafas de sol.

—Perdone, señor motero atractivísimo, pero es que he quedado para cenar con un hombre al que no le va a gustar nada que hable con alguien como usted. —Me situé delante de él negando con la cabeza. No me creía que estuviese allí con una moto y tan fuera de su zona de confort.

—Seguro que entiende que te vayas con un tipo como yo.

Sonrió ampliamente. Su sonrisa me seguía volviendo loca de atar porque tenía la capacidad de hacer que se borrara todo a nuestro alrededor y que solo nos quedásemos nosotros. Qué fácil hubiera sido montarme en la moto y fugarnos a un lugar en el que nada ni nadie pudiese volver a molestarnos.

—¿Te gusta? —Alex puso delante de mí un casco.

—Me encanta y más si tú estás encima. —Recogí el casco y la chaqueta de cuero que también me entregó—. Algún día te contaré alguna de mis fantasías.

—¿Fantasías?

No dije nada más y me até la cazadora, tras colocarme el casco. Me subí en la moto y me pegué a él. Levanté la visera y se lo dije.

—Tú, yo y una moto.

Alex se giró para mirarme, pero no pudo ver la gran sonrisa que tenía en aquel momento. Negó con la cabeza y susurró algo antes de ponerse el casco. No pude entenderle, pero sabía que era una respuesta a mi fantasía.

Condujo por Los Ángeles hasta llegar a Santa Mónica. Aparcó la moto en una pequeña calle y observé todo mientras me quitaba el casco.

—Me encanta las motos, pero el tema del pelo...

Agité la cabeza boca abajo varias veces y me peiné con los dedos.

—Da igual lo que te hagas, estás preciosa.

Me besó en la frente, me quitó el casco y me dio la mano. Nos dirigimos hacia el restaurante que estaba cruzando la calle, Umami Burger. Era un local con una pequeña y tranquila terraza.

—¿Te gusta? —Me preguntó sonriendo porque estaba observando todo.

—Me encanta que no sea un restaurante de moda. Me chifla que estés vestido con unos vaqueros, una camiseta blanca y una chupa de cuero. Que esto sea como una cita normal.

—¿Una cita?

—Sí, como una primera cita de verdad. Sin presiones por tratar de impresionar. —Puse mi mano sobre la suya que descansaba sobre la mesa.

—Buenas noches, ¿puedo tomarles nota?

—Sí. —Eché un vistazo rápido a la carta—. Quiero una Crispy Diablo.

—Yo una Royale y... ¿Quieres patatas?

—Siempre.

—¿Para beber?

—Una Newcastle Brown Ale. —Ya había echado el ojo a aquella cerveza nada más ver las bebidas.

—Que sean dos.

—Perfecto. —La camarera volvió a dejarnos solos.

—¿No te gustó nuestra primera cita en el River?

—Claro que sí, pero esto me gusta más. Es más improvisado y mucho más divertido.

—¿Más divertido?

—En Nueva York ni de coña habrías venido a buscarme en moto ni me habrías traído a cenar una hamburguesa con una cerveza.

—Pues después de la cena nos vamos a acercar al muelle de Santa Mónica. Un granizado y un tal vez nos montemos en la noria. —Levantó las cejas y sonrió.

—Va a ganar por goleada esta cena a cualquier otra de nuestras citas.

—¿Incluida la de la boda de los McNee?

—Aquello no fue una cita, era trabajo.

—Si hubiese tenido que ganarte en las citas... creo que no hubiésemos llegado hasta aquí.

La camarera nos dejó la cena y disfrutamos de la noche. Aquel viaje me estaba mostrando a un nuevo Alex. Parecía que aquella entrevista, que soltar todo delante de aquellos periodistas, hizo que Alex fuese más él que nunca, más auténtico, más lleno de vida.

Tras la cena y el paseo por el muelle de Santa Mónica, bajamos a la playa que estaba al lado. Paseamos unos metros y nos sentamos a observar la noria de Pacific Park y a escuchar el alboroto de todos los que paseaban por allí.

Apoyé las manos en la arena y observé el cielo. La verdad es que era impresionante. Aquella zona no tenía tanta polución y se podían ver todas y cada una de las estrellas, algo que en Nueva York era complicado.

—¿Estás bien, Mariola? —Alex se giró para mirarme.

—Will me mostró algo el otro día para que me quedase aquí con él, pero me di cuenta de que tú no estarías aquí, así que no voy a coger el trabajo.

—Pero parece una gran oportunidad para ti, no quiero ser el culpable de...

—No serás el culpable de nada. Sé lo que quiero hacer y dónde quiero estar. —Me senté a horcajadas sobre él—. Sé con quién quiero estar y es contigo, Alex. Da igual lo que esté por llegar, si es bueno o malo, pero quiero estar contigo. ¿Qué nos equivocamos? El tiempo nos lo dirá.

—Mariola. —Me abrazó fuertemente y me tiró a la arena, situándose sobre mí—. Tenía miedo a que eligieras Los Ángeles en vez de a mí.

—No sería posible. —No dejé de mirarle a los ojos.

—Nena... —Se apartó, arrodillándose en la arena—. Ya he hecho la entrevista y sé que cuando salga... Cuando salga va a abrir viejas heridas y se va a levantar mucha mierda. No quiero que...

—Alex —me arrodillé a su lado mientras hablaba—, cuando salga afrontaremos todo lo que ello conlleve. Solucionaremos los problemas cuando lleguen, no ahora. —Le acaricié a cara.

—Va a salir mucha mierda.

—No quiero que esto —abarqué nuestros cuerpos con las manos en el aire al hablar—, lo que está sucediendo aquí y ahora, esta cita tan increíble, se joda con tu mierda o con la mía. Todos tenemos un pasado y todo se puede solucionar, ¿verdad?

—Eso espero.

—Pues vivamos este momento como si no hubiese mierda suficiente para estropearlo. Porque me gusta lo que tenemos aquí ahora mismo. Me gusta el Alex que tengo delante.

No quise posponer más aquel momento. Sí, podría haberme puesto digna y haberle dejado un dulce y suave beso en la mejilla, haberle agarrado de la mano y haber paseado por la orilla como dos quinceañeros, pero no. Lo que quería era comérmelo a besos. Me abalancé sobre él, sin miramientos y le tiré en la arena, situándome sobre él y atacando aquella boca que tanto me trastornaba, con la que llevaba semanas soñando. Escuché un gruñido de satisfacción que salió de la garganta de Alex.

—No soy la única que emite soniditos cuando algo le gusta.

—Te aseguro que no es que me guste, me encanta, Mariola. —Rodó conmigo sobre la arena, para de nuevo, ponerse sobre mí—. Aunque preferiría que no hubiese tanta tela entre nosotros. —Pegó su pelvis a la mía—. Tendré que conformarme... —atrapó mi labio inferior con sus dientes y tiró de él— por ahora.

No dijo nada más y continuamos besándonos unos minutos más. Bueno, quien dice minutos,

dice casi una hora.

Cuando regresamos al hotel me acompañó hasta la puerta de mi habitación y se despidió de mí con un dulce beso en la mejilla.

—¿Dónde te crees que vas? —Le agarré de la camiseta.

—A mi habitación. —Noté en su cara que estaba cansado.

—¿Te apetece dormir conmigo esta noche? —Me metí una mano en el bolsillo y agaché la mirada—. Prometo portarme como una persona civilizada. Si dices que no, pues me meteré de madrugada en tu cama.

—¿Cómo decir que no a una propuesta tan decente?

Entramos en la habitación y no me había dado cuenta, pero ni Dwayne ni Rud habían estado con nosotros en toda la noche. Eché un pequeño vistazo, pero no había rastro de él por allí, cosa que me hizo sonreír.

No sabía qué me pasaba en aquel momento, pero me estaba empezando a poner nervioso, como si fuese la primera vez que estaba a solas con ella o como si nos acabásemos de conocer. Me reconocí en las palabras de Frank, era un imbécil enamorado, más enamorado de lo que había estado de ninguna mujer.

—Voy a darme una ducha que tengo arena hasta en el ombligo. —Mariola se quitó los botines y puso algo de música.

Sonó una canción que me transportó muchos años atrás. Everything You Do de Marc Anthony me hizo recordar el último año antes de la universidad, una fiesta en los Hamptons con mi hermano en la que me enamoré por última vez.

—¿Estás bien, Alex? Parece que ya no estás aquí.

—Sí, esta canción me ha hecho viajar al pasado.

—¿A un buen momento o a uno malo?

—A la última vez que me enamoré hace años, allá por el 99. —Comprobé que Mariola sabía que me refería a la madre de Jason—. Pero siempre este momento será mejor. Porque esta vez sí me he enamorado de alguien que me comprende, aunque a veces me vuelva loco.

—¿Yo? —Abrió la boca y se señaló divertida—. Ya será para menos.

No dijo nada más y se fue a la ducha. Escuché cómo cantaba aquella canción y las siguientes. No me moví de la mitad del salón mientras ella terminaba de ducharse. Cuando salió y me vio allí en medio sin moverme, empezó a reírse, mientras yo me fijaba en su cuerpo. En el cuerpo que aquella pequeña toalla dejaba al descubierto.

—Puedes ducharte si quieres, Alex. Te espero en la cama.

Ante aquella invitación, no tardé más de diez minutos en salir de la ducha y tumbarme a su lado.

—¿Será muy difícil volver a empezar en Nueva York?

—¿A nosotros te refieres? —Mariola me miró de reojo mientras los dos observábamos el techo de la suite.

—Sí. —Estaba nervioso por nuestra vuelta.

—Será tan fácil como queramos y tan difícil como nos lo quiera poner el destino.

—¿Crees en el destino? —Me giré para poder observar bien sus gestos.

—Realmente no sé muy bien si existe algo llamado destino. —Se apoyó con el codo en la almohada—. Sé que las cosas tienen una razón cuando suceden, pero creo más en que las casualidades acaban haciendo un poco de las suyas. Al fin y al cabo, somos casualidades. —Comenzó a acariciarme el pecho—. Tú y yo hemos vivido en la misma ciudad ocho años, pero

no sabíamos nada el uno del otro. Tal vez ese destino del que hablas sabía que no estábamos preparados o no era nuestro momento. Fue una casualidad aquella noche coincidir en aquel local. Fue otra que aquel día llevase yo a Andrea al colegio.

—Somos casualidades.

No dijo ni una sola palabra más, me besó en la mejilla y se recostó sobre mi pecho. Tenerla entre mis brazos era lo mejor de aquel viaje, la mejor casualidad que el destino, en el que ella no creía, me había ofrecido.

A la mañana siguiente mi teléfono, el que había olvidado durante unas doce horas, comenzó a vibrar como loco en la mesa del salón, pero me tapé con las sábanas, me acerqué a Alex que seguía durmiendo e hice que no lo había oído. A los dos segundos unos nudillos llamaron a mi puerta y entró Rud con el teléfono en la mano.

—Mariola, ¿no oyes tu móvil?

Saqué la cabeza de la cama, rogando por que Alex continuase durmiendo.

—¿Pero qué...

Rud estaba con la boca abierta mirando el cuarto. Se tapó los ojos con la mano y tiró el teléfono a la cama.

—Podías haber esperado a que contestase.

—Y yo que iba a saber que estabas durmiendo con el jefe.

Rud levantó los brazos en el aire y Alex se sentó en la cama con tal cara de enfado, que pensé que iba a sacar a Rud del cuarto a patadas.

—Sal de la habitación ahora mismo. No pienso tolerar este comportamiento, Rud. No me gusta la confianza que te tomas con... —Carraspeó y negó con la cabeza—. Si no quieres que tu culo salga de una patada de este hotel, sal de aquí de inmediato. —Alex señaló la puerta enfadado.

—Sí, señor. —Pude ver cómo Rud me miraba abriendo mucho los ojos y quise matarle yo misma.

—Es un caso. —Sonreí tratando de quitarle hierro al asunto y sabiendo que Alex odiaba cada día más a Rud.

—No sé por qué te hace tanta gracia ese tío. ¿Y si llegas a estar desnuda?

—Tampoco iba a ver nada que... —Paré en cuanto Alex me miró demasiado asombrado—. A ver, me refiero a que no iba a ver nada que no hubiese visto en las películas porno que ve. —No lo estaba arreglando—. Tú decidiste que me persiguiese por la ciudad y por medio mundo, así que, si yo he aprendido a lidiar con él, a ti te toca apechugar. —Levanté los hombros como diciéndole que no le quedaba otra.

Rebusqué el teléfono que comenzó a sonar de nuevo entre las sábanas y al levantarlas, y ver a Alex como su madre le trajo al mundo, quise lanzar el teléfono por la ventana y comerle a bocaditos.

—Mariola, el teléfono. —Alex me miró con una medio sonrisa.

—Es que me distraes. ¿Tú sabes lo bueno que estás cuando te despiertas? —Le saqué la lengua y cogí la llamada—. ¿Sí?

—Buenos días, Mariola. ¿Te he despertado?

—No, no te preocupes, Will.

—No quiero molestarte antes de que cojas tu vuelo, pero me gustaría saber si tienes ya una respuesta.

—Will. —Me levanté de la cama y me puse lo primero que pille en el suelo para salir a la terraza—. No puedo contestarte aún. Necesito un poco más de tiempo. —Miré por la ventana y vi a Alex levantándose, guiñándome un ojo—. Prometo darte una respuesta en unos días.

—Esperaré tu llamada.

—De acuerdo y muchas gracias.

—Lo que necesites. Buen viaje.

Colgué el teléfono y observé detenidamente a Alex. Se metió al baño y a los segundos salió con una enorme sonrisa en la cara. Y yo quería aquella sonrisa, la quería a todas horas, para desayunar, para tomar una copa al salir de trabajar y para acostarme cada noche.

—¿Le has dado ya la respuesta?

—No, le he dicho que tengo que pensármelo un poco más.

—Pensaba que...

—Le he dicho eso porque primero quiero hablar con los jefes para saber qué va a pasar con la oficina de Nueva York. —Le empujé sentándolo en una silla y me puse sobre sus piernas—. Quiero saber de primera mano qué pasa si no acepto este puesto. Lo que te dije ayer es verdad. Aunque me quede sin una playa con miles de estrellas, quiero estar en Nueva York porque allí estás tú.

—No quisiera ser el culpable de...

—Si hay culpables, soy yo. No te preocupes, Alex, no te echaré la culpa de nada.

Me besó en la frente, en la punta de la nariz, en cada mejilla, para por fin dejar un suave beso sobre mis labios, mientras me acariciaba la espalda.

—¿A qué hora vuelas?

—A las dos.

—Anulo la reunión que tengo hoy y volvemos juntos.

Alex buscó en sus vaqueros el móvil e hizo la llamada. No quería escuchar la conversación, pero no se movió de allí mientras empecé a hacer la maleta y me tragué todo lo que dijo. Cuando empezó a ponerse en plan jefazo manda más me *chiribitearon* los ojos. No es que una de mis fantasías fuese la del jefe que se impone sobre mí, pero sí que él se pusiese sobre... Joder, estaba más necesitada de lo que me imaginaba. Entre las vistas de su cuerpo de primera hora, su tono de voz profundo y los músculos de sus brazos que se tensaban mientras hablaba por teléfono, estaba perdida.

—De acuerdo. Tengo que volver a Nueva York, mandadme los números por correo. No creo que haya mucha diferencia entre la cena del otro día y esta reunión. Me da igual John, sí, lo que te dé la gana, de verdad. Hasta luego. —Colgué el teléfono y puse los ojos en blanco.

—¿Estás bien? —Se acercó a mí y me abrazó.

—Es que algunos de estos tíos son gilipollas con trajes de marca y... —Me quedé en silencio porque vi cómo el gesto de Mariola iba cambiando—. Ni se te ocurra decir lo que estás pensando.

—Eso de gilipollas con traje me suena bastante.

—Eres una bruja. —Le di un sonoro azote en el culo.

—Con un culo que te vuelve loco. —Se levantó la camiseta enseñándome unas preciosas bragas negras de encaje y entró de nuevo en la habitación para terminar la maleta.

Dejé a Mariola terminando la maleta y preparándose para ir al aeropuerto y fui a la habitación para avisar a Dwayne de que adelantábamos el viaje.

—Cambio de planes, nuestro vuelo sale a las dos.

—¿Volamos con Mariola? ¿Ha habido algún problema?

—No, ninguno. —Entré en mi habitación para guardar mis cosas—. Por cierto, Dwayne, gracias por dejar que entrase Mariola ayer por la mañana.

—No, jefe, no tuve demasiadas opciones. O la dejaba entrar o seguirías con la cara de limón

pasado que has tenido últimamente. Y viendo tu cara ahora mismo, sé que hice lo correcto.

—Sí, lo hiciste.

Una hora después recogí a Mariola de su suite y nos montamos en el coche para ir al aeropuerto. Íbamos con la hora un poco justa, pero llegamos bastante bien a la terminal en la que cogíamos el vuelo. Decidimos hacer una parada técnica para que Mariola se hiciese con un tanque enorme de café y fuimos a la puerta de embarque.

—Esto es lo que pasa cuando te dejas una tarde entera el móvil cargando en la habitación del hotel.

Me enseñó su pantalla y vi que la bandeja de entrada de mensajes, emails y varias aplicaciones más, estaban a punto de colapsar. Comenzó a revisar los mensajes y se levantó de un brinco del asiento, casi derramando el café.

—No puede ser... Joder, lo mato, lo mato en cuanto ponga un pie en casa. Vale... tres días y estará listo.

Me entretuve unos segundos mientras veía cómo trataba de organizar su agenda, anotando mil citas, sacando del bolso pequeños papeles que pegaba a la agenda. Era divertido ver cómo trataba de que todo fuese sobre ruedas, aunque los insultos que le profirió a alguien hicieron que varias personas que esperaban el vuelo se dieran la vuelta.

Nos montamos en el avión y, mientras Mariola seguía trabajando como una loca, yo me estaba quedando dormido tras media hora de vuelo.

—Aprovecha para dormir que tenemos unas cuantas horas. —No apartó la vista de su portátil.

—¿Tú no tienes sueño? —Bostecé acomodándome en el asiento.

—Duermo poco, me he acostumbrado a dormir menos con la niña en casa. —Negó con la cabeza—. Y si tengo tantas cosas que preparar, mis horas de sueño disminuyen y mis niveles de hiperactividad aumentan considerablemente. La fiesta del viernes me tiene loca. Quiero que sea perfecta. —La miré y tenía un extraño brillo en sus ojos.

—¿No me vas a contar nada sobre ella?

—Si empiezo a contarte que los manteles son de seda con ribetes en los bordes, que el catering no ha sido al completo aprobado por la madre del cumpleaños, que la agencia con la que siempre llevamos los camareros no puede participar en esta fiesta, haría que te durmieses en dos segundos. Parece que quieren hasta unicornios colgando de las puñeteras lámparas del jardín. —Mariola y su lengua.

—Vuelves a ser una neoyorkina neurótica. —Le di un beso.

—Iré a peor según nos vayamos acercando. Así que huye ahora que estás a tiempo. —Me guiñó un ojo.

Se soltó el cinturón, levanto el reposabrazos que nos separaba y me besó como solo ella sabía hacer, como solo ella podía hacer.

—¿Quieres ser partícipe de una de mis locuras? Pues —se acercó a mi oreja y lo susurró—, te espero en el baño en un minuto.

Me besó, se levantó y se fue al baño sin ningún tipo de duda. Miré entre los asientos y vi su preciosa sonrisa al entrar en el cubículo. Conté hasta diez y me levanté, pero justo se levantó un señor mayor y le permití pasar delante. Lo que no me imaginé es que fuese a ir directo al baño donde estaba Mariola. Segundos después se escuchó un grito de Mariola y, acto seguido, una gran carcajada. Parecía que no había echado el pestillo. El pobre hombre se llevó las manos a los ojos nervioso y Mariola salió atusándose el pelo sonriendo. Le pidió disculpas al hombre al que casi mató de un ataque al corazón por su grito y le dio dos besos en las mejillas.

El pobre hombre terminó sonriéndole.

—La madre que me parió. —Se lanzó al asiento riéndose.

—¿Cómo demonios te ha pillado? —Entrecerré los ojos para mirarla y mi imaginación comenzó a correr.

—Tenía el vestido subido un poquito más arriba de los muslos. —Se mordió los labios y supe que ocultaba algo.

—¿Y qué más?

—Estaba sentada en el lavabo con las piernas abiertas y el vestido estaba más arriba de los muslos. —Estalló en otra carcajada y me uní a ella.

—Tus locuras un día nos van a llevar a prisión. —La besé.

—Yo que te tenía una sorpresa. —Hizo puchereros.

—¿Sorpresa? —Pregunté curioso.

—Ven aquí. —Me atrajo a ella con un dedo—. Observa. —Me enseñó su maravilloso escote y se tapó antes de que pudiese ver nada—. Si hubieras sido más rápido sabrías lo que es. Más suerte la próxima vez, precioso. —Me guiñó un ojo de forma exagerada.

—Una pista más. —Me pegué a ella, pero puso su mano en mi frente y me separó.

—Ahora tengo que sacar una fiesta adelante, así que tú a dormir y yo a trabajar. Que además tengo poca batería y el cargador va en la maleta.

—Toma mi iPad, yo no lo necesito.

Traté de centrarme en la fiesta, pero los ojos de Alex parecían rayos x tratando de ver por debajo de mi ropa. Menos mal que al final se quedó dormido y pude trabajar tranquilamente en su fiesta. Mandé un mensaje a su madre tratando de que me resolviese unas cuantas dudas que tenía y aproveché para preguntarle por los sitios especiales para Alex.

Cogí su iPad y al encenderlo apareció de fondo de pantalla una foto de los dos, una de la noche de la fiesta de la discográfica. Sonreí tontamente al recordar aquella noche y se me erizó la piel del cuello.

Demasiadas horas después y cinco cafés que la amable azafata me rellenó, aterrizamos en Nueva York y comenzaba la locura de verdad. Alex me dejó en casa con Rud, que parecía que le iba a tener que hacer un hueco en el sofá de por vida.

—Voy a por Jason, que tengo muchas ganas de verle. Esta semana nos vemos, prométemelo.

—Por supuesto. —Me encantaba cuando Alex era tan tierno.

Me besó y su sabor me acompañó en los labios hasta casa. Nada más abrir la puerta, Sonia apareció corriendo para abrazarme. Tardé varios minutos en reaccionar.

—Hola. ¿Qué haces aquí? —La abracé.

—Vuelvo a casa. —Se separó de mí sonriendo.

—Cariño, qué bien te veo. —La volví a abrazar.

—Me encuentro genial, mucho mejor de lo que me imaginaba que estaría. No pensé que lo superaría sola, pero todas esas cartas y vídeos que me enviaste me ayudaban cada noche. — Sonrió y reconocí a la Sonia que me dio la bienvenida en el *Bowery* cuando llegué a la ciudad.

—Era la única manera que teníamos de medio comunicarnos contigo. Quería que supieses que fuera de allí, siempre te estaríamos esperando.

—Aunque no me has contado todo. —Se puso tan seria que temí que se hubiera enterado del ataque de Jonathan en el parque.

—Sí.

—No me has contado por todo lo que has pasado con Alex. Sé que lo has hecho por mi bien,

pero tú también necesitas ayuda de vez en cuando y contar lo que se te pasa por la cabeza y por el corazón. —Puso su mano en mi pecho.

—No te preocupes, es el pasado. Todo está bien ahora. De verdad. —Me di cuenta de que Frank estaba de pie al lado del sofá—. No te había visto, lo siento. —Me levanté para saludarle—. Entre el *jet-lag*, que he dormido muy poco estos días y que vengo muerta de hambre...

—No te preocupes. Ya me ha dicho Alex que todo ha ido muy bien. —Frank se sentó al lado de Sonia y le agarró de la mano fuertemente.

—Me gusta tanto veros así. —Sonreí sabiendo que Frank seguiría cuidando de ella.

—En rehabilitación me dijeron una gran frase: *«Lucha por lo que realmente es importante en tu vida, ya que será lo que te esté esperando fuera. Lo que no te sirve en esta vida mándalo lejos, lo más lejos que puedas para que no vuelva. Porque lo que realmente importa, lo que te hace sentir bien y te protegerá siempre, es lo que te hará ser feliz el resto de tu vida»*. —Noté un brillo en sus ojos—. Y vosotros sois lo más importante de mi vida. Mi preciosa hija, tú, los chicos y... —Agarró la mano de Frank más fuerte—. Quiero hacer todo lo que antes me daba miedo. Ya tengo el valor suficiente para afrontar lo que venga. Y sé qué hacer y cómo acabar con lo que nos venga a hacer daño.

Había vuelto Sonia, la chica con sueños, con ganas de luchar y, sobre todo, con ganas de comerse el mundo.

—Bueno, chicos, yo os voy a dejar solos que tengo mucho trabajo que hacer. El viernes no hagáis ningún plan. —Me levanté recogiendo el bolso y la maleta.

—¿Qué pasa el viernes?

—La madre de Alex celebra su cumpleaños en la casa de los Hamptons.

—¿Cómo lo sabes? —Frank me miró extrañado.

—Su madre me llamó para que la empresa le organice la fiesta. Así que, si os invita a la pequeña fiesta que cree que su madre le está organizado, decidle que tenéis otros planes, que nos os apetece o lo que se os ocurra. Quiero que sea una gran sorpresa.

—Te brillan los ojos. —Frank me señaló sonriendo.

—No.

—Vosotros lo habéis arreglado. —Canturreó.

—Buenas noches. Rud, ya te puedes ir a casa o si te vas a quedar a dormir... No, no hay hueco. Hasta mañana.

No le dejé ninguna opción a contestarme porque me encerré en mi cuarto y estuve trabajando hasta tarde. Estaba organizando una escapada a la cabaña de sus abuelos, si es que todavía seguía existiendo y no se había hecho con ella una cadena hotelera. Quería que mi regalo fuese más sentimental que material. Supuse que volver a la cabaña donde pasaba los fines de semana con sus abuelos, le gustaría.

Cuando me quise dar cuenta estaba sonando la alarma del despertador y una nueva semana comenzaba. Me debí quedar dormida encima de mi escritorio. Me duché, vestí, salí como una loca a por un café, besé a todo el mundo que estaba en la cocina, que parecía el metro en hora punta... ¿Tanta gente cabía en casa durmiendo? Allí estaban Mike, Justin, Frank, Scott, Andrea, Sonia y... cuando fui a dar el último beso, frené en seco.

—¿Yo no tengo beso? —Alex me miró sonriendo.

—¿Qué haces aquí? —No pude decir nada más porque me agarró de la cintura, ladeándome y me besó.

—¿Quién es este tío que se parece a mi amigo pero que no es él? —Escuchamos a Frank a nuestro lado.

—Uno no puede tener un buen día y besar a la chica más preciosa del planeta sin que le critiquen. —Le guiñó un ojo a Frank.

—No quiero sonar borde. —Me acerqué a su oído—. Me encantaría secuestrarte, pero me tengo que ir.

—Te llevo a trabajar.

—Me da miedo cuando Mariola sonríe un lunes tan temprano. —Justin lo dijo más alto para que le pudiese oír.

—Recuérdame que tenga una charla contigo, querido amigo. —Antes de salir por la puerta le lancé una mirada asesina, acompañada de un levantamiento de labio enseñándole los dientes. Algo muy aterrador para un lunes.

Llegamos a la oficina y Alex se empeñó en acompañarme hasta mi despacho. Echó un vistazo comprobando que todo estaba bien. Descolgué el teléfono con la primera llamada del día. Se sentó y me observó mientras hablaba con Linda.

No me podía creer el carácter que se gastaba Mariola cuando hablaba sobre su trabajo. Sabía que se tomaba muy en serio todo, pero es que estaba dándole órdenes a su propia jefa. Estaba pidiendo una reunión urgente con el equipo para la fiesta de aquel viernes. Era mucho más importante de lo que me había hecho ver.

Colgó a Linda y a los segundos sonó de nuevo su teléfono. Supuse que lo mejor era dejar que trabajase y yo hiciese lo propio, pero aquella blusa y la falda lápiz que llevaba me estaban provocando. Se pegaban de una manera tan bonita a sus curvas, potenciándolas y haciéndome morir por dentro por quitarle la ropa y devorarla por completo. Me acerqué a ella aprovechando que se había sentado en la esquina de la mesa, le quité el teléfono asegurándome de tapar bien el micrófono y atacé sus labios. Primero subí mi mano desde el último botón abierto de su camisa hasta el cuello, pasando mis dedos por sus labios para después jugar con ellos durante unos segundos. Me separé rápidamente de ella, la observé y le devolví su teléfono. No dijo nada. Por una vez parecía que no tenía nada que decirme. Le guiñé un ojo y me marché de su despacho.

Aún sentía el sabor de Alex en mis labios y, siendo clara, sentía el calor que había dejado en todo mi cuerpo.

—¡Mariola! —Brian pegó un grito al teléfono.

—Perdón. —Meneé la cabeza para sacarme a Alex de la cabeza—. ¿De qué estábamos hablando?

—Me estabas preguntando sobre la cabaña de los abuelos. Está en Greenwood Lake, a poco más de una hora de la ciudad.

—Genial. —Lo anoté en la agenda para no olvidarlo—. ¿Sabes cómo está?

—No. Si quieres puedo ir a echar un vistazo...

—No te preocupes. —Revisé la agenda semanal en el ordenador—. Mándame la dirección y me paso por allí esta semana sin falta.

—¿Cómo va la fiesta?

—Yo no conozco a todos sus amigos. Tú pásame la lista para que haga la invitación y la envíe de forma urgente esta tarde. Espero que todos los que queráis que estén allí puedan con tan poco tiempo.

—¿Sabes que mi hermano va a alucinar?

—El viaje a Los Ángeles ha sido bastante esclarecedor para los dos. —Vi a Linda llamarme desde la puerta—. Tengo que dejarte, Brian. Dale un beso a mi hermana y dile que, si va a vivir

contigo, se lleve todos sus trastos de mi habitación, pero que no sueñe con llevarse mis vestidos.

Le hice un gesto a Linda para que me esperase y cuando salí al pasillo con la agenda, unas carpetas y mi móvil, Linda explotó.

—Me acaba de llamar Will. ¿Sigues pensándote la oferta?

—Linda, ¿por qué no me contasteis lo de vuestra jubilación? —Entramos en el despacho donde estaba Michael.

—No sabemos cuándo lo haremos, pero Will se puso en contacto con nosotros, interesándose en una de nuestras mejores trabajadoras. —Vi cómo Linda me miraba y Michael negaba con la cabeza.

—No me gustó su idea de robarte, Mariola, así que le comentamos que podríamos jubilarnos y mantener esta delegación en Nueva York y que él se hiciese cargo de la nueva delegación allí. —Michael se levantó cuando me vio negando con la cabeza.

—No quiero marcharme de aquí. —Abrí los ojos y resoplé—. Aunque si me voy a quedar sin un puesto aquí...

—Jamás te quedarás sin tu puesto, Mariola. Si quieres quedarte en Nueva York, esta es tu casa y siempre lo será. —Linda me agarró de la mano—. Siempre podemos posponer nuestra jubilación, pero tendrías que hablar con Will.

—Te quiere en su empresa, te quiere a su lado y no parece un hombre al que una negativa le pare. —Michael negaba con la cabeza—. Si yo no te tuviese en mi empresa, tampoco pararía hasta conseguirte.

—¿Cómo llevas la fiesta de Alex?

—Poco tiempo para prepararla, no he podido quedar con su madre en persona, no tengo la lista de invitados, tengo que mandar a más tardar hoy las invitaciones y... —Levanté las manos en el aire—. Ya me conoces, con las manecillas del reloj pegándome en el culo.

—Por eso eres tan jodidamente buena. —Linda sonrió y Michael negó con la cabeza.

—Tendremos que hablar sobre nuestra jubilación en algún momento y sobre la reestructuración de la empresa en caso... —Michael balanceó la cabeza unos segundos—. En caso de que Will sea el comprador.

Continuamos con la reunión una hora más, en la que los dos trataron de quitarme trabajo de encima para poder finalizar la fiesta de Alex. Llamaron a Scott y cuando llegó noté que estaba demasiado raro, su comportamiento no era normal.

—De acuerdo. —Scott salió del despacho y yo fui detrás de él.

—Scott. —Le seguí y no paró—. Scott, ¿qué pasa?

—Que mientras tú vuelas a la otra punta del país para ir a la playa con un tío rubio o cenas en Umami con un tío que no te merece, yo me he quedado aquí partiéndome el culo. —Menaba la mano en el aire mientras lo soltaba todo—. Por que parece que aquí los ascensos y las palmadas en la espalda son para ti siempre.

—Voy a repetir la pregunta por si no me has escuchado bien. —Le empujé dentro de mi despacho—. ¿Qué cojones te pasa, Scott?

—Nada. —Intentó salir, pero le paré.

—No, no te vas a ir de aquí sin contármelo. —Me interpose entre él y la puerta.

—Tienes un trabajo perfecto, una familia perfecta, unos amigos que te adoran y una oferta de trabajo en la otra punta del país. Y yo me seguiré pudriendo aquí, sin familia, sin amigos y sin nadie que me...

No comprendía por qué Scott estaba actuando de aquella manera, pero tampoco tenía tiempo de andar jugando a la buena samaritana si él no hacía más que mandarme a la mierda.

—Scott, sabes que valoro mucho tu trabajo. Siempre te nombro cuando hacemos algo, ya que no solo es mi trabajo, pero no comprendo lo que está pasando. Nos tienes a todos y...

—Déjalo, Mariola. Apártate, por favor.

Dejé que Scott saliese de mi despacho y me quedé mirando cómo se iba a la cocina a ponerse un café. Yo, como una gran cabezona, le seguí hasta allí. Él estaba de espaldas peleándose con la cafetera. Aún no le había pillado el tranquillo.

—Yo me encargo de los cafés.

No dijo nada, se apartó y escuché cómo su respiración se iba relajando.

—Me costó un montón de tiempo saber por qué el café en esta oficina siempre sabía a rayos. Nos tocaba a los becarios hacerlo. Al principio cambié el café... —Le miraba de reojo, pero no cambiaba su gesto—. Estuve a punto de traer de Colombia a Juan Valdez. Hasta que supe que la cafetera era una mierda. Me planté en el despacho de Linda y le dije que, si quería que todos rindiésemos mucho más, que nos pusiese una cafetera italiana de las espaciales.

—Tú sin café eres perfecta para el reparto de *The walking dead*.

—Gracias. —Me giré mientras se hacían los cafés—. Muchas gracias por ese cumplido. Tú recién levantado tampoco es que seas el mejor. Sin una ducha, un café y un polvo... no eras un príncipe de Disney. —Levanté los hombros y busqué su mirada.

—Ni tú una princesa. Que menudas pulgas tienes al levantarte, Mariola. —Al menos ya me hablaba.

—¿Vas a contarme el motivo de tu *capullez* o tengo que imaginarme que has cambiado tanto que ya no te conozco?

—Se han complicado algo las cosas y creo que lo he pagado contigo.

—¿Puedo ayudarte con algo? —Le entregué el café recién hecho.

—No te preocupes y perdóname, pero... —Abrió la boca, pero la cerró sin decir nada más.

—Ya sabes que en el momento que haya un ascenso posible en la empresa, me dejaré el culo para proponerte a ti. Eres un trabajador muy bueno, Scott, de eso no quiero que tengas dudas. Solo hace falta tiempo para que las cosas se pongan en tu camino y decidas qué rumbo quieres tomar.

—Hay veces que uno toma decisiones que le pesan el resto de su vida.

—Tú puedes elegir cambiar eso. No hay nada en esta vida a lo que no se le pueda dar la vuelta. —Choqué mi taza contra la suya—. Tú decides tu destino. —Le di un beso en la mejilla y me fui al despacho para hacer las invitaciones.

No me di cuenta de la hora que era hasta que a las cinco de la tarde me llamaron de la inmobiliaria en la que había estado buscando piso para Sonia y Andrea.

—Mariola, lo tengo. 78 de Mercer Street, en el Soho, cerca de tu piso y está perfecto para redecorar un poco y entrar a vivir.

—Mándame el plano y las fotos, que tengo cinco minutos para mirarlo y nos vemos allí en... ¿una hora?

—Por supuesto.

—Gracias, Adam.

Mientras observaba las fotos del piso, le envié un mensaje a Laura, la decoradora con la que siempre trabajábamos. Le pedí que se reuniese conmigo en el piso también a las siete. Cuando lo vi, supe que era perfecto para Sonia y Andrea. Estaba muy cerca de nuestro piso, en un gran barrio y el alquiler era bastante asequible. Al menos podía dejar pagado seis meses para que las dos estuviesen tranquilas.

—Es precioso. —El piso era absolutamente perfecto.

—He recibido tus ideas. Mañana te mando el proyecto.

—Siento que sea todo tan rápido, pero quiero que esté listo lo antes posible.

—El piso está en muy buenas condiciones. —Adam quería su trozo del pastel en forma de comisión.

—Cocina, suelo, baño y pintar... cuatro días si trabajamos de sol a sol. —Laura sabía trabajar bajo presión.

—Yo me encargo del salón y las habitaciones. Ya tengo en la cabeza los muebles y...

—Mariola, mándame lo que quieras y yo me encargo. Bastante tienes tú con tu trabajo. —Laura me agarró de la mano—. Sé que tu cabecita va a mil por hora, por eso sé perfectamente que mañana a las seis de la mañana tendré un *e-mail* con las imágenes, los papeles, las cortinas y demás. Sé que, aunque te diga que no, lo vas a hacer igual.

—No es que quiera echarlas, pero necesitan empezar de cero ahora que Sonia ha vuelto y qué mejor manera que hacerlo en un piso nuevo.

Firmé el contrato de Adam y le hice allí mismo el ingreso de la fianza de dos meses, más el alquiler de cuatro meses más y bajé a Galli a tomar una copa con Laura para explicarle un poco mis ideas.

—Sé cuál es tu estilo y sé lo que quieres. ¿Me haces el favor de dejarme a mí? Hacemos un trato, yo me encargo de toda la casa y te dejo las dos habitaciones para ti. Tú te encargas de decirme lo que quieres y lo haré.

—Con lo que me vas a costar, Laura, ya me puedes hacer caso.

—Te haré una rebaja si me consigues el número de teléfono de aquel chico que fue a la boda de los McNee, amigo de Alex McArddle.

—Necesitaré más datos para saber quién es.

—Al que terminaste echando del hotel.

—Steve. —Levanté una ceja mientras negaba con la cabeza—. Yo te lo consigo, pero allá tú con él.

Laura se marchó y yo me quedé un rato trabajando en la barra. Cuando me di cuenta, Mike me dejó un sándwich al lado. Al levantar la vista vi que el restaurante estaba ya cerrado y no quedaba nadie más.

—Necesitas cenar algo. —Mike me acercó más el plato y me besó.

—En cuanto termine de diseñar la invitación. Solo tengo que cuadrar esta parte y listo. —Lo guardé y cerré el portátil agotada—. Menudo inicio de semana.

—¿La que estaba contigo era Laura?

—Sí. Ya he encontrado el piso para Sonia y Andrea, ella va a hacer todo en tiempo record.

—¿Cuánto tiempo llevas buscando?

—Desde que se fue a rehabilitación. Para ella será bueno tener un hogar propio en el que criar a Andrea.

—¿Y si...

—Sé que estás nervioso, Mike, pero está aquí al lado. En el 78 de esta misma calle. —Comprobé que tenía unas ojeras terribles—. ¿A ti qué te pasa? —Me abracé a su cuerpo.

—Me preocupa Justin. Bueno, me preocupa la relación que tiene tan tóxica con Scott.

—¿Cuándo vas a reconocer que sientes algo más por Justin? —Partí el sándwich por la mitad y le ofrecí.

—Me preocupo por él como lo hago por ti.

—Cuando estés listo para reconocer lo que sientes, estaré a tu lado pase lo que pase.

—No puedo romper lo que tenemos por mis sentimientos —Mike se levantó para cerrar la puerta cuando salió el último trabajador—. No puedo, nena.

—De acuerdo.

No dije nada más porque sabía que Mike necesitaba su tiempo para hacer las cosas, pero yo sabía que él sentía algo por Justin y que él también sentía más allá de la amistad que les unía. Siempre lo había sabido, pero nunca había sido su momento.

Cuando llegamos a casa Sonia estaba en mi cama durmiendo con Andrea y yo me quedé trabajando el sofá hasta quedarme dormida, cosa que hice aquella noche y la siguiente.

El jueves de aquella semana conduje hasta la cabaña del lago con Rud de copiloto. Tuve que aguantar durante casi hora y media sus continuas quejas sobre mi forma de conducir, la música que escuchaba y la forma en que tenía de golpear el volante cuando me gustaba una canción.

—Gira aquí a la derecha. —Rud estaba encargado del mapa de su móvil.

Diez minutos dando vueltas por casas que no eran la de los abuelos de Alex, supe que no sabía dónde estábamos.

—No me puedo creer que te hayas perdido, Rud.

—Tú eres la que conduce.

—Y tú el responsable del mapa. Seguro que estabas en algún grupo de Facebook de tetas o de coches.

Paré en un lateral de aquel camino perdido de la mano de Dios y le arranqué el teléfono de las manos. Recaliculé la ruta y me quedé con el camino que marcaba el GPS. Quince minutos después estábamos frente a la cabaña. Al bajar del coche, Rud ojeó los alrededores y yo me quedé observando aquello completamente fascinada. A la derecha de la cabaña había un pequeño embarcadero que daba al lago. Aquello era muchísimo más bonito de lo que yo me había imaginado.

Al otro lado del lago escuché unas risas de niño y me imaginé a Alex de pequeño correteando por allí, montando en bici y lanzándose de cabeza al agua. Feliz, despreocupado y sonriendo. Crucé de nuevo el embarcadero y subí las cinco escaleras que llevaban a la puerta principal de la cabaña y me quedé observando el pequeño mirador. Estaba sucio, pero parecía estar en buen estado. Intenté abrir la puerta, imaginando que estaría cerrada, pero se abrió ante mi sorpresa. Y sorpresa la que me llevé cuando vi que por dentro todo estaba lleno de polvo, olía a cerrado y había algunos bichos corriendo por lo que supuse que era el salón. En otra época seguramente habría sido algo precioso, muchos años atrás. Abrí las ventanas para poder airear aquello y levanté un par de mantas llenas de polvo de los sofás. Cuando levanté la tercera, me saltó encima algo que rechinaba sus dientes mientras se enredaba en mi pelo.

—¡Socorro! —Salí corriendo por la puerta—. Quítamela, quítamela.

—¿Qué pasa? —Rud se acercó corriendo asustado.

—Quítame la *ratacardillamapache*. —Agité la cabeza.

—No te pongas histérica que no tienes nada. Lo que os gusta gritar a las rubias.

Le miré enfadada entre la maraña de pelo que me había formado a mí misma.

—¿Tú has venido a ayudarme o a desquiciarme? —Le pegué un puñetazo en el brazo.

—Me has secuestrado vilmente y me has obligado a venir aquí escuchando música de *boy bands* de los 90. Que ya tienes una edad, Mariola. Deja atrás las carpetas forradas con Nick Carter. —Mientras me vacilaba, movía los hombros simulando una coreografía.

—Joder, no veo el día que tu jefe se harte de ti y te mandé a tomar por culo.

—Esa boca, princesita, que te la voy a tener que lavar con jabón.

Le mandé a la mierda mental y verbalmente. Entré de nuevo en la cabaña y sopesé la idea de quemar todo lo que había dentro.

—Esto con una buena limpieza y un poco de ropa nueva tendrá mejor pinta. —Rud estaba a mi lado observándolo todo—. Me ha parecido ver una tienda en el pueblo más cercano estilo IKEA, pero más rústica. Podemos ir y pedir lo que necesites. Llama a un equipo de limpieza y desinfección y lo dejarás perfecto.

—Pues mueve el culo que hay que hacer muchas cosas.

En la tienda que Rud había visto encontramos la gran mayoría de las cosas que necesitábamos y el resto me encargaría de mandarlo desde Nueva York.

—¿No son de por aquí verdad? —Me preguntó un amable señor de unos setenta años que llevaba un buen rato observándonos.

—No, de Nueva York. —Contesté con educación mientras escogía varias sábanas.

—¿Y qué hacen tan lejos de la gran manzana?

—Hemos venido a la cabaña del final de lago.

—¿La cabaña de los McArddle? —La señora a la que le había pedido unas muestras de cortinas se acercó a mí con los ojos chispeantes.

—Sí.

—¿Vas a comprar la cabaña? —El brillo de sus ojos se apagó por unos segundos.

—No, quiero darle una sorpresa a Alex por su cumpleaños y necesito...

—Dios mío. —A la señora se le cayeron las muestras de las manos y le ayudé a sentarse en una silla que estaba por allí—. El pequeño Alex. Pensé que nunca volvería a verle.

—Si puedo hacer que la cabaña vuelva a parecer un hogar, en pocos días estará de nuevo por aquí.

—Yo me encargó de ello.

La señora se levantó de nuevo emocionada y me prometió que estaría todo listo para cuando lo necesitase. Ella en persona se iba a encargar de poner todo en orden y hacer que aquella cabaña recuperase el aspecto de años atrás.

—Tú no te preocupes por nada. Nosotros nos encargamos de dejarlo igual que cuando Alex venía de pequeño.

—Vale. —No sabía la razón por la que querían hacer aquello, pero me transmitieron tranquilidad—. Estos son mis números. Cualquier cosa que necesites o que tengas dudas, llámame a la hora que sea.

Me aseguró que al día siguiente por la tarde tendría la casa lista. Ella conocía a varias personas en el pueblo que le ayudarían, así que el viernes iría a revisar la cabaña. Sabía que en cuanto le diese el regalo querría ir allí para disfrutar.

Rud decidió conducir de vuelta a la ciudad y elegir una cadena de deportes en la radio. Me dejó en la oficina mientras aparcaba. Al llegar a mi despacho, y como era habitual desde la fiesta del Silk, encima de la mesa de mi despacho había una rosa. No se lo había comentado a nadie, pero aun no sabiendo de quién eran, sabía que no podía ser nada malo. Nadie que te odie te envía una rosa todos los días.

—¿Llevas evitándome dos días? —Dejé la rosa en la mesa y al girarme vi a Alex.

—Lo siento, pero esta fiesta va a acabar conmigo.

—¿Tan importante es como para que hayas tenido que salir de la ciudad? —Comprobó que le estaba mirando extrañada—. Dwayne me ha dicho que Rud y tú habéis salido muy pronto esta mañana.

—Sí.

—Ahora mismo te voy a llevar a comer porque ese cuerpo no ha visto algo caliente desde hace horas. —Notó la sonrisa que se me instaló en la cara—. Y no, no me refiero a eso, Mariola.

—Tengo muchísimo trabajo.

—No. —Recogió mi bolso de la silla—. Vamos a comer algo y después vuelves a trabajar. Ya que no vas a pasar la noche de mi cumpleaños conmigo, podrías dedicarme una hora hoy. —Agachó la mirada.

—¿Me estás chantajeando? —Abrí la boca.

—Chantaje sería decirte: tú, yo, una buena botella de vino y una gran bañera con espuma. —Su voz profunda, junto a aquellas palabras, hizo que me recorriese un escalofrío por todo el cuerpo.

—Juegas con fuego.

—Tú hiciste lo mismo con tu fantasía. —Tiró de mi brazo y me pegó a él—. ¿Algún día me la contarás?

—Algo mejor... Te la explicaré paso a paso —le lamí los labios entre susurros—, sobre una moto.

—Me quemas, nena. Me quemas.

Ojalá aquella comida hubiese durado más tiempo, ojalá aquellos periodistas no estuviesen tan encima de Alex y ojalá no hubiese tenido que ocultarle lo de la fiesta, porque me costaba mucho hacerlo.

Al día siguiente me fui con Rud a la cabaña muy temprano. Cuando llegamos nos encontramos en la entrada un camión que estaba metiendo un montón de cosas. Había más de quince personas trabajando a las siete de la mañana.

—Buenos días. —Saludé a los trabajadores.

—Buenos días.

Cuando entré en la cabaña no pude decir nada, me quedé sin palabras al comprobar que ya no era la cabaña mugrosa del día anterior.

—Joder, menudo cambio.

—Buenos días, señorita. —La señora de la tienda se acercó a mí—. Nos hemos tomado la libertad de acabar muchas cosas entre ayer a la tarde y hoy muy temprano. Supusimos que lo necesitaba lo antes posible.

—Por favor, no me trate de usted que me salen canas con solo oírlo. Soy Mariola. —Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa.

—De acuerdo, Mariola. Yo soy Sarah y él es Robert, mi marido.

—Encantada. —Les di un par de besos a cada uno, mientras de reojo veía la cabaña—. Me habéis dejado sin palabras.

—Hemos intentado que sea lo más parecido a cuando él correteaba por aquí.

Sarah me miraba queriendo saber quién era y por qué hacía aquello.

—Hija, no aguanto más sin preguntarte.

—Dime, Sarah.

—Debes de ser alguien importante si estás haciendo todo esto para el pequeño Alex. —Me agarró de la mano.

—Soy una amiga.

—Algo más diría yo. —Robert lo dijo mientras colgaba algunos cuadros.

—Una buena amiga, pero eso no importará si no acabo todo esto a tiempo. —Negué con la cabeza—. Mañana es su fiesta de cumpleaños y sé que en cuanto tenga su regalo va a perder el culo queriendo venir a comprobar que todo es como lo recuerda. El embarcadero, la chimenea, la cocina...

Rud estaba sentado en uno de los sofás leyendo una revista mientras el resto trabajábamos en la

casa. No se movió ni un centímetro cuando traté de mover el sofá en el que estaba sentado, así que lo empujé, pero me tropecé con la alfombra y me caí de bruces al suelo.

—Joder. —Me llevé la mano a la cara.

—Mariola, estás sangrando. —Rud saltó asustado del sofá.

—Ahora sí. —Me levanté del suelo y me fui a la cocina.

—De acuerdo. Ya llegó el hombre. ¿Qué es lo que quieres que haga? —Me agarró del brazo y me solté de él enfadada. Cogí un pañuelo y eché la cabeza para atrás.

—Si al final Alex va a tener razón y te tomas demasiadas confianzas conmigo. —Estaba enfadada por su comportamiento. Entendía que no se llevase bien con su jefe, pero coño, podía haberme ayudado un poco.

—Lo siento. —Se puso delante de mí—. Déjame ver tu labio. —Vio cómo me empezaban a caer lágrimas—. No llores, Mariola. Solamente quería ver hasta dónde llegaba tu cabezonería, no quería hacerte sentir tan mal. —Su cara era un poema.

—¿Te crees que lloro por ti? —Le aparté de mí—No eres tan importante, Rud.

—Lo siento, pequeña. —Tiró de mí mano para abrazarme—. Sabía que esto era importante, pero no supuse que tanto. Ojalá algún día una chica haga todo esto por mí. —Se apartó de mí poniéndome ojitos.

—Si la tratas como a mí, lo único que te llevarás es una patada en el culo. —Le hice una mueca muy chunga a la que respondió sonriendo.

—Eres una pequeña dictadora cuando te pones en plan... —Hizo varios gestos con sus manos en el aire como si estuviese ordenando un pelotón.

—Rud, no sé cómo demonios te lo montas, pero soy incapaz de enfadarme contigo. Eres como el hermano toca huevos que nunca tuve.

—Eso es porque te gusto. Como tú me gustas a mí. —Se acercó y me abrazó—. Esto va a quedar genial y va a ser el mejor regalo que le hayan podido hacer al jefe. Os merecéis tener un poco de tranquilidad y disfrutar. —Me acunó entre sus brazos mientras yo seguía negando con la cabeza—. Y si tengo que mover los cimientos de esta casa para que te quedes contenta con el trabajo, no dudes que lo haré. —Me besó en la frente—. Y si a él no le gusta, a mí me gusta pescar y pasearme desnudo por el bosque.

Dicho aquello, se alejó y comenzó a mover cosas. Mi mente pervertida se lo imaginó corriendo en pelotas por aquel salón y saltando al agua desde el embarcadero.

Sarah y Robert se marcharon a la hora de comer y nosotros nos quedamos dando los últimos retoques. No nos dimos ni cuenta de que el tiempo había pasado tan rápido y a las cinco volvieron los dos con unas cañas y aparejos de pesca.

—¿No habéis parado? —Rud y yo miramos a Sarah negando con la cabeza—. Me lo imaginaba y os he traído comida. —Sarah observó los cambios hechos—. Preciosa, lo has conseguido, es la misma cabaña que fue años atrás.

Nos sentamos a comer los sándwiches que nos había preparado, mientras su marido nos preparaba un café que olía de maravilla, que acompañamos con la tarta de manzana casera que habían traído.

—Es la mejor tarta que he probado en mi vida.

—Es la receta de la abuela de Alex. Ella me enseñó y creí oportuno traerte la receta para que se la hicieras a él. —Sonrió.

—Será mejor que ni lo intente. —Rud me miró antes de meterse otro pedazo de tarta entre pecho y espalda.

—¿De qué los conocíais?

—Éramos amigos de los abuelos de Alex. Los conocimos cuando llegaron al país. —Robert se puso detrás de su mujer.

—Cada vez que venían aquí eran felices. Alex correteaba por el bosque y se subía a los árboles tratando de coger alguna ardilla o recogía algún pájaro herido y lo traía a casa para curarle. Era un niño increíble. Era feliz cada vez que venía con sus abuelos aquí. —Sarah sonreía mientras sus ojos parecían estar viéndolos.

—Aún recuerdo el día que se cayó del árbol porque aquel pájaro no podía volar y apareció en la casa con él en una mano y la cara llena de sangre. Se hizo una herida en la cara que le dejó una pequeña cicatriz. —Robert se señaló justo debajo del ojo derecho.

—No me lo imagino de esa manera.

—Sí, por lo que hemos visto en las revistas ha cambiado mucho nuestro pequeño Alex. Pero sigue siendo así, aunque no lo recuerde. Sigue siendo un pequeño salvador del mundo. —Sarah tenía un brillo muy especial en los ojos cada vez que hablaba de él.

—Recuerdo que cuando íbamos a pescar era el niño más feliz del mundo, era el primero en salir corriendo por el embarcadero y subirse en la barca. Siempre con su sonrisa ladeada. Hasta que... —Robert se quedó en silencio y su mujer agachó la cabeza.

—¿Hasta qué? —Pregunté curiosa.

—No sabemos qué pasó aquella Navidad. Ellos dos eran pequeños. Estaban Susan, los abuelos y los dos hermanos aquí. Apareció el padre y bueno, hubo gritos y todos se marcharon de aquí. Ninguno de ellos volvió. —Sarah se llevó la mano al corazón, como si recordar aquello le estuviese haciendo el mismo daño—. Aquella fue la última vez que los vimos por aquí. Nos enteramos de sus fallecimientos y nos dio mucha pena.

—Ya sabes cómo era el padre de los chicos, Sarah. Nunca le gustó esto. Para él solo era posible la gran ciudad, el lujo y su dinero. Solo espero que los chicos no hayan seguido sus pasos. —Los dos me miraron esperando que les diese la respuesta que esperaban.

—No conozco a su padre, pero los dos son increíbles. Así que no se parecen a él en nada. —Quise tranquilizarles y devolverles, en cierto modo, todos los recuerdos que habían dejado atrás—. Brian ha estado por medio mundo ayudando a muchas personas necesitadas y Alex, aunque aparentemente se le vea un tipo trajeado, serio y con dinero —cerré los ojos y sonreí—, tiene un corazón enorme.

—Yo creo que eres más que una amiga especial, Mariola. —Los dos me sonrieron—. Has trabajado mucho para que esto quedé así y se te ve una persona muy buena. Ojalá que... —Robert se resintió del codazo que su mujer le dio en el estómago.

—¿Ojalá qué? —Los miré a los dos.

—Que no se repita la historia. —No me dijeron nada más sobre aquella historia que no querían que se repitiese.

Pasadas las once de la noche, Rud me dejó en casa y al salir del ascensor me encontré en las escaleras de nuestro piso a Alex con una bolsa en las manos.

—Buenas noches, Mariola. —Parecía estar muy cansado—. Pensaba darte una sorpresa, pero te he llamado varias veces y no me has cogido.

—Estaba en un sitio sin cobertura y me he quedado sin batería. —Me agaché, pero se levantó bruscamente.

—Preparando la fiesta, ¿verdad?

—Sí. —Me pasé la mano por la cara. Estaba agotada—. Está acabando conmigo.

—Claro. No tienes tiempo para nosotros.

—Ya te avisé de que iba a ser una semana terrible. —Abrí la boca y, por primera vez desde

que le conocía, pensé lo que iba a decir—. Esta fiesta...—quería decirle que iba a sentirse como un imbécil al comprobar que era su fiesta, pero no podía—. Lo siento, Alex, es mi trabajo. Al igual que el tuyo es complicado y si hay un problema en el hotel, sea lo hora que sea, tienes que atenderlo.

—Pero siempre he tenido tiempo para ti.

No quería seguir escuchando tales tonterías y tampoco quería explotar con él, así que abrí la puerta y le invité a entrar.

—¿Pasas y cenamos o vas a seguir diciendo estupideces?

—Muy bien. —Me entregó enfadado la bolsa que tenía en la mano—. Disfruta del *tartar* y los *garganelli*. Buenas noches.

Observé cómo su culo se metía en el ascensor y se marchaba sin mirarme. Me quedé mirando la bolsa de *Babbo* y entré en casa tan cansada, que les dejé la cena a Sonia y Frank que estaban viendo una película en el salón.

—Disfrutad de la cena que ha traído el capullo de tu amigo. Yo me voy a darme una ducha y a dormir.

—¿Capullo? —Sonia abrió las bolsas y dio un grito de sorpresa—. Pero si es una de tus cenas favoritas.

—He estado a punto de metérsela por el culo. —Lancé mi bolso a la habitación—. Se ha puesto en plan *unga* —me pegué unos golpes en el pecho—, *tú ser mía, no coger teléfono. Yo enfadado cual mono de culo pelado*. —Fui a la cocina y saqué una botella de agua a la nevera.

—Está estresado con todo lo de la entrevista, triste porque no podemos ir ninguno a su fiesta de cumpleaños... —Frank pasó su brazo por mi hombro y me olisqueó—. ¿A qué demonios hueles?

—Pues llevo todo el día arreglando la cabaña de los cojones.

—Descansa que mañana tienes que ir a revisar la fiesta. Yo me encargo de que el imbécil temporal de mi amigo no te moleste.

Me di una ducha, me tumbé en la cama y me quedé dormida antes de subir el segundo pie encima.

Al día siguiente por la mañana revisé todo el trabajo que el equipo había hecho en la casa en los Hamptons. Brian se había encargado de ayudarles y, claro, mi hermana no se había despegado de su culo.

—Mi hermano no se huele nada. Casi no quiere ni venir.

—Bueno, ya puede mover el culo y presentarse o soy capaz de traerle de las orejas. —Estaba revisando la zona donde iba a estar el catering.

—Hemos desayunado con él y no sé qué le hiciste ayer a la noche o no le hiciste...—levantó las cejas—. Estaba muy ácido.

—Ya le echaré un poco de sal y tequila.

Di un repaso rápido al resto del jardín y fui directa a la zona donde habíamos puesto fotos de cuando Alex era pequeño, algunas de su época de macarra juvenil, otras del instituto y la universidad. Susan me había enviado unas fotos preciosas de Alex. Comenzó a llegar más gente con las camas balinesas, el equipo que se iba a encargar de los fuegos artificiales de parte de Brian, el DJ estaba montando los equipos y probándolos.

Cuatro horas después todo estaba listo a falta de la comida y la bebida de la que se encargaría Mike a la noche. Miré el teléfono en el camino de vuelta a casa y no tenía ni una llamada ni un mensaje de Alex. Esperaba que comprendiese las excusas de mierda que le había estado dando aquella semana.

Estaba poniéndome cada vez más nerviosa según pasaban los minutos y se acercaba la noche. Estaba tratando de hacerme la raya del ojo, pero estaba tan estresada que, en vez de un ojo de gato, me estaba haciendo uno de panda.

—Nena, estás demasiado nerviosa. —Justin me desmaquilló el ojo y me quitó de las manos el pincel.

—¿Y si no le gusta nada? ¿Y si lo odia? ¿Y si me acaba odiando a mí? —Sí, estaba atacada.

—Que pava eres. —Hizo como que me daba dos tortazos en el aire—. ¿Cómo te va a odiar? Has hecho todo esto para él, no has dormido por él. Tienes callos en las manos de mover muebles de la cabaña. —Me dio una crema para que me las hidratase—. Tienes unas ojeras que espero tapártelas con el maquillaje. No tenías ni ropa preparada. Menos mal que cuando ha venido el de UPS estaba yo en casa para recoger un paquete enorme a tu nombre. —Me señaló el salón con la cabeza.

—¿UPS?

—Sí. —Fue a recoger el paquete y lo dejó encima de mi cama.

—¿Qué es esto? —Busqué el remitente, pero no lo encontré

—No lo sé, pero venía con esta nota. —La agitó en el aire.

Una fiesta tan especial se merece un vestido espectacular. Es el momento para que brilles por ti misma. Disfrútalo y haz que sea una noche inolvidable.

Te quiero.

Aitana

No me podía creer que Aitana me hubiese mandado aquel vestido del que me había hablado.

—Deja de mirarlo como una idiota y siéntate para que te arregle ese ojo que te has destrozado.

Una hora después estábamos esperando en el portal esperando a que llegase Rud para recogernos a Justin y a mí. Al bajar mi hermana y Brian estaban esperando a Mike. Los dos me miraron fijamente sin mover un ápice sus ojos.

—¿Tanto se nota que no llevo sujetador? —Me puse las manos en el pecho.

—Si a mi hermano hoy no se le quita esa tontería que tiene... —Brian negó con la cabeza y afirmó a la vez—. Cualquiera de sus amigos estará más que encantado de disfrutar de la noche contigo, Mariola.

Llegamos a los Hamptons y durante todo el viaje había estado comprobando que todo estaba listo. Pasé aquella hora hablando por teléfono con el encargado del equipo que estaba en la fiesta. Al llegar y ver todo preparado y perfecto respiré. Allí estaban todos sus amigos y no faltaba ningún detalle.

Decidí que era un buen momento para llamarle.

—Feliz cumpleaños, señor trajeado. —No le di margen a decir nada al contestar.

—Pensé que se te había olvidado con tanto trabajo. —Su tono era muy serio.

—Imposible. Te he tenido en la cabeza todo el día y toda la semana, pensando cómo recompensarte el no haber estado contigo. Se me han ocurrido un par de cosas que seguro que te gustan, te cambian ese tono de voz y esa cara seria que debes tener ahora mismo. —Oí cómo suspiraba y escuché a Brian avisándonos de que el coche acababa de aparcar en la entrada—. Tengo que dejarte que la fiesta empieza ya.

—Adiós, Mariola.

Apagamos las luces y me puse al fondo del todo. Observé en silencio cómo entraba en la casa. Su madre le llevaba de la mano, vamos, supuse que era Susan porque desde la distancia no los veía bien. En el momento en que pusieron un pie en el jardín se oyó un *sorpresa* a unísono y los invitados comenzaron a aplaudir. Se encendieron las pequeñas lámparas colgantes que adornaban todo el jardín y Alex se quedó paralizado observando todo. Me mantuve alejada de él, en un tercer plano donde no me viese. Dejé que todo el mundo le felicitase, le diese dos besos y estrechase su mano.

Los camareros comenzaron a sacar la bebida y la comida. Muchos invitados seguían acaparando al hombre de la noche y yo lo único que quería era que estuviese tranquilo para poder besarle y felicitarle.

—¿Cómo demonios habéis hecho todo esto sin que me haya enterado? —Le pregunté a mi hermano mientras me alejaba de la gente.

—Mucha ayuda, hermanito, mucha ayuda.

—Supongo que la fiesta de cumpleaños que estaba organizando Mariola era importante, tal y como esta lo es, y me comporté como un imbécil. —Noté cómo mi hermano sonreía.

—¿Crees en la magia? —Le miré sin saber muy bien a qué se refería.

El DJ empezó con una canción de Ed Sheeran, *Perfect*. Entonces la gente comenzó a apartarse a mi paso mientras caminaba por el jardín.

«Encontré un amor para mí. (...) Encontré una chica hermosa y dulce. Nunca pensé que tú eras ese alguien esperándome. (...) Esta vez no renunciaré a ti, pero, cariño, solo bésame lentamente».

Al fondo del jardín, observando la playa, estaba Mariola de espaldas a mí. Mi corazón fue quien la reconoció porque comenzó a latir más y más fuerte mientras me acercaba a ella. Nadie en la vida me había provocado aquello en el corazón. Era capaz de acelerarlo y paralizarlo en un mismo segundo. Cuando se giró y nuestros ojos se encontraron entre todas aquellas miradas que nos rodeaban, fue simplemente perfecto. Como decía la canción, estaba perfecta aquella noche. Su sonrisa iluminó aquella parte del jardín y me enamoré más de ella.

Al acercarme noté cómo se ponía nerviosa, cómo se estiraba el vestido y se colocaba el pelo detrás de la oreja. Me encantaba saber que era yo el que provocaba aquello. Recogió dos copas de champán de la bandeja de un camarero que pasó por su lado.

—Felicidades, señor trajeado. —Me ofreció una de las copas.

—Mariola. —Negué con la cabeza mientras cogía la copa—. Así que el cumpleaños de un ricachón que quería unicornios en su fiesta. —La cogí de la cintura asegurándome de que no iba a salir corriendo.

—Creo que me dejé algunos datos y exageré otros. También te dije que era un cumpleaños muy importante para mí. —Sonrió mientras levantaba los hombros y apoyaba su mano en mi pecho.

—Siento... —No me dejó hablar y puso sus dedos en mi boca.

—Nada de lo siento. Quería que fuese especial y que siempre recuerdes el primer cumpleaños que celebramos juntos.

—Te aseguro que no voy a olvidar estos meses ni ningún día que he pasado contigo. No voy a olvidar todos nuestros momentos, nena. —Subí mis manos por sus caderas—. Ni ninguno de los que están por llegar.

Notaba cómo su cuerpo se estremecía mientras mis manos seguían subiendo por su cuerpo. Sentía perfectamente cómo su respiración se aceleraba mientras mis manos rozaban la piel desnuda que dejaba su vestido. Cerró los ojos y abrió la boca, como si le costase respirar a mi

lado.

—Alex.

Escuchamos mi nombre detrás de nosotros, alguno de los invitados se nos acercaba para joderme un momento especial.

—Abre los ojos y respira. —Besé levemente sus labios, quedándome con ganas de más, siempre de mucho más de ella.

—Si fuera tan fácil. Me siento tan idiota a tu lado, Alex, que se me olvida hasta respirar. — Se recompuso en dos segundos y esperó pacientemente mientras uno de los amigos de mi madre me felicitaba efusivamente.

—Alex, muchísimas felicidades. Hacía mucho que no coincidíamos en una de estas fiestas que organiza tu madre. Cómo echo de menos esas fiestas en las que toda la familia pasaba horas y horas corriendo por la playa.

Estuvo diez minutos hablando, mientras mi mano jugueteaba con la espalda de Mariola y ella aguantaba estoicamente, afirmando con la cabeza, sonriendo a las batallitas que aquel hombre nos contaba. Me podía haber apostado el cuello a que en la cabeza de Mariola estaba sonando una canción y que, mentalmente, estaba bailando y cantando.

—Voy a saludar a tu hermano.

—De acuerdo.

Los dos nos despedimos cordialmente de él y cuando desapareció entre la gente, Mariola me miró poniendo los ojos en blanco.

—Esas fiestas de las que ha hablado, y hablado, y hablado... Tenían que ser un coñazo. — Mantuvo un divertido gesto en su cara durante unos segundos.

—Creo que es lo que me vuelve a tocar en nada con otro de los amigos.

—Me fugo antes de que lo que se pasa por mi cabeza acabe saliendo de mi boca.

Me dio un beso demasiado corto y antes de que saliese corriendo, me pegué a ella por la espalda.

—Esta noche, cuando todos se vayan y tengamos la casa para nosotros, te olvidarás de respirar y hasta de pensar.

Le di un pequeño azote mientras se alejaba mirándome fijamente, tan ensimismada, que se tragó a uno de los camareros que pululaban recogiendo cosas.

Durante más de media hora estuve saludando a todos los invitados. Menos mal que mi madre pensó en hacerla de pocas personas, pero estábamos más de cien. Cuando pude acercarme de nuevo a Mariola, estaba con Mike y Justin hablando.

—Pase lo de haberme tenido engañado toda la semana, pero... ¿no revisar la lista de invitados? Que ha venido hasta el señor Morrigan, que me ha puesto al día sobre la muerte de su perrita Candy.

—De eso no me culpes. Díselo a tu hermano. —Señaló a Brian que estaba hablando con María muy sonriente.

—¿Qué era eso de que habías encontrado algo para que se me pasase el enfado y recompensarme? —La besé y abracé fuertemente.

—Tendrás que esperar al turno de los regalos. —Me atrajo a ella pegando su cadera contra mí y me susurró al oído—. Y el otro regalo tendrás que buscarlo dentro de este vestido, pero no tardes tanto como en el avión.

Su sonrisa era toda una tentación. Me besó y me limpió los labios con las yemas de sus dedos, quitando todo rastro de su labial rojo.

—Felicidades, Alex. —María me dio dos besos mientras mi hermano la miraba.

—Gracias, preciosa. Aunque no debería dirigiros la palabra por haberme tenido engañado toda la semana.

—Entonces a mamá tampoco deberías hablarle. Fue idea de ella encargarse la fiesta a Mariola.

Miré a Brian extrañado y acto seguido Mariola me sonrió tímidamente.

—¿Has hablado con mi madre y... —No comprendía que Mariola no me hubiese dicho nada sobre mi madre.

—Susan me lo pidió a través de Brian, pero no nos hemos podido ver en persona. Todo lo hemos hecho por teléfono.

—¿Susan? —La miré muy sorprendido. Yo nunca llamaba así a mi madre.

Alex puso una cara muy rara cuando supo que su madre fue la que organizó su fiesta, parecía que habíamos nombrado a un asesino en serie. A los segundos, negó con la cabeza, dejó la vista perdida un instante y sonrió, como si hubiese desechado la idea que se le había pasado por la cabeza. ¿Qué tenía en su mente en aquel momento?

Mientras Brian y Alex hablaban sobre la difunta perra del señor Morrigan, yo observé la fiesta, quería que todo fuese perfecto. La mesa con la comida la reponían cada vez que algo se terminaba, la barra de cocteles estaba siendo un éxito y...

—No me lo puedo creer.

A lo lejos, charlando y riéndose efusivamente con un amplio grupo de invitados, me encontré con una cara y un culo que no me esperaba ver aquella noche.

—Si me disculpáis un segundito, tengo que sacar la basura. —Me alejé de ellos comenzando a enfadarme más a cada paso que daba—. ¿Qué cojones hace aquí la señora Vuitton?

—Alex, ¿por qué va directamente... ¿Tú le has...

No le contesté a mi hermano y aceleré el paso para poder coger a Mariola, pero ya había llegado a su destino. Al llegar solo escuché una parte de la conversación.

—No sé qué demonios haces aquí, pero no creo que este sea tu lugar. No estás en la lista de invitados. Así que saca tu culo hiper operado de aquí antes de que los de seguridad lo hagan. —Le señaló la puerta sin levantar la voz y con una sonrisa en la boca.

—¿Perdona? —Su tono de voz era bajito al igual que el de Mariola. Ninguna de las dos estaba dispuestas a montar un espectáculo.

—No quiero ser desagradable, pero cada vez que tú has aparecido en escena todo se ha ido a la mierda. Así que, por favor, señora Vuitton... —Volvió a señalar la puerta mientras trataba de mantener la compostura—. Váyase de la fiesta.

—Mariola, cariño, tranquila. Yo te puedo explicar. Ella...

—Ella es una tocapelotas que siempre que aparece nos jode algo. —Me lo dijo en castellano.

—Te estás equivocando, Mariola. Yo pensé que...

—Tú siempre piensas, pero con la polla mucha de las veces.

—Mariola Santamaría, calla esa boca que tienes porque te estás equivocando de cabo a rabo.

—Sí, si de rabos va la cosa.

—Alex, cariño, no sé cómo tienes estas amistades.

Mariola dio un paso y la frené con el brazo.

—Mariola, tranquilízate, porque vas a decir algo de lo que te vas a arrepentir y no es el

momento. —La agarré con un brazo por la cintura.

*—Diré lo que me dé la gana, porque para eso soy libre. ¿Qué demonios hace ella aquí Alex?
—No le dije nada y noté cómo se iba enfadando más y más por segundos.*

—Alex, cariño.

—Vamos a ver, mamá, ella es Mariola. Es la persona que contrataste para que organizase la fiesta.

¿Mamá?

¿Mamá?

¿Qué demonios estaba diciendo Alex?

¿Cómo iba a ser la señora Vuitton la encantadora mujer con la que la última semana había hablado tanto por teléfono y tan amable había sido conmigo?

Aquello era imposible, porque si fuese verdad... Los miré a los dos durante unos segundos, varios segundos más. Joder, Alex tenía los mismos ojos que su madre.

—Hijo, yo lo he preparado con la señorita Santamaría.

Me llevé una mano a la cara, ocultándome detrás de ella y queriendo que se abriese la tierra y me tragase ya hasta el inframundo, en el que seguro tenían mi nombre en la lista VIP. No me podía creer lo que mi enorme y malhablada boca había sido capaz de escupir.

—Presente. —Levanté la mano en alto.

Entre mis dedos vi la cara de la madre de Alex observándome de arriba abajo y yo no sabía qué decir. Fue una de las pocas veces en mi vida en que las palabras no fluyeron de mi boca. Era como si un gato me hubiera comido la lengua.

—Lo siento mucho, Susan. Soy un zorrón cuando me sale la vena macarra. —Me mordí el labio.

—No, cariño, la culpa no es tuya. La culpa es del imbécil de mi hijo. —Agarró a Alex del brazo—. Por no contarte desde un principio quién era yo y por no presentarnos. —Se quedó un momento en silencio—. ¿Pensabas que éramos amantes o algo?

—Mamá, por favor.

—Claro que sí. —Me miró y vio que no hacía ni un movimiento—. Por eso tú hacías esos comentarios cada vez que me veías. ¿Te parece bonito, Alex? ¿Acaso te avergüenzas de tu madre? Lo entendería de tu... —Se mordió la lengua para no hablar de más.

—No es eso, mamá.

—¿Ahora me llamas así? A esta pobre chica la has vuelto loca llamándome Vivian. —Acarició la cara de Alex.

—Siento mucho toda la equivocación, mis comentarios salidos de tono y mis críticas a tu culo.

—¿Cómo demonios pasáis de odiaros a hablar tan tranquilamente? —Alex no nos comprendía.

—No nos odiábamos. —Susan me miró y yo agaché la mirada.

—Qué demonios, yo sí. Si ya sabes que soy malhablada también debes saber que soy muy sincera. —Levanté los hombros—. Odiaba a la mujer que pensaba que estaba fo... A la mujer que estaba con Alex.

—Me gusta tu sinceridad. Mi hijo debería aprender de ti.

Vi cómo Alex agachaba la cabeza y, de repente, una pequeña vocecilla gritando mi nombre nos sacó de aquella conversación.

—Mariola, Mariola. —Jason vino corriendo.

—Cariño. —Saltó a mis brazos y se pegó a mi pecho.

—Que bien que estés aquí. —Me dio varios besos en la mejilla.

Mi hijo sentía verdadera devoción por Mariola. Aquella semana me había preguntado un millón de veces cuando la vería. Yo le respondía que pronto y su repuesta siempre era: «Pero pronto... ¿cuándo?». Noté cómo se dibujaba una sonrisa tonta en mi boca. Era increíble ver cómo Mariola siempre le había tratado. Hasta mi madre se dio cuenta de aquello.

—Ven, Mariola. —Tiró de su mano cuando le dejó en el suelo.

—¿A dónde vamos, cariño?

—Hay una estu... —Me miró para que le ayudase.

—Estatua. —Le dije sonriendo.

—Una de esas súper chula de hielo donde la comida. Ven, vamos a verla.

—De acuerdo. —Jason se llevó a Mariola corriendo.

—Alex, cariño, no sé por qué demonios no le contaste a Mariola quién era. Toda esta confusión se podría haber ahorrado.

—Lo sé, mamá, pero en aquel momento si se lo decía, iba a tener que explicar más cosas, como lo de tu marido y no estaba preparado.

—Pero es Mariola, la mujer de la que estás enamorado. Solo hace falta ver esa cara de bobo que se te ha puesto cuando mi nieto se le ha subido encima y se la ha comido a besos. Tu hijo es un chico muy listo.

Una hora después me quedé solo por primera vez en toda la noche y observé un poco mejor todo lo que Mariola había organizado. Brian y María estaban en la barra libre situada cerca de la piscina, Frank y Sonia estaban con Mike y Justin más apartados charlando. Mariola estaba con Andrea y Jason en medio de la pista de baile disfrutando de la música.

—Hombre de la noche, deja de comerte a Mariola con los ojos. —La voz de mi hermano me sacó de mis pensamientos.

—Estaba observando cómo se comporta con los niños.

—Mi sobrino sabe a quién acercarse. Rezuma genes McArddle por todos sus costados. —Le miré de reojo sabiendo que aquello no era verdad—. Ya sabes a lo que me refiero, hermanito. Siempre te lo he dicho, es mi sobrino. Siempre haremos frente a todo lo que venga.

Dejé a los niños bailando en la pista cuando vi a mi hermana caminando hacia nosotros sonriendo.

—¿Cómo has podido montar todo en tan poco tiempo?

—Años de experiencia y muchos contactos.

Susan nos estaba observando mientras hablaba con una pareja. Se despidió de ellos y comenzó a acercarse a nosotras.

—Joder, viene la madre de los McArddle de frente y la he cagado un poquito bastante muy mucho con ella.

—Creo que viene directa a nosotras.

—Pues no llevo las suficientes copas de champán encima.

Caminamos unos metros buscando una forma de huir de allí, hasta que llegamos a la cama balinesa que más alejada estaba de la fiesta.

—Aquí estaremos tranquilas un buen rato y bien hidratadas. —Levantó la mano y tenía una botella de champán.

—¿Cuándo... —Levanté la mano sin querer saber cómo la había cogido.

—¿Vas a contarme algo sobre tu viaje a Los Ángeles?

Le conté todo, absolutamente todo lo que había pasado allí. Su cara hizo los típicos gestos

Santamaría cuando le hablé de Will y, sobre todo, cuando le conté mi decisión.

—Nunca habías rechazado un trabajo por un tío.

—Es Alex. —Lo dijimos a la vez.

—Lo sé, hermanita. No podía imaginar lo que me contabas que te había pasado con él hasta que conocí a Brian. Hay veces en la vida que tenemos que tomar decisiones que nos pueden cambiar la vida. —Abrió la botella de champán—. No te puedes arrepentir de lo que haces si tu corazón es el que te guía. Y en tu caso... es el corazón, la cabeza, las tripas y todo tu cuerpo. —Nos empezamos a reír.

—Hola, chicas.

Al darnos la vuelta vimos a Susan detrás de la cama. Las dos nos quedamos en silencio y mi hermana me entregó la botella de champán.

—Ya claro, para que yo parezca la borracha. —Lo susurré en castellano.

—No quiero molestar.

—No molestas. Siéntate con nosotras. —Mi hermana se hizo a un lado.

—Muchas gracias. —Dio la vuelta y se sentó a mi derecha—. Siento la confusión que ha generado mi hijo.

—Yo también lo siento. Es que cada vez que os veía siempre pasaba algo, entonces mi cabeza, que tan adicta es a la fantasía, comenzaba a volar y me hacía mis propias historias de Alex y la señora Vuitton.

—¿Señora Vuitton? —Susan me miró divertida.

—Sí, bueno. Tiendo a poner apodos a la gente cuando no me cae demasiado bien. —Vi cómo sonreía.

—Solo quiero daros las gracias a las dos. —Nos miró a María y a mí.

—¿Por qué? —María preguntó curiosa.

—He visto a mis hijos felices y hacía mucho tiempo que ninguno de los dos sonreía así. Es por las hermanas Santamaría. Han pasado muchas cosas en nuestra vida y que sonrían así me encanta. Y ver a mi nieto abrazarte como te ha abrazado, me da a entender que le tratas muy bien. Y si él te quiere, ellos os quieren, yo también quiero que forméis parte de esta familia.

En diez minutos adorábamos a Susan y comprobamos de dónde habían sacado sus encantos Brian y Alex. Yo le quería preguntar tantas cosas, que se me comenzaron a apelotonar en la cabeza las preguntas, atropellándose entre ellas.

¿Dónde demonios estaban Mariola, María y mi madre? Brian y yo echamos un vistazo entre los invitados, en la pista de baile y no las veíamos. Era un peligro que las tres estuvieran juntas. De repente oímos unas carcajadas que venían de la parte de atrás y cuando nos acercamos vimos que estaban sentadas en el sofá riéndose, con un camarero con bebida a un lado y otro con comida al otro. Nos miramos los dos y negamos con la cabeza.

—¿De verdad? —Mariola no podía casi aguantar la risa.

—Se paseaba por aquí y se tiraba a la piscina a media noche cuando no quería dormir en pelotas. —Se rieron las tres a unísono.

—No me imagino yo al señor trajeado de pequeño desnudo correteando por aquí. —Mariola no podía aguantar la risa.

—Pues sí, hija. Siempre fue muy desinhibido en el tema de la desnudez. Nunca tuvo pudor y supongo que ahora tampoco lo tendrá. —Mi madre hablando de mí desnudo con Mariola era algo demasiado raro.

—La verdad es que no tiene ningún problema.

Teníamos que parar aquella conversación de forma inmediata.

—¿Se están divirtiendo, señoritas? —Nos acercamos a ellas.

—La verdad es que mucho. —María me miró con un con brillo en su mirada.

—Hablando de nuestras cosas. —Mariola se hizo la interesante.

—Chicas, luego seguimos hablando. —Se levantó y nos dio un beso a cada uno y antes de irse nos dijo en bajo—. No la caguéis con ellas.

—Mamá. —Brian musitó a modo de enfado.

—No sé qué le habéis hecho a nuestra madre, pero os la habéis metido en el bolsillo. — Brian se sentó al lado de María y la besó.

—Se nos dan muy bien las madres. —Sonrió.

—Yo, voy a volver a la fiesta. —Mariola se puso sus zapatos y se levantó—. ¿Vienes conmigo, señor exhibicionista nocturno? —Se empezó a reír y me acabé uniendo a su risa.

—Por supuesto. —Agarré su cintura.

Caminamos sin hablar hasta la fiesta y vi cómo ella sonreía. Justo antes de despegarme de ella, recorrí su espalda desnuda desde abajo hasta la nuca con mis dedos, la pegué a mí y le susurré al oído.

—Tal vez estos exhibicionistas natos tengan un rato para desnudarse mutuamente.

Me soltó dándome un pequeño empujón con su cadera. Alex se puso a hablar con unos amigos y aproveché para entrar en la casa e ir al baño. Sabía que uno de los baños estaba arriba, así que subí las escaleras corriendo. Aquel vestido era tan pegado, que me iba a costar un triunfo subirlo y bajarlo.

Abrí un par de puertas hasta descubrir el fabuloso baño de la primera planta. Me costó un triunfo subirme el vestido y salí del baño sin terminar de bajármelo. Observé aquella planta llena de lo que supuse que eran recuerdos de una época mejor de la familia de Alex, ya que en una mesa había una foto de sus abuelos, su madre y ellos dos, pero no había rastro de su padre.

Entré en casa sabiendo que Mariola estaba allí sola. La observé mientras bajaba por las escaleras y no pude evitar sonreír cada vez que la miraba.

—No sé cómo puedes estar más preciosa cada día que pasa. —Bajó el resto de las escaleras mientras acariciaba la barandilla.

—Tú que me ves con buenos ojos. —Me besó.

—¿Dejarás que el cumpleaños baile contigo una lenta?

—Una lenta y mil rápidas. —Afirmó sonriendo.

—Tengo que hacer una llamada, pero te espero en la pista de baile.

Al salir de la casa volvió a hacer aquel gesto que tanto me gustaba. Se giró, pasó su mano por el pelo, me miró y sonrió. Aquella mujer me volvía loco de todas las maneras posibles.

Cuando terminé con mi llamada la encontré en la pista bailando con Jason, mientras sonaba una versión de Wherever You Will Go, la de Charlene Soraia que tanto me gustaba.

En un momento, Mariola se deshizo de sus zapatos y pasaron a ser el centro de atención de la fiesta. Los miré y no podía dejar de sonreír. Cuando acabó la canción Jason le pidió que se acercase, le dio un beso susurrándole algo al oído.

—Toda tuya, papi.

—¿Perdón?

—Sí. Ahora van a poner una canción para que bailéis vosotros. Venga, papi. —Empezó a empujarme por detrás hasta llevarme donde ella.

—*Ya voy, cariño.*

—*Por si acaso sales corriendo. —Me dejó delante de Mariola—. A bailar.*

—*¿Presionado por tu hijo? —Me sonrió.*

—*Para bailar con mi chica nunca. —Le guiñé un ojo y ella se pegó a mí.*

Bailamos unas tres o cuatro canciones. Estábamos en un mundo paralelo en el que nadie estaba a nuestro alrededor, en el que nadie nos miraba y en el que podíamos hacer lo que nos diese la gana sin miedo a las críticas o a los cuchicheos.

—Creo que es hora de que abras tus regalos. Tu madre te está llamando. —Los dos miramos hacia la gran mesa donde ella había colocado todo.

—Quiero seguir bailando contigo el resto de la noche.

—Hazlo por ella. —Le di un beso y sentí que todos nos estaban mirando—. Ha organizado todo esto para ti.

—Gracias a ti. No sé cómo has podido con todo.

—Nene, por ti hasta haría el pino con la cabeza rozando un tanque de pirañas.

Alex soltó una gran carcajada que atrajo más atención sobre nosotros. Negó varias veces con la cabeza, se pasó los dedos por los labios y me besó en la frente, para alejarse sin dejar de mirarme y sonreír.

Comenzó a abrir los regalos que su madre le entregaba y avisaba de quién eran. Me situé al lado de mi hermana para ir comentando la jugada. Era la mejor manera de esperar a que llegase al mío y que no se me notasen los nervios.

—La madre que me parió. ¿Quién coño regala una figura tan horrible de cristal? —Miramos a Alex y su cara era un poema, pero como era muy diplomático, dio las gracias con una gran sonrisa.

—Madre mía qué regalos. Sigo prefiriendo ser pobre y que me sorprendas cada año con un regalo maravilloso de los tuyos. —María apoyó su barbilla en mi hombro—. Recuerdo con mucho cariño aquel cuadro enorme que montaste con diferentes marcos y fotos de cuando éramos pequeñas, con fotos que pensaba que habíamos perdido.

De vez en cuando Alex me miraba y me sonreía torciendo un poco el gesto y yo le devolvía la sonrisa. Jason se acercó a mí y se situó justo delante.

—Cariño, ya solo queda este. —Susan le entregó una caja enorme y sonreí sabiendo que era el mío.

—Esto debe ser una fuente de cristal enorme.

Varios de nosotros nos reímos y algunos no comprendieron la ironía de Alex. Comenzó a abrir la caja y se sorprendía a cada cosa que encontraba, una cesta de pesca, carretes, líneas, los cachivaches que Robert me dijo que eran muy útiles para pescar, las cañas y al fondo de la caja había un sobre grande. Al sacarlo lo miró con curiosidad y le dio un par de vueltas buscando un nombre que no encontró. Miró tímidamente a los invitados, buscando entre todos alguna señal de quién era el dueño de aquel regalo. Cuando abrió el sobre no comprendía muy bien por qué sostenía una foto de la cabaña de sus abuelos. La giró y leyó la nota que estaba escrita a mano por detrás.

Los recuerdos son momentos que atesoramos en nuestro corazón con cariño. Los buenos, siempre permanecerán con nosotros, pase el tiempo que pase. Déjame ser parte de estos recuerdos de tu pasado para poder recordarlos en nuestro futuro.

Hasta que la vida se nos escape entre los dedos.

Te quiero.

—Mariola.

Me quedé sin palabras, solo pude decir su nombre con un hilo de voz al terminar de leer aquella nota. Giré la foto y no me podía creer que fuese nuestra cabaña, aquella que llevábamos veinte años sin pisar. Mis ojos comenzaron a humedecerse. Miré entre los invitados, necesitaba agradecerse. La busqué entre todas aquellas caras que me miraban sin comprender mi emoción por aquella foto, pero todos se habían arremolinado cerca de la mesa y no podía verla. Mi madre se dio cuenta y me señaló disimuladamente a Mariola. Estaba intentando observar por encima de la gente, seguramente de puntillas y con una tímida sonrisa, esperando saber cuál era mi reacción. Caminé hasta ella y cuando la tuve enfrente la abracé, la levanté del suelo y comencé a girar con ella en brazos.

—Eres increíble, princesa.

—¿Te... ¿Te ha gustado? —Titubeó al preguntármelo.

—¿Gustado? —Negué con la cabeza—. *Me ha encantado. Es más... Es mucho más especial que cualquier cosa que me hayan regalado en mi vida. No sé cómo lo has hecho, ya que pensaba que no existía la cabaña, que se la habrían comido las termitas.*

—Termitas, mapaches, cucarachas... —Puso los ojos en blanco y sonrió.

—Casi no recordaba cómo era.

—¿Ha merecido la pena no verme esta semana?

—¿Eso es lo que has estado haciendo?

—Estas ojeras y el cansancio acumulado han merecido la pena solo por verte sonreír así esta noche. —Me acarició la cara.

—Papi... —Jason tiró de mi americana.

—Dime, cariño.

—Falta mi regalo. —Me entregó una caja y un sobre.

—¿Más sorpresas? —Mi hijo se agarró a la mano de Mariola y la miró sonriendo.

Abrí la caja y dentro había unas llaves. Los miré a los dos.

—Las necesitarás para entrar a la cabaña, para entrar los tres. —Miré a Jason y después a Mariola sorprendido.

—Sé que guardas muy buenos recuerdos de la cabaña y quiero que Jason también lo disfrute como hiciste tú con tus abuelos.

—No podría quererte más. —Besé a Mariola y le revolví el pelo a Jason—. *Verás lo bien que lo pasamos, cariño.*

—Pero abre el sobre que es lo que más mola.

—Vale, vale.

Dentro de aquel sobre me encontré un libretto de vales: vale por un desayuno familiar, vale por una acampada a la luz de las estrellas, vale por un masaje, vale por una sesión de cine y palomitas...

—¿Te gusta, papi? —Me estaba mirando fijamente.

—Me encanta, cariño. Son los mejores regalos de la noche y, ¿sabes por qué? Porque lo voy a disfrutar contigo. Te quiero mucho, enano.

—Yyo a ti, papi. —Le cogí en brazos y le di la mano a Mariola.

—¿Tú has tenido algo que ver con todo esto?

—Un poquito. —Se sonrió.

—Muchas gracias. Has hecho de este, el mejor cumpleaños de toda mi vida.

Todos los invitados nos miraban curiosos queriendo saber cuál había sido el regalo de Jason y Mariola, pero les dejé a todos con la duda. Era algo entre nosotros y mis abuelos. No quería

compartirlo con nadie más: Estaba siendo egoísta y no quería que nadie más fuese partícipe de aquellos recuerdos que íbamos a formar.

Alex le había gustado el regalo y le había hecho mucha ilusión que pensase en Jason para que nos acompañase. No soltó las llaves de la cabaña en ningún momento. Mientras hablaba con algunos amigos, jugueteaba con el llavero entre sus dedos.

La noche se había echado sobre nosotros y muchos de los invitados habían comenzado a marcharse. Es lo que tenía haber cumplido ya los ochenta años. Rud me sacó arrastras a bailar a la pista y tuve que aguantarle con sus bromitas sobre la edad media de la fiesta.

—Yo no hice la lista de invitados.

—Si un día os casáis, tendrás que poner purés y papillas, con un desfibrilador cerca. —Al reírse hizo un ruido raro con la garganta.

—Mira que eres imbécil cuando quieres. ¿Alguna vez quieres ser normal?

—Ser normal está sobrevalorado, ya lo sabes tú muy bien, rarita Santamaría.

—Préstamela, príncipe. —Justin le dio en el hombro a Rud—. No te pongas celoso que luego bailo contigo.

—Te estaré esperando sentada a que me saques a bailar. —Rud lo susurró de una forma muy femenina.

Se fue dando pequeños saltitos hasta sentarse en unas sillas, cruzó las piernas, colocó sus manos entrelazadas en las rodillas y suspiró.

—Está fatal. —Justin le miró encantado.

—Lo sé. —Le abracé y empezamos a bailar.

—Te echo de menos.

—¿Va todo bien, Jus?

—Todo va bien, pero mi relación con Scott hace aguas. No sé qué demonios le pasa últimamente, pero está inaguantable. No sé si es el trabajo o qué, pero hace unos días me dijo algo que me hizo pensar.

—¿Qué dijo?

—Que, si tú aceptas el trabajo de Los Ángeles, él lo quiere. Que está trabajando muy duro para que tú consigas todo y él siga siendo un ayudante. Que él hace todo el trabajo sucio.

—Yo había pensado recomendarle a él para el puesto de Los Ángeles, pero antes quería hablarlo contigo. Yo no quería interponerme en vuestra relación.

—Tal vez poner tierra de por medio es lo mejor. No tengo una mierda de suerte en el amor.

—La tienes, pero estás tan cegado que no lo ves. —Le acaricié la cara—. Tal vez está más cerca de lo que crees.

Justin me miró tratando de que pensase que no sabía de qué le estaba hablando, pero me había entendido a la perfección.

Cuando nos dimos cuenta, solo quedábamos nosotros en la fiesta y los camareros.

—Ahora llegó mi regalo, hermanito, pero tenemos que bajar a la playa.

—¿Qué has preparado?

—Te gustará, solo que quería que lo disfrutases con los más cercanos. Es algo que hacíamos aquí todos los veranos. —Brian y Alex sonrieron como si hubiesen recordado algo de su pasado.

Cuando todos estuvimos en la playa, comenzaron a salir los fuegos artificiales desde una plataforma que habían montado a unos metros en el agua. Observé a mi alrededor y tenía que reconocer que me encantaba formar parte de algo así. Alex pasó su brazo por encima de los

hombros de Brian. Aún no sabía cuál había sido el motivo de aquella discusión que presencié entre ellos, pero me alegraba mucho que recordasen cuando disfrutaban de pequeños de momentos como aquel.

Me alejé de ellos para dar un par de órdenes a los camareros que estaban recogiendo las copas y las bebidas sobrantes.

—No os preocupéis por recoger ahora. —Miré el reloj de mi muñeca—. ¿Mañana por la mañana podría pasar alguien a recoger todo?

—Por supuesto. —El encargado se acercó a nosotros—. Ya hemos recogido la comida y toda la vajilla. Mañana estoy aquí sobre las ocho para recoger todo lo demás.

—Muchísimas gracias.

—Ahora disfrutad de la tranquilidad de la familia. —Puso su mano en mi hombro y le hizo un gesto a todo su equipo para que se fuesen con él.

Me senté en una de las camas balinesas que daban directamente a la playa y a los cinco minutos vi a mi familia, tal y como nos había llamado el encargado, subiendo por el camino de piedra.

—Un día quedamos para comer. —Susan se acercó a mí sonriendo—. Tenemos que ponernos al día de muchas cosas sobre mi hijo. —Me guiñó un ojo y me pareció la mujer más dulce del planeta.

—Nosotros también nos vamos. Os dejamos para que disfrutéis de lo que queda de noche o madrugada. —Brian se arrodilló en el sofá en el que estaba sentada y se abalanzó sobre mí—. Muchísimas gracias por hacer esto posible. Gracias por hacer que mi madre y mi hermano sonrían de nuevo. —Me dio un beso en la mejilla—. Gracias por hacernos recordar que la familia puede aparecer años después para salvarte de la mierda.

—De nada.

—Gracias por hacer que mi hermano sea cada vez menos capullo y más como el niño que jugaba conmigo en la playa.

Nos despedimos de todos y Alex los acompañó hasta la entrada, mientras yo buscaba en la cocina algo frío para beber. Cogí una cerveza de la nevera y salí por la puerta que daba a la piscina y sonreí recordando lo que nos había contado su madre sobre los ataques exhibicionistas de mini Alex y al ver aquella piscina, con la temperatura que hacía, sabiendo que ya no quedaba nadie más en la casa... Le pegué un trago largo a la cerveza y la dejé en el suelo para desnudarme.

Cuando cerré la puerta y volví al salón no había ni rastro de Mariola. La puerta que daba a la cocina la encontré abierta, pero tampoco estaba allí. Escuché un sonido en la piscina y salí para comprobar lo que era, pero me quedé quieto a escasos metros de la puerta. Mariola estaba probando el agua de la piscina con el pie completamente desnuda. Su precioso vestido estaba en el suelo, justo debajo de su ropa interior.

Estaba recreándose con su cuerpo, pero se zambulló en la piscina, privándome de aquellas maravillosas vistas.

El agua estaba perfecta, el ruido de las olas rompiendo en la orilla se podía oír desde allí y joder, quería tener aquella piscina en mi azotea, y el mar, y aquella paz que había después de la fiesta.

Metí la cabeza bajo el agua y cuando nadé de nuevo hacia la puerta de la cocina, me encontré con Alex observándome desde el borde. No dijo nada, comenzó a deshacerse de la corbata, lentamente se desabrochó los botones de la camisa sacándosela del pantalón y dejándola caer al suelo. Joder, parecía que todo estaba sucediendo a cámara lenta. O es que me estaba dando algún

tipo de ataque y estaba ralentizando mis últimos segundos de vida.

—¿Te gusta lo que ves?

—Como para no gustarme. —Puse los ojos en blanco e hice un ruido con la boca—. Me estás provocando y luego me dirás que te lo quieres tomar con calma.

—Has empezado tú desnudándote y siendo una auténtica exhibicionista metiéndote desnuda en mi piscina. —Hizo hincapié en el *mi*.

—Si quieres me visto y me voy de tu piscina. —Hice el mismo hincapié en el *tu*.

—Ni hablar. —Se deshizo del resto de su ropa y se tiró de cabeza a la piscina y buceó hasta mí—. Ni se te ocurra sacar ese precioso culo de esta piscina, porque como lo hagas, vamos a tener problemas. —Me pegó a su cuerpo.

—Problemas es mi segundo apellido. —Puse voz de gánster.

—Tu... segundo... —No pudo contener la risa—. Gracias por esta noche, por organizarlo y por estar aquí conmigo hoy.

Enrosqué mis piernas en su cintura. Mis manos jugaron en su nuca y mis labios se acercaron a los suyos para besarle.

—Alex, cariño... —La voz de Susan se escuchó en el salón.

—¿Tu madre no se supone que se iba? —Me aparté de Alex.

—Te toca esconderte, nena. —Tenía una sonrisa burlona en la cara.

—Si pretendes que me meta debajo del agua, lo llevas jodido.

Puse las manos en sus hombros y le di la vuelta, para ponerme detrás de él. Su cuerpo me ocultó por completo justo a tiempo de que su madre llegase a la piscina. Estábamos en la parte alejada de la casa, donde no había demasiada luz.

—Alex, ¿qué haces en la piscina a estas horas?

—Recordando viejos tiempos, mamá.

—¿Y tu preciosa novia?

—Me encanta esta posición. —Metí las manos en del agua y apreté con fuerza su culo.

—Quieta, nena. —Lo susurró y me hizo reír—. Está recogiendo arena para algo del trabajo.

—Joder qué malo eres buscando excusas. —Le pegué un mordisco en la espalda.

—¿Trabajo a estas horas?

—No sabe estarse quieta nunca. —Alex trataba de apartarme de él con sus manos debajo del agua.

—Solo quería decirte que Jason se queda con Brian y María, se ha quedado dormido en brazos de tu hermano, así que mañana pasas por su piso.

—¿Su piso?

—Bueno, por el de María, que es el de Mariola.

Vamos, que me iban a robar la habitación aquella noche. Si es que nuestro piso cada día se parecía más a *Una noche en la ópera*^[31].

—Disfrutad del resto de la noche.

Escuché los tacones de Susan alejándose y respiré.

—Buenas noches, Mariola. —Vale, me había pillado.

—Buenas noches —me asomé por un lateral de Alex para despedirme—, Susan.

Pude ver cómo se alejaba con una gran sonrisa en la cara, mientras yo me sumergía en el agua negando con la cabeza.

—Disfrutad de la noche.

Aquello lo escuché perfectamente debajo del agua y esperé varios segundos, casi hasta quedarme sin aire, a que saliese definitivamente de la casa. Cuando mis pulmones ya estaban a

punto de colapsar, las manos de Alex me sacaron del agua.

—Necesito un boca a boca. —Puso sus labios formando una o perfecta—. Me he sentido como una quinceañera a la que pillan en sujetador.

—Pero sin sujetador. —Subí las manos por su estómago y las dejé justo debajo de su pecho.

—Ya estamos solos. Espero que no aparezca, no sé, el presidente de los conservadores de los Hamptons y nos expulse del paraíso. —No hacía pie y terminó enganchándose de nuevo a mi cadera.

—No se le ocurriría. Pone un pie en esta casa y le pego una patada en el culo.

—Señor McArddle, se está volviendo un malhablado.

—Me estás pegando muchas cosas, entre ellas tu boca deslenguada.

Alex estaba hablando, pero yo sentí que alguien nos estaba observando. No quise decirle nada y me abracé a él, aprovechando para mirar por encima de su hombro todo el jardín. Supuse que Dwayne o Rud habían revisado todo antes de marcharse, sabía que aquello era lo que Alex les había pedido en la playa. Toda la casa estaba cerrada a cal y canto y la única puerta que seguía abierta era la que teníamos justo enfrente, la que daba a la cocina.

—Tengo un antojo. —Se separó de mí y se llevó un dedo a la boca.

—¿Antojo?

—He estado tan pendiente de que todo saliese bien, de que los invitados lo pasasen bien y de que tú, el hombre de la noche, disfrutases que casi no he comido. —Sus ojos brillaban de una forma muy especial—. En la nevera hay unos Red Velvet y fresas de Godiva.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Caminé con ella encaramada en mi cintura por el agua y salí por las escaleras. Entré en la cocina con mucho cuidado para no caernos ninguno de los dos, cerré la puerta con el cierre de seguridad y eché las cortinas, para después dejar a Mariola con cuidado encima de la isla. Vi cómo levantaba el culo cuando notó el mármol frío bajo él, pegándose de nuevo a mí.

—Creo que hay sillas para sentarme. —Se removía en la encimera.

—Pero he oído fresas y Godiva y se me ha antojado mi postre, el que llevo varias horas con ganas de comerme.

Carraspeó y agachó la cabeza, mientras se pasaba la mano por el pelo.

—¿Fresas entonces?

Afirmó con la cabeza y escuché cómo susurraba algo en castellano, pero lo hizo tan bajito, que no fui capaz de entenderlo. De reojo vi cómo sonreía mientras seguía hablando sola. Saqué de la nevera las fresas y los Red Velvet que estaban metidos en una caja.

Los dejé encima de la isla y Mariola se llevó una fresa a la boca, introduciendo justo la parte cubierta por chocolate, chupando hasta que sus labios tomaron un color marrón.

—¿Tú crees que esas son formas de comerte una fresa? —Observé cómo su lengua salía de su boca, pasaba por sus labios quitándose los restos de chocolate y afirmaba con la cabeza.

—Esta es la mejor forma de comer esto.

—Sí, te recuerdo haciendo lo mismo aquel día cuando saliste de Godiva de la Quinta. —Me situé entre sus piernas—. Llevaba demasiados días sin verte y fue como una aparición.

—Divina.

—No te rías de mí. —Actué de una forma demasiado trágica, a lo drama griego como lo llamaba Justin—. Había sido un imbécil y verte allí, con el vaivén de tus caderas enfundadas en una falda azul...

Mariola me miró fijamente y supe exactamente que estaba pensando en aquel día y en la ropa que llevaba.

—Sí, sé lo que llevabas, la hora que era y la forma que tuviste de ignorarme cuando paraste aquel taxi. —Se removió en la encimera, pero le impedí con mi cuerpo que se bajase.

—Alex, me pillaste en...

—No, no te reprocho nada. Pero desde que te vi aquel día con aquella fresa en tu boca — tomé su cara suavemente entre mis manos mientras hablaba—, me muero de ganas de hacer una cosa.

Pasé mi lengua por su labio inferior, eliminando los restos de chocolate. Al apartarme de ella, seguía con los labios entreabiertos y los ojos cerrados, respirando con dificultad.

—Es tan fácil acostumbrarse a este tú, al pasional, dulce y algo greco dramático. —Abrió los ojos y negó con la cabeza—. Prométeme que no volverás a tener miedo de lo que pueda pasar. Nadie puede asegurarte lo que sucederá mañana, pero no dejes nunca que el miedo te paralice y no te permita vivir. —Puso sus manos sobre mi pecho—. Hablo por nosotros y por el resto de tu vida.

—No quiero que el miedo me niegue lo bueno de esta vida en la que estás y estarás tú, Mariola.

Ladeó la cabeza mirándome con una dulzura increíble. Mariola era capaz de hacer que me vibrase el cuerpo, pero lo más difícil, hacía que mi corazón vibrase con cada gesto, con cada caricia y con cada beso. Me pegó un pequeño empujón y, ayudada de sus manos, se deslizó por mi cuerpo hasta el suelo. Me miró fijamente a los ojos y se dio la vuelta, poniendo su culo sobre mi erección y se tumbó en la isla para coger otra fresa. Volvió de nuevo a su ataque particular al chocolate, pero aquella vez lo hizo sobre la isla, con la espalda arqueada y pegada a mí. Giró unos centímetros su cabeza y me miró mientras lamía el chocolate.

—¿Pretendes que me esté quieto mientras tu culo juguetea con... conmigo?

—Yo no pretendo nada, Alex. Solamente me estoy comiendo una fresa.

—Pues deja de moverte.

—Obligame.

Me separé de ella un poco, acto que aprovechó para escaparse de mis manos. Se situó al otro lado de la isla y sacó la lengua.

—¿Quieres que te obligue? —Vi mi sonrisa en uno de los espejos de la pared. Me gustaba cuando jugaba conmigo de aquella manera. Me retaba mental y verbalmente.

—Primero. —A cada palabra, pegaba un nuevo lametazo a la fresa—. Tendrás que pillarme a mí. —Se estiró sobre la isla y vi cómo sus pezones rozaban el mármol—. Ya las fresas.

Salí corriendo de la cocina, rezando por no resbalarme y matarme por las escaleras. Subí por ellas y escuché la voz de Alex avisándome que no me dejaría viva si me alcanzaba, cosa que sucedió justo en medio del pasillo de la planta superior. Me agarró por la cintura y me pegó contra la pared, aprisionándome con sus brazos y su cadera, notando en mi tripa su erección, algo que me hizo soltar un gemido de satisfacción, miré hacia abajo, para poder ver nuestros cuerpos.

—Me gusta lo que veo. —Respondí su pregunta de la piscina y volví a mirar para abajo—. Bueno, no me gusta, me encanta.

Sus grandes manos se deslizaron por mi cuerpo, recorriendo todo con ellas, dejando un reguero de calor a su paso. Atrapó mi barbilla con su mano y la elevó para que pudiera ver mis ojos. Era algo que le gustaba hacer, le gustaba acariciarme y que le mirase a los ojos. Era como si quisiese ver más allá de ellos.

—Voy a por el mejor regalo de la noche.

Me dio la mano y me llevó hasta una de las habitaciones que tenía la puerta cerrada. En cuanto entramos, cerró la puerta con llave y corrió las cortinas con mucho cuidado para que nadie nos viera o nos molestara. No sé si pensaba que Jonathan podría estar por allí o lo único que quería era crear un ambiente íntimo para los dos.

—No te muevas.

Me quedé en la puerta esperando a que encendiese alguna luz, porque antes de cerrar las cortinas podía ver algo gracias a las luces de la piscina, pero estaba todo oscuro. Comenzó a encender algunas velas y un aroma a sándalo inundó la habitación.

—No hay luz sin oscuridad. —Alex estaba a unos metros de mí encendiendo lo que parecía la última vela.

—¿En ti hay más oscuridad que luz?

—Ahora no gracias a ti.

Me acerqué a él y no me dio tiempo a llegar. Dio una gran zancada alcanzándome y aprisionándome con sus brazos. Sus labios entraron en contacto con los míos y todo mi cuerpo comenzó a arder ante su cercanía. Me mataban sus caricias, sus besos y lo que me susurraba al oído. Me cogió en brazos y me dejó en el suelo, con varias velas alrededor.

—No te muevas, nena.

Esperé unos segundos para saber qué iba a hacer y noté cómo algo recorría mi cuerpo... era algo cálido.

Hice un reguero de chocolate comestible que iba desde su ombligo hasta el interior de sus piernas. Cuando le dije que iba a comerme mi postre, no le había engañado. Comencé a pasar mi lengua por el chocolate y su cuerpo se estremeció con el primer lametazo que fue en el interior de sus piernas. Salió un dulce gemido de su boca que hizo que mi erección creciese de nuevo.

Su lengua dibujó círculos en mi ombligo, limpiando todos los restos de lo que supuse que era chocolate o algo por el estilo. Tenía las palmas de las manos pegadas al suelo y tenía que controlarme para no gemir cada vez que sentía su aliento cerca de mi cuerpo.

—Joder, joder, joder.

No pude mantener la espalda pegada al suelo en el tiempo que estuvo devorando el chocolate sobre mi cuerpo. No dejó un rincón sin lamer o acariciar mientras lamía. Iba a estallar en mil pedacitos si no paraba o no seguía o...

—No, nena. —Paró en el momento justo en que mi cuerpo estaba empezando a sentir más—. Esta noche, cuando ya no puedas más —su boca se pegó a la mía para susurrarme— pararé. —Me lamio los labios, sabía a chocolate—. Cuando ya no aguantes más —su mano bajó por mi estomago y acabó en mi sexo, acariciándolo con delicadeza— pararé. —Me costaba mucho respirar—. Cuando estés a punto de explotar —su cuerpo se pegó al mío y noté cómo su erección rozaba mi sexo—, cuando me mires a los ojos y vea que estás a punto de perder el control —comenzó a introducirse lentamente dentro de mí— volveré a empezar el juego y no dejaré de amarte hasta que los rayos de sol entren en la habitación y nos avisen de que ya es de día.

Sus amenazas no fueron en vano y las siguió al pie de la letra durante toda la noche y parte de la madrugada, hasta que nuestros cuerpos no pudieron más y nos quedamos dormidos.

Me despertaron unos rayos de sol que entraban desde la ventana y la voz grave de Dwayne que estaba hablando con alguien que supuse que era del equipo que había ido a recoger lo que quedaba de la fiesta. No me quise mover, quise seguir en aquel estado de relajación al lado de Alex el mayor tiempo posible. Sabía que salir de aquella habitación era enfrentarnos a un nuevo día y tenía una sensación rara en mi cuerpo, como si algo estuviera a punto de suceder.

Comencé a notar las caricias de Alex recorriendo mi espalda desnuda y no me moví. Quería seguir sintiéndolas el resto del día. Bajó por las piernas, recorriéndolas por la parte interior y subiendo de nuevo a la espalda, llegando hasta la nuca. Me hacía estremecerme con un solo dedo, que no haría si lo hiciera con... Paró, dejó de acariciarme y levanté la cabeza de la almohada.

—¿Por qué paras? —Miré a Alex con los labios fruncidos.

—Nena, si sigo no te dejo salir de la habitación en todo el día.

—Yo no tengo prisa. —Rodé por la cama para ponerme sobre él.

—Me encantaría pasar el resto del día encerrados en esta casa, pero me ha llamado mi madre. Quiere que comamos juntos hoy. —Se puso encima.

—Aceptamos comida con madre como planazo para un sábado. —Sonreí.

—Te quiero, preciosa. —Me besó la frente y se levantó de la cama.

—Mucho *te quiero, preciosa*, pero me das un beso en la frente como si fuera tu tía la de Pensilvania. —Me levanté de la cama para vestirme.

No tardó ni dos segundos en agarrarme de la cintura y pegarme contra la pared dándome un beso que me hizo querer más. No sabía cómo se lo montaba, pero un beso suyo era capaz de provocarme un sinfín de emociones.

—Te espero abajo para desayunar.

Salió de la habitación guiñándome un ojo y con esa media sonrisa tan característica suya de *sé que te gusto, nena*.

Tras ducharme, bajé al jardín y me encontré con todo un festín para nuestros estómagos. Dwayne y Rud también estaban sentados con él en la mesa desayunando.

—Buenos días, chicos.

—Buenos días, Mariola. —Dwayne no dejaba de sonreír.

—Das bastante miedo sonriendo. —Meneé la cabeza y me puse un café—. Menudo festín tenemos.

—Cuando hemos llegado unos tíos lo estaban dejando aquí. —Rud levantó los hombros—. Aunque festín el de anoche.

Se me atragantó el café y le miré levantando una ceja. Como soltase alguna de las suyas Alex le iba a matar con sus propias manos.

—Menudas fiestas organizas, pequeña.

—Ya te dije que no era solo una cara bonita. —Le guiñé un ojo y vi a Alex mirándonos fijamente.

—Gracias a los dos por conseguir que todo saliera bien. Aunque yo no supiera nada. —Alex me miró.

—Era una fiesta sorpresa, ¿no pensarías que te íbamos a avisar? —Me metí un trozo de croissant en la boca y sonó mi teléfono—. Mierda... —Vi un número internacional que no reconocí—. ¿Sí?

—Hola, preciosa.

—¡Ryan!

Al oír su nombre, Alex puso mala cara, al igual que Dwayne y Rud. Sus caras me estaban incomodando, así que me levanté y me alejé de ellos.

—Te fuiste de la ciudad sin despedirte. ¿Te parece bonito?

—Lo siento, pero hubo algunos problemas y tuvimos que adelantar todo. Prometo compensarte cuando vuelva.

—Más te vale volver de una pieza.

—Cuando vuelva te llevaré a tomar el café que nunca tomamos y veremos el atardecer desde el muelle.

—Sabes que estoy con Alex, ¿verdad?

—Lo sé y no pretendo meterme donde no me llaman, pero será un café entre dos buenos amigos. Me portaré como un caballero, prometido.

Me lo imaginé haciendo una cruz sobre su corazón a modo de promesa y sonreí.

—Vale. Solo avísame cuando vengas.

—Tengo que dejarte. Vamos a una vigilancia y parece que va a ser un día muy largo. Cuídate, preciosa.

—Tú también, Ryan, por favor.

Tras despedirme me quedé mirando la pantalla del móvil. Me preocupaba por Ryan y tan solo hacía unos meses que le conocía. Después de todo lo que había pasado con él, de nuestra corta relación o lo que fuese, sentía una conexión muy especial con él. La voz de Alex me sacó de mis pensamientos.

—Rud haz tu trabajo. Es una orden. —Alex estaba siendo muy tajante.

—Sí, jefe. —Los tres volvieron a quedarse en silencio cuando me acerqué.

—No me apetece empezar la mañana con vuestras caras largas. Quedaré con Ryan cuando vuelva a la ciudad. Podrías venir conmigo a...

—No pinto nada allí. Así que si quieres ir, Rud te acompañará. Aunque siempre haces lo que quieres y desoyes los consejos de los demás... —Negó con la cabeza y sus fosas nasales se abrieron—. Te preocupas demasiado por personas que no se lo merecen. —Se calló. —No voy contigo porque nunca le perdonaré que dejase escapar a Jonathan.

—Alex. —No me podía creer que aún tuviese aquel sentimiento por Ryan.

—Mariola.

Uno de los chicos se acercó a nosotros para que firmase la orden de recogida. Me serví otro café y me alejé con ellos para comprobar que todo estaba en orden. Di una vuelta por el jardín mientras metían las mesas en un camión y, a lo lejos, vi algo que brillaba en el suelo. Me acerqué para recogerlo y en el momento en que lo vi mi corazón comenzó a latir a mil por hora. Era un reloj, uno que conocía muy bien. Lo recogí del suelo y cerré los ojos. Le di la vuelta y esperaba estar equivocada, pero al mirar el reverso... Me quedé inmóvil y arrodillada en el suelo con el reloj en la mano.

—Mariola, ¿qué te pasa? —Tenía a Dwayne detrás.

—Jonathan estuvo aquí anoche. —Mis ojos comenzaron a humedecerse.

—Es imposible, Mariola. —Dwayne me levantó del suelo—. Tanto la casa como los alrededores estuvieron vigilados. Seguro que es de algún invitado.

—Es una edición limitada. —Le entregué el reloj—. Tendrá unos siete años, lo compramos en una joyería de Miami e hizo grabar una inscripción detrás. —Di la vuelta al reloj y la repetí de memoria—. «*Lo que no te hace más fuerte, te mata*».

Dwayne apretó su puño con el reloj dentro y los músculos de sus brazos se hicieron mucho más evidentes.

—No le digas nada a Alex, por favor.

—¿Decirme el qué?

—Nada, Alex. —Me asusté al escuchar su voz detrás de nosotros. Miré a Dwayne pidiéndole por favor que no le contase lo que había encontrado.

—Lo siento, Mariola, debe saberlo. —Le mostró a Alex el reloj—. Es Jonathan. Mariola lo acaba de encontrar.

—No entiendo. ¿Cómo sabes que... —Me miró y apretó la mandíbula al comprender que lo compró cuando estábamos juntos—. ¿Cómo... —Agarró el reloj y lo lanzó con todas sus fuerzas a la playa—. Joder.

—Voy a mirar las cámaras de seguridad y moveré lo que haga falta para buscar al responsable.

—Vamos a revisarlas ahora mismo.

Me alejé de ellos sin seguir escuchando para poder recuperar la respiración que Jonathan, como siempre, me acababa de arrebatar. Sin estar cerca, seguía siendo capaz de hacer que se me cortase solo pensando en él. Bajé por el camino de piedras hasta la playa y caminé hasta el agua para meter los pies dentro. Necesitaba que aquellas pequeñas olas que rompían en la orilla se llevasen toda la mierda que Jonathan esparcía cada vez que se acercaba a nosotros.

Había estado un tiempo sin dar señales de vida, pero comprendí que estuvo calculando con precisión cuál iba a ser su siguiente paso. Cerré los ojos y obligué a mi mente a borrar todos los recuerdos que tenía de él, pero nuestro último encuentro de hacía unas semanas apareció para atormentarme. Sentía sus manos sobre mis caderas y el peso de su cuerpo sobre el mío, el sabor a tabaco de su boca. Me recorrió un escalofrío y me pasé las manos por los brazos, frotando fuertemente, tratando de hacer que aquella sensación se alejase de mí.

Cuando me di cuenta estaba con el agua por las rodillas y lejos de la casa, demasiado lejos. Respiré profundamente y escuché a lo lejos mi nombre. Levanté la vista y vi a alguien observándome desde un montículo. Estaba demasiado lejos como para saber quién era, pero cuando el escalofrío me recorrió la espalda y me erizó los pelos de la nuca, supe que era él. Mi cuerpo le reconocía, el temor que me provocaba puso en alerta a todo mi cuerpo. Quise salir del agua, pero parecía que alguien ejercía una fuerza sobre mí que me impedía moverme. Las olas rompían en mis piernas y comenzó a dolerme el pecho. Me llevé una mano a él y otra a la garganta. Volví a escuchar un grito con mi nombre y levanté la vista de nuevo. La imagen de Jonathan estaba más cerca y comenzó a volverse borrosa.

—¡Mariola!

Giré la cabeza en dirección a aquel grito, pero mis piernas flaquearon y caí de rodillas al agua. Cerré los ojos y comencé a hiperventilar, me costaba mucho respirar y mi garganta emitía gemidos desesperados.

—Mariola. —Las manos de Alex tiraron de mis brazos sacándome del agua.

—Jo... Jo... —Abría la boca para intentar respirar.

—¿Qué te pasa, Mariola? —Alex salió conmigo a la arena.

—Jona... —Señalé la zona donde le acababa de ver—. Jonathan.

Alex no dijo nada más y me ayudó a llegar hasta la casa. Me senté en una butaca con una toalla por encima mientras Alex caminaba por el salón como si fuese un tigre enjaulado sin saber qué

hacer. Escuché un par de pitidos de mi móvil. Estaba a mi lado y al abrirlo negué con la cabeza. Era un vídeo enviado desde un móvil desconocido para mí. Sin duda era de Jonathan.

Veo que con el paso de los años tus dotes de seducción con los millonarios son las mismas.
No has perdido ni un ápice de tus encantos.
¿Ya sabe él esa parte de tu pasado?
Estará encantado cuando conozca eso de ti.

Volvieron las taquicardias, los sudores fríos y los temblores. La noche anterior sentí que alguien nos observaba, pero no hice caso a mi instinto. Había estado tan cerca de nosotros como para grabarnos un jodido vídeo. ¿Cómo no nos dimos cuenta?

—Necesitas agua. —Alex salió del salón preocupado.

Un nuevo aviso en el móvil. Aquella vez era un archivo de audio. Presione el *play* con miedo de que su voz se escuchase desde la cocina.

—Uno a uno caerán como fichas de dominó. —Su respiración se metía por cada poro de mi piel—. Justin, Mike, María, Brian, los niños, Sonia, Frank, Scott y tu preciosa suegra. —Sabía que, al enumerar a todos, estaba sonriendo—. Todo será por tu culpa. Te lo advertí y mandaste a un paleta de pueblo a detenerme. No sabes lo que voy a disfrutar acabando con tu adorado señor trajeado. Acabará con él y luego contigo. Para que veas lo que duele perder a alguien a quien quieres. Disfrutaré mucho de ese momento. —Hizo una pausa larga en la que solo se oía su respiración—. Y después acabaré contigo.

—He pensado que un poco de *whisky* te vendrá mejor.

Escondí el móvil en el sillón y agarré directamente la botella para pegarle un trago largo, que casi me produjo una arcada.

—Dime que estás bien. —Alex se sentó en el reposabrazos.

No quise preocuparle más de la cuenta, aunque tampoco quería mentirle. Joder, aquello era una gran mierda.

—No hemos visto nada. —Dwayne entró apresurado en la casa—. Todo parece normal en una zona tan tranquila.

—¿Estás bien, pequeña? —Rud se agachó a mi lado en el sillón—. ¿Tan pronto dándole?

—Nunca es demasiado pronto.

—¿Quieres que te lleve a casa? —Me dio la mano y se la llevó a los labios, gesto que a Alex no le gustó nada.

—Rud, seré yo quien la lleve a su casa. —Puso su mano en mi hombro pegándome a él—. Tú límitate a protegerla cuando yo no esté cerca.

—Alex, por favor. —Me pegué a él para poder susurrarle sin que nos oyesen—. No hagas esto, por favor.

—Nos vamos a casa. Revisad las grabaciones.

No me dejó decir nada más. Me levanté enfadada del sillón, subí a recoger mis cosas, hice un ovillo con ellas y las metí en la bolsa que había llevado. Bajé enfadada hasta la entrada, esperando que Alex abriese el coche. Cuando lo hizo me senté enfadada mirando por la ventanilla y con los pies apoyados en el salpicadero. Me miró durante unos segundos, se puso las gafas de sol y salió derrapando.

Quería que se sintiese incómodo así que fijé mis ojos en su cara, pero o no le importaba o ni siquiera se había dado cuenta.

—¿Alguna vez dejarás de ser un capullo con Rud? Si no te gusta porque es joven, guapo y sexy, te jodes. —Me crucé de brazos y miré a la carretera.

—¿Que es qué? —Pegó tal frenazo que el cinto se me clavo en el pecho. Se metió en un área descanso.

—Al menos ya me miras. Con esa cara que llevas.

—¿Qué cara?

—Como si llevaras escalera real de color.

—No cambies de tema. —Negó con la cabeza—. ¿Realmente piensas eso de Rud? —No recibió ninguna contestación—. Mariola, te estoy hablando. —Su tono de voz aumentó—. No me hagas como hace Jason cuando se enfada. No lo soporto.

—Yo tampoco soporto esos aires de lo que es mío que no lo toque nadie. Yo entiendo que no te fies de otras personas, pero... ¿de Rud? Por dios, Alex, deja de ser tan capullo.

—No empieces a insultarme, porque sabes cómo solemos terminar. —Me miró de reojo con una medio sonrisa en la cara.

—No tengo ahora mismo el chichi para farolillos, Alex.

—¿No tienes el... —Negó con la cabeza abriendo mucho los ojos y soltó una carcajada—. Mariola, siento comportarme así con él, pero no me dirás que es raro.

—Alex, me negué en rotundo a que me persiguiera por todo Nueva York, pero me tuve que tragar mis propias palabras y aceptarle por ti, tú me lo pediste. He aprendido a llevarme bien con él y tú debes hacer lo mismo. —Me acerqué a él y me quedé a escasos centímetros de su boca—. Prométemelo.

—¿El qué? —Su respiración se aceleró.

—Que lo vas a intentar. Hazlo por mí. —Le di un beso en la comisura de los labios.

—Veré lo que puedo hacer. —Se acercó para besarme y me aparté.

—Cuando vea que lo intentas de verdad.

—¿Me vas a negar besos hasta que sea civilizado con él?

—Eso es. —Volví a ponerme cómoda en mi asiento.

Hora y media después estábamos en el piso. No había nadie allí. Mike estaba trabajando, Justin había dejado una nota avisándome de que se iba el fin de semana a casa de un amigo porque necesitaba tomar muchas decisiones trascendentales... Miedo me daba. Sonia, Frank, María y Brian habían salido a pasar el día con los niños.

—Alex, tenemos que hablar con todos. Contarles lo que está pasando. —Me removí nerviosa—. He recibido otro mensaje y tenemos que estar alerta

—¿Otro mensaje? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Te lo estoy contando ahora. Creo que es el momento de contarlo. —Levanté los hombros—. Había pensado en cenar hoy todos juntos. Unas buenas botellas de vino y algo de comida.

—Esta noche cenamos en casa —se refería a la suya—. Allí estaremos seguros y tranquilos.

Iba a ser difícil contar todo lo que estaba sucediendo en nuestras vidas, pero era lo mejor. Cuanto más al día estuvieran de los acontecimientos, mejor nos podríamos proteger.

A las dos de la tarde fuimos a *Per Se*, a uno de los mejores restaurantes de la ciudad, aunque a mí no me terminaba de encajar. Era más de perritos con chili en un *food truck*^[32] y una cerveza bien fría.

—¿Por qué no te gustan estos sitios? —Me agarró de la mano.

—Porque esta gente nos está mirando, bueno, al hombre del año y a la organizadora de eventos española que trata de cazarle. —Arañé disimuladamente su espalda.

—Que les den a todos. —Le dio igual que varias personas nos estuviesen mirando fijamente y susurrando entre ellos.

—Me encanta que saques tu macarra de paseo.

Susan estaba esperándonos en una de las mesas y noté un signo de preocupación en su cara mientras miraba el teléfono. Cuando nos vio acercarnos, cambio el gesto para que no nos preocupásemos y colocó el teléfono en la mesa boca abajo.

—Mamá. —Alex la besó.

—Hola, cariño. —Se acercó a mí y me abrazó—. Qué alegría que estés aquí.

—Gracias por la invitación. —Susan nos invitó a sentarnos.

—¿Y esa cara? —Alex también se había dado cuenta.

—Nada, cariño.

—Prometimos no mentirnos nunca más, Vivian.

—He tenido una llamada de... —Se quedó en silencio con la mirada perdida en el centro de mesa.

—Disculpadme. —Levanté el teléfono en el aire—. Una llamada sobre la fiesta de la semana que viene y debo coger.

Me senté en una esquina de la barra y pedí una copa. Sabía que Alex y su madre necesitaban hablar un momento a solas, así que me alejé y aproveché para comenzar con la ronda de llamadas para la cena. A María y a Brian fue fácil convencerles, mientras no les separásemos, no ponían ningún tipo de pega. Mike, ante mi insistencia, se cogió noche libre; Frank y Sonia aceptaron también sin dudarlos, otros que parecían siameses. Solo me quedaba Justin que había decidido desaparecer de la ciudad, sin saber el motivo exacto ni dónde se había refugiado. Al escuchar su voz, escuché un gran alboroto y me imaginé un jacuzzi lleno de maromos a remojo y Justin en medio, como si fuera Hugh Hefner.

—Al habla Justin.

—Dime que lo que me he imaginado al escuchar tal alboroto es verdad. Dime estás rodeada de unos tíos impresionantes con buen champán.

—Y embadurnados de aceite. —Pude escuchar una de sus risas forzadas. Solo con aquello, ya sabía que no estaba bien.

—Siento pedirte que abandones tu oasis particular, pero necesito una intervención familiar urgente.

—De acuerdo. —Escuché cómo salía del agua y dejé de oír tantas voces—. Donde me digas y cuando me digas.

No hizo falta decirle nada más. Él también me conocía y sabía que jamás le pediría algo así si no fuese de extrema urgencia.

Terminé la copa mientras observaba a Susan y Alex, parecía que hablaban más distendidos y supe que era el momento de volver.

—Mamá, tenemos que pedirte un favor.

—Dime, cariño.

—¿Podrías quedarte esta noche con Jason y Andrea?

—Claro. —Nos miró a los dos preocupada.

—Tenemos una cena en casa con los chicos y necesitamos hablar de todo lo que está pasando. No queremos que los niños se enteren así.

—Hijo —nos miró a los dos—, me estáis asustando. ¿Qué ocurre?

—Ya te conté lo que estaba sucediendo. —Parecía que para Alex nombrar a Jonathan una sola vez, era como invocar al diablo.

—Con el hijo de puta de mi ex. —Continué con mi ensalada.

—Parece que los ex siempre vuelven para dar por saco. —Susan me agarró de la mano.

—Sí. —Alex nos miró a las dos.

—No hay ningún problema. —Susan notó mi mirada tratando de saber si sabía a que me refería en concreto—. Cariño —apretó fuertemente mi mano—, Alex me ha contado por lo que estáis pasando y ese malnacido debería estar entre rejas. Estoy preocupada por lo que os está intentando hacer, pero sé que lo vais a solucionar. Y si eso conlleva buscar a ese hombre entre las piedras del río más profundo, mi hijo lo hará por ti. —Agarró también la mano de Alex—. Por muchas cosas que sucedan, por mucho que salga en la prensa, él te adora y no quiero que por culpa de nadie todo lo que tenéis se pueda ir a la mierda.

—Susan. —Negué con la cabeza asegurándole que no tenía que decir nada más.

—Cariño, pueden venir mil ejércitos para tratar de destrozarnos, pero sois los únicos que pueden ganar esta batalla. Confíad el uno en el otro y no dejéis que nadie, ni siquiera yo, pueda romper lo que tenéis. —Sus ojos empezaron a brillar y no comprendía a lo que se refería.

—Mamá, tú no podrías estropear nada. Siempre has estado a mi lado, aun cuando pensabas que no lo hacías, siempre me has dicho las palabras correctas. Aquel día en el despacho, cuando esta pequeña loca entró arrasando todo y apareciste tú, me abriste los ojos. Me dijiste que si la quería de verdad tendría que luchar por ella. Y es lo que llevo haciendo desde aquel día. —Alex miraba con devoción a su madre—. Sé que no te lo digo demasiado a menudo, mamá, pero te quiero y todo se va a solucionar. Todo.

Ese todo llevaba implícito más cosas de las que yo podía imaginar.

Nos despedimos de Susan antes de que cogiese un coche y Dwayne nos llevó a un supermercado cerca de casa de Alex para comprar vino.

—¿No has pedido ya la cena?

—Sí, pero necesitamos cantidades ingentes de alcohol, pero de esas que cuando bajas los cascos al día siguiente, los vecinos te miran mal. —Le agarré de la mano para entrar.

—¿Tal cantidad? —Se pegó a mi espalda y me besó en el lateral del cuello.

—Sin duda.

Paseé por la vinoteca rebuscando entre todos aquellos vinos. Alex me seguía de cerca y esperaba pacientemente mi elección.

—Perdone. —Me acerqué a un chico que estaba colocando botellas—. ¿Podríamos llevarnos dos cajas de *Viña Tondonia*?

—Por supuesto, se las dejo en la caja.

—¿No es mejor este? —Me enseñó otra botella.

—No por costar más es mejor. El vino es como una mujer. No por llevar ropa de firma, es mejor que la que recicla la moda. —Levanté una ceja y me reí.

—Lo de callarte no va contigo, ¿verdad? —Negó con la cabeza y pasó su brazo por mi hombro—. No sé cómo sabes tanto de vinos, pero me encanta.

—Algún día te lo contaré.

Dos horas y media después estábamos todos en casa de Alex y yo no tenía ni puñetera idea de cómo empezar a contarles todo.

—Todo listo. —Alex terminó de colocar la comida con la ayuda de Mike.

Mi hermana me miraba de vez en cuando y sabía que estaba muy nerviosa porque no paraba de tocarme el pelo.

—Mariola, ¿nos vas a contar qué pasa? —Todos me miraron.

—Necesito un poco más de vino, así como dos botellas.

—¿Por qué están cenando con nosotros los guardaespaldas? No es que no me alegren la vista

con esos músculos, sus sonrisas y demás, pero... —María levantó las manos sin comprenderlo.

Me levanté de la mesa para descorchar las dos botellas de vino que pretendía meterme entre pecho y espalda, y escuché cómo Alex sacaba un tema de conversación trivial, esperando a que yo tuviese el valor de hablar o de caer inconsciente por el alcohol.

—Y cuando bateó en la última entrada...

—Jonathan. —No lo pensé y lo solté sin pensar demasiado. Acto seguido tenía dieciocho ojos sobre mí.

—¿Cómo que Jonathan? —Sonia se levantó aterrada de la silla.

Respiré profundamente, pegué un trago a morro de la botella con una mano levantada pidiendo unos segundos más.

—Mariola, ten...

Mandé callar a Mike con un dedo en el aire hasta que no pude tragar más.

—Vale. —Se me escapó un eructo—. Perdón. —Me aclaré la garganta y me hice un pequeño esquema en la cabeza—. Vale.

—Esta mañana Mariola se ha encontrado el reloj de Jonathan. —Alex tomó la palabra—. Ayer estuvo en la fiesta sin que ninguno nos diésemos cuenta. Ha recibido un par de mensajes en los que nos amenaza a todos. Hay cosas que deberíais saber que no os hemos contado para no ponerlos en peligro, pero es hora de que lo sepáis todo.

—Primero, pensé que se quedaría en una nota de mal gusto, pero tras sus amenazas...

Mariola sacó fuerzas y comenzó desde el inicio: los mensajes, el acoso en el portal, mi despacho, las notas amenazantes, el encuentro en su piso... No se dejó ni uno solo de los detalles. Me ponía enfermo pensando en todas las veces que había estado en peligro y el tiempo que tardé yo en darme cuenta de lo que estaba pasando. Miré a todos y ninguno decía nada. Mike y Justin apuraban sus copas de vino, las chicas estaban con la cara desencajada y Frank nos miraba buscando respuesta a todas las preguntas que se estaban acumulando en aquella mesa.

—Te lo avisé cuando nos conocimos, pero eres terca como una mula y no me hiciste caso.

—Justin, no creo que sea el momento de echarle más mierda encima. —Mike le agarró de la mano.

—Yo tengo la culpa de esto, Mariola. —Sonia lo susurró casi llorando—. Yo... —Se levantó alejándose de la mesa.

—No, Sonia. —Frank fue detrás de ella—. Lo que te hizo ese malnacido no es culpa tuya. Te ha tenido amenazada y tenías miedo a perder a tu hija. —Frank agarró fuertemente la cara de Sonia, que trataba de contener las lágrimas—. Te prometo que jamás te volverá a suceder, no tendrás más el temor de que él te pueda herir. Yo mismo te protegeré, cariño. —Abrazó a Sonia fuertemente—. Alex, cuenta conmigo para lo que sea.

—Lo sé—. Me levanté y le enseñé a mi hermano la fotografía de Jonathan. Es el único que no le conocía—. Si le veis o veis algo extraño, avisadnos. La policía está al margen de esto. No nos han ayudado y es cosa nuestra. —Escuché el resoplido de Mariola.

—No están al margen. Ellos...

—Ellos ¿qué? —Dwayne se acercó a ella—. No han avanzado nada en estos meses. No nos podemos fiar de nadie, Mariola. Nunca sabemos por qué siempre va dos pasos por delante de nosotros. —Mariola le miraba con una mezcla de temor y enfado—. Es imposible que entrase solo a la fiesta. Necesito que hagas memoria, por favor. De todos los invitados, alguien tiene que haberle ayudado. —Dwayne le dejó el iPad sobre la isla en la que estaba apoyada.

Ella negó varias veces con la cabeza y Dwayne le mostró la lista.

—No lo sé, Dwayne. No conozco a ninguno de los invitados, nada más que a nosotros. Brian me ayudó a hacer la lista.

Me di la vuelta y le acerqué el iPad a mi hermano. Tal vez él descubriría alguien que se me había pasado a mí de aquella lista.

—Conoces a todos. —Brian trató de tranquilizarme.

—Ya no sé qué pensar. —Mariola negó con la cabeza.

—Puede ser cualquiera. —Rud se acercó a nosotros para volver a echar un vistazo a la lista.

—Ryan.

Sí, debí haberme callado y no haberlo dicho, pero para mí era la persona a la que todo señalaba. Supuestamente no estaba en la ciudad, apareció en la vida de Mariola justo cuando comenzaron los ataques de Jonathan, había intimado con ella y podía conocer sus movimientos.

—Alex, no está en el país. He hablado con él esta mañana y... —Apretó sus puños al lado de sus caderas y me miró negando continuamente con la cabeza—. Se llevó un tiro por mí, se quedó en aquel puñetero piso por mí, joder —Apartó el iPad enfadada—. Sé que él no ha sido, Alex. Ryan es inocente.

—Necesito que me escuchéis todos. —Dwayne se acercó de nuevo a la mesa—. Sé que todos pensáis que sabéis protegeros, pero necesito que tengáis en cuenta unas cuantas cosas que os vamos a decir. Lo primero, cualquier cosa rara que notéis en vuestra vida normal, por pequeña o insignificante que os parezca, avisadnos a Rud o a mí. Sé que parecen tonterías, pero hasta que no hayamos atrapado a ese tipo, cualquier detalle es importante. Os vamos a poner protección cuando los reclute a todos. —Un montón de ojos se clavaron en él—. No me miréis así, solo cumplo órdenes. Explicaciones a él. —Me señaló incriminándome—. No vayáis solos a ningún sitio diferente, extraño o solitario ni nada por el estilo. Eso va por ti, Mariola. Que no se te pase por esa cabeza de loca que tienes escaparte de nuevo de Rud.

—Ni de coña. Yo no necesito guardaespaldas. —María me miraba indignada.

—Vi lo que le hizo a Sonia y no quiero que a ti te pase lo mismo. —Mariola le suplicó a su hermana.

—¿Y tú? —María se acercó a ella.

—Quiere hacerme daño y la mejor manera que puede encontrar, es haciéndooslo a alguno de los que estáis hoy aquí. —Ladeó la cabeza para observarnos a todos—. Si quiere que sufra, aquí tiene la forma.

—¿Por qué no nos habías contado lo de su piso? —Mike se acercó a Mariola muy enfadado.

—Cuanto menos supieseis mejor, más seguros estabais.

—Pero también es nuestra vida. —Mike estaba muy enfadado con ella.

—En aquel momento solo pensaba en protegeros.

—¿Metiéndote más en esta mierda? —Sonia también se enfrentó a Mariola—. No sé cómo puedes pensar que tú sola puedes salvarnos de todo.

—No eres Wonder Woman, Mariola. —María estaba muy enfadada también.

—Chicos... —Traté de poner algo de paz.

Comenzaron a discutir entre ellos por echarme en cara las cosas y yo solo podía observarles sin que saliese ninguna palabra coherente de mi boca. Quería disculparme con todos, pero a cada palabra que decía menos caso me hacían y más subía el volumen de sus gritos. Mi respiración comenzó a acelerarse y sentí que la cabeza se me iba por segundos. Me alejé de todos, pasando por medio de una de las peleas paralelas que se había formado y me acerqué a la terraza, me apoyé en el gran ventanal y observé los edificios cercanos. A los minutos, Alex se acercó a mí, puso su mano en mi espalda y me besó en la cabeza.

—Joder, chicos. —Mike pegó un grito para que todos pudiesen escucharle—. Mariola lo ha hecho para protegernos y nos estamos echando sobre ella como una manada de hienas. —Se acercó a mí, me agarró del brazo para darme la vuelta y me abrazó. —Lo siento, pequeña. Lo siento mucho.

—Yo solo quería protegeros. Sé que no lo he hecho bien. —Se me saltaron un par de lágrimas de rabia que Mike se apresuró a limpiar.

—Somos una cuadrilla de zorras. —Justin se acercó a nosotros—. Sabemos que lo has hecho con buenas intenciones, pero no puedes salvarnos a todos. ¿Quién te salva a ti?

—Yo. —Alex sonó rotundo.

—No está a salvo, ninguno lo estamos hasta que no acabe en la cárcel o muerto. —Sonia estaba llorando desesperada en brazos de Frank.

Pasamos de los gritos a los lloros. Demasiados secretos descubiertos y demasiada información para procesar en una sola noche. Me senté en el sofá y María y Sonia se sentaron una a cada lado. No hablamos, no dijimos ni una sola palabra más. Dwayne les dio a todos unas pautas a seguir.

—¿Vienes a casa? —Justin me besó al despedirse.

—Esta noche me quedo aquí. Rud os acompaña al piso. —Abracé a Justin y Mike.

—No os preocupes por ella. Aquí está segura.

—Eso no lo dudo, Alex. —Mike estrechó su mano—. Es nuestra chica, confiamos en ti. Te quiero, Mariola. —Me abrazó fuertemente y me besó.

—Te quiero.

Nos despedimos en la entrada y todos se fueron acompañados de Dwayne y Rud.

—Ha sido un jodido desastre. —Me llevé la mano a la cara y resoplé desesperada.

—Pues ha ido mejor de lo que yo esperaba. Teniendo en cuenta lo impetuosos que sois, pensaba que iban a salir volando los platos como en una película francesa en blanco y negro. —Estaba tratando de hacer que me relajase—. Es normal que al principio se hayan enfadado, pero lo han comprendido. Has intentado protegernos a todos desde el principio, incluso a mí y apenas me conocías. —Me abrazó con fuerza.

—Tú también nos proteges. —Me aparté de él.

—Ve a darte una ducha y encima de la cama tienes algo de ropa. Relájate mientras yo recojo todo esto.

—Te ayudo.

—No. —Me llevó al baño—. Necesitas despejarte.

Al salir de la ducha oí cómo Alex seguía recogiendo las cosas en el salón y de fondo sonaba su voz tarareando una canción. Encontré encima de la cama un conjunto de seda negra que acaricié antes de ponerme. Encendí un par de velas en la habitación y me tumbé en la cama para esperar a que Alex volviese. Escuché una parte de su conversación con Jason y cerré los ojos unos instantes. Lo siguiente que noté fue que me quitó el móvil de las manos. Abrí los ojos y Alex estaba apagando las velas.

—Ha sido una noche dura. —Se metió en la cama.

—Te quiero, Alex.

Sus dedos recorriendo mi espalda desnuda me relajaban, él lo sabía a la perfección. Mi respiración comenzó a ralentizarse, al igual que la suya y me invadió una sensación de paz y tranquilidad que me hizo dormirme en pocos minutos.

A media noche me desperté empapada en sudor y con un dolor en la boca del estómago terrible.

Me separé de Alex, levantándole el brazo lentamente, sin moverme mucho para no despertarlo. Salí de puntillas de la habitación y cuando cerré la puerta, salí corriendo al baño que estaba en la otra punta del apartamento. Parecía que llevaba un *alien* dentro y estaba luchando por salir. Vale, me había pasado con el vino. Vomité lo poco que había cenado y más de media botella de vino, pero cada vez que trataba de alejarme de la taza, una nueva arcada sacudía mi garganta.

Busqué en la cómoda del lavabo y encontré un cepillo de dientes nuevo. Tras salir del baño, me preparé un té en la cocina y me tumbé en el sofá. Dos horas después parecía que me había relajado.

Cuando me desperté, estaba tapada con una manta. No recordaba haberlo hecho y supuse que Alex se habría despertado a media noche y me habría arropado. Fui a la habitación y no le encontré. Miré en el baño y tampoco estaba. Al volver a la cocina me encontré una nota.

He salido pronto esta mañana y no te he querido despertar. Tenía que hacer unas gestiones importantes y parecías muy tranquila.

Llámame y comemos juntos.

Te quiero.

Sonreí con ella en la mano mientras me preparaba otro té. Salí a la terraza para disfrutar de un momento de tranquilidad, pero Rud apareció por allí como si fuera su casa. Se puso un café y se sentó en la cocina a leer el periódico.

Mi hermana me mandó un mensaje para decirme que se llevaban a los niños para que yo pudiese descansar. Supuse que Alex ya le había dicho que no me encontraba demasiado bien. Así que me pasé el resto del día en casa de Alex entre el baño y el sofá.

—¿Estás bien, pequeña? —Rud me preguntó después de mi tercera visita aquel día al baño.

—Se me acumulan los nervios en el estómago. —Me tumbé a su lado en el sofá, apoyé mi cabeza en sus piernas y me tapó con la manta.

—Descansa todo lo que puedas que yo no me voy a mover de aquí. Prometido. —Me acarició el pelo y me quedé de nuevo dormida.

Me desperté varias horas después cuando el sol ya se estaba ocultando en el edificio de enfrente. Escuché las voces de Alex, Mike y Rud hablando en la cocina. Me levanté mareada y un poco desubicada.

—Buenas noches, dormilona. —Mike se acercó a mí.

—Joder. —Me dio un vuelco el estómago y sentí amargor en la garganta.

Salí corriendo al baño y volvió el mareo, los sudores fríos y los vómitos.

—¿Mariola? —Alex entró en la habitación.

—No entres. —Me estaba lavando la cara.

—Sí, claro. —Entró al baño desoyendo mi petición—. ¿Qué te pasa?

—Llevo desde ayer a la noche con el estómago fatal. El trabajo y los nervios me están pasando factura.

—No estarás... —Dio un paso para atrás pegándose al lavabo—. ¿Estás embarazada? —Su cara se desencajó.

—No estoy embarazada. —Ni siquiera se me había pasado por la cabeza pensarlo.

—Los vómitos son síntoma de embarazo. —Se apoyó con las manos en el lavabo.

—Alex, no te agobies que no estoy embarazada.

—Ahora mismo nos vamos al médico. —Tiró de mí sacándome del baño.

—Alex, por favor. Solo necesito descansar y se me pasará. —Traté de frenarme con los pies, pero fue imposible.

—Ayer a la noche ya estabas así. ¿Crees que no te oí? Me desperté y no estabas en la cama. Cuando salí al salón te encontré en el sofá dormida. Ahora mismo nos vamos al médico.

No tuve ni un segundo para rechistar. Me sacó con la parte de arriba del conjunto de seda y un pantalón de chándal que le había cogido del armario y me metió en el coche refunfuñando.

Nada más llegar a urgencias me metieron en una sala de observación a hacerme pruebas y su primera pregunta, parecía ser la más común, que yo había tratado de obviar durante todo el trayecto en coche desde que Alex me lo preguntó.

—¿Posibilidad de embarazo?

—No. Me vino la regla hace... —empecé a contar con los dedos—. Dos semanas.

—Para cerciorarnos. —Me dio un bote de plástico.

—Genial. —Se lo arranqué de la mano—. Ahora mismo vuelvo.

Volví a la consulta con aquel bote lleno y el médico se dispuso a hacer la prueba. Extrajo un tubo y lo depositó en un pequeño plástico. Me situé detrás de él. Después de los interminables minutos, —realmente fueron segundos—, miré la prueba, negativo ¿no? Una raya sí, dos no. ¿O era al revés?

—No estás embarazada. Volveré en un rato con los resultados de los análisis. Mientras tanto una enfermera te pondrá paracetamol para la fiebre que tienes, *primperan* para los vómitos y suero para la deshidratación.

Me tumbé en la camilla y esperé pacientemente a que la enfermera me cogiese la vía y me pusiese primero una jeringuilla y después el gotero.

—Descansa.

Al marcharse pensé en qué hubiese pasado si aquella prueba hubiese dado positiva. No hubiese sido el mejor momento. Me llevé las manos a mi tripa e imaginé cómo sería sentir dentro... Pero ¿en qué coño estaba pensando? No estaba preparada para tener un hijo.

Después de más de una hora, en la que Alex no había dejado de mirar el gotero ni dicho una sola palabra, volvió el médico.

—Parece un virus estomacal. Durará par de días y ya sabe, nada de comida fuerte, ni café, ni bebidas alcohólicas. En una semana estarán el resto de los resultados y ahí sabremos más a ciencia cierta si es un virus o tal vez una intolerancia o un problema gastrointestinal. —Me entregó un papel en el que me había recetado varias cosas—. Entonces podremos poner el tratamiento más adecuado en caso de que sea necesario.

El resto del fin de semana lo pasé en casa con la sopa mágica de pollo de Mike y en la cama.

El lunes al levantarme y verme en el espejo me asusté. No iba a tener maquillaje suficiente para tapar aquellas ojeras. En cuanto Rud llegó al piso me acompañó hasta el despacho y se quedó por allí haciendo algunas gestiones, vamos, tratando de ligar con Sasha.

Encontré a Scott en la sala de presentaciones preparando unas carpetas para los clientes.

—Buenos días, Scott.

—Buenos días, jefa.

—¿Desde cuándo me llamas así? —Me extrañó que lo hiciese.

—Desde que lo siento. —Soltó la carpeta que tenía en las manos—. Me estoy dejando la piel

trabajando y no consigo nada. Tú tienes el ascenso de tu vida aquí, la gran oferta para trabajar en la costa oeste. —Negó con la cabeza y comprobé que no me miraba a la cara—. ¿Qué más le puedes pedir a esta vida? ¿Un novio millonario que te adora? —Hizo una mueca de negación—. No, eso también lo tienes.

—Ni se te ocurra levantarme la voz, Scott, odio que me griten. —Negué con la cabeza y cerré la puerta. Nadie tenía que escuchar aquello—. Lo segundo, sé que te estás dejando el culo en este trabajo y pensé que había dejado claro el otro día lo agradecida que estoy por tenerte a mi lado. Eres parte del equipo y tengo en cuenta todas tus ideas. Pensaba que había sido justa contigo, que te había felicitado por tu maravilloso trabajo y habíamos llevado a cabo tus ideas, pero si no es así como lo has sentido, lo siento. —Puse mi mano sobre su pecho—. No ha sido mi intención. —Miré al pasillo y no vi a nadie pendiente de nosotros—. No te lo debería decir aún, pero propuse tu nombre para el trabajo de Los Ángeles cuando lo rechacé.

—¿Lo has rechazado? —Me miró sin poder creérselo.

—Me siento halagada, pero no es para mí. —Abrí mucho los ojos y sonreí—. Pensé en todo el gran trabajo que estás realizando aquí y pensé que podría interesarte. —Suspiré.

—Joder, no quería gritarte, pero es que estoy pasando por un mal momento. La familia, mi vida sentimental... —Se acercó a mí—. Lo siento mucho, Mariola. —Me abrazó y sentí que era el Scott que conocía.

—Tienes mucho talento, solo necesitas un pequeño empujón y yo te lo puedo dar si quieres. Hablaré con Will, pero quiero recuperar al Scott tierno, cariñoso y encantador que conocí hace años.

—Siento haberte hablado así, pero con todo lo que me está pasando, he explotado contigo. —Me miró a los ojos y vi la tristeza en ellos—. Lo siento, Mariola.

—Sé que no es cosa mía, pero... ¿va todo bien con Justin?

—Él me gusta muchísimo, pero no estamos bien. Ahora mismo solo puedo alejarme de él y esperar a que el destino juegue a nuestro favor en un futuro.

—¿Estás bien? —Le agarré del brazo.

—Una mala época y algunos problemas que pensaba que se habían terminado hace mucho tiempo, han vuelto. Espero que se solucione pronto. —Trató de sonreír, pero no lo consiguió.

—Me gusta más el Scott que conocí y que una vez me sedujo. —Traté de hacerle sonreír.

—¿Qué yo te seduje? —Abrió mucho los ojos indignado—. Fuiste tú con aquel modelito que ibas al gimnasio marcando tus curvas. —Me sonrió—. Qué fácil era todo entonces. No te preocupes, Mariola, antes o después volveré a ser el mismo. —Prosiguió con la preparación de las carpetas.

—Me voy al despacho que tengo que hacer unas llamadas. Si quieres comemos hoy juntos.

—Hoy tengo una cita, pero mañana acepto esa invitación.

—De acuerdo. —Le sonreí y salí de la sala.

Me fui al despacho y me encontré un gran ramo de rosas azules, pero grande de cojones, casi tapaba media mesa. Era lunes y al lado estaba la rosa que todos los días recibía, pero ese gran ramo la eclipsaba. Alex estaba tratando de pedir perdón por su comportamiento. Al darme la vuelta le encontré apoyado en el marco de la puerta vestido con un traje gris y una camiseta blanca. En ella había estampada una imagen de un hombre con unas gafas enormes y una nariz roja de payaso.

—Bonita camiseta. —Me crucé de brazos delante de él.

—Sí, acabo de hacerla con un *selfie* que me saqué ayer. Me comporté como un idiota. Lo siento, cariño, pero me asusté. —Sé estaba poniendo nervioso porque yo no decía nada—. Cuando

pensé en embarazo, tal y como estamos ahora mismo, con todo lo que está pasando...

—Shhh. —Me llevé un dedo a los labios—. Cállese, señor trajeado con camiseta extrañamente graciosa.

—¿Me estás mandando callar? —Se acercó a mí.

—Sé que poca gente puede mandarte callar, pero yo soy ese 0,01% que puede hacerlo. —Tiré del bajo de su camiseta.

—Me da miedo que te pueda hacer algo y ahora mismo, no creo que ninguno de los dos estemos preparados para disfrutar de verdad de un embarazo. —Se pasó una mano por la nuca—. El día que estemos embarazados disfrutaremos cada segundo.

Agradecía aquella explicación a su comportamiento y, realmente, yo pensaba lo mismo. Sabía que con Jason no había podido disfrutar por completo de la experiencia.

—¿De jueves a domingo tienes que hacer algo? —Le agarré de la cintura.

—No. —Me puso un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Resérvame los días. El miércoles cuando salga Jason del colegio, nos vamos a la cabaña y pasamos allí unos días. Nos vendrá bien para desconectar y respirar aire puro. Jason no tiene clase el jueves y el viernes.

—Me parece perfecto. Disfrutar de mi hijo y de ti cuatro días va a ser como estar en el paraíso. —Me besó.

Nos estábamos besando y se abrió la puerta de mi despacho. Me separé un poco de Alex y vi que era Linda con... ¿Will?

—Perdón, Mariola. —Linda sonrió—. Tendría que haber llamado. Scott me ha dicho que no estabas reunida. —Nos miró a los dos.

—Will, ¿cómo tú por aquí? —Le miré a Linda sorprendida.

—Tras tu negativa a mi oferta, me he visto en la obligación de cruzarme el país para saber por qué no has aceptado. Quería oírlo en persona. —Miró a Alex—. Hola, yo soy Will.

—Yo soy Alex. —Se estrecharon la mano y me miró haciéndome saber que no le gustaba nada que Will estuviese allí.

Linda estaba gesticulando por detrás de Will, tratando de decirme algo, pero no era capaz de comprenderla.

—Si nos disculpáis un momento, creo que Linda tiene que decirme algo y no me estoy enterando. —Salí con Linda del despacho.

Observé durante unos segundos al hombre que volvía a tener delante.

—Tú debes de ser la razón por la que no ha aceptado mi oferta. Debes sentirte halagado. — Se sentó en la mesa de Mariola—. Hice todo lo posible para que ella viniera a trabajar conmigo y se negó. Tiene demasiado talento como para quedarse estancada. —Me estaba recriminando la negativa de Mariola.

—No creo que yo sea el único motivo. A lo mejor la oferta no era tan interesante. —No iba a permitir que me echase la culpa de aquello.

—Si lo quieres ver así... —Se cruzó de brazos y no sabía si era para estar más cómodo o para mostrarme sus enormes músculos—. Pero algún día esto se le quedará pequeño y, si solamente lo ha hecho por ti, lo lamentará. No quiero sonar vanidoso ni nada por el estilo, pero ella debe volar muy alto. Espero que no seas el ancla que la frene.

Las palabras de aquel imbécil me estaban sacando de mis casillas, pero no me quería poner a su altura. Miré por la cristalera y vi a Mariola hablando con Linda. Su cara reflejaba un poco de tristeza mientras anotaba algunas cosas en una pizarra y entonces me di cuenta. ¿Y si realmente era quien no la dejaba avanzar? ¿Y si por querer estar conmigo no podría ser

plenamente feliz?

Linda y Mariola volvieron a entrar y decidí que era el momento oportuno para marcharme. Cuando me despedí de ella en el ascensor la observé.

—Pase lo que pase, cariño, quiero que sepas que te quiero. Que siempre te querré hagas lo que hagas.

—¿Por qué dices eso, Alex? —Me miró sin comprender una sola de mis palabras.

—Esta noche cenamos juntos si estás recuperada y hablamos tranquilamente.

Alex se marchó y me quedé unos segundos pensando en sus palabras. ¿Qué demonios había pasado en mi despacho? Al volver, Will seguía en sus trece con la oferta de trabajo, pero después de mi millón y medio de negativas, aceptó escuchar mi oferta. Hablé del trabajo de Scott, de todo lo que habíamos hecho y del talento que tenía, que se merecía esta oportunidad. No le convenía lo que le decía, pero después de dos horas de explicaciones empezó a verle con otros ojos. No quería aceptar nada sin antes conocerle, así que organicé una reunión al día siguiente los cinco: los jefes, Scott, él y yo.

En cuanto se marchó, salí corriendo del despacho para buscar a Scott. Le encontré en una de las salas multimedia. Entré y le abracé. Se quedó sin saber muy bien que pasaba.

—Mañana tienes la oportunidad de ganarte el trabajo en Los Ángeles. Tenemos una reunión con Will. Así que deja todo lo que estás haciendo que vamos a hacer una presentación para que no le entre ni una aguja en el culo al terminar. —Di unas palmadas.

—¿Me estás hablando en serio?

—Muy en serio, así que mueve el culo que tenemos trabajo.

—¿Cómo es posible que después de...

—Después de nada.

Preparamos una gran presentación. Aunque me jodiese perderle como trabajador, Scott se merecía aquella oportunidad.

—Ojalá todo salga bien. —Scott recogió todo—. Muchas gracias, Mariola. —Se abalanzó sobre mí y me besó.

—No hay de qué. —Yo estaba de espaldas a la cristalera.

—Han venido a por ti. —Puso sus manos en mis hombros y al girarme vi a Alex—. Hasta mañana.

—Veo que ha sido un día duro. —Me quitó un boli que llevaba en el pelo.

—Estábamos preparando una presentación para que mañana Will le dé el puesto que yo rechacé. —Recogí mi bolso.

—Necesito saber algo.

—Dime. —Estaba recogiendo las cosas y me las quitó de las manos.

—Para un segundo por favor, Mariola. —Levanté las manos de la mesa—. Respóndeme con sinceridad, como siempre has hecho. ¿Soy un ancla para ti?

—¿Cómo? —Me senté en la mesa con las manos apoyadas en ella mirándole sin comprenderle.

—Te estoy atando a esta ciudad y has rechazado un maravilloso puesto de trabajo en la otra punta del país por mí. ¿Estás segura de que no te arrepentirás? Tal vez llegue el día en que pienses que aquello hubiera sido lo mejor de tu vida y que te quedaste aquí solo por mí.

—No, Alex. No eres un ancla para mí. —Me levanté de la mesa—. Fue mi decisión y nunca te lo echaría en cara. Siempre me fío de mi corazón y le escuché. Fueron varias cosas las que al final me hicieron rechazarlo. —Levanté los hombros y me humedecí los labios—. Llegué a Nueva York con unos sueños y unas ideas muy claras en mi cabeza. Los inicios fueron muy duros. Cuando me

echaron de aquel trabajo, las semanas siguientes pensé en tirar la toalla y abandonar. Pero no soy así. Levanté la cabeza y seguí adelante. Quería conseguir mi sueño y, después de mucho esfuerzo y trabajo, lo he conseguido. Mi familia está aquí, tú estás aquí. Apareciste cuando menos te esperaba, cuando no te buscaba, pero cuando al parecer más te necesitaba. —Acaricié su cara—. Rechacé la oferta con todas las consecuencias. Así que no pienses que tú eres mi ancla.

—Es que... —Su mirada era una mezcla de tristeza y enfado consigo mismo.

—Te quiero con todas las consecuencias, Alex McArddle. Espero que te entre en esa cabeza dura que tienes. —Esperé un par de segundos su reacción.

—Nunca me había dado tantos quebraderos de cabeza una mujer, que lo sepas. —Me besó.

Al día siguiente me encontré con Scott en la entrada del edificio de nuestra oficina. Estaba dando paseos sin entrar y estaba dejando ya un gran surco en el suelo.

—Tranquilo.

En el ascensor se estaba sacando las tabas de las manos, de los dedos y seguramente las de los pies también. Se abrieron las puertas en nuestro piso y salí mirando el móvil hablando sola, porque Scott se había quedado pegado a la pared.

—No me jodas, Scott, no me dejes hablando sola que en la oficina ya piensan que estoy loca, no les des más motivos.

—No puedo.

—No me hagas entrar y sacarte arrastras. —Tiré de su brazo fuertemente.

—¿Y si no le gusto? ¿Y si mi trabajo no le gusta? ¿Y si me acaban despidiendo? ¿Y si...

—Y si y si y si. —Me burle de él—. ¿Y si nos cae un meteorito? ¿Y si viene Godzilla a arrasarse la ciudad? ¿Y si le encantas y se enamora de tu trabajo? ¿A que no has pensado en esa posibilidad? Ese puesto es tuyo y si no te lo da, que le den al gran Will. —Vi la cara de susto de Scott y noté unos ojos clavados en mi nuca—. Está detrás de mí. —Scott afirmó y salió casi corriendo a la sala de reuniones.

—¿Que me den? —Me giré y vi su semblante serio.

—Sí, es muy bueno. Y si no te gusta... —Levanté los hombros y se le dibujó una espectacular sonrisa en la cara.

—Que me den. —Afirmó con la cabeza y se mordió el labio—. Por eso quería tenerte también a mi lado, pero me rechazaste. Solamente espero que no te arrepientas de haberlo hecho. —Me puso una mano en el hombro—. Aunque te confieso que, si me llamas en un mes para decirme sí, dejaré todo lo que tenga entre manos para recibirte.

—Contratando a Scott te olvidarás de mí.

Will cambió su gesto cuando entramos en la sala y comenzó la presentación. Estudió a Scott, cada uno de sus gestos, cada uno de sus movimientos y cada una de sus palabras.

Cuando Scott finalizó, me levanté y comencé a aplaudir, con silbidos incluidos. Linda me sonreía y Will me miraba como si estuviese loca. Scott y yo salimos de la sala para darles un poco de privacidad y observamos a Will y Linda mientras hablaban en el interior. Will negaba constantemente con todo su cuerpo.

—No es tan duro como parece. Vamos a volver al trabajo y así nos olvidamos de todo un poco. —Fuimos a mi despacho y tenía un aviso pegado al ordenador—. Mira, están listas las impresiones de prueba de la presentación de la novela. ¿Quieres ir tú a por ellas y así sales de aquí?

—Claro.

Cuando Scott se fue de la oficina, vi a Will saliendo del despacho y Linda se quedó negando

con la cabeza mientras me miraba. Fui a hablar con ella y me explicó todo lo que Will le había dicho.

—¿Dónde está?

—Se ha ido al hotel. Está en el Four Seasons y creo que iba a comer ahora.

Llamé a Rud para decirle que iba a salir de la oficina y a los cinco minutos estaba en la entrada y me acompañó hasta el hotel. Pregunté por Will en la recepción y me avisaron que estaba en el bar. Le encontré trabajando con su portátil y cuando llegué a su lado bajé la tapa cerrándoselo.

—¿En qué demonios estás pensando para rechazarle?

—Hola. —Me miró muy sorprendido.

—No tienes ni idea de la cagada que estás cometiendo. Lleva años trabajando en este mundo y solamente necesita la oportunidad de que alguien crea en él. Adora este trabajo y lo hace con pasión y se esfuerza muchísimo, pero tú no sé si sabrás lo que es eso. Pero si no le quieres, otra gran agencia se lo llevará y te hará la competencia.

—¿Quieres deshacerte de él? —Se recostó en la silla.

—No, te estoy haciendo un favor, Will.

Se quedó observándome unos segundos. No decía nada, solamente me mantenía la mirada. Quería decirle un montón de cosas más, pero mi boca le hizo caso a mi cerebro por una vez en mi vida. Will se levantó apartándose de mí para hablar por teléfono. Al colgar se acercó a mí sonriendo.

—Más vale que todo lo que me has gritado sea cierto. Si tú crees firmemente en él, confío en ti. Pero no me hagas volver aquí a regañarte por engañarme. —Se quedó frente a mí.

—¿Es suyo? —Vi cómo afirmaba con la cabeza—. ¿Sí?

Comencé a dar saltos por el bar y a emitir pequeños gritos, como si me hubiesen dado a mí el puesto de mi vida. Justo en el momento en que me abrazó a él sonriendo, apareció Alex.

—Muchas gracias, Will. Te prometo que no te vas a arrepentir. —Cruce los dedos y le di un beso en señal de promesa.

—Mi oferta para ti sigue en pie. Un día, una semana, un mes, un año... Si te quedas anclada aquí y todo esto se te queda pequeño, búscame.

—Estoy muy feliz aquí con todo lo que tengo en mi vida.

—Yo me voy que en tres horas vuelo a Los Ángeles de nuevo. Ha sido todo un placer conocerte, Mariola. —Me agarró de la cintura y me dio dos besos que hicieron que Alex girase la cabeza—. Estamos en contacto.

—Adiós. —Saludó a Alex y se marchó.

—Qué bien, cariño. —Fui a darle un beso y se apartó—. ¿Qué pasa?

—¿Se va ya de la ciudad el trajeado? —Entrecerró los ojos y se humedeció los labios.

—Que te quedé una cosa clarita. —Me estiré para tratar de estar a una altura más cercana a él—. Para mí solo hay y habrá un señor trajeado. —Le agarré del culo y le acerqué a mí para besarle—. Tú. —Le di un beso de los que dejan sin respiración—. Y si no te ha quedado lo suficientemente claro, esta noche en casa te lo explico más gráficamente.

—Estamos en medio del bar del hotel y más de un cliente se ha sonrojado por la forma de agarrarme del culo, señorita Santamaría. —Me acarició el lóbulo de la oreja con sus labios.

—Es que teniéndote cerca no me resisto. —Le volví a besar—. Pero ya me voy que tengo que hacer muchas cosas. ¿Luego tendré el honor de cenar contigo?

—¿Solo cenar?

—Me sorprendes, Alex. —Tiré de su americana y se acercó a mi oído.

—Te imagino desnuda encima de la isla de la cocina con una buena botella de vino. Me

imaginó acariciándote el pecho desnudo, saboreando tus pezones y bajar hasta...

Estaba tan pegado a mí que nadie podía ver cómo su mano bajo por mi vientre hasta pasar por encima de mi sexo sin tocarlo.

—Tendré que controlarme hasta esta noche, pero esa imagen me acompañará en la reunión de esta tarde.

—Eres un perverso. —Le di un empujón con la cadera.

Al salir del hotel Rud se limitó a negar con la cabeza. No me dijo nada y eso me extrañó. Era un momento perfecto para haberse metido conmigo o haber dicho alguna de las suyas, pero se limitó a callarse. ¿Qué demonios le pasaba?

Recibí una llamada de Alex.

—Comprendo que mi imagen desnuda no se te vaya de la cabeza, pero acabo de marcharme. — Sabía que Rud me estaba mirando de reojo.

—Mariola, no sé si la reunión se alargará. —Estaba muy serio—. Acabo de recibir una visita y me temo que nos mantendrá ocupados más de lo que esperábamos.

—¿Así que no puedes decir ni una sola guarrada por teléfono? —Esperé unos segundos y me lo imaginé carraspeando y acariciándose la barbilla.

—No en este momento.

—Pero sí puedes escucharlas. —Ronroneé sabiendo que aquello le iba a incomodar—. Si esta noche habías pensado en sentir mis pezones sobre tu pecho, imagínate si te espero con un conjunto de ropa interior que puedas rasgar, un bote de nata y chocolate derretido. —Emití un pequeño gemido sin importarme si me escuchaba alguien más.

—Mariola. —Estaba regañándome.

—Alex, esta noche gemirás mi nombre. —Tuve que llevarme la mano a la boca para que no escuchase mi risa—. No voy a dejar que dejes ni una sola de mis curvas por recorrer ni... — escuché los pitidos que indicaba que Alex me había colgado.

Tuve que quedarme quieta en medio de la calle para reírme. Me dolía la cara de aguantarme las carcajadas que comenzaron a brotar de mi interior.

—Eres un jodido mal bicho.

—Bueno... —Sonó un mensaje en mi móvil y al leerlo vi que era Alex—. Hoy vamos a recoger a Jason del colegio.

Cuando lo hicimos, nos marchamos hasta Central Park a disfrutar un poco de la tarde. Ya estábamos en pleno verano y el parque estaba repleto de gente jugando, leyendo y disfrutando de aquel oasis en medio de la gran ciudad.

Jason y Rud comenzaron a echar un partido de béisbol con unos chicos que estaba a nuestro lado. Yo me senté en el jardín y observé a nuestro alrededor, tratando de buscar algún indicio de que Jonathan pudiera estar cerca de nosotros, pero no encontré nada fuera de lugar.

—Corre, Jason, corre como si un brócoli gigante te persiguiera por Manhattan.

Jason salió corriendo y Rud hizo lo mismo detrás de él gritando. Con él se estaba comportando como un amigo, pero conmigo algo había cambiado. No sabía si Alex le había dado otro toque de atención, pero desde hacía un par de días Rud no era el mismo. Recibía llamadas en las que se alejaba de nosotros para que no le escuchásemos, no me hacía sus típicas bromas, ni me regalaba sus comentarios ácidos. Al principio de conocernos me molestaba que su comportamiento fuera así, pero en aquel momento me extrañaba.

—Voy a por agua, Rud. No te despistes ni un segundo.

—Sí, Mariola. —Era como si me estuviese mandado a la mierda.

Mientras estaba en el puesto, tras hacer una larga cola, sentí la vibración de mi móvil justo

cuando recogí las botellas de agua. Dwayne me había entregado aquella misma mañana un teléfono con número nuevo. Solo los más cercanos lo conocían.

Piensas que todo tu mundo está protegido, que nadie puede entrar en él sin que lo sepas. Pero ¿y si ya hay alguien dentro? Piensa en esas personas que han entrado en tu vida de las que no sabes absolutamente nada. Ese policía, ese guardaespaldas que juega con Jason ahora mismo. ¿Qué te hace pensar que ellos no tienen alguna otra intención?

El móvil volvió a sonar.

Me encanta cuando tu cuerpo expresa exactamente lo que estás pensando. Esa cara de fuera de juego que tienes ahora mismo. No puedes confiar en nadie, no lo hagas. ¿Crees que yo soy el más peligroso? Fíjate a tu alrededor, cualquiera podría hacerte algo en este mismo momento.

Me agaché en el suelo y recogí las botellas de agua que se me habían caído, mientras miraba a mi alrededor buscando alguna persona que me estuviese mirando. Todos me miraban, me estaban observando y lo único que quería hacer era salir de allí corriendo.

—Jason. —Grité para que me oyese cuando me acerqué—. Cariño, nos vamos. —Recogí su mochila del suelo y mi bolso.

—Vale. —Se acercó a mí corriendo y Rud se acercó caminando tranquilamente.

—¿Qué se está quemando?

—Nada. —Cogí el teléfono y llamé a Dwayne—. ¿Puedes venir a buscarnos a la entrada oeste?

—Está Rud contigo, ¿no?

—Lo sé, pero quiero que vengas tú. Por favor, Dwayne.

—¿Ha pasado algo con él?

—Ven a buscarnos. —Colgué sin dejarle hablar.

—¿Qué pasa? Estoy yo aquí y ¿le pides a Dwayne que venga a buscaros? —Estaba desconcertado y enfadado por mi reacción.

—Mira, Rud —le empecé a hablar en castellano para que Jason no se enterase—. Desde hace varios días actúas de una manera muy extraña. Con todo lo que está pasando, vosotros mismos nos dijisteis que cualquier cosa rara que viésemos, teníamos que sospechar. —Dejé de mirarle.

—¿Sospechas de mí? —Noté su enfado.

No dije nada, no me disculpé por hacerlo, pero Jonathan seguía siendo capaz de nublar me el maldito juicio de la peor manera. Nos acompañó hasta la entrada. Nada más llegar Dwayne apareció con el coche. Monté a Jason en la silla de seguridad en la parte trasera y di la vuelta al coche para montarme en el asiento de copiloto. No miré a Rud, no quería tener que enfrentarme a sus ojos llenos de enfado y tristeza. Vi cómo Dwayne y él hablaban fuera. Sentía que tal vez estaba actuando de una manera impulsiva y seguramente estaba pagando con Rud mis frustraciones, pero Jonathan había conseguido que desconfiase de él. Quería que actuase como una loca paranoica e hiciese que todo el mundo se alejase de mi lado. Lo estaba consiguiendo.

Al llegar al piso de Alex, Jason se fue a su cuarto a jugar y yo preparé un par de cafés.

—¿Qué ha pasado con Rud, Mariola? —Dwayne se sentó delante de mí.

—He recibido en el móvil mensajes de Jonathan. —Me tapé la cara y me senté en un taburete—. No sé cómo demonios ha conseguido este número. Si notaba algo raro debía decírtelo y Rud no se ha comportado como siempre. Hace cosas raras. Me estoy volviendo loca, Dwayne. —Apoyé la cabeza en el mármol.

—¿Qué cosas? —Puso su mano en mi hombro—. Mariola, si quieres que te ayude necesito que me cuentes todo, que no guardes más secretos.

—Desde hace días se comporta de manera extraña. Él es ácido e irónico conmigo y yo lo soy más, pero últimamente no es así. Está distante, recibe llamadas y se aleja para que no le escuche. Su comportamiento conmigo ha cambiado y me ha hecho desconfiar. —Resoplé tratando de no parecer desesperada—. ¿Me estoy volviendo loca, Dwayne?

—El cambio de comportamiento puede ser por el toque de atención que le ha dado Alex. Ya sabes que no le gusta la relación que tenéis. Pensaba que era demasiado cercana. Las llamadas pueden ser las mías dándole las instrucciones día a día. Pero si realmente desconfías de él, Mariola, te puedo poner a otra persona de mi equipo de máxima confianza.

—¿Y si vuelve a suceder lo mismo? Desconfío de todos. Mi nivel de alerta está tan alto, que ha terminado por desbordarse. —Suspiré profundamente y volví a enterrar mi cabeza entre mis brazos—. ¿Me he equivocado con Rud?

—Sí, pero si te quedas más tranquila revisaré su móvil. Si hay algo raro en él, lo descubriré.

—¿Y si tiene otro móvil?

—Lo descubriré, Mariola. —Se giró mientras iba a abrir la puerta a la que acababan de llamar.

Abrió la puerta y observé curiosa quién era, pero no le reconocí. Le entregó unas carpetas, susurraron un par de frases y Dwayne cerró de nuevo la puerta. Dejó las carpetas encima de la mesa y las miré de reojo. Vi varios nombres escritos en ellos, entre los que se encontraba el de Ryan, Jonathan, Scott y el mío propio.

—No te preocupes, Mariola. Estamos investigando en profundidad. —Se dio cuenta de que mis ojos se habían clavado en mi carpeta—. No hay nada de lo que te debas preocupar. La persona que los ha traído es de plena confianza.

—¿Puedo? —Puse la mano encima de lo que parecían expedientes muy bien detallados.

—Yo voy al hotel a recoger a Alex. Se queda uno de mis hombres en la puerta. Nadie va a entrar ni salir de aquí hasta que no volvamos. Así que échale un vistazo. ¿Me puedes dejar tu móvil? —Le señalé la mesa y lo recogió para observarlo—. Tengo que comprobar algo. Mas tarde te lo devuelvo.

Se marchó y fui a echar un vistazo a Jason. Se había quedado dormido en la cama leyendo. Le arropé y me marché al salón. Me puse otro café y me senté en la terraza a leer los expedientes. Comencé con el de Ryan. Respiré varias veces deseando no encontrar nada que me hiciese querer arrancarme la piel a tiras por haberme acostado con él.

—No le conocías y lo hiciste. Si encuentras algo que no te gusta, no será el primer psicópata con el que se te va la olla, Mariola. —Estaba hablando sola—. Por favor, que no sea él.

Abrí temerosa la carpeta y encontré una foto de Ryan. La acaricié y sonreí. Aunque lo nuestro estuviese destinado al fracaso, porque el estúpido de mi corazón no quiso darle puerta a Alex, tenía un recuerdo precioso de aquellos días que compartimos en los que me hizo sentir bien. Había aparecido en mi vida para protegerme y me negaba a pensar que podía ser quien estuviese trabajando con Jonathan.

Cerré los ojos, respiré profundamente durante varios segundos y di la vuelta a la foto para comenzar a leer todos aquellos papeles. Toda aquella información se acumulaba en mi cabeza y me dieron ganas de cerrar la carpeta varias veces, pero mi parte cotilla decidió avanzar.

—Kabul, operación clasificada. Atentado con cincuenta víctimas en hospital militar... Atentado suicida, pérdida de la mitad de su equipo... —Pasaba los dedos por encima de las líneas del informe y se me encogía el corazón—. Ataque en la embajada americana, herido con metralla tras ataque a su unidad... Muerte del resto de su unidad. Tratamiento psicológico durante dos años.

Actualmente trabajando en Colombia.

Cerré la carpeta y la apoyé en mi pecho. Me costaba respirar al haber descubierto toda aquella información de Ryan de aquella manera. No tenía que haberlo hecho y debería haber dejado las puñeteras carpetas en la cocina. Pero no me pude resistir a leer el resto.

El informe de Scott no me sorprendió. Conocía todo lo que estaba allí escrito: su familia, sus amigos en Nueva York, los trabajos anteriores a CIA...No había nada que no conociese y no dudaba de él. ¿Qué podía tener en mi contra? ¿Qué conexión podía tener con Jonathan que nadie hubiese podido descubrir? Ninguna.

Dejé aquella carpeta encima de la de Ryan y solo quedaban dos, la de Jonathan y la mía. La de él era grande, tenía muchos papeles y me daba pánico abrirla. Decidí apartarla y no leer nada de lo que se decía en ella, solo iba a ponerme más nerviosa de lo que ya estaba.

La mía también era bastante extensa. No tenía ni idea de qué me iba a encontrar en ella, por eso tomé una gran bocanada de aire para hacer frente a lo que hubiesen descubierto.

Toda mi vida, en aquella carpeta estaba toda mi vida. Desde mis estudios en Laguardia hasta un par de días antes del cumpleaños de Alex. ¿Me habían estado siguiendo? Pude leer todo lo que había estudiado, dónde trabajé en Salamanca, mi primer trabajo de Nueva York (el fallido y del que me echaron). Cómo, dónde y cuándo conocí a los chicos. Mi relación con Jonathan, varios de mi ex también aparecían allí reflejados. Aparecía hasta el local en el que Justin y yo solíamos desayunar cuando nuestras noches de fiesta se convertían en madrugadas, la tienda en la que solía parar antes de llegar a casa para comprar revistas. Faltaba la marca de cereales que tomaba o la talla de sujetador que usaba.

—Joder, es que no falta ni un solo detalle. —Cada palabra que leía me enfadaba más. No sabía si aquello era cosa de Dwayne o es que Alex le había pedido que investigase mi vida.

Todos y cada uno de mis movimientos desde que conocí a Alex estaban allí reflejados. Pasé hojas y hojas de información y al final del todo, cuando justo iba a cerrar la carpeta, encontré un sobre cerrado.

—¿Tú que tienes dentro?

Lo puse mirando al sol, tratando de ver qué contenía, pero no era tan fácil como en las películas, así que lo abrí con mucho cuidado. Mi corazón comenzó a acelerarse al sacar la hoja y la foto que había en el sobre. Lo que escondían aquellas líneas me dejó sin aliento.

—Mariola, ¿vienes a jugar conmigo? —Jason me agarró de la mano y le miré sin poder reaccionar—. ¿Mariola?

—Claro que sí, cariño. —Utilicé mi sonrisa más forzada para que no se preocupase—. Elige lo que quieras, ahora voy.

Jason salió corriendo de la terraza e instintivamente metí todo en el sobre y me lo guardé en el bolsillo trasero de mis vaqueros, en un ataque de pánico.

Alex apareció sobre las ocho de la tarde y Jason corrió para saludarle, mientras yo recogía lo que habíamos desperdigado por el suelo mientras jugábamos.

—Para ti. Es nuevo, limpio y solamente tiene tu número el jefe. Nadie más.

Dwayne me aseguró que no iba a recibir en él llamadas, mensajes o *e-mails* de Jonathan. Me devolvió mi antiguo teléfono avisándome de que habían instalado un programa para saber exactamente desde dónde Jonathan hacía las llamadas o enviaba los mensajes.

—¿Qué ha pasado con Rud? —Alex se acercó a mí.

—Nada. —Continué recogiendo las cosas.

—Ha venido al hotel a decirme que no le quieres a tu lado. —Me agarró del brazo para que

estuviera quieta—. Me ha pedido que le investiguemos, que no encontraremos nada que le implique en todo esto. Pero que precisamente tú dudes de él... —Respiró profundamente como si le costase soltar lo que estaba a punto de decirme—. Sinceramente, Mariola, él no me gusta, ya lo sabes. Puede que le haya dado un toque de atención por su forma de actuar cuando estáis juntos, pero no dudo de él.

—Me estoy volviendo loca.

—Creo que con él te has equivocado, pero si no quieres que esté cerca de ti, así será. —Alex se acercó para besarme y me aparté. Me di cuenta al segundo de hacerlo, pero ya era tarde porque él también lo notó.

—¿Y las llamadas tan extrañas? —Traté de que mi estúpido movimiento no pareciese tan extraño.

—Hablaba con Dwayne y se apartaba para que tú no escuchases lo que decían. —Alex me agarró de la mano y, por su cara, supe que iba a soltarme alguna bomba—. El equipo cree haber localizado un piso desde donde Jonathan puede estar, pero no podemos actuar.

—Joder, pues avisad a la policía. —Me aparté—. Ryan.

—Nada de Ryan, Mariola. Él es ese cabo suelto que nos falta. Estoy seguro de que es quien habla con Jonathan. Apareció en tu vida...

—Ni se te ocurra decir lo que estás pensando. —Me pasé la mano por la boca enfadada—. Tú apareciste en mi vida de golpe y porrazo, al igual que Ryan. ¿Tengo que desconfiar de ti?

—Mariola. —Se quitó la americana y se aflojó la corbata—. No hagas eso.

—¿Hacer qué, Alex? ¿Dudar de ti lo mismo que tú dudas de Ryan?

Me enfrenté a él, me daba igual que Dwayne nos estuviese mirando o que su móvil comenzase a sonar de manera insistente, me daba igual.

—¿Podemos ver una peli?

Jason nos sacó de una posible pelea que podría haber acabado muy mal. Había acumulado la frustración de aquellos malditos informes y de las continuas dudas de Alex sobre Ryan. Estaba cansada de que lo hiciese.

—Claro que sí, cariño. —Alex se agachó a su lado—. ¿Te apetece que pidamos unas pizzas y nos tumbemos en el sofá?

Yo me alejé de ellos y ya estaba en la encimera recogiendo mi bolso cuando noté la mirada de Dwayne sobre mí, a la que respondí negando con la cabeza.

—¿Te apuntas, Mariola? —Jason me agarró de la mano.

—No puedo, tengo que ir a la oficina. Ha quedado algo sin cerrar de una de las fiestas. —Le revolví el pelo antes de besarle en la frente—. Pero el fin de semana en la cabaña haremos lo que tú quieras.

—Guay.

Abrió el armario en el que tenía sus películas de dibujos y yo me fui hacia la puerta sin despedirme de Alex.

—Mariola. —Dijo mi nombre a modo de recriminación por irme sin decirle adiós.

—Alex —decidí hablar en castellano para que Jason no me entendiese—, es mejor que me vaya a mi piso, me tranquilice y ya nos vemos para ir a la cabaña.

—Pero... —se acercó a mí sin levantar la voz.

—No tienes derecho a réplica. —Levanté un dedo en el aire—. Eres muy arrogante y un completo capullo cuando quieres. Buenas noches.

Al salir me encontré a un hombre mayor en la puerta con el que me choqué. Se dio la vuelta y no dijo ni una sola palabra.

—Perdón. —Le sonreí, pero no se movió.

—Mariola, él será tu sombra a partir de ahora sustituyendo a Rud. —Dwayne puso sus enormes manos en mis hombros.

—De cojones.

No dije nada más y aquel hombre de mediana edad me siguió. Sabía perfectamente que Dwayne le había dicho que no se separase de mí y que, sobre todas las cosas, no me hablase, ya que no lo hizo en todo el trayecto hasta la puerta de mi piso.

Al meterme en la cama recibí un mensaje de voz de Alex.

—Lo reconozco, soy un gilipollas integral a veces, pero tienes que saber que me preocupo por ti. —Se escuchaba su respiración—. Sospecharé de todas las personas que se acerquen a ti hasta el mismo momento en que vea a Jonathan y a su cómplice entre rejas. Te quiero, Mariola Santamaría, y haré todo lo que esté en mi mano para compensarte por ser un capullo arrogante. —Noté que su tono de voz cambiaba y sabía que estaba sonriendo—. Hasta cuando me lo llamas y te vas de mi casa enfadada, me haces sonreír. Nadie había conseguido antes cabrearme tanto y, a la vez, hacerme perder la puta cabeza. Te quiero.

Escuché el mensaje de voz dos veces más, sonriendo cada vez al escucharle decir *puta cabeza*. Al final me quedé dormida con el teléfono en la mano.

Al día siguiente en la oficina tuve al señor paranormal pegado a mí todo el santísimo día. Es que no había momento en que me dejase de observar. Rud se había hecho cargo de la seguridad de mi hermana. Ella estaba encantada con él, pero Brian tenía los mismos sentimientos que Alex: odiaba que Rud tuviese tanto *feeling* con su chica.

El señor paranormal, apodado así porque siempre estaba leyendo revistas de fenómenos paranormales. Pero para fenómeno él, ni siquiera sabía cómo sonaba su voz. Me acompañaba hasta al baño.

—Aquí creo que puedo yo solita. —Eché un vistazo dentro y salió dejando la puerta abierta—. Gracias. —Cerré la puerta del baño enfadada—. Que coñazo de guardaespaldas. Esto es lo que quería Alex desde el principio. ¿Por qué sospecharía de Rud?

Al salir seguía estando allí. Se llevó la mano al oído y pensé que iba a hablar con un pinganillo que tenía incrustado en el cerebro para mandarme a la nave nodriza y llevarme al planeta Sirius. Me fui al office para comer algo y tratar de terminar todo antes de que Alex pasase a recogerme para irnos a la cabaña.

—Hola, nena.

Alex estaba en la puerta de mi despacho, con la mano en el marco y la otra en la cadera. Estaba tratando de poner una mirada de las de película, tipo *acero azul*.

—¿Colirio? —Saqué un pequeño bote del cajón.

No dijo nada y me puso morritos como una quinceañera en un selfie.

—Vale, colirio y vaselina. ¿O te está dando un ataque?

—Joder, Mariola, estoy tratando de ser sexy.

Apoyé las manos en la mesa y le observé de arriba abajo. Sus piernas cruzadas, aquel pantalón negro que se ajustaba a su cuerpo, la impoluta camisa blanca acompañada de su americana de firma. Negué con la cabeza y terminé de recoger la mesa.

—¿No vas a soltar nada ingenioso?

—No. —Pasé por su lado sin mirarle ni decir nada más.

—¿Nada? ¿Ni levantar una ceja y soltar un carraspeo?

Me monté en el ascensor y Alex tuvo que correr para que no se le cerrasen las puertas delante

de sus narices. Continuó mirándome durante todo el trayecto de bajada hasta el garaje donde estaba mi coche aparcado.

No dijo ni una sola palabra, tan solo me habló para avisarme de que tenía que pasar por su piso después de recoger a Jason del colegio. Abrió la boca varias veces durante el trayecto, pero decidí no hablar, seguro que la cagaba más si lo hacía.

Cualquiera que nos observase durante un par de segundos en la puerta del colegio podría pensar que éramos un viejo matrimonio que acababa de discutir. Mariola estaba cruzada de brazos con las gafas de sol puestas y sabía que me miraba de reojo alguna vez. Se estaba divirtiendo con aquel comportamiento.

—Tengo planificado todo el fin de semana al completo. —Quise compartir mis ideas con ella y, tal vez así, me volviese a hablar—. Pescaremos, recogeremos leña, iremos a correr por el bosque, veremos amanecer desde el muelle, nadaremos hasta la otra orilla.

—Me parece súper intere... —comenzó a emitir un sonido nasal, como si fuese un ronquido y dejó caer su cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.

—¿Te estás burlando de mis planes? —Me apoyé en el coche para mirarla.

—¿Ese es tu plan para recuperar el tiempo que no has pasado con tu hijo? —Puso sus manos en las caderas y me miró por encima de las gafas de sol bajadas—. Sacarle a las cinco de la mañana a correr, matarle obligándole a nadar en el lago seis kilómetros. Me parece súper inte... —Volvió a hacerse la dormida.

—¿Y cuáles son tus planes tan divertidos que no harán que nos durmamos? —La miré atentamente—. Ilumíname.

—Jugar. —Lo sentenció—. Jugar con tu hijo a lo que él quiera. Leer con él, enseñarle a pescar y que podáis disfrutar de todo tal y como lo hiciste tú con tus abuelos hace años. —Puso su mano sobre mi brazo y se acercó a mí—. Enséñale lo que te gustaba hacer de pequeño, no lo que te gusta ahora. Vuelve a ser niño por una vez. Quítate el traje, déjalo en Nueva York y disfruta de estos días. Tenéis que hacer cosas divertidas para un niño. —Hizo una mueca con la boca—. Solamente eso.

—Si te hubiese conocido antes me habrías obligado a bajarme un momento del mundo y podría haber disfrutado más de mi hijo.

—Yo te enseñé a divertirte y a vivir la vida como si hoy fuese tu último día. —Me acarició la cara y posó sus labios en los míos unos segundos.

Jason salió del colegio y se quedó a unos metros de nosotros hablando con una compañera de clase. Escuchamos perfectamente su conversación.

—Pásalo bien, Jason.

—Gracias, Terry.

—¿La que está con tu padre es tu mami? —Los dos nos miraron.

—No. Es Mariola, la novia de papi. —Miró al suelo.

—Jason, me tengo que marchar que han venido a buscarme. —Salió corriendo.

Pude ver cómo Jason miraba a Terry mientras se abrazaba a su madre. Caminó hasta nosotros arrastrando los pies y cabizbajo.

—Hola, campeón. —Me agaché.

—Hola.

—¿Qué te pasa, cariño? —Mariola también se agachó y le acarició la cara.

—Nada. —Se puso a mover un pie dando pequeños golpes en el suelo.

—No me lo creo. —Le agarró de la mano—. ¿Quieres ir solo con papá a la cabaña a pasar estos días?

—No es eso.

—¿Entonces qué pasa, cariño?

—Me da pena. —Jason levantó los hombros.

—¿Ir a la cabaña? —No comprendía nada de lo que estaba diciendo.

—Es que no quiero que te enfades. —Nos miró a los dos—. No quiero que os enfadéis si os lo digo.

—No lo vamos a hacer, cariño. —Mariola le sentó en su pierna que tenía apoyada en el suelo.

—Es que todos mis amigos tienen un papá y una mamá. —Fue a mirar a Mariola, pero bajó sus ojos—. Yo solo tengo un papá.

Me mataba ver que mi hijo estaba triste por un motivo así. Nunca me había dado cuenta de que podría pasarle factura no tener la imagen materna cerca, pero comprendía que sus compañeros sí la tenían y eso le hacía quererlo.

—Jason, tienes un padre que te quiere con locura, que te adora y que haría cualquier cosa por ti. —Mariola le acarició la cara—. Habrá compañeros que tenga un papá y una mamá, pero... —Meneó la cabeza tratando de buscar las palabras adecuadas, sin decir nada malo de la madre de Jason—. No siempre es necesario tener una madre. —Mariola me miró sin saber si se había explicado bien.

—Lo sé, pero es que me gustaría tener una mamá como tú. —Se abrazó a ella como si no fuese a verla de nuevo.

Me partía el corazón que Jason sufriese de aquella manera y yo no me hubiese dado cuenta hasta que lo había escuchado de su boca.

—Siempre que me abrazas me siento mucho mejor, Mariola. —Se separó un poco de ella y la miró acariciándole la cara—. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero, cariño. —Le besó.

—Prométeme que no me dejarás nunca.

Me quise unir a la petición de mi hijo.

—Nunca lo haré, Jason.

—Gracias, Mariola. Eres la mejor del mundo mundial.

Se quedaron unos segundos más abrazados y comprobé que estaban siendo observados por la mitad de los padres que recogían a sus hijos en el colegio. Seguro que estaban cuchicheando sobre nosotros, pero por primera vez en mi vida, me daba igual que susurrasen que ella era la nueva chica. Pero se equivocaba en algo, no era solo una chica nueva, Mariola era mi chica.

Preparé la maleta corriendo cuando me dejaron en casa y recibí un mensaje de Alex avisándome de que en diez minutos me recogería. Me quedé en medio del salón haciendo un repaso mental de todo lo que llevaba y me di cuenta de que se me había olvidado coger uno de los juegos favoritos de Andrea, que supuse que a Jason le encantaría. Me subí en una silla en mi habitación para sacarlo de la parte alta de mi armario, cuando sonó un ruido en la puerta. Miré mi reloj comprobando la hora y Alex todavía no podía ser. Me bajé sin hacer ruido de la silla y me quedé unos segundos en silencio. Volví a escuchar el ruido, era como si algo estuviese raspando en la puerta. Noté la vibración de mi móvil y comprobé que tenía un mensaje.

Todo lo que estas consiguiendo en tu vida se desmoronará como un castillo de naipes. En el momento que una de las cartas caiga, todo se irá a la mierda, Mariola. Aprovecha este fin de semana en esa maravillosa cabaña, pero vigila tus espaldas allí porque en cualquier momento volveré.

Me prometieron que no iba a recibir ningún mensaje que no fuera de Alex, nadie tenía mi nuevo número y Jonathan lo había conseguido. De nuevo escuché aquellos sonidos y me acerqué a la puerta. Sabía que no tenía que abrir, pero al igual que en las películas de terror en las que le gritas a la pechugona de turno que no abra, que no se acerque al ruido porque la van a matar —y termina descuartizada a manos del psicópata de turno—, mi cuerpo comenzó a caminar hacia la puerta y cogí lo primero que tuve a mano, un candelabro rosa de Justin. Volví a cometer la misma estupidez que el día en que casi atacé a Scott en la oficina con la espada. Mis manos y piernas temblaban sin control. Mi corazón estaba a punto de salirse por la boca, pero allí estaba yo, acercándome a la puerta con el candelabro en la mano.

De repente el pomo de la puerta comenzó a girarse, lentamente y la visión de la puerta se volvió borrosa. Aferré el candelabro fuertemente entre mis manos y lo levanté en el aire. Al abrirse la puerta mi corazón dejó de latir.

19.
COMO EN EL AJEDREZ

La puerta se abría a cámara lenta y yo seguía con las manos en alto, esperando el momento adecuado de meterle un *candelabrazo* al que estuviese tratando de entrar en casa.

—Aaaaaaaaaaaaaaaaaa.

Solté un grito espartano y cerré los ojos antes de golpear a quien acababa de entrar en casa, pero una mano fuerte me agarró del brazo.

—¿Qué cojones haces, Mariola?

Al abrir los ojos vi que Alex estaba agarrando mi brazo.

—Casi me abres la cabeza con eso. ¿En qué estás pensando? —Me quitó el candelabro.

—Joder, Alex. Me has dicho diez minutos y... —Por fin pude respirar y eché la cabeza hacia atrás—. He escuchado un ruido y un mensaje de Jonathan.

—¿Jonathan?

—Sí... ¿Estos días habrá seguridad?

—Sí, vienen seis personas.

Sabía que Alex estaba preocupado por el mensaje, pero no hizo alusión a él en los minutos siguientes. Me abrazó tratando de calmarme.

—Te prometo que estos días solo estaremos tú, Jason y yo, nada nos molestará. Jonathan no se atreverá a acercarse a nosotros.

—Vale. —Me separé de él y le sonreí—. Voy a por las cosas.

—Ya voy yo. —Escuché un quejido al bajar la maleta de la cama—. ¿Pero qué demonios te llevas?

—Para pasear, para pescar, para las noches frente a la chimenea... —Le sonreí mientras salía de la habitación.

—Entre tu maleta y la de Jason el coche no derrapará en ninguna curva.

Pasó por mi lado y me dio la mano para marcharnos. Sabía que estaba igual de preocupado que yo y que pondría a su equipo de seguridad a investigar aquel mensaje, pero quería que yo estuviese tranquila y aquella sensación que Alex me transmitía, me reconfortaba.

Cuando bajamos al coche, Jason y Dwayne estaban jugando a piedra papel o tijera. Comprobé que uno de los dos estaba jugando sucio, muy sucio.

—Dwayne, me parece fatal que le estés haciendo trampas a un crío. —Le miré levantando una ceja.

—No hago trampas. —Me miró fijamente.

—Ya.

Mientras metían las maletas en el coche y Alex daba instrucciones a Thomas, yo me puse detrás de Dwayne. Comencé a hacerle señas a Jason con todo lo que iba a sacar Dwayne. Le ganó cuatro veces seguidas.

—¿Nos vamos? Ya me he cansado de ganarle a Dwayny.

La hora y media de viaje lo pasé dándole vueltas a todo lo que estaba sucediendo. Estaba haciendo una lista mental de todo lo que había ocurrido con Jonathan, tratando de eliminar

sospechosos de la ecuación. La voz de Jason abriéndome la puerta del coche me sacó de mi propia investigación.

—Ya hemos llegado, Mariola. —Extendió su mano para que me bajase del coche.

Alex ya estaba observando todo lo que tenía delante. Comprobé en su cara que no daba crédito a lo que veía. Supuse que por su cerebro estaban pasando todos los momentos mágicos que había vivido en aquella cabaña con sus abuelos. Jason se acercó a su padre y les observé a una distancia prudencial. Quería que tuviesen un momento especial que los dos pudiesen recordar años después.

—¿Pasamos dentro, chicos? —Me acerqué sin querer molestarles varios minutos después.

—Es el mejor regalo que nadie me ha hecho en la vida.

Alex me sujetó con fuerza de la mano y Jason salió corriendo hasta la puerta de la cabaña.

—Vamos. —Jason nos llamaba desde la puerta, no pudo esperarnos—. Qué chulo.

—Disfruta cada segundo de estos días. —Nos acercamos a la puerta y le hice un gesto para que entrase dentro.

—Madre mía. —Eché un vistazo a todo a su alrededor y su mirada se tornó nostálgica—. Parece que no han pasado los años. —Cerró los ojos y sonrió—. Ahora mi abuela saldría de la cocina con su maravillosa tarta de manzana y el helado de nata.

Comprobé que lo que acababa de describir se había hecho realidad, al menos lo de la tarta de manzana. Sarah salió de la cocina tímidamente sin saber muy bien cómo iba a reaccionar Alex. Cuando él abrió los ojos y la vio, se llevó una mano a la boca, ocultando lo que estaba sintiendo.

—Perdón por la intrusión. —Se pasó la mano por el pelo coqueta—. No sé si me recordarás.

—¿Cómo iba a olvidarme de ti, Sarah?

Dio dos zancadas para atraparla entre sus brazos y besarla. Al separarse comprobé que la estaba mirando con una ternura que me hizo suspirar. Se acercó a ella temblando.

—Estás tal y como te recordaba. —Le acarició la cara.

—Más mayor, más canas y muchas más arrugas. —Le acarició la mano que tenía en su mejilla.

—Estás preciosa. —Se notaba el cariño que ambos se tenían cuando se fundieron en un largo abrazo.

A mí es que me aplaudía hasta el corazón con aquella imagen.

—Vienes con muy buena compañía. —Miró a Jason que la observaba cerca de mí.

—Es mi hijo.

—Encantado. —Jason se acercó para saludar a Sarah y le dio la mano.

—Es igual que tú a su edad. Esa carita angelical y esa sonrisa ladeada. Es como si te viera a ti hace veinticinco años.

—Y a ella creo que ya la conoces.

—Hola, Mariola. —Se acercó a mí y me abrazó.

—Sarah, muchas gracias por todo.

—No tienes que dármelas. —Me agarró de las manos—. No se puede negar que esta preciosa chica te adora, Alex. Ni te imaginas lo que ha hecho aquí.

—Lo sé. —Alex me miró y me guiñó un ojo.

—Porque esas modelos con las que salías antes no me gustaban para ti. —Miré a Sarah con los ojos abiertos y medio sonriendo.

—Sí, mi madre tiene la misma opinión que tú Sarah, exactamente la misma.

—Mariola es la mejor. —Jason intervino en la conversación—. Siempre habla conmigo, me cuenta cuentos súper chulos que se inventa y se acuesta conmigo hasta que me quedo dormido mientras me acaricia el pelo.

—Si es que te como. —Agarré a Jason y empecé a dar vueltas con él en el aire, para después

dejarle en el sofá.

Estuve hablando con Sarah y cuando apareció Robert fue como si mis abuelos estuviesen allí con nosotros. Fueron grandes amigos y la verdad es que mi corazón saltaba de alegría cada vez que me contaban algo de lo que solíamos hacer cuando íbamos a la cabaña.

—¿Queréis otro café?

—Nosotros nos vamos y os dejamos disfrutar. —Sarah se levantó para abrazar a Mariola—. Me alegro mucho de que le hayas vuelto a traer aquí.

—Muchísimas gracias por todo, Sarah. —Se separó de Sarah y esta me abrazó fuertemente.

—No la dejes escapar. Tiene aura, carácter y, sobre todo, tiene un gran corazón. —Me acarició la cara—. Veo en sus ojos los mismos sentimientos que tenía tu abuela por tu abuelo.

—Vamos, cariño —Robert agarró a su mujer de la mano entre susurros—, dejemos a estos chicos disfrutar de sus días de relax.

Los dos se marcharon y nosotros fuimos a dejar las maletas a las habitaciones. Jason se quedó en mi habitación, bueno, en mi antigua habitación. Le dejamos deshaciendo su maleta. Nos dirigimos al cuarto en el que nos íbamos a quedar nosotros y cuando entré no me lo podía creer. Aquella estancia era nueva, todo lo que había allí estaba cuidado al mínimo detalle. Mariola se quedó esperando mi reacción apoyada en la puerta con aquella sonrisa tan especial que se le dibujaba cuando sabía que había hecho algo bien.

—No sabes lo que esto significa para mí.

—Te quiero y me encanta verte disfrutando de lo que realmente merece la pena en la vida.

—Tú eres de lo que quiero disfrutar, preciosa.

La atrapé entre mis brazos, pero cuando fui a besarla, Dwayne me hizo un gesto desde fuera de la cabaña. Dejé a Mariola en la habitación mientras se relajaba y salí donde el resto de seguridad estaban esperando para darme un informe detallado.

—Todo está bajo control. Nosotros estaremos en la cabaña que está a unos metros. El bosque es seguro. Tenemos a una persona en la entrada y varios hombres harán guardia toda la noche.

—No quiero que pase nada este fin de semana. Ni mensajes ni visitas sorpresas. —Dwayne se acercó a mí apartándome del grupo.

—Señor los informes que me pidió. —Me entregó las carpetas—. Mariola las ha visto.

—¿Perdón? —Le miré enfadado.

—Estaba muy nerviosa y supuse que no le vendría mal echar un vistazo. No había nada de lo que pudiera asustarse.

—Hablaré con ella luego. Vosotros hacед vuestro trabajo para que nada nos moleste estos días.

Al entrar en la cabaña me encontré a Jason ataviado con el equipo de pesca que Mariola le había regalado.

—¿Cuándo vamos a por peces?

—Mañana por la mañana, prometido. —Vi en su cara su gesto de desaprobación por no poder hacerlo en aquel momento—. ¿Hacemos fuego para tostar unas nubes?

Salió corriendo a la habitación para quitarse la ropa y Mariola apareció en el salón con un precioso vestido azul pegado a su cuerpo. Estaba atándose una coleta y dejó al descubierto su precioso cuello. Al pasar por delante de mí sonrió de manera descarada y me guiñó un ojo.

—Vamos a hacer fuego. —Jason apareció corriendo con la camiseta a medio poner dando pequeños aplausos.

—Sí. —Miré de nuevo a Mariola y se dirigía a la cocina con el móvil en la mano poniendo algo de música.

Aproveché que Alex estaba entretenido con Jason tratando de encender el fuego de la chimenea y fui a la cocina a preparar la cena. Coloqué el teléfono en unos altavoces que había dejado allí y comenzó a sonar Muse con su versión de *Can't Take My Eyes Off You*.

Sarah se había encargado de dejarnos la nevera con víveres para la tercera guerra mundial, estaba llena de productos de la zona frescos y con una pinta estupenda. Comencé a preparar la cena mientras observaba a Alex y a Jason volviendo a ser el *homo habilis descubridor del fuego*. ¿Qué tendría el fuego que atraía tanto a los hombres?

Media hora después, mientras se estaba preparando una salsa de tomate, consiguieron encenderlo.

—Papi, ¿puedo meterme en la bañera?

—Vamos. —Le cogí como un saco de patatas y pasamos los dos por delante de Mariola.

—Papi. —Llegamos al baño y empezó a quitarse la ropa—. ¿Sabes una cosa?

—Dime. —Le ayude a quitarse la camiseta.

—Estoy muy contento. —Me miró con sus ojos vivaces—. Me gusta mucho cuando estamos los tres juntos. Parece que somos una familia y me gusta eso.

—A mí también, enano. Me encanta estar contigo aquí y que Mariola nos acompañe. —Se metió en la bañera que previamente había llenado.

—¿A ti te gusta mucho Mariola?

Afirmé con la cabeza y me arrodillé al lado de la bañera.

—¿La quieres?

—Mucho. —Me esperaba cualquier respuesta a aquello.

—Entonces —metió la mano en el agua y empezó a hacer pequeñas olas mientras hablaba—, te gusta mucho, la quieres y quieres estar con ella siempre.

—Sí.

—¿Por qué no le pides que se case contigo? Así estaremos siempre juntos los tres. ¿No te parece una idea genial?

—Yo... —Me dejó sin habla—. Cuando quieras salir me llamas, ¿vale? —No sabía qué contestarle.

—Vale, papi, pero piensa en lo que te he dicho.

Dejé a mi pequeño consejero matrimonial jugando en la bañera con la espuma y le observé atentamente unos segundos antes de salir de allí.

En la cocina encontré a Mariola con la mano apoyada en la encimera tratando de coger algo de la parte alta del armario. El vestido resaltaba cada una de sus curvas y estaba a punto de dejar a la vista su ropa interior. Y yo no era el único que estaba admirando las vistas.

Thomas estaba en el salón sentado con una de sus revistas, observándola por encima de ella. Cuando se dio cuenta de que le estaba mirando, carraspeó y se volvió a sumergir en su lectura extra dimensional.

Me acerqué por detrás en silencio, tratando de que no notase que estaba allí, aprovechando para deleitarme con su voz mientras tarareaba la canción que sonaba en su móvil. Traté de resistirme, de verdad, pero cuando estuve lo suficientemente cerca como para que su exquisito olor se metiese dentro de mí, no pude aguantar más. Pasé mis dedos por el interior de sus piernas, lenta y suavemente.

—¡Joder!

Estaba claro que no me esperaba. La agarré por la cintura y por la pierna pegándola a mi

cuerpo. La tenía en el aire en una posición muy indecente. Maldito cuerpo de seguridad y bendito cuerpo el que tenía entre mis brazos.

—¿Te pongo nerviosa? —Le besé en la mejilla muy cerca de los labios.

—No. —Trató de ocultar su sonrisa.

—¿Seguro?

—No es precisamente nerviosa como me pones, pero si vamos a jugar a esto será mejor que pongas toda la carne en el asador, porque yo también sé lo que te pone nervioso y lo que te excita. —Se acercó a mi cuello y lo recorrió levemente con sus labios susurrando. Lo susurró muy cerca de mi oído e hizo que se me erizaran todos y cada uno de los pelos de mi cuerpo.

Comenzó con su ritual de pequeños mordiscos en mis labios, pasando su lengua después por ellos, para acabar introduciéndola en mi boca. Tenía una forma de besarme que me volvía loco. Cuando terminaba siempre succionaba mi labio inferior y tiraba de él suavemente con sus dientes.

—Voy a seguir con la cena que si no hoy no cenamos. —Me empujó con las manos sobre mi pecho para salir.

—¿Necesitas ayuda? —Observé como se movía con soltura por la cocina.

—Cuatro manos en una cocina son demasiadas, al menos para hacer la cena. —Ladeó la cabeza y me miró por encima de su hombro—. Coge una cerveza y disfruta de la maravillosa vista que hay desde la terraza. Yo vigilo a Jason.

Saqué una cerveza de la nevera, la besé y salí a la terraza. Me senté en una de las sillas de madera y comencé a observar todo a mi alrededor. El sol estaba empezando a ocultarse y se reflejaba en el agua antes de desaparecer detrás de aquellas montañas que tenía delante.

Recordé las historias que me contaba mi abuelo sobre las antiguas tribus que poblaron aquella zona. Leyendas que me describía a la perfección cuando los dos nos quedábamos hasta tarde en la terraza. Quería contarle a Jason aquellas historias, quedarnos hasta ver las estrellas fugaces y pedir deseos al cielo. Tenía que recuperar el tiempo perdido, hacerlo por él y por mí. Le pegué un trago a la cerveza y pensé en las palabras que había dicho en el baño minutos antes. Sí, quería a Mariola y quería disfrutar cada día con ella.

—Papi, se ha quedado el agua fría. —Jason gritó desde el baño.

Aparté la cazuela del fuego y al llegar al baño me encontré a Jason con un montón de espuma en la cabeza.

—Tu padre está en la terraza. ¿Te sirvo yo?

—Siempre.

Terminó de quitarse toda la espuma y le pasé el albornoz que estaba en la balda. Salió dejando espuma por el suelo y le cogí en brazos para que no se resbalase. Su olor me hizo cerrar los ojos, me recordó a la primera vez que cogí a Andrea cuando nació. El olor único de los niños.

—Hace frío.

Fuimos al salón y me senté con él encima en el sofá justo delante de la chimenea. Se acurrucó en mi pecho y le sequé un poco el pelo con la capucha que llevaba el albornoz.

—Me gusta mucho estar así. —Me miró con sus grandes ojos.

—A mí también, cariño. —Le abracé más fuerte.

—Me gustaría que todos los días estuvieses con nosotros en casa. Me gusta mucho cuando te veo que le das un beso a papá y él sonrío. —Me acarició la cara—. Y que la casa huela a ti.

Media hora después de disfrutar de aquellas maravillosas vistas, entré en la cabaña y me encontré la imagen más tierna que me podía haber imaginado. Mariola tenía a Jason entre sus

brazos y él estaba acurrucado en su pecho sonriendo. Me quedé detrás de ellos escuchando en silencio su conversación.

—Me gusta que me abrases, Mariola. — Jason jugueteaba con su pelo.

—Siempre lo voy a hacer.

Me quedé unos segundos observándoles y me encantaba que pudiesen estar así de relajados, como si no tuviésemos ningún problema fuera de aquellas cuatro paredes. Necesitaba hablar con Jason y saber cuál era su opinión sobre mi relación con Mariola, aunque no necesitaba saber la respuesta.

Mientras Mariola terminaba de cocinar la pasta, Jason me ayudó a poner la mesa y se sentó delante del fuego.

—Llévale esto a los vecinos.

—¿Les has hecho la cena? —La miré sorprendido mientras sujetaba aquella bandeja enorme de pasta.

—Seguro que Dwayne habrá traído de esos paquetes de comida deshidratada del ejército. — Entornó los ojos y los puso en blanco.

—Vale.

—Voy abriendo la botella de vino y te esperamos.

El equipo se alegró mucho de no tener que cenar exactamente lo que Mariola había dicho.

Después de cenar, y comer aquel postre que Mariola había traído de Nueva York, Jason quiso saber exactamente qué íbamos a hacer al día siguiente.

—Hay que madrugar un poco. Vamos a ir a pescar y después te enseño a montar en kayak. ¿Te apetece?

—¿Eso lo hacías con los abuelos?

—Sí. —Mariola empezó a recoger la mesa y la obligué a sentarse en el sofá con la copa de vino—. Yo me encargo de esto.

—Cuéntame más cosas que hacías aquí.

—Seguro que tu padre corría por el muelle desnudo y saltaba al agua. —Se sentó frente al fuego en el suelo riéndose—. Me apuesto el culo.

—Hacíamos muchas cosas. —Dejé los platos en el fregadero.

—¿Saltabas al agua desnudo?

Miré unos segundos a mi hijo y estaba observándome detenidamente, como si quisiese detectar cualquier gesto de mentira de mi cara.

—Sí.

—Eso hay que hacerlo.

Miré a Mariola negando con la cabeza y ella se estaba riendo, tratando de ocultarse detrás de su copa de vino. Jason me hizo mil preguntas sobre cómo pasábamos los días allí cuando éramos pequeños. A cada cosa que le contaba, más excitado se le veía y yo más me emocionaba al verle.

—Mariola. —Jason se acercó al sofá.

—Dime, cariño.

—¿Me lees un cuento antes de dormir? —Estaba con un libro en sus manos.

—Claro que sí. —Mariola se acomodó en el sofá y Jason se tumbó sobre ella—. A ver qué tenemos aquí. —Miró el cuento—. Este me lo sé, no me hace falta leerlo, pero ya sabes que cambió las historias.

—Lo sé, eso es lo que me gusta.

—Era se una vez que se era...

Aproveché para pegarme una ducha mientras Mariola le contaba el cuento. Al salir, escuché aquel cuento que Mariola había cambiado por completo. No recordaba aquellas palabras en voz de Caperucita y menos las del lobo. Me puse el pantalón del pijama y me acerqué a ellos secándome el pelo con la toalla. Me senté en uno de los sillones y les observé atentamente hasta que Jason se quedó dormido entre los brazos de Mariola.

—Voy a llevarle a la cama.

—Yo le llevo.

Le dejó en la cama, se cercioró de que la contraventana estaba bien asegurada desde dentro, cerró la ventana y corrió la cortina.

—Me voy a dar una ducha que tengo restos de salsa de tomate por todo el cuerpo.

Fue hasta nuestra habitación y la seguí de cerca. Se quitó el vestido y quise agarrarla de la cintura para tirarla sobre la cama, pero me contuve. Escuché cómo cantaba una canción mientras estaba en el baño y cuando salió, un albornoz no me permitía disfrutar de su precioso cuerpo.

—Ahora que estamos solos, vas a recibir otro regalo.

No dijo nada más mientras atenuaba la luz de la habitación, puso música en el reproductor y se situó delante de mí tirando del cinturón del albornoz. Black Velvet de Alannah Miles fue el punto de partida de lo que iba a ser mi regalo.

«Terciopelo negro y esa sonrisa de niño pequeño. (...) La música es como una ola de calor. (...) El límite para volverte salvaje».

Me acomodé en medio de la cama para observar con detenimiento a Mariola. Pasó sus manos por el borde del cuello del albornoz lentamente, moviéndose al son de la música y deslizando con mucho cuidado aquella tela por sus hombros y dejándola caer muy despacio en el suelo. Me humedecí los labios, como si estuviera saboreándola, quería recorrer con mis ojos todo su cuerpo, para hacerlo después con mi boca. Su cuerpo estaba enfundado en un precioso conjunto negro de lencería que me dejó sin respiración. Giraba sin dejar de mirarme por encima del hombro mientras la canción continuaba sonando con el volumen casi al mínimo para no despertar a nadie. Sus caderas se balanceaban con cada nota, sus dedos paseaban libremente por sus caderas, pecho y estómago, bajando lentamente hasta su entrepierna. Todo ello lo estaba haciendo sin dejar de mirarme a los ojos.

Se acercó a mí, puso una pierna a cada lado de mi cuerpo y, mientras la música seguía sonando, pegó su pecho al mío, arqueando la espalda, para lamerme los labios. Me estaba volviendo jodidamente loco. Sus caderas presionaban mi entrepierna y estaba a punto de traspasar aquel pantalón. Ella lo sabía, podía ver su preciosa sonrisa mientras se balanceaba sobre mí. Pero, dos segundos después, estaba de nuevo de pie delante de la cama.

—Desnúdame. —Ladeó la cabeza mientras se mordía el labio inferior.

No fue una petición, no, fue una orden y yo accedí encantado a ella. Respiré profundamente y me situé delante de ella. Quería observar sus ojos, su cara y los gestos que hacía cuando mis dedos recorrían su cuello o su estómago.

Cada uno de mis movimientos provocaban que su boca se abriese, haciendo que comenzase a respirar con cierta dificultad. Si mis dedos subían por su cuello, Mariola giraba la cabeza para darme pleno acceso a él. Si mis manos bajaban por su estómago y recorría el encaje de su ropa interior, su cuerpo se encogía con mi tacto. Me estaba costando mucho no deshacerme de su ropa de un solo plumazo, pero quería disfrutar de mi regalo de cumpleaños.

Pegué mi cuerpo al suyo, me acerqué a su boca y, a escasos centímetros, me aparté. Me situé

en su espalda y mientras mi boca recorría su cuello, mis dedos soltaron el cierre de su sujetador, dejándolo caer al suelo. Recorrí su cintura con mis manos para después subir por sus costillas hasta tener sus pechos entre mis manos, acariciándolos y tirando levemente con los dedos de sus pezones. El gemido que se escapó de su boca me hizo sonreír.

—No he hecho nada más que empezar. —Atrapé su lóbulo con mis dientes.

Me estaba matando con sus manos, sus dedos y su boca. Tenía que ahogar mis gemidos para no despertar a Jason ni alertar a nadie de seguridad. Y qué complicado era teniendo a Alex detrás de mí bajando sus manos por mi estómago e introduciéndose en mis bragas.

—¡Joder, Alex!

—¿Qué ocurre, Mariola? —Su sonrisa se reflejaba en su tono voz.

—Pues que como tu mano siga bajando, los de seguridad van a pensar que la mujer lobo se ha escapado del bosque.

—Pues vamos a contener esos aullidos. —Me dio la vuelta y su mano continuó introduciéndose entre mis piernas—. Voy a disfrutar de cada rincón de mi regalo de cumpleaños.

Me levantó del suelo y me lanzó sobre la cama, para tumbarse después sobre mí, presionando mi sexo con el suyo.

—Hagamos de este fin de semana un recuerdo para el resto de nuestras vidas.

Su ataque cesó y me miró como si tuviese tan poco que decir y tanto que recordar, que me olvidé del deseo por unos segundos. Le acaricié la cara y se apoyó en una de mis manos sonriendo.

—Me gusta verte sonreír, Alex. Pareces más humano cuando lo haces.

—¿Humano? —Su sonrisa se hizo perversamente sexy—. Pues será mejor que estés preparada para la bestia esta noche.

Me hizo soltar una carcajada que acalló con un beso, con un beso suave y dulce, que pasó rápidamente a ser salvaje y pasional mientras su sexo se frotaba contera el mío. Sus manos se hicieron con mi cuerpo, se deshicieron de mis bragas y de su ropa al mismo tiempo. Parecía que tenía diez manos en aquel momento, porque mientras me acariciaba con una el pecho, las otras nueve se encargaban de recorrer mis piernas, estómago y sexo.

—Dios... Santo... Alex.

—Sigue rezando por que no voy a parar. —Sus labios subían por el interior de mis piernas—. Mañana tendrás que dar explicaciones a Jason por bostezar en el desayuno. —Se acercó peligrosamente a mi sexo y notaba su respiración sobre él mientras hablaba. Acercó su lengua más y más.

—A... a... a...

—Vamos con las siguientes vocales. Ahora toca la e.

Su lengua se deleitó entre mis piernas y mi cabeza se perdió por completo. Tuve que morderme el brazo para no empezar a gemir como la protagonista de una película porno. Más tarde Alex acalló los gemidos con su boca.

Terminamos siendo una maraña de manos, brazos y deseo. Mariola se sentó de rodillas en la cama.

—Desde el momento en que te vi supe que iba a tener problemas contigo. Sabía que me iba a enamorar como una idiota, que iba a jugar con fuego y me iba a quemar. —Se humedeció los labios que estaban hinchados por nuestros besos—. Si esto es ese fuego al que tanto temía, Dios bendiga las llamas, joder.

—Esa boca, señorita.

—¿Disculpa? Le he oído varias veces decir joder, señor trajeado. Se está volviendo un auténtico malhablado.

—Has cambiado la forma en que vivía mi vida y si eso trae consigo algún que otro taco, bienvenidos sean.

Se tumbó de nuevo a mi lado y entrelazó sus dedos con los míos sobre mi pecho.

—¿Recuerdas la fiesta del Silk? —Noté nerviosismo en su voz.

—Sí.

—Pues tuve un sueño el día anterior. Fue una especie de premonición de lo que iba a pasar aquel día. —Jugueteaba con mis manos—. Tuve uno de los mejores sueños eróticos de toda mi vida. Un completo desconocido disfrazado de Casanova me hizo disfrutar de un polvo histórico.

—¿Polvo histórico?

—Sí.

—Bueno, fue un sueño.

—Sí. —Se giró y me miró sonriente—. Pero qué sueño, nene. El mejor polvo de mi vida. —Notó que le levantaba la ceja y que aquel comentario me molestaba—. A ver, el mejor polvo en sueños.

—¿Y qué tiene que ver ese sueño con la fiesta?

—Allí tuve el encuentro con mi Casanova. No fue tan histórico como en mi sueño, pero el beso fue... —Se mordió el labio y emitió un divertido ruidito.

—¿Te besaste con un desconocido?

—No. —Negó abriendo mucho los ojos y se apoyó con los codos sobre el colchón—. Me besó él.

—¿Te gustó?

—En cierta manera, fue como si algo mágico hubiese sucedido en aquella escalera, aunque siento que ese momento no fuese contigo.

—Yo no lo siento. —Mariola me miró extrañada—. No siento haberte besado aquella noche. —Sus ojos se entrecerraron y lo comprendió mientras hablaba—. Lo único que siento fue no haber tenido el polvo histórico.

—¿Fuiste tú?

—Eso parece. —Afirmé sonriendo.

—Eres un mamón. —Me golpeó en un costado.

—¿El aprendiz está ganando a la maestra?

—Demasiado rápido y eso es muy peligroso.

Me encantó haberla sorprendido porque aquello quería decir que no se lo esperaba viniendo de mí. Era divertido pillarla fuera de combate en alguna ocasión, porque ella también llevaba una vida un tanto milimetrada en algunos aspectos.

Me desperté un par de horas después, pero aún no había amanecido. Pude ver que había luz en el pasillo, pero me había asegurado de apagar todo así que fui a comprobarlo. Era de la habitación de Jason y al entrar le encontré abrazado a uno de los peluches, pero con los ojos cerrados. Le arrojé y comprobé de nuevo que la ventana seguía cerrada y que no había nadie en la cabaña.

A los minutos de meterme de nuevo en la cama, vi la pequeña figura de Jason acercándose por el pasillo. Menos mal que había dejado la puerta abierta y una de las luces de la cocina encendidas, si no hubiese pegado un grito si le llego a encontrar de aquella manera con la luz apagada.

—¿Estás bien, cariño? —Me senté en la cama.

—Tengo miedo.

—Ven aquí. —Levanté las sábanas y de un salto se metió dentro—. Ponte en medio, verás qué bien.

Se metió entre los dos y le abracé pegándole a mi pecho. No tardó en dormirse de nuevo y yo me quedé despierta para que no tuviese miedo.

Sobre las ocho Alex se despertó y se sorprendió al ver a Jason en la cama.

—Shhh. —Mariola estaba acariciando la cabeza de Jason mientras le observaba—. Tenía miedo y le dije que se metiera en la cama.

—Es que oí ruidos fuera y me asusté. —Jason me miró.

—Nunca dejaré que nadie te haga daño.

Mientras estábamos desayunando comprobé que Dwayne estaba dando vueltas por la cabaña. Le había mandado un mensaje por si los ruidos que había escuchado Jason fueron reales o tal vez de algún animal.

—¿Tortitas?

—No. —Mariola se preparó un té—. Tengo el estómago como si me hubiese comido un habanero^[33]. —Se tumbó en el sofá.

—¿Seguro que estás bien? —Jason se apoyó en el respaldo del sofá.

—Cuando volváis de pescar estaré bien.

—Para que te pongas buena rápido. —Jason le dio un beso y le sonrió—. ¿Sabes una cosa? La mamá de Ronnie también se sentía mal como tú y lleva un bebé dentro.

—No tengo un bebé dentro. Solo es que no me sentó demasiado bien comer pasta por la noche. —Mariola sonrió mirándome.

—Pues molaría mucho.

Ninguno dijimos nada más y después de desayunar, Jason y yo nos fuimos a pescar. Nos montamos en la barca y, cuando estuvimos en medio del lago, paré el motor. Le expliqué a Jason la técnica de pesca, cómo lo debía hacer y que la paciencia en aquel deporte era fundamental.

—¿Y cuánto hay que esperar a que vengan los peces?

—Un rato, cariño. —Pensé muy bien cómo realizar las preguntas que le quería hacer—. Jason, ¿necesito preguntarte algo?

—¿Qué he hecho mal, papi? ¿Es porque he dormido con vosotros?

—¿Qué te parecería si Mariola estuviese más tiempo con nosotros?

—¿Cómo? —Me miró sin comprenderme.

—Estaba pensando en pedirle que venga a vivir con nosotros. Yo quiero estar con ella todos los días y veo que tú estás muy a gusto a su lado. Sería un gran paso para todos, pero quiero saber lo que piensas y sientes, hijo.

—Sí. —No dijo ninguna palabra más y se abalanzó sobre mí—. Me encantaría verla todos los días y que se acostase conmigo a contarme cuentos y que me diese besos, abrazos...

—Ahora solo se lo tenemos que pedir a ella y ver qué nos dice.

A media mañana mi estómago me dio una tregua. Me levanté del sofá cuando escuché mi móvil. Tuve que salir de la cabaña a buscar cobertura y la encontré detrás de uno de los arbustos más alejados. Justin estaba al otro lado de aquella llamada.

—La naturaleza no es para mí.

—Tú eres chica de ciudad. —Escuché su gran carcajada.

Empecé a oír unos ruidos entre los matorrales.

—Ha llamado Aitana a casa. He notado que estaba algo preocupada.

—¿Preocupada? —Seguí el ruido para comprobar de dónde venía.

—Te ha estado llamando. Algo de unas fotos.

—Shhh.

—¿Me estás mandando callar?

—Es que hay ruido...

—Y tú estás yendo hacia él.

—Joder. —Empecé a gritar corriendo hacia la cabaña—. Casi me cago del susto. Era una zarigüeya.

—Llama a Aitana.

—Lo haré cuando vuelva a la ciudad.

—De acuerdo. ¿Qué tal...

La llamada se cortó y comprobé que de nuevo me había quedado sin cobertura.

—Mariola. —Dwayne se acercó a mí—. Voy a dar una vuelta por la zona. Me ha parecido ver algo y quiero comprobarlo.

—Son animales, Dwayne.

—El resto del equipo se queda aquí. —Se acercó a mí y posó su mano en mi hombro—. Estáis a salvo.

Le vi alejarse en el bosque y entré en la cabaña. Traté de buscar algo de cobertura allí dentro, pero no hubo manera de hacerlo, así que me puse otro té y algo de música mientras rebuscaba en la nevera algo que comer. Comencé a bailar como si nadie me estuviese mirando, cosa que suponía que era así. *Get Down* de Backstreet Boys sonaba y volví a tener quince años y estaba en aquel concierto en Madrid.

—"*You're the one for me. You're my ecstasy. You're the one I need*".

Empecé a hacer una ridícula coreografía que mi hermana y yo nos habíamos inventados hacía dos o tres siglos. Pero lo peor llegó en el momento *rap* de la canción. Hice un gesto muy obscuro tocándome la entrepierna con una mano y la otra la estaba agitando en el aire mientras bailaba.

Mariola nos recibió en la cabaña bailando y Jason se unió a ella en cuanto pudo. Los dos me invitaban con la mano a seguirles. Traté de resistirme, pero terminé uniéndome a ellos.

—*Estáis como una cabra.*

—*Es divertido saltarse las reglas de comportamiento del Upper East Side de vez en cuando.*

—*Los tres dejamos de bailar.*

—*Yo voy a darme una ducha que huelo a pez. —Jason salió corriendo.*

—*El niño te ha salido finolis en algunos aspectos. Si le dejásemos dos días en las fiestas de mi pueblo o en la Batalla del vino... Cuando sea mayor de edad. —Sonrió nostálgica.*

—*¿Estás mejor?*

—*Sí, pero destripar esos peces no creo que me ayude mucho. —Señaló la cesta de pesca—. ¿Por qué no los habéis vuelto a tirar al lago?*

—*Es nuestra comida.*

—*Haré de tripas corazón para meterlos al horno. —Mariola y su humor tan negro y ácido—. Es lo que hacía de pequeña. Tú descansa, que la pesca es muy dura, aburrida y... —Echó su cabeza para atrás haciéndose la dormida.*

—*Eres mala conmigo.*

—Que va. —Me besó.

—¿Te importa si salgo a correr un poco? No tardo en volver y después de comer nos vamos los tres a dar una vuelta al pueblo.

—Perfecto.

Me preparé y salí a correr. Necesitaba terminar de pensar cómo le iba a hacer la gran pregunta a Mariola. ¿Si me decía que no o no respondía? En mi cabeza comenzaron a amontonarse un millón de preguntas en los diez de kilómetros que corrí. A la vuelta, cuando no me quedaba más de un kilómetro para llegar a la cabaña, comencé a escuchar unos ruidos que provenían del bosque. Aquello era demasiado frondoso como para poder ver bien entre tanto árbol y rama caída.

A mi espalda escuché el crujido de unas ramas y al darme la vuelta me encontré con Dwayne que llevaba a Henry apoyado en él, con el brazo cogido con la otra mano y sangre por toda su cara.

—Dios mío. —Me acerqué corriendo a ellos—. ¿Qué ha ocurrido?

—Estábamos vigilando los alrededores y de repente algo o alguien se nos ha echado encima tirándonos al suelo. Yo he caído bien, pero Henry ha caído contra unas rocas. Tengo que llevarle al hospital.

—¿Cómo que os han atacado?

—No lo sé, señor. —Henry se llevó la mano a la cabeza tratando de recordar—. Iba por delante de Dwayne y lo siguiente que recuerdo es estar en el suelo.

—¿No habéis visto a nadie?

—No, señor. Oí un ruido y al girarme estábamos ya los dos en el suelo. Ha sido rápido y... Lo siento mucho, señor. —Dwayne se disculpó.

—Vamos a la cabaña y que lleven a Henry al hospital. Pero antes de irnos, que venga más seguridad.

Fuimos hasta la cabaña donde se alojaban ellos y Dwayne se marchó rápidamente con Henry a la ciudad para llevarle al hospital. Recuperé un poco la respiración y tras dar un par de instrucciones al resto del equipo, volví a nuestra cabaña. Me encontré a Mariola enfadada hablando con alguien por teléfono. Al oírle hablar en castellano supuse que sería María.

—No me toques las pelotas, María. Me da igual que no te guste. Estabas encantada con él. Que no, María. Que me da igual lo que me digas. Que no. —Se dio la vuelta cuando me vio—. No, María, Alex no te va a quitar a Rud. ¿Quieres hablar con él? Eres desesperante. Ya... que yo te he enseñado. Porque no te tengo cerca ahora mismo sino... —Me dio el teléfono—. Mi hermana la tocapelotas.

—Hola, María.

—Alex, quitame a Rud de encima, por favor. Tenemos el guardaespaldas de Brian y no creo que necesitemos más. Estamos todo el santo día juntos. Que vuelva con mi hermana. Él no está bien aquí. Es borde, es seco y me saca de mis casillas.

—Tu hermana se preocupa por ti y yo también.

—Lo sé, Alex, y os lo agradezco, pero con un guardaespaldas vigilando mi culo, me vale. —Sonreí ya que aquellas fueron las palabras que dijo Mariola.

—María, si te quito a Rud tienes que prometerme que no te separarás del otro guardaespaldas.

—Prometo no separarme de Brian, así que tranquilo. Que Rud vuelva con mi hermana, ambos lo necesitan

—El nuevo guardaespaldas no le gusta mucho.

—Es que vamos, ¿no podías haberle puesto a alguien peor? Es demasiado raro hasta para mi hermana.

Al colgar a María comprendí que Rud, Mariola y yo debíamos tener una conversación de adultos cara a cara.

Después de comer oímos el coche de Dwayne que volvía de la ciudad. Mariola y Jason estaban jugando en el salón y vi que Dwayne venía acompañado, siguiendo mis instrucciones.

—Jason, ¿te echas una siesta y después vamos al pueblo?

—Claro, papi. —Se acercó a mí y me tiró del brazo—. ¿Se lo vas a pedir?

—Cuando se lo pida quiero que tú estés con nosotros.

—Entonces es que vais a hablar de cosas de mayores de las que no debo saber nada. —Salió corriendo a su cuarto.

—Mariola, tenemos que hablar.

Se abrió la puerta y Mariola se quedó observando varios segundos antes de decir nada.

—¿Qué hace él aquí?

—Hola, Mariola. —Rud estaba demasiado serio.

—Necesitamos hablar y es el momento.

—No quiero hablar con él. —Se apartó de nosotros.

—Mariola, no seas cabezota por favor. Esto me cuesta más a mí que a ti. ¿Crees que me gusta la relación que tienes con Rud? Ese buen rollito que tenéis me mataba de celos, pero es de fiar. No tiene nada que ocultar, ningún secreto ni ninguna cosa rara. —Me acerqué a ella y la agarré de la cintura—. Vamos a hablar los tres y dejaremos las cosas claras.

—¿Tú estás seguro de esto? —Me miró.

—Tienes dos opciones. Una, hablamos y dejamos todo claro. Dos, cuando volvamos a Nueva York seguirás teniendo a tu señor de lo paranormal.

Puso los ojos en blanco, se mordió la lengua, negó varias veces con la cabeza, nos miró a los dos y se sentó en la mesa alta de la cocina.

Yo estaba al lado de Mariola y Rud frente a nosotros, sentado en otro taburete. Él comenzó a explicarle a Mariola todo lo que había pasado: las llamadas, su cambio con ella, todas las cosas que había notado los últimos días. Mariola hacía sus típicos gestos de enfado, comprensión, enfado de nuevo, mirada inquisitiva y tamborileo de uñas en la mesa. Cuando Rud terminó de hablar, Mariola nos miró a los dos observándonos, tratando de leernos la mente.

—Que quede una cosa muy clara, yo necesito a alguien en quien pueda confiar. —Balanceé la cabeza—. Cualquier cosa que vea que no me guste, que me mosqueé o que me haga pensar que tienes cualquier otra intención, te arranco lo que tienes entre las piernas.

—Mariola, no quiero que desconfíes de mí. Nunca te he dado ningún motivo. Todo el cambio fue por el toque de atención del señor McArddle y del jefe. —Rud estiró sus manos sobre la mesa, tratando de alcanzar las de Mariola.

—Sé que ahora desconfías de todo el mundo, nena, pero Rud no te ha dado ningún motivo para hacerlo. —Nos miró a los dos.

—Sí que me das buenas opciones: el señor de lo paranormal o el señorito hago lo que me da la gana. —Se quedó unos segundos callada—. Estás a prueba, Rud. —Se fue a la habitación.

—Muchas gracias, señor.

—Como le hagas daño te mataré. —No me hizo falta decirle nada más. El mensaje lo había recibido alto y claro.

Escuché la ducha y música en nuestra habitación, así que me senté en el salón para echar un

vistazo a los informes de Dwayne, los que ya había visto Mariola. Empecé por el de Ryan, tenía mucha curiosidad por saber más cosas de él. Cuando empecé a leer las primeras líneas...

—¡Increíble!

Cuanto más leía de él, más me molestaba que estuviera cerca de Mariola, era un puñetero superhéroe. Cerré el informe y pasé al de ella. Sopesé unos segundos leerlo, pero mi curiosidad fue más grande y le eché un vistazo. Conocía sus amistades, su familia, su pasado y al ver el nombre de la empresa...

—¿De qué demonios me suena?

Fue la empresa de la que echaron a Mariola sin ningún motivo aparente y aquel informe tampoco decía nada más allá de lo que ella me había contado. Continué unas páginas más y cerré la carpeta, no quería leer ningún detalle más de su vida antes de conocernos.

—¿Vamos a dar un paseo? —Mariola salió preparada.

—Claro. —Dejé los informes encima de la mesa y Mariola los miró—. Les he estado echando una ojeada y hay algo que bueno... —Me pasó la mano por la nuca.

—Dime. —Respiró profundamente como si temiese que le preguntase por algo de aquellos papeles.

—No quiero saber cosas de tu vida así. Quiero saberlo, pero que seas tú la que me lo cuentes. Quiero que un fin de semana en invierno, cuando la nieve nos tenga a los dos aquí incomunicados con un buen vino y la chimenea encendida, me cuentes cada detalle de tu vida. —Me situé a su lado—. Siento haberlo empezado a leer.

—No pasa nada.

—¿Nos vamos? —Jason nos agarró de la mano.

—Sí.

Tuvimos que dejar aquella conversación para otro momento.

Nuestros días rozaron a su fin antes de lo que a todos nos hubiese gustado. Nos acostubramos rápidamente a despertarnos y acostarnos juntos, a desayunar mientras hablábamos, a ver las estrellas en el muelle bajo una gran manta de mis abuelos. Mariola sonreía, Jason estaba feliz y yo me sentía muy bien sin preocuparme de lo que nos esperaba en la ciudad.

El domingo por la mañana empezó a sonar el móvil de Mariola en la habitación. Ella y Jason estaban jugando fuera. No reconocí el número.

—Buenos días, titi. —Una voz femenina no me dejó hablar. Hablaba en castellano.

—¿Perdón?

—Tú no eres mi titi. —Escuché una carcajada—. ¿Podría hablar con Mariola?

—Sí. ¿De parte de...

—Anda, señor trajeado, pásame con ella.

Me quedé mirando el teléfono y por el tono de voz de aquella chica que llamaba titi a Mariola, tenía que ser una de sus amigas.

—Mariola. —Me acerqué a ellos—. Alguien pregunta por su titi.

—Aitana. —Me quitó el teléfono de la mano con una gran sonrisa en su cara—. Hola... ¿Hola? Vaya cobertura de mis coj... —Miró a Jason y negó con la cabeza alejándose de nosotros.

Me acerqué hasta el muelle y allí encontré la cobertura perfecta para que Aitana comenzase a echarme la bronca del siglo por no haberle cogido el teléfono después de sus mil millones de

llamadas según ella, tres según vi en el registro de mi móvil.

—¿Te parece normal pasar de mí cuando en tu vida han ocurrido tantas cosas? —Estaba enfadada, la conocía muy bien.

—No quería preocuparos.

—¿En qué cojones estabas pensando al ponerte tantas veces en peligro?

—Aitana, es difícil de explicar. —Me pasé la mano por la cara.

—Me vas a obligar a presentarme en Nueva York y secuestrarte. El F.B.I. va a poner carteles por toda la ciudad para buscarte. —Escuché que respiraba profundamente varias veces—. Si pillase a Jonathan le iba a dejar más calvo que el de la lotería de Navidad. —Había cogido carrerilla y no iba a poder pararla—. Esa forma tan rastrera que tenía de tratarte... Parecía querer ser tu dueño. Qué hijo de la gran puta. —Escuché una puerta cerrándose al otro lado del teléfono—. Te hemos visto en las revistas...

—¿Revistas?

—Sí, hija, sí. Eres el foco de atención de la prensa amarilla o rosa o como se llame en ese país.

No tuve otra opción que explicarle un poco todo lo que había sucedido. Había leído en las revistas que Alex había concedido una gran entrevista que estaba levantando mucha expectación.

Consiguió sacarme muchas sonrisas y alguna lágrima. Echaba de menos poder tomarme una copa con mis amigas en España en un chiringuito en la playa y terminar bañándonos vestidas a altas horas de la madrugada. Tras colgar me quedé tumbada un rato tratando de recuperar un poco la respiración. Cerré los ojos y respiré, pero un sentimiento de falta de aire me hizo levantarme de la hamaca. Mi cuerpo tembló y aquella era la misma sensación que tenía cuando Jonathan estaba cerca.

A los segundos, Rud comenzó a correr hacia mí, sabía que me pasaba algo.

—¿Qué ocurre, Mariola? —Me agarró del brazo.

—Nada, no me hagas caso, me estoy volviendo loca. No te preocupes. —No quise mirarle. Sabía me iba a pillar en la mentira.

—No me digas que no me preocupe porque lo voy a seguir haciendo. Soy tu amigo, aunque no quieras reconocerlo ahora mismo.

—Yo... —No era capaz de decir dos palabras seguidas.

—Mariola, no soy yo quien te quiere hacer daño.

—Limitate a hacer tu trabajo y ya está, Rud.

Ninguno de los dos dijimos nada más. Nos estábamos mirando mientras a nuestro alrededor la vida continuaba como si nada estuviese sucediendo. Rud negó con la cabeza y Dwayne apareció a nuestro lado.

—¿Todo bien por aquí? —Miró a Rud.

—Sí, jefe, todo bien.

—¿Quieres que demos un paseo por el bosque, Mariola? —Dwayne agachó la cabeza para mirarme y me sonrió.

—Sí. —Puso su mano en mi espalda para que comenzase a andar.

—Recuérdalo, estrictamente profesional, Rud. No la vuelvas a cagar, es la última oportunidad que tienes.

El cielo estaba empezando a llenarse con nubes muy oscuras. Durante el paseo no hablábamos, no dijimos ni una sola palabra, solamente nos limitamos a caminar en silencio. No le hice caso a Dwayne cuando me dijo que continuásemos por la orilla del lago, yo quise adentrarme en el bosque. Caminé rápido, queriendo alejarme un poco de él y sentía una respiración fuerte detrás de

mí. Tenía unos ojos que no me dejaban de mirar y, por el ritmo que comenzaba a coger mi corazón no era Dwayne quien me estaba observando.

Paré en medio del bosque y Dwayne se quedó a mi lado. Comprobé en su cara que él también estaba escuchando aquellos pasos acechándonos. Puso un dedo en sus labios mandándome mantenerme callada y nos apartamos a unos matorrales cercanos, escondiéndonos justo detrás.

—Quédate aquí, no te muevas.

Sacó su arma y yo me quedé agazapada detrás de los arbustos. Traté de controlar mi respiración, pero era incapaz, así que tuve que taparme la boca con las manos. Los segundos se hicieron eternos y entre aquellas ramas pude ver cómo Dwayne caminaba con mucho cuidado de no hacer ruido con el arma apuntando a la nada. Quería salir corriendo sin mirar atrás, pero podría ser peor que quedarme allí quieta. Me levanté unos centímetros y vi cómo una sombra se metía detrás de los árboles que estaban justo delante de mí, corrió de nuevo hacia el otro lado y traté de reconocer aquella veloz sombra. No me di cuenta, pero estaba casi de pie tratando de ver hacia dónde se había ido y buscando a Dwayne desesperadamente para volver a la cabaña. El cielo comenzó a soltar agua y el día se hizo noche. El agua golpeaba las hojas de los árboles haciendo mucho ruido y los relámpagos iluminaban el cielo. No podía controlar mi respiración y decidí salir de allí corriendo sin mirar atrás y sin parar hasta llegar a la cabaña.

Miré a ambos lados del bosque sin saber muy bien hacia dónde debía correr: estaba perdida y sin Dwayne cerca.

—Hemos venido por... —me pegué a un árbol tratando de recordar el camino que habíamos recorrido minutos antes, pero no era capaz de hacerlo.

Cerré los ojos y me froté la frente en un intento vano de recordarlo. Cuando traté de moverme una mano me tapó la boca, pegándome a su cuerpo y comencé a patallar casi en el aire. Puse mi pie en un árbol que tenía cerca y caímos al suelo, rodando por una pequeña ladera y golpeándonos en la cabeza. El agua nos estaba empapando, estaba aturdida y no podía distinguir nada. Una de sus manos me agarró del tobillo. No podía ni siquiera gritar del ataque de pánico en el que había entrado. Aquella persona estaba tirando fuertemente de mi tobillo, obligándome a agarrarme a la tierra que se había convertido en barro y resbalaba. Busqué algo en el suelo con lo que poder defenderme y encontré una piedra. La agarré fuertemente y golpeé a quien me estaba tratando de hacer daño. Escuché un grito que se ocultó tras un gran trueno. Me levanté resbalándome con el barro y las ramas del suelo y eché a correr. No tenía claro que aquella era la dirección correcta, pero no podía parar, aunque las ramas que había en el suelo me lo ponían difícil. Tropezaba, me caía, las manos se llenaban de barro y volvía a levantarme. Una y otra vez en varios metros. El suelo resbalaba y mis piernas comenzaban a fallarme. Pero no iba a permitir me atrapase en aquel bosque. La tormenta estaba justo encima de nosotros y el agua no me dejaba ver más allá de dos o tres metros. Encontré un tronco enorme derribado en el suelo. Trepé por él, me clavé astillas en la palma de las manos, pero no me podía permitir flaquear. Al levantar la vista vi la luz de las cabañas. Comencé a correr aún más rápido. Vi a Rud y Alex charlando en la terraza de la cabaña, cobijados de la tormenta, con un par de cervezas. Quise gritar, pero el pánico se había apoderado de mi garganta.

Cuando llegué al claro del bosque donde se encontraban las cabañas, mi pie derecho se enganchó en una rama que salía del suelo y me caí. Traté de levantarme, pero mi cuerpo ya no respondía, era incapaz de seguir corriendo. Me arrodillé en el suelo para recuperar un poco el aliento y miré al frente. Rud me vio en el suelo llena de barro y, tras darle un golpe a Alex en el brazo, ambos comenzaron a correr.

—Mariola. —Escuché mi nombre en sus gargantas.

Rud llegó segundos antes que yo y la cogió en brazos. Parte del equipo de seguridad se adentró en el bosque.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Dwayne?

—No lo sé. Hemos escuchado ruido en el bosque, alguien me ha tirado al suelo y le he dado con una piedra antes de salir corriendo. —Nos enseñó sus manos ensangrentadas.

—Vamos a la cabaña, estás empapada.

—Tranquila, Mariola. —Me acerqué a Rud y se la arrebaté de los brazos—. Asegúrate de que Jason no sale de su habitación.

—De acuerdo. —Rud salió corriendo a la cabaña.

—¿Estás bien? —Se pegó a mi cuello sin decir nada—. No te preocupes por nada. —La abracé fuertemente y fuimos hasta la cabaña.

Entré con ella en brazos en el baño de nuestra habitación y la dejé sentada en la amplia encimera del lavabo. Su pelo estaba alborotado, con restos de hojas, ramas y barro. Tenía una herida en la boca y las manos ensangrentadas, los nudillos con heridas, una herida en el brazo y otra en la rodilla. Cogí una toalla, la mojé con un poco de agua y comencé a limpiarle la cara. La agarré de la barbilla suavemente y le levanté la cara. Me daba miedo hacerla daño. ¿Dónde demonios se había metido Dwayne? ¿Por qué la dejó allí sola? ¿Por qué la abandonó a su suerte?

—Dame tus manos, princesa. —Me las dio y se las lavé con jabón en el lavabo—. Ya estás a salvo, cariño.

—Estaba allí y de repente... —Negaba con la cabeza mientras sus ojos seguían muy abiertos.

—Vente a vivir conmigo.

—¿Qué? —Sus ojos se abrieron aún más.

—Sí, cariño. Vive conmigo. —Me aparté de ella—. No era así como te lo quería pedir, pero me he dado cuenta de que todos los segundos que paso contigo son demasiado valiosos como para esperar a mañana. Te necesito a mi lado. Puedo sonar egoísta, pero te necesito cada minuto, cada segundo, y no quiero pasar ni un solo momento lejos de ti. Todo ha sido una locura, una locura que quiero disfrutar contigo. Te quiero, y si estar contigo significa pelear con un ejército, lo haremos juntos. —Le acaricié la cara—. No me puedo imaginar mi vida sin ti, Mariola. Llegaste para cambiar mi mundo y estoy preparado para todo. Nada nos podrá parar, nada ni nadie.

—Yo... —Frunció los labios—. Estoy aturdida y...

Me entristeció no escuchar un gran sí. Tal vez era demasiado pronto.

—No te preocupes, cariño. Con todo lo que ha pasado, yo pienso en mí egoístamente. Olvídalo. —Me di la vuelta para que no viera mi gesto.

—Alex, cariño... —Se acercó a mí y me agarró del brazo para darme la vuelta—. No he respondido.

—Eso es lo que me preocupa, que no hayas respondido. Puede que sea demasiado para ti, pero lo último que quiero es agobiarte o presionarte.

Le curé el resto de las heridas y la dejé en la cama para que descansase. Solamente quería saber qué coño había pasado en el bosque. Me aseguré de que Rud estuviera con Jason en su habitación y salí de la cabaña. La imagen que vi nada más salir hizo que me hirviera la sangre. Venía el equipo de seguridad con Dwayne, que tenía un golpe en la cabeza del que brotaba sangre. Su ropa también estaba manchada de barro, al igual que la de Mariola. No pensé en nada y me acerqué a él apartando a los de seguridad para agarrarle del cuello.

—¿Qué demonios ha pasado? —Miré su herida—. Dime que no es lo que estoy pensando,

porque necesitarás más hombres para quitarme de encima de ti.

—La he dejado en un lugar seguro y he ido tras... —parecía estar dando excusas.

—¿Cómo te has hecho la herida? —Le zarandeeé—. Contesta, joder.

—Ha sido Mariola.

No pudo decir nada más porque la ira y la cólera que tenía dentro de mi cuerpo salieron en forma de puñetazo directo a su cara. Cayó de espaldas al suelo y quise seguir. ¿Cómo podía haber estado tan ciego y no darme cuenta de que Dwayne...

—Señor... —me agarraron entre dos del equipo de seguridad—. Deje que se explique.

—No necesito ninguna explicación. —Me zafé de sus brazos.

—Puede seguir pegándome, pero quien está detrás de todo esto sigue en el bosque. Siento lo que ha pasado con la señorita Santamaría, pero estaba de pie indefensa y al verla, lo único que pensé fue en protegerla, en hacer que se agachase y estuviese en silencio. Pero se asustó, ni siquiera parecía escucharme mientras le pedía que se tranquilizase. Después solo recuerdo un golpe en la cabeza y... —Se apoyó sobre sus codos en el suelo—. Entiendo que quiera matarme, pero nunca le haría daño a Mariola. Solo intentaba protegerla.

—¿Por qué tengo que creerte y no llamar a la policía ahora mismo? —Me di la vuelta tratando de calmarme.

—No tiene ninguna forma de saberlo, pero desde que trabajo para usted no creo que haya visto ningún comportamiento raro en mí.

—Joder. ¿Sabes lo aterrorizada que está Mariola? Como para que ahora vea que has sido tú quien la ha atacado o tratado de proteger atacándola...

—Señor, yo...

El sonido de un mensaje en mi móvil le dio una oportunidad a Dwayne para seguir disculpándose más tarde.

Es duro dudar de todo lo que tienes a tu alrededor. Primero Ryan, luego Rud y ahora Dwayne. Señor millonario, sus peones son fáciles de derrotar, pero recuerda que esto es como el ajedrez: el rey trata de obstaculizar los jaques a su dama, pero ¿hasta cuándo? Un día estará sola, y lo que hoy en el bosque ha quedado a medias, se convertirá en mi jaque mate.

Escuchamos las ruedas de un coche derrapando cerca de la cabaña. Parte del equipo quiso salir corriendo, pero no les dejé. No necesitaba más heridos aquel día. Se llevaron a Dwayne a la cabaña para que se curase las heridas. Entré en la cabaña mientras Mariola se daba una ducha. Puse a calentar agua y me aseguré de que las contraventanas y ventanas de todas las habitaciones estaban bien aseguradas y cerradas. Eché el agua en una taza y me senté frente a la chimenea.

Me había pedido que viviese con él. No habían pasado ni cinco meses desde que nos conocimos en aquella fiesta y quería que viviese con ellos, pero yo, la estúpida más estúpida del mundo mundial, no contesté. Me limité a poner cara de terror. Bueno, la misma cara que tenía cuando salí de la ducha. Me peiné, y tras vestirme, salí al salón. Me encontré a Alex sentado frente a la chimenea. Aproveché que había agua caliente y me preparé un té antes de sentarme a su lado.

—Cariño, necesitas descansar.

—¿Sabes qué necesito? —Me miró con los ojos llenos de brillo—. Solamente a ti. No me hace falta nada más.

Estuvimos unos minutos abrazados delante de la chimenea sin decir nada. Me encantaba todo lo que sentía cuando estaba entre mis brazos. Adoraba la forma que tenía de mover la cabeza despacio para acomodarse bien en el hueco de mi cuello y su ronroneo asegurándome de que estaba a gusto.

—Tengo sed. —Jason apareció en el salón.

Mariola se escondió tratando de que Jason no le viese, pero tardó más de la cuenta.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —Se puso delante de Mariola.

—Me he caído y me he golpeado contra una rama en el bosque.

—¿Pero estás bien? —Jason le pasó la mano por la cara suavemente, como si quisiera curarla así.

—Ahora mucho mejor, cariño.

—Pues entonces... —tiró de su brazo para que se levantase y la llevó hasta el sofá obligándola a sentarse—. Nosotros hacemos la cena hoy. Tienes que curarte y ponerte buena.

—Se subió al sofá y le dio besos por toda la cara.

—Los besos son la mejor medicina. —Le abrazó.

—Pues ya sabes, papi, esta noche le tienes que dar muchos besos para que se cure.

Jason consiguió sacarle una gran sonrisa a Mariola, que se quedó unos segundos observándole sin dejar de sonreír.

Jason y yo preparamos la cena y decidimos que viajaríamos de vuelta a Nueva York a la mañana siguiente. Necesitábamos descansar aquella noche. Tras acostar a Jason, Mariola se acurrucó en la cama con una manta por encima. Me acosté a su lado y ella apoyó su cabeza en mi pecho.

—Alex. Lo de vivir juntos... ¿Es por todo lo que está pasando? —Me miró preocupada.

—Quiero despertarme con tu preciosa sonrisa, llegar a casa y verte con Jason mientras le lees un cuento, quiero disfrutar de ti cada día. Pero comprendo que no quieras o no estés preparada.

—Alex, dímelo otra vez. —Se apoyó sobre su brazo acariciándome la cara.

—Vive con nosotros.

—Sí, claro que sí.

Aquella noche me mantuve despierto para velar por sus sueños, para que nada pudiese perturbarla.

Volver a Nueva York nos trajo paz, en cierta manera.

—¿Has hablado con Jason sobre tu pregunta?

—Sí, es más, casi fue idea suya. Bueno, su idea era otra totalmente diferente. —Sonrei.

Jason ya estaba en el colegio y conduje hasta el hotel.

—¿Otra? —sus ojos se entrecerraron.

—Sí. Eres más de lo que ninguno de los dos nos esperábamos encontrar. Aquel día en el colegio fue la primera vez que Mariola Santamaría entraba en nuestra pequeña familia. Te has ganado el corazón de mi hijo y no te puedes llegar a imaginar lo importante que es eso. — Estábamos parados en un semáforo y aproveché para besarla.

—¿Sabes que ya te quería antes de conocerte?

—¿Sí? —Se me dibujó una gran sonrisa en la cara. Siempre sabía qué decir.

—Te quise antes de conocerte y te besé antes de realmente hacerlo. No olvides nunca que el primer beso no se da con la boca, sino con los ojos^[34].

Tuvo que sonar tres veces el insistente claxon del coche que teníamos detrás para que dejásemos de besarnos.

Me despedí de Alex en la puerta del hotel y fui a la oficina, pero antes cogí un café muy cargado en la cafetería de la esquina. No recordé que teníamos una reunión hasta que Scott me mandó un mensaje recordándomelo.

Durante la reunión en la que nuestros clientes potenciales repitieron quince veces la palabra exclusivo, recibí varias llamadas de Alex que desvié al buzón de voz. Me envió un mensaje pidiéndome que le llamase.

Dos horas y media después dejé de garabatear mi cuaderno. Scott estaba en su mesa cuadrando unos horarios y me quedé mirándole sin que se diese cuenta. Aquellos eran los últimos días que iba a trabajar con nosotros en Nueva York.

—Te voy a echar de menos, Scott.

—Tampoco me voy al fin del mundo. Podrás venir a verme. Creo que eso le gustaría a mi nuevo jefe. —Levantó las cejas.

—Seguro que sí. —Mi móvil comenzó a pitar con varios mensajes, pero cuando fui a mirarlos, Linda se acercó a nosotros.

—Mariola, ¿podemos hablar?

—¿Qué pasa, Linda? —Me acompañó a su despacho.

—Dímelo tú. ¿Qué ha pasado?

—Tuve un pequeño accidente en el bosque, pero estoy bien.

—No estás bien. Llevas mucho tiempo actuando de una forma extraña, mucho más extraña de lo normal. Y ahora esa maldita entrevista tan dura, que te ha tenido que... de... jar...

Linda fue espaciando sus palabras sabiendo que yo no entendía de qué me estaba hablando.

—No la has visto, ¿verdad? —Se llevó la mano al corazón y se sentó en la silla.

—No.

—Esta mañana ha salido una revista con un titular que... —Resopló y negó con la cabeza—. *La esperada entrevista que desmantela al gran Alex McArddle*.

—¿Cómo? ¿Qué revista? —Negaba continuamente con la cabeza deseando que aquel titular no fuese nada más que un gancho para vender.

—Prensa amarilla, cariño. —Trató de calmarme.

—Es la entrevista que dio Alex en Los Ángeles. Fue un trato al que llegó con ellos, pero... —Abrí la boca y cerré los ojos—. Necesito leerla.

Salí corriendo de la oficina dándole poco margen a Rud para seguirme. Crucé la acera sin mirar bien si venían coches y busqué en el quiosco la revista. Cuando vi la portada delante de mí, no me lo podía creer. En la portada aparecía una foto de Alex apoyado en una barandilla en la terraza de un edificio alto y a su lado el gran titular: *desmontando al millonario Alex McArddle, la entrevista que desmantela al hombre del año*. Tiré de la revista, dejé diez dólares al chico y me aparté de la gente buscando un hueco donde leer todo aquello a lo que tanto miedo tenía Linda. Comencé a leer por encima la cabecera de aquel artículo y aquello no esclarecía nada.

—Mariola, me prometiste no volver a salir corriendo sin decirme nada. ¿Cómo demonios puedes correr con esos tacones? —Se apoyó en la pared tratando de recuperar el aliento.

—Ahora no, Rud, ahora no. —Volví a mirar la revista.

Revista: Tu relación con Mariola Santamaría comenzó como un juego de niños y está atravesando malos momentos.

Alex: Nuestra relación siempre ha estado llena de altibajos y este es uno más. Nos conocemos desde hace muy poco tiempo y bueno, puede que este sea el final de una tormentosa relación.

¿Tormentosa? No me podía creer que estuviera diciendo aquello. Pero mis ojos no pudieron apartarse de aquellas líneas y continué leyendo. Rud se limitó a esperar a mi lado.

Revista: ¿Significa que ya estás en el mercado? Aquí en Los Ángeles hemos podido verte con una preciosa chica.

Alex: Una persona que lleva en mi vida muchísimo tiempo y me acepta tal como soy.

Revista: ¿Eso significa que Mariola no te acepta cómo eres?

Alex: Nosotros somos de mundos diferentes. Era una relación que estaba destinada al fracaso. Todo el mundo me lo decía, pero no me quise dar cuenta. Ella no es una mujer para mí. Es divertida, pero no es una mujer para siempre.

Un sentimiento de rabia se estaba apoderando de mí, pero proseguí con aquella apasionante lectura.

Revista: Hace algunos años cometiste varios errores. Algunos típicos de la juventud y otros más graves.

Alex: No hay nada que el dinero no solucione.

Revista: Eso debió pensar tu familia, cuando tras un accidente provocado por el alcohol, la velocidad y la inconsciencia, murió una joven. Se cerró el caso como si hubiera sido un simple accidente. ¿No te remuerde la conciencia saber que acabaste con la vida de una joven?

Alex: Toda mi vida lo recordaré, pero los errores que se cometen en la juventud te ayudan a ser quien eres en el futuro. Las consecuencias de aquello me hicieron madurar, replantearme la

vida que llevaba y ha hecho que me esfuerce en no cometer los mismos errores de nuevo. Mi vida es más responsable y me he centrado en lo que realmente importa.

Revista: ¿Sin remordimientos?

Alex: Claro que los hay, pero en esta vida todos cometemos errores. Solo hay que mirar al futuro y centrarse en lo que realmente importa.

Revista: ¿Cuál es tu futuro? ¿Mariola Santamaría está en él?

Alex: No. Ella ha tomado decisiones que nos han afectado a los dos. No lo ha hecho bien y las cosas cuando duelen de verdad, no hay perdones que valgan. Que entrase en mi vida no fue más que un caos de acontecimientos que se dieron por fortuna. Pero en esta vida el destino nos pone a prueba. Hay veces que te ciegas con una persona que en definitiva no es para ti. Por mucho que te deslumbre un brillante, no es más que una bonita piedra pulida. No hay nada más allá de su brillo impactante inicial.

—Hijo de...

Grité tan fuerte que la mitad de las personas que caminaban por la avenida se dieron la vuelta para mirarme. Rud me miraba con los ojos bien abiertos sin saber qué hacer. Cerré la revista y la estrujé entre mis manos.

Volví a la oficina para coger mis cosas. Cuando recogí mi móvil me encontré diez llamadas perdidas de Mike, Justin, Sonia, María y seis más de Alex.

Caminé los cinco minutos que me separaban del hotel y subí en el ascensor hasta su despacho. No dejé que Rud me siguiese. Abrí la puerta y me encontré a Alex hablando por teléfono.

—Sí mamá, ya lo he visto. Pero...

—¿Algo que contarme, Alex? —Lancé la revista doblada contra su pecho.

—Luego te llamo. —Colgó el teléfono y trató de acercarse a mí.

—Como muevas un centímetro más tus pies, esta piedrecita pulida te va a dejar marcada de por vida esa preciosa cara. —Puse la mano en el aire para pararle.

—Cariño, yo no...

—Pero ¿quién coño te crees que eres? Esa entrevista es muy ruin. Ayer me pides que viva contigo mientras al mundo le estabas proclamando que lo nuestro no tenía futuro. Solo he sido una mala casualidad. —Negué con la cabeza—. Veo que solo he sido una piedra que te llamó la atención.

—Te he llamado...

—¿Para convencerme que todo eso no es verdad? —Señalé la revista que estaba a su lado en el suelo—. Eres un cretino y yo soy una estúpida que sigue creyendo en finales felices.

—¿Vas a dejar que me explique? —Cruzó los brazos.

—¿Tienes la conciencia tranquila?

La rabia e impotencia se apoderaron de mí y comenzaron a caerme las lágrimas.

—No puedo comprender cómo puedes jugar a ser dos personas a la vez. Por una parte, está el Alex del que estoy enamorada. Él es dulce, atento y piensa que soy una bonita casualidad que apareció en su vida. —Abrí la boca y tomé aire—. Pero por otra parte está el cabronazo que he leído en la revista, el que cree que soy una puta a medio pulir.

—La revista ha escrito lo que ha querido.

Recogí la revista del suelo y busqué las fotografías que salían de él y una preciosa morena.

—Puede que me haya quedado gilipollas después de tantas botellas de vino. Mea culpa. —Levanté las manos en el aire—. Pero las fotos ¿también mienten? ¿No tienes a una tía pegada a tu cara?

—Ella... Yo... No... —Se llevó la mano a la boca como si no tuviera ya más mentiras que soltar.

—Aclárate, porque solo te voy a dar cinco minutos antes de desaparecer por esa puerta.

—¿Vas a desaparecer? Le prometiste a Jason que no nos ibas a dejar nunca.

—A él no le dejas, te abandono a ti. Hay cosas que el dinero no puede comprar.

—Hice la entrevista para que no saliera a la luz nada del ataque de Jonathan. Joder, te estaba tratando de proteger.

—¿A ella también?

—Ella es Alison, mi cuñada.

—¿Tu... tu cuñada? —Aquella bofetada de realidad no la vi venir.

—Necesitaba hablar con alguien.

—¿Perdón? A ver si yo me aclaro que ahora sí que parezco tonta. Ella es tu cuñada y yo soy...

—Resoplé, emití un sonido con la boca y afirmé con la cabeza—. Yo soy gilipollas.

—Mariola, lo siento.

—¿Sientes la entrevista? ¿Sientes lo de tu cuñada? ¿O sientes pensar que iba a leer tu entrevista y seguir tan tranquila?

—Esto solo es un bache que podemos superar.

—¿Bache? ¿Solo un bache? Esto es un puto cráter, Alex.

—¿No confías en mí? —Me agarró fuertemente del brazo.

—Suéltame, me haces daño, Alex. —Le empujé para que se apartase de mí—. ¿A quién queremos mentirle? El caos de acontecimientos que nos unió solamente fue eso. No somos nada más que casualidades, Alex. Lo del destino queda muy bonito en los libros románticos, pero es una mierda. —Traté de contener mis lágrimas. No se merecía que desperdiciase ni una más delante de él—. Lo nuestro tenía fecha de caducidad desde el principio. —Levanté los hombros y sonreí tristemente llena de dolor—. Has conseguido lo que nadie hacía desde hace años. Me has hecho sentir como una mierda y no quiero volver a sentirme menospreciada por nadie. —Traté de salir del despacho y se interpuso en mi camino—. Apártate o no respondo.

—Pégame, insúltame, pero no salgas por esa puerta.

—Apártate. —No quería que sus palabras me terminasen convenciendo de no hacer lo que realmente debía—. Apártate o lo haré yo.

—Joder, Mariola, ¿crees que voy a dejarte salir de mi vida sin luchar por ti?

—Tú no sabes lo que es luchar. Tu puto dinero puede comprar la luna, pero no a mí.

—Me das consejos como si tu vida fuera perfecta.

—No, Alex. Ni soy perfecta ni jamás lo seré. Se cuáles son mis defectos, pero una vez pensé que me querrías con ellos. —Negué con la cabeza.

—Joder, Mariola, no todo en la vida es como tú lo ves.

No quería seguir en aquel despacho peleando con él. Me agotaba seguir luchando por algo que no podía ser. Mi teléfono comenzó a sonar y miré la pantalla.

—Sí, contesta a Ryan para que te consuele.

Acto seguido Alex recibió una sonora bofetada. No iba a consentir que siguiese tratándome como a otra de sus ex. No se lo iba a permitir. Le golpeé tan fuerte que acabó sentado en la mesa de su despacho, tirando al suelo una de nuestras fotos.

—Eso sí que es el destino. —Miré el cristal que ya estaba en el suelo hecho añicos—. Todo lo que tocas lo rompes.

Rud entró en el despacho al escuchar aquel cristal rompiéndose. Yo estaba tan asombrado de que me hubiese pegado, que no me di cuenta en el momento en que Mariola salió de allí.

Cuando reaccioné y traté de seguirla, Rud se interpuso en mi camino.

—Apártate.

—No, señor. Mi trabajo es que no le pase nada malo y si ella está llorando es por tu culpa. Así que ahora mismo mi deber es protegerla de ti.

—Quítate del medio. —Le pegué un puñetazo tumbándole en el suelo—. Joder. —Sacudí mi mano dolorida.

Salí corriendo del hotel y me monté en el primer taxi que encontré. No miré atrás ni le di opción a seguirme. El taxista se limitó a tratar de entender las palabras que salieron de mi boca diciéndole la dirección. Comenzó a llover y observé cómo las gotas caían por la ventanilla. La ciudad se acababa de colapsar por la tormenta y yo parecía estar refugiándome en aquel taxi de mi vida, de todo lo que estaba sucediendo fuera de aquel coche.

Me froté la frente tratando de tranquilizarme y de pensar qué es lo que iba a hacer. Necesitaba desconectar, alejarme de todos aquellos problemas que me acosaban desde que conocí a Alex. Cogí el móvil y llamé a Linda para pedirle un gran favor y ella, como siempre había hecho, me dio carta libre para todo lo que necesitase.

Media hora después estaba subiendo al piso y le pedí al taxista que me esperase, que no tardaría más de diez minutos en volver. Subí a casa, metí algo de ropa en una bolsa, cogí mi pasaporte, algo de dinero que tenía en un cajón y bajé corriendo las escaleras. Alex podía llegar en cualquier momento al piso buscándome.

—Al JFK^[35].

El conductor ni dijo ni una sola palabra, pero cuando aparcó en la terminal de salidas del aeropuerto, tuvo que decir algo por la cara de culo que tuve durante todo el viaje.

—Hemos llegado, señorita. —Se dio la vuelta para mirarme—. Todo en esta vida tiene solución. Sea lo que sea, tómese su tiempo y tranquilícese. Respire, séquese las lágrimas y mire hacia delante. La vida tiene demasiadas cosas bonitas como para perderselas por estar llorando. Después de la tormenta...

—No siempre brilla el puto sol. —Sabía que él solo trataba de ser amable, pero mi zorrón interior abrió la boca—. Después de una gran tormenta lo único que quedan son ramas rotas, hojas en el suelo y mierda, mucha mierda.

Le pagué dejándole una muy buena propina por mi último comentario. Entré caminando bastante perdida en el aeropuerto y le eché un vistazo al tablón en el que se anunciaban los vuelos que salían en unas horas. Revisé cada una de las ciudades que se iluminaban y encontré el lugar perfecto al que viajar. Me acerqué a un mostrador y media hora después estaba sentada cerca de la puerta con un par de billetes en la mano.

Mariola rechazó las veinte llamadas que le hice cuando salí del hotel y la vi alejarse en un taxi. Rápidamente bajé a por mi coche para llegar a su piso lo antes posible, pero aquel diluvio que estaba asolando la ciudad no me lo permitió. Estaba en un atasco en Madison recordando las últimas palabras que le había dicho. Me había comportado como un cabrón al hacer aquel comentario.

Golpeé el volante cuando por la radio comenzó a sonar Open Arms de Journey en la radio.

Me llevé la mano al pecho. Un dolor punzante en la parte izquierda de mi cuerpo parecía mandarme señales de que algo no iba bien. Respiré profundamente en un intento para tranquilizarme, pero aquel dolor comenzó a abarcar medio pecho. Apoyé la frente en el volante, y tras varios minutos, el dolor comenzó a disminuir.

—Bien, tranquilo.

Unos minutos después, todo lo que llevaba dentro explotó. Grité, golpeé el volante con mis manos y el asiento con mi espalda. Me acababa de dar cuenta de que había perdido al amor de mi vida. Mi corazón dejó de latir por unos segundos. Me llevé la mano al pecho y abrí la puerta para poder respirar. Me deshice del cinturón de seguridad y salí a la carretera en medio del atasco y de la lluvia. Los coches me esquivaban y recibí varios insultos por no moverme de allí.

Varios minutos después entré de nuevo en el coche con menos dolor en mi cuerpo. Me pasé la mano por el pelo tratando de quitar la lluvia que me cubría y marqué un número de teléfono.

—Thomas.

—¿Señor?

—Necesito que consigas la entrevista original que di en Los Ángeles. Me da igual a quien tengas que matar, consíguela.

—Sí, señor.

Me quedé pensando unos segundos en los pasos que podría haber dado Mariola tras salir del hotel. Lo más lógico es que estuviese refugiada en su piso, así que llamé a Rud.

—¿Dónde está Mariola?

—No lo sé. La he perdido al entrar en el taxi.

Colgué sin darle ninguna opción a Rud de decir nada más. Decidí buscarla en su piso. Aparqué justo delante del portal y encontré en el suelo, al lado de la entrada, su pulsera. Se la había regalado Andrea y nunca se la quitaba. Estaba tirada en el suelo mojándose con la lluvia y mi cabeza comenzó a dar vueltas. Su móvil estaba apagado y Rud sabía dónde estaba. Llamé al timbre desesperado y la voz de Mike contestó.

—¿Sí?

—Sé que no soy bienvenido, pero necesito saber dónde está Mariola.

—¿Ahora te importa? —Colgó y volví a llamar de forma insistente—. Vas a quemar el timbre.

—Necesito saber que está bien.

—¿Cómo has podido hacer todo eso en una revista?

—Mike, por favor. Estoy empezando a asustarme. Me acabó de encontrar en el suelo la pulsera de Mariola, la de la niña que... —Escuché que se abría la puerta y subí corriendo por las escaleras.

—No sé cómo le has dejado subir, Mike. —Al llegar a su piso Justin me miró y se fue a la cocina.

—Sé que no me queréis ver, pero necesito hablar con ella. He encontrado su pulsera y...

—Estará ahogando las penas en un bar. —Justin no estaba dispuesto a echarme una mano.

—No. —Mike se llevó la mano a la boca—. Cuando he llegado a casa no estaba cerrado con doble llave y...

Mike ni dijo nada más y fue a la habitación de Mariola. Salió unos segundos después negando con la cabeza.

—Se ha llevado algo de ropa y su pasaporte.

Los tres tratamos de ponernos en contacto con ella, al menos su teléfono ya daba señal.

Seguía sentada en aquel banco sin saber muy bien qué sentir. Era como si todo delante de mí estuviese sucediendo a cámara lenta. Las personas que estaban a mi alrededor me miraban extrañados. Suponía que era porque tenía la cara llena de lágrimas negras gracias al rímel. Comprobé la hora en mi teléfono y estaba apagado. Tras encenderlo entraron mensajes de llamadas perdidas. Llamé a Mike para avisarle.

—Hola, Mike. Estoy bien, pero necesito salir de la ciudad.

—Mariola, ¿dónde estás?

—¿Dónde demonios estás Mariola? —Alex estaba al otro lado del teléfono y cerré los ojos.

«No pierdan de vista sus pertenencias y...»

—Está en el aeropuerto. —Mariola había colgado nada más escuchar mi voz.

—Por eso se ha llevado el pasaporte.

—Tengo que hablar con ella antes de que se vaya.

Salí de Manhattan conduciendo a toda velocidad. Tenía más de una hora de trayecto hasta el aeropuerto y para entonces, Mariola podría estar volando hacia cualquier lugar del mundo. Necesitaba hablar con ella antes de que desapareciese. Conduje a través del puente Williamsburg y una hora y algo después estaba aparcando en salidas internacionales del JFK. No tenía ni idea de a dónde iba, pero dentro de mí quedaba una pequeña esperanza de encontrarla antes de que desapareciese. No fue así. Recorrí la terminal buscándola entre todos los que estaban por allí, pero no tuve suerte. Vi un cartel donde se anunciaban los vuelos y me acerqué para comprobar los destinos. Londres, San Francisco, Berlín, Singapur... Ninguna de aquellas ciudades me decían nada, hasta que al final del todo vi Barcelona. Se tenía que dirigir allí, a España.

—Un billete para Barcelona, por favor.

Mientras esperaba ansioso aquel billete, golpeaba el mostrador con mis manos.

—Aquí tiene, señor McArddle. Puerta B67.

La cola en el control de seguridad me desesperó. Quise gritar, pero si lo hacía, podría llamar demasiado la atención de la policía y me retendrían pensando que me había escapado de algún psiquiátrico. Una vez superado aquello, busqué en los carteles que colgaban del techo el lugar donde estaba la B67.

Me daba igual el dolor que sentía en el pecho, necesitaba llegar a aquella puerta de embarque antes de que Mariola desapareciese. Estaba al final de aquel pasillo y pude comprobar que no había embarcado aún. Sonreí y recuperé el aliento antes de acercarme y poder hablar con ella. Estaba dada la vuelta observando los aviones que despegaban. Me pasé la mano por el pelo, tomé todo el aire que mis pulmones fueron capaces de contener y caminé nervioso hacia ella. Solté el aire retenido y puse mi mano temblorosa sobre su hombro.

—Mariola.

Se dio la vuelta con una gran sonrisa, pero aquella chica no era Mariola. Se parecía mucho a ella, pero no era mi chica.

—No soy ella, pero podría serlo.

Nunca podría ser Mariola, nunca podría significar lo que Mariola significaba para mí. Cuando levanté la vista vi que en el cartel que anunciaba la ciudad de destino y el número de vuelo, no ponía Barcelona, allí aparecía Buenos Aires. Una azafata se acercó al mostrador y fui a preguntarle.

—Perdón. Esta es la B67 y el destino era Barcelona.

—Sí, señor, pero hace más de una hora ha cambiado la puerta de embarque. Lo siento, pero ese vuelo está cerrado. Yo vengo de esa puerta. —Me sonrió con pena—. Ese avión que acaba de despegar es el que va a Barcelona. —Señaló la pista en la que un avión ya había despegado.

Me acerqué a la gran cristalera para comprobar que en aquel avión que ya surcaba el cielo, Mariola se alejaba más de mí. Solo sabía que iba a Barcelona, pero desde allí podía dirigirse a mil lugares más. Los pinchazos en el corazón eran más constantes y fuertes. Sentí un hormigueo en el brazo y cada vez me resultaba más difícil respirar con normalidad. No sabía si era pánico

o la forma que tenía mi cuerpo de procesar el dolor por la pérdida, pero no podía moverme.

Me agarré a una de las barandillas que daban a la pista donde aquel avión ya había despegado. Todo se volvió borroso delante de mí y mi cabeza comenzó a dar vueltas. Todo a mi alrededor se volvió oscuro y dejé de escuchar y ver todo lo que estaba sucediendo a mi alrededor. Noté un golpe en la cabeza y una extraña paz se apoderó de todo mi cuerpo.

—Mariola...

SOMOS ETERNOS

Somos
eternos

Mi tarea pendiente III

«A veces no hay próxima vez,
a veces no hay segundas oportunidades,
a veces es ahora o nunca».
Bob Marley

01.
COMO SI NO ESTUVIESE ALLÍ

Solo quería que me quisiese, que no me mintiese ni me ocultase nada, pero no tuve suerte con él. No necesitaba ni pretendía que me bajase la puta luna, ya me encargaba yo de volar todos los días para rozarla con la punta de mis dedos. Llevaba años pensando que el amor no era para mí, pero al conocerle y pasar tiempo con él, pensé que aquello podría cambiar. Parecía que lo había encontrado y que juntos podríamos luchar contra todos los dragones del universo, pero Alex no fue capaz de levantar la espada por mí. Es más, me la clavó por la espalda. ~~Maldito cabrón.~~

Quería que él fuese la excepción que confirmaba la regla, quería que fuese mi excepción, pero no fue posible.

—Bravo, Mariola. —Le pegué un trago al vodka que tenía en la mano—. Para que sigas aprendiendo de tus cagadas, por si se te olvidan.

Todo el mundo decía que un desengaño amoroso es algo con lo que debías aprender a vivir y tenías que superarlo, porque llorar por algo que ya no era tuyo, era malgastar tu tiempo. Que debías superarlo y olvidarte del daño que te habían hecho lo antes posible para seguir con tu vida. Y una mierda para ellos. Yo no era capaz de comprender todo lo que había sucedido y cómo ~~eo~~ones se había ido todo a la mierda.

Pretendía ser moderna y dejar que mis sentimientos se quedasen en algún punto del océano, pero no podía. Dolía tanto que las horas que pasé metida en aquel avión se hicieron interminables, fueron dolorosas y mi cabeza no dejó de dar vueltas a aquella maldita entrevista. ¿Tan solo había sido para él otra más con la que jugar?

—Una bonita piedra pulida, Mariola. —Apuré lo que quedaba en la quinta botellita de vodka que me había entregado la amable azafata después del espectáculo que había dado unas horas antes—. Y estás tan jodidamente enamorada de él, que no vas a ser capaz de cerrar este capítulo de tu vida de la forma que quisieras. Sigues creyendo que los imposibles se pueden convertir en posibles. Estúpida, estúpida, estúpida.

Me pegué golpecitos con la botella vacía en la cabeza, ante la atenta mirada de los pasajeros que no me quitaron ojo en todo el vuelo.

—Estamos a punto de aproximarnos a Barcelona. Me llevo todo. —Recogió con una sonrisa amable las botellas vacías—. ¿Necesita algo más? —Plegó la bandeja.

—Sacarme de la cabeza a un imbécil.

—¿Se encuentra mejor?

Se estaba refiriendo al ataque de pánico-ansiedad que me había dado en pleno vuelo y con el que la mitad del pasaje de primera clase había empezado a rezar.

Me levanté cuando llevábamos dos horas de vuelo. Aquella cabina en la que estaba metida de primera clase se me estaba haciendo cada vez más y más pequeña. Paseé por el avión mientras el resto de los pasajeros dormían. Me iba fijando en ellos: familias que viajaban en lo que suponía que serían sus vacaciones, hombres de negocios que trabajaban con sus portátiles, parejas que dormían apoyadas en el hombro del otro...

Entré en el cuarto de baño delantero. Necesitaba mojar me la cara o tal vez tratar de meter la cabeza debajo del grifo. Entré en aquel minúsculo habitáculo y cerré el pestillo. No necesitaba que nadie me molestase en los siguientes minutos. Me eché un poco de agua por la cara, ya que mi opción de meter la cabeza entera en el lavabo no era factible. Me mojé la cara, la nuca y las muñecas. Estaba empezando a marearme y a sentir la presión de la altitud a la que volábamos. Era como si el suelo tirase para abajo de todos mis órganos y mi cuerpo sintiese esa temida gravedad cero que tanto me mareaba.

Tenía las manos apoyadas en la pequeña encimera y los ojos cerrados, me aterraba mirarme en el espejo y ver lo que aquellas horas habían hecho en mi cara. Al levantar la vista y verme comprendí por qué me miraban el resto de los pasajeros cuando pasaban por mi lado para ir a sus asientos. Seguía teniendo restos negros de rímel por toda la cara y el labial, que hacía algunas horas era de un rojo intenso, solo era un manchurrón cerca de mi barbilla.

—No sé cómo no me han detenido en el aeropuerto.

Cogí unas toallitas de papel que había en el baño, y tras mojarlas, retiré casi todos los restos de maquillaje de mi cara. Tenía los ojos hinchados de llorar, unas ojeras que se estaban oscureciendo por momentos, la nariz roja del roce de los pañuelos de papel y mis labios estaban agrietados. En el momento en que cerré los ojos y respiré profundamente en un intento vano de tranquilizarme, el avión comenzó a moverse con una serie de turbulencias que hicieron que mi cuerpo se pegase a la pared del baño y mis manos se aferrasen fuertemente al lavabo. Mi cabeza comenzó a sentir la presión de la pequeña caída del avión, mi estómago dio dos vueltas, un tirabuzón invertido y estuve a punto de vomitar en aquel lavabo blanco. No fueron más de un par de minutos de movimientos, pero a mí me pareció una eternidad.

—Respira, no te olvides de hacerlo. No te olvides, Mariola.

Me lo repetía una y otra vez para no entrar en pánico. Mis manos temblaban aferradas al lavabo, sentía que el corazón se me iba a parar de un momento a otro. Un sudor frío me cruzó la espalda y las palpitations de mi corazón comenzaron a ser más inestables, como si estuviese a punto de pararse y hacerme caer al suelo. Aquellas paredes estaban empezando a estrecharse, mi garganta se estaba cerrando y mi cabeza iba a estallar. Me llevé una mano al pecho, sentí una presión terrible. Comenzó a faltarme el aire, todo empezó a dar vueltas a mi alrededor, no era capaz de respirar con normalidad. De repente, como si no tuviese suficiente con mi ataque de pánico, las imágenes de la revista comenzaron a pasarse por mi cabeza golpeándome, palabra tras palabra, foto tras foto. Me apoyé en la pared y me dejé caer resbalando por ella hasta el suelo. Metí la cabeza entre las piernas y cerré los ojos.

No sé si pasaron cinco minutos o media hora, pero alguien comenzó a golpear la puerta.

—Debería volver a su asiento por su seguridad, estamos entrando en otra zona de turbulencias.
—No escuchó ninguna respuesta.

Una de las azafatas abrió desde fuera y se arrodilló a mi lado.

—¿Se encuentra bien, señorita? —Puso su mano en mi hombro.

—Lo siento, enseguida salgo de aquí.

—¿Puedo hacer algo por usted? —Me ayudó a levantarme del suelo, mientras las piernas seguían temblándome.

—¿Tienes algo para hacerme olvidar y que mi corazón se vuelva a pegar?

—Me temo que no, pero puedo servirle más alcohol.

Las piernas me flaquearon y me tuve que sentar en el pasillo. Aquella amable azafata se limitó a acariciarme el pelo y trató de tranquilizarme ayudándome a respirar.

—No sé cuál es la historia, pero todo tiene solución. Si no era para usted, es mejor que se haya

terminado.

—Hacerse adulto es una mierda.

—Lo es. —Esbozó una gran sonrisa—. Vamos al asiento y le llevo alguna bebida más.

Debido a aquel incidente, la azafata me acompañó en Barcelona hasta la puerta de embarque del siguiente vuelo. Se despidió de mí con una amable sonrisa, mientras yo me tiraba en el suelo, poniendo el bolso a modo de almohada y me refugié detrás de mis gafas de sol. Tenía más de una hora hasta que la puerta de embarque abriese para poder sentarme en el asiento que me llevaría hasta Málaga.

Aquel vuelo también fue horroroso, pero no tenía demasiado claro si fue por las turbulencias o por la cantidad de alcohol que viajaba acompañándome.

A mi llegada a Málaga me monté en el primer taxi que se quedó libre y le di la dirección de Aitana en Marbella. Era mi paraíso en el que nadie me iba a buscar, en el que Alex no podría encontrarme y donde Jonathan no tendría acceso a mí.

Cuarenta y cinco minutos después estaba delante de la casa de Aitana con mi bolsa en una mano y una botella de vino en la otra. Había sido capaz de comprarla en el aeropuerto antes de coger el vuelo. Llamé por teléfono a Aitana, pero no me contestó a ninguna de las llamadas. Recordé dónde guardaba la copia de la llave cerca de la entrada. Me metí entre los arbustos que daban la bienvenida a aquella gran casa, rebusqué la piedra falsa en el jardín y no tardé más de dos minutos en dar con ella.

—Gracias, Aitana, por no cambiar las cosas.

Abrí la puerta y recé para que no estuviese conectada la alarma o no la pillase con algún tío entre las piernas en el salón. No, no había nadie y la alarma no saltó.

La casa era impresionante. Tenía una gran piscina que daba a la playa, que estaba situada justo delante de la casa, a menos de treinta metros. Un gran salón, habitaciones y un jardín en el que Aitana siempre daba unas fiestas increíbles.

Revisé la casa y volví a llamar a Aitana, pero tampoco contestó en aquella ocasión, así que dejé la bolsa en el salón, me deshice de mis zapatillas, cambié la botella de vino que llevaba en la mano por una de la nevera de Aitana, abrí la gran puerta que daba a la piscina y respire hondo.

—Esto es el paraíso.

Eran las diez y media de la noche y se escuchaba el sonido de las olas rompiendo en la orilla y nada más. No había claxon de coches ni gritos de conductores en un atasco. No se oía nada. Nada más que mis pensamientos, que sonaban más impertinentes que nunca con tanto silencio.

«Yo te busco, en el mundo que me ahoga, que me abraza y que me olvida. En la prisa de la gente a la vuelta de la esquina».

Sí, lo mejor era acallar aquellas voces con algo de música y quién mejor que la más grande junto a otra grande. Rocío Jurado y Mónica Naranjo con *Punto de partida* eran las mejores para sacarme aquello de la cabeza o para hacerme gritar a los cuatro vientos hasta quedarme sin voz lo que le odiaba.

«Y yo quisiera, encontrarnos cara a cara, retomar desde la herida. Atrevernó desde cero, sin reservas ni mentiras».

—Ni mentiras —repetí las últimas palabras de la canción—. Qué fácil hubiese sido todo.

Descorché la botella de vino, me deshice de mi ropa y me senté en el bordillo de la piscina mirando el horizonte en el que se juntaba el muro de separación de la casa con el mar. Le di un trago a la botella, bueno... uno, dos, tres y cuatro seguidos, hasta que terminé agitando la botella en mi mano mientras cantaba las canciones de Rocío Jurado a pleno pulmón.

—Chicas, os prometo que va a ser la mejor feria de Málaga de muchos años. —Nos bajamos de mi coche las cinco. Menos mal que las chicas decidieron no parar a comer nada antes de pasar por casa, porque tenía que enviar un par de e-mails con unos diseños que tenía en el ordenador en casa.

—¿Te has dejado la música puesta, Aitana?

Había luz en la casa y se escuchaba a Rocío Jurado a todo trapo dentro. O me estaban robando y la Jurado les alentaba o es que la chica de la limpieza se había quedado hasta demasiado tarde aquel día. Entramos sin hacer ruido y la luz que vimos por debajo de la puerta provenía de la piscina. Allí había alguien que estaba de pie, agitando una botella de vino en la mano y cantando a grito pelado Muera el amor.

—¿Pero qué coño...

No me lo podía creer, no daba crédito a lo que mis ojos estaban viendo. Tenía a Mariola borracha bailando y cantando por el borde de mi piscina casi en pelotas.

—¿Esa es Mariola? —Alba se acercó lentamente.

—Creo que sí.

Lorena, Sandra, Inma, Alba y yo nos acercamos a la piscina sin hacer ruido.

—«Tú, que me besas, que me pesas, que me abrazas, que me abrasas, que prometes, que me mientes y te quiero».

—Sí, la petarda está borracha y bebiéndose un reserva en pelotas en mi piscina.

Nos quedamos observándola unos segundos, no se había dado cuenta de que su espectáculo tenía espectadoras. Se movía por el bordillo de la piscina gritando al cielo algunas palabras en inglés, entremezcladas con tacos en castellano.

—Bienvenida a la tierra de nuevo, Rocío Jurado.

Mariola se asustó al escuchar mi voz y se desestabilizó cayendo a la piscina.

No solté en ningún momento la botella mientras caía al agua, ni siquiera con los cinco litros que me tragué cuando quise respirar.

—¡Coño, que me ahogo!

Al levantar la vista tenía delante a mis amigas al completo, mirándome con unas caras que no tenían desperdicio, mientras yo tosía escupiendo agua.

—Te cueles en mi casa, te bebes lo que desde aquí parece un reserva de Marqués de Riscal, te despelotas y acabas como una sirena sin cola en mi piscina.

—Pero no he derramado ni una sola gotita de vino. —Giré la botella vacía en el aire.

—No, para eso parece que has tenido tiempo. —Alba estaba con una ceja levantada y sonriendo.

—¿Qué cojones haces aquí? ¿No se supone que estabas viviendo un amor americano en las alturas? —Inma continuaba negando con la cabeza.

—Amor en las alturas. —Repetí una a una sus palabras tratando de no trabarme—. ¿Tal vez por eso la hostia haya sido tan grande? —Levanté la mano y la bajé golpeando fuertemente en el agua.

—Será mejor que salgas de la piscina antes de que mis vecinos se asomen a la ventana. —Aitana giró la cabeza y negó—. Tarde, mirón James ya parece haber descubierto todas y cada una de tus pecas.

Aitana me acercó una toalla para que saliese de la piscina ante la atenta mirada del resto.

—¿Vas a contarnos qué haces aquí?

—A mí me da igual, está aquí, chicas. —Sandra saltó a mis brazos para darme uno de sus achuchones que tanto echaba de menos—. Bienvenida a casa, cariño.

No hizo falta que le dijese nada, lo vio en mis ojos. Sintió que algo no estaba bien y que aquella visita sorpresa no era por gusto, era por pura necesidad.

—Ha sido por la entrevista. —Alba, como buena periodista, tenía contactos en medio mundo y parecía estar al tanto de todo.

—Parece que las noticias vuelan. —Entramos al salón y todas se sentaron a mi alrededor esperando a que empezase con la historia rocambolesca.

—Ya sabes lo que los medios pueden hacer. —Inma miró de reojo a Alba como regañándola por algo que no era su culpa.

—Puede que sea el mayor imbécil de este mundo y lo que pasa es que nos ha estado engañando a todos con su cara de niño bueno y su cuerpo de adonis. —Lorena emitió una mezcla de gruñido y gemido.

—¿Por qué no me has dicho que venías? —Aitana se dio cuenta de que no la estaba mirando a los ojos—. No sabías dónde ibas cuando desapareciste del radar de los chicos. ¿Me equivoco? —No obtuvo ninguna respuesta—. Has cogido tu pasaporte, cuatro bragas y te has ido al aeropuerto a coger el primer vuelo que saliese a casa sin avisar a nadie. ¿Me equivoco? —Me agarró de la barbilla para que la mirase—. No, no lo hago.

—¿Qué ha pasado de verdad, Mariola? —Sandra siempre necesitaba tener todas las versiones posibles para posicionarse.

—Pues que me he engañado a mí misma. Quise creer en un nosotros que nunca existió. —Respiré profundamente y miré al cielo sonriendo—. ¿Os acordáis de vuestro primer amor? Ese que os hacía vibrar con una sonrisa, el que con solo miraros era capaz de darle la vuelta a un mal día... El que, con solo rozarte, conseguía que todo tu cuerpo reaccionase. Ese primer amor que está guardado en vuestro corazón por ser el que os dio vuestro primer beso de verdad, el que os hizo sentir únicas y tan especiales que no sois capaces de olvidar. —Bajé la mirada y todas estaban observándome fijamente—. Pues para mí Alex ha sido como mi primer gran amor, el de verdad, el que pensé que podría ser para siempre. —Las lágrimas amenazaron con salir de mis ojos—. Pero yo para él no he sido nada más que... que un... —abrí y cerré varias veces la boca sin encontrar la palabra exacta—. No he sido nada para él.

—Es imbécil. —Sandra ya se había posicionado—. Si él para ti ha sido tan importante, pero no ha sido capaz de valorarlo que le jodan. Así de claro. Que te deje en paz y que le jodan.

—Y eso que no ha leído la entrevista. —Alba negó con la cabeza—. Será mejor que no lo hagas, Sandra.

—Es capaz de ir a Estados Unidos y reventarle la cara a Alex. —Sonreí imaginando a mi amiga, la que odiaba volar, coger un avión para darle su merecido a Alex.

—A la ducha, Mariola. —Aitana tiró de mi mano y recogió mi ropa del suelo, para acompañarme a la habitación de invitados, quedándonos las dos solas—. Me alegro mucho de que estés aquí, aunque odie las circunstancias.

—Gracias por dejar que me cuele en tu casa.

—Siempre, cariño.

Me abrazó y rompí a llorar. Había intentado tragarme mis lágrimas delante de las chicas, pero fue imposible con Aitana. Ella sabía todo lo que había pasado con Jonathan en Nueva York y, por mi hermana María, sabía muchas más cosas de las que yo le había contado. Trató de consolarme

con sus manos acariciando mi espalda y susurrándome que todo saldría bien.

—Descansa, Mariola. Mañana cuando despiertes, hablaremos.

—Gracias, Aitana. —Cerré los ojos y casi no podía articular más palabras.

—Te quiero. Descansa.

—Te qui... e...r...

Me dio un beso y, tras taparme con las sábanas, salió de la habitación y escuché unos susurros fuera. Después no se escuchó nada más que las olas rompiendo en la orilla.

Me desperté al día siguiente y no sabía muy bien si estaba en un sueño o la realidad era aquella habitación blanca. No me moví en unos segundos, mientras mis ojos se hacían a la claridad que entraba por la ventana. En la mesita de noche de madera blanca que tenía al lado, un reloj me avisó de que había dormido más de quince horas. Eran más de las seis de la tarde y mi cuerpo no quería reaccionar. No quería levantarme de aquella cama y enfrentarme a las chicas. No quería tener que recordar lo que Alex había soltado en aquella entrevista. Cerré unos segundos los ojos.

Al volver a abrirlos eran más de las siete de la tarde. Sí que me había pegado fuerte el puñetero desfase horario. No escuché ningún ruido en la casa y supuse que Aitana estaría trabajando en el taller.

Puse los pies en el suelo de mármol y agité los dedos desentumeciéndolos, estiré los brazos y miré al techo, fijándome en aquellas molduras tan bonitas que tenía encima. La casa de Aitana era de revista, pero de las revistas de decoración que me gustaba leer, con gusto y mucho estilo.

Rebusqué en la bolsa y encontré una camiseta larga de tirantes que me puse sin pensármelo mucho. Encontré un culotte, no era cuestión de volver a enseñarles todo a los vecinos.

—¿Ayer me quedé en pelotas en la piscina? —Me froté la frente tratando de recordar bien las últimas veinticuatro horas.

Al salir al salón me encontré una nota de Aitana pegada en la nevera avisándome de que volvería tarde y que las chicas estarían en alguna de las camas de *Nikki Beach*, con una botella de vodka congelado y algún chulazo alrededor. Sonreí al imaginarlas allí con sus gafas de sol, el vodka en una mano y la lengua rápida poniéndose al día con sus vidas. Era una opción: vestirme con algo que le robase a Aitana de su armario y acercarme. Seguí leyendo la nota y Aitana, que me conocía muy bien, me dijo que en la nevera me había dejado sushi recién hecho y todo lo necesario para hacerme un buen mojito.

—Tú sí que me conoces, nena.

Abrí la nevera y saqué todo para preparar una gran jarra de mojito. La hice tan grande, que podría haber celebrado el día de internacional del mojito yo sola. Me senté en una de las tumbonas de la piscina con el sushi entre las piernas y la jarra de mojito en la mesita de al lado. Me puse las gafas de sol y miré al horizonte. Se oían las risas de personas jugando en la playa y algo de música del vecino de al lado. Había decidido castigarme por mis gritos de la noche anterior con *Here I Go Again* de Whitesnake. Aquello debió pensar él, que iba a castigarme, pero cuando mi voz se unió a la de David Coverdale^[36], supo que no lo había conseguido.

—¿Eres tú la misma que ayer le hacía los coros a la Jurado? —Una cabeza se asomó por el muro de mi derecha.

—Soy especialista en coros.

—Ya veo. —Se fijó en la jarra de mojito—. Que buena comida has elegido.

—Lo que tenía Aitana en la nevera.

Sin saber cómo, terminé abriéndole la puerta al vecino y poniéndole un vaso para compartir mi jarra de mojito. Empezamos a hablar de las bandas de rock de los ochenta y terminó invitándome a

una fiesta que había aquella noche en un garito de la zona.

—¿Fiesta privada? —Aitana apareció en la piscina sonriendo—. Veo que ya conoces a mi preciosa amiga. —Aitana me besó sin dejar de mirar a su vecino—. Y soltera.

—Lo de preciosa ya me había dado cuenta, pero lo de soltera no me has dicho nada, Mariola. —Me miró entrecerrando los ojos—. El concierto va a ser mucho más interesante.

—Para el carro, muchachote. —Me levanté para hacer más mojito.

—¿Concierto?

—Sí, esta noche en Estepona, en el *Louie Louie*.

—¿Nos vamos de concierto? —Aitana lo dijo más alto para que pudiese escucharlo desde la cocina.

Al salir con una jarra nueva bien llena, Aitana y Colin me miraron fijamente.

—Ni, aunque se te ponga en plan quiero ser el limón de tu tequila. —Aitana miró fijamente a Colin y pilló el mensaje a la primera.

—Nos vemos allí sobre las once. —Colin nos guiñó un ojo y salió de la casa.

—¿Haciendo amigos nuevos?

—Ayer fue testigo de mi concierto de la Jurado y no quería ser desagradable.

Aitana se sentó a mi lado sin decir nada. Tenía mil preguntas rondándole la cabeza, pero no sabía si yo estaba preparada para darle respuestas.

—Prometo responderte a todo, pero mejor mañana. Necesito despejarme, saltar como una loca en el concierto, beber tequila del malo, agitar la cabeza y menear el culo al son de Mötley Crüe, de Poison o de cualquiera que en los ochenta tuviese melena.

—Creo que a las chicas les va a encantar el plan. No es la música que suelen escuchar, pero seguro que se divierten.

Nos quedamos unos segundos en silencio mientras brindábamos y nos mirábamos. Echaba mucho de menos aquella sensación que tenía con Aitana, con solo mirarnos sabíamos perfectamente lo que necesitábamos: un abrazo, dos hostias, tres cervezas o cuatro polvos.

Cuando les propusimos el plan a las chicas, primero se miraron extrañadas, pero poco después accedieron a meterse en aquella sala para que yo me despejase.

—¿Música de guitarra terrible? —Alba era más de cantautores de corazones rotos.

—Sí y de melenas largas moviéndose sin control. De cuernos y lenguas... —Lorena comenzó a agitar el pelo a su lado sabiendo que le molestaría.

—Espero que la noche merezca la pena y podamos sacarle una sonrisa a Mariola.

—Os estoy oyendo. No voy a tumbarme al sol y dejarme morir. Ser débil no es una opción, no para mí. Las grandes historias de amor tienen un inicio, y algunas de ellas, tienen final. —Me movía por el salón ante la atenta mirada de todas—. Así que no se os ocurra mirarme con pena. Estoy bien —me metí en la habitación sin dejar de hablar— o lo estaré en unos días. Lo nuestro no estaba escrito en las estrellas.

Oí susurros en el salón, pero no quise hacer caso. Al igual que Aitana, todas tenían demasiadas preguntas. Sabía a la perfección que aquella noche, con tres copas de más, me harían un quinto grado en toda regla. Antes de meterme a la ducha, revisé el armario de Aitana y le robé una falda negra con un poco de vuelo. Sería el look perfecto con mi camiseta de los Ramones trillada y las zapatillas, ya que pretendía saltar como si no hubiese un mañana posible.

—Vamos, Mariola. —Inma gritó desde la puerta—. El taxi ya ha llegado.

—Voy. —Salí corriendo con las zapatillas, el móvil y el bolso en las manos.

—Al menos lleva puesta la ropa. —Lorena me guiñó un ojo.

—Al taxista seguro que le habrías alegrado la noche.

—Muy gracias. Yo que iba a invitaros a cenar esta noche... —me metí en el taxi—. ¿Sigues *II&II* en Estepona?

—Sí, en el puerto.

—Vale. —Me metí entre los asientos de la furgoneta para hablar con el taxista—. ¿Puede llevarnos hasta allí?

—Se te ve el culo con esa falda, Mariola. —Alba tiró de ella para abajo.

—Pues suerte tendrán en el concierto cuando salte. —Me senté a su lado—. Disfruta un poco, que te veo demasiado agobiada.

Me miraba con una mezcla de pena y preocupación. No sabía si era por todo lo que sabía que Alex había contado en la entrevista o por que había más y no me lo quería decir.

—¿Todo bien?

—Sí, el curro está un poco raro, pero todo bien. —Desvió su mirada—. No quiero preocuparos con mis tonterías.

—Pues genial, ¿no? Tú no quieres aburrirnos con tus tonterías, pero pretendes que yo te cuente mi periplo por las Américas. Nada de lo tuyo es una tontería.

—Mañana nos tomamos un *brunch* de esos que seguro que te metes entre pecho y espalda en alguna azotea de Nueva York y hablamos.

—¿Crees que soy Blair Waldorf³⁷?

—Venga, que ya nos mandó María fotos de hace unas semanas. No serás tan estirada como ellos, pero sí que haces cosas de neoyorkina de pura cepa. Ya eres una más, pero sin perder un ápice de tu esencia. —Alba me agarró de la mano y la apretó fuertemente—. ¿Alguien sabe que estás aquí?

—No he encendido el teléfono desde que salí de Nueva York. Bueno, ayer en la enajenación del momento de la piscina, creo que revisé mi buzón de voz y estaba lleno, pero puse el modo avión. —Lo levanté en el aire—. Quiero sacar muchas fotos esta noche, pero no tengo ganas de conectar con el mundo de nuevo. —Alcé ambas cejas—. Con el de verdad.

—Sigamos en el pequeño paraíso que tenemos aquí las cinco. —Aitana se movió a nuestro lado.

Mientras cenamos, Aitana nos contó sus planes para la Feria. Tenía que terminar varios trajes de gitana para unas clientas importantes, así que estaría muy ocupada aquella semana.

—Va a ser la mejor Feria de todas.

—Claro que sí. —Lorena levantó su copa—. Por nosotras, por estos años que hemos seguido conectadas, aunque nos separen miles de kilómetros. Por la amistad de la buena, de la que te despierta a las tres de la mañana para sacarte de la cama y volar a Roma. De la que no duda en recorrer mil kilómetros porque te ha dejado tu último novio. De la que aparece en pelotas cantando a la más grande. —Fue recordando momentos con cada una de nosotras—. Por mis hermanas locas, perfectamente imperfectas y luchadoras. —Brindamos junto a ella.

—Joder, Lore. —Inma negó con la cabeza—. Cada vez hablas mejor, cómo se nota que eres una representante que vale lo que cobra.

—Gracias, Macu. La siguiente factura te la paso con un descuentito.

—Voy un momento al baño, chicas.

—¿Estás bien? —Aitana me agarró de la mano.

—Sí.

En el baño había un par de chicas delante de mí, así que cogí el móvil por instinto para revisar *e-mails*, pero me quedé observándolo detenidamente. Aquel era el móvil que me había entregado

Dwayne unas semanas antes.

—Es imposible.

Me contesté a lo que se me estaba pasando por la cabeza. Era imposible que pudiesen rastrear dónde estaba, ni siquiera Jonathan podría hacerlo. Estuve tentada a quitar aquel avión que tenía en la pantalla y avisar a los chicos, pero cuando iba a hacerlo, el baño se quedó libre. Olvidé aquello durante el resto de la noche.

Cuando llegamos al local donde se celebraba el concierto, y vimos la fauna y flora que nos habíamos congregado allí, me empecé a reír.

—Va a ser una noche muy divertida. —Di un par de saltitos delante de Alba con Aitana de la mano.

—Sí, veo que mañana nos dolerá la cabeza de tanto agitarla. —Lorena movió la cabeza pegando con su larga melena en la cara de Inma.

—Miedo me dais. —Sandra negaba continuamente.

—Una ronda de chupitos, unas cervezas y comienza la fiesta. Colin está allí con sus amigos y Mariola, no te quita ojo de encima.

—Eso será porque se me está viendo el culo con tu falda o las tetas con la camiseta. —Meneé el pecho unos segundos.

—No hagas eso o partirás el cuello de varios rockeros que nos están mirando.

Sonreí con aquella frase, no por que me lo tuviese creído, si no porque me recordó a algo que me dijo Alex la noche en que nos conocimos en la fiesta. Suspiré y me quité aquel recuerdo de la cabeza con varios meneos. No iba a permitirle estar allí dentro aquella noche.

—*Chupitosssssssssssssssssssss*. —Lorena ya estaba en la barra con seis chupitos a su lado y seis cervezas.

El concierto comenzó con *Girls, Girls, Girls* de Mötley Crüe. Las cinco comenzamos a cantar y bailar alrededor de Alba, que, tras muchos quejidos, se acabó uniendo a nosotras. Sí, llamábamos la atención en aquel concierto, no éramos las típicas chicas a las que supuestamente podían gustarles el rock de los ochenta, pero aquello era lo divertido.

—Venga, Alba, ser normal está sobrevalorado. —Le di un beso y me metí en un grupo de personas que estaban saltando en medio del local.

Pasaron las canciones, los chupitos, las cervezas, los submarinos^[38], las risas y las fotos.

—Me he quedado sin batería. —Aitana agitaba su móvil en la mano.

—Yo la tengo a tope. —Activé la pantalla, y tras varios intentos, conseguí poner la cámara.

Sacamos varias fotografías, que seguramente estarían movidas o con media cabeza cortada, y escuché algunos pitidos, pero no hice caso, prefería seguir cantando y bailando.

Dos horas después, cuando el concierto estaba en su máximo apogeo, comencé a sentir todo el alcohol recorriéndome el cuerpo. No dije nada y salí un momento a la calle para respirar. Me apoyé en una pared cercana mientras la gente pasaba por mi lado cantando. Cerré los ojos y sentí cómo toda la presión que había tratado de obviar comenzaba a caer sobre mí. Las palabras de aquella maldita entrevista pasaron por mi cabeza.

—¿Por qué lo hiciste, Alex?

Negué varias veces con la cabeza tratando de olvidarme de sus palabras, de sus mentiras y de toda la mierda que se sacó a la luz.

—Hola, preciosa. —Colin se acercó a mí con dos cervezas y me entregó una.

—Gracias. —Choqué el cuello de la botella con la suya.

—Se te echa de menos. —Levantó una ceja.

Observé detenidamente a Colin. Era bastante más alto que yo, rozaría el metro noventa, rubio con ojos azules, una mandíbula marcada y no pasaba desapercibido precisamente, pero no estaba en aquel momento lista para comerme a un bombón escocés.

Charlé con él unos minutos y noté una mirada clavada en mí. Disimuladamente busqué aquellos ojos que me estaban escaneando, pero no encontré a nadie a nuestro alrededor que fuese sospechoso. Recordé las palabras del equipo de seguridad: «*Si algo te hace sospechar, puede ser algo peligroso*».

—A la mierda.

—¿Perdona? —Colin me miró sin saber a qué me refería.

—Perdón, estaba mandando callar a mi cabeza. ¿Volvemos dentro?

Pasó su mano por mi cintura y rozó por unos segundos mi piel con sus dedos y nada, no sentí nada.

En el interior las chicas estaban rodeadas por los amigos de Colin y se estaba divirtiendo mucho. *Talk Dirty to Me* de Poison estaba sonando y me dejé llevar. Agarré de la mano a Colin y me puse a bailar con él. No tenía ninguna intención oculta, solo me quería divertir. Noté de nuevo unos ojos taladrándome la nuca, pero no hice caso, me dediqué a bailar y cantar aquella canción que tan buen rollo daba. Colin se unió a mis gritos rockeros. Cuando llegó uno de los punteos de guitarra me di la vuelta saltando y al fondo de aquella sala, en una esquina con los brazos cruzados, estaba el dueño de aquellos ojos que me habían estado observando. Estaba en la zona más oscura, pero el gesto de sus labios y aquella pose no me engañaban. Cerré los ojos unos segundos, deseando que aquella imagen fuera debido a los chupitos. Conté hasta diez y abrí uno de los ojos lentamente, mientras me separaba de Colin, y no vi a nadie.

—Vale, Mariola, es hora de dejar de beber.

Me di la vuelta sonriendo y negando con la cabeza, cuando me choqué con alguien.

—Perdón.

Pero al levantar la vista allí estaba.

—¿Qué coño haces aquí? —Le pegué un empujón asustada.

—Lo de háblame sucio no va por este camino, Mariola.

Ryan estaba delante de mí y no dejaba de mirarme, mientras sus brazos continuaban cruzados. Se suponía que estaba en Colombia perdido en alguna ciudad recóndita.

—¿Qué haces aquí, Ryan?

No dijo nada, me agarró de la cintura, me sacó del local y nos alejamos unos metros de la puerta que estaba abarrotada de gente fumando.

—¿Cómo se te ocurre desaparecer sin decir a dónde vas en tu situación? Has mantenido en vilo a muchas personas estos días. —Estaba enfadado—. No puedes irte sin decir nada, coger tu pasaporte y desaparecer —agitó los dedos en el aire—. Joder, Mariola, no.

—¿Cómo...

No podía articular más de dos palabras seguidas debido a la cara de Ryan, pero unos segundos después, su gesto se relajó y me abrazó con fuerza.

—Me alegro mucho de que estés bien. —Se acercó a mi mejilla—. Te he echado de menos.

Dejó sus labios sobre mi mejilla, tan cerca de la boca, que me quemó por dentro. Con Ryan sí que hubiese sido fácil dejarme llevar. Le abracé fuertemente. Me alegraba mucho de verle, no nos habíamos podido despedir en persona cuando se fue a su misión en Colombia.

—¿Cómo me has encontrado?

—Mike me llamó muy preocupado y, bueno, no te va a gustar. Hemos localizado tu teléfono...

—¿Me habéis espiado? —Me separé de él.

—Sí, Dwayne me...

—¿Perdona? —No le dejé terminar—. ¿El mismo Dwayne que trabaja para Alex te ha ayudado? No me lo puedo creer. Espiar en este país es delito.

—Sí, pero yo soy americano y estaba preocupado.

—¿Con eso ya me tengo que tranquilizar? Joder, que eso es ilegal.

—Haría un millón de cosas ilegales para mantenerte a salvo.

Volvió a abrazarme fuertemente, para que no me pudiese separar. Sus brazos recorrían mi espalda, acariciándola lentamente y solté todo el aire que tenía retenido en mis pulmones.

—¿Alguien más sabe que estoy aquí?

—No se lo he contado a nadie. En cuánto me dieron tu posición, cogí un vuelo. Esta noche me ha costado bastante encontrarte porque tu teléfono seguía apagado hasta hace un rato.

—No sé qué me da más miedo, si los favores que has tenido que pedir o que alguien más pueda hacer lo mismo.

—No te preocupes por Jonathan. Yo he tirado de mis contactos y ahora debo muchos favores.

—Su mano se entrelazó con la mía—. ¿Estás bien?

—Supongo.

—¿Me invitas a una cerveza y me lo cuentas?

—Siempre. —Tiré de su mano—. Mis amigas van a estar encantadas de conocerte.

Entramos en el local y el concierto estaba a punto de finalizar. Lorena e Inma estaban bailando con un par de chicos, Alba y Sandra charlaban sentadas en una mesa y Aitana estaba ligando descaradamente con el camarero buenorro al que había echado el ojo nada más llegar.

—Vamos a cerrar con una canción que es muy especial para nosotros. —Hizo una señal al guitarra y se sentaron en el escenario—. Gracias por hacernos disfrutar tanto y feliz vida, rockeros.

No había soltado la mano de Ryan en ningún momento, y cuando empecé a escuchar las primeras notas de guitarra de *More Than Words* de Extreme, no me lo pensé.

—¿Añadimos baile? —Invité a Ryan con una mano delante de él.

—Contigo siempre, Mariola.

Enterré mi cabeza en el cuello de Ryan y cerré los ojos. Hubiese sido tan fácil haberlo intentado con él, haber dado una oportunidad a lo nuestro, haber sido más lista que ese órgano tan estúpido que tenía en el pecho, pero en él mi cabeza no podía mandar. Ryan me había tratado muy bien y hubiese sido fácil dar de lado mis sentimientos por Alex y dejarme llevar.

«Todo lo que tienes que hacer es cerrar los ojos, extender tus manos y acariciarme. (...) Nunca me dejes ir».

Me separé de él y al mirarle, me regaló una de sus preciosas sonrisas, de las sinceras, de las que siempre me había dedicado. Negué con la cabeza un par de veces, entrecerré los ojos, le agarré de la mejilla y le besé. Mis labios se pegaron a los suyos y no me sentí culpable por hacerlo, pero tras unos segundos besándonos, Ryan se separó agarrándome de las mejillas.

—Mariola, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

—No nos despedimos en condiciones, Ryan. Te fuiste sin decirme adiós.

—¿Te estás despidiendo de mí? —Sus manos apretaron un poco más mis mejillas.

Mientras a nuestro alrededor coreaban las últimas palabras de la canción, Ryan y yo nos miramos sin decir nada, tal vez imaginando aquella otra vida, aquella en la que sí le di la oportunidad que se merecía.

Hubiese sido tan jodidamente fácil.

COMO SI HUBIESE VISTO UN FANTASMA

Salimos del *Louie Louie* y nos acercamos a un puesto cercano que tenía comida. Pedimos algo y nos sentamos en un banco que daba al puerto de Estepona. Ryan me estuvo contando detalles de su trabajo en Colombia, esperaba que no me tuviese matar por ello. Mientras hablaba noté que sus ojeras estaban oscurecidas y tenía los ojos llenos de cansancio.

—¿Hace cuánto que no duermes?

—Desde que cierta señorita desapareció de Nueva York sin decir nada. —Ladeó su cabeza mirándome—. Todos están muy preocupados. Les he mandado un mensaje cuando te he visto avisándoles de que estás bien, al menos bien físicamente.

—He sido una egoísta de cojones. Decidí huir de la ciudad y no dije a dónde me iba por miedo a que él decidiese aparecer aquí para convencerme de que nada es verdad.

—No sé qué ha pasado entre vosotros, pero no te mereces que te hagan sufrir. Me duele decir esto, porque sé que no serás capaz de olvidarle, no ahora, pero si te hace daño con palabras, no se merece que tu corazón le dedique más tiempo. —Se pasó la lengua por los labios y se quedó pensando unos segundos—. Es jodido cuando el corazón te dice una cosa y tu cabeza otra. No es fácil que se pongan de acuerdo. En tu caso será mucho más complicado porque le quieres y no sabes qué hacer para sacártelo del corazón. Quieres odiarle por lo que te ha hecho, pero no eres capaz.

—Sal de mi cabeza, Ryan. —Cerré los ojos y le di un trago a la botella de agua con la que jugaba entre mis manos.

—Sé cómo te sientes, pero también puedo saber cómo se puede sentir él.

—¿Le estás defendiendo?

—Ni mucho menos. Aunque como bien sabes, las revistas muchas veces sacan las cosas de contexto.

—No quiero hablar de esto contigo, Ryan. —No quería enfadarme con él.

—¿Y con quién pretendes hablarlo? ¿Con el rubio ese o con una botella de *whisky*?

—No me hagas mandarte a la mierda, Ryan.

—Mariola.

Me di la vuelta cuando escuché mi nombre. Aitana me estaba haciendo señas desde la puerta del *Louie*. Al fijarme en ella estaba preguntándome por señas quién estaba a mi lado.

—Es Ryan. —Grité para que me oyese y puso cara de sorpresa—. Dejamos la conversación para otro momento.

—De acuerdo. —Se levantó dándome la mano.

—Hubiese sido mejor que en vez de en mi cabeza te hubieses metido en mi cama. —Tiré de su mano y sonreí.

—No es la mejor idea.

—A veces las peores ideas son las que nos ayudan a seguir adelante. —Le guiñé un ojo y le besé en la mejilla.

Sentía como si me hubiesen arrancado el corazón y en su lugar hubiesen puesto una

máquina para mantenerme vivo. Mi madre tuvo que contarme lo que había pasado. Me desmayé en el aeropuerto y tuve una pequeña arritmia, mi corazón comenzó a latir demasiado despacio y me desmayé. El equipo médico del aeropuerto me trasladó de urgencia al hospital más cercano.

Treinta y seis horas sin noticias de Mariola

—¿Quieres que me quede contigo, hijo?

—Vuelve a casa y descansa con Jason. En unos días saldré de aquí. Aún me tienen que hacer alguna prueba más.

—Esta noche iré con Jason al cine para que se despeje.

—Seguro que os viene bien a los dos.

—Sí, creo que no le gusta mi casa. —Mi madre tenía muchos signos de cansancio en la cara, pero sacaba fuerzas para sonreírme.

—Muchas gracias, mamá.

En cuanto se marchó, me bajé de la cama, rebusqué mi ropa en el armario y me quité aquella horrible bata que había sido mi compañera tantos días. Llamé al timbre para que una enfermera me quitase la vía que llevaba puesta, pero cuando me vio se negó, así que, desobedeciendo sus recomendaciones, me la quité yo mismo, haciendo saltar sangre sobre mi camisa.

—Voy a llamar a su médico.

—Me voy a ir ahora mismo. —Sentí una punzada en el corazón.

—Tenemos que darle sus medicamentos para controlar sus bradicardias, señor.

—Apúntelas en un papel. —Continué vistiéndome ante la atenta mirada de aquella enfermera que me miraba como si estuviese loco.

—No puede marcharse con una nota en la que le apunte el nombre del medicamento. Tenemos que dar con la dosis adecuada y...

—Lo hago bajo mi responsabilidad. Quiero el alta voluntaria ya. —No le di opción a réplica, ya que recogí mi cartera, las llaves de casa y las de mi coche del armario, y salí de la habitación, para dirigirme al puesto de enfermeras.

—No es lo más recomendable, señor McArddle.

—Necesito salir de aquí y solucionar mi vida. Un corazón maltrecho no me va a parar.

Me hicieron firmar un papel eximiendo de responsabilidades al hospital por posibles complicaciones que pudiese sufrir, pero me daba igual, tenía que salir de allí como fuese y encontrar a Mariola, aunque tuviese que recorrer el mundo entero buscándola.

Al llegar a casa me encontré con una foto nuestra en el partido al que fuimos con Jason y que él mismo nos sacó y se encargó de imprimir. Estaba sonriendo y tenía aquel brillo tan especial en los ojos, el que tanto adoraba, el que muy posiblemente había apagado con aquella entrevista. Encendí el equipo de sonido y comenzó a sonar Qi de Phildel, una canción a piano que siempre me había gustado, pero que en aquel momento estaba a punto de desencadenar demasiados sentimientos que tenía escondidos.

La casa olía a ella, mi ropa olía a ella. Mariola estaba en todas partes y en ninguna. Su sonrisa estaba en aquellas fotos, pero me dolía saber que ya no la volvería a ver sonriéndome de aquella manera. Que yo era el culpable de las lágrimas que estaría derramando, de las palabras que estaría dedicándome, estaría maldiciéndome y era el único responsable. Me llevé una mano al pecho y con la otra rebusqué en mi americana el bote de pastillas. Me metí una en

la boca y cogí una botella para tragarla, la primera que tenía a mano fue una de vodka. Sí, no debería mezclar pastillas y alcohol después de haber estado ingresado de urgencia en el hospital, pero no podía pensar en otra cosa que no fuese el daño que le había causado a Mariola y paliar mi dolor con alcohol, me parecía buena idea.

Me senté en la terraza donde días antes había disfrutado de un desayuno con ella, donde habíamos compartido confidencias, besos y caricias. Quise recordar todos aquellos momentos por si no volvía a verla, por si mi maldito corazón no me dejaba volver a verla. Sentir que la había perdido era mucho más doloroso que aquellos pinchazos que comenzaban a hacerse más fuertes.

—Lo siento, Mariola, lo siento mucho.

La ciudad no estaba iluminada. Parecía que Nueva York también echaba de menos a Mariola.

Terminamos la noche en casa de Aitana con los amigos de Colin y Ryan.

—¿Tú eres el poli buenorro? —Lorena le repasó varias veces.

—Sí, soy el poli, lo de buenorro...

—No me jodas, Ryan. Sabes que estás bueno, que tienes un culo de infarto y una mirada que quema bragas a distancia. —Inma no le dejó terminar de hablar.

—¿Dónde te alojas? —Negué con la cabeza mientras miraba a Ryan que se estaba empezando a poner rojo.

—He venido directo del aeropuerto. Ni siquiera he traído el petate.

—¿Petate? ¿Estás en una misión de riesgo? —Me hacía mucha gracia la cara de desubicado que tenía en aquel momento.

—Viendo a tus amigas, podría decir que sí. —Se pasó la lengua por los labios.

—Quédate aquí, Ryan, en la habitación de Mariola. Total, ya os habéis acostado. No veréis nada nuevo.

—No creo que Mariola... —Ryan parecía incómodo.

—Vamos a la cama. —Le agarré de la mano—. Prometo no lanzarme sobre ti y arrancarte con los dientes la ropa. Me comportaré como la buena niña que se supone que debo ser.

Cerré la puerta al entrar en la habitación, lancé las zapatillas al aire y me deshice de la falda para tirarme sobre la cama de cabeza.

—Has dicho que ibas a ser una buena niña y te tiras en la cama con una camiseta de los Ramones y unas bragas diminutas. —Se tumbó a mi lado—. ¿Seguro que no te importa que duerma aquí?

—No creo que dure demasiado tiempo despierta. Me empieza a doler la cabeza, tengo los pies reventados y creo que en algún momento de la noche mi culo a acariciado el suelo.

—O alguno te ha azotado. —Ryan levantó una ceja y me miró divertido—. Si no lo han hecho yo me ofrezco a hacerlo. —Se tumbó sobre mí—. ¿Y si hacemos que nos hemos conocido esta noche y dejamos todos nuestros problemas fuera de estas cuatro paredes?

—He prometido ser buena. —Me acerqué lentamente a su boca humedeciéndome los labios—. No trates de pervertirme. —Puse mi mano en su pecho y le empujé.

Soltó una gran carcajada y se tumbó a mi lado, pasándome un brazo por encima para que me acomodase sobre su pecho.

—Buenas noches, Mariola. No te preocupes, velaré tus sueños. —Me besó en la cabeza y me provocó una sonrisa.

—Buenas noches, Ryan.

Me desperté sola en la cama y no escuché ningún ruido fuera de aquella habitación. Supuse que Ryan se estaría duchando o había tenido que salir en el primer vuelo de la mañana rumbo a Colombia. Miré la hora en mi móvil y vi que tenía como mil notificaciones. Mierda, había quitado el modo avión y había entrado todo. Las llamadas perdidas echaban humo. Al abrirlas vi que eran de Mike, Justin, mi hermana, algún número que no conocía e incluso de Susan, pero ninguna de Alex. Aquello me... ¿molestó? ¿Decepcionó?

Decidí que era hora de llamar a casa y pedir perdón por haber sido una cabrona. No sonaron más de dos tonos cuando la voz de Mike sumamente enfadado sonó al otro lado.

—¿Te parece normal? ¿Crees que puede poner miles de kilómetros de por medio sin decirnos nada?

—Perdón, Mike, lo siento, pero no pensaba con claridad. —Salí al salón y aquello era un campo de guerra lleno de cuerpos por los sofás—. No pensé en las consecuencias de mi huida.

Cerré la puerta de la terraza y me senté en el bordillo de la piscina, con las piernas dentro del agua y comencé a moverlas.

—He sido muy egoísta, pero quedarme allí me iba a recordar cada momento vivido con Alex, cada mentira, cada palabra que me ha dedicado en la entrevista.

—Sobre eso... —Carraspeó un par de veces.

—No quiero saber nada de él, Mike. Por favor te lo pido. —Escuché un gran suspiro y a los segundos la voz de Justin pidiendo silencio—. Diles a todos que estoy bien, que esto no será para siempre y que cuando menos se lo esperen estaré dando guerra de nuevo en casa.

—Pero, Mariola, tenemos que hablar de...

—No, Mike, no ahora.

—De acuerdo. —Claudicó para que no siguiese dándole largas—. Recupérate, descansa, desconecta y nos vemos en unos días. No te olvides de que aquí tienes una familia que te quiere, te necesita y se preocupa por ti.

—Siento mucho haberos preocupado.

Al colgar a Mike, me quedé unos segundos mirando el horizonte. Me sentía fatal por haber preocupado a toda mi familia, pero no lo pensé cuando cogí el vuelo a Barcelona. ¿Cobarde por no enfrentarme a Alex? Bueno, me enfrenté a él en su hotel, pero no quise darle la opción de que me siguiese contando más mentiras. Había abierto los ojos demasiado tarde con él. Las segundas partes nunca fueron buenas y nosotros ni siquiera habíamos tenido la oportunidad de disfrutar de ninguna de las dos.

—Buenos días, nena. —Ryan se acercó a mí y me besó en la cabeza—. He traído café y unos bollos.

—No estás en Nueva York, aquí solemos tomar el café en casa y hacemos unas tostadas con tomate y jamón que te mueres. —Le miré sonriendo.

—Lo sé, listilla, pero he aprovechado para ir a comprar algo de ropa.

—Podías haberte paseado desnudo. —Aitana salió del salón y le quitó el café a Ryan—. Hubiese sido una gran forma de despertarse, capitán.

—Si tú sola eres peligrosa, Mariola, juntándote con tus amigas... —Le dio un trago al café—. Menos mal que os separan miles de kilómetros, si no Nueva York sufriría una especie de hecatombe. —Sonríe de la forma que él siempre hacía—. Voy a aprovechar a hacer unas llamadas de teléfono. Tengo que ponerme en contacto con mi equipo.

Ryan se fue y Aitana se sentó a mi lado sin decir nada. Nos tomamos los cafés y noté cómo me miraba de reojo de vez en cuando.

—Suéltalo.

—¿Cómo no te enamoraste de él? Es que no sabes cómo te mira, Mariola. ¿Recuerdas la forma en que Kate miraba a Leo cuando ganó el Óscar? ¿O como Brad miraba a Angelina?

—La primera no dejó que él se subiese a la tabla para salvarse y los últimos se han divorciado.

—Ya me entiendes. Te mira como si fueras un delicioso pastel de chocolate con virutas de chocolate blanco por encima. Como si quisiera lamerte el resto de sus días. —Se pasó la lengua por los labios como si ella estuviese saboreando el pastel.

—No me enamoré porque no tuvimos tiempo. Alex siempre estaba en mi cabeza y, aunque no quise hacer daño a Ryan y tuvimos una maravillosa cita, con su fantástica noche y sus besos dulces... No hace que me tiemblen las piernas como con Alex. Y me jode mucho porque es un gran tío y besa tan bien. Hace todo tan bien. —Sonreí unos segundos.

—Ya os vi ayer besándoos.

—Fue el beso de despedida que no tuvimos.

—¿Estás segura?

—No era nuestro momento y no sé si tendremos alguno en el futuro. Su trabajo es demasiado complicado. Ahora está en una misión en Colombia de la que tal vez no debería estar hablando. —Lo susurré para que nadie más nos escuchase.

—Tal vez en otra vida.

—Espero que en esa vida volvamos a coincidir, Aitana.

—Eso no lo dudes.

Cuando las chicas se desperezaron y echaron de casa a sus nuevos amigos, montamos la mesa para comer mientras Aitana respondía a varios *e-mails* y Ryan seguía colgado del teléfono. Nada más que llegó la comida, nosotras nos lanzamos como hienas.

—Mariola, ¿podemos hablar un momento?

—Claro. —Cogí dos *gyozas* y me aparté con Ryan—. ¿Va todo bien?

—Sí, tengo que irme a la base de Rota para poder hablar con unos compañeros. Después, seguramente, tenga que volar de nuevo a Colombia.

—¿Te despedirás de mí esta vez?

—Te lo prometo. —Me abrazó fuertemente y me susurró al oído—. Pase lo que pase estos días, tenemos un café pendiente en el Boat Basin a mi vuelta.

—Sí. —Le sonreí mientras recogía la mochila y las llaves de un coche, junto con su móvil. Salimos a la entrada.

—Si me necesitas, llámame. —Me dio un beso en la frente y otro en la nariz que me hizo sonreír.

—Gracias por cambiar tu vida y venir aquí.

—Siempre que me necesites. —Me besó en los labios—. Siempre, Mariola.

Esperé a ver cómo su coche doblada la calle y se alejaba. Caminé por la entrada de la casa durante unos minutos y de nuevo me sobrevino aquella sensación de presión, como si mi corazón no fuese capaz de bombear la suficiente sangre y mis pulmones trabajasen a medio gas. Me senté en las escaleras y traté de relajarme.

Diez minutos después estaba más relajada. Las chicas habían acabado con casi toda la comida. Al sentarme, todas comenzaron a mirarme y ninguna decía nada. Aún no se había sacado el tema de Alex, pero el quinto grado estaba a la vuelta de la esquina. Tras recoger la mesa, Sandra apareció con unas botellas de licor de café y entendí que aquello era lo que iba a necesitar para sobrellevar lo que estaba a punto de suceder.

—Empieza a contarnos todo lo que ha pasado, porque todas nos hemos montado una película en la cabeza y queremos conocer la verdad—. Sandra nos puso una copa a cada una.

—¿Por dónde quieres que empiece? —Me bebí la mía de un trago.

—No hace falta que nos digas lo guapo, alto y estupendo que está el hombre, eso ya lo hemos visto en las revistas. Queremos saber qué te ha traído aquí. —Lorena apoyó sus codos en la mesa para estar más atenta a lo que yo estaba a punto de contar.

—Una imagen vale más que mil palabras, así que un segundito. —Fui a la habitación a por mi móvil y busqué en internet la entrevista—. Aquí tenéis.

Las chicas leyeron la entrevista y lo más bonito que salió de sus bocas fue *cabrón*. Sabían que había salido la entrevista, pero no la habían leído todas. Traté de explicarles todo, pero Aitana me robó la voz y les puso en antecedentes de todo lo que estaba pasando con Jonathan. Gritaron, maldijeron y hasta intentaron llamar a la caballería para cortarles las pelotas.

—Aitana... —Agaché la cabeza—. No quiero que esa mierda...

—Tu mierda es nuestra mierda, Mariola. Que te entre en tu cabecita. Somos una y si hay que matar... —Inma estaba enfurecida.

—Se mata. —Alba terminó la frase. —No tiene ese tío paseo marítimo para correr si me lo encuentro. Le pateo las pelotas con mis zapatos de punta más fina. Pero no para darle placer precisamente. —Ninguna pudimos reprimir una carcajada ante su amenaza.

—Alba y sus sesiones sado. —Lorena se estaba riendo.

—Tonta, no sabes lo que les gusta a los tíos un buen...

—No quiero saberlo. —Lorena negó con una mano en el aire.

—¿Y este imbécil quién se cree que es? ¿El puto Dios del mundo? —Sandra gritó ojeando la entrevista—. Vaya gilipollas. ¿De qué cojones va?

—No lo sé. —Rellené las copas de nuevo—. No sé qué cojones está pasando. —Bebí de trago.

—Para el carro, nena, que te la vas a agarrar. —Alba trató de quitarme la botella que aún tenía en mi mano.

—Puede ser lo que necesite. Una buena borrachera para olvidarse del mundo, de las que hacen historia.

—Como aquella que nos agarramos en Berlín a base de cervezas y salchichas. —Aitana estaba con el móvil en la mano y parecía que estaba buscando algo—. Una cena en un buen restaurante de Marbella... —Miró a las demás y se comunicaron con la mirada—. Rodearnos de los amigos de Colin. —Se levantaron para acercarse a mí—. Buena música... —Empezaron a rodearme.

—Chicas, no tengo el chichi para farolillos.

—Necesitas desconectar y disfrutar. Anoche lo hiciste en el concierto. Cuando vuelvas a la gran manzana, tendrás que hacer frente a todo lo que has dejado aparcado. Tu mesa estará llena de proyectos que harán que tu cabeza no piense, pero cuando llegues a casa recordarás todo. Crea nuevos recuerdos estos días con nosotras y te acompañaremos cuando te pegue el bajón. —Aitana me agarró de la cara—. Nos vamos a preparar, vamos a ir a tomar algo antes de ver el atardecer y después a cenar en *Elviria* y acabaremos la noche en *Ocean Club*.

—Sí que nos va a salir cara la noche. —Alba era la más cabal de todas nosotras.

—Si esto es mi terapia de choque para sacarme de la cabeza al trajeado, lo menos que puedo hacer es invitaros.

Tuve que atacar de nuevo el armario de Aitana cuando nos preparamos.

—Coge el negro con transparencia en espalda y pecho. Te quedará genial con estas sandalias. —Me dejó todo sobre la cama.

Aitana me dejó en mi habitación las cosas y se fue trasteando con el móvil en la mano. Sabía

que estaba tramando algo, su cabeza nunca paraba y me imagine que estaba avisando a Colin para encontrarnos en el *Ocean*.

La cena fue bestial. La comida de *Elviria* era conocida por ser tradicional, pero con toques modernos. Pero lo mejor de todo fue el cortador de jamón que nos sirvió tres platos de un 5J de Sánchez Romero Carvajal.

—Joder, cómo echaba de menos el jamón. —Me ventilé casi un plato yo sola.

—Colin me acaba de contestar. Sé que no es tu tipo, que es rubio, pero para un apaño no está nada mal.

—Lo único escocés que me voy a meter en la boca será el café que me pida luego. —Miré a Aitana.

—De acuerdo. —Levantó las manos en el aire.

—Chicas, voy un segundito al lavabo.

Me lavé las manos y me miré en el espejo. Mientras me pintaba los labios, la imagen de Alex entrando en aquel lavabo de Los Ángeles me vino a la mente. Sentí sus manos recorriendo mi cuerpo, sus labios saboreando los míos. Me estremecí y tuve que agarrarme al lavabo fuertemente con mis manos para no desestabilizarme. Tiré el bolso al suelo sin querer y todo lo que llevaba dentro se salió.

—Joder. —Me arrodillé.

—¿Qué hace mi diseño arrastrándose? —Aitana me ayudó a recoger un par de cosas.

—Soy una patosa. —Miré mi móvil y quité el modo avión de nuevo.

—¿Estás preparada? —Se refería a lo que acababa de hacer.

—Tendré que volver al mundo real y responder las llamadas de los chicos o de Andrea cuando me llamen. No quiero que sigan preocupados.

Nos quedamos tanto tiempo en el baño que las chicas fueron a buscarnos. Estuvimos media hora allí dentro tratando de solucionar el mundo, aunque no fuimos capaces ni de solucionar el problema de la mancha que Lorena llevaba en el vestido, provocada por una gamba asesina que se le había escapado a Inma del plato.

—¿Estás mejor? —Sandra se sentó a mi lado en el lavabo y me abrazó.

—La risa es la mejor terapia.

—Tú nunca pierdes tu sonrisa.

—¿Para qué llorar de pena, pudiendo llorar de risa, Sandra? —Le acaricié la cara.

—Hasta tener agujetas en el estómago.

Al llegar al *Ocean*, Colin y sus amigos nos estaban esperando en un reservado. Parecía que aquella noche la fiesta temática estaba dedicada a algún lugar exótico del mundo. Todo estaba con una luz muy tenue, había traga fuegos, bailarinas con muy poca ropa haciendo las delicias de los invitados y los camareros paseaban con el torso desnudo.

—Alguno ha dejado Jaén sin aceite. —Inma había puesto sus ojos en uno de los camareros que más brillaban.

—Como se acerque demasiado al del fuego, va a salir ardiendo.

Los amigos de Colin eran muy amables y Colin seguía en sus trece para tratar de ser el hombre ideal.

—No me vas a emborrachar, Colin. No eres mi tipo.

—¿No hay nada que pueda hacer para cambiar eso? —Su dedo recorrió mi brazo.

Empezó a sonar *We Can't Stop* de Miley Cyrus.

«Es nuestra fiesta, podemos querer a quien queramos, podemos besar a quien queramos, podemos ver a quien queramos».

Podría haberme dejado llevar por aquella letra, pero le sonreí, le besé en la mejilla y agarré de la mano a Alba y a Lorena para irnos a bailar. Mientras disfrutábamos, un camarero se acercó a nosotras con una botella magnum^[39] de *Möet*. La descorchó y de nuestra boca salió una sola palabra: fiesta. Bebimos y continuamos bailando. Lo hicimos juntas, con ellos y solas. Sabía a la perfección que refugiarme en aquella música y en las bebidas que teníamos continuamente en las manos no iban a ser la medicina que necesitaba, pero en aquel momento me parecía la mejor idea del mundo.

Media hora después me senté mientras las chicas lo daban todo, absolutamente todo, con la sesión del DJ que acababa de comenzar. Rebusqué un pañuelo en el bolso y vi la luz de mi móvil encendida. Me estaba entrando una llamada de un número desconocido de Nueva York. Finalizó y a los segundos entró una nueva. Me sorprendí al ver el nombre de Susan en la pantalla. Respiré profundamente y respondí. No sabía muy bien por qué lo estaba haciendo, pero la sensación de ansiedad volvió a mí en aquel mismo instante.

—Hola, Susan.

—¿Dónde te has metido? ¿No has visto el millón de llamadas que...

—Susan, lo siento. Estoy bien.

—Necesitaba hablar contigo desde hace días, pero no has contestado a ninguna de mis llamadas. —Su voz se entrecortó y comenzó a llorar.

—Susan, ¿qué pasa? ¿Jason está bien? —Fue el primero que se me pasó por la cabeza.

—Sí, él... Bueno, está enfadado contigo. —Respiró profundamente.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Le prometiste que no le ibas a dejar nunca y cuando Alex ha estado en el hospital y tú no...

—¿Hospital? —No comprendía nada.

—El día que te marchaste, él llegó al aeropuerto para hablar contigo, pero vio cómo tu avión despegaba de la pista y desaparecía en el cielo. Su corazón... —Comenzó a llorar de nuevo.

—Susan, no entiendo de qué va esto. —No me estaba creyendo ni una palabra.

—Tuvo un problema con su corazón. Estaba en observación, pero ha salido del hospital sin el alta médica y no sabemos dónde demonios se ha metido. Tú no sabrás...

—No, Susan. Pregúntale a su cuñada, seguro que se ha refugiado en sus brazos para pasar su luto. Susan, te tengo que colgar.

—Mariola...

—Lo siento, Susan. —Colgué sin dejar que continuase hablando—. ¿Cómo se atreve a meter a su madre en lo nuestro? ¿Se cree que con el truquito de que Alex ha estado en el hospital voy a salir corriendo a verle? —Hablé sola mirando el móvil—. No me puedo creer que ella sea parte de esta mentira.

—¿Qué pasa, Mariola? ¿Estás bien? —Alba se acercó a mí.

—Me acaba de llamar la madre de Alex y no sé si es un truco más para que hable con él. Joder, vaya mierda. —Tiré el móvil al sofá y me pasé las manos por el pelo—. Vamos a por unos chupitos. —Agarré de la mano a Alba y la arrastré hasta la barra—. Seis chupitos de tequila, por favor.

—¿Seis? —Alba me miró con su cara de *estás como una maldita cabra*.

—Tres y tres. Está noche tengo que olvidar, Alba, o acabaré loca de remate.

Comenzó a sonar otra canción y pasó a ser mi favorita. Agarré de la mano a Alba y la llevé hasta donde el resto bailaban. Traté de no pensar en Alex y una gran sonrisa ocultó todos mis

pensamientos. Colin me agarró de la mano para que diese varias vueltas, me tumbó hacia un lado y hacia el otro. Pero en una de las vueltas que hice, vi a alguien allí que no me esperaba y se me paralizó la respiración, era como si estuviese viendo un fantasma, otro fantasma. No, no era Ryan. Mi yo más kamikaze quiso enfrentarse a él.

—¿Me estás siguiendo? ¿O es que eres el nuevo acosador que me ha tocado en el rasca y gana?

—Hola, Paris. —Rud tenía una copa en la mano—. Yo también me alegro de verte.

—¿Qué cojones haces aquí? —Le empujé—. ¿Y qué coño has hecho para tener un ojo morado?

—Vamos a ver, estrellita del pop. Desapareciste y todo el mundo estaba preocupado por ti.

—Ya he hablado con mi familia y saben que estoy bien.

—¿Has atracado una destilería? —Agitó su mano delante de la boca—. ¡Qué aliento! Podrías ser un dragón lanza fuegos si te acercas un mechero.

—Pues cuidadito no te queme. —Traté de irme de su lado, pero me agarró del brazo—. Déjame en paz. Ya no salgo con el imbécil de tu jefe, por lo cual tú ya no eres mi guardaespaldas. Así que adiós. —Me alejé de él.

—Lo que te haya pasado con el jefe no lo pagues conmigo, princesita.

—Se están sorteando tortazos y tienes todos los boletos de la rifa, guapito de cara. —Me acerqué de nuevo a él—. Así que apártate de mi vista antes de que...

—¿Antes de qué? Me he enfrentado a tipos más duros que tú, así que una dulce chica con un vestido o algo que parece un vestido...

—¿Perdona? —Aitana se acercó a nosotros—. ¿Qué problemas tienes con mi vestido?

—Llamarlo vestido es mucho decir. Tela lo que se dice tela, no tiene mucha.

—Imbécil.

—¿Otra princesita? —Sonrió a Aitana.

—¿Tú eres tonto o naciste un día antes? —Aitana le lanzó a Rud una de sus miradas fulminantes.

—¿Otra con una lengua afilada y rápida? Me gusta.

—No estás en mis prioridades esta noche. ¿Ves al moreno de aquel grupo? Pues él es mi plan esta noche. Podrías haber estado invitado a la fiesta, pero... —Aitana chasqueó la lengua—. Vamos, Mariola.

Nos alejamos de Rud y vi que a Aitana se le dibujaba una gran sonrisa en la cara.

—Aitana, que nos conocemos.

—Tal vez le vuelva a invitar a mi fiesta privada, pero me ha encantado cerrarle la boca. Aunque bien pensado se la hubiese cerrado a besos.

Rud no se movió de su sitio mientras la fiesta continuaba.

Media hora después, comenzó a sonar *El tango de Roxanne* de la película *Moulin Rouge* y se apagaron las luces, mientras un solo foco iluminaba el centro de la piscina en la que había una plataforma con dos hombres, una mujer y una barra de *pole dance*. Todos nos acercamos a la piscina para ver mejor el espectáculo que estaba a punto de comenzar.

—¿Estás bien? —Colin se situó a mi lado.

—Sí. —No sonreí por completo por culpa de Rud.

—Si necesitas hablar, estaré por aquí cerca. —Pasó su mano por mi hombro y me pegó a él.

Comenzó el show. Dos hombres en medio del escenario comenzaron a tocar a la bailarina, pasando sus manos descaradamente por su cuerpo mientras la música sonaba. Ella, en un papel perfectamente desempeñado, parecía estar incómoda queriendo librarse de aquellos que la estaba manoseando. Tiraron de la ropa que llevaba y se la arrancaron. Comencé a sentir lo que mismo que ella, las manos de aquel hombre se transformaron en las de Jonathan sobre mi cuerpo. Un

escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

La bailarina se deshizo de los dos hombres y comenzó a girar con sus manos agarradas a la barra. Era increíble lo que estaba haciendo aquella chica. Aquellos movimientos eran sensuales y tan duros a veces, que mi cuerpo respondió con un escalofrío.

Las luces estaban apagadas y solamente se veían destellos de luz rojos y negros. Observé a mi alrededor y mi cuerpo se estremeció, mis piernas comenzaron a temblar. Me aparté de Colin, pasé por el medio de las chicas y empecé a andar hacia el otro lado del local. La música seguía sonando y yo no podía casi respirar.

«Eres libre de dejarme, pero no me engañes. Por favor, créeme cuando digo que te quiero».

Aquellas palabras que retumbaban por los altavoces se me metieron muy dentro de mí. Mis piernas fueron haciéndose más débiles a cada paso que daba y cuando la música se volvió de nuevo más dura mi cuerpo tembló sin control. Allí estaba delante de mí sin apartar su mirada. Estaba delante de él y las palabras no salían de mi boca.

No podía hablar.

No podía pensar.

No podía respirar.

Alex estaba frente a mí en completo silencio. Ninguno de los dos éramos capaces de articular una palabra. Mis piernas no dejaban de temblar y estaba tratando de organizar todo lo que tenía en la cabeza para poder hablar. Los metros que nos separaban fueron los más largos de toda mi vida.

Habían pasado tres o cuatro días desde que salí de aquel despacho sin mirar atrás. Demasiados días sin ver a Alex, al hombre del que estaba absolutamente enamorada y el que me había destrozado por completo con sus palabras.

En el momento en que estuve a un metro de él, algo se apoderó de mí y le pegué una bofetada sin pensármelo.

—¿No se supone que deberías estar en un hospital lleno de cables? —Respiré varias veces profundamente.

—Joder. —Se llevó la mano a la cara—. Controla esas manos.

—Lo he hecho, señor trajeado. —Perdí el equilibrio y me agarró de la cintura—. Tú controla tus manos. —No pensaba dejar que nada me influyese. Ni siquiera aquella sensación de inestabilidad que me daba tenerle tan cerca.

—Mariola, necesitaba hablar contigo. No sabía dónde demonios estabas, donde te habías metido... Por un momento llegué a pensar que Jonathan había aparecido y...

—Hace un momento me ha llamado tu madre preocupada, porque se supone que te has ido del hospital sin el alta médica y has desaparecido. —Le miré a los ojos tratando de averiguar la verdad, pero se quedó callado—. ¿No vas a decir nada? Siempre te quedas callado en el momento en que hay que aclarar las cosas. ¿Sabes qué es lo peor de todo? Que hayáis intentado engañarme con lo de tu corazón. Eso es jugar muy sucio. No sé cómo...

Tiró de mi brazo y me pegó a él. Estábamos a escasos centímetros y su boca se situó muy cerca de la mía. No pude reaccionar, mi cabeza se transportó a nuestros primeros besos, a nuestros ardientes encuentros y todo comenzó a moverse a mi alrededor.

—¿Quieres cerrar tu maldita boca de una vez y dejarme hablar?

Cerré los ojos tratando de tranquilizarme, pero aquella mirada que me estaba lanzando hacía que mi cuerpo vibrase. Seguía teniendo el poder de hacerme sentir aquellos maravillosos escalofríos. Los escasos centímetros que nos separaban me estaban haciendo temer no ser lo suficientemente fuerte para distanciarme de él.

—Solo te daré cinco minutos.

Eché la cabeza un poco para atrás para poder tener una perspectiva mejor de su cara, de sus gestos, para saber si me estaba mintiendo.

—¿Quieres callarte de una puñetera vez? Joder. —La pegué más a mi cuerpo. Necesitaba sentirla cerca. Habían sido demasiados días separados y me había parecido una eternidad. Entrecerré mis ojos y me pasó una mano por la boca tratando de recuperar el aliento—. Siento todo lo que ha pasado, la maldita entrevista, haber hablado con mi cuñada y no habértelo dicho. Joder, Mariola, todo lo he hecho por protegerte y tú huiste. Huiste de mí, de todo lo que teníamos, poniendo miles de kilómetros entre nosotros sin dejar que me explicase. Necesitaba

verte, encontrarte y poder contarte toda la verdad, pero desapareciste. Traté de llegar al aeropuerto, pero entonces... —Agaché la mirada y respiré profundamente.

—¿Entonces qué, Alex? —Noté cómo su cuerpo se tensaba bajo mis manos—. Mira, tuviste tiempo antes de que saliera la entrevista de contármelo todo. Esa misma noche acabé en tu cama, joder. Alex, no puedo olvidarme de ella. Esa mujer que supo tus secretos antes que yo, en la que confiaste antes que en mí, le contaste todo y a mí me trataste como si fuera idiota. Alex, joder... Tú mismo lo dijiste: «Ella es de tu clase y yo solamente aparecí en tu perfecto mundo para pasar un buen rato». No me merezco seguir sufriendo. Estos días me he dado cuenta de que el amor es una mierda. Es una mierda volver enamorarte y que jueguen contigo de nuevo. —Sus ojos comenzaron a brillar y mis manos empezaron a temblar.

—Mariola, no es verdad. No sientes eso. Yo te quiero, joder, lo sabes. No habría cruzado un océano para encontrarte. Mariola, te conozco demasiado bien como para saber cuándo tu sonrisa es auténtica y cuándo quieres esconder algo. Has bebido más de la cuenta y puedes hacer algo de lo que mañana te arrepientas.

—No, Alex. Nunca me arrepiento de mis actos, nunca lo he hecho y nunca lo haré. —Pasó un camarero con chupitos y se las ingenió para coger uno para bebérselo de un trago—. Salud, señor trajeado.

—No voy a dejar que sigas bebiendo y vuelvas con aquel tío que tanto te sonríe. Necesito que hablemos, que dejemos las cosas claras y si después de todo...

—No es bueno para tu supuesto maltrecho corazón, señor trajeado. —Puso su mano en mi pecho y nos separó. El roce por encima de la camisa me hizo temblar—. No es bueno para ninguno de los dos. —Su voz comenzó a temblar. Pasó su mano por mi cara, por el mismo sitio que minutos antes había abofeteado.

Se dio la vuelta sin mirarme y volvió donde estaban sus amigas. Se paró unos segundos en medio de la gente y se pasó las manos por la cara, meneó la cabeza un par de veces y sus hombros se elevaron unos centímetros.

Según llegó a la otra barra, aquel tipo con el que había bailado, la sujetó por la cintura y le dijo algo al oído. Ella sonrió y negó con la cabeza. Mis puños se cerraron a ambos lados de mi cuerpo, no soportaba que aquel tipo estuviera tan pendiente de ella.

No me podía creer que estuviera al otro lado de la pista como si no hubiera pasado nada entre nosotros, quieto, observándome impasible. Noté que las lágrimas iban a comenzar a caer sin control por mi cara y agaché la cabeza tratando de que nadie me viera.

Tenía que recomponerme antes de llegar a la barra, así que me paré detrás de un grupo de personas que seguían mirando el espectáculo de la piscina. Me limpié con cuidado las lágrimas y me pellizqué las mejillas para recuperar algo de color.

—Venga, Mariola, tú puedes.

Lo que no sabía era cómo recuperar la respiración ni cómo acabar con el temblor de mis piernas y, mucho menos, cómo obligar a mi corazón que se tranquilizase. Colin se acercó a mí y le dije que estaba bien, que necesitaba unos minutos a solas. Las chicas me miraron preocupadas y les sonreí, pero no les pareció suficiente y me acorralaron contra la barra.

—¿Qué hace aquí tu guardaespaldas? —Alba también le había visto.

—A mí no me importa que esté aquí. —Aitana ronroneó.

—Si solo fuera él quien está aquí. —Lo dije entre dientes.

—No me digas que...

Las cinco se dieron la vuelta para buscar a Alex entre toda la gente del local y le localizaron rápidamente. No les costó demasiado ya que parecía tener un puñetero foco encima de él. Levanté

la mano y el camarero ya sabía a la perfección lo que estaba bebiendo, optó por dejarme una botella a mi lado. Me llevé una mano a la cabeza pensando en la resaca tan monumental que iba a tener al día siguiente, pero lo único que quería era olvidar que Alex estaba allí. Traté de mantener la compostura, que no se notase que estaba muerta de nervios, que me seguían temblando las piernas y que mi respiración llevaba ya varios minutos descontrolada.

Las chicas comenzaron a preguntarse qué hacía allí, a qué había venido y pude observarle desde lejos sin que me viese. Aquella barba descuidada, el pelo alborotado y el brillo extraño de sus ojos, me querían decir que él también parecía estar sufriendo. En uno de sus movimientos vi su mano derecha vendada. No me había dado cuenta

—Será un capullo, pero está como un puñetero queso.

Sandra le estaba observando fijamente y Alba al verme con los ojos cerrados se acercó a mí.

—¿Estás bien? —Me agarró del brazo y sin abrir los ojos afirmé con la cabeza.

—Se supone que ha estado en el hospital ingresado y ahora está aquí. Y una mierda. —Saqué toda la mala baba que tenía dentro—. Estoy harta de tragármelo todo. —Vi cómo Lorena se colocaba bien el vestido y la paré en seco cuando un dio paso adelante—. Ni se te ocurra. Hemos salido para divertirnos y no quiero que joda la noche. Si quiere quedarse ahí viendo cómo lo pasamos bien, que lo haga. Pero por favor, no quiero que ninguna hable con él. Es un embaucador y en dos minutos caeréis rendidas a sus pies.

—No se ha juntado en su vida con unas como nosotras. Él será quien caiga rendido a mis pies, ya lo verás. —Lorena seguía observándole.

—Solo necesito estar con vosotras.

—Eso está hecho, nena. —Inma me abrazó—. Solo nosotras o lo que quede de aquí a un rato.

Quería enmascarar el dolor que sentía con una gran sonrisa y hasta en aquello Alex me tenía que conocer a la perfección.

—Maldito seas, señor trajeado.

—¿Todo bien, Mariola? —Colin me sonrió poniendo una mano en mi espalda.

—El calor y las luces me agobian un poco.

—Se avecinan problemas. —Escuché la voz de Alba canturreando.

—Ya sabes que estoy aquí para lo que necesites, Mariola. —Colin me pegó a él para que le escuchase bien.

Traté de tranquilizarme, pero ver cómo aquel tío trataba de embaucar a Mariola con sus sonrisas y con frases para llevársela a la cama, me mataba. Necesitaba que Mariola me escuchase y, si después de todo aquello ella decidía mandarme a la mierda, volvería a Nueva York.

—Aparta las manos de ella.

—¿Perdón? —El acompañante de Mariola se estiró como un pavo.

—¿Quién coño te crees que eres? —Mariola sacó su genio que tanto me gustaba.

—¿Por qué no nos dejas en paz y te pierdes? —Aquel rubio se interpuso entre Mariola y yo.

—Aquí el único que se tiene que perder eres tú, así que quita las manos de la cintura de Mariola antes de que...

—¿Antes de qué, Alex? —Agarró mi brazo con su mano y su tacto me hizo temblar—. Olvídate de mí.

—Me vas a escuchar, aunque sea lo último que haga. No seas tan cabezota, maldita sea, Mariola. —Traté de agarrarla del brazo, pero ella se escabulló.

—Creo que Mariola te lo está dejando bastante claro.

—Mira, tío, no sé quién coño eres y la verdad es que me importa una mierda. —Se me estaba

acabando la paciencia—. Mariola, joder, atiende a razones.

—Colin, ¿bailamos? —Una de las amigas de Mariola se dio cuenta de la tensión y se llevó al rubio.

—Si te lo quieres quitar de encima, llámame y te vengo a rescatar. —Me miró de reojo y besó la mano de Mariola.

—No hace falta que...

El tal Colin se marchó y Mariola me volvió a mirar con unos ojos que amenazaban una gran tormenta.

—¿De qué coño vas? —Me pegó un empujón en el pecho—. Apareces aquí con ese aspecto descuidado, para hacerme volver a sentir lo que he tratado de olvidar estos días.

—¿Pretendes que vea cómo ese tío trata de meterse en tus bragas y no haga nada? —Noté cómo mi respiración se aceleraba.

—Vuelve con tu cuñada y déjame en paz. Solamente quiero disfrutar y pasármelo bien, sin que vengas tú a decirme lo que tengo o no tengo que hacer. —Cogió una copa y se la quitó de las manos—. No eres nada mío.

—Creo que has bebido suficiente hoy. —Dejó la copa y puse cada una de mis manos encima de la barra, atrapando a Mariola en medio. Estábamos a escasos centímetros y mi pecho empezó a bombear sangre demasiado rápido. Mi corazón no me daba tregua.

—Aléjate de mí o sufrirás las consecuencias. —Entrecerró sus preciosos ojos.

—Ya las estoy sufriendo. Desde que te fuiste de mi despacho no ha habido un segundo en el que no me sienta como un auténtico imbécil por haberte dejado escapar sin contarte toda la verdad de lo que pasó. Me volví loco cuando no te encontré y cuando vi que tu avión había despegado sin saber a dónde te dirigías creí morir.

—¿Qué creíste morir? Pues metete en un vuelo de diez horas en un cubículo del que no puedes salir y que se te agote el aire, que no puedas respirar y que tu corazón se pare por segundos. Que el dolor que te está comiendo por dentro no te deje ni hablar ni respirar ni moverte. —Dejó de hablar y noté cómo trataba de tragar saliva, pero le costaba hacerlo—. Eso es todo lo que tu maravillosa entrevista me provocó. Un dolor que jamás imaginé sentir por tu culpa. Así que no me hables de dolor. —Apartó su mirada de la mía y vi cómo negaba con la cabeza, lo que supuse que era la respuesta a alguna pregunta desde la distancia de sus amigas.

—Por favor, Mariola, debes escucharme. He hecho mucho por ti y...

—¿Y yo no he hecho nada? No me jodas, Alex.

—No he dicho eso. Has hecho más de lo que imaginas.

El sonido de unos fuegos artificiales que venían de la playa despistó a Alex, y al darse la vuelta para ver de dónde provenía el ruido, aproveché para escapar de la barra. Fui al sofá a recoger mi bolso y les dije a las chicas que iba a tomar un poco el aire a la playa. Todas quisieron venir conmigo, pero tras dos negativas casi enfurecidas me fui sola. Traté de que Alex no me viera, que ni siquiera tuviera la menor oportunidad de seguirme. Necesitaba alejarme de allí, pero sobre todo de él.

Todo comenzó a darme vueltas en el momento en que bajé las escaleras y puse los pies en la arena. Tiré al suelo los zapatos junto con el bolso y apoyé mis manos en las rodillas. Mi cabeza comenzó a dar vueltas y mi estómago reclamaba una tregua a gritos.

—¡Joder, Alex!

Grité lo más fuerte que pude tratando de liberar toda la tensión que tenía acumulada en mi interior. No se me había pasado por la cabeza encontrármelo en aquella fiesta. No estaba preparada para enfrentarme a él, a sus ojos...

—Mariola. —Escuché mi nombre.

—Joder. —Recogí el bolso y las sandalias, pero Alex me alcanzó en la arena. Me sujetó suavemente—. Que me sueltes, joder. —Le grité y me quité el par de lágrimas que me habían caído.

—No llores, nena.

—En tu vida vuelvas a llamarme así, perdiste ese derecho. —Me solté de su mano y comencé a andar.

—No me voy a apartar de ti, aunque me lo pidas, aunque me lo grites.

—¿Qué no? —Me di la vuelta con una gran sonrisa sarcástica—. Soy capaz de hacerte tanto daño, que no me querrás volver a ver en tu vida. —Me di la vuelta y continué caminando, suplicando interiormente que no me siguiera—. Pero ¿por qué demonios hablo con él?

—No serías capaz de hacer eso, Mariola. Nada de lo que puedas decirme o hacerme sería el detonante para que no quisiera volver a verte. —Noté cómo su mano agarraba la mía y tiraba para pararme—. Nada. —Me pegó a él y mi cuerpo vibró al notar el suyo tan cerca de nuevo. Su olor se metió dentro de mí y cerré los ojos—. No hay nada que puedas hacer. —Abrí los ojos y los suyos estaban fijos en los míos.

—¿Quieres apostar tu corazón a ello? —Sus labios estaban demasiado cerca de los míos, una de mis manos fue a subir, pero sus reflejos fueron más rápidos y me la agarró.

—Por ti apuesto hasta mi alma, nena.

Traté de empujar con mi cuerpo el suyo para apartarme, pero al dar un paso atrás, la arena se movió y caímos por culpa de un pequeño agujero. Alex terminó sobre de mí.

—Joder.

—¿Te has hecho daño? —Me agarró de la cara y sus dedos acariciaron mis mejillas.

—Eso debiste pensarlo antes de hacer la entrevista. —Abrí la boca y suspiré cerrando de nuevo los ojos—. Quítate de encima, por favor.

—No quiero, Mariola. No quiero.

—Quítate de encima, por favor. —Lo repetí alzando la voz.

—Eres una maldita cabezota. —Se levantó y comenzó a caminar sin alejarse—. Te obcecas en tener la verdad absoluta de todas las cosas y al resto que nos jodan. Mariola, por favor. ¿Quieres saber si de verdad estuve en el hospital? Como veo que no confías en mí una mierda, hay alguien que te lo dirá. —Sacó su móvil, habló con alguien y se agachó para entregarme el teléfono.

—Soy el doctor del señor McArddle. Supongo que usted es el motivo por el que mi paciente ha salido del hospital sin el alta médica, sin consultarlo con nadie, desapareciendo en medio del tratamiento. —Le miré a los ojos y dudé unos segundos, pero no pensé que aquel hombre con el que estaba hablando fuera realmente un médico. ¿O sí lo era y todo era verdad? —. Espero que al menos haya merecido la pena su salida furtiva del país. Cuide de él, señorita. —Me colgó sin poderle decirle nada.

—¿Ahora me crees?

—Tal vez no sea nada más que otra de tus artimañas. ¿Cuál es la excusa para la entrevista?

—He removido cielo y tierra para encontrarlo. —Se sacó del bolsillo un *iPod* y me lo ofreció—. Escúchalo. Ahí tienes todas las respuestas a las millones de preguntas que te estarán rondando por la cabeza. Así que escúchalo. —Me ofreció su mano para levantarme y la rechacé—. He hecho lo imposible por encontrarte, por venir aquí a explicártelo todo y lo único que he recibido son malas contestaciones por tu parte. Así que, Mariola, lo que hay ahí dentro es lo que nos separa. Si quieres creerme, genial. Si no te apetece escucharla y seguir creyendo la historia truculenta que te has montado en la cabeza, adelante. Pensé que en persona podríamos tener una

conversación de adultos, pero te estás comportando como una niña malcriada. Eres la persona que más me ha importado en la vida, pero mi corazón no aguanta más. Adiós, Mariola.

Vi cómo se alejaba sin mirar atrás, sin dudar ni un momento y mi corazón dio un vuelvo. ¿Yo niña malcriada? ¿Quién coño se creía que era?

—Imbécil. —Ni siquiera se dio la vuelta al escuchar mi insulto.

Mandé un mensaje a las chicas para que no se preocupasen, diciéndoles que estaba demasiado borracha como para seguir de fiesta y que me iba a casa. Era la mejor manera de que no apareciesen por allí en varias horas.

Al entrar en casa dejé las sandalias encima de la alfombra y tiré el bolso al sofá. Dejé el *iPod* en la encimera y lo observé como si no me creyese que allí dentro podía estar la respuesta a todo lo que había ocurrido. Mis ojos se quedaron fijos en aquel cacharro y mi estómago se revolvió haciéndome correr al baño. Una arcada me sobrevino haciendo subir por la garganta los restos de alguno de los chupitos.

Apoyé mis manos en el lavabo y me quedé observándome fijamente. Me pasé los dedos alrededor de los ojos para eliminar el rastro del rímel corrido y los ojos de Alex se me aparecieron en el espejo. Cerré los míos y al volver a abrirlos no estaba. Su imagen había desaparecido, pero su entrevista estaba esperándome en la cocina. La verdadera entrevista según él.

Me senté en un taburete de la cocina y cogí el *iPod*. Me daba pánico escuchar de su boca todo lo que había leído, pero tras coger varias veces aire, lo encendí, me puse los cascos y le di al *play*. No reconocí las voces que escuchaba. Era una conversación entre varias personas que no parecía aclararme nada. Al principio era una conversación organizando la entrevista. De repente la voz de Alex se escuchó por encima de las demás. Con tan solo un buenos días mi piel se erizó. Cogí una botella de agua y salí a la terraza, me tumbé en una de las hamacas y continué escuchando atentamente.

Era una cabezota, pero era la mujer de la que estaba enamorado. Apostaría mi corazón y mi alma por ella, y lo había hecho, pero ella parecía no querer saber nada de mí. Estaba enfadado con ella por no dejarme hablar, por no dejarme contarle toda la verdad y por no permitirme explicarle lo que había pasado, pero su maldita boca no se mantuvo cerrada ni un segundo y aquello me sacaba de quicio. Mi corazón no debía sufrir por prescripción médica. Cogí el coche y se me olvidó hasta que Rud estaba allí. Cuando llegué al hotel le mandé un mensaje diciéndole que tenía la noche libre. Me quité la ropa y al ir al baño me miré en el espejo, tenía ojeras, la barba descuidada y un brillo en los ojos provocado por las palabras de Mariola. Puse las manos en la encimera del lavabo tratando de tranquilizarme, pero mi corazón comenzó a latir más rápido. Busqué en el neceser las pastillas que el médico me recetó. Necesitaba descansar, dormir y no pensar más en ello. No sabía si aquellas últimas palabras que le había dicho a Mariola iban a ser el detonante de que ella reaccionase o del último adiós.

Me acosté en la cama y traté de tranquilizarme, de no pensar y de dormir. Pero la imagen de aquel tío agarrando la cintura de Mariola rondaba por mi cabeza. Me hubiera encantado que hubiera sido yo con el que bailaba, con el que hablaba y con el que sonreía. Que su sonrisa sí fuese sincera conmigo.

¿Y si no quería volver a verme nunca más?

¿Y si no la conocía tan bien?

¿Y si aquella sonrisa era sincera y se la estaba regalando a alguien que no era yo?

Me tuve que quitar los cascos un par de veces durante la entrevista. Su voz asumiendo la culpa de la muerte de aquella chica me hizo levantarme de la hamaca y alejarme unos segundos. No podía seguir escuchando aquello.

El sol comenzaba a salir. Estuve un buen rato tratando de decidir si quería acabar de escuchar aquella grabación o no. Tenía que tomar una decisión: escuchar aquella entrevista al completo u olvidarme de Alex y creer todo lo que se publicó en la revista.

Me senté en la esquina de la cama llevándome las manos a la cabeza, apoyando mis codos sobre mis piernas tratando de recomponer mis ideas. La cabeza comenzó a darme vueltas. Sin dormir y con restos de alcohol en mi cuerpo, no era capaz de pensar con demasiada claridad. Me puse una sudadera y salí de nuevo a la terraza con una gran taza de café. Me quedé observando el sol mientras salía por el horizonte y comprendí que solo había una salida para aquello: terminar de escuchar aquella maldita entrevista. Al ponerme los cascos de nuevo decidí abrir la mente y escucharla entera, pasase lo que pasase, saliesen de la boca de Alex las palabras que saliesen.

Noté la forma en que la entrevistadora atacaba a Alex y cómo él trataba de defender algo indefendible en un principio, pero todas aquellas palabras que escuchaba, las acusaciones y toda la mierda que estaba sacando aquella arpía me estaba matando por dentro lentamente.

Una hora después volví a darle al *play*, necesitaba escucharlo todo de nuevo. Y lo hice tres veces más. No quería perderme ningún detalle, ninguna palabra con doble sentido que luego Alex pudiera rebatirme.

—Joder, Mariola. —Me levanté de la hamaca muy enfadada—. Pero ¿qué coño has hecho?

—¿Qué demonios es ese infernal sonido? —Lorena gritó afónica desde el sofá.

—Lo siento, es mi móvil. —Traté de buscar mi bolso entre ellas dos—. Ayer lo dejé por aquí.

—¿Es lo que vibra? —Inma metió la mano debajo de su cuerpo—. Ya decía yo que estaba teniendo un muy buen sueño. —Sacó mi móvil de su culo.

—¿Sí? —Las miré y volvieron a desmayarse en el sofá.

—¿A ti te parece normal lo que has hecho? Nos has tenido a todos en vilo sin saber qué coño estaba pasando, Mariola. Ya eres mayorcita como para hacer estas cosas.

—Sonia, para, por favor. —Me fui a la habitación.

—No paro, Mariola. ¿Sabes por lo que hemos pasado? No nos diste ninguna oportunidad de ayudarte. —Escuché cómo respiraba profundamente.

—Entiendo que estéis enfadados conmigo, pero necesitaba salir de allí.

—Coño, alguien que necesita despejarse se va a otro estado, no a diez mil kilómetros de distancia. —Mientras ella hablaba, yo me estaba poniendo unas zapatillas.

—Lo siento mucho. —Empezaron a caerme lágrimas de la impotencia que tenía en aquel momento.

—Lo siento. No quería ser idiota, tú sufriendo por todo lo que está pasando, por lo de Alex...

—Ayer cuando le vi...

—¿Cómo que cuando le viste?

—Está aquí o al menos hace unas horas estaba aquí.

—Se fue del hospital sin el alta médica.

—¿Es verdad lo del hospital?

—Claro que es verdad.

—Joder, soy rematadamente estúpida. —Me llevé la mano al corazón y me miré en el espejo—. Luego hablamos. —Cogí las llaves del coche de Aitana, la cartera y salí corriendo de la casa para montarme en el coche—. Hablamos.

—No te atrevas a colga...

No le dejé terminar la frase y le colgué. No tenía ninguna palabra para describir cómo me sentía en aquel momento. Cogí el coche y salí de la urbanización sin pensármelo dos veces. Al incorporarme a la autovía varios minutos después, las lágrimas casi no me dejaban ver la carretera. Me sentía la persona más ruin del mundo. Él había cruzado el océano para encontrarme y explicarme todo, y yo lo único que hice fue mandar a la mierda. No cerré mi maldita boca. Sus últimas palabras aún las oía en mi cabeza: «*Adiós, Mariola*». Puse una barrera delante de mí y traté de echarle a patadas. Era más fácil tratarle mal y que desapareciese, a reconocer que le quería, aunque me hubiera hecho tantísimo daño.

—¿A dónde vas, Mariola? Ni siquiera sabes si sigue aquí. —Di el intermitente y crucé los tres carriles casi sin mirar. Recibí varias pitadas y levantamiento de dedos—. Que os jodan. —Cogí mi móvil—. Si aún siguen aquí Rud es el único que puede ayudarme. —Marqué y dieron como seis tonos antes de que su voz de ultratumba contestase a la llamada.

—¿Qué quieres, princesita?

—¿Dónde está alojado Alex? —Escuché un carraspeo—. Rud, contéstame o te busco y te juro que te arranco los pelos de las pelotas uno a uno.

—Después de lo que pasó ayer, ¿crees que es bueno que le vayas a ver?

—Rud, no me toques... —Respiré hondo—. Por favor, Rud. Necesito hablar con él. —Mi respiración se aceleró tanto que tuve que bajar las ventanillas.

—Mariola, tranquila. No te voy a decir que está alojado en una de las villas deluxe del hotel Don Carlos. No te digo que es la última, como tampoco te voy a decir que hoy a la noche volvemos a Nueva York, porque me matará. Pero como tú eres una chica muy lista, seguro que lo habrías adivinado tarde o temprano. Preciosa, voy a darte un consejo, aunque no te guste. El jefe lo ha pasado muy mal estos días y solamente tú puedes solucionar todo. Salió del hospital sin decírselo a nadie y llamó a Ryan para que usase todos sus contactos y te encontrase. Necesitáis hablar y dejar las cosas claras. Mi consejo: si os queréis, siempre hay una solución. No dejes perder al amor de tu vida, porque te arrepentirás el resto de tus días.

Todas las palabras que Rud me estaba diciendo ya me las había dicho yo a mí misma. Todo en la vida tenía solución, pero la forma en que le había tratado ... Era muy probable que no me quisiera ni ver ni escuchar. Tenía que plantarme delante de él y rezar por que me quisiese escuchar.

En menos de quince minutos estaba en el hall del hotel rogándole al recepcionista que me dejase pasar. Me miró de arriba abajo. No estaba vestida adecuadamente según él para entrar en el lujoso hotel. Llevaba el mismo vestido que la noche anterior, una sudadera de la universidad de Salamanca y unas deportivas de Aitana. Tras varias negativas y, unos cuantos gritos por mi parte, el personal de seguridad acabó echándome de allí.

Estuve delante del hotel quince minutos trazando un plan para poder entrar y en el momento en que vi que los de seguridad se alejaban de la puerta y, el recepcionista estaba dando la bienvenida a un grupo de clientes, lo tuve claro. Tenía que entrar disimuladamente y correr sin mirar atrás hasta la maldita villa para hablar con Alex.

En un momento de despiste del los de seguridad, entré ocultándome tras un grupo de clientes y según crucé la cristalera que daba a los jardines, eché a correr como si el demonio me estuviera persiguiendo. Los de seguridad se dieron cuenta y comenzaron a perseguirme. Me estaba quedando sin aliento, pero no iba a parar hasta llegar a la villa. Tres hombres me perseguían gritando por el campo de golf y, los jugadores me miraban como si hubiera robado el Banco de

España, mientras esperaban a que me sacase mi culo del *green*.

Tras cruzar la última parte del campo, vi la villa en la que se suponía que estaba Alex. Empleé las últimas fuerzas que me quedaban. No pensé que aquel hoyo de golf fuese una trampa, pero tras saltar por encima de lo que pensé que era un pequeño montículo, acabé rodando por el suelo hasta parar contra un arbusto.

—Dios, qué leñazo. —Me levanté rápidamente y mientras seguía corriendo me sacudí un poco la ropa que estaba llena de restos de verdín.

Al llegar a la puerta metálica que daba la entrada a la villa, la abrí para después cerrarla apoyándome en ella, echando la llave que estaba puesta. Descansé unos segundos sobre mis rodillas tratando de recuperar un poco la respiración, mientras escuchaba los gritos de los de seguridad desde el otro lado de la puerta.

Unos segundos después ya no los escuché y supuse que iban a entrar por algún otro sitio a la villa para sacarme de allí. Subí por las escaleras que daban a la parte de arriba y al subir el último par de escalones vi a Alex dentro del salón preparándose un café. No podía casi dar un paso sin sentir un terrible dolor en las piernas. Me temblaban por la mezcla de nervios y agujetas que estaban empezando a atacar mis músculos. Tenía un millón de cosas que decirle y parecía que de mi boca no iba a salir ninguna palabra, al menos ninguna coherente. Me acerqué a la puerta corredera que daba a la pequeña cocina y me apoyé observándole. Solo llevaba puesto un pantalón y tenía el pelo aún mojado.

Al darse cuenta de que estaba mirándole fijamente, se dio la vuelta cruzándose de brazos. No estaba sorprendido al verme allí, estaba enfadado, muy enfadado.

—¿Qué demonios haces aquí? —Su cuerpo se tensó.

—Necesito que hablemos. —Me pasé la mano por la boca tratando de tranquilizarme y escondí mis manos en mi espalda para que no me viese temblando.

—¿Ahora tú quieres hablar? Tal vez sea demasiado tarde.

Escuchamos unos nudillos en la puerta principal.

—Lo vas a tener muy fácil si no quieres hablar conmigo, porque los de seguridad del hotel están llamando a tu puerta para echarme de aquí.

—¿Qué has hecho? —Me miró y levanté los hombros sin responderle—. No sé por qué no me sorprende que te estén buscando. —Fue lentamente a la puerta y abrió.

—Buenos días, señor. Lamentamos molestarle, pero una persona se ha colado en el hotel y ha llegado hasta aquí corriendo. Lamentamos enormemente no haberla podido parar, pero si nos permite, la sacamos de aquí. —Alex se dio la vuelta y me miró con los ojos abiertos.

—¿Colado?

Yo me estaba mirando los pies con la cabeza agachada y al levantar la vista Alex me estaba mirando sorprendido. Abrí mucho los ojos y afirmé con la cabeza mientras me mordía el labio inferior. Noté cómo su sonrisa se ladeaba lentamente.

—No es peligrosa, al menos no de la manera que ustedes creen. Todo está bien.

—De acuerdo, señor. —El de seguridad me miró y entrecerré los ojos mandándole a la mierda mentalmente—. Disfrute del día.

Alex cerró la puerta y se situó delante de mí muy serio, observándome fijamente.

—Así que te has colado en el hotel y has llegado hasta aquí corriendo. Ahora lo entiendo esos restos de hierba y el color de tus rodillas. —Me miró de arriba abajo y por primera vez me sentí intimidada. Me quitó un par de hierbajos del pelo enseñándomelos—. ¿Estás estudiando la flora autóctona?

—Yo... —Me sacudí un poco el pelo.

—¿Agua? —Afirmé con la cabeza y sacó una botella de la nevera. Al entregármela, nuestras manos se rozaron y noté cómo todo mi cuerpo se estremecía.

—Gracias. —Le pegué un gran trago sin dejar de mirarle—. Gracias.

—¿A qué has venido? Ayer dejaste todo muy claro, Mariola. Tú tu vida, yo la mía. Más claro no lo pudiste dejar. Yo no puedo más con esta situación, así que en unas horas me iré y te dejaré en paz. No volverás a saber nada más de mí. Eso es lo que quieres y lo acepto y...

—¿Quieres callarte de una vez? —Me acerqué a él, pegué su cuerpo al mío y le besé sin pensármelo.

—¿Qué haces? —Se apartó de mí y se sentó en un taburete. Yo me situé de él, manteniendo una distancia prudente.

—Necesito que me escuches, por favor.

—Tienes los mismos cinco minutos que tú me diste ayer. —Se pasó la lengua por los labios como si estuviese saboreando el fugaz beso.

—Eres idiota.

—Si has venido a insultarme ya puedes salir por dónde has venido. —Me señaló la puerta.

—Eres idiota. Te has ido del hospital sin el alta médica, has cogido un vuelo de muchas horas y te has plantado aquí sin saber lo que te ibas a encontrar. Has dejado a todo el mundo preocupado por si te ocurría de nuevo lo mismo, sin saber dónde coño estabas, desoyendo los consejos de los médicos. —Mi respiración se había descontrolado—. Joder, Alex. Si te llega a pasar algo... —Entrelacé mis manos y agaché la cabeza—. Alex, necesitas que te vea un médico.

—Me hicieron pruebas y estoy bien. Fue solamente un cúmulo de situaciones y al final lo que más dañado salió fue mi corazón. —Se levantó y se situó delante de mí. Pasó su mano por mi pelo quitándome más hierbajos del pelo.

—Yo... —Me quedé muda ante su tacto.

—Mariola, ¿qué has venido a hacer aquí? No tengo tiempo. —Me miró fijamente y mis piernas temblaron.

—Soy imbécil, Alex, soy una completa idiota. Te juzgué sin darte tiempo a explicarme las cosas y he venido a decirte que siento mucho cómo te he tratado, cómo te he hablado y cómo he maldecido haberte conocido y haber confiado en ti. —Balanceé la cabeza poniendo en orden todo lo que tenía en la cabeza que le quería decir—. Pero soy aún más imbécil por haber tenido que oír la entrevista real. No tenía que haber desconfiado de ti. Me he dejado llevar por la ira que me empezó a comer por dentro cuando la leí y vi su foto. —Alex me seguía mirando fijamente sin decir nada y las lágrimas estaban empezando a hacerme titubear—. Me he sentido como una auténtica mierda cuando la he escuchado. Han sido cuatro veces, de principio a final. Y todo lo que te dijeron, todos los ataques de esa cabrona... Siento mucho que hayas tenido que pasar por todo eso para protegerme, para que yo estuviera a salvo. —Respiré profundamente un par de segundos—. Y yo te lo pago desapareciendo, alejándome de ti, de la persona que más quiero en este mundo. Y me arrepentiré el resto de mi vida por haberte perdido, por haber dejado escapar lo único bueno que he tenido en mucho tiempo.

—Mariola...

—No, por favor. —No le dejé terminar—. Tengo que decirte muchas cosas. Te quiero, Alex, no he dejado de quererte ni un segundo, pero esa entrevista... esa maldita foto me mató. Me mató por dentro y quise odiarte, quise hacerlo con todas mis fuerzas para no sufrir tanto, pero no he podido. No sé cómo te las has ingeniado, pero entraste en mi corazón para quedarte y no hay quien te saque de ahí. Me encantaría decirte que todo es fácil, que se hace borrón y cuenta nueva. Pero los dos hemos sufrido y no es así de simple. Nos hemos hecho mucho daño. —Comencé a llorar—.

Yo seguramente más, porque soy así de cabrona cuando me hacen daño. Lo siento, siento mucho todo lo que te dije ayer. No lo sentía. Solamente quería hacerte daño. Lo del hospital me sonó a treta para hacerme sentir mal. No quería reconocer que por mi culpa te hubiera podido pasar algo grave, que tal vez tú pudieras...

—Cállate, Mariola.

Sus manos agarraron ambos lados de mi cara, acariciando las lágrimas que caían tratando de secarlas. Se acercó a mí y se quedó a escasos centímetros de mi boca. Notaba su aliento con olor a café, aquellos labios que tanto quería besar rozaron los míos. Cerré los ojos y Alex no se movió. Nuestras respiraciones aceleradas comenzaron a acompasarse.

—Mírame, Mariola. —Me pidió abrir los ojos—. Si he venido hasta aquí es por que te quiero, porque necesitaba hablar contigo y porque no quiero separarme de ti nunca. —Negaba con la cabeza dando énfasis a sus palabras—. Sabía que no iba a ser bien recibido, pero era mi último cartucho. Tenerte frente a frente y decirte que te quiero. Que no hay nadie más en este mundo que me haga sentir como tú lo haces. Me haces sentir especial, amado y protegido. Te quiero, Mariola, cabezota, tozuda, malhablada y dura Santamaría. Y eso no habrá nada que lo cambie.

Su boca se pegó a la mía, paseando su dulce lengua por mis labios. Mi boca le recibió sin ninguna duda. Era un beso que llevaba ansiando desde que me marché de su despacho. Pasé mis manos por su pelo y acaricié su nuca. Necesitaba besarle, acariciarle y hacerle sentir que le quería, que le deseaba y que le necesitaba a mi lado. Bajó sus manos acariciando mi cuello, mis brazos y las entrelazó con las mías. Cuando se separó, tiró de mis manos y me pegó a él abrazándome, haciéndolo tan fuerte que noté cómo todos sus músculos se tensaban. Acaricié su espalda, sabiendo que después de contarle mi secreto podía ser la última vez que la acariciaba.

—Alex, tenemos que hablar. —Me solté de él.

—Supongo que querrás saber más sobre mi cuñada.

—Creo que es mejor que nos sentemos.

—¿Qué pasa, Mariola? —Le agarré de la mano, salimos a la terraza y nos sentamos.

—No sé qué pasará después de que te lo cuente, pero necesito hacerlo. —Le agarré de la mano—. Necesito quitarme esta mierda de encima. —Supe que era el momento de enseñar mis cartas—. Aunque sea tarde, necesito hacerlo, quiero ser completamente sincera contigo.

—Mariola, no necesito...

—Jonathan va a soltar esta bomba antes o después, sé que es la carta que tiene guardada. Es algo de mi pasado de lo que no me gusta hablar y nunca pensé que tendría que volver a revivirlo, pero es el momento, Alex. Si después de esto no quieres volver a saber nada de mí, lo entenderé.

—Mariola, me estás asustando. —Su cara era una mezcla de tensión y preocupación.

—Sabes que cuando llegué a Nueva York con mis sueños y mis deseos de comerme la ciudad, la ciudad me engulló y escupió. Conozco a Jonathan desde hace muchos años, de antes de ser pareja. Fue una de las primeras personas que conocí cuando llegué. Empecé a hablar con él y era amable, divertido y parecía una buena persona. El trabajo como ya te conté fue una pesadilla. El día que me despidieron dejándome en la calle sin una sola explicación, necesitaba un hombro sobre el que llorar y llamé a Jonathan. Aquella tarde traté de comprender el motivo, ya que no me dieron una explicación coherente. Me dijo que él podía ayudarme, que no era un trabajo al uso, que sería como su ayudante o algo así. Al llegar a aquella fiesta me presentó a un amigo y pasé toda la noche con él. Cuando terminó la fiesta me llevó al hostel y se marchó. Al día siguiente recibí una caja con una pulsera y una nota agradeciéndome la compañía. Nunca nadie me había hecho algo así, por lo que llamé a Jonathan para contárselo. Me dijo que el hombre estaba muy agradecido y que se lo había pasado muy bien.

—Eso no es nada malo.

—Eso no es todo. —Respiré profundamente tratando de reunir todo el valor posible—. Todo aquello quedó de lado cuando rompí con Jonathan la primera vez, porque desapareció de mi vida como un maldito fantasma. Unos meses después me llamó pidiéndome perdón y, aunque no estábamos juntos como pareja, quiso echarme otra mano con el trabajo. Jonathan se dedicó a invitarme a fiestas y él siempre me decía que algún día se lo agradecería. Cuando llegábamos a las fiestas, siempre me dejaba con el que se suponía que era algún amigo suyo y él se iba a hacer negocios. Yo no sabía de qué iba todo aquello. Aquellos hombres eran interesantes y la verdad es que disfrutaba de esas noches. En una de las fiestas el tipo con el que estaba me invitó a su habitación. Entonces era libre y decidí disfrutar. Cuando llegamos a la habitación... —le miré y vi cómo cerraba los ojos—. Ya sabes lo que pudo pasar en aquella habitación y cuando nos marchamos me dio un pequeño sobre. Me dijo que eran las invitaciones para una ópera al día siguiente con su número de teléfono. No le di importancia y lo metí al bolso. Quedé con él unas cuantas noches más y siempre acabábamos en algún hotel. —Cerré los ojos y reuní todo el valor—. Hasta que una noche me dejó mil dólares encima de la mesilla. No sabía a qué venía aquello. Su respuesta fue que era el dinero de aquella noche, que no iba a ver a Jonathan porque salía de viaje un par de semanas. Que... —Tragué saliva nerviosa—. Que era el dinero por mis servicios. Me quedé sin saber qué decir, no supe qué responder. Se marchó de la habitación y me sentí como una puta a la que habían vendido a cambio de mil dólares por noche. —Alex soltó mi mano—. Salí de aquel hotel llorando y maldiciendo a Jonathan.

—¿Te vendiste? —Se levantó de la silla empujándola para atrás con fuerza.

—No, Alex. Yo no lo sabía. Yo...

—¿Después de todo aquello seguiste con él? —Me miró fijamente—. No lo entiendo, Mariola.

—Él me juró y perjuró que no fue así. Que todo aquello que aquel hombre me contó no era verdad. Que le había jodido un negocio y aquel tío quería devolverle con la misma moneda. Que trató de hacerle daño a él a través de mí. Que él nunca me vendería. —Me levanté y traté de acercarme a él.

—No lo entiendo, Mariola.

—Cuando le pillé engañándome, lo confesó. Mil dólares por cada noche que yo pasé con aquel tipo fue el dinero más fácil que consiguió en toda su vida. Que era un gran negocio.

—Yo... no... —Sus ojos me miraron de arriba abajo, pero de su boca no salió ni una sola palabra. Me sentí juzgada.

—Esta soy yo. Alguien a la que engañaron en su pasado y por eso desconfía de los hombres. Cuando Jonathan me rompió el corazón juré no volver a enamorarme y después de mucho tiempo apareciste tú.

Estuvo callado observándome. Su cuerpo se había tensado de tal manera, que las venas se le marcaban por los brazos. Estaba enfadado, decepcionado y dolido. Si se lo hubiera contado antes, tal vez no hubiéramos avanzado en nuestra relación y ninguno de los dos estaríamos sufriendo en aquel momento.

—Lo siento, Alex. —Di un paso atrás—. Siento muchísimo habértelo ocultado y haber sido tan cobarde de no contártelo antes. Esta noche te estaré esperando en el *Kala Kalua* a las ocho. Hiciste que rompiera el caparazón que me había creado ante el amor y los hombres. Poco a poco me hiciste abrirme, hasta enamorarme locamente de ti. Si no vienes hoy asumiré que todo ha terminado entre nosotros. —Me estaba matando la mirada de Alex—. No puedo seguir viendo cómo me miras y me juzgas en silencio. Lo siento, Alex. Siento muchísimo la decepción y el daño que te acabo de provocar. Nunca en la vida te haría daño deliberadamente. Te quiero Alex y

siempre te querré.

Salí de la villa sin mirar atrás.

Atravesé todo el campo de golf hasta llegar a recepción donde había dejado aparcado el coche de Aitana. Rompí a llorar en cuanto cerré la puerta. Le había contado mi secreto y no tenía ni idea de cuál iba a ser su reacción. No tenía ni idea de si iba a acudir a la cita tal y como le había pedido o iba a desaparecer de mi vida para siempre.

Apoyé la cabeza en el volante y me di pequeños golpes en la frente con él. Me limpié las lágrimas y busqué mi móvil para llamar a Aitana. Necesitaba un poco de su ayuda. Estaba decidida ir a por todas. Estaba jodida, pero decidida.

—Aitana, te necesito. Te recojo en diez minutos.

—No vas a tardar tanto.

—Hola, Paris. —Escuché la voz de Rud por detrás.

—La madre que te parió. —Miré a la puerta del hotel y estaban saliendo los dos—. Pero... — Les señalé sin creérmelo.

—Buenos días. —Aitana me dio dos besos.

—Me parece increíble. ¿Vosotros dos...

—Paris, que no te dé un ataque de los tuyos. —Rud tenía una sonrisa estúpida en la cara.

—¿Y a ti qué demonios te ha pasado? ¿Te has arrastrado por el campo de golf de rodillas? — Aitana me señaló.

—No tengo tiempo para explicaciones ahora mismo.

—¿Has podido hablar con él? —Rud ladeó la cabeza buscando mis ojos.

—Sí y le he contado todo. Todo lo que no sabía y su mirada ha sido horrible. No sé si le he perdido para siempre, pero necesito creer que acudirá a nuestra cita esta noche y tiene que ser perfecta. Así que montaos conmigo en el coche que tengo que hacer muchas cosas. —Me monté y los dos se quedaron fuera sin saber qué estaba pasando—. Al coche ya.

Aitana se merecía saber la verdad y Rud, bueno, si no lo sabía por mí lo iba a saber pronto. Así que solté la bomba. Aitana maldijo a Jonathan, mientras Rud se dedicó a negar con la cabeza y a apretar los puños. Su reacción me dio a entender muchas cosas.

—Rud. —Miré por el retrovisor para mirarle—. Siento haber desconfiado de ti, pero es que después de todo lo que ha pasado, no me fio de nadie que haya entrado en mi vida últimamente. Jonathan va un paso por delante. Lo siento mucho, de verdad.

—Entiendo tu reacción aquel día. No entendía por qué desconfiabas de mí, pero después de saber lo que pasó en el bosque, después de ver los informes... Aquel sobre que faltaba en el tuyo, supuse que algo grave habían descubierto. Investigué un poco más y descubrí por qué Jonathan te estaba chantajeando. No te quise decir nada porque no es asunto mío, pero por eso te dije que debías hablar con el jefe. Os merecéis ser felices, pero vuestros secretos os estaban atormentando.

—Cariño, lo que esté en mi mano lo haré. ¿Qué necesitas?

—¿Aún tienes aquel amigo director del Meliá Don Pepe?

—Sí. —Me miró sin saber muy bien por dónde iba.

Pasamos por el hotel para hablar con él. Necesitaba que aquella noche fuese perfecta, claro, en caso de que Alex apareciese. Estábamos siendo el espectáculo del hotel. Aitana aún iba vestida al igual que la noche anterior, yo con un vestido de fiesta y con deportivas con restos de arbustos en la cabeza. Rud con gafas de sol tratando de tapar sus ojos enrojecidos.

—Prometo venir un poco mejor vestida esta noche y que tus clientes no piensen que soy una estrella de rock venida a menos.

—Siendo amiga de Aitana, no hay problema. —Anotó mi número en su agenda—. Para esta

noche todo estará listo.

—Espero no disfrutar yo sola de todo esto.

Estábamos en la terraza de la suite *Möet & Chandon*. Me apoyé en la barandilla y cerré los ojos mientras el viento me daba en la cara. Cuando los abrí, las vistas me parecieron impresionantes. Se veía el mar y aquello aún estaba tranquilo.

—Tengo que pasarme por Gómez & Molina.

—¿Por la joyería?

—Sí, necesito encontrar una cosa.

Aparcamos cerca y la amable dependienta nos enseñó todos los relojes que le pedí. Aunque nos miraba extrañada por nuestras pintas y por no quitarnos las gafas de sol dentro de la tienda.

—El *Patek Philippe*. —Le entregué la tarjeta de crédito sin preguntar el precio. Sabía que la iba a dejar temblando.

—Menudo regalazo.

—Es más que un regalo, es una promesa.

Aitana afirmó con la cabeza instintivamente y supe que en cuanto procesase aquellas tres palabras, iba a comprender lo que quería decir.

—¿Es lo que me estoy imaginando?

No dije nada y recogí el paquete. No había dormido nada desde el día anterior, pero la adrenalina y la excitación que me recorría todo el cuerpo, no me dejaban parar. Tenía que terminar todo y no tenía tiempo para distracciones.

—Tengo hambre, chicas. ¿Qué os parece si paramos a comer? Son las cuatro de la tarde. — Rud se tocó la barriga como si fuera un niño y justo sonó su teléfono—. El jefe. —Se llevó la mano al cuello—. Hola, señor. Sí. Bueno, dando un paseo... Claro, señor. El vuelo.

Al oír aquello mi corazón se paralizó, estaban hablando del vuelo. Mi mirada se fijó en el suelo y quise arrancarle el teléfono de la mano y obligarle a decirme a la cara que no iba a acudir a nuestra cita, pero tampoco se lo podía reprochar. Me dolía mucho pensar que todo lo que estaba preparando, tal vez no serviría para nada. Respiré profundamente, dejé de escuchar la conversación de Rud con Alex y me coloqué bien las gafas de sol para que no me viera.

—Sí, señor. Dejo a Aitana en casa y voy enseguida. Sí, hay que organizarlo todo. Sí, señor. — Colgó el teléfono y me miró—. El jefe está muy enfadado. No sé qué demonios le has hecho.

—Yo tengo que seguir preparando cosas. Tengo que ir a *Kala Kalua*. Adiós.

Salí corriendo y al montarme en el coche los miré desde el retrovisor. Sonreí ya que se estaban besando. Al menos alguien en aquel momento estaba disfrutando.

Cuando llegué al restaurante en la playa, el gerente accedió a organizar lo que le estaba pidiendo, gracias a una bonita transferencia que hice allí mismo.

Todo tenía que ser perfecto y estaba haciendo todo lo posible para que así fuese. Pasé la mano por el mantel blanco y re Coloqué las copas. En aquel preciso instante me recorrió un escalofrío por la espalda, como si Alex hubiese llegado. Me di la vuelta, pero no había nadie allí.

—Ojalá vengas.

Solamente esperaba que aquella noche sí hubiera alguien cuando me diese la vuelta.

Llegué a casa sobre las seis de la tarde. Cuando entré me fui directa a la habitación y me desplomé en la cama. No podía con mi cuerpo, mis piernas ya no reaccionaban y mi cabeza no daba para más. El tic tac del reloj retumbaba en mi cerebro, quedaban dos horas para saber si Alex acudiría a nuestra cita o no.

—¿Qué pasó ayer? —Las chicas entraron en la habitación y se sentaron en la cama—. Aitana nos ha puesto al día. ¿Qué coño estás haciendo? —Lorena me acarició la cabeza.

—Supongo que todo lo posible para recuperar al amor de mi vida. —Escuché un gran *oh* saliendo de sus bocas—. ¿Qué hora es?

—Las seis y media.

—Mierda. —Me levanté de la cama corriendo, desnudándome mientras me iba al baño—. Al final la que no llega soy yo.

Al salir de la ducha, las cinco seguían en la habitación esperando a que les siguiese contando mi periplo por el campo de golf.

—¿Estás nerviosa? —Alba, la eterna enamoradiza, me miraba con un brillo en sus ojos muy especial.

—Muerta de nervios. —Agaché la cabeza y Alba me agarró de la barbilla.

—Va a estar allí y si no va... —Inma miró a todas antes de seguir hablando—. Si no va se pierde a una chica especial, increíble, dulce y con un corazón enorme. —Inma me sonrió.

—Necesito que vaya. —Me empezaron a brillar los ojos.

—Ten fe. —Aitana me dejó otro de sus vestidos en la cama—. Blanco, largo... Perfecto para la noche que has preparado.

Era un vestido ibicenco precioso. La parte de arriba era de ganchillo y largo hasta los pies. Lo acaricié por el sentido que le había dado Aitana.

—Gracias, cariño. —Besé a Aitana y sonó su teléfono.

—Hola. Sí. Vale. Eso está hecho, Rud. —Colgó y se quedó mirando el teléfono.

—¿Rud? —La miramos todas.

—Esta mañana me he dejado en la habitación algo y me lo va a traer.

—Mmm.. —Entrecerré los ojos—. Espero que sea para devolverte tus bragas y no para despedirse, porque eso significaría que Alex no va a acudir a nuestra cita. —Cerré los ojos un instante—. ¿Era fe lo que debía tener? Pues servidme un contenedor lleno.

Me dejaron sola en la habitación y cuando terminé de vestirme me miré al espejo. Mis ojos brillaban por la mezcla de ilusión de ver a Alex, como si fuera la primera cita, y el miedo a que no apareciese en la playa. Mis manos temblaban cogiendo el bolso y su regalo. Las chicas me abrazaron y me dieron todas sus buenas vibraciones. Me dedicaron sus mejores palabras.

El trayecto en taxi de quince minutos se me hizo eterno. Al llegar al restaurante estaba todo preparado para nuestra cena. Un sendero de velas iluminaba el camino hasta la mesa que estaba preparada en la playa, en una zona más alejada del resto del restaurante. Caminé hasta la mesa y se acercó un camarero con una botella en la mano y una cubitera.

—Buenas noches. Bienvenida.

El camarero me ofreció una copa de champán, que acepté para paliar los nervios. Cada dos segundos miraba la hora en el reloj de mi muñeca. Estaban siendo los minutos más largos de mi vida. Dieron las ocho en mi reloj y miré al sendero, pero Alex no estaba allí.

Quince minutos después me di cuenta de que Alex no iba a aparecer. Me senté en una silla sin saber qué hacer. Apuré la copa de champán, me quité las sandalias y fui hasta la orilla de la playa. El agua comenzó a mojar mis pies, recogí el vestido y miré al horizonte. Tenía el sol frente a mí empezando a esconderse. Se estaba despidiendo del día, mientras yo decía adiós a las pocas esperanzas que tenía de que Alex apareciese ya por allí. Volví a mirar el reloj y eran más de las ocho y media.

—Se acabó.

Mi cabeza se había imaginado una y otra vez la escena. Alex habría aparecido tan guapo como siempre, me habría mirado con sus preciosos ojos azules y hubiese dicho que podríamos superar todos los obstáculos, que nada nos iba a parar.

Caminé unos metros a lo largo de la orilla, alejándome de aquella mesa. Le había prometido a Alba no llorar, pero era imposible no romper aquella promesa. Me alejé del agua y me senté en la arena unos minutos. Tenía que reunir el valor suficiente para recoger mis cosas de la mesa y salir del restaurante, ya que aquello significaría que todo se había acabado, que lo nuestro ya formaba parte de un pasado tan cercano que aún dolía, que arañaba el presente con sus últimas fuerzas para no terminar desapareciendo.

A lo lejos se oía *Chandelier* de Sia en una versión a piano que me hizo temblar. La escuché atentamente mientras el tiempo corría en mi contra. Me levanté de nuevo y me sacudí la arena que tenía en el vestido.

«Tengo que salir de esto, tengo que escapar de esto. Aquí está la vergüenza. (...) Pide otra copa hasta perder la cuenta»

A lo lejos escuché el tintineo de copas y platos. Supuse que los camareros estaban retirando todo. Me di la vuelta para recoger mis cosas y marcharme a casa. Iba mirando mis pies mojándose con el agua y volví a oír más ruido de copas. Me quité las lágrimas y cuando un escalofrío comenzó a recorrerme el cuerpo. Sonreí con tristeza y levanté la vista para ver al camarero deshaciéndose de aquella mesa que con tanto mimo había preparado. El escalofrío continuaba agitando todo mi cuerpo.

El corazón se me paralizó al ver la imagen. Alex estaba delante de mí observándome. No me podía mover, no quería hacerlo por si al hacerlo la imagen de Alex desaparecía. Ladeé la cabeza lentamente y cerré los ojos un instante en el que recé para que no desapareciese. Al abrirlos, Alex comenzó a caminar hacia mí sin dejar de mirarme, sin apartar ni un segundo sus ojos de mí. Mis piernas temblaban a cada paso que él daba, a cada metro que avanzaba.

Allí estaba ella, la mujer que tanto amaba, la mujer que tan loco me volvía en todas sus facetas. Pasó la mano por su cara tratando de quitar las lágrimas que estaba derramando. A cada paso que daba, más ganas tenía de abrazarla, besarla y no separarme de ella nunca más. Me paré a escasos centímetros de ella, ya que no se había movido y agarré sus manos, llevándomelas a mis labios para besarlas sin dejar de verme en sus ojos.

—Pensé que no vendrías, que ya estarías volando y desaparecerías de mi vida para siempre. —Levantó los hombros y se pasó la lengua por los labios—. Siento habértelo ocultado, pero me da tanta vergüenza esa parte de mi vida que no quería tener que contarlo nunca. —Soltó mis manos y se llevó una mano al pecho—. No quería hacerte daño.

—Te quiero y eso nada va a cambiarlo. —Le sequé las lágrimas—. Ni siquiera esa parte de tu vida. —Aparté mi mirada de la suya por unos instantes—. Te mentiría si te dijese que no me ha dolido, pero lo que siento por ti es mucho más fuerte que todo eso. —Pasó sus manos por mi espalda y me abrazó.

—Tenía tanto miedo de que no vineras y que no quisieras volver a verme. —Pasó sus manos por mi espalda y me abrazó—. Puedo parecer la mujer más fuerte del mundo, pero no lo soy. Quiero que seas el último hombre al que bese y el último con quien despierte, porque tú eres el amor de mi vida, Alex McArddle. —Se separó de mí y tiró de mi mano invitándome a seguirla hasta la mesa que había preparada—. Puede que se interpongan en nuestro camino, que nos intenten separar, que traten de que nos odiamos, pero lo que siento por ti es mucho más fuerte que toda la mierda que puedan echarnos. He sentido que me moría al despedirme de ti en el hotel. Quiero confiar en ti siempre. —Se removió nerviosa—. Mis ilusiones comenzaron de

nuevo cuando te conocí. Volví a creer en el amor y a soñar. A soñar con tener a mi lado al hombre tan maravilloso e increíble que tengo ahora mismo delante. Por eso... —cogió una caja que estaba encima de la mesa y respiró hondo—. Puede que sea una locura, pero todo lo nuestro comenzó como una casualidad de nuestros destinos, que poco a poco nos fue uniendo hasta llegar donde estamos ahora mismo. Tú mismo dijiste que el destino me puso en tu vida. Espero que esta noche nuestros caminos comiencen de cero, sin rencores, secretos o mentiras; solo tú y yo, comenzando un largo camino... —Me soltó de la mano y se arrodilló en la arena.

—Mariola, ¿qué... —Mis ojos se abrieron de par en par.

—Alex, déjame que acabe, por favor. Puede que haya días que me odies, otros que te vuelva loco, pero esto es lo que soy: una loca malhablada enamorada de ti que quiere pasar el resto de su vida contigo. —Abrió la caja y vi el reloj—. Cásate conmigo, Alex. Cásate conmigo y hazme la mujer más feliz del universo. No te puedo ofrecer nada más allá de lo que ves. Te ofrezco mi corazón para el resto de nuestras vidas.

Tenía a Mariola delante de mí arrodillada pidiéndome que me casase con ella. Sus ojos brillaban y sus manos temblaban esperando mi respuesta.

—Se supone que soy yo el que tendría que arrodillarse en la arena y entregarte un precioso anillo a ti.

—Ya sabes que no soy normal, que nuestra relación ha sido de todo menos normal. Así que esto no iba a ser diferente. —Se quedó callada y me arrodillé enfrente suyo.

—Si pudiera lo haríamos aquí y ahora. Sí, quiero.

Sus ojos iluminaron aquella playa y se lanzó encima de mí, haciendo que nos cayésemos en la arena, regalándome besos por toda la cara para parar justo en mi boca, paseando su lengua por mis labios, provocándome, haciéndome desear más, como siempre hacía ella. Nuestras bocas se unieron en un beso intenso, uno que llevábamos deseando días.

—Perdón, señores, ¿podemos servirles ya la cena? Tenemos todo preparado. —Teníamos al gerente del local justo detrás nuestro sonriendo.

Mariola se levantó sonriendo y me tendió una mano para levantarme.

—Estamos listos, ¿no? —Me miró con su enorme sonrisa. Aquella sí que era sincera.

—Más que listos. —La agarré de la cintura, la ladeé y la besé, sabiendo que aquel gesto haría que sonriese aún más.

Sabía que aquella iba a ser una buena noche, pero nunca imaginé que ella tomaría las riendas de aquella manera. No me soltó la mano ni un segundo hasta que nos sentamos en la mesa que había preparado con tanto cariño. Estaba todo cuidado al detalle y ella había hecho todo aquello por mí, solamente para mí. La mesa tenía su toque. Cuando me senté eché un vistazo al reloj. De la emoción de su pregunta ni siquiera me había dado cuenta del regalo que me había hecho. No sabía cómo lo había conseguido ni cómo lo sabía. Aquel Patek Philippe azul tenía una historia familiar que no sabía cómo ella conocía.

—¿Cómo... —Negué con la cabeza sin dar crédito—. No me lo puedo creer.

—No es exactamente el mismo, pero sé que es una tradición en tu familia. Sé que tu abuela se lo regaló a tu abuelo para su compromiso y quería hacer algo especial.

—¿Cuándo has hecho todo esto?

—Hoy nada más salir del hotel. No sabía si ibas a venir o no, pero no quería perder la fe.

—No puedes imaginar cómo te quiero. No solo por haber organizado todo esto para mí, sino por cuidar cada detalle, por hacerme esa gran pregunta que ni me imaginaba que me harías. Eres una caja de sorpresas, nena.

—Y aún no has empezado a desenvolver todo, cariño. —Me sonrió dejándome ver que había

mucho más después de la cena.

Le tenía delante de mí y aún no me podía creer que hubiera dicho que sí. En la vida me había imaginado pedirle a un hombre que se casase conmigo, pero Alex se merecía eso y mucho más.

Mientras cenábamos mi cabeza seguía queriendo saber más de su cuñada, pero no quería echar a perder la noche, así que decidí disfrutar con él y, a la vuelta a Nueva York, ya tendríamos tiempo para aclarar ciertas cosas. Cuando nos estaban trayendo el postre sonó el teléfono de Alex.

—Perdón, Mariola, pero es importante. —Se levantó y al pasar por mi lado se agachó para besarme en el cuello. Se me erizaron todos y cada uno de los pelos de mi cuerpo—. Hola. Sí. Perfecto. No lo sé. Creo que un par de días en la costa nos vendrán muy bien. Desconectando y disfrutando de todo lo bonito que tiene España. Claro que sí. Perfecto. Muchas gracias. Adiós. — Colgó.

—¿Más vino?

—No puedo beber con las pastillas.

—Solo para brindar. —Le rellené la copa y las juntamos.

—Brindo por ti. Por volverme loco cada segundo, por obligarme a cruzar un océano para buscarte y por hacerme el hombre más feliz del mundo cuando estás a mi lado. Por quererme tanto como me has demostrado siempre. En definitiva, por ser la única mujer a la que respondería con un gran sí a esa pregunta. Te quiero.

—Por mí. —Me acerqué la copa a los labios—. Por ti, Alex. Por ser tan paciente conmigo, por quererme sin medida, perdonarme mis fallos, mis errores y mi pasado. Por abrirme hacerme ver que el amor no es como lo había vivido. Por no odiarme por haber huido. Te quiero, señor trajeado.

Brindamos varias veces más y tras comer el postre, dimos un pequeño paseo por la playa. Mientras caminamos recordamos cómo nos conocimos entre carcajadas.

—Vamos. —Tiré de su mano saliendo de la arena hacia el aparcamiento.

—¿A dónde?

—Ya te he dicho que el regalo no se quedaba aquí.

Pedimos un taxi y en menos de quince minutos estábamos en el hall del hotel. La suite nos estaba esperando preparada para nosotros. Estaba muy nerviosa esperando al ascensor y en los ojos de Alex también vi algo de nerviosismo. Verle de aquella manera me hacía sonreír. Al montarnos en el ascensor nos acompañó otra pareja que paró un par de pisos antes que nosotros que nos miraba sonriendo, porque Alex tenía su nariz enterrada en mi cuello y me hizo sonreír durante el trayecto.

Al salir del ascensor le di la mano y él tiró de mí pegándome contra la pared. Sus manos recorrieron mi cara, bajando por mi cuello hasta llegar a mi cintura. Pegó su cuerpo al mío haciéndome sentir cada músculo. Sus ojos me decían lo que quería hacer y los míos lo aceptaron. Me agarró de la nuca y me pegó a su boca buscando mis labios salvajemente. Sin dudarle un solo segundo, mi boca se abrió, jugueteé con sus labios, con su boca, con su cuello... No quería parar. Ninguno de los dos queríamos hacerlo, pero nuestros cuerpos estaban excitándose hasta tal punto que nos echarían del hotel si nos pillaban de aquella manera.

Alex me abrazó por detrás y caminamos de aquella manera hasta la puerta de la suite. Pasé la llave por la cerradura electrónica y Alex empujó las puertas para que se abriesen de par en par. Mis ojos se abrieron como aquellas puertas. Había un reguero de pétalos de rosas a lo largo de la entrada de la habitación. Yo no había puesto todo aquello allí, solamente había pedido unas velas

para la terraza.

—¿Crees que eres la única que puede sorprender? —Me besó en el cuello y me empujó suavemente para que entrase dentro.

—No entiendo nada. —Mi cara debía ser un poema por la sonrisa que se le dibujó a Alex.

—Déjate llevar.

Los pétalos de rosa de diferentes colores marcaban un camino por el salón. Caminé por el centro avanzando sin saber cómo había podido hacer todo aquello. En medio del camino había una rosa blanca con una pequeña tarjeta. Me agaché para recogerla y antes de levantarme, me pasé el pelo por detrás de la oreja y miré a Alex. Estaba apoyado en una columna esperando a que terminase el camino que me llevaba a él. Mis manos temblaron al abrir la nota y suspiré al verla escrita a mano por él.

Las rosas blancas significan la pureza, la inocencia y el amor eterno. La pureza de tu mirada, la inocencia de tu alma y el amor eterno a tu lado.

Nadie en la vida se había tomado tantas molestias por sorprenderme. Me levanté y fui a abrazarle, pero levantó una mano en el aire para que me detuviese.

—Continúa con el camino. Al final de él me encontrarás. —Se marchó de la habitación.

No sabía qué me esperaba, pero no tenía ninguna duda que quería llegar hasta el final para besarle. Continué caminando lentamente, mirando todo lo que había alrededor y cuando giré en el salón, vi otra rosa en el suelo junto a una nueva nota.

Una rosa roja que evoca la pasión y tiene un lado sensual, exquisito, al igual que tú. Eres preciosa, sexy y la mujer más sensual que jamás imaginé conocer.

Sonreí. Sabía utilizar muy bien las palabras para excitarme sin tocarme. Obedecí sus palabras y continué caminando. Aquel sendero de pétalos daba la vuelta por toda la suite. Una rosa más, amarilla aquella vez. Antes de agacharme a leer la nota algo vino a mi mente. Después de la fiesta del Silk, recibí una flor cada día de la semana en mi despacho. Blanca, roja, amarilla... Entonces lo comprendí. Apostaba hasta mi último centavo que las siguientes rosas serían una morada y una rosa. Leí la nota.

Una rosa amarilla por haberme hecho disfrutar de la vida. Porque son significado de optimismo, felicidad y alegría. Eso y más es lo que me has enseñado desde que me diste la oportunidad de disfrutar de la vida a tu lado.

Gracias.

Iba reuniendo las notas junto con las rosas en mi mano izquierda. Tenía muchas ganas de terminar aquel camino y poder abrazarle. Pasé por la habitación y allí se encontraba la siguiente rosa. Acerté, morada. Alex era quien me había estado mandando todas aquellas rosas.

Dicen que es la flor del amor a primera vista. Y eso fue lo que me pasó al verte, me enamoré sin saber que sería la mejor aventura de mi vida.

Te quiero, preciosa.

Cada vez quedaba menos para poder besarle. Salí de la habitación y traté de ver dónde estaba, pero no le vi por ningún lado. La última rosa estaba justo en el inicio de la terraza. El aire cálido

de la noche acarició mi rostro y me movió el pelo.

La rosa rosa significa la ausencia de maldad. Empecemos de cero, sin mentiras ni secretos, prometiéndonos decir siempre la verdad, para empezar este camino juntos, si quieres.

Al levantarme del suelo vi cómo Alex se acercaba a mí. Estaba todo lleno de velas y una música muy suave sonaba de fondo. Mis piernas caminaban por sí solas. Solamente quería llegar a él, abrazarle y besarle. Venía con una mano en la espalda tratando de ocultar algo. Sonreí al verle mirándome.

—No está bien robar las ideas a las personas. —Me acerqué a él y me paré delante.

—La vida está llena de sorpresa y por ti haría lo que fuera. Si tengo que robarte la idea, lo volvería a hacer por verte sonreír de esta manera. —Me agarró de la cintura y me besó.

—Gracias por darme otra oportunidad. —Puse mis manos sobre su cuello.

—Nunca has salido de mi corazón, nena.

Nos quedamos mirándonos unos segundos y la música que sonaba de fondo empezó a sonar más cerca. Como si estuviera alguien allí cantándonos.

«Sé, que a veces soy difícil de entender, que puedo lastimarte sin querer».

—Disfruta de la sorpresa que te he robado. —Me besó dulcemente en los labios y me giró.

Delante de nosotros estaba Carlos Rivera cantándonos *Sólo tú*. Solté un ~~taeo~~ grito de emoción y me llevé las manos a la boca.

—¿Bailas conmigo? —Me ofreció su mano.

—Siempre.

Estuvimos bailando mientras aquella canción sonaba más bonita que nunca. Notaba cómo su corazón latía fuerte. Puse mi mano sobre su pecho y apoyé la cabeza. Nunca en la vida había tenido aquella sensación de paz y tranquilidad al lado de nadie. Él me daba aquello y mucho más.

Cuando terminó la canción, Alex me agarró de la mano y nos acercamos a la barandilla que daba a la playa.

—Es la última rosa que faltaba. —Le entregué una azul—. La primera vez que te las regalé te sorprendiste de que me hubiera acordado del detalle. Fue en la primera cena que compartimos, en la que pensé que te casabas con algún tipo afortunado y en aquel momento un trocito de mi corazón se rompió. Pero cuando me dijiste que no te casabas supe que a quien dirías sí sería a mí algún día. No supe que íbamos a vivir tanto en tan poco tiempo, nena. —Tragué saliva, me estaba poniendo muy nervioso—. Eres la persona más especial que he encontrado en toda mi vida y quiero compartir cada segundo contigo. Te has adelantado a mí. Me has sorprendido con una de tus locuras, pero quiero hacerte una pregunta, señorita Santamaría. —Noté cómo sus manos temblaban entre las mías—. Mi abuela siempre me dijo que cuando la persona especial apareciese en mi vida me daría cuenta nada más verla. Cuando te vi en aquella fiesta, con tu pelo morado, los ojos azules y aquella gran sonrisa, supe que pondrías mi mundo patas arriba para volverme completamente loco. Cuando descubrí que aquella Cindy eras tú, supe que no te volvería a dejar escapar. Has conseguido que me abra al amor, que me abra a ti y que quiera compartir todo contigo. Nunca pensé que tendría la suerte de encontrar a alguien que me quisiese a pesar de mi pasado y de mis miedos. Por eso... —suspiré unos segundos profundamente—. Mariola Santamaría. —Me puse de rodillas y saqué una caja negra de mi bolsillo—. Como tú has dicho, habrá momentos en que me quieras matar, otros en los que nos tiremos los trastos a la cabeza, pero quiero vivir todos esos momentos

contigo, vivir cada segundo de mi vida contigo.
Sus ojos comenzaron a brillar.

No me podía creer que ahora fuera él quien estaba de rodillas delante de mí con una cajita negra en la mano. Oí un ruido a lo lejos y cuando miré en la arena, comenzaron a encenderse antorchas formando una frase: *Cásate conmigo*. Sí, aquello era ñoño, parecía algo pasado de moda y parecía sacado de una gran película romántica americana... pero me pareció precioso.

Allí tenía al hombre que amaba haciéndome a mí la gran pregunta. Le miré sonriendo, quería hablar, pero las palabras se habían fugado de mi garganta. Me lancé a su cuello y le besé.

—¿Esto es un sí?

—Es un sí más alto que el *Empire State*. —Abrió la caja y sacó un precioso anillo que me dejó boquiabierto.

—Te quiero, Mariola, y quiero pasar el resto de mi vida contigo. —Me puso el anillo en mi dedo y le miré a los ojos.

—Sí, quiero, ahora y siempre.

04.
COMO EN NUESTRO PARAÍSO

Sí, quiero. Dos palabras que jamás hubiera pensado pronunciar sin pensármelo dos veces. La única vez que me habían pedido matrimonio como que no salió del todo bien. Aunque tenía algo rondándome por la cabeza que no me dejaba sonreír plenamente.

—He besado a Ryan.

Estábamos apoyados en la barandilla observando la playa y me di la vuelta para mirar directamente a los ojos a Alex, para asumir las consecuencias de mi acto. Él no apartó la mirada de la playa, de aquellas antorchas que aún seguían encendidas. Tal vez no lo había escuchado.

—He besado a...

—A Ryan, lo he oído la primera vez, Mariola.

Sus ojos se fijaron en los míos y me quedé totalmente paralizada. No dijo nada más, se limitó a observarme en silencio unos segundos, que a mí me parecieron eternos.

—Me da igual lo que haya pasado entre vosotros antes de esta noche. No me importa lo que tuvisteis en Nueva York, los besos que le diste o las noches que pasaste con él, porque desde esta noche, empezamos una nueva aventura en la que solo seremos nosotros. Contadores a cero.

—Alex —puse mis manos sobre su pecho mientras trataba de hablar—, él está aquí, bueno, aquí no. Ahora mismo está en Rota y hemos dormido juntos, pero te aseguro que no pasó nada. Sí, le besé, pero fue el beso de despedida para cerrar nuestro capítulo...

Vi una sonrisa en la cara de Alex que me dejó descolocada. No comprendía cómo podía sonreír mientras yo le estaba confesando que había dormido con Ryan y le había besado.

—¿Por qué estás sonriendo?

La cara de Mariola provocaba más a mi sonrisa. Por primera vez en nuestra relación, ella era la que se sentía descolocada.

—Sonríe porque me encanta tu sinceridad. Hubiese sido tan fácil no decirme nada, obviar esa información, pero no eres capaz de dejarte nada dentro. —Negué con la cabeza y me pasé la mano por la barbilla. Era divertido ver su cara de fuera de juego—. Y no está en Rota, ha tenido que volar de nuevo a Colombia. Esta tarde he estado tomando un café con él para darle las gracias.

—No podía quedarme callada con algo así.

No, parecía que no había procesado aún mis dos últimas frases. Estaba esperando a que su gesto cambiase y unos segundos después sucedió. Se apartó de mí y me miró extrañada. Levantó una mano en el aire y comenzó a mover la cabeza lentamente. Parecía que estaba recordando mis palabras.

—¿Café? ¿Gracias? ¿De qué coño me estás hablando, Alex?

No dijo nada y cogió el teléfono. Mi cabeza trataba de imaginar una escena en alguna cafetería en la que Alex y Ryan estuviesen tomando un café, compartiendo tórridos secretos sobre mí o un par de tortitas con chocolate caliente.

—Para ti. —Alex me entregó su móvil.

—¿Cómo que para mí? ¿A qué estás jugando?

—¿Quieres dejar de hablar, Mariola? —La voz de Ryan sonaba al otro lado del teléfono.

—¿Ryan?

—Voy a ser breve que en unos minutos sale el siguiente avión. Nena, el hombre que ahora mismo tienes a tu lado me llamó personalmente para que removiese cielo y tierra para encontrarte. —Mientras Ryan hablaba, yo miraba fijamente a Alex completamente incrédula—. Se tuvo que tragar ese orgullo que hace que vaya tan estirado por la vida por ti. —Sonreí ante aquella frase—. Podría haber dicho que no, que se buscara la vida con su gran equipo de seguridad, pero eres tú, Mariola. La complicidad que tenéis cuando os... —titubeó unos segundos—. Si hasta cuando no os habláis, vuestros corazones se están mirando. Mariola, él te adora y ante eso no se puede luchar, ni siquiera yo. Me hubiese encantado que me mirases a mí de la misma manera que le miras a él, que tus labios me besasen de la misma forma que a él, pero no es así. Me gustas mucho, nena, pero sé que no eres para mí.

—Ryan, yo nunca he querido jugar contigo ni con tus sentimientos.

—Lo sé, Mariola. Has sido siempre sincera conmigo. Hubiese sido más fácil para ti dejar de verme cuando te acostaste con él, pero quisiste apechugar con lo que hiciste. Estuvimos juntos... ¿dos días? Pues fueron las cuarenta y ocho horas más especiales de mi vida. Os habéis encontrado entre los millones de personas que viven en Nueva York. Solo te pido una cosa.

—¿El qué? —Noté que Alex no se había apartado de mí y me observaba fijamente.

—Sé feliz, sé tan feliz como si el mundo se acabase mañana. Disfruta de cada segundo de tus días y no te preocupes por lo que pueda pasar. Sé que siempre lo haces así, pero no quiero que nada ni nadie te borre esa preciosa sonrisa que tienes.

—Gracias, Ryan, por todo. Por ayudar a Alex a pesar de su desconfianza. —Agaché la cabeza y sonreí—. No creo que ya tenga ni una sola duda de ti. —Miré a Alex y él levantó las manos en son de paz.

—Cuídate, Mariola. Te quiero.

—Tú también cuídate mucho, Ryan, por favor.

—Por supuesto. Tenemos que tomarnos ese perrito en el Grey's Papaya y el café al atardecer. Avísale al trajeado para que se tome un par de ansiolíticos ese día.

Escuché una carcajada de su boca, a la que se unió una mía.

—Nos vemos pronto, Mariola.

—Te quiero, Ryan. Cuídate mucho.

—Siempre.

Colgué el teléfono y me quedé unos instantes observándolo fijamente. Al levantar la vista, Alex seguía delante de mí, no se había movido ni un centímetro. Sabía que estaba esperando mi reacción, pero noté una mezcla de miedo y ansiedad por las palabras que había escuchado de mi boca.

—Así que le pediste ayuda a Ryan, al tío del que has estado desconfiando desde hace semanas.

—Necesitaba encontrarte y si hubiese tenido que pedir ayuda al mismísimo diablo, lo hubiese hecho sin dudar. —Se apretó los nudillos y escuché el ruido que hacían—. ¿Le quieres?

—Sí.

—Tan sincera como siempre.

—Sí, le quiero, pero no de la misma manera que te quiero a ti. Lo mío con Ryan es algo... platónico.

—¿Platónico?

—A ti te quiero con tus virtudes y tus defectos. Sé que eso es lo real, lo de verdad, lo que

quiero en mi vida. Nunca he pretendido que mi vida sea perfecta y no voy a empezar ahora, Alex. Quiero que nuestra vida sea perfectamente imperfecta. Lo perfecto aburre mucho.

—Pues has conseguido que esta noche sea perfecta.

—Bueno, algo de perfección temporal tampoco está tan mal, ¿no? —Me acerqué a él sin dejar de mirarle a los ojos. Puse mis manos sobre su pecho y las subí en dirección a su cuello—. Una noche perfecta, un beso perfecto, un... —Levanté las dos cejas y aquello hizo que Alex sonriese.

Me dio un beso en la frente y se acercó a la barra que había en la terraza mientras se remangaba la camisa. Me apoyé en la barandilla mientras le observaba. Estaba peleándose con el tapón de una de las botellas de *Möet* que se le estaba resistiendo.

—No te resistas. —Tenía una dura pelea entre manos—. Te voy a abrir de una u otra manera.

—¿Nueva táctica intimidatoria? —Me acerqué a él tratando de reprimir una sonrisa—. Siento decirte que no es la frase que estaba esperando. Te lo has currado con lo de las flores y las antorchas, pero con esa frase se me ha bajado la libido hasta el suelo. Una pena, señor trajeado. Sería terrible desaprovechar una cama como la de ahí dentro, el jacuzzi, la piscina o la cama exterior. Para un día que se me olvida ponerme ropa interior.

El tapón de la botella salió disparado y acto seguido el champán me estaba empapando el vestido. Alex la había agitado sin darse cuenta mientras trataba de abrirla.

—Yo sin saber que celebrábamos Miss Camiseta Mojada.

—Me pones muy nervioso, Mariola. ¿Crees que me puedes decir que no llevas ropa interior y que no se me acelere todo? —Seguía moviendo la botella en el aire, echándome el champán por encima.

—Lo estás haciendo a posta.

Alex se pasó la lengua por los labios y su dedo inició un recorrido desde mi cuello hasta el escote en pico del vestido. Introdujo su dedo para ver si realmente le había dicho la verdad sobre mi inexistente ropa interior.

—Veo que no mientes.

Me agarró de culo levantándome del suelo y obligándome a enroscar mis piernas en su cintura. Le quité la botella de la mano y bebí, para después ofrecerle un poco, pero atacó mi boca, buscando los restos de champán que tenía en mis labios.

—Mmmm. —Tiré de su labio inferior—. Me encanta verte así, natural y despreocupado.

—Me prometí que si te encontraba, disfrutaría cada momento a tu lado. No pienso desaprovechar ni un solo minuto. Porque la vida está hecha de momentos, de pequeños detalles que a veces dejamos pasar sin disfrutarlos. No quiero perderme ni uno más. —Había cogido otra botella y la había agitado durante unos segundos. Puso su dedo en el tapón y este salió despedido con la presión.

—No...

Me tapé los ojos y Alex agitó más la botella riéndose, mientras el champán caía sobre nosotros. Estaba más que dispuesto a disfrutar de pequeñas cosas como aquella. Le pegó un trago a la botella y me la ofreció. Negué con la cabeza y me pegué a él para besarle. Soltó la botella y rodó por el suelo. Sus labios comenzaron a recorrer mi cuello, dando pequeños lametones al champán que me había caído encima. Sus brazos me sujetaban como si me fuera a escapar. Mis manos bajaron por su espalda, su cuerpo atrapó el mío contra la barra y el maldito sonido de su teléfono nos interrumpió. Me miró a los ojos y negó varias veces con la cabeza, pero tras dejar de sonar la primera vez, insistieron con varias llamadas más. Sin soltarme, caminó conmigo en brazos hasta el salón para coger su teléfono. Lo silenció sin mirar quién estaba insistiendo tanto y lo tiró encima del sofá.

Su mirada seguía siendo la misma de siempre, no quedaba ninguna duda de quiénes éramos o de qué habíamos hecho en nuestros pasados. En aquel momento solo estábamos nosotros dos, nuestros cuerpos y nuestros instintos más primarios tratando de salir a la luz.

—Ha sido un infierno no tenerte cerca cuando más te he necesitado. No pienso separarme de ti nunca más. No me imagino mi vida sin ti. No quiero volver a...

—Dios mío, cállate de una jodida vez.

De un solo golpe, le arranqué los botones de la camisa que salieron volando por el salón. Abrí mucho los ojos como pidiendo un falso perdón y sonreí. Sabía que aquello le excitaría... Sí, podía notarlo perfectamente en su pantalón.

—Eres mala, señorita Santamaría. —Miró mi pecho que subía y bajaba de la excitación.

Se lanzó contra mi boca ansioso, sus manos recorrían mi cuerpo con un anhelo que me hizo saber que necesitaba sentir cada centímetro de mi piel, que estaba dispuesto a recorrer todo mi cuerpo durante las siguientes horas.

—Nena, no tienes ni idea de lo que quiero hacer contigo.

Se deshizo de su camisa y de sus pantalones sin dejar de mirarme. Si sus manos me habían dejado claro cuáles eran sus intenciones, aquella mirada me aseguró que su amenaza era muy real, que no iba a dejar ni las migajas. Pero se quedó quieto delante de la cama mirando con una cara extraña algo detrás de mí. Eché para atrás la cabeza aún tumbada en la cama y vi aquel cabecero enorme en color dorado. No había reparado en aquella decoración ostentosa en tonos dorados y con una imagen del famoso champán.

—Yo elegí esta habitación por la terraza, que quede claro. —Me deslicé por la cama hasta llegar a los pies—. Siempre nos queda esa enorme cama de la terraza y asustar un poco a los otros huéspedes.

Estaba sentada en la cama delante de él, bueno, delante de aquellos abdominales que me seguían pareciendo de revista de bañadores. Fruncí los labios, abrí la boca, saqué la lengua y le pegué un lametazo mientras me incorporaba.

—Señor, estás mejor que un *brownie* con helado de avellana y chocolate caliente por encima.

—¿Ahora me toca lamer a mí? —Pasó la lengua por sus labios saboreándome sin tocarme.

—¿Por dónde quieres empezar?

Me deshice de mi vestido antes de terminar de formular la pregunta trampa. Dejé caer el vestido al suelo y caminé hasta la terraza esperando a que Alex me siguiese. Antes de poner el segundo pie fuera de aquella habitación, Alex ya me había dado caza y sus manos habían atrapado las mías para girarme y besarme. Su lengua recorrió mis labios, mi cuello y bajó por él hasta mi ombligo para parar a escasos centímetros de mi pelvis.

Tenía que controlarme al tenerla tan cerca. Mis manos paseaban por sus piernas y mi boca estaba tan cerca de su sexo que hubiese sido tan fácil atacar sin pensar, pero no es lo que quería. En mi cabeza se había trazado un plan perfecto para aquella noche, aunque Mariola se hubiese encargado de ponerlo todo del revés. Respiré profundamente un par de veces tan cerca de su piel, que comprobé cómo sus piernas se apretaban contra su sexo. Cerré los ojos unos segundos, tragué saliva y me levanté para poner algo de música. Sí, que Frank me hubiese conseguido al cantante, había sido genial, pero no pretendía obligarle a darnos un concierto privado e invitarle a mirarnos el resto de la noche.

Comenzó a sonar Ed Sheeran en su móvil y me quedé escuchando aquellas palabras. Había elegido una canción que me hacía sentir nuestra historia, concentrada en una canción de tres minutos, *Happier*.

—Siento todo lo que ha pasado, Alex. —Aquella canción me estaba recordando lo mal que había hecho las cosas—. Mi intención nunca fue hacerte daño, no deliberadamente.

—Se acabó pedir perdón, Mariola.

Se llevó mis manos a la boca y las besó con sumo cuidado. Se llevó mi mano derecha a su pecho, justo encima de su corazón y sonrió.

—Contigo estará a salvo.

Esbozó una pequeña sonrisa a la que se unió una mía. Alex podía ser arrogante, un poco capullo a veces, pero cuando se ponía tierno, era el hombre más dulce del mundo. Tiré de su mano y, mientras la canción seguía sonando, nos acercamos a la cama de la terraza. Tenía unas cortinas semi transparentes colgadas de un dosel. Le empujé, cayó de espaldas al colchón y me observó mientras soltaba las cortinas para tener un poco más de privacidad. Me arrodillé en la cama y le miré durante un par de segundos. Tenía las pupilas dilatadas y sus ojos se veían más azules que nunca. Las arruguitas que se formaban a ambos lados de su frente cuando me miraba me volvían loca. Le acaricié la cicatriz de su mejilla derecha. Sus dedos comenzaron a jugar en mi cadera, subiendo por mi espalda, aprovechando mi despiste para tumbarme en la cama y poniéndose él encima.

—Nadie te quiere como lo hago yo. —Parafraseó la canción y me hizo sonreír.

Busqué desesperada su boca, quería saborearle y no dejar de hacerlo en días. Podría haber besado a cien hombres, haberme acostado con mil, pero Alex era el único que conseguía que me recorriesen aquellos maravillosos escalofríos por el cuerpo con solo mirarme.

—¿Cómo consigues que me enamore cada vez más de ti? Eres la única mujer que ha sido capaz de volverme tan loco como para cruzar un océano para buscarla, sin saber si la iba a encontrar o si estaría esperándome.

—Mi corazón no ha dejado de esperarte nunca, Alex. Lleva años preparado para enamorarse de ti. Estoy segura de que nunca había querido como te quiero a ti. —Le acaricié la cara—. Te quiero, Alex.

—Para siempre.

Nunca creí en los finales felices. Siempre pensé que eran para los demás y no estaba preparado para conocer lo que era el amor antes de Mariola. Mi vida era A.M y P.M: ante Mariola y post Mariola.

—Para siempre.

Repitió mis palabras con una gran sonrisa y nuestros cuerpos se entrelazaron para dar paso a una noche de pasión, caricias, besos y confidencias bajo las estrellas del cielo de Marbella.

Mariola acariciaba mi pecho con la yema de sus dedos y notaba su sonrisa pegada a mi cara.

—¿Este es tu paraíso? —Recordé lo que me había dicho de un lugar en el que se sentía protegida.

—Sí.

—¿Me incluyes en él? —Escuché cómo emitía un sonido de duda.

—Pero no te encariñes mucho con él. Algún día tendremos que volver a Nueva York y enfrentarnos a la realidad, a los reproches de mi sobrina, a las malas caras de Jus, a la bronca que me espera de Mike y mi hermana, a... —Fue dejando de hablar mientras enumeraba todo lo que la esperaba a su vuelta—. Voy un momento al baño.

Me dio un fugaz beso y abrió la cortina para salir. Apoyé mis codos en la cama y la observé mientras se metía en la habitación. Tenía que acabar cuanto antes con Jonathan y ponerla a

salvo de su mente perversa. No quería que al enterarse de nuestro compromiso, la atacase con todas sus armas.

No había querido decir el nombre de Jonathan en alto por si era como *Bloody Mary*^[40] y aparecía en aquel momento. Tampoco quería reconocer que nuestra vuelta a Nueva York y el compromiso iba a desatar en él más locura, si aquello era posible. Escuché el móvil de Alex sonando de nuevo y fui a buscarlo antes de que se cortase la llamada. Lo recogí del sofá y se lo entregué en la cama sin mirar quién estaba llamando. Se le dibujó una gran sonrisa al mirar la pantalla.

—Hola, cariño. —Supuse que era Jason por su tono de voz—. Estoy bien, cariño. Sí. Yo también te echo de menos. ¿Qué tal con la abuela? ¿Sí? ¿No me digas? ¿Qué el tío Brian? La madre... Sí, cariño. No sé aun cuando volveremos. ¿Cómo que quién? Mariola y yo. No, cariño. Cuando vuelva hablamos.

Volví al baño tras incomodarme en cierto sentido aquellas respuestas de Alex. Sabía que Jason estaría enfadado conmigo, ya que le había prometido no dejarle y no pensé en él en el momento que me fui de la ciudad. Me lavé los dientes y al secarme las manos, vi el anillo que Alex me había regalado. No sé si fueron segundos o varios minutos lo que estuve allí, pero al salir Alex seguía hablando por teléfono, así que me tumbé en la cama de la habitación, cerré los ojos y me quedé dormida.

Jason estaba resentido con Mariola por haber desaparecido. La llegada de Alison había sido difícil de asumir. No sabía muy bien cómo lo íbamos a afrontar a nuestra vuelta y tenía que contárselo a Mariola. Alison estaba viviendo en Los Angeles, pero no me extrañaría que decidiese en el último momento cruzar el país y establecerse en Nueva York. ¿Cómo se iba a tomar mi hijo que nos hubiésemos comprometido? Compromiso, nunca pensé que esa palabra formaría parte de mi vida otra vez. Aunque, tal y como le había dicho, llevaba toda mi vida esperando a la loca de pelo morado y lentillas azules. LA CHICA que se pondría mi propio mundo por montera.

Al colgar el teléfono fui a la habitación, Mariola no había salido de nuevo a la terraza y me la encontré en la cama medio dormida. Me senté a su lado, le aparté el pelo de la cara y la observé unos segundos.

—Deja de mirarme como si me fueses a robar todos mis órganos. —Bostezó con los ojos cerrados.

—¿Cuánto llevas sin dormir?

—Echando cuentas así rápido... tres días.

—Necesitas descansar.

—Pero... —Trataba de abrir los ojos y era incapaz de hacerlo.

—No sabes cómo quiero disfrutar de todo tu cuerpo, saborear cada parte de ti, cada rincón, cada centímetro de nuevo. —Estaba muy cerca de su boca y casi no podía resistirme—. Pero necesitas descansar. Tengo toda la vida por delante para hacerte disfrutar. —Le besé en la frente—. Mañana tengo una sorpresa para ti. Descansa, cariño.

Me despertó el sol que entraba por el ventanal sobre las ocho de la mañana. Me estiré en la cama y a mi lado seguía Alex durmiendo. Me acerqué a él lentamente y le besé en los labios. Ronroneó y continuó durmiendo. Me levanté con mucho cuidado para no despertarle, necesitaba descansar y seguía preocupada por su corazón. Tenía que hablar con su madre y saber si estaba siguiendo el tratamiento que los médicos le habían puesto. Llamé al servicio de habitaciones para

que nos subiesen el desayuno y mucho café, cantidades ingentes de café.

Media hora después un camarero preparó la mesa de la terraza y me dejó periódicos españoles y americanos.

—Voy a abrir la sombrilla que hoy el sol pegará fuerte en muy poco tiempo.

—Gracias.

—Si necesitan cualquier cosa, no duden en llamarnos. Más fruta o más bollería, lo que necesiten.

—Muchas gracias.

El camarero salió de la habitación sonriendo. Me puse un café y ojeé uno de los periódicos americano, tal vez en busca de la fotografía de turno de Alex, pero me di cuenta de que eran el *Wall Street Journal*, *USA Today* y el *New York Times*. Allí no habría nada tan sensacionalista. Preparé una bandeja con un café, zumo, tostadas, un bol con fruta fresca recién cortada, cereales y una de las rosas que me había regalado la noche anterior.

—Buenos días. —*La voz de Mariola terminó de despertarme.*

—Buenos días. —*Vi una bandeja encima de la cama.*

—*¿Qué tal has dormido? —Se sentó a mi lado.*

—*Como si se hubiese parado el tiempo. Esperaba escuchar a Jason y verle correteando por la cabaña de mis abuelos. —Me senté en la cama y sentí un pinchazo en la parte de atrás de la espalda, pero no quise decir nada.*

—*He preparado algo de desayunar.*

—*¿Esto será así el resto de nuestra vida? —La miré y se quedó en silencio.*

—*¿El qué?*

—*Que mi preciosa mujer me traiga el desayuno a la cama semidesnuda. —Tiré de su brazo y me tumbé sobre ella—. Con esa forma que tienes de provocarme —paseé mis dedos por su cuello susurrando— y contonearte.*

—*Yo no me contoneo.*

—*Sí lo haces y no sabes lo que me provoca.*

—*Tú sí que no sabes lo que me excitas. —Pasó su mano por el interior de mis piernas hasta llegar a mi sexo—. Eres capaz de volverme completamente loca con un solo gesto, con una de tus sonrisas al estilo McArddle. Solamente con poner un dedo encima de mí haces que me olvide de todo. —Sus manos continuaron jugueteando.*

—*Mariola... —Mi cuerpo recibía cada caricia, mi boca jadeaba por cada centímetro que recorría.*

—*Nunca me cansaré de...*

—*Sentí una presión en el pecho y tuve que alejarme unos segundos de Mariola. No quería asustarla, así que me fui al baño como si me hubiese sentado mal el café que no había probado.*

Alex salió corriendo al baño y pude ver cómo su mano estaba sobre su corazón. Me levanté rápidamente y no le dejé cerrar la puerta del baño.

—*¿Estás bien? —Su cara ya no era la misma que hacía unos segundos.*

—*Sí, solo...*

—*No me mientas, Alex, por favor. No te encuentras bien.*

—*Es solo que con todo lo que ha pasado...*

—*Alex, nos vamos al médico. Si no es nada volveremos al hotel. No estuve contigo cuando estuviste en el hospital y no voy a dejar que te pase nada. —Estaba acojonada, pero no quería*

mostrarme como una histérica.

—Mariola, por favor...

—Ni Mariola ni pichorras. Nos vamos al hospital.

—Voy a darme una ducha y nos vamos.

—Vale, sí, así aprovecho para comprarte una camiseta o algo.

Me puse el vestido y salí corriendo de la habitación sin ponerme las sandalias. Pedí en la recepción una camiseta y no tardaron más de tres minutos en entregarme un polo de golf.

—Es de una fiesta benéfica que...

—No quiero parecer maleducada, pero tengo que volver a la habitación y necesito un coche en la puerta en cinco minutos para que nos lleve al hospital.

Al llegar a la habitación, Alex acababa de salir de la ducha y le entregué aquel polo blanco que suponía le iba a quedar algo ajustado. Al ponérselo, apretó la mandíbula frunciendo el ceño. Puse mi mano sobre su corazón y comprobé que latía rápido. Aquello no era una buena señal. Necesitaba sacarle de allí enseguida para que un médico le reconociese.

Recogí su móvil, el mío y le agarré de la mano sacándole literalmente corriendo casi de la habitación y del hotel. Un conductor nos esperaba en la puerta para llevarnos al hospital. Alex me apretó la mano tratando de tranquilizarme, pero yo estaba a punto de sufrir un colapso mental si no llegábamos lo antes posible a un hospital.

—Los llevo al HC Marbella.

En el trayecto no solté la mano de Alex tratando de parecer calmada, pero sin poder ocultar que estaba aterrada. Al llegar al hospital y decirles que Alex sentía dolor en el pecho, rápidamente nos pasaron a una habitación en la que había unas cuantas máquinas a las que le enchufaron. Se tuvo que quitar la ropa y le colocaron unas pegatinas con electrodos.

Me senté en un sillón que estaba situado en la esquina de la habitación y agaché la cabeza para que Alex no me viese la cara. Intenté hacer ejercicios de respiración, pero nada. Ejercicios de meditación que Sonia siempre había tratado de enseñarme, pero era peor.

—Le sacaremos sangre para comprobar las enzimas y un par de radiografías para descartar. — Escuchaba al médico de fondo—. Ahora relájese y si necesita algo, pulse el botón que tiene a su derecha en la cama.

Mis manos jugueteaban con el anillo sacándolo y metiéndolo en mi dedo rápidamente.

—Señorita. —Parecía que se dirigía a mí.

—¿Sí? —Me levanté de un saltó del sillón.

—Deje de respirar tan fuerte que va a hiperventilar. Venga conmigo un segundo y le enseño la otra sala de espera si no quiere...

—No me voy a mover de aquí.

—De acuerdo.

—Ha estado ingresado en Nueva York en el hospital por problemas cardiacos. Puedo facilitarte el número de su madre para que...

—Ya me ha dado el señor McArddle los datos de su médico y me pondré en contacto con él para hablar de su tratamiento.

A los segundos, una enfermera entró en la habitación para llevarse a Alex a hacer un par de radiografías y pruebas.

—Volvemos en una hora más o menos.

—De acuerdo. —Quería reprimir mi malestar, que no se me notase, pero mi cara lo decía todo.

—No te preocupes, nena. No pienso irme a ningún sitio.

—Te quiero. —Le acaricié el pelo, la frente y le besé—. Te quiero.

—Y yo a ti, Mariola. —Me guiñó un ojo y me regaló una enorme sonrisa—. En un ratito vuelvo. Te quiero.

—Puede esperar aquí o bajar a la cafetería que está en la terraza. —La enfermera me miraba con condescendencia—. Está en las mejores manos.

Salí detrás de la camilla y les miré mientras se alejaban por el pasillo. Escuchaba la risa nerviosa de Alex, él tampoco podía disimular demasiado, también estaba preocupado, aunque estuviese tratando de que yo no lo notase.

Me quedé unos minutos sola en aquella habitación que parecía más un hotel que un hospital. La vibración de mi móvil me sacó de aquel pequeño trance.

—¿Sí?

—Hola, cariño. —Reconocí la voz de Justin.

—Jus.

—¿Qué tal estás? —Mike hablaba por detrás—. ¿Todo bien?

—Eso creo. —No me soné convincente a mí misma.

—Ese creo no me ha gustado nada.

Salí de la habitación y fui hasta la terraza.

—Estoy en el hospital con Alex. Estábamos en el hotel y de repente se ha encontrado mal, se ha llevado la mano al corazón y no sé si está bien o no. Ahora le están haciendo pruebas y...

—¿Cómo que Alex y tú en el hospital? —Justin no escuchó ninguna respuesta—. Vale, reformulo mi pregunta. ¿Qué hacéis Alex y tú juntos en un hotel?

—Han sido treinta y seis horas vertiginosas. No sé qué le pasa. Su corazón... —comencé a titubear.

—No, princesa, no te preocupes que todo va a estar bien. Aquí ha estado en las mejores manos y le dijeron que solamente había sido un ataque de ansiedad por... —se quedó callado.

—Por mi culpa estuvo en el hospital y yo me vine a España a emborracharme cantando a la más grande. ¿Por qué no me diste dos tortas, Jus?

—No me diste opción, cariño. Te fuiste sin decir nada.

—Joder. —Miré mis manos, más concretamente el anillo—. He sido una idiota.

—No te martirices, cariño. Ahora estáis juntos.

Puse a Justin al día y sabía que había puesto el manos libres para que Mike estuviese también al tanto de aquellas últimas treinta y seis horas de mi vida.

—Esa es mi chica. —Lo repitió varias veces.

En aquel momento les hubiese contado todo lo que realmente pasó, pero me guardé la gran noticia para cuando regresásemos, contársela a todos en persona. Mike también trató de calmarme y en sus tonos de voz noté algo diferente. Aunque estuviésemos a miles de kilómetros de distancia, sentí que algo había pasado. Sus voces y sus bromas no eran las mismas de siempre.

—Preciosa, tengo que marcharme ya a la cama que mañana tengo una reunión y mira qué hora es aquí. Te quiero.

—De acuerdo, Jus.

—No tardes en volver que el piso está muy triste sin tu sonrisa y tus grititos por las mañanas cuando enciendo el grifo de la cocina para que salgas de la ducha.

—Te quiero.

—Te quiero, nena. Te paso con Mike.

Escuché su sonoro beso y esperé unos segundos hasta que escuché una puerta cerrándose.

—¿Qué está pasando, Mike? —Caminé por el jardín.

—No te entiendo.

—No te hagas el tonto, que de eso no tienes ni un pelo. ¿Después de todo lo que hemos pasado juntos vamos a ocultarnos las cosas? —Traté de sonar lo más ofendida posible.

—¿Y qué nos estás ocultando tú? Detrás de toda la preocupación, en tu voz se nota algo. Suenas ilusionada, feliz y muy diferente a la última vez que hablamos.

—La última vez que hablamos era como el demonio de Tasmania arrasando con todo a mi paso. —Escuché la risa de Mike.

—Te echo de menos, tengo tantas cosas que contarte, que prometo prepararte *caponata* siciliana^[41] sobre *focaccia*^[42].

—Llevas años sin prepararme eso, Mike. Debe ser algo muy importante.

Estuve un buen rato con él. Sabía cómo sacarme una sonrisa y cómo abrazarme con sus palabras, aunque realmente lo necesitase a mi lado en aquel momento. Me despedí de él prometiéndole que no tardaría en volver a mi vida. Al colgarle aproveché para llamar a la oficina y hablar con Linda, pero Sasha me comentó que estaba reunida y que era imposible pasar mi llamada. Paseé por aquel jardín en el que se respiraba bastante paz y el olor a jazmín lo inundaba todo. Cerré los ojos y comencé a recordar cada momento de la noche anterior. La mirada sorprendida de Alex ante mi repentina petición, la reacción de mi cuerpo al hacer aquel camino de rosas, los besos que me dio la noche anterior parecían estar reproduciéndose en mi piel. Necesitaba volver a sentir todo aquello.

—Saldremos de esta.

Me auto convencí de que aquello no iba a ser grave, que Alex estaría bien y que en poco tiempo podríamos estar desayunando en nuestro paraíso, pero el de Nueva York.

Había pasado más de una hora desde que aquella enfermera se llevó a Alex de la habitación y no tenía ninguna noticia de él. Me dirigí al mostrador de enfermería que estaba en aquella zona, pero no había nadie que pudiese resolver todas las dudas que estaban comenzando a aparecer en mi cabeza. Dentro de ella se estaba formando una película posible ganadora de varios Oscar al mayor drama del año. Negué unos segundos y volví a la habitación para sentarme en el sofá y seguir esperando.

No se oía ni una triste mosca en la habitación. Mi cabeza estaba siendo mi peor enemiga porque aquella película había pasado de ser el mayor drama del año a posible thriller psicológico del siglo. No había podido desayunar nada más que un café y mi estómago empezó a dar vueltas y salí disparada al baño del pasillo, que estaba bastante lejos de aquella habitación. Los nervios se habían apoderado de todo mi cuerpo.

Cuando me estaba terminando de enjuagar la boca y echándome agua en la cara, entró una enfermera.

—¿Señora McArddle?

—No. —La miré a través del espejo—. Sí. No... —me di la vuelta—. Soy Mariola.

—El señor McArddle ya ha salido de las pruebas. Está en la habitación..

Arroyé a la enfermera antes de salir a toda prisa del baño. No corrí por el pasillo, pero iba tan acelerada que tuve que frenar el paso antes de llegar a la habitación. Cuando abrí la puerta Alex estaba sentado en la cama mirando el suelo. Parecía agotado y tuve que tragarme mis nervios, interiorizar mi terror por los resultados y lucir una sonrisa medianamente creíble.

—Hola. —Me situé entre sus piernas—. ¿Cómo te encuentras? —le acaricié la cara.

—Cansado después de horas de máquinas.

—Tendrás que aguantar y que te hagan todas las pruebas para cerciorarnos de que estás bien. —Puse mis manos en sus mejillas y le di un dulce beso en los labios.

—Estoy bien.

—Cuando el médico me lo asegure, me lo creeré. —Señalé la puerta ya que el médico estaba entrando.

—Bueno, señores McArddle... —Alex y yo nos miramos y Alex apretó mi mano sonriendo por llamarnos así—. No hay nada anómalo en las pruebas. He hablado con su doctor en Nueva York y hemos llegado a la conclusión de que al haber abandonado el hospital tan rápido y después del vuelo, de haber hecho algún tipo de sobreesfuerzo... —Nos miró a los dos—. Es un cuadro de fatiga. Un poco de reposo un par de días, nada de esfuerzos, nada de viajes relámpago.

—Pero tenemos que volar a...

—No, señor. —No dejé a Alex seguir hablando—. Descansar. Esa palabra de tres sílabas que no sabes demasiado bien lo que significa. Nada de sobreesfuerzos. Nada.

—Sexo no se considera sobreesfuerzo. —Lo dijo con tal tono de inocencia, que nos provocó una sonrisa al médico y a mí.

—No es algo que yo tenga que prohibirle. Es algo que ustedes deben plantearse. —Le miré sin saber muy bien qué estaba diciendo.

—¿Plantearnos? —La cara de Alex era un poema y la mía un soneto.

—Vamos a ver, no... Yo... —El doctor nos miraba a los dos sin saber bien qué responder—. Yo solo recomiendo descanso, largos paseos por nuestras bonitas playas y comida sana.

—De eso me encargo yo. Va a aprender a relajarse sí o sí.

—Cúidese y descanse. —El doctor salió de la habitación y yo me quedé observando a Alex mientras se vestía.

—Me han mandado unos cuántos mensajes las chicas que están ansiosas por saber lo que sucedió anoche, pero en tu estado no sería bueno ir a casa. Te agotarían en dos minutos.

—Estoy bien y quiero conocerlas. —Me agarró las manos.

—Te harán un millón de preguntas y se te tirarán al cuello. Pueden ser agotadoras.

—Cariño, tú a veces me agotas y no quiero separarme de ti. Además, tendrás que dar alguna explicación de anoche. ¿Ellas sabían lo que tenías planeado? —Afirmó con la cabeza cuando yo hice lo mismo—. Entonces quiero estar a tu lado cuando se lo cuentes.

Tras convencerla de que estaba bien, nos montamos en el coche que nos había llevado desde el hotel, para que nos acercase a casa de Aitana. Cuando llegamos y abrió la puerta, noté cómo los nervios la inundaban. Supuse que presentarme a sus amigas era un gran paso para ella. Saber si les gustaría, si encajaríamos, si... Dios mío, él que estaba muerto de miedo era yo. Me temblaron las manos. Parecía que tenían una fiesta en la terraza. Estaban bailando y tomando un cóctel con sombrillitas.

—No te van a comer o eso creo. —Me miró sonriendo.

—Me acabo de poner nervioso. Sé lo que significan tus amigas para ti y no quiero cagarla.

—Puede que te miren raro, pero son mis mejores amigas y si yo soy feliz, ellas también. Y ahora mismo soy la mujer más feliz de la faz de la tierra. —Sus ojos sonrieron.

Pasamos por el salón hasta la terraza y nada más verla comenzaron a bailar a su alrededor, sin percatarse de mi presencia. La música que sonaba era estridente, ellas canturreaban y no demasiado bien, pero me gustaba lo que aquel sencillo acto provocaba en Mariola. Una de las chicas que había cogido de la mano a Mariola paró en seco, tiró de su mano y se tapó la boca.

—¿Qué están viendo mis ojos?

—Calla, Sandra. —Mariola trató de zafarse de su mano, pero fue misión imposible. El resto de las chicas ya estaban rodeándola y mirando el anillo.

—No sé si es el sol o el brillo de ese pedazo de cacho de diamante lo que me está

deslumbrando.

Tardaron varios segundos en darse cuenta de que yo también estaba allí. Apartaron a Mariola y las cinco me miraron fijamente. Lo hicieron sin ningún tipo de pudor, como si fuera el último pavo en el supermercado el día de Acción de Gracias.

Alex estaba siendo más observado que el David de Miguel Ángel. Sandra avanzó hacia él, dio una vuelta alrededor de Alex, se situó a su espalda y, pasándose la lengua por los labios, dio su visto bueno.

—Pues en persona gana mucho. Está para meterle de todo menos miedo o que te lo meta él todo. —Lorena abrió los ojos y bajó la mirada a su entrepierna.

—Gracias, señor Strauss, por inventar los vaqueros que tan bien sientan. —Inma tampoco se cortó un pelo.

—No os he comentado un pequeño detalle, pero habla y entiende castellano.

—Hola, chicas.

Todas le miraron asombradas.

—Un chico completito, aunque nos haga sufrir.

—Chicas, Alex, Alex, chicas.

Las chicas una a una le fueron dando un par de besos. Estaban siendo muy diplomáticas y correctas. No sabía cuánto iban a durar en aquel estado de paz y tranquilidad. Me puse al lado de Alex y le agarré de la mano. Era la hora de dar la noticia por primera vez, ya no había marcha atrás.

—¿Nos vais a dar una explicación ya o vamos a tener que esperar al gran comunicado en prensa? —Aitana me guiñó un ojo.

—Ya sabéis cual era la intención de la cita de ayer, chicas. —Apreté la mano de Alex y sonreí—. Los dos tuvimos la misma idea. Estamos prometidos, chicas.

El grito de las chicas se pudo escuchar a diez kilómetros a la redonda. Sus caras y sus sonrisas nos decían que, aunque estuviéramos locos de atar, se alegraban por nosotros. Me abrazaron mientras continuaban con los ojos como platos y, tras varios minutos, la palabra *felicidades* salió de sus bocas.

—Así se hace, chico. —Inma le dio un golpe a Alex en la espalda que le pilló desprevenido—. Echarle un par de huevos a la vida, aunque dé miedo. La vida es demasiado corta como para acojonarse a la primera de cambio cuando aparece el amor en tu vida.

—Me alegro por vosotros. —Alba miraba a Alex con recelo.

—Alba —agarré su mano y nos apartamos del resto mientras continuaban hablando con Alex—, ¿no te alegras?

—Claro que sí, cariño, pero... —Alba parecía no querer decirme lo que realmente se le estaba pasando por la cabeza.

—Suéltalo, por favor.

—Joder, que no quiero que te vuelvan a hacer daño con una mierda de entrevista de estas que la prensa nos encargamos de distorsionar. —Alba tiró de mi mano y me separó más del resto.

Las cuatro me estaban hablando tan rápido en castellano, que era bastante difícil entenderlas bien. Por una parte estaban contentas de que el plan de Mariola hubiese salido bien, pero también pude ver cómo una de sus amigas hablaba con ella a parte.

—Un segundito, chicas. —Me acerqué a Mariola y pude escuchar parte de la conversación que mantenían.

—Sabes que te quiero mucho y no quiero volver a verte destrozada por una entrevista o que

él te haga daño.

—Confía en mí. —No pude mantener la boca cerrada, parecía que se me estaban pegando bastantes cosas de Mariola—. No voy a volver a hacerle daño, te lo prometo.

—No me lo tienes que prometer a mí, Alex.

—Alba. —Mariola le reprochó sus palabras.

—No, Mariola. No quiero volver a ver esa mirada que tenías cuando viniste aquí huyendo. Sé lo que la prensa puede llegar a hacer, el acoso al que os pueden someter...

—Que venga si quieren, que inventen lo que quieran. Quiero a Mariola y lucharé por ella contra viento y marea, Alba. ¿Sabes qué me enamoró de ella? Que no tenía miedo a expresar sus sentimientos, que no temía decir algo y que yo saliese corriendo. Ella me ha hecho ser mejor de lo que era. Sí, tal vez es una locura que ella quiera casarse conmigo, pero yo no tengo ni una sola duda. Jamás creí que me sucedería a mí. Jamás imaginé encontrar a alguien que me obligase a vivir la vida, a sentir y a volver a amar. —Agarré la mano de Mariola que estaba a mi lado observándome en silencio—. Mariola, como tú me dijiste, el camino no va a ser una línea recta, pero quiero disfrutar de cada curva y de cada momento. Aunque haya momentos difíciles, no hay lugar más seguro que a tu lado y yo quiero ser tu refugio en el mundo. Quiero ser el paraíso en el que decidas cobijarte cuando las cosas se tornen grises.

Sonreí al sorprenderme a mí mismo haciendo una confesión así delante de gente que no conocía. Hacía unos meses hubiera sido incapaz de abrir mi corazón de aquella manera, pero Mariola había conseguido quitarme los miedos de encima.

—No permitas que vuestro paraíso se convierta en un infierno. Ella no te lo dirá, pero su historial amoroso se merece un cierre de gala. Espero que seas tú quien firme el para siempre.

Mariola estaba a mi lado sonriendo mientras miraba a Alba. Sin soltar mi mano, se abrazó a ella y le susurró algo al oído que hizo que Alba sonriese.

—¿Ha empezado la fiesta sin mí?

Aquella voz me resultaba familiar y negué con la cabeza.

—Parece que ahora ya estamos todos.

—Mejor que no sepas por qué está Rud aquí.

—¿Por qué? —Miré a Mariola que sonreía mirando a la puerta mientras negaba con la cabeza.

—Te lo aconsejo, Alex. Nosotras ya lo comprobamos anoche y... —Lorena se llevó una mano a la frente e hizo que se desmayaba sobre una hamaca.

—Lo que te gusta un cuerpo armado, Aitana.

—Y muy bien armado.

Mis ojos se abrieron de par en par. No tenía demasiado claro si había entendido bien la frase. Aitana y Rud... Estaban hablando de... No por Dios. Me llevé los dedos a los ojos, como si quisiera borrar de mi cerebro aquella imagen que me había venido a la mente. Cuando los abrí, Mariola me miraba sonriendo. Pude leer un te lo advertí en sus labios. Decidí que lo que sucediese con Rud en España, se quedaba en España.

Dos horas después pude comprobar que Mariola estaba en casa, era feliz y no paraba de sonreír. Era más ella que nunca y me daba miedo que a mi lado no llegase a ser nunca así.

—Deja de pensar eso. —Alba se sentó a mi lado.

—¿El qué? —Le di un trago a la copa de agua.

—Crees que ella aquí es feliz y dudas si tú serás capaz de hacerla sonreír así siempre.

—Joder. —Me sorprendí de que pudiese leer mi mente.

—Si soy tan dura contigo es porque no quiero que sufras. Ya tuvo suficiente con Jonathan.

Quiero que sea feliz y puede que tú seas el indicado. —Carraspeó un par de veces y negó con la cabeza mientras ponía los ojos en blanco—. Qué cojones digo, eres el indicado. No te habría pedido que te casases con ella si no lo fueses. Prométeme que la harás feliz.

—Todos y cada uno de los días que esté a su lado. Prometo no soltar su mano nunca.

—Si mi amiga sonrío así al mirarte, eres afortunado.

—Mucho, Alba. No te imaginas cuánto.

El cansancio comenzó a apoderarse de mi cuerpo y Mariola lo notó cuando me levanté de la mesa excusándome.

—Alex, deberías descansar un poco. —Los dos fuimos a la cocina con unos platos.

—Estoy bien.

—Luego las chicas quieren que vayamos a cenar, pero podemos quedarnos aquí descansando.

—Me dijo tranquilidad, no convertirme en monje de clausura. Además, no quiero privarte de momentos con tus amigas. —Puse mis manos en sus mejillas y cerró los ojos ante mi tacto. Me encantaba cuando lo hacía.

—Vete a mi habitación y descansa. Aitana no va a dejar que vuelvas al hotel y no pretendas que yo salga de esta casa.

Aquella noche cenamos en un local cercano en la playa y Alex se empapó bien de toda la cultura andaluza que las chicas quisieron enseñarle. Comió espeto, boquerones fritos, jamón, gazpacho... Probó de todo y no dejó ni una sola miga.

—¿Te come todo igual de bien? —Inma iba por la cuarta copa de vino.

—Todo. —No pude reprimir una carcajada que hizo que Alex levantase la cabeza.

—Desde ahora mismo, adoro España, adoro Málaga y adoro este local. —Alex apartó el plato que tenía delante de él. Parecía estar satisfecho.

—Así ya tenéis una excusa para venir a verme sin tanto drama de por medio. Tal vez cuando me hagáis tía.

Mi sonrisa se quedó congelada y mi mirada fija en el centro de la mesa. No quería ni levantar la vista y encontrarme la cara de espanto de Alex. Recé por que alguna dijese cualquier otra cosa.

—Nunca se sabe. —La mano de Alex se apoyó sobre la mía y la apretó fuertemente.

Levanté la vista y la gran sonrisa de Alex me descolocó. Las dos veces que la palabra embarazo apareció le faltó decirme que iba a por tabaco y hacerse un Willy Fog. Abrí la boca un par de veces para responder, pero mi cerebro no hizo las conexiones necesarias para que las palabras comenzasen a salir de mi boca.

—Vamos a tomarnos una copa a Buddie's, que esta noche hay música en directo y en aquella terraza se está en la gloria. —Aitana me sacó de aquel momento bizarro.

No dije nada en el trayecto hasta el Buddie's, cosa que a Alex le sorprendió bastante.

—¿Estás bien? —Pasó su brazo por mis hombros pegándome a él.

—Sí. —Noté sus ojos clavados en mí cara—. Me ha sorprendido tu respuesta a lo de hacer tía a Aitana.

—¿Has cambiado de opinión sobre eso?

—No, pero parece que tú sí. —Nos quedamos fuera de la terraza al llegar—. Solo es que después de aquellos ataques de pánico...

—He sido estúpido contigo, muy, pero que muy estúpido. Fue mi subconsciente avisándome de que me estaba enamorando de ti y quería obligarme a cagarla.

—No quiero que hagas nada de lo que te puedas arrepentir. —Le acaricié la cara. Yo tampoco sabía si estaba preparada para traer un niño al mundo en las circunstancias en las que estábamos.

—No me arrepentiré de nada, mientras lo haga a tu lado. —Me besó en una mejilla—. De nada. —Me dio un beso en la otra mejilla—. Jamás.

Sus labios se unieron a los míos y sus manos se entrelazaron con las mías. Quería enredar mis manos en su pelo y que aquel beso diese paso a más besos, a caricias inesperadas y a... pero el médico nos recomendó reposo. Unos segundos después nos unimos al resto.

—Paris, cuidado con el corazón del jefe. —Rud susurró cuando nos sentamos en una mesa de la terraza.

—Cuidado con tus pelotas, Farmer.

Se llevó las manos a su entrepierna y emitió un pequeño sonido que pasó desapercibido para el resto, pero que a mí me hizo sonreír.

Tras pedir las bebidas, comenzó la música en directo. Justo delante de nosotras había un chico con una guitarra. Alba se temió lo peor al verle. El chico llevaba unos pantalones blancos de lino, una camiseta de tirantes blanca y de su cuello colgaba un rosario de madera.

—Este nos vende al final del concierto la dieta ayurvédica. —Sandra le miraba con una ceja levantada.

—Pues que quieres que te diga. —Lorena afirmó con la cabeza—. A mí que me dé la ayurvédica, la *Atkins* y la que se le ponga en la punta del...

—Buenas noches. —El *ayurvédico*, como le bautizó Sandra, se presentó—. Me llamo Matías y espero que esta noche vuestros sentidos se unan a mis notas y vayamos de la mano por los sentimientos.

—La madre que me parió. —Me llevé una mano a la frente riéndome—. Esto se merece unos mojitos para pasar el trago.

Y nos equivocamos. Matías contaba solamente con una guitarra y su voz, pero nos conquistó a todos los que estábamos allí escuchándole. Sus versiones eran muy personales e incluso varias de las personas se levantaron a bailar alguna de las canciones. Comencé a escuchar unas notas de piano que le acompañaron en un momento y reconocí la canción. Era *Temblando* de Antonio Orozco.

Mariola fijó su mirada en el cantante y comenzó a sonreír mientras sonaba aquella canción. Se mordió el labio y movió la cabeza al son de música. Agarré fuertemente su mano y la ayudé a levantarse de la silla.

—¿Bailas?

Aceptó mi proposición sonriendo. Sabía perfectamente que estaba sorprendida de que hiciese aquello.

—¿Entiendes lo que dice la canción? —Mariola se pegó a mi cuello.

—Por encima.

—«Estoy temblando —me tradujo al oído mientras sonaba la canción—, de pensar que ya te tengo aquí a mi lado y prometo no soltarte de la mano, ahora sé que hoy ya tus pasos son mis pasos».

Por aquello estaba sonriendo Mariola, por la letra de aquella canción.

—Me parece que está cantando lo que tengo en la cabeza, porque tú me haces temblar, Mariola.

Sentir que Alex ya no tenía miedo de decir lo que sentía ni demostrarlo públicamente, me hacía sonreír.

—Gracias, Alex. —Le di un beso.

—¿Por qué?

—Por mostrarme tus sentimientos.

—A ti nunca te ha dado miedo hacerlo, ahora es mi turno.

—¿Ya no tienes miedo?

—Sigo teniendo miedo a muchas cosas, pero no de gritar a los cuatro vientos que te quiero.

Recuerdo la primera noche que pasamos juntos en el hotel tras la boda de los McNee, tú tomaste las riendas de la situación y fuiste a por lo que querías. Me ha hecho falta perderte de verdad para saber que no puedo vivir sin ti. —Entrecerró los ojos y sonrió.

—No me perdiste, fui bastante capulla.

—Pues necesitaba que fueses capulla para reaccionar de una maldita vez.

Nos perdimos en las siguientes canciones y en nuestras confesiones al oído. Él me confesó que ya era valiente y yo le aseguré que el miedo nunca más sería una opción en nuestra vida.

—Voy a pedir otra ronda que las chicas están sedientas.

Mientras esperaba a que me sirviesen, observé a las personas que seguían bailando en la terraza, cuando noté la vibración de mi móvil. Supuse que sería un mensaje de mi hermana exigiéndome que volviese a casa.

Por mucho que huyas te encontraré.

En Nueva York, en España o en China, siempre iré un paso por delante de ti.

Que no te ciegue haber recuperado tu vida.

Pronto nos veremos las caras.

COMO SI DE UN FANTASMA SE TRATASE

—¿Estás bien, Paris?

—No, Rud. —Le enseñé el teléfono—. Es imposible que él tenga los medios de Ryan para encontrarme.

—¿Sigues dudando de mí?

—Rud, no es eso. —Mi cabeza comenzó a ir a mil por hora.

—No le digas nada a Alex por ahora. Le diré a Dwayne que investigue los teléfonos de todos. —Vio cómo mi cara cambiaba al oír aquel nombre—. No desconfíes de él. Sé que tuviste un altercado en el bosque y le metiste con una piedra en la cabeza. Estaba tratando de protegerte, pero te volviste loca otra vez.

—Joder. —Me llevé la mano a la boca—. ¿Le hice mucho?

—Tiene una bonita cicatriz en la cabeza y con el tamaño que tiene... —Hizo un gesto que me hizo sonreír y relajarme un poco.

Observé a Mariola hablando con Rud. No sabía muy bien de qué iba la cosa, así que decidí levantarme para ver si todo estaba bien. Las chicas estaban bailando y cuando di dos pasos me rodearon sin dejarme ninguna opción para escapar.

—Ahora no te escapas. —Sandra me miró fijamente.

—¿Ocurre algo, chicas? —Las miré una a una sin saber cuál iba a ser la respuesta.

—No hemos tenido la oportunidad de que nos escuches atentamente. —Lorena me dio unos pequeños golpecitos en el pecho.

—¿Escucharos? —Me sentí totalmente acorralado.

—No es que no nos guste que te vayas a casar con nuestra amiga. —Inma respiró profundamente.

—Pero no nos gusta la forma que has tenido de actuar con ella. Esa forma de ocultarle las cosas, la manera de mentirle, de mentiros. Ninguno de los dos había sido completamente sincero. —Lorena agachó la cabeza—. Ella no hizo bien en huir, tenía que haberse enfrentado a las cosas de otra manera. —Me miró a los ojos—. Pero ha hecho todo lo que estaba en sus manos para recuperarte.

—Si vuelves a ocultarle algo o a engañarla. —Aitana me miró por debajo del pantalón haciendo un gesto de tijeras.

—Yo...

—Ni tú ni nada. —Sandra me dio un golpe en el hombro—. Como nos enteremos de que pasa algo extraño, atravesaremos el océano para acabar contigo.

—Podéis cruzarlo las veces que queráis para estar con ella en nuestra casa, pero no tendréis que acabar conmigo. ¿Sabéis por qué? —Todas me miraron fijamente—. ¿Veis a aquella maravillosa mujer que está allí? —Señalé a Mariola—. Estoy completamente enamorado de ella.

—Todos decís lo mismo y no siempre acaba bien. Ella es una cabezota, te lo pondrá difícil. —Alba era la más reticente.

—Lo conseguiremos. —Miré de nuevo a Mariola.

—*La vida no es fácil. Y más sabiendo que Jonathan está detrás de vosotros para joderos la vida. —Aitana negó con la cabeza.*

—*Acabaré con cualquier peligro, con cualquiera que se ponga en medio y que trate de hacernos daño.*

—*Pero no la podrás proteger de todo. Siempre puede haber algo que os pueda separar. — Lorena negaba con la cabeza.*

—*Puedo y lo haré. Es mi chica. Ni aunque viviera diez vidas encontraría otra como ella. — Escuché un suspiro detrás de mí y vi cómo Sandra se llevaba una mano a la boca—. Así que la protegeré con mi vida si hace falta.*

—*¿Otro hermano más no tendrás? Así como tú, pero soltero. —Inma me miró muy seria.*

—*Bienvenido a nuestra disfuncional familia. —Lorena me abrazó y sentí que su bienvenida por fin era real.*

Los días en España estaban llegando a su fin. Alex tenía que regresar a Nueva York y yo también tenía que volver a mi vida allí. Hablé con Linda y por ella me podía quedar de vacaciones eternamente, pero Scott estaba muy agobiado con su inminente traslado a Los Ángeles.

El día que cogíamos el vuelo para volver a casa me desperté a las siete de la mañana. No podía dormir y salí al jardín para no molestar a nadie. Todo estaba en silencio, solo se oían las olas del mar y el sonido de alguna gaviota madrugadora. Me vestí y salí a dar un paseo hasta la panadería que estaba a varias manzanas. Mi hermana me llamó y mientras se terminaban de hacer los bollos, aproveché para tomarme un café y ponerme al día con la loca vida de mi hermana. Si cuando decía que un día nos iban a sorprender con que se habían casado en secreto o que se fugaban a Las Vegas, no iba muy desencaminada. Ya estaban viviendo juntos en el piso que Brian tenía en *West Village*.

Cuando colgué me quedé mirando por el ventanal de la pastelería y vi a Rud con los brazos cruzados enfadado.

—*¿Te parece normal irte de casa sin avisarme?*

—*Era demasiado pronto y no quería despertar a nadie. Además he dejado una nota en la cocina. He venido a por el desayuno. —Le mostré la bolsa de los bollos.*

—*No hemos podido localizar desde dónde se envió el mensaje exactamente, lo que sí sabemos es que fue desde Nueva York, así que no está aquí.*

—*¿Cuándo va a acabar todo esto? Se supone que los secretos se han descubierto y las cartas están sobre la mesa. No queda nada por descubrir, ese era su as bajo la manga. ¿Por qué demonios sigue?*

—*Él no lo sabrá. Nadie sabe dónde está Alex ni dónde estás tú. Solamente los más cercanos. Eso nos puede dar una pista. Quien este compinchado con él, es de vuestro entorno. — Comenzamos a caminar hacia casa.*

—*Por eso dude de ti y también de Dwayne.*

Se nos acababa el tiempo allí y lo disfrutamos al completo. Algo de piscina, playa, buena comida en un chiringuito y a media tarde vuelta a casa para preparar todo. Cuando nos quisimos dar cuenta eran las ocho de la tarde y teníamos que coger el coche al aeropuerto.

La despedida fue muy dura. Fueron tantos días seguidos con las chicas, que despedirme me costó media vida. Una a una fuimos besándonos y hablando un poco. Escribenos, cuéntanos como va todo, prepárate para cuando sea tu despedida que las locas aterrizaran en Nueva York, búscame un buen maromazo y ten cuidado, fueron algunas de las frases que me dijeron antes de montarnos

en el coche.

La llegada al aeropuerto, el *check-in*, la espera en la sala *vip* y el embarque se me pasó volando. Sin darnos cuenta estábamos a diez mil kilómetros de altura volando a casa. Después de estabilizarnos y pasar la azafata por primera clase ofreciéndonos algo de beber, Rud me miró desde el otro asiento y Alex levantó la vista del periódico y nos miró a los dos.

—¿Qué ocurre? —Miró a Rud y este me señaló con la cabeza.

—Lo primero, no te enfades conmigo, Alex.

Alex entrecerró los ojos y apretó la mandíbula.

—No hagas eso.

—¿El qué? —Cerró brevemente los ojos.

—Presuponer que ha pasado algo grave y no te lo he contado. —Negué con la cabeza y comencé a dudar—. Ayer recibí un mensaje y no quise decirte nada. —Empecé a retorcerme los dedos—. Después de lo que había pasado, no quería que te alterases por nada.

—¿Qué ha pasado, Mariola? —Estaba tratando de no enfadarse.

—Lo hice por tu bien. —Bajé la cabeza—. Fue un mensaje de Jonathan.

—¿Qué? —Alzó la voz.

—No grites, por favor. Pensé que si hablaba con Rud, podíamos solucionar algo sin preocuparte. —Comenzaron a temblarme las manos—. Sé que he prometido no ocultarte nada, pero pensé que si lo podíamos solucionar...

—Eso mismo quisiste hacer una vez y te atacó en su apartamento. ¿O no lo recuerdas? —Me miró negando con la cabeza.

—Lo sé, pero en aquel momento lo único que me importaba eran los niños y ellos salieron sanos y salvos. Así que lo haría una y mil veces más. —Me crucé de brazos apoyándome en el asiento.

—Lo siento, no quería que sonase así, pero no me gusta que me lo hayas ocultado.

—Señor, fue mi culpa.

Alex miró a Rud de reojo por encima de mi hombro.

—La que lo ocultó fui yo, así que apechugo con las consecuencias.

—¿Desean algo más de beber?

—Un poco más de agua. —Alex levantó la botella vacía que tenía en la mano.

—No, gracias. —Medio sonreí a la azafata que miraba solamente a Alex.

—¿Qué habéis descubierto?

—El móvil desde el que se mandó el mensaje lo localizamos en Nueva York, así que al menos eso nos da ventaja. Rud me ha dicho esta mañana que nadie sabía dónde estábamos. Ni siquiera vosotros lo sabíais hasta que Ryan os avisó. Pero él podría haber hecho lo mismo.

—Imposible, Mariola. —Alex estaba muy seguro.

—Hablando de Dwayne...

—Dwayne. —Se frotó la frente con su mano derecha.

—Si me disculpáis voy a dar un paseo por el avión. —Rud se escaqueó casi corriendo.

—Me extrañé no volver a verle en la cabaña y... —Noté cómo la mano de Alex buscaba la mía por encima del reposabrazos.

—Lo único que quería hacer era protegerte. Si era un peligro potencial, quería alejarle de nuestra familia. Por eso le mandé a la ciudad y después de investigarle en profundidad, supimos que no fue él. Hay unas fotos de una cámara de seguridad del pueblo que han podido identificar el coche con las rodadas que había en el bosque. No era Dwayne ni Jonathan.

—¿Quién es? —Mi mano comenzó a temblar y la agarró con sus dos manos fuertemente.

—No se le ve bien. Tenemos una foto parcial y está con una gorra que oculta su rostro. —Su voz se entrecortó—. Lo siento.

Después de más de veinte horas de vuelo, gracias a los retrasos en *Heathrow*, pudimos conocernos más aún. Hablamos de cosas que nunca habíamos hecho: cómo fue nuestro primer beso, quién había sido la persona más importante en nuestra vida y cuál había sido el momento más bonito que habíamos vivido. A esto último Alex contestó que el nacimiento de su hijo, yo que seguramente aún no lo había vivido. Eran cosas de las que no habíamos hablado dada la rapidez con la que había evolucionado nuestra relación. Alex quiso saber con todo detalle cómo nos conocimos las seis en la universidad. Parecía querer saber toda mi vida en un vuelo transoceánico.

La azafata seguía dando paseos y preguntándonos si estábamos bien, si necesitábamos algo. Más bien se lo preguntaba a Alex. En una de las paradas que hizo, en la que Alex no levantó la vista del periódico, pasé mi mano por el hombro de Alex, tratando de que éste no se diera cuenta y meneé un poco el dedo donde estaba mi precioso anillo. Ella lo miró, me miró, miró a Alex, volvió a mirar la sortija y se marchó farfullando algo. Yo me reí de forma estúpida como si acabase de ganar *Waterloo*.

—¿Qué has hecho, pequeña terrorista? —Me preguntó sin levantar la vista.

—Nada. —Traté de contener mi risa.

—Estás preciosa cuando te ríes.

—¿Solo cuando me río? —Quitó el reposabrazos que nos separaba y me puse de rodillas en el asiento—. ¿Solo? —Me fui acercando lentamente y me agarró de las manos tirándome encima de él para abrazarme.

—Solamente cuando te ríes. Solamente cuando te enfadas. Solamente cuando me miras. Solamente estás preciosa siempre.

—Embaucador. —Le besé la barbilla mientras me recostaba en su pecho.

El aterrizaje y posterior paseo por el aeropuerto para recoger maletas, nos lo ahorramos gracias a que Alex hizo una petición a la aerolínea. Pero a la hora de pasar por aduana, como siempre, me tocaba esperar y hacer la eterna cola de no americanos. Alex y Rud esperaban pasando la aduana mientras la cola no avanzaba. Cuando llegó mi turno, una hora después, el de aduana me miró siete veces antes de confirmar que era la misma persona. La foto de mi pasaporte más de una vez me había dado problemas, no sabía por qué, pero con el color de pelo que llevaba tres años atrás, era más difícil reconocerme.

—¿Su equipaje?

—No traigo. —Caí en la cuenta de que eso podría sonar extraño.

—¿Cómo que no trae?

—No. Vivo en Nueva York y lo hemos mandado... Siempre me pasa lo mismo. —Traté de sonreír.

—Me da igual que siempre le ocurra lo mismo, está aquí ahora mismo y deberá responder a todo lo que le pregunte señorita San... —trató de leer el pasaporte. —Santratia.

—Santamaría.

—¿Me está respondiendo? —Elevó su tono de voz.

—No, solamente le estoy diciendo mi apellido.

—Roger, tenemos listilla en la fila. —Se lo dijo a un compañero y me miraron los dos de arriba abajo.

—Siento mucho si cree que le he faltado al respeto, señor agente de aduanas... —Traté de sonar lo más respetuosa posible—. No era mi intención. Tengo un gran respeto al cuerpo de policía estadounidense. Perdóneme. —Vi cómo Alex se había acercado a escuchar lo que estaba sucediendo.

—Perfecto. Esta señorita aprende rápido. Por esta vez te vamos a dejar pisar suelo americano, pero para la próxima vez, cierre su boquita antes o tendrá problemas.

—Sí, señor. —Les sonreí a los dos y al salir agarré a Alex del brazo.

—¿Cómo has dejado que...

—Una vez lo pasé mal y aprendí que es mejor decirle a todo que sí o te tiras seis horas en el calabozo del aeropuerto y no son demasiado cómodos.

—Pero, Mariola, no puede ser que traten así a la gente.

—Lo sé, pero no soy ciudadana americana.

—Cuando seas la señora McArddle cambiará eso.

—Supongo que sí.

Le besé y comencé a hablar de otra cosa tratando de hacerle olvidar lo que había pasado, cuando un pequeño grito nos sacó de nuestra conversación.

—Papi.

Mi gran temor de los últimos días se hizo realidad. Jason estaba allí al lado de una mujer con unas piernas kilométricas, un vestido precioso y unos labios rojos perfectamente maquillados. Alex cogió a Jason en brazos y empezó a lanzarle al aire. El niño sonreía y gritaba, pero cuando se dio cuenta de que yo también estaba allí, su gesto cambió.

—¿Por qué estás con ella? —Jason me miró enfadado.

—Jason, no hables así, cariño. —Alex le dejó en el suelo.

—Ella prometió no irse y se fue. Es una mentirosa.

—Jason, no le puedes hablar así a Mariola.

—Ella mintió, así que es una mentirosa.

—Estaba asustada y... —Se agachó para estar a su altura.

—Tú siempre me dices que si algo me asusta tengo que ponerle de frente.

—Hacerle frente. —Le corrigió.

—Eso. —Miró fijamente a su padre—. Hacerle frente y no salir corriendo. Ella se fue y me prometió, con nuestra promesa irrompible, que jamás de los jamases se iba a ir. —Se dio la vuelta y me miró—. Ya no me gustas.

Jason salió corriendo y se agarró de la mano de su tía. No me había sentido tan mal en toda mi vida. Aquella mirada de decepción me mató. Supuse que iba a ser duro, pero no tanto. Ella se acercó a nosotros lentamente. Me temblaron hasta los dedos pequeños de los pies al verla y un escalofrío me recorrió de arriba abajo, como si de un fantasma se tratase. Clavó sus ojos azules en Alex, como si llevara toda la vida esperándole. Aquella mirada era una clara mezcla de deseo y anhelo. Se acercó a Alex para abrazarle y besarle.

—No sabes qué susto nos llevamos el día que desapareciste, cariño. Te fuiste del hospital sin decir nada, dejando todo atrás sin preocuparte por tu salud. Todo por... —Me miró de reojo—. No vuelvas a hacerme una cosa así. —Le volvió a abrazar.

—Es lo que tenía que hacer. —Se separó de ella y estiró su mano hasta alcanzar la mía—. Lo haría una y mil veces, Alison. —Tiró de mi brazo y me besó.

—Espero que no acabes de nuevo en el hospital por ella. —Me miró con mucho descaro.

—No nos han presentado formalmente. —Sonreí cínicamente—. Soy Mariola. —Le estiré la mano para estrechársela. Ella diplomática y falsamente hizo lo mismo.

En el apretón se dio cuenta del anillo. Giró su mano y agarró la mía. Sus ojos comenzaron a abrirse tanto que pensé que se le iban a salir de las cuencas. Me miró, puso sus ojos de nuevo en el anillo y comenzó a titubear. No le salían las palabras. Tiré de mi mano para apartarla, pero la agarró tan fuerte que comenzó a hacerme daño.

—¿Te importa? —Miré mi mano.

—No me lo puedo creer. ¿Ese anillo? Eres idiota, Alex.

No dijo nada más, cogió a Jason de la mano y se alejaron de nosotros en dirección a la salida. Yo me quedé unos segundos frotándome la mano y Alex se acarició la nuca.

—Esto creo que va a ser más difícil de lo que suponía.

—Lo sé, nena, pero lo conseguiremos.

—Bastante tenemos encima con Jonathan, como para tener que preocuparme de una cuñada celosa.

—¿Celosa? Sorprendida sí, celosa no. —Negó con la cabeza.

—Cómo puedes ser un gran hombre de negocios inteligente, astuto, que te comes a cualquiera ¿y no puedes reconocer a una mujer celosa? Tan inteligente para unas cosas y tan ingenuo para otras. —Le agarré la mano y se la besé.

—No creo que ella esté celosa. —Comenzamos a caminar hacia la salida.

—Démosle un poco de tiempo para saber cuál es el mejor adjetivo que añadir a tu cuñada. A parte de pederorra. —Lo dije entre dientes.

—¿Pederorra? Veo que no has dejado a la Mariola malhablada en España. —Me besó la cabeza.

—Solo he dejado en España a la Mariola relajada. El resto se ha venido con nosotros.

Salimos y nos estaban esperando en el coche Jason, la cuñadita, Rud y Dwayne. Nos montamos en el coche y nos fuimos directos a casa de Alex. Jason no nos dijo ni una sola palabra en todo el viaje. Mis ojos estaban clavados en las manos de Alison que estaban muy cerca de Alex.

Cuando llegamos a casa la cosa no fue mucho mejor. Jason salió corriendo casi del coche y Alex detrás de él. Se estaba rebelando contra él por mi culpa. Rud me miraba todo el rato tratando de darme ánimos. Nada más entrar en casa, Jason salió corriendo a su habitación y cerró la puerta dando un golpe.

—Es un niño, dale tiempo. —Le agarré de la mano—. Necesita que le escuches y hables con él, necesita a su padre.

—Voy a hablar con él. —Fue a dar un paso y le paré.

—Que no te vea enfadado. —Le acaricié el brazo.

—De acuerdo. —Fue hasta la habitación, y antes de tocar la puerta, respiró profundamente—. ¿Puedo pasar?

Jason estaba sentado en la cama con un muñeco en cada mano.

—¿Qué tal estás? —Me senté a su lado.

—Bien. —Continuó jugando con los muñecos.

—Tenemos que hablar de Mariola.

—No quiero. No me gusta.

—Cariño, ya sabes que Mariola es muy importante para mí, al igual que tú. —Le acaricié la cabeza.

—Me lo había prometido y se fue cuando estabas malo. Si nos quiere no se tendría que haber ido.

—Papá tiene la culpa.

—No quiero que esté aquí con nosotros. Quiero que esté la tía, pero ella no. —Tiró los muñecos a la cama.

—Jason, no lo dices de verdad. Mariola te gusta.

—Ya no. —Se bajó de la cama y toqueteó los juguetes que tenía encima de la mesa—. Ya no me gusta.

No sabía cómo decirle a Jason que no todo fue culpa de Mariola. No quería escucharme y pensé que lo mejor era dejarle tranquilo. Cuando salí al salón, Mariola estaba hablando por teléfono en la terraza y Alison estaba con Dwayne en la cocina. Salí a la terraza para ver cómo estaba.

—Sí, Jus. Muy bien. Vuelvo a casa y no tengo ya habitación. Andrea y Sonia. Muy bien. —Sonrió llevándose una mano a la cabeza—. No, Jus. No te preocupes. Me busco la vida. No quiero que Sonia se sienta incómoda ahora. Claro que sí. Hasta el lunes nada de nada. De acuerdo, quedamos para comer. Sí, por favor. Y yo a ti. Adiós. —Colgó el teléfono y suspiró—. Joder.

—¿Qué pasa nena? —La abracé por detrás.

—Me he quedado sin cama. La niña y Sonia se han apoderado de mi habitación. Me toca sofá por unos días. En fin, me voy a ir a casa que estoy destrozada.

—Quédate aquí. —Besé su frente.

—Cariño, estando como está Jason ahora, no es lo mejor. Hay que darle tiempo. Además que tu cuñada está aquí también. —Se mordió la lengua.

—Pues en el sofá no te vas a quedar. —Pasé un dedo desde su parte baja de la espalda hasta su cuello.

—Señor McArddle, no haga eso por favor.

—¿Por qué? —Sonreí.

—Guárdate las manos en los bolsillos.

—De acuerdo.

Jason salió del cuarto y su mirada fue de todo menos amable. Traté de convencer a Alex de que me iba a casa y que dormiría con Justin o Mike, pero no le parecía una buena opción. Así que su decisión fue alojarme en el hotel y callarme la boca con besos cada vez que trataba de decir algo.

—Quédate con Jason.

—Solo va a ser media hora. —Se acercó a la habitación y estaba ya dormido—. Está noqueado. Dwayne está aquí y Alison también. Está en buenas manos y quiero asegurarme de que en el hotel estarás bien.

—De acuerdo. —Le besé.

No era demasiado tarde, pero la ciudad estaba desierta. En el trayecto de casa hasta el hotel fui observado todo. Nueva York nunca dormía, pero aquella noche parecía estar a medio gas. Parecía que de cualquier esquina iba a salir una jauría de zombis mutantes y nos iban a atacar.

Al llegar al hotel, Alex entró en la recepción y me quedé en la entrada observando la ciudad. Negué con la cabeza varias veces. No me creía que aquella zona estuviera tan tranquila. Subí un escalón y escuché detrás de mí un ruido. Me giré para ver lo que era, pero no encontré nada. Mi cabeza me estaba jugando una mala pasada. Subí otro par de los escalones que me llevaban a la recepción, pero de repente una mano tiró de mí y se me escapó un pequeño grito. Mi corazón se paralizó. Mis ojos se fijaron en el hall del hotel y pude ver a Alex con la cara desencajada al oír mi grito. Aquella mano seguía aferrada a mi brazo sin dejarme avanzar. Tiré fuertemente y caí a las escaleras de rodillas. Aquella mano me agarró del brazo de nuevo y solté un golpe al aire tratando de soltarme.

—Soy yo, Mariola. —Alex me agarró levantándome del suelo—. Tranquila, nena. —Me

abracé a él.

—Yo... —Abrí los ojos y vi a la gente que estaba en el hall mirándome como si estuviera loca.

—No pasa nada, nena. Sacadle de aquí. —Alex le dio la orden a un chico que estaba a nuestro lado.

Me giré para ver quién era la persona que me había agarrado del brazo y no le reconocí. Era un señor de mediana edad, con ropa en no muy buen estado y con una cicatriz en la cara. Cuando trataron de alejarle de la entrada, me pareció que susurraba mi nombre. Al darme la vuelta volví a salir mi nombre de su boca.

—Mariola, por favor, escúchame. Te he reconocido por las revistas. Quiero ayudarte. Llevo un tiempo buscándote...

No pudo decir nada más, la seguridad del hotel se lo llevó. Alex aún me agarraba del brazo y saqué la cabeza evitando su cuerpo para volver a echar un vistazo al hombre que gritaba mi nombre. No escuché ni una sola palabra más hasta que llegamos a la habitación. Me dejó sentada en un sofá y, tras decirme varias cosas seguidas que ni siquiera escuché, salió del salón a hacer un par de llamadas.

¿Quién demonios era aquel hombre?

¿Qué quería de mí?

Me levanté y lentamente salí a la terraza que daba a aquella gran avenida. Se podían ver las luces de los taxis a toda velocidad por la ciudad. El aire era cálido, pero un escalofrío recorrió mi cuerpo, como si alguien hubiera pasado a mi lado. Miré a ambos lados de la terraza, pero estaba yo sola.

—Mariola. —Alex me llamó desde el salón.

—Estoy en la terraza.

—¿Estás bien?

—Será un loco más suelto por Manhattan. Lo que no entiendo es lo que quería decir con que quería ayudarme. No se ha podido equivocar de persona, no tengo un nombre común. —Suspiré.

—Dado nuestro historial no creo que sea un simple loco. Esta noche me quedo contigo.

—Ni hablar. Jason...

—Dwayne está allí y Alison también se queda en casa.

—¿Perdón? —Me separé unos centímetros de él—. ¿Cómo que se queda?

—Jason ha estado con mi madre cuando estaba en España. Alison... No supe decirle que no cuando vino a Nueva York, apareció en el hospital y bueno...

—¿En el hospital? Qué oportuna. —Empecé a dar paseos por la terraza—. ¿Cómo se enteró? —Respiré tres o cuatro veces y le miré—. Estuvo enamorada de ti y lo sigue estando.

—No tienes que preocuparte por ella. Yo no quiero nada y lo sabe.

—¿Estás seguro de eso? Su cara al ver el anillo... No has visto lo que yo, Alex. —Suavicé el tono y le agarré de la mano.

—Es la hermana de Lisa. Nunca la he visto de ninguna otra manera y ella lo sabe. Se lo dejé claro hace años. —Se llevó mis manos a la boca.

—No quiero que ella trate de... No sé cómo decirlo finamente. —Cerré los ojos tratando de buscar palabras para decirlo—. Mierda, que no quiero que venga a meter mierda entre nosotros. —Lo dije en castellano.

—¿Mierda?

—Sabes que confío en ti, pero en ella no. Seré diplomática, educada y todo lo que quieras, pero no esperes que nos cepillemos el pelo mutuamente y leamos el *Vanity Fair* pintándonos las uñas.

—No quiero que seáis amigas. Me encargaré de que no esté en casa cuando vayas mañana.

Mariola estaba entre enfadada y asustada por aquel tipo que quería hablar con ella. Mi teléfono comenzó a sonar.

—Es Jason. —Miré a Mariola y agachó la cabeza con tristeza—. Hola, cariño.

—¿Cuándo vas a venir? Me he despertado y Dwayne me ha dicho que te quedas en el hotel. ¿Por qué no vienes a casa? Queremos estar contigo.

—Cariño, tengo que quedarme en el hotel, Mariola no puede quedarse sola esta noche y...

—Siempre Mariola, siempre ella. Queremos que vengas con nosotros, papá. Ya no pasas tiempo conmigo. Como dice la tía, ella es más importante para ti que yo.

—Eso no es así, cariño. Tú eres lo más importante para mí en mi vida. Siempre lo has sido y siempre lo serás, pero ahora mismo Mariola no está bien y necesita que esté a su lado. Pero te prometo que mañana...

—Adiós, papá. —Jason me colgó el teléfono enfadado.

—Vuelve a casa, no quiero sentirme más culpable.

—Mañana hablo con Jason y seguro que entiende lo que está pasando. —Al mirarla noté que no solo le preocupaba el niño—. Y sobre Alison no tienes que preocuparte.

Al día siguiente, mientras desayunábamos temprano en el salón, observé a Alex. Él estaba leyendo los deportes del periódico y yo la sección de noticias internacionales. De vez en cuando, yo bajaba un poco el periódico para mirarle y cuando él me miraba, volvía a subirlo.

—Suéltalo, Mariola.

—Es sobre el anillo. Ayer tu cuñada ya se dio cuenta y me gustaría contárselo a los chicos, pero quiero que lo hagamos juntos después de que hayamos hablado con Jason. No quiero hacerle daño.

—¿Te lo vas a quitar?

—No quiero que Jason se entere por otras personas y espero, por el bien de todos, que a tu cuñada no se le vaya la lengua con él.

—No lo hará. —Notó que me removía en la silla—. Por lo demás ¿todo bien?

—No me quiero quedar aquí de por vida. Me iré a casa.

—A mi casa.

—No, Alex. Me voy a mi piso, no quiero tener que enfrentarme a los *agitamientos* de pestañas de tu cuñada.

—Ella no... —Negó con la cabeza mientras me miraba.

—Digas lo que digas, tu cuñada —me acerqué a él antes de irme a la ducha para sentenciar— acabará asomando la patita.

Me fui al baño sin besarle y noté cómo me seguía con la mirada mientras me iba soltando el albornoz.

—O te acabará enseñando un pezón para que te quede más clara la cosa.

Dejé a Mariola en la habitación terminándose de preparar cuando salimos de la ducha y bajé al despacho a recoger unas carpetas para poder trabajar desde casa. Al llegar al hall, me llevé la primera sorpresa de la mañana, Alison estaba esperando en el mostrador a que alguien la atendiese. Cuando me vio se acercó sonriendo y ladeando la cabeza mientras se humedecía los labios. ¿Tenía razón Mariola?

—Buenos días, cariño. —Me dio un beso en la mejilla.

—Alison, ¿qué haces aquí? —Me aparté de ella manteniendo una distancia prudencial.

—No te he visto en casa cuando me he levantado y he pensado que te vendría bien desayunar algo. —Pasó su mano mi brazo—. Creo que tenemos que hablar.

—¿De qué, Alison?

—Del anillo que lleva tu querida novia, por ejemplo.

—No te debo ningún tipo de explicación, Alison.

—Vamos a tomar un café y hablamos. Jason ha estado toda la noche despierto. Has preferido quedarte con ella en vez de estar con tu hijo. —Su tono de voz cambió.

—No sabes nada de lo que está ocurriendo en nuestra vida.

—¿Ya hablas en plural? —Frunció los labios.

—Alison, no puedes quedarte en casa. Mientras he estado fuera ha estado bien, pero Mariola va a vivir con nosotros y prefiero que te alojes en el hotel. No sé qué es lo que quieres o necesitas en este momento. Pero no te puedo dar nada más que mi amistad.

—¿Te lo ha pedido ella? ¿Hace cuántos meses que la conoces? Alex, yo quiero lo mejor para ti y no sabes nada de su vida.

—Puede que no lo comprendas, pero la quiero. Conozco lo suficiente como para saber que es la mujer que quiero en mi vida. Siento que tú no lo entiendas y no te alegres por nosotros, pero... —dude un par de segundos y no quise decir algo de lo que pudiese arrepentirme—. Te gustará cuando la conozcas.

Al abrirse la puerta del ascensor los vi en medio del vestíbulo hablando. Alex estaba cruzado de brazos, como si quisiera mantener una distancia con ella, pero Alison le miraba aleteando sus pestañas. Respiré varias veces y me encaminé hacia ellos. El sonido de mis tacones les avisó de que me estaba acercando.

—Alex, he quedado con los chicos en el Soho. ¿Nos vemos a la noche?

—Yo ahora mismo me iba a casa, ¿quieres que te acerque?

—No te preocupes. Paseo y cojo el metro. —Noté la mirada extrañada de Alison.

—¿El metro? —En su cara se había dibujado un gesto de asco.

—Sí, el metro. —Abrí la boca para contestar, pero no quise hacerlo en aquel momento. No quería provocarla para que soltase algo delante de Jason cuando estuviesen a solas.

—Luego nos vemos. —Besé a Alex—. Te quiero.

—Y yo a ti, nena.

—Adiós, Alison.

Caminé por el hall hasta salir del hotel y no miré atrás. Sabía que Alison me estaría mirando de pies a cabeza para poder criticar mis vaqueros, mi bolso, mis tetas o mi culo.

Al llegar a Canal Street, caminé varias manzanas hasta llegar a *Fanelli*, en Prince Street. Antes de entrar, vi a Justin y a Mike en una mesa sentados y me pareció ver algo muy diferente entre ellos. Ya no eran solo sus voces a través del teléfono, estaban sentados uno al lado del otro, como si se estuviesen contando una confidencia y sonreían de una forma que dejaba ver que su relación había avanzado. Respiré profundamente y entré disimulando, haciendo que no había visto nada, ya que en cuanto me acerqué, los dos se separaron unos centímetros.

—Cariño.

Mike se levantó y me abrazó tan fuerte que pude notar cómo su cuerpo se emocionaba al verme. Se separó de mí para besarme y pedirme que no volviese a huir sin decirle nada.

—Lo siento, chicos, pero necesitaba salir de la ciudad y no pensé en las consecuencias. No os quería preocupar.

—Te entendemos, pero nos tuviste muy preocupada pensando que Jonathan... —Justin abrió

mucho los ojos.

—Me he olvidado de Rud. —Cogí el teléfono para llamar a Alex—. Lo siento.

—¿Qué pasa, Mariola? —Su tono de voz era serio.

—Vamos a ver, Paris, lo difícil que es seguirte el ritmo en tacones. Menos mal que me he encontrado con tu hermana y me ha dicho que estabais aquí.

María se acercó a mí y me abrazó, pero noté que estaba enfadada y no parecía tener nada que ver con mi estampida.

—Ya está, Alex. Se me había olvidado decirle a Rud que me iba, pero ya me ha encontrado.

—Luego nos vemos.

Al colgar me quedé mirando el teléfono extrañada, no parecía enfadado conmigo, pero algo le preocupaba.

—¿No tienes nada que contarnos? —Justin me miraba mientras nos sentábamos en la mesa.

—¿Algo?

—¿Qué tal fue la charla y la cena? —María se mordió el labio esperando toda la información.

—Me colé en su hotel cuando escuché la entrevista real, me sinceré con él sobre lo que había en aquel maldito informe. —Carraspeé—. Jonathan y sus fiestecitas... Le pedí que acudiese a la playa a la noche, pero no apareció a la hora que habíamos quedado y perdí toda esperanza de recuperarle. Casi una hora después estaba a punto de marcharme, cuando le vi detrás de mí. Hemos podido aclarar muchas cosas y, bueno, estamos bien. —Sin que se dieran cuenta, le di la vuelta al anillo que llevaba puesto.

—¿Y la señorita morros rojos? —Mike me sorprendió con su pregunta.

—Pues ayer la conocí en el aeropuerto. Hay que reconocer que la chica tiene estilo, un cuerpo de infarto y una cara bonita. —Me mordí los labios para no decir nada más.

—Mentirosa.

—Va detrás Alex. —Mi hermana parecía haber desayunado un par de mimosas, pero sin zumo de naranja—. No me mires así que es lo que hemos pensado todos. No ha aparecido durante años y viene ahora para estar al lado de un hombre del que está enamorada. Blanco y en botella. Ella una buscona y él, si no lo ve, tonto del culo.

—María. —Le reproché porque no comprendía a qué venía aquella salida de tono.

—Ni María ni pichorras. Que todos sabemos a lo que ha venido esa. No me hagas hablar que me caliento y quemo. —Quitó la servilleta del plato y se la puso de un golpe en las piernas—. No te lo conté porque sabía que no estabas bien y que en aquel momento me dirías que no te importaba, pero la forma que tuvo de actuar en el hospital era de mujer enamorada. No se apartó de su lado en el tiempo que estuvo allí. Parecía su mujer, coño. Con él eran todo atenciones, pero en cuanto salía de allí, se quitaba esa máscara de niña bonita de ojos azules, para sacar a una malvada bruja de pelo negro, cara verde y verruga en la nariz. Pensé en echarle agua, a ver si se derretía como la bruja del Mago de Oz.

Mi hermana estaba enfadada con el mundo y lo pagó con Alison. Que no iba a defenderla y hacerme su amiga, pero pensé que había sucedido algo más en aquellos días para que María hablase así.

Nos dieron las seis de la tarde sentados en el restaurante poniéndonos al día. Mike tenía que volver a trabajar y Justin se fue con él. Mi hermana había estado demasiado ausente y decidí llevarla al *230 Fifth*, una terraza con vistas al *Empire State*, donde podría contarme qué bicho le había picado.

No dijo nada en el trayecto en taxi, ni siquiera cuando nos sentamos en uno de los bancos delante del *Empire*.

—¿Qué pasa, María?

—Problemas en el paraíso. —Me miró a los ojos—. No todo podía ser tan perfecto entre nosotros. Ya hemos encontrado algo en lo que no estamos de acuerdo.

—¿Qué ha pasado?

Un camarero nos dejó un par de cafés con hielo en la mesa.

—Pretende que utilice sus contactos para conseguir un trabajo. Por eso no paso.

—Vamos a ver. —Me giré para mirarla a los ojos—. ¿Te has enfadado por ofrecerte su ayuda?

—No quiero ser una mantenida ni una enchufada.

—María no seas tan cabezota y orgullosa.

—Habló aquí la señorita hago lo que sea sin ayuda de nadie y acabó metida en cualquier problema gordo.

—¿Te has tomado hoy la pastilla de la mala leche?

—Perdón. Es que ya he discutido bastante con él y no quiero hacer lo mismo contigo. —Me agarró de la mano.

—No te enfades con él por querer ayudarte. Trabajar en Nueva York es bastante difícil. Si él quiere ayudarte...

—No quiero, Mariola. Tú te buscaste la vida y mira dónde has llegado. Te hacen ofertas de la otra punta del país muy bien pagadas, que rechazas porque estás donde quieres estar. Quiero ser económicamente independiente y sentirme orgullosa de lo que hago. —Se retorció los dedos nerviosa—. El dinero se está acabando y no quiero que me ayude y piense que le quiero por su cuenta corriente.

—Que le... —Lo susurré para que no me escuchase y no se diese cuenta de que estaba alucinando con su reacción.

—No quiero su ayuda en esto.

—Yo puedo echarle una mano, si quieres.

—Tú sí, tata, porque tú no utilizarías tus influencias para conseguirme un trabajo en las altas esferas.

—Sería lo mismo.

—No es lo mismo.

—Sí lo sería.

—Que no. —Pegó un pequeño grito de frustración.

—Vale, no es lo mismo. —Escuché el sonido de mi teléfono—. ¿Sí?

—¿Qué ha pasado con nuestros hermanos?

—Un segundo, María. —Me acerqué a la barandilla.

—Tengo a mi hermano aquí preocupado. María se ha marchado de casa dando un portazo esta mañana y no sabe dónde está. Muy Santamaría todo.

—Muy gracioso. —Negué con la cabeza—. Estoy con ella en el 230. Me ha dicho que no quiere que Brian le ayude a encontrar un trabajo, pero...

—Yo sabes que puedo ofrecerle trabajo en el hotel o cualquiera de mis amigos estarían encantados de devolverme algunos de los favores.

—Una cosa es que la ayudemos a llegar a ciertas empresas y otra es que ella en la entrevista se los gane. Otra opción es que sea camarera en el Silk.

—Ni de coña. —Escuché a Brian gritando.

—Gracias por avisarme del manos libres, Alex. Brian no te preocupes, que en cuanto le diga que en el Silk puede trabajar ella misma dirá que no. —Miré a mi hermana y se acababa de agenciar una botella de algo rosa—. Mi hermana está a punto de hacer que la echen de aquí a base

de eructos si sigue bebiéndose a morro esa botella. Tenéis que hablar.

—Alison está en la recepción, quiere hablar conmigo de su comportamiento de esta mañana.

—¿Y Jason? —Paseé por la terraza e hice que no me importaba que hubiese quedado con su cuñada.

—He comido con él y hemos hablado. Luego le he llevado a casa de mi madre.

—Tienes que pasar más tiempo con él. Creo que se siente abandonado por mi culpa.

—Mariola, tenemos muchos frentes abiertos ahora mismo, demasiados, y hay que solucionar todo poco a poco. Jason se ha quedado más tranquilo cuando le he contado todo lo que ha pasado.

—Espero que hayas usado una versión infantil de los hechos.

—He tenido mucho cuidado al contárselo, pero parece que lo ha entendido. Vamos a solucionar las cosas poco a poco. Primero nuestros hermanos, luego Alison y después el resto. Hagamos que estos dos hablen y lo solucionen lo antes posible.

—Sí. —Miré a mi hermana y continuaba bebiendo—. María a este paso llega allí bailando la conga.

Colgué a Alex y fui a la mesa a por mi hermana. La engañé diciéndole que teníamos que pasar por el hotel a recoger un par de cosas y que luego iríamos mi piso.

—Vamos andando, quiero que el aire de Nueva York me roce las mejillas. —Se dio unos pequeños pellizcos en la cara.

Estábamos ya cerca del hotel, cuando decidió que se le había antojado un batido de *Black Tap* y ella había leído en alguna guía de la ciudad que estábamos cerca de uno. No me quedó más remedio que llevarla al situado en Midtown, bastante cerca del Four Seasons. Le mandé un mensaje a Alex diciéndole que se acercasen hasta allí, porque mi hermana se había vuelto loca y había pedido un batido *Brooklyn Blackout*, que iba a matarla de una sobredosis de azúcar.

—Mariola pídemme más nata que esto está de muerte.

María estaba de espaldas a la puerta sentada y yo no supe qué decir para hacerle creer que no tenía ni idea de por qué los hermanos McArddle entraron en aquel local.

—Un millón de cafeterías en Nueva York y nos encuentran en esta.

Mi hermana se dio la vuelta con los labios impregnados de restos de batido y nata. Yo tenía los dedos pringados de chocolate que le había robado al batido de mi hermana.

—¿Provocando al personal? —Alex se acercó lentamente a mí, mientras me observaba de arriba abajo.

—¿Quieres? —me llevé un dedo a la boca.

—No provoques sin esperar una reacción por mi parte, Mariola. —Me dio una palmada en el culo cuando me chupé los dedos.

—¿Qué demonios haces aquí? —María se levantó de la silla—. No he necesitado tus contactos para que me sirvan un batido. Prffff. —Le hizo una pedorreta.

—María, por favor. Siento mucho si te ha molestado lo de ayudarte a encontrar un trabajo, pero no quieres ni una cosa ni la otra. No hay quien te entienda.

—¿No me entiendes? Pues entonces ¿qué haces conmigo? —María gritó tan fuerte que hizo que todo el bar se diese la vuelta para mirarlos—. Yo soy así. He trabajado mucho como para que ahora solo se me valore por ser tu maldita novia.

—Vamos a ver, María. Yo solo te di la opción de hablar con algunas personas y ver si ellos...

—Que no, coño. Que no quiero tu ayuda. Si no te gusta como soy ya sabes dónde tienes la puerta.

—María, tranquila, él solo quiere ayudar.

Mi hermana se levantó de la mesa con restos de migas en la boca. Se limpió con la mano y nos

miró a los tres.

—Vosotros no sabéis lo que es tener que luchar por...

—Luchar por que se vea que tu trabajo es bueno y no ser la nada de nadie. —Corté el discurso que nos iba a pegar—. María, que eso ya me lo sé. No seas orgullosa ni cabezota ni tan Santamaría, por Dios. Déjanos ayudarte en esto.

—No necesito vuestra ayuda. —Se cruzó de brazos dada la vuelta y refunfuñando entre dientes.

—No seas así, cariño. —Brian trató de acercarse y ella se dio la vuelta aún más enfadada.

—Si no te gusta vete y búscate a otra que quiera ser tu mantenida.

—No me voy a ir a ningún sitio, maldita cabezota. —Brian la agarró del brazo para darle la vuelta—. ¿Sabes por qué? Porque te quiero. Así que acostúmbrate a que me preocupe por ti, a que te cuide y a que haga todo lo posible por hacerte feliz.

—¿Me... —Mi hermana estaba descolocada.

—Sí, María. Te quiero. Te quiero tanto que cuando no estamos juntos quiero volver corriendo a tu lado. No puedo imaginarme mi vida sin ti. Así que...

—¿Así que? —La cabeza de María comenzó a temblar.

—Quiero que estés conmigo siempre. En mis malos días, en tus buenos momentos, porque te quiero. Te quiero María y quiero que pases el resto de tu vida conmigo. Sé que puede parecer una locura, pero quiero que te cases conmigo. No tengo ningún anillo ni ninguna cosa que ofrecerte. Solo tengo un corazón enamorado. Te quiero, María. —Se arrodilló en medio de la cafetería y a mí se me cayó la boca al suelo—. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Coño! —Me llevé la mano a la boca y la cara de Alex se desencajó.

Allí estábamos los tres delante de María esperando impacientemente la respuesta de mi hermana. Brian se estaba poniendo nervioso y mi hermana me miró a mí, no sé si buscando un consentimiento o mirando la cara de idiota que se me había quedado. Volvió a mirar a Brian, se mordió el labio y sonrió.

—Dime algo o me muero aquí mismo.

—¿Y el anillo? —Mi hermana estaba jugando con él.

—Toma, Brian. —No me lo pensé y me quité un anillo de plata que llevaba.

—¿Qué demonios haces alentándoles? —Alex me miró negando con la cabeza.

—No lo sé. —Me encogí de hombros.

De repente un enorme, contundente y estridente ¡Sí! nos sacó a todos de la espera. María gritó y Brian la alzó con sus brazos dando vueltas por todo el local y besándola. Alex se llevó una mano a la cara y yo seguía con la boca abierta.

—Mi madre se muere. —Alex no podía quitar la cara de asombro.

—¿Por qué?

—Sus dos hijos se van a casar. Se va a morir. No tenía ninguna fe con Brian, bueno, ni conmigo. —Le miré de nuevo sorprendida.

—¿No se alegrará?

—Eso sí, estará encantada de organizar una de sus grandes fiestas para la pedida de mano y demás.

—A mí esas cosas como que no me van. Sois demasiado americanos a veces. —Alex me miró incrédulo.

—Tata, que me caso.

María me arrancó a Mariola de los brazos para ponerse a dar saltitos las dos en medio del local. Brian se quedó observándolas y me vi reflejado en él. Aquella cara de felicidad fue la que yo puse cuando me pidió matrimonio Mariola. Felicité a la futura pareja y decidimos no decir

nada de nuestro compromiso aún. Era su momento y queríamos que lo disfrutasen juntos. El teléfono de Mariola comenzó a sonar y me miró sorprendida al ver el nombre de Joe Lachland en la pantalla. Ella dudó varios segundos si responder la llamada o no, parecía que le daba miedo que tuviese malas noticias sobre la investigación o sobre Ryan.

—Hola, Joe. ¿Qué tal estás? Yo bien, poco a poco. Sí, lo sé. Desaparecí de la faz de la tierra sin avisar a nadie. Ya lo sé, tuve preocupada a mucha gente y Ryan tuvo que pedir favores para encontrarme. —Puso su mano en mi brazo y me pidió de nuevo perdón con la mirada por haber desaparecido—. Sí. ¿Noticias? Por favor, dime que son buenas. Sí. ¿Podemos vernos? Alex está conmigo ahora mismo, si, en tu casa... —Tapó el teléfono—. Joe tiene nuevas noticias del caso y quiere que nos veamos.

—Claro, todo lo que nos ayude a acabar con Jonathan es bien recibido.

—Joe, en media hora nos vemos. Dime la dirección. Ok. Sí. Más o menos sé dónde está. De acuerdo. Muchas gracias por llamarme. Adiós. —Se guardó el teléfono—. Sé que no te gusta que la policía aún no haya encontrado a Jonathan, pero puede que nos dé algo para acabar con todo.

—Puede que sean buenas noticias.

—¿Todo bien? —María se abrazó a Mariola y esta sonrió.

—Sí, todo perfecto.

—Felicidades, hermanito. —Ninguno de los dos quisimos preocuparles.

—Sé que es una locura, pero la vida es demasiado corta y no quiero desperdiciar ni un solo segundo. —Agarró a María de la cintura y sonó mi teléfono.

—¿Si?

Me llamaban del hotel, había un problema con una persona que estaba organizando un gran escándalo justo delante. Quería hablar con el director a toda costa. Me llamaron a mí primero antes que a la policía para no salir en la prensa por un escándalo en el hotel.

—Ahora mismo voy. —Colgué el teléfono—. ¿Qué demonios le pasa al mundo? Joder.

—¿Qué pasa?

—Un loco en el hotel.

—Voy contigo y luego vamos donde Joe.

—Nena, no quiero que vengas al hotel. —Le agarré de las manos—. Si por un casual es la misma persona que ayer, no quiero que le veas. No sé que es lo que está pasando, así que yo voy con Dwayne al hotel y tú ve con Rud a ver a Joe.

—Pero, Alex... —Me miró fijamente a los ojos.

—Nos vemos en casa de Joe cuando termine en el hotel.

Cuando salimos del local, comprobamos que el cielo estaba empezando a ponerse muy oscuro y parecía que una gran tormenta se estuviera formando encima de nosotros.

Rud y yo nos montamos en el coche para dirigirnos a casa de Joe. Estaba en las afueras de la ciudad y la lluvia empezó a golpear violentamente los cristales del coche. Los limpiavidrios no daban abasto a tanta agua. En una de las curvas el coche derrapó un poco y me agarré fuertemente al asiento. Mis nervios estaban comenzando a aumentar por segundos. Solamente quería que la maldita lluvia cesase y poder llegar a casa de Joe. Me ponían muy nerviosa las tormentas y los rayos. Rud cogía las curvas como si estuviésemos compitiendo en el Dakar.

Veinte minutos más tarde, con la lluvia más densa aún, llegamos a una gran casa de campo en una zona desangelada. Bajé del coche corriendo hasta la puerta pidiendo a gritos un baño. Pero antes de que Joe pudiera abrir la puerta, vomité sobre unas plantas que había en la entrada.

Maldito batido con nata.

—Mierda. —Me apoyé en el quicio de la puerta—. No vuelvas a conducir jamás así conmigo en el coche, Farmer. Nos podíamos haber matado con esta maldita lluvia.

—No he venido tan rápido. —Se acercó a mí para asegurarse de que estaba bien—. ¿Te encuentras mejor?

—No. —Le miré con mala cara.

—Hola, chicos. —Joe me miró al abrir la puerta—. ¿Estás bien, Mariola?

—Mejor que tus plantas ahora mismo. Lo siento. —Cerré los ojos tras otra punzada en el estómago.

—Pasad que estáis empapados.

—¿El baño?

—Al fondo a la derecha. —Joe lo dijo mientras corría por el pasillo.

Estaba mareada, aturdida y empapada. No sabía cuál de las tres cosas me molestaba más. Después de quince minutos en el baño y, tras lavarme la cara y los dientes varias veces, me encontré a Joe y a Rud sentados en la mesa de la cocina con unas tazas de té.

—¿Te encuentras mejor?

—Creía que iba a ser como en la película y me iba a salir un bicho verde asqueroso por la tripa. —Me senté en una silla y Joe me acercó el té.

—Te vendrá bien algo caliente. —Vio que ponía mala cara al llevármelo a la boca—. Lleva unas gotas de bourbon, para el estómago es bueno. Eso me decía siempre mi padre.

—Pues lo siento, pero sabe a rayos.

—Siento romper este momento de abuelitas de té y pastas, pero tenemos que volver a la ciudad. La noche se está poniendo mucho peor y cuanto antes salgamos de aquí mejor. —Rud quería volver lo antes posible.

—A ver. —Se levantó y nos entregó unas carpetas—. Esto es lo último que hemos encontrado. No sé cómo tuvimos acceso a unos ficheros que estaban bastante protegidos y bueno, podemos saber por qué va detrás de Alex. No sé si quieres saberlo, Mariola.

Nerviosa y con las manos heladas cogí aquella carpeta que Joe tenía en las manos. Había muchos datos, muchas palabras que no tenían importancia, pero cuando llegué al motivo de su chantaje y venganza, empecé a comprenderlo todo mejor. Comencé a recordar algo que Jonathan me contó hacía muchos años, pero que jamás habría relacionado con Alex. Esa ciudad era como una gran cadena de favores, lo que hacías a una persona que ni siquiera conocías, podía traerte alguna repercusión un día de forma inesperada. Y allí estaban las negras alas del destino batiendo sobre la cabeza de Alex. No me lo podía creer. Pensaba que era otra broma de mal gusto. Me temblaban las manos, el corazón me latía a mil por hora y un sudor frío comenzó a recorrerme la frente. De nuevo aquella sensación de que la habitación se empequeñecía se apoderó de mí. Llamé a Alex al móvil, pero no me contestó. Llamé al hotel y me dijeron que ya había salido para reunirse conmigo. Me quedé extrañada y volví a llamarle al móvil. No me contestaba y de repente se cortó, dando un tono de comunicando muy débil. Aquella tormenta debía estar causando problemas en toda la red.

Respiré profundamente y para cuando Rud se quiso dar cuenta, ya estaba corriendo hacia el coche gritando que nos teníamos que marchar de allí para ir a hablar con Alex. Rud se metió corriendo en el coche y nos pusimos en marcha de nuevo. La noche se había vuelto más oscura y aterradora. Las curvas para salir de allí se me hicieron eternas. Mi cabeza empezó a pensar que algo malo había ocurrido en el hotel para que Alex no me contestase. Seguí intentándolo una y otra vez, pero comunicaba, el puñetero móvil comunicaba. ¿Con quién coño estaba hablando?

La lluvia se había hecho aún más intensa, los rayos iluminaban el cielo cerrado y los truenos se podían oír a kilómetros de allí. Era como una puñetera tormenta perfecta encima de Nueva York. En una de las curvas se nos cruzó algo en la carretera y Rud perdió por unos segundos el control del coche y empezamos a deslizarnos lateralmente un par de metros por el arcén. Me agarré como pude al asiento, al reposabrazos y al salpicadero. La carpeta salió volando y de repente unas luces nos iluminaron. Un coche venía directo a nosotros y con aquella lluvia era imposible parar. Rud hizo varios giros de volante tratando de controlar el coche sin suerte. Seguíamos deslizándonos en horizontal a la carretera y aquellas luces cada vez estaban más cerca. No pude hacer otra cosa que gritar y taparme la cara con mis brazos. No quería ver cómo aquel coche se metía dentro del nuestro. A escasos metros del inevitable golpe, Rud consiguió dar un volantazo y esquivar al otro coche, que tras patinar como nosotros, acabó golpeándose contra un árbol.

Noté que el coche paraba, que mi respiración estaba a punto de consumirse y las manos de Rud me agarraban de la cara, revisando que no hubiera ninguna herida. Reviso mis piernas, manos y brazos.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo? La cabeza, el pecho, las piernas.

—¿Qué coño ha pasado? —Respiraba con dificultad.

—No podía frenar con toda el agua en la carretera y ese coche parece que ha perdido el control.

—Dios mío, el otro coche. —Miré la carretera y vi las luces del coche contra el árbol—. Vamos Rud, puede que estén heridos.

Salí corriendo sin pensar en si me dolía algo o no. En aquel coche viajaba alguien y podrían estar heridos. No nos separaban más de diez metros del otro coche, pero con la lluvia era imposible ver nada. Iba corriendo por el lado contrario de la carretera cuando mis ojos pudieron enfocar un poco mejor y vi el coche. Me quedé paralizada. No podía ser. Era imposible. Un grito salió ahogado de mi garganta y comencé a correr de nuevo.

—¡Alex!

El coche que casi nos arrolla y estaba empotrado contra un árbol, era el coche de Alex. Corrí lo más rápido que pude y Rud al escuchar mi grito, también se apresuró. Patiné al llegar a la parte izquierda del coche. Allí estaban Dwayne y Alex inconscientes. La puerta trasera estaba empotrada contra el árbol destrozada. Había cristales por todas partes. El barro cubría mis pies y mis manos buscaron la manilla para abrir el coche, pero estaba bloqueado. Golpeé la ventanilla, pero nadie se movió dentro del coche. Estaban inconscientes o...

COMO SI QUISIERA QUE FUERAMOS SOLO UNO

Golpeé de nuevo la ventanilla con todas mis fuerzas y grité, grité desesperada, pero no parecían oírme. Rud estaba en el otro lado del coche tratando de abrir la puerta con la misma suerte que yo. Observé de nuevo a Alex, miré su pecho y no vi ningún movimiento. Traté de limpiar la ventanilla, pero el agua no paraba de correr por ella. Alex no parecía estar respirando, estaba inconsciente.

Miré alrededor tratando de buscar algo con lo que romper aquella ventanilla. Casi no me podía mover porque el barro me cubría ya los tobillos y, sin pensármelo dos veces, utilicé mi codo para romper el cristal. Al golpearlo, un calambre me recorrió todo el brazo hasta llegar a la espalda.

—Joder. —Me agarré el brazo soltando todo tipo de incoherencias.

—Mariola, ¿estás bien? —Rud rodeó el coche y se acercó a mí tropezando con las ramas y patinando en el barro.

—No puedo abrir la puerta, están inconscientes y puede que... —Dejé de respirar cuando me di cuenta de lo que estaba diciendo—. No. —Volví a poner el codo en posición para golpear la ventanilla y Rud me paró en seco.

—¿Estás loca? ¿No te vale con el primer golpe que casi te partes el brazo? —Me agarró de los hombros tratando de tranquilizarme.

—Hay que sacarle de ahí dentro. —Cada vez la angustia me invadía más y más.

Me deshice de sus brazos y volví a mirar alrededor, me agaché en el suelo, metí mis manos en el barro tratando de buscar algo contundente con lo que golpear la puñetera ventanilla. Mi mano tocó algo duro y áspero, supuse que una piedra. La saqué como pude y, tras apartar a Rud con un empujón, golpeé la ventanilla. Un montón de cristales salieron disparados al interior coche. Sin importarme hacerme daño, metí una de mis manos por la ventanilla y busqué desesperadamente la manilla para abrir el coche. Tiré de ella y se abrió la puerta. Rud volvió al lado del conductor abriendo también la de aquel lado. Alex no se movía. Puse mi mano sobre su pecho, pero estaba helada y no era capaz de encontrar su pulso. Me limpié el barro de mis manos sobre mi ropa mojada. Volví a ponerlas sobre su pecho buscando un signo de vida. Susurré su nombre varias veces.

—Por favor, mírame, vuelve a mirarme, Alex.

Me apoyé en su pecho llorando desconsoladamente sin poder hacer nada. No sabía qué estaba pasando a mi alrededor.

—Por favor, Alex, por favor... —balbuceé muerta de miedo—. No puedo perderte. Eres tú, siempre has sido tú y siempre lo serás.

De repente noté cómo el cuerpo de Alex comenzaba a moverse. Me aparté de él asustada y me fijé en su cara. Un pequeño reguero de sangre corría por su frente. Se debía haber golpeado con la ventanilla al chocar con el árbol.

—Estoy bien... —Trató de moverse, pero en su cara se dibujó un gesto de dolor.

—Tenemos que llamar a una ambulancia. No te muevas.

—Necesito salir de aquí. —Se quitó el cinto y trató de moverse.

—No hasta que llegue una ambulancia. Puede que tengas alguna hemorragia interna. —Perdí el

control absoluto de mi respiración y podía oír un pitido saliendo de mi pecho—. Cuando vi que el coche que casi nos embiste era el tuyo... He intentado romper la ventanilla y... —Levanté las manos que estaban llenas de sangre.

—Estás herida. —Me observó detenidamente.

—Estoy bien. —Me miré las manos y estaban llenas de pequeños cristales—. Estoy bien. Rud llama...

—En quince minutos me han dicho que están aquí. Dwayne parece tener peor pinta. No se recupera.

Los quince minutos fueron eternos. El equipo médico sacó a Dwayne y le metieron en la ambulancia. Alex salió por su propio pie del coche, pero a cada paso que daba se le notaba dolorido quejándose del pecho. Quería sacarle de allí lo más rápido posible y que le viera un médico, sin importarme si Dwayne, Rud o yo estábamos bien. En aquel momento el único que me importaba era él.

Solo habían mandado una ambulancia y Dwayne estaba en peor estado que Alex, así que decidí que Rud se fuese con él en la ambulancia y yo ayudé a Alex a meterse en el coche. Le puse el cinturón y tiré un par de veces de él para comprobar que estaba bien sujeto. No quería tener más sorpresas. Di la vuelta corriendo por delante del coche y entré dentro. Cogí un pañuelo y me lo puse alrededor de la mano y salí de allí a toda velocidad. Parecía que la lluvia nos daba una tregua para llegar al hospital.

—Mariola, frena un poco que no quiero tener otro accidente. —Permanecía con los ojos cerrados y con gesto de dolor.

—Tiene que verte un médico ya, así que no me vengas con frena.

Cuando llegamos al hospital, nada más entrar nos pasaron a boxes. Varias enfermeras trataron de atenderme a mí, pero no les dejé. Las apartaba continuamente pidiéndoles que me dejaran en paz. Optaron por ponerme una vía y me pusieron algún tipo de tranquilizante.

—Señorita, vamos a mirar esa mano, el pañuelo tiene sangre y hay que curarla.

Me cogió de la mano y me guio fuera de la habitación. Justo antes de salir me di la vuelta.

—No te vayas, Alex.

En uno de los boxes cercanos la enfermera puso mi mano encima de una mesa para quitarme los cristales. Con muchísimo cuidado fue quitándolos uno a uno. Mi mirada estaba fija en la mesa, pero mi mente estaba lejos de allí. Mil imágenes de Alex comenzaron a pasar por mi cabeza. La primera vez que nuestros ojos se cruzaron, la primera vez que nuestras manos se rozaron, la primera vez que nuestros cuerpos se fundieron en uno. La enfermera me habló tratando de distraerme, pero no le hice caso.

Cuarenta minutos después salí del box. Me había vendado la mano, hecho una radiografía del codo y puesto un cabestrillo para mover lo menos posible el brazo en unos días. Busqué a Alex en el box y no estaba. Busqué en los cercanos y no había rastro de él. Comencé a pensar lo peor, que le habían visto algo, que le estaban operando de urgencia, que...

—Señorita, está en el box del fondo del pasillo. Acaba de salir de la consulta. Está bien. No se preocupe. —Me pasó la mano por el brazo consolándome.

—¿Al fondo? —Señalé mientras empecé a caminar.

—Eso es.

Fui por el pasillo temblando, esperando que lo que me había dicho aquella amable enfermera fuese cierto. Abrí la puerta con mi hombro empujándola con fuerza para entrar y vi a Alex colocándose una camiseta. Un enorme moratón le recorría de derecha a izquierda, la marca del

cinturón de seguridad. Cerré los ojos tratando de no llorar de nuevo.

Levanté la vista y allí estaba Mariola. Tenía la mano vendada, el brazo derecho en cabestrillo y los ojos cerrados tratando de retener las lágrimas. La vi tan frágil, tan pequeña e indefensa, que sin dudarlo me acerqué a ella y la pegué a mi cuerpo. Un calambre me recorrió el pecho, pero no había dolor si la tenía entre mis brazos. Le acaricié la cabeza, besándola, acariciándole los brazos, la espalda, demostrándole que estaba allí con ella.

—Nena, estoy bien. —Negó con la cabeza sin querer separarse de mí—. Cariño... —Logré apartarla y le agarré de la barbilla obligándola a mirarme—. ¿Estás bien?

—Se me han pasado tantas cosas por la cabeza de lo que podía haber pasado... y si el coche... —le costaba respirar, las palabras se le comenzaron a trabar.

—No pienses en qué hubiera pasado. ¿Acaso piensas qué hubiera pasado si aquel día no hubieras llevado a tu sobrina al colegio o si no hubieras ido a la cena con Justin? Así que no pienses en los hubiera, no merece la pena. Estamos bien.

Estuvimos unos minutos más en aquel box abrazados y dando gracias por que aquel accidente se hubiese quedado en un susto. Dwayne estaba ya en una de las habitaciones consciente y le estaban haciendo pruebas para comprobar que no hubiera hematomas internos. Tras recoger el alta de ambos, pedimos un taxi para llegar a casa. Le pedí a Rud que se quedase con Dwayne en el hospital y nos llamase en caso de que hubiese alguna novedad.

Cuando subimos a casa comprobamos que Alison estaba allí recogiendo sus cosas o haciendo que las recogía, no lo tenía muy claro. Había sido muy específico con ella: no quería que estuviese en casa cuando volviésemos. Se me pasó por la cabeza la imagen de Mariola agarrando a Alison del pelo y lanzándola fuera de casa.

—Que mala pinta tenéis. ¿Venís de luchar en el barro? —Miró a Mariola de arriba abajo sin hacer ningún tipo de comentario a su brazo ni a su mano.

—Quedamos en que esta noche no estarías en casa.

—Lo sé, pero me ha sido imposible. He tenido una tarde horrorosa.

De repente Alison comenzó a llorar y a emitir unos extraños quejidos con su garganta. Se echó a los brazos de Alex diciendo que le habían robado el bolso, que se había pasado media tarde en comisaría, que le habían puesto una navaja en el cuello. Miré alrededor y vi un bolso de Vuitton encima del sofá.

—Aquí o follamos todos o la puta al río.

¿Quería jugar? A mí lágrimas falsas no me salían, pero me iba a deshacer de ella de otra manera, con mi diplomacia.

—Siento mucho que te hayan robado, Alison, que te hayan puesto unas mugrosas manos encima, pero necesitamos descansar. —Intenté ser educada.

—Si yo no molesto, ¿a que no, Alex? —Le agarró del brazo.

—Me voy a la ducha. —Empecé a hablarle en castellano—. Necesito entrar en calor, quitarme todo este barro que me cubre el cuerpo, enjabonarme y dejar que el agua corra por cada centímetro de mi piel. Con el brazo y la mano así... yo sola no puedo, así que te espero. Si ella sigue aquí me encargaré personalmente de sacarla. Tú verás si prefieres que ella se vaya por su propio pie o sea yo la que acabe sacándola de aquí. Y no voy a ser nada amable. —Lo dije con una gran sonrisa.

Acompañé a Mariola al baño y le prometí que Alison no estaría en el salón cuando ella saliese. No se quedó muy convencida, pero se lo prometí. Al volver al salón me encontré a

Alison sentada en uno de los taburetes al más puro estilo Catherine Tramell^[43]. Menos mal que no tenía picahielos en casa.

—Vamos a ver, Alison, creo que esta tarde lo he dejado claro. No puedes estar en esta casa más tiempo. Como has podido observar, Mariola necesita descansar y yo también. No quiero acabar siendo desagradable, pero no me lo estás poniendo fácil, Alison.

—Ella te está cambiando, antes no eras así.

—Alison, basta ya. —Me giré tratando de no perder los nervios—. Con ella he aprendido a no pedir perdón por lo que hago en cada momento. Vivo mi vida como yo quiero y no como los demás esperan que haga. Así que sí, me ha cambiado.

—No te reconozco. Un día se irá con tu dinero. —Levantó una ceja cínicamente.

—Si quieres quedarte en el hotel, perfecto, pero no quiero verte aquí más. Recoge tus cosas y vete de nuestra casa.

Me metí en la ducha con la puerta abierta tratando de escuchar la puerta cerrándose cuando Alison se hubiese ido de casa, pero no escuché nada. Me metí bajo el chorro de agua y empecé a limpiarme el barro que aún cubría parte de mi cuerpo.

Al salir de la ducha me puse una camiseta de Alex. No escuché ningún ruido en el salón hasta que comenzaron a sonar unas notas de una canción y la voz grave de Alex ponía voz a *Isn't She Lovely* en la voz de Frank Sinatra. Alex estaba encendiendo unas velas en la terraza. Me apoyé en la puerta y le observé. Solamente llevaba la parte de abajo de un pijama y pude ver de nuevo el moratón de su pecho.

Estaba preparando la terraza para cenar con Mariola después de ducharme. Era la primera vez que se quedaba a dormir en casa siendo mi prometida y quería que fuese especial. Levanté la vista y me la encontré apoyada en la puerta observándome.

—¿Todo esto? —Señaló la terraza con la cabeza.

—La bienvenida a casa.

—Me encanta, Alex. —Me abrazó y escuchó un quejido que salió de mi boca—. Lo siento. —Se apartó rápidamente.

—No te apartes nunca. —Le acaricié la cara—. Nena, no quiero esperar más a contar nuestro compromiso, si por mí fuera, nos casábamos mañana.

—Lo sé, pero quiero dejar que nuestros hermanos disfruten de su momento.

—De acuerdo, pero no pienso esperar para casarnos.

—Te quiero, Alex. —Me acarició la cara y sonrió.

—¿Tienes hambre?

—¿Pedimos una pizza? —Se tocó la tripa.

—Yo me encargo.

Mientras Alex se encargaba de que nos trajesen la cena, yo volví a la habitación para sacar de mi bolso la carpeta que me había entregado Joe. No sabía cómo empezar aquella conversación, así que intenté organizar las ideas en mi cabeza antes de salir al salón. Debí de estar un buen rato allí dando vueltas, porque oí el timbre que nos traía la cena.

—Huele muy bien. —Mariola volvió de la habitación con una carpeta en la mano con el símbolo de la policía.

—¿Eso es lo que te ha entregado Joe?

—Sí. —*Afirmó mientras se sentaba en uno de los taburetes y dejó la carpeta en la mesa—. Es el motivo principal de que Jonathan vaya detrás de ti. Creo que el día que nos vio en el aquel local abrí la caja de pandora. Si no hubiera sido por mí... —Se apoyó en sus manos.*

—*Nada de esto es culpa tuya. —Acerqué la mano para coger la carpeta y noté cómo en mi garganta se formó un nudo—. ¿Tú lo sabes?*

—Sí. —*Suspiró—. El accidente... el otro coche... Las chicas del otro coche... Eran la novia de Jonathan y su hermana.*

—*¿La que murió?*

—*Su novia fue la que murió aquella noche y su hermana se quedó bastante mal después del accidente y estuvo un tiempo ingresada en tratamiento psiquiátrico.*

Mariola continuó hablando, contándome todo lo que Joe había descubierto, pero yo dejé de escucharla. Aquel accidente había acabado con la vida de la novia de Jonathan y él quería hacerme pagar por ello. Miré a Mariola a los ojos, ella estaba tratando de hacerme ver que todo se había acabado. Que le encontraríamos y se acabaría, pero entonces me temí lo peor. ¿Y si él lo que realmente quería no era recuperar a Mariola, si no acabar con ella para que yo sintiese el mismo dolor que yo le provoqué? Mi respiración comenzó a ser demasiado rápida. Me levanté del taburete y abracé a Mariola, la levanté con mis brazos del asiento y la pegué a mí. La abracé como si quisiera que fuéramos solo uno. Estaba aterrado.

—*Mariola, no puedo perderte. —La abracé más fuerte.*

—*No me vas a perder. —Se apartó de mí y pasó sus manos por mi cara—. Para siempre.*

Mientras cenamos, revisamos todo lo que aquella carpeta contenía tratando de encontrar algún dato para descubrir el paradero de Jonathan, pero desistimos a la media hora. Terminamos la pizza, aunque Mariola solo se comió solo un par de porciones. Su estómago no admitía demasiada comida últimamente, pero era normal con todo lo que estaba ocurriendo. Y aún le tenía que contar lo del tío que apareció en el hotel.

—*Nena, ¿quieres un café?*

—*Mejor me voy a preparar un té. Me vendrá bien para el estómago.*

Preparé un par de tés y nos sentamos en el sofá de la terraza con una manta por encima.

—*Tenemos que hablar de otra cosa. Cuando he llegado al hotel me he encontrado al mismo tío que te atacó ayer a la noche. Quería hablar conmigo, ya que contigo era imposible.*

—*¿Quién es? —Puso sus piernas encima del sofá, metiéndolas bajo de su cuerpo.*

—*Venía a prevenirnos de Jonathan. Tengo al equipo de seguridad investigando su historia y bueno, a espera que nos lo confirmen, la historia parecía bastante real. Es un tipo que hace unos años hizo negocios con Jonathan y después de un problema con él, acabó con su empresa, con su familia y con su vida. Desde entonces no tiene nada y sabe que quien juega con él, lo acaba pagando muy caro. No sé si fiarme o no. Sabe muchas cosas de Jonathan y dice que te conoce, que solamente quiere ayudarte.*

—*¿Cómo que me conoce? —Me agarró de la mano tirando de ella para que la mirase.*

—*Según él... —no podía repetir las palabras exactas que él me dijo—. Te conoció en una de esas fiestas a las que Jonathan te llevaba. Inició un negocio con él una de aquellas noches y cuando el comité directivo se negó a hacer negocios por su conocida forma de actuar un tanto ilegal, juró que acabaría con él. Y lo hizo. Le mandó a su familia unas fotos, a la empresa otras y acabó con su vida.*

—*Joder. —Se llevó las manos a la cara—. ¿Cómo pude estar tan ciega cuando estaba con él?*

—*Es un embustero profesional. Este hombre te vio en una revista conmigo y Jonathan se*

puso en contacto con él. Si le ayudaba a encontrarte y seguía todos tus pasos, le devolvería su vida. Al principio pensó en ayudarte, pero al final decidió no hacerlo. Lleva varios meses tratando de encontrarte para avisarte, pero ha sido muy difícil hacerlo.

—¿Qué es mi puñetero ángel de la guarda? ¿O quien sigue mis pasos y avisa a Jonathan? — Se levantó del sofá y comenzó a dar paseos por la terraza—. ¿Cuándo va a terminar toda esta puta pesadilla? —Se apoyó en la barandilla tratando de respirar.

Al día siguiente los dos nos preparamos para irnos a nuestros trabajos. Volver a la empresa iba a ser complicado. Había estado un tiempo fuera y no sabía cómo estaban las cuentas. Además quedaban pocos días para esa gran fiesta de aniversario de aquella empresa que dejé a medias cuando salí huyendo a España. Me iban a matar según entrase por la puerta. Alex me dejó en la oficina haciéndome prometerle que esperaría a que Rud fuera a buscarme para ir a comer. Cuando se abrieron las puertas de ascensor todo el mundo estaba corriendo como si aquello fuera una escena del *Diablo viste de Prada* cuando llega la gran jefa. Pasé como pude entre ellos y cuando llegué a mi despacho, una gran pila de papeles, fotos y libros estaban tapando mi mesa. Solté mi bolso encima del sofá y me quedé observando todo aquel desastre. Con mi mano libre removí los papeles y vi que todo eran ideas para la fiesta. Me horrorizaba lo que estaba viendo. ¿Qué mierda era aquello? Me asomé a la puerta y Linda me agarró del brazo llevándome con ella hasta una de las salas donde estaba todo el mundo esperando a la reunión con nuestro cliente.

—Cariño, luego te preguntaré qué te ha pasado y qué tal estás, pero estamos en apuros. En media hora llega nuestro cliente y esto es un desastre. No se han puesto de acuerdo en las ideas, Scott es un anarquista, Silvia no ha dado su brazo a torcer y cada uno quiere presentar sus ideas. —Me sentó en una de las sillas—. Necesitamos tu mente brillante y que en menos de media hora saques una gran idea de esa cabecita loca.

—No sé nada de la empresa, de los gustos ni de lo que han hablado entre ellos. —Me dejó un dossier de unas cien hojas.

—Pasea tus preciosos ojos por ahí y sálvame el culo.

—Linda.

—Mariola, por favor.

Sus ojos me pedían ayuda y tras resoplar, abrí el dossier y comencé a leer. Las ideas se contraponían. Había cosas que no estaban mal, pero no sé qué coño habían hecho en aquellas semanas.

A los veinte minutos entró Linda en la sala avisándonos de que el cliente estaba subiendo. Cuando se abrieron las puertas del ascensor parece que hasta empezó a sonar por el hilo musical música del oeste antes de un duelo. Levanté la vista y vi a un tiburón en busca de su presa. Llevaba un impecable traje de firma, unos zapatos muy relucientes y un semblante serio. Sus pasos resonaban por la oficina hasta que Linda fue a su encuentro y estrecharon sus manos. Unos ojos azules miraban sin ningún pudor a Linda, haciéndole sentir incómoda, tal y cómo su cuerpo delataba.

Entraron en la sala y comenzó la presentación. No puso ningún tipo de atención a todo lo que se le estaba explicando. Estaba sentado en uno de los sofás atendiendo más a su móvil que a mis compañeros. No parecía tener ningún tipo de interés en lo que le estaban explicando.

—Este tío es un capullo arrogante con un traje caro, Linda. —Se lo dije al oído.

—Lo sé, pero me parece que su traje caro se va a ir de aquí y nos quedamos sin cuenta. Sería la primera vez desde que empezamos que ocurre. No nos lo podemos permitir si queremos vender la empresa.

Cuando Scott terminó su parte, el señor tiburón se limitó a pasarse la mano por la boca y a negar con la cabeza. No le había gustado nada. Fue a echar su cuerpo hacia delante para levantarse, cuando salté como si tuviera una chincheta clavada en el culo. Sin saber muy bien cómo, estaba alabando los grandes dientes afilados al tiburón para quedarnos con su cuenta. No sé de donde salieron todas mis ideas, pero en menos de una hora le había organizado una fiesta, con catering, flores, espectáculo y la pera limonera. Pero su gesto no cambió ni un ápice. Se limitó a levantarse del sillón, le susurró algo a Linda al oído y esta pidió que saliésemos de la sala. El tiburón se la quería comer a solas.

Fui a ponerme un café a la sala y Scott apareció por allí.

—Qué look tan accidentado nos traes hoy. —Me pidió un café.

—¿Qué demonios le pasa a ese tiburón trajeado? Con qué cara nos ha mirado a todos al salir de la sala. No se puede ser más arrogante con su manita pasándosela por la boca. —Me quedé pensando en el gesto—. Pretenderá que le riamos todas las gracias y besemos las baldosas por las que pasa. —Vi cómo Scott abría la boca y los ojos—. Vamos Scott, no me vengas de puritano ahora. En Los Ángeles tendrás que lidiar con tiburones de este estilo, trajeados, arrogantes y muy muy...

Me di la vuelta para salir de la sala del café y me di de bruces con el tiburón. Sus ojos azules y sus dientes afilados se fijaron en mí. Era más alto que yo y puso una mirada tratando de intimidarme. Me recorrió de arriba abajo, haciéndome sentir incómoda y se paró en mis ojos. Al menos lo hizo en mi cara y no en las tetas.

Linda estaba detrás conteniendo la risa por mi gran y enorme bocaza. El tiburón no dijo nada, se giró sobre sus talones y se dirigió hacia el ascensor. Negué con la cabeza con el corazón a mil por hora cuando oí una voz desde el fondo del pasillo.

—Linda, tenéis la cuenta, pero que esa preciosa morena con la lengua tan afilada se encargué de todo. Que esta tarde se pase por mis oficinas. Quiero hablar con ella de todos los detalles personalmente. A ver si es capaz de hacer lo que hace siempre y poner ese toque de magia del que tanto presumís.

Me quedé en silencio hasta escuchar cómo el ascensor cerraba sus puertas y saqué la cabeza por la puerta del office.

—Esta tarde el tiburón me engulle. —Me llevé una mano a la cara.

—Te lo comes tú antes, eres más lista que él. Tiene fama de ser arrogante, pero creo que nadie se lo había dicho nunca. Eres valiente, Mariola. —Linda me pasó su mano por el brazo.

—No, soy una bocazas y muy estúpida.

Me tiré toda la maldita mañana buscando las empresas, las decoraciones, rogándole a Mike que me hiciera el catering para la fiesta, pidiéndole de rodillas a Frank y Justin que me alquilasen el Silk para la empresa y buscando el espectáculo que le había prometido: bailarinas de *burlesque* con estilo. ¿Cómo me había metido en aquel berenjenal? ¿Y de qué demonios me sonaba aquel hombre? Aquella forma de mirarme, la forma de pasarse la mano por la boca mientras pensaba. Rebusqué en los informes, pero no aparecía su nombre por ningún sitio. Me metí en internet para buscar algo de la empresa, Northam Corporation. Su página web abarcaba un montón de filiales de todo tipo de negocios. Busqué en la parte de empresa y al pinchar en su fotografía, justo cuando iba a cargar su foto y el nombre, se apagó el ordenador.

Salí de la oficina cuando Rud me vino a buscar para ir a comer. Alex estaba en una reunión y yo a las cuatro tenía que estar en las oficinas del tiburón. Así que comí algo rápido con Rud y me acercó hasta las oficinas.

Subí hasta la planta cuarenta en el ascensor, y nada más salir, una rubia pechugona me acompañó hasta la sala de juntas. Esperé diez minutos mirando por los grandes ventanales que daban a la Quinta, cuando se abrió la puerta y el tiburón entró en la sala. Se me erizaron los pelos de la nuca cuando sus ojos se clavaron en mí sin miramientos.

—Buenas tardes, señorita Santamaría. —Extendió su mano y al estrechársela un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—Buenas tardes, señor...

—Tiburón, tal y como me ha llamado esta mañana.

—Lo siento. —Mi corazón bombeaba demasiado rápido.

—Prefiero que me llames Richard, es mucho menos agresivo. —Se sentó en su gran silla dejándome a mí una silla mucho más pequeña e incómoda.

Comencé a explicarle detalladamente todo lo que aquella misma mañana le había vendido. No puso oposición a ninguna de las ideas. El lugar le parecía perfecto, el catering le gustaba y la idea de que yo llevase la fiesta le entusiasmaba, sin saber muy bien el motivo.

Después de tres horas, y tres desvíos de llamada de Alex al buzón de voz, dio por terminada nuestra reunión. Me acompañó hasta la salida del edificio y cuando nos estábamos despidiendo, Alex apareció detrás de nosotros. Su cara estaba desencajada. Se acercó a nosotros con paso firme y en la cara del tiburón se dibujó una sonrisa ladeada. Dios mío. Aquella sonrisa, aquella forma de pasarse la mano por la boca....

—Padre. —Alex se quedó delante de nosotros mirándonos.

—Hola, hijo. ¿Qué haces aquí? —Le extendió la mano, pero Alex no se acercó a él.

—He venido a buscar a mi prometida y me la encuentro con mi padre charlando. ¿De qué coño va esto? —Alex no me miró.

—Ella se está encargando de la fiesta de la empresa. No sabía que era tu prometida. Ni siquiera sabía que estabas prometido. Tu madre no me ha dicho nada.

—Hace meses que no hablas con ella, así que no me vengas de padre despechado que no se entera de qué hacen sus hijos. ¿Qué es lo que estás buscando, Richard?

Allí tenía a dos titanes a punto de sacar sus puños y pelear por la dominación mundial. ¿Cómo no me había dado cuenta de quién era? Me sentía idiota, estúpida y una autentica imbécil. Sí, eran sinónimos, así que me sentía una imbécil integral elevada al cubo.

—Mariola, espero que esto no sea un obstáculo para que te encargues de la fiesta. Quiero que seas tú la que la organice. Eres demasiado buena como para que una piedra paré tu futuro. Aunque en tu pasado haya habido muchos obstáculos, estás en el buen camino para ser solo tú, no la sombra de nadie más. Buenas tardes. —Soltó aquella bomba y se marchó. Los puños de Alex estaban apretados pegados a su cuerpo. Su ceño fruncido y sus labios cerrados a más no poder no deparaban nada bueno.

Nos montamos en el coche y ninguno de los dos dijimos nada. De vez en cuando le miraba y trataba de buscar su mano por encima del asiento, pero él la apartaba. Estaba enfadado conmigo por algo que ni siquiera entendía. Recogimos a Jason de béisbol y, al montarse en el coche en la parte de atrás, me miró mal. Ya tenía a los dos McArddle en mi contra. Quería salir de allí y gritar, gritar tan fuerte para que mi voz llegase a la otra costa.

Al llegar a casa Jason se fue a su cuarto, Alex al nuestro y yo me quedé como una tonta en medio del salón sin saber qué demonios hacer. Me quité los zapatos, dejé la chaqueta y el bolso en el sofá y me fui a la cocina. Menos mal que en la hora de la comida aproveché para hacer la compra y que nos la llevasen a casa. Saqué comida y empecé a preparar la cena. Tardé más de

media hora en preparar un solomillo a la Wellington. Sí, estaba cocinando o tratando de hacerlo. Pensé que no podría cagarla con un solomillo y un hojaldre. Tras meterlo en el horno, empecé a preparar unas nubes caseras de postre. Aquello era muy sencillo y era de las pocas cosas en la cocina que podía hacer casi con los ojos cerrados. Oí cómo una de las puertas se abría y Jason se acercaba a la cocina. No me dijo nada, se sentó en uno de los taburetes de la isla y comenzó a observar todo lo que hacía. Tenía curiosidad porque el olor a caramelo estaba inundando el piso. Sus ojos chispeantes miraban todo lo que hacía, me observó mientras volcaba los ingredientes, los removía y los pasaba a un bol enorme. Todos los movimientos estaban siendo estudiados por Jason. Vi cómo un par de veces abrió la boca para preguntar algo, pero no lo hizo. Cuando se terminó de cuajar la masa, la corté, rebocé en azúcar glas e hice una especie de pinchitos de nubes. Los dejé en una bandeja encima de la isla y metí el resto de las cosas en el lavavajillas. La cara de Jason era de sorpresa. Sabía que quería probarlos, pero no decía nada.

—¿Me puedes hacer un favor, Jason? —No obtuve ninguna respuesta—. Me voy a la ducha, ¿puedes vigilar que no se peguen al plato y darles la vuelta cada dos minutos para que no se estropeen? Si no lo hacemos, no nos las podremos comer. —Me miró y afirmó tan lentamente que casi podría haber pasado desapercibido su gesto—. Muchas gracias, Jason.

Me fui a la ducha y antes de girar una de las esquinas observé a Jason mirando su reloj y las nubes. Pasé por delante del despacho de Alex y estaba trabajando mientras hablaba por teléfono. Me fui al cuarto y tras ducharme salí de nuevo al salón. Miré el horno y aún le quedaba un rato a la cena. Cogí un vaso de zumo y unas nubes.

—¿Quieres una? —Me miró y quería decir que sí, pero aún estaba enfadado conmigo—. Bueno, yo me voy a sentar en el sofá a mirar unas cosas, si quieres dime y te preparo un zumo también.

No dijo nada, me lo estaba poniendo muy difícil. Quería hablar con él y explicarle de alguna manera lo que había pasado, pero él tenía que dar el primer paso. Comencé a revisar las cosas de la fiesta y noté unos ojos clavados en mí. Levanté la cabeza y tenía a Jason delante con las manos en los bolsillos.

—¿Puedo comerme uno?

—¿Quieres zumo? —Pasé a su lado y me afirmó con la cabeza.

—De acuerdo. Si no llegas a darles la vuelta como has hecho, no estarían tan buenas. —Le di el zumo con las nubes y volví a sentarme.

Se sentó en el sofá que estaba frente a mí sin quitarme ojo de encima. Me daba en la nariz que su abuela me había echado una mano la noche anterior.

—Mariola... —Se acercó y se sentó en la mesa.

—Dime, cariño. —Dejé el portátil en el sofá y le miré.

—¿Por qué te fuiste? —Me preguntó mientras se metía una nube en la boca.

—Es complicado, cariño. Sé que te prometí no dejarte nunca, pero hay veces que los mayores hacemos las cosas mal y tenemos que pedir perdón muchas veces, para que las personas a las que hemos decepcionado nos perdonen. Tengo que pedirte perdón por no haber cumplido la promesa que te hice. —Acerqué mis manos a las suyas y por primera vez no las apartó—. Siento mucho haber desaparecido así.

—¿Por qué nos dejaste?

—Cariño, hice mal. Lo que hice no estuvo bien, pero es difícil ser mayor. Cuando crecemos hacemos demasiadas tonterías. No me voy a separar de ti nunca más. Si quieres que este a tu lado, por supuesto. —Esperé impacientemente su respuesta—. Quiero volver a ser tu amiga, quien te lee al acostarte y quien te da un beso al levantarte.

—Yo también quiero, pero es que la tía me dijo que no nos querías. Que lo único que querías era el dinero de papá.

—Un segundo, cariño. —Empezó a subirme el calor por los pies hasta la cabeza—. Voy un segundo a... —Salí tranquilamente a la terraza y cerré la puerta. Sabía que estaban insonorizadas—. Maldita hija de la gran puta. Yo a esta la mato. En cuanto me la eche a la cara la mato. —Me senté en uno de los sofás y al apoyar la mano encontré un trozo de tela. Al tirar de ella vi que era un tanga—. Encima va dejándome regalitos por casa, habrá tenido la poca vergüenza de... Cuando la vea le pongo las bragas como bozal.

Cuando entré en el salón me encontré a Jason y a Alex mirándome con la boca abierta.

—¿Cenamos?

Me fui a sacar directamente del horno la cena. Puse los platos en la isla y los dos seguían mirándome con cara de póker.

—Papá, está loca. La he visto dando botes como si le atacase una paloma.

—Lo sé, cariño, pero así es ella. Aunque nos vuelva locos, es nuestra chica.

—Sí, nuestra chica.

—¿Has cambiado de opinión sobre ella? —Miré a mi hijo sin creer lo que oía.

—Ayer hablé con la abuela. Y me porté mal con ella en el aeropuerto y aquí en casa. Es que la tía me dijo que ella no era buena, pero yo le conté que ella sí que era buena, que era muy buena con nosotros. Pero ella me decía que no, que si fuera buena no te habría mandado al hospital.

No me podía creer toda la mierda que Alison trató de meter en la cabeza de mi hijo. Me levanté para ayudar a Mariola con la cena, pero con su mirada me echó de la cocina. Estaba enfadada. Yo tampoco había actuado bien pagando con ella lo de mi padre, pero no me podía creer que él tuviera la cara de contratar la empresa de Mariola para la fiesta de su empresa y cómo ella no se había dado cuenta de quién era.

Dejó la cena en la isla, comió un poco de ensalada y se levantó de la mesa para coger el teléfono. Se fue a la habitación para hablar y no volvió hasta que nosotros terminamos de cenar. Jason me miraba sin saber muy bien por qué estaba así. Observé cada uno de sus movimientos. Jason se fue a su habitación y a los diez minutos vino con un cuento entre las manos.

—Mariola. —Se acercó a ella y la agarró de la mano—. ¿Me lees un cuento? —Sus ojos se abrieron mucho mirándola.

—Claro que sí, cariño. Dame un minuto.

—Vale. —Jason se fue corriendo.

—¿Mariola, estás bien?

—Voy a contarle el cuento a Jason y cuando vuelva hablaremos de esto. —Se sacó algo del bolsillo y lo dejó en la isla enfadada—. Tu cuñada va dejando regalitos por casa.

Fui a la habitación de Jason y al sentarme en su cama se acurrucó cerca de mí y escuchó atentamente el cuento, pero al observarle vi que su cara no era la de siempre.

—Así no, Mariola. Cuéntamelo como lo hacías antes, como nos gustan los cuentos a nosotros. Porfi.

—De acuerdo. —Comencé de nuevo la historia, pero a nuestro estilo.

Esperé a que se durmiera y le arrojé levantándome despacio. Se movió hacia el lateral y justo cuando iba a salir por la puerta susurró.

—¿No me vas a dar un beso?

—Claro que sí, cariño. —Me acerqué a él y le besé acariciándole en la cabeza—. Descansa.

—No te vuelvas a ir, Mariola. —Pasó su brazo por mi cuello.

—Te lo prometo.

Regresé a la cocina para recoger lo que quedaba y fui al despacho de Alex. Estaba sentado en su silla mirando por el ventanal que daba al parque. Quería pedirle una explicación por su actitud. Estaba hablando por teléfono y me senté encima de la mesa. Terminó su llamada de teléfono y al darse la vuelta me encontró allí delante.

—Hola, nena.

—Claro, ahora hola, nena. ¿Qué demonios ha pasado esta tarde?

—Eso mismo te quería preguntar yo. ¿Qué demonios haces trabajando para mi padre?

—No, señor. No trabajo para tu padre. Es una cuenta que lleva la empresa y me ha tocado a mí satisfacer al tiburón.

—¿Tiburón? —Se levantó de la silla y me miró sorprendido.

—Sí, un tiburón de dientes afilados. —Me pasé la mano por la cara—. No sabía que era tu padre, no tenía ni idea. Cuando esta mañana he llegado a la empresa, parecía que un huracán estaba pasando por allí y no sé cómo me he metido en todo este lío. No sabía ni quién era él. No me ha dado tiempo a conocerle por su nombre. Le he llamado tiburón trajeado a la cara y... —Vi cómo sonreía.

—Con todas las empresas que hay en la ciudad ¿acude a la tuya?

—Su forma de mirarme y algunos de sus gestos me resultaban familiares, pero no quise darle mayor importancia, porque su presencia realmente me ha llegado a incomodar.

—No estoy enfadado contigo. Es el efecto que mi padre produce en mí. —Se situó entre mis piernas—. Lo que me resulta extraño es que él haya elegido tu empresa. Le has tenido que impresionar y eso es muy difícil. No tiene corazón. Realmente es un tiburón, tanto en los negocios como en su vida privada.

—Lo siento, Alex, sé que no te llevas bien con tu padre. Mañana hablo con Linda y le digo que otra persona del equipo se encargue de esa cuenta.

—Nena, es tu trabajo. Lo que dijo al final iba dirigido a mí. Sé que puede que sea yo esa piedra en tu camino, no te fuiste a Los Ángeles por mí.

—No vuelvas con eso, Alex. No me fui porque no era mi lugar. Mi lugar está aquí, con mi familia, mis amigos y contigo. —Le miré negando con la cabeza.

—Sé lo que es que te encadenen a un sitio y no te dejen volar. Haz el trabajo, pero ten cuidado con él, su sombra es demasiado alargada. —Me dio un beso en la cabeza y me abrazó.

—Lo tendré.

—Nos ha hecho mucho daño y no quiero que a ti te meta en su círculo. —Nos quedamos unos segundos abrazados.

—No te preocupes por mí. —Me separé de él.

—Tengo que preparar una reunión para mañana.

—Yo también tengo que trabajar en la fiesta.

—Coge tus cosas y compartimos el despacho. Así te tengo vigilada. —Me guiñó un ojo.

—Cariño, soy un desastre trabajando, te puedo inundar el suelo de papeles y las paredes de pegatinas de colores. —Me bajé de la mesa como pude pasando muy cerca de él.

—Da igual, nena, trae todo aquí.

—Tú lo has querido. Luego no me echas la bronca.

En menos de media hora le había llenado el suelo de papeles y el trozo de pared que tenía a mi

lado de *post-it* de colores con las ideas que se me iban ocurriendo. Estaba sentada en el suelo, con las piernas abiertas y el ordenador entre ellas, el móvil en una mano y el *iPad* abierto a mi lado.

Mi despacho parecía haber sido intervenido por una patrulla de unicornios arco iris o algo parecido. Tenía post-it por la pared, papeles y fotografías por el suelo, copias sin recoger en la impresora. Un auténtico desastre. Así era como ella organizaba las cosas. Con lo pulcro que era yo a la hora de trabajar y el caos que era ella. Luego su trabajo era impecable, pero así era su cabeza: una locura llena de cordura.

Gateaba entre los papeles y yo dejé de trabajar para pasar a observarla. Se había quitado los pantalones cortos que llevaba en la cena y solamente llevaba mi camiseta. Cada paso que daba para coger un papel, se subía la camisa dejándome ver unas preciosas bragas de encaje negro. No me podía concentrar y me costó un esfuerzo enorme ocultar mi erección bajo mi pantalón del pijama y terminar la preparación de aquella maldita reunión. Centré mis ojos en el ordenador, pero de vez en cuando miraba por encima para observarla. Se levantó del suelo y paseó su precioso cuerpo por delante de mí para recoger los papeles que había en la impresora. Se quedó de pie de espaldas a mí revisando las copias y pasé lentamente la mano por su pierna derecha y se estremeció, cayéndose encima de mí. Recorrí sus piernas desnudas, pasando por encima del encaje, metiendo la mano por debajo de la camiseta hasta llegar a sus pezones. Mi respiración se aceleraba mientras sus manos paseaban por encima de mi pecho, con mucho cuidado para no hacerme daño. Me levanté con ella en brazos, poniéndola encima de la mesa, para poder situarme entre sus piernas. Situé mis manos en su culo y apreté mi erección contra ella. Busqué su boca con la mía, pasé mi lengua por sus labios lentamente. Aquellos besos salvajes, los mordiscos que me daba en el labio inferior succionándolo, me volvían jodidamente loco. Sus manos acariciaban mi espalda desde la parte baja hasta la nuca, metiendo sus dedos en mi pelo tirando de él, para tener absoluto acceso a mi cuello. Lo mordisqueó sin piedad y un gemido ronco salió de mi garganta. Paré en seco y la observé, su preciosa boca estaba semi abierta, su respiración agitada y sus ojos pedían más.

—Es mejor que paremos ahora. Tu brazo y tu mano no están bien. —Me alejé de ella.

—¿Me vas a dejar con este calentón? Coño, que podría freír un huevo ahora mismo en mi cuerpo. —Se acercó a mí poniéndome la mano en el estómago—. Como se te haya pasado por la mente por un solo instante que vas a salir de esta habitación sin que me pongas mirando al Empire, vas listo. —Me empujó y caí al sillón del despacho.

—Nena, no quiero hacerte daño. No sé en qué estaba pensando. —Se puso a horcajadas sobre mí.

—Yo estoy como una moto gracias a tus besitos y tus manitas. Hay dos formas de que termine esto. Quiero un orgasmo y lo voy a conseguir, contigo —pasó sus manos por el bajo de su camiseta deshaciéndose de ella mientras susurraba— o sin ti. Así que tú decides qué opción elijas.

07.
COMO HULK

No escuchamos el despertador y Jason se encargó de despertarnos cuando ya estaba vestido.

—Os habéis dormido. —Se subió a la cama—. Son las siete. ¿Quién me va a llevar al cole?

—Alex... Alex... —Salté de la cama buscando la ropa del día anterior y dando vueltas sobre mí misma.

—¿Qué se está quemando? —Alex se desperezó en la cama.

—Tú tienes una reunión, Jason tiene que ir al cole y yo tengo cita con el tiburón en el Silk en media hora.

Salí corriendo de la habitación para preparar el desayuno y al llegar a la cocina me encontré zumo en tres vasos, unas tostadas un poco negras y tres tazas preparadas con leche.

—He preparado el desayuno. —Jason me miró sonriendo.

—Muchas gracias, cariño.

Alex salió de la habitación frotándose los ojos y miró la mesa sorprendido por el color de las tostadas.

—Jason nos ha preparado el desayuno. —Le miré para que no dijera nada.

—Muchas gracias, cariño. —Se sentó y cogió una de las tostadas, mientras Jason le miraba fijamente—. Qué buena pinta tienen. —Se la metió a la boca e hizo un gesto raro—. *Mmm*, qué buenas.

—Cariño, ve a terminar de vestirte y en quince minutos salimos para el cole. —Jason se fue corriendo—. Necesito café.

—Yo algo para quitarme este sabor a quemado de la boca. —Sacó la lengua.

—Cómetelas que las ha hecho tu hijo. —Le miré sonriendo.

—Yo hasta las diez no tengo la reunión, ve a prepararte para la tuya. Frank estará allí en media hora. Me ha mandado un mensaje. Le he avisado de quién es tu cliente. —Me miró de reojo.

—¿Seguro que no hay ningún problema, Alex?

—Mientras tengas cuidado con él, no habrá problemas. Esta noche cenamos con mi madre. —Me agarró de la mano y miró el anillo.

—Va a ser una bomba para ella.

Me preparé corriendo y cuando salí de la habitación, Rud y Dwayne estaban en el salón. Dwayne tenía algunas tiras de puntos en la cara y me lancé a sus brazos, sin que él lo esperase.

—Me alegro mucho de que estés bien, Dwayne.

—Después de todo lo que pasó en el bosque, pensé que no querrías volver a verme. No pude protegerte y eso me enfadó mucho.

—No fue culpa tuya. Yo no vi quién me estaba agarrando y te aticé con todas mis fuerzas.

—Sí. —Se acarició la cabeza con un gesto divertido.

En el Silk me esperaban Frank, Mike y Justin. Alex había mandado la caballería.

—Alex ya me ha puesto al tanto. No tiene escrúpulos. Le conozco desde hace muchos años y bueno... —Frank se pasó la mano por el pelo—. Es normal que Alex desconfíe. Alex se desvinculó de su empresa, de su apellido y de todo lo que tuviera que ver con él. O estás de su

lado o en su contra.

—Y yo me meto en la boca del lobo. —Me senté en una de las sillas—. Lo mejor hubiera sido decir que no, que otro se encargase de esta cuenta, pero...

—Buenos días.

Los cuatro nos dimos la vuelta y delante de nosotros estaba el tiburón sonriéndonos. Vino acompañado de dos chicas que a su lado parecían demasiado jóvenes.

—Habrá que hacer algo con la decoración, es demasiado estridente para mi gusto.

Justin estuvo a punto de saltarle a la yugular, pero le paré con un brazo.

—Mi empresa tiene mucha clase, mucho estilo y no quiero que se confunda con una vulgar fiesta de disfraces venecianos o lo que fuera que se hizo aquí.

—No se preocupe. —Carraspeé un par de veces y conté hasta cinco.

—En cuanto a la comida. Mike, he oído mucho sobre ti, eres un chef bastante decente, aunque tu restaurante no esté situado entre los mejores de la ciudad.

Nos estaba tratando a todos con una superioridad que me estaba empezando a tocar la moral y no iba a permitirle que nos faltase de aquella manera al respeto.

—Mike es uno de los mejores chefs de la ciudad y su comida es excepcional. Estoy segura de que todos sus invitados estarán más que satisfechos.

—Richard, yo respondo por el local y por la comida. Sabes que no me meto en ningún negocio que sepa que no va a funcionar y el tándem que formamos es excepcional. —Frank salió en defensa de todos.

—Si tan bueno es, esta noche quiero una presentación de lo que se preparará en la fiesta. Ya sabes que tienes menos de una semana, hemos estado esperando a que volvieras de la crisis personal que te llevó a España. Y eso no ha hecho nada más que retrasar todo. Así que tendrás que ser tan buena como presumen de ti en tantos sitios o tu empresa perderá mucho más que mi cuenta. Me encargaré personalmente. —Todos escuchamos mi teléfono—. ¿No pretenderás responder mientras estamos en una reunión?

—Estaba desviando la llamada, señor. —Mi tono de voz estaba comenzando a cambiar y Mike lo notó.

—¿Qué os parece si preparo unos cafés y nos centramos en lo que desea probar esta noche?

—Mi tiempo es muy valioso, cobró mil quinientos dólares la hora en la consultoría, así que aquí estoy perdiendo dinero. —Se fue a una de las mesas y sus dos modelos particulares le siguieron.

Subí al despacho de Justin junto con Frank para recoger los menús que teníamos preparados para las fiestas, aunque estaba convencida de que no iba a aceptar ninguno.

—No te preocupes por él. Mientras no entres en su juego, estarás a salvo. Sé por qué Alex está tan preocupado. Puede convencerte de que te vayas al polo norte a por arena para él. —Frank me agarró de la mano—. Dejando ese tema aparte, ¿cómo estás?

—Después del susto, bien. —Sonreí tratando de parecer tranquila.

—No estáis solos en esto y... —Al agarrarme de la mano notó el anillo—. ¡Dios mío! —Extendió mi mano y me miró a los ojos—. ¿Lo ha hecho?

—Mmm... —No pude decir mucho más.

—No sabes cómo me alegro de que lo hiciera y perdiese ese miedo tonto que tenía. Felicidades. —Me abrazó sonriendo.

—Gracias, Frank. Gracias por estar siempre al lado de Alex. Pero no digas nada, por favor. Hoy teníamos que hablar con Susan a la noche, pero con la maldita cena del tiburón...

—No te voy a dejar a solas con él ni un segundo.

Tres horas después Richard dio por finalizada la reunión. Había desviado todas las llamadas al buzón de voz, así que cuando el padre de Alex desapareció por la puerta, revisé quién me había llamado. Tenía cuatro mensajes de Alex, dos de mi hermana y una del hospital.

—Mariola, he quedado con Sonia para comer y ya llego tarde.

—Tengo que hablar con ella para pedirle unas bailarinas. ¿Te importa si voy contigo?

—Claro que no, así ves a Andrea.

Al llegar a la academia, Sonia estaba preparando una rutina para las clases y tenía una gran sonrisa en la cara. Suspiré al verla tan recuperada. Cuando se dio cuenta de que Frank y yo la estábamos observando, paró la música y se acercó a nosotros. Me alegraba tanto por la forma en que Frank la miraba, que seguramente tenía la misma cara de idiota que él.

—Te echábamos mucho de menos. —Sonia me abrazó sin separarse de mí en varios segundos.

—No sabes cuánto echaba de menos esa sonrisa tan llena de vida.

—Ha sido duro, pero de todo se puede salir.

—Ya no hace falta que te enseñe a saltar sin mirar lo que hay bajo tus pies. —Le acaricié la cara.

—Pero no me sueltas la mano, aún no estoy preparada del todo.

—Tienes a tu lado a alguien que jamás te soltará. —Miramos a Frank, que estaba hablando por teléfono en la entrada de la sala.

—¿Cómo estás?

—Bien, ha sido llegar y no darme tiempo casi a poner los pies en la isla, cuando han empezado a caerme por todos los lados. Ayer Joe por fin me dijo qué tiene Jonathan contra Alex, tuvimos un pequeño accidente con el coche y para rematar, estoy organizando la fiesta de la empresa del padre de Alex con el que no se habla. —Negué con la cabeza—. Y tengo que anular una cena con él esta noche porque tengo que cenar él. A ver cómo se lo toma. —Marqué su número mientras hablaba con Sonia—. No le va a gustar nada de...

—Hola, nena.

—Alex, ¿qué tal la reunión?

—Aburrida. La semana que viene tengo que ir a un congreso de la cadena hotelera que no me apetece nada de nada. —Resopló y oí cómo se sentaba en un sillón.

—Hay veces que no te apetece hacer ese tipo de cosas.

—Nos conocemos y sé que ese discurso no es para mí.

—No puedo cenar esta noche. El tiburón quiere probar el menú. —Esperé su enfado.

—¿Quiénes vais a estar?

—Frank, Jus, Mike y yo. —Me monté en el coche y le indiqué a Rud que ya nos podíamos marchar—. Será mejor dejarla para mañana.

—Cenaremos más tarde, no vamos a anularla. Hoy es la noche, Mariola. No quiero esperar para contarlo.

Me temblaron las piernas, las manos y hasta los pelos de las cejas al pensar que aquella noche le iba a decir a mi suegra que le robaba para siempre a su hijo. O bien me abrazaba y besaba o sacaba una katana para hacerme filetitos, después de todo lo que había pasado entre nosotros. Y si le añadimos que mi hermana se iba a casar con su otro hijo... ¿Sería todo como una escena de Kill Bill y Susan aparecería enfundada en un mono amarillo de látex?

Al llegar a casa Mike y Justin actuaron de una manera bastante extraña. Cuando no estaba cerca de ellos, los dos se miraban y sonreían, pero cuando me acercaba, se alejaban como si se fuesen a

quemar.

—¿Algo que me tengáis que contar? —Miré a los dos.

—Cuando nos cuentes lo de tu anillo te contaremos lo nuestro. —Justin miró a Mike.

—¿Estáis juntos? —Les agarré de la mano esperando su respuesta.

—Con lo nuestro queremos decir que cuando tú nos cuentes algo, nosotros, cada uno por nuestro lado, te contaremos algo. —Mike respiraba nervioso.

—Qué ganas tengo de que os lieis de una maldita vez y dejéis vuestras tonterías de lado. —Miré a Jus y me callé—. Me tengo que preparar para la cena.

—Yo te ayudo. —Justin me llevó hasta mi habitación y empezó a rebuscar en mi armario—. Con este siempre triunfas.

—No sé yo sí será el mejor. —Me lo probé y parecía que iba a reventar el escote.

—Nena o te has operado en Marbella o...

—Ya sé lo de mis tetas, Jus. Tengo que dejar de comer galletitas.

—Yo te veo perfecta.

A las ocho menos cuarto estábamos en Galli y no había rastro del tiburón. Estuvimos esperando más de media hora y no se dignó a aparecer. Llamé a Alex para avisarle de que todo aquello se iba a retrasar más de la cuenta. También le dije que si en veinte minutos no aparecía su padre, me marchaba de allí sin perder un segundo más. A las nueve y media cogí mi bolso, y cuando iba a salir por la puerta, me choqué con él.

—¿Ya te ibas?

—Tengo muchas más cosas que hacer como para seguir esperando aquí sin una llamada para avisar de la espera.

—Ya sé que tienes una cita con Vivian esta noche. Parece que es algo importante a lo que no he sido invitado. Pero esto es trabajo y te debes a mí, que soy tu cliente.

—Yo me debo a mi empresa, pero no a los caprichos de los clientes en cada momento. Si tenemos una reunión a las ocho, al menos espero que mi cliente sea puntual o avise de que va a llegar algo tarde. Hay vida más allá del trabajo, Richard.

Su cara se tensó y quitó aquella estúpida sonrisa de superioridad con la que parecía haber nacido. Creo que nadie en su vida se había atrevido a hablarle así.

—Tienes los ovarios muy bien puestos. Empecemos ya a cenar. ¿No querrás llegar tarde a anunciar tu compromiso?

Mi mirada se perdió en los botones de su camisa. No me podía creer que hubiese dicho aquello, pero lo que más me sorprendió fue que él lo supiera. No me imaginaba que Alex le hubiese llamado para contárselo e invitarle a la boda.

—Cenemos. —Mike puso su mano en mi espalda y me miraba extrañado.

Richard no abrió la boca en toda la cena. Emitía algún sonido mientras degustaba. Mike me miraba nervioso.

—Disculpadme. —Me alejé de la mesa para ir a la barra a por algo más de beber, cuando Mike tiró de mi brazo metiéndome en la cocina.

—¿Qué es eso de tu compromiso? No me mientas porque cuando lo haces, te sale un hoyuelo en la mejilla.

—Si tú me cuentas qué pasa con Jus.

—Ahora quiere una cosa y en diez minutos quiere otra. Es impredecible.

—Impredecible, además de adorable, amable, cariñoso, y está enamorado de ti desde hace mucho tiempo. —Me miró sorprendido y supe que me había metido en un lío—. Mira, un poco de apio. —Me metí un trozo en la boca.

—Sácate eso de la boca y dime qué has dicho. No me hagas meterte los dedos en la boca, que soy capaz. —Me agarró de las mejillas y apreté los labios. — Mariola Santamaría López.

Negué con la cabeza y me aparté de él tratando de salir de la cocina sin tener que volver a repetirlo. Pero mis tacones se atascaron en una de las baldosas y Mike me agarró de la mano. Total, que me pegó a él y me sentó en una de las mesas, se situó entre mis piernas y mientras una de sus manos me pegaba a él casi desde el culo, la otra estaba en mi barbilla acercándome a su cara. Podía parecer cualquier cosa.

—¿Habéis acabado? —Justin nos miró con los ojos entornados—. Tu suegro quiere comentaros un pequeño detalle sin importancia.

La puerta de la cocina se abrió y Richard entró limpiándose con una servilleta mientras observaba cada detalle. Acarició la mesa en la que estaba sentada y me miró a los labios.

—La fiesta será este sábado. Tengo que salir de viaje el lunes y estaré fuera de la ciudad unos días. Espero que seas capaz de tener listo todo. Puedo encumbrar tu carrera o puedo... —Meneó un poco la cabeza.

—Lo sé, aplastarme con tus propias manos. —*Maldita sea, Mariola, cierra el pico*—. He tratado antes con gente cómo tú y os conozco muy bien. Sé cuales son vuestros puntos fuertes, pero también las debilidades. Hagamos que en la fiesta se vea lo mejor de la empresa. Lo feo lo dejaremos de lado esa noche. No querrás que tus amigos e invitados se enteren de alguna de las debilidades del gran dueño de medio Nueva York. —Sabía que me la estaba jugando con él, pero no iba a permitirle pensar que podía asustarme.

—Ya sé por qué le gustas a mi hijo, aunque no eres precisamente su tipo. Eres demasiado inteligente. Has aprendido a cubrirte bien las espaldas. —Sus ojos pasaron por cada centímetro de piel que el vestido dejaba al descubierto.

No quise hacer caso ni a sus miradas ni a su frase con trampa. Frank entró en la cocina con mi teléfono en la mano.

—Para ti. —Me lo entregó y vi el nombre de Alex en la pantalla.

—¿Sí? —Sabía que le molestaría que respondiese a la llamada de su hijo. Richard negó con la cabeza y salió de la cocina.

—¿Dónde estás? Me has dicho media hora y han pasado casi dos.

—Papá tiburón está dando por culo y me está amenazando con mi carrera.

—Mándale a la mierda.

—Dame media hora.

Salí de la cocina y vi a Richard mirando a la puerta con una gran sonrisa y, como si de un anuncio de perfumes se tratase, Alison entró meneando su larga melena y moviendo sus perfectas medidas de infarto.

—De puta en puta y tiro porque me toca. —No dejé de mirar lo que estaba sucediendo delante de mí—. Alex, en cuanto saque la basura nos vemos. —Le colgué para no tener que contarle lo que estaba sucediendo.

—Un, dos, tres, yo me calmaré... Cuatro, cinco, seis...

No me quise acercar a ellos e intenté pasar desapercibida caminando de espaldas, pero pude escuchar los sonoros besos que Alison le dio a Richard, así como parte de su conversación.

—Qué sorpresa, cariño. No sabía que te vería esta noche. —Richard ronroneaba al hablar con ella.

—Necesitaba un amigo esta noche. —La voz de Alison era la misma que usaba para hablar con Alex—. Tu hijo me ha echado de casa por esa chica con la que se supone que se va a casar.

—Tendría que haber sido mucho más desagradable para que dejase de nombrarme. —Esperaba

que no se diesen cuenta ninguno de los dos que seguía allí.

—Vamos a tomar una copa.

La agarró de la cintura y se fue a la mesa donde habíamos estado cenando. Desde de la barra les observé. Las asistentes de Richard les dejaron a solas en la mesa y se acercaron a mí con unas carpetas en las manos.

—El jefe quiere todo esto para la fiesta.

Negué con la cabeza antes de enfrentarme a las mil peticiones que Richard había anotado en aquellas hojas que tenía delante. Me centré en ellas, pero de fondo podía escuchar la risita de Alison. Me metí en la barra y me senté en el suelo. En el restaurante ya no quedaba ningún cliente, así que no molestaría a los camareros.

—¿Qué demonios haces en el suelo, Mariola?

Miré para arriba y la cabeza de Alex asomaba por la barra.

—¿Qué haces aquí? —Me levanté y vi a Susan, Jason, Brian y María al lado de Alex—. ¿Qué hacéis todos aquí?

—Como se alargaba tu reunión, decidimos venir aquí.

Salí de la barra casi con un ataque de nervios.

—Tu padre, está aquí y está con Alison. —Vi cómo a Alex se le dibujaba un gesto de enfado en la cara, como Hulk a punto de transformarse.

—¿Alison? —Brian se acercó a nosotros.

Cuando quise darme la vuelta, vi a Susan acercándose a la mesa donde estaban sentados riéndose. Susan iba directa a la yugular de Alison. Miré a Alex y los dos salimos disparados a parar aquella pelea, pero llegamos tarde.

—Dios los cría y ellos se juntan. —Susan miró a Richard con desdén.

—El aquelarre ya está completo. —La voz de Alison se escuchó en todo el restaurante.

—No se te ocurra faltarme al respeto, Alison. He sido demasiado buena contigo durante muchos años.

— Siempre has sido demasiado tonta como para ver lo que pasa delante de tus narices, Vivian. —Richard se levantó para apoyar a Alison.

—No voy a tolerar este comportamiento, Richard.

—¿Y qué vas a hacer? —El padre de Alex se puso delante de su madre y parecía que iba a estallar la guerra en la que tanto tiempo había ondeado una bandera blanca—. No eres nada más que una mujer despechada que no sabe hacer nada.

—No puedes echarnos de aquí. —Alison se sintió fuerte agarrada de la mano de Richard

—Ya está bien. —Alex cortó la conversación—. No sé qué es lo que esta pasando aquí ni me importa, pero ahora mismo nos vamos. Me da igual lo que haya entre vosotros dos, pero no os acerquéis a mi familia.

—Nos vemos, Mariola. —Richard extendió su mano para estrechar la mía, pero Alex se puso en medio alejándole de mí—. Hijo, nunca has sabido compartir tus cosas. Pensé que con los años habrías aprendido a hacerlo.

Alex se giró con el puño apretado y le agarré la mano, poniéndome delante de él para evitar un desastre. Bajé con todas mis fuerzas el puño y le obligué a mirarme, apretando fuertemente su barbilla hacia mí. Necesitaba que me mirase a los ojos. Su mirada enfurecida seguía fija en su padre y, en el momento en que me miró a los ojos, se deshizo de mis manos y salió como una bala del local. Salí casi corriendo detrás de él y le encontré pasándose las manos por el pelo y maldiciendo en alto.

—Alex.

—¿Qué?! —Gritó sin mirarme.

—¿A qué ha venido eso?

—Tenías que haber venido a la cena con nosotros, pero estabas aquí con él y... —Se dio la vuelta y caminó en la otra dirección.

—¿Quieres parar un momento y mirarme?

—Tenías que estar con nosotros, no con él. Tienes que aprender a decir no, coño. —Cada vez estaba mucho más enfadado—. No puedes complacer siempre a todo el mundo, porque al final no lo haces bien con nadie.

Respiré varias veces antes de hablar, porque no quería decir nada de lo que me pudiera arrepentir, pero no se me estaban pasando cosas precisamente amables por la cabeza.

—Siento no haber ido a la cena, pero es mi trabajo. Y si me tengo que quedar aunque no me guste, me quedo. Y si tengo que aguantar las gilipolleces de tu padre, lo hago. —No nos dimos cuenta ninguno de los dos que estábamos montando un espectáculo y todos habían salido ya del restaurante—. No soy idiota. —Se me estaba agotando la paciencia y decidí volver al restaurante para recoger mis cosas.

Estaba pagando mi frustración con Mariola y ya me estaba arrepintiendo de lo que le había dicho.

—No es a ella a quién se lo tienes que decir. —Mi madre se acercó a mí, pero me aparté.

—Es que siempre hace lo mismo. Todo es importante para ella y no sabe establecer prioridades. La cena de esta noche era muy importante. Nosotros...

—Sé exactamente lo que nos ibais a decir, cariño. —Mi madre me abrazó—. Es maravilloso que hayas decidido pasar el resto de tu vida con ella, no dejes que tu padre arruine este momento. —Se separó de mí y pude ver lágrimas en sus ojos—. Es capaz de sacar lo peor de nosotros y ponernos en contra de las personas a las que queremos. No es la primera vez que lo hace ni será la última. No lo pagues con ella. —Pude ver en los ojos de mi madre todo el dolor que mi padre le había causado durante tantos años—. Tú no eres cómo el.

Mi padre salió del restaurante y nos dedicó una mirada victoriosa. Alison sonreía de la misma manera colgada de su brazo. Mi padre le susurró algo al oído que le hizo sonreír y los dos nos miraron fijamente hasta que se introdujeron el coche negro que les esperaba en la acera.

Entré corriendo en el restaurante buscando a Mariola, pero no parecía haberse quedado allí esperándome.

—Mira que eres imbécil, Alex. —Me lo dije a mí mismo demasiado alto.

La llamé por teléfono, pero me daba apagado o fuera de cobertura continuamente. Comencé a pensar en todas aquellas veces que habíamos hablado de nuestros rincones en Nueva York. No era capaz de recordar exactamente el lugar, pero tampoco estaba seguro de que me lo hubiese dicho alguna vez. Entonces recordé nuestra primera cita de verdad, en la que acabamos paseando por Times Square y ella dijo que de vez en cuando había que perderse en la ciudad y pasamos por la escultura de Robert Clark cerca de la Sexta⁴⁴¹. Rápidamente me dirigí hacia aquella escultura, pero a mitad de camino un accidente en una de las calles me detuvo. Aparqué el coche en el primer sitio que localicé y salí corriendo, tratando de llegar allí lo más rápido posible. Al girar la esquina la vi. Allí estaba Mariola observando la escultura de cerca, pasando su mano por la L, rozando cada centímetro con sus manos. Me acerqué lentamente a ella, no quería que se asustase y echase a correr. Ella estaba dando la vuelta por la parte delantera de la escultura y yo me situé en la parte de atrás. Cuando pasó su mano por la parte de la V que iba hasta la E, me vio. Se quedó quieta y me miró a los ojos. Abrió lentamente su

boca, pero no dijo nada. Lentamente di la vuelta a la escultura sin dejar de mirarla.

Alex estaba delante de mí observando cada uno de mis gestos. Cada vez que discutíamos, cuando nos volvíamos a ver era como si fuese la primera vez y todas las mariposas se acumulaban en mi estómago y en mi garganta. Pasé las yemas de mis dedos por el anillo que me regaló. Miré hacia abajo y de repente su mano se posó en mi barbilla, levantándola para que nuestros ojos se mirasen.

—Yo... —Sonreímos los dos al decirlo a la vez.

—Lo siento mucho, Alex, yo no quería que esto fuera así. Había planeado la noche al milímetro. Me iba a reunir con el tiburón, solucionarí lo de la cena y estaría con vosotros a la hora que habíamos quedado. Pero no me lo puso fácil.

—No podemos tener la vida planeada al milímetro, eso me lo has enseñado tú. —Me hizo sonreír—. Mi padre es capaz de sacar lo peor de cada uno sin darnos cuenta.

—Esta noche era muy importante para nosotros y la he fastidiado. Tal vez tengas razón y no sea tan lista como pienso y me haya dejado llevar por las malas artes. —Resoplé bastante preocupada.

—No tienes que salvar el mundo, cariño. Y eres más lista de lo que te imaginas. Has sido capaz de hacer callar a mi padre y ponerle en su sitio. —Nuestras manos se unieron y comenzó a acariciarme la palma con sus dedos—. Sé que puede parecer un dialogo de comedia romántica de las que tanto se graban aquí, pero te quiero. Me da igual que mi padre aparezca en nuestra vida para tratar de jodernos. Somos más listos que él y nos queremos más de lo que él jamás ha amado. Sobreviviremos a todo lo que se nos ponga por delante.

De repente comenzaron a sonar unas notas de música y al girarnos vimos a una chica que sonreía mirándonos mientras cantaba *L-O-V-E* de Frank Sinatra.

Comenzamos a bailar al son de aquella canción que cantaba al amor y me sorprendí al comprobar que Alex se dejó llevar por la situación. Incluso le dio igual que nos estuviésemos mojando con las gotas de agua que estaban empezando a caer del cielo. La gente corrió a refugiarse debajo de los edificios cercanos, pero nosotros nos quedamos al lado de la escultura bailando como si nada pudiese estropear aquel momento.

Notaba cómo su corazón latía a mil por hora al igual que el mío. Era lo que Mariola siempre conseguía, me revolucionaba como un coche de Fórmula 1.

Cuando la música dejó de sonar, pegué mis labios a los suyos, los mordisqueé e introduje mi lengua buscando la suya desesperadamente. Mientras la lluvia nos empapaba y aquella canción había finalizado, notamos unos ojos clavados en nosotros.

—No perdáis lo que he visto delante de esta escultura. —La chica que nos había dedicado aquella canción estaba guardando su guitarra—. La representáis perfectamente, sois el amor en estado puro. Agárrala y baila con ella en medio de la ciudad bajo la lluvia, bésala todas las mañanas al despertar como si no la fueras a volver a ver y decíos que os queréis tantas veces como necesitéis. Nunca hay demasiados besos ni suficientes te quiero.

Se fue por la calle con su ropa empapada. Nos quedamos mirándonos unos segundos y comenzó a llover mucho más fuerte. Alex tiró de mi mano para correr por la calle, pero a los diez metros me tuve que parar. Aquellos zapatos no estaban hechos para correr. Me los quité sin pensar en las infecciones que iba a pillar si daba dos pasos descalza. Alex me miró, sonrió y me cogió en brazos para correr hasta el hotel que no estaba a más de tres manzanas.

Al entrar en la recepción empapados la recepcionista nos miró sonriendo. Me dejó en el suelo y le dijo algo a lo que ella respondió con una sonrisa. Me agarró de la mano y me dejó en el ascensor.

—Sube al piso quince. Espérame en la puerta.

Me besó, pulsó el botón y vi cómo se cerraban las puertas mientras Alex se alejaba hacia recepción. Al llegar al piso quince, salí del ascensor y me quedé observando por la ventana la tormenta que estaba cayendo en la ciudad. A los cinco minutos sonó el ascensor y apareció Alex con una botella de champán, dos copas y una bandeja. Pasó una llave magnética por la puerta y entramos en una habitación oscura y que desprendía bastante humedad. Comenzaron a encenderse unas luces en tonos cálidos y me di cuenta de que era el spa.

—¿Podemos estar aquí a estas horas? —Le miré sorprendida.

—No creo que al director le moleste. Necesitamos entrar en calor y quitarnos la ropa que está mojada.

—Es precioso. —Empecé a pasear por allí mientras me quitaba la ropa y rocé con la mano una de las paredes—. Tienes mucho gusto eligiendo.

Cuando Mariola se deshizo de su ropa comprobé que se había vestido para mí aquella noche. Llevaba puesto el conjunto de ropa interior que le mandé a casa y que quiso devolverme.

—Quería que la noche fuera especial después de hablar con tu madre y con Jason. —Sonreía de una manera muy dulce y tímida, mientras sus manos se situaban a ambos lados de su cuerpo como si me lo estuviese mostrando.

—Consigues que se me olvide todo lo que ha pasado. ¿Cómo eres capaz de hacerlo?

Levantó los hombros tímidamente y se mordió el labio.

Tras deshacernos de toda la ropa, nos metimos en la piscina y nos relajamos alejados de cualquier problema, del ruido de la ciudad y de todo lo que había pasado aquella noche. Solo estábamos nosotros dos, nuestras bocas y nuestros cuerpos.

Me removí en la cama de la habitación mientras me tapaba con las sábanas.

—¿Cuándo vas a quitar esa canción del móvil? Mata a cualquiera por la mañana. —Alex me abrazó.

—Algún día. —Pasé por encima de él buscando el móvil—. ¿Dónde está el bolso?

—Lo lanzaste en el salón.

—Joder, que son las seis de la mañana. —Me levanté enfadada y cogí el móvil. Al mirar la pantalla reconocí el número del padre de Alex—. ¿Los tiburones no duermen?

—Cómo le gusta fastidiar la vida a las personas. —Se levantó y se fue al baño.

—¿Sí?

—Buenos días, Mariola.

—¿Qué ocurre?

—Un amigo presenta una colección de ropa y quiero que lo haga el día de mi fiesta. En una hora nos vemos en tu oficina.

—¿En una hora? —Me deshice de la goma que llevaba en el pelo para poder meterme en la ducha.

—Si no quieres o no puedes hacerlo...

—En una hora nos vemos en la oficina. Y por favor, puntualidad, tengo mucho trabajo como para estar perdiendo el tiempo. —Colgué el teléfono sin dejarle contestar—. Buenos días. —Cambié totalmente el tono de voz y empecé a besar la espalda de Alex que ya estaba dándose una ducha.

—Acabarás debiéndole algún tipo de favor y te tendrá pillada.

—Confía en mí. —Le agarré las manos y le obligué a ponerlas detrás de mi cintura—. No habrá nada que le deba a él.

Aquellos ojos que tanto me prometían me miraban de una manera tan dulce, con tanto cariño que no dudé ni un segundo. La abracé metiéndola debajo de la ducha para disfrutar unos segundos más a su lado.

Cuando terminó de ducharse, se puso una pequeña toalla alrededor del cuerpo y salió de la ducha. Quitó el vaho con una de sus manos, mientras con la otra se apoyaba en el lavabo, dejándome una visión perfecta de su precioso culo asomando por la toalla. No sé qué me pasaba, pero no podía mantener mis manos alejada de ella.

Se estaba echando crema y no pude resistirme. Le quité la toalla pegándome a su cuerpo por detrás, avisándole que íbamos a desayunar antes de salir del baño, pero el horrible sonido de su móvil nos interrumpió. Ninguno de los dos nos movimos mientras nuestras bocas jugaban a encontrarse.

Una hora después estaba ya en mi despacho esperando a que el tiburón hiciese acto de presencia para tratar de comprender qué era lo que realmente quería para su maldita fiesta. Sasha aún no había llegado. No había nadie en la oficina, estaba completamente sola, así que me fui a la

sala de reuniones. Unos minutos después escuché el pitido del ascensor y esperé oír los zapatos del tiburón proclamando su llegada, pero aquello no sucedió. Salí de la sala de reuniones y vi una sombra adentrándose en el pasillo que llevaba al archivo. Aquella sombra se movía muy rápido y comencé a preocuparme. Si Sasha no estaba, Scott tampoco había llegado y los jefes no tenían ni idea de que la reunión con Richard era a las ocho de la mañana... ¿Quién cojones estaba conmigo en la oficina?

Me quité los tacones para hacer el menor ruido posible y fui corriendo hasta mi despacho para poder coger mi móvil y llamar a Rud. Cuando lo tuve en la mano para desbloquearlo, un pitido anunció la llegada de un nuevo mensaje.

Te lo avisé.

En cualquier momento puedes estar a solas, sin seguridad y entonces serás mía.

No te va a funcionar ninguno de tus trucos.

No busques ayuda.

Estás completamente sola.

Escuché el sonido del calzado de goma mientras chirriaba contra el suelo. Me escondí debajo de la mesa y envié un mensaje a Rud pidiéndole que fuese a la oficina lo antes posible. Miré por el hueco que dejaba la mesa y unas botas negras se pararon justamente frente a la puerta. Respiraba profundamente y emitía unos pitidos que no reconocía. ¿Provenía de su respiración o de la mía? Comenzó a acercarse a la mesa donde estaba escondida. Me tapé la boca para que mi respiración no me delatase. Los temblores se apoderaron de mi cuerpo y quise gritar. Quise salir corriendo de allí, pero estaba paralizada por el miedo.

No sé si fueron minutos o tal vez segundos, pero el ruido del ascensor provocó que aquellas botas saliesen corriendo de mi despacho, huyendo por la puerta de emergencia activando la alarma. Entonces comencé a respirar de nuevo. Alguien se acercó a mi despacho, pero no quise levantarme de allí. Podía ser una trampa.

—¿Mariola? —Se acercó y me encontró temblando debajo de la mesa—. ¿Qué pasa?

—Jonathan acaba de estar aquí. —Me levanté con ayuda de su mano.

—¿Seguro que ha sido él? —Le entregué mi móvil para mostrarle el mensaje—. No comprendo cómo lo hace —oímos el ascensor de nuevo y miramos los dos. Scott entró con Linda—. Ahora estás segura. Voy a ver si veo algo. —Salió corriendo del despacho.

—¿Qué le pasa a Rud? —Linda sospechó ante la huida.

—Se ha dejado algo en el coche. —Sonreí tratando de ocultar mi nerviosismo—. El tiburón estará a punto de llegar, dado su rigor para las citas —miré el reloj de mi ordenador antes de seguir hablando— en hora y algo.

—De eso quiero hablar, Mariola. Vamos un momento a mi despacho. —Linda me agarró del brazo y no dijo ni una sola palabra hasta que cerró la puerta—. Si hubiera sabido que era el padre de Alex, no habría aceptado la cuenta. Me enteré de lo que pasó ayer en el restaurante. Perdóname.

—¿Cómo te has enterado?

—Frank quiso avisarme de lo que estaba pasando. Si quieres le paso la cuenta a otra persona y...

—A ese me lo como con patatitas. Aunque más ayuda me vendría genial. Cuanto menos trate con él directamente, mejor. —Resoplé y me senté en una silla dando vueltas sin dejar de observar la salida de emergencia por la que Jonathan se había escapado. No quería asustar a Linda, así que no le dije lo que acababa de ocurrir.

—Hemos retrasado el tema de la jubilación. —Yo seguía dando vueltas en la silla—. Ha venido alguien a echarnos una mano con los proyectos de aquí a fin de año.

Linda paró mi silla y salí corriendo por la puerta al baño. Los nervios, el susto y las vueltecitas en la silla, me hicieron echar el desayuno, la cena y hasta la primera papilla. Aquello me recordó que tenía que llamar sin falta al hospital y saber el por qué de todas aquellas llamadas.

Fui hasta mi despacho a recoger el neceser y cuando salí me choqué con alguien grande y solté todo lo que llevaba en las manos pegándome a la pared. Se escuchó como todo salía rodando por el suelo.

—Es como si hubieras visto a un fantasma. —Will estaba delante de mí—. Sé que no querías volverme a ver ya que me rechazaste partiéndome el corazón en un millón de trocitos. —Se puso en plan telenovelerero total.

—De acuerdo Gustavo Alberto Reinaldo. —Me agaché a recoger mis cosas del suelo.

—Cuántas telenovelas habrás visto para saberte todos esos nombres. —Sonreímos los dos.

—¿Qué haces aquí? Lo de Scott ya estaba firmado y... ¿Has reulado? No me digas que sí, por favor.

—¿Me vas a dejar hablar? —Meneaba algo en la mano y cuando me fijé era un tampón.

—Perdón. —Levanté las manos.

—Me llamó Linda hace una semana. Está detrás de una gran, gran, gran cuenta. Si la consiguen... Se viene una buena a la empresa. Yo les he dicho que mi oferta sigue en pie y quiero mantener esta sede de Nueva York. Por eso quiere que trabajemos juntos lo que queda de año. Estaré en Nueva York estos meses para ver si seríamos o no compatibles para dirigir juntos esta compañía.

—Así que vas a estar aquí unos meses para ver si te quedas o no con la empresa. —Fruncí los labios y entrecerré los ojos tratando de saber si tenía que empezar a mover mi currículum por Nueva York—. ¿Te importa devolverme eso? —Señalé el tampón.

—Yo no lo necesito.

—No sabes del apuro que te saca si te dan un puñetazo en la nariz. —Afirmé sonriendo.

Will se marchó y cuando quise ir de nuevo al baño el tiburón apareció por el fondo del pasillo. Me metí de nuevo en mi despacho y esperé a que pasase. Se quedó mirando mi despacho, le vi entre la rendija de la puerta que dejé abierta. Parecía una colegiala huyendo del director por haber hecho algo mal. Me miré en un espejito del neceser, me retoqué el maquillaje y fui a la sala de reuniones. Cogí a Linda por el brazo en cuanto la vi, obligándola a entrar a escuchar al tiburón rechinar los afilados dientes.

Bla, bla, bla y más bla, bla, bla. Me estaba empezando a cansar tanto cambio de opinión y de escenografía. Ya no quería bailarinas. Solamente camareras con máscaras sirviendo la bebida y la comida. El desfile de moda y una actuación musical antes de su gran discurso. Cuando hizo un comentario del desfile carraspeé sin darme cuenta.

—¿Algún problema, Mariola? —Todos me miraron mientras tomaba notas.

—No. —Volví a carraspear—. Debí coger frío ayer.

—¿Te has enterado bien de todo? ¿O tienes algo en la cabeza que no te permite concentrarte con normalidad? —Me miró descaradamente la mano.

Will y Linda estaban atónitos con aquella forma tan autoritaria que tenía de hablarme.

—Damos por finalizada la reunión. Mariola, hablemos en privado. —Richard se acercó a mí.

Todos salieron de la sala y Linda me miró preocupada.

—Espero que acates todas y cada una de mis peticiones. No te lo voy a poner fácil, Mariola. Ya te dije que esta fiesta es muy importante para mí. Habrá gente de las altas esferas y como tú

dijiste, sabes cuáles son mis puntos débiles, pero yo también sé los tuyos. Mi hijo ya te habrá puesto en antecedentes, pero prefiero ser yo quien te lo diga. Todo lo que quiero lo consigo de una u otra manera. —Se acercó demasiado a mí, hasta incomodarme—. Si lo haces bien, tendrás tu recompensa. —Traté de apartarme unos centímetros, pero no me lo permitió—. Tal vez deberías aceptar esa gran oferta que rechazaste y alejarte de esta ciudad, de mi hijo y de todo lo que te rodea. Ya acabaste en la calle una vez y después tuviste trabajos que seguro que en esta empresa no conocen. —Me dejó sin respiración. ¿Cómo demonios tenía toda aquella información?—. Haz bien tu trabajo o todo aquello que has tratado de ocultarle a mi hijo verá la luz. Tal vez no hayas sido tan sincera con él. —Salió de la sala despidiéndose con una enorme sonrisa que vi reflejada en un espejo y temblé.

Linda volvió con Will a la sala en cuanto Richard desapareció de la oficina.

—¿Qué le pasa contigo? —Me miraron los dos.

—Pues después de descubrir que era la prometida de uno de sus hijos, de los que lleva años pasando completamente... —lo solté sin pensar.

—¿Prometida?

—Sí. —Le enseñé la mano.

—Enhorabuena, cariño. —Linda me abrazó y notó mi cuerpo temblando—. Deberías estar exultante y parece que vas al corredor de la muerte.

—Me voy a casar con el hombre más maravilloso del mundo, pero parece que nadie quiere que eso suceda. —Me senté en una silla con las manos en la cara de nuevo.

—A quien se ponga en medio le haremos un traje de cemento. —Linda sonó muy Corleone.

—Necesito salir a comer. —Tenía que salir un rato de allí.

—Hemos reservado en el David Burke. Hemos quedado con Michael allí. Tenemos que hablar de la nueva cuenta que en este momento espero que esté firmando. Si la conseguimos será la última cuenta que llevemos Michael y yo en la empresa. Hemos dado muchas vueltas a todo y en diciembre nos jubilamos, Mariola. Y hemos decidido que ya que no te querías ir a la otra punta del país, la empresa la gestionará Will, pero tú serás la directora de Nueva York.

—¿Cómo? —Me resbalé de la silla.

—No quería contártelo yo sola, pero es que no me podía aguantar.

—Yo no tengo ni idea de dirigir una empresa y menos una como esta. —Comencé a dar paseos por el despacho.

—Sí que eres capaz. —Will parecía empezar uno de sus discursos—. Ya te dije que llevaba un tiempo siguiendo el trabajo de la empresa, especialmente el tuyo. Me encanta cómo haces tu trabajo y después de haber hablado con todos tus clientes y conocer de primera mano sus impresiones, eres la persona indicada para ello. Solamente tenemos que saber qué tal funcionamos juntos. —Notó mi mirada en su cogote—. Ya sabes a lo que me refiero. —Se dio la vuelta y escuché un *e-mail* entrando en mi móvil.

—Este debe de ser el tiburón. —Abrí el *e-mail* y no me había equivocado—. Vamos a ver. El desfile es de ropa interior. Mañana a la mañana será la elección por su parte de las modelos. Mira algo que no tendré que hacer.

Estuve toda la mañana en mi despacho tratando de cuadrar los detalles para la fiesta. A cada cosa que tecleaba en el ordenador anotando el nombre de Richard, más sensaciones extrañas recorrían mi cuerpo. Estaba intentando conectar las palabras tan amables que me había dedicado mi suegro, como si fueran las piezas de un puzzle, pero no era capaz de encajarlas correctamente. Llamé a Alex, pero su secretaria me dijo que estaba en una reunión y no me podía pasar la llamada.

A la una, Linda pasó a recogerme por el despacho y Rud nos llevó a las dos al restaurante. Will había salido antes para hacer unas gestiones. Al llegar, el metre nos acompañó hasta unos sofás para que pudiéramos pedir algo de beber.

—¿Cuándo es el gran día? —Linda sonrió mientras le daba vueltas a su *Martini*.

—Tenemos que contárselo oficialmente a la familia.

—No sabes cómo me alegro. Desde el primer día que os vi juntos, lo supe. Esa forma tan especial que tiene de mirarte, tratarte, besarte con los ojos. —Puso su mano sobre la mía—. Cuando se encuentra un amor así no se debe dejar escapar. Por muchas piedras que aparezcan en el camino, por muchas personas que se pongan en contra... —suspiró—. No dejes que nadie destruya eso tan especial que tenéis los dos. Si hubiera hecho caso de lo que me dijeron a mí cuando conocí a Michael, no hubiéramos durado ni dos días juntos.

—Vosotros sois la pareja más perfecta que he conocido en mi vida. Ya sabes que siempre os adoraré y no quiero que os jubiléis. —Aproveché para atacar aquel tema que se quedó en el aire en el despacho—. Hablando de eso, yo...

—No voy a cambiar de idea por mucho que me lo pidas. Eres la persona a la que siempre le hemos confiado todo. Has sabido siempre cuándo la empresa ha ido bien y cuándo no, has sido la primera en arrimar el hombro, no cobrar las horas extras y desgañitarte por los trabajos. Eres perfecta para el puesto. Y no voy a permitir que me digas que no. Tu carrera empieza ahora, eso por lo que tanto has trabajado. —Cogió su copa y la alzó en el aire—. Por ti, preciosa.

Cuando estábamos brindando aparecieron Will y Michael sonriendo. Por las palabras del jefe, parecía que había conseguido la cuenta, pero cuando nos explicó qué cuenta era, casi me caí de culo al suelo.

—El desfile anual de *Victoria's Secret*. Este año se celebra en Nueva York y seremos los encargados de preparar la fiesta posterior.

Sería la última cuenta que llevaría la empresa en manos de Linda y Michael, así que iba a ser la fiesta del siglo. Teníamos la obligación de que ellos saliesen por la puerta grande.

Después de la comida, los jefes se marcharon y Will y yo aprovechamos para trazar el plan que llevaríamos con la fiesta de la empresa de Richard. Rud estuvo toda la tarde en otra mesa pendiente de su móvil hablando con alguien. Le miré varias veces y por su sonrisa supuse que hablaba con Aitana. No me di cuenta de la hora que era hasta que empezó a anochecer y mi teléfono empezó a sonar.

—Hola, cariño. —Me aparté de Will.

—Siento que antes no te pasasen la llamada. Estaba reunido con unos clientes muy pesados y no querían interrupciones. ¿Qué tal ha ido tu día?

—Emocionante, crispante, con un toque de pequeña pesadilla. —Resoplé fuertemente.

—Salgo ahora de recoger a Jason de béisbol. ¿Nos vemos en casa?

—Me encargo de llevar yo la cena. En un rato nos vemos allí. Tenemos que hablar.

—No me gusta cuando dices eso. ¿Va todo bien?

—No te preocupes. Te quiero.

—Te quiero, nena.

Colgué el teléfono y fui a la mesa. Me despedí de Will en la entrada del restaurante y Rud me acercó hasta *Benihana* para coger la cena. Cuando llegamos a casa, Jason estaba jugando en el salón y Alex estaba en su despacho.

—Mariola. —Jason vino a abrazarme.

—¿Qué tal estás? —Dejé las bolsas de comida en la isla y me senté con él en el sofá.

—Bien. Es que la abuela me contó ayer que por culpa de la tía discutiste con papá. Yo no quiero que discutáis. Si ha sido por mi culpa, lo siento.

—No, cariño. —Me senté con él y se puso en mi regazo, apoyando su cabeza en mi pecho—. No tienes la culpa de nada. Ya sabes que cuando te haces mayor haces muchas tonterías. —Le acaricié la cabeza mientras estaba apoyado en mí.

—Te quiero mucho, Mariola. —Me abrazó dándome besos por toda la cara.

—He olido la cena desde el despacho. —Alex se acercó al sofá—. ¿Es hora de la sesión de besos? Yo me apunto.

Alex se abalanzó sobre nosotros y se dedicó a darnos besos por toda la cara, revolviéndole el pelo a su hijo. Aquella forma de actuar me volvía loca. Hacía unos meses, el señor trajeado que conocí no hubiese sido capaz de hacer aquello, de actuar con tanta naturalidad y me encantaba que fuese así. Me deshice de los dos y escuché cómo Alex le decía a Jason que teníamos que contarle algo. Comenzaron a temblarme las manos. No me podía creer que se lo fuéramos a hacer.

—¿Qué es? —Jason fue en brazos de Alex hasta la cocina.

—Es el momento. —Me agarró de la mano.

—De acuerdo.

—Cariño, ¿recuerdas lo que me dijiste en la cabaña?

—¿El qué? —Jason nos miraba muy atento.

—Que querías que Mariola formase parte de nuestra vida siempre. Y que si la quería tanto, porque no le pedía que se casase conmigo.

—Ah, sí. —Sonrió—. Ya me acuerdo.

—Pues lo he hecho, cariño. Le he pedido a Mariola que se case conmigo. —Me miró y apretó mi mano—. Bueno, fue ella quien se me adelantó. Me pidió que me casase con ella y que los tres fuéramos una familia.

—¿Y qué le dijiste? —Jason apoyó sus manos en la cara.

—Sí.

—Sí. —Jason saltó a mi cuello—. Es lo que quería desde siempre, tener una mamá como Mariola. —Se dio cuenta de que su sinceridad me dejó atónita—. ¿He dicho algo malo?

—No, cariño. Lo que pasa es que no me había dado cuenta de que... tú necesitas...

—Mariola, no te preocupes por nada. —Alex me agarró de las manos tratando de calmarme—. Te has preocupado de él desde la fiesta de cumpleaños de Andrea. Has jugado el papel de madre sin darte cuenta desde que Andrea nació. Llevas haciéndolo mucho tiempo.

Las palabras de Jason me hicieron darme cuenta de que no solamente iba a casarme con su padre, también iba a formar parte de su vida. Crear nuevos recuerdos con Jason y hacerle saber que yo no le iba a abandonar como su madre.

Después de cenar y acostar a Jason era el momento de hablar con Alex. Empecé a contarle lo que su padre me había dicho en la reunión. Sus palabras fueron aún más duras que las de Richard, pero no me las dedicaba a mí, eran para él.

—No te preocupes por él, Alex. En cuatro días saldrá de nuestras vidas. —Me abrazó y acaricié su pelo.

—Espero que no se meta en nuestra vida, porque si no seré yo quien tenga con él unas palabras.

—Tengo algo más que contarte. Esta mañana al llegar a la oficina he recibido un mensaje de Jonathan y creo que ha estado allí. —Me aparté de ella y la agarré de la cara comprobando que no la había tocado.

—¿Le has visto?

—No sé si era él o mi imaginación me ha jugado una mala pasada, pero al recibir el mensaje en mi móvil... —Se encogió de hombros—. Tal vez aquel hombre con el que hablaste pueda ayudarnos. —Se apoyó en mí.

—Supongo que podríamos hablar él.

—Hay más. —Escondió su cara en mi pecho.

—¿Pero cuántas horas tiene tu día?

—Demasiadas. —Me miró entre su pelo—. Los jefes se jubilan. —Se separó de mí—. Y han decidido, sin consultarme, dejarme al mando de la delegación de Nueva York una vez hayan vendido la empresa a un comprador interesado. —Cerró los ojos.

—Eso es una gran noticia, nena. —La besé—. ¿O no?

—No sé si seré capaz, es una gran responsabilidad para mí y estoy aterrada.

—Es por lo que has luchado tanto. —Cerró de nuevo los ojos y ladeó varias veces la cabeza—. ¿Hay más?

—Will es el comprador y vamos a estar trabajando aquí hasta final de año para ver si somos compatibles. Si podemos trabajar bien juntos y si soy capaz de llevar la empresa a su lado.

—¿El que te quería en Los Ángeles? —Mi tono de voz pasó a ser algo extraño y supe que Mariola lo había notado.

—Solo es trabajo. —Se sentó a horcajadas encima de mí.

Succionó mi labio inferior con su boca, tirando levemente con sus dientes mientras se movía lentamente sobre de mí.

—Eres especialista en hacer que me olvide de las cosas, Mariola —agarré fuertemente su culo pegándola a mí—. Haciéndome desear arrancarte la ropa y recorrer con mi lengua todas tus preciosas curvas.

Empecé a besarla acariciando sus pechos por debajo de la camiseta, deseando arrancarle todo lo que llevaba puesto. Estábamos en nuestro mundo cuando oímos la voz de Jason justo detrás de nosotros y me levanté corriendo, haciendo que Mariola cayese al suelo.

—Papá, está venga a sonar un móvil que no me deja dormir. —Mariola se levantó de un brinco colocándose bien la camiseta.

—Será el mío. —Fue a la habitación y salió hablando con alguien—. Vamos a ver María, primero tienes que tener los papeles firmados por Mark. Si no, no puedes. Es completamente ilegal. Yo no le voy a llamar. Habla con un abogado y que le mande los papeles. No lo sé, María. —Me miró a mí—. Espera. Alex, ¿tu abogado podría quedar mañana con María? Tiene que preparar los papeles de la separación de la casa que compraron en Edimburgo y no sabe qué tiene que hacer.

—Mañana a las diez tengo yo una reunión con él. Dile que se pase por el hotel y le ayudará con todo.

—María, mañana a las diez en el hotel de Alex. Sí, ya sé que me adoras, pero la próxima vez deja un mensaje en el buzón de voz, son las doce y has despertado a Jason. Sí. Adiós, tata. —Colgó el teléfono y meneó la cabeza.

—Me voy a dormir. —Jason se fue a la habitación y Mariola le acompañó.

Recogí los papeles del salón y vi todo lo que estaba preparando Mariola para la puñetera fiesta de mi padre. Recordé lo que me había dicho y al día siguiente iba a aclarar con él muchas cosas. La primera de ellas, que no volviera a meterse en mi vida ni en la de Mariola o sería yo el que acabase con él. No iba a tolerar más amenazas.

Mariola se levantó como siempre demasiado temprano para trabajar. Se pasaba horas

delante del ordenador por las mañanas antes de que yo me despertase y por las noches mientras pensaba que yo estaba dormido. Desde que la conocía y se había quedado en casa, lo había comprobado. Se había ganado el ascenso, y por ello, daríamos una gran fiesta.

Cuando se marchó con Rud al trabajo y yo dejé a Jason en el colegio, me dirigí a las oficinas de mi padre. Hacía años que no las pisaba, pero sus amenazas no iban a quedar impunes.

—Soy Alex McArddle. Quiero ver a Richard.

—Le atenderá cuando termine la reunión. —Ni siquiera me miró.

—Me verá ahora mismo, señorita. Yo mismo anuncio mi llegada. —Atravesé el pasillo hasta la sala desde la que mi padre quería dominar el planeta y entré sin llamar—. Hola.

—Señor, he tratado de pararle pero no... —Su secretaria ni siquiera le miraba a los ojos.

—No te preocupes, Debbie. —Mi padre me miró desde su silla sonriendo—. Puedes volver al trabajo. ¿Un whisky, hijo? —Se levantó acercándose al bar que tenía allí montado.

—No he venido a sentarme contigo a tomarme algo y celebrar la victoria de nuestro equipo. Vengo a avisarte: no te metas con Mariola. Que no se te pase ni un segundo por la cabeza que está sola e indefensa. Como vuelvas a amenazarla, me encargaré de acabar contigo. No voy a dejar que le hagas a ella lo que nos hiciste a nosotros. —Apreté los puños contra mi cuerpo.

—Veo que te has convertido en alguien que lucha por lo que quiere. —Su sonrisa me hizo temblar—. Como yo.

—No, señor, no soy como tú. Ella se defiende sola. He venido a decirte que ceses las amenazas y los comentarios dañinos contra ella. Porque si a ella le pasa algo y me entero de que está relacionado contigo...

—¿Qué vas a hacer? Tú no eres nadie en esta gran ciudad. —Sonrió pegándose a mí—. No eres más que una parte de mi sombra.

—No soy nada tuyo. Me llevó años labrarme el reconocimiento que tengo. Me he desvinculado totalmente de ti y de tu alargada sombra, padre. Nunca seré como tú.

—¿Esa pequeña zorra merece tanto la pena como para arruinar toda tu vida?

Al oír aquella palabra, se me nubló el juicio y le pegué un puñetazo en la cara lo más fuerte que pude, tirándole al suelo y sentándome encima de él con el puño en alto, deseando seguir pegándole y haciéndole pagar todo el daño que había hecho a mi familia. Deseaba dejarle malherido. Le agarré de su caro traje y le acerqué a mí.

—No vuelvas a usar esa palabra con Mariola en tu vida o acabo contigo de todas las maneras posibles.

Me levanté estirándome el traje, salí de aquel edificio y me monté en el coche saliendo a toda velocidad de aquellas instalaciones. Conduje por las calles de Nueva York como un loco. Estuve a punto de perder el control cuando le di el puñetazo a mi padre. Se me pasaron por la cabeza todas sus palabras, sus desplantes y los malos momentos que nos obligó a vivir a los tres años atrás. Tras darle el puñetazo hubiese seguido golpeándole hasta dejarle inconsciente, pero pensé en todo lo que podría haber desencadenado aquel acto y paré, no por mí. Lo hice por mi madre, no quería que Richard pudiese atacarla de nuevo.

Llegué al despacho de Mariola, tenía que explicarle lo que acababa de suceder, porque sabía que mi padre no iba a dejar que aquello pasase sin más.

—Buenos días, Scott. ¿Mariola?

—Está en el archivo. Se le ha metido en la cabeza una idea y está buscando algo. Volverá enseguida, puedes esperarla aquí.

Scott se marchó y yo me quedé esperando impaciente a Mariola. Observé su despacho y

sonreí. Tenía una pizarra enorme llena de anotaciones, dibujos, pegatinas de colores y unos dibujos de un tiburón comiéndose una pierna. Negué con la cabeza sonriendo por aquellos detalles que me arrancaban una sonrisa hasta en un día de mierda. Me senté en su silla y encima de la mesa vi un pequeño enrejado del que colgaban fotos cogidas con pinzas de colores. Eran fotos de Mariola con sus amigas en España, otras con su hermana cuando eran pequeñas, con Mark en Edimburgo, otra con Jason en el partido de béisbol y una nuestra del día de la boda de los McNee en el hotel. Yo no había visto antes aquella foto. Estábamos los dos solos, Mariola tenía su mano sobre mi pecho, la mía descansaba en su cintura y los dos estábamos riéndonos abiertamente. Mariola tenía la cabeza echada hacia atrás y en mis ojos se podía ver lo que estaba sintiendo ya por ella.

Pasaron diez o quince minutos y aún no había vuelto, así que decidí ir a por ella al archivo. Estaba compuesto por un montón de pasillos que formaban un pequeño laberinto. Al fondo escuché la risa de Mariola, podría reconocerla entre un millón, pero también escuché otra voz.

—No llego bien.

—Apoya aquí el pie.

—No me dejes caer, por favor.

—Nunca.

Will estaba sujetándola por las piernas y Mariola intentaba coger una caja de la parte más alta de una de las estanterías mientras escalaba por las baldas. ¿No podía haber cogido una escalera? ¡Cómo le gustaba el riesgo! Carraspeé un par de veces y les pilló totalmente desprevenidos.

—Pensé que estábamos solos. —Mariola se giró para mirarme.

—¿No sabes que existe una cosa llamada escalera? —Ladeé la cabeza sin mirar a Will.

—Solo tengo que estirarme un poco más.

—Nos vemos luego, Mariola. —Will pasó por mi lado sin mirarme y se fue tarareando una canción.

—¿Qué haces aquí? —Mariola seguía escalando aquella estantería.

—Estaba esperándote en el despacho, pero al ver que tardabas tanto... —me pasé una mano por el pelo tratando de tranquilizarme.

—No te pongas celoso.

—No lo estoy. —Cerré momentáneamente los ojos.

—De acuerdo, no lo estás.

Puso una pierna a cada lado de aquellas estanterías, y al estirar el brazo para coger lo que estaba buscando, se le subió la falda. Ladeé la cabeza para ver mejor.

—Alex sujétame esto, por favor.

—Sí.

Tenía en la mano unas carpetas que quería que Alex sujetase, pero noté cómo sus manos se habían introducido por dentro de mi falda y estaban sobre mi culo.

—Eso no es lo que quería que sujetases.

—Me pillaba muy a mano y no pretenderás que teniendo las mejores vistas de la ciudad delante de mí, no aproveche.

Bajé de la estantería mientras sus manos seguían subiendo por mi cuerpo. Cuando puse los pies en el suelo, tenía la falda a la altura del codo.

—Sé lo que Will piensa cuando te mira de esa forma tan intensa. Es lo mismo que pensé yo cuando te vi vestida de Cindy Lauper.

—No es así, Alex. —Seguía notando sus manos sobre mi piel desnuda.

—Sé cómo piensan los hombres, somos muy básicos cuando tenemos delante a una mujer como tú. —Se acercó a mi boca.

—Alex, no todo el mundo que me mira piensa lo mismo que tú. Para muchos simplemente soy una morena más del montón, con un cuerpo tirando a pera. —Me aprisionó con su cuerpo contra una estantería.

—¿Una pera? —Esbozó una gran sonrisa y se pasó la lengua por los labios—. Pues me la voy a comer enterita.

Se apartó de mí unos centímetros y su cuerpo comenzó a bajar sobre el mío. Sentía su respiración cálida sobre mí y parecía capaz de atravesar la ropa. Sus dedos jugaron con la goma de mi ropa interior y comenzó a bajarla hasta sacarla por mis pies.

—¿Qué... —No era capaz de formular una frase con algo de sentido—. ¿Qué haces?

Se levantó con mis bragas en la mano sonriendo y me besó. Su lengua ansiosa buscaba la mía, mientras mis manos se pegaron a su cuerpo. Mi respiración acelerada le excitaba, lo estaba notando en mis piernas. Escuchamos cómo alguien introducía la clave electrónica en la puerta para entrar y Alex se apartó de mi boca.

—Tendrás que controlar los gemidos, Mariola. ¿No querrás que me pillen con tus bragas en la mano?

Tiré de ellas y las lancé lejos de nosotros para deshacerme de las pruebas en caso de que alguien nos pillase de aquella manera. Puse mi boca sobre la suya para que no se oyese nuestras respiraciones excitadas, pero no pude contenerme. Le mordisqueé el labio, después pasé suavemente mi lengua por su boca, bajando por su cuello, buscando con mis manos su cinturón, desabrochándolo sin dejar de besarle, metiendo mi mano dentro de sus bóxer. No iba a ser la única que iba a perder la cabeza allí dentro. Continué besándole para ocultar sus gemidos en mi boca. Tiré con mis dientes de su labio inferior y me separé unos centímetros de él, acercándome a su oído y susurrándole. Las voces se acercaron más aún y aquello nos estaba excitando mucho a los dos. Comencé a emitir unas risitas nerviosas y Alex me pidió que parase. En un par de segundos les tendríamos a nuestro lado y nos iban a pillar.

—¿En qué pasillo está? —La voz de Scott estaba a escasos metros de nosotros.

—Creo que en el veinte.

Alex y yo levantamos la vista para ver el número de nuestro pasillo y era el que Scott acababa de decir.

—Mariola, pensé que ya habías salido. —Scott nos miró fijamente desde el principio de aquel pasillo.

—No, Alex necesitaba unas muestras de las telas de la fiesta del *Roosevelt*. —Me situé delante de Alex y al levantar la vista vi mis bragas colgando de una de las baldas. Scott estaba a punto de verlas y salté por delante de él y las cogí—. ¿Esta es la tela que querías? —Arrugué las bragas en la mano y se las enseñé a Alex tratando de esconder una sonrisa.

—Sí, creo que es la tela que me vuelve loco. —Alex tiró de ellas y yo no las quería soltar.

—Yo creo que puedo conseguirla.

—Estaba buscando el archivo del Union Track, pero no lo encuentro.

—Es de hace muchos años. —Me di la vuelta para mandar a Scott fuera de allí lo antes posible—. Estará en el sótano.

—De acuerdo. Will está en tu despacho. Linda le ha dicho que puede trabajar desde allí.

—¿Tenemos los dossiers para la reunión de esta tarde? Necesitamos diez copias y catering. Seguro que Sasha los tiene listos. ¿Puedes asegurarte? Yo busco lo de Union Track y te lo llevo.

—Noté cómo Alex me bajaba la falda disimuladamente por detrás.

—De acuerdo, Mariola. —Scott salió del pasillo y antes de girar la esquina volvió a mirarme. Esperamos a volver a oír la puerta cerrándose.

—Yo me tengo que ir a trabajar y tú deberías hacer lo mismo, señor trajeado. —Le recoliqué la corbata y le besé

—Sí, porque no iba a dejarte salir de aquí en toda la mañana.

—Será mejor que nos comportemos como adultos, aunque sea por una vez. —Fui a coger las bragas de su mano, pero negó con la cabeza y salió del archivo.

Me costó mucho concentrarme el resto de la mañana, sobre todo cuando le vi alejarse por el pasillo con mis bragas metidas en el bolsillo superior de su americana, dándoles golpecitos y sonriéndome desde el ascensor.

Por fin llegó el día de la fiesta de aniversario del tiburón. Habían sido unos días completamente horribles. Cada vez que teníamos algo totalmente cerrado, el señor decidía que no le gustaba aunque hubiésemos seguido al pie de la letra todas sus peticiones. Al menos sus amenazas habían cesado. No había querido hablar directamente conmigo en aquellos días.

Estábamos en el Silk viendo la preparación del desfile de ropa interior femenina. ¿Qué mejor manera para celebrar el aniversario de una empresa que ver mujeres semidesnudas? Le observé fijamente durante unos minutos. Su sonrisa era oscura. Meneé la cabeza varias veces tratando de no desquiciarme con la forma que tenían de actuar las modelos con Richard y con sus comentarios. Su forma de hablar con las mujeres dejaba mucho que desear. ¿Siempre habría sido así? No comprendía cómo Susan había estado casada con aquel déspota, cómo podía haber aguantado sus comentarios despreciables y su forma de mirar a otras mujeres.

A la tarde, mientras me estaba preparando delante del espejo en mi antiguo piso, deseé no tener que acudir a la fiesta, solamente quería tirarme en el sofá, ver una película y comer palomitas.

—No quiero ir. —Estaba sentada en la cama hablando con Justin.

—Es tu trabajo. Piensa que en unas horas ese hombre saldrá de tu vida. —Justin escuchó mis lloriqueos unos minutos más—. Vamos.

Escuchamos unos nudillos en la puerta y nos quedamos los dos sorprendidos.

—¿Quién es? —Justin no se quería acercar a la puerta.

—Supongo que será Will. Alex no quiere ir a la fiesta por nada del mundo.

Justin salió de la habitación y miró por la mirilla mientras yo seguía decidiendo qué ponerme. Al volver pude ver su cara de sorpresa.

—Alex y Will están en la puerta.

—¿Si digo que estoy enferma colará? —Me tiré a la cama.

—No hagas eso que te destrozará el pelo.

Justin desapareció de la habitación para abrir la puerta y unos segundos después, Alex estaba en mi cuarto observándome.

—¿Puedo quedarme en casa?

—Cuando vuelvas a casa una película con palomitas de colores. —Se apoyó en la cama y me besó—. Vamos, nena. —Tiró de mi mano levantándose y me abrazó.

Salió de la habitación y me quedé unos segundos observando la puerta. Me encantaba que me conociese tan bien. El martes viajaba al final a la convención hotelera a la que tampoco tenía ganas de acudir y le iba a echar de menos.

Al salir preparada al salón, Alex me miró guiñándome un ojo.

—Estás preciosa. —Se acercó a mi oído—. No disfrutes demasiado sin mí. —Me besó en el lóbulo de la oreja haciendo que todo mi cuerpo temblase.

—Eso está hecho. —Le besé y recogí el bolso.

En la entrada del Silk había mucha prensa, demasiada para mi gusto. Ninguna fiesta había congregado a tantos *paparazzi* interesados por el anfitrión. Me quedé observando aquella lluvia de flashes desde el coche y me encogí unos segundos en el asiento. Sabía que me iban a lanzar preguntas en cuanto me viesen. ¿Podría hacerme invisible un par de segundos para esquivarles? Will me dio la mano tratando de darme ánimos y salió del coche para abrirme la puerta. Me dio la mano y no la soltó hasta que, cuando estábamos subiendo los últimos escalones, escuché a un periodista lanzando su bomba.

—Mariola, ya sabemos que Alex voló a España para tratar de explicarte todo lo que dijo en la entrevista. ¿Todo olvidado o la gran cuenta millonaria de Alex es la que te hace olvidar las cosas?

En aquel momento quise lanzarme como si fuera un jugador de rugby a por su cabeza, arrancársela y patearla bien lejos. Abrí la boca para contestar, pero mi cerebro reaccionó unos segundos antes de hacerlo. Solté la mano de Will y me acerqué sonriendo a los periodistas con paso firme.

—El amor es lo que tiene, hace que te olvides de las entrevistas y de la prensa sensacionalista. Sé que Alex suscita vuestro interés, pero como podéis comprobar —miré alrededor e hice un gesto con la cara antes de seguir hablando— él no está aquí. Hoy es la fiesta de aniversario de una empresa y estamos aquí para celebrarlo. Ya tendréis tiempo de seguir sacando noticias. Buenas noches.

Sonreí de nuevo mientras subía las escaleras que me separaban del interior, y en cuanto dejé de notar los flashes, respiré profundamente.

—¿Qué ha sido eso? —Will me miró atónito señalando la calle.

—¿El qué?

—Mi respuesta no hubiese sido tan diplomática.

—Lo que quieren es alguien que les conteste y puedan sacar más mierda. Parece que Kim Kardashian no genera demasiadas noticias últimamente y están buscando otra vida para remover.

—No quiero que te pongas nerviosa, pero acaba de llegar el tiburón.

Estábamos delante de la entrada y Richard apareció con Alison colgada de su brazo. No sabía qué era lo que aquellos dos se traían entre manos, pero no me gustaba aquella familiaridad y cercanía con la que se trataban. Las manos de Richard se perdían en la cintura de Alison y me pareció hasta ver cómo le tocaba el culo con algo de disimulo.

Traté de estar lo más alejada de ellos durante toda la noche ya que no quería que Richard o Alison tuvieran un motivo para lanzarse sobre mí. Frank se sentó a mi lado cerca de la barra y estuvimos hablando mientras el desfile de ropa interior se celebraba.

—Qué ganas tengo de acabar esta fiesta, Mariola. No sé cómo has sido capaz de trabajar con él y no acabar loca.

—Porque estos días no ha querido hablar conmigo. No sé si Alex le ha dicho algo o ha estado afilándose los dientes para darme el bocado mortal. —Pude ver que Frank miraba el desfile con una cara muy rara—. ¿Qué...

Al girarme comprobé lo que Frank estaba mirando. Alison apareció en el escenario para cerrar el desfile, enfundada en un minúsculo conjunto de novia.

—¿Por... ¿Por qué va vestida así? —Titubeaba mientras le pegaba pequeños golpes a Frank en el brazo y señalaba el escenario.

—Espero que sea por una casualidad y no por otra cosa. No me fío de ninguno de los dos.

Al cierre del desfile todos los invitados aplaudieron y Richard se subió al escenario. Dio unos pequeños toques en el micrófono para que todos le mirásemos.

—Muchísimas gracias por venir al aniversario de nuestra empresa. Sé que para muchos de vosotros soy un gran empresario, un amigo importante o simplemente un buen contacto. —Todo el mundo soltó una falsa carcajada—. Otros me ven como un tiburón sin escrúpulos... —Su mirada se posó en mí y me agarré al brazo de Frank disimuladamente—. Siempre he tenido éxito en los negocios y como todos sabéis puede que la familia no haya sido tan importante para mí durante estos años y me arrepiento mucho por ello.

—¿Qué demonios está haciendo? —Negué con la cabeza varias veces.

—No lo sé. —Frank estaba tan extrañado como yo.

—Tengo la gran suerte de que esta fiesta haya sido organizada por una persona muy importante para mi hijo Alex, su prometida y futura mujer, la preciosa Mariola Santamaría.

Me señaló con sus brazos abiertos y todos los invitados me miraron aplaudiendo.

—¿De qué coño va? ¿Qué hace anunciándolo a bombo y platillo?

—Vamos, Mariola, ya que vas a ser parte de la familia, ¿podrías regalarme tu primer baile como prometida?

Todos me miraban esperando que aceptase aquella invitación de mi supuesto suegro que me daba la bienvenida a una familia perfecta. Bajó del escenario y la gente empezó a apartarse mientras algunos le felicitaban y él se acercaba a mí sonriendo. Cuando estaba a un metro escaso me ofreció su mano y le hizo una señal al DJ. *The Way You Look Tonight* de Sinatra comenzó a sonar. Respiré varias veces, estiré el cuello y me saqué de la manga una de mis mejores y más falsas sonrisas. Tenía trescientos ojos clavados en mí y decidí que no era el momento de negarme. Estiré mi mano y Richard la agarró. Puso su mano en mi cintura tratando de pegarme a él y tuve que cerrar los ojos unos segundos para sobrellevar aquel momento. Me obligó a hacer un par de giros y escuché algún comentario de lo bonito que era aquello, de lo feliz que se le veía a Richard por nuestro compromiso.

—Te dije que todo lo que quería lo conseguía. Eres una muy buena publicidad para mí, preciosa. Quiero que todo el mundo vea esta parte de mí, la de padre abnegado y amante de sus hijos. Me ayudarás a que mi imagen sea mejor. —Lo susurró en mi oído y tuve que contenerme para no pegarle una bofetada por usarme en su propio beneficio—. Te lo avisé, Mariola o conmigo o contra mí.

—No sé qué te traes entre manos. —Le miré a los ojos y no pude ver en ellos ni un ápice de humanidad—. Pero no te voy a dejar formar parte de esto. Para mí nunca serás familia. —Me fijé en su mejilla y noté que la tenía hinchada y con corrector por encima.

—Toda la prensa irá detrás de vosotros ahora. Quiero recuperar a mi familia y será contigo o sin ti. —La música seguía sonando y Richard no pretendía soltarme—. Sé más de lo que imaginas sobre aquellas fiestas a las que acudías hace unos años.

—¿Perdón? —Aquella confesión me dejó helada.

—Me han llegado unas fotos con las que puedo acabar con la fabulosa relación que tienes con mi hijo.

—Alex ya conoce mi pasado. —Suspiré sabiendo que no tenía nada en mi contra.

—¿De verdad crees que si no tuviese en mi mano algo realmente bueno para mí te enseñaría mis cartas? Tal vez le contaste la verdad a medias.

Toda la sala comenzó a darme vueltas, la gente que hasta hacía unos segundos sonreía amablemente, se habían transformado en títeres con cicatrices en las caras y sonrisas alargadas con cortes. Se me empezó a nublar la vista, comenzó a faltarme el aire y todo se oscureció a mi alrededor. El pánico se apoderó de mí y mi cuerpo parecía que se iba a desvanecer en cualquier momento.

Había tenido una sensación muy extraña recorriéndome el cuerpo desde que Mariola salió del piso y no tenía nada que ver con que fuese del brazo de Will. Decidí acercarme a la fiesta para comprobar que mi padre había recibido el mensaje que le di en su despacho. Cuando entré en el Silk, vi a Mariola bailando con él. Mi padre le susurró algo a Mariola al oído, algo que no se esperaba y segundos después vi cómo se desmayaba sobre mi padre. Aparté con fuerza a todo el mundo hasta llegar donde estaban y se la arrebaté a mi padre de los brazos.

—Mariola. —Miré a mi padre con todo el odio que llevaba dentro—. Te dije que te alejases de ella.

—Habrá bebido algo que le ha sentado mal. —Se pasó los dedos por la boca y comprobé que estaba tratando de ocultar una sonrisa culpable.

Cogí a Mariola en brazos y la llevé hasta el reservado de la parte de arriba.

—¿Qué demonios ha pasado?

—No lo sé, Alex. Tu padre ha anunciado a bombo y platillo vuestro compromiso y la ha obligado a bailar con él.

El pecho de Mariola se elevó varias veces recuperando el aliento y se incorporó rápidamente diciendo cosas que no comprendía.

—Mariola, ¿estás bien? —Will se agachó a su lado.

—Sí, no te preocupes.

—Será mejor que os vayáis a casa. Yo me encargo del resto de la fiesta. No te preocupes por nada. —Se marchó con Frank dejándonos a solas.

—¿Podemos ir a casa?

—Claro que sí, nena.

—Quiero aprovechar antes de que te vayas el martes.

—De eso tenemos que hablar. —Cómo me fastidiaba tener que irme de la ciudad—. Han adelantado la reunión. Vuelo mañana por la noche a Hawái.

Salimos por la puerta trasera, pero nos encontramos con un montón de fotógrafos. Mi padre seguro que se había encargado de filtrar en la prensa nuestro compromiso y todos los periodistas comenzaron a hacernos fotos y preguntas. Me paralicé ante aquella situación, pero Mariola reaccionó rápidamente.

—Buenas noches.

Sonrió mientras nos alejamos de ellos y nos montamos en el coche que Rud tenía arrancado en la puerta. No soltó mi mano ni un segundo y les regaló la más bonita de sus sonrisas.

—¿Estás bien? —En cuanto nos sentamos en el coche, los dos respiramos tranquilos.

—Preparada para acurrucarme en el sofá, poner Desayuno con diamantes y dormir hasta mañana sin que nadie nos moleste.

—Eso está hecho, nena.

Domingo. Día para descansar, disfrutar, relajarse y perfecto para cagarse en todo cuando suena el teléfono a las ocho de la mañana. Aquella vez no era el mío, así que metí mi cabeza debajo de la almohada y con un brazo busqué por la cama, pero Alex no estaba a mi lado. Escuché su voz en la cocina y no parecía estar demasiado contento. Me puse encima lo primero que pillé y salir al salón le encontré dando vueltas hablando enérgicamente con alguien.

—Lo sé, lo sé. Este no era el plan. No lo queríamos hacer así. —Se dio la vuelta y al verme me señaló mi portátil—. Sí, mamá. Ya lo sé.

—¿Qué pasa? —Empezó a sonar mi teléfono. Miré la pantalla de mi ordenador y allí estábamos Alex y yo saliendo del Silk la noche anterior anunciando nuestro compromiso con un gran titular—. ¿Quién coño ha hecho esto?

Mi teléfono seguía sonando desesperado y al cogerlo vi llamadas perdidas de España, de mi hermana, de Frank y del hospital. Coño, el hospital. Era hora de devolver aquella llamada de la que no me había acordado ni una sola vez. Mientras Alex seguía hablando con su madre, preparé un par de cafés y esperé pacientemente a que el doctor Newman me atendiese.

—Menuda mierda. —Alex se apoyó en la isla y me hizo sonreír.

—Esa boca. —Negué con la cabeza sonriendo.

—Mariola.

—Hola, doctor. —Le hice un gesto a Alex con la mano para que esperase—. Sé que llevas detrás de mí días, pero el trabajo...

—Sí, me imagino el nivel de estrés al que estás sometida. Hemos detectado algunos parámetros raros en tu analítica de sangre y quería hacerte alguna prueba complementaria.

—¿Es grave?

—No, pero quiero descartar falta de hierro o problemas de tiroides. Mañana a las seis de la tarde te espero.

—De acuerdo, me paso sin falta.

—Que no se te olvide, Mariola. Y trata de parar un poco el ritmo que llevas.

—Sí, gracias. —Colgué el teléfono y Alex me estaba mirando fijamente.

—¿Grave? —se sentó a mi lado preocupado.

—Quiere hacerme más pruebas mañana a las seis, pero me preocupan más esas fotos. —Serví dos tazas de café.

—Tengo el viaje esta noche. Puedo intentar cambiar la salida para ir al médico contigo.

—No, no te preocupes, cariño. —Nos sentamos en el sofá y miré de reojo la pantalla del portátil.

—Vamos a tener a la prensa detrás de nosotros todo el día. —Se pasó la mano por el pelo.

—Se cansarán, alguien montará algún escándalo en una discoteca, alguna famosa saldrá sin bragas o algún jugador entrará en rehabilitación y tendrán portadas nuevas. No te preocupes.

—No quiero que entres en este juego. No es tu mundo. —Sonó como aquella maldita entrevista.

—Que te quede una cosita muy clara. —Le agarré de las mejillas obligándole a mirarme—. Tú eres parte de mi mundo y si eso conlleva tratar con la prensa, con tiburones y cuñadas porculeras... lo haré.

—Con otro hombre no tendrías que soportar que tu vida pasase a ser pública. —Cerró los ojos apenado.

—Con otro hombre no sonreiría de la misma manera, no le hubiese pedido que se casase conmigo y no desearía pasar el resto de mis días con él. —Me senté sobre sus rodillas y bajé un poco la cabeza buscando sus ojos—. Nunca querría a otro hombre como te quiero a ti. Tú eres lo que no buscaba y apareciste en mi vida para darme cuenta de que no había estado antes enamorada.

—¿Cómo he podido tener tanta suerte? —Sus dedos dibujaban círculos en mi espalda.

—Esa misma pregunta háztela dentro de unos años, a ver si sigues pensando lo mismo. —Me mordí el labio—. Cambia esa cara que hoy nos vamos a divertir. Vamos a ir al partido de Jason y después creo que tendremos que dar unas cuantas explicaciones, así que voy a tirar de mis contactos...

—¿Tus contactos? —Me miró entrecerrando los ojos y sonriendo.

—No serán tan internacionales como los tuyos, pero pueden prepararnos una comida improvisada en *Washington Square Park*. Vamos a disfrutar del día, a celebrarlo con nuestra familia y olvidarnos de todo lo que está por llegar. —Volvió a sonar de nuevo mi teléfono—. Llama a toda la familia y cítales a las dos en el parque.

Mi hermana me estaba tratando de bloquear el buzón de voz a base de mensajes amenazantes, pero decidimos que no les íbamos a contestar ninguna llamada. Queríamos contárselo en persona, así que mandamos un mensaje a todos pidiéndoles que estuviesen en el parque a las dos de la tarde.

Tres horas después fuimos a ver el partido de Jason. Dwayne se había encargado de llevarle para no tener que hablar con Susan antes de la comida. Queríamos mantener un poco en vilo a la familia. Sí, sabía que mi hermana me iba a querer estrangular hasta que me pusiese azul.

—Corre Jason, correeeeeee. —Estaba gritando como una loca mientras Jason corría para hacer un *home run*^[45].

—Sí, hijo, sigue.

Alex y yo estábamos saltando mientras el resto de los padres y madres se habían congregado a nuestro alrededor. Estuvieron cuchicheando desde que llegamos. Supuse que todos habían leído algo en las revistas y estaban más pendientes de nosotros que del partido.

—Voy a por un par de perritos al puesto de ahí detrás. ¿Queréis? —Rud y Alex afirmaron con la cabeza mientras seguían atentos a los niños. Me acerqué al puesto sin quitar ojo al partido—. Tres perritos con todo y tres coca-colas.

—Ahora mismo, señorita. —Empecé a escuchar detrás de mí a un par de madres hablando sin darse cuenta de que yo estaba allí.

—Muy fuerte. —Una de ellas alzó la voz.

—Lo he visto esta mañana en TMZ. Se van a casar. Sí que le ha pillado bien. La verdad es que hace tiempo que la vi con Alex en el colegio. Jason le dijo a mi hija que era su mejor amiga y que un día le gustaría que fuera su madre.

—Aquí tiene, señorita.

—Gracias, quédese con el cambio. —Recogí la bandeja y me bajé las gafas de sol—. Cómo corren las noticias en esta ciudad.

Me alejé de ellas sin decir mucho más.

Después del partido nos quedamos con el resto de los padres que habían preparado un pequeño brunch. Conocía a un par de ellos por haber coincidido en alguna reunión del colegio.

Mariola hablaba con una madre.

—Es increíble todo lo que han conseguido los niños este año.

—Están haciendo una gran temporada. —Contesté sin apartar la mirada de Mariola.

—Ya nos hemos enterado. Enhorabuena. —Ambos padres me estrecharon la mano.

—Gracias. No era la forma en que queríamos que nuestras familias se enterasen, pero bueno, ya sabemos cómo funciona la prensa.

—Si necesitas un abogado para el contrato prenupcial ya sabes dónde está mi despacho. — Le miré extrañado—. ¿Habrás pensado en ello? Por mucho que digan que nos quieren. —Le dio un trago a la cerveza que tenía en la mano—. A mí me pasó con mis dos ex anteriores y aprendí. Tú tienes mucho dinero y ella es una organizadora de eventos en una empresa que está en venta.

—No está en venta y... —Carraspeé y negué con la cabeza sonriendo—. Siento mucho que tus ex fuesen detrás de tu dinero, pero eso no es solo culpa de ellas. Es que no sabes elegir a tus parejas. —Me sentí mucho más Santamaría que McArddle con aquella respuesta.

—¿Nos vamos, Alex? Voy a atarte a la cama y a matarte a polvos para sacarte todo tu dinero. —Mariola había escuchado todo.

Al llegar al parque y ver todo lo que allí se había montado para nosotros, no me podía creer lo que los contactos de Mariola habían organizado.

—A mí también me deben favores.

Habían preparado un pequeño picnic en una parte más reservada del parque. En el suelo había un par de mantas, cojines y unas cajas de madera con flores. Unos chicos estaban dejando unas cestas en las que supuse que habría comida.

—Dejamos las neveras y nos vamos.

—Muchísimas gracias.

—De nada, Mariola. A tu servicio. —Se marcharon después de dejar los últimos detalles.

—No sé cuáles son tus contactos —aproveché para abrazarla por la cintura y pegarme a su cuello—, pero me encanta todo lo que haces por nosotros y por hacer que este momento sea especial.

Los primeros en llegar fueron mi hermano y María. Mariola tranquilizó a su hermana y le dijo que en cuanto llegasen todos les pondríamos al día con las novedades, pero María atacó a Mariola tirándola en la manta y empezando un ataque brutal de cosquillas. Tras deshacerse de ella, noté a Mariola nerviosa mirando el móvil y tocándose el estómago. El resto llegó poco a poco y la última en llegar fue mi madre. Todos se sentaron en el suelo y nos miraron a los dos.

—Sé que habéis visto en internet lo que os queremos contar. Esta no era la forma en la que queríamos hacerlo. —Mariola me agarró de la mano.

—Vamos a casarnos y queremos compartir nuestra felicidad con vosotros. —Apreté fuertemente la mano de Mariola mientras todos nos observaban.

Reaccionaron como si no lo supieran, como si lo que habían leído en la prensa no fuese verdad. Justin, María y Sonia se tiraron encima de Mariola aplastándola contra el suelo, gritando cosas mientras formaban una maraña de brazos, manos, piernas y besos sonoros. Frank y mi hermano me dieron la enhorabuena mucho más tranquilos. Mi madre nos miraba desde la distancia sonriendo, pero con un gesto de tristeza dibujada en su rostro.

—¿Estás bien, mamá? —Me senté a su lado.

—Soy feliz por vosotros, muy feliz de que os encontraseis aquel día, pero tengo miedo de que alguien quiera entrometerse entre vosotros y que os intenten destrozar. Tu padre ha sido el encargado de hacer que esto no sea tan especial para vosotros.

—Nadie podrá conseguir que no nos alegremos del paso que vamos a dar.

—¿Le has avisado a Mariola de lo que es capaz?

—Después de las palabras que cruzamos el otro día en su despacho, creo que le quedó muy claro todo.

—Me ha llamado esta mañana, pero no le he cogido. No quiero saber nada de él. Quiero que salga de mi vida de una vez por todas. —Suspiró profundamente—. El divorcio será ya definitivo. Hace mucho que él está haciendo otra vida alejado de mí y he sido tonta pensando que cambiaría, que dejaría de ser ese hombre rastrero en el que se ha convertido. —Le temblaban las manos.

—Siento no haber podido hacerlo de la forma que a ti te hubiera gustado, pero todo ha sido una sucesión de acontecimientos que se nos han escapado de las manos. —Quise cambiar de tema porque sabía que cuando hablaba de la relación con Richard, siempre acababa llorando.

—No pasa nada, hijo. —Me agarró de las manos y miramos al resto—. Viendo lo que veo ahora mismo en ella, en tu hermano y en María, esa felicidad desbordante... Con eso soy feliz. Solamente quiero que mis hijos vivan de verdad. —Me besó en la mejilla.

—Enhorabuena, Vivian. —Frank se sentó a nuestro lado—. Se casan tus dos hijos con dos mujeres fantásticas. —Le besó en la mejilla.

—¿Y tú cuando te vas a animar?

—¿Cómo? —Frank se puso nervioso ante la pregunta de mi madre.

—Me haría muy feliz que Sonia formase parte también de nuestra familia. Eres un hijo para mí también.

—Lo sé, Vivian, pero quiero que todo vaya bien entre nosotros antes de dar el gran paso.

—¿Frank el terror de las nenas, casado? El día que lo vea me lo creeré.

—Cómo me alegro de que se acabase la época de mujeres equivocadas. Me gusta la sensación que me provoca despertarme con ella y que me regale una de sus preciosas sonrisas nada más abrir los ojos. —Miramos a Sonia y Mariola que estaban hablando y mirando el anillo.

—Si me dices hace un par de años que hoy estaríamos aquí hablando así...

—Hubiésemos pedido otra botella para olvidarlo todo. —Nos abrazamos los dos.

—Enhorabuena, Alex. Seréis muy felices los tres.

—Es el principio de una gran aventura.

Mientras mi hermana observaba el anillo, su cabeza estaba trabajando a mil por hora tratando de encajar todas las piezas. Lo sabía, porque tenía la cara de no que no le cuadraban las cosas.

—Hermanita, ¿por qué me lo has ocultado? —Al mirarme cerré los ojos un instante—. Fue en España. Cuando Brian me sorprendió en la cafetería vosotros ya... —Agitó mis manos en el aire.

—Era vuestro momento y quería que lo disfrutases.

—Pero no es justo, tata. —Me abrazó.

—Yo me encargo de la despedida de soltera. ¿Las Vegas? ¿New Jersey? ¿Londres? —Justin estaba ya haciendo planes.

—No quiero ni policías que se me despeloten ni purpurina que dura un año en el cuerpo ni tener que esquivar pollas que van a la cara. —Le señalé con el dedo—. No quiero acabar en un pueblo perdido de la mano de Dios como en la despedida de Archie. Nos costó más de tres días volver a casa. —Aquel recuerdo provocó la risa de los dos.

—Fue divertido cuando despertamos en la parte de atrás de una camioneta. —Mike también lo recordó con una gran sonrisa y me di cuenta de que él despertó al lado de Justin.

Disfrutamos un par de horas de la comida, la bebida, pero sobre todo de la compañía, pero no pudimos quedarnos mucho más después de comer. Alex tenía que hacer la maleta para coger el avión a las diez de la noche. Se iba con Dwayne, así que Jason, Rud y yo nos quedábamos solos en casa. Alex se empeñó en que me quedase en su casa con Jason y que Rud durmiese en la habitación de invitados. Quería que estuviéramos protegidos veinticuatro horas al día.

La despedida en casa fue triste. No hacía ni unas horas que anunciábamos oficialmente nuestro compromiso y él ya tenía que viajar aquella misma noche.

—No me eches demasiado de menos, nena. —Me besó como mil veces antes de irse de casa.

—Va a ser imposible.

—Prometo volver lo antes posible. —Me abrazó fuertemente, no parecía querer soltarme—. Te quiero.

—Y yo a ti, cariño.

Recibí un mensaje de Alex al día siguiente avisándome de que ya había llegado al hotel y no sabía si tenía que comer, dormir o reunirse con sus compañeros. Me envió una fotografía poniendo morritos, que supuse que era un beso. Yo aproveché a mandarle una foto recién salida de la ducha. Sabía que le iba a hacer sonreír cuando la viese.

La prensa no se había vuelto a hacer eco de nuestro compromiso y no tuve noticias ni de Jonathan ni de mi querido suegro en los días siguientes. Recé por seguir así un largo tiempo. Bueno, recé por que los dos se hubiesen caído por un agujero negro y se hubiesen quemado en el infierno.

Rud se encargaba todas las tardes de recoger a Jason en el colegio, venían a por mí al trabajo y nos íbamos a casa juntos. Cenábamos y después llamábamos a través de *Skype* a Alex para que Jason le pudiese contar todo lo que había hecho durante el día. Le contaba todo con pelos y señales, desde lo que había desayunado, pasando por lo que comía en el colegio, hasta cotillearle que le había robado el despacho y llenado de colores las paredes.

—Te quiero, papá. A ver si vuelves pronto que te echamos mucho de menos, aunque es divertido estar a solas con Mariola. —Le lanzó un beso y salió corriendo al baño.

—¿Me esperas un poco, cariño? Acuesto a Jason y te vuelvo a llamar si no estás ocupado.

—Para ti, nunca.

Después de contarle un cuento, Jason se quedó dormido. Rud se fue a su habitación y salí a la terraza con un té. Marqué el número de Alex, pero *Skype* no conectaba, así que decidí llamarle por teléfono y nada más descolgar decidí jugar un poco.

—Hola, nene. No sabes la envidia que me ha dado que ese baño haya visto todo tu cuerpo desnudo por el que pasaría mis manos, mi lengua... —ronroneé.

—¿Perdón? —La voz de una mujer sonó al otro lado de la línea.

—Joder, creo que me he equivocado

—No. —Escuché su risa—. Alex, es para ti.

—Hola, nena. ¿Qué has dicho para que Lou esté tan acalorada?

—Para una vez que me propongo hacer el guarro por teléfono, me coge alguien que no eres tú. Joder. —Me tapé la cara con un cojín.

—¿El guarro? —Empezó a reírse y escuché el sonido de una puerta cerrándose.

—Ya estoy solo. ¿Qué es lo que has dicho?

—Ya se ha pasado el momento teléfono erótico.

—¿Qué has dicho? —Espero unos segundos, pero no encontró la respuesta que esperaba.

—¿Qué tal la isla?

—Creo que está bien. No hemos salido del hotel en ningún momento. Estamos todo el día con reuniones, charlas y comidas de negocios. —Un suspiro atravesó la línea de teléfono—. Te echo de menos.

—Yo también, pero piensa que es miércoles y queda menos para que vuelvas.

—Sí... bueno...

—Eso suena a que se alarga tu estancia en Hawái.

—El sábado han preparado una fiesta de despedida. Hasta el lunes por la mañana no volvemos a Nueva York. —Pensé en lo que había preparado para el fin de semana y me dio mucha pena no poder disfrutarlo. Así que me tocaba anularlo.

—Lo bueno se hace esperar, ¿no? Lo nuestro se hizo esperar muchísimo. Así que seguiremos ese juego tuyo de las fotos.

—Nena, ojalá estuvieses aquí. La playa, la luna, las estrellas... Es casi perfecto. No tienes ni idea de lo que haría contigo aquí. ¿Qué llevas puesto?

—Solo llevo unas pequeñas bragas de encaje.

—¿Estás en mi terraza en bragas? Dios, me vas a dejar sin vecinos. Morirán de un ataque al corazón.

—¿No jugábamos de nuevo al teléfono erótico? Si te digo que llevo un vestido con manchurrónes de tomate, porque tu hijo a decidido comer espaguetis a sorbos, pierdo todo mi sexapil.

—Entonces unas diminutas bragas negras.

Estuvimos un buen rato jugando por teléfono y fue bastante divertido disfrutar de un momento como aquel. El sexo telefónico estaba bien, pero prefería el cuerpo a cuerpo.

Antes de meterme en la cama fui a la habitación de Jason. Estaba cruzado en la cama con el cuento colgando de su mano y emitiendo pequeños ronquidos. Antes de apagarle la luz le di un beso en la frente. Me encantaba pasar tiempo con él, pero aún no me había acostumbrado a encontrármelo despierto a las seis de la mañana a dos centímetros de mi cara observándome como si quisiera arrancarme algún órgano vital.

Aquel viernes Jason no tenía clase, así que después de desayunar nos pasamos por la oficina para recoger unas cosas que tenía pendientes y después recogeríamos a Andrea para irnos todos a la playa. Le dejé con Rud en mi despacho y fui a hablar con Linda.

—Yo me pongo con ello y lo acabo para el lunes.

—¿Vas a tener tiempo con la vuelta de Alex?

—Hasta el lunes no vuelve. —Hice una pedorreta.

—¿Y lo que habías preparado para el fin de semana?

—Lo posponemos. Se me había pasado por la cabeza coger un vuelo e irnos allí a darle una sorpresa, pero Jason tiene partido el fin de semana.

—Tenéis toda la vida para disfrutar. —Sonó el teléfono de Linda y pude ver en su cara que algo no iba bien—. ¿Cómo? Ahora mismo vamos las dos.

—¿Qué pasa?

—Richard está aquí.

En lo primero que pensé fue que no viera a Jason. No quería que lo viera por nada del mundo, así que salí corriendo, arrollando a todo el que me encontraba en el pasillo. Pero al llegar a mi despacho vi la puerta abierta y al tiburón mirando a Jason fijamente.

—Hola, pequeño.

—Hola. —Jason dejó de dibujar y le miró.

—¿Qué haces aquí?

—Hola, Mariola. —Se dio la vuelta y la sonrisa que me hacía temblar volvió—. ¿Qué tal te encuentras? No pude verte después de la fiesta.

—¿Qué haces aquí? —Me crucé de brazos y Rud al ver mi reacción se situó al lado de Jason.

—¿Así tratas a tu suegro?

—No eres nada mío, no te pongas esa medallita, Richard. —Me acerqué a Jason sonriendo—. ¿Nos vamos, cariño?

—¿Y quién es este niño? —Se acercó a él y Jason le miró extrañado.

—Soy Jason McArddle. —Se escondió detrás de mí.

—Jason McArddle. —Le miró muy extrañado mientras se llevaba la mano a la boca, acariciándosela de una manera bastante siniestra—. Mi nieto.

Boom. La onda expansiva se debió de oír hasta en Brooklyn. Jason me dio la mano y tiró de mí para que bajase a su altura.

—¿Es mi abuelo?

—No, cariño. La familia no siempre es la que te da la vida, no es quien lleva tu sangre. La familia es quien te da el cariño que te mereces y puede aparecer en tu vida cuando menos te lo esperas. Así que no, no es tu abuelo ni parte de tu familia. —Le besé.

—Tu apareciste un día para no marcharte. —Me lo susurró mientras me acariciaba la cara.

—¿Qué te parece si vas con Rud a la cafetería de enfrente y pedís unos batidos? Luego ya nos vamos a por Andrea.

—Sí.

Sonreí mientras Rud y Jason salían del despacho.

—Ya no eres cliente de mi empresa así que te diré esto una sola vez. —Me aclaré la garganta para decirlo lo más alto y claro posible—. No te acerques a Jason. No eres su abuelo, nunca lo has sido y nunca lo serás. Te quisiste deshacer de él antes de nacer. Le rechazaste sin conocerle. Así que ahora no me vengas de abuelo digno ni nada por el estilo. No te acerques a él o te las tendrás que ver conmigo. No es una advertencia, señor: es una amenaza en toda regla.

No le permití hablar y me fui dejándole en mi despacho. Sabía que aquella salida de tono iba a acarrear consecuencias, pero no iba a permitir que se acercase al niño.

Cuando fuimos a recoger a Andrea, Frank y Sonia estaban en el piso.

—Pensaba que hoy estarías trabajando.

—He decidido tomarme el día libre. —Sonia estaba sonriendo mientras miraba a Frank.

—Me encanta que lo hagas.

—¿Ya no vamos a la playa? —Andrea tenía preparada una bolsa con toallas y juguetes que era más grande que ella—. Porque me he pasado media mañana eligiendo qué juguetes llevar. —Andrea tenía las manos en la cintura y nos miraba como si fuese una señora de setenta años a la que nos negábamos a llevar al bingo.

—¿Qué os parece si vamos a Staten Island, visitamos el zoo y volvemos en el ferry?

Los niños disfrutaron como locos en el zoo y nosotros pudimos alejarnos por unas horas del bullicio de la ciudad. A la vuelta, cuando cogimos de nuevo el ferry de Staten Island, Frank trató de pagar los billetes de todos y se sorprendió de que aquello fuese gratuito.

—Cómo se nota que no has sido pobre. —Sonia se divertía con aquel tipo de situaciones.

Frank miró a Sonia con los ojos entrecerrados.

—No sabían lo que era disfrutar de verdad hasta que nos conocieron. —Choqué la mano en el aire con Sonia.

—Estoy en minoría. Eso no vale. —Se cruzó de brazos y nos hizo sonreír.

—Pero qué mono te pones.

Sonia besó a Frank y salió corriendo para subir a la parte de arriba del ferry y disfrutar de las vistas.

—Realmente no sabía lo que era amar hasta que la conocí. —Frank me guiñó un ojo y corrió para alcanzar a Sonia en las escaleras.

Los niños ya estaban con Rud al lado de Frank y Sonia cuando subí a la última cubierta. Estaba atardeciendo y la ciudad estaba impresionante. Observé a Sonia y a Frank durante unos segundos. Ella estaba apoyada en la barandilla observando las vistas y él la estaba observando a ella.

—¿Todo listo para la vuelta de Alex? —Frank me pilló mirándolos fijamente.

—Vuelve el lunes.

—¿Y el paseo que tenías preparado en helicóptero para los tres? —Sonia me miró negando con la cabeza.

—Disfrutadlo vosotros. —Saqué del bolso la factura y se la entregué a Sonia.

—No. Era para vosotros.

—Se me había pasado por la cabeza ir a Hawái para darle una sorpresa, pero Jason tiene partido y no quiero dejarle solo.

—Déjale con nosotros. —Frank nos miró a las dos—. Si apareces allí, Alex se volverá loco.

—Es una locura. Tendría que coger el vuelo de madrugada y llegaría allí a la noche y...

—Mariola, eres experta en hacer locuras. Y desde que estás con Alex, más aún. —Sonia me agarró de las manos mientras Frank trasteaba con su teléfono.

—Mira, tienes un vuelo que sale a las doce de la noche con destino Los Ángeles y llegas a Honolulu a las nueve hora local. A las diez cogerías un vuelo a Kailua que es donde está su hotel. Ya tienes la reserva hecha a tu nombre.

—He dicho que me lo había planteado, no que fuese a ir. Ni siquiera sé dónde tengo el pasaporte.

En cuanto pusimos el pie en tierra, todos corrimos para coger un par de taxis para ir a casa de Alex. Éramos los perfectos protagonistas de una película muda en blanco y negro. Al entrar en el piso, Sonia se fue a la habitación para prepararme la maleta, Jason buscó mi pasaporte en el despacho de Alex, en el cajón en que se guardaban las cosas importantes según él. Frank hablaba con la empresa que se encargaría de llevarme en coche hasta el hotel de Alex y Andrea me preparó un sándwich de tres pisos para el viaje. Según ella eran un montón de horas y me iba a morir de hambre. Pensaba que me iba a la guerra.

Terminamos la reunión y llamé a Frank. Le conté mi idea de darle una sorpresa a Mariola y a Jason volviendo a Nueva York antes de lo previsto, me convenció de que no podía hacerlo, que aquella cena era muy importante para el hotel. Llamé a Mariola, pero su móvil estaba apagado. Cuando llamé a Jason me dijo que Mariola no se encontraba bien y que se había metido en la cama. Me extrañó cuando me pasó con mi madre.

—Vivian, ¿qué le pasa a Mariola?

—Nada, cariño. Lleva toda la semana trabajando mucho y ya sabes cómo está su estómago. Se ha metido en la cama y yo he venido a pasar la noche con los dos. Ya sabes lo que me gusta estar con tu hijo.

—Gracias, mamá. Mañana llamó a Mariola cuando me levante.

Colgué el teléfono y empecé a preocuparme. Mariola no me contó nada de los análisis que le hicieron en el hospital. Supuse que era para no preocuparme y quería esperar los resultados. Después de la cena ni siquiera me quedé al espectáculo. Me despedí de todos y me fui a mi habitación. Necesitaba descansar.

En cuanto embarqué en el avión, y vi el asiento en el que iba a pasar las siguientes cinco mil horas, di gracias por que Frank se hubiese encargado de cogérmelo en primera clase. Después de no sé cuántas horas, la azafata me avisó de que aterrizábamos en Honolulu en menos de media hora. Bajé del avión y entré en una de las salas de espera para coger el enlace a Kailua. Encendí el móvil y vi que tenía varias llamadas perdidas de Alex. Le llamé para que no sospechase nada.

—¿Qué tal estás? Me dijo Jason que no te encontrabas bien.

—Comí demasiado picante en el indio.

—*Vuelo procedente de Maui retrasado.* —Tan oportuno el altavoz.

—He venido al aeropuerto. —Me adelanté a su pregunta sobre lo que acaba de escuchar—. Viene un cliente y me ha tocado venir a recogerle. Mucho ascenso, pero sigo pringando. ¿Qué tal las reuniones?

—Aburridas y con muchas ganas de volver a casa.

—No sabes las ganas que tengo.

—Estoy en la terraza desayunando ahora mismo y te encantaría todo esto.

—Cuéntame cómo es. —Me acerqué a la puerta de embarque y los pasajeros ya estaban entrando.

—Una terraza preciosa, con piscina y jacuzzi. Tengo unas vistas increíbles a una pequeña cala privada en la que podríamos disfrutar mucho.

—Tengo que dejarte que llega mi cliente. Luego te llamo. Espero que tengas un gran día, cariño. Te quiero.

—Adiós, nena.

Cuando llegué a Kailua-Kona un coche me esperaba en la puerta. Frank se había encargado de todo. Estaba ansiosa por ver a Alex, ver qué cara ponía cuando me viese. Me encargué de hablar con su ayudante y me comentó que entraban a la última reunión y que duraría unas dos horas. Así que tenía el tiempo suficiente para descansar algo y para preparar la sorpresa.

La última reunión estaba siendo la más pesada. Números, números y más números. Lo único que quería hacer era salir de allí y disfrutar un poco de la playa. Aprovechar para llamar a Mike y ver si el sabía algo de la analítica de Mariola.

—*Entonces esta noche a las ocho nos vemos en el restaurante. Tenemos la cena de despedida y un espectáculo increíble. Un montón de bailarinas preciosas.* —Luka me miró y le negué con la cabeza.

—*Nos vamos a pillar las motos de agua y vamos a alguna cala. ¿Te apuntas, Alex?*

—*Me voy a descansar un poco. Esta noche no he dormido bien. Además tengo que hacer un par de llamadas.*

Me despedí de todos y fui hasta la habitación dando un paseo por las instalaciones. Aquello era precioso. Ojalá Mariola estuviese allí. Cuando llegué a la habitación, encontré orquídeas por el suelo haciendo un camino hasta la terraza. Supuse que la chica de la limpieza pensó que al ser fin de semana, estaría con mi pareja ya que las mujeres del resto del grupo habían llegado aquel mismo día. Sonreí al seguir el camino de flores hasta la terraza, pero me di cuenta de que seguía hasta la playa. Dejé la americana en una de las hamacas y continué el

reguero de orquídeas. Visualicé aquel horizonte tan azul, tan perfecto: era el paraíso hecho realidad.

Bajé las escaleras que daban a la pequeña cala privada y al mirar a la derecha cerré los ojos pensando que era un espejismo, pero al volver a abrirlos, seguía allí. Era real. Paseé mis ojos por sus piernas, subiendo por su cintura y llegando hasta la maravillosa sonrisa que me estaba brindando. Se estaba mordiendo el labio esperando mi respuesta.

—Hola, cariño. —Se acercó lentamente a mí.

—¿Hola, cariño? Se supone que estabas en Nueva York esperando a un cliente en el aeropuerto y te encuentro aquí.

—Si Mahoma no va a la montaña... —Pasó sus manos por mi cuello y se quedó a escasos centímetros de mi boca—. La montaña va a Mahoma.

—Bienvenida sea la montaña.

La agarré de la cintura y pose mis labios en los suyos. Cinco días sin verla que me habían parecido una eternidad.

—¿Qué haces aquí? —Me separé de ella acariciándole la cara como si fuese a desaparecer.

—Tenía preparado algo para este fin de semana, pero como no has podido volver a la ciudad, bueno... Comenté que se me había pasado por la cabeza venir y Frank me echó de Nueva York a patadas.

—Desde que está enamorado parece el de las flechitas.

—¿Dijiste que esta playa era privada no? Pero privada en plan del hotel o privada de la villa. —Se pasó la lengua por los labios.

—¿Ves aquellas boyas naranjas del fondo? —Entrecerramos los dos los ojos—. Es el límite para cualquier barco, moto de agua o bañista. Hasta allí es privado.

—Entonces —se separó de mí y se llevó sus manos al cuello mientras hablaba—, si decido darme un baño desnuda—soltó la parte de arriba del bikini—, no habrá nadie que me moleste, ¿no? —Se quitó la parte de arriba del bikini y se tapó con un brazo.

—No. —Me pasé la mano por los labios.

—Entonces voy a darme un baño relajante. —Comenzó a meterse en el agua de espaldas a mí y fue introduciendo su cuerpo al agua, mientras tiraba de los laterales de la parte inferior de su bikini, deshaciéndose de él y tirándolo a la arena—. Ya disfrutar de las vistas.

Estaba provocándome. Me deshice de mi ropa y comencé a entrar en el agua. Ella estaba de espaldas al horizonte esperándome cubierta por el agua, con una preciosa sonrisa en la boca, pasándose la lengua por los labios. Me sumergí en el agua para llegar a su lado.

—Gracias por venir.

—Siempre había querido venir a Hawái, aunque sea una visita relámpago. Siempre que esté contigo, el paraíso está cerca. —Sonrió.

Me deshice en besos y caricias con ella. Nadie nunca había puesto tanto empeño en quererme como ella lo hacía.

—Me siento muy afortunado de tenerte a mi lado.

—¿Sabes una cosa? —Sonrió cerrando los ojos—. El día que me acusaste de ser una psicópata roba niños quise pegarte una paliza, pero algo dentro de mí se encendió. Aunque creo que fue unas semanas antes, cuando te vi tan serio en aquella fiesta y quise meterme dentro de tu cabeza para saber si el tipo al que le dieron el premio a «Hombre del año», escondía tanto como parecía tras de su desaparecida sonrisa. —Sus piernas se engancharon a mi cintura—. Todos los días que he pasado a tu lado, los buenos y los malos, me han hecho darme cuenta de que eras tú, de que mi tarea pendiente era conocerte y tenerte en mi vida. Te quiero, Alex

—Cada día doy gracias por aquel primer encuentro, por aquel café derramado y por aquella fiesta en mi hotel. Gracias a las casualidades estamos juntos.

Disfrutamos del agua, de la maravillosa terraza de la habitación y del atardecer en la orilla de la playa desnudos. Nos habríamos quedado de aquella manera eternamente, pero teníamos una cita a la que teníamos que acudir.

—En media hora tenemos la cena de despedida. No creo que sea demasiado divertida.

—No tenía planeado salir de la habitación en todo el fin de semana. —Se levantó de la arena—. Tengo un vestido blanco semi transparente que podría ser bastante indecoroso.

—Me encanta lo indecoroso viniendo de ti.

Mariola estaba delante de mí con una mano en la frente completamente desnuda. Hubiera sido una opción muy interesante dejarla ir de aquella manera a la cena, pero no creo que nos hubiesen dejado pasar al restaurante.

No había planeado salir de la habitación y pensé que aquel vestido blanco sería perfecto para una cena en nuestra pequeña playa a solas. La espalda estaba completamente descubierta. Yo solo pretendía ponérmelo unos minutos y que después Alex me lo arrancase con los dientes.

Cuando salí a la terraza, Alex estaba preparando un par de copas. Llevaba una camiseta blanca con unos pantalones de vestir y unas gafas negras de pasta que solo se ponía cuando tenía la vista muy cansada. Aquella imagen me hizo morderme el labio. Debí de emitir algún sonido porque Alex me miró sonriendo.

—Estás preciosa, nena.

Me di la vuelta para que viese el escote de la espalda y escuché la respuesta perfecta por su parte, un pequeño gruñido. Me ofreció una copa y la tomamos mientras el sol se escondía.

Al salir de la habitación nos encontramos con Dwayne. No había reparado en que él también estaba allí. Llegamos a la playa del hotel donde se celebraba la cena y Alex me presentó a todos los directores de los hoteles de la cadena, incluyendo a sus mujeres.

—Así que tú eres la famosa chica que nos ha robado el corazón del soltero de oro. —Todas esperaban atentamente una respuesta.

—Espero que no se haya equivocado al traerme a mí y no a ella. —Sonreí, pero ellas no se inmutaron. Parecían carecer de sentido del humor o no comprendían mi humor negro e irónico.

—¿Quién es tu cirujano? —Una de ellas me agarró de la barbilla como si estuviera buscando cicatrices de alguna operación—. Algo te habrás hecho.

—No. —Me deshice de sus manos.

—Tracy, a diferencia de ti, ella es joven. Tú ya has alcanzado medio siglo. —Otra de las mujeres me miró guiñándome un ojo.

—Nadie está tan perfecta en las revistas. Nunca has salido en una foto mal. —Parecían tener una carpeta con todas las imágenes que habían salido en la prensa—. Algún truco tendrás. Esa piel tan perfecta se deberá a algún tratamiento.

—Sexo. *Muuuucho* sexo. —Levanté una ceja y comencé a susurrar—. Sexo por la mañana, a la hora de comer, a la de cenar, de madrugada y antes de ir a una cena. —Me pasé la lengua por los labios—. Probadlo, que a lo mejor os funciona.

Me alejé de ellas en dirección a la barra para pedir algo de beber y vi a Alex charlando con varios hombres y me miró sonriendo, negando con la cabeza. Le respondí levantando un poco los hombros y le devolví la sonrisa.

—¿Puedes ponerme algo para pasar esta noche sin querer matar a nadie? —Me dirigí al

camarero que estaba preparando algunas bebidas.

—Que sean dos, por favor. —Una mujer sonriente se situó a mi lado—. Soy Caroline —me miraba como si me conociese de toda la vida—, la mujer de Marlon, de Los Ángeles.

—Encantada.

—Olvídate de ellas, de verdad. Todo lo que no se ajuste a su estúpido estándar...

—No me molesta. —Cogí una de las copas que el camarero dejó delante de nosotras.

—Menos mal que esto solo es una vez al año.

Estuve hablando con ella y me di cuenta de que no era como las demás, era normal; dentro de la normalidad que a mí me gustaba. Que ser normal está muy sobrevalorado.

La cena fue abundante, cargadita de ostentación y conversaciones de las que mi cerebro se desconectó. Dejé de escuchar sus quejas sobre las pérdidas en algunos de los hoteles, de sus mujeres comentando la vida de otras mujeres que no estaban allí con nosotras, de que la pulsera que llevaba una de ellas había costado lo que medio año de colegio de sus hijos... Encontré mi salida en el momento en que el espectáculo comenzó en la arena, a unos metros de la mesa. Me deshice de mis sandalias y me acerqué a una mujer que tenía varios *lei*^[46] en sus manos. Aquella mujer se acercó a la mesa y se los colocó a cada hombre. Caminé por la arena y vi cómo otra mujer, un poco más mayor, colocaba a las mujeres una flor en el pelo, pero ninguna se percató de que aquella mujer se las estaba colocando a la derecha. Cuando se acercó a mí, giré la cabeza para que la situase a la izquierda.

—Usted conoce nuestras tradiciones. —Me apartó el pelo colocando bien la flor—. Le deseo mucha felicidad en su vida. *Mau Loa*^[47] —Me agarró de las manos—. *No Kau a Kau*^[48].

—Gracias. —Observé a Caroline mirándome muy fijamente—. A la izquierda es que tienes pareja, a la derecha soltera.

—Dios mío. —Se quitó su flor cambiándola de lado.

Disfrutamos de un espectáculo lleno de color, bailes y música hawaiana. Varias bailarinas nos mostraron la sensualidad del *Hula*^[49]. Tras la demostración, trataron de sacar a varias mujeres a bailar, pero todas se negaron. Trataron de sacar a varios de los hombres, pero ninguno salió. Caroline y yo nos animamos a bailar sin ninguna vergüenza.

Bailaba como si fuera su última noche en la tierra. Tras el baile, desapareció y escuché un cuchicheo a mi lado.

—Espero que él se dé cuenta, si no, firmaré los papeles del divorcio y me quedaré con todo lo que tiene. No voy a dejar que una como esa que ha engatusado a Alex se meta por medio.

—No hagas caso a lo que dicen. —Caroline me sonrió.

Vi a Mariola paseando por la orilla con el móvil en la mano y me di cuenta de que algo le preocupaba. Sus pruebas. ¿Y si le habían dicho que algo no iba bien? ¿Si estaba enferma? Me acerqué a ella un poco asustado y la abracé por detrás.

—¿Qué pasa, nena?

—Me has asustado. —Se dio la vuelta—. Estoy preocupada por una cosilla que ha pasado.

—¿Tus pruebas? —El corazón comenzó a latir a mil por hora.

—No me han dado aún los resultados, pero el médico no estaba preocupado. —Se pasó la mano por el cuello—. El otro día tu padre apareció en CIA y Jason estaba allí.

—¿Le vio?

—Le dejé claro que no era su familia. Que no se acercase a nosotros o yo misma me encargaría de él. No sé por dónde saldrá, ni cual será su siguiente paso, pero no me fio de él.

—No te preocupes, nena. Cuando volvamos a la ciudad nos preocuparemos de esos problemas, ahora disfrutemos.

Las horas que nos quedaban en la isla corrieron como si fuera una maratón contra reloj. Cuando nos quisimos dar cuenta, estábamos montados en el avión de vuelta a Nueva York. El ruido de la ciudad, los coches a toda velocidad por las avenidas nos avisaron de que habíamos vuelto. Los problemas no habían desaparecido, se habían quedado allí esperándonos.

10.
COMO AQUEL CHICO SIN MIEDO

Con el cambio horario, las trepicientas horas de vuelo y el maldito desajuste horario, tuve que mirar varias veces el móvil para saber qué hora era. Nuestros teléfonos comenzaron a recibir mensajes como si la ciudad estuviese siendo arrasada.

Mientras esperábamos nuestras maletas, observé a Alex muy atento el móvil. Noté algo de preocupación en su mirada, pero los mensajes, correos y llamadas que me estaban entrando me despistaron. Tenía veinte de la oficina. Ya había avisado a Linda de que aquel lunes no iba a estar en la ciudad, pero no entendía cuál era el motivo de aquella insistencia. Eran más de las once de la noche cuando llegamos al piso de Alex, y nada más llegar, los dos nos pusimos a trabajar.

—Esto no me huele bien. —Me dije a mí misma mientras preparaba café.

Me senté en la isla de la cocina mientras se hacía el café y comencé a revisar los correos. El que más llamó mi atención fue uno de Linda y parecía desesperada por el asunto que había puesto. No me podía creer lo que estaba leyendo. CIA había recibido una contraoferta muy jugosa para la adquisición. ¿Quién estaba tan interesado en la empresa como para hacer una contraoferta cuando Will ya había firmado la compra? ¿Qué iba a pasar con nosotros si aquella oferta se aceptaba? Fui al despacho y vi a Alex con las manos en la cabeza muy agobiado. Me acerqué a él, pero sus manos se deshicieron de mí según las puse en su pecho.

—¿Todo bien? —Me extrañó su comportamiento.

—Necesito estar solo, Mariola. —Se dio la vuelta y miró por la ventana.

—Prometimos no ocultarnos nada y me da la sensación de que tu preocupación tiene algo que ver conmigo. —Me situé detrás de él.

—No es por ti. —Se dio la vuelta y me abrazó—. No eres tú.

—No más secretos. —Le miré a los ojos.

—He recibido una noticia que no esperaba. Tengo que pasárselo a los abogados para que lo revisen. Es un acuerdo que teníamos en Europa que se ha ido a la mierda. —Suspiró fuertemente.

—Quiero creerte, pero tus ojos no me ayudan. —Noté cómo su cuerpo se apartaba del mío—. Estaré en la cocina. Si me necesitas...

—Cierra al salir. —No me dejó terminar de hablar.

Salí de su despacho un tanto preocupada. Sí, lo de cerrar la puerta podía parecer una tontería, pero siempre trabajaba con ella abierta. No le gustaba el sentimiento de estar encerrado, pero en aquel momento lo necesitaba.

Estuve durante varias horas trabajando y hablando con Linda tratando de solucionar todo aquello. A las dos de la mañana decidí que ya era suficiente y pasé por el despacho de Alex y por debajo de la puerta vi luz. Quise entrar, pero después de pedirme que cerrase la puerta, no quise molestarle.

Al día siguiente al despertarme no encontré a Alex en el piso. Había dejado una nota pegada a la nevera.

No quería despertarte.

Tengo un día terrible.
Llegaré tarde a casa.
Alex.

Le di varias vueltas a aquel trozo de papel buscando el *Te quiero* que se le había olvidado escribir. Entrecerré los ojos, respiré profundamente y arrugué la hoja entre mis manos tirándola directamente a la basura.

En cuanto llegué a la oficina, Linda me secuestró antes de poder poner el culo en la silla de mi despacho. Había descubierto que la oferta provenía de un *holding* de empresas que querían introducirse en nuestro sector, y al enterarse de su jubilación y de la oferta que Will había hecho por la empresa, quisieron contra ofertar. Will no sabía aún nada de lo que había ocurrido, pero la cifra que ofrecieron era demasiado jugosa.

—¿Qué sabes de ese *holding*, Michael? —No quería ni oír hablar de aquel tipo de empresa—. Seguro que mandan a algún imbécil a valorarnos según nuestro grado de productividad y dejaremos de ser personas para ellos. Will lleva muchos años dentro de nuestro sector y es bastante bueno. —Alguien entró en la oficina, pero no dejé de hablar.

—Pero, Mariola...

—No entiendo por qué ni siquiera te planteas la contra oferta, jefe.

—¿Tan buena es?

Todos nos dimos la vuelta sobresaltados en cuanto escuchamos la voz de Will detrás de nosotros.

—¿Cómo lo sabes? —Linda le miró extrañada y preocupada.

—Las noticias vuelan en este sector. Yo sigo manteniendo mi oferta: nadie será despedido y si quieren trasladarse a Los Ángeles, les reubicaremos allí. Un *holding* de empresas vendrá a poner todo esto patas arriba y destrozará todo por lo que habéis luchado y tanto os ha costado construir.

—¿Es eso lo que queréis? —Señalé a Will refiriéndome a sus palabras—. ¿Qué dejé de ser vuestra empresa para siempre?

—Mariola. —Michael me miraba negando con la cabeza, pero yo podía ser muy insistente e intensa.

—Esta siempre será vuestra empresa, aunque esté en manos de Will. Sé que él no dejaría que le pasase nada malo a CIA y si yo sigo aquí, lucharé con uñas y dientes para que sigáis orgullosos de ella.

—¿Nos podéis dejar solos, chicos? Scott está con su última cuenta antes de ir a Los Ángeles. Id a ver si necesita ayuda. —Michael nos miró a los dos y después a la puerta. Estaba claro que había dado por zanjada la conversación.

—Tengo que pasarme por *69th Regiment Armory*. ¿Vienes conmigo, Mariola?

—Pensadlo bien, por favor.

En la mirada de Linda vi cierto atisbo de esperanza, pero Michael me la quitó con una mirada muy seria. Scott nos pidió que le dejásemos solo trabajando, así que nosotros cogimos un coche para ir a ver aquel local en el que Will estaba tan interesado. Había pasado muchas veces cerca de allí, pero no me había dado cuenta de lo alucinante que era hasta que volví a verlo. Era un monumento histórico de la ciudad. Al entrar vi que el suelo de madera estaba vetado con tonos más oscuros y encima de nuestras cabezas había una cúpula de hierro que le daba un aspecto mucho más industrial, junto con las paredes originales que se habían conservado.

—Posa para mí. —Will estaba sacando varias fotos con su móvil y me estaba enfocando—. Dámelo todo.

—No sé si has sonado más a fotógrafo profesional o a director de cine porno.

—Un par de ellas más.

—Odio las fotos.

—Pues ellas te adoran —estaba mirando su móvil mientras lo decía—. Aunque sales demasiado seria. Estás más guapa cuando sonríes.

Cuando terminamos de medir y comprobar la instalación, quisimos volver caminando hasta la oficina y paramos en un puesto cercano a coger un par de cafés.

—Así que también has investigado mis trabajos, Mariola. —Will me miró mientras le pegaba un trago a su café.

—¿Pensabas que no lo iba a hacer? —No dije nada más y caminamos por Lexington Avenue—. Me huele muy mal lo del *holding*. Eso de que una empresa aparezca así porque sí...

—Conozco empresas que han sido adquiridas así y las han desmantelado por completo.

—Esa empresa es mi hogar. —Levanté los hombros.

—Esa es otra de las principales cosas por las que te quería en Los Ángeles. Te involucras como si fuera parte de ti.

—Sí.

—Perdona —señaló su móvil que estaba sonando—, pero tengo que cogerlo.

—Así aprovecho yo también. —Llamé a Alex al móvil, pero no me contestó, así que probé en el hotel—. Hola soy Mariola. ¿Puedes pasarme con Alex, por favor?

—Un segundo, Mariola.

—De acuerdo.

Esperé durante unos segundos y cuando oí cómo se conectaba de nuevo la llamada, al otro lado no creo que fuesen conscientes de que tenían una llamada en el manos libres. Las voces eran las de Brian, Susan y Alex. Quise hablar, pero no dije nada y escuché.

—No lo sé, Vivian. —Reconocí la voz de Alex.

—Cada vez que me llamas Vivian es que algo no va bien. Te lo advertí, tu padre es rencoroso, rastrero y muy vengativo. No se va a ir con las manos vacías de todo esto.

—Ya lo sé, pero no puede utilizarlo. Si se entera de eso no sé de lo que es capaz. Además, me han llegado unas fotografías, que... Los abogados están con ellas. No sé si están manipuladas o no. —No comprendía de lo que estaban hablando.

—Enséñamelas, Alex. —Aquella voz era de Brian—. No lo sé, es fácil manipular estas cosas, pero parece ella. Hace algún tiempo, pero creo que es ella.

—Todo lo que has conseguido puede irse a la mierda si esto sale de aquí.

Mi corazón comenzó a latir con mucha más fuerza, las palabras se amontonaron en mi garganta, pero no era capaz de hablar. Si lo hacía, tendría que reconocer que les había espiado. Cuando tuve el valor de decir algo la llamada se cortó. ¿De qué estaba hablando? ¿Qué había recibido Alex? ¿De quién hablaban? Paseé por la acera pensando qué podía hacer.

Cuando Will terminó con su llamada, volvimos a la empresa e investigué en internet por si había saltado alguna fotografía del viaje a Hawái o de su padre, pero no encontré nada de lo que me tuviese que preocupar.

Me quedé trabajando hasta tarde sin darme cuenta de que la noche se me había echado encima. Cuando llegué a casa, Jason ya estaba en la cama y Alex estaba recluido en su despacho con la puerta cerrada a cal y canto. Me pegué una ducha y cuando me sequé el pelo, me acerqué al despacho. Llamé a su puerta y entré sin esperar a que contestase. Estaba al teléfono y se calló en cuanto entré.

—¿Qué quieres, Mariola? —Se dio la vuelta tapando algo que tenía sobre la mesa.

—Darte las buenas noches. He llegado hace un rato y no he querido molestarte. ¿Has cenado?

—Sí, con Jason.

—Desde ayer estás muy raro. —Me empezaron a temblar las manos.

—Tengo que seguir con la llamada. —Me miró de una manera que me hizo temblar y no precisamente de excitación.

—Voy a prepararme algo y luego si quieres...

—Ahora no puedo, Mariola. —Se pasó la lengua por los labios y parecía nervioso teniéndome delante.

La semana continuó en el mismo plan. Él se encerraba en el despacho y yo fingía no estar preocupada cuando le veía. Yo me centré en el trabajo y él hizo lo mismo. No sabía cómo habíamos pasado de jurarnos amor eterno a parecer dos desconocidos en casa. Él no me quería contar nada y yo no tenía intención de preguntar algo, sin desvelar que había oído aquella conversación. ¿Qué había sido de aquella Mariola que no le dejaba hablar? ¿Qué había pasado con eso de no más secretos? Cada vez que intentaba empezar una conversación con él o me echaba de su despacho o terminaba nuestra conversación diciendo que no podía hablar.

Aquel viernes Susan nos invitó a su casa para celebrar nuestros compromisos con algunos amigos de la familia. Quería hacer aquello por todos nosotros y yo no quise quitarle la ilusión. Mientras me preparaba en el baño me miré al espejo. Me maquillé y peiné muy despacio. Era como si no tuviera ganas de salir de aquella habitación, como si quisiera quedarme allí eternamente y recuperar lo que habíamos perdido aquella semana. Estaba sentada en ropa interior en el sillón del vestidor y Alex pasó por delante de mí recién salido de la ducha. Aún tenía el pelo mojado, una pequeña toalla blanca cubría parte de su cuerpo y en sus ojos se notaban la preocupación. Tenía la mirada fija en el vestidor tratando de decidir si llevar el traje azul oscuro o el negro. Había pasado por delante de mí como si no estuviera allí.

—Alex, no puedo más. Llevas toda la semana evitándome sin hablarme, besarme, ni siquiera me miras. Es como si me hubiera convertido en un fantasma para ti estos últimos días. —Me levanté y me puse delante de él—. No sé qué es lo que está pasando por tu cabeza, pero me hace pensar que te has arrepentido de que nos casemos. No sé qué he hecho para que estés así conmigo.

—Solo son imaginaciones tuyas, Mariola. Has estado trabajando mucho esta semana y has llegado todos los días muy tarde a casa. —No me miraba mientras elegía el palo que meterse por el culo.

—Y una mierda, Alex. No te atrevas a hacer esto. —Le empecé a dar con el dedo en el pecho—. Pasa algo y no me lo quieres decir. Mucho te quiero, mucho prometo no ocultar cosas, pero veo que no es así.

—No veas demonios donde no los hay. Vístete que vamos a llegar tarde. —Se quitó la toalla y comenzó a vestirse.

—Si no me cuentas lo que pasa, no salgo de aquí.

—De acuerdo.

—Perfecto. —Al menos iba a tener la última palabra yo.

Terminó de vestirse y salió de la habitación. Le mandé mentalmente a la mierda unas cuántas veces y me fui al baño a ponerme un albornoz. Le llamaría a Susan diciéndole que no me encontraba bien, que tenía fiebre. Al darme la vuelta me encontré a Jason mirándome. Estaba observándome en silencio.

—Papi dice que no vas a venir.

—No me encuentro demasiado bien.

—Yo quiero que vengas. —Se abrazó a mí—. Papi también lo quiere, aunque no lo diga.

—Tu padre no dice tantas cosas. —Noté los ojos de Jason clavados en mi cara sin comprenderme—. No me encuentro bien, cariño.

—Pero tienes que venir. —Me agarró de la mano y se mordió el labio—. *Por fi.*

—¿Es importante para ti que vaya? —Afirmó con la cabeza mientras hacía pucheros—. Dame cinco minutos.

Me sentía como un cobarde de nuevo frente a Mariola. Todo lo que estaba haciendo era por ella. No quería que sufriese más sin saber quién estaba detrás de todo aquello. Lo peor de todo era que le estaba ocultando de nuevo cosas. Jason salió de la habitación con una sonrisa, que yo me encargué sin querer de quitársela en dos segundos.

—Nos vamos, Jason. —Le agarré de la mano.

—Pero Mariola...

—Mariola ha decidido no venir.

—Pero...

—Nos vamos.

Dwayne nos llevó a casa de mi madre y cuando llegamos todos nos miraron extrañados ya que Mariola no estaba con nosotros.

—¿Qué ha pasado, hijo?

—No se encontraba bien.

—No te creo.

—Ya está bien, mamá.

Me sorprendí a mí mismo elevándole la voz a mi madre, a mi hijo y a Mariola. Mierda. No saludé a ninguna persona de las que allí se habían reunido para celebrar nuestra felicidad y me acerqué a la cabaña que aún seguía al fondo del jardín. El lugar en el que Brian y yo jugábamos a ser presidentes de Estados Unidos cuando éramos pequeños, para salvar el mundo de todo lo malo que pudiese suceder. Sonreí pensando en aquel pequeño que se subía a los árboles sin miedo, que quería salvar el mundo desde una cabaña en su jardín. Tenía que volver a ser como aquel chico sin miedo a nada.

Terminé de prepararme, pero parecía que había tardado una eternidad ya que en el salón no estaba ni Jason ni Alex esperándome. Ni siquiera Rud estaba por allí. Recogí las llaves, el bolso y cuando abrí la puerta casi sufrí un ataque al corazón. Mi hombre *misterios del universo* estaba sentado en una silla en la puerta.

—Joder.

—El señor me dijo que no me moviera de aquí en toda la noche.

—Pues mueve el culo que llego tarde.

—El señor dijo que no saldría. ¿Va a por la cena?

—Sí, me visto de burbujita de *Freixenet* para ir a por una hamburguesa. ¿Tienes tu coche? —Cerré la puerta y vi cómo negaba con la cabeza—. Me voy en taxi.

—Lo tengo aparcado aquí detrás.

—Pero si has dicho que no...

—No es mío, es de la empresa. —Trató de sonreír, pero hizo un gesto bastante aterrador.

—No lo hagas, no trates de sonreír ni de intentar ser gracioso. No tengo tiempo.

Traté de llamar a Mariola, pero no me contestaba ni en el móvil ni en casa. ¿Dónde se había metido? Me aflojé la corbata, me estaba asfixiando, me faltaba la respiración y toda aquella gente a mi alrededor preguntándome por mi prometida no me estaban ayudando a relajarme. Mi cabeza me repetía una y otra vez que me había comportado como un sublime estúpido. Volví a llamarla, pero su teléfono no daba señal. Me puse una copa y salí a la terraza. Paseé por el borde de la piscina, mientras de fondo oía el barullo que se estaba organizando en la fiesta.

Me estaba matando ocultarle el tema de aquellos cheques. Empezó siendo una simple sospecha, pero aquella misma semana lo pude corroborar. Mi padre se encargó de todo en su momento, pero no caí en la cuenta de lo que había desencadenado aquello. Lisa desapareció dejándome con Jason, pero no fue todo como creí en su momento. Mi padre estaba dispuesto a acabar con todo lo que había conseguido con Mariola. Nunca había necesitado su ayuda y tal vez aquello, junto a los puñetazos que le di en su despacho, descubrir a Jason en el despacho de Mariola y la amenaza de esta advirtiéndole de que no se metiese en nuestra vida, había desencadenado una serie de acontecimientos que no iban a traer nada bueno.

En el camino a los Hamptons eché un vistazo a mi móvil. No sé por qué se me había apagado al salir de casa. Mejor, así no tendría llamadas de Alex dando por saco. Quería verle cara a cara y sacarle qué demonios le pasaba, aunque tuviese que hacerlo a golpes y porrazos en esa maldita cabezota dura que tenía. Abrí los *e-mails* y vi que tenía uno del hospital. Se me había pasado por completo acudir a la cita que tenía programada para recoger los resultados. Eché un vistazo al archivo adjunto y todo estaba normal: plaquetas, glóbulos... bla bla bla... Positivo. Negativo. Bien. Todo perfecto. Mi salud era la de un roble. Entonces ¿a qué demonios se debía mi malestar, mi estómago revuelto y mis tetas? Fui de nuevo a echarle un vistazo a los análisis, pero *míster nave nodriza* me avisó de que ya habíamos llegado.

En la puerta de la casa había un tío con una carpeta confirmando asistentes. O me había equivocado de casa o me estaba colando en la fiesta de algún famoso. O podía ser que para mi suegra una pequeña reunión, era como preparar la fiesta de la antesala de los Oscar.

—Su nombre. —Me denegaron el acceso.

—Sharon Stone. —Recibí una mirada de arriba abajo—. ¿No cuele?

—Su nombre.

—Mariola Santamaría.

—No está en la lista. —Me provocó una carcajada, pero al ver su gesto serio quité la sonrisa.

—Soy la prometida.

—No está en la lista.

—Vamos a ver señor con traje elegante, carpetita de cuero y pinganillo en la oreja. —Eché un vistazo en la hoja—. Sí estoy. Encabezo la hoja. —Le señalé mi nombre en cursiva y negrita—. Fiesta de compromiso de Alex McArddle y Mariola Santamaría. Esa soy yo. —Le sonreí.

—Disculpe, pero...—Quiso que le tragase la tierra.

Me agarré el bajo del vestido y entré haciéndole a un lado, pasando de la gente que estaba por allí revoloteando alrededor de mi hermana y Brian. Vi a Jason jugando con Andrea y otros niños en el fondo del jardín, pero no vi a Alex. Me acerqué a Susan.

—¿Dónde está el imbécil de tu hijo? —Todas las mujeres que estaban allí me miraron sorprendidas.

—Me ha dicho que no te encontrabas bien.

—El que no se va a encontrar va a ser él. Me tiene muy cabreada... —La agarré del brazo apartándola—. Toda la semana me he mantenido al margen, pensando que el trato que me dijo de Europa era lo que le preocupaba. Prometí ser paciente y dejarle su espacio si eran cuestiones de

trabajo. Pero, coño, ni me ha besado ni me ha mirado ni me ha nada.

—Le avisé de que no tuviera ese comportamiento contigo.

—¿Dónde está? —Al mirarla vi demasiada preocupación en sus ojos.

—Déjale hablar, Mariola. Déjale explicarse, no quiero que discutáis.

—Siento decírtelo así Susan, pero discutir vamos a discutir. Matarnos no, pero discutir sí. Lo siento, pero necesito respuestas. —Respiré varias veces para no lanzar mi ira sobre Susan.

—Solo te pido que le escuches y que no huyas, que no desaparezcas de nuestras vidas, no lo hagas de nuevo. Si te pierdes esta vez no lo superaré.

Aquellas palabras de Susan, la forma de avisarme de que algo realmente malo estaba a punto de suceder, me preocuparon mucho más. Susan me dejó allí sola para seguir atendiendo a los invitados que se estaban poniendo nerviosos. Antes de marcharse me abrazó, obligándome a prometerle que no desaparecería pasase lo que pasase. Me quedé unos segundos tranquilizándome o tratando de hacerlo.

Di un par de vueltas por la casa, el salón, la cocina, la terraza entre los invitados y nada de nada. ¿Mi novio era Copperfield y era capaz de desaparecer de una fiesta llena de gente? Le pregunté a mi hermana, pero no me supo decir nada. Brian me guio hacia una cabaña que se veía al fondo del jardín. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad vi a Alex sentado en un gran tronco. Mientras iba andando hacia él, hice unos ejercicios de relajación, respirando profundamente para no estallar como una maldita bomba cuando llegase a su lado. Me tuve que quitar los zapatos, porque me iba resbalando y haciéndole a Susan un campo de golf en aquella parte del jardín con los tacones. Al acercarme le vi tocándose las manos y el reloj que le regalé. Me acerqué a él y me quedé a un par de metros observándole. Después de unos segundos se dio cuenta de que le estaba mirando.

—Mariola, cariño... —Se levantó y di un paso para atrás.

—¿Qué demonios está pasando, Alex?

—Mariola —Se acercó más, pero me volví a separar.

—No sabes todo lo que se me está pasando por la cabeza. —Respiré profundamente.

—Es complicado. —Se pasó la mano por la boca.

—¿Sabes lo que es jodidamente difícil? Que tu novio pase por tu lado sin mirarte, hablarte o besarte.

—Mariola, por favor, necesito tiempo.

—¿Para saber si las fotos son reales? —Me miró sin saber cómo demonios me había enterado —. Hace unos días me pasaron una llamada a tu despacho y os escuché hablando de unas fotos y de algo que ha hecho tu padre.

—No te tenías... No tenías que haber escuchado todo eso. Joder. —Se dio la vuelta para alejarse de mí.

—No me dejes aquí sin darme una explicación. Necesito saber qué está pasando, Alex. Bastante tengo ya en la cabeza con Jonathan, tu padre, tu querida cuñada y la maldita empresa. ¿Qué está pasando, Alex? Nos prometimos...

—Lo sé, Mariola, sé que nos prometimos muchas cosas, pero ninguno de los dos lo hemos cumplido.

—¿Cómo que no lo hemos cumplido?

—¿Lo que me contaste era toda la verdad? —Se dio la vuelta mirándome a los ojos.

—Sí, Alex. ¿Y tú? Porque creo que esto va más contigo que conmigo. No me hagas tomar decisiones sin saber lo que pasa. Me lo estás poniendo muy difícil con tus reproches.

—Tú siempre tomas la salida más fácil. Salir huyendo y dejar los problemas atrás. —Sonó un

pitido en mi móvil y ni lo miré.

—Cuando quieras puedes ser muy cruel.

—Lo habré aprendido de ti.

—Vete a la mierda.

Me di la vuelta y comencé a caminar por el jardín.

—Soy gilipollas y no aprendo. —Noté cómo Alex me agarraba del brazo—. Suéltame, coño.
—Me resbalé al tirar con fuerza, pero Alex me agarró fuertemente de la cintura.

—Ya estabas huyendo. —Me pegó a su cuerpo.

—Me estaba alejando de un gilipollas, no vaya a ser que sea contagioso. —Me removí enfadada entre sus brazos—. No sé qué mierda tienes encima que prefieres tragártela, dejar que nos enfademos y que te acabe mandando a la mierda. —Mi respiración se aceleraba al notar su cuerpo temblando junto al mío.

—¿Estás segura de que todo lo que me contaste de tu experiencia en aquellas fiestas era verdad? —Levantó su mano para parar la mía que ya estaba en el aire para darle un bofetón.

—Suéltame. —Me pegó aún más a él. Pude sentir cómo su corazón latía fuertemente y sus brazos estaban extremadamente tensos bajo su traje.

—¿Crees que podrás darme una explicación coherente? —Volvimos a escuchar el sonido de mi móvil anunciando otro mensaje.

—Suéltame, Alex.

Estaba tan enfadado que realmente no sabía si era con ella, conmigo mismo o con el mundo en general. Solté sus brazos lentamente, temiendo que se diera la vuelta y saliera corriendo de nuevo. Pero vi que no se movía, que estaba esperando a que le diera una explicación. Metí mi mano en el bolsillo interior de la americana y saqué el móvil. La miré a los ojos y busqué las fotos. Cerré los ojos al volver a verlas. Di la vuelta a la pantalla y se las mostré.

—Muy bien. Son fotos de una fiesta. ¿Y?

—Estás cogiendo dinero. Cogiendo dinero de un hombre de traje que te está agarrando por la cintura y susurrándote algo al oído.

Volvió a mirar la foto y sonrió irónicamente.

—Claro. Te has dado cuenta de eso, de que el vestido es de marca y de que no llevo ropa interior, pero de lo que seguramente de lo que no te has dado cuenta, es que esa maldita fiesta era para recaudar fondos para una asociación de víctimas de maltrato infantil. ¿O el cartel de atrás no lo has visto? —Presionó la pantalla para acercar la foto.

—Eso no quiere decir nada. He ido a muchas fiestas y nunca he entregado dinero en mano. Y menos agarrado así a una mujer con la que no tengo nada.

—Nunca me he fiado de los ricos. Mucho traje caro, mucho coche de carreras, pero luego entregan los cheques sin fondos. Así que decidí que si querían dar pasta, iban a tener que hacerlo en metálico. —Puso sus manos en la cintura.

—¿Y por qué te agarra y te susurra?

—¿Esta es la mierda por la que estás así? Tú eres gilipollas. En vez de venir a hablar conmigo y preguntármelo, prefieres sacar tus conclusiones.

—Venían con una nota. —Empecé a pensar que había metido la pata hasta el fondo.

—Como si vienen con una carta del Sumo Pontífice, Alex. Lo primero es preguntarme a mí.
—Resopló y negó con la cabeza—. ¿Hay algo más? —Me miró unos segundos y comprobó que en mi cabeza había más cosas revoloteando—. Alex, te conozco y sé que hay algo más.

—La nota me aseguraba que me estabas engañando desde hace tiempo.

—¿Sabes que es lo que más me molesta? No es el hecho de que te lleguen fotos o notitas de

un puto acosador, lo que me jode es que no confíes en mí como para decirme: Mariola, he recibido esto. Coño, que nos vamos a casar.

—¿Cómo la puedo cagar tanto? —Me acerqué a ella y volvió a dar un paso para atrás—. Lo siento, Mariola. Mis abogados estaban tratando de averiguar desde dónde habían mandado las fotos y comprobando que no estaban manipuladas. Quería protegerte.

—Estabas protegiéndote a ti mismo. Pensé que estaba superado, pero veo que no. —Vi cómo se tocaba el anillo que le había regalado.

—No hagas eso, por favor, nena. —Agarré sus manos fuertemente—. No quiero perderte. Lo siento. Siento mucho haberte ocultado esto. —Le agarré de la cara—. No quiero perderte por nada del mundo, pero con todo lo que está pasando... Esto me supera.

—Alex. —Suspiró fuertemente como si estuviese agotada de luchar por lo nuestro.

—Tengo miedo de perderte, de hacer algo mal y que te vayas.

—Alex, si me ocultas cosas, pasas de mí cuando estoy en casa, no me miras, no me tocas, no me besas... No puedes pretender que esté alejada de ti, teniéndote tan cerca. No puedes comportarte como un capullo integral. Creer todo lo que leas o recibas, porque yo podría hacer lo mismo. —Me acarició la cara—. Y no lo hago. Confío en ti, Alex, más de lo que he confiado en nadie en toda mi vida. Te he confiado mi corazón, eso tendría que decirte mucho.

—Pero tengo tanto miedo que cometo estupideces.

—Supremas, estupideces supremas. —Noté cómo sonreía—. Venía en el coche queriendo estrangularte, luego te veo tan vulnerable, que me desmontas por completo. Sé que tienes miedo, que te han hecho daño, pero debes confiar en que yo jamás te lo haré. No me vas a perder. —Negó suavemente con la cabeza y sabía que se le estaban pasando todas las preocupaciones por la mente, pero las hizo a un lado por un momento.

—¿Perdonas a este imbécil?

—Solo si me prometes que cuando algo te preocupe, por estúpido que parezca, me lo digas.

—Prometo no comportarme con un gilipollas de nuevo.

Pasé mis dedos por su boca, acariciándole los labios con mis pulgares, dando pequeños pellizcos y ella abrió su boca. Pegué la mía y nuestras lenguas comenzaron a jugar dentro de ellas.

—Ven... —Tiré de ella y nos metimos detrás del árbol.

—¿Huimos de alguien?

—Solo quiero que estemos a solas unos minutos. Luego te comparto con el resto.

—No sé qué te pasa, Mike. —Aquel era Justin muy cerca de nosotros.

—Shhh. —Mariola se dio la vuelta y sacó un poco la cabeza por el árbol.

—Cotilla.

—Shhhh.

Me dio un golpe en el brazo para que me callase.

—¿Qué pasa, Mike?

—Todo lo de esta noche, la fiesta de compromiso, ver a todos tan felices... —Mike estaba muy nervioso—. Creo que es hora de que hagamos lo nuestro oficial, ¿no crees?

—Bueno... yo pensé que... Joder, qué difícil es esto. Después de tantos años, de todo lo que ha pasado, lo que no me esperaba es que... Mike no sé cómo decirlo.

—Yo te ayudo, Justin. —Vi cómo Mike agarraba a Justin de las manos y se las llevaba a la boca para besarlas—. Me da igual tu pasado, tus ex y tus ligues, Jus. Yo te quiero a ti y quiero estar contigo pase lo que pase. Aunque me saques de quicio y a veces me den ganas de matarte, solo quiero estar contigo. Te quiero, Justin.

—Mike, jamás me imaginé que tú me quisieras tal y como soy. Sin tener que rascar para encontrar al verdadero Justin. Tú me ves a mí.

—Por eso te quiero. Por cómo eres, no por cómo el resto te ve. Siempre he estado enamorado de ti. —Dieron un paso para acercarse.

—Qué bonito. —Susurré a Alex que también tenía parte de su cabeza fuera cotilleando.

—Te quiero, Mike.

Me pareció el beso más bonito que jamás había visto. Quería aplaudir, salir a abrazarles, pero justo cuando lo iba a hacer Alex me agarró de la cintura parándome y diciéndome que les dejase su momento. Estaba feliz, completa y absolutamente feliz por ellos dos.

—Llevan tanto tiempo enamorados el uno del otro, que jamás pensé que llegaría este día.

Estuve observando a Mike y Justin durante unos segundos, hasta que Alex me agarró del brazo para que dejase de mirarlos.

Esperamos a que volvieran a la fiesta. Después llegamos nosotros donde estaban todos los invitados. Los chicos nos miraron comprobando nuestros gestos, pero cuando vieron que entrelazamos nuestras manos, todos suspiraron aliviados. Mi madre fue la primera en acercarse y fundirse en un gran abrazo con Mariola.

—Gracias por no salir huyendo. —Mi madre la agarró de la cara—. Eres lo mejor que le ha pasado a mi hijo. No dejes que nada lo estropee. Ni Richard ni Alison ni nadie. Prométemelo.

—Te lo prometo. —Mariola besó a mi madre.

—Nena, tengo que hacer una cosa. ¿Estás bien? —Pasé una mano por su mejilla.

—Sí. Voy a buscar a los chicos que quiero hablar con ellos. —Sonrió como una pequeña bruja.

—No seas mala.

Observé cómo caminaba entre la gente, dejando que la felicitasen, con aquel estilo tan peculiar que tenía de sonreír a la gente y pasar de ellos si no le interesaba, sin que nadie se diese cuenta de ello. Sonreí y miré hacia un lateral desde el cuál me avisaron de que todo estaba listo. Subí al escenario y cogí el micrófono. Había dado conferencias delante de miles de personas, pero en aquel momento estaba demasiado nervioso.

—Buenas noches. —Todo el mundo comenzó a girarse y se quedaron en silencio observándome—. Muchos habéis descubierto por la prensa que Mariola y yo nos vamos a casar. —Todos comenzaron a aplaudir y vi cómo Mariola levantaba una ceja asombrada, mientras hacía una mueca con la boca—. Aquella maravillosa mujer que me está mirando como si quisiera matarme, es Mariola. Cariño, saluda. —Levantó la mano—. Luego me matas, cariño. —Escuché unas risas—. Bueno, después de algunos altibajos en la relación, personas que se han intentado meter por medio, hemos descubierto que nuestro amor es más fuerte que todo eso. Desde el día que te conocí no he dejado de pensar en ti. Esa manera que tienes de mirarme, de besarme y de amarme. Nadie me ha hecho sentir así de vivo nunca. Doy las gracias por la psicópata roba niños. —Mariola se llevó una mano a la cara y negó con la cabeza a mi madre algo que le preguntó—. Por derramarme el café por encima de mi entrepierna, por aquella noche en el Silk y por Casanova. Nunca había hecho algo así por una mujer, pero tú no eres una mujer cualquiera. Eres la mujer. Ojalá todo el mundo tenga la suerte de encontrar a alguien como tú, que perdona, comprende y ama con tal intensidad. Te quiero, Mariola. Nuestra vida solamente acaba de empezar. Chicos...

Comenzó a sonar la música, me aclaré la voz y busqué la mirada de Mariola entre la gente. No sabía qué estaba pasando, no podía controlar lo que en aquel momento sucedía a su alrededor y no dejaba de dar vueltas al anillo de su mano.

—«*What would I do without your smart mouth. Drawing me in and you kicking me out*^[50]».

Empezaron a sonar unas notas de piano y reconocí aquella canción, era la misma que sonó en el restaurante la primera vez que cenamos juntos. No me podía creer que Alex me estuviese cantando *All of Me* de John Legend. Nadie me había cantado jamás una canción y menos con el sentido que tenía aquella. Era una declaración de amor, de intenciones y lo estaba haciendo de la forma más bonita que me hubiese podido imaginar. Los violines amenizaban la voz de Alex, dulce, cálida, ronca y sexy. Estaba sorprendida. Se había aflojado hasta la corbata. Mi señor trajeado estaba cantando solamente para mí aquella canción y aquello me hizo emocionarme más aún. Sin darme cuenta me había acercado un poco al escenario y Alex comenzó a bajar de él. Noté cómo la gente comenzó a apartarse formando un círculo a mí alrededor y Alex se acercó a mí cantando.

—«*Cards on the table, we're both showing hearts. Risking it all, though it's hard*^[51]».

Se quedó a menos de un metro de mí. Cogió mi mano poniéndosela en el pecho, haciéndome notar cómo latía su corazón por mí. Nuestras cartas se habían mostrado, estábamos arriesgando nuestros corazones y sabíamos que el camino que nos quedaba no iba a ser fácil, pero él me estaba entregando todo y yo estaba dispuesta a arriesgarlo todo por él.

Los violines siguieron sonando con el final de la canción. Alex me cogió de la cintura y comenzamos a bailar. Me cantó unas palabras al oído y yo me volví más loca por él aún. Nadie me había hecho algo así nunca y él estaba siendo el primero en muchas cosas. Estaba siendo un momento tan mágico, que mi sexto sentido estaba alerta por si algo lo podía fastidiar. Miré a los invitados y todos estaban sonriendo. Susan estaba llorando emocionada, mi hermana estaba abrazada a Brian, Justin y Mike agarrados de la mano, Frank y Sonia besándose... Respiré aliviada, todo estaba bien.

Al terminar la canción todo el mundo comenzó a aplaudir y Alex me cogió por la cintura, haciéndome girar en el aire besándome. Esas cosas que antes me parecían excesivamente ridículas cursis, en aquel momento me parecían las más románticas y dulces del mundo.

—Tú sí que sabes cómo conquistar a una mujer y hacer que se le caigan las bragas.

—Esa boca.

—Has dicho delante de todos que qué harías sin esta boquita. Así que ahora no valen devoluciones.

—No pienso devolverte en la vida.

Varios invitados vinieron a molestarnos. Sí, a molestarnos, porque en aquel momento solamente quería estar a solas con él. Unos señores que parecían muy importantes por sus trajes de *Armani* a medida me lo robaron en un segundo. Alex se dio la vuelta mientras se alejaba haciendo un gesto como si le estuvieran ahorcando y sonreí.

Caminé por el jardín y un camarero me ofreció una copa de champán que acepté encantada. Observé desde el centro de la fiesta a los invitados y un sonido que salía de mi móvil me recordó que tenía varios mensajes sin leer. Así que me aparté un poco y lo saqué del bolso. Al abrirlo vi un par de *e-mails* y uno de ellos contenía un archivo adjunto.

Qué bonito parece todo, Mariola. Te has creído sus palabras, te ha cantado una bonita canción, pero no te ha contado toda la verdad.

Unos cheques, tu despido de aquella empresa... Te adjunto unas imágenes que te van a encantar. Espero que esa sonrisa que tenías mientras bailabas tan acaramelada a él, se te quite.

Se acaba tu tiempo de felicidad.

Tic tac, Mariola.

Abrí el archivo adjunto y vi unas fotos. Mi corazón comenzó a latir demasiado rápido, mi garganta comenzó a cerrarse. Era como si me estuviesen apretando la garganta hasta dejarme sin respiración. La cabeza comenzó a darme vueltas. El bolso se me cayó de las manos y me apoyé en una mesa tirando las copas que en ella había. No podía ser verdad. Aquellas fotos no podían ser reales. En ellas había unos cheques a los que no hice caso, pero la otra imagen... Era mi carta de despido de aquel trabajo que me lanzó directa a los brazos de Jonathan y estaba firmado por...

11.
COMO SI FUERA UNA BOMBA
A PUNTO DE EXPLOTAR

No me podía creer que todo aquello estuviera sucediendo en aquel preciso momento. La gente comenzó a agolparse a mí alrededor debido al estruendo de las copas que tiré al suelo.

—¿Está bien, señorita?

—Sí. —Seguía apoyada en la mesa.

Un dolor punzante y agudo se apoderó de mí durante unos segundos que me impedía respirar. La mano de uno de los invitados se apoyó en mi hombro y me deshice de él.

—No me toques. —Salió en forma de susurro de mi boca.

Necesitaba salir de allí, que nadie me pusiera una mano encima en aquel momento porque no respondería de mis actos. Me deshice de las preguntas, de aquellas manos que trataban de ayudarme y salí de la fiesta sin mirar atrás. Acabé en el parking apoyada en un coche tratando de recuperar la respiración.

—Mariola. —Levanté la vista y me encontré con la mirada preocupada de mi hermana.

—¿Qué?

—¿Qué ha pasado? Todo iba genial y de repente parece que has robado un millón de dólares.

—He comenzado a gobiarme con tanta gente y tantas felicitaciones.

—Te conozco demasiado bien como para saber que eso no es lo que ha pasado. ¿Qué has recibido?

—Necesito salir de aquí.

Me pidió que la esperase un par de minutos. Me puse de cuclillas entre dos coches para que nadie me viese allí.

Cogimos el coche de Brian sin despedirnos de nadie y volvimos a la ciudad. Necesitaba tener una larga conversación con mi hermana y que ella me dijese que no había visto aquello en el *e-mail*, que todo era una artimaña de Jonathan.

Escuché el estruendo de las copas y a Mariola disculpándose, pero después no la volví a ver. Jason la estaba buscando, pero no supe dónde se metió. Encontré a los chicos hablando y se callaron justo cuando me acerqué. Después aquellos meses, sabía que estaban hablando de mí.

—¿Dónde está Mariola?

—Ha vuelto a la ciudad. —Ninguno me miró a la cara.

—¿Cómo que ha vuelto a la ciudad? No entiendo nada.

—Mira, señor no parezco entender nada, después de la semanita que le has dado y lo que...

—Justin se cayó sin terminar la frase.

—¿Lo que qué? No me jodáis. —Agarré del brazo a Justin.

—Mira, Alex, no sé qué ha pasado entre vosotros últimamente, pero arréglalo antes de que te mande a la mierda definitivamente. —Nunca había visto a Justin así.

—Hemos solucionado todo.

—No es verdad, Alex. —Mike me miró enfadado.

Salí corriendo por el jardín y me monté en el coche. No me despedí de nadie, excepto de mi

madre. Le pedí que se quedase con Jason aquella noche. Llamé a Mariola varias veces, pero su móvil estaba apagado. ¿Dónde podía estar? Se suponía que habíamos solucionado todo, que me había perdonado por ser un imbécil. ¿A qué se debía aquella espantada de la fiesta? No podía entenderlo. Justo sonó mi teléfono y comprobé que era María.

—Alex, Mariola se acaba de ir al baño. Necesita que vengas ya. No me hago responsable del recibimiento que te haga, pero tienes que venir aquí ahora mismo. Ha recibido unos mensajes de Jonathan al móvil y creo que estás interesado en dar unas cuantas explicaciones. —Empecé a escuchar por detrás a Mariola.

—Otra botella de vodka, por favor, de esas de caramelo. ¿María que haces al teléfono?

—¿Dónde estáis?

—Me estoy arrepintiendo de haberte llamado. No se cómo pudiste hacerlo Alex y después estar con ella como si no le hubieras destrozado la vida. No me lo puedo creer, Alex, pero esto también puede estar manipulado o no. Joder, qué lío tengo en la cabeza. No se si lo has hecho o no, pero creo que esta noche...

Escuché un grito de Mariola, un forcejeo y un golpe seco que hizo que la llamada se cortase. Traté de volver a llamar a María, pero estaba apagado o fuera de cobertura. Todo el mundo parecía tener la información que a mí me faltaba.

—¿Estás loca, Mariola? Has reventado mi teléfono.

—Mañana te compro otro. —Cogí la botella para pegarle un trago.

—Mariola, deja ya la botella. —Estábamos en el Silk y vi a Joe, el compañero de Ryan, al fondo del local.

—Voy a saludar.

—¿Dónde te crees que vas sin zapatos?

Crucé la discoteca y me acerqué a Joe. Antes de llegar a él, me tropecé con una mesa y me caí al suelo de rodillas.

—¿Mariola? —Me ayudó a levantarme.

—Hola, Joe.

—¿Estás bien? No tienes muy buena cara...

No terminó la frase y salí corriendo al baño a vomitar. Aparté a todo el mundo de mi camino y me colé en uno de los baños nada más que se abrió una puerta. Cerré el pestillo y fuera eran todo gritos porque me había colado.

Escuché la voz de mi hermana y diez minutos después salí del baño para lavarme la cara. Mi hermana me miraba a través del espejo y su cara de preocupación por mí era notable.

—No puedes estar así, Mariola. Acláralo. No puedes fiarte de lo que te mande ese cabrón. Ya sabes que quiere destrozarte y eso es fácil de manipular.

—Bueno, bueno, bueno. Mira lo que tenemos aquí. Una burbujita que ha reventado. Hola, Mariola.

Me di la vuelta y vi a Alison frente a nosotras con cara de alegría al verme en aquel estado.

—Pasa de mi culo, tía, de verdad. Vete a follarte a Richard y déjame en paz. —Traté de salir y se puso en medio de la puerta—. No tengo el humor para aguantarte ahora mismo, así qué apártate de mi camino o te aparto.

—¿Tú y cuantas como tú?

—Connmigo, apártate si no quieres dos pies españoles acaben metidos por tu puntiagudo culo americano. —Miré a mi hermana asombrada.

—Vaya par de macarras. No sé cómo los hermanos McArddle han podido fijarse en vosotras.

Debéis chuparla de maravilla.

Quise partirle la cara a Alison, pero mi hermana se me adelantó y le arreó tal bofetón que resonó por todo el baño. Yo no pude hacer otra cosa que reírme. Con todo lo que estaba pasando aquella noche, ver a mi hermana en plan Hulk Hogan me arrancó unas cuántas carcajadas.

—Y tú no te rías. —Se dirigió a mí con la mano en la cara.

Salimos del baño y Joe nos estaba esperando fuera con cara de no saber qué estaba ocurriendo. Me había caído, había salido corriendo descalza y ahora me estaba riendo como auténtica chiflada.

—¿Estás bien, Mariola?

—No. —Me apoyé en su hombro—. Se supone que tendría que estar contenta por la fiesta de nuestro compromiso. —Le enseñé el anillo—. Me caso y parece que el mundo ha decidido joderme la noche.

—Enhorabuena. —Vio cómo hacía un gesto raro con la boca—. O no.

—Se supone que ahora tendría que estar disfrutando de una maravillosa fiesta con mi futuro marido y estoy emborrachándome en un bar con mi hermana.

—La pregunta es sencilla, Mariola ¿quieres estar allí o aquí? —Me agarró de la barbilla.

—Lo que quiero es que el destino deje de ponerme piedras en el camino para que pueda ser feliz.

—Tú eres la única que puede decidir si esas piedras las quieres mover para continuar con tu vida o eres tú las que las pone en medio por miedo a fracasar. —Joe se estaba tomando demasiadas confianzas.

Me quedé unos minutos apoyada en la pared tratando de que se me pasase aquel mareo.

—Para ti. —Joe me entregó su teléfono.

—Hola, Mariola.

—¿Ryan?

—Joe me dice que crees que el destino es una mierda enorme. —La voz de Ryan sonaba lejos, muy lejos. Ojalá estuviese en la ciudad.

—¿Me llamas para esto y no para contarme cómo estás?

—Yo estoy bien, pero Joe creía que tal vez yo pudiese calmarte. —Su voz me hacía estar más tranquila.

—El destino es una mierda.

—El destino es mágico, Mariola. Mi padre siempre decía que nos pone a prueba y nosotros somos los que podemos decidir sobre él. Si nos dejamos llevar en el momento en que alguien aparece en nuestra vida o dejar pasar la que puede ser la oportunidad de tu vida para ser feliz. — Sus palabras estaban empezando a golpearme fuertemente en la cabeza.

—O sea que si soy feliz es gracias al destino y si soy infeliz... ¿es culpa mía? Vaya mierda de consejo, Ryan.

—No es eso, Mariola. El destino te puso en mi camino para ayudarte. Aquella noche estabas muy perdida, tal como lo estás ahora. Me encantaría estar a tu lado para abrazarte y que me contases todo lo que ha sucedido, pero Joe es mis ojos en la ciudad. Confía en él y cuéntale lo que te preocupa. Él te ayudará. Voy a coger un avión a Nueva York ahora mismo, tengo una reunión con el FBI y la DEA allí. Nos vemos en un par de días.

—Vale. —Estaba tan asqueada que ni la idea de charlar con Ryan cambió mi estado de ánimo.

—Cuídate mucho.

—Cuídate tú, por favor. —Me quedé unos segundos pensando en él y en aquella misión.

—Parece que Ryan puede calmarte. —Joe seguía a mi lado.

Me agarró de la cintura, recogió mis zapatos del reservado donde estábamos y me obligó a ponérmelos. Salimos a la calle y me senté en unas escaleras de un portal cercano. Cerré los ojos y eché la cabeza para atrás. Necesitaba quitar aquel mareo que tenía encima. Comencé a escuchar unos gritos desde la puerta. Abrí un ojo y era Alison señalándome con un portero al lado.

—Ha sido ella. —Los dos se acercaron a mí.

—¿Ha tenido algún problema con ella? —El portero me miró señalando a Alison.

—No, Kevin.

—Me has pegado una bofetada. —La miré y sonreí levantando una ceja.

—Si yo te pegase, no te dejaba ni un diente, Alison.

—Señorita, no tengo tiempo que perder. —Se dirigió a Alison—. Si tiene algún problema con Mariola vaya a la policía e interponga una denuncia. Cuídate, preciosa. —Me miró y me guiñó un ojo.

—¿A este también te lo has tirado?

—No tengo ganas de aguantar tus quejidos, tu voz o tus tonterías. Alison, eres peor que un puto grano en el ojo del culo. —Escuché la risa de Joe.

—¿Tú de que te ríes?

—Si quieres interponer una denuncia, yo soy policía. Pero quiero recordarte que levantar falso testimonio es delito. ¿Te tomo declaración?

—No creo que a Alex le haga gracia que estés con este tío. Ahora mismo le llamo. —Levanté la vista y la vi con el móvil en la mano.

—Estoy harta de tus aleteos de pestañas, de que intentes poner a Jason en mi contra, de que dejes las bragas en la terraza de Alex. —Me levanté señalándola con el dedo—. De que quieras manipular a todo el mundo a tu antojo. Harta de ti y de toda tu mierda. —Joe me agarró de la cintura, porque estaba demasiado cerca de ella e iba a terminar pegándola.

—Pues vas a hartarte de verme, bonita. No voy a salir de tu vida hasta que consiga que él vuelva a mi lado. —Sonrió cínicamente.

—Antes te arranco la cabeza. —Pataleé en el aire en castellano completamente fuera de mí.

—Hasta luego, perdedora.

Se marchó trasteando con el móvil en la mano. Maldije un par de veces su nombre con unos cuantos adjetivos detrás. Joe trató de calmarme, pero entre el mensaje de Jonathan, la zorra de Alison y el alcohol, era como una bomba a punto de explotar.

—¿Y si es verdad lo que dice? Eso de que vuelva con ella, es por que alguna vez han estado juntos. ¿Y si lo que decían esos archivos es verdad? Y si fue él... —Comencé a quedarme de nuevo sin aire.

—¿De qué documentos hablas?

Traté de encender mi móvil, pero mis manos temblaban demasiado como para atinar.

—Déjame a mí. —Se oyó el sonido al encender mi móvil—. El PIN. —Fue a entregarme el móvil y sin pensármelo contesté mientras me deshacía de nuevo de mis zapatos.

—Mi fecha de nacimiento. —Escuché la verificación de que el código era el correcto y miré a Joe extrañada—. ¿Cómo lo sabes?

—Soy bueno quedándome con los datos.

Seguía pensando dónde demonios podía estar Mariola, cuando un mensaje entró en el móvil. Era de Alison y no quise ni leerlo, pero la foto que llevaba adjunta era de Mariola y Joe a la salida del Silk. Conduje un par de calles y al girar los vi sentados en unas escaleras y Joe tenía el móvil de Mariola en la mano. Era como si me estuvieran inyectando veneno en la sangre en aquel mismo instante. Algo se apoderó de mí y salí hecho una furia del coche en su dirección.

Paré un par de coches en la carretera, que pitaron a mi paso.

—Puedo tratar de investigar si es real o no. —Fue lo único que escuché cuando estaba acercándome.

—¿Se puede saber qué demonios se te ha pasado por la cabeza para salir huyendo de tu propia fiesta de compromiso? —Mi voz sobresaltó a Mariola que soltó el anillo que tenía en la mano.

—Aquí no hay nadie que esté sordo. —Se agachó a coger el anillo, tropezándose con sus propios pies—. Joder.

—¡Estás como una cuba! Nos vamos a casa. —La agarré del brazo y se soltó de mí.

—Déjame en paz. ¿Quién te crees?

—¿Me quieres decir qué cojones está pasando? —Traté de controlarme.

—Creo que necesitáis hablar tranquilamente. Mariola me mando esto a mi correo y te lo miro. No te preocupes. —Le devolvió el móvil y vi cómo Mariola le sonreía.

—Esto es increíble. —Resoplé quitando la vista de ellos dos.

—Espero tener mañana alguna noticia tuya. —Puso su mano en el hombro de él.

—Alex, trata de calmarte, podéis decir cosas de las que mañana os arrepintáis.

—¿De qué vas? ¿De buen samaritano? —Me interpose en su camino con los brazos cruzados.

—Hasta mañana, Mariola.

Vi cómo Joe se alejaba y al darme la vuelta Mariola ya estaba a mitad de la calle caminando descalza en dirección contraria a nuestra casa con los zapatos en la mano.

—¿A dónde pretendes ir descalza?

—A mi piso. —Seguía caminando sin girarse.

—¿Quieres contarme qué está pasando? Porque no entiendo nada. —La agarré del brazo.

—Suéltame. —Gritó a pleno pulmón—. No eres quién para decirme qué puedo hacer y qué no. —Movía la cabeza y abría y cerraba los ojos—. No eres quien...

—Mariola, ¿qué pasa? ¿Qué va a mirar Joe? ¿Por qué has salido huyendo de la fiesta? ¿Por qué te encuentro como una cuba? Mariola, contesta, por favor.

Abrió la boca varias veces como si fuera un pez fuera del agua, boqueando, quedándose sin aire. Le fallaron las piernas y se desvaneció en mis brazos. Fueron segundos, pero pude agarrarla para que no acabase con la cara en el suelo. La cogí en brazos, la metí en el coche y conduje a toda velocidad hasta llegar a mi piso. La tumbé en el sofá y tome su temperatura. Estaba ardiendo. Su respiración continuaba agitada y no sabía qué hacer con ella. Por un segundo quise coger su móvil y saber qué era lo que la había llevado a aquella situación, pero quise confiar en ella y recé por que me lo acabase contando ella misma.

Pasaron diez o quince minutos, cuando Mariola abrió sus preciosos ojos marrones. Pero su mirada era diferente. Había odio en ella al verme.

—¿Dónde estoy? —Miró alrededor y reconoció el piso—. ¿Por qué estoy aquí? —Se levantó rápidamente del sofá llevándose una mano a la cabeza.

—Estás en casa, cariño. —Traté de acercarme a ella, pero de nuevo se alejó de mí.

—No. —Salió a la terraza a respirar profundamente—. Mierda.

La observé detenidamente. No era Mariola. Comenzaron a pasarme todas las imágenes desde que nos conocimos. Una a una, como si mi mente quisiera grabar los buenos recuerdos antes de que todo explotase. Sus besos, sus caricias, la forma de ronronear cuando la besaba, su forma de fruncir el ceño con el primer café de la mañana, la manía que tenía de robarme la rebanada de pan recién tostada de mi plato. En aquel momento no era la Mariola que conocí en

aquella fiesta. Puse mi mano en su hombro y se dio la vuelta con lágrimas en los ojos.

—Nena, ¿qué está pasando?

—Bésame. —Tenía la mirada fija en el suelo.

—¿Cómo? —Me estaba descolocando por completo.

—Bésame, por favor. —Alzó su mirada encontrándose con mis ojos.

En aquel momento lo único que necesitaba era sentir sus labios, sus brazos agarrándome fuertemente y sacar de mi cabeza toda la mierda que nos estaba acechando en aquel momento. Nuestros labios se unieron en un feroz beso y su lengua se abrió paso en mi boca. Quería dejar la mente en blanco y gracias a sus besos lo conseguí. Empujé su cuerpo contra una de las hamacas y me senté a horcajadas encima de él. Sus manos recorrían mi espalda semi desnuda, bajándose lentamente la cremallera del vestido con mucha delicadeza.

—No necesito que seas el novio perfecto ahora mismo. Solamente te necesito a ti.

Pareció entender perfectamente mis palabras y a los dos segundos mi vestido estaba en el suelo. Se levantó conmigo en volandas y me agarré a su cintura con mis piernas. Siguió besándome mientras entramos en el salón. Noté el mármol frío bajo mi culo. Me dejó en la encimera de la isla y comenzó a bajar su lengua por el cuello, arrancando el sujetador a su paso, dejándome completamente desnuda en la encimera. Tenía los ojos cerrados, la mente en blanco y solo quería disfrutar de Alex. Noté como su lengua bajaba por mi estómago y se introducía entre mis piernas. Estaba preparada para sentirle dentro de mí, pero después de unos segundos paró y tiró de mi brazo incorporándome en la encimera. Se había desnudado completamente y pude observarle. Recorrí con mi mirada todo su cuerpo, memorizando cada músculo, cada vena y al llegar a su cara, memoricé sus ojos, su boca, su nariz y su cicatriz. Tiré de su brazo para besarle de nuevo y aprovechó para meterse dentro de mí con toda su fuerza. Gemí en su boca y me agarró del culo, introduciéndose más profundamente en mí. Parecía que los dos necesitábamos sentir nuestra piel y gemidos, nuestros cuerpos excitados. Las embestidas cada vez eran más fuertes y profundas llevándonos a un perfecto orgasmo después de varios gemidos. Mientras nuestros cuerpos aún temblaban, apoyé mi cabeza en su hombro con la nariz pegada a su cuello. Respiré su aroma mezclado con el sudor y lo memoricé. Aquella noche quería memorizar todo lo que después pudiese recordarme a Alex.

Se entregó completamente a mí en la cocina, pero al terminar parecía que estaba muy lejos de allí. Quise preguntarle, quise saber todo lo que se le estaba pasando por la cabeza, pero al notar su cuerpo temblando debajo del mío, no lo hice. La cogí en brazos y la llevé a nuestra cama que abrí con la mano que me quedaba libre y la dejé suavemente en ella. Me tumbé a su lado observándola. Estábamos mirándonos a los ojos y no dijimos nada. Recorrió con sus dedos mi cara, bajando por mi cuello, pasando por mis pectorales, llegando a mi abdomen, trazando círculos con sus dedos, haciendo que me relajase por unos segundos. Respiró profundamente y cerró los ojos. La observé mientras dormía. Necesitaba saber qué era lo que le pasaba por la cabeza para hacer lo que había hecho. Estuve más de dos horas dándole vueltas a aquello hasta que me quedé dormido.

Me desperté por el sonido lejano de mi móvil. Al abrir los ojos me costó unos segundos saber dónde estaba. No recordaba muy bien cómo había llegado a la cama y al darme la media vuelta vi a Alex a mi lado. Me levanté sin despertarle y fui hasta el salón para coger el teléfono. Al mirar la pantalla vi que era Joe. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. Estaba a segundos de saber si aquella dichosa información era real. No sabía si quería saberlo. Si todo era verdad, si todo lo

que Jonathan me había enviado era verdad, me mataría por dentro. Me senté en uno de los taburetes de la cocina y dejé el móvil en la encimera. Se cortó la llamada y no me moví.

No me moví en los siguientes diez o quince minutos. Estaba allí sentada con los brazos tapando mi cara y mi corazón latiendo a mil por hora. Era como si pensase que al no coger el teléfono, todo desaparecería y volvería a ser como al principio de nuestra relación. Pensé en qué hubiese pasado si no nos hubiésemos conocido o si nuestros pasados fuesen como los de las películas de Disney. El sonido del teléfono me sacó de mis pensamientos. Al mirar la pantalla vi que era Joe de nuevo. Corté yo misma la llamada y me fui a la ducha. Tenía que hablar con él en persona.

Después de prepararme, pasé por la habitación y Alex aún dormía. Le observé desde el quicio de la puerta y le dejé una nota en el salón antes de cerrar la puerta. Cogí su coche y me marché directamente a la comisaría. Al llegar varios policías me comentaron que Joe aún no había llegado, pero que podía esperarle en su despacho. Dejé mi bolso encima de la mesa y al ir a sacar unos pañuelos tiré unos informes al suelo. Cuando fui a recogerles vi una foto de Jonathan reciente. La cicatriz que le hizo Ryan el día que me atacó en mi piso se apreciaba en su cara. Al mirar más fijamente las imágenes comprobé que estaban sacadas en la puerta de mi trabajo. Por la fecha que observé en la foto era de hacía una semana. Todos los informes estaban relacionados con Jonathan, había datos de Alex, de Richard y míos. Mis datos bancarios, mi vida laboral, toda mi vida en Estados Unidos. ¿Por qué Joe me estaba investigando? Metí todos aquellos documentos en mi bolso y salí de su despacho sin mirar atrás. ¿Qué demonios estaba pasando a mí alrededor? ¿No podía confiar en nadie?

Caminé un par de manzanas. Estaba perdida. Alex me estaba engañando, Joe me estaba investigando y Jonathan estaba tratando de acabar con mi vida. La sensación de ahogo volvió a apoderarse de mí, así que decidí entrar en una cafetería a leer aquellos informes.

Tras dos cafés bien cargados y leer atentamente aquellos papeles, seguía sin entender toda la información que había en ellos. Mis horarios de entrada y salida del trabajo, donde residía, a qué horas salía a comer, con quién había comido durante todo el mes anterior. No entendía nada de lo que estaba leyendo. Estaba pasando mis ojos por todas aquellas palabras y no era capaz de comprender nada.

Me desperté más tarde de lo normal y al darme la vuelta en la cama no encontré a Mariola. Una sensación de pérdida se apoderó de mí y me levanté corriendo de la cama buscándola por toda la casa, pero no estaba allí. La llamé cinco veces y no contestó ninguna vez. Llamé al móvil de María y tampoco recibí ninguna respuesta. Comencé a dar vueltas por el salón. Tenía una sensación extraña desde la noche anterior. Aquella forma de mirarme, de decirme que no necesitaba que fuera el novio perfecto...

Me vestí rápidamente y salí a la calle. Volví a llamarla, pero no pude localizarla. Volvió a mí aquella presión en mi pecho. Tuve que pararme en medio de la calle porque me estaba quedando sin aire. El dolor comenzó a hacerse más agudo y tuve que dar media vuelta para tomarme las pastillas que me recetó el médico la última vez. Me tumbé en el sofá tras tomármelas para relajarme un poco. No podía comprender nada de lo que había pasado en las últimas doce horas.

Necesitaba respirar aire puro. Salí a la calle y al girar la esquina me choque contra alguien. Al levantar los ojos vi que era Joe.

—¿Por qué te has ido de la comisaría? —Clavó sus ojos en las carpetas que llevaba en la mano.

—¿Qué demonios es esto? ¿Por qué me estáis vigilando? —Le tiré las carpetas al pecho y una de las hojas salió volando por el aire que en aquel momento empezó a soplar.

—¿De dónde has... —Me miró y negó con la cabeza—. Yo... Tú...

—Yo, tú... Yo estoy cansada de que gente como tú me trate como si fuera tonta o como si fuera una muñeca de porcelana que se puede romper. Estoy harta.

—Ven conmigo a la comisaría y te lo explico todo. Confía en mí. —Le miré a los ojos y me di por vencida.

Diez minutos después estábamos sentados en su despacho. Escuché con atención todo lo que me contó. Descubrieron que Jonathan había vuelto a la ciudad después de que les enviase uno de los mensajes que recibí. No era tan listo como pensaba. Pero era imposible localizarle en la ciudad. Joe decidió vigilar todos mis movimientos para ver si en un descuido, Jonathan se dejaba ver y le podían pillar.

—Todo lo he hecho por protegerte, tal y como me ha pedido Ryan. —Se levantó y se arrodilló a mi lado—. Mariola, no puedo darte una razón por la que desde el primer día que Ryan te vio, quiera protegerte. Es como si el destino le hubiese puesto en tu camino para ayudarte. —Puso su mano en mi hombro—. Si él me pide que te proteja con mi vida, lo haré por él.

—Joe, ¿qué es lo que está pasando? ¿Qué es lo que sabes? No aguanto con más mensajes ni más llamadas a media noche. —No pude aguantar más y rompí a llorar—. Estoy tan harta de todo. De vivir con miedo, de estar aterrada por que Jonathan aparezca y pueda... —Me costaba respirar—. Pueda hacer daño a alguien que quiera. Que le pueda hacer daño a Jason, a Andrea, a María o a... —le miré y me agarró de la cara.

—No les pasará nada mientras yo esté cerca, Mariola. Déjame protegerte. —Nuestros ojos se miraron y por primera vez confié ciegamente en él.

Se quedó unos segundos en silencio mirándome, así que supe que los documentos eran originales, que no estaban manipulados y que era la firma de Alex. La cabeza comenzó a darme vueltas, el estómago se me revolvió y salí corriendo del despacho con la mano en la boca buscando el baño más cercano. Vomité lo que la noche anterior había ingerido y cuando me lavé la cara y me miré en el espejo, por primera vez en todo aquel tiempo... me di cuenta. Me quedé unos segundos mirándome en el espejo e instintivamente me llevé las manos a la tripa. Me levanté la camiseta y me acaricié la tripa. La noche anterior ni siquiera había bebido como para tener resaca, solo me tome una copa de champán y en el Silk el vodka me dio asco. No terminé de leer el informe del médico.

¿Estaba embarazada y ni siquiera me había dado cuenta?

COMO UNOS GLADIADORES
A PUNTO DE SALIR A PELEAR

Volvió de nuevo a mi cabeza el despido. La firma de Alex aparecía en aquel papel que me entregaron, junto con un informe exhaustivo de los verdaderos motivos por los que se me despedía. Por ser parte de la vida de Jonathan. Si Alex desde el principio sabía quién era yo... ¿por qué comenzó a salir conmigo? ¿Por qué al conocerme no me dejó en paz? Hubiera seguido con mi vida y no tendría un maldito acosador persiguiéndome, no estaría embarazada de un hombre en el que ya no confiaba. Me sentía muy lejos de allí, como si parte de mí hubiera abandonado mi cuerpo y fuera una mera espectadora de todo lo que estaba pasando.

En un primer momento quise pensar que era una trampa del mismísimo Jonathan o hasta del tiburón. Pero era la letra de Alex, era su firma, la que tantas veces le había visto hacer delante de mí. El otro cheque tenía valor de miles de dólares a nombre de la madre de Jason. La hizo desaparecer de sus vidas. Era mentira que les abandonó. Fue él quien la echó de sus vidas pagándole un montón de dinero. Era demasiada información y mi cabeza comenzó a dar vueltas. Mi móvil sonó y vi su nombre en la pantalla... Directamente le colgué.

Joe entró en el baño y se sentó a mi lado sin decir ni una sola palabra. Al mirarle a los ojos supe que no tenía ni idea de qué hacer conmigo. Comenzó a hablar despacio, como si tuviera miedo de que alguna de sus palabras me hiciera más daño. Trataba de tranquilizarme y decirme que hablase con él, pero mi cabeza ya estaba muy lejos de allí. Encajé las piezas una a una y salió la versión más macabra de todo aquello. Todo empezó con el accidente de Alex y Brian. Jonathan quiso venganza, pero esperó los suficientes años como para hacerle el mayor daño a Alex y a mí. Alex se enteró que era amiga de Jonathan y me echó a patadas de aquella empresa; a los años me conoció y quiso divertirse un rato a mi costa, Jonathan le vio la noche del concierto conmigo y gestó su venganza, poniendo todo mi mundo patas arriba.

Me despedí de Joe y bajé hasta el coche. Al ir a abrir la puerta me encontré con Rud.

—No, Rud, no. —Me monté en el asiento del conductor y apoyé mi cabeza en el volante. Rud entró en el coche.

—Vamos a ver. ¿Qué ha sucedido ahora en tu reino?

—Sal del coche y desaparece de mi vida junto a tu querido jefe. —Pasé mi cuerpo por encima del suyo y abrí la puerta del copiloto para que se bajase.

—¿Me he perdido algún capítulo del culebrón? Porque...

—Que te vayas. —Le corté entre gritos—. ¡Fuera, fuera, joder! —Le grité con todas mis fuerzas señalando la acera con mi dedo y las personas que pasaban por allí se nos quedaron mirando.

—Al jefe no le va a gustar nada...

—¡Que le jodan! —Cerré la puerta al acelerar el coche y por el retrovisor vi cómo Rud cogía el teléfono para llamar a su querido jefe.

Aparqué frente a una farmacia y compré un test de embarazo. Necesitaba un lugar seguro en el que poder estar tranquila. Recordé que tenía en el bolso un juego de llaves del piso y veinte minutos después estaba sentada en el suelo del baño, esperando los eternos tres minutos para ver

el resultado.

Escuché a los chicos entrando en casa y no me moví del baño. Estaba paralizada por el miedo a que aquel palito marcara dos rayas rosas. No había sido capaz de mirar el resultado. Justin me vio en el suelo cuando pasó al lado del baño y vino corriendo.

—Mi amor, ¿estás bien? —Se arrodilló a mi lado—. Estás llorando y... —Vio en el test—. Dios mío. —Me miró a los ojos—. Ya sabes el resultado sin ni siquiera mirarlo, ¿no?

—Yo. —Afirmé y negué a la vez llorando—. No quiero...

—No puedes cerrar los ojos y olvidarlo.

Un escalofrío me recorrió de nuevo todo el cuerpo. Aquel estúpido médico, aquel falso negativo y... Dios mío. Había bebido, fumado y estaba embarazada. Me agarré a mis rodillas llorando desconsoladamente. No podía parar. Mike me agarró por la cintura y las piernas y me llevó al sofá. Ninguno de los dos decía nada. Se limitaron a taparme con una manta, prepararme un té y cuchichear en la cocina, mientras esperaban a que reaccionase.

Me levanté para ir a mi habitación a coger un jersey, pero cuando entré no había nada, todas mis cosas estaban ya en casa de Alex. Cuando Alex hacía algo, lo hacía a lo grande y se había encargado de que llevasen a su casa todas mis cosas. Me senté en la cama y me vino a la mente su forma de mirarme la noche anterior. Su forma de tocarme no parecía mentir. Parecía quererme de verdad, pero todo había sido una gran farsa. Y ahora embarazada, se encargaría de hacerme desaparecer de su vida con una buena cantidad de dinero. Al levantar la vista Mike y Justin estaban apoyados en la puerta esperando a que les contase por qué me había ido de la fiesta y qué estaba pasando. Respiré profundamente y varios minutos después comencé a contarles todo.

No se lo podían creer, ellos trataban de desmentírmelo, pero cuando saqué los papeles que me llevé del despacho de Joe y se los enseñé, los dos tuvieron que callarse.

—Cariño, estos papeles... —Mike les daba la vuelta varias veces, pero no podía decir más—. No lo entiendo.

—Es que no sé cómo he podido estar tan ciega. Podría haber pensado que no me conocía, pero joder, que hay un informe y Jonathan no tiene tanto poder como para engañar hasta a la policía.

—Lo de la madre de Jason, es imposible, Mariola. Alex adora a Jason.

—Mira, hacer desaparecer a una madre con esa cantidad de dinero es muy fácil. Pero hay algo que no me cuadra, Mariola. —Mike siempre era quien mantenía mejor el tipo en las situaciones difíciles—. Alex no es así.

—Parece que nos ha engañado a todos. Es un cabrón. Te dejó en la calle y por su culpa acabaste metida en la mierda de Jonathan... y viviendo ahora este horror. —Justin estaba encolerizado.

—No puedo más...

No pude terminar la frase cuando noté un doloroso pinchazo en la parte baja del vientre. Un dolor que me hizo doblarme sobre mí misma. Al agacharme noté algo caliente corriendo mis piernas. Me levanté agarrándome a Mike y me miré el pantalón. Una mancha roja apareció en mis piernas. Grité lo más alto que pude y el pinchazo se hizo más insoportable. Parecía como si me estuvieran clavando un cuchillo en la tripa. No podía dejar de llorar. El dolor era tan intenso y punzante que me temí lo peor. Mike y Justin se encargaron de llevarme al hospital.

Fui al piso de Mariola después de todas las llamadas. No había nadie. Me quedé esperándola durante dos horas delante de su casa y allí no había rastro de ella. Justo cuando me iba a marchar recibí la llamada de Rud. Había estado en la comisaría con Joe más de dos horas, pero le había echado entre gritos del coche. Pedí un taxi para ir a comisaría y cuando

llegué a su despacho, escuché parte de su conversación en la que nombraba a Jonathan diciendo algo de que ya había descubierto su juego. Él estaba metido.

—Eres un maldito malnacido. —Me acerqué en dos zancadas hasta él y le agarré del cuello —. Estás con Jonathan. Es la única explicación a todo este juego. —Mi puño estaba elevándose para pegarle.

—¿Qué demonios haces, Alex? —Agarró mi puño en el aire y sin saber cómo, empujó mi cuerpo contra la pared, poniendo su brazo en mi cuello—. ¿Qué pretendes hacer? ¿Pegarme?

—Suéltame, maldito cabrón. Sabía que tenías algo que ver en todo esto. —Trataba de zafarme de su brazo, pero era más fuerte que yo.

—Vamos a ver. Creo que el que tiene que callar eres tú.

Le pegué un empujón con todas mis fuerzas y cayó encima de la mesa, tirando todos los papeles que había por allí encima.

—¿De qué cojones hablas?

—Eres tú el que ha hecho que Mariola se aleje aterrada.

—Cabrón. —Fui a pegarle, pero me agarró del brazo, me dio una vuelta y mi cara terminó pegada en la mesa, con el brazo retorcido por detrás de la espalda—. Suéltame, joder.

—¿Ves lo que hay en el suelo? —Eché un vistazo y vi mi nombre, el de Mariola y el de Jonathan en una maraña de papeles, datos y fechas—. Tú eres el verdadero culpable de todo lo que está pasando y de que Mariola esté como está. —Se quedó callado y se apartó lentamente de mí esperando mi reacción.

—No me asustas. —Le pegué un empujón quitándole del medio para tratar de coger los papeles del suelo, pero se puso en medio.

—Son confidenciales. Solo Mariola los ha visto. Eran para ella. —Vi cómo se llevaba la mano a la cintura.

—¿Me vas a pegar un tiro? No me asustas, Joe. No me asustan ni tus palabras ni tus papeles. Ella me quiere y no creará nada de lo que Ryan trata de meterle en la cabeza.

—Que te quiera no lo dudo, pero que ahora mismo confíe en ti... El amor se puede recuperar o no, pero la confianza que depositó en ti, con toda aquella historia del accidente, su despido de aquella empresa, la extraña desaparición de la madre de tu hijo...

No le iba a permitir que metiese a mi hijo en aquella pelea, no aguanté más y mi puño acabó en su cara. Se tocó la boca y negó con la cabeza.

—Puedes pegarme todo lo que quieras, pero ella ya sabe toda la verdad. La culpa de que Jonathan vaya detrás de ella es solamente tuya. Tú eres el único culpable de que ella acabase en brazos de él, haciendo lo que tuvo que hacer. Tus mentiras os han llevado a todo esto. Y ahora sí que voy a usar mi poder como policía. —Me pegó un gran empujón contra la pared—. Como le pase algo a Mariola, como no seamos capaces de protegerla de Jonathan, te juro que todo el cuerpo de policía de Nueva York irá a por ti.

—Ni se te ocurra hablar de lo que no sabes. Ni se te ocurra decir ni una sola palabra más. —Su mirada altiva me dio ganas de matarle—. Cómo se te ocurra hacerle algo, como se te ocurra tocarla un pelo, tú te las tendrás que ver conmigo. Y me da igual que me mandes a todo el cuerpo de policía a detenerme. —Me acerqué a él lentamente—. Porque ni tú ni nadie, va a conseguir que me separe de Mariola. Toda esa mierda que se ha inventado Ryan para que ella vuelva a su cama, os las vais a tragar. —Las venas de mis brazos estaban a punto de estallar—. No voy a dejar que ni tú ni nadie joda lo que he ganado.

—¿Mariola es uno más de tus trofeos? —Recibió otro empujón que hizo que se sentase en la mesa—. Mi equipo se encargará de ti y de investigar.

Allí estábamos los dos, como unos gladiadores a punto de salir a pelear. Se levantó lentamente de la mesa sin acercarse a mí. Me agaché para recoger todos aquellos malditos papeles y salí de su despacho pegando con la puerta en la pared. La mitad de sus compañeros me miraron al pasar. Ninguno se acercó a mí. Nadie me dijo nada antes de salir de la comisaría. Joe era la persona que Ryan había dejado en la ciudad para acabar con nosotros.

Me desperté sobresaltada en una habitación que no reconocía y con algo que me salía del brazo. Me dolía la cabeza y el cuerpo entero. Eché un vistazo, pero no había nadie más en la habitación. Instintivamente me llevé las manos a la tripa. Recordé la sangre y mis pulsaciones aumentaron en cuestión de segundos. Un médico con una carpeta entró en la habitación y debió de ver mi cara de terror. Se acercó lentamente a mí ojeando lo que supuse eran analíticas o informes.

—Mariola, ¿te encuentras mejor? —Él era el único que podía dar una respuesta a su propia pregunta.

—Me duele la cabeza, el estómago y parece que me ha pasado un camión por encima. — Resoplé y apoyé mi cabeza en la almohada.

—Eso es normal. Has tenido una bajada de tensión, probablemente por no haber ingerido nada en horas.

—¿Y la sangre? —Estaba aterrada por la que podía ser su respuesta.

—¿Has tenido alguna situación demasiado estresante últimamente que haya podido alterarte?

—Sí. —Estaba absolutamente aterrada.

—El feto se encuentra bien, su tamaño y peso son normales para las catorce semanas de embarazo. —Le miré atónita.

—¿Catorce semanas? Eso es como... —Conté mentalmente ayudándome con los dedos.

—Has entrado en el segundo trimestre de tu embarazo. Debes estar unos días en reposo. —Me sonrió tratando de tranquilizarme—. ¿Sabías que estabas embarazada?

—Hasta hoy no lo he confirmado. Me hice unos análisis hace un tiempo y dieron negativo. Estoy embarazada y no he llevado una vida demasiado sana. ¿Seguro que todo está bien? —Se abrió la puerta y una enfermera entró con un carrito.

—Hola, Mariola. —La enfermera me sonrió.

—Hola.

—Estábamos esperando a que te despertases para hacerte lo que ahora mismo confirmo como primera ecografía de tu bebé.

Era real y estaba a segundos de verle en una pantalla. Me echaron el gel en la tripa y no pude reaccionar hasta que escuché un corazón latiendo. No pude contener las lágrimas. Tenía una mezcla terrible de sentimientos: me alegraba escuchar aquel pequeño corazoncito latir tan fuerte y una tristeza al saber que estaba sola. Qué después de todo lo que había pasado, estaba sola conociendo a mi bebé, a nuestro bebé. Al girar la cabeza y mirar a la pantalla me quedé sin respiración. Le vi por primera vez.

—Como puedes ver, está bien. —El ginecólogo me agarró de la mano sonriéndome—. Enhorabuena, vas a ser madre.

Estuvo un rato más explicándome pruebas que se podían hacer en caso de que no estuviese tranquila, pero me aseguraba que en unas semanas se podría seguir viendo su evolución completamente normal.

Después de casi una hora, el médico salió de la habitación. Logró tranquilizarme sobre el tema del bebé y de su estado. No me lo podía creer. Justin y Mike entraron a los minutos de salir la

enfermera de la habitación. Los dos me miraban preocupados. Acerqué mi mano a la mesilla que tenía al lado y les enseñé la primera fotografía de mi bebé. Justin abrió la boca y soltó un pequeño grito. Mike se sentó en la cama y me abrazó.

—Mi amor, pase lo que pase, no estás sola. Nosotros siempre estaremos contigo. Pero debes hablar con él. —Mike vio en mi cara lo que pensaba de su consejo—. Sé que no quieres verle, pero después de lo que te has enterado, tienes que hablar con él. Será la única forma que tengas de seguir adelante. Aunque duela conocer la realidad. Es lo que debes hacer, mi vida. —Me besó.

—Duele saber que solamente he sido un pasatiempo para él. —Comencé a llorar de nuevo.

—Te dolerá hoy, mañana, pasado y muchos días más. Pero si no cierras ese capítulo, no podrás seguir adelante. Y ahora no estás sola. —Agarró mi mano con la suya y la puso sobre mi tripa—. Ahora sois dos.

Los chicos pudieron tranquilizarme. Como siempre, eran los únicos que lo lograban. Al rato apareció por allí mi hermana con Sonia. Las dos estaban preocupadas por la llamada de Justin y por todo lo que les había contado. Las dos querían matar a Alex. Es más, mi hermana había tenido una gran pelea con Brian. Brian no sabía de qué le hablaba, excusó a su hermano y María acabó saliendo de casa pegando un portazo. Estaba enfadada y decepcionada tanto con Brian como con Alex. No podía creer todo lo que Justin le había contado y que Brian no se molestó en negar nada.

—María, quiero presentarte a alguien.

—¿A un sicario barato? —refunfuñó.

—A una pequeña persona que será parte de nuestra familia. —Le enseñé la ecografía.

—No estoy para bromas, hermanita. —Me miró y sonreí.

—Estoy embarazada.

—¿No me jodas? —Al coger la ecografía y, ver que no me estaba descojonando de la broma, gritó.

Saltó a la cama y Mike tuvo los suficientes reflejos para atraparla antes de que cayese sobre mí.

Tras dos días en reposo hospitalario forzado, quinientos globos y cinco millones de flores, salí del hospital. Alex había tratado de contactar conmigo por varios medios, pero todos habían hecho una barrera a mí alrededor para que no se acercase en las cuarenta y ocho horas que necesitaba reposar. Estaría furioso por no saber dónde estaba, por no saber qué estaba pasando.

Al llegar a casa, parecía que había pasado un huracán dejando allí todo lo necesario para una fiesta para el bebé. Más flores, más globos y un montón de ropa minúscula inundaban cada parte del piso. Se habían vuelto locos en solo dos días y pensaron que eran la mejor manera de animarme.

Cuando me desperté de madrugada, totalmente desubicada, necesité varios minutos para descubrir dónde estaba. Fui en silencio al salón y me senté en el sofá. Todos habían tratado de mantenerme en una especie de realidad alternativa donde Alex no existía. Me quitaron el teléfono en el hospital. Al ir a la cocina a por un vaso de agua, encontré mi teléfono metido en la balda de los cereales de avena de Justin. Sabían que allí no buscaría ni muerta. Estaba apagado. Cogí el vaso de agua y me senté de nuevo en el sofá observándolo durante unos segundos. Me acaricié la tripa, pensando que necesitaba estar tranquila por el bebé. Respiré varias veces antes de encenderlo. Hizo ruido y lo metí debajo de un cojín para que los chicos no lo oyesen. Cuando supe que estaba encendido lo miré. Tenía el buzón de voz lleno, muchos mensajes de texto de Alex y comencé a leer los últimos. A penas habían pasado un par de horas del último. Sus palabras eran

duras. Me obligaba a llamarle, a dar la cara y a tener una conversación con él, que fuera tan valiente para verle como lo había sido para salir de nuevo huyendo. Cerré los ojos y pensé unos segundos. Sabía lo que tenía que hacer, tenía que aclarar las cosas y sobre todo, contarle que estaba embarazada. Aun sabiendo que podía correr el mismo riesgo que la madre de Jason: el bebé sería nuestro punto final. Le mandé un mensaje.

Tenemos que hablar.

A las ocho de la mañana en la cafetería de tu hotel.

Al pulsar enviar un escalofrío me recorrió el cuerpo. Supuse que estaría dormido, pero a los diez segundos recibí el mensaje de vuelta.

Espero que no huyas esta vez, como todas las anteriores.

El tono de su respuesta era duro. Sabía que hablando con él, dando la cara, todo acabaría en el mismo instante en que saliéramos de aquella cita.

Nuestra última cita.

Me quedé el resto de la noche en el sofá dormitando y despertando a cada rato con el corazón acelerado. Cuando dieron las seis y media de la mañana, me levanté para ir al baño y me paré delante de uno de los espejos que había en la pared. Me puse de lado y me levanté la camiseta. Me acaricié la tripa y cerré los ojos unos segundos. No sabía cómo se lo iba a contar a Alex ni cómo me iba a enfrentar a él. Me metí en la ducha tratando de relajarme, pero fue imposible. En un par de horas estaría delante de Alex para seguramente despedirme de él, echarnos toda la mierda encima y salir de allí odiándonos.

Escuché a los chicos hablando en la cocina mientras salía atándome aquel vestido al cuello. Necesitaba disimular al máximo los cambios de mi cuerpo.

—Esta tripa parece haber crecido desde que me he enterado. —Agarré el vaso de café de Mike.

—No te lo crees ni tú. —Me lo quitó y me dio otro vaso diferente—. Yogur con muesli y frutas para beber.

—¿Ni un café?

—Ya te has pasado bastante sin saber que estabas embarazada. No te voy a dejar ni a sol ni a sombra. Quiero que mi sobrino crezca sano y que su madre esté tan guapa como siempre. —Me abrazó y sentí paz—. Te quiero, princesa. Hoy y siempre.

—Te quiero, Mike. —Abrí los ojos y Justin estaba con los ojos entrecerrados.

—A ti también te quiero, Jus. —Me abracé a él.

—Ya.

—Siempre. —Me separé de él y me senté en uno de los taburetes preparada para decirles que iba a ver a Alex—. Aunque a lo mejor ahora, cuando os cuente algo... Vale, allá va. —Respiré hondo—. A las ocho he quedado con Alex en el hotel. No me digáis nada, pero tengo que enfrentarme a él, a mis miedos, a mis mayores temores y saber qué es lo que va a pasar. Sé que puedo salir de allí destrozada, pero tengo que hacerlo.

—El médico te dijo que nada de alterarte.

—Jus, estaré tranquila, te lo prometo. Ya no solo tengo que pensar en mí. Bastante daño le he podido hacer, así que estaré relajada, lo prometo. —Puse mis manos sobre mi tripa.

—¿Se lo vas a contar a Alex? —Mike puso su mano en la barriga y afirmé con la cabeza—. Vamos contigo.

—Tengo que ir sola. Además vosotros tenéis que trabajar. No podéis dejar vuestra vida por mí. —Recogí el bolso—. Luego hablamos de una cosa que he pensado. Tampoco os va a gustar, pero lo necesitamos.

—Mariola. —Escuché el tono de enfado de Justin.

—Me voy, que quiero coger el metro hasta el Rockefeller Center e ir andando por la Quinta antes de ir al hotel. Os quiero.

Cerré la puerta antes de que los dos salieran corriendo detrás de mí. Tras media hora en metro, estaba caminando por la Quinta. Me encantaba escuchar el bullicio que había a aquellas horas en la ciudad. Faltaba poco para las ocho y todo el mundo caminaba sin mirar a su alrededor. Los tacones de las mujeres resonaban en la calle, los móviles vibraban a cada paso y yo me iba

mirando mientras caminaba en los escaparates. Sentía los ojos de cada persona fijándose en mí. Como si pudieran saber todo lo que me atormentaba. Me coloqué los brazos alrededor de la tripa y a la altura de la 57 giré a la derecha. Me separaban pocos metros del hotel y estaba nerviosa por cómo iba reaccionar mi corazón al verle.

Antes de entrar el hotel, me quedé unos segundos delante del edificio del Four Seasons. Miré hacia arriba y aquellas cincuenta y dos plantas de piedra caliza me intimidaron. Fue la primera vez que me sentí intimidada por un edificio. Tal vez por saber que Alex estaba esperándome en la cafetería para hablar. Me temblaban las piernas como si fuera el primer día de colegio y yo fuera la niña con gafas y aparato.

Subí los escalones y se me comenzaron a agolpar todos los recuerdos que había vivido en aquel hotel. Noté la mirada de la recepcionista clavada en mí. Escuché sus tacones sonando en el suelo acercándose a mí.

—Buenos días, señorita Santamaría. El señor McArddle está en su despacho con una videoconferencia. En quince minutos se reunirá con usted. —Se giró fijándose en mis brazos.

—Gracias.

Observé cómo la gente entraba y salía del hotel. Justo a mi lado se paró una mujer con un bebé en brazos y con una preciosa niña morena con unos enormes ojos azules agarrada de su mano.

—Cariño, mamá tiene que ir a cambiar a tu hermanito el pañal. Así que espera a papá aquí sentada. Está en la recepción pagando.

—Vale, mami. —La madre se fue y vi cómo el padre la vigilaba desde recepción—. Hola.

—Hola, preciosa.

—¿Cómo te llamas? —Se puso a mi lado.

—Mariola. ¿Y tú?

—Alexandra.

—Es un nombre precioso.

—El tuyo es raro. —Se rio.

—Un poco.

Esperé a que su padre se acercase a ella y cuando lo hizo, me marché hasta la cafetería, pero antes de entrar, volví a mirar a la niña. Estaba con una piruleta pegajosa en la boca dejando toda clase de manchas en el sofá. A Alex le iba a dar un mal cuando lo viera. Se le hincharía la vena del cuello y sus labios se convertirían en una perfecta línea.

Negué con la cabeza sonriendo mientras entraba en la cafetería y me senté en uno de los taburetes. Esperé más de veinte minutos y me entretuve en jugar con mis uñas en la barra o colocando las servilletas de papel de diferentes maneras. Me levanté y caminé por la cafetería en la que no había nadie ya que estaba cerrada. Me apoyé en una de las ventanas y miré al jardín. A los segundos escuché la voz de Alex allí fuera. Traté de mirar por las ventanas, pero no era capaz de ver nada. Escuché la voz de una mujer manteniendo una conversación con él. Salí al jardín y justo cuando los vi, pensé que todo lo que les había prometido a Mike y Jus se iba a ir a la mierda. Alex y la cuñada estaban allí charloteando. Su importante videoconferencia no era tal. Me masajé la frente unos segundos, pero no pude aguantar después de ver cómo se miraban y cómo Alex ponía su codo en la pared a la altura de la cara de ella. Qué pena que no se le escapase el codo y acabé en la cara de Alison.

Carraspeé más alto de lo normal para llamar su atención y cuando se dieron los dos la vuelta, Alison sonrió como si hubiera ganado una gran batalla y Alex se sorprendió al verme.

—Creía que habíamos quedado a las ocho, pero veo que estás demasiado ocupado con ella. — Señalé a Alison.

—No vengas ahora hablando de puntualidad, porque tú o bien desapareces o llegas tarde. —Se acercó a mí enfadado.

—No me toques los cojones, Alex. He prometido no alterarme, pero... —Tiré el bolso contra una silla de la terraza.

—Ya llegó la verdulera a darnos una lección de cómo decir tacos. —Alison le dejó un pequeño sobre del tamaño de un libro en el pecho a Alex y le besó dulcemente muy cerca de los labios—. No te creas nada de lo que te diga. Es una experta mentirosa. Te lleva engañando mucho tiempo y es capaz de inventarse cualquier cosa para retenerte. —Vi cómo me miraba y paró sus ojos en mi tripa—. Como que está embarazada cuando se ha pasado con esas magdalenas de *Magnolia*.

—Zorra. —Me lancé sobre ella y la agarré del moño tirando fuertemente de él.

—Déjala en paz. —Alex me agarró de la cintura y del brazo tirando para atrás, gritándome y tirando tan fuerte que noté que me apretaba demasiado en la tripa—. Maldita sea, Mariola, compórtate. —Me dejó en el suelo y me revolví como si estuviera en una jaula.

—Eres una hija de puta y te juro que acabaré contigo. Esa sonrisita se te va a quitar del guantazo que te voy a meter en cuanto te pille a solas. —Traté de alcanzarla de nuevo, pero me encontré con el cuerpo de Alex protegiéndola de mí—. Me da igual que esta vez te escudes en él, porque te juro que como me hagas el más mínimo daño, te quitaré esa sonrisa.

—Ya está bien, joder. Cállate de una vez. —Me apartó y se puso a hablar con Alison—. Luego seguimos hablando y respecto a esto —apretó el sobre contra su cuerpo mientras hablaba—, tengo todo muy claro. Ya nadie me engañará, digan lo que digan o hagan lo que hagan.

Vi cómo Alison le daba un beso de nuevo a Alex y me giré recogiendo mi bolso.

—Mierda, Mariola. Eres estúpida. Necesitas tranquilidad y te encuentras con esto. —Me llevé la mano a la tripa. Tenía la sensación de que aquella zona tenía hipo—. Bichillo, espero que seas tú y no me des más sustos, aunque tu padre sea un capullo, necesito que estés bien. —Pasé entre unas mesas y una mano grande me agarró del brazo. Me di la vuelta mirándole con... ¿odio? ¿dolor? ¿desilusión?

—¿Quién coño te crees para hablarle a Alison así?

—¿Tú quién te crees que eres para gritarme? —Tiré fuertemente de mi brazo, soltándome y pegándome un golpe contra una pared—. Eres el único capaz de hacerme daño sin tocarme.

—¿A qué demonios has venido? ¿A seguir engañándome?

Le miré con el puño muy apretado. Se merecía un puñetazo en toda la cara de imbécil que tenía en aquel momento.

—Hemos quedado a las ocho para hablar, pero veo que estabas ocupado tu querida cuñada, que siempre está para ti cuando las cosas se tuercen.

—No te atrevas a juzgarme. Desapareciste, te encontré borracha, después me usaste como un juguete y volviste a desaparecer durante más de cuarenta y ocho horas. —La vena de su cuello comenzó a hincharse—. Todos han hecho un muro a tu alrededor. ¿Qué cojones está pasando, Mariola? ¿A qué estás jugando?

—Yo no juego, Alex. ¿Tú? —Me crucé de brazos delante de él.

—A ver qué eres capaz de soltar por la boca. —Se cruzó de brazos al igual que yo.

—No sé ni por dónde empezar. —Negué con la cabeza y respiré tratando de calmarme por el bien de los tres.

—Por una verdad.

Le miré a los ojos y no vi nada de aquel brillo que solía tener cuando me miraba. No parecía quedar ningún resto de lo que habíamos tenido. Todo lo que hubo entre nosotros había desaparecido.

—Creo que ya sabes qué vengo a contarte. Gracias a ti, a tus artimañas...

—¿Artimañas? —No me dejó terminar de hablar—. Eso es lo único que has usado tú desde que te conozco. Empezando por tu sobrina chantajeándome y no terminaría hoy de enumerar. —Levantó los brazos en alto—. La última vez fue hace tres noches en mi casa. Follamos y te marchaste sin mirar a atrás, como siempre. —Me quedé sorprendida por su forma de hablar—. Te escapaste de mí huyendo lejos, me mandaste al hospital, joder. —Su grito alertó a unos clientes que se asomaron por la puerta—. ¿Tienen algún problema?

—No eres tú el que está hablando. No sé qué mierdas te ha metido Alison en la cabeza pero... —sonreí tristemente—. Llevas demasiado tiempo sin ser tú.

—¿Y tú? —Continuaba su tanda de reproches—. ¿Siempre has sido tú o me has estado engañando desde el principio? Porque hay hechos que por mucho que hayas querido ocultar han salido a la luz.

—Te conté la verdad de todo. Me abrí a ti y te confesé mis más oscuros temores. —Mi corazón se aceleró demasiado en pocos segundos.

—Entonces siempre has sido una mentirosa.

—No me lo puedo creer. —Caminé lentamente por la cafetería—. ¿Tú me vas a dar consejos de ser honesto? ¿Tú, Alex? —Le señalé—. No estás en disposición de hacerlo. Tú fuiste el que me llevó a cometer aquellos errores. Tú me tiraste a los brazos de Jonathan. Por tu culpa, ahora es él quien nos atormenta.

—¿Y a los brazos de aquellos millonarios también te tiré yo? No lo creo. Fuiste tú, comportándote como una... —se quedó callado y se mordió el labio inferior.

—¿Cómo una qué? —Le reté a continuar su frase.

—No me voy a rebajar a tu nivel. No uso a la gente y la tiro a la basura.

—Claro, tú te deshaces de las personas con cheques multimillonarios. Al igual que hiciste con la madre de Jason.

—No te atrevas a mencionar a mi hijo. —Su respiración se podía oír por toda la sala.

—Pues no te atrevas a juzgarme por lo que tú has hecho. Me echaste de la empresa de tu padre. —Vi cómo abría incrédulo los ojos—. Ahora no te hagas el tonto. Me echaste de su empresa, después cuando nos conocimos creíste que la mejor manera de joder a Jonathan era joderme a mí, engañarme, hacer que me enamorase de ti. No comprendí nada hasta que vi los papeles.

—No entiendo cómo puedes mentir tanto.

—¿Cómo puedes tener la cara de negármelo cuando todas las evidencias te apuntan a ti, Alex? —Le volví a señalar con el dedo.

—¿Toda la mierda que Ryan le ha pedido a su amigo que te enseñe para volver a meterse en tus bragas? ¿Cuándo follabas conmigo te imaginabas que era él? —Casi no terminó la frase cuando mi mano abofeteó su cara.

—Maldito imbécil. —Me agarró fuertemente de los brazos pegándome a él. Nuestras bocas estaban demasiado cerca—. Suéltame o grito.

—¿Quién va a escuchar tus gritos? Todo es mío. —Con uno de sus brazos levantado abarcó la sala—. ¿Me entiendes? Mío.

Por primera vez en nuestra relación tuve miedo. Miedo de que su odio le hiciera hacer algo de lo que nos arrepentiríamos. Noté cómo su mano apretaba con más fuerza y me estaba empezando a hacer mucho daño.

—Suéltame, joder. —Tiré de mi brazo y él lo soltó a la vez, haciéndome caer al suelo.

—Con tus mentiras, tus huidas y tus escarceos con aquellos hombres... Me obligas a odiarte.

—No sabes de lo que hablas. —Comencé a notar cómo las lágrimas empezaban a agolparse en

mis ojos.

—¿Estás segura de que me contaste toda la verdad? —Me tiró el famoso sobre a las piernas.

—¿Qué coño es esto? —Lo abrí y comprobé que eran unas fotografías mías con... ¿el tiburón? Yo no le conocía de nada hasta aquel día que irrumpió en CIA—. ¿En esto te basas? Son falsas, Alex. Yo no conocía a tu padre hasta hace unas semanas.

—Mi equipo se ha encargado junto con Alison de revisarlas y son verdaderas. Son de hace unos años en el Moma, en una de tus famosas fiestas de recaudación de fondos. Me das asco, Mariola. Por tu culpa mi padre engañó a mi madre.

—Sigue pensando eso. —Me levanté del suelo lanzándole las fotos a la cara—. Sácale la cara a tu padre y échame la culpa a mí. No hay que ser demasiado hábil para retocar las fotos. ¿Cómo justificas que tu firma aparezca en los cheques y en mi despido? —No iba a darle aquella batalla por ganada hasta que no dijese todo lo que tenía en la cabeza.

—Alison tiene razón: eres capaz de cualquier cosa por hacer que la tuya sea la verdad absoluta. Cómo me arrepiento de haber luchado por algo que tenía fecha de caducidad desde el primer momento, por perseguirte por medio mundo y por defenderte delante de los todos. No eres más que una maldita caza millonarios.

Alex continuó hablando, pero yo dejé de escuchar. Las palabras de aquellos expedientes aparecieron en mi cabeza, como si los tuviera delante y se fueran subrayando en amarillo. Despido, cheques, desaparición madre de Jason, accidente coche, muerte, Jonathan...

—Es lo que has buscado desde el principio: quedarte embarazada para solucionar tu asquerosa vida. —Volví a la realidad—. Pero al menos eso no se ha hecho realidad. Gracias a Dios.

—Ojalá todo lo que he averiguado fuera mentira. Que toda esta mierda se quedase en una maldita pesadilla.

—Solo sabes mentir. Burdas y asquerosas mentiras que salen de una cabeza enferma.

—Ojalá no te hubiera conocido nunca, Alex. —Recogí mi bolso y me coloqué una mano en la tripa—. Ojalá no te hubieras atravesado en mi camino. No tendrás que deshacerte de mí como lo hiciste con la madre de Jason.

Le miré unos segundos esperando recibir más bofetadas en forma de reproches.

—Sigue mintiendo que eso se te da de miedo, Mariola. Has sido la única que ha conseguido que confiase en alguien. Aquella noche en el callejón... —Recordé el primer beso—. No tenía que haber ocurrido nada entre nosotros. Me arrepiento de haberme enamorado, de haber creído tus mentiras y de haberte querido como un loco. —Vi cómo salían falsas lágrimas de sus ojos y cómo no apartaba su brazo de la tripa—. Vete de mi vida y aléjate de mi familia.

Ya no la creía. La odiaba por haberme destrozado y por haberme hecho creer que yo era el culpable de aquello. Mi equipo de seguridad estaba revisando aquellos falsos expedientes que la policía se había sacado de la manga. Ninguno se encargaría de proteger a Mariola más. Ya tenía a su propio equipo de Inteligencia para hacerlo. No dijo nada más, negó varias veces con la cabeza, se quitó las lágrimas enfurecida y se alejó de mí. En cuanto vi a Mariola desaparecer por la puerta me volví loco. Lancé varios vasos al suelo y tiré dos o tres sillas. El jefe de seguridad del hotel apareció y me deshice de él con otro grito. Ella me había convertido en un monstruo.

No fui capaz de decirle que estaba embarazada. Las lágrimas casi no me dejaban ver cuando salí por la puerta giratoria, y justo cuando estaba a punto de desaparecer, escuché una voz llamándome por mi nombre. Al darme la vuelta vi a Jason corriendo a mí. Me limpié las lágrimas y traté de sonreír. Al mirarle vi también a Susan.

—Mierda. —Respiré y sonreí.

—Mariola. —Saltó a mis brazos dándome un pequeño golpe en la tripa—. Perdón. —Me levanté con él en brazos.

—Hola, cariño. —Me bajé las gafas de sol que llevaba en la cabeza para que no me viese los ojos hinchados.

—No te he visto en unos días. —Me acarició la cara.

—Hola, Mariola. —Me miró de arriba abajo y supe que ella se había dado cuenta de algo que su hijo no había hecho.

—Tengo que marcharme. —Vi cómo Alex salía del hotel enfurecido—. Tengo que ir a trabajar. —Dejé a Jason en el suelo.

—No te vayas. Vamos a desayunar. —Tiraba de mi mano y vi cómo la cara de Alex se endurecía a cada paso que daba.

—No puedo, cariño...

—Te he dicho que te alejes de mi familia. —Alex comenzó a gritar desde lejos—. ¿Hay algo de lo que te he dicho que no entiendas? —Jason se quedó mirando a su padre.

—Alex.

Susan se acercó a su hijo tratando de calmarle, pero ni ella fue capaz de hacerlo.

—No, mamá. Si supieras todo lo que ha hecho, tú tampoco la querías tener cerca. —Agarré a Jason de la mano apartándole de Mariola—. Vámonos. —Nos dimos la vuelta los dos y volví a mirarla—. No te acerques a nosotros. —Nos alejamos de ella.

—¿Qué pasa, papá?

—Nada, cariño, pero no quiero que vuelvas a hablar con ella. —Tiré fuertemente de su brazo y se quejó.

—Papi, me haces daño. —Paré en seco y miré a mi hijo—. Lo siento, cariño. —Me agaché a su altura.

—¿Qué ha pasado, Alex? —Mi madre estaba a nuestro lado.

—Nos ha engañado a todos y lo mejor es que desaparezca de nuestras vidas ya.

—Hijo, creo que te estás equivocando. Alguien se está encargando de separaros. —Me levanté para que Jason no nos escuchase.

—Mamá, tengo pruebas. —Apreté los puños con fuerza y noté un pinchazo en el corazón. Me llevé una mano al pecho.

—Necesitas relajarte. —Me agarró del brazo obligándome a entrar al hotel de nuevo.

Verlos alejarse fue ver cómo se alejaba lo que hasta hacía unas horas era mi familia. Aquella que habíamos formado se acababa de ir a la mierda. La gente pasaba por mi lado como si yo fuera un fantasma al que podían atravesar. Recibí un par de golpes en los brazos avisándome de que necesitaba salir de allí, que me fuese lo antes posible. Con uno de los últimos empujones me giré y caminé hasta la oficina. No pude reprimir mis lágrimas mientras subía en el ascensor. Noté cómo la chica que iba a mi lado me miraba desconsolada. Me ofreció un pañuelo de papel que sacó de su bolso y lo acepté esbozándole una pequeña sonrisa. Me limpié las lágrimas por debajo de las gafas de sol. Cuando se abrieron las puertas en el piso de la oficina, vi cómo la gente andaba como loca de un lado para otro, pero la sensación que tenía era como si flotase a varios centímetros del suelo sin que ellos pudieran verme, como si nadie se percatase que yo estaba allí. Entré en mi despacho y tiré mi bolso al sofá para después acercarme a la ventana.

Estuve unos segundos mirando mientras la vida en la ciudad continuaba y la mía se había ido al traste. De nuevo noté aquella extraña sensación en mi tripa.

—Parece que no llegas en el mejor momento.

—¿Mariola? —Me giré y Linda me miró sorprendida—. ¿Estás... —Me miró los brazos sobre mi tripa—. Dios mío, cariño, estás embarazada. —Se acercó a mí y me abrazó con fuerza—. Enhorabuena. —Comencé a llorar de nuevo—. ¿Qué pasa, Mariola? ¿No estás contenta?

—No es eso, Linda. Estoy sola. —Nos sentamos en el sofá.

—No, cariño. Nunca estarás sola. ¿Alex...

—No me lo nombres. Estoy sola con este embarazo.

—¿Estás embarazada? —Scott entró en el despacho sin llamar a la puerta.

—Por qué no lo habré dicho por megafonía. —Me llevé las manos a la cara.

—Pensaba que venías a la reunión con Will.

—Scott, Mariola se va a marchar a casa a descansar. Dile a Will que me encargo yo de la reunión de hoy. —Scott no dijo nada más y salió de mi despacho para llamar a Will—. Voy a mandar un mensaje a Mike para que te acompañe a casa. —Ví cómo cogía el móvil y escribía a Mike—. Vete a casa, descansa y piensa en tu bebé. —Puso sus manos en mi tripa. —Tómame tu tiempo. Sé que va a ser difícil, que habrá días en los que no querrás levantarte de la cama, pero sois dos ahora. No sé qué ha pasado con Alex, pero no me importa ahora mismo. Quiero que sepas que estaremos a tu lado, preciosa. Pase lo que pase y decidas lo que decidas hacer.

—Lo sé, pero esto es una mierda enorme. ¿Por qué tuvo que aparecer en mi vida?

—Nunca sabemos el impacto que las personas que llegan a nuestra vida van a tener, pero tienes que pensar en tu bebé, en lo bueno que traerá. —Un mensaje entró en el móvil de Linda.

—Mike no puede venir hasta dentro de una hora. Está con un proveedor.

—No te preocupes. Voy en taxi hasta casa.

—De acuerdo, cariño, pero ten cuidado. No quiero que os pase nada. —Parecía estar asustada de verdad.

—¿Ha pasado algo, Linda? —No era solo por mi embarazo.

—No quiero preocuparte.

—¿Qué ha pasado? —Agarré su mano fuertemente temiéndome lo peor.

—Esta mañana hemos encontrado tu despacho abierto y tu portátil no estaba. Pensábamos que lo tenía Scott, pero al preguntarle nos ha dicho que no.

—Jonathan.

—Por eso quiero que esperes abajo hasta que llegue el taxi. No quiero que te pase nada y más sabiendo que estás embarazada. —Me llevé la mano a la boca.

—Tengo que llamar a Ryan. No sé si habrá vuelto a la ciudad ya. Tal vez él... —me levanté del sofá recogiendo el bolso.

—Mariola, ten mucho cuidado. —Se levantó y me abrazó fuertemente—. Vamos. —Me acompañó hasta el ascensor—. Tengo un mal presentimiento, cariño. —Se abrieron las puertas.

—Buenos días, chicas. —Will estaba saliendo del ascensor—. ¿Vienes a la reunión?

—Mariola está enferma y se va a casa a descansar. Yo me ocupo de todo.

—Espero que te mejores, te necesito a mi lado. —Me guiñó un ojo y se fue a la sala de reuniones.

—No te vayas hasta que llegue el taxi. No tardará más de diez minutos. Si no llega, me avisas sin falta. —Me besó mientras sus manos me frotaban los brazos.

—De acuerdo, Linda.

Me monté en el ascensor y comenzó a parar en cada piso para que se subiese más y más gente. Estaba tan lleno que el aire empezó a faltarme y comenzó a apoderarse de mí aquella sensación de ahogo, de inestabilidad. Me puse en la esquina del ascensor y cerré los ojos, apoyé mis manos

sobre las rodillas y traté de hacer algún ejercicio de relajación. Pero era incapaz de respirar correctamente. Se abrieron de nuevo las puertas en otro de los pisos intermedios y salí del ascensor empujando a varias personas pidiendo perdón. Me apoyé contra una pared para tratar de tranquilizarme y varios minutos después levanté la vista del suelo de mármol. Estaba en el cuarto piso así que decidí bajar andando para no tener que enfrentarme de nuevo a mi nueva sensación de claustrofobia.

Bajé por las escaleras y comencé a escuchar unos pasos detrás de mí que parecían seguirme. Miré para arriba por el hueco de las escaleras, pero escuché la puerta de incendios cerrándose en el quinto piso.

—Deja de pensar en esas películas de terror, Mariola. Estás sola, tranquila.

Negué con la cabeza y continué bajando las escaleras. En mi mente se mezclaban imágenes de Alex, de Jonathan, de Ryan, de todo lo que había ocurrido en mi vida los últimos meses, pero Jonathan era el que más presente estaba. Unos pasos justo encima de mí volvieron a llamar mi atención. Me asomé otra vez por el hueco, pero allí no había nadie. De nuevo escuché otra puerta cerrándose. Bajé dos escalones más y empezaron a sonar unas notas de música clásica que provenían de algún piso superior. Meneé la cabeza un par de veces y esboqué una sonrisa de incredulidad. Sí, parecía que era la escena perfecta en la que a la rubia tetona de la película de terror la acuchillaban en unas escaleras de emergencia. Pero aquella música sonaba mucho cada vez más fuerte y más cerca, al igual que aquellas pisadas. Mi garganta comenzó a emitir pequeños gemidos y me paré, di la vuelta y comprobé que mi imaginación me estaba jugando una mala pasada. Allí no había nadie y todo aquello tendría una explicación mucho más real que la escena que se estaba montando en mi cabeza.

—Sal de aquí a respirar que lo necesitas, Mariola.

Al girar la cabeza para continuar bajando las escaleras se me paralizó el corazón.

—Joder, Scott. Qué susto me has pegado. —Le pegué en el pecho y traté de esquivarle para continuar bajando.

—¿Qué te pasa, Mariola? Parece que algo te atormenta.

—Mi imaginación me está jugando una mala pasada, Scott. Necesito salir a la calle y respirar un poco de aire fresco.

—¿O es que te persiguen tus pecados?

La música comenzó a sonar más fuerte y más cerca. Era una parte de *Invierno*, de las *Cuatro Estaciones* de Vivaldi. Cada vez sonaba más y más cerca de nosotros.

—No tengo la cabeza para descifrar tus frases encriptadas, Scott. —Traté de apartarle y me agarró tan fuerte del codo que solté el bolso—. Me estás haciendo daño.

—Nunca has tenido tiempo para mis cosas. —Sus ojos se tornaron violentos. Su boca formó una delgada línea siniestra.

—¿A qué te refieres? —Traté de zafarme de él de nuevo y los pasos se escuchaban detrás de mí cada vez más cerca—. Scott, me estás asustando.

—Ahora es cuando vas a pagar por todos tus pecados.

—No entiendo nada Scott. —Mi corazón latía tan fuerte que lo sentía en cada poro de mi piel.

—Nunca has tenido tiempo para escucharme ni para atenderme, has ascendido en la empresa olvidándote de mí. —Cada vez apretaba más mi codo, obligándome a mirarle desde abajo mientras mi cuerpo se agachaba.

—Por favor, me estás haciendo daño. —Estaba casi de rodillas en el suelo.

La música sonaba justo detrás de mí, los pasos que antes eran lejanos también estaban en mi espalda. Aquella sinfonía aterradora me estaba haciendo sentir que estaba a punto de correr el

mayor peligro de mi vida.

—Scott, por favor.

—Mariola, vas a pagar todos tus pecados y los de tu querido Alex. Porque vosotros dos sois culpables de tantas cosas, que nunca tendréis vida para expiarlos todos.

Scott estaba apretando tanto mi codo, que sentí sus dedos atravesando mi piel. El violín cada vez era más rápido y la música estaba muy cerca. Cerré unos segundos los ojos y al volver a abrirlos vi las botas. Aquellas mismas botas que habían estado en mi despacho, las que tenían un dueño que me hacía temblar cada vez que estaba a mi lado.

—Por fin juntos.

—Tu peor pesadilla se ha hecho realidad. —Scott tiró de mi brazo para levantarme del suelo y me agarró de la barbilla acercándose a su boca—. Vamos a divertirnos. —Giró mi cuerpo poniéndome cara a cara con Jonathan.

—Preciosa como siempre, nena.

No había ninguna parte de mi cuerpo que no estuviese temblando aterrada por lo que tenía ante mis ojos. Mis manos estaban aprisionadas por las de Scott en mi espalda. Quería gritar, pero mi garganta no producía ni un mísero sonido. Scott me agarró de la garganta, apretándola fuertemente, como si me quisiera acabar conmigo en aquel mismo instante.

—Por... favor... No... —No conseguía articular ninguna palabra coherente. Mi cabeza comenzó a dar vueltas.

—Por fin mía. —Las manos de Jonathan recorrieron mi cara y me acariciaron los labios.

—Nunca. —Fue lo único que pude decir antes de morderle la mano y notar el sabor a hierro de su sangre en mi boca.

—Maldita zorra. Tendrás lo que te mereces. —Se lamió la herida y se le quedaron restos de sangre en la cara.

Sacó una pistola plateada con la empuñadura marrón de su chaqueta. Hizo con ella el mismo recorrido que sus dedos habían hecho anteriormente. El acero frío rozaba cada parte de mi cara. Pasó por mis labios y no pude contener las lágrimas. Estaba cara a cara con mi mayor temor.

—Esto puede terminar de dos maneras: muy lento o solo lento. Tú decidirás cómo morir. —Puso el cañón en mi sien.

—No te lo pondré fácil. —Decidí no morir aquel día.

Comenzó a sonar de nuevo aquella música de Vivaldi que me erizaba la piel. Saqué fuerzas de algún lugar escondido y grité, grité lo más fuerte que pude.

—¡Socorro!

—¡Maldita zorra!

Un golpe frío y seco en la cabeza me hizo tambalear haciéndome caer al suelo. Dejé de ver, de respirar y todo se volvió demasiado oscuro.

Obligué a mi madre a llevarse a Jason unos días a su casa, no quería que viera cómo la empresa de mudanza se llevaba todas las cosas de Mariola. No hacía ni cuatro días que les había pedido a Mike y Justin que las metieran en cajas para sorprenderla, pero todo se había ido a la mierda con sus mentiras.

Me puse una copa y me senté en un taburete de la cocina. Saqué de mi americana las fotos y las miré por última vez. La forma de tocar su cara, de besarle... Me daba asco ver cómo Mariola engañó a mi padre con sus sucias tácticas para sacarle el dinero. No podía quitar mis ojos de sus manos, cómo le acariciaba la nuca, al igual que me había hecho a mí tantas veces. Cómo sus labios se posaban en los de mi padre, cómo las manos de mi padre estaban puestas en su culo.

—¡Joder!

Lancé el vaso contra la pared y uno de los chicos de la mudanza apareció asustado en la cocina.

—¿Qué estás mirando? Continúa con tu trabajo. —Me levanté para servirme otra copa.

Así me hacía ser Mariola, visceral. Me comportaba como un energúmeno, no pensaba, simplemente actuaba. Y por actuar sin pensar en las consecuencias había acabado en aquella situación. Poniendo mi vida y la de mi hijo en peligro por una mujer. Dwayne y Rud entraron en casa hablando entre ellos y por su gesto pude comprobar que ya se habrían enterado de nuestra monumental pelea en el hotel.

—Señor, hemos estado investigando las fotos y hay cosas que no cuadran. —Dwayne dejó unos papeles encima de la mesa—. Hay algo que no encaja, señor. Esa fecha que aparece en la foto.

—Dwayne, deja de investigarlo. Son reales, tan reales como que Mariola nos ha estado engañando a todos con su cara de niña buena.

—No es eso, señor. —Dwayne se cruzó de brazos mostrando aquellos músculos enormes.

—Mariola es capaz de nublarle el sentido, de hacerte ver que el conejo de la chistera desaparece delante de ti, aunque lo esconda en la otra mano. —Negué fuertemente con la cabeza—. Podría ser una política de las buenas, sabe mentir y actuar como si todo el mundo le importase de verdad.

—No estás siendo justo. —Rud se acercó a mí.

—Rud, a ti te ha gustado siempre Mariola. Eres igual que ella. —Le pegué un trago al whisky y le señalé con el dedo antes de apartar el vaso de mi boca—. Tenía que haberte despedido hace mucho tiempo.

—No es ella la que te está engañando. Yo buscaría culpables en otro lugar y no en la mujer que tanto te quiere. Pero puede ser que tú no la hayas querido nunca.

Me di la vuelta, le pegué un puñetazo y acto seguido le agarré por el cuello. Descargué toda mi frustración con Rud.

—Puedes seguir pegándome si quieres, pero eso que sientes por ella, no se va a esfumar tan fácilmente.

—¡Cállate! ¡Cállate! —Apreté mi puño cerca de su cara deseando volver a pegarle.

—Te estás equivocando, Alex, y vas a perder todo por dejarte cegar por Alison. Esas fotos son falsas.

—Vete de aquí. —Quitó la mano de su cuello y le empujó hasta la puerta—. Estás despedido. Vete con tu querida Mariola, tal vez es lo que los dos habéis estado deseando tanto tiempo con ese juegucito vuestro. No pienso tolerar ni una impertinencia más. ¡Vete! —Rud negó con la cabeza y acto seguido se fue buscando algo en su móvil—. Dwayne, ocúpate de que alguien esté en casa de mi madre. Jonathan lleva sin dar señales de vida demasiado tiempo y no creo que desaproveche esta ocasión.

—Señor, lo que le voy a decir no le va a gustar y si quiere echarme como a Rud, está en todo su derecho, pero él tiene razón. —Respiró profundamente esperando otra descarga de ira.

—No quiero tener que deshacerme de ti también. Ocúpate de que esas cajas desaparezcan de aquí y las lleváis al piso de Justin.

A uno de los chicos de la mudanza se le resbaló una caja de las manos y cayó al suelo abriéndose delante de mí. Se escurrió de ella una fotografía de Mariola a mi lado en la fiesta del hotel. Aquella fiesta en la que todo comenzó. Cogí el marco y miré al de la mudanza.

—Tengan un poco de cuidado.

Estaba preciosa con aquel vestido. Aquella sonrisa que me deslumbró el primer día en el colegio. Pero el odio que sentía por ella no me dejaba ver más allá. Pulsé el pedal de la basura con el pie y lancé con todas mis fuerzas la maldita foto. Era el punto final a todo. Tenía que obligarme a recordar que Mariola había desaparecido de mi vida. Dwayne me miró unos segundos y se dio la vuelta negando con la cabeza.

Llamé a Mariola al móvil, pero lo tenía apagado o fuera de cobertura.

—Mierda, Mariola, ¿dónde estás?

Alex me echó de su casa por decirle la verdad a la cara. Aquellas fotos no eran más que una burda estratagema de su cuñada para alejar a Mariola de su vida, pero le había cegado tanto el odio que no era capaz de ver la realidad. Estaba delante del piso de Alex sin saber muy bien a dónde dirigirme. Tenía un extraño presentimiento y no me gustaba nada cuando me pasaba. Era la misma sensación del día en que me encontré a Mariola en medio de la calle aterrada con el disfraz de la fiesta del Silk. Aquel miedo en sus ojos vino a mi mente. Pensé en los chicos. Ellos sabrían dónde localizarla. Marqué el número de Mike y me monté en el coche.

—¿Sí?

—Mike, soy Rud. ¿Sabes dónde está Mariola?

—Tendría que haber llegado a casa hace diez minutos. Me llamó Linda diciéndome que la mandaba en taxi para casa, porque alguien ha robado el portátil de su despacho. He venido en cuanto he podido, pero aquí no hay nadie. Jus tampoco sabe nada de ella.

—Mierda. —Golpeé con fuerza el volante.

—¿Qué pasa, Rud?

—Tengo un mal presentimiento, Mike.

—Voy a llamar a Linda, tal vez se haya quedado en la oficina.

—Voy ahora mismo para allí. —Me incorporé a la carretera en dirección a CIA—. Llama a su hermana, a Sonia o a quien quieras, pero tenemos que localizarla. —Se me aceleró el pulso.

—Rud, me estás asustando.

—Mike, está sola, no tiene protección. Alex ha decidido dejarla a su suerte y me temo que algo malo le ha pasado. Es una corazonada.

Conduje lo más rápido que pude hasta su edificio. El maldito ascensor parecía ir lo más lento

posible. Al abrirse las puertas en su planta, salí empujando a varias personas y me dirigí al despacho de Mariola. Allí no había nadie. Busqué a Linda y al pasar por uno de los pasillos, la vi en una de las salas. Entré sin llamar.

—¿Dónde está Mariola?

—Estamos en medio de una reunión. —Noté la mirada inquisidora de Will.

—Lo sé, pero necesito saber dónde está. Se supone que tenía que haber llegado a casa hace un rato y Mike no sabe nada de ella. Su móvil está apagado y...

—Le pedí un taxi antes de entrar a la reunión —Linda se levantó asustada de la silla—, rogándole que esperase por él. Su puerta del despacho estaba abierta esta mañana y Scott me avisó. Jonathan ha podido estar por aquí.

—Mierda, Linda. ¿No se ha quedado nadie esperando con ella? —Pegué un golpe en la mesa —. ¿Dónde está Scott?

—Voy a buscarle. —Will salió de la oficina rápidamente, pero a los segundos volvió a aparecer—. No está. Sasha me ha dicho que hace más de una hora que no le ve. Que ha salido cuando Mariola se ha ido y no le ha vuelto a ver. Dice que le ha escuchado hablar de Mariola con alguien, como avisándole de que se iba de la oficina.

Entonces me di cuenta. Scott era el que había estado ayudando a Jonathan, el que se le adelantaba a los pasos de Mariola en todo momento. Él conocía a la perfección su agenda, sus horarios, sus viajes y toda su vida.

—Tengo que encontrarla

—Voy contigo. —Will y yo corrimos hacia el ascensor.

—No necesito más ayuda.

—Quiero ayudar en todo lo que pueda, Rud. —Pulsamos los dos a la vez el botón.

—Vale. —Esperamos al ascensor, pero tardaba demasiado en llegar.

—Chicos, la compañía de taxi privado me dice que no han recogido a nadie. Han estado esperando abajo más de veinte minutos y se han marchado. —Linda estaba aterrada.

—Mierda.

Salí corriendo por las escaleras sin dejar que Will me siguiese. No iba a perder el tiempo esperando a que aquellas puertas se abriesen. Bajé las escaleras de cuatro en cuatro, me agarré a la barandilla para poder llegar antes a los pisos y salir de aquel edificio. Escuché pasos detrás de mí y vi a Will haciendo lo mismo que yo, saltando, esquivando a alguna persona que trataba de subir. Justo cuando llegamos al tramo de escaleras entre el segundo y el primer piso, nos encontramos un móvil destrozado en el suelo y un colgante al lado de la pared. Me agaché para recogerlo y comprobé que era el que Mariola llevaba siempre con ella.

—Aquí hay sangre, Rud. —Me levanté y al mirar la barandilla vi los restos de una pelea.

—Joder. —Cogí el teléfono para llamar a Mike—. Mike, necesito que hables con Ryan. Hemos encontrado sangre y me temo que es de Mariola. También está su móvil y el colgante que llevaba.

—Dios mío, Rud. Tienes que encontrarla. Está embarazada y me temo que Jonathan es capaz de hacer cualquier cosa.

—¿Embarazada? —Mike me colgó y me quedé noqueado con aquella noticia. ¿El jefe lo sabía y actuaba de aquella manera con ella?

—¿Qué demonios está pasando, Rud?

No esperé a Will y tampoco le di ningún tipo de explicación. No necesitaba tener lastre en aquel momento y salí corriendo hasta mi coche. No sabía dónde ir, no sabía ni siquiera si contarle lo que estaba pasando a Alex. Había empezado una cuenta atrás para tratar de salvar a Mariola.

Un terrible dolor de cabeza, mezclado con un olor a humedad y un frío horrible me despertaron.

Estaba aturdida. Traté de moverme, pero no podía. Comencé a abrir lentamente los ojos, pero no había casi luz y no podía distinguir lo que tenía delante de mí. Solo pude ver una pared negra llena de agujeros. De fondo se escuchaba música de piano bastante inquietante. Estaba sentada en una silla con las manos y los pies atados con una cuerda que me estaba casi cortando la circulación. Los ojos me pesaban demasiado como para abrirlos completamente. Tenía la boca tapada con alguna especie de cinta americana y no podía gritar. Sentía algo pegajoso en mi cabeza y en parte de la cara. Mi cuerpo temblaba con una mezcla de miedo y frío. Aquella habitación oscura era lo que me separaba de la realidad. No sabía cuánto tiempo había estado inconsciente, como tampoco dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí.

A los minutos una puerta detrás de mí comenzó a abrirse y entró luz en aquel cuarto. Si a oscuras parecía tenebroso, con luz natural era aterrador. De la pared colgaban fotografías mías en mi despacho, en la calle comprando revistas, con Andrea, Jason y con mi hermana. Quise memorizar todo lo que tenía delante para tratar de encontrar una salida a aquella pesadilla. Empecé a escuchar el chirrido de una silla de metal arrastrándose y Jonathan la dejó delante de mí, sentándose en ella a horcajadas. La música sonaba mucho más cerca. Parecía que Jonathan quería aterrarme con aquella especie de ópera.

—Mariola, Mariola. Qué fácil hubiera sido todo si hubieras vuelto conmigo, pero la señorita consigo todo lo que quiero, eligió al caballo ganador. —Se dibujó una sonrisa siniestra en su cara—. Pero no te diste cuenta de que Alex no lo era. Apostaste por él y vas a perder tu vida.

De mi garganta salían sonidos tratando de que se me escuchase gritar, pero aquella cinta no me lo permitía. Me revolví en la silla tratando de moverme, pero acabé con la cabeza contra el suelo.

—No, nena. —Tiró de mi brazo para levantarme—. Te vas a hacer daño tú solita y quiero tener el placer de hacerte yo todo el daño posible. —Me agarró de la barbilla.

Cerré los ojos y las lágrimas comenzaron a cubrir todo mi rostro. Por primera vez en mi vida sentí el terror, uno real. Solo se me pasó por la cabeza mi bebé. Un bebé que no iba a poder ver la luz del día. Un bebé que antes de nacer estaba destinado a morir a manos de un psicópata. Cerré los ojos e imaginé cómo hubiera sido tenerle entre mis brazos, cómo habría sido tocarle, besarle, olerle... Cómo hubiera sido verle dar sus primeros pasos, verle correr por Central Park o disfrutar de su primera sonrisa. Aquellos sentimientos se agolparon en la boca de la garganta y la cerraron. Comencé a respirar fuertemente por la nariz y un asqueroso líquido subió por mi garganta abrasándome por dentro. Abrí los ojos fuertemente y se me tensaron los músculos del cuello. Jonathan me miró preocupado por primera vez en su asquerosa vida.

—Joder, Mariola, ¿qué coño estás haciendo? —Me arrancó la cinta de la boca y le vomité encima—. Maldita zorra. —Me golpeó en la cara con su mano.

—Vete a la mierda, Jonathan. —Tenía la cabeza agachada hacía un lateral—. Vas a pagar por todo lo que me estás haciendo.

—No creo que sea necesario todo esto. —Scott se situó al lado de Jonathan.

—Scott, no me puedo creer que seas parte de todo esto. —Le miré apenada y sin creerme que me hubiese traicionado de aquella manera.

—No te atrevas a mirarme con cara de pena, Mariola. Te has ganado todo a pulso. Creyéndote la mejor del mundo, cuando solamente te has juntado con un asqueroso personaje. Alex mató a alguien muy importante de mi vida y va a pagar por lo que hizo.

No reconocía al Scott que tenía delante. Sus ojos estaban inyectados en sangre y poco quedaba de aquel chico dulce que había conocido años atrás. Todo había sido un juego para él.

—¿La chica del accidente? —No podía ver la relación que Scott tenía con ella—. Aquello fue un accidente, Scott. Él no es un asesino. Es... buena persona. —Traté de aflojar aquella cuerda,

pero me apretaba demasiado.

—Pues no le veo aquí para ayudarte. No te creas que él o Ryan o alguno de tus amigos va a salvarte, Mariola. Este es tu fin. —Jonathan ladeó la cabeza y en su cara pude ver todo lo que quería hacer conmigo.

—Vete al infierno.

—Allí nos veremos, preciosa.

Jonathan agarró a Scott del codo sacándole de la habitación. No cerraron la puerta y pude ver el resto de aquel lugar. Moví un poco las piernas, el mínimo que las cuerdas me permitían y giré lentamente la silla, tratando de hacer el menor ruido posible. Fuera había una mesa de madera, unas sillas y un suelo que me resultaba muy familiar.

—Está embarazada. Acepté unirme a ti, pero tiene que comer algo. Con aterrorizarla creo que será suficiente. Con mandarle estas fotos a Alex valdrá.

—¿No quieres vengar la muerte de tu hermana?

—Joder, Jonathan, no me voy a manchar las manos de sangre.

Escuché un ruido de cosas cayéndose y a los segundos vi la cabeza de Scott golpeándose contra el suelo y Jonathan encima de él apretándole del cuello.

—Estás tan cubierto de mierda como yo. Así que harás lo que yo te diga o acabarás pudriéndote en la cárcel.

Entonces reconocí aquel suelo. Estaba en el piso de Scott.

—¡Socorro!

Jonathan entró rápidamente colocándome de nuevo la cinta en la boca.

—Contigo no hay una forma menos dura de hacer las cosas, nena. —Su mano se puso en mi cuello y empezó a apretar hasta casi dejarme sin respiración—. Te aseguro que sufrirás viendo en tus últimos segundos de vida cómo Alex muere.

No me quería matar solamente a mí.

Quería acabar a los dos.

Recibí una llamada de Dwayne. No había nadie en el piso de Mariola y no podían dejar sus cosas. Así que les di orden de dejarlas en el pasillo. Ya iba por el cuarto o quinto whisky. Había perdido la cuenta. Estaba sentado en una de las hamacas de la terraza y sonó la puerta, pero no le hice caso. No quería ver a nadie en aquel momento. Pasaron de tocar el timbre a dar puñetazos en la puerta.

—Ábrenos, Alex. —Reconocí la voz de Ryan.

—Lo que me faltaba. Mira a lo mejor alguien se lleva un buen puñetazo hoy. —Abrí la puerta y me encontré con Rud, Ryan y Will. Los tres mosqueteros de Mariola—. ¿Qué cojones hacéis aquí?

—¿Sabes algo de Mariola?

—No. —Me di la vuelta tropezándome con los muebles—. Fuera de aquí los tres.

—Alex, necesitamos saber cuándo es la última vez que la has visto. —Entraron los tres en casa.

—Esta mañana en el hotel. Después ha desaparecido de mi vida. —Me senté en el sofá.

—¿Qué hora era? —Miré a Ryan y noté demasiada preocupación en su cara. ¿No se suponía que estaba en Colombia?

—Las diez.

—Después debió de ir a la oficina. Yo llegué a eso de las once y a los minutos salió de allí.

—Will hablaba con Ryan y este trasteaba con su móvil.

—Están tratando de restaurar su móvil o ver si pueden recuperar las últimas llamadas.

También están revisando las cámaras del edificio.

No podía entender nada de lo que estaban diciendo. La cabeza comenzó a darme vueltas. Sus palabras eran: Mariola, desaparecida, taxi, casa, oficina, escaleras, sangre. Mi mirada se quedó fija en el suelo y una gran arcada me recorrió la garganta.

—¿De qué demonios estáis hablando? ¿Os ha mandado Mariola para seguir jodiéndome la vida?

—Por dios, Alex, no todo gira entorno a ti. Solo hemos venido para ver si sabías algo de ella, pero ya nos vamos dejando que te emborraches hasta perder el conocimiento. —Rud negó con la cabeza completamente enfadado.

—Todo esto debe de ser una broma. —Los miré, pero ninguno de los tres parecía bromear—. ¿Qué coño pasa?

—Alex, Mariola ha desaparecido y hemos encontrado sangre en las escaleras de su edificio. Las he mandado analizar y son de Mariola. —Ryan puso su mano en mi brazo.

—¿Cómo has podido saber que son de Mariola? —Todo aquello sonaba como una locura sacada de una película.

—Con las muestras del hospital cuando estuvo ingresada el otro día.

—¿Ingresada? —Miré a Rud completamente descolocado—. No estoy entendiendo nada. ¿Quién querría hacer daño a Ma... —entonces me di cuenta—. Jonathan tiene a Mariola. ¿Qué coño has hecho tú para que no le pase nada? —Empujé a Ryan contra la pared.

—¿Y tú que has hecho para protegerla? —Me pegó un empujón deshaciéndose de mí—. Tú la has llevado a ésta situación.

—No voy a permitir que me culpes de esto. —Tiré un par de taburetes al suelo—. ¿Qué es lo que está pasando? —Mi cabeza comenzó a dar vueltas y el dolor del pecho que tenía desde la mañana se estaba haciendo insoportable. Rebusqué en la mesa mis pastillas y me tomé cuatro juntas.

—Scott es su cómplice. —Miré a Rud.

—¿Scott? Eso es imposible. Es su amigo, le conoce desde hace años y además nunca la haría daño. —De repente recordé aquella vez que Scott se enfadó con ella—. Tenéis que localizarla.

—En ello estamos, Alex. ¿Has recibido algún mensaje de Jonathan? Sabemos que te quiere hacer daño y con Mariola lo puede conseguir.

Cerré los ojos llevándome las manos a la cabeza. No me podía creer que todo aquello estuviese sucediendo de verdad. Tenía que ser una broma de mal gusto.

—Alex, necesitamos que pienses. Cualquier pista, cualquier dato de los mensajes que te haya mandado Jonathan nos puede ayudar. —Ryan no dejaba de mirar su móvil esperando la llamada de alguno de sus compañeros diciéndole dónde se encontraba Mariola.

—Hace tiempo que no recibo nada. —Mi corazón se aceleró pensando en mi familia—. Jason y mi madre.

—He llamado antes a Dwayne. Los dos están bien, les ha puesto más seguridad.

—Brian y María.

—Alex, nos hemos encargado de todos. Mike y Justin están tratando de localizar algo en la oficina con Linda. Frank y Sonia están también a salvo. —Llamaron a la puerta y Ryan abrió sin esperar mi permiso.

—Cualquier cosa que necesites, aquí estoy. —Frank vino directo a mí y me abrazó—. Lo que sea.

—¿Está todo el mundo a salvo? —Sabía que él era el único que no sería capaz de mentirme.

—Rud se ha encargado de que a todos nos pusieran seguridad.

De nuevo sonaron unos nudillos muy insistentes en la puerta.

—¿Qué hostias está pasando, Alex? —Brian entró apartando a Ryan a un lado—. María está aterrada con tanta seguridad. ¿Es verdad que Mariola ha desaparecido?

Les dejé el iPad para que Ryan y Rud comprobasen los e-mails que había recibido aquella semana. Me senté en el sofá mientras todo comenzó a suceder a cámara lenta delante de mí. Llegaron a casa varios policías compañeros de Ryan, mi hermano y Rud se estaban encargando de que nadie más se enterase de aquello. El pecho me estaba matando. Tenía que tranquilizarme, dejar de lado mi odio y hacer que aquella pesadilla acabase bien para todos.

A los minutos mi piso se convirtió en la base de operaciones de Inteligencia. El salón era un cúmulo de agentes de policía, personas con ordenadores colocando unos aparatos al teléfono, otros rastreando mis correos... Habían pasado tres horas desde que Jonathan había atacado a Mariola y no sabíamos nada. Era como una maldita pesadilla de la que no sabíamos el final. Comenzó a sonar mi teléfono. Al mirarlo cuatro policías se agolparon a mí alrededor. Número oculto. Me temblaron las manos al descolgar el teléfono.

—Mantenlo el máximo tiempo posible al teléfono.

—¿Sí? —Pulsé el manos libres.

—Hola, señor millonario. ¿Qué tal va el día?

—¿Dónde está Mariola? —Apreté los puños queriendo matarle.

—Ya sabes que ha desaparecido. Pero te estará comiendo por dentro, te estará doliendo el pecho por no tenerlo todo controlado.

Respiré varias veces y noté la mano de Ryan en mi hombro.

—Te juro que te encontraré y te mataré Jonathan. —No escuché nada al otro lado de la línea, pero a los segundos oí su risa.

—No, no lo vas a hacer. Porque si lo haces ella sufrirá y tú no podrás conocer algo que lleva dentro.

—Sé todos sus secretos, ya no me puedes hacer más daño del que ella me ha hecho. —Vi a mi hermano y a Ryan negando con la cabeza y susurrando entre ellos.

—Veo que te faltan datos, querido Alex. Si supieras toda la verdad, me hubieras pedido que no hiciese daño a lo que Mariola lleva dentro.

—Jonathan, me quieres a mí. —No comprendía lo que estaba diciendo—. Es a mí a quien quieres hacer daño.

—Sí, pero qué mejor forma de hacerlo que obligarte a ver sufrir a Mariola hasta su muerte. Que no puedas conocer a ese bebé que ella lleva dentro. Ese bebé del que no sabías nada. Una pena que vayas a perder a los dos en tan poco tiempo.

¿Bebé? No entendía nada.

—¿Cómo sé que está viva? —Un escalofrío me recorrió el cuerpo pensando en que pudiese estar muerta.

—Atento a la pantalla, señor millonario.

Frank, Brian, Rud, Ryan y Will se pusieron a los lados de la isla central. La llamada seguía en línea y llegaron dos imágenes. Al abrirlas, me llevé la mano a la boca. Mariola estaba maniatada, con una cinta en la boca, los ojos hinchados y con la mirada perdida. Tenía el pelo alborotado, sangre seca en la frente y parte de la cara. Por mi culpa, solamente por mi culpa, estaba en manos de aquel hijo de puta.

—Te juro que te mataré con mis propias manos si hace falta, Jonathan.

—No estás en disposición de amenazar a nadie. Voy a hacer con ella lo que tanto tiempo llevo deseando. —Escuché unos sollozos de Mariola. Me llevé la mano al pecho—. Recibirás

más instrucciones. —No me dio opción a seguir hablando con él o a tratar de descubrir si Mariola se encontraba bien.

—Joder. —Lancé el teléfono contra la pared, pero Ryan lo cogió al vuelo.

—Tranquilízate, Alex. Tenemos a toda la ciudad buscándola.

—No sabes lo que siento ahora mismo, voy a perder al amor de mi vida. —Hasta aquel momento no había pensado en que realmente podía perderla para siempre.

—Sí lo sé. —Se enfrentó a mí enfurecido—. Puede que yo no quiera a Mariola de la misma extraña manera que tú, pero creo que todos los que estamos aquí la queremos de diferentes formas. Nos duele tanto como a ti todo lo que está sucediendo. —Me entregó el teléfono—. Te aseguro que encontraremos a Mariola y les salvaremos a los dos.

—Dos. —Mariola estaba embarazada y yo no tenía ni idea de ello—. Los dos. —La cabeza comenzó a darme vueltas, sentí un fuerte pinchazo en el corazón y después todo se volvió negro.

Traté de hacer ruido con mis pies golpeando en el suelo, pero notaba mis pies desnudos sobre él. Me había quitado los zapatos para que no pudieran hacer ruido con mis golpes. Observé todo a mi alrededor o al menos lo que la poca luz que entraba por la puerta entreabierta me permitía. Aquello era una puta habitación a prueba de ruidos. Arrastré como pude la silla con mis piernas hasta la pared tratando de hacer el menor ruido posible, y a escasos centímetros, cogí impulso para golpear la silla de madera contra la pared para romperla, pero fue en vano. Escuché unos pasos que se acercaban y me quedé quieta.

Entré en la sala con un poco de sopa caliente. Todo se nos había escapado de las manos. Jonathan me prometió darle su merecido tanto a Mariola como a Alex, pero verla allí maniatada, con sangre por la cara y marcas en manos y pies, me estaba matando. Quería que pagase por lo que había hecho, pero comencé a arrepentirme en el momento en que Jonathan la golpeó con la pistola y juró matarlos a los dos.

—Mariola, te he traído algo de comer. Es del restaurante de enfrente que tanto te gusta. —Despegué la cinta de su boca—. Come algo, por favor.

—Ni loca. —Me escupió en la cara—. No pienso comer nada que venga de ti.

—Los dos necesitáis comer. —Acerqué el cuenco a su boca—. Vamos. —Negó tan fuerte con la cara que derramé todo por encima de ella—. Eres estúpida, soy la única persona de este piso que se preocupa por vosotros dos.

—Scott, por favor, suéltame y te prometo que la policía solo irá a por Jonathan, por favor.

—¿Crees que soy estúpido? —La miré a los ojos y estaba completamente aterrada—. Si te suelto Jonathan me matará.

—¿Dónde está?

—Durmiendo.

—Por favor, Scott, sabes que te quiero. No te pido que lo hagas por mí, te ruego que pienses en mi bebé. ¿Crees que se merece morir? Puedes odiarme lo que quieras, pero el bebé no tiene la culpa de nada, Scott. No es culpable de que yo haya sido una zorra contigo.

Saqué una navaja de mis vaqueros y al abrirse Mariola se asustó echándose para atrás. Pasé el filo de la navaja por sus piernas y corté las cuerdas que ataban sus pies.

—Gracias, Scott. Me duelen mucho las muñecas.

Respiré profundamente sabiendo que si Jonathan se despertaba iba a tener serios problemas con él, pero no pude decirle que no cuando me fijé en que sus muñecas estaban amoratadas y con restos de sangre. Metí la navaja por debajo de las cuerdas y las corté. Observé cómo se

masajeaba las muñecas.

Scott estaba agachado frente a mí. Mientras me deshacía de aquellas cuerdas que me habían tenido atada, valoré mis posibilidades de salir de allí sin dejar que Scott se diese cuenta de mi plan. Las llaves estaban cerca de la puerta y me imaginé que en él estarían las llaves de su piso. Eché las piernas para atrás lo más que pude y en un descuido de Scott, le pegué una fuerte patada en el estómago que le hizo caer al suelo, golpeándose en la nuca. Me levanté mareada de la silla y le pegué otra patada en el estómago. Gritó fuertemente y salí corriendo de la habitación recogiendo las llaves. Busqué nerviosa entre todas la que me pudiese sacar de allí. Me temblaban tanto las manos que se me cayó el manojito al suelo un par de veces. Tras unos segundos de desesperación, encontré la llave correcta, la metí en la cerradura y cuando estaba a punto de girarla, cuando estaba a punto de salir de allí, una mano agarró mi pelo y tiró fuertemente de él para atrás lanzándome contra el suelo. Grité llena de dolor, de rabia y de impotencia. La mano de Jonathan me tapó la boca.

Seguíamos sin tener noticias de Mariola. Nadie la había visto, ninguna de las cámaras de la ciudad había registrado ninguno de sus movimientos. Ningún compañero de Inteligencia fue capaz de encontrar a una sola persona que la hubiese visto. Era como buscar una aguja en un pajar.

—Ryan, concéntrate. Es un psicópata, tienes que pensar como él.

Alex no parecía responder después del desmayo que sufrió tras la llamada de Jonathan. Frank y su hermano estaban con él. Buscamos en los pisos de Jonathan que Joe había localizado en la ciudad: el piso franco y el sótano de su oficina, pero en ninguno encontramos ningún rastro de ellos. Era como si la tierra se los hubiese tragado.

—Joe, dime que hay alguna novedad. —Le llamaba cada cinco minutos.

—Tampoco hay novedades de Scott. Ha desaparecido.

—Joder, ¿cómo he sido tan estúpido?

Las ganas de encontrar a Mariola me estaban cegando. El primer lugar en el que debíamos haber mirado era el piso de Scott. Monté un dispositivo para ir allí.

—Dos en la azotea, dos preparados en el callejón y otros dos en la acera de enfrente. Sin víctimas, por favor. —Escuché unos pasos detrás de mí y al girarme vi a Alex tocándose la cabeza.

—¿Dónde demonios vas?

—Creo que pueden estar en el piso de Scott. Nos vamos ahora mismo.

—Voy con vosotros.

—No. —Puse mi mano en su pecho—. No voy a poner en peligro a Mariola por ti.

—Necesito saber que sigue con vida. —Me apartó de su camino.

—No me toques los cojones, Alex. No me hagas esposarte a la terraza. —Revisé mi arma y el sonido le asustó—. Rud, que no salga de aquí. Dejo a un policía en la puerta con órdenes de no dejaros salir a ninguno.

—No me voy a quedar quieto mientras tú te haces el héroe con Mariola.

—No te equivoques, Alex, aquí no hay héroes. Solo quiero recuperarla viva... vivos.

—Nunca ha sido tuya.

—Tampoco es tuya. —Estábamos enfrentados cara a cara.

—Ryan, como no salga ilesa, juro que te voy a matar.

—Haré lo que haga falta por sacarla de allí. Yo no quiero que sufra, de eso ya te encargas tú.

Me di la vuelta escuchando las posiciones de la policía en el camino a casa de Scott. Estaban metidos en un maldito atasco por un camión volcado en la 23. Salí de allí corriendo, sabiendo que todos los minutos eran vitales para que Mariola saliese de allí con vida.

Me tiró del pelo arrastrándome por el suelo hasta el sofá. Siguió tirando de él para levantarme y darme dos bofetadas que me tumbaron en el sofá. Scott salió de la habitación con la mano en el estómago, soltando todos los tacos que podía. Vino hasta mí con el puño muy apretado, pero Jonathan le paró.

—¿Cómo demonios ha acabado esta zorra en la puerta? —Jonathan me miraba fijamente.

—La solté para que comiese algo.

—Para que comiera, claro. —Jonathan soltó una risotada estremecedora y negó con la cabeza varias veces—. Eres demasiado débil, Scott. Gracias por toda tu ayuda, por tus horas siguiendo a esta zorra. —Me señaló y se metió la mano detrás de la bata que llevaba puesta. Vi cómo sacaba su pistola—. Pero debí hacer esto hace mucho tiempo. No eres más que otro peón en mi juego para acabar con ellos. Gracias por todo, Scott.

Apuntó a su cabeza sin temblarle la mano y unos segundos después escuché un clic, el sonido del seguro de la pistola y a continuación una bala salió disparada de la pistola. Fue como una explosión que parecía ir a cámara lenta. Impactó brutalmente en la cabeza de Scott, abriendo un agujero en su frente y cayendo justo a mis pies muerto. Sus ojos abiertos estaban fijos en mí. El sonido de la bala resonaba en mi cabeza, mientras el casquillo impactaba contra el suelo, tintineando unos segundos mientras rodaba hasta parar cerca de la pared. Me llevé las manos a la boca y comencé a entrar en estado de pánico absoluto. Jonathan acababa de matar a Scott, a su cómplice y supe que cualquier ruido que yo haría, cualquier movimiento que él no pudiese controlar, podía desencadenar para mí un final como el suyo.

La sangre comenzó a derramarse por el suelo alcanzando mis pies. No podía dejar de mirar el cuerpo inerte de Scott en el suelo. Cómo sus ojos abiertos me seguían mirando. No podía pensar, no podía respirar y ni siquiera era capaz de cerrar los ojos. Jonathan pasó el arma por mi cara, aún caliente del disparo, recordándome que tarde o temprano yo iba a terminar como Scott.

Unos segundos después, Jonathan arrastró el cadáver de Scott por el suelo, dejando un reguero de sangre que me revolvió el estómago haciéndome vomitar.

—¿Qué ocurre, Mariola? —Me agarró del brazo tirándome al lado de la sangre—. ¿No lo soportas? Pues acostúmbrate porque así vais a acabar los tres. Alex, tú y el maldito bastardo que llevas en tu interior.

No sé de donde saqué las fuerzas ni el valor para hacerlo, pero al escucharle hablar de aquella manera de mi bebé, hizo que toda mi adrenalina saliera de mi cuerpo. Jonathan no se había percatado de que tenía la navaja de Scott en mi poder. La abrí, la empuñé fuertemente con mi mano derecha y se la clavé a Jonathan en un lateral del torso. No se lo esperaba y cayó a plomo al suelo. Me lancé sobre él, apretando fuertemente la navaja dentro de su cuerpo. La sangre comenzó a salir manchando mis manos, mi ropa y parte de mi cuerpo.

Me levanté del suelo y me llevé las manos a la cara. Traté de buscar las llaves desesperada por el piso, pero no las podía encontrar. Rebusqué entre los papeles que tenían encima de la mesa y de nuevo vi a Scott muerto en el suelo. Tan solo fueron unos segundos los que mi corazón sintió lástima por él. Me negué a quedarme allí para darle ventaja a Jonathan.

—Mariola, piensa.

Me di pequeños golpes en la cabeza con la palma de la mano. Jonathan se estaba revolviendo en el suelo por el dolor y vi la pistola. Si disparaba al pomo de la puerta, tal vez podría abrirla. La recogí del suelo temblando y sin saber muy bien cómo disparar. Aún estaba caliente. No podía

parar de llorar, estaba histérica y aterrada. Me limpié las lágrimas y apunté al pomo, disparé, pero solo escuché un clic vacío. Con la respiración entrecortada, miré el arma y comprobé que el seguro estaba de nuevo puesto. Tiré de él para atrás y apunté al pomo, cerré los ojos y apreté el gatillo. De nuevo aquel atronador ruido se metió en mi cabeza.

—¡Hija de puta, acabaré contigo!

Los gritos de Jonathan se tenían que estar escuchando en todo el edificio. Tiré el arma al suelo y comencé a girar del pomo, pero no se abría. Busqué algo para hacer palanca en la puerta y poder salir de allí huyendo. Rebusqué en los cajones de la cocina, en los armarios, en el salón... No encontré nada que pudiese utilizar. Jonathan seguía moviéndose en el suelo y tenía que salir de allí lo antes posible. Entonces me fijé en la ventana, en la escalera de incendios. Traté de recuperar la respiración unos segundos, pero no tenía tiempo que perder. Cogí una silla del comedor y golpeé el cristal de la ventana haciéndolo pedazos. Aparté con la mano los cristales y saqué mi cuerpo por allí. Algunos cristales rasgaron mi vestido y otros se me clavaron en el cuerpo. Eché un vistazo en el interior del piso antes de bajar por la escalera y vi cómo Jonathan se levantó del suelo tambaleándose y sacándose la navaja ensangrentada del torso.

—No podrás huir de mí, Mariola.

Salté por las escaleras sin mirar atrás, pero Jonathan ya había conseguido salir. No me separaba más de cinco plantas hasta la calle, pero al mirar abajo me di cuenta de que el piso de Scott daba a la parte trasera del edificio a un pequeño callejón por el que no pasaba nadie. Bajaba las escaleras golpeándome en la cintura al acabar cada piso con la barandilla de seguridad. Al llegar al último tramo, tiré de la escalera que estaba anclada para que cayera al suelo. No pude esperar a que tocase el suelo y me agarré fuertemente a ella. Al golpear contra la acera, caí de espaldas al suelo. Me llevé la mano a la cabeza y miré para arriba. Jonathan estaba en el tercer piso. Me levanté del suelo mareada y eché a correr por el callejón, pero ambas salidas estaban cerradas por un par de cancelas. Llegué hasta el fondo de una de ellas y tiré de la cadena, pero estaba cerrada con un gran candado. No podía salir de allí, aquella maldita pesadilla no había terminado. Había logrado escapar del piso, pero me había quedado enjaulada en aquel callejón. Grité fuertemente, pero parecía que no había nadie en Nueva York que pudiese escucharme.

Traté de trepar por la cancela, pero me caí al suelo desesperada, llorando y sabiendo que aquel era mi final. De repente escuché mi nombre y al levantar la cabeza vi a Jonathan a unos metros de mí. Noté una mano en mi hombro y al girar la cabeza estaba él. Era mi salvación. No me alegraba tanto de verle después de todo lo que había pasado.

—Ni lo sueñes, Mariola. Nadie te va a salvar.

Jonathan levantó la pistola en el aire y volvió a disparar y yo me llevé las manos a la cabeza. Escuché un segundo disparo y un golpe contra el suelo. Nadie podía ayudarme y Jonathan iba a matar a cualquiera que se acercase a mí para hacerlo. Con él también lo había hecho. Yacía al otro lado de la cancela por intentar ayudarme.

El juego había terminado, yo ya estaba muerta.

15.
COMO SI MIS PEORES PESADILLAS
SE ESTUVIERAN HACIENDO REALIDAD

No podía comprender nada de lo que estaba pasando, no me entraba en la cabeza cómo aquel cabrón de Jonathan había conseguido secuestrar a Mariola a plena luz del día en su oficina. Estaba dando vueltas en el salón sin poder concentrarme. Tiré un vaso que había en la encimera de la cocina contra el cristal de la terraza haciendo los dos añicos. Vi a cámara lenta cómo el cristal se resquebrajaba y caía al suelo causando un gran estruendo que hizo que todos mirasen en aquella dirección. Me acerqué al baño y cogí uno de los botes que tenía en el lavabo. Me tomé dos pastillas más, un vaso de agua y ordené a Rud que hiciera cualquier cosa para que llegásemos a casa de Mariola en el menor tiempo posible. Cogí el móvil de encima de la mesa sin que ningún policía se diera cuenta, las llaves del coche y salí por la puerta. El policía que estaba custodiando el piso me cortó el paso.

—Tengo órdenes de no dejar salir a nadie, a usted más específicamente. Puede poner la operación en peligro y no se lo vamos a permitir.

—Me da igual que tengas un arma o un puto bazoca, pero voy a salir de aquí. —Le pegué un empujón y me agarró fuertemente del brazo.

—No se va a mover de...

No pudo terminar la frase y me soltó el brazo cayendo al suelo de golpe. Al girarme, vi a Rud apretando el puño y sujetándose. Le había pegado al policía y me miraba con una mezcla de odio y dolor.

—Última cosa que hago por ti, Alex. —Abrió la puerta de incendios y bajó corriendo por las escaleras. Escuché cómo gritaba un montón de improperios dedicados a mi persona y eché a correr detrás de él.

Nos montamos en el coche y Rud se encargó de encontrar un camino para sortear el atasco de la 23. Me temblaban las manos y las piernas, el corazón me latía a mil por hora y solo era capaz de imaginarme a Mariola rodeada de sangre. Veía a Mariola y una gran mancha de sangre en el suelo. Era como si mis peores pesadillas se estuvieran haciendo realidad. Pegué un puñetazo en el salpicadero que me destrozó la mano. Rud ni siquiera se giró para mirarme. Pagaba su enfado apretando el claxon del coche fuertemente.

—Moveos, joder.

A cada calle que cruzábamos, a cada edificio que dejábamos atrás, el sentimiento de perder completamente a Mariola se hacía más real. Mis gritos y sus gritos de aquella mañana comenzaron a mortificarme. Pensar que había sido la última vez que la tendría delante, que su última imagen sería una llena de lágrimas me estaba matando.

Al lado tenía al capullo de mi jefe con una cara de preocupación que hasta me dio pena después de todo lo que había hecho. Me centré en la carretera sorteando los coches, saltándome semáforos en rojo y esquivando a los peatones que se cruzaban en nuestro camino. Pensar que a Mariola le estuviera pasando algo grave me estaba matando. Si yo hubiese estado con ella, nada hubiese sucedido de aquella manera. Desde el día que nos conocimos tuvimos una química muy

especial. Su forma descarada de enfrentarse a su novio cuando le puso un guardaespaldas, la manera de retarme cada día, el modo de pelear verbalmente que teníamos... Recordaba cómo la encontré en medio de Manhattan temblando, como si la muerte hubiera pasado por delante de ella. Cómo se lanzó a mis brazos buscando protección. Mariola era el tipo de personas que necesitas en tu vida, que con una sonrisa y una contestación a tiempo, el mundo podía ser mucho más divertido. Estábamos a tan solo cinco manzanas de su casa y el atasco ya no nos dejaba avanzar. Paré el coche y salimos corriendo por la calle. Al girar la última esquina nos quedamos paralizados los dos. Había un montón de policía en la calle, hablaban por pinganillos y nos cortaron el paso.

Estaba tan aterrada que no era capaz de moverme ni un milímetro. Seguía tumbada en el suelo esperando el final. Ryan yacía en el suelo al otro lado de aquella cancela. Jonathan le había disparado. Escuchaba voces de fondo, como si estuvieran muy lejos de allí. Todo estaba pasando a cámara lenta. Escuché a Jonathan moverse y giré la cabeza. Estaba tirado en el suelo, llevándose la mano al estómago. Continuaba sangrando mucho.

—Mariola... —Escuché una voz entrecortada a mi lado, Ryan se estaba moviendo—. Voy a disparar a la cerradura. Aléjate lo más que puedas.

Me arrastré por el suelo y escuché otro disparo. No iba a poder quitarme aquellos sonidos de la cabeza en mucho tiempo. Escuché cómo algo de hierro caía al suelo y vi a Ryan tirando de aquello que me tenía atrapada.

—Vamos, Mariola. Vamos. —Estiró su mano para alcanzar la mía, pero dudé unos segundos.

—¿Dónde está la policía? —Miré a nuestro alrededor, pero estábamos solos.

—Vamos Mariola, soy yo. —Me levanté apartándome de él—. Confía en mí.

¿Y si él también estaba metido en todo aquello?

Recordé que el primer ataque de Jonathan fue justo cuando Ryan me dejó en casa. Él había estado cerca de mí cada vez que Jonathan había llamado o actuado.

¿Por qué Ryan estaba allí y no había rastro de más policía?

¿Cómo demonios sabía dónde me encontraba?

¿Cómo podía fiarme de él en aquel momento?

Me pegué a la pared alejándome más de él. Observé mi alrededor y no tenía salida. Jonathan se estaba removiendo muerto de dolor en el suelo con el arma lejos de él. A mi lado estaba Ryan prometiendo salvarme.

—Confíe en Scott y ahora está muerto. —Comencé a llorar histérica y Ryan me agarró del brazo.

—Mariola, por favor, confía en mí. Estoy aquí para salvarte.

Era imposible confiar en nadie en aquel momento. Todos en los que había confiado me habían dejado a mi suerte. Scott estaba muerto, Alex me odiaba, Ryan inexplicablemente estaba allí a mi lado... Mi pecho comenzó a dejar de latir y aquella música que sonaba mientras bajaba las escaleras de la empresa comenzó a retumbar en mis oídos. Cada vez sonaba más y más fuerte. Me había apartado lo suficiente de Ryan como para que no me alcanzase con una mano. Me deslicé por la pared hasta el suelo y recogí mis rodillas contra mi pecho, tapándome fuertemente los oídos, tratando de dejar de oír, de ver o sentir aquella angustia que no me dejaba respirar, que no me dejaba pensar.

Rud recordó que la casa de Mariola tenía un acceso por la parte de atrás. A través de unos cuantos edificios, unos callejones llevaban a la salida de las escaleras de emergencia. Corrimos lo más rápido que pudimos. Derecha, izquierda, derecha, derecha, izquierda de nuevo, sorteamos algunas puertas, saltamos algunos muros y el dolor en mi pecho seguía

acompañándome en aquel tortuoso camino hasta Mariola. Mi cuerpo continuaba temblando, pero no paré, continué corriendo hasta llegar hasta a aquel callejón. Había una maldita reja de dos metros y medio que no nos dejaba pasar. Al levantar la vista la vi. Vi a Mariola acorralada al fondo del callejón con Ryan delante y Jonathan tumbado en el suelo.

—¡Mariola!

Salió un grito ahogado de mi garganta y ella se giró al escucharme. Pude ver en sus ojos el terror que estaba sintiendo. Golpeé fuertemente la verja sintiéndome impotente por no poder pasar. Traté de trepar por ella, pero un pinchazo más fuerte que los anteriores me hizo caer al suelo. Todo mi cuerpo se paralizó. Me dolía el pecho, el brazo... Las imágenes que veía comenzaron a ser borrosas. Vi cómo Rud saltaba la verja e iba corriendo hacia Mariola. Todo comenzaba a volverse borroso y a cámara lenta.

Giré la cabeza al escuchar mi nombre y a los segundos vi cómo Alex cayó al suelo. Se llevó la mano al pecho y dejó de moverse. Tan solo pude ver cómo su cabeza giraba en mi dirección y cómo su mirada perdida trataba de encontrarme en aquel callejón. Rud venía corriendo hacia mí, Ryan gritaba que confiase en él. Miré a Ryan, a Rud y a Jonathan. Todo era como una película extraña en la que cada uno era una puerta con un número escrito y detrás de ellas encontraría mi destino. Me levanté torpemente del suelo, tropezándome con mis propios pies, con las rodillas golpeadas, con sangre corriéndome por las piernas y sin poder mantener bien el equilibrio. A cada paso que daba más me pegaba a la pared, y con mis manos apoyadas en ella, trataba de alcanzar el final de aquel callejón, pero no parecía llegar.

Al llegar a la altura de Jonathan le miré uno o dos segundos. Parecía haberse desmayado del dolor. Rud me gritó para que saliese de allí. Pero cuando estaba tan cerca de él, el brazo de Jonathan me agarró de la pierna tirándome hacia él y haciéndome caer a su lado en el suelo.

—No has sido nada obediente. —Se levantó del suelo conmigo agarrada por el cuello, apuntándome a la cabeza con su arma—. Por tu culpa, hoy morirán ellos antes que tú. —Me agarró más fuerte del cuello, casi dejándome sin respiración.

—Suéltala, Jonathan. La policía tiene rodeado el edificio y las calles. No vas a llegar muy lejos.

Jonathan dio medio giro poniendo su espalda contra una de las paredes, quedando entre Rud y Ryan. Giré la vista y vi a Ryan apuntando con su arma a Jonathan.

—Ryan, tanto que perdiste en el pasado y no has aprendido. Enamorarte de quien no debes se paga caro. —Soltó una risotada estremecedora.

—Suéltala, Jonathan. —Giré la cabeza y Rud estaba al otro lado con su arma también apuntándole.

—Rud, tan servicial como un perro. Como uno que va a terminar en la cuneta. Como no os apartéis de nosotros, juro que la mato aquí mismo. —Apretó fuertemente su brazo contra mi cuello y el cañón de su pistola parecía que iba a atravesarme la sien.

—Jonathan, por favor. —Lancé mis últimas súplicas.

—Una lástima que el corazón de Alex haya hecho mi trabajo. —Arrastró mis pies que casi no tocaban el suelo, hasta que pude ver mejor dónde estaba Alex—. Mírale. —Cerré los ojos negándome—. ¡Abre los putos ojos! —Agitó fuertemente mi cuerpo—. Aún parece respirar, así que tendré la suerte de matarle delante de ti. Mariola, di adiós al único hombre que te ha amado de verdad.

Me temblaba todo el cuerpo, no podía controlar mis lágrimas. Miré a Alex y sus ojos parecían estar apagándose. Su garganta emitía unos sonidos extraños, como si fueran un quejido, un hilo pequeño de respiración que le estaba manteniendo con vida. Posiblemente aquella fuese la última

vez que nuestros ojos se cruzasen. Mi corazón, ya absolutamente resquebrajado, empezaba a dejar de latir. Mis pulmones ya no eran capaces de hacer su función. Cogí las últimas bocanadas de aire posibles y acepté que iba a morir. Escuché cómo Jonathan quitaba otra vez el seguro y apartaba su arma de mi cabeza. La vi aparecer por delante de mi cara apuntando al corazón de Alex. Jonathan apartó su brazo de mi cuello permitiéndome respirar y me agarró de la barbilla, girándome la cabeza en dirección a Alex, obligándome a mirarle. De repente volví a notar aquella extraña sensación en la tripa. Como si aquel pequeño bichillo me estuviera rogando que viviera, que luchase por nosotros tres. Los ojos de Alex se posaron en los míos y reuní las pocas fuerzas que me quedaban, golpeé con mi codo en la herida de Jonathan. Su arma cayó al suelo junto su cuerpo y escuché varios gritos. Pasos de Ryan y Rud. Caí de rodillas al suelo, agarrando la mano de Alex a través del único hueco de la valla.

Todo comenzó a pasar demasiado deprisa. Un montón de policías aparecieron a nuestro alrededor, Jonathan seguía en el suelo gritando, Rud estaba hablando por teléfono con alguien, Ryan estaba dando instrucciones a otros policías para que se llevasen a Jonathan y Alex seguía con la mirada perdida.

Alguien me puso por encima una manta y me obligó a levantarme, pero me negué. No solté la mano de Alex ni un segundo, pero sus ojos estaban casi cerrados perdidos en el cielo. Apareció una ambulancia por una de las esquinas que venía a recoger a Alex junto con un coche patrulla del que salieron dos policías para llevarse a Jonathan. Dos enfermeros colocaron a Alex en una camilla en el suelo, desabrochándole la camisa y colocándole una mascarilla de oxígeno, pero su pecho se movía a duras penas.

Aquellos enfermeros me obligaron a apartarme de ellos cuando levantaron la camilla para llevarla rápidamente hasta la ambulancia. Los escuchaba de fondo decir que tenían que ir ya al hospital o le perderían. Otro policía me agarró amablemente del brazo para llevarme a otra de las ambulancias que acababa de llegar. Las luces rojas y azules teñían las paredes de aquel lugar. Caminé entre aquellos sonidos y mis propios temores internos. No me podía creer que la pesadilla de aquellas últimas horas hubiera terminado. Mi subconsciente no lo iba a reconocer hasta que no viera con mis propios ojos a Jonathan tras unos barrotes.

Aquella maldita zorra se había salido con la suya. Había salido viva y el jodido millonario no iba a pagar el daño que me había hecho. Tantos meses, tantas horas siguiendo a todos aquellos jodidos idiotas e iba a acabar en la cárcel. Todo mi plan, todo el puto plan se había ido a la mierda. Esa jodida puta había sacado fuerzas interiores para joderme. Los policías me llevaban hasta el coche y vi mi oportunidad. Fueron tan idiotas que ni me pusieron las esposas al verme tan herido. Sus armas colgaban del cinturón. Giré la cabeza y Mariola estaba sola en medio del callejón con su mirada puesta en el suelo. No tenía a nadie para salvarla. Era mi única oportunidad.

Efectivamente.

Empujé a los policías, lanzándolos lejos de mí y le quité el arma reglamentaria a uno de ellos. Corrí unos metros y apunté a Mariola.

Efectivamente.

—Es tu hora, zorra.

Tenía los brazos alrededor de mi cintura, levanté la cabeza y vi a Jonathan. Empuñaba fuertemente un arma entre sus ensangrentadas manos. Disparó y noté cómo el cuerpo de Ryan se puso delante de mí. Noté un terrible dolor en el torso y los ojos de Ryan se fijaron en los míos. Fueron segundos, pero me parecieron minutos. Saqué la mano de entre los dos y vi sangre. Sangre

fresca, sangre que no tenía antes en las manos. Comencé a notar un calor corriendo por mi estómago y bajando por las piernas. Abrí lentamente la boca y miré de nuevo a Ryan. El dolor aumentó y comencé a marearme, a dejar de notar todo a mi alrededor y unos gemidos salieron de mi boca. Nos desplomamos los dos en el suelo. La cabeza comenzó a darme vueltas, los párpados comenzaban a pesarme y vi cómo Ryan se llevaba una mano a la camiseta levantándosela. Ryan tenía un balazo en el estómago que no paraba de sangrar. Me arrastré lentamente por el suelo para acercarme a él y puse mi mano sobre la herida.

—Ryan, no. —El dolor se estaba haciendo más agudo y parecía arderme el estómago.

—No pasa nada, Mariola.

Escuché muchos disparos, pasé mis brazos sobre Ryan y agaché la cabeza. Cuando dejé de escucharlos miré a la derecha y vi a Rud en el suelo sangrando, dos policías más en el suelo con heridas de bala, Jonathan acribillado soltando sangre por la boca y la ambulancia con agujeros en la puerta trasera saliendo por el final del callejón.

—Un médico, por favor, un médico. —Me costaba pronunciar dos palabras seguidas.

—Mariola, tranquila. —Paso su mano por mi cara—. Ya estás a salvo, todo ha terminado. —Comenzó a toser y empezó a salirle sangre por la boca.

—Ryan, quédate conmigo, por favor. —Me empezó a doler más la cabeza y todo se volvió borroso—. Ryan, por favor. Qué... da... te con...mi...

—He cumplido mi destino. Estás a salvo.

—Mariola. —Escuché la voz de Rud y me giré lentamente tumbándome completamente agotada en el suelo.

Estaba a nuestro lado tirado en el suelo con un balazo en el pecho. Los sonidos empezaron a distorsionarse. Un médico me apartó de Ryan.

«Está entrando en shock».

«Las palas».

«Les perdemos. Joder. Vamos a perderles».

Aquellas palabras se distorsionaron, las imágenes se volvieron borrosas... Tenía sueño, quería cerrar los ojos y dormir. El frío se apoderó de mi cuerpo. Uno de los médicos me levantó la ropa y puso su mano apretándome en un costado.

«Tenemos que sacarles de aquí ahora a mismo o les perdemos a todos».

Dejé de notar las piernas, los brazos y mis pulmones dejaron de tomar aire. La cabeza dejó de dolerme y una paz interior me llenó por completo. Cerré los ojos y dejé de sentir cualquier tipo de dolor.

Se había terminado.

Por fin estaba en paz.

COMO SI QUISIERA BORRAR
AQUEL RASTRO DE MI CUERPO

Me dolía todo el cuerpo. El dolor de cabeza que tenía se podía comparar a la mítica resaca de año nuevo. No me podía mover, mis músculos se estaban negando a hacer su trabajo, pero me encontraba bien, estaba muy a gusto. No se oían ni coches ni personas. Sentía paz.

Abrí los ojos lentamente y solo pude ver un pequeño rayo de luz que entraba por el lateral de una gran cortina que parecía cubrir unas ventanas. Poco a poco estiré mis piernas y brazos, las sábanas rozaban mi cuerpo y un olor agradable llegó a mí. Mi cuerpo se tensó al estirarse y me volví a encoger tirando de la sábana para cubrirme. Cerré de nuevo los ojos y empecé a oír unas voces sin entender muy bien lo que decían. Se abrió lentamente la puerta, dejando entrar más luz en aquella habitación.

—No hagas ruido, seguramente esté dormida. —Era la voz ronca y dulce de Alex.

—Lleva mucho tiempo durmiendo, papi.

Aquel era Jason. Se subió despacio en la cama y se encontró con mis ojos abiertos, pero no dijo nada. Puso su mano en mi mejilla para acariciarme muy despacio y esbozó una pequeña sonrisa. Su mano estaba caliente y me recorría la mejilla subiendo hasta la frente. Se acercó y me besó.

—Papi, está despierta, tiene los ojos abiertos y me está sonriendo.

—Ten cuidado, cariño.

Pero ¿qué estaba sucediendo? Solo recordaba la bronca monumental con Alex en su hotel y ¿cómo había acabado allí? Estaba totalmente desubicada. ¿Cuánto tiempo había estado durmiendo? Alex se sentó al lado de Jason en la cama y me regaló una sonrisa enorme. Acarició mi mano, pasando sus dedos lentamente por encima del anillo. Miré hacia abajo y comprobé que era el anillo que me entregó en Marbella. Mi cara debió delatarme y Alex mandó a Jason a la cocina para poner la mesa. Me dio otro beso y salió corriendo, canturreando un villancico. ¿Había llegado ya la Navidad?

—¿Cómo te encuentras? —Se sentó más cerca.

—No lo sé. No entiendo qué hago aquí, no recuerdo nada desde hace parece que meses si estamos ya en navidad. —Me incorporé poniendo la espalda en el cabecero de la cama y al mirar para abajo me vi la barriga. Dios mío. Estaba a punto de reventar—. No entiendo nada.

—Yo te explico todo lo que ha pasado, pero necesito que estés tranquila. Tienes que relajarte por ti y por Erin.

—¿Erin? —Vale, aquello era muy raro—. ¿Quién... ¿Quién es Erin?

—Esa preciosa nena que llevas dentro. —Puso sus manos en mi tripa y su roce me estremeció.

—¿Es una niña?

—Sí, cariño. En pocos días nacerá y la tendremos a nuestro lado para siempre. —Se sentó a mi lado estirando las piernas y pasando un brazo por mi hombro para que me recostase en su pecho.

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Vamos a hacer una cosa. Cenamos, acostamos a Jason y te cuento todo.

Me agarró de la barbilla para que mis ojos estuviesen a la misma altura que los suyos, con su

pulgar trazaba círculos en mi mejilla mientras acercaba sus labios a los míos, para fundirnos en un dulce beso, uno que mi cuerpo parecía no reconocer. Se me erizó la piel y mi boca buscó más. Puse mis manos en su nuca y le pegué más a mí, necesitaba sentirle, necesitaba saber que aquello no era un jodido sueño. Me senté sobre él, con una pierna a cada lado de su cuerpo, y pegué todo mi cuerpo a él. Necesitaba sentir su boca, sus brazos...

—Nena. —Se separó de mí sonriendo—. Vamos a cenar y luego tendremos toda la noche para nosotros. —Me besó en la frente.

Me bajé de la cama y un sentimiento muy extraño me invadió. No podía decir qué era, pero mi cerebro parecía haber olvidado aquella casa. Recorrí el pasillo observando todo. Al llegar al salón, la mesa estaba puesta y Jason miraba el horno.

—La pizza ya está. —Vino corriendo y tiró de mí—. ¿Mi hermanita podrá comer pizza cuando nazca?

—Cuando sea más mayor sí. —Alex le respondió.

—¿Podré dársela yo? —Mi cabeza se movió arriba y abajo sin saber qué estaba sucediendo allí.

Nos sentamos en la mesa y comenzamos a cenar. Ellos dos mantenían una conversación sobre béisbol y yo me sentía lejos de allí. Como si realmente no formase parte de aquello. Miré a mí alrededor y vi una foto encima de la chimenea. ¿Chimenea? No recordaba ni que había una en el piso. Me levanté sin decir nada y me acerqué para verla bien. Era una ecografía del bebé, la primera que me hicieron en urgencias. Pero ¿sí yo no le había enseñado nada? ¿Qué estaba pasando? Todo comenzó a volverse borroso, las imágenes pasaban a toda velocidad por mi cabeza, caras que no reconocía, imágenes que no podía ver con claridad. Me agarré a la repisa de la chimenea y traté de respirar para que no se dieran cuenta. No podía entender qué hacía allí y por qué los dos hacían que no había pasado nada. De repente sonó un golpe fuerte y vino a mi cabeza la explosión. Aquel estruendo que retumbó en mi cabeza sí fui capaz de reconocerlo. No sabía cómo ni cuándo ni dónde, pero aquel disparo sí lo había vivido. Por mi cabeza comenzaron a pasar más imágenes y una de ellas se quedó fija en mi cabeza. Ryan, Rud, Alex y Jonathan sangrando en el suelo con balazos en el cuerpo. Unas sábanas blancas tapaban tres cuerpos, había sangre en el suelo, tenía sangre en mis manos. Era como si mi cabeza hubiese querido olvidar algo traumático para protegerme.

—¿Te has dejado la ventana abierta del cuarto, cariño?

—Sí, papi, voy a cerrarla. —Escuché cómo Jason corría al cuarto y Alex se acercó a mí.

—¿Estás bien, Mariola?

—¿Hubo un tiroteo? —Al mirarle a los ojos comprobé que había sido más real de lo que imaginaba—. ¿Qué ha pasado, Alex?

—El médico nos dijo que tal vez no lo recordarías y pensé que sería lo mejor. También nos avisó de que podía pasarte esto. Terminemos de cenar y...

—No quiero comer. —No le dejé terminar—. Quiero saber qué ha pasado. Recuerdo sangre, balas y cuerpos.

—Nena. —Me abrazó tratando de tranquilizarme—. Voy a decirle a Jason que se ponga una película en su habitación y hablamos.

Alex fue al cuarto y me quedé sentada en el sofá acariciándome la tripa. Había crecido demasiado y podía notar cómo se movía dentro de mí. Parecía estar nerviosa al igual que yo. Me levanté para recoger la mesa y vinieron a mi mente más imágenes. Alex y yo discutiendo en el hotel. Alex agarrándose el pecho tirado en el suelo de un callejón. Comenzaron a temblarme las manos. ¿Cómo podía haber pasado por algo así y bloquearlo en mi cerebro? Tuve que sentarme de

nuevo en el sofá para tranquilizarme.

Diez minutos después escuché ruido en la cocina y vi a Alex preparando un té. Se acercó al sofá dejando la tetera y unas tazas.

—No te preocupes, pregunté en la herboristería y este té lo puedes beber. ¿Qué recuerdas?

—Está todo borroso. Solo veo sangre, cuerpos en el suelo y balas. Un ruido atronador que me está taladrando la cabeza. —Me llevé las manos a los brazos tratando de darme calor.

—Nena, esto va a ser difícil, pero recuerda que estás embarazada y no debes tener sobresaltos. —Se quitó su jersey y me obligó a ponérmelo. Olía a él, a esa mezcla de colonia y su propio olor. Me lo llevé a la nariz y aspiré.

Me acercó el té y me calenté las manos con él. Alex se quedó callado unos minutos, como si estuviese buscando la mejor manera de contarme todo. Al moverse para coger su taza, se abrieron un par de botones de su camisa y vi una cicatriz en su pecho. Puse mi mano en ella, abriendo lentamente la camisa y acariciándola. Hizo un gesto de dolor y paré.

—¿Por qué no puedo recordar nada?

—Solo quiero que recuerdes una cosa. —Agarró mi mano llevándosela a sus labios para besarla—. Nosotros estamos bien, el bebé está bien, tu familia y la mía están bien. Algo preocupados, pero todos están bien. —Tomó todo el aire que pudo—. No sé por dónde empezar. Has estado ingresada en el hospital unos cuantos meses. Lo que pasó aquel día, fue tan traumático para ti, que tu cerebro ha decidido bloquearlo para que no seas capaz de recordar nada. No quiero que vuelvas a pasar por aquello, cariño. —Comenzó a mover su pierna nervioso y sus manos temblaban.

—Alex, necesito saberlo. Por favor. —Agarré su mano y se giró para mirarme.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

—Una bronca contigo en el hotel, irme a la oficina y una espeluznante música que me acompañó por las escaleras cuando me iba a... —La cara de Jonathan apareció en mi cabeza—. Jonathan, un cuarto oscuro y el callejón. —Iba quedándome sin aire al recordarlo.

—Jonathan te secuestró en el edificio de oficinas con ayuda de Scott. Él era quien le estaba ayudando. Te tuvo retenida en casa de Scott casi toda la mañana. Cuando te vi en aquel callejón, con sangre en las manos, en la cara... —Me acarició como si quisiera borrar aquel rastro de mi cuerpo—. No me lo podía creer. Ryan llegó primero y trató de salvarte, pero no pudo. Rud también estaba allí y... —Se quedó callado unos segundos y supe que algo grave había pasado con ellos—. Cuando llegó la policía todo se volvió borroso para mí, pensé que estabas a salvo, mi corazón comenzó a pararse y tú estabas a mi lado agarrándote a mi mano, obligándome a quedarme contigo. Me metieron en una ambulancia y a los segundos comencé a escuchar tiros y gente gritando. Te escuché gritar a ti. Me quité la mascarilla de oxígeno de la cara y me levanté de la camilla dentro de la ambulancia y te vi, te vi caer al suelo junto a Ryan y Rud. La sangre comenzó a derramarse por el suelo y dejaste de moverte. La última imagen que tengo de ti es en el suelo, girando tu preciosa cara hacia la ambulancia y soltando el poco aire que quedaba en tus pulmones. —Me agarró fuertemente de la mano—. El dolor en el pecho se agudizó y supe que te había perdido, pero dejé de estar consciente y cuando me desperté había pasado mucho tiempo en el quirófano. Tuvieron que operarme del corazón, la válvula mitral no funcionaba bien y me la repararon. Cuando me desperté lo único que quería saber era si tú seguías viva. Era lo único que necesitaba. Fueron varias horas las que estuviste en el quirófano. La bala que atravesó a Ryan te atravesó a ti por la parte derecha. —Puso su mano en mi costado y noté como si me quemase. Me levanté el jersey junto con la camiseta y vi la cicatriz—. No afectó a la niña. Tu recuperación fue más lenta de lo normal por el embarazo. Todos los días fui a visitarte, desde la mañana hasta la

noche, y no me dejaban quedarme a dormir contigo. Han sido los meses más duros de mi vida, pensar que os podía perder a las dos me ha martirizado día y noche. —Sus ojos comenzaron a brillar y las lágrimas empezaron a salir de ellos—. Hubiera dado mi vida por ser yo y no tú, que no hubieses tenido que ver cómo morían.

—¿Rud y Ryan? —Negué con la cabeza incrédula. No era capaz de comprender nada de lo que me estaba contando.

—Ryan se interpuso entre Jonathan y tú. Ryan te salvó la vida.

—Ryan... —Estaba en tal estado de shock que no era capaz ni de llorar—. ¿Rud?

—Los dos dieron sus vidas para salvarte. Lo siento mucho, mi vida, de verdad que lo siento.

No me lo podía creer. Aquello tenía que ser una puta pesadilla. Tenían que estar vivos, no podían haber muerto por mí. No podía ser verdad. Alex trató de tranquilizarme y continuó contándome cómo habían sido los meses anteriores. Pero dejé de escuchar la historia. Mi cuerpo seguía allí, pero mi mente se había ido muy lejos. Todo parecía un sueño del que yo no formaba parte. No quería que aquello fuera verdad. No. Me seguía repitiendo que era una pesadilla de la que en cualquier momento me podría despertar.

Después de dos horas, Alex se empeñó en llevarme a la cama para que descansase. Llevaba demasiado tiempo llorando y quería que me relajase. Me dejó en la cama y me apoyé en su pecho cuando se acostó a mi lado. Me acarició la espalda abrazándome hasta que me quedé dormida.

Cuando abrí los ojos al día siguiente sentí la misma oscuridad, el mismo silencio y tuve la esperanza de despertarme en mi casa, que todo aquello hubiera sido un sueño, pero cuando abrí la puerta comprobé que seguía en casa de Alex. En el salón se oía una conversación y cuando me asomé, mi hermana y Brian estaban allí. Se abrazaron los dos fuertemente a mí y comencé de nuevo a llorar. Todos habían estado aquellos meses pendientes de mí y yo no podía recordarlo. Nos sentamos a desayunar y mi hermana no me soltó la mano ni un solo segundo. Los miré y respiré tranquila al saber que ellos estaban bien. Sonaba egoísta, sí, pero les necesitaba y que estuvieran allí conmigo, a salvo de aquel jodido psicópata, me reconfortó mucho. Alex me dejó un té en la isla y unas pastillas. Parecía estar pendiente de todo. Si me movía para colocar mi espalda en el respaldo de la silla, él ya estaba colocándome un cojín detrás, si me estiraba para coger más bizcocho, él ya estaba cortándome un pedazo y poniéndome el plato delante. Estaba en una maldita nube. Mientras ellos hablaban, recordé algo de nuestra última conversación. Me obligó a desaparecer de su vida. ¿Qué demonios había pasado en el tiempo que no recordaba para que él hubiera cambiado tanto y yo no estuviese enfadada con él? ¿Tantas cosas había olvidado recordar?

—Tierra llamando a Mariola. ¿Qué te pasa, tata? Parece que no te interesa lo que tu hermana te está contando.

—Lo siento, es que todo esto es demasiado extraño para mí. La última vez que os vi, estabais tirándoos los trastos a la cabeza. Os dijisteis muchas cosas. —Brian agarró mi mano.

—Mariola, han pasado demasiadas cosas y nos hemos dado cuenta de que no hay nada en esta vida que separe dos corazones que se aman. —Brian agarró la mano de mi hermana—. Hay veces que tenemos que ver la muerte de cerca, para darnos cuenta de que hay cosas que no tiene importancia cuando puedes perder al amor de tu vida.

—Hay veces que es demasiado tarde. —Ryan y Rud aparecieron en mi cabeza.

—Nena. —Alex estaba detrás de mí abrazándome.

—Estoy bien, creo... No lo sé. Tenía la esperanza de que todo fuese una pesadilla de la que me podía despertar. —Agarré las manos de Alex.

—No te vas a perder nada, cariño. Estoy a tu lado. Ayer, hoy y siempre. —Me besó la cabeza.

—¿Entonces qué te parece el treinta y uno de octubre?

—*Halloween*. —No sabía a qué se refería.

—Esa tarde para nuestra boda. —Los miré a los dos y me levanté al despacho de Alex.

—¿Dónde vas? Con un no me gusta me vale, no hace falta que me enseñes tu culo al irte.

Miré el calendario que Alex tenía en la mesa con la fecha del día en el que estábamos.

—Queda poco tiempo. —Traté de cruzarme de brazos, pero mi súper barriga no me dejaba.

—Will se ofreció para preparar la boda para que tú descanses cuando Erin nazca.

Alex estaba hablando de Will sin poner una mala cara. Los miré a todos y comencé a pellizcarme el brazo.

—¿Qué haces, nena? —Alex me agarró de la mano.

—Todo esto no es normal. Tú hablando de Will sin poner cara de haberte comido un limón, mi hermana y Brian más enamorados que nunca. Yo parezco una ballena. Hace dos días no se me notaba la tripa. No entiendo nada. —Pegué un grito y me marché a la habitación. A los segundos apareció Alex.

—¿Nena, estás bien? ¿Te encuentras cansada?

—No sé ni cómo me encuentro, Alex. Lo último que recuerdo contigo es una gran pelea diciéndome que saliera de tu vida. Los gritos sí los recuerdo. —Me di la vuelta.

—Lo sé, cariño. Sé que te grité y no me lo perdono. Toda aquella mierda que Alison me entregó... Estaba tan cegado que no me di cuenta de que me estaba engañando. —Se acercó a mí—. Pero al verte en el callejón, al creer que te perdía, al no poder saber cómo estabas hasta muchas horas después... Cuando desperté de la operación solo preguntaba por ti y al verte en aquella cama, llena de vías y con los ojos cerrados sentí que me moría contigo, porque yo lo provoqué todo. Por mi maldita culpa, Jonathan fue a por ti. Por mis mentiras y mi mierda, no he podido protegerte, no he sabido hacerlo bien contigo. Saber que estabas embarazada y que estabais en peligro... —Me abrazó por la cintura—. Lo que ha dicho mi hermano es lo que yo siento. Cuando ves a la mujer que amas tirada en el suelo mientras una gran mancha de sangre la empapa, crees que vas a morir con ella. Pensé que te había perdido para siempre, Mariola. Si hubiese sido así, jamás me lo hubiese perdonado. Encontrarte fue mi suerte y perderte hubiese sido mi muerte. —Cerró los ojos unos segundos tratando de no desmoronarse delante de mí—. Me da igual todo el pasado, me voy a ganar de nuevo tu corazón, aunque tenga que perder el mío por el camino. Te amo, Mariola y nada ni nadie jamás podrá cambiar eso. Me ha hecho falta perderte para poder comprender que sin ti no soy nada.

—Alex, yo siento todo lo que dije, pero... —No era capaz de creer que todo se hubiese solucionado tan rápido—. Ojalá no hubiéramos necesitado perder a Ryan y a Rud. —No lo había asimilado—. Yo... —Comencé a llorar de nuevo. El sentimiento de pérdida era demasiado devastador como para olvidarlo en unas horas—. Ellos no tenían que estar allí, ellos no se merecían morir en sus manos.

—Mariola, ellos estaban allí porque te querían. Su destino fue salvarte y se lo agradeceré el resto de mi vida.

—¿Me harías un favor, Alex? —Tragué saliva tratando de tranquilizarme.

—Quieres ir a verlos. —Sonrió al verme afirmar con la cabeza—. Siempre te daré todo lo que necesites. Estaré siempre a tu lado agarrando tu mano, siguiendo tus pasos y abriendo camino los días más duros. Jamás me volveré a separar de tu lado.

—¿Me doy una ducha y nos vamos?

—Perfecto, cariño.

Alex no me soltó ni una sola vez la mano. Nunca más volvería a ver la preciosa sonrisa de

Ryan ni me volvería a enzarzar en una batalla verbal con Rud. Ver el nombre de Ryan en la lápida me rompió el corazón. Era real, ya no estaban con nosotros. Alex se separó de mí unos metros cuando me arrodillé frente a su tumba. Pasé mis dedos por su nombre y su fecha de nacimiento. Cerca se estaba celebrando un funeral y comenzó a sonar *The Rose* de Bette Midler.

No me lo podía creer, no era capaz de procesarlo. Ryan no podía haber muerto, no podía haberse ido sin hablar con él, sin despedirme, sin decirle que sí, que le quería, tal vez no de la manera que me hubiese gustado, pero le quería mucho y no me lo quería creer. Aquello no tenía que haber terminado así. ¿Qué sería de sus hermanos? Tenía toda la vida por delante y Jonathan acabó con él. No pude controlar todas las lágrimas y los sollozos que mi boca emitía.

Busqué un pañuelo en mi bolso y me limpié las lágrimas. Cuando abrí los ojos vi unas rosas azules frescas al lado de la lápida. Cogí una y me la llevé a los labios, deposité un beso en ella y la dejé encima de la hierba.

—Te quiero, Ryan. Esto no tenía que haber acabado así, lo siento mucho. Siento que cambiases tu vida por la mía.

Tuve que despedirme de él de la peor manera. Tras unos minutos en silencio observando su nombre, me llevé los dedos a los labios y deposité un beso en su fecha de muerte.

—Te quiero.

Me levanté y vi a Alex que seguía mirándome con un semblante muy triste. Me acerqué a él y antes de marcharnos hacia el coche, giré la cabeza y miré por última vez aquella tumba. No sabía si iba a volver a ser capaz de enfrentarme a su muerte una vez más. Me sorprendió no tener a Dwayne con nosotros. Supuse que Jonathan también estaría muerto y ya no necesitábamos seguridad.

No quise visitar a Rud aquel día, no podía lidiar con más sentimientos de tristeza ni más dolor. Mientras Alex conducía recordé las contestaciones que Rud me solía dar cuando estaba callada durante demasiado tiempo y sonreí, pero a los segundos comencé a llorar de nuevo sabiendo que nunca más las iba a escuchar. Era todo tan extraño, tan irreal que volví de nuevo a pellizcarme, pero me hice daño en el brazo de nuevo. Alex frunció los labios al verme que hacía un gesto de dolor y me acarició el brazo.

—Hace tiempo que te quería llevar a este restaurante y seguro que lo disfrutarás. Vamos a Lexington Avenue.

—¿Maialino? —Noté cómo la niña se removía—. A tu hija también parece apetecerle.

—¿Se mueve? —Afirmé con la cabeza y cogí su mano libre poniéndola en la tripa—. No noto nada.

—Seguro que la harás pronto. —Se llevó mi mano a sus labios.

Al llegar al restaurante, el aparcacoches se llevó el *Range Rover* y entramos dentro, pasando a una parte privada del restaurante. Todo el mundo nos observaba y nos sonreía. Tenía la sensación de que todos nos conocían y se alegraban al vernos juntos. ¿Habríamos salido en los periódicos? Justo íbamos a pasar a la zona de atrás cuando una señora de unos cincuenta años me agarró del brazo.

—Hija mía, me alegro tanto de que estés bien. —Me abrazó—. Pasé tanto miedo por vosotros cuando me enteré de todo.

—Yo... —No sabía qué contestarle. Ni siquiera la conocía y ella parecía saber toda mi vida.

—Tú eres el amor de su vida.

—Vamos, Mary Ann, no les molestes que tienen que recuperar el tiempo perdido. —El que supuse que era el marido de la extraña, apareció.

—No entiendo nada.

—En la comida seguimos hablando, cariño. —Puso su mano en mi espalda para guiarme hasta la mesa y cuando llegamos vi que estaba preparada para más de diez personas.

—Creo que se han equivocado, Alex, solo somos dos.

—No, cariño, hay más personas que quieren verte.

Al darnos la vuelta aparecieron todos allí. Mike con Justin, mi hermana y Brian, Frank de la mano con Sonia y Andrea, Vivian con Jason. Mi gran familia estaba allí al completo. No me lo podía creer, llevaba tanto tiempo sin verlos que el abrazo con cada uno de ellos me hizo sonreír, llorar y sentir que por fin todo estaba bien. Todos me besaron, abrazaron, acariciaron y sonrieron. Era como si no hubiera pasado el tiempo.

Nos sentamos a comer y al principio nadie hablaba, me observaban, miraban las cartas del restaurante para pedir y volvían a observarme. Negué con la cabeza frunciendo los labios hacia un lateral y exploté.

—Vamos a ver, ¿qué coño está pasando aquí? Parece que vuelvo de entre los muertos. Joder, parece que soy un extraterrestre al que vais a diseccionar. —Solté la carta encima de la mesa haciendo ruido con los cubiertos al caer.

—Nuestra Mariola ha vuelto. Tan malhablada y sarcástica como siempre. —Mike me agarró de la mano y sonrió.

—¿Pensabais que se me iba a curar la lengua y el cerebro? —Me puse las manos en la barriga —. Esperemos que Erin no salga diciendo joder cuando nazca. Tendré que cortarme con ella. — Alex puso su mano sobre la mía.

—No serías tú misma. Me gusta tu parte macarra, Mariola. Es más, ese espíritu macarra se ha metido tanto en mí que se me escapan algunas de tus palabritas. —Me besó la mejilla.

—Sí, hija, últimamente se ha soltado la corbata, aparcado el traje y ha comenzado realmente a disfrutar de la vida.

Le miré sorprendida y observé cómo iba vestido. Llevaba unos vaqueros oscuros, un jersey gordo de lana gris y unas botas marrones de cordones. ¿Cuándo se había cambiado de ropa? Juraría que en el cementerio iba con traje.

—En vaqueros y zapatillas se ve la vida de otra manera.

¿Alex sin traje diciendo que en zapatillas la vida se veía de otra manera? El golpe en la cabeza que se tenía que haber dado era gordo. Nunca se había quitado el traje, solamente en la cabaña y porque no le quedaban más cojones. Comenzamos a hablar y observé todo, las esquinas de la habitación comenzaron a hacerse más pequeñas y noté un pinchazo en el brazo. Joder. Me levanté la manga del vestido y comenzó a aparecerme un moratón lentamente en él. La cabeza comenzó a darme vueltas y me levanté de la mesa. Perdí unos segundos el equilibrio y me agarré al mantel tirando todo lo que había encima de la mesa antes de caerme al suelo.

Veía una luz blanca que ocupaba toda la parte donde las cabezas de Alex, María y Mike aparecieron. Sus caras comenzaron a difuminarse, sus voces se alejaron hasta no poder distinguirlos. Solo notaba la mano de Alex agarrando la mía y comencé a escuchar un pequeño pitido.

Bip, bip, bip.

Los párpados comenzaron a pesarme y no podía mantener los ojos abiertos. Volvía a tener sueño y los pitidos comenzaron a sonar más fuerte en mi cabeza.

Bip, bip, bip.

COMO SI FUERA LA MEDICINA QUE NECESITABA

Me dolía todo el cuerpo. El dolor de cabeza que tenía se podía comparar a la mítica resaca de año... No, no podía ser. Aquella ya lo había vivido. ¿Un *déjà-vu*? Y aquel maldito pitido seguía resonando en mi cabeza. *Vamos a ver, Mariola, tranquilízate. Dile a tu cerebro que obligue a tus ojos a abrirse y comprobar dónde te encuentras.* Esa fue la primera orden de mi cabeza, pero estaba agotada y no era capaz de mover ni un solo músculo.

Oía voces de fondo que no entendía, voces que no reconocía. Comencé a abrir lentamente los ojos y la luz me molestaba tanto que tuve que cerrarlos de nuevo. Traté de tragar saliva, pero me dolía mucho la garganta. Al tragar comencé a toser y noté cómo unos brazos me giraban poniéndome de medio lado y al abrir los ojos debajo de mi cara vi algo metálico.

—Tranquila. —Una mano me estaba acariciando la espalda lentamente tratando de tranquilizarme—. Estás bien. No fuerces la garganta, la tienes muy irritada por el tubo endotraqueal que tuvieron que ponerte en la ambulancia. —Me volvió a tumbar en lo que supuse que era una cama de hospital—. Hola, Mariola, soy el doctor Blake.

—Hola. —Susurré haciendo caso a su consejo de no forzar a garganta.

—¿Cómo te encuentras?

Al moverme me tiró la piel en el costado y comenzó a arderme la zona. Me llevé la mano a la tripa.

—¿Qué me ha pasado? ¿Erin? —Las imágenes de antes de desmayarme comenzaron a pasar por mi cabeza.

—¿Erin? —El doctor me miró sorprendido—. ¿No recuerdas lo que ha pasado?

—Tengo todo muy borroso. Estaba con mis amigos y lo último que recuerdo fue desmayarme en el restaurante.

El doctor me miró fijamente y puso su mano en mi frente, me observó los ojos pasándome una luz por los ellos.

—Voy a pedir más pruebas, tal vez el traumatismo haya sido más fuerte de lo que vimos la primera vez.

—¿A qué te refieres?

—Es imposible que eso sea lo último que recuerdes.

—Estaba comiendo con mis amigos en Maialino y me he sentido mal.

—Mariola, vamos a hacerte más pruebas y después hablamos de lo que quieras.

Dos enfermeros fueron a por mí en menos de cinco minutos y me llevaron a otra planta. No sé ni cuántas pruebas me hicieron.

Dos horas después estaban subiéndome de nuevo a mi habitación. Cuando cerraron la puerta observé todo. Había un montón de jarrones con flores, globos con frases de *Recupérate pronto*, *Mejórate* y *Te queremos*. Miré a la puerta y al notar que no iba a entrar nadie me levanté lentamente de la cama. Mis piernas estaban adormecidas. Me tuve que sentar de nuevo y frotármelas, tratando de hacerlas reaccionar. En el brazo tenía una vía cerrada con esparadrapo. No podía entender nada. Me levanté de nuevo y me acerqué a las flores. Tenían todas notas

agarradas con unas pinzas en ellas. Las fui abriendo para leerlas: «*Mejórate pronto, cariño, necesitamos de vuelta a nuestra Mariola. Te queremos. Mike y Jus*». «*Hermanita, no se te ocurra volver a pegarme un susto así. Te quiero*». «*Mariola, vuelve pronto con nosotros. Tu bebé te necesita fuerte*». Al acabar de leer todas busqué por encima de la mesa la nota de Alex, pero no había rastro de ella. Respiré profundamente y al girar de nuevo me volvió a doler el costado. Al abrirme la bata me vi una cicatriz con varios puntos y ya no tenía la tripa de nueve meses de hacía unas horas. ¿Qué demonios...

—¿Qué cojones haces levantada?

—Yo... —Me di la vuelta asustada y vi a Mike con los brazos cruzados con cara de enfado—. Yo...

—Dios —resopló fuertemente y apretó su mandíbula—. Mariola, hemos pasado tanto miedo. No vuelvas a hacernos pasar por esto jamás. —Se acercó a mí y me sentí pequeña a su lado, muy pequeña.

—Perdón, Mike. Lo siento.

—Ha sido horrible. —Pasó sus brazos por mi espalda y me pegó a él. Era como si fuera la medicina que necesitaba en aquel momento—. Han sido demasiados días sin poder saber nada. Sin saber cuándo te despertarías.

—¿Días? —Me aparté de él sin comprenderle—. Ayer estuvimos en Maialino.

—No, cariño.

—¿Cómo qué no?

—No, mi amor. Ven conmigo, que creo que tenemos que hablar de lo que ha pasado.

—Mike... —Me llevé la mano a la tripa. Había pasado algo con Erin. Comencé a hiperventilar y Mike me llevó hasta un sofá que había en la habitación.

—Tranquila, cariño.

—¿Es Erin? —Me miró extrañado.

—¿Quién es Erin?

—Mi bebé. La niña que llevaba dentro y que por tu cara he perdido. —Me comenzó a faltar el aire y Mike me agarró de la cara.

—Cariño, aún no te han dicho el sexo del bebé. —Giré rápidamente la cara por la palabra aún.

—¿Cómo que aún? No la he... —Tragué saliva y me llevé una mano a la garganta.

—Mariola, no lo has perdido. ¿De dónde has sacado que es una niña? ¿Y el nombre cuando lo has decidido?

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Varios días. —No lograba comprender una sola palabra—. Después del ataque y de los disparos, sufriste una crisis en la ambulancia y los médicos nos dijeron que teníamos que esperar a que despertases de forma natural. —Me llevé de nuevo las manos a la tripa y Mike puso sus manos encima de las mías—. El bebé está bien, has estado monitorizada en todo momento. Sus constantes han sido estables. Es igual de fuerte que su madre. —Aquel era el *bip* que sonaba en mi cabeza.

—No entiendo lo que ha pasado, Mike. ¿Ha sido todo un producto de mi mente?

—Mariola. —Cerró los ojos y al volver a abrirlos noté mucha tristeza en ellos—. No sé qué es lo que recuerdas y qué no.

Tragué saliva e hice la pregunta que más me atemorizaba. La imagen de Alex en el suelo me atormentaba y por su mirada sabía que algo no había salido bien, que alguien ya no estaba con nosotros.

—¿Alex? ¿Su corazón... —no pude terminar la frase.

—Su corazón está bien. —Me agarró de la cara para que le mirase—. Tuvieron que operarle de urgencia según llegó al hospital. La...

—La válvula mitral falló.

—¿Cómo lo sabes? —Mike me miró con los ojos muy abiertos sorprendido—. Le operaron mientras tú estabas aquí. Nadie te lo ha contado y él no... —se quedó callado sin querer terminar la frase.

—Él no se ha pasado a verme. Claro, me tenía que haber dado cuenta cuando vi todas las flores y no vi unas rosas azules. —Me levanté apoyando mi mano en el brazo del sofá—. Mi cabeza ha creado un universo paralelo en el que todo se había solucionado, como si fuera un cuento de hadas donde el príncipe olvida todo y solo quiere amar a la princesa. Y yo no soy una maldita princesa.

Mike se levantó corriendo para agarrarme cuando me flaquearon las piernas. La tensión se me bajó tanto que tuvo que llevarme al baño a vomitar. Llamó al médico y, tras tranquilizarme un poco, comenzó a contarme lo que podía haberme pasado. Tras el trauma que sufrí, mi mente quiso evadirse y olvidar todo, creando en sueños una salida a todo aquello.

Cuando el médico se marchó Mike se quedó sentado a mi lado sin decir nada. Mil preguntas se pasaban por mi cabeza. Pero las que más fuerza tenían era saber si la muerte de Ryan y Rud había sido otra mala jugada de mi cabeza. Jugueteé con mis dedos y los miré. No había rastro del anillo de compromiso de Alex. Todo había sido un sueño, un maldito sueño.

—Mike, Ryan no está muerto ¿verdad? —Noté cómo se le tensaban los músculos de la mandíbula y trataba de tragar saliva—. Dime que eso tampoco es verdad.

—Ryan sufrió una herida muy grave. Cuando Jonathan te disparó se puso delante de ti y la bala que le atravesó, fue la que impactó después en ti. Perdió mucha sangre. La bala le destrozó el bazo.

—No... —Comencé a negar con la cabeza y sentí un nudo en la garganta que no me dejaba respirar.

—Le operaron, pero no pudieron salvarle, cariño. Ryan murió a las horas del tiroteo.

Aquellas balas comenzaron a resonar en mi cabeza. Comencé a gritar y me cubrí la tripa con mis manos, subiendo las rodillas hasta la cabeza, introduciéndola entre ellas. Mis sollozos retumbaban en la habitación. Ryan había muerto de verdad. ¿Por qué él había muerto y yo estaba viva? El destino podía ser jodidamente cruel. Un maldito psicópata quería vengarse y cayeron personas a mi alrededor que solo trataron de ayudarme. Si Ryan estaba muerto, Rud también lo estaría. Solamente podía negar y llorar. Los médicos entraron en la habitación alertados por mis gritos y tuvieron que medicarme con algo que no dañase al bebé y a los minutos dejé de sentir de nuevo, para entrar en otro estado de paz.

Cuatro días después del tiroteo me seguía sintiendo muerto. La operación, el post operatorio en la UCI y no poder hablar con nadie sobre el estado de Mariola, estaba matándome lentamente. Seguía sintiendo la presión en el pecho como hacía meses, como si mi sangre no circulase bien hasta el corazón, pero el médico me aseguró que en unos días mejoraría. ¿Cómo podía decirme aquello? ¿Cómo podría sentirme bien si la última imagen que tenía de Mariola era cubierta de sangre? No había podido hablar ni con mi hermano ni con mi madre, ni siquiera con mi hijo. Tan solo pude verlos cinco minutos a través de aquella maldita cristalera que me aislaba del mundo. No podía quitarme su imagen debilitada, aterrada y con la ropa ensangrentada de mi mente. Lo peor de todo era que me acababa de enterar que volvería a ser padre y ni siquiera sabía si el bebé estaba bien. Traté de preguntarle al médico, pero cada vez que me alteraba cogía una jeringuilla y me hacía dormir.

Estaba enfadado. Enfadado con ella. ¿Por qué no me había dicho que estaba embarazada?

—Señor McArddle, vamos a darle el alta. —No me había dado cuenta de que el médico seguía allí conmigo. Me había perdido en mis pensamientos demasiado tiempo.

—¿De la UCI a casa? —Le miré extrañado.

—Su madre se ha empeñado en que le demos el alta y ha contratado a una enfermera interna.

Miré por la cristalera y vi a mi madre. Sus ojeras, sus dedos temblorosos alrededor de su boca tratando de parecer tranquila al mirarme, denotaban su estado.

—¿Puedo hablar con ella?

—El peligro de la operación ha pasado. Le hemos hecho las pruebas necesarias para saber que está recuperándose. El proceso no será tan rápido como seguramente desee, señor McArddle, pero en un tiempo podrá volver a hacer vida normal.

Le miré negando con la cabeza, me levanté de la cama, abrí el armario y comencé a vestirme.

—Mi vida no es normal. Se lo puedo asegurar.

—Pues deberá tener una normal si quiere recuperarse. Nada de estrés, sustos, mala vida o lo que sea que le trajo aquí.

—Cuando me confirmen que ese hijo de puta está muerto, le aseguré que mi vida será más tranquila.

—No se altere.

—Y cuando alguien comience a responder a mis puñeteras preguntas.

—Le acaba de subir el ritmo cardíaco y eso puede hacer que el proceso de recuperación sea más lento. —Dejó la carpeta metálica en la mesa y me miró muy serio—. Tendrá que aprender a controlar su humor, señor McArddle. Menudos días les ha dado a las enfermeras. Ninguna quería venir cuando usted estaba despierto.

—Páseme la cuenta y encantado saldré de aquí. —Estaba enfadado con el mundo por no conocer la verdad.

—En fin. —Hizo un gesto de desaprobación con su cara y mandó entrar a mi madre—. Tómesele con calma, la verdad es que no me apetece volver a verle por aquí.

—Hijo. —Mi madre se lanzó a mis brazos—. Hijo mío. —Me agarró de la cara y comenzó a revisarme, como si aún fuera aquel niño de tres años que se hizo una brecha con la ventana del salón en la cara—. Ha sido horrible no poder abrazarte ni saber si te encontrabas bien. Ese maldito médico nos dijo que nada de entrar por la contaminación de no sé qué.

—Y tú a golpe de talonario me sacas de aquí. —Traté de que mi madre sonriera y quitar un poco de hierro a todo aquello—. Parece que eso a los McArddle se nos da bastante bien. Eso y jodernos la vida. —Me aparté de mi madre buscando en el armario mi cartera y el resto de mis pertenencias, pero allí no había nada.

—Lo tengo yo todo. Menos el reloj. —La miré unos segundos y cerré los ojos—. Estaba destrozado. Sé que era el que Mariola te regaló. —Resoplé y noté cómo los músculos de mi mandíbula y cuello se tensaban al oír su nombre—. Cariño, tenemos muchas cosas de las que hablar, pero lo haremos en casa cuando estés tranquilo, no quiero que te alteres por nada.

—¿Cómo no hacerlo mamá cuando todos salís con evasivas cuando pregunto por ella? El médico no me ha dicho nada, las enfermeras parecían monjas con voto de silencio y tú ahora me dices que me tengo que tranquilizar. ¿No os dais cuenta de que eso me altera más? —Escupí las palabras tan enfadado que no me di cuenta del daño que le hacía a mi madre hablando así—. Mierda, mamá, lo siento.

—Hijo, hace tanto que no me llamabas mamá.

Acaricié su cara. Parecía que le habían caído encima diez años, que sus arrugas se habían multiplicado y que unas ojeras moradas se habían instalado permanentemente bajo de sus ojos. Noté cómo le recorría una lágrima la mejilla. Pasé mi dedo pulgar quitándosela.

—No he sido el mejor hijo últimamente ni el mejor padre, ni siquiera la mejor persona. — Tiré de su brazo y la pegué a mi cuerpo. Comenzó a temblar y escuché los sollozos que salían de su boca—. Lo siento, mamá.

—Me había prometido ser fuerte para que no me vieras así, pero han sido días de muchas emociones y demasiados sustos. —Se apartó de mí limpiándose las lágrimas.

—Al final las cosas terminan explotando e hiriendo a las personas que más queremos. — Cerré los ojos y en mi cabeza sonó aquel disparo, aquel estruendo horrible que me hizo temblar de nuevo.

—Cuando lleguemos a casa hablaremos, pero lo más importante es que Mariola está recuperándose. Y vuestro bebé... —Hizo una mueca y terminó esbozando una pequeña sonrisa —. El bebé está bien. Están en observación, pero están bien los dos.

Fue como si me quitaran el mayor peso del mundo de encima de mis hombros. Por fin pude respirar tranquilo. Negué varias veces con la cabeza y tuve que sentarme en la cama unos segundos para asimilar la realidad. Estaban bien, pero nosotros no. Nuestra relación estaba en un punto de no retorno. No estábamos al borde del abismo, no. Nos habíamos tirado al puñetero abismo el uno al otro, sin saber cuál de los dos acabaría menos herido.

—Jason está en casa con Frank. Ha preguntado todos los días por ti, pero no le he dejado venir al hospital. No quería que te viera así.

—Nos podemos ir, mamá. —La agarré fuertemente de la mano y las puertas de cristal se abrieron a nuestro paso.

Caminamos por el pasillo pasando algunas habitaciones como en la que yo había estado. Atravesamos otra puerta que daba a más habitaciones y al mirar al frente, vi a mi hermano de la mano de María caminando de espaldas a nosotros. Se me disparó el corazón y noté cómo los puntos de la operación se tensaban. Mi hermano se giró al escuchar una voz detrás de él, soltó la mano de María y corrió los metros que nos separaban para darme un abrazo.

—Dios mío, hermano, qué alegría verte fuera de esa habitación. —Se separó de mí y me agarró con fuerza de los hombros—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, nuestra madre ha decidido que estaré mejor en casa con una enfermera y se lo agradezco. Seguramente dos días más aquí y me atan a la cama amordazado sin poder hablar.

—Has cabreado a todas las enfermeras y médicos del hospital. No creí que supieras tantos tacos y palabras malsonantes, hermanito.

Sonreí sin quererlo al recordar que eso mismo le decía yo a Mariola.

—En situaciones extremas, con temores más grandes que tú mismo, aflora realmente la persona que eres. La que has tratado de esconder tanto tiempo. Parece que definitivamente soy un malhablado.

—Aléjate de mi hermana. —María me miró enfadada negando con la cabeza—. Por tu culpa estuvo a punto de morir a manos de Jonathan, joder. Ya ha perdido demasiado, ha sufrido demasiado.

—María. —Mi hermano reprochó sus palabras.

—No, Brian. Por mi culpa ha pasado todo esto. El psicópata de Jonathan quiso hacerme daño a mí. Si no me hubiera cruzado en el camino de Mariola, ella ahora sonreiría y no estaría... —Giré la cara y vi que en la habitación que tenía al lado estaba Mariola.

Era la primera vez que la veía en días. Estaba dormida con la cara girada hacia mí. Me

acerqué al cristal y la observé. Tenía marcas en la cara, una pequeña cicatriz con puntos en la frente, varios moratones en las mejillas, en el cuello y en los brazos. Tenía alrededor de sus muñecas unas marcas moradas. Apreté los puños a ambos lado de mi cuerpo. Sentí una mezcla de alivio y dolor. Una enfermera vestida de azul entró en la habitación con un carro. Se acercó a ella sin despertarla y bajó la sábana para levantar la bata que llevaba puesta Mariola. Al destaparla vi su tripa, y cuando la enfermera comenzó a correr la cortina para tener la intimidad necesaria, vi una herida en el costado derecho de su abdomen con varios puntos. Pegué las manos al cristal y entonces mi hermano volvió a agarrarme del hombro.

—Está bien, Alex. No hay ningún daño. Ha estado cuatro días durmiendo y se ha despertado bastante alterada. Hablando de cosas que no han pasado, de Erin y de...

—¿Erin? —Al escuchar aquel nombre miré a mi hermano. Dejé de respirar al oír el nombre que siempre había tenido en mente si tenía una hija y juraría no haberlo comentado con Mariola nunca.

—Se ha despertado llamando así al bebé. Está convencida de que es una niña. Sabía también lo de tu válvula mitral y... —María tan solo miraba a su hermana—. No entiendo qué ha pasado en su cabeza, solo sé que se está recuperando. —La enfermera salió de la habitación y María apoyó su mano en la puerta para entrar. Antes de hacerlo se giró y me miró—. Aléjate de ella.

Vi el mayor de los odios en sus ojos y lo comprendí. Yo me odiaba de la misma manera al verla en aquella cama tumbada, herida y sola. María entró en la habitación cerrando la puerta tras de ella.

—Perdónala, Alex, tuvo una gran crisis cuando pasó todo y bueno, se odia a ella misma, me odia a mí y odia todo lo que ocurrió aquel día. No se lo tengas en cuenta. —Mi hermano trataba de disculpar lo que María me acababa de decir, pero no había nada que perdonar.

—Puede que sea lo mejor por ahora. Que tome distancia y vuelva más fuerte para recuperar lo que he perdido. O tomar distancia para no volver jamás. —Negué con la cabeza y antes de que ellos dijese nada, salí de aquel pasillo en dirección a los ascensores.

Noté cómo una mano me acariciaba el pelo. Podría reconocer aquellas caricias entre un millón. Me recordaban a cuando era pequeña. Sin duda alguna era mi hermana. Al abrir los ojos me encontré con los suyos. Apartó lentamente su mano de mi cabeza y se la pasó por los ojos ya que estaba a punto de llorar, pero estaba enfadada.

—Mira, hermanita, creo que se me han acabado las lágrimas estos días. ¿Cómo cojones se te ocurre hacerme pasar por todo esto?

—Lo siento mucho. —Me incorporé en la cama—. No era mi intención. —Me llevé la mano a la cara—. ¿No hay forma de echar atrás el tiempo y recuperar todo lo que hemos perdido?

—Hay veces que lo mejor es no mirar atrás y seguir caminando. Necesito que mi hermana sea fuerte y que este bebé —puso sus manos en mi tripa al hablar— crezca dentro de ti y me haga la persona más feliz del mundo cuando vea sus ojitos.

—Erin. —Volví a decirlo sin pensar.

—¿Erin? Si no sabemos aún el sexo.

—Sé que es una niña y sé llamará Erin. Llámame loca, pero he tenido un, no sé cómo llamarlo, visión, sueño o locura mental transitoria. —Negaba con la cabeza mientras hablaba—. Ayer estábamos juntos en Maialino. Sabía lo de la operación de Alex, las muertes y... —Sonreí sabiendo que no todo lo que había soñado era cierto—. Hasta soñé que me pedías que te ayudase con tu boda que sería el treinta y uno de octubre. —Abrió mucho los ojos, se levantó de un salto de la silla y comenzó a dar vueltas por el cuarto.

—¿Cómo... —Negaba con la cabeza—. Brian me dijo que en tu estado no nos podías oír, pero

lo hiciste, Mariola. El médico nos dijo que te hablásemos, que era bueno. Te conté lo de la boda, que te necesitaba de vuelta para que me ayudases y me llevases al altar. Quiero que seas tú quien me entregue al amor de mi vida. No quiero que sea ninguna otra persona.

—¿Así que todo lo que soñé es por que os escuché? ¿Alex vino a verme? —La cara de mi hermana se tensó, apretó la mandíbula y soltó el aire fuertemente por la nariz.

—Le he dicho que se aleje de ti, bastante daño te ha hecho ya.

—No ha venido. —Apoyé la cabeza en la almohada y traté de sacar fuerzas, me puse la careta de todo va a ir bien, y dejar de preocupar más a mi hermana—. Volver al pasado no borrará mis cicatrices. Solamente me haría más daño. Te quiero, hermanita, y siento mucho por todo lo que habéis pasado.

Decidí en aquel momento interiorizar todos y cada uno mis sentimientos y ser fuerte por los demás. Ellos ya lo habían sido por mí aquellos días. Ahora me tocaba a mí luchar contra mis demonios internos y salir de aquello. Brian entró a los segundos en la habitación.

—Contigo quería yo hablar. ¿Cómo se te ocurre la idea de casaros el treinta y uno de octubre? ¿No ves que no me da tiempo? Hablando de organizar. —Busqué mi móvil en la mesilla—. Los jefes ya me habrán despedido por llevar a CIA un psicópata. ¿Mi móvil?

—Cuando salgamos de aquí iremos a comprarte uno nuevo. Ahora no lo necesitas para nada. —Escuchamos unos nudillos en la puerta.

—Qué alegría verte despierta. —Will se acercó con un precioso ramo de rosas blancas.

—Eso son flores de amor. —Mi hermana lo susurró.

—Y de preocupación y apoyo cuando una persona está enferma. A mí me vas a hablar de protocolo de rosas.

—Bueno, Will está bastante bien.

Mi hermana me estaba intentando hacer olvidar todo con una frivolidad. Sí, así solíamos funcionar en mi familia. Cada vez que pasábamos por alguna situación extrema, tirábamos de frivolidades y mucho humor.

—Pues a mí me parece una buena opción.

Will se acercó a la cama, dejó las flores en una mesa que tenía al lado y se agachó para darme un beso en la frente, momento que aprovechó mi hermana para mirarle el culo.

—Una opción extraordinaria, hermanita.

—María, ¿qué te parece si te invito a un café? —Brian arrancó literalmente a mi hermana de mi lado y al salir por la ventana los pude ver hablando. Mi hermana puso cara de que él era el único hombre que me le gustaba en el mundo.

—¿Cómo estás? —Will se sentó en el borde de la cama.

—Dolorida, cansada, un poco rara y feliz por estar viva. —Me mordí el labio inferior—. Triste y preocupada.

—Deja de preocuparte por el trabajo, que sé que lo estás haciendo. No voy a prescindir de ti, eso tenlo claro.

—Pero...

—Ni peros ni nada. Me encantaría que volvieras mañana mismo, pero primero eres tú y se está remodelando la plantilla de la empresa. Así que recupérate y cuando quieras, tu despacho te estará esperando, Mariola. —Puso su mano sobre la mía—. Pero primero sois vosotros dos.

—Muchas gracias, Will, de verdad.

—No hay nada que agradecer. En esta vida todos tenemos malos momentos y siempre hay alguien que nos ayuda a salir de ellos.

—Gracias, Will.

Estuvimos mucho rato hablando y me distrajo de todo lo que tenía en mi cabeza. Aquella tarde pasaron por allí Justin, Mike, Andrea con Sonia y Frank. Estuvieron allí todos conmigo hasta que casi tuvo que subir seguridad a llevárselos.

Los siguientes cinco días no me dejaron a solas ni un minuto. Yo dejé de hacer preguntas y decidí volver a vivir. Cuando me desperté el último día tenía al médico a mi lado escribiendo en aquellas carpetas metálicas que colgaban de mi cama.

—Dígame que me va a dar el alta, porque me encuentro bien y no aguanto más este hospital.

—Estoy firmando su alta ahora mismo. Le estoy anotando las citas médicas de las próximas semanas para las curas y las siguientes visitas al ginecólogo, que serán bastantes, dado su estado. Le he dejado un informe con ejercicios que debe hacer y qué cosas debe evitar durante unas semanas.

—De acuerdo. —Me levanté de la cama ya que me habían quitado las vías—. ¿Entonces me puedo vestir para marcharme?

—Sí, sus amigos han venido y están terminando de rellenar unas cosas.

Me metí en el baño para vestirme. Al quedarme delante del espejo desnuda pude verme la cicatriz. Me giré un poco para observarla mejor. Seguía doliéndome bastante y me quemaba. Sabía que aquella sensación no se me iba a ir jamás. Cada vez que la viera, cada vez que la acariciase me produciría un dolor inmenso, ya que me recordaría lo que pasó aquella tarde y lo que perdí en aquel callejón. Nunca olvidaría cómo Ryan y Rud dieron su vida por mí. Terminé de colocarme la ropa y al salir a la habitación me encontré a Justin y Mike con una silla de ruedas recogiendo mis cosas.

—¿No esperaréis que me monte ahí para salir de aquí?

—Te vas a montar donde yo te diga. —Justin se acercó a mí señalando la silla.

—Mis piernas necesitan despertar. —Salí por la puerta y los dos me miraron. Volví a meter la cabeza en la habitación—. ¿Nos vamos o estáis esperando a que os traigan el desayuno? Porque me muerdo por un batido y algo decente que llevarme a la boca. Vamos, coño.

Salimos del ascensor y caminamos hacia la salida. Al abrirse las puertas, el sol que estaba saliendo por el horizonte de la calle me cegó y tuve que ponerme la mano en la cara. Di cuatro pasos y respiré profundamente. Abrí los ojos y al mirar al sol que me di cuenta de que mi vida había comenzado de nuevo una semana atrás y que no me iba a permitir pensar en los *y sí* ni el los *por qué*. Iba a volver a vivir de verdad, como siempre había hecho

Nueva York, una Mariola 8.1 acababa de llegar de nuevo a la ciudad.

Por fin recuperé mi vida normal. Eso fue lo que pensé cuando salí del hospital y respiré el aire de la ciudad. Quería algo de paz y tranquilidad, pero ¿tanto? Mi rutina diaria me estaba matando lentamente. Cada día Mike me despertaba con un batido lleno de cosas muy sanas, a media mañana Justin me llevaba a la cama una revista del corazón y algo de comer, por las tardes Andrea me leía alguno de sus cuentos y por las noches Sonia veía algún programa en la tele conmigo. Mike se había cogido días libres y Justin debió de hacer algo parecido. Sí, me habían mandado reposo, pero joder, si es que no me dejaban ni ir a mear sola. Había pillado a Justin varios días mirándome mientras dormía y a cualquier movimiento que hacía le escuchaba llamar a Mike. Era como si fuera una bomba a punto de explotar y todos estaban dispuestos a desactivarme.

Los momentos en que me dejaban tranquila recordaba muchas cosas. Tenía la cabeza con muchísimos pensamientos. Era como si no quisiera pasar el capítulo para continuar con mi vida. Como si no quisiera reconocer que todo se había terminado, como si quisiera creer que aquel sueño por arte de magia se convertiría en realidad. Así pensé los primeros días, pero cuando las semanas siguieron su curso, me hice a la idea. Tenía que tomar las riendas de mi vida, las riendas de mi nueva vida.

Cuando me miraba en el espejo aún podía notar las manos de Alex acariciándome, sus labios besando los míos y sus brazos protegiéndome. Pero cada día se me hacía mucho más difícil poner buena cara delante de todos y tragarme mis sentimientos. Tuve mil y una tentaciones de llamar a Alex, pero la forma en que me temblaban las manos y la manera en la que el corazón se me aceleraba al coger el móvil, me hicieron comprender que aquello no era buena idea. Era como una drogadicta en desintoxicación. Cada día tenía la misma ansiedad, las mismas ganas de llamarle, pero poco a poco, con las charlas de los chicos, las conversaciones con mi hermana y las broncas de Sonia por querer recuperar algo que no se rompió por mi culpa, comprendí que debía desintoxicarme de Alex.

Cuatro semanas, cuatro jodidas semanas después, en las que no me dejaron salir de casa, todos habían vuelto al trabajo. Me levanté temprano, sobre las ocho de la mañana y, por primera vez después de tanto tiempo, estaba sola y me encontraba animada y con ganas de dar un paseo por la ciudad. Después de pelearme con mis vestidos, ya que casi todos me quedaban bastante justos, salí al salón. Observé el piso y por primera vez me di cuenta de que aquella ya no era mi casa. Justin y Mike estaban tan pendientes de mí que no estaba disfrutando de su relación al 100%. Lo que menos se merecían es que una niña llorona les judiese las noches y tuviesen que acostumbrarse a verme con una teta fuera y la casa llena de pañales. Necesitaban su espacio. Sabía que iba a caer como una bomba, pero necesitaba buscarme un piso para que ellos pudieran disfrutar de su nueva vida juntos.

Antes de salir de casa, cogí el bolso y cuando estaba a punto de abrir la puerta, miré por la mirilla. Me tembló la mano unos segundos al sujetar el pomo, pero recordé que Jonathan estaba muerto y ya no podía hacerme daño.

Había pasado un mes desde mi salida del hospital y de la última vez que vi a Mariola. Las visitas al médico habían sido constantes y tener una enfermera en casa me ayudó a recuperarme rápidamente de la operación. Todos los días aquella imagen de Mariola en el suelo de aquel callejón se repetía en mi cabeza. Me despertaba en medio de la noche buscándola a mi lado en la cama, al desayunar buscaba sus ojos frente a mí con el pelo alborotado y susurrándole al café los buenos días. Todos los días recordaba lo bueno que ella tenía, pero por las noches nuestros malos momentos y mentiras me atormentaban. Era como si fuera dos personas diferentes atormentándome al mismo tiempo.

La relación con mi hijo había mejorado. Todo el tiempo que tenía disponible se lo dedicaba a él. Quería recuperar todas aquellas tardes que no había podido ir a recogerle al colegio, los fines de semana que trabajaba hasta tarde y las noches que no le pude dar un beso antes de dormir. No había vuelto al hotel. Lo había dejado en manos del jefe de recepción que llevaba muchos años trabajando conmigo. Quería volver a ser Alex, no el señor Alex McArddle director del hotel Four Seasons de Nueva York. Ya ni recordaba quién era Alex realmente. Habían pasado tantísimas cosas en menos de un año, que no recordaba cómo era mi vida antes de Mariola, antes de que ella apareciese arrasándola.

—Papi, ¿me llevas hoy también al colegio? —Jason me sacó de mis pensamientos.

—Claro que sí, cariño.

—¿Ya no vas a volver a trabajar en el hotel? —Se sentó a mi lado en uno de los taburetes.

—No lo sé, cariño, quiero pasar más tiempo contigo y poder disfrutar.

—¿Y no vamos a volver a ver a Mariola? —Puso su pequeña mano sobre la mía.

—No lo sé, cariño. —Se me puso un nudo en la garganta.

—¿Ya no la quieres? —Mi hijo me estaba obligando a responder lo que yo en mi cabeza no había sido capaz de hacer.

—Hay veces en esta vida que todo cambia aunque no queramos y ocurren cosas que no somos capaces de controlar.

—Papi, yo sé que quieres a Mariola y como tú me dices, con las personas que realmente quieres, no te puedes enfadar. —Mi hijo era capaz de dejarme sin palabras—. Pero yo soy demasiado pequeño para saber lo que tú quieres. —Se bajó del taburete para ponerse la chaqueta—. Yo quiero volver a ver a Mariola y la sigo queriendo mucho. Aunque ya no me cuenta esos cuentos, aunque ya no me de esos besos que ella me daba, la sigo queriendo mucho, papi.

—Hijo mío, eres más sabio que tu padre. —Fui hasta él para abrocharle la chaqueta.

—Lo sé.

—Vamos que llegaremos tarde, enanito sabio. —No pude evitar reírme y le alboroté el pelo.

Cuando dejé a Jason en el colegio pensé que tal vez Mariola aparecería por allí para dejar a Andrea en clase, pero al ver a Frank entendí que nuestros destinos ya se habían separado.

—Esperabas encontrarla. —Frank se acercó a mí.

—No. —Sentí su mano en mi hombro—. Tal vez.

—¿Has hablado con ella?

—No —negué con la cabeza.

—Alex, no soy quién para decirte esto, pero si ya no quieres saber nada de ella, pasa página. Vuelve a tu vida y recupérate.

—¿Tienes un rato para un café?

—Claro que sí, Alex, siempre que recupere a mi amigo, tengo tiempo. Justin se está encargando de una fiesta en el club.

—De eso quería hablarte. —Fuimos caminando hasta una cafetería cercana—. Ya sabes que es el cumpleaños de Jason pronto y había pensado en hacerle una fiesta. Pero no como la de todos los años que se la encargamos a una empresa. Este año quiero hacérsela yo personalmente. —Vi cómo Frank me miraba completamente sorprendido.

—Estás tratando de recuperar todo el tiempo perdido con tu hijo. —Pedimos los cafés y salimos a la terraza.

—Me he perdido demasiadas cosas por el camino. No he vuelto al hotel y no sé si quiero volver. —Me quedé observando a una madre con su bebé recién nacido jugando en el carrito—. ¿Y si me he perdido tanto que no soy capaz de encontrarme? ¿Y si lo he perdido todo? —Suspiré sabiendo que recuperar lo que teníamos era complicado.

—Alex, en esta vida no hay nada imposible. Cuando sucedió lo de Lisa creíste que jamás te enamorarías de nuevo.

—Y me equivoqué. Tantas mentiras y tantas cosas que se ocultaron. —Mis sentimientos se contraponían—. Mariola se acostó con mi padre por dinero, Frank. —La cara de sorpresa de Frank no me sorprendió.

—No me lo creo. Conocemos a Mariola...

—Conocemos a la Mariola de ahora, no sabemos lo que hizo con su vida antes. —Apreté mis puños contra mis rodillas—. Alison me enseñó la foto justo antes de...

—Alex —carraspeó antes de seguir hablando—, Alison es una arpía. Desde que volvió a tu vida lo único que ha hecho, en lo único que ha puesto empeño, ha sido en joder tu relación con Mariola, ponerte zancadillas para que acabes cayendo en sus brazos.

—Ella ha estado apoyándome en los malos momentos.

—No. —Frank soltó una carcajada muy sonora—. Creo que quien no conoce a Alison bien eres tú, Alex. Desde siempre ha querido que le quites las bragas.

—Eso no es verdad, Frank. —Le miré enfadado.

—Alex, tengo que marcharme a una reunión con unos clientes, pero espero que te des cuenta antes de que sea demasiado tarde. Sé que quieres a Mariola. No seas imbécil. —Se levantó dejando dinero en la mesa—. Si tu camino ya se ha separado del de ella, deja de castigarla, deja que continúe con su vida. Se merece ser feliz después de todo lo que ha pasado. Ha perdido a Ryan. Murió por salvarla y sé que lo está pasando muy mal, aunque nos haga ver a todos lo contrario.

—¿La has visto? —Le miré fijamente.

—Hagas lo que hagas, hazlo sin arrepentirte mañana. Will te está ganando la partida.

Sin decir una sola palabra más, Frank se marchó hablando con Sonia por el teléfono. ¿Qué demonios quería decir que Will me estaba ganando la partida?

Me levanté y fui a por el coche. Jason hasta las cinco no salía y tenía todo el día libre para preparar la fiesta. ¿Por dónde empezar? Estaba perdido. Mi cabeza era un hervidero de sentimientos: amor, odio, preocupación y celos gracias a Frank. Me quedé unos minutos en el coche y lo primero que se me ocurrió para averiguar si realmente lo que me dijo Frank era verdad, fue ir a la empresa de Mariola y contratarlos para que le organizaran la fiesta de cumpleaños a Jason bajo mi supervisión. Sabía que Mariola aún no estaba trabajando, le escuché a María unos días antes, pero Will estaría allí tipo rey del mundo y me podría acercar a él para averiguar todo. Arranqué el coche y varios metros después pisé fuertemente el freno. ¿Qué demonios me pasaba? Primero la acusaba de acostarse con mi padre, luego la quería, luego la odiaba por tener algo con Will, luego quería hacer de investigador privado para saber qué estaba ocurriendo entre ellos. Y me di cuenta: por mucho que tratase de odiarla, de sacarla

de mi cabeza, nunca lo iba a conseguir. Porque la amaba más de lo que quería reconocer, más de lo que podía imaginar y tenía que hablar cara a cara con ella para aclarar todo de una maldita vez. Si ella era la que me negaba, la que quería seguir su camino sin mí a su lado tendría que aprender a olvidar.

Sin saber cómo y, tras dos horas caminando, terminé en la Sexta en dirección a Bryant Park. Pasear por allí con un café en la mano y un croissant al más puro estilo Audrey Hepburn en *Desayuno con diamantes* era un placer inmenso. Café no debía tomar, pero sí me podía comer un croissant que me llamó desde la vitrina de una panadería. Recibí una llamada de Will.

—¿Llamada de control? —Sonreí durante unos segundos.

—Te prometí que te llamaría todos los días. ¿Cómo te encuentras hoy? —Había mucho ruido a su lado.

—Pues me he escapado de casa y estoy dando un maravilloso paseo. Quemando un poco la tarjeta, que tenía mucho polvo. —Escuché cómo se reía—. ¿Qué tal llevas la fiesta de *Victoria's Secret*?

—He elegido el Armory. Será genial.

—Estar rodeado de súper modelos seguro es genial.

—Me gustan las mujeres reales.

—Deja de camelarme, que ahora mismo el croissant me está engordando solo con olerlo. —Al mirar hacia arriba vi que estaba justo delante de la tienda de *Victoria's Secret*.

—Estás preciosa con ese vestido rojo, Mariola.

—¿Me estás espiando? —Al mirar hacia la derecha le vi en la puerta de la tienda y negué con la cabeza.

—Estaba buscando inspiración. —Agitó unas cuantas bolsas rosas con el famoso logo mientras se acercaba a mí.

—Claro, inspiración. —Metí la mano en una de las bolsas y saqué un par de tangas rojas—. No pensaba que fueras de los que les mola vestirse con bragas de puntilla.

—Me gusta más verlo en una mujer. —Me quitó los tangas de la mano—. Tú veo que estás pasando una gran mañana.

—Sí, necesitaba pensar y una terapia de tiendas sola, sin que nadie me pregunte a cada segundo cómo estoy, es lo que necesitaba.

—¿Y qué es lo que te ronda por la cabeza? —Me miró fijamente y sentí confianza, que no sabía ni cuándo ni cómo ni porqué, pero apareció de repente con él.

—Después de estas semanas de reposo absoluto y aburrido, quiero volver a trabajar, a tener mi tiempo ocupado, dejar de pensar en algunas cosas y buscar un piso para mudarme. —Comenzamos a caminar.

—Sí que le has dado muchas vueltas a esa cabecita. ¿Mudanza?

—Aunque adore ese piso, necesito uno para mí y —me puse las manos en la tripa al hablar— para Erin. Creo que mi mejor terapia es ella. —Noté sus movimientos—. Parece que cada vez que la nombro se mueve.

—Eso es que reconoce tu voz.

—No creo.

Cuando nos dimos cuenta estábamos delante de una tienda de ropa para bebés. Miré el escaparate mordiéndome el labio y volví a acariciarme la tripa y agaché la cabeza.

—¿Te apetece que veamos ropa para ti, preciosa?

—Si dices en serio lo de buscar piso, llámame porque vi unos cuantos fantásticos cuando alquilé el mío. Seguro que alguno te encaja.

—Mañana me paso por la oficina, así hablo con los jefes y me cuentas.

—Disfruta de las compras, preciosa. —Me dio dos besos.

—Lo haré. —Tras despedirme entré en la tienda y sonó de nuevo mi teléfono—. Hola, Jus, no llames a los SWAT, estoy de compras.

—Que susto me he dado cuando he llegado a casa y no te he visto. ¿Dónde estás?

—Estoy en una pequeña tienda de ropa de bebé. En cuanto salga de aquí me voy Sacks. No me vale ningún vaquero.

—Pues en una hora nos vemos en Sacks.

—No necesito que me hagas de niñera.

—*Mi mi mi mi mi*. Una hora.

Me colgó sin dejarme tiempo para replica. Compré unas cuantas cosas en la tienda y tuve que pedir un taxi porque tenía los pies doloridos.

Cuando llegué en taxi, Justin ya me estaba esperando en la puerta. Caí en la tentación en una de las plantas que tenían una colección especial de *Christian Louboutin*. Me enamoré de ellos, sabía que me matarían, pero para la boda de mi hermana no iba a ir en bailarinas.

Después de dos horas de compras acabamos en la planta octava de Sacks, en la cafetería. Teníamos la Catedral de San Patricio al otro lado del ventanal. Era espectacular.

—¿Qué está pasando por esa cabecita?

—De todo. —Me metí un bagel en la boca—. Tengo que hablar con vosotros.

—¿Estás bien? ¿El bebé está bien?

—Sí, ya lo viste en la visita al médico. He pensado volver a trabajar. —Noté su mirada clavada en mí.

—Si no vuelves terminarás volviéndote loca, lo sé. —Me agarró la mano—. ¿Y qué más?

—Necesito empezar de cero. Olvidarme de todo lo que ha pasado y sacar estos demonios de mi interior. Ahora mismo solo me preocupa el bebé. Nosotras necesitamos nuestro espacio y vosotros el vuestro. Estoy pensando en alquilar un piso. —Apreté fuertemente su mano.

—No quiero que estés sola. ¿Y si...

—¿Y si qué, cariño? ¿Y si mañana cae un meteorito en la ciudad? Necesito recuperar mi vida. —Me quitó la mano, pero se la agarré—. Jus, sabes que os quiero muchísimo, pero necesitáis ese espacio.

—¿Y si pasa algo y estás sola?

—Jonathan está muerto. Podemos volver a nuestras vidas y ser felices. Nos lo merecemos.

Cuando entré en el edificio de la empresa de Mariola me recorrieron escalofríos por todo el cuerpo. No sabía si era por la posibilidad de verla o por la de no hacerlo. Cuando se abrieron las puertas de la planta de CIA y comenzó a pasar gente por el pasillo, corriendo como siempre con papeles en las manos, hablando por teléfono o riendo en la sala de café, tuve la sensación de haber retrocedido en el tiempo. Justo en frente tenía el despacho de Mariola. Mariola Santamaría, Managing Director. Ni siquiera sabía nada de aquel ascenso. Me quedé unos segundos mirando la puerta, esperando a que saliera pegando cuatro gritos en broma a alguien diciendo que llegaba algo tarde, pero aquella puerta no se abrió.

—¿Alex? —Al darme la vuelta estaba Linda delante de mí con las manos en las caderas—. ¿Qué haces aquí?

—Esperaba poder hablar contigo. Estoy preparando la fiesta de cumpleaños de mi hijo y no sé por dónde empezar.

—¿No hay más empresas? ¿Estás buscando a Mariola?

—No. —Mentí—. Quiero que organices la fiesta de Jason.

—Alex, la última vez que organizamos una fiesta para alguien de tu familia, fue un jodido desastre. Mariola acabó desquiciada. —No bajaba su ofensiva contra mí.

—Lo sé, Linda, pero es que no confío en nadie mejor. Sé que no está trabajando, así que no tendrá que encargarse ella.

—Ya sabes que nosotros casi ya no trabajamos. La empresa ahora mismo está en manos de Will, tendrías que hablar con él para que derive tu fiesta o la organice él mismo. —Solo escuchar su nombre me chirriaban los oídos—. Ahora mismo ha salido a hacer unos recados y estará a punto de llegar. Si quieres puedes esperarle en la sala.

—De acuerdo. Muchas gracias, Linda. —Traté de parecer lo más tranquilo posible.

Me senté en la sala a esperar a que Mister importante apareciera por allí. Cogí una revista con los trabajos de la empresa. Al pasar un par de páginas, en una foto grande aparecía la boda que se organizó en el hotel. En la foto salíamos los dos. Nos habían pillado medio desprevenidos y ella tenía su mano sobre su cuello, colocándose bien el collar y mirando a la cámara sonriendo. Recuerdo cuando salió del cuarto con aquella preciosa sonrisa y cómo mis manos, por primera vez en muchísimo tiempo, temblaron al verla. Con solo pasar mis dedos por encima de aquella foto, los temblores volvieron. Mi corazón se aceleró, mis músculos se tensaron, como si los recuerdos de lo que sucedió aquella noche se estuvieran apoderando de mí. Mi cuerpo parecía recordar sus caricias, sus besos, sus susurros y su precioso cuerpo temblando bajo el mío. Por mucho que quisiera dejarlo atrás, todo lo que provocó en mí, volvía a mí una y otra vez. Mariola estaba en mí y no la iba a olvidar tan fácilmente. Olvidaría nuestro pasado, comenzaría de cero y lucharía por recuperar a la mujer que amaba. Me daba igual cuánto tiempo tardase o cuánto tuviera que luchar por ella. Lo conseguiría y mataría esos dragones que me atormentaban. ¿Sería verdad lo que Frank me había avisado sobre Alison?

—Alex, buenos días. —Al levantar la vista de la revista me encontré con Will delante de mí.

—Hola, Will. —Dejé la revista abierta encima de la mesa y observé cómo la miraba de reojo.

—Si estás buscando a Mariola, no está trabajando aún.

—No la estoy buscando. Quiero que...

—Ya me ha contado Linda que quieres que organicemos la fiesta de tu hijo. Mira, Alex, hay otras empresas que pueden...

—No quiero a otra empresa —le corté antes de que terminase la frase—. Siempre he confiado en la vuestra y es muy importante para mí. Quiero formar parte de la organización, pero estoy muy perdido.

—Estás más que eso. —Su tono de voz seguía sacándome de quicio.

—Sí. —Saqué mi sonrisa más falsa—. Lo sé, han pasado muchas cosas y quiero empezar una nueva vida. Creo que organizar esta fiesta para mi hijo es el primer paso y el más importante. —Al mirarle vi que estaba completamente descolocado y sonreí al saber que comenzaba a manejar la situación.

—De acuerdo, pero seré yo quien me encargue de la fiesta. Tengo a todo el equipo con la fiesta de Victoria's Secret.

—Lo entiendo, no hay ningún problema.

—¿Qué estás tramando, Alex? —Antes de entrar en su despacho se quedó delante de mí observándome.

—Solamente quiero darle a mi hijo la mejor fiesta de cumpleaños posible.

Parecía que después de darle mil vueltas a lo de que buscarse piso, Justin al final lo comprendió. Sabía que era lo mejor para todos y me apoyó como siempre.

—Tengo que pedirte otro favor. —Cogí la servilleta nerviosa entre las manos.

—Dime. —Me agarró fuertemente las manos.

—Necesito ir a verlos y despedirme de ellos. Poder perdonarme y empezar de cero.

—¿De ellos? —Me miró sin comprender muy bien lo que le estaba pidiendo.

—Han muerto por protegerme. Necesito pedirles perdón y creo que así podré volver a ser la Mariola luchadora.

—De acuerdo. —Me miró unos segundos—. Te acompañaré, no quiero que pases por esto sola. No me gustan los cementerios, pero por ti ya sabes que me quedaría a dormir en uno de ellos en *Halloween*.

—¿Ryan? —Solamente el hecho de pronunciar su nombre me hacía temblar.

—Está en *Green-Wood*, en Brooklyn.

—Vale. —Noté cómo en la garganta aparecía aquel nudo que me dejaba sin respiración—. ¿Podemos ir ahora? —Me levanté de la silla.

—Déjame que llame a Frank. Teníamos en un rato una reunión, pero seguro que se las apaña sin mí.

—Puedo ir sola.

—Me necesitas a tu lado.

—Tengo que empezar a enfrentarme a todo esto. —Recogió mis bolsas.

—No te voy a dejar sola. La última vez que lo hice ese hijo de puta casi te mata. Así que mueve tu precioso culo hasta el taxi. —Sonrió.

Nos montamos en el taxi y en menos de una hora estábamos en la puerta del cementerio. Justin habló con el taxista para que nos esperase allí hasta que saliéramos y dejamos todas las bolsas con él. Tomé aire varias veces antes de entrar. No me imaginé que estar allí iba a ser tan duro. Caminé entre aquellas tumbas de personas que no conocía y sentí pena por sus familias, por los que les estarían llorando. Unos metros más adelante me encontré de frente con la de Ryan. Al ver su nombre en la lápida supe que era real. *Ryan Acherson 1980-2017*. Acaricié la pequeña piedra y me arrodillé a su lado. Tenía tantas cosas que decir, que no sabía por dónde empezar.

—Te dejo para que te puedas despedir, pero no me voy muy lejos. Si me necesitas...

—Silbo. —Le miré y Justin se agachó para besarme la cabeza.

—Te quiero.

Observé cómo se alejaba de mí unos metros y volví a mirar la lápida.

—No sé ni por dónde empezar. Después de todo lo que ha pasado, me doy cuenta de que es verdad, de que te has ido. —Me removí en el suelo—. No tendrías que haber muerto por salvarme. No es justo. —No pude reprimir las lágrimas y comenzaron a caerme por las mejillas—. ¿Por qué te pusiste en medio? Tú no tenías nada que ver con todo eso. Él solo quería matarme a mí, no tendrías que ser tú el que está aquí dentro. —Me quedé en silencio unos segundos recordándole—. No quiero tener que decirte adiós, porque decir adiós implica olvidar y yo no quiero olvidarte. No es justo, Ryan, no lo es. Aún tenías muchas cosas que ver, muchas historias que vivir y muchos corazones que conquistar. No era tu hora, Ryan y, sin embargo, estás aquí por mi culpa.

—Era su destino.

Al escuchar aquella voz me di la vuelta. Me quedé observando al hombre que tenía delante, recordaba haberle visto alguna vez, pero no sabía dónde.

—No sé si me recuerdas, soy el hermano de Ryan.

—Sí, perdona. —Me levanté del suelo y me dio la mano para ayudarme—. No te había reconocido.

—Nos vimos solo un momento en el hospital.

—Lo siento mucho, yo no quería que... —Levanté los hombros y empecé a llorar de nuevo—. Yo no quería... —Me abrazó fuertemente—. Siento no haber venido antes, pero después del disparo, estuve en el hospital.

—Necesitabas guardar reposo por tu embarazo, Mariola, lo sé.

—¿Cómo la sabes? —Me separé de él.

—Hablé con tus amigos, con Justin sobre todo. Estuve varios días en el hospital, pero seguías durmiendo. Justin me dijo que me avisaría cuando estuvieras lista para venir a ver a mi hermano.

—Tenéis la misma forma de mirar. —Le acaricié la cara.

—Despertó después de la operación. Los médicos me dijeron que no sobreviviría, pero el muy cabezota sacó fuerzas para esto. —Sacó una pequeña caja negra y un sobre—. Antes de morir quería hablar contigo, pero no pudo hacerlo y me dio esto para ti.

Con las manos temblorosas cogí la caja entre mis manos. Miré a Robert y antes de abrirlo trató de animarme. Me contó que celebraron un funeral militar, que todos sus compañeros de la comisaría y algunos NAVY SEAL acudieron.

—Estuviste con él aquella tarde. —Le miré sin saber a qué se refería—. No me mires así, Mariola. Hablé con Justin, él nos ayudó a organizarlo todo. Con el dolor, estaba tan perdido que no sabía cómo hacerlo. —Miré a lo lejos y vi a Jus ofreciéndome una de sus preciosas sonrisas—. Él sabía que deseabas estar aquí y la canción que sonó, fue una de tus favoritas, hizo que el momento de despedirnos fuera mucho más especial. Le despedimos con *The Rose*. Tú estuviste aquí con nosotros y sé que mi hermano desde arriba te seguirá protegiendo. Es tu ángel de la guarda y siempre estará a tu lado. —Negó con la cabeza y agachó la mirada. Supuse que le estaba costando mucho enfrentarse a la mujer por la que su hermano había muerto—. Léelo y descubrirás muchas cosas.

Se despidió de mí con un beso en la mejilla. Caminó hasta su coche y, justo antes de montarse, se giró y fue como si estuviese viendo a Ryan. Alzó su mano para decirme adiós y me quedé quieta observándole. Parecía tener a Ryan enfrente diciéndome su último adiós. No pude reprimir las lágrimas cuando miré por última vez aquella lápida. No, no iba a ser capaz de volver allí en mucho tiempo.

Una hora después estaba sentada en la repisa de la ventana de mi cuarto con la caja y la carta entre las manos. Llevaba más de diez minutos mirándolas y no era capaz de abrir ninguna de las dos. Me levanté y busqué en el ordenador la canción. Tomé aire dos o tres veces y abrí el sobre que contenía la carta.

Hola, Mariola.

Sí estás leyendo esta carta, es que mis peores temores se han hecho realidad.

Sé que estás a salvo. Es lo primero que les he preguntado a los médicos. Mi corazón está dejando de latir demasiado rápido, mis pulmones no son capaces de seguir y mi cuerpo ya no puede seguir luchando, pero todo ha merecido la pena por saber que estás a salvo; que toda la pesadilla ha terminado y que Jonathan jamás volverá a hacerte daño. Verte a mi lado en el suelo, con sangre cubriéndote el cuerpo, fue el momento en el que más miedo he tenido en toda mi vida.

No le tengo miedo a la muerte, pero estaba aterrado por que a ti te pudiera pasar algo.

Mi momento ha llegado, pero el tuyo no.

Sigue luchando por ti, por tu bebé y por tu vida. Eres una persona especial, Mariola, muy especial. Agradezco cada día al destino que me pusiera en tu camino. Me enseñaste que sin conocer a alguien puedes sentir una conexión especial. Más allá del físico, más allá del deseo. Una conexión con el alma. Agradezco cada beso, que aunque fueron pocos, siempre estarán conmigo.

Tienes un alma pura. Nunca dejes que nada ni nadie te cambie. Sigue con tu vida, con tus sueños y con tu amor. No sé qué será de mí en unos minutos o unas horas, si hay un paraíso esperándome al final de todo esto, pero siempre estaré a tu lado, guiándote y protegiéndote como hasta ahora.

No pude reprimir las lágrimas leyendo aquello. Era como si la propia voz de Ryan estuviese allí conmigo.

Mi destino era protegerte y puedo morir tranquilo sabiendo que lo he conseguido. Te he salvado y eso me hace saber que mi final no queda aquí. Que hay algo más esperándome. Solo quiero saber que serás feliz, que no te culpes por lo que me ha pasado, porque yo decidí protegerte.

No hay culpables en todo esto.

Fuiste mi destino.

Mi padre me dijo una vez: si el destino te pone en el camino de alguien, tienes que hacer todo lo posible por no salir de él. Yo no me quiero ir de tu lado, pero me queda poco para despedirme. Ojalá hubiera podido hacerlo en persona, pero es imposible. Noto cómo me voy apagando por momentos. No quiero irme sin dejarte algo para que siempre lo lleves contigo. Es mi insignia de los NAVY SEAL. Me la otorgaron en un momento difícil de mi vida y al verla, sentí la esperanza de que mi vida continuaría una vez más. La he llevado mucho tiempo conmigo, pero no había encontrado el momento de entregártela. Creo que este es el momento. Quiero que cuando la mires recuerdes que siempre tendrás el valor para cambiar lo que no te gusta y la determinación para conseguir que tu destino sea el que tú escribas.

Al abrir la caja me encontré con la insignia y una medalla, que al darle la vuelta tenía una inscripción: valor y destino. La cogí entre mis manos y lloré. Lloré al saber que sus últimas palabras me las dedicó a mí.

No llores por mí, Mariola, estaré bien.

Al otro lado hay mucha gente esperándome y como te he dicho, siempre estaré a tu lado. No habrá momento que no te siga protegiendo. Cuídate y lucha por lo que quieres.

Te quiero, Mariola, más de lo que me imaginé que querría a alguien.

Siempre tuyo, siempre a tu lado.

Ryan.

Con el corazón en un puño, la canción en bucle y un millón de lágrimas saliendo de mis ojos, volví a leer una y otra vez su nota de despedida. Me tumbé en la cama y me quedé dormida llorando con la medalla entre mis manos y la nota apoyada en mi pecho.

Ryan apareció en mis sueños, como si aquella nota no hubiera sido suficiente y de su boca volvieron a salir todas aquellas palabras. Me hizo prometerle que sería fuerte y que trataría de recuperar poco a poco mi vida. Se despidió de mí con una preciosa sonrisa y justo antes de

despertarme me susurró un «*Nos volveremos a ver*», me besó en los labios y su imagen se fue desvaneciendo mientras caminaba hacia una luz que brillaba en el final de mi sueño.

19.
COMO SI QUISIERA OBLIGARME
A NO OLVIDARLE

Al despertarme sentí algo nuevo dentro de mí. Tenía que ser fuerte, se lo había prometido a Ryan. Parecía ser el día perfecto para ponerme de nuevo el mundo por montera y dejar el pasado atrás. Durante varios minutos me quedé observando los dos regalos de Ryan. Sonreí amargamente al recordar la primera vez que nos vimos o cómo me ayudó cuando Jonathan irrumpió en mi piso por primera vez. Cómo cada una de las veces puso su vida por delante para protegerme. Recordé esas últimas palabras de su carta «*Lucha por lo que quieras*».

Me levanté de la cama con alguna molestia en la cicatriz. Al ir a la cocina, llevé conmigo la medalla y la insignia junto con la carta, quería que los chicos la leyeran.

—Buenos días, princesa.

—Buenos días, Jus. —Le besé y me senté en una silla dejando encima de la mesa las cosas.

—¿La has leído? —Mike me miró muy serio.

—Sí. No sé cómo explicarlo, pero es como si hubiera hablado con él, como si se hubiera despedido de mí en persona. —Me llevé las manos a la tripa—. Ojalá hubiera podido despedirme yo así de él. —Los miré y estaban con sus manos entrelazadas encima de la mesa. Mike me miraba—. Supongo que esa mirada es porque Jus te ha contado mis planes de buscar piso.

—Me preocupa que estés sola. —Mike se sentó a mi lado.

—No me voy a ir a otra ciudad, ni siquiera a otro barrio. Quiero buscar algo por esta zona. Os tendré a vosotros a mi lado, pero os dejaré vivir vuestra vida. Es lo que necesitáis. Es lo que necesitamos. —Me levanté a coger un yogur y vi cómo Mike miraba la nota—. Puedes leerla. Podéis hacerlo. Me voy a la ducha que quiero pasar por la oficina antes de ir al médico.

—Te acompaño que no entro en el restaurante hasta las cinco.

—Mike no hace falta que...

—¿Te crees que me voy a perder la ecografía en la que puedo ver la cara de mi sobrina? Jus no viene porque tiene una reunión importante con Frank. Me parece que es algo sobre la fiesta de *Victoria's Secret*. Creo que Will quiere celebrar la post post fiesta allí. —Miramos los dos a Justin que sonreía.

—Me llamó y no supe decir que no a esa sonrisa tan perfecta. Me vuelvo tonto cuando me habla.

—Menos mal que te quiero mucho, Jus, y te conozco desde hace muchos años, si no tendría que ponerme celoso.

—No hay un tío en el planeta tierra más guapo, atento, cariñoso, que me quiera más y al que adore más que tú. —Jus se levantó y agarró a Mike de las manos—. Porque tú conoces mis fallos y aun así quieres pasar el resto de tu vida conmigo.

Decidí dejarles solos. Habían callado tanto durante tantos años, que necesitaban estar a solas para disfrutar de ellos. Salí de la cocina, pero antes de irme al baño los miré desde el quicio de la puerta.

—Jus, te adoro. Creo que lo hago desde el día que te conocí y pusiste patas arriba mi vida con tus locuras, tus rarezas y tus manías.

Al salir del baño ya preparada, Mike y Justin seguían en la cocina, y parecía que habían leído la carta. En sus caras se podía ver la misma tristeza que yo sentí la noche anterior al leerla.

—Mariola, es preciosa. Es como si lo hubiéramos tenido delante diciendo estas bonitas palabras. —Mike se abrazó a mí.

—Lo sé y tengo que hacerle caso. Se lo he prometido.

—Luchar por lo que quieres. —Mike puso sus manos en mi tripa y se agachó para hablarla—. Preciosa, tienes una mamá increíble. Vas a ser la niña más afortunada del planeta. Nadie te va a querer más que ella, aunque tus tíos le haremos la competencia. —Me besó la tripa y se levantó—. Paso a recogerte por la oficina.

Al dejar a Jason en el colegio me pasé por CIA. Will me hizo pasar a su despacho y me dio varias ideas, pero la verdad es que ninguna me convencía. De repente me vino un recuerdo a la cabeza. Cuando Sonia tuvo aquel encuentro con Jonathan y Mariola salió de casa en su búsqueda, nos mandó a Coney Island. Recordé el sonido de la risa de Jason y cómo disfruto aquel día con Andrea.

—Estoy pensando en Coney Island. —Vi cómo Will me miraba—. Tiene mucho encanto y creo que cerrándolo para la fiesta, podría ser algo especial.

—¿Quieres cerrar Coney Island al completo para la fiesta de cumpleaños de tu hijo?

—¿Puedes hacerlo?

—Bueno... —Se quedó callado unos segundos, mirándome fijamente a los ojos—. El problema no es si puedo, el problema es si él espera algo así. Puede que me meta donde no me llaman, pero tal vez y solo tal vez, él espere algo más familiar.

—Te puedo asegurar que mi hijo no espera nada. La última fiesta de cumpleaños a la que fue, se la jodí. Puede que los niños no guarden rencor, aún la vida no les ha jodido para ello, pero recuerdan todo. Sé que es un lugar especial para él. La primera vez que fue allí fue una idea de Mariola. —Sus ojos se clavaron de nuevo en mí, tal vez esperando a que empezase a despotricar en contra de ella—. Luego volvimos a ir con ella y fue un día muy especial para él. Fue el primer día que sintió que podíamos ser una familia.

—Pero no lo sois.

—Tuve que apretar los puños contra mis piernas para no darle el gusto de verme fuera de control. No lo iba a conseguir.

—Es mi hijo y haré lo mejor para él. Si tengo que cerrar Coney Island para él, lo haré. Me da igual lo que cueste o cuántas llamadas tengas que hacer, consíguelo o me demostrarás que no eres tan bueno como alardeas. O como quisiste hacer creer a Mariola para llevártela de aquí. —No pude mantener mi boca cerrada. Era igual que ella al fin y al cabo.

—Ahora sí eres el Alex McArddle que conocí. El que se enfrentó a mí cuando quise contratar a Mariola. —Se estaba ganando un puñetazo en su perfecta cara sonriente—. No puedes ocultar por mucho tiempo tu verdadero yo. Estás aquí para recuperarla y siento ser yo el que te lo haga ver, pero hace tiempo que la perdiste.

—Te estás metiendo donde no te llaman ahora mismo. Te pago para organizar una fiesta, no para organizar mi vida. ¿Qué es un completo caos sin ella? Sí. No hace falta que un capullo como tú me lo haga ver. —Me levanté de la silla para marcharme—. Yo me encargo de mi vida, de solucionar nuestros problemas o de seguir adelante sin ella. Tú encárgate de la fiesta y nada más.

—Espero poder decirte algo esta tarde.

—Más vale, si no despidete de la fiesta y te aseguro que puedo ser muy convincente con la

gente que conozco. No organizarás muchas más si no lo consigues.

—Alex, que no se te pase por la cabeza amenazarme. Tú tendrás muchos contactos, pero no me das miedo. No harías nada que perjudicase a Mariola. Esta empresa es como si fuera suya.

—No es su empresa, es la tuya.

Se mordió los labios como si no quisiera decir nada más. Justo en aquel momento escuché revuelo fuera del despacho. Vi cómo Will miraba por encima de mi hombro y sonreía. Me di la vuelta para comprobar qué era lo que le hacía sonreír de aquella manera y la vi. Tuve que respirar profundamente y tratar de no parecer un auténtico patán, porque comenzó a temblarme todo el cuerpo. Mariola estaba a escasos metros de mí y seguía siendo la única persona en el mundo que podía hacer que mi cuerpo reaccionase sin tocarme. Un montón de sentimientos se apoderaron de mi cuerpo: nervios, miedo, excitación... Todo aquello me comenzó a paralizar cuando vi que sonreía y se acercaba a su despacho. No se había dado cuenta de que yo estaba allí.

Will salió sin decir nada, se acercó a ella y cuando Mariola le vio, le sonrió y le dio un gran abrazo. Ver cómo los brazos de aquel gilipollas abarcaban el cuerpo de Mariola y luego sus manos acariciaban su ya incipiente tripa me encolerizó. Quise arrancarle los brazos y machacarle con ellos. Mi corazón comenzó a latir más y más fuerte. Se separó de él y nuestros ojos se encontraron después de todo aquel tiempo. Notaba cómo mi respiración se ralentizaba y el oxígeno de la habitación parecía no ser suficiente. Las manos me temblaban y ella no dejó de mirarme. Sus preciosos ojos estaban fijos en los míos y no quería separarme de ellos. No sabía qué era lo que ella estaba sintiendo, pero sabía que la quería, que la quería mucho aun habiendo pasado por todo aquel infierno, por tener conversaciones pendientes, y tal vez, los últimos reproches que hacernos.

Cuando me separé de Will vi a Alex. Estaba en el despacho de Will mirándome fijamente, sin mover un ápice su cuerpo. Aquel maravilloso escalofrío que me recorrió el cuerpo la primera vez que nos vimos volvió a aparecer. Seguía reaccionando a su mirada, aunque mi cerebro me obligase a no hacerlo.

—¿Estás bien? —Will me miró preocupado.

—Sí, venía a hablar contigo sobre lo de los pisos y mi vuelta a la oficina. —No aparté mi mirada de Alex. Me sentía nerviosa. Era la primera vez que estábamos uno frente al otro después de tanto tiempo.

—Alex ya se iba.

—¿Qué hace aquí? —Mis ojos no podían dejar de mirarle. Quería comprobar que estaba bien.

—Ya se iba.

En aquel instante comenzó a caminar hacia nosotros, mi cabeza comenzó a dar vueltas y hasta Erin pareció reconocerle por los movimientos que sentía en la tripa. Bueno, también podían ser nervios y me estaba cagando de miedo al verle.

—Hola, Mariola.

Quería decirle tantas cosas y hacerle tantas preguntas, pero por primera vez en mi vida tuve la fuerza de morderme la lengua y no darle el placer de ser la malhablada que conoció.

—Buenos días, Alex. Tienes buen aspecto.

Se acercó lentamente a mí, recorriendo el pequeño espacio que nos separaba y pegó sus labios en mi mejilla, provocándome una fuerte descarga por todo mi cuerpo. Me obligó a cerrar los ojos ante aquel beso. Su perfume se metió dentro de mí, pegándose por todo mi cuerpo, como si quisiera obligarme a no olvidarle.

—Tú también tienes buen aspecto. Yo ya me iba. Hablamos esta tarde, Will. Lo consigues o se

acabó la cuenta. —Los ojos de Alex no se apartaron de mí mientras amenazaba a Will. Al irse puso sus dedos en mi espalda, justo en la única parte que la camisa dejaba mi piel desnuda. Me hizo estremecer.

Will me guió hasta su despacho, pero durante la media hora que estuvo hablando solamente salían de mi boca monosílabos y poco más. No podía quitarme la imagen de Alex de la cabeza. De fondo seguía oyendo a Will, pero no le estaba prestando la más mínima atención.

—¿Mariola, te encuentras bien?

—Perdón, estaba pensando en...

—Si hubiera sabido que venías a la oficina, no hubiera permitido que os vierais.

—Tarde o temprano nos hubiéramos visto. Nuestros hermanos se casan y por muchos millones de personas que vivamos en esta isla, estamos predestinados a encontrarnos. —Me puse las manos en la tripa. Me pasé una mano por la cara para tratar de retomar la conversación—. Me estabas comentando algo de un piso, ¿no?

—Y no parecías estar escuchándome. —Sonrió—. Sí, cuando estuve buscando piso en la ciudad vi un apartamento en la 99 con Broadway. A mí se me quedaba pequeño, pero puede que sea lo que necesitas. Es un lugar muy bueno, seguro y con muchas comodidades. —Se levantó para sentarse delante de mí en la mesa—. Yo me quedé con el *Penthouse* en ese mismo edificio.

—¿Qué coño tenéis los ricos con los *Penthouse*?

—¿Perdón?

—¿Es una alargación de vuestro rabo o algo?

—Esta es la Mariola que conocí. —Me miró con los ojos muy abiertos y volvió a sonreír.

—Se había perdido entre tanto drama y mierda, pero te aseguro que ha vuelto. Y no sé si la querrás de vecina. —Miré el reloj—. Ahora me voy al médico y tú a la reunión con Frank y Justin. —Noté que me miraba extrañado—. No me mires así, que me entero de todo. Así que no se te ocurra ocultarme nunca nada.

Mike me recogió en la oficina y después de esperar media hora en la sala de espera, pudimos ver la ecografía en 3D. Se me cayó una lágrima al ver la pantalla. Se veían sus brazos, sus piernas, su cabeza y pude escuchar su corazón latiendo fuertemente. Pregunté mil veces al médico si todo estaba bien. Mil veces me respondió que sí. El bebé nos dio el culo durante toda la ecografía. No pudo decirme su sexo. Pude ver cómo Mike lloraba al mirar la pantalla. No me soltó la mano ni un solo segundo.

Justo al salir de la consulta, Will me mandó un mensaje diciéndome que podía pasar a ver el piso en media hora. Se lo dije a Mike y, aun poniendo su cara de que no le gustaba la idea, aceptó a acompañarme. Cuando llegamos y vimos el edificio, directamente resoplé. Alquilar aquel piso podía costar más de lo que ganaba en un mes. En el hall nos estaba esperando Bruce Stewart, de The Corcoran Group.

Al llegar al piso en el ascensor y abrir aquellas puertas suspiré con la boca abierta. Parecía que lo habían sacado de mi cabeza. Era tal y como siempre había fantaseado. El agente inmobiliario me iba contando todo lo que veía en el piso, pero yo me alejé de ellos e hice mi propia visita a la casa. No era demasiado grande, contaba con dos habitaciones, dos baños, salón y cocina, con las vistas a Broadway. Me quedé apoyada en la encimera de la cocina. Dios mío. Me quería quedar allí a vivir ya, pero cuando me dijo el precio del alquiler creo que se me cayó la boca al suelo: seis mil novecientos dólares. Me entró un ataque de risa, pero el agente no se inmutó.

—Disfrútelo señorita. —Dejó unas llaves en la única mesa del salón y salió de allí sonriendo.

—¿Cómo? —Miré a Mike y levantó las manos como diciendo que él no había sido.

—A mí no me mires, lo poco que tengo ahorrado es para la reforma que quiero hacer en el restaurante.

—No entiendo nada.

Escuchamos el timbre de la casa.

—Es tu casa, por lo que parece, vete a abrir.

Me acerqué lentamente a la puerta y delante de mí me encontré a un chico con un ramo de flores.

—Mariola Santamaría, son para usted.

—Gracias.

Al cerrar la puerta dejé las flores encima de la mesa y cogí la nota.

La vida da muchas vueltas y queremos que comiences tu nueva vida llena de alegrías y sonrisas en este piso.

Te queremos.

Tu familia neoyorquina.

Eran unos lirios preciosos y no podían ser de otras personas. Los jefes. Cogí el teléfono y a los dos segundos Linda descolgó.

—¿Qué demonios has hecho, jefa?

—Nada, ¿por qué me lo preguntas?

—Es imposible que yo pague esto. —Observé el piso.

—No tienes que pagarlo. Pensábamos quedar contigo para comer y decírtelo hace un tiempo, pero con todo lo que ha pasado, Mike nos dijo que necesitabas reposo. Por eso estábamos esperando.

—¿Para qué?

—No quiero decírtelo por teléfono. Quedemos esta noche para cenar los cuatro.

—¿Cuatro? —Conté con mis dedos, pero no me salían las cuentas.

—Nosotros dos, Will y tú. Tenemos que hablar de la empresa.

—Dios, lo sabía. Me vais a despedir. No, Linda, por favor. Necesito volver a trabajar ya o me volveré loca. Sé que no he sido la mejor trabajadora...

—Mira que cuando te embalas no paras. Esta noche en la cena te lo contaré. Disfruta de tu nuevo piso y de tu nueva vida que está a punto de comenzar. —Sin ni siquiera dejarme responder, me colgó el teléfono entre risas.

Una hora después bajamos a la calle y cogimos un par de batidos en un *Starbucks* que había en la esquina de Broadway. Comimos algo antes de que Mike se fuera al restaurante y yo me marché después a casa para prepararme para la cena. Linda me mandó un mensaje diciéndome que tenía que estar a las ocho en el restaurante Daniel de Upper East Side. Así que me preparé y a las seis salí de casa. Subida a unos tacones, de los que me arrepentiría al volver a casa, caminé varias manzanas tras salir del metro, y al llegar a la 57 con Park Avenue, tuve que parar unos segundos. Justo al lado estaba el hotel, en el que supuse que Alex estaría refugiado trabajando y olvidándose del mundo. Seguramente con Alison, cual gata en celo en su regazo. Maldita zorra, deseaba fervientemente echármela a la cara y poder agarrarla de aquel pelo estropajoso y pasearla agarrada de él por todo Central Park.

Me quedé observando un escaparate y de repente el reflejo de Rud apareció en él. Se me paró el corazón y tuve que cerrar los ojos. No me había podido enfrentar todavía a su muerte y parecía que aquella imagen me quería atormentar por no haberlo hecho aún. Al volver a mirar, el reflejo

había desaparecido de la acera de enfrente. Me di la vuelta, pero allí no estaba su sonrisa ni su sarcasmo ni su nada. Eché la cabeza para atrás y suspiré mirando al cielo.

—¿Esperando a que caiga algo de las nubes, princesita? —Empezaba a escuchar su voz. Creo que los médicos no me habían visto algo en el cerebro que me hacía tener alucinaciones—. Sé que la última vez que nos vimos no acabamos bien, ¿pero pasar de mí de esta manera tan descarada? No creo que me lo merezca, Paris. —Joder, estaba peor de lo que pensaba.

Bajé la cabeza con los ojos aún cerrados y me giré para continuar andando por la calle. Pero cuando los abrí, cuando enfoqué bien la vista para ver lo que tenía delante no me lo podía creer. No quería moverme, porque si lo hacía aquella imagen se desvanecería delante de mis ojos. Otra maldita alucinación. Negué con la cabeza cerciorándome de una vez por todas que estaba loca, que tenía un puñetero trauma por todo lo que había pasado. La imagen de Rud se acercaba a mí y esperé a que pasase por delante de mí atravesándome, como si yo hubiese pasado a ser Melinda Gordon^[52].

Tal vez era una locura, pero era la forma de despedirme de él.

Paró justo delante de mí, antes de que dejase de verle y se puso las manos en las caderas y me miró enfadado.

—¿Vas a decir algo de una jodida vez o te vas a quedar con esa cara de me voy a mear en las bragas?

No, no podía ser. Cerré varias veces los ojos, pero no desaparecía. Estaba allí, delante de mí. Comenzó a faltarme el aire, como si me lo estuvieran quitando y las lágrimas no aguantaron dentro de mí. Aproximé mi mano temblorosa a su cara para acariciarle suavemente, con miedo a que desapareciera. Le pegué una bofetada y al segundo me abracé llorando como una niña a él.

—Menudo recibimiento.

Sus brazos me abarcaron toda la espalda. Al separarme de él, me agarró de la cara, limpiándome las lágrimas que me caían con sus pulgares.

—Nena, ¿qué pasa?

—Pensé que tú también habías muerto. —Me abracé de nuevo a él.

—No me moriría sin despedirme de ti. Sin tener una última conversación contigo, Mariola. Estoy vivo. —Me obligó a apartarme de él—. Te aseguro que estoy bien. No quería que sufrieras, pero ayer salí del hospital y no quería hablar contigo por teléfono. Quería verte y saber que estabas bien. Al menos de la mejor manera posible. —Suspiró varias veces y terminó sonriendo—. Te he echado de menos.

Solté todo el aire que pude por la boca y sonreí. No me podía creer que lo tuviera delante.

—Eres un jodido imbécil por haberme hecho pasarlo tan mal por ti. —Le pegué un golpe en el pecho.

—Yo también me alegro mucho de verte.

Me cogió de la cintura y comenzó a girar en medio de la calle conmigo en brazos. Traté de taparme el culo, porque seguro que media ciudad me lo había visto en uno de los giros, pero las carcajadas que salieron de mi boca fueron las más sinceras desde hacía muchísimo tiempo. Estaba feliz por tener a Rud allí y por ver que mi sueño no había sido del todo verdad. Cuando me dejó en el suelo le volví a observar. Había adelgazado un poco, se marcaban unas pequeñas ojeras debajo de sus preciosos ojos, pero su sonrisa seguía siendo la misma.

—Has cogido peso, Paris.

—Coño, estoy embarazada. ¿Tú estás bien? —Le observé buscando algún rastro de lo que sucedió en aquel callejón.

—Recibí un balazo en una pierna, solo me rozó, pero perdí bastante sangre. —Debió notar mi

cara de pánico absoluto—. Pero no te vas a deshacer tan fácilmente de mí, Paris. —Suspiró—. No sabes lo que me alegro de verte, de verdad. —Volvió a abrazarme y debida a nuestra diferencia de altura me perdí de nuevo apoyada en su pecho.

—¿Qué haces por esta zona?

—He ido a ver a Dwayne. No puedo trabajar con la pierna así, por lo que me tomaré unas vacaciones para descansar.

—Mierda. —Vi en el reloj que casi eran las ocho—. Llego tarde. ¿Quedamos mañana para comer?

—Nada me gustaría más que tener una conversación en la que acaben saltando los cuchillos entre nosotros.

—Cómo te he echado de menos, Rud.

—No te olvides de llamarme mañana. —Volvió a abrazarme.

—No se me va a olvidar, te lo prometo.

Comencé a caminar, pero a mitad de camino me di la vuelta y allí estaba Rud, sonriéndome y sacándome la lengua. Tuve que apretar el culo para llegar al restaurante, no me gustaba llegar tarde a los sitios. Al entrar vi a Will tomándose una copa de vino y me acerqué a él.

—Buenas noches, Mariola. —Me dio dos besos.

—Joder, casi no llego. —Agarré la copa de vino y la olí.

—No puedes beber.

—Lo sé, pero déjame olerlo. Hoy necesitaría una copa para celebrar.

—¿Te gustó el piso?

—Sí, pero no entiendo nada, la verdad. —Levanté los hombros.

—Vamos a la mesa y cuando lleguen los jefes te lo explicarán. Pero tranquila, las cosas van a cambiar a partir de hoy y todo será bueno.

Mientras íbamos para la mesa pensé en lo que me había dicho, pero estaba tan contenta por haber visto a Rud, que nada podría estropearme la noche. Los jefes llegaron y se sentaron con nosotros en la mesa. Todo era perfecto, la comida, la compañía...

—¿Me vais a contar lo del piso? —No pude quedarme más tiempo callada.

—Tan directa como siempre. —Linda me agarró la mano—. Vamos a ver, hablé con Mike y me contó que estabas buscando un piso. Y bueno, ese piso que has visto... —miró a su marido— era nuestro.

—¿Era? —Los miré extrañada.

—Sí, ese piso ahora es tuyo. Ya sabes que no tenemos hijos y tú has sido la hija que nos hubiese gustado tener. Has trabajado mucho en la empresa, has sacado adelante cuentas que ni siquiera eran posibles. Has tratado con petardas, pijos, tiburones y lo has hecho de la mejor manera que se podía hacer. —Carraspeó un momento y se quedó callada.

—No entiendo nada, Linda.

—Después de todo lo que ha pasado, de ver cómo la empresa sin ti no funciona igual y de haber hablado con Will, hemos decidido cederte la mitad de la empresa.

—¿Perdón? —Se me cayó el tenedor encima del plato y los miré con la boca abierta—. No, no podéis hacer eso. Le habéis vendido la empresa a Will. —Le señalé.

—Hemos hablado y yo quiero trabajar contigo, ya te lo dije cuando te ofrecí el puesto en Los Ángeles. La mitad de la empresa es tuya. Bueno el 51%. Eres la socia mayoritaria.

—Pero... ¿por qué? —Los miré a los tres y no podía reaccionar.

—Mariola, cariño —Linda me agarró de nuevo de la mano—. Una nueva vida está comenzando. Disfrútalo, te lo has ganado a pulso. Hay que tomar todas y cada una de las

oportunidades que la vida te da. Nosotros queremos que sea el nuevo comienzo que te mereces. El piso es tuyo. Está a tu nombre.

—No lo entiendo. ¿Qué he hecho yo para merecérmelo?

—Mariola, aprende a recibir lo que te mereces. Esta vida puede ser muy dura e injusta, hay veces que debemos empezar de cero, crear los cimientos de nuestra nueva vida y nosotros queremos ser esa primera piedra. Siempre te has preocupado por los demás y ahora queremos ser nosotros los que te ayudemos. Acéptalo. Mi mujer lo hace de todo corazón porque te quiere. Te queremos mucho y queremos ser parte de tu vida. —El jefe me agarró la mano.

—¿Puedo contestaros en unos días? Esto es demasiado grande para mí. Ser socia de vuestra empresa es... ahhhh.

Debí de pegar un grito enorme, porque medio restaurante se dio la vuelta para mirarnos y a los segundos comencé a escuchar unos aplausos cortos, secos y falsos. Al darme la vuelta la vi, no podía ser otra que Alison.

—Enhorabuena, Mariola, no cazaste al millonario de turno, pero has debido de chupársela bien a este viejo y a Mister dentadura perfecta para conseguir esa empresa.

—Deja de hablar o te juro que te callo yo misma.

—Veo que lo que pasó no te ha quitado esa boca malhablada y ese genio. —Su sonrisa era falsa.

—No. Es más, se ha acrecentado, así que no me toques los cojones o te saco del restaurante de los pelos. —Me puse delante de ella.

—Al menos ahora Alex se ha dado cuenta de que puede vivir sin ti, que puede hacerlo a mi lado. Porque tú no has sido nada más que una muesca más en su cama.

—Seré una muesca en su cama —sonreí resoplando por la nariz y me ajusté el vestido alrededor de la tripa—, pero recuerda que estoy embarazada. —Me miró la tripa—. Y sí, es de él. Puede que nuestros destinos se hayan separado, pero siempre será el padre de mi hija. No eres más que una maldita zorra que busca las migajas que he dejado. Porque Alex no te va a querer jamás. En cuanto se dé cuenta de todo lo que has hecho, de todas tus manipulaciones, te mandará de una patada en el culo lejos de aquí.

—No puedes demostrar nada.

—Será lo último que haga, pero te voy a quitar esa máscara de niña buena y mostrarle la zorra que eres.

—Aquí creo que la única zorra que hay eres tú. Se deshará de ti de la misma manera que se deshizo de mi hermana. Con los cheques firmados y tú aceptarás. Lo mismo que hiciste con su padre. Te acostaste con él por dinero. —Dudo al decir la última frase.

—¿Cómo he sido tan estúpida? —Caminé por el restaurante ante la atenta mirada de todos los que allí estaban cenando—. Ahora lo veo todo claro. La manipulación de esa foto has sido tú. Ni siquiera te crees tus propias mentiras, Alison, me das pena. Acabarás sola, como te mereces. —Me di la vuelta y tiró fuertemente de mi brazo haciéndome daño.

—No eres más que una pequeña zorra. —Sin verlo venir me pegó una bofetada—. Acabaré contigo.

—Mira cara bonita, no se te ocurra ponerme la mano encima. Aléjate de Alex, de Jason y de todo su entorno.

—Esa ya no es tu familia. Tú te has encargado de destrozarla.

—Mariola, tranquila. —Will me agarró de la mano.

—Haz caso al que te estás follando ahora. Qué alegría se va a llevar Alex cuando sepa que aun estando embarazada de él, te estás follando a Mister Puerto Rico.

No lo pude evitar y tampoco quise hacerlo. Apreté fuertemente mi puño y se lo estampé en la cara. Le pilló desprevenida y se cayó encima de una mesa manchándose con la salsa de langosta su precioso vestido. La agarró con la mano para lanzármela, pero apareció el encargado del restaurante, agarrándola por la cintura y la sacó de allí en volandas.

Yo estaba hiperventilando, acalorada y con ganas de seguir machacando a alguien. Linda me agarró de la mano tratando de tranquilizarme, pero en su cara podía ver una pequeña sonrisa. Me abrazó y me susurró al oído.

—Bien hecho, nena, es lo que tenías que haber hecho hace mucho tiempo y no dejar que siguiera jodiendo.

—¿Os importa si me voy a casa? Necesito descansar, tomarme algo caliente y dejar que la mala hostia salga por completo de mí. Tengo que pensar lo del trabajo y el piso.

—Te acompaño. —Will recogió mi bolso.

—No, cojo un taxi y...

—Mariola, al menos déjame esperar a que llegue.

Al llegar a casa estaba sola. Cogí el teléfono y me dispuse a hacer una llamada a tres con Sonia y María. Ninguna de las dos me contestó a la primera. Me quité los zapatos y me puse un trozo de bizcocho de chocolate que Mike había dejado hecho en la cocina. Cuando iba a meterme el primer trozo en la boca para degustarlo, sonó el timbre. Lo primero que hice fue pasar de quien estuviera fuera, pero volvieron a llamar al timbre. Me metí en trozo en la boca, bueno, directamente le pegué un gran bocado al bizcocho y contesté un montón de tacos con él en la boca ante tal insistencia.

—Joder, qué me vas a romper la puerta. —Al abrirla se me atragantó el bizcocho. Me pasé la mano por la cara quitando los restos de chocolate que tenía—. ¿Qué demonios haces tú aquí? —No contestaba, solamente me miraba negando con la cabeza—. ¿Qué cojones haces aquí?

20.
COMO FUEGOS ARTIFICIALES
EL CUATRO DE JULIO

No me podía creer que tuviera a Alex delante con una mirada entremezclada de odio y sorpresa al verme vestida solamente con una camiseta de Mike de baloncesto. Traté de taparme con los brazos los costados, ya que se veía demasiado piel. Quien dice piel, dice teta.

—¿Cómo se te ocurre pegarle un puñetazo a Alison?

—Es algo que llevaba queriendo hacer mucho tiempo, así que no me jodas el día por que ha sido maravilloso. —Volví a sentarme en el sofá para seguir disfrutando de mi bizcocho de chocolate—. Así que ya sabes dónde está la puerta.

Esperaba escuchar un golpe fuerte de la puerta al cerrarse, pero su olor seguía impregnando toda la casa y tuve que cerrar los ojos para contenerme. Era tal lo que provocaba en mí, que si estaba cerca dos segundos más, no iba a ser capaz de controlarme. Malditas hormonas. Escuché cómo se cerraba la puerta lentamente, pero la respiración de Alex seguía dentro de la habitación.

—No me voy a marchar hasta que me cuentes qué coño se te ha pasado por la cabeza.

—Señor McArddle, usted ya no es parte de mi vida, así que no le debo ningún tipo de explicación. —Estaba a un par de segundos de descontrolarme por completo.

—Aún soy parte de tu vida. Ese bebé es mío, ¿no?

De repente comenzó a sonar en la televisión la versión para el cine de *Crazy In Love* de Beyoncé y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

—¿Te atreves a preguntarlo? —Me levanté del sofá enfurecida y me acerqué a él. La canción sonaba mientras nuestras miradas estaban fijas—. ¿Te atreves a dudarlo, imbécil? —Mi pecho comenzó a subir y bajar completamente descontrolado—. Eres gilipollas.

—Si es mío, ¿por qué no me lo contaste? —Me agarró del brazo y el roce con su piel me quemaba.

—¿Antes o después de echarme de tu vida por creer a Alison? —Apretó fuertemente su cuerpo contra el mío.

—¿Por qué no me lo contaste?

Su maldito olor se metió dentro de mí excitándome, haciéndome olvidarme de todo. Su cuerpo pegado al mío, caliente, su respiración cerca de mí... Maldita sea. Malditos seas, Alex McArddle. Estaba haciéndome perder la cabeza.

—Vete de aquí, por favor. —Traté de sacar fuerzas de dónde no había para separarme de él.

—Di mi nombre otra vez.

Cerré los ojos y negué con la cabeza haciendo un pequeño gesto de dolor. Me dolía mucho tenerle tan cerca. Dolía demasiado. Me sujetó de la barbilla y alzó mi cara obligándome a mirarle.

—Di mi nombre.

Me mordí el labio negando con la cabeza, no quería caer, no estaba dispuesta a dejarme arrastrar por mis estúpidos sentimientos.

—Mariola, no sé qué demonios se te ha pasado por la cabeza con Alison, pero sé lo que se me está pasando a mí ahora mismo. Si no sientes el mismo deseo, si ya no quieres besarme o dejar que te bese, que recorra todo tu cuerpo con mis labios...

Me faltaba el aire, no podía respirar, mi cerebro se estaba quedando sin oxígeno, pero tenía que ser más fuerte que mis hormonas.

—Si es así, Mariola, me marcharé ahora mismo.

No dije nada, solamente traté de respirar y de no perder la jodida cabeza por él. Parecía que todo lo que nos había pasado, todo lo que nos habíamos echado en cara, podía desaparecer por la fuerte atracción que sentíamos los dos.

—De acuerdo.

Se separó de mí y noté cómo mi cuerpo comenzaba a temblar, mi propio cuerpo estaba a punto de traicionarme. Yo era mi peor enemiga en aquel momento. Se dio la vuelta, dejándome la imagen de aquella espalda enfundada en una camisa blanca impoluta.

—A... —Tragué saliva sabiendo lo que se iba a desencadenar tras decir su nombre—. Alex.

—Dios, Mariola.

Alex lanzó su americana al suelo del piso y en dos zancadas estaba agarrándome por la cintura y respirando cerca de mis labios. Observé su cara, sus ojos, las pequeñas arrugas que se formaban en su entrecejo, sus perfectos labios entreabiertos pegados a los míos. Se acercaba a mi boca y se alejaba. Joder. No pude resistirme más, mi cuerpo dejó de luchar y me entregué al más peligroso de los deseos. Su lengua luchaba con la mía, sus manos recorrían mis piernas desnudas sin tregua. No perdió el tiempo y entró en la cocina, dejándome apoyada en la pequeña mesa en la que solíamos desayunar.

No podía controlar mis instintos más primarios con Mariola. La dejé apoyada en la pequeña isla y tiré al suelo lo que allí había. Me olvidé del tiempo, del espacio y de todo. Solamente quería saborear cada rincón de Mariola. La necesitaba tanto que me dolía el pecho. Me separé de ella un segundo y la observé. Hacía tiempo que no sentía aquella necesidad de sentirla. Acaricié su cuello y ella se echó para atrás, apoyando las manos en la mesa, dándome completo acceso a él. Bajé las manos lentamente acariciando el escote que dejaba ver su precioso cuerpo bajo aquella horrible camiseta de los Lakers. La agarré fuertemente con mis manos y tiré de ella, rompiéndola por la parte delantera. Mariola soltó un gemido y me miró fijamente. Cuando fue a soltar algo por la boca, la callé con otro beso. No podía parar. Pegué su cuerpo al mío, levantándola de la mesa y pegándola contra la pared. Creo que tiramos todo lo que había desde la cocina hasta su habitación. La dejé en la cama y me desnudé en dos segundos. Me tumbé lentamente sobre ella, tratando de no hacerla daño y pude ver su tripa. Una tripa redonda, pequeña, perfecta y preciosa. Me quedé de rodillas en la cama observándola. Pasé mi mano por ella, llevaba a mi bebé dentro. Era la primera vez que me sentía nervioso, sin poder controlar la situación.

—¿Qué estamos haciendo, Mariola? —Cerré los ojos y ella se incorporó en la cama.

—Mierda, Alex, tú has empezado este juego. —Cerró los ojos—. Joder, Alex. —Se levantó de la cama y comenzó a caminar por la habitación—. Con lo tranquila que estaba yo en casa comiéndome un puto bizcocho, has tenido que venir tú a ponerme más caliente que una mona, para ahora dejarme así. Lárgate de aquí. —Señaló la puerta.

—No quiero hacerlo.

Volví a agarrarla de la cara y continué mi ataque. Le arranqué la ropa interior lanzándola lejos de nosotros. Sus manos recorrían mis brazos y sus uñas se clavaron en mi espalda en el momento en que nuestros cuerpos se fundieron en uno solo. Era tal la excitación del momento que no tardamos ni veinte minutos en unir nuestras gargantas en un gemido que resonó por toda la casa.

Dios de mi vida y de mi corazón. Si con solo tocarme tenía un orgasmo, después de aquel encuentro, no podría caminar. Apoyé mi cabeza en su hombro mientras sus dedos recorrían mi espalda. Me separé de él y le agarré la cara. Me acerqué lentamente a sus labios y le besé. Me bajé de mi escritorio y me puse una camiseta que había por la habitación. Mientras tanto Alex se vistió y fui a la cocina a por un poco de agua. Al ver cómo estaba la cocina y escuchar las llaves en la cerradura de la puerta, cerré los ojos y me llevé las manos a la cara.

—Hola, mi amor. ¿Qué tal has pasado el día? —Justin entró en la cocina y justo me había dado tiempo a recoger las cosas del suelo y dejarlas en la encimera.

—Ho... hola Jus. —Al girarme le vi con la americana en la mano.

—¿Y esto?

No pude disimular y menos cuando Alex apareció en la cocina abrochándose los botones de la camisa. La cara de Justin era un poema. Me miraba, le miraba, me volvía a mirar, miraba la cocina y terminó resoplando.

—Buenas noches, Justin. Mariola.

Puse la mano en el hombro de Justin que estaba con la boca abierta y fui hasta la puerta.

—Esto no cambia nada, Alex. Tenemos demasiadas cosas en contra como para borrarlas con un buen polvo. Nuestras vidas cambiaron en el momento en que tu firma acabó en aquellos cheques.

—Te demostraré que las acusaciones que me hiciste no son verdad.

—Te lo pongo muy fácil. A mí no me tienes que demostrar nada. No tendrás que deshacerte de nosotras con un cheque. Erin y yo no te necesitamos.

—Mariola...

—No, Alex. Nosotras estaremos bien. Tengo un gran trabajo, un nuevo piso y voy a poder darle a mi hija todo lo que necesite. Así que Alex, vuelve a los brazos de Alison para curarle las heriditas de guerra.

—Dios, me sacas de quicio, joder. ¿No puedes mantener tu boca cerrada?

—Adiós, Alex. Buena suerte.

Me apoyé en la puerta y al abrir los ojos vi a Justin delante de mí, bebiendo una coca cola en pajita. Alex me observó unos segundos y mientras negaba con la cabeza, recogió su americana y salió del piso sin mirar atrás.

—No me digas nada, Jus, necesito dormir.

—¿Perdona? —Me siguió hasta mi habitación y se tumbó a mi lado en la cama—. Que no te pregunte por lo del señor trajeado vale, pero no pretendas que después de saltar eso de nuevo piso y trabajo me quede tranquilo.

Al día siguiente fui a la empresa a decirles a los jefes que aceptaba el trabajo, pero que el piso lo quería pagar, pero fue imposible hacerles cambiar de opinión. Necesitaba salir del radar de Alex, que no me pudiera encontrar tan fácilmente y no fuera una presa tan jodidamente fácil en un espacio cerrado. Joder, no me había podido quitar ni su olor ni el rastro de sus caricias en mi piel. Ni siquiera comiendo con Rud pude olvidarme.

Durante los siguientes días aquella imagen me atormentaba mañana, tarde y noche. ¿Cómo había podido caer tan fácilmente? Mierda, Mariola, habías empezado a superarlo y caíste de nuevo.

El fin de semana hicimos la mudanza a mi nuevo piso. Fue bastante fácil, en el piso estaban todas las cosas en cajas. Todos quisieron estar allí para ayudarme y para traer una cama que se habían encargado de comprar. Cuando descargamos todas las cajas, pedimos algo de cenar y nos

sentamos en el suelo.

—Es precioso. Verás cómo todo comienza a salir bien, tata. —Mi hermana pasó sus manos por mi tripa.

—Creo que me he pasado con el chocolate, la niña se alborota.

—¿Sigues pensando que es una niña?

—Sí. —Me levanté del suelo y afirmé con la cabeza bostezando.

—Vamos a marcharnos todos para que puedas descansar.

—¿Estarás bien sola? —Mike me abrazó.

—Sí, mañana me dedicaré a poner la música alta y a desembalar todas las cajas. Que esto parezca un hogar. Quiero ir a Ikea a montar el cuarto de Erin. Iré mañana domingo, ¿algún alma caritativa que quiera ayudarme?

—Yo tengo mucho tiempo libre. —Rud estaba recogiendo la cena—. Te recojo a las diez y nos vamos para allá.

—Pero no te vuelvas loca comprando, que en Ikea te conozco, te dejarás medio sueldo en velas.

—No prometo nada. —Empecé a reírme.

Al día siguiente acabamos con medio Ikea de Brooklyn. Rud me dejó las cosas en el piso y se marchó a su casa. Cuando vi la habitación pequeña comencé a imaginarme cómo sería con Erin allí. Lo primero que me vino a la cabeza fue una imagen de Alex con ella en brazos, sonriendo y acariciándola.

Bajé a comprar un poco de pintura a una tienda cercana y subí con ella a casa para empezar a preparar la habitación. Cinco horas después tenía la habitación pintada y en el fondo dibujé un árbol con flores de cerezo. Era demasiado tarde y al sentarme en el sofá con un vaso de leche caliente me quedé dormida.

Habían pasado varios días desde que vi a Mariola, desde que perdí los papeles, desde que los dos los perdimos. Le prometí descubrir todo. Parecía una gran maraña de mentiras tejida por una mente perversa y... Joder, Alex, ¿cómo has podido estar tan ciego? Desde que apareció mi padre en escena, todo comenzó a irse a la mierda. Sí, nos mentimos, sí, también nos ocultamos cosas, pero desde que apareció él, las cosas fueron en picado. ¿Cómo no me había dado cuenta? Joder, Mariola tenía razón, era el más imbécil del planeta. Prometí que mi padre no me volvería a joder la vida y lo había hecho. Miré el reloj. Era domingo a las ocho de la tarde. Pensé en llamar a mi madre para que se quedase con Jason, porque tenía que ir a hablar con mi padre.

—Papá, llevan llamando a la puerta un rato. ¿En qué estás pensando? —Levantó los brazos como pasando de mí y fue hasta la puerta.

—Hola, Jason. —Alison estaba en la puerta.

—Hola. —Jason la miró y torció la nariz. Me quedé observándole, era la señal inequívoca de que a mi hijo algo no le gustaba—. Papi, me voy a la cama.

—Cariño, los cereales. —Pasó por mi lado y me agaché.

—Ya no me apetecen. Buenas noches, papi. —Me dio un beso y se fue agachando la cabeza a la habitación. Me quedé varios segundos mirando la puerta y la voz de Alison me sacó de mis pensamientos.

—¿Has cenado, Alex? —Noté su mano sobre mi brazo.

—¿Qué?

—Estás muy distraído. ¿Va todo bien? —Iba a contarle lo que había pasado pero recordé las palabras de Frank, que resonaron en mi cabeza como si estuviera a mi lado con un megáfono.

—Un día largo. La fiesta de Jason está siendo difícil.

—Yo puedo ayudarte. Ese niño me adora y sé lo que quiere. Vamos. —Sacó de la bodega una botella de vino y dos copas—. ¿Qué tienes pensado?

—Pues Coney Island.

—¿Esa especie de parque de atracciones cutre? —Me miró con cara de asco—. En fin, si quieres eso, habrá que pensar en decorarlo con gusto. Podemos llenarlo de flores y así hacerlo más bonito.

Comenzó a hablar de copas de cristal, vino de bodegas de Napa, platos con bordes dorados... Me quedé mirándola y no conocía a mi hijo. Él disfrutaría con globos de colores y platos con motivos de circo. Estaba claro que no era Mariola. Continué bebiendo vino. No debí hacerlo al tomar las pastillas, pero no pude parar.

Cuando me desperté tenía un dolor de cabeza terrible. No sabía ni cómo había llegado hasta el sofá. Creo que me quedé dormido a alguna hora de la madrugada. Al mirar el reloj de la cocina vi que eran las seis de la mañana. Necesitaba cafeína urgentemente. Al hacer el café y buscar en uno de los cajones un boli, encontré la foto que Alison me entregó de Mariola y mi padre. Me quedé observándola detenidamente. Cuanto más la miraba, más me dolía. Pensar en las manos de mi padre en el cuerpo de Mariola mientras recorrían aquella espalda desnuda que dejaba el vestido a la vista, aquel tatuaje en... Me quedé observando fijamente la foto y la acerqué a mis ojos. Aquel tatuaje no...

—Buenos días, rey. —Me di la vuelta y vi a Alison con una de mis camisas puesta.

—Alison, ¿qué haces aquí? —Se acercó a mí y trató de besarme, pero me aparté—. ¿Qué demonios estás haciendo?

—Lo mismo que hicimos anoche.

—No hemos hecho nada.

—Parece que el alcohol te borra la memoria, rey.

Traté de recordar la noche anterior y lo único que recordaba eran rosas, copas baccarat y nada más.

—Anoche no estabas bien. Según iban pasando las copas de las tres botellas que nos bebimos, buscaste cariño. Buscaste lo que llevabas tiempo necesitando, lo que solamente yo te puedo dar, rey. —Se abrazó a mí—. Alex, me alegro tanto de lo que sucedió anoche.

—Alison. —Me negaba a creerlo—. No recuerdo nada después de los gondoleros que comentaste.

—Alex, recuerdo tus manos recorriendo mi cuerpo, cómo me hiciste gritar de placer y cómo gritaste mi nombre entre jadeos. Querías hacerlo desde aquella fiesta en la que me viste del brazo de tu padre. —Sus manos recorrían mi pecho, pero tuve que apartarme de ella.

—No puede ser, Alison, yo quiero a Mariola. La quiero y quiero estar con ella. Nunca la engañaría contigo.

—Me habéis despertado. —Jason apareció en la cocina frotándose los ojos—. ¿Qué hace la tía con tu camisa?

—La tía se quedó a dormir y no tenía pijama. Le dejé una camisa. —Ni yo me lo creía y mi hijo no era tonto.

—Ajá. —Se sentó en una silla y nos miró a los dos—. ¿Se va a quedar aquí?

—No, se marcha ya, cariño.

—Mejor. —Jason no dejaba de mirar a Alison.

—Voy a por tu ropa, Alison. —Me marché a la habitación y escuché cómo hablaban los dos en la cocina.

—Cariño, ¿a ti te gustaría que tu padre y yo estuviéramos juntos?

—No, ya no me gustas.

Salí al pasillo y me quedé observándoles sin que se dieran cuenta.

—¿Cómo que ya no?

—No, desde que dijiste cosas de Mariola, no me gustas. Dijiste que no era buena persona y que solamente era cariñosa conmigo porque quería el dinero de papá. Eso se lo dijiste por teléfono a alguien diciendo que acabarías con ella. —¿Cuándo escuchó aquello mi hijo?

—No está bien mentir, Jason. —Se acercó enfadada al niño.

—No estoy mintiendo, te escuché decir que aunque fuera lo último que hicieras, acabarías con ella. Y no me gustas, por mucho que hagas, no me gustas. Eres mala. Nunca serás como Mariola.

—Cállate, pequeño demonio. Tu padre nunca creerá lo que dices. No eres más que un niño al que esa zorra ha comprado con cariñitos y bonitas palabras. Ni tú ni nadie va a separarme de lo que quiero. Tu padre y su dinero serán míos. Como si tengo que volver a trucar fotos para que parezca lo que yo quiero y que esa maldita zorra desaparezca de la faz de la tierra. —Se acercó tanto a Jason, que se asustó y se cayó de la silla—. Tu madre tenía que haber abortado y se hubieran acabado mis problemas.

—Aléjate de mi hijo, Alison. —La aparté de Jason y cogí a mi hijo en brazos—. ¿Estás bien, cariño?

—Es mala. —Comenzó a llorar—. No quiero que esté aquí, papá. Por su culpa Mariola ya no está con nosotros. Por su culpa. —Se abrazó fuertemente a mi cuello—. Quiero a Mariola, papá. Quiero que vuelva a casa.

—Yo también hijo, yo también. —Le abracé tratando de consolarle y le dejé en su habitación. Necesitaba hablar con Alison—. Ahora vengo, cariño. —Cerré la puerta y fui completamente enfadado a la cocina—. Fuera de mi vida Alison, no eres más que una maldita caza fortunas. No sé cómo he podido estar tan ciego contigo, por más que me lo han avisado. Me cegó la ira, el odio y lo pagué con quien no debía. —Negué con la cabeza—. Hasta hace un rato no me he dado cuenta de que no era Mariola. Tal vez su cara sí, pero no su cuerpo. Ella no tiene ningún tatuaje en la parte baja de la espalda.

—Alex.

—Mira, Alison, no quiero hacer algo de lo que me arrepienta, pero estoy perdiendo los modales. —La agarré del brazo—. Trucaste esa jodida foto. Estás loca. Eres una maldita psicópata. —Mi nivel de enfado estaba llegando a un límite en el que iba a decir algo de lo que me arrepentiría. Saqué a Alison al descansillo y tiré su ropa junto a ella—. Desaparece de mi vida, no te acerques ni a Jason ni a mi familia y mucho menos a Mariola y a mi hija, porque acabaré contigo.

—Puede que os hayáis deshecho de Jonathan, pero todo puede pasar. —Su mirada se volvió fría y dura—. Tened cuidado: o eres mío o no serás de nadie. Haré que Mariola te odie de verdad.

—No puedes hacer nada más. —Respiré profundamente—. Aléjate de nosotros o...

—¿O qué, Alex? —Comenzó a pegarme en el pecho—. No sabes lo que una mujer enamorada es capaz de hacer para conseguir a su hombre. —Justo se abrieron las puertas del ascensor y salió Dwayne—. Acabaré con quien se ponga en mi camino y terminarás siendo mío. ¡Maldito seas, Alex McArddle! —Me pegó una bofetada y a los segundos estaba en brazos de Dwayne

saliendo en volandas de allí.

—Alison, nunca me gustaste, pero es que estás muy mal de la cabeza. —Dwayne la metió en el ascensor pulsando el piso de abajo—. Alison, no te acerques a ellos, seré implacable.

Se cerraron las puertas del ascensor y los gritos de Alison se podían oír a cada piso que descendía. Me quedé mirando la puerta y Dwayne se encargó de llamar a la seguridad del edificio avisándoles de que no la volviesen a dejar entrar. Sinceramente, después de todo, me alegraba que Dwayne siguiera trabajando para mí. Aunque Jonathan ya no estuviera, parecía que llamaba a las locas. Fui a la habitación de Jason, para ver cómo se encontraba y le encontré llorando sentado en la cama.

—Cariño. —Me senté a su lado y le abracé—. Alison no volverá a hablarte así, no consentiré que lo haga.

—Es mala, papá. —Me miró.

—¿Por qué no me contaste que escuchaste todo eso?

—Siempre me has dicho que no se escuchan las conversaciones de los mayores, pero cuando oí que decía Mariola fui porque quería hablar con ella, pero al decir esas cosas tan feas... —Resopló por la nariz—. Mariola es buena, la echo mucho de menos.

—He sido muy tonto, cariño. El más tonto del mundo mundial. —Mi hijo me miró y sonrió como diciéndome que sí—. Oye, estás sonriendo, ¿así que crees que soy tonto?

—No, papi, pero no has hecho las cosas demasiado bien. —Dios mío, si es que mi hijo era más listo que yo.

—Lo sé, hijo mío, pero esta vez lo haremos bien. Vamos que llegamos tarde al colegio.

Al dejar a Jason en el colegio me fui paseando a por un café y cuando me quise dar cuenta estaba en Times Square. Hacía días que no paseaba tranquilamente por la ciudad y al llegar a aquel mágico rincón de la ciudad, recordé la última vez que estuve allí con Mariola. Observé a las personas que se tomaban fotos, que observaban los carteles que anunciaban obras de teatro, películas o portadas de revistas. Cogí un café en un puesto cercano y continué caminando hasta llegar a la Sexta con la 55. Allí estaba la escultura de Robert Clark que tanto adoraba Mariola. Había una pequeña cola para hacerse una foto con ella y paseé por la parte trasera y la acaricié.

—El amor mueve el mundo. —Una pareja que tenía al lado me miraban—. ¿Puede sacarnos una foto por favor?

—Claro. —Les saqué la foto y vi en ellos un amor de película, un beso de esos que hacía que la chica levantase el pie hacia arriba—. Listo, chicos.

—Muchas gracias. Es que el amor mueve el mundo y esta escultura lo representa. Llevamos varios meses viajando por Estados Unidos buscando todas estas esculturas y ésta era la última que nos faltaba. —Se besaron—. Prometí llevar a mi chica hasta el amor. Hasta el último rincón en el que el amor se encontrase. —Me hicieron sonreír—. El amor se encuentra a mi lado siempre. Encontrar a alguien que te haga sonreír al acostarte y que lo único que desees al despertar es agarrarla de la mano, besarla y decirle que eres el hombre más afortunado de la tierra, es tener suerte. Yo soy el hombre más afortunado del mundo.

—Es un adulator. —La chica le miró y le besó—. Pero doy gracias porque nuestro destino aquel día nos pusiera en el camino. Fue un encuentro raro, todo parecía ir en contra de nosotros, pero tras acabar con las adversidades, nos dimos cuenta de que no podíamos estar el uno sin el otro.

—Hay que luchar mucho por lo que uno quiere, aunque el mundo esté en tu contra. —Nos reconocí a Mariola y a mí en su historia.

—Siempre lo más difícil de conseguir, es lo que más merece la pena. —Les devolví la cámara.

—Disfrutad de vuestra visita a Nueva York. —Me pasé la mano por la nuca—. Bueno, sé que puede sonar raro, pero pasaos por este hotel y la suite será vuestra hasta el domingo. —Le entregué una tarjeta del hotel.

—No nos lo podemos permitir. Estamos en el final del viaje y nos hemos gastado todo en traslados y alojamientos.

—Soy el dueño del hotel. Me habéis hecho darme cuenta de algo que se me había olvidado. Así que no os preocupéis, la estancia, los restaurantes, todo corre por mi cuenta.

—No podemos aceptarlo. —La chica no hacía más que negar con la cabeza.

—Por favor, hacedlo por mí. Os dejaré en el hotel las reservas de los restaurantes y algunas cosas que podéis ver estos días. Me habéis hecho darme cuenta de que estoy a punto de perder al amor de mi vida. Quiero recuperar lo que vosotros tenéis. Así que dejadme que os haga este regalo.

La chica se mordió el labio inferior y miró a su pareja.

—De acuerdo. —Seguían mirándome extrañados.

—Disfrutad de la ciudad, tiene muchas cosas que os harán sonreír.

Les dejé allí solos disfrutando y me marché hacia el hotel. Mientras iba caminando me pregunté cómo iba a recuperar a Mariola. No podía ir sin más donde ella y decirle: he sido un idiota, lo siento. Ella se merecía más que eso, ella se merecía que el amor llegase de nuevo a su vida explotando como fuegos artificiales el cuatro de julio. Hacerle saber que el amor mueve el mundo y, que aunque el destino lo ponga difícil, el amor puede con todo. Le devolvería la fe en nosotros.

Porque yo la amaba y costase lo que costase, la recuperaría para amarla hasta el fin.

21.
COMO SI FUESE LA PRIMERA VEZ,
COMO SI FUESE LA ÚLTIMA

No había pasado ni una semana desde que me había mudado a mi nuevo piso y Rud ya me había montado todos los muebles. El salón, mi habitación, la habitación de Erin y toda la casa al completo. La verdad que pasar tiempo con él, recuperarle en cierta manera, me hacía sonreír. Las chicas me habían llamado desde España casi todos los días. Querían venir a Nueva York, pero las convencí de que estaba bien y al final desistieron de su idea. Supuse que María las tenía al tanto de todo. María. Mi adorada y pesada hermana. Todos y cada uno de los días venía a desayunar a casa para controlarme y comprobar que todo estaba bien. Y también para que comenzase a preparar su boda relámpago. Tenía que hablar con Will.

—¿Vienes conmigo a la empresa y miramos dónde lo queréis celebrar?

—Hermanita —estaba en el cuarto de Erin—, es precioso. —Nos quedamos las dos calladas mirando el árbol.

—Tengo que colocar la ropa y estará todo preparado.

—¿Piensas en él? ¿Os habéis vuelto a ver?

—No desde... —Me volvió a recorrer aquel ardiente calor por todo el cuerpo—. Desde aquella noche en el piso. Dios mío, caigo en cada una de sus trampas, pero me he prometido no volver a hacerlo.

—Es que hermanita, cuando estáis juntos explotan fuegos artificiales, algún animal se extingue y el nivel del mar sube varios centímetros a causa de vuestro calor. —Resopló.

—Tira para la oficina antes de que me arrepienta de contarte las cosas.

Cuando salimos del ascensor en la oficina, aquello era la misma locura que siempre. Gente corriendo por los pasillos con papeles, carteles, pruebas de colores, Will al teléfono en su despacho y Sasha en la recepción enfadada con uno de los repartidores.

—Todo sigue igual. —Nos dirigimos a mi despacho, pero al abrir la puerta me encontré un montón de cajas—. Genial, tanto tiempo fuera y me lo convierten en almacén.

—Creo que éste ya no es tu despacho. —Miró la puerta y no estaba el cartel.

—Buenos días, Mariola, María. —Le guiñó un ojo a mi hermana.

—Muy buenos días, Will.

—¿Mi despacho ha pasado a ser un almacén? —Le miré sonriendo con una ceja en alto.

—Al fondo del pasillo. —Le miré sorprendida porque era el despacho de los jefes—. Venga, no te hagas de rogar y búscalos en la puerta: Mariola Santamaría, asociada.

—¿No me jodas?

—Tenemos mucho que hacer y necesito que esa cabecita empiece a trabajar lo antes posible. Las fiestas infantiles no son lo mío.

Fui hasta el despacho y literalmente se me cayó la boca al suelo. Estaba preparado para mí. Una gran mesa nueva con un *MacBook Pro*, un *iMac* con una pantalla enorme de veintisiete pulgadas, una mesa para reuniones, varios armarios y dos jarrones con lirios frescos que inundaban con su olor el despacho. Suspiré al verlo todo y pensar que fuera para mí, para que trabajase allí día a día, hizo que me emocionase.

—¿Desde cuándo nos dedicamos a preparar fiestas infantiles? —Dejé el bolso al lado de una pila importante de papeles que había allí.

—Desde que no sé decir que no a ciertos clientes, como te pasa a ti. —Agachó la mirada y lo entendí.

—Por eso estaba Alex aquí el otro día. El cumpleaños de Jason es dentro de poco. —Sonreí recordando al niño—. ¿Muy perdido?

—Más que un esquimal en la Polinesia. —Se llevó la mano a la cara.

—Tú puedes tratar con modelos en bikini, pero ponerte en la piel de un niño, como que no, ¿verdad?

—¿Y mi boda? —María estaba dando vueltas en la silla detrás de mi mesa.

—Sí, también me encargaré de ello. Una llamada a Samuel y te aseguro que pierde el culo. —Pensé en la última vez que a escondidas fui a verle para decirle que me casaba con Alex. Noté cómo me miraba Will extrañado—. Sí, nos encargaremos de su boda.

—¿Aún no te has puesto al día y ya estás cogiendo trabajos como si se acabase el mundo?

—La fiesta de cumpleaños es pan comido y tengo algunas ideas que a mi hermana le encantarán. Te lo aseguro.

Saqué el *iPad* y le dejé a mi hermana un álbum de fotos sobre lugares de Nueva York. Sabía que en cuánto viera mi lugar favorito para perderme en la ciudad, lo adoraría. Cuando escuché un pequeño gritito acompañado de un gran *oh*, supe que lo había encontrado.

—Por favor, quiero que sea aquí.

—Bethesda Fountain, ¿verdad? —Vi cómo le brillaban los ojos y sonreía abiertamente.

—Pone mi lugar favorito del mundo mundial de Nueva York.

—Sí. —Sonreí al recordar aquella tarde con Jason—. Lo escribió Jason por mí. —Estaba mandándole un mensaje a Samuel y no tardó más de dos segundos en darme cita para el viernes. Justo llamaron a la puerta—. Adelante.

—Mariola, son para ti. Vienen sin tarjeta. —Sasha tenía un gran ramo de rosas blancas en las manos y las dejó encima de la mesa central, al lado de los lirios. Antes de irse se abrazó a mí—. Me alegro mucho de que hayas vuelto, de que estés bien y de que seas la jefa.

—Tengo que hablar con Will, pero ¿podemos comer hoy juntas? Quiero hablar de una cosa contigo.

—Por supuesto. —Salió del despacho.

—Yo me voy, pero esta noche cenamos con Susan y Brian en tu casa. —No la comprendía—. Sí, mi suegra quiere verte y no ha aceptado un no por respuesta. *C'est la vie, mon amour*. —Se marchó agitando la mano y meneando el culo hasta la salida.

—¿Qué querías comentar conmigo? —Will se sentó en la mesa central con un montón de carpetas.

—Me gustaría que Sasha... Bueno, ella lleva trabajando muchos años en la recepción y... Joder, ¿todo esto no lleva un manual de cómo decir las cosas? Quiero que sea mi ayudante.

—Puedes elegir a tu equipo. Tienes el 51% de la empresa, puedes hacer y deshacer a tu gusto.

—Solo quiero lo mejor para la empresa. Sé que ella puede con esto y mucho más.

—De acuerdo, hablamos con el departamento de Recursos Humanos y listo. —Le miré sorprendida.

—¿Ahora tenemos departamento? Qué de cosas me he perdido. Bueno, voy a por dos cafés y me pones al día de todo.

—No puedes tomar café. —Me miró la tripa.

—Ya lo sé, yo me preparo otra cosa, pero déjame disfrutar con el olor.

La reunión que iba a ser de cinco minutos terminó después de comer con Sasha y continuó en el despacho hasta casi entrada la noche. Tuve que llamar a María y pedirles que cenásemos otro día. Y el resto de la semana fue igual, reuniones desde primera hora de la mañana, hasta bien entrada la noche. Ponerse al día no fue tan rápido como me hubiese gustado.

Cuando el viernes llegué al taller de Samuel, mi hermana ya estaba allí esperándome para probarme los vestidos de novia. Me lancé de espaldas al sofá soltando las carpetas, el bolso y el resto de mis pertenencias por allí.

—¿Habéis empezado a ver ya vestidos?

—Tu hermana ha visto uno que tenía guardado muy especial para ti. Desde que me dijiste que te casabas, comencé a hacerlo y sé que no querrás verlo, pero no he podido deshacerme de él.

—¿Me lo enseñas? —Tenía curiosidad por verlo.

Al entrar en la sala donde tenía los vestidos y verlo, suspiré. Quería tocarlo, pero al ir a hacerlo aparté las manos varias veces hasta que tuve el valor suficiente. Era blanco, con una caída preciosa y unos detalles muy sutiles. Cuando le di la vuelta vi la espalda descubierta con la parte de arriba atada con un botón y pedrería tanto en el cuello como en la parte baja de la espalda. Era precioso. Tuve que respirar varias veces para que no me comenzasen a caerme lágrimas y la niña se movió. Me mordí el labio sabiendo que mi vida había dado un giro demasiado grande como para que aquel vestido fuera para mí. Respiré varias veces tratando de controlarme.

Acaricié el vestido, y tras varios minutos observándolo, negué con la cabeza. Subí cuidadosamente la cremallera de la bolsa que colgaba de la percha, introduciendo el vestido dentro. Una vez que la cremallera estuvo arriba del todo, me volví para encontrarme con los ojos de mi hermana. Notaba su preocupación y al momento ya estaba pidiéndome perdón por haberme obligado a llevarla allí corriendo.

—Lo siento, tata. Otra vez solo pensando en mí, como cuando vine a la ciudad con Mark. Te puse la vida patas arriba y tú te centraste en mí. Me he preguntado un montón de veces qué hubiera pasado si aquella noche no hubiera salido con Jus, tal vez tu vida...

—María, todo lo que ha sucedido es mi culpa, pensé que un pasado no podría joder mi futuro. Pero no pensé con la cabeza, me cegué tanto con la idea de haber encontrado el amor, el que te hace temblar, que te hace sentir que el mundo puede pararse por un momento para disfrutar de un beso, de una caricia o de una mirada... —En aquel momento los preciosos ojos de Alex aparecieron en mi cabeza—. Porque el primer beso no se da con los labios, sino con la mirada. Pero no me di cuenta de que la vida no es tan fácil como nos la imaginábamos con cuatro años tapadas con aquella manta en nuestra cama. —Nos sentamos en un sofá.

—Me encanta eso del primer beso. —Suspiró—. ¿No hay ninguna opción...

—He pasado por todas las fases posibles. Negación: no quise creer todo aquello. Ira: le odié, me odié, nos odiamos. Negociación: trate de negociar conmigo misma, pensando que podría olvidar todo, pero dolía, dolía muchísimo. Tristeza: creo que me salté la fase al enterarme de que estaba embarazada y supe que ya no solo soy yo. Y aceptación, que es la fase en la que estoy ahora mismo. Acepto mis errores y sigo adelante con mi vida. Con nuestra vida. —Me abracé la tripa.

—¿Cuándo te has vuelto tan sabia, hermanita?

—Puedo ser igual de tonta para otras cosas. —Nos reímos—. Bueno, ¿has visto algo que te guste?

—Sí y no. Todo esto ha sido mágico, como si toda mi vida le hubiera estado buscando en cada rincón, en cada lugar al que iba sin darme cuenta. Quiero un vestido rosa, con fru fru por aquí y por allá. —Se levantó y comenzó a girar sobre sí misma elevando un vestido imaginario—.

Quiero bailar con mi marido toda la noche bajo las estrellas con una bonita canción.

—*Close Your Eyes* de Bublé es la canción perfecta.

—No, Mariola, no. —Mi hermana paró de dar vueltas y se arrodilló delante de mí—. Iba a ser la canción que...

—No es un regalo en sí, pero es como vuestra historia.

—¿Qué haría yo sin ti? Me has regalado la canción, tú lugar favorito de Nueva York, ¿qué más me vas a dar?

—Todo lo que sea necesario para que vuestra boda sea perfecta. —Acaricié su cara.

—Sabes que Alex estará allí.

—Prometo comportarme como una persona educada, cabal y seria.

—¿Como en el restaurante con Alison?

—Prometo comportarme y solo matarla con el picahielos cuando nadie nos vea. —Me levanté—. Tengo que volver a la oficina y hacer unas cuantas llamadas para el cumpleaños de Jason.

—De acuerdo.

—María, me ha venido a la cabeza un vestido con tu descripción. ¿Te puedes quedar un poco y lo miramos?

—Sí. —Dio unas palmaditas.

—Luego nos vemos en casa. Te quiero.

Tras muchas, muchas llamadas, localicé a un escupe fuegos, unas bailarinas aéreas, malabaristas y un montón de personas más que harían del cumpleaños de Jason, una gran fiesta de circo.

—*Lo sé, mamá. Me lo habéis tratado de hacer ver, pero he estado ciego. —Me llevé las manos a la cara.*

—*Hijo, no remuevas el pasado. Lo que ha pasado que quede atrás. Ahora solo tienes que mirar al futuro, si quieres uno con ella o... —Respiró profundamente y me agarró de las manos —. O sin ella.*

—*Siempre con ella.*

—*Pues mueve el culo, Alex.*

—*Necesito comprobar algunas cosas.*

—*Hijo, deja de buscar, deja de luchar contra tu corazón. Habéis puesto demasiados impedimentos a lo vuestro.*

—*Por eso estoy luchando, por acabar con ese último impedimento. Hay unos cheques que se supone que firmé que fueron el desencadenante de todos los acontecimientos que nos han ido separando. —Me levanté de la silla—. Aquellos cheques la llevaron a los brazos de Jonathan y él la utilizó como moneda de cambio. Ella iba a fiestas en las cuales Jonathan cobraba por que Mariola acompañase a ciertos hombres con poder. —La cara de mi madre se desencajó.*

—*¿Se acostaba con ellos por dinero?*

—*Apreté fuertemente los puños deseando que Jonathan estuviera vivo delante de mí, para matarle yo con mis propias manos.*

—*Ella no sabía lo que Jonathan estaba haciendo hasta que un día uno de esos tíos le dejó mil dólares en la mesilla de un hotel. Jonathan continuó engañándola.*

—*Dios mío. —Mi madre se llevó la mano a la boca, no se lo podía creer—. Pobre niña. Todo lo que le ha tocado vivir.*

—*Recuerdo que cuando mi padre aún no era el demonio que es ahora, colaboré en la empresa y...*

—Te puso de titular de una de las empresas. Tu padre, sería capaz de eso y de más. Siempre tuve una duda, pero nunca fui más allá. ¿Los cheques que te dijo Mariola eran sobre la madre de Jason?

—No entiendo nada, mamá. —Me giré para mirar a mi madre y vi cómo sus ojos comenzaban a brillar.

—Perdóname, hijo mío. —Se aferró a mi cuello abrazándome fuertemente—. Perdóname. Yo no...

—¿Qué ocurre, mamá? —La separé de mí tratando de tranquilizarla.

—Aquella mañana que Lisa desapareció, cuando fui a verla al hospital, estaba hablando con tu padre. No entendía qué hacía allí, pero ahora... —No me miraba a los ojos.

—Mamá, cualquier cosa que haya hecho el desgraciado de mi padre, no es culpa tuya. Nos tuvo engañados muchísimo tiempo. Siempre caímos en sus redes como pequeños pececillos.

—Es un tiburón. —Sonreí al recordar que Mariola le llamaba así.

—Sí, pero nos comeremos al tiburón, te lo aseguro. En cuanto Dwayne y el equipo me entregue todas las pruebas, iré con todo a por él. No me temblará la mano, mamá.

—Me da miedo que él pueda...

—¿Quitármelo todo? Mamá, he perdido a Mariola. ¿Qué más podría perder?

—Piensa en tu hija. No sé de lo que tu padre sería capaz de hacer. O el hotel.

—He decidido venderlo. Quiero disfrutar de la vida, de Jason y necesito todo el tiempo posible para recuperar a Mariola.

—¿Cómo lo vas a hacer?

—Nueva York será testigo privilegiado del amor. Como si fuera la primera vez, como si fuera la última. Como si el amor brotase de cada edificio, de cada parque y de cada flor. Por última vez, por nosotros.

Salimos los dos a la terraza y me quedé observando la ciudad que tenía a mis pies. Cómo los edificios comenzaban a iluminarse poco a poco. Me asomé a la barandilla y una idea se me vino a la mente. Era perfecto, simplemente perfecto. El plan para recuperar el amor de Mariola no había hecho nada más que comenzar.

Estábamos a tan solo tres días del cumpleaños de Jason y no había parado ni para respirar. Tenía que estar todo perfecto, que todo fuera genial. Así que me fui hasta Coney Island sola. Will tuvo que salir corriendo en el último momento al lugar donde se iba a celebrar el desfile. Había problemas con no sé qué y me dejó tirada yendo sola a Coney Island. Aunque me lo tenía que haber oído, fiesta de súper modelos contra fiesta de niños... Era lógica su espantada.

Estaba anocheciendo y no llevaba suficiente ropa de abrigo. Aquel día había refrescado y, tras echar un vistazo por el parque, me metí en uno de los puestos a tomar un chocolate caliente y comenzó a sonar mi teléfono.

—Mariola, me vas a matar.

—Seguramente, porque estoy helada. —Comencé a notar gotas de agua cayéndome encima—. Está empezando a llover. Tú tenías que estar aquí, no yo.

—No me vas a matar por eso.

Comenzó a caer agua por el techo del pequeño puesto de café. Me puse la carta de bebidas encima de la cabeza para no empaparme. Me estaba cagando en Will, en la tormenta y en el tiempo que había decidido dar un cambio tan drástico. Observé a mi alrededor tratando de encontrar algún sitio donde cobijarme, cuando al girar la cabeza a la derecha me topé con sus ojos. Con los que me seguían persiguiendo por las noches en sueños. Allí le tenía a escasos dos metros de mí, cubriéndose con una chaqueta de cuero de la lluvia. Mis ojos le recorrieron de arriba abajo. No

había rastro del traje que siempre solía llevar. Llevaba unos vaqueros azules ajustados, una camiseta gris de manga larga y juraría que de su boca salía algún taco por la lluvia. Quise girarme y esconderme, pero la fuerte atracción que mi cuerpo sentía por él me lo impidió. Cuando se metió debajo del mismo pequeño techo y se quitó la chaqueta de la cabeza escuché a Will por el teléfono.

—Alex estará por allí. Se me olvidó decirte que iba a ir.

—Habla mañana. —Colgué sin dejar que terminase de hablar—. Bendita lluvia.

Al escuchar mi voz, Alex se giró para mirarme y al verme con la carta sobre la cabeza sonrió.

—Pensé que estaría Will aquí.

—Nos ha abandonado por supermodelos. —Torcí la boca e hice un chasquido con mi lengua—. No le culpo. Probar el catering del pre-desfile o un chocolate caliente aquí. —Levanté el vaso que había pedido—. Aunque confieso que esto me encanta. —Me acerqué a él.

Casi no terminé la frase cuando el pequeño techo que nos cubría venció por el peso del agua y nos cayó todo encima. No pude decir nada mientras el agua nos chorreaba por todo el cuerpo. Alex comenzó a reírse y al escucharle me contagié con su risa. Había olvidado aquel sonido y me encantaba. Me agarró de la mano y una electricidad me recorrió el cuerpo entero.

—Vamos. —Tiró de mí, pero le frené.

—No pretenderás que corra con tacones y la lluvia, ¿verdad?

Y sin mediar una sola palabra más me agarró por la cintura, subiéndome en sus brazos, pasándonos su chaqueta por encima y corrió conmigo por el parque hasta una zona donde cobijarnos. Su mano aferrándose fuertemente la cintura podía haber traspasado con su calor mi vestido. Tener su cara tan cerca, su olor metiéndose dentro de mí como otras tantas veces había hecho, su cuerpo pegado al mío y su corazón latiendo fuertemente... «*Mariola, contrólate por tu bien, así lo has decidido*». Eso fue lo que mi cabeza trataba de decirle a mi corazón, pero parecía estar como una puñetera tapia.

Alex se paró y el agua seguía mojándonos. Estábamos en medio de una de las plazas y no había a la vista nada para cobijarnos. De repente por los altavoces se empezó a escuchar una música entrecortada y Alex me dejó en el suelo. Debajo de la chaqueta aún, los dos pegados, sintiendo su piel húmeda bajo mis manos, sentí la necesidad de decirle adiós y no cometer de nuevo otra locura. Abrí la boca un par de veces, pero las palabras no parecían querer salir. Mi respiración comenzó a agitarse y la canción comenzó a sonar clara por aquellos altavoces. Alex tiró su cazadora al suelo, me quitó el bolso de las manos dejándolo encima y puso su mano delante de mí.

—Baila conmigo. —Sus ojos brillaban de una manera especial, habían recuperado aquel brillo de la primera vez. De aquella primera vez que nuestras miradas de besaron.

«Cuando te tuve, no te trate bien y me equivoqué, cariño. Y ahora que todo se ha esfumado. (...) Y me pregunto quién te está amando. Yo nunca debí hacerte llorar».

Me dejé llevar y agarré su mano acercándome lentamente a él, colocando una mano por detrás de su cuello y la otra apoyé junto a la suya en su pecho. Comenzamos a bailar bajo la lluvia al son *Who's Lovin' You* de Michael Bublé. Fueron dos o tres minutos, pero no quería que acabasen. Estaba segura, tranquila y entre sus brazos. Apoyé mi cabeza en su pecho y pude escuchar cómo su corazón latía fuerte. La letra de la canción se metió en mi cabeza y cuando terminó nos quedamos mirándonos a los ojos. Temblé, no por el frío ni por la lluvia, temblé al estar en sus brazos de nuevo. Me olvidé del mundo, de las peleas, del horror vivido y solo le vi a él. Me puse de puntillas y me acerqué deseando perderme en sus labios, pero justo a escasos centímetros, Alex me agarró de las mejillas, para darme un beso en la frente. Bajé los ojos y mi mirada se perdió en aquel suelo mojado en el que impactaban las gotas de lluvia.

—Cuando nos volvamos a besar será porque vuelves a confiar en mí y nunca nos volveremos a separar. Puede que me cueste una semana, un mes o el resto de mi vida, pero te aseguro que lo volverás a hacer. Así me cueste la eternidad. Volveré a besar tus labios pronto, pero no así, no por un momento de debilidad. Quiero que me vuelvas a querer sin condiciones, sin medida.

—¿Cómo sabes que no lo sigo haciendo, Alex? —Irremediablemente cerré los ojos al decirlo, señal inequívoca de que estaba nerviosa.

—Porque te conozco y tu cabeza le está obligando a tu corazón que sea prudente, que no te dejes llevar por un instante de locura. —Me conocía demasiado bien—. Una vez te lo dije y hoy te lo repito: no te lo estoy prometiendo, te lo estoy asegurando. —Agachó su mirada hacia mi tripa—. Os lo estoy asegurando. —Se puso de rodillas y comenzó a hablarle a la tripa—. Erin, hazme un favor. Asegúrate de que tu madre vuelva a confiar en mí. Te prometo que la primera persona a la que verás cuando nazcas será a mí. Porque soy tu padre y te quiero. Tenemos una cita, pequeña.

—Alex. —No pude evitarlo y comenzaron a caer por mi cara pequeñas lágrimas.

—No, nena, no más lágrimas. Se acabó el dolor. Solamente dame tiempo para recuperarte.

No era capaz de decir nada. Yo, Mariola Santamaría, la lengua más rápida de la costa este, estaba sin palabras.

—Te llevo a casa. No quiero que os resfriéis ninguna de las dos.

Caminamos hasta el coche y fui flotando, como si no estuviese allí. Cuando mi cabeza volvió a aquel coche vi que se dirigía a casa de los chicos.

—Ya no estoy allí. Vivo en la 99 con Broadway. —Me miró extrañado—. Han cambiado muchas cosas, puedo decir que mi vida y mi trabajo han dado un giro bastante grande.

—Destino Broadway.

No me hizo ninguna pregunta, no cambio su gesto de la cara, nada de nada. El trayecto fue en silencio, solo el sonido de la lluvia golpeando los cristales nos acompañó. Aparqué justo delante del edificio y se bajó para taparme con su chaqueta hasta la entrada. Quería preguntarle tantas cosas, saber cómo estaba tan seguro de que recuperaríamos lo que habíamos perdido.

—¿Quieres subir? —Joder, Mariola, dale que te pego con lo tuyo.

—No, nena. —Suspiró—. Descansad. —Me besó de nuevo en la frente y cruzó la carretera para irse.

Vi cómo se alejaba su coche y me maldije mientras subía en el ascensor. Me maldije cuando tiré el bolso al sofá y me quité la ropa empapada. Llamaron a la puerta y me cubrí con el albornoz del baño, gritando ya va. Al abrir me encontré a uno de los chicos que estaba siempre en el hall trabajando.

—Buenas noches, señorita Santamaría. Han dejado esta tarde estas rosas para usted.

—¿Seguro que son para mí?

—Sí, las ha dejado un repartidor hará dos horas.

—Muchas gracias.

—Pase una buena noche, señorita Santamaría.

—Gracias. —Cerré la puerta oliendo las flores.

Era un gran ramo de rosas rojas. Lo dejé en la mesa del salón y busqué la tarjeta, pero no la encontré. Seguramente se le cayó al chico al subirlas. Estaba muerta de frío así que lo dejé para el día siguiente. Me metí en la ducha para entrar en calor y me perdí debajo del agua entre pensamientos y sentimientos encontrados. No todo era tan fácil de perdonar. No todo era tan fácil de olvidar.

22.
COMO SI NUNCA
NOS HUBIERAMOS CONOCIDO

La tormenta de la noche anterior me había dejado echa un asco. Y qué decir de las dos mil millones de vueltas que di en la cama sin poder dormir. Sus palabras dieron vueltas cada segundo de la noche en mi cabeza. Echaba tanto de menos el primer café de la mañana que arreglaba el mundo. Mike me lo había sustituido por una mezcla de tés sin teína. Mientras me lo tomaba mirando por la ventana, viendo cómo la ciudad a las seis de la mañana comenzaba a despertarse, la imagen de los cheques apareció en mi cabeza. Cada vez que trataba de pasar página o bien una de sus palabras o aquel maldito informe se metía por medio. Si yo misma había decidido seguir con mi vida, ¿por qué me maltrataba de aquella manera?

Decidí olvidarme por el momento e irme a trabajar, tener la mente ocupada era lo mejor. Cuando entré vi a Sasha acomodada en su nuevo puesto de trabajo.

—Estoy organizándote la agenda de las próximas semanas. Esta mañana tienes una reunión con Will y el departamento de Recursos Humanos. —Dejé el bolso y varias cosas encima de la mesa—. A las cuatro tenéis reunión con Frank y Justin para la fiesta de Victoria's, y el resto de la semana viene movida.

—¿Cómo he sobrevivido sin ti, Sasha?

—He aprendido de la mejor. —Me guiñó un ojo.

—¿Para qué está preparada la sala de reuniones a estas horas? —Señalé la puerta sin mirar.

—Alex llega en diez minutos, ha llamado a primera hora para cerrar todo lo de la fiesta, que es pasado mañana.

La miré y agarré el calendario que había en la pared.

—¿No me jodas? Si aún no tengo asegurado... —Revolví las carpetas que tenía desperdigadas por la mesa—. ¿Dónde está lo del tío este de los fuegos artificiales? Me tenía que haber confirmado y el muy mamón no lo ha hecho. Pensé que quedaba más tiempo.

—¿Mal día? —Will entró en mi despacho.

—Pésimo. —Estornudé—. Por tu culpa me estoy resfriando. ¿Puedes encargarte de Alex? Tengo que hablar con el de los fuegos.

—Quédate a la reunión y luego lo solucionas. —Le di una carpeta con todo. Era gorda, exageradamente gorda. La miró como si fuera un bebé llorando—. No muerde.

—Mariola, tú te has encargado de todo, sabrás explicárselo mejor.

—No me caes bien.

Fui a la sala de reuniones y coloqué varias de las ideas en la pantalla. Estaba agachada tratando de que los cables que la hacían funcionar se conectaran bien.

—¿Me vas a tocar las pelotas hoy? —Me levanté apretando el mando fuertemente—. Mira que no tengo el día fino hoy.

—¿Amenazando a la pantalla? —Al darme la vuelta me encontré a Alex con un par de vasos de Starbucks en las manos—. He supuesto que necesitarías recargar pilas. —Me ofreció uno de los vasos.

—No puedo...

—Sé que no puedes tomar café, pero un batido de yogur con arándanos, fresas, plátano, avena y nueces, sí. —Lo agitó un poco y lo cogí.

—Gracias. ¿Empezamos la reunión? —Justo entró Will en la sala—. ¿Puedes arreglar la maldita pantalla? Últimamente se me resisten los productos electrónicos. Ayer quemé la tostadora, esta mañana la lavadora se me ha revelado y ahora... —Escuché cómo iniciaba la pantalla—. Genial.

Se sentaron los dos y comencé a explicarle a Alex lo que había pensado para la fiesta de Jason. La pantalla dejó de funcionar y pasé a enseñarle las fotografías. Mientras continuaba contándole todo, vi cómo Alex observaba cada imagen, cómo escuchaba cada idea con mucha atención. No dijo ni una sola palabra en toda la presentación, pero la sonrisa final que apareció en su cara me dijo que le había gustado. Will salió de la sala dejándonos de nuevo solos.

—¿Qué te ha parecido? —Tenía en las manos la fotografía de los fuegos artificiales.

—Impresionante, Mariola. Siempre he sabido que eras buena en tu trabajo, pero todo esto va mucho más allá. —Se levantó agitando la foto—. Has preparado la fiesta que Jason ha soñado siempre. Sé que es lo que quiere y tú lo has conseguido, Mariola. —Dejó la foto en la mesa y se acercó a mí. Yo me fui hasta la otra punta de la mesa—. De nuevo, lo has conseguido, Mariola.

—Alex, dejemos este juegucito. —Puse las manos encima de la mesa—. Somos mayorcitos para reconocer cuando la cosa no puede ir a más. Nos merecemos ser felices. Yo no puedo olvidar lo que ha pasado y tú tampoco eres capaz de hacerlo.

—Mariola.

—Solo nos hemos hecho daño. Alex, he intentado por todos los medios olvidarte, pero no puedo. Pero tampoco puedo olvidar tus reproches, nuestras mentiras y he comenzado un nuevo camino. —Vi cómo se fruncía su boca—. Alex, se ha terminado. Lo único que nos une es Erin. Serás parte de su vida, pero no de la mía.

—No puedes estar hablando en serio. —Dio la vuelta por la mesa y yo lo hice para el lado contrario.

—No voy a flaquear, Alex. No me lo voy a permitir de nuevo. —Oí un pequeño bufido saliendo de su boca.

—¿Es lo que quieres? ¿Qué me aleje de ti? ¿Cómo si nunca nos hubiéramos conocido? —Vi el dolor en sus ojos—. No es lo que quieres, Mariola, tus ojos no dicen lo mismo que tu boca.

—Quiero ser feliz. —Cerré los ojos.

—¿No serías feliz conmigo? —Cuando me quise dar cuenta estaba a mi lado—. Mírame a los ojos y dímelo.

—Nos hemos dicho cosas que no se pueden olvidar. Hemos hecho cosas que ninguno de los dos puede borrar. Tú tienes tu versión de las cosas y yo tengo la mía. No concuerdan. Alex, nos merecemos ser felices, pero no lo podremos ser juntos. —Levanté los hombros y me giré para ponerme frente a él—. Tal vez en otra vida hubiera podido ser. —Acaricié su incipiente barba y me acerqué para darle un beso en la mejilla.

Le demostraría que sí podíamos ser felices y que nos lo merecíamos los dos. Salió de la sala y la perdí en el pasillo mientras se dirigía a su despacho. Al cerrar la puerta vi cómo su silueta de espaldas se apoyaba en la puerta y se llevaba una mano a la tripa. Se pasó una mano por el pelo y se alejó de la puerta.

—Ponte las pilas o realmente la vas a perder.

Salí de la oficina y justo antes de salir escuché a Sasha hablar por teléfono.

—Sí, desde que Mariola es la socia mayoritaria de la empresa, me han ascendido. Es

increíble trabajar con ella. Sí, lo sé. —Socia mayoritaria, piso en la 99. Su vida había dado un gran giro y no parecía tener hueco en ella para mí—. Gracias. Sí, mañana comeré con ella en el Nerai. Sí, no es una jefa típica y me encanta. Adiós, Joanne.

Justo cuando iba a entrar en el ascensor, apareció un repartidor con un gran ramo de rosas amarillas que casi no se le veía. Las miré fijamente tratando de buscar una nota, pero al girarse decidí meterme en el ascensor y seguir con mi día.

Cuando me monté en el coche, justo antes de arrancar vi cómo Mariola salía corriendo del edificio hablando por el móvil, chocándose con la mitad de las personas por la acera y sonriendo. Había cuatro hombres delante de ella llamando a un taxi, pero cuando ella levantó la mano fue como si todos los taxis parasen a su lado a la vez. Levantó los hombros sonriendo y se metió dentro de uno de ellos. Tuve la tentación de seguirla, pero comenzó a sonar mi móvil.

—Buenos días, Dwayne. ¿Alguna noticia?

—Sí, jefe, y no te va a gustar. ¿Dónde estás?

—En CIA.

A los cinco minutos exactos Dwayne me entregó todos los papeles. No podía ser. En aquellos cheques sí que estaba mi firma. Me puse en la piel de Mariola y era normal que no confiase en mí. Golpeé fuertemente el volante de mi coche y conduje en dirección a la oficina de mi padre. Iba a contrarreloj. Me auto impuse un plazo de veintiún días para recuperarla, aquellos eran los días necesarios para que un cuerpo reconociese un nuevo hábito. Tenía veintiún días para enamorarla de nuevo. Veintiún días para hacerle ver que yo era su futuro. Veintiún días para que Mariola me volviera a amar.

Cuando me di cuenta estaba aparcado ya en el edificio de mi padre. Ni Dwayne me pudo parar. Entré arrasando en su despacho y al verme una maldita sonrisa de triunfador se le instaló en la cara.

—Quita esa estúpida sonrisa de tu cara. No sé cómo conseguiste engañarme para firmar aquellos cheques que destrozaron la vida de Mariola y la mía.

—No sé de qué me hablas. —Se levantó y se puso frente a mí—. Sal de mi despacho, no tengo tiempo para escuchar tus estupideces.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué le diste aquellos cheques a Lisa? Ella no se fue, tú la pagaste.

—Lo hice por ti, aquella miserable no se merecía estar a tu lado. Y Mariola mucho menos, es una jodida zorra que solo busca...

No le dejé terminar hablar. Me abalancé sobre él y comencé a darle puñetazos, pero aquella vez se defendió. Le tiré al suelo y me puse encima. Me golpeó fuertemente en el estómago y me caí a su lado. Aprovechó para ponerse encima de mí y agarrarme fuertemente de los hombros.

—Lo hice por ti, por mejorar tu vida. Porque te quería. —Me agarró fuertemente por el cuello y casi no me permitía respirar.

—No sabes lo que es amar. —Me zafé de sus manos de un golpe—. Nunca lo has sabido y jamás lo sabrás. Tienes el corazón podrido.

—Igual que tú. Has engañado a todo el mundo con esa cara de niño bueno. Mataste a una chica por tu imprudencia y yo lo oculté. —Se levantó y comenzó a gritar—. Me deshice de las pruebas, me deshice de la madre de tu hijo, traté de deshacerme de ese maldito hijo que te destrozó la vida. —Me levanté sin hacer un mínimo esfuerzo, lleno de cólera e ira por sus palabras. Me abalancé sobre él, cayendo contra la mesa de cristal haciéndola añicos—. De Mariola, la zorra que te ha hecho ser como eres.

—Maldito hijo de puta. —Comencé a golpearle fuertemente. La sangre de su nariz se

mezclaba con la sangre de mis nudillos cortados por los cristales.

A los minutos noté unos brazos enormes agarrándome de los míos y levantándome por los aires. Al mirar vi a cuatro agentes de policía a mí alrededor hablándome de altercado, denuncia, detención y comisaría. No podía oír nada de lo que decían porque seguía tratando de quitármelos de encima y lanzarme de nuevo sobre mi padre para seguir golpeándole. Lo siguiente que noté fueron las esposas apretando mis muñecas detrás de mi espalda. Joder. La prensa sensacionalista estaría esperando fuera del edificio. Efectivamente así fue. Una nube cegadora de flashes me fulminó a la salida. Me metieron dentro de un coche patrulla y lo siguiente que estaba haciendo era declarar ante un par de policías.

—Sí, te he mandado veinte e-mails, te he llamado cien veces y no he recibido ninguna respuesta. No eres el único pirotécnico de la ciudad. Así que o me das un sí o me voy de aquí asegurándome de que no trabajes más.

El tío me miraba con cara de ¿de quién te crees que eres?

—Tengo que mirar la agenda. —Tenía un trozo de mecha en las manos y no se movió.

—¿Vas a mirarla ahora o vas a esperar al día del juicio final a que Satanás te contraté para la explosión final, guapo? —Comenzó a pitar mi móvil.

—Dios mío, si llego a saber cómo eres, no evito contestarte a los setenta y cinco correos que me has mandado.

—Mira, no sé qué forma tienes tú de trabajar, pero se supone que eres el mejor de Nueva York. Yo soy clara, te quiero en el cumpleaños, puedo pagar lo que pides, quiero lo que te mandé y si aceptas bien. Si no, busco a otro que me menea la cola más rápido. —Me levanté para marcharme de allí.

—Joder, si lo llego a saber.

—¿Si no me presento no me contestas? Hombres. —Cogí el móvil—. Dos días para prepararlo todo. Dos. Así que menea el culo de una jodida vez. —Salí de allí acordándome de su familia.

Bajé a la calle y justo cuando abrí el móvil me encontré cinco mensajes de Justin.

«¿Has visto las revistas?»

«Mariola es importante».

«¿Qué haces para no contestarme?»

«O me llamas o llamo a los SWAT».

Justin estaba enganchado a los cotilleos de la gran manzana. Abrí un enlace que me envió y me encontré a Alex esposado entrando a un coche patrulla y esposado en la comisaría de Tribeca. Joder. Me apoyé unos segundos contra la pared. En su cara se podían ver restos de sangre que cubrían también su camiseta, rasgada por la parte del pecho. La foto no era demasiado nítida, pero podía ver dolor en su cara.

—¿Alex, qué has hecho?

Me quedé unos segundos mirando el móvil y sin saber muy bien por qué, paré un taxi y en quince minutos estaba pasando por la maraña de periodistas que buscaban carnaza en la comisaría. Escuché mi nombre entre sus gritos, pero un policía les apartó para que pudiera entrar. Fui a preguntar en la especie de recepción que tenían, pero no había nadie.

—¿Mariola? —Me giré y me encontré con Frank—. ¿Qué haces aquí?

—Jus me ha mandado varios mensajes. ¿Qué demonios ha pasado?

—No lo sé aún. Estaba con Jus cuando ha sucedido todo.

—¿Con quién se ha matado?

—No lo sé.

Estábamos hablando cuando unos tacones empezaron a resonar por la comisaría. Era como una música de terror que anunciaba problemas.

—¿Dónde está Alex? —Se puso a gritar como una viuda de guerra.

—Empieza el espectáculo. —Me senté en una silla ojeando mi móvil.

—Señorita, tendrá que esperar como ellos, aún no podemos decirles nada.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —Al darse la vuelta su cara de falsa preocupación cambió.

—Yo voy a preguntar a ver si alguien me dice algo, Frank. —Me levanté y al pasar por su lado me agarró fuertemente del brazo.

—Te dije que salieras de su vida.

—Y yo te dije que por mucho que te jodiese, seguiré en ella. Te guste o no. Aparta tus manos de mí o te juro que no respondo. —Era más alta que yo con aquellos tacones. Ella pensaba que eso le daba más autoridad.

—Desaparecerás de su vida cuando te enteres que el otro día follamos. —Tiró de mi brazo y pegó su boca a mi oído—. Follamos durante toda la noche y gimió mi nombre por toda la casa. —Me aparté de ella de un empujón y sonreí.

—Te avisé que te arrastraría por todo Central Park de los pelos, pero este parece un buen sitio para empezar a arrancarte tus extensiones. —Justo cuando mi mano fue a agarrar su pelo, Frank me separó de ella.

—Mariola, no, es lo que está buscando. Tienes a toda la prensa fuera y os están grabando ahora mismo. Alison, largo de aquí, no me hagas pedirle a Dwayne que te saque de nuevo de un sitio donde Alex no quiere que estés. Aléjate de él, Alison. —Miré a Frank porque nunca le había visto tan enfadado—. ¡Vete de aquí! —Le pegó uno de esos gritos a media voz que acojonaban. Alison nos miró y sacó su culo estirado de allí.

—La has mandado a los periodistas de cabeza, Frank.

—De eso nos encargaremos después. No voy a permitir que te hable así ni que se acerque a ti de esa manera, con sus sucias mentiras. —Respiró profundamente—. Mariola, te diga lo que te diga Alison, no la creas. Alex la echó el otro día de su casa porque la vio gritando a Jason y se cayó de la silla porque se asustó.

—¿Le hizo daño a Jason? Dios, te juro que la mato. Hija de la gran puta. —Hice el gesto para salir a la calle y justo vi que Alison estaba hablando con un par de periodistas.

—Primero tenemos que solucionar lo de Alex. —Me dio la vuelta agarrándome del brazo.

—Tenéis que solucionarlo, yo no entro dentro de esos planes, Frank. —Me miró fijamente con aquellos ojos llenos de vida y torció la boca.

—Si has venido corriendo desde otro lugar para saber qué ha pasado, te sigue importando.

—Frank, tengo las hormonas a doscientos mil por hora. En un momento le odio, al siguiente me preocupo, pero eso no me hace ningún bien. Tengo que seguir adelante. No puedo estancarme en algo que ni siquiera funcionó desde el principio. No se puede basar una relación sobre cimientos tan inestables. No puedo, Frank. Quisiera creer que las cosas pueden cambiar, que todo el daño que le hice y el que él me hizo, puede desaparecer. Estoy hecha un lío.

—Ten fe, confía en que el amor puede ser más fuerte que todo. —Me agarró fuertemente de las manos—. Confía, aunque sea la última vez, Mariola. Te aseguro que todo se aclarará y ese será el momento de elegir tu camino. —Le miré sin saber bien a qué se refería.

—No te entiendo, Frank. Que tenga fe, que todo está a punto de terminar, que tendré que elegir un camino. ¿Qué coño quieres decir?

Frank dudó unos segundos, pero cuando fue a abrir la boca de nuevo, por detrás de su hombro

vi cómo Alex salía de una de las salas con el pelo completamente alborotado, una herida en el labio con sangre seca, un gran moratón en el ojo derecho, varias marcas rojas en el cuello... Estaba hecho una mierda. Salía frotándose las muñecas por las esposas y cuando levantó su mirada y me vio, cerró los ojos y negó con la cabeza. La echó para atrás y se sentó en un banco que tenía al lado llevándose las manos a la cara y farfullando algo ininteligible. Me acerqué a él sin dudarle.

—Alex, ¿qué ha pasado? —Me agaché y apoyé mis manos en sus piernas—. Alex, mírame. —Le agarré de la barbilla obligándole.

—Se me ha ido la cabeza, Mariola, no he podido controlarme, casi le mato. —Respiraba con dificultad.

—¿A quién?

—Al cabrón de mi padre. Ha soltado tanta mierda por su boca, me ha confesado tantas cosas, que lo único que quería era matarle. —Se quedó en silencio unos segundos como si por su mente estuvieran pasando aquellas imágenes de nuevo—. ¿Qué haces aquí, Mariola?

—Me mandó Jus unas imágenes y vine enseguida. Estaba preocupada. —Agarré sus manos.

—¿Por mí? —Apretó sus manos contra las mías fuertemente—. Después de todo lo que te he hecho, después de todo lo que ha pasado, aún te preocupas por mí. —Afirmé lentamente con la cabeza.

—Que no podamos estar juntos ni olvidar lo que ha sucedido, no significa que si te veo lleno de sangre y con moratones por la cara, no me preocupe por ti.

—No puedo pensar que me odias, que me guardas rencor por haberte destrozado la vida. No deberías estar aquí.

—¿No quieres que me preocupe por ti? —No contestó y recordé lo que dijo Alison de lo que ocurrió en su casa varios días atrás—. De acuerdo, maldito imbécil, quédate con Alison, la señorita gime mi nombre mientras follamos, la señorita que aterriza a tu hijo, la zorra que desde el principio tenía un plan y lo está consiguiendo. —Me levanté enfadada—. Quédate con ella, con su perfecta vida, con su perfecto modo de arrasar con todo. —Me di la vuelta y vi a Frank negando con la cabeza—. Pero cuando te joda definitivamente, cuando acabe contigo arrastrado por el suelo, no se te ocurra llamarme ni venir a verme. Mis preocupaciones por ti acaban en este mismo momento. —Respiré profundamente sabiendo que era la última palabra—. Ahora sí... Adiós, Alex.

Tuve que tragar saliva al decir aquella última frase, aquellas nueve letras se me atragantaron como si me hubiera tragado nueve alfileres.

—*¿Por qué no le has dicho la verdad?*

—*¿Qué soy un fraude? ¿Qué no puedo ser el hombre del que se enamoró y no pude mantenerla segura de nadie? ¿Qué no soy más que un idiota confiado al que su propio padre le tendió una trampa con su vida, que años después no solo me ha destrozado a mí, sino que ha destrozado también a la mujer que amo?* —Me levanté del banco.

—*Alex, no eres ni un fraude ni nada por el estilo. No lo hagas, Alex.* —Me miró fijamente.

—*¿Hacer el qué?*

—*Rendirte. Nunca lo has hecho. Te han engañado, sí, pero no hay nada en este mundo que no se pueda solucionar con la verdad. Sigue con lo que estás haciendo, sigue con tu lucha.*

—*¿Y si no sale bien?*

—*Solo lo sabrás si lo intentas. ¿Qué me dijiste cuando estaba aterrado por el pasado de Sonia?*

—*Que luchases. Que lo mejor siempre está por llegar.* —Puso su mano sobre mi hombro

tratando de tranquilizarme.

—Ella ha dicho su última palabra.

—Conocemos a Mariola. Es malhablada, despotrica cuando las cosas la sacan de quicio y Alison lo ha hecho. Tiene las hormonas por las nubes y lo ha pagado contigo por ser un idiota. Vamos tío, hay que curarte esas heridas.

Salimos de allí y nos fuimos a casa.

Al salir de comisaria volví a la oficina para terminar todo lo del cumpleaños. Necesitaba meterme en una vorágine de preparativos para olvidar la voz de Alison en mi cabeza diciéndome que se lo había follado.

Y aquello fue lo que hice los dos siguientes días. Solo tuve un momento de relax cuando estaba bajo el agua de la ducha en casa preparándome para ir a la fiesta. Me planté delante del armario y opté por unos vaqueros con una camiseta blanca, que al ponerme se ajustaba a la tripa. Me miré en el espejo y sonreí acariciándola. Me puse la cazadora de cuero y justo antes de salir llamaron a la puerta, al abrir vi que era el chico de recepción con otro gran ramo de rosas rosas. Le miré como había hecho la anterior vez y levantó los hombros avisándome de que también llegaba sin nota. Al cogerlas de sus manos, apareció Will por detrás saliendo del ascensor.

—Bonitas rosas. Muy buen gusto. —Sonrió al decirlo.

—Sí. —Le escudriñé con la mirada. No, no podían ser de él. Aunque siempre había intentado halagarme de alguna manera.

—Estás preciosa, Mariola. ¿Nos vamos?

—Viene María a buscarme. No creo que tú pintes mucho en el cumpleaños de Jason.

—Tan directa como siempre. ¿Temes que si nos ve Alex se ponga celoso?

—Ni mucho menos, pero no te has encargado de la fiesta, así que no te mereces un trozo de una espectacular tarta de chocolate con frambuesa cubierta por chocolate blanco. Nos vemos mañana en el trabajo.

Me monté en el ascensor alejándome lo más rápido de él, sin darle ninguna opción para que pensara que tenía alguna oportunidad. No quería tener a ningún hombre cerca.

Al llegar a Coney Island y ver cómo estaba todo preparado, con los globos, los malabaristas por las pequeñas calles que conformaban el parque, sonreí contenta deseando que a Jason le gustase. Paseé comprobando que todo estuviera bien, que la comida que había encargado era apta para él, comprobando cada centímetro del parque. Miré la mesa de las chuches. Había pedido a un amigo de Frank pastelero que se encargase de que hiciera caramelos y regalices que Jason pudiera comer. Hasta conseguí una máquina como las de la feria en la que con unos ganchos se podían atrapar regalos, rellenándola de diferentes cosas para que todos los niños jugasen. Había distribuido pequeños carritos para que creasen sus propios algodones de azúcar. Coloqué los regalos que le había comprado en la mesa que tenía en uno de los laterales donde estaba la comida y observé una caja. Se suponía que aún no había llegado nadie.

—Hola.

—Joder, María —me llevé la mano al pecho al gritar—, qué susto me has dado.

—Es una súper espada laser de Star Wars que hace el ruido y todo. —Cogió un regaliz e hizo los gestos.

—Estás fatal. ¿Miraste todo lo que te envié de la boda?

—Va a ser algo íntimo, así que lo que prepares me parecerá genial.

—¿El vestido?

—Es precioso. Me lo fui a probar ayer y es mágico.

—Una cosa menos. —Nos acercamos a la entrada y allí había una chica vestida de hada con unas preciosas alas en tonos plateados, subida a unos zancos, que era quien recibía a todos los invitados.

—Perdona, hola. ¿Me dejas la lista un momento, por favor? —Me entregó la carpeta y le apunté los nombres de Alison y el tiburón—. Si alguna de estas personas quiere entrar, que me avisen. Por ningún motivo les dejéis pasar.

—De acuerdo.

—Hermanita, esto es impresionante. Malabaristas, escupe fuegos, un tío haciendo pompas gigantes... Jason va a flipar.

—Estarán a punto de llegar todos. Ve con Brian que tengo que hacer las comprobaciones de los fuegos artificiales. —Le di un beso y me sonrió.

—Vas a ser una madre increíble.

—Eso espero. —Me alejé de ella marcando el número de Sonia—. ¿Estáis de camino?

—Acabamos de llegar. No veas la cola que hay para entrar. Ni que fuera un concierto de One Republic. —Me reí—. Acaba de llegar Alex con Jason. El niño tiene cara de no creerse lo que está viendo. Dios mío, cuando te vea con la barriga... ¿qué le vas a decir?

—Esperaba que su padre le hubiera dicho algo, pero como siempre tendré que ser yo la que se haga cargo de eso. Nos vemos en diez minutos en la noria que bajo un momento a ver lo de los fuegos.

Comprobé que todo estaba bien y al subir de nuevo pensé en lo que me acababa de decir Sonia. Caminé hasta la noria y al mirar al centro vi a Jason pegando saltos y señalando todo. Respiré profundamente. Hacía mucho tiempo que no le veía. Al girarse me vio, sonrió y comenzó a correr para llegar a mi lado, pero un metro antes comenzó a cambiarle la cara y me observó la tripa. Paró justo delante de mí, abrió mucho los ojos y me miró a la cara. Alex no le había dicho nada y por su cara aquella no era la sorpresa que esperaba recibir el día de su cumpleaños.

COMO SI MIS CABLES NO HICIERAN CONTACTO

Jason me estaba mirando con los ojos tan abiertos que parecía un muñeco. Me acerqué a él para abrazarle, pero puso su mano sobre mi tripa, como si Erin fuera a decirle algo.

—Bueno. —Miró a su padre que se había acercado a nosotros—. Creo que me tenéis que explicar algo, ¿no?

—Cariño, están empezando a llegar tus amigos. ¿Hablamos después? —Alex trató de que Jason fuera a disfrutar de la fiesta.

—No hasta que me contéis esto. —Me acarició dulcemente la tripa.

—Cariño. —Me agaché a su altura—. Te prometo que luego nos tomamos un helado y hablamos. Pero ahora quiero que disfrutes de tu fiesta. La hemos preparado para ti con mucho cariño. Esperamos que te guste. —Se me lanzó al cuello.

—¿Has hecho todo esto para mí? —Me susurró al oído.

—Todo siempre será poco para ti.

—Te quiero, Mariola. —Me dio un beso y salió corriendo hacia la entrada para encontrarse con sus amigos.

—Tú también le podías haber contado algo a tu hijo, Alex. —Negué con la cabeza y me marché.

Estuve toda la tarde pendiente de que todo estuviera bien, de que no faltase comida, de que los niños pudieran participar en las actividades y de que a Jason no se le quitase la sonrisa de la cara. Me aparté un segundo para tomarme un batido.

—Hola, cariño. —Me dio un gran abrazo—. Estás preciosa. ¿Puedo? —Puso sus manos alrededor de la tripa sin tocarla.

—Claro que sí.

—No pude disfrutarlo con mi nieto. —La frotó dulcemente—. Mariola, siento mucho todo lo que ha pasado.

—No ha sido tu culpa. —Veía demasiada tristeza en sus ojos—. ¿Todo bien, Susan?

—Sí, bueno, han pasado bastantes cosas estos días, pero no quiero preocuparte con cosas del pasado. ¿Tú estás bien?

—Sí. —Agarré sus manos.

—¿Te están volviendo loca con la boda?

—No más de lo normal. Mi hermana no pone pegas a nada de lo que les estoy preparando y Brian lo ha dejado todo en mis manos. Conozco muy bien a mi hermana y sé que quiere algo de cuento de hadas. Ha elegido el lugar más especial de Central Park y un ático espectacular para la comida.

—¿Cómo ha sido tan idiota mi hijo de cagarla tanto contigo? Solo espero que no sea demasiado tarde. —Ya me estaba cansando de que aquella frase la dijiesen todos a mi alrededor—. Me voy a montarme con Jason en la noria. Luego seguimos hablando.

Aproveché que todos estaban con los malabaristas, subidos a la noria, en las gomas saltarinas, con el mago o en alguna otra parte haciendo pompas gigantes de jabón, para sentarme en una mesa

a descansar un poco. Miré el móvil y me encontré un mensaje de Will.

«¿Cómo va la fiesta? Seguro que has sido capaz de dejar a todos con la boca abierta».

Respondí a los segundos.

«Todo perfecto y no gracias a tu ayuda».

Su respuesta llegó a los diez segundos.

«Con lo buena que eres, no te hace falta ayuda de nadie. Siempre te lo he dicho, cree más en ti».

Will podía ser excesivamente pelota.

«Deja de camelarme que ya soy tu socia.
SOCIA MAYORITARIA».

Me reí al mandarle el último mensaje, pero dejé de contestar. No pretendía seguir un juego en el que no me quería meter. Tendría que hablar con él sobre el tema de las rosas. No quería que pensase que tenía vía libre para algo más allá de nuestra relación de socios. Al levantar la mirada me encontré unos recipientes con gominolas y a Jason sentado a mi lado.

—¿Puedes comer?

—Sí, cariño, puedo comer. —Me metí un par de caramelos en la boca.

—Te he echado mucho de menos, Mariola. —Me agarró de la mano—. ¿Es mi hermanita?

—Sí, cariño, Erin es tu hermanita.

—Pero si tú y papá no os queréis ya, ¿por qué estás embarazada?

—Eso me gustaría saber a mí. —Dije en bajo sin que me escuchase—. Me quedé embarazada hace unos meses. Pero aunque tu padre y yo no estemos juntos, es tu hermanita.

—Siempre quise una hermanita. —Continuó comiéndose un regaliz—. ¿Ya no quieres a papá? Joder con las preguntitas.

—Siempre le querré porque me ha dado una preciosa niña y a ti. Siempre te querré cariño, siempre podrás llamarme, venir a verme y quedarte en casa, si a papá le parece bien.

—¿No vais a volver a estar juntos nunca más? Yo sé que papi te quiere mucho, pero ha hecho cosas mal. Pero no quiero que la tía Alison vuelva a quedarse a dormir en casa. —Comencé a hiperventilar.

—Jason, te aseguro que Alison no se volverá a acercar a ti. Yo me encargaré de ello.

—Qué suerte tiene mi hermanita de que seas su mami. Ojalá que fueras la mía también. —Entre las hormonas y sus palabras se me formó un nudo en la garganta. Justo apareció Alex.

—Creo que necesitáis comer algo más. —Dejó un par de trozos de pizza en la mesa—. ¿De qué habláis?

—De cómo se ha quedado Mariola embarazada. No lo entiendo.

A Alex se le atragantó la bebida.

—Nos hemos quedado en la semilla, pero no sabe cómo de una semilla sale esto. —Me señalé divertida la barriga

—No lo entiendo. —Jason se rio viendo a su padre poniéndose rojo.

—Yo... bueno... a ver... —Se pasó la mano por el pelo.

—Papá, tengo seis años, ya nos lo han explicado en clase. —Miré a Jason alucinando.

—Joder, sí que van adelantados los niños hoy en día. Yo creo que hasta los doce años no me enteré de nada.

—Yo tampoco. —Teníamos los dos las manos encima de la mesa y sus dedos casi rozaban los míos. Delante del niño no le iba a hacer un feo.

—¿Vamos a tirar unas pelotas a la canasta? A ver si sacamos el premio grande. Que hay *Momois* enormes súper chulos. —Me reí al comprobar que decía *Minions* así—. Vamos, Mariola, que quiero que Erin tenga uno cuando nazca. —Tiró de mi mano.

Tanto Jason como Andrea trataron de que Alex y yo estuviésemos juntos el resto de la noche. Parecía que se habían compinchado para ello. Si uno se iba para algún lado, alguno de los dos se encargaba de que nos quedásemos juntos. Hasta consiguieron meternos en el túnel que habíamos montado del amor a solas.

—Genial, estos pequeños terroristas nos están planeando la noche. —Apoyé la espalda buscando un poco de relajación contra una de las paredes.

—¿Te duele la espalda? —Vio cómo afirmaba con la cabeza—. Date la vuelta que te doy un pequeño masaje.

—No te preocupes. —Me aparté de él y puso cada brazo a ambos lados de mi cuerpo y me miró fijamente a los ojos.

—Date la vuelta. —Acentuó cada sílaba—. Llevas dos horas quejándote de la espalda, ¿te crees que no me he dado cuenta? No has dicho nada porque estaba Jason y sé que estás haciendo un gran esfuerzo por que yo esté cerca de ti. Déjame hacer esto por ti.

—Alex.

—Date la vuelta.

Me agarró de la cintura y me giró sobre mis pies. Noté cómo levantaba la camiseta y posaba sus manos sobre la parte baja de la espalda. Las quitó unos segundos y escuché cómo las frotaba para tenerlas calientes. Volvió a ponerlas en la espalda y comenzó un masaje en la zona de los riñones con suaves círculos con sus pulgares, moviendo su mano derecha suavemente hacia arriba. Soltaba aire por la boca y noté que su otra mano pasó por la cintura y comenzó a acariciar lentamente la tripa. Continué respirando y comencé casi a hiperventilar. No apartó su mano de la tripa hasta cinco minutos después. Me di la vuelta y aún seguía teniendo la mano debajo de mi camiseta.

—¿Puedo verla?

Afirmé con la cabeza tras soltar un suspiro. Alex se arrodilló y se quedó observando la tripa. La acarició lentamente durante un par de minutos y justo antes de levantarse posó sus labios sobre ella. Cerré los ojos negando la evidencia de que Alex producía en mí mil y un sentimientos. Aquel beso lo sentí hasta en los labios. Al levantarse me dio las gracias y abrió una de las puertas traseras para que saliéramos de allí.

—Prometo no molestarte más esta noche, pero no prometo dejar de luchar por ti.

Se alejó de mí y fui corriendo hasta los baños. Necesitaba refrescarme. Joder, era como si mis cables no hicieran contacto estando con él. Escuché un revuelo fuera y al salir, vi a todo el mundo dirigiéndose a la parte de atrás del parque, a una zona donde estaba situado un escenario. No recordaba haber preparado nada allí. Al salir vi a Sonia hablando con Frank. Los dos me miraron y sonrieron.

—Cariño, vamos. —Sonia me dio la mano y fuimos hasta el pequeño escenario en el que se movía gente—. Por cierto, esa escenita tierna del beso en la tripa me ha derretido hasta a mí. No puedes ser un témpano de hielo para siempre. —La miré sorprendida de que lo supiera—. No recuerdas que pusiste cámaras para hacer fotos dentro del túnel, ¿verdad? Ha salido en una

pantalla fuera. Es precioso y sé que dentro de ti se están removiendo tus entrañas, y no es Erin que esté jugando con ellas. Decide tu camino.

—Joder con el caminito de los cojones. —Me agarró de la mano y comenzamos a andar.

—Disfruta de todo lo que está a punto de suceder. Déjate llevar y olvida el pasado. Solo mirando al futuro podemos ser felices.

—¿Por qué parece que todos habéis descubierto la fórmula de la felicidad y yo parece que me he quedado la última en esa clase?

—Porque tú siempre nos has descubierto el mundo, nos has cuidado y ahora somos nosotros los que tenemos que mostrarte un mundo nuevo lleno de nuevas ilusiones, amor y muchas sorpresas. Hazme caso y disfruta. Te quiero, cariño. —Justo cuando llegamos al escenario me dio un gran abrazo y se apartó con Frank.

Se encendieron unas pequeñas luces y enfoqué bien los ojos para ver quienes estaban en el escenario.

—Buenas noches a todos. —Brian parecía una estrella del rock en el escenario con aquella camiseta negra y sus vaqueros—. Unos amigos se han pasado por aquí para felicitar el cumpleaños del mejor sobrino del mundo mundial. Sé que te gustan mucho, Jason, así que espero que disfrutes de mis amigos, de One Republic.

Comenzaron a sonar unas notas de violonchelo y reconocí a la primera aquella canción. Todos los que estaban allí se acercaron al escenario gritando y aplaudiendo. Vi a Jason al otro lado con Alex y Susan. Vi cómo Alex agachaba la cabeza escuchando las primeras notas de *Secrets*. Al momento levantaba la vista justo clavando en la distancia sus ojos en mí.

La banda consiguió que todo el mundo se acercase al escenario y que Jason disfrutase como hacía tiempo que no le veía hacer, pero yo solamente pensaba en Mariola.

Al empezar lo que parecía la última canción, comenzaron los fuegos artificiales. Aquello tenía que ser obra de Brian junto con Will. Ya hablaría con ellos por no avisarme del cambio de planes. Otra canción sonaba de fondo mientras los fuegos artificiales teñían el cielo de colores. Entre la gente, noté una mano que dejaba algo en la mía. Traté de ver quién era, pero entre todos los que nos habíamos adelantado para disfrutar del concierto, no pude ver nada. Al mirar mi mano vi una rosa, pero no era una normal. Era una rosa de varios colores vivos y preciosos. Traté de buscar entre la gente, pero solo pude ver la espalda de un hombre serpenteando entre la gente. Busqué a Alex y estaba en el mismo sitio que hacía media hora con Jason. ¿Qué demonios estaba pasando? El hombre que desaparecía entre la multitud iba vestido con una chaqueta negra y tenía el pelo oscuro. Lo primero que pensé fue que Jonathan. No, era imposible. Él estaba muerto y no me había asustado ante aquel roce. Me acerqué la rosa a la nariz y aspiré su aroma. Era una rosa fresca, se podían ver en ella unas gotas de agua. No comprendía nada. En el tallo de la rosa había un pequeño papel rojo enroscado y atado con un pequeño cordón dorado. Mientras la música sonaba, y los fuegos continuaban su baile en el cielo, cogí la nota para leerla.

Elige el camino que te lleve a la felicidad y no el que destruya tus ilusiones.

Hoy es el momento de volver a soñar.

¿Qué mierdas le pasaba a todo el mundo con el camino, el destino y todas aquellas palabras de novela romántica? La mano de Jason agarrando la mía me sacó de mis pensamientos.

—¿Vienes conmigo a ver los fuegos desde el muelle?

—Claro que sí, cariño.

Allí disfrutamos del final del concierto y de los fuegos. La cara de Jason lo decía todo. Estaba contento y a mí me hacía muy feliz que estuviera así. Más tarde todos comenzaron a marcharse y nos quedamos solo la familia en el parque. Me senté en uno de los bancos de nuevo observando todo. Reían, hablaban, contaban historias, María emocionada contaba cómo su boda iba a ser un cuento de hadas y lamentablemente sentí celos, celos de la felicidad que les desbordaba.

Ver cómo todo lo que Mariola había organizado había salido tan sumamente bien me emocionó. La vi agotada sentada en un banco con una rosa de varios colores entre sus manos. Sonreí al verla cerrar los ojos mientras la olía. Aquellos pequeños gestos que tenía, cómo las aletas de su nariz se abrían, cómo se mordía el labio al probar algo de comida que le gustaba, cómo sus manos jugueteaban con un anillo que ya no estaba en su dedo. Suspiré pensando en aquella noche, en la que me hizo el hombre más feliz del mundo cuando me pidió que pasase el resto de mi vida con ella. Mi madre se acercó a mí con un cucurucho lleno de caramelos rellenos de chicle.

—Eran tus favoritos cuando eras pequeño.

—Hacía años que no los comía. ¿Los has traído tú?

—Todos los detalles han sido cosa suya. —Señaló a Mariola con la cabeza.

Volví a mirarla y vi a Jason sentado en su regazo, agarrándose a su cuello, susurrándole cosas al oído y Mariola contestándole con sonrisas y caricias.

—Va a ser mucho más difícil de lo que pensaba, mamá.

—¿La quieres?

—La adoro, mamá. —No dudé en mi respuesta.

—Pues lucha con todo.

—Ella me ha dicho que no quiere tenerme en su vida.

—Eso es mentira, hijo. Si no te quisiera en su vida, no se habría involucrado tanto en esta fiesta. La familia que formáis juntos es algo que envidia. Sois amor en estado puro y puede que ella lo quiera negar, pero no podrá hacerlo para siempre. —Volví a mirarlos y vi cómo Jason abría los regalos de Mariola y aplaudía, sonreía y sacó uno de los libros para que Mariola se lo leyese.

—Quiero ser testigo de esas sonrisas cada noche.

Me acerqué a ellos y vi cómo a Jason se le estaban cerrando los ojos, mientras con su mano acariciaba la tripa de Mariola con mucho cuidado, hasta que se quedó dormido. Me acerqué a ellos para marcharnos todos a casa.

—Es hora de irnos, Mariola. Vamos, Jason. —Traté de cogerle de los brazos de Mariola, pero se agarraba fuertemente a su cuello.

—No me dejes, Mariola. —Jason estaba hablando en sueños y ella le miró apenada. Negó con la cabeza y se levantó del banco.

—Mariola, tu espalda. —Puse la mano alrededor de Jason y Mariola me apartó.

—Estoy bien. Con que luego me llesves a casa me vale. Déjame hacerlo, por favor. —Me sonrió.

—De acuerdo.

Dejó como pudo a Jason en la silla del coche y se sentó a su lado, no se quería separar de él. Le puse el cinturón de seguridad en la parte de atrás y me senté en el asiento de copiloto. Dwayne nos llevaba a casa. Por el retrovisor observé a Mariola todo el camino. Tenía apoyada su cabeza sobre la de él, dándole besos cada dos por tres y acariciándole la cara. Una mano de Jason estaba entrelazada con la de Mariola.

Era una visión tan perfecta y preciosa, que no dejé de observarles ni un solo segundo hasta

que llegamos a casa. Mariola no me dejó ayudarla hasta que dejó a Jason en la cama, le puso el pijama y le arropó.

Observé a Jason antes de irme, me acerqué a él para darle un beso, me agarró del cuello y me susurró al oído.

—Mi mejor regalo de cumpleaños ha sido verte. Papi y tú tenéis que estar juntos. Por vosotros, por Erin y por mí. Te quiero, Mariola.

Le besé en la frente y salí de la habitación mirando a Alex que estaba en el quicio de la puerta.

—Dios mío. —Me senté un segundo en un taburete de la cocina.

—¿Cansada?

—Muerta. Han sido días de locura.

—¿Te llevo a casa? —Se apoyó en la isla de la cocina a mi lado.

—Por favor. Los pantalones me aprietan, las botas me están matando, esta camiseta va a conseguir que se me salgan las tetas por la garganta y quiero quitarme hasta las pestañas en un baño con sales en mi bañera.

—Dwayne, salgo un momento para llevar a casa a Mariola.

—Perfecto, jefe.

Nos montamos en el coche y quince minutos después estábamos aparcando delante de mi piso. Lo bueno de que Nueva York no tenga casi tráfico de noche en aquella zona.

—Madre mía. —Traté de no hacer ninguna mueca de dolor.

—Te he dicho que no llevases a Jason en brazos.

—Buenas noches, Alex. —Se me cayeron las llaves al suelo y al ir a agacharme me pegó un pinchazo en la espalda—. Joder.

—Vamos, nena, te acompaño hasta el piso.

—No te preocupes, de verdad. Llegaré en algún momento de la noche. —No podía casi ni ponerme derecha.

—A ver. —Se agachó para mirarme a la cara—. Desde esa altura no serás capaz ni de marcar el piso en el ascensor. Así que déjame ayudarte.

Me cogió en brazos metiéndome en el ascensor, obligándome a decirle el piso y al entrar en casa me dejó en el sofá con mucho cuidado. Vi cómo observaba cada rincón, cada fotografía y se paró en un marco en el que estaba una de las ecografías de Erin. La cogió entre sus manos y la acarició.

—Puedes llevártela.

—Es preciosa.

—Eso es porque somos sus padres y nos parece un angelito, pero realmente es un alien. —Me coloqué unos cojines en la espalda—. Sigo esperando que sea una niña, porque el cuarto se lo he preparado a ella. —Me levanté como pude y le guie hasta el cuarto de la niña—. Aún faltan algunas cosas.

—Es precioso, Mariola. —Acarició la pequeña ropa que había en una de las mesas—. Me encanta.

Salí de la habitación y me senté en el sofá quitándome las botas y los pantalones. La camiseta era lo suficientemente larga como para taparme el culo. Escuché varios ruidos que venían del baño, pero me olvidé por un rato de él. A los diez minutos Alex salió de la habitación con las mangas de la camisa por los codos y secándose las manos con una toalla.

—Ven conmigo. —Me tendió su mano.

Le di la mano y me llevó al baño. La bañera estaba preparada con agua caliente y sales de

baño. El olor de las sales se mezclaba con el perfume de Alex. Cerré por un momento los ojos y noté sus labios en mi mejilla.

—Relájate y descansa. Quiero que Erin y su madre estén bien. —Le miré mordiéndome el labio. ¿Era verdad que me iba a hacer ver que podía ser aquel hombre del que me enamoré?—. Buenas noches, Mariola. —Salió del baño y esperé a escuchar la puerta, pero volvió a entrar en el baño—. Por cierto, son preciosas las rosas que tienes en la mesa. Quien te las mande parece tener un mensaje importante para ti. —Traté de ver algo en su cara que me dijera que eran de él, pero no cambio ni un ápice su gesto.

—Sí, son preciosas.

—Pon la que traías en la mano esta noche en un pequeño jarrón, no querrás que se estropee algo tan bonito.

—No. —Mi corazón comenzó a latir fuertemente y noté cómo el serpenteo de la tripa comenzaba.

—Buenas noches, Mariola.

—Buenas noches, Alex.

Vi su imagen salir del baño y escuché la puerta. Me desnudé y comencé a meterme en la bañera. El agua estaba perfecta ni muy fría ni demasiado caliente. Parecía que el señor trajeado se estaba informando de cómo cuidar a una embarazada.

Me levanté con un dolor de cabeza descomunal, la espalda me estuvo molestando y aquel día tenía que trabajar hasta tarde. Decidí tomarme un descanso entre reunión y reunión para bajar a comer algo. Pedí una sopa en un restaurante cercano para llevar y comencé a notar unas molestias en la tripa. Traté de olvidarme de ellas, de hacer que no estaban conmigo dándome por saco, pero al salir del restaurante para volver a la oficina sentí un fuerte pinchazo que me obligó a agacharme en el suelo y derramar la sopa por la acera. No podía casi moverme y traté de tranquilizarme para no ponerme más nerviosa y empezar a pensar lo peor. Escuché el frenazo de un coche y a alguien gritar mi nombre.

—¡Mariola! —Antes de darme cuenta, Dwayne estaba agarrándome por la cintura—. ¿Qué ocurre?

—Necesito ver al ginecólogo.

Dwayne me metió en el coche y rápidamente me llevó hasta el hospital. Nada más entrar llamaron a mi médico. Tenían que hacerme una sala VIP en aquel hospital, no hacía más que visitarles. Por la cristalera pude ver a Dwayne llamando por teléfono y a los diez minutos Alex estaba entrando por la puerta.

—¿Qué ha pasado, Mariola? —Su cara estaba desencajada.

—He empezado a notar unos pinchazos fuertes y me he asustado. No quiero perder a Erin, Alex. No puedo, es lo único que me queda de... No puedo perderla.

No pude aguantar más y estallé en lágrimas. No quería creer que podía perder a mi niña. Estuvieron haciéndome pruebas y comprobando que absolutamente todo estuviera bien durante más de una hora. El ginecólogo me hizo una exploración tan exhaustiva, que estuve abierta de piernas tanto rato que pensé que Erin iba a sacar la mano para decirme: «*Mamá, cierra la puerta que hay corriente*».

—Mariola, todo está perfectamente. ¿Mucho estrés estos días? —No recibió ninguna respuesta—. Te dije que te tomases todo con más tranquilidad.

—Lo sé, pero...

—No hay peros posibles, Mariola. Debes descansar.

—Ayer me di un baño. ¿Puede haber sido por eso?

—No. —Me miró negando con la cabeza—. Pero como veo que sigues preocupada, voy a hacerte una ecografía y así comprobarás que todo está perfecto. Una enfermera vendrá ahora para que subáis a mi consulta. ¿Han desaparecido los pinchazos? —Me vio frotándome lentamente la tripa.

—Sí, hace un rato que ya no tengo.

—Tu cuerpo está sufriendo cambios, el útero se está haciendo más grande y por eso notas esa especie de pinchazos, pero necesitas descansar. Vístete y nos vemos arriba. —Abrió la puerta y vi la cara de preocupación de Alex.

Al salir del doctor Alex se pasó la mano por el cuello y soltó el aire de sus pulmones. Caminaba por aquella habitación como si fuese una pantera enjaulada.

—Estamos bien. Ha dicho que es normal, pero que tengo que aprender a relajarme. —Me levanté de aquel potro de tortura.

—Dios mío. —Resopló pasándose las manos por el pelo y me abrazó—. He tenido miedo a perderos a las dos.

—Tengo que vestirme y subir a que me hagan una ecografía. —Me aclaré la garganta—. ¿Quieres verla?

—Yo... —Me agarró de la cara—. Sí, sí quiero. Gracias.

—Me visto y subimos. —Se quedó quieto—. Necesito que te gires para hacerlo.

—Ya he visto todo, Mariola. —Se le dibujó una sonrisa pícaro en su cara.

—Te aseguro que esto —me señalé el cuerpo mientras hablaba— no lo has visto como está ahora y no lo vas a volver a ver.

—Eso tendrás que darme firmado, porque no tengo ninguna intención de perderte de vista el resto de mi vida.

—Alex. —Resoplé durante unos segundos.

—De acuerdo. —Levantó las manos en el aire y se dio la vuelta para que pudiese vestirme.

Al entrar en la consulta me tumbé en la camilla y Alex se quedó a mi lado observando todo lo que había allí. Cogió algunos de los aparatos para hacer la exploración interna y al ver cómo se abría el espéculo puso cara de terror.

—Deja eso anda, que te vas a hacer daño. —Le pilló la mano al cerrarse y me reí—. Te lo avisé.

—Joder. —Lo soltó como si le quemase la mano.

—Vamos a ver a ese bebé.

Me levanté la camiseta y bajé un poco el pantalón. Me echó aquel gel frío, lo movió por la tripa buscando la mejor posición y al encender el ecógrafo se empezaron a escuchar los latidos de su corazón. Alex me agarró de la mano y observó la pantalla.

Tenía la mano de Mariola aferrada a la mía y no quité ojo de aquella pantalla que me ofrecía la mejor visión que podía tener. Mi hija en 3D en una pantalla gigante. Se podía ver casi a la perfección y en uno de los movimientos nos sacó la lengua. No pude reprimir las lágrimas. Era el hombre más feliz del mundo en aquel momento.

Noté cómo la mano de Alex temblaba y al mirarle vi cómo le caían unas lágrimas por la cara. Instintivamente me llevé su mano a la boca y la besé.

Mis piernas comenzaron a temblar en el momento en que escuché aquel pequeño corazón latiendo y no dejaron de hacerlo hasta que Mariola se levantó de la camilla. Se quedó unos segundos sentada observándome. No decía nada, tan solo se mordía los labios y movía las piernas sin llegar a tocar el suelo.

—¿Estás bien, Alex?

—¿Cómo puedes estar tan tranquila?

—Porque acabo de verle la cara, su corazón late fuerte, juraría que la he visto sonreír y mi ginecólogo nos ha confirmado que todo está bien. Erin está bien. —Me agarró las manos.

—Gracias por permitirme ser parte de esto. Pero ¿cómo puedes estar tan tranquila? Dentro de ti está creciendo una vida y sigues haciendo tu vida normal.

—Hombre, no me ha salido una tercera pierna que no sabría qué hacer con ella. —Bromeó con una sonrisa—. Estoy aterrada por no saber si voy a saber cuidarla, si cuando llore no distingo si es de hambre, de dolor o porque se ha meado. —Se puso la chaqueta y salimos de la sala—. No sé cómo lo haré, pero sé que en el momento en que la tenga entre mis brazos, todos esos miedos desaparecerán. Será mi persona en el mundo, por quien lucharé, pelearé y a quien amaré para siempre.

Sonreí al escucharla. Ella era mi persona. Y yo quería ser la suya. Que Jason, Erin y yo fuéramos sus personas.

—Serás una gran madre y si me dejas, estaré a tu lado para cuidarla. Solo para ser su padre, si es lo que quieres. —Me miró fijamente y noté un poco de tristeza en su mirada.

—Sí. —Esbozó una tímida sonrisa y rápidamente cambió de tema—. Tengo que irme, he quedado para cenar con María y Brian en casa para terminar unos detalles de la boda. Tengo tres hoteles para la fiesta y no sé cuál elegirán. —Me quedé extrañado, ni siquiera me habían pedido a mí el hotel—. No pongas esa cara, Alex. Lo quiero con piscina. Quiere un cuento de hadas y uno le voy a dar. Somos muy pocos, ni siquiera vendrán nuestros padres. No es por la iglesia, un juez les casará en Central Park. Somos solo nosotros, así que necesito algo que no sea muy grande, con bonitas vistas y quiero una piscina. Un ático. Tengo uno reservado, pero me tienen que confirmar que está libre ese día. —Paró en el puesto de enfermeras para firmar unos papeles del seguro.

—¿Un cuento de hadas?

Afirmó con los ojos muy abiertos, como cuando algo le ilusionaba de verdad.

—Un cuento de hadas que me explotará en la cara como no me dé prisa. Porque ya no quieren esperar a Halloween, quieren que sea en... —contó con los dedos de las manos— dieciocho días.

Sí, aquel cambio de fecha no se debió a que mi hermano y María se quisiesen casar antes de tiempo. Ellos sabían el plan de los veintiún días y quisieron formar parte de ello.

—Pues te vas a tener que relajar, te lo ha dicho el médico.

—Me relajaré por las tardes. Durante unos días.

—¿Me vas a obligar a encerrarte en casa para que te relajes?

—No te lo crees ni tú. —Levantó una ceja y negó con la cabeza—. Me relajaré, pero de la manera que yo crea conveniente. Tengo demasiadas cosas en la cabeza

—Comprendo que tu vida ha dado un giro muy importante. Eres socia de una de las mejores empresas de Nueva York, tienes un gran apartamento en Broadway y se te ve feliz.

—Siguen quedando pequeñas sombras que me atormentan por las noches, Alex. —Salimos hacia el ascensor.

—Espero que yo no sea el culpable de esas sombras nocturnas. —Se cerraron las puertas y estuvo en silencio hasta que salimos del hospital. Dwayne nos estaba esperando, pero Mariola paró un taxi.

—Tú apareces algunas noches, pero no eres el dueño de esas sombras. Aún hay cosas que me siguen aterrando del pasado, ojalá pudiera olvidarlas, pero no es fácil, Alex. —Abrió la puerta del taxi—. Gracias por acompañarme. Nos vemos en la boda.

Dieciocho días y bajando. Mariola iría de mi mano en la boda de nuestros hermanos.

Antes de irme a descansar a casa, pasé por la oficina para recoger varias cosas y a hablar con Will. Me dijo que iría a casa antes de subir a la suya a dejarme unos menús para la fiesta de *Victoria's Secret* que quería que aprobase. Llegué a casa y me encontré un paquete sobre la mesa. Debido a los últimos pedidos que había hecho en las últimas semanas para la boda, había dado orden en la recepción de que subieran a casa todo lo que llegase. Aunque le dejé recado de que si olía mal o se movía lo tirasen a la basura. Alison todavía tenía que dar su último golpe y lo estaba esperando. Abrí la caja rosa y encontré unos cuentos y un muñeco bastante trillado. La caja venía con una nota. Una letra redonda y hecha con mucho cuidado.

Para que Erin tenga un peluche con el que dormir. Este era mío.
Estos cuentos me los leías y quiero que se los leas ahora a Erin.
Te quiero.
Jason

Me lo podría haber comido a besos si lo hubiese tenido delante. Cogí el teléfono para llamarle y estuve más de una hora hablando con él. Le prometí que aquella misma noche le leería a Erin el cuento de *Rufus el conejo*.

Brian y María llegaron a casa con un cargamento de comida para la noche. Después de dos horas explicándoles todo, empalagándome con sus besos, caricias y amor en estado puro, quería matar a mi hermana con sus locas ideas de decoración, bombillas de colores y linternas con luces led.

—María, no me jodas. ¿En serio me estás pidiendo eso?

—Yo la imagen que tengo de mi boda es aquel cuaderno que dejé en casa de mamá donde teníamos los recortes de las revistas, que los ordenabas por flores, vestidos, telas, banquete... —Sonreí al recordar aquellas tardes en nuestra habitación jodiéndole las revistas a nuestra madre—. Coño, si tú querías llegar sobre un caballo blanco y que unos pajaritos amaestrados te llevaran el velo como a Cenicienta.

—Sí y pensé que me casaría con mi príncipe azul, que me salvaría de todos los dragones del mundo. —Miré a Brian y me corté en decir lo siguiente, pero mi hermana no lo hizo.

—Y encontraste a un imbécil azul que te lanzó sus propios dragones. No me aprietes la mano que no me voy a callar, ha destrozado a mi hermana y va a la boda porque es tu hermano, que si no le daban por culo. —Miré a mi hermana y fui a la cocina a por una botella de vodka de caramelo

que tenía en el congelador.

—Pégale un buen lingotazo y temple esos nervios, nena. Que al final nos comes a todos.

—Son los nervios de la boda, espero. O es eso o se ha *mariolizado* más de la cuenta. —Brian me miró mordiéndose el labio inferior y levantó una ceja.

—Imbécil. —Solté sin pensar.

—Me caen por todos los lados. Nena, vamos a dejar descansar a Mariola que el médico se lo ha recomendado. Llévate las fotos y mañana le decimos qué hotel has elegido.

Cuando se levantaron sonó el timbre.

—Ese será Will con los menús. —Abrí la puerta y le vi con cena en la mano.

—Hola, pensé que... —Vio a mi hermana y a Brian—. Se me han adelantado para la cena.

Resoplé y supe que tenía que hablar con él. Sin duda tenía que ser el de las flores y tenía que cortar de raíz el problema antes de que fuera a mayores.

—Nosotros nos vamos. —Pasaron por mi lado—. Descansa que mi sobrina lo necesita y tú también. Yo me encargo de que mañana esta loca te diga el hotel.

—Por cierto, ¿solucionado lo del altercado con vuestro padre? —Era algo que seguía rondándome por la cabeza.

—¿Sigue preocupándote mi hermanito? Si es que no eres tan dura y te aseguro que para nuestra boda, vendrás con él del brazo. —Le empujé fuera de casa.

—Por encima de mi cadáver. —Mi hermana se llevaba la botella de vodka y le iba pegando tragos—. Ni se te ocurra, tata. —Empezó a hablar en castellano—. Will está muy bueno, un dulce no amarga a nadie. Fóllatelo.

—Adiós, María. —Miré a Will que estaba negando con la cabeza divertido—. Por cierto, te entiende. —Mi hermana se dio la vuelta divertida y continuó hablando.

—Pues ten cuidado cuando se la metas hasta el fondo que no quiero que mi sobrina nazca con una marca. —Comenzó a darse con la mano en la frente y me eché a reír.

—¿En serio, María? ¿Cómo puedes estar borracha con tres chupitos de esto? —Brian le quitó la botella de la mano y me la dio. La metió en el ascensor.

—Tampoco la quiero con una marca de esas de culo en el mentón. —Se agarró la barbilla tratando de simular un hoyuelo.

—Perdónala. Es idiota cuando se lo propone. —Se cerraron las puertas y podíamos escuchar las carcajadas de María.

—Qué peligro tiene tu hermana.

—Demasiado. —Me senté en el sofá—. Will tenemos que hablar. —Se sentó a mi lado—. Mira, me siento muy halagada por todas las rosas, por la del cumpleaños, pero no puedo Will.

—¿No puedes qué? —No parecía comprender lo que le estaba diciendo—. No te entiendo, Mariola.

—Me encantan las rosas, Will, pero no estoy precisamente abierta para nada. —Me señalé la tripa—. En otro momento, en otra vida, me hubiera lanzado a tus brazos arrancándote tus camisas blancas de firma.

—Te dejo los menús que ha preparado Mike. El lunes hablamos en la oficina. Descansa.

Se marchó de casa y me quedé unos segundos observando la puerta cerrada. No comprendía cómo no había confirmado mis sospechas o negado. Él estaba en la oficina cuando comenzaron a llegar las rosas, cuando me las entregaron en casa, él justo estaba detrás y las observó sonriendo. No podían ser de nadie más y debía cortar aquello de raíz o terminaría explotándome en la cara.

Me senté en el sofá y comencé a hacer algunas llamadas. Cuando me quise dar cuenta era la una de la madrugada. Me tumbé en la cama y cogí el cuento de Jason para leérselo a Erin. Me quedé

dormida con el libro sobre las piernas.

A la mañana siguiente mi móvil comenzó a sonar demasiado temprano. Cuando fui a cogerlo tenía diez llamadas perdidas de Will, cinco de mi hermana y tres más de Mike. O bien el mundo estaba a punto de acabarse o algo había sucedido. Miré el reloj y era las nueve y media de la mañana. Joder, me había dormido. Me di una ducha rápida y salí corriendo hacia la oficina. Al llegar la cara de Sasha me dijo que algo malo había pasado.

—Will te espera en su despacho. —Me dio las notas de algunas llamadas.

—¿Qué hemos perdido? —Ella tan solo negaba con la cabeza.

—Mariola. —Will sacó medio cuerpo de la oficina y me llamó con un dedo.

—¿Qué coño he hecho? —Entré en el despacho dejando mis cosas sobre uno de los sofás y observé la cara de Will—. ¿Qué pasa?

—Lo hemos perdido. —Lanzó un montón de papeles al suelo.

—¿Qué hemos perdido?

—El Armory. —Mi cara se debió de desencajar cayendo hasta el suelo. Rebusqué en la carpeta del evento y encontré los papeles.

—Aquí está el contrato firmado. Es imposible que lo rompan así.

—Pues lo han hecho, Mariola. Tu querido exsuegro ha conseguido quitarnos el local. —Al escuchar aquello, debí pegar un grito tan fuerte que hasta Sasha entró en el despacho.

—No puede ser, ese maldito cabrón no puede tener tanto poder. ¿Cómo sabía que... —Entonces recordé la noche del puñetazo a Alison. Ella estaba en nuestro mismo restaurante y tuvo que escuchar nuestra conversación—. Te juro que como me la encuentre la mato.

—¿Qué quieres decir? —Will estaba realmente enfadado y creía que parte de su enfado iba conmigo.

—Pues que todo esto ha sido una artimaña de Alison. Su golpe maestro. —Negaba con la cabeza sin creérmelo.

—Mariola, ¿cómo puede ser que tu pasado nos siga jodiendo? —Lo dijo en tono muy borde.

—¿Perdona?

—Sí, Mariola, toda tu relación con Alex está jodiendo a esta empresa y no puede seguir así.

—¿Te crees que a mí me gusta todo lo que está pasando? ¿Qué no he luchado por esta empresa? Mira, Will, no eres nadie para hablarme de esta manera. —Me di la vuelta recogiendo mis cosas para irme a mi despacho.

—Joder, perdona, Mariola. Siento haber dicho eso. Ni si quiera lo he pensado.

—Si lo has dicho es que lo has pensado. —Traté de salir por la puerta y la cerró de golpe.

—Lo siento, de verdad. Es que los problemas parecen perseguirte.

—Lo sé y estoy tratando de solucionar toda esa mierda. —Negué con la cabeza—. Pero no hace falta que tú me lo recuerdes. Pero te aseguro que el Armory será nuestro. Le haré una visita al tiburón.

—Eso no es una buena idea.

—Mira, Will, no voy a dejar que ese tiburón ni esa maldita zorra acaben con algo que nos está costando sudor y lágrimas. —Abrí la puerta.

—Te acompaño.

—No, Will, como tú bien has dicho, es mi pasado. Así que yo misma terminaré con esto.

Me temblaron las piernas al subir en el ascensor de la empresa de Richard y cuando la rubia tetona de la entrada me negó el paso, irrumpí en el despacho del tiburón y me encontré la sorpresa. Alison estaba medio desnuda en brazos de él.

—Lo que no has conseguido con el hijo, ¿tratas de conseguirlo con el padre?

—¿Qué haces aquí, Mariola? —Alison se tapó un poco y se acercó a mí—. La última vez que nos vimos hiciste que me echasen de un restaurante, pero ahora no estás en tu terreno.

—Mira, Alison, harían falta muchas más zorras como tú para asustarme. Así que apártate.

Al mirar al tiburón vi moratones en su cara, unos cuantos puntos en la mejilla y los nudillos despellejados.

—Señorita Santamaría, se ha metido en una pecera demasiado peligrosa. —Se acercó a mí intimidándome—. Has elegido un mal adversario contra el que luchar. Puedo acabar contigo de un chasquido. —Se puso justo delante de mí y vi cómo se dibujaba una sonrisa de victoria en la cara de Alison.

—Señor tiburón. —Le hablé con el mismo tono condescendiente que estaba usando conmigo—. No sabes con quién te estás metiendo. Ya no hay nada con lo que puedas acabar. No soy aquella niña indefensa que se quedó sola en esta ciudad con malas compañías. ¿Quieres acabar con mi empresa? —Tragué saliva—. Empieza si te atreves, porque yo puedo acabar con la tuya. ¿Crees que no te he investigado? Sé que hay cierto desfaldo de dinero a tus propios socios que puede acabar contigo ¿Crees que puedes ocultar todo durante más tiempo? —Su cara comenzó a cambiar—. Solo hay que rebuscar un poco. Tienes mucho que ocultar.

—Pequeña. —Me agarró fuertemente del cuello golpeándome contra la pared de su despacho haciéndome mucho daño—. Te lo repito, porque creo que tu cabecita no lo ha procesado correctamente. —Se aclaró la garganta—; No sabes con quién te estás metiendo. ¿Dices que no puedes perder nada? —Bajó su otra mano hasta mi tripa—. Deberías pensar en esta cosa que llevas dentro. Alex ya sabe que es suyo, pero ¿qué pensaría si abortases?

Mi mano se movió encima de la mesa que tenía justo al lado, agarré una botella de cristal y le golpeé con todas mis fuerzas en la cabeza. Cayó al suelo y comencé a ver la sangre cayendo por su cara.

—No se te ocurra amenazarme con mi hija. Porque tú no sabes cuál es el sentimiento de protección que tiene una madre con sus hijos. —Cogí el bolso del suelo y observé a Alison. Se le había quitado la sonrisa de la cara y me miraba asustada—. Porque tú nunca has sido padre. No eres más que alguien infeliz que solo busca su bien personal. Tarde o temprano caerás, te lo aseguro Richard. —Respiré profundamente al cruzar la puerta de su despacho.

—Esos famosos cheques que te llevaron a tu ruina personal los firmó mi hijo. Se deshará de ti en cuanto nazca esa cosa que llevas dentro.

Me di la vuelta en el pasillo y volví a entrar en su despacho completamente fuera de mí.

—Sé cuidarme sola, no necesito a nadie cubriéndome las espaldas como ella. —Señalé a Alison—. Soy mucho más fuerte de lo que piensas. Así que no me toques los cojones con la niña, porque no respondo de mis actos.

Salí de aquel edificio lo más rápido posible y tras recorrer tres manzanas alejándome de todo aquello, me paré a respirar. No sabía de dónde había sacado aquella fuerza interior para golpearle y decirle todo aquello. Noté aquel serpenteo en la tripa y era como si Erin me estuviese dando la enhorabuena por haberlo hecho.

Llamé a María, pero tras varias veces recibiendo llamadas sin contestar, cogí el coche para ir al piso en el que estaba viviendo con mi hermano. Brian me recibió sorprendido, pero al ver a María con cara de pocos amigos, supe que no iba a ser tarea fácil.

—María, sé que no te caigo demasiado bien.

Se levantó del sofá dejando unas revistas en la mesa y mirándome de reojo mientras se alejaba hacia la cocina.

—No es que no me caigas demasiado bien, es que me caes gordo. Eres un cretino y un imbécil. Jugaste con mi hermana, la mandaste a los brazos de Jonathan y casi la mata. ¿Crees que poniéndome ojos de corderito voy a olvidar todo?

—No espero nada de eso. Pero estoy a punto de descubrir lo que realmente pasó con aquellos cheques. Sí, mi firma estaba en ellos, pero te juro que yo no fui.

—Claro, alguien te engañó para firmarlo. ¡Te deshiciste de la madre de tu hijo, joder! —Se dio la vuelta enfurecida.

—¿Me ves como tal monstruo? ¿Crees qué me desharía de la persona que me ha dado a mi hijo, la persona más importante de mi vida, hasta que apareció tu hermana desbaratando mis planes de vida perfecta? —Su cara de odio aumentaba por segundos.

—Tú lo has dicho, tu vida perfecta. No debisteis conoceros aquel día. Mi hermana no debió caer rendida ante ti. Joder. Desde entonces solo ha visto por tus ojos. —Se sentó delante de mí —. Nunca había visto a mi hermana así. Perdió los papeles cuando conoció a Jonathan y juró no volver a caer en los brazos de un hombre. Pero llegaste tú, dando la vuelta a todo, haciéndole ver que las cosas en esta vida pueden salir bien, pero la jodiste, Alex. —Era como si de la boca de María estuviera saliendo la voz de Mariola—. Recuerdo, como si la estuviera escuchando ahora, la primera vez que me habló de ti. Nunca la había oído hablar así de nadie. Nunca, Alex. La forma en que la mirabas, la besabas y la hacías sentir bien... Pero todo aquello desapareció.

—Ayúdame a recuperarla, María, por favor. —Vi cómo mi hermano agarraba su mano.

—¿Recuerdas lo que pasó cuando nos conocimos?

—¿Cuándo perdí los papeles y dejé toda mi vida anterior por ti? —Otra que no podía guardar en su cabeza lo que pensaba a cada momento.

—Tu hermana tuvo una conversación conmigo. —María le miró sorprendida.

—Ella nunca me ha dicho nada.

—Siempre ha intentado que todos fuéramos felices a su alrededor y creo que es la hora de devolverle el favor, María. —Brian la agarró fuertemente de la mano—. Ella me dijo que en esta vida las cosas pueden cambiar de un segundo para otro. Que tenemos que luchar por el amor y ayudar a quien está cegado por tantas cosas que no le dejan ver lo que realmente pasa. Ella me dijo que si quería estar contigo, que luchase contra todo. Lo hice y en unos días nos casaremos. —María agachó la mirada y me miró.

—Pero él...

—Sí, mi hermano la cagó de la peor manera posible siendo tan imbécil de creerse a Alison y su fotografía. Si es ella la que se folla a nuestro padre desde hace muchos años. —Mi hermano tampoco se callaba las cosas.

—Yo la quiero, María. La quiero por encima de todo. No hay nada que no haría por ella.

—No es suficiente querer, Alex. Hay que aprender de los errores para no volver a cometerlos. Saber que hay veces en esta vida que las cosas no se pueden olvidar. La traición no se olvida.

—Nunca la he traicionado y nunca lo haré. Daría mi vida por ella, María. Todo lo que soy, todo lo que tengo, lo daría porque ella fuera feliz. Sin ella no soy yo, tan solo soy un idiota que ha perdido a la mujer que adora por no saber amar con el corazón. —Me levanté sabiendo que mi baza con María era imposible—. Quiero que sea feliz. Conmigo o... —titubeé al finalizar la frase— sin mí.

Recogí el móvil que había dejado encima de la mesa y me fui hacia la puerta. María estaba siendo tan dura porque quería lo mejor para su hermana, pero tal vez yo no me había querido

dar cuenta de que en realidad Mariola estaba mejor sin mí.

—Contigo.

Me di la vuelta al escuchar aquella palabra de la boca de María. Al girarme la encontré mirándome y negando con la cabeza, con un gesto de no fiarse de mí por completo.

—Maldito seas, McArddle. Ahora comprendo lo que me dijo mi hermana. El amor que sale de ti es más grande de lo que se puede ver a simple vista. Si quieres así a mi hermana, si realmente lo que dices es verdad... —resopló y arrugó la nariz—. Haz todo lo que esté en tu mano para que sea contigo. —Me agarró de la mano—. Si mi hermana se entera de que te voy a decir esto me mata. Ella te quiere, te sigue queriendo. Eres la única persona a la que amaré el resto de su vida. Así que sí, te ayudaré. Pero si sale mal, yo no quiero pensar en cómo acabaremos todos.

—¿De verdad, María?

—Pero tendrás que hacerle la mayor demostración de amor del mundo, después de todas las cagadas que has cometido, McArddle.

—Lo sé, María.

—No, no lo sabes.

—Sé que será difícil, pero también sé que valdrá la pena. Tengo ya unas cuantas ideas. Mirad.

Comencé a explicárselo y María sonreía. Tenía exactamente la misma sonrisa llena de vida de Mariola y sabía que iba por buen camino cuando en medio de una explicación me agarró la mano. Afirmó con la cabeza y me apuntó varias cosas en unos papeles llenos de garabatos con ideas que se le habían ocurrido.

Me iba a estallar la cabeza. Después de mi encuentro con aquellos dos, mi cabeza palpitaba. Había amenazado al tiburón con cosas que no tenía la certeza de que fueran verdad, pero necesitaba tener aquello en mis manos para acabar con él. La única persona que me podía ayudar era Rud, así que le llamé por teléfono antes de volver al despacho.

—Hola, princesita. ¿Qué tal te trata tu nueva vida?

—Rud, necesito que investigues varias cosas. ¿Nos vemos en mi despacho en media hora? Si no te pillo con ninguna súper modelo o participante de algún reality show.

—Ahora mismo voy.

Cuando llegué a la oficina, Rud estaba ya allí tonteando con Sasha.

—Deja al pequeño Farmer dentro de los pantalones. —Le agarré de la chaqueta y le metí dentro del despacho—. Siéntate, coge papel y boli, y apunta todo lo que quiero que investigues. Llama a Dwayne, al FBI o a quienes conozcas, lo necesito ya. Quiero que investigues al padre de Alex, toda la empresa, tapaderas, blanqueo de dinero, corrupción, lo que encuentres. O acabo con él o acabará con la empresa. —Me desplomé en mi silla.

—No te entiendo, Mariola. —Me miró fijamente.

—Necesito cerrar capítulos, Rud. El tema de los cheques me mata por las noches. Al principio no dude de que fuera Alex, estaba cegada por la ira, pero ahora...

—Mariola, estás titubeando y esa no eres tú. —Se levantó y se sentó en la mesa justo delante de mí.

—Ahora mismo no sé quién soy ni si queda algo de la Mariola deslenguada y descarada de hace un año.

—Sigues siendo la misma, te lo puedo asegurar. El problema es que te han pasado tantas cosas, que estás perdida. —Se quedó callado unos segundos—. Pero esto —agitó los papeles en los que había apuntado todo lo que le había pedido— es importante para ti, así que moveré los hilos que

tenga para comprobar todo esto. Descubriremos quién está detrás de todo. ¿Puedo decir algo más?

—Siempre lo haces, ¿ahora me vas a pedir permiso?

—Después de todo lo que ha pasado con Alex, de todo lo que te ha hecho sufrir, ¿se merece una segunda oportunidad?

—Tal vez sea la última que tenemos los dos de conocer la verdad. No quiero continuar un día más atormentada por ello.

—¿Y si descubres que fue él realmente quien firmó los cheques sabiéndolo? —Me levanté y miré por la ventana. Nueva York se veía diferente desde allí arriba.

No respondí, no quería decirlo en alto. Quería ser más fuerte que nunca, pero algo dentro de mí no me dejaba pasar página sin más. La ciudad comenzó a oscurecerse por una tormenta, los rayos iluminaron la calle y las gotas de lluvia comenzaron a golpear la ventana. No sabía realmente qué quería conseguir investigando todo aquello. Tal vez fuera mi última red de seguridad para saltar lejos de Alex, comenzar de cero y poder vivir una vida alejada de él. O tal vez, en algún lugar profundo de mi corazón, aquella Mariola de hacía unos meses, aquella Mariola que se enamoró completamente del señor trajeado, estuviera peleando por volver a emerger y hacerme comprender que no podía vivir sin él. En el momento en que recibiese los informes de Rud, confirmando o desmintiendo todo, tendría que elegir. Una elección que tendría que hacer mi corazón, que en aquel momento estaba lleno de contradicciones con mi cerebro. Uno quería creer y el otro me obligaba a ser realista. ¿Cuál de los dos ganaría?

25.
COMO ESAS PELÍCULAS
EN BLANCO Y NEGRO

Cinco días de absoluto caos y mi hermana aún no me había dicho nada del lugar que habían elegido. La celebración de la boda en el parque estaba confirmada, tenía el catering del restaurante de Frank listo y su vestido por lo visto también estaba terminado. Mi hermana no me lo quiso enseñar, dijo que sería toda una sorpresa. Will seguía desquiciado con lo del Armory. Aún no habíamos podido hacer nada para recuperarlo. Rud continuaba recabando la información necesaria para acabar con el tiburón.

Sasha entró en la oficina con un ramo de rosas. Esta vez eran como la que recibí en la fiesta de cumpleaños de Jason, de colores. Abrí la boca sorprendida y Sasha sonrió al dejarlas en la mesa del fondo. Cogí una de las rosas del ramo y fui al despacho de Will.

—Will, tenemos que hablar.

—¿De qué Mariola? —Al darse la vuelta sonrió.

—Las rosas. Mira me siento halagada, pero...

—Pero te corto antes de que sigas hablando. Siento haber salido así el otro día de tu casa, pero no soy quien te las manda.

—Siempre has estado cerca de mí cuando me las han enviado.

—Mariola, no sería posible. —Se acercó a mí—. Tu momento es éste. No es el mío.

No comprendía de qué estaba hablando. ¿Mi momento? Antes de que yo pudiese seguir cagándola, cambió de tema.

—A ver, he estado mirando alternativas en caso de que no recuperemos el local.

—Lo haremos, tengo a Rud haciendo investigaciones.

—¿Qué pretendes, Mariola?

—Atacar primero. Quiero acabar con él antes de que acabe con nosotros. —Sonó mi móvil—. Mira es Rud, seguro que tiene información nueva. Dime.

—Mariola estoy con Dwayne. Tenemos lo que me pediste del tiburón. Madre mía, qué carnaza tiene. Fraude fiscal, evasión de impuestos, corrupción, manipulación de medios... No sé cómo no le ha explotado antes.

Respiré sabiendo que era el golpe maestro.

—Mándame todo por *e-mail* ahora mismo. Me voy a hablar con los gerentes del Armory. No creo que quieran tener nada que ver con alguien como él.

En cuanto le enseñé a los socios aquellos informes, no dudaron ni un segundo en romper el contrato con él y mantener el nuestro. Respiré varias veces para no soltarle todo lo que pensaba, pero le prometí que era la última vez que trabajaríamos con ellos. Por mucho que pidiesen disculpas, habían roto un contrato y aquello fue algo demasiado sucio.

—No, Alex, eso no va a funcionar. —María se negaba a todo lo que le proponía.

—¿Por qué no?

—Mientras no puedas desmentir esos cheques, ella no podrá confiar en ti.

—Puede que en eso yo te pueda ayudar. —Rud dejó unos papeles encima de la mesa.

—¿Qué haces aquí? Estás de baja.

—Mariola me ha hecho investigar a tu padre por un tema con la empresa y he encontrado algo que seguro que te interesa. —Señaló una de las carpetas.

—Juraste no volver a trabajar para mí.

—Quiero a Mariola y no quiero que viváis engañados.

—¿Qué es esto? —Encontré muchos documentos.

—Los famosos cheques.

—No recuerdo haberlos firmado ni a nombre de Mariola ni al de Lisa. —Le miré y volví a mirar las hojas. Vi mi nombre en todos ellos.

—Los firmaste, pero tu padre te engañó. El de Mariola fue una tanda de cheques de despidos de la empresa en la que estaba en aquella época. Sí lo firmaste, pero dentro de una remesa de cien cheques, tu padre ocultó el despido de Mariola por conocer a Jonathan y tener algo que ver con él. Jonathan le estaba extorsionando por motivos que...

—Por el accidente. —Mi hermano me miró.

—Él puso a Mariola de patitas en la calle para vengarse de Jonathan. Y los cheques de Lisa, están falseados. —Me enseñó las dos hojas—. En esta hoja aparece el nombre de una empresa que adquiristeis con tu firma, el original. En esta otra hoja aparece tu firma y arriba el nombre de Lisa. No coincide la letra, pero eso sin un análisis grafológico de un experto de la policía no se ve.

—¿Mariola lo sabe? —Rud y María de miraron.

—No. —María me miró—. Serás tú quien se lo diga.

—¿No lo sabe? —Miré a Rud sabiendo la estrecha amistad que les unía.

—Hablé con María, le conté lo que estaba haciendo y me metió más prisa que Mariola para saber la verdad. Es cosa tuya decírselo.

Sonreí y respiré tranquilo. Pero no podía simplemente correr hacia ella y decirle «Ya está, vuelve a quererme».

—Gracias chicos, no pensé que vosotros...

—Todos estamos disponibles para ti, Alex. Haremos lo que sea necesario para hacer que mi hermanita sonría de nuevo. —María levantó levemente los hombros y sonrió.

—Gracias, no pensé que serías la cabecilla de todo esto.

—Adoro a mi hermana y quiero que sea feliz. Por algún extraño motivo, que estoy empezando a descubrir, a tu lado lo será. Aunque seas gilipollas de vez en cuando. —Levantó una ceja y sonrió—. Aprieta el culo, moreno, porque tendrá que ser mejor que en un libro, tendrá que ser como esas películas en blanco y negro en la que la chica levante el pie al final para besarte mientras anochece en la ciudad.

—Haré que la ciudad se rinda a sus pies. Así que manos a la obra porque os voy a necesitar a todos.

Necesitaba toda la ayuda posible para llevar a cabo mi plan. No sabía cómo María lo había conseguido, pero todos estaban dispuestos a ayudarme. Respiré tranquilo como no lo hacía desde hacía meses. Al fin, todas las mentiras, todos los engaños de mi padre, habían terminado. Lo que no comprendía era por qué Mariola le había mandado a Rud investigar a mi padre. ¿En qué se estaba metiendo? Salí a la terraza mientras Brian hacía café para nuestra pequeña reunión. Marqué el número de Mariola, pero no contestó, así que llamé a la oficina. Sasha respondió a los segundos.

—Hola, Sasha, soy Alex. ¿Puedes pasarme con Mariola?

—Está reunida ahora mismo.

—Necesito hablar con ella, es urgente.

—Alex, no quiere ninguna llamada.

—¿Con quién está reunida? —Resoplé tratando de no perder los nervios—. Y no me digas que con mi padre, porque se va a buscar problemas. —Miré al horizonte.

—No está reunida ahora mismo con él, pero lo estará en diez minutos en el Carlyle.

—Gracias, Sasha. —Colgué el teléfono y entré en el salón—. Chicos, tengo que salir un momento. Mariola ha quedado con mi padre para firmar su sentencia de muerte. No sé qué hay en lo que has encontrado Rud, pero mi padre tendrá todo bien atado.

—Alex, es muy gordo. No tiene nada contra Mariola.

—No le conoces, lo encontrará o lo falseará.

—No esta vez. —Me di la vuelta y vi a mi madre al lado de María.

—Mamá. ¿Qué haces aquí? —Me entregó unos papeles y una pequeña agenda negra.

—Recordé hace un tiempo algo que tu padre llevaba pidiéndome muchos años que le entregase, pero nunca lo hice. En esa agenda están todos los nombres, el dinero que ha pagado, los datos que necesitas para acabar con él. Para acabar con la pesadilla que él inicio hace muchos años.

—¿Tú sabías lo que había aquí dentro? —La miré sin pestañear.

—Sabía que tu padre no tenía escrúpulos. Montó un imperio de la nada aplastando a mucha gente, pero no sabía lo que había en esta agenda hasta que ayer Rud me llamó. —Me agarró de la mano—. Cuando vi todo lo que hizo, cómo te engañó, cómo nos engañó para conseguir su propósito... —Sus lágrimas no dejaban de caer—. Te he fallado hijo.

—No, mamá. —Me acerqué a ella y la abracé—. Tú nunca me has fallado. Hubo un tiempo en que mi padre te tenía tan engañada y sometida que no pudiste ver las cosas. —La agarré de la cara—. Mamá, lo haré por ti, por los niños, por Mariola, por todos. Si él desaparece de nuestras vidas, nada nos podrá hacer daño nunca más.

—Hijo, no quiero que tu padre te haga daño.

—No puede. Ya no. —La besé en la frente—. Rud necesito que le entregues todo esto al policía que te haya ayudado, una copia de la agenda, las carpetas que me has traído, todo.

—Tienen todo en su poder. —Notó mi mirada sorprendida—. Un amigo de la universidad trabaja en el FBI y le pedí el favor. —Me acerqué a él.

—No sé cómo podré agradecerte todo esto.

—Haciendo feliz a Mariola. Pero tengo que avisarte de que puede que algo te salpique. Aquellos despidos, en los que está incluido el de Mariola, eran de una empresa ilegal que usaba como tapadera para blanqueo de dinero. —Mi madre me agarró de la mano y vi cómo el resto me miraban.

—Si tengo que perderlo todo para recuperarla, lo haré. Me enfrentaré a un juicio, a un jurado o al mismísimo Satanás para recuperarla.

—Estaremos todos contigo. No estás solo, en esto no lo estás. —Brian se situó a mi lado.

—Rud, acompáñame. Seguro que la kamikaze de Mariola va sola.

Entré en el restaurante del Carlyle y en el salón privado estaba sentado el tiburón con Alison de la mano. Me fijé en ella y parecía que no estaba a gusto, que algo le estaba atormentando.

—Qué alegría volver a verte. —Hizo el amago de levantarse y tiré las carpetas encima de la mesa.

—No creo que te alegres tanto cuando veas lo que hay dentro. —Respiré profundamente y comenzó a ojear los papeles.

—Esto no es más que basura prescrita. —Tiró las carpetas encima de la mesa.

—No creo que esos delitos que has cometido prescriban tan fácilmente, aunque tengas buenos amigos en la Fiscalía o donde los tengas. —Se asombró de que tuviera aquella información—. Como bien sabes el dinero puede comprar la información que pretendes esconder. Y tener contactos en ciertas esferas, facilita recabar dicha información. No eres al único al que le deben favores en esta ciudad, señor.

—No sabes de lo que estás hablando. —Se levantó y la silla golpeó fuertemente contra la pared.

—¿No? Corrupción política —comencé a contar con los dedos mientras iba hablando—, sobornos a políticos y policías, malversación de fondos, compra y venta irregular de solares, empresas ficticias para blanqueo de dinero... ¿Sigo? Todos esos delitos no prescriben. No en este país.

—Tú. —Se acercó lentamente a mí bordeando la mesa y en sus ojos podía ver el odio—. No sabes dónde te estás metiendo, pequeña. —Me agarró fuertemente del brazo y traté de zafarme de él en vano—. Puedo acabar contigo de un solo pestañeo. No tienes las pruebas necesarias para acusarme. Solamente son papeles en lo que también está la firma de tu querido Alex. —Comenzó a temblarme el cuerpo, no me había dado cuenta de que aquello podía implicar a Alex también—. Las pruebas no están en tus manos.

Me pegó contra la pared como en su oficina. En aquel momento comprendí que no debía haber ido sola a aquella reunión. Me temblaba todo el cuerpo y la presión que estaba ejerciendo sobre mí era mucho mayor de la que yo ejercía para separarme.

—No tienes nada.

—Ella no, pero yo sí.

Al girarme vi a Alex agitando una pequeña agenda negra en la mano. Al segundo estaba empujando a su padre que cayó encima de la mesa.

—¿Estás bien? —Me agarró de las mejillas observándome bien. Solamente podía temblar y afirmar levemente con la cabeza—. ¿Estás bien, nena?

—Sí. —El miedo que me recorría todo el cuerpo desapareció al notar el contacto de su piel con la mía—. ¿Qué haces aquí?

—Acabar con él. —Señaló a su padre.

—¿Cómo... —Su padre se levantó de la mesa con la agenda en la mano—. ¿De dónde la has sacado? —Su voz comenzó a temblar.

—Hace años tenías a mi madre atemorizada, pero se acabó.

—No sabes lo que estás haciendo. —Se dibujó una temible sonrisa en su cara—. Tú estás involucrado en varias cosas que aparecen en esta agenda.

—No.

—¿Crees que un jurado te creerá? Porque no eres más que un niño rico que ha amasado una gran fortuna saliendo de una empresa de su padre. Todo lo que tienes, lo tienes por mí. —Alex apretó los puños al lado de sus piernas y su vena del cuello comenzó a tensarse.

—No, señor. Lo que he perdido, lo he perdido por tu culpa. Por tus manipulaciones, mentiras y tus malas acciones. Pero si tengo que ir a juicio, iré. Si pierdo todo, lo perderé. Soy capaz de empezar de cero.

—No, hijo. No podrás, siempre tendrás mi alargada sombra detrás de ti, sabiendo que por mi culpa has perdido a Mariola. —Le miré sin saber a qué se refería—. ¿Ella ya sabe lo de los cheques?

—Sí, sé que la firma de Alex está en todos esos cheques. —Alex me miró unos segundos y respiró profundamente como si quisiera decirme algo más. Alison nos observaba a todos

incrédula.

—Su firma está en ellos, aunque no fuera quien los envió. Sigue siendo culpable. —Miré atónita aquella respuesta de su padre, pero Alison me sacó de aquella nube.

—Ya está bien. —Pegó un grito y la miramos—. ¿Estas son las pruebas? —Lanzó la agenda contra un pequeño fuego que estaba encendido en una mesa cercana—. No hay más pruebas. Vamos, cariño. —Agarró al tiburón del brazo y este la apartó de un manotazo.

—Suéltame, Alison. No has sido más que un pasatiempo para conseguir destrozar a estos dos. ¿Te crees que puedo sentir algo por una sucia mentirosa como tú? ¿Crees que alguien podría quererte siendo cómo eres? Manipuladora, mentirosa y una arpía. Follar contigo ha estado bien, pero se ha terminado el juego.

Alison no podía decir nada, le miraba y miraba a Alex. Después me lanzó una mirada tan odiosa que creí arder en el fuego eterno en aquel mismo instante.

—Esto no acaba aquí.

Salió de allí lanzando varias cosas al suelo. Cuando miré a la entrada vi a Rud cruzado de brazos.

—Alex, están aquí.

Vi cómo Alex afirmaba con la cabeza y no comprendí nada. Comenzaron a entrar varios hombres con placas colgadas del cuello, chaquetas azules y letras amarillas en su espalda. Varios agentes del FBI entraron en el salón privado para esposar al padre de Alex. Leyeron los cargos que se le imputaban y eran exactamente los que le había dicho, más unos cuantos que debían aparecer en aquella agenda.

Todo el restaurante nos estaba mirando, era como estar dentro de una película. Los policías le sacaron esposado del restaurante y le introdujeron en un coche negro. No pudo mantener la boca cerrada antes de que le metiesen dentro.

—Caerás conmigo, Alex, de eso no te quepa la menor duda. Si yo caigo, tú lo harás conmigo. No soy el único que va a perder toda su vida.

No podía reaccionar ante tal escena sacada de la serie *Mentes Criminales*. Estaba apoyada en la pared del Carlyle, con la mano en la boca, tratando de que mi cabeza procesase todo lo que acababa de suceder. Alex estaba hablando con uno de los policías al lado de Rud y no había rastro de Alison. Cuando dejé los papeles encima de la mesa, no esperaba que la policía apareciese. Yo tan solo quería callarle la boca y terminar con todo, pero Alex se encargó de entregar en bandeja de plata a su padre por todo lo que había hecho. La frase de Richard seguía dando vueltas en mi cabeza.

—Mariola, ¿estás bien? —Al levantar la vista tenía a Alex enfrente—. Mariola.

—Sí. No me esperaba que... —levanté los hombros.

—¿Cómo se te ha ocurrido venir sola?

—Venía a un restaurante lleno de gente.

—Cuando he llegado, juro que he querido matarle por estar haciéndote daño. —Resopló.

—Estoy bien.

Sonrió, se pasó la mano por el cuello, se acercó a mí y sentí de nuevo el escalofrío. Aquellos escalofríos que me recorrían desde los pies hasta la nuca. Era como si mi cuerpo estuviese reconociendo al Alex de hacía meses.

—Parece que hay cosas que no cambian. —Sonreí tímidamente.

—Hay cosas que no quiero que cambien, pero hay muchas que quiero que sean diferentes. Tenemos que hablar.

—Alex, tengo que descansar. Las dos lo necesitamos.

—Déjame llevarte a casa, cenamos y hablamos. Es importante.

—Alex... —Respiré profundamente—. De acuerdo. Pero ya puede ser grande la cena, porque me muero de hambre. Esta niña se lo come todo. —Sonreí.

Alex me dejó en casa y se marchó a por la cena. Aproveché para darme una ducha rápida y ponerme cómoda. Encendí el ordenador para ver los *e-mails* y llamaron a la puerta.

—¿Ha pedido una pizza?

Al ver la caja sonreí. Era de Sal's and Carmine.

—Espero que sea el tamaño familiar. —Fui a levantar la tapa de la caja y puso su mano encima.

—De postre, helado de fresas de Grom. —Me enseñó la bolsa y ya estaba babeando—. Vamos que se enfría y se derrite.

Nos sentamos en el sofá y comenzamos a cenar sin decir una sola palabra. Creo que devoré tres cachos sin pestañear. Me crucé de piernas encima del sofá y me coloqué un cojín en la espalda.

—¿Helado? —Me miró mientras se chupaba los dedos de los restos de la pizza.

—Siempre.

Se me aceleró el corazón pensando en qué me quería decir Alex. Recogió la caja de la pizza y regresó con el helado y dos cucharillas.

—Tengo unos cuencos preciosos para el helado.

—Te gusta comerlo directamente con cuchara. ¿Crees que me he olvidado de todo?

—Parece que hay otras cosas que tampoco podemos olvidar. —Se acercó a mí en el sofá.

—Sé que con hablar y pedir perdón no voy a conseguir mucho. —Dejé la cuchara en el bote de helado y me lo quitó dejándolo encima de la mesa—. He sido un estúpido en manos de Alison. Me avisaste de ella, pero estaba cegado por el dolor, por pensar que mi padre... —Hizo una parada para tomar aire—. Pensar que mi padre te había rozado... Me volví loco. —Temblé al escucharle. No podía dar crédito a lo que oía. Llevaba tanto tiempo esperándolo—. Tenía que haberme dado cuenta desde el principio, pero no lo vi. Era más fácil apartarte de mi vida, que volver a sentir aquel dolor.

—Alex...

Me agarró de las manos y no me dejó terminar la frase.

—Necesito decírtelo todo. —Miré a sus ojos que estaban completamente abiertos esperando a lo que tenía que decirle—. Fui un estúpido que perdió a la única mujer en el mundo que le ha amado sin condiciones. Sin pensar en su pasado o en lo mal que hacía las cosas. —A los dos nos temblaban las manos y se podían oír nuestros corazones latiendo—. Has sido la única persona que siempre ha confiado en mí y te fallé. Te di la espalda, Mariola. Ella consiguió meterse tanto en mi cabeza y manipularme tanto, que me quedé ciego. Lo siento, Mariola, siento todo el dolor que te he provocado. —Apartó sus manos de mí y se levantó caminando con la mano frotándose la frente, supuse que tratando de procesar lo que le estaba diciendo—. Entiendo que me odies.

—¿Odiarte? —Se quedó quieta delante de mí—. No fue odio. Fue decepción. Sé que te oculté cosas, pero era porque me avergonzaba y me sigo avergonzando de lo que Jonathan hizo conmigo. Fui tan idiota que me dejé llevar por él. —Dejó caer sus brazos a ambos lados de su cuerpo y noté cómo su mirada se entristecía—. No te odiaba, bueno, quizás en el momento en que te vi con Alison o cuando me dijo que os habíais acostado, tal vez te odiase. Pero sentí una decepción tan grande, que sigue doliendo. Aunque también estaba decepcionada conmigo misma, por no ser capaz de procesarlo todo de una forma más madura.

—Me odio por provocarte esa decepción. Y.. —Me levanté para ponerme a su lado—. Hoy he descubierto algo más.

—¿Qué más hay, Alex? —Me miró con lágrimas en sus ojos—. No necesito más sorpresas. — Se frotó la tripa.

—Sí, mi firma aparece en los cheques.

—¿Entonces tú te deshiciste de Lisa? —Se apartó de mí, pero la agarré de la muñeca suavemente.

—Aparece mi firma, pero están manipulados. Sin Rud no lo hubiéramos descubierto. Mi padre falseo el beneficiario del cheque de Lisa, pero el tuyo sí que lo firmé yo en una remesa de más de cien de despidos de una empresa tapadera de mi padre. —Abrió la boca y se apartó de mí.

Caminó hasta el ventanal que daba a Broadway y se quedó más de cinco minutos en silencio. No decía nada, simplemente jugueteaba con su camiseta, se llevaba las manos a la frente y apoyó su mano en la ventana. Se dio la vuelta mirándome fijamente.

—¿A eso se refería tu padre con caerás con él? —Ladeó su cabeza al acercarse.

—Estoy seguro de que su horda de abogados tratará de tirar mierda sobre mí.

—¿Por qué lo has hecho? —Puso sus manos en mi pecho, haciendo que mi cuerpo temblase —. Puedes perderlo todo. El hotel, tu casa... todo. —Agarré su barbilla.

—Eso me da igual, Mariola. —Tiré de ella hacia arriba para que pudiera ver mis ojos—. No voy a permitir que nadie más te haga daño. —Cerró los ojos y noté como las lágrimas llenaron su cara.

—Alex, necesito descansar. Ha sido un día demasiado largo. Demasiada información, demasiados sentimientos encontrados. Todo lo que ha pasado, lo que nos ha pasado, lo que nos hemos dicho... —me miró—. No sé si es cosa del destino o que nosotros no...

—No se te ocurra pensar que no tenemos que estar juntos, Mariola. Déjame demostrarte que puedo volver a ser el hombre del que te enamoraste. Ser el que te hacía sonreír por las mañanas, el que te susurraba te quiero al oído. Puede que no sea hoy ni mañana —me acerqué a su mejilla para darle un beso y le susurré—, pero volveré a ser ese hombre.

26.
COMO SI HUBIERAN HECHO
UN PACTO DE SILENCIO.

Siete días después de todo lo que me dijo Alex, no había tenido ninguna noticia de él. Tampoco había tenido mucho tiempo para pensar y recapacitar. Solamente lo hacía cuando respiraba, comía, trabajaba o dormía. Vamos, las veinticuatro horas del día.

Estaba en el despacho con el portátil encendido sin mirar lo que había en la pantalla. Había tenido el teléfono tantas veces en mi mano para llamarle, para hablar con él, pero había sido demasiado cobarde para hacerlo.

Aquella semana la noticia de la detención del tiburón había saltado como una bomba. En todos los periódicos, revistas, *webs* y resto de medios de comunicación, aquella bomba estaba en ellos. Había hablado con Susan un par de veces, era mi medio de comunicación con ellos para saber que estaban bien. Pero nunca me decía nada de Alex, era como si hubieran hecho un pacto de silencio. Aquella semana con la única persona que había hablado era con María, el resto o estaban demasiado ocupados o no se querían meter en aquella guerra.

Eran las ocho de la tarde y solo quedaban cinco días para la boda de Brian y María. Tenía todo cerrado: el hotel, el catering, la fiesta, la boda y solo me quedaba mi vestido. Tenía que pasarme a recogerlo unos días antes para ver cómo le quedaba a mi barriga que crecía por minutos. Me fui a casa y, tras despanzurrarme en el sofá, recibí una llamada de mi hermana.

—¿Te parece bonito no contestar a tu hermana que tiene casi una crisis de identidad?

—Lo sé, soy la peor hermana del mundo, pero el tema del vestido me ha llevado mucho tiempo. No sabes la guerra que da eso.

—¿Sabes lo que es organizarte la boda sin que me cojas el teléfono, cabrona?

—Lo siento, pero para compensarte mañana he reservado en el Lobby Bar del hotel Empire, en la azotea, para que comamos y me digas cómo será todo. Que solo quedan cinco días y seré una mujer casada. A las tres allí.

—¿No puedo descansar ni un sábado? Tu sobrina nacerá estresada. Además no nos van a dar de comer a esa hora y yo no puedo beber lo que me gustaría. Joder, que ganas de tomarme un buen vino blanco, fresquito...

—Deja de babear. En cuanto nazca Erin lo celebraremos. —Escuchó un resoplido—. Te aseguro que mañana disfrutarás mucho del día y la niña dará vueltas en tu tripa, haciendo saltos y todo.

—De acuerdo, mañana nos vemos.

Sentí un hormigueo por todo el cuerpo, pero lo achaqué al cansancio y me metí en la cama. Me quedé dormida a los diez segundos.

—Mañana he quedado con mi hermana a las tres. ¿Alex, está todo listo?

—Sí, me ha costado mucho y he tenido que pedir muchos favores, pero valdrá la pena. —Miré a María—. ¿No?

—Te aseguro que se le caerán las bragas y acabará en tus brazos como si fuera la primera vez en aquel callejón. —La miré—. Mi hermana recuerda aquella primera vez, Alex, nunca la

ha olvidado. Nos ha costado mucho no estar con ella durante toda esta semana, así que espero que tu gran plan maestro merezca la pena.

Todos se marcharon de casa y me quedé en el salón. Ultimé los detalles con el grupo, que gracias a Frank había sido más fácil. Estaba tan enfrascado en mis ideas que no escuché a Jason llamarme.

—¿No me has oído, papi? —Se sentó a mi lado.

—Perdóname, cariño. —Le vi ojeando lo que había encima de la mesa.

—¿Volverá Mariola con nosotros?

—Eso espero, cariño. —Le abracé—. Eso espero.

—Entonces yo, ¿qué tengo que hacer?

—Estar a mi lado cuando veamos a Mariola. ¿Estarás? —Me miró fijamente con sus preciosos ojos llenos de vida.

—Siempre, papi, siempre estaré a tu lado. No hay nada en el mundo mundial que me guste más que estar contigo. Estas semanas han sido súper geniales. —Jugueteaba con sus dedos en mis manos—. Llevándome al cole, como cuando conocimos a Mariola, recogíendome, llevándome al parque, la súper fiesta de cumpleaños. —Salió un silbido de su pequeña boca—. En el cole siguen hablando de ella. Los malabaristas, el del fuego... Fue genial.

—Todo fue idea de Mariola. Ella conoce muy bien lo que te gusta, lo que puedes comer y lo que te hace feliz.

—Por eso quiero que todo salga bien y que mañana por la noche Mariola nos lea un cuento en mi cama. —Le miré sorprendido.

—¿Nos?

—Claro, papi, a Erin y a mí. ¿Se parecerá a mí? —Le acaricié la cabeza.

—Seguro que sí, cariño. Es tu hermanita.

—¿Aunque tú no seas mi padre y Mariola no sea mi madre? —Me miró con un poco de tristeza.

—Sí, se parecerá a ti. Mariola te quiere mucho, nos quiere muchísimo más de lo que nos imaginamos.

—Pues cuando tú mañana le digas esas cosas, yo le daré algo que tengo preparada para ella. —Se levantó y le acompañé a su habitación.

—¿Qué es, cariño?

—Es una sorpresa. Espero que le guste. —Me tumbé a su lado en la cama y se acomodó en mi pecho—. Lo he hecho con mucho cariño.

—Seguro que le encanta. —Le abracé.

—Mañana Mariola estará aquí con nosotros. —Comenzaron a cerrarse sus ojos—. Lo sé.

Después de una hora abrazado a mi hijo, vi la caja que tenía encima de su mesa. Me levanté con mucho cuidado para no despertarle y la observé. La había envuelto él mismo con mucho cuidado. Sonreí al volver a mirarle y me fui al salón. Necesitaba volver a revisar todo. Estaba demasiado nervioso y excitado como para poder descansar, pero me quedé dormido con los papeles encima de mi pecho.

Me desperté sobresaltado a las ocho de la mañana.

El día M comenzaba.

Se suponía que el sábado era mi día de descanso y mi hermana se empeñaba en salir a comer, o mejor dicho, a ver cómo se bebía los daiquiris mientras yo le pegaba tragos a algún batido. Comí

algo a media mañana y respondí unos cuantos *e-mails*, hice un par de llamadas y me preparé para ir al Empire. No tenía más de quince minutos en taxi hasta el hotel.

Cuando llegué subí hasta la azotea y me senté en una mesa con un par de revistas para esperar a María. Las tres y media y no había dado señales de vida la muy petarda. La llamé varias veces al teléfono, pero no me contestaba. Así que continué leyendo las revistas. Al llegar a una de las páginas centrales, vi la foto del tiburón. «*Sale bajo fianza a espera de juicio*». Tiré la revista encima de la mesa. Seguro que sus abogados se iban a encargarse de quitarle la mayoría de los cargos, aun teniendo las pruebas. Resoplé fuertemente y miré por la terraza que tenía justo detrás. Por aquella zona aquel día no había casi ruido. Me asomé por la barandilla y casi no pasaban coches. Supuse que tendrían las calles cortadas para grabar algún capítulo de alguna serie o película. Era algo muy normal en Nueva York.

—¿Señorita Santamaría? —Me di la vuelta y vi a uno de los camareros con una nota—. Han llamado preguntando por usted, porque su móvil parece no funcionar. —Lo saqué del bolso y vi que estaba apagado.

—Gracias. —Cogí la nota y comprobé que era de mi hermana.

No puedo localizarte. Estoy en Bethesda mirando unas cosas para la boda. ¿Nos reunimos aquí? Enciende el maldito teléfono.

Tu adorable y preciosa hermana.

Te quiero.

—Genial.

Bajé del edificio y al salir a la calle sentí como si la gente me estuviera observando a cada paso que daba. Supuse que era por todo lo que había salido las últimas semanas en la prensa. Caminé hasta Central Park. Eran casi las cuatro y media de la tarde cuando llegué a Bethesda. Al atravesar la terraza aproveché para observarla. Era mi lugar favorito de Nueva York. Busqué con la mirada a mi hermana, pero no había nadie por allí. Y al decir nadie, era nadie. Ni un alma. Me sorprendí ya que era uno de los lugares más visitados de la ciudad. Cogí el teléfono para llamarla y antes de poder hacerlo, se acercó un chico a mí. Me entregó una nota metida en un sobre rojo. Me sonrió y se quedó observándome. Lo abrí con una mezcla de curiosidad y nerviosismo.

El camino de la vida tiene muchas salidas al igual que este parque. Este lugar es muy especial para ti y espero que hoy sea el día más especial de tu vida. Comienza un viaje que solo tendrá un destino: tu felicidad.

Le di varias vueltas a la nota esperando ver el nombre de quien lo enviaba. Había caminado veinte minutos para encontrarme con mi hermana y me topé con una nota que no me dejaba nada claro. El mismo chico, que no se había movido de allí, me entregó otro sobre.

Segunda parada del día: el Carrousel.

Nueva nota sin nombre. Aquello era igual que las rosas que había estado recibiendo durante aquellas semanas y que... ¿Cómo no me había dado cuenta? Las rosas que me enviaba a la oficina, las de Marbella... Pero aquello no podía ser también obra de él. Observé cada rincón del parque, cada árbol, pero allí no había nadie más que yo. Central Park sin gente era algo que acojonaba bastante.

Me dejé llevar por aquella nota y diez minutos después, llegué al *Carrousel*, que estaba dando vueltas con un par de personas sobre uno de los caballitos. Joder, aquello parecía sacada de una adaptación al cine de un libro de Stephen King. Al acercarme vi a la loca de mi hermana con Brian montados en el caballito.

—Tú —la señalé en la distancia mientras me acercaba jadeando—, ¿no habíamos quedado en el Empire? Por mucho que me den notitas tipo perdóname, no voy a tragar. —Agité la nota con el sobre en el aire y observé que ellos tenían uno blanco en la mano.

—Toma, cariño.

Abrí el sobre observándoles.

Esta vida es como un carrusel. Da muchas vueltas y hay veces que dan ganas de saltar, pero yo solo saltaré de él si tú vienes de mi mano.

—Chicos, ¿de qué va esto? Porque menos mal que os acabo de ver, pensaba que iba a salir Alison cual loca de la colina, a atacarme con un cuchillo. —Miré a los dos tratando de averiguar algo, pero se miraron y sonrieron sin decir nada.

—Déjate llevar, Mariola. Próximo destino: Quinta Avenida.

No dijeron nada más y comenzamos a andar para salir del parque. Estaba nerviosa. No sabía muy bien qué esperar. Aunque sin saber muy bien por qué, la sensación de miedo dio paso a una sensación de paz. Tenía que ser algo bueno o mi hermana no estaría implicada en ello.

Al salir del parque, me dejaron en la esquina con la Quinta Avenida y desaparecieron. Me dijeron que sabría dónde parar, que mi corazón me diría hasta dónde tenía que llegar. Me alejé de ellos sin quitarles ojo, bajando por la Quinta hacia el Sur. Iba observando todo, con el corazón acelerado y al llegar a la altura de la Quinta con la 57, me paré en seco. Recordé cuántas veces había girado a la izquierda en aquella calle para ir al hotel. Tímidamente miré por la 57 y continué caminando, pero fui parando lentamente al ver a una persona con un montón de globos amarillos, con un sobre del mismo color colgando de ellos. Me acerqué a él, sin saber muy bien por qué, pero sabía que eran para mí. Sonrió y cogió el sobre.

Déjame desayunar contigo todos los días.

Efectivamente.

Ningún brillante supera tu sonrisa.

Efectivamente.

Quiero ver esa sonrisa con mis propios ojos.

Efectivamente.

El camino para poder verte cada vez es más corto.

Aquel mismo chico me entregó una pequeña bolsa de una *patisserie* cercana. Al abrirla el olor a mantequilla entró dentro de mí. Comer un *croissant* delante de *Tiffany's*. No pensé que recordase aquella conversación tonta que tuvimos la primera vez que cenamos junto a Frank, Mike y Justin. Le conté que lo primero que hice en Nueva York fue comerme un *croissant* delante de aquel maravilloso escaparate. Hasta creo que en mi cabeza sonaba *Moon River* para tan idílico momento. Me temblaba todo el cuerpo al pensar que en cualquier momento sería Alex el que me entregase otro sobre. Mi corazón palpitaba tan rápido, que lo notaba en cada poro de mi cuerpo.

No sabía cómo había organizado todo aquello. Sí, había tenido algún detalle como las rosas que me fue dejando en Marbella, pero nunca me imaginé que sería capaz de aquello.

—Ha puesto Nueva York a tus pies.

Escuché una voz que lo decía en alto. Al mirar a mi derecha me encontré a Frank con Sonia y Andrea observándome.

—¿Qué hacéis aquí? —Me acerqué a ellos y Andrea se adelantó a ellos dos.

—Grand Central. —Sonrió y se agarró a las manos de Frank y Sonia para marcharse.

Me quedé unos segundos observando las notas que llevaba en las manos. Una semana de silencio y todos se habían aliado con él para sorprenderme. Y lo estaba consiguiendo. Me dolían los pies de tanto andar, pero quería llegar al final de aquel camino para poder verle y decirle todo lo que llevaba dentro.

Comencé a caminar hasta mi siguiente destino curiosa por saber qué me esperaba allí, pero al entrar no vi nada especial. Había gente haciéndose fotos en las escaleras, con el reloj u observando las pantallas para ver a qué hora salía su tren. Subí las famosas escaleras para ver mejor, pero no encontré ninguna cara conocida. Apoyé las manos en la tripa acariciándomela. Creo que Erin se había puesto el cordón umbilical a modo de cinturón de seguridad de las carreritas que me estaba pegando.

Tal vez aquel era el final. Elegir cualquier tren de aquellos para salir de su vida. Observé los destinos de los autobuses que salían en aquel momento. Las letras y horarios comenzaron a bailar formando palabras sin sentido, hasta que todos los carteles de la estación comenzaron a formar una frase con letras moradas. Bajé las escaleras y escuché los comentarios de la gente que allí se agolpaba sin saber qué sucedía. Me situé en el centro para poder leerla al completo.

Este es el momento de elegir un camino entre dos direcciones. En cualquier de estos trenes podrás llegar al destino que quieras o...

—¿O qué?

La misma frase cruzaba las pantallas una y otra vez, mientras yo giraba buscando el siguiente destino. ¿Qué seguía a aquella frase?

—O en esta dirección. —Me di la vuelta al escuchar la voz de Mike detrás de mí.

—¿Vosotros también estáis en esto?

—Todos. —Justin y Mike estaban agarrados de la mano mientras me mostraban otro sobre.

—¿Por eso nadie me ha cogido el teléfono esta última semana? —Les di un manotazo a los dos.

—Mueve el culo, que el camino no ha terminado. ¿O sí?

—No. —Sonreí y Justin me cogió en brazos—. Jus la tripa, la tripa... —Solté una carcajada.

—Mi amor, no sabes lo feliz que soy. Después de todo lo que ha pasado, mereces disfrutar de todo lo que está por llegar.

—Jus. —Mike le dio en el pecho—. Toma, cariño. El último paso. —Me entregó una tarjeta rosa—. ¿Estás segura de todo, cariño? De todo lo que temías, de lo que te dolía.

—Sí. —Justin me dejó en el suelo—. No tengo dudas, no tengo miedos. Solo tengo ganas de ver a Alex y abrazarle, besarle y decirle que mi camino está con él. Que el final de esta aventura, solamente puedo vivirla a su lado. —Comencé a llorar de felicidad—. Solo quiero ser feliz con él.

—El último paso. —Mike me abrazó y leí la nota.

Times Square, dónde las luces nunca se apagan.

Efectivamente.

Donde el amor nunca se acaba.

Efectivamente.

Si quieres que nuestros caminos nos lleven a vivir mil y una aventuras, nos vemos allí a las 19.00.

Guardé la nota con las demás y levanté la vista para ver la hora en el famoso reloj de Gran Central y vi que faltaban menos de diez minutos para las siete.

—Joder. —Salí corriendo de allí y los chicos salieron detrás de mí.

Estaba en Times Square observando a cada segundo el reloj. Estaban a punto de dar las siete de la tarde y no podía ver a Mariola desde detrás del escenario que habíamos montado. Estaba todo preparado, pero a cada segundo mi corazón palpitaba más rápido. Jason estaba a mi lado y el resto también, pero nadie podía calmarme. Tal vez Mariola se hubiera replanteado todo lo nuestro. Tal vez las mentiras habían hecho tal mella en su corazón, que ya no había hueco para mí en ellos. Ryan Tedder^[53] se acercó a mí.

—Alex, tu chica... —Levantó las manos.

—Pues espero que esté de camino. —Vibró mi móvil con un mensaje de Justin y le llamé—. ¿Qué ha pasado, Jus?

—Está girando en la 43 con la sexta. Así que, ¡qué empiece el espectáculo, moreno!

Antes de girar la esquina comencé a escuchar unas notas de música en directo, una canción que podría reconocer entre mil: *Something I Need* de One Republic. No la escuché en el cumpleaños de Jason y la eché de menos.

«Hace poco tuve un sueño, sobre que solo tenemos una vida. (...) Eres la red bajo la cornisa, y sé que si salto, tú saltas conmigo».

Aquella letra no era la original que yo recordaba. Estaba modificada por algún motivo. Nada más girar la esquina, al levantar la vista a las grandes pantallas que siempre lucían en Times Square, comencé a ver en todas las pantallas fotos mías. Las personas que estaban allí comenzaron a hacer un pasillo que llevaba hasta el escenario. Me temblaban las piernas, las manos, mi boca se había quedado abierta desde aquella primera foto que apareció de cuando era pequeña en España disfrutando de las navidades. Giraba alrededor de mi propio cuerpo alzando la vista para ver todas aquellas pantallas que me enseñaban la película de mi vida.

«No tengas miedo, si no tenemos nada, nos tenemos a nosotros».

Nuestra primera foto apareció justo encima del escenario, y del cielo comenzaron a llover pétalos de rosas azules cubriendo todo con un manto azul precioso. No pude contener por más tiempo las lágrimas cuando le vi encima del escenario, tan guapo, tan impresionante como siempre, con aquella gran sonrisa ladeada que me enamoró, que aún me tenía enamorada. Me llevé las manos temblorosas a la boca. Negaba con la cabeza mientras daba los últimos pasos que me apartaban de él, mientras aquellos pétalos seguían cayendo. Alex saltó del escenario a una sola mano y comenzó a caminar hacia mí.

«Si solo vivimos una vez, yo quiero vivir contigo».

Me faltaba el aire y cerré los ojos en los dos últimos pasos para llegar a él. Respiré lo más profundo que pude y los abrí. Allí estaba él, el hombre que me había hecho recorrer la ciudad para terminar a su lado. Agarró mis temblorosas manos con las suyas, no menos temblorosas, y se las llevó a los labios para besarlas. De repente, las personas que teníamos a los laterales comenzaron a hacer los coros a la canción. Solté una risa nerviosa y negué con la cabeza.

—Alex, no... Esto es increíble. Yo... —no me salían casi las palabras.

—Mariola, tú misma me dijiste que esté era un lugar mágico de la ciudad y hoy la ciudad te ha devuelto ese amor que le tienes.

Me temblaban las piernas y creí que me caería cuando Alex me agarró de la cintura pegándose firmemente a él.

—Me hiciste creer en la magia del amor, aquella primera vez que te vi en la fiesta. Con tu boca malhablada, tu humor ácido y tu gran corazón. —Sí, me iba a desmayar—. Me enseñaste que vida solo tenemos una y que es nuestro deber vivirla lo mejor que podamos. Quiero vivir mi vida a tu lado, sin mentiras, sin secretos. —Puso nuestras manos en su pecho y yo era incapaz de articular ni una palabra coherente—. Eres el amor de mi vida. Nadie en este mundo será capaz de acabar con lo nuestro. Me has enseñado tantas cosas, que lo único que podía hacer era algo así. Reconozco que Nueva York es la ciudad más mágica del mundo, pero necesito que me la redescubras. Que me vuelvas a enseñar a amar, a ver las cosas con tus ojos, con tu vitalidad y con tu amor. Te necesito, Mariola, te necesito en mi vida para siempre.

—Yo... S... O... —Me pasé las manos por la cara y tomé una gran bocanada de aire—. Te quiero, Alex, siempre te he querido y siempre te querré. Aun cuando quise odiarte, fui incapaz. Te has metido tan dentro de mí que no puedo dejar que nuestra aventura finalice. —La voz me empezó a temblar—. Eres quien me ha hecho creer que el amor sí puede ser para mí, que puedo ser feliz al lado de alguien y que me pueden querer. Más allá de mi boca y mis malditos modales. —Sonreímos los dos—. Soy como soy, pero tú me quieres por ello. No somos iguales, pero eso es lo que me gusta. Esta vez lo conseguiremos. —Negué un par de veces con la cabeza sonriendo—. Pero lo de morirnos como que no. —Arrugué la nariz y Alex soltó una carcajada—. Sí, Alex, te quiero y quiero estar contigo el resto de mi vida. Aunque vengan días malos, días peores y días de auténtica mierda, no quiero separarme de ti. —Instintivamente miré al cielo y juraría haber visto parpadear una estrella, como si fuera un guiño de Ryan—. Un ángel me salvó para poder estar hoy a tu lado. —Pasó sus pulgares por mis mejillas tratando de quitar mis lágrimas—. Aprovechemos esta oportunidad.

—¿Sí, nena?

Se mordió el labio inferior, afirmé con la cabeza y me lancé a sus brazos.

Giró conmigo en el aire y empecé a oír cómo las personas que estaban a nuestro lado comenzaron a aplaudir. Sus labios buscaron los míos con suavidad, con mucho cariño, como si fuera aquel primer beso del callejón. Aquel beso que ningún día se me había ido de la cabeza.

No me podía creer que la tuviera de nuevo entre mis brazos, diciéndome que sí. Volver a besar sus labios fue la mejor de las recompensas a tanto tiempo de espera, a tantos nervios y tantas lágrimas derramadas. La dejé en el suelo y tras separar nuestros labios pegué mi frente a la suya. Respiré profundamente, relajado, completa y absolutamente feliz. Noté las miradas de todos en nosotros. Vi a Jason con su regalo en las manos. Solté una de las manos de Mariola y con la otra le cogí en brazos.

—¿Ha dicho que sí, papi?

—Sí, cariño, he dicho que sí. Siempre os diré que sí, Jason. —Le dio un beso.

—Yo también tengo otra cosa para ti. No es nada tan chulo como todo esto, pero espero que te guste.

Mariola cogió la caja y comenzó a abrirla. Dentro había una pulsera entre unos papeles de seda azules. Se llevó la mano a la boca y comenzó a llorar de nuevo.

—¿No te gusta? —Mariola no podía contestar—. ¿No le gusta, papi? —Jason estaba preocupado.

—Creo que son lágrimas porque le gusta mucho.

—Me encanta, cariño. ¿Me la pones? —Mariola alzó su mano temblorosa para que Jason le colocase la pulsera que le había comprado.

Cuando la pude ver bien era una pulsera de la marca Pandora con pequeños colgantes azules, y entre ellas se podía leer *Forever together* y supe entonces el motivo de sus lágrimas. Había cuatro con inscripciones muy especiales: mamá, papá, Jason y Erin. Mi hijo era increíble, fue capaz de dejarnos a los dos sin palabras.

—Es preciosa, hijo. —Le di un beso en la cabeza.

—Como volvemos a ser una familia, por eso es lo de juntos para siempre. Está Erin, estoy yo —iba mostrando cada cuenta grabada al nombrarla—, papi y... —al coger la que llevaba inscrita la palabra mamá se quedó mirando fijamente a Mariola—. Y mamá. —Mariola trató de contener de nuevo sus lágrimas—. Para mí ya eres mi mami... si tú quieres.

—¿Cómo no voy a querer, Jason?

—Te quiero, mami. —Saltó a los brazos de Mariola y se abrazaron.

Fui yo entonces quien no pudo controlar sus lágrimas. Mi familia. Tenía a mi familia delante. Mariola, Jason y mi pequeña Erin que seguro que estaba pataleando en el interior de su madre. Al mirar a nuestro lado, todos nuestros amigos, nuestra gran familia, estaba llorando al igual que nosotros. Era un final mágico, un final perfecto que no podía haber acabado de una mejor manera. Nos fundimos todos en abrazos, sonrisas nerviosas y muchas lágrimas de felicidad nos recorrieron mientras la noche caía en la ciudad de Nueva York, en la ciudad de las oportunidades y en la ciudad del amor, de todo nuestro amor.

No podía describir la sensación tan extraña que recorría mi cuerpo. Al fin estábamos todos juntos. Fuimos a cenar algo a Maialino. Sonreí al recordar que mi fantasía, sueño o como quisieran llamarlo, fue en aquel restaurante. Allí estábamos todos comentando el día, contándome cómo lo habían organizado, cómo Alex había hecho que se cortase el tráfico de aquella zona. Alex gesticulaba y contaba cómo lo había planeado, cómo Jason le había dicho tal, como él quería cual. Le observé. Se había soltado los botones de la camisa, se la había arremangado hasta los codos y no dejaba de sonreír. Yo no hablé, me limité a grabar a fuego aquel momento en mi cabeza. No me soltó la mano que estaba encima de mi pierna desde que salimos de Times Square. En un momento se giró para mirarme y vio que tenía la mirada perdida en la mesa.

—¿Estás bien, nena?

—Feliz. Estoy muy feliz, Alex. Gracias. —Le besé acariciándole la cara—. Te quiero.

—Gracias a ti, mi vida. Eres a la que necesito para seguir funcionando. Ya te lo he dicho, sin ti no soy nada. Te quiero, Mariola.

Entre copas, de agua para mí, comida, locuras y muchas risas, terminó nuestro día de aventuras. Una aventura que parecía haber puesto el contador a cero en aquel momento. Empezábamos una nueva vida.

COMO ALGO QUE NINGUNO
DE NOSOTROS PLANEAMOS

Mi cuerpo no dejó de temblar durante la cena. No solté la mano de Mariola en ningún momento. Ella parecía querer grabar todo en su mente, cada detalle y cada momento lo estaba memorizando para no olvidarlo nunca.

—¿Estás bien, nena? —Acaricié su cara. Echaba tantísimo de menos poder hacerlo a diario.

—Sí, cariño, estoy bien. Pero es que no quiero olvidar nada de lo que ha pasado hoy. Nada. Ha sido... —Se mordió el labio inferior—. Ha sido increíble.

—Te mereces eso y más, te mereces todo.

—Nos lo merecemos. Los cuatro. —Miró la pulsera y jugueteó con las cuentas con nuestros nombres.

—Bueno, ya que todo ha sido un caos últimamente, quiero aprovechar este momento de paz y amor. —Brian se había levantado con una copa en la mano—. María, todo lo nuestro empezó como una locura nocturna —nos reímos todos y vi cómo Mariola negaba con la cabeza, y apostaba que por su mente estaba pasando aquel desayuno cuando nos lo contaron—. Comenzó como algo que ninguno de nosotros planeamos.

—Eso seguro. —Mariola trató de ocultar su comentario con un carraspeó.

—Aquí nuestros hermanos tuvieron que sufrirnos y aconsejarnos sobre lo que estábamos haciendo. —Nos miraron los dos y vi cómo María nos guiñaba un ojo—. Pero viéndolos ahora, nos dieron el mejor consejo que podían haber hecho. El amor puede con todo, con las mentiras, con los secretos, con las terceras personas que tratan de joderte el camino. Vuestro amor ha sido más fuerte que todo y estoy seguro de que seguiréis luchando con uñas y dientes ante todo lo que pueda llegar. —Agarré fuertemente la mano de Mariola—. El amor es un camino que puede tener bastantes piedras y es nuestro deber quitarlas para llegar al paraíso. Y mi paraíso está a tu lado, María. —Sacó una pequeña cajita azul, indudablemente de Tiffany's—. No veo el momento de dar el sí quiero y disfrutar del resto de mi vida a tu lado. —María abrió la caja con las manos temblorosas.

—Joder, Brian. Es demasiado.

—Nunca será demasiado para ti, nena. Es un símbolo del amor, la unión de dos personas hasta el final, para ser eterno a tu lado. —Mi hermano me estaba sorprendiendo a cada palabra—. Debemos luchar por un amor así: puro, sincero y eterno. —María no pudo reprimir las lágrimas.

—Yo solo tengo... —Agachó la cabeza con cierto tono de tristeza en sus ojos. Escuché a Mariola carraspear y sacar algo de su bolso.

—María. —Le entregó otra caja azul—. ¿Recuerdas que te dije que yo me encargaba de todos los detalles? —Mariola sonrió de una manera muy tierna y María le devolvió una mirada extrañada—. María. —Estaba claro que su hermana no se lo esperaba.

Mariola se lo entregó a Brian y comprobamos que era un anillo de titanio con motivos en el centro como si fuera la rueda de una moto.

—Mariola, eres... —María dio la vuelta a la mesa para abrazarla—. ¿Seguro que...?

—Sí, María. —Estaban hablando entre ellas sin decir ni una sola palabra, pero parecía que se estaban entendiendo a la perfección.

—Alex, te llevas una joya. —María me agarró del hombro y apretó su mano sobre él—. Por ella soy capaz de matar. Así que más te vale cuidarla bien cada día o te juro que te mataré.

—Siempre la cuidaré, María.

—Entonces nos llevaremos bien.

El anillo que le entregué a María lo había comprado aquella tarde cuando estuve frente al escaparate de *Tiffany's*. Lo vi y sentí la necesidad de comprarlo. Tal vez Brian no fuera su destinatario, pero la sonrisa de ellos dos me dijo que hice bien.

Nos despedimos en la entrada del restaurante y Dwayne vino con el coche a recogernos. Alex llevaba a Jason dormido en brazos y yo estaba destrozada. Caí rendida en el sofá nada más llegar a casa. Alex metió a Jason en la cama y cuando volvió al salón, se sentó a mi lado apoyando la cabeza en el respaldo. Creo que los dos cerramos los ojos durante milésimas de segundos tratando de degustar lo que había pasado aquella tarde.

—Mariola. ¿Me lo lees?

Pegué un bote del sofá y abrí mucho los ojos.

—¿Me he quedado dormida? —Meneé la cabeza unos segundos y comprobé que aún era de noche. Jason estaba delante de mí con el cuento en las manos—. Claro que sí, cariño. —Jason me dio la mano y nos acostamos los dos en su cama—. El gato con botas. —Jason se recostó sobre mí—. Había una vez un molinero cuya única herencia para sus tres hijos eran su molino, su asno y su gato. —No pude leer más de cinco líneas seguidas y los dos nos quedamos dormidos.

Fue la noche que mejor dormí en muchos meses. Jason seguía recostado sobre mí durmiendo, así que le aparté lentamente para que no se despertase y salí sin hacer ruido de la habitación. Al llegar a la cocina me encontré a Alex solo con el vaquero, despeinado, con los codos apoyados en la isla de la cocina leyendo el periódico.

—Buenos días. —Me acerqué a él tímidamente.

—No pensé volver a ver esta imagen. —Tiró de mi mano y me sentó en su regazo.

—Los milagros existen. —Sonrió y acerqué mis labios a los suyos.

—Eres mi pequeño milagro. —Me besó dulcemente.

—Ahora mismo con premio. —Puse la mano en la tripa.

—Estás preciosa. —Nos quedamos unos segundos mirándonos a los ojos.

—¿Así que todas las rosas eran tuyas? —Sonrió sin negarlo—. ¿Cuánto tiempo llevas preparando todo?

—Bueno, te avise que volveríamos a estar juntos y que pondría la ciudad a tus pies.

—Ha sido lo más increíble que jamás han hecho por mí. Recorrer la ciudad con esas notas y llegar a Times Square, el lugar al que te llevé en nuestra primera cita... Pensé que habías olvidado muchas cosas.

—Nunca olvidaré cada detalle y cada gesto tuyo. Ese que haces ahora, arrugando levemente la nariz al sonreír pensando en algo que te gusta.

—No hago eso.

—Sí —se acercó de nuevo a mi boca—, lo haces y me encanta. —Estábamos a punto de besarnos, pero sonó el timbre—. ¿Ni en domingo? —Negó con la cabeza y antes de levantarse volvió a besarme.

—Parece que no. —Observé a Alex mientras iba a la puerta y me quedé embobada mirándole

la espalda. A los segundos apareció Brian sudando.

—Bien, os pillo a los dos juntos. —Sacó una botella de agua de la nevera.

—¿Qué pasa? —Miré al reloj de la cocina y no eran más de las ocho de la mañana.

—He recibido una par de llamadas hace media hora. Algo muy gordo va a pasar y creo que nos va a pillar por medio.

Antes de que Brian continuase hablando, les mandé salir a la terraza y fui a comprobar qué Jason siguiese durmiendo en su habitación. Cerré la puerta y regresé con ellos.

—Me estás asustando, Brian. —Alex comenzó a ponerse nervioso.

—A ver... —Noté cómo le temblaban las manos.

—¿Quién te ha llamado? —Alex alzó un tono su voz.

—Alison y no sé si me ha llamado para amenazarme o para avisarme. Los abogados de nuestro padre van a tirar de los cheques que firmaste para que esos delitos caigan sobre ti. No sé de lo que serán capaces.

—Me cago en su puta madre. —No pude contener ni mi tono de voz ni mi boca en aquel momento—. ¿Cómo se puede ser tan zorra?

—Brian, pero no pueden ir contra mí. —Alex no comprendía nada—. ¿Brian?

—Mira, antes de que tú tuvieras todos los papeles, Rud me los entregó a mí y mamá me enseñó la agenda. Estuve mirándolo todo detenidamente y creo que cabe la posibilidad de que te salpique.

—Brian cerró los ojos.

—¿Y la segunda llamada?

—Los abogados de nuestro padre. Quieren que testifique a su favor. Sabes que ha salido bajo fianza, pero creo que te he metido en más problemas al mandarles a la mierda.

Un sentimiento de intranquilidad y culpabilidad comenzó a recorrerme todo el cuerpo. Todo había saltado por mandarle a Rud investigar al tiburón.

—Ha sido mi culpa. Joder, Alex, lo siento. —Comencé a llorar—. Malditas hormonas.

—No tienen nada contra mí. —Me agarró de las manos tratando de tranquilizarme, pero era imposible.

De repente comenzaron a llamar a la puerta a golpes. Mi corazón se paralizó en el momento en que escuché el nombre de Alex seguido de «*Policía, abra la puerta*». Según abrió Alex la puerta, tres policías le agarraron de los brazos, leyéndole los derechos y esposándole. Era tan surrealista que no me podía mover.

—No podéis hacer esto. —Me lancé contra ellos—. Soltadle.

—Señorita, ¿quiere usted también llevar estas preciosas esposas por desacato a la autoridad?

—Mira, aún no me he cagado en nadie para que sea desacato.

—Mariola. —Brian me separó de los policías—. Puedes empeorar la situación.

—Alex. —Me miró y negó con la cabeza.

—Ocúpate de Jason. Estaré bien.

La escena empeoraba por momentos. Jason salió de la habitación frotándose los ojos por el alboroto y fui dónde él para que se quedase un rato más en la habitación. Al salir Brian estaba mirando la puerta y ya no había rastro de Alex. La policía se lo había llevado.

—Joder, Brian, ¿qué coño ha pasado?

—Le imputan delitos de fraude empresarial. Tengo que irme a la comisaría. —Recogió su chaqueta.

—¿Te crees que me voy a quedar aquí quieta? —Negué con la cabeza—. Llamaré a tu madre para que se quede con Jason. Espérame, por favor. —Comencé a temblar y mis lágrimas salieron de nuevo sin control.

—Todo saldrá bien. —Me agarró de las mejillas—. Te prometo que lo solucionaré. Te lo prometo.

Susan llegó media hora después para quedarse con Jason. Ella estaba igual de preocupada por Alex, pero hasta que no encontrásemos a alguien con quien se pudiese quedar Jason, estaría con él en casa para que no se preocupase por nada de lo que acababa de ocurrir.

Estaba sentado en una sala de la comisaría con cristales dobles desde los que seguro estaban observándome un par de policías comiéndose unos donuts. No podía creer que mi propio padre me estuviera mandando a la cárcel para salvarse él. Tenía las manos encima de aquella mesa metálica y aún estaba esposado. Entró un policía de traje con un montón de papeles en las manos.

—Buenos días, señor McArddle. Se le imputan varios delitos.

—No soy un asesino en serie. —Levanté las manos mostrándole las esposas—. ¿Podrían quitármelas? —Sacó las llaves de su bolsillo y las lanzó encima de la mesa—. Exactamente ¿de qué se me acusa para sacarme esposado de mi casa? —Me las quitó y me froté las muñecas.

—Delitos fiscales y blanqueo de dinero a través de una empresa ficticia. Despidos ilegales y cobró de subvenciones que se otorgaron a través de otra empresa fantasma.

—Todos esos delitos se le deberían imputar a mi padre, no a mí. —Apoyé la espalda contra la silla—. Tengo las pruebas de todo lo que ha hecho durante estos años.

—Todos los ricos sois iguales. Amasáis fortunas a base de engañar, mentir y cometer delitos. ¿Puedes dormir tranquilo?

—¿Usted puede dormir tranquilo teniendo a un hombre inocente detenido? —Apoyé mis manos contra la mesa.

—No sigas jugando esa carta. No eres inocente. Aunque tengamos pruebas contra tu padre, tu firma aparece aquí.

Me apoyé cruzado de brazos de nuevo en la silla. Aquella sala pequeña y fría comenzaba a ser demasiado incómoda.

—¿Cuándo podré hablar con mi abogado?

—Está fuera hablando con unos agentes revisando los cargos. No te preocupes, mañana saldrá el juicio para ver si te imponen una multa, vas a juicio o acabas en la cárcel. La justicia en estos casos va muy rápido. —Empezamos a escuchar unos gritos fuera—. Esa debe de ser la embarazada loca que está gritando desde que ha llegado.

—Esa embarazada es mi mujer. —Quise partirle la cara por hablar así de Mariola, pero me controlé para no meterme en más problemas. Escuché las mil y un palabrotas que salían de boca de Mariola—. ¿Puedo verla?

—No hasta que decidamos qué hacer contigo.

No me entraba en la cabeza cómo mi padre, nuestro propio padre, era capaz de joderles la vida a sus hijos de aquella manera. Mis firmas estaban en aquellos cheques y no sabía si podríamos minimizar los daños colaterales de los actos de mi padre.

—Parece un criminal de guerra. —Me senté en una silla obligada por Brian.

—Mariola, tranquilízate. Por ti, por Erin y por Alex, hazme el favor. —Me miró entrecerrando los ojos—. Podías haberte puesto algo más de ropa.

—No me ha dado tiempo. —Resoplé fuertemente.

—Tranquila. —Vi cómo miraba a la entrada—. Creo que ese es uno de los fiscales del distrito. Voy a hablar con él, no te muevas de aquí y no te metas en líos. —Vio cómo se lo afirmaba no muy

convencida.

No me dejaron verle en toda la mañana y mi móvil no dejaba de sonar. Todas, absolutamente todas las revistas, periódicos y televisiones, se habían enterado de la detención. Habían salido hasta fotos de la salida de casa. ¿Cómo se habían enterado... Alison lo sabía y había llamado a la prensa. Sonia y María aparecieron junto a Frank en comisaría. Me abracé a mi hermana sollozando. No entendía por qué estaba sucediendo todo aquello. Lo único que repetía era que había sido por mi culpa. Lograron arrancarme de aquella silla y llevarme a una cafetería a comer algo, pero tenía el estómago cerrado por los nervios.

—Tata, no es culpa tuya.

Estaba con la cabeza apoyada en mis brazos que estaban encima de la mesa.

—No lo es. —Frank me pasó la mano por la espalda.

—Si no hubiera removido la mierda, nada habría ocurrido.

—Y no habríamos descubierto la verdad, cariño. —Mi hermana tiró de mi mano.

—Pero yo...

—Tú, nada, Mariola. —Frank estaba igual de preocupado que yo, pero no lo quería demostrar —. Saldremos de ésta.

—Pero... —Mi móvil comenzó a sonar—. Será alguna piraña por una exclusiva. —Tiré el móvil encima de la mesa.

—Yo me ocuparé de esto. —Frank cogió mi móvil—. ¿Sí? Sí, soy su representante. —Levantó los hombros y se alejó de la mesa. Miré a la calle y había un montón de periodistas esperando la gran noticia.

Justin y Mike entraron corriendo en la cafetería. Todos estaban preocupados y estaban formando una gran piña a nuestro alrededor. No nos movimos de allí hasta que Brian me llamó para explicarnos sobre qué había hablado con el fiscal. Entramos casi peleándonos con los periodistas en comisaría. Pude ver a Alex sentado en una silla donde le estaban tomando las huellas dactilares. Fui corriendo hacia él, pero una policía me paró.

—Por favor, déjeme hablar con él y saber que está bien. —Supliqué.

—De acuerdo. —Me dejó pasar y me acerqué a Alex. Parece que el policía que estaba con él recibió una señal de la chica y se alejó unos metros de nosotros.

—¿Alex, estás bien? —Se levantó y me abalancé sobre él.

—Estoy bien, cariño. De verdad. —Me agarró de la cara limpiándome las lágrimas—. No pasa nada, mi amor.

—Sí que pasa, si no hubiera hurgado...

—Creo que mi hermano ha llegado a un acuerdo con el fiscal.

—Chicos. —Brian se acercó a nosotros—. Hasta mañana no se celebrará la vista preliminar. Al ser domingo los juzgados están cerrados, he tratado de llegar a un acuerdo para que hoy puedas ir a casa, pero...

Dejé de escuchar a Brian y empecé a pensar en que no podía ser verdad, aquello tenía que ser una maldita pesadilla.

—Tienes que pasar la noche aquí y mañana a las diez de la mañana hay una vista. He tratado de usar nuestro apellido, pero ahora mismo cierra más puertas de las que abre. Lo más seguro es que te impongan una fianza hasta el juicio. —Cerró los ojos—. Será el jueves a las diez de la mañana.

—¿El jueves? Es vuestra boda.

—Será ese día.

—Y hasta mañana, ¿qué? —No quería comprenderlo y así no sería real.

—Pasaré la noche en comisaría.

Mi mirada se perdió entre ellos dos. No me podía creer que aquello estuviese sucediendo. Era una broma de muy mal gusto del destino.

—Cariño, por favor, necesito que estés tranquila. Vete a casa y cuida de Jason. —Noté cómo le temblaban las manos y comenzó a entrecortarse su voz—. ¿Habéis hablado de la fianza?

—Me ha dicho un importe provisional. —Noté cómo se miraban.

—¿Y?

—Cinco. —Adelanté unos centímetros mi cabeza pensando que no había escuchado bien.

—¿Cinco? ¿Cinco qué? —Brian levantó los hombros como diciendo—. ¿Millones? ¿Pero ha matado a Kennedy? ¿Estamos locos?

—Y te han bloqueado todas las cuentas para investigarlas. —Alex se desplomó en la silla.

—Si no puedo sacar de las cuentas... —Se llevó las manos a la cabeza supongo que tratando de pensar—. ¿El piso?

—Alex, mamá tiene...

—No. —Fue muy rotundo—. No quiero que mamá pierda nada y tú tampoco. —Me miró a mí—. Y a ti ni se te ocurra pensar nada, cariño. El piso, Brian.

—No es suficiente.

Alex se pasó las manos por la boca.

—¿Junto con el hotel?

—No, ni de coña, Alex. Puedes perderlo si fallan en tu contra imponiéndote una fianza mayor. —Se agachó a su altura—. Déjame pensar en algo. Entre todos...

—Entre todos no juntamos ni medio millón. —María estaba a mi lado y había escuchado todo.

—Alex, yo puedo... —Frank iba a ofrecerse, pero Alex le cortó rápidamente.

—No voy a permitirlo. Brian, dile a mamá que entregué los papeles a los gerentes que están en el hotel. Están listos desde hace unas semanas.

No podía comprender de qué estaba hablando sobre aquellos papeles.

—Señor McArddle, nos vamos para abajo.

No pude ni despedirme de Mariola. No me dejaron hacerlo. Al bajar aquellas escaleras y entrar en aquella pequeña celda oscura, lúgubre y húmeda, sentí que aquello estaba a punto de dar otra vuelta de tuerca a nuestras vidas. Traté de relajarme, de no volverme loco allí encerrado durante más de doce horas. Mantuve la compostura, pero escuchar los gritos que provenían de celdas cercanas, saber que posiblemente eran presos con delitos de sangre me estaban desesperando.

Pasaban las horas y mi cabeza estaba muy lejos de allí. Traté de pensar en otras cosas, pero no era capaz. Cerré los ojos intentando pensar en la noche anterior. El recuerdo de la sonrisa de Mariola me ayudaría a sobrellevar aquella noche.

Al llegar a casa, Jason me preguntó por su padre y yo vilmente le mentí diciéndole que estaba en el hotel haciendo unas gestiones muy importantes. Dejamos a Jason y Andrea en su habitación y nos sentamos en el salón todos tratando de encontrar una solución a aquello. Fueron unas horas interminables y mi cabeza estaba en aquella comisaría, pensando en cómo estaría Alex recluido en una celda. No escuché ni una sola palabra de lo que dijeron.

—Entonces habrá que esperar al juicio. Preparar su defensa será muy fácil.

—Brian, consigue un buen abogado.

—Yo seré su abogado, Mariola.

—No, te casas el jueves a las doce de la mañana y no voy a permitir que faltes a la cita. —

María me miró—. Y no se va a aplazar. Os vais a casar el jueves y Alex y yo llegaremos a la boda. Os lo prometo. No sé cómo, no sé a quien tengo que sobornar, pero estaremos allí a vuestro lado.

—No me voy a casar sin mi hermano. Soy el único que conoce cómo es Richard y el único que puede...

—Yo testificaré a favor de Alex. —La voz de Susan se escuchó por primera vez en horas.

—Mamá... —Brian agarró su mano.

—Sé que estará vuestro padre, pero soy la baza que puede desbaratar su plan. Me han llamado sus abogados y mañana los veré. —La miramos todos.

—¿Cómo?

—Tengo un plan. Cree que sigo siendo la misma idiota que estuvo casada con él, pero no sabe con quién se va a enfrentar. —Se acercó a mí sentándose en la silla de al lado—. Cariño, te aseguro que no habrá nada ni nadie que os vuelva a separar. Sacaré las garras por mis hijos.

—No quiero que salgas herida de todo esto.

—No lo haré. —Se dibujó una sonrisa sarcástica en la cara—. Será él quien salga herido de muerte.

Susan nos contó su plan. Ella había asegurado a los abogados que colaboraría con ellos para que su exmarido no saliera mal parado, pero el verdadero plan era enterarse de todo lo que tratarían de hacer en el juicio, para joderles su defensa y declarar a favor de Alex. Yo solo pensaba en él y aquella noche infernal que estaría pasando en comisaría.

Brian había trazado el plan perfecto para el juicio y trató de buscar entre sus contactos de la universidad un bufete de abogados que quisiera llevar un caso así. No teníamos demasiado tiempo.

Sobre las diez y media de la noche Mike y Justin me llevaron a su piso. Lo último que necesitaba Jason era estar conmigo en casa y que se preocupase por la cara de muerta viviente que tenía. Tenía ducharme, cambiarme de ropa y tratar de descansar algo, pero mi cabeza no dejaba de dar vueltas.

—Tierra llamando a Mariola. —Justin pasó una mano por mis ojos.

—Perdón. No tengo la cabeza... —Fui a poner la tele y Mike me quitó el mando.

—Necesitas descansar.

—No puedo.

—Claro que sí. —Justin desapareció del salón.

—Vamos, cariño. —Mike me llevó hasta la cama y nos tumbamos encima—. Todo va a salir bien. —Pasó un brazo por detrás de mi cuello y me recosté sobre su pecho—. Va a ser una semana larga y difícil, pero te aseguro que saldremos de esta.

—Necesito que Alex esté bien. Que no pierda por mi culpa su vida.

—Cariño, aunque pierda todo —me alzó un poco la barbilla para mirarle—, su vida está a tu lado. Piensa en el momento en que os volvisteis a mirar ayer. Cómo notaste aquel escalofrío, aquellas ganas de besarle, abrazarle y de estar el resto de tu vida a su lado. —Me acariciaba la cabeza mientras hablaba—. Estaréis juntos y el día de vuestra boda la pequeña Erin llevará los anillos. Piensa en eso, cariño.

Me quedé dormida en brazos de Mike, aunque durante toda la noche los recuerdos de Alex aparecieron en mis sueños. Al día siguiente sabríamos cuál sería su destino.

COMO UNA FOTO INCOMPLETA

Mientras Mike y Justin seguían durmiendo en mi cama, yo me preparé y salí de puntillas con las botas en la mano para coger un taxi a casa de Alex. Al llegar abrí la puerta despacito pensando que no habría nadie despierto. Me abrió Susan con unas ojeras terribles.

—Hola, cariño, ¿qué haces aquí? ¿Qué hora es?

—Tranquila. —La abracé—. No son más de las seis. No pensé que habría nadie despierto. — Fuimos a la cocina—. No tienes buena cara.

—Tú tampoco. —Me pasó la mano por el brazo.

—¿Has desayunado?

—No tengo el estómago demasiado bien.

—Pues ahora preparo algo, tienes que estar fuerte para la que se nos viene encima esta semana, Susan.

Se sentó en la silla como si estuviera derrotada por completo. Me mataba verla así. No había rastro de su maquillaje siempre perfecto o de sus vestidos imolutos. Estaba vestida con unos vaqueros, una camiseta blanca y el pelo atado en una coleta. Las arrugas se notaban mucho más en su rostro.

—Espero que todo salga bien. Mi... —Le costaba mucho hablar—. El padre de Alex sabe cuáles son mis puntos débiles. Sabe con qué puede hacer que me arrodille ante él y suplique.

—No, Susan. —Dejé la cafetera en la encimera de la isla y me situé a su lado agarrándola de las manos—. Conocía a la Susan del pasado. Ahora eres mucho más fuerte, has decidido luchar por tu hijo y por tu nieto. —Suspiré—. Eres mucho más fuerte que él. Él será quien acabé arrodillado en el suelo suplicándote. Tienes en tu mano la verdad.

—No solo lo hago por mi hijo y por Jason. —Levanto la cabeza para mirarme—. Lo hago también por ti y por mi nieta. Quiero que todo salga bien de una vez por todas.

—Gracias, Susan.

—No empezamos con demasiado buen pie. —Esbozó una sonrisa.

—Mi gran boca. Siento muchísimo todo lo que entonces te dije, fui una estúpida. —Negué con la cabeza.

—Fuiste tú, como siempre has sido. Eres lo que se ve y eso me gusta.

—Voy a preparar el desayuno para Jason y llevarle al colegio antes de ir a comisaría.

—Voy a despertarle. Le va a encantar que estés aquí y que lleves su pulsera. La eligió con mucho cariño y tenía miedo a dártela. Miedo a que le dijeras que no.

—¿Miedo de decirle que no? Imposible, Susan. —Acaricié las cuentas de la pulsera.

—Desde la primera vez que te vi con él bailando en el cumpleaños de Alex, sonriendo, preocupándote por él a cada momento, sabía que serías incapaz de decirle que no. No hace falta ser de la misma sangre para amar sin medida. Mi nieto te quiere muchísimo, Mariola. —Volvió a sonreír—. Nunca le había visto así con nadie.

—Es un amor de niño.

—Soy el mejor. —Nos giramos y le vimos apoyado en la pared con la cabeza ladeada mirándonos. Tenía exactamente la misma mirada de su padre.

—Sí, señorito, eres el mejor del mundo mundial. —Se acercó a mí y le cogí en brazos.

—¿Papi? —Susan me miró.

—Papi ha tenido que ir a una reunión. Ya sabes que el jueves se casan los tíos y hay muchas cosas aún que tenemos que hacer. Nosotros vamos a desayunar, recogemos a Andrea por el camino y nos vamos al cole. ¿Hoy tienes béisbol? —Me miró sorprendido.

—¿Cómo te acuerdas? —Le revolví el pelo.

—Tengo una súper agenda en la cabeza y nunca me olvido de nada. —Le senté en una silla y saqué un bol para su leche—. Y una más grande en el móvil.

Sonia me llamó para decirme que ella llevaba a los niños a clase. Recogió a Jason en casa y le prometí que iría con Alex a béisbol. Crucé los dedos esperando no fallarle. Fui con Susan andando hasta la comisaría y nos temblaban tanto las piernas a las dos que estuvieron a punto de fallarnos al subir las escaleras. Me faltó la respiración cuando Susan abrió la puerta para entrar. Me tuve que agarrar con mis temblorosas manos en la barandilla y respirar varias veces. Hasta Erin estaba nerviosa, comencé a notar cómo se movía dentro de mí. Me puse la mano en la tripa y Susan asustada bajó los dos escalones que nos separaban.

—Cariño, ¿estás bien? —Me agarró del brazo asustada.

No pude dormir nada en toda la noche. Menos mal que fueron amables y me trajeron un buen café por la mañana. Parecía que la policía que habló con Mariola tuvo una especie de conexión con ella y me trató muy bien toda la noche. Me dio conversación, consejos y hasta me trajo tabaco. No fumaba casi nunca, pero agradecí aquel cigarro a escondidas a media noche. Cuando me quedé solo, en lo único en que podía pensar era en nosotros cuatro. En lo felices que podríamos llegar a ser.

A las ocho de la mañana me sacaron de allí y al subir a una de las salas mi hermano estaba allí con otro hombre.

—Alex. —Me abrazó—. ¿Qué tal estás?

—Ya sabes lo cómodas que son las celdas. —Le di en el hombro.

—Sí, aún recuerdo aquella noche en Boston. —Negué con la cabeza.

—¿Quién es?

—Es Bradford. Va a ser nuestro abogado. Ha estado peleando desde ayer con el fiscal y demás pirañas para conseguir que salgas hoy bajo fianza hasta el juicio del jueves.

—¿Y bien?

—Tras tener que pelear mucho con tu mujer —el abogado resopló e hizo un gesto de desesperación que me hizo sonreír—, el piso y el hotel son los avales para la fianza. No puedes pisar ninguno de los dos hasta que salga el veredicto. —Notó cómo le miraba sin comprender una sola palabra—. El hotel está en manos de alguien que designaste hace unas semanas. Es por motivos de seguridad para que no puedas vender nada o salir del país. Si no darían la alarma de búsqueda a nivel internacional.

—Joder, ni que hubiera matado al presidente.

—Alex, llevaban detrás de vuestro padre muchos años en la Fiscalía por corrupción. Hay mucho más detrás de todo esto y quieren que todos los culpables caigan.

Mi padre nos iba a arrastrar a todos.

—¿Puedo salir de aquí? Pasar por casa a recoger algunas cosas y...

El tal Bradford me miró muy serio.

—Sí, pero no os podéis quedar allí. Irás acompañado por un agente que esperará a que

recojas cuatro cosas y dejéis el piso como mínimo hasta el jueves. Espero que tengas cerrado el trato de venta, porque es más que probable que te impongan una multa. De la cárcel podré salvarte, pero no de la multa que te exigirán.

Después de todo, aquel era el menor de los problemas.

—¿Puedo irme?

—Sí, Alex, puedes irte.

Mi hermano me entregó una camiseta limpia, unas gafas de sol y una cazadora para poder salir de allí. Me esperaban un montón de fotógrafos en la puerta haciendo millones de preguntas en busca de carnaza. Pero al salir por la puerta me encontré a Mariola agarrada a la barandilla y con la mano en la tripa.

—¡Mariola! —Di dos zancadas para llegar a ella.

—Dios mío, ¡Alex! —se abrazó a mí fuertemente.

—¿Estás bien, nena? —Me separé de ella y la observé. Había tratado de ocultar sus ojeras al igual que mi madre con maquillaje, pero ninguna de las dos lo habían conseguido.

—Sí, sí. Solamente es... —se quedó callada y me sonrió.

—Solamente... ¿qué?

—Erin está pegando botes ahora mismo aquí dentro al verte. —Agarró mis manos y se las puso en la tripa—. Cariño, tu hija está feliz por verte. —Volví a abrazarla—. Tu madre también está feliz por verte, cariño.

—Sí. —Me di la vuelta y vi cómo a mi madre se le habían echado los años encima. Estaba demasiado triste—. Mamá, gracias por estar aquí.

—Siempre estaré, hijo. De una manera u otra. —Tras abrazarla, me separé de ella unos instantes—. Pase lo que pase, cariño, quiero que sepas que siempre haré cualquier cosa por ti. Te quiero.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nada, hijo. —Estaba llorando—. Estoy muy feliz por verte.

—¿Qué es lo que ha pasado? —Mariola seguía frotándose la tripa—. Dios, esta niña o sale futbolista o saltadora olímpica.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí. ¿Qué trato habéis conseguido?

—El hotel y el piso.

—¿Cómo? —Mariola y mi madre lo dijeron a la vez.

—Tengo que ir a recoger unas cosas porque no me dejarán entrar más.

—Ven a casa. No hay mucho sitio, pero quiero que estemos juntos. —Mariola me miraba esperando una respuesta.

—No quiero que...

—¿Qué? No me seas idiota, por favor. Recogemos algunas cosas de casa y vamos al piso. Venga.

—Podemos irnos, señor McArddle. —El agente que nos iba a acompañar no tenía cara de muchos amigos.

En menos de veinte minutos tuvimos que recoger varias cosas de casa. Justo para llenar un par de maletas, pero Mariola se volvió loca recogiendo cosas de Jason. Al verla salir con un montón de cuentos y juguetes en las manos fui a ayudarla.

—Los va a necesitar. —Levantó los hombros y sonrió.

—¿Qué he hecho yo para merecerte?

—Has tenido suerte. —Me guiñó un ojo y metió las cosas en un par de cajas.

—Sí, no sabes cuánta. —Lo dije en voz baja y la observé. No se le quitó la sonrisa de la cara, aunque sabía que por dentro estaba muerta de miedo.

Dwayne nos llevó al piso y al entrar observé que la cafetera estaba puesta. Parecía que los chicos estaban allí esperándonos.

—Jus, Mike, espero que mi ducha siga siendo virgen cuando salgáis de ella, por favor. Quiero ser la que la desvirgue. —A los segundos salieron los dos riéndose de la habitación de Erin.

—Eres boba. —Vieron a Alex y fueron a abrazarle—. Qué alegría verte, Alex.

—Gracias, chicos. Gracias por quedaros con las chicas esta noche. —Le estrechó la mano a Mike.

—¿Todas estas cosas? —Justin señaló las cajas que Dwayne estaba descargando.

—Se mudan esta semana aquí.

—¿Y qué le decimos a Jason?

—Que hay una plaga en casa y no se puede entrar en unos días. —Me miró fijamente—. Cuando todo esto termine ya le contaremos la verdad.

—¿Tienes todo planeado? —Me agarró de la cintura pegándome a él—. De verdad, ¿qué he hecho para merecerte?

—Tener un corazón enorme, con unos cuantos parches, pero enorme, que hace lo que sea por las personas que quiere. Eso es lo que has hecho. —Me puse de puntillas para besarle en los labios.

—Tú me enseñaste a ser así. —Escuché un suspiro de Justin y los miré.

—Joder, ya era hora de veros así. —Comenzó a dar palmaditas.

—En fin. —Cogí el móvil—. Voy a llamar a Will, hoy me quedo en casa trabajando y vemos cómo organizamos un poco esto. No es muy grande, pero creo que podemos apañarnos.

—Te quiero, nena. —Volvió a besarme.

—Y yo a ti. —Me quedé unos segundos pensando—. Os tenéis que ir a comprar una cama para Jason. Solo tengo la cuna y ya que os pasáis por Ikea, comprad todo lo que está marcado aquí. —Les di el catálogo—. Necesito pasar a recoger lo de Erin que estaba encargado y —mientras hablaba estaba mirando los *e-mails* en el móvil y respondiendo a alguno de ellos—. Pasad por la oficina y pedidle a Sasha que os de las cuatro carpetas azules y las cinco amarillas de la boda. Ahora le llamo y que me mande aquí con un mensajero las cajas que hay allí para preparar los regalos para los invitados.

—¿Esto es para ti relajarte? —Levanté la vista y vi a los tres observándome.

—Venga, que tenemos muchas cosas que hacer.

Colocamos todas las cosas como pudimos y cuando llegó el mensajero con las cajas para preparar cosas para la boda, Alex alucinó con todo lo que estaba dejando el repartidor por el salón. Mientras yo preparaba algo para picar a media mañana, Alex estaba con uno de los portátiles resoplando. Apostaba un brazo a que estaba mirando las revistas.

—Alex. —Bajé de un manotazo la tapa del ordenador—. No te tortures. Frank se está encargando de toda la prensa. ¿Ves cómo esta mañana no había nadie allí? Dijo que haría lo posible e imposible. Alex, estamos todos, absolutamente todos contigo. —Me senté en sus piernas—. Así tengamos que salir con la espada en la boca y el bazoca atado a la espalda. —Me sonrió.

—Te he echado muchísimo de menos.

—Pues te vas a hartar esta semana. Es un piso muy pequeño y me encontrarás en cada esquina. —Trataba de que no pensase en el tema del juicio.

—Me encantas. ¿Lo sabes? —Hice un gesto de un poco con los dedos.

A los minutos llegó Brian con Bradford para confeccionar una defensa para Alex y, aunque quise dejarle solos, el piso no daba para más. Recogí nuestra habitación, colocando más o menos las cosas, pero cuando llegaron Justin y Mike con lo que les había encargado, aquel piso parecía que se encogía por momentos.

Fue una mañana de locura y la tarde no mejoró. Fuimos a por Jason al colegio y en béisbol, muchos eran los curiosos que cuchicheaban a nuestro alrededor. Se oían comentarios sobre mi embarazo, sobre que yo había matado a Jonathan, que Alex estaba imputado por delito fiscal, que el secreto de la *Coca-Cola* estaba en nuestra casa y que el niño seguramente sería negro. Tuve que pararle los pies a Alex un par de veces para que no montase ningún escándalo. La prensa estaba cerca, más que cerca. Pillé a uno subido a un árbol sacando fotos. Cuando acabó el entrenamiento uno de los padres se acercó a nosotros. Me miró, le miró a Alex y sin más soltó sus más profundos y meditados pensamientos.

—Ojalá acabes en la cárcel como tu padre.

Agarré la mano de Alex que ya la tenía apretada.

—Mira, señor director del Norges Bank de la Quinta, preocúpate más de tu vida, de tus finanzas y de tus trapos sucios. No querrás que un escándalo de cuernos te salpique, ¿verdad? — Me miró alucinado—. Buenas tardes. —Se marchó con el rabo entre las piernas.

—¿Qué sabes de él, Mariola?

—Ya te contaré que viene Jason, pero luego te digo con qué madre está liado. Esto de estar en una empresa que organiza eventos y tienes mano en ciertas cosas, te hace saber lo que los demás quieren ocultar. Así que no me toquen las palmas. Con mi familia no se meten. —Me agarró las manos.

—¿Tu familia? —Le besé en la mejilla.

—Somos una familia en lo bueno y en lo malo. —Nos fuimos a besar y llegó Jason.

—Hola, papi, mami. —Se me caían las bragas al oírle llamarme así—. Hola, Erin. —Me dio un beso en la tripa—. ¿Nos vamos a casa? —Nos dio las manos.

—Cariño, esta semana vamos a estar en el piso de Mariola. Hay una plaga en casa y no podemos entrar.

—Así estaremos los tres juntos.

Pasamos por el súper a comprar algunas cosas y al llegar a casa Jason la recorrió entera. Observó todo y esperé alguno de sus comentarios sagaces. Pero vino donde mí, me abrazó y fue a la habitación de Erin a mirarla. Se quedó allí un buen rato. Alex fue con él y yo empecé a hacer algo de cena.

—Mariola... —Me giré y Jason estaba a mi lado mirándome—. ¿Puedo pintar yo algo para Erin en la habitación?

—Claro que sí.

—¿Podemos ir a comprar un poco de pintura? —Miró a Alex.

—¿Ahora?

—*Porfa*, papi. —Jason nos miró a los dos.

—Justo ahí en frente hay una tienda de pinturas. —Sonreí negando con la cabeza.

—Gracias. —Jason salió corriendo y Alex suspiró.

No tardaron más de diez minutos en volver y se encerraron en la habitación los dos. Se escuchaban risas desde la cocina y me sentí feliz. Feliz por haber recuperado aquello que pensé haber perdido para siempre. Aquellas risas eran la cura para un corazón que estaba palpitando por

recuperarse finalmente de todo. Puse un poco de música y entre el olor, las risas y la música, por fin sentí que aquel piso era un hogar. Estaba justo haciendo la bechamel para la lasaña cuando escuché que Jason me llamaba mientras se acercaba a la cocina con un bote de pintura roja en la mano.

—Dame tu mano. —Me las lavé, sequé y le di la derecha—. A ver, que esto mancha. —Me pintó con un pincel y vi que su mano también estaba pintada de azul clarito.

—¿Qué estáis haciendo? —Acabó de pintármela y me llevó hasta la habitación.

Alex estaba sentado en el suelo al lado de la pared, con su mano también pintada de un azul eléctrico y cara de yo no tengo la culpa. Habían pintado un precioso árbol con varias ramas. No entendía muy bien para qué teníamos las manos pintadas.

—Espero que no te enfades porque hayamos pintado aquí, pero quería que cuando Erin viniese a casa, siempre nos tenga cerca. Entonces en cada rama dejamos nuestra huella de la mano y cuando vengamos a casa con ella, ponemos la suya arriba, al lado de la mía. —Le miré alucinada. Jason tenía unas ideas increíbles y me sentí muy emocionada por ver lo que habían hecho—. ¿No te gusta? Papi, nunca sé si llora porque está triste o porque está contenta.

—Cuando seas mayor entenderás a las mujeres. —Le miré a Alex ladeando la cabeza—. Vale... Nunca comprenderás del todo a las mujeres y esa es su magia, que siempre te enseñarán algo nuevo.

No sabía si comerme al padre o al hijo. Pusimos las manos en la pared y era como una foto incompleta. Jason me enseñó el bote con el que pintaría la mano de su hermana para que ella también dejase su huella en nuestro árbol familiar. Me fijé bien y vi una rama de más. Al preguntarle a Jason dijo que ese era el hueco para su siguiente hermanito. Casi me atraganté con mi propia saliva y de la boca de Alex salió una carcajada. No había tenido el primero y aquel pequeño terrorista emocional ya me estaba pidiendo uno más.

Después de cenar decidimos contarle a Jason lo que estaba pasando, aunque obviamos algunos de los detalles. No dijo nada mientras se lo contábamos, pero al terminar, nos dio un gran abrazo a los dos.

—Da igual lo que pase mientras estemos juntos siempre.

—Jason. —Alex le abrazó.

Entre las hormonas y sus palabras no pude evitar llorar de nuevo. No me podía controlar. Habían sido tantos días de tantas emociones, que tenía el corazón a punto de reventar. Después de leerle un cuento y acostarle en la cama que Mike y Justin habían dejado ya montada en el cuarto de Erin, fuimos al salón. Alex se desplomó en el sofá. Llevaba sin dormir cuarenta y ocho horas y tenía que estar destrozado. Puse las cajas encima de la mesa para preparar las bolsas de la boda.

—¿Por qué no te vas a descansar, cariño? Yo en cuanto acabe con esto, voy. —Le vi frotándose los ojos.

—No, nena, te ayudo. Hay demasiadas cosas.

—¿No prefieres descansar? —Le acaricié la cara.

—No podría si no estás a mi lado. Cuéntame que hay dentro.

—Como mi hermana quiere un cuento de hadas, he personalizado los regalos. Hay una tienda en la octava en la que puedes crear un perfume, y con su ayuda, he hecho unas colonias de Brian y María. Es fresca, divertida, con tonos dulces y con olor a Nueva York. —No dejaba de mirarme mientras le contaba todo lo que iba en cada bolsa—. Y para terminar, encontré una tienda muy muy rara en Brooklyn que tenían bolas de nieve personalizables. De estas que agitas y cae nieve. —Se la enseñé mientras negaba con la cabeza.

—Eres increíble.

—Conseguí, tras pelearme con él, que me metiesen dentro de ellas una estrella. —Cogí una carpeta.

—¿Cómo? —En aquel momento comprobé que no entendía nada.

—¿Qué es una boda de cuento de hadas sin estrellas que te iluminen el camino? He comprado a cada uno una supernova. —Me miró extrañado.

—¿Una qué?

—Una estrella en la constelación de Libra, que es la balanza de la diosa Hera, la diosa del matrimonio en la mitología griega. Cada uno tiene una supernova con su certificado y dentro de la bola de nieve hay un colgante de *Swarovski* que representa la estrella. —Soltó un silbido y cogió una de las bolas observándola con detenimiento.

—Ni en mil años se me hubiera ocurrido algo así.

—Llevo muchos años organizando bodas, algo tendré que haber aprendido. Y si la noche quiere, y las nubes nos lo permiten, podremos ver las estrellas en el cielo. Las tengo bien localizadas. —Alex metió cada cosa en una bolsa con mucho cuidado entre papeles azules y rosas.

—No doy crédito, nena, de verdad. —Terminamos de preparar las bolsas y me apoyé en el sofá.

—¿A qué hora tienes mañana cita con Bradford?

—¿No te preocupa lo que puedan decir en el juicio, Mariola? —Estiré las piernas poniéndolas encima de su regazo.

—¿Sabes lo que me preocupa? —Me miró—. Que puedas llegar a pensar que yo pueda salir huyendo.

—Sé que no lo vas a hacer. Si después de todo lo que ha pasado, de lo que te dije, estás aquí a mi lado, me demuestra que me quieres hasta límites insospechados. —Me senté a horcajadas encima de él.

—Hasta límites que un día dije que no traspasaría, que me propuse no volver a sentir, pero usted, señor trajeado, con sus sonrisas de medio lado, sus besos y su gran corazón, ha logrado derribar las barreras y hacer que me replanteé que el amor merece la pena. —Me acerqué lentamente a su boca—. Que el amor puede con todo y que se puede ser feliz. Así que ocurra lo que ocurra, siempre estaré a tu lado. —Se levantó conmigo en brazos y tuve que enredarme en su cadera con las piernas.

—¿Te he dicho hoy lo afortunado que soy? ¿Sí? Pues acostúmbrate a oírlo a diario.

—Puedo acostumbrarme. —Sonreí.

—Van a ser tres días muy intensos. —Me dejó en la cama y se tumbó a mi lado.

Aquellos tres días fueron más intensos de lo que nos habíamos imaginado. Cuando Alex se enteró de que su madre trabajaría con los abogados de su padre para reventar así sus planes, se cabreó. Se enfadó tanto que apareció en la oficina soltando sapos y culebras por la boca. Yo traté de calmarle y hacerle ver que su madre lo hacía por él. Quería poder acabar con su padre y tras tres reuniones aplazadas y dos horas en el despacho, terminó comprendiendo que cuanto más ayuda tuviéramos, mejor. Todos se volcaron con nosotros. Ayudándonos con Jason, recogiendo los últimos detalles de la boda.

La semana transcurrió demasiado rápido. Alex había estado reunido la mayor parte de los días con el abogado, yo trabajando para poder llegar a tiempo a la boda y cuando llegábamos a casa, no éramos personas. Lo de dormir era caso aparte. Ninguno de los dos pegábamos ojo ninguna de las noches.

El miércoles sobre las ocho de la tarde estaba recogiendo mis cosas en el despacho cuando entró Alex.

—Hola, preciosa. —Se acercó a mí y me besó. Uno de esos besos que me hacían revivir—. Si sigues, seguro que me recupero. —Volvió a besarme—. Un poco más.

—Vamos a recoger tu vestido.

—¿Cómo lo sabes?

—Me acaba de llamar tu hermana histérica diciéndome que ha ido a recoger el suyo y que el tuyo sigue allí, que no te lo has probado ni siquiera. Casi me mata.

—¿Pero me das más de esos en el ascensor mientras bajamos? —Me señalé los labios.

—Siempre. —Al salir del despacho me dio un cachetazo en el culo.

Nos montamos en el ascensor y la temperatura subió varios grados. Nos teníamos tantas ganas, tantísimas, que podría haber explotado el ascensor.

Cuando salí del probador, y Alex me vio con el vestido que mi hermana había elegido, sonrió y afirmó con la cabeza. María había elegido para mí un vestido de raso en color champán con un drapeado por toda la parte delantera del pecho, que llegaba hasta los pies, disimulando un poco mi barriga.

—Estás preciosa. —Subió el pequeño escalón en el que estaba subida—. Ojalá fuera nuestra boda mañana. No veo el momento de que me digas sí quiero.

—Sí quiero, Alex. No necesito ningún papel para sentirme tu mujer. —Le besé.

—Sé que no lo necesitas, pero quiero gritarle al mundo que eres mi mujer.

—Sois la pareja perfecta. —Samuel entró en el salón—. Si fuera cura, os casaba ahora mismo. Ya sabes que tu vestido te está esperando. Lo hice para ti y espero que algún día lo elijas para recorrer un pasillo lleno de rosas azules para llegar a un altar improvisado en algún lugar precioso y le des tu sí quiero a este pedazo de hombre. —Cogió nuestras manos y las unió—. No vale nada, pero yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Alex sin dudar lo cogió mi cara entre sus manos y me dio el más profundo, dulce y apasionado de los besos. De los que me hacían temblar las piernas.

COMO SI EL UNIVERSO
ESTUVIERA CONSPIRANDO

Llegó el día del juicio y la boda. Era como si el universo estuviera conspirando contra nosotros. El alegato de Alex estaba completamente preparado, pero aún no sabíamos lo que su madre iba a hacer aquella mañana. Susan no nos lo quiso contar ya que Alex se opondría.

Estaba sentada en el sofá del piso hablando con Sasha, que estaba ya en el hotel preparando el ático.

—No tendrías que estar tan pronto allí, Sasha. Ya me iba a pasar yo antes del juicio. —Me puse un zumo de naranja y volví al sofá.

—Mariola, hoy es un día muy importante para vosotros. Necesitas estar tranquila y yo tengo todas tus directrices en la carpeta. Tengo ya listas las luces y las pequeñas lamparitas. —Taché de mi lista lo que me iba diciendo—. Los nenúfares de la piscina están preparados junto con las velas flotantes. Cuando me avises que venís para el hotel, se colocarán.

—Sasha, eres increíble.

—He aprendido de la mejor. —Escuché su risa—. Así que relájate. —Miré el reloj y vi que ya eran las seis y media.

—No sabes lo que te agradezco todo lo que estás haciendo. —Repasé lo que tenía en la lista—. ¿Sasha, ha confirmado Michael?

—Sí. —Me levanté del sofá y debí de pegar un grito que despertó a Alex.

Le vi con los ojos hinchados y mirándome, poniendo morritos, mientras levantaba una ceja.

—Sasha, eres la mejor. —Colgué el teléfono—. Siento haberte despertado.

—Estaba dormitando.

—Ya sé que no has dormido mucho estos días, pero hoy termina todo. —Fui a hacer un poco de café.

—O no.

—Sí, Alex, hoy termina todo. El tiburón acabará cazado y entre rejas. —Me mordí el labio y me giré para que no me viera la cara.

—¿Pero? —Me agarró de la mano—. Tienes un pero, Mariola.

—Pero aún no sé qué papel jugará morritos en todo esto. —Vi su ceño fruncido—. Tu queridísima cuñada. Esa aún no ha dado el último golpe y sé que hoy es el día perfecto.

—Lo sé, pero pase lo que pase, acabe como acabe, estaremos juntos. —Me agarró de las manos. Sonó el timbre.

—Ese será mi vestido y tu traje.

—Mierda. —Abrió la boca haciendo una o perfecta. Con todo lo que había pasado se le había olvidado el traje

—Espero que te quede bien y te guste.

—Siempre pendiente de todo.

—Y trae también lo de Jason. María se ha encargado de todo. —Le besé y fui a abrir la puerta. Era Justin con sobredosis de azúcar.

—Mi amor, te he traído el vestido y lo demás. No se dieron cuenta de la dirección nueva y lo

ha traído a casa. ¿Por qué no estás arreglada? ¿Vas a ir con esos pelos al juicio? ¿No te vas a duchar? —No paraba de hablar.

—Jus, son las seis y media. No me alborotes más que bastante tengo con la niña, con Alex y con Jason en cuanto se despierte.

—Yo me encargo de Jason, le ayudo a prepararse y vosotros vais a las ocho y media al Juzgado de lo Penal de Chinatown. Acabo de ver que hay prensa abajo.

Alex miró por la ventana y resopló mientras se echaba café a una taza.

—Que Dwayne entre en el garaje y bajamos. Ahí no pueden entrar. Aunque en el Juzgado habrá muchos más esperándonos. —Comencé a ponerme nerviosa.

—Tranquila, Mariola. A las doce estaremos en Bethesda.

La mañana fue una auténtica locura. Brian y Bradford llegaron a las siete de la mañana para poder tener todo más que atado. Mis nervios no desaparecieron en ningún momento. Guardé nuestras cosas para la boda en un par de porta trajes con los complementos, el bolso, las sandalias, los zapatos... Quería distraerme unos minutos antes de que todo comenzase. Estaba sola en la habitación, esperando a que dieran las ocho para marcharnos y comencé a preocuparme por lo que estaba a punto de suceder.

Cuando entré en la habitación para decirle a Mariola que nos teníamos que marchar, la encontré mirando la pulsera que le regaló Jason y negando con la cabeza mientras respiraba profundamente. Sabía que estaba muy nerviosa, lo podía notar en la forma que su cuerpo se balanceaba, en la manera en que sus manos temblaban terminando de meter en el bolso sus cosas y cómo miraba nerviosa el móvil. Al levantar su vista me vio detrás de ella en el espejo y me regaló una preciosa sonrisa, triste, pero preciosa.

—Nena, todo saldrá bien. Ahora me toca a mí darte ánimos. —La abracé por la cintura.

—Perdón, es que son muchas cosas para hoy. Estoy nerviosa, aterrada y quiero que se acabé ya. Que diga lo que diga el juez, sea ya. —Apoyó su cabeza en mi hombro mientras seguía pegado a su espalda—. No quiero que nadie salga herido. Aunque sé que habrá muchas cosas que dirán en el juicio. Cosas que nos van a obligar a recordar nuestros pasados.

—Da igual lo que digan, sabemos la verdad. Así que no nos pueden sorprender con nada.

—Sí. —Notaba cómo temblaba todo su cuerpo.

—¿Estás segura?

—Siempre a tu lado, en lo bueno y en lo no tan bueno.

Agarró firmemente mi mano y no la soltó en ningún momento. Ni bajando en el ascensor ni en el coche ni subiendo las escaleras del Juzgado mientras un montón de periodistas lanzaban sus cuchillos y nos flasheaban con las cámaras. Se ajustó las gafas y no quitó la sonrisa de su cara en ningún momento, hasta que se cerraron las puertas tras nosotros del Juzgado.

—Pirañas. —Se quitó las gafas y la vi con una ceja levantada. Sabía que estaba acordándose de todas las familias de los de fuera.

—Nunca se pierden un show tan mediático como este. Padre e hijo imputados por la Fiscalía. Es carne de cañón para ellos. —Apreté su cuerpo contra el mío para tranquilizarla—. En unas horas estaremos disfrutando de nuestra familia, de un gran día lleno de sorpresas que a tu hermana y a mi hermano les encantarán.

—Dios. —Se llevó las manos a la cabeza—. Los regalos. Están en casa, en las bolsas en el salón. Mierda. —Comenzó a andar por el pasillo buscando algún número en el teléfono.

—Tranquila. —Me acerqué a ella—. Cualquiera puede ir a casa.

—No, Alex, cualquiera no. Todos están ocupados.

—Mi madre. —Vi cómo me miraba y noté algo extraño en ella—. Mariola. —No dijo nada y se alejó un poco de nosotros.

—Alex, está todo listo. La Fiscalía ya ha llegado y tu padre está dando una gran rueda de prensa fuera. —Miré a Bradford y mi hermano estaba que se subía por las paredes.

—Hijo de la gran puta. Espero que con el golpe maestro caiga a los infiernos.

—Brian, no necesito que estés aquí. Vete a casa, por favor.

—No te voy a dejar solo. Tranquilízate, que en cuanto saquemos a nuestro primer testigo, se acabará el juicio. Este paripé no durará más de una hora. A las diez estaremos en la calle. Te lo prometo.

—¿Qué testigo? —Comencé a oír unos tacones por el pasillo y al darme la vuelta vi a ¿mi madre?

—Brian, ¿qué estáis tramando?

Sasha tardó demasiado en encontrar a Will para que pudiese hablar con él.

—Will, por favor, pídele las llaves al portero y recoges las bolsas. Se me han olvidado en casa y tienen que estar en el hotel.

—Tranquila, Mariola. Ahora mismo voy. —Miré hacia la derecha y me encontré a Susan hablando con los abogados del tiburón—. Mariola, Mariola...

—¿Qué?

—Todo saldrá bien, tanto donde estás ahora mismo, como la boda. Será un gran día. —Balbuceé algunas palabras, bueno más bien las gruñí—. Y sigue enseñando los dientes a los periodistas.

—Sí, pero no van a ser los últimos en los que me cague hoy.

La puerta del Juzgado se abrió y los flashes me cegaron por unos segundos. Los gritos de los periodistas nos hicieron a todos girarnos hacia la puerta. Y allí estaba ella, como si fuera Victoria Beckham presentando su nueva colección, con un vestido negro ajustado, sus *Jimmy Choo* de vértigo y los labios rojos. Mucho tiempo se había escondido la lagartija de Alison. Salió al calor del juicio. Pasó por mi lado mirándome por encima del hombro, como siempre. Ladeé la cabeza y le enseñé los dientes, que como dijo una famosa en España «*Dientes, dientes que es lo que les jode*». Pasó al lado de Alex y el tiburón tiró de su brazo para entrar en la sala.

—Todo listo, empezamos en cinco minutos. —Brian se acercó a mí.

Entramos en la sala y aquello impresionaba. Todo era de maderas nobles en tonos oscuros y un gran estrado a más de dos metros de altura. Al igual que en las películas, el juez se situaba en la zona más alta para poder observar todo. Alex, Brian y Bradford se sentaron en una mesa a la izquierda de la sala, y el tiburón y sus secuaces, en la mesa que estaba al lado y la Fiscalía a la derecha. Yo me senté justo detrás de Alex. Había un pequeño jurado en la parte derecha de la sala que observaba todo lo que estábamos hablando y haciendo. Mis piernas comenzaron a temblar de tal manera, que mis tacones resonaban en la sala. Noté cómo las personas que estaban en el jurado me miraban y traté de tranquilizarme. Cuando el alguacil dijo en pie, el juez entró en la sala. Mi corazón comenzó a latir más y más rápido a cada paso que daba para llegar a su sitio. Solté un gran suspiro tratando de tranquilizarme que hizo que el jurado me mirase de nuevo. Disimulando, me toqué la barriga, frotándomela. Vi cómo una de las señoras me miraba la tripa y sonreía.

—Juguemos la baza del embarazo.

Seguro que los otros acusados jugarían otras bazas.

La Fiscalía leyó todos y cada uno de los cargos que se le imputaban al tiburón. No me sorprendió ninguno de los que dijeron, ni siquiera los que no sabíamos. Cuando leyó los de Alex,

bueno, el de Alex... Fraude, simple y llanamente. Fraude y una serie de despidos improcedentes dentro de una empresa ficticia creada por su padre. Supuse que sería pagar una buena multa a aquellos trabajadores entre los que yo me encontraba. El juez era implacable con los delitos de fraude fiscal, corrupción y demás violaciones de los derechos fundamentales de integridad en las empresas estadounidenses. Aquella fue la larga frase que dijo nada más empezar. La Fiscalía al principio solo atacó al tiburón.

No podía dejar de mirar el móvil. Vi cómo pasaban los minutos en la pantalla y cómo se acercaban las diez de la mañana sin tener ningún veredicto. La voz de Bradford llamando a Susan a declarar me sacó de mis pensamientos.

—¿Cómo?! —El tiburón pegó un golpe en la mesa que hizo que Susan se diera la vuelta aterrorizada mientras subía al estrado—. No puede subir, es nuestra testigo. Está de nuestra parte. Susan, ni se te ocurra. —Susan le miró con tal odio que pensé que el tiburón ardería en llamas y se esfumaría en cenizas.

—Es lo menos que te mereces.

—Orden en la sala. —El juez golpeo en el estrado con el mazo—. No quiero tener que sacarles de aquí esposados a ninguno de los dos. —Susan miró a Brian y vi cómo este le hacía un gesto con la cabeza como pidiéndole tranquilidad.

Bradford comenzó con su tanda de preguntas y Susan las respondió de manera clara y muy concisa. Bradford le entregó al juez todas las pruebas que tenía en su poder, y tras varias preguntas, dio por terminada su parte.

Se levantó uno de los abogados de Richard, y antes de acercarse a Susan, el tiburón le susurró algo al oído y los dos me lanzaron una mirada que me hizo removerme en el banco. Alex pasó su mano por encima de la barandilla de madera que nos separaba. También se había dado cuenta de aquella mirada.

—Señora McArddle, ¿no es verdad que durante su matrimonio con mi cliente, usted tenía acceso a todas las cuentas de su marido?

—No, señor. No tenía acceso ya que él tenía diferentes cuentas en paraísos fiscales.

—¿Pero no es verdad que le pedía su opinión sobre lo que la empresa hacía? Estaba como gerente de la empresa, en la que su hijo constaba como... —miró sus papeles— como CEO.

—No, tan solo aparecíamos en papeles, para poder echar el muerto...

—¿Nunca ha firmado una adquisición de una nueva empresa? —Le cortó.

—No.

—Prueba número 7. —El abogado le mostró al juez su prueba—. La firma de la señora McArddle aparece en la adquisición de una empresa en el 2010. —El juez le pasó la hoja a Susan y vi cómo a ella le temblaba el pulso al cogerlo.

—Señora McArddle, ¿es su firma? —Susan observó el papel durante unos segundos y su cara se iluminó como si fuera una bombilla.

—No. En el 2010 me encontraba viviendo en París. En nochevieja de 2009, aquí mi entonces marido, se acostó con una jovencita en nuestra casa.

—Esa no es la pregunta. —El abogado por un momento dudó de su defensa.

—Rechazado. Señora McArddle, prosiga.

Susan tomó aire varias veces antes de comenzar a hablar y parecía que iba a contar algo que ninguno de sus hijos allí presentes sabía. Me miró directamente a mí y afirmé con la cabeza.

—Le encontré con la que entonces era la novia de mi hijo Alex, a la que pagó por desaparecer cuando nuestro nieto nació. —Se me cortó la respiración.

—No tienes pruebas de eso.

—¿No? —Susan sacó su móvil y se lo mostró al juez como pidiéndole permiso—. Puedo demostrarlo y el juez lo está viendo ahora mismo. En diciembre de 2009 me fui a vivir lejos de él, a París, y no regresé a Nueva York hasta el 2011, en febrero. —Aún no podía respirar y observé a Alex con los ojos cerrados y negando con la cabeza—. Mi pasaporte, que lo tiene Bradford, lo demuestra. No salí de Francia en año y tres meses. —Bradford se acercó con el pasaporte de Susan y el juez lo revisó.

—Señor Hudson —miró al abogado del tiburón—. ¿Alguna falsa acusación más que quiera verter? Están bajo mi techo y no permitiré ninguna acusación en falso. ¿Entendido?

—Sí, señoría. —El abogado fue hacia la mesa y hablaron en bajo los cuatro que allí estaban.

—¿Señor Bradford, alguna pregunta más que quiera hacerle a su testigo? —Este se levantó dirigiéndose con cariño a Susan.

—Sí, señoría. Susan, después de tal acto, de todo lo que su exmarido realizó, los fraudes...

—Protesto. Afirma sin haber una pena por tales acusaciones.

—Se acepta. Señor Bradford, redirija un poco su pregunta.

—Sí, señoría. Susan, después de ver lo que sucedió, ¿usted cree que su marido sería capaz de vender a su propio hijo por dinero? —Susan no dudó ni un solo segundo.

—Sí, sin lugar a duda. Es un tiburón. —Me miró de reojo—. Busca carnaza de la que alimentarse y no tiene ningún escrúpulo a la hora de joder a quien sea.

—Señora McArddle, controle el tono, por favor.

La forma de hablarle el juez a Susan ya no era como antes. Su tono de voz era mucho más amable que en un principio. Juraría haberle visto hasta hacerle ojitos a Susan.

Diez y media. El reloj seguía corriendo en nuestra contra.

—Perdón, señoría. Sí, es capaz de cualquier cosa con tal de arrasar en sus negocios.

—No hay más preguntas. —De repente uno de los abogados de la Fiscalía se acercó con una nota que le había pasado uno de los abogados del tiburón.

—No está en la lista para testificar. No me gustan estos cambios de última hora.

—Lo sé, señoría, pero la Fiscalía también cree que podría ser decisivo tanto para una parte como para la otra.

Vi cómo el juez nos miraba a nosotros. El jurado no perdía ocasión de apuntar cosas en sus blocs de notas.

—De acuerdo. Cuando terminen con todos, lo acepto.

Cada abogado fue despiadado con sus preguntas. Querían sangre las dos partes y es lo que estaban consiguiendo. Cuando Alex bajó del estrado, tras responder todas y cada una de las preguntas tanto de la Fiscalía como de los abogados de su padre, cayó en la silla agotado.

Once en punto. María me iba a matar si no llegábamos a la hora. Y hasta allí teníamos media hora sin tráfico.

—Realizaremos un receso de diez minutos para que el jurado delibere y emita su veredicto. Pero antes —señaló a los abogados del tiburón—. Un último testigo. —Negó con la cabeza.

—Llamamos al estrado a Mariola Santamaría.

Di un bote en el banco al escuchar mi nombre. Alex se dio la vuelta para mirarme y estaba igual de alucinado que yo. Abrí la boca sin poder articular una sola palabra. ¿Qué coño planeaban?

—Señorita Santamaría. —Vi cómo el juez me observaba, esperando a que me acercase al estrado. Me levanté como un auténtico zombi del banco y pasé la pequeña barrera de madera, abriendo el acceso para poder pasar. Escuchaba la voz de Alex negándose y a Bradford tratando de calmarle. No solté ni el móvil mientras iba andando.

—¿Jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad? —Me di la vuelta y vi a un hombre hablándome.

—Sí, lo juro. —Me senté en la silla con las manos apoyadas en la tripa. Seguía sin poder reaccionar.

—Señorita Santamaría. —Miré al abogado y vi cómo le crecían los colmillos—. Usted fue despedida de una empresa de la familia por Alex McArddle, lo cual le llevó a ejercer la prostitución. ¿No es verdad?

Entonces lo comprendí, querían que Alex perdiese los papeles delante del juez y le imputasen cargos de agresión. Respiré profundamente, me senté bien en la silla, echando la tripa hacia delante, ajustándome la camiseta alrededor de ella. ¿Querían jugar sucio? Jugaríamos a la embarazada traumatizada sometida por un abogado.

—No es verdad. Debido al despido de esa empresa, acabé en un mundo oscuro, pero no de prostitución.

—¿Cómo le llama a acostarse con hombres por un puñado de dólares? —Iba directo a la yugular para sacar la mayor sangre posible. De reojo vi cómo el jurado estaba emitiendo su veredicto contra mí.

—Ser idiota. Creerte a un hombre que te prometía el cielo, pero que me bajó a los infiernos. Me engañó durante mucho tiempo. Él me quiso animar después del despido y me llevaba a fiestas.

Directamente me giré para hablar al jurado. Había seis mujeres y cuatro hombres. Dos de los hombres eran mayores. Decidí ser clara y concisa.

—Caí en sus redes siendo una ingenua pensando que él era un buen hombre. Pero no era así. Ustedes piensen en lo peor que os pueden hacer o a sus hijas. Él me lo hizo por diez.

—Protesto.

—Denegado. ¿No quería saber la respuesta? Pues la señorita Santamaría la está dejando muy clara. Continúe, por favor. —Su mirada fue amable.

—Para aquellos hombres yo solo era una moneda de cambio. Por este motivo el señor tiburón... —miré al juez y no me dijo nada de mi forma de hablar— trató de engañar a su hijo con una foto trucada, que seguro que les han enseñado. No soy yo. Si hace eso para destruir la felicidad de su hijo, ¿qué no sería capaz de hacer por unos millones de dólares?

—Protesto.

—Denegado de nuevo. Siéntese o le echo de la sala por desacato.

El abogado se sentó y hablaron entre ellos.

—Años después, la venganza personal de aquel hombre, por culpa del acusado... —Tragué saliva y apreté los puños tratando de no derrumbarme—. Me secuestró y mató a dos hombres motivado por una venganza contra él. —Señalé al tiburón—. Mató a un gran amigo que me salvó la vida. Solo por una venganza. —La imagen de Ryan apareció en mi cabeza. No pude controlar unas lágrimas y eran reales—. Perdón. Las hormonas. —El juez me entregó una pequeña caja de pañuelos.

—¿Alguna pregunta más?

—Sí. ¿La pasada semana no golpeó a nuestro cliente con un jarrón en su despacho y le amenazó en un restaurante, ante la presencia de Alison Lee? —Volví a mirar de reojo al jurado y algunas caras habían cambiado.

—Sí. —Me puse las manos en mi tripa—. Le golpeé con un jarrón y le amenacé con acabar con él. No me arrepiento de haberlo hecho. Por mi hija seré letal. A cualquiera que se atreva a amenazarme con que le podría pasar algo... —Negué con la cabeza y se escuchó un cuchicheo entre el jurado y todos, absolutamente todos, miraron al tiburón—. No soy mala persona por

querer proteger a mi hija. Y si golpearle por haberme agarrado del cuello casi ahogándome, diciéndome que me quitase del medio o él se encargaría de lo que llevo dentro... Soy culpable. Nadie amenaza a mi hija. —Acaricié mi tripa—. Por ella soy capaz de todo, como ustedes serán capaz de hacerlo por los suyos. Es lo que cualquier padre o madre haría.

De repente se hizo un silencio en la sala y todos me estaban observando. Quizás buscando un signo de debilidad, que no encontraron.

—¿Alguna pregunta más?

Bradford, contento con mi declaración, negó con la cabeza y los abogados del tiburón no supieron qué más hacer.

—Receso para que el jurado delibere. —Dio con el mazo en su mesa y salió de la sala.

Me bajé del estrado y salí de la sala temblando hasta una fuente que había al lado para poder beber un poco de agua. Escuché cómo se abría de nuevo la puerta y al levantar la vista, vi a Alison delante de mí.

—Has conseguido tener a Alex comiendo de nuevo de tu mano. ¿Satisfecha?

—A medias. —Me sequé la boca con la mano—. Estaré satisfecha cuando tu culo desaparezca de mi vista. —Traté de pasar por su lado, pero me agarró del pelo y tiró de él.

—He mentido, he jugado al juego de su padre, he extorsionado, he pedido favores que no creo que jamás pueda devolver, he cometido delitos por y para el tiburón como tú le llamas, tan solo para verte lejos de él. —Estaba tratando de no pegarle un buen puñetazo y tranquilizarme—. Me he dejado llevar por él, porque su padre me prometió que se desharía de ti de una u otra manera. Si no era Jonathan quien acabase contigo, hubiera sido él mismo. —Me zafé de su brazo y cuando le iba a empujar escuché una voz detrás de mí.

—Se ha cavado su propia tumba, señorita. Lo que acaba de hacer es una declaración. —Detrás de nosotras estaba el juez que había escuchado todo—. Deténganla.

—Soltadme. Acabaré contigo. —Pataleaba en brazos de dos policías.

—Esto es surrealista. —Me senté acalorada en un banco.

—¿Está bien, señorita Santamaría? —Miré al juez y parecía estar preocupado.

—No. Solo es que... —Miré el reloj de mi móvil—. En quince minutos tenemos que estar en Bethesda. Mi hermana se casa con el hermano de Alex, que está ahí dentro esperando el veredicto. No llegamos y acabaré muerta a manos de mi hermana.

—He salido a buscarla, por qué no se puede salir de la sala durante el receso, y el jurado ya tiene veredictos. —Me levanté y me ayudó al verme agacharme unos segundos por un movimiento de Erin—. ¿De cuánto está?

—De siete casi.

—Entonces estará pegando botes la niña queriendo saber qué sucederá. —Le miré extrañada—. Mi hija está del mismo tiempo. Vamos.

Me guiñó un ojo, y mientras él se iba por una puerta que supuse que daba al despacho interior, yo entré en la sala. El jurado ya se había sentado de nuevo y el representante estaba de pie con un papel en la mano.

—¿Ya está? —Alex me dio la mano y me acerqué para besarle—. Pase lo que pase, estaremos bien.

Mariola había sido tan valiente de contar al jurado lo que había ocurrido en su pasado, que me sentí aún más orgulloso de ella. El juez entró en la sala y todos nos pusimos de pie. Mi madre, que estaba sentada al lado de Mariola, le agarró de la mano, pasó la otra por su cintura y le pegó a ella. Mariola cerró por unos segundos los ojos, y con su otra mano libre, se aferró fuertemente a la mía. Dejé de respirar en el momento en que el alguacil recogió uno de

los papeles del jurado entregándoselo al juez. Este, tras ponerse las gafas para leerlo, lo cerró devolviéndoselo y entregándolo de nuevo al jurado. Cerré los ojos y mi hermano me agarró de la otra mano. Parecíamos una jodida secta invocando a nuestro ser divino. Empecé a hiperventilar cuando empezaron a leer los cargos de ambos antes de emitir el veredicto.

—Ante las acusaciones a Robert Atkins, el jurado le declara culpable de todos y cada uno ellos. —Abrí los ojos sin creérmelo. Culpable de todo. Miré a mi madre y ella estaba llorando.

—Susan, todo saldrá bien. —Mariola se lo susurró mientras le apretaba la mano.

—Ante la acusación de Alex McArddle, le declaramos culpable de despidos improcedentes e inocente del resto de cargos.

—Sí, señor. —Mariola comenzó a gritar—. Chúpate esa, tiburón. —Le enseñó su dedo corazón muy tieso.

—Orden en la sala. —El juez la miró, pero no pudo evitar soltar una pequeña sonrisa—. Alex McArddle, se le impondrá un importe compensatorio para todos los despidos de una cuantía bastante importante, pero eso lo trataremos con su abogado. Ahora corran que tienen una boda a la que llegar. —Dio con el mazo en la mesa.

Escuchamos los gritos de mi padre maldiciéndonos a todos y la última imagen que tuvimos de él fue su salida esposado de la sala bajando por las escaleras del juzgado, flasheado por los periodistas. No me podía creer que todo hubiese acabado, que por fin toda la pesadilla la dejásemos atrás para siempre. Toda la mierda, todos los secretos se habían acabado. Mariola seguía con la boca abierta dando saltitos y llorando. Se lanzó a mis brazos, regalándome besos por la cara, los labios, las manos...

—Siento romper este momento tan increíble, pero ahora mismo me debería estar casando y tu hermana y tu futura cuñada, me va a matar.

—Mierda. —Busqué a mi madre en la sala y la encontré hablando con el juez. Vi cómo él le entregaba un papel.

—Señorita Santamaría, ¿no deberían estar en el parque en una boda?

Asombrado de que lo supiera, miré a Mariola.

—Tendrá que certificar uno, dos, tres y cuatro cadáveres. O alguno más. —Nos señaló a todos—. Mi hermana nos mata.

—Hay una manera de que lleguéis al parque en unos veinte minutos.

Cuando escuché lo que el juez nos estaba diciendo, pensé que estábamos dentro de una cámara oculta y saldríamos en Punk'd^[54], el programa de Asthon Kutcher. Íbamos a hacer una entrada en Central Park al más puro estilo película americana.

30.
COMO EN UNA
GRAN PELÍCULA AMERICANA

Cuando nos quisimos dar cuenta estábamos montados en el coche que Dwayne conducía, escoltados por dos coches por delante de la policía y otros dos por detrás, con las sirenas y las luces puestas. Éramos el mayor espectáculo del día en Nueva York. Comenzamos a cambiarnos de ropa. No era ni el mejor sitio ni momento, pero nos empezamos hicimos lo que pudimos. Yo trataba de colocarme el vestido a duras penas, Brian iba en el asiento delantero tratando de colocarse la pajarita, pero no podíamos con los volantazos que daba Dwayne. Lo único que se oía en el coche eran mis carcajadas nerviosas por todo lo que estaba ocurriendo. Estaba atacada, aliviada, preocupada, excitada, llena de nervios... Mi cabeza se golpeó un par de veces contra la ventanilla.

—Joder, Dwayne. Erin va a hacer un coctel dentro de mí sin mucho esfuerzo.

—Perdón, Mariola, pero es que los policías van a tope.

Alex trataba de meterse la camisa por el pantalón, pero aquello era una misión imposible. De repente, cuando miré por la ventanilla, me di cuenta de lo que estábamos a punto de hacer.

—¿Qué coño...

Metí la cabeza entre los asientos delanteros y vi cómo los policías entraban en Central Park cual salvadores del mundo, con las sirenas puestas y apartando a la gente a nuestro paso. Nuestra cara no debía de tener precio. Comprobé por la ventanilla que las personas que estaban en el parque observaban nuestra entrada como si se estuviera grabando una película de acción al más puro estilo americano.

Cuando Dwayne frenó en seco, vi cómo a Brian le temblaban las manos, sus piernas se movían descontroladas y no podía casi ni abrir la puerta. Al bajar los cinco del coche, todos, absolutamente todos los que estaban esperándonos en Bethesda, nos miraron con la boca abierta.

—Pero... ¿qué coño... —María nos miró uno a uno de arriba abajo. Debíamos tener unas pintas terribles—. ¿Os parece normal entrar en mi boda aterrorizando a un parque entero con la policía escoltándoos? —Gritaba sin dejarnos hablar—. Dios, la policía. Eso es que el juicio no ha salido bien. —Agarró su vestido rosa por los pies y se acercó corriendo a nosotros—. ¿Qué ha pasado, chicos? —Agarró la cara de mi hermano que se había quedado sin habla al verla—. ¿Queréis decirme algo de una jodida vez?

—Estás preciosa. —Aquello fue lo único que pudo balbucear—. Tengo muchísima suerte de casarme contigo.

—Tú también estás increíble. —María le colocó bien la pajarita y mi hermano se estaba muriendo por segundos.

—¿Puedo llevarte hasta aquel precioso altar?

—Un segundo. —Nos miró a nosotros. Mariola estaba con el pelo despeinado, el vestido sin subir la cremallera, yo tenía media camisa por fuera, el chaleco sin atar y la pajarita metida en el bolsillo de la americana. Los dos estábamos jadeando como si acabásemos de correr la maratón de la ciudad. Éramos el desastre personificado—. ¿Mariola? —Sin decir nada más, Mariola afirmó con la cabeza y sonrió. María se lanzó a sus brazos besándola en la cara—.

¿Todo?

—Todo se ha solucionado. Así que ahora es vuestro momento. —Mariola hizo una pausa para ver bien a María y ésta giró un par de veces sobre sí misma enseñándonos su vestido—. Estás preciosa, tata.

—Brian, al altar, que tienes que esperar a tu preciosa futura mujer allí. —Mi madre agarró a Brian del brazo y, al pasar al lado de María, la besó en la mejilla.

Mariola se puso delante de mí para colocarme bien la camisa, atarme el chaleco y en el momento en que me puso la pajarita, levanté un poco la barbilla para que le fuera más fácil. Trató de hacerlo un par de veces, sacaba la lengua como si estuviera montando un puzle de dos mil piezas y alguna no encajase. Desistió al par de minutos y me metió de nuevo la pajarita en el bolsillo de la americana. Puso su mano sobre ella y me sonrió.

—Estás más guapo sin ella. —Me guiñó un ojo—. Bueno, estás guapo siempre. —Respiró fuertemente—. Te quiero.

—Muchas gracias por estar a mi lado, por no mandarlo todo a la mierda y por quererme tanto. —Le aparté unos mechones de pelo de la cara.

—¿Estoy tan mal como me imagino? —Recogió más mechones de pelo y, tras sacar unas horquillas de algún sitio, se hizo un pequeño recogido en la parte de arriba de la cabeza, dejando el resto de pelo suelto.

—Estás preciosa, como siempre. Siempre te lo digo, pero eres la mujer más increíble que tuvo el valor de desafiarme.

—He cambiado desde aquel día. —Me acarició la cara.

—Los dos hemos cambiado, pero sigo teniendo la misma sensación. El destino te puso en mi camino, para tal vez algún día, recorrer un pasillo como ese y compartir el resto de nuestros días. Sonará tonto, pero aun habiendo pasado lo que ha pasado, supe en aquel primer instante que serías la mujer de mi vida. Eres la mujer de mi vida.

Se acercó para darme un beso con el que se borraron toda la mierda de aquella mañana y mis miedos se quedaron apartados por unas horas.

—Te quiero, princesa.

—No puedo imaginar un mejor final para nuestra historia. Como en los cuentos, pero en este caso no apto para menores. —Me puse de lado ajustándome el vestido alrededor de la barriga mostrándosela divertida a Alex.

—No imaginas las ganas que tengo de tenerla entre mis brazos. —Miré a mi lado y María nos observaba con cara de enamorada.

*—Si es que estoy *totally in love* con vosotros. Mira que no daba una mierda por ti, Alex, pero has sido capaz de recuperar a mi hermana y de meterme a mí en el bolsillo. —María me abrazó.*

—Estás preciosa. —Noté cómo mi corazón se encogía de emoción y cómo las primeras lágrimas comenzaban a salir de mis ojos—. Dios, ya no puedo estar peor.

—Estás preciosa. —Se sacó del escote un pañuelo lleno de maquillaje y me secó las lágrimas—. No está demasiado limpio, pero ahora no vas a ser asquerosa conmigo después de lo que hacíamos de pequeñas. —Nos reímos—. Tengo que pedirte una cosa. Bueno... —miró a Alex— a los dos. —Cogió aire y su pecho se pegó al vestido—. Alex, ¿me llevarías al altar?

—Me sorprende que me lo pidas.

—Me has demostrado que eres una gran persona, con sus pequeñas cosillas como todos. Pero si eres capaz de hacer lo que has hecho por mi hermana, sería todo un honor que me llevaras tú al altar. —María agarró de la mano a Alex y se abrazaron.

—Bueno, pues me toca recorrer el pasillo sola.

—Nunca. —Rud me agarró de la mano—. Te aseguro que no te librarás de mí en tu vida.

—¿Qué sería de mí sin ti, Farmer? —Me agarré a su brazo.

—Nunca lo descubrirás, Paris. —Comenzamos a acercarnos al pasillo cuando escuché la voz de Alex.

—Quieta, exhibicionista. —En dos segundos noté sus manos en mi espalda subiéndome la cremallera del vestido—. Solo quiero verte así yo, no el resto de los invitados. —Me besó en el cuello y me dio un pequeño azote en el culo.

—Y la de las hormonas soy yo.

—Tus hormonas nos han afectado a todos. —Rud sonrió.

Nos acercamos al lugar de las damas de honor y padrinos. Nunca había entendido aquella tradición americana, pero la verdad es que viendo a todos nuestros amigos allí reunidos esperando a recorrer el pasillo, comprendí los motivos. Vi cómo Brian le hacía una señal a Justin que se acercaba a un pequeño cuadrado cubierto por una tela. Supuse que allí estaba algo que no recordaba y que le había encargado a Sasha. Comenzamos a escuchar unas notas musicales, sonaban demasiado en directo. Traté de mirar entre las telas de lejos, pero no pude ver nada. Todos estábamos intrigados, pero vi en la cara de Brian que se alegraba de estar sorprendiéndonos a todos. Cuando aquellas telas cayeron al suelo, todos abrimos la boca sorprendidos. Maroon 5 estaba cantando en directo para nosotros, para que recorriésemos el pasillo hasta el altar improvisado al son de su canción *Sugar*.

—¡Joder! —Aquella fue la primera palabra que se escuchó de la boca de mi hermana y las carcajadas nerviosas de quienes estábamos allí—. Dios mío. —Mi hermana me miró a mí y yo negué con la cabeza.

—La madre que me parió.

—Es una boda llena de sorpresas. —Justin se puso a mi lado—. Vamos, nena.

«¿Azúcar? Sí, por favor. ¿Vendrás y lo verterás sobre mí?».

Sonreí al escuchar la misma frase de la primera canción que bailé con Alex en la fiesta de disfraces cuando nos conocimos. Le busqué con la mirada y él también se había dado cuenta, me guiñó un ojo y en sus labios leí un *Te quiero, nena*.

Al son de aquella canción recorrimos el pasillo bailando. Algunos con más vergüenza que otros. Rud y yo fuimos los últimos en cruzar el pasillo antes que Alex y María. De repente Rud se fue solo dando pasos de baile hasta el medio del pasillo, moviendo las piernas, haciendo el *moon walk* y de repente se giró mirándome y me invitó a ir hasta él con un dedo. Sin pensármelo un segundo, me acerqué a él como si fuera el pasillo de una capilla de Las Vegas y los dos estuviésemos pasados de copas. Iba moviendo la cabeza y los brazos en el aire, mientras María silbaba. Cuando llegamos al altar, Rud me giró y ladeó agarrándome fuertemente. Al levantarme vi la sonrisa de Brian y me lancé literalmente a sus brazos para darle un par de besos. Lo del protocolo no iba conmigo en cuestión de eventos familiares.

Nos situamos cada uno en nuestro sitio y al mirar al final, vi a María y Alex. En sus caras se podía ver una mezcla de nerviosismo y vergüenza. Pero me sorprendí. Alex comenzó a bailar, paseando por el camino, como si fuera una estrella de rock. No me lo podía creer. Aquel estirado que conocí, el que no se despeinaba para nada, nos estaba mostrando una parte oculta de él. Animó a María a seguirle con las manos y ni corta ni perezosa lo hizo. Los dos bailaron por el pasillo hasta el altar haciéndonos sonreír a todos. Cuando Alex entregó a María a Brian, me miró y me guiñó un ojo levantando una ceja. Sabía perfectamente que yo estaba alucinando y a él le encantaba verme tan descolocada.

La ceremonia fue preciosa. No fue la típica lectura aburrida de iglesia o juzgado. Tuve la

oportunidad de hablar con quien oficiaba la ceremonia y lo adaptamos para que fuese especial. Después de media hora en la que reímos, lloramos y escuchamos las palabras que hacían aquel sueño realidad, llegó el momento que tanto esperaban los novios.

—María, ¿aceptas a Brian en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, en las resacas y noches sin dormir, hasta que... —Se quedó callado y me miró—. ¿En serio? —Afirmé con la cabeza riéndome—. En fin. ¿Hasta que Gandalf venga a buscaros para luchar contra Sauron? —Mi hermana soltó una gran carcajada.

—Sí, quiero.

—Tú, Brian, quieres...

—Sí, quiero. —No le dejó terminar.

Y jodiendo todo el protocolo, se besaron. Nosotros comenzamos a silbar, aplaudir y lanzar confeti biodegradable. Nos hicimos las fotos de rigor, con buenas caras, formales y con sonrisas de revista, pero de repente nuestras caras cambiaron y pasamos a hacer el idiota en cada foto. Los chicos cogieron a María entre todos y el fotógrafo inmortalizó cada segundo. Eran momentos únicos y queríamos guardarlos todos.

Dos horas después fuimos al Empire. Aproveché para llegar con Jason y Alex primero, para ver que todo estaba preparado. Allí estaba Sasha dándole los últimos toques a las flores de la piscina, encendiendo una a una las velas. Comencé a notar a Erin y me tuve que apoyar en una mesa.

—No se lo podía perder.

—¿Estás bien, mami? —Jason estaba a mi lado con un vaso de agua.

—Sí, tu hermana también quiere participar hoy.

—¿Cuándo podré verla? —Me acariciaba la barriga.

—Pues según mis cuentas... en enero más o menos.

Al llegar los nuevos señores McArddle, la cara de mi hermana se iluminó. Pidió un cuento de hadas y el día no había hecho más que comenzar. Tras los nervios de inicio del día, todos empezamos a relajarnos. Susan estaba más tranquila, Alex seguía preocupado, pero trataba de hacernos ver que no era así. Aproveché un momento en el que todos estaban comiendo y charlando, para acercarme a él que estaba observando la ciudad desde una de las barandillas.

—¿Todo bien, Alex?

—Sí, nena, estaba recordando el juicio. —Se giró para mirarme—. Demasiada información. —Negó con la cabeza tristemente.

—Es un punto y aparte en nuestra historia, una que comienza hoy en la que puedes decidir cómo se escribirá. No importa el pasado, Alex. —Le agarré de las manos—. Solamente importa el presente.

—No sé qué hubiera sido de mí si aquel día no hubiera llevado a Jason al colegio. Me lo he preguntado un millón de veces.

—No hubieras tenido tantos problemas. —Agaché la cabeza.

—Sin ti no hubiera sobrevivido.

No nos dimos cuenta de lo rápido que pasó el tiempo. Estaba empezando a anochecer y mi hermana aprovechó para hacer el brindis.

—Borrachos, borrachas, embarazadas y locas. —Hizo ruido con un cuchillo en la copa—. Quiero daros las gracias a todos por estar hoy aquí con nosotros. Ha sido un camino difícil, demasiado jodido en algunos momentos. —Sonrió—. Todos los que hoy estáis aquí habéis hecho

que ese camino haya sido un poco más sencillo. Llegué a Nueva York sin saber que dejaría mi anterior vida por ti, Brian. —Le agarró de la mano—. Todo puede cambiar en un instante y puedes descubrir que tu vida no era la que deseabas. Aquella noche comprendí que los caminos de dos personas se pueden unir para siempre. —Levantó un poco los hombros—. Tuvimos la gran ayuda de nuestros hermanos. Dos personas que nos han demostrado que, a pesar de las dificultades, el amor es capaz de sobrevivir a todo. No sé qué hubiéramos hecho sin vosotros. Porque vosotros dos, cabezotas y arrogantes en ciertas ocasiones, nos demostráis que el verdadero amor se puede encontrar cuando menos lo esperas, con quien menos crees y puede durar para toda la eternidad. Gracias, hermanita, por guiarme y cuidarme siempre. Porque no he sido fácil de llevar en ciertas ocasiones, pero nunca me has abandonado. Así que quiero brindar por Mariola, mi preciosa hermana. Te quiero.

Todos aplaudieron y algunos estábamos llorando.

—Pues ahora me toca a mí. —Me levanté y cogí una copa de champán mientras me secaba las lágrimas—. Dios, lo que daría por bebérmela de un trago. —Nos reímos—. La mañana que nos enteramos de lo que hicisteis, os quise matar. Sí, os hubiese matado a los dos. Pero al ver el brillo que teníais en los ojos, me vi reflejada en ellos. Vosotros habéis comenzado a escribir vuestra historia hoy. Sé que seréis felices aunque haya momentos que os queráis matar. —Alex me agarró de la mano—. Vais a disfrutar mucho de esta aventura y, por favor, quereos siempre, perdonaos las cosas y hablad. Habladlo todo y no permitáis que nada rompa lo que tenéis. Porque sois dos de las personas más especiales de este mundo. Os deseo lo mejor. —Noté a la niña—. Erin también. —Se levantaron los dos y se acercaron a abrazarme.

—Siempre quise tener una hermana. —Brian me besó.

—Me tienes desde hace mucho tiempo, caradura.

—¿Aunque me amenazases el primer día?

—Lo seguiré haciendo, ley de vida—Volvió a besarme.

—Gracias por hacer tan feliz a mi hermano. —Volvió a besarme.

Alex se levantó y abrazó a su hermano. Aproveché para bajar a la planta inferior en la que Michael estaba esperando.

—Muchísimas gracias por aceptar. Sé que es algo raro que cantes en una boda, pero es que mi hermana te adora.

—Cuando me llamasteis la verdad es que pensé en negarme, pero cuando me mandaste aquel *e-mail*, hija mía, no pude decir que no.

Subimos a la terraza y avisé a Alex para que nuestros hermanos no nos vieran entrar. Ellos estaban dados la vuelta y no nos vieron, pero tuve que avisar al resto para que no dijese nada. Susan no puso evitar soltar un gran *oh* y enseguida se llevó la mano a la boca. Llamé a Michael para que entrase y nos colocamos los dos al lado del micrófono.

—Ahora, sin que los novios se den la vuelta, van a regalarnos su primer baile como marido y mujer. Espero que os guste el regalo. —Me bajé del escenario, pero no empezó a cantar y me giré para decirle que podía empezar y levantó los hombros negando con la cabeza—. Pero...

—Hermanita —María se acercó a mí—. Esta boda no es la típica boda.

—Pero... —Al mirar al escenario me di cuenta de que ella no estaba sorprendida.

—Tú me quisiste regalar tu canción y yo te quiero regalar el primer baile. Tengo toda la vida para bailar con Brian, pero esto quiero hacerlo contigo. Porque eres única, la que ha conseguido que todos estemos hoy aquí.

Noté cómo me temblaba el labio inferior y cómo las lágrimas comenzaban a caer por mi rostro. Estaba muy emocionada.

—Eres nuestro ángel y cuando pensé que te perdía para siempre, quise cambiarme por ti, ser yo la que estaba en aquel callejón. No podría sobrevivir en este mundo si algo te pasase. —Me agarró de las manos llevándome al centro—. Gracias a ti cada uno de nosotros hemos descubierto que el amor se encuentra en la familia, en los amigos, en una noche loca y a la puerta de un colegio. Eres quien nos ha unido y te estaré eternamente agradecida por ser la mejor hermana del mundo, la mejor amiga, la mejor nuera y madre. —Se tragó las lágrimas que tenía a punto de soltar—. ¿Bailas conmigo?

—Cómo te voy a decir que no.

—Recordemos cuando nos poníamos las cortinas de mamá y bailábamos como dos novios.

No pude dejar de llorar durante el rato que estuve bailando con María mientras Bublé cantaba *Close Your Eyes*. Estuvimos haciéndonos confianzas al oído como cuando nos contábamos los secretos siendo pequeñas. A mitad de la canción me solté de mi hermana y fui a por Brian.

—Ahora te toca a ti cuidarla. —Comencé a llorar de nuevo.

—La cuidaré por siempre jamás.

Los nuevos señores McArddle bailaron y en sus ojos se podía ver reflejada la felicidad más absoluta. Al observar a los demás, vi como todos se limpiaban las lágrimas. No hubo ni uno que pudiera mantenerlas a raya.

Michael nos ofreció un estupendo concierto privado. Según Sasha, iba a cantar tres canciones, pero después de una hora, hizo una parada diciendo que volvía en diez minutos. Así que aprovechamos para entregar los regalos.

—María quería que recordásemos para siempre este día. —Mariola fue entregando las bolsas y comprobó que ya se veían las estrellas en el cielo—. Creo que será una boda inolvidable y cuando miremos al cielo nos acordaremos de este día. —Se acercó a mí nerviosa y todos comenzaron a abrir la caja con la bola de nieve.

—¿Una bola de nieve? —Jason la giraba sin entenderlo.

—Venid aquí. —Nos acercamos a un lateral y Mariola miró al cielo buscando la constelación—. Dentro de cada bola que tenéis en la mano hay un colgante con una estrella. Todas forman parte de esa constelación. —Señaló en el cielo—. Son las que más brillan, para que cuando no estemos juntos, podáis mirar al cielo y podáis recordar que somos una familia. Disfuncional, malhablada y tarada, problemática a veces, pero una familia y eso es lo que cuenta.

—Increíble. Cuando pensaba que no te podías superar, haces algo así. Una puñetera constelación. —María miraba el cielo con la boca abierta.

—¿Para nuestra boda qué vas a preparar? Porque superar esta es imposible, nena. —Justin se abrazó a Mariola.

El resto de la noche fue increíble. Mariola bailó y estuvo pendiente de que todos estuviésemos bien. La vi hablar con mi madre bastante rato, pero cuando terminaron las dos tenían una gran sonrisa en la cara. Había sido un día muy largo y duro. Aún recordaba las palabras de mi madre en el juicio. Los engaños de mi padre, de Alison... de Lisa. Conocer todo por lo que mi madre tuvo que pasar me destrozó. Necesitaba hablar con ella y agradecerle todo lo que había hecho por mí.

Cuando nos quisimos dar cuenta eran cerca de las dos de la madrugada.

—Chicos, ¿habéis visto a Mariola?

—Habrá ido al baño. —Justin y Mike estaban bailando.

—No, vengo de allí. —Comencé a preocuparme.

—Está sentada al fondo con Jason. —Rud se acercó a nosotros—. He estado hablando con ella y convenciéndola de que se sentase. —Me dio un vaso que llevaba en la mano—. Le iba a llevar el zumo, pero seguro que prefiere que vayas tú. Le gustará más un traje de Armani que el mío a su lado. —Sus bromas comenzaban a tener sentido para mí después de tanto tiempo. Durante aquellas semanas había comprendido por qué Mariola tenía aquel feeling tan brutal con él.

—Rud, no he tenido ocasión de darte las gracias. —Extendí la mano y él me miró sorprendido.

—¿Gracias?

—Por cuidar de Mariola. Por aceptar el trabajo al principio, aunque ella te lo pusiera muy difícil. —Rud negó con la cabeza recordándolo—. Por protegerla mil veces, por cuidarla estas semanas, por estar a su lado y por ser más que un trabajo para ti, por ser su amigo. Por organizar la habitación con las cosas de Erin. —Agaché la vista.

—Ojalá hubieras sido tú quien lo hubiese hecho, pero en aquel momento era lo que quería hacer. —Agarró mi mano apretándola fuertemente.

—Por quererla como lo haces. Por esa forma que tienes de enfrentarla.

—Alex, no me tienes que dar las gracias. Es como esa hermana loca y malhablada que hubiera querido tener. No ha sido un trabajo. Ha sido un placer conocerla y conocerte. —Soltó mi mano—. Disfrutad de esta oportunidad que os han dado las estrellas, el destino o como quieras llamarlo.

—Muchas gracias, Rud. Sé que ha sido una auténtica locura desde el principio. —Sonreí levemente.

—Las mejores historias de esta vida son las que tienen mucho amor y mucha locura.

No sentía casi las piernas. Jason estaba dormido en mis brazos y comenzaba a hacer un poco de frío. El vestido estaba apretándome tanto que pensaba que en cualquier momento iba a reventar. Me removí lo justo para que Jason no se despertase.

—¿Molesta el vestido? —Al girarme vi a Alex a mi lado ofreciéndome un zumo.

—Me encantaría arrancármelo ahora mismo.

—A mí me encantaría arrancártelo, pero tenemos demasiados invitados. —Me reí y Jason se movió un poco—. Déjame cogerle.

—Hay un par de habitaciones reservadas en el hotel. Creo que lo mejor sería que le dejásemos dormir en una de ellas y quedarnos aquí esta noche con él.

—Me parece perfecto, pero antes tenemos que hablar de algo. —Su tono me pareció demasiado serio y supuse que era sobre algo que había pasado en el juicio.

—De acuerdo. —Alex comenzó a caminar con Jason en brazos y Susan nos paró.

—Chicos, sé que no es el momento ni el lugar, pero creo que necesitamos hablar de todo lo que se ha dicho en el juicio. No quiero que quede nada entre nosotros. Todo lo que he ocultado estos años, ha sido para protegeros.

—Estás agotada, Susan. —Agarré su mano—. ¿Qué te parece si mañana hablamos y descansas?

—Ha sido un día demasiado largo, pero es que estoy tan a gusto, tan bien acompañada, que no quiero irme a casa y encontrarme allí sola.

—Esta noche te quedas con nosotros aquí en el hotel. Reservé unas habitaciones por si acaso. Íbamos a bajar a Jason que lleva dormido media hora. —Sin decir nada más, cogió a Jason de los brazos de su padre.

—Yo le acuesto. —Sin decir nada cogió a Jason de los brazos de su padre—. Disfrutad del resto de la noche. —Vi cómo Susan guiñaba un ojo.

—Gracias, mamá. —Alex la besó.

—De nada, hijos. Os quiero.

Volvimos a bailar todos y cuando nos dimos cuenta estábamos solos los novios y nosotros dos. Los demás habían desaparecido. El amor estaba en el aire y seguro que estaban disfrutando de la magia de la ciudad. Nos sentamos en uno de los sofás con las americanas de los chicos por encima y los zapatos tirados en el suelo.

—¿Por qué no os vais a disfrutar de vuestra noche de bodas? El *Penthouse* os está esperando. Espero que os guste cómo está. —Vi que Brian miraba a Alex.

—Muchas gracias por todo, Mariola.

—De nada, Brian. —Me recosté en el hombro de Alex—. Ha sido una noche inmejorable.

—Creo que no, hermanita. Creo que hay una cosa que haría que la noche fuese mágica. —Mi hermana me dio la mano—. Ven conmigo. —Caminamos descalzas hasta una de las barandillas desde la que se veía la ciudad—. Todo cuento de hadas debe tener un final feliz. —Comencé a escuchar *From This Moment On* de Shania Twain.

—¿Qué pasa? —Escuché las voces de Brian y Alex detrás.

—Tu cuento de hadas también tiene un final feliz, hermanita. —Me giró y vi cómo Alex se acercaba a mí con las manos temblorosas.

—¿Alex?

—No es el sitio exacto en el que me hubiera gustado hacer esto, pero si es el mejor de los momentos. Esta noche nos has regalado el cielo. Has hecho que nuestra familia brille para siempre. Da igual dónde estemos, en que punta del país o del mundo nos encontremos, siempre podremos mirar esas estrellas. —Me agarró de la mano y empecé a notar cómo mi corazón palpitaba más rápido—. Tú nos has puesto ahí arriba y yo seré capaz de bajarte las estrellas e iluminar el camino que recorreremos de la mano. —Hincó la rodilla en el suelo y con la mano libre se revolvió el pelo nervioso.

—Alex... —Entrecerré un poco los ojos y ladeé la cabeza tratando de no parecer asustada.

—Quiero pasar el resto de mi vida contigo, Mariola. Todos los minutos y segundos del resto de nuestras vidas. —Sacó una pequeña caja del bolsillo de su pantalón—. Quiero empezar un nuevo camino. Nuestro destino estaba escrito, solamente que estaba un poco desordenado y aún no sabíamos cómo encajar bien el puzle. —Abrió la pequeña caja y dentro de ella estaba el anillo de oro blanco con pequeños zafiros azules que me entregó en Marbella, pero que yo le había devuelto meses atrás—. ¿Quieres recorrer ese camino a mi lado?

—Joder que si quiero. —Me arrodillé ante él—. Quiero hacer ese camino, cualquiera, siempre que sea a tu lado. —Me puso el anillo en mi dedo—. Te quiero, Alex.

—Sí. —Escuché a María y a Brian aplaudiendo a nuestro lado. Alex se levantó y cuando fui a hacerlo yo, casi era imposible.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. —Me ayudó a levantarme—. Creo que es hora de que me arranques este vestido.

—Joder que directa. —María me dio en el brazo y se la devolví.

—Me está matando desde hace horas.

Los quince minutos de trayecto en taxi al piso no nos soltamos de la mano ni un segundo. No podía dejar de mirar al maravilloso hombre que estaba a mi lado.

—Creo que ahora es nuestro momento. —Alex se quitó los zapatos al entrar en casa.

—Me ha encantado ver la sonrisa de todos hoy, pero tenía unas ganas horribles de llegar. —Me fui a sentar en el sofá, pero Alex me agarró de la mano.

—Ven conmigo. —Me guio hasta la habitación—. Esta noche comienza nuestra historia.

Un manto de rosas azules cubría la cama y parte del suelo. Solamente las velas nos iluminaban y la imagen de Alex entre sombras, pudiendo ver solamente parte de su cara o de su cuerpo, me parecía más que excitante. Se acercó a mí, pasando sus manos por la parte superior de mi vestido y comenzó a bajar la cremallera. Creo que hasta solté un gemido en el momento en que el vestido acabó en el suelo. Me agarró dulcemente por la cintura y las piernas y dejó que mi cuerpo cayese lentamente encima de la cama. Comenzó a quitarse la ropa y entre sombras mi excitación aumentaba. Su sonrisa se iluminaba con la luz de las velas y seguía siendo tal y como la recordaba: absolutamente demoledora. Comenzó a recorrer mis piernas dejando un reguero de besos y caricias que me estaban volviendo loca. Como si fuera la primera vez en el hotel, como si no hubiera pasado el tiempo y nuestros cuerpos se volvieran a reconocer. Aunque, siendo fiel a la verdad, nunca se habían olvidado.

Fue dulce, caliente, sexy y devastador. Su cuerpo y el mío se fundieron en uno solo dejándonos llevar hasta los límites del placer que tan solo nosotros sabíamos disfrutar.

Tras ducharme salí a aquella pequeña terraza que tenía en el piso y me senté con una manta alrededor en el pequeño banco. Observé la ciudad. Sabía que París para muchas personas era la ciudad del amor, pero a mí Nueva York me había demostrado que sin buscarlo ni esperarlo, el amor me había encontrado. Me miré la mano y acaricié el precioso anillo. Claro que quería pasar el resto de mi vida con Alex. Siempre sería el hombre de mi vida. Al que nunca esperé. Al que nunca pensé encontrar. Escuché unos pasos y salió a la terraza. Le hice un hueco en el banco y abrí los brazos para que se metiera conmigo debajo de la manta. Me acurruqué junto a él.

—¿Qué haces aquí fuera a estas horas?

—No puedo dormir. Aquí tu princesita ha decidido pasar la noche de fiesta. —Me toqué la tripa y puso su mano sobre la mía. Apoyé mi cabeza en su hombro—. Estaba pensando en todo lo que hemos pasado. Cómo nos conocimos, cómo la ciudad que parecía que no me quería me acabó haciendo el mejor regalo del mundo. —Le miré—. A Jason y a ti. Y dentro de poco a Erin. Nunca soñé tener tanta suerte.

—Mi niña. —Me besó—. Somos afortunados. Nueva York es la ciudad del amor, sin duda alguna.

—Eso estaba pensando yo hace unos minutos. —Sonreímos.

—Ves, si es que estaba escrito que nosotros acabásemos juntos hoy en este banco, muriéndonos de frío bajo el cielo de Nueva York. Vamos a la cama. —Nos levantamos y Alex entró en la habitación. Me quedé unos segundos en silencio mirando a lo lejos el skyline de la ciudad. Sonreí y di gracias a Nueva York por todo.

—Mariola, ¿vienes? —Al girarme vi a Alex con la mano extendida esperándome.

—Siempre. —Me aferré a su mano—. Ayer, hoy y siempre.

Entré en la habitación y me abracé a Alex sabiendo que había encontrado mi lugar en el mundo, que mi tarea pendiente, amar y que me amasen sin condiciones ni reservas, la había cumplido. Podía ser por fin feliz al lado de un hombre maravilloso, con Jason, Erin, nuestros amigos y familia. No éramos perfectos, para nada, pero eso hacía que todo fuera mejor y mucho más divertido.

COMO EL FINAL DE UN CUENTO DE HADAS

Ver dormir a Mariola era relajante. Cuando comenzó a desperezarse, sus grandes ojos se abrieron y me dedicó una preciosa sonrisa.

—Buenos días, nena.

—Buenos días, nene. —Puso su mano encima de la mía y miró el anillo—. Nos vamos a casar.

—¿Te lo puedes creer? Después de todo. —Se apoyó en mi pecho y me removí nervioso. No quería preocuparla con nada aquella mañana.

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Me miró a los ojos leyendo en ellos mi preocupación—. He perdido todo. El piso, el hotel, todo. —Me senté en la cama.

—Nos tienes a tu lado. —Me agarró de la mano dejándola encima de su tripa—. Sé que va a ser complicado, que te costará hacerte a la idea de todo lo que ha cambiado tu vida, pero piensa en lo bueno, cariño.

—Lo sé, soy idiota.

—A veces. —Suspiró sonriendo, pero al mirar el reloj de la mesilla, pegó un bote fuera de la cama.

—¿Qué ocurre, nena?

—Tengo que ir a Armory. Con lo de la boda de María le he dejado a Will todo el trabajo. —Se puso mi camisa por encima y se quedó quieta unos segundos oliendo el cuello—. Dios, cómo echaba de menos este olor.

—Cómo echaba yo de menos verte hacerlo. No me había dado cuenta de los hoyuelos que te salen. —Me levanté y me situé a su lado.

—Tenemos que recordar muchas cosas. Sé que no las hemos olvidado. —Se pegó a mi pecho abrazándome la cintura.

—¿Tienes que irte?

—Ven conmigo. Tu madre está con Jason y seguro que estará encantada de pasar el día con él. Acabo unas cosas y nos vamos a comer, porque Brian y María se marchan esta noche de luna de miel.

—Voy a preparar café. —Me besó y se fue cantando a la ducha.

Al salir ya vestida al salón me encontré con un Alex cabizbajo, removiendo el café con la cucharilla. Juraría que había formado más espuma de la normal de tanto agitarla. Sabía que estaba preocupado por haber perdido el hotel, pero tenía que hacerle ver que, aunque estuviésemos debajo del puente de Brooklyn, si estábamos juntos, todo iría bien. Problemas de alguien al que nunca le ha faltado dinero. *Perdón*. Sería una vuelta de tuerca a su vida, a lo que él estaba acostumbrado. Si habíamos sido capaces de sobrevivir al tiburón, a Alison, a Jonathan y a todo lo que había pasado, ¿cómo no íbamos a ser capaces de superar aquello?

Levantó la vista y se quedó observándome mientras me ataba los botones de la camisa. Unos botones que amenazaban con salir volando en cualquier momento.

—Ve a prepararte y quita esa cara que tienes. Que te salen unas arrugas muy feas. Con lo guapísimo que estás cuando sonríes. —Se levantó para darme el café y le agarré de la mano—. Alex, por favor, sonríe.

Me besó y se fue a la habitación. Recogí unas carpetas y el portátil mientras esperaba a que saliese. Me senté en el sofá para tomarme el café y el exquisito olor de Alex inundó el salón. Al girar la cabeza le vi allí, igual que la primera vez en aquella fiesta. Vestido impecablemente con un traje negro y una camisa blanca. Suspiré y aquel escalofrío volvió a recorrerme desde los pies hasta la nuca. Me encantaba volver a sentirlo, pero no pude evitar echarme a reír.

—¿Vas a una entrevista o a un desfile de Armani? —Me encantaba ver las caras que ponía cuando le vacilaba.

—No tengo nada más limpio. Con la agenda que hemos tenido, era esto o salir en calzoncillos. —Se estiró elegantemente las mangas de la camisa por debajo de la americana.

—Pues las mujeres de Nueva York te hubieran agradecido lo segundo. —Inmediatamente me lo imaginé sin ropa calzoncillos.

—Vamos antes de que me arrepienta de salir de casa. ¿Te crees que es legal llevar una falda tan ajustada y que te haga unas curvas así, con una blusa blanca tan sexy?

—Vamos, nene. —Me acerqué a él agarrándole de la corbata y tirando de él hacia la puerta—. Que cuando volvamos hago de ti un hombre. —Abrí la puerta y me choqué con la mole de Dwayne.

—Buenos días, jefes.

—¿Sigue siendo necesario, Alex? Siento decirlo así, pero yo no les voy a pagar esa pasta. —Solté la corbata de Alex y traté de apartar a Dwayne, pero no se movía y divertido le hizo un gesto a Alex—. ¿Qué tramáis?

—Mariola, los dos seguirán con nosotros. Hasta que no se solucione todo, no quiero sustos. Estás embarazada. —Me di la vuelta mirando a los dos.

—No hay peligro, Jonathan está muerto, el tiburón entre rejas y... —Alex no me dejó terminar.

—Me da igual. Ahora eres dueña de una de las empresas más importantes de Nueva York, ¿crees que no puede haber peligros? Alison...

—Alison no sería capaz de meterse conmigo, que tengo unas ganas de darle dos hostias... Quien necesita protección es ella. —Los dos me miraron y se rieron—. Y ahora me voy a trabajar.

Pasé entre el pequeño hueco que dejaba el cuerpo de Dwayne y la puerta, pero se me enganchaba la barriga. Después de dos bufidos, Dwayne se apartó levantándose las manos y los dos me siguieron hasta el ascensor. Rud estaba esperándonos en el coche y cuando le vi, giré mi cuerpo y me dirigí la oficina andando. Escuché cómo los tres decían algo y cogí el teléfono para llamar a mi hermana.

—Estos son idiotas, de verdad. Buenos días, tata, ¿qué tal tu noche de bodas?

—Bien, aquí estamos desayunando con mi precioso sobrino y la suegra. Dios, que raro sigue sonando lo de suegra. —Escuché cómo mi hermana se quejaba de algún golpe.

—Susan te ha pegado, ¿a que sí?

—Nunca más usaré esa palabra. Prometido.

—¿Nos vemos luego para comer? Antes de que os vayáis de viaje. Yo me voy a la oficina y bueno, busca un sitio y me mandas luego la dirección. —Seguía andando mientras escuchaba a los tres hablando por detrás.

—¿Cómo demonios camina tan rápido con esos tacones, esa falda tan estrecha y la barriga?

—Como se te ocurra hacer un chiste de mi barriga, te arranco tu propio brazo y te pego con él. —Señalé a Rud que se escondía detrás de Dwayne—. Cobarde.

Llegué a las oficinas y al menos me libré de dos de ellos. Alex me siguió hasta mi despacho. Cuando solté el bolso y algunas carpetas que había recogido en la recepción encima de la mesa, se acercó a mí.

—No necesito a esos dos detrás de mi culo de nuevo veinticuatro horas al día. Todo se ha terminado, Alex. Entiéndelo.

—Entiéndelo tú, Mariola. Casi te pierdo una vez y me da igual lo que digas, porque van a seguir protegiéndote.

Entrecerré los ojos y vi cómo Will entraba en su despacho haciéndome un gesto con la cabeza para que fuese.

—¿Podemos seguir discutiendo luego? Tengo que ir a hablar con Will.

—¿Puedo quedarme en tu despacho haciendo unos trámites? He recibido un par de llamadas mientras veníamos.

—Lo que necesites. —Recogí las carpetas y salí de allí.

Hasta discutir con él me hacía sacar una sonrisa. Antes de salir por la puerta volví a su lado para besarle. Se quedó sorprendido y antes de irme le guiñé un ojo. Al entrar en el despacho de Will aquello parecía una zona de guerra, todo lleno de papeles, de *post-it*, de pruebas de carteles y de ropa interior en bolsas rosas. Al mirarle vi unas ojeras enormes en sus ojos.

—Qué mala pinta tienes, Will.

—Esta cuenta va a acabar conmigo. Nada sale bien.

—Vamos a ver... ¿qué no sale? ¿Qué falta? —Levantó las manos con un pequeño símbolo de derrota—. Bueno, ¿el gran Will de la costa oeste se está dando por vencido?

—La empresa en Los Ángeles se está desmoronando, no puedo estar aquí y allí.

—Tengo gran parte de culpa en eso. Pero te aseguro que todo esto lo tengo solucionado yo en unas horas. No puede ser tanto lo que falte. Solo quedan dos semanas para la reunión y todo tendría que estar cerrado.

—Falta el catering de la fiesta, la música, las bolsas de regalos, los camareros, los pases...

Él seguía hablando mientras yo lo apuntaba todo y pensaba cómo solucionarlo.

—Todo el tema de la seguridad de la entrada, el photocall y... ¿me estás haciendo caso?

Al levantar la vista vi sus ojos enfurecidos clavados en mí.

—Ni se te ocurra levantarme la voz. Estaba mandando *e-mails* mientras me llorabas por todo eso. Siento haber estado tan distraída con el trabajo últimamente, pero ya estoy al 100%. —Resopló fuertemente—. Prometido. Se acabaron los secuestros, los hospitales, las bodas de familiares y demás.

—Necesitamos ampliar la plantilla. Ayer me entraron unas cuentas nuevas y no vas a dar abasto. —Levantó la mirada—. Voy a un par de reuniones. —Recogió varias cosas y extendió los brazos tratando de abarcar todo el despacho—. Todo tuyo. Hazme volver a creer en ti. —Salió del despacho dejándome con cara de imbécil.

Me quedé unos segundos en el despacho buceando entre las pilas de papeles que tenía. Sería muy bueno en su trabajo, pero era un maldito desastre. Cuando tuve lo que necesitaba salí buscando a Sasha. La encontré hablando con Rud al lado del despacho.

—¿Qué demonios haces aquí? ¿Tratando de despistar a Sasha? Porque tenemos una pila de trabajo enorme.

—¿Como tu barriga?

—Ya está. Te lo has ganado. —Antes de que pudiese pegarle, salió corriendo, metiéndose en el ascensor.

—Sabes que me quieres, Paris. —Le lancé lo primero que pillé en la mesa de recepción y se

estampó contra las puertas cerrándose. Todos se me quedaron mirando.

—Vamos al despacho y te traigo un buen batido. Creo que lo necesitas. —Entramos en mi despacho y Alex estaba observando la ciudad desde la ventana.

—Gracias, pero ya voy yo a por él.

—No, tú te quedas aquí preparando la fiesta y yo me encargo. No acepto un no por respuesta. ¿Tú quieres algo, Alex? —Las dos le miramos, pero no respondió.

Desde el despacho de Mariola se podía ver la gran Avenida Madison llena de coches y personas que caminaban con prisa a sus trabajos. El que yo ya no tenía. Había perdido el hotel y la casa. El abogado me confirmó que unos inspectores habían estado en casa registrándola y que había encargado una empresa de mudanzas para meter todo en cajas. Vi la cara de preocupación de Mariola reflejada en la ventana y traté de quitarme todo aquello de la cabeza. Tenía cara de necesitar estar sola para trabajar, parecía agobiada con un montón de papeles nuevos sobre la mesa.

—Nena, me voy para que puedas trabajar.

—No sales de aquí hasta que no me digas qué te pasa.

—Luego hablamos.

—Que no sales de aquí. —Cerró la puerta y me invitó a sentarme en el sofá—. ¿Qué ocurre?

—Mariola, no quiero que pienses que no soy feliz o que no estoy contento por nosotros, me mataría que lo pudieses pensar.

—Alex, sé lo que has perdido. El hotel de tus abuelos que levantaste, que hiciste tuyo y es parte de ti.

—Era.

—Pensé que no lo llegarías a vender. —Se sentó en el sofá y yo hice lo mismo.

—Han embargado el piso y el hotel para pagar la multa. Te llegará un cheque por daños y perjuicios.

—No quiero ningún cheque, Alex. —Se levantó enfadada—. No quiero nada.

—Da igual lo que digas, han empaquetado todas nuestras cosas del piso, lo han vendido ya y los cheques están preparados.

—¿Cómo coño han vendido la casa tan rápido? —Sabía que lo habrían hecho a cualquiera a cualquier precio—. No es justo.

—Siento ser tan agorero y preocuparme por esas tonterías. —Me miró fijamente.

—No son tonterías, es tu vida. —Agarró mis manos llevándose las a la tripa—. Nuestra vida. Me da igual el cheque, encontraré la manera de rechazarlo, que manden todas las cosas a casa y ya veremos cómo nos organizamos. El piso no es demasiado grande, pero por ahora somos solo los tres. Nos apañaremos. —Comenzó a sonar su móvil y lo apagaba sin contestar, pero las llamadas eran insistentes.

—Tienes mucho trabajo. Yo me voy.

—No. Te necesito. Necesito ayuda con el desfile. Will está hasta arriba de reuniones y aún faltan muchas cosas.

—No sé cómo puedo ayudarte. —Se levantó del sofá.

—Llevas años al mando del hotel, puedes ayudarme mucho más de lo que crees. Y necesito toda la ayuda posible. —Sabía que lo hacía para que me distrajera y no pensase en todo lo que estaba pasando.

Se sentó en su silla e hice lo mismo. Comenzó a hacer una lista con todo lo que había que hacer y seguí todas sus indicaciones. Al hacer un par de llamadas pude averiguar que aún el apellido McArddle abría algunas puertas, aunque otras las cerraba al instante. La reputación

de mi padre había caído hasta el infierno y aun en la cárcel, parecía querer arrastrarme con él.

Después de comer con nuestros hermanos, Jason y mi madre, Mariola volvió a la oficina molesta por que Rud siguiera con ella. Los vi marcharse del restaurante discutiendo y hablando en un idioma que tan solo ellos dos entendían.

—Tú lo que quieres es tontear con Sasha.

—No. —Hizo un gesto con la boca como si fuese un niño de dos años negando lo evidente.

—Te juro que como me...

—Mi cuerpo acaba en el Hudson picadito para los peces. —Se burlo con su tono de voz—. Ya hemos tenido esta conversación. —Pasó su brazo por mi hombro—. No me regañes, Paris.

—Dios, porque te quiero demasiado, si no es que te hubiese mandado a la mierda más de una vez.

—Ya lo has hecho, pero no quieres vivir sin mí.

—Puedo intentarlo.

Nos quedamos esperando a cruzar la calle y en la acera de enfrente estaba Alison con unas gafas de sol enormes tratando de pasar desapercibida, cuando empecé a ver una lluvia de flashes de periodistas a su lado.

—¿Qué ha venido a buscar?

—Pues creo que algún tipo de enfrentamiento delante de la prensa que te deje a ti mal y a ella como la víctima. —Rud me agarró fuertemente de la mano—. ¿Qué vas a hacer?

—Ya no tenemos nada que ocultar, nada sobre lo que mentir ni de lo que avergonzarnos. Así que vamos —Le guiñé un ojo.

Nada más cruzar media carretera la lluvia de flashes nos cayó a nosotros. No dejamos de sonreír en ningún momento e hicimos caso omiso a todas aquellas preguntas que nos caían por todas partes.

—¿Contenta de que acabase el juicio?

—¿Hubo algún trato de favor?

—¿Te parece justa la condena?

—¿Vas a recibir el cuantioso cheque como indemnización?

—¿Es lo que has estado buscando desde el principio de tu relación con Alex?

Entonces me di la vuelta justo antes de entrar en el hall de mi edificio y me encontré con la mirada desafiante de quien había lanzado aquel último dardo envenenado. Alison tenía sus ojos clavados en mí. Respiré varias veces antes de responder y me mordí la lengua.

—No, Alison, no es lo que buscaba ni lo que pretendía. Pero me alegro de que en este gran país la justicia haga pagar por todo. Pero hay pecados que no se pueden perdonar. ¿Tú estás dispuesta a expiar los tuyos, Alison? —Me quedé esperando su respuesta que no tardó en llegar.

—¿Y tú los tuyos?

—No tengo ningún pecado y no pienses que estos señores no saben toda mi historia. Jonathan, Ryan, tu amante el tiburón... Ellos ya lo saben todo. —Miré a los periodistas—. Tristemente toda mi vida se ha visto expuesta en los medios, desgranándola y hasta haciéndome saber cosas que yo desconocía. Por cierto —informé a los periodistas—. No. Nunca he vivido en Miami, no conozco íntimamente a Carmelo Anthony^[55], pero si a su mujer LaLa. No he tenido ninguna relación con un jeque en Marbella y sí, me colé allí en un hotel y atravesé el campo de golf corriendo para llegar a una habitación, pero llevaba ropa. —Volví a escuchar preguntas y miré de nuevo a Alison—. Vive tu vida y déjanos vivir a nosotros. Muchas gracias por vuestra atención. —Sonreí.

De repente los flashes ya no se centraban en Alison o en mí. Todos los fotógrafos se habían

dado la vuelta y era a Alex a quien fotografiaban. Se acercó sonriendo de la mano de Jason, como si todo aquello no le molestase, como si no le preocupase nada. Rud soltó mi mano y se situó entre Alison y yo, obstaculizando el paso de ella. Alex al llegar a mí, me plantó un sonoro beso en los labios, que retrataron todos ávidamente con sus cámaras.

—Alex, ¿es verdad que lo has perdido todo?

Alex me guiñó un ojo como diciéndome que él se encargaba de todo.

—He recuperado lo que más me importa de este mundo. Estoy al lado de mi mujer, de mi hijo Jason y de la pequeña Erin. —Puso su mano sobre mi tripa—. Tengo lo que siempre he querido y no me hace falta nada más.

—Pero has perdido todos tus millones, tu casa, tu vida...

—He ganado. —No les dejó terminar—. Después de tanto tiempo, de tanto peligro —me miró fijamente y sonrió ampliamente—, he ganado. Mi mujer, mi hijo y mi hija. Aunque estuviese en una isla desierta, si ellos estuviesen allí, sería el hombre más afortunado del planeta. —Jason se agarró de mi mano fuertemente—. Mi familia.

—¿Es una exclusiva? ¿Campanas de boda?

—Estamos casados desde hace tiempo, habéis llegado tarde. Así que ya no hay más motivos por los que nuestra vida os pueda interesar.

Tuve que evitar mirarle extrañada, porque no entendía lo estaba diciendo.

—Ahora espero que no sigáis molestando en la empresa de Mariola.

—Vamos, mami. —Jason tiró de mi mano.

—Claro, cariño. —Al tratar de dar un paso, noté cómo tiraban de mi pelo y al girarme vi que era Alison

—Eres una hija de puta. Me has robado mi vida. Acabaré contigo de una u otra manera. Con ese pequeño demonio que llevas dentro. No eres más que una maldita zorra que con sus mentiras ha atrapado a mi hombre.

Sin saber cómo, me deshice de su mano en mi pelo y mi puño acabó en su cara, haciendo que se tambalease y se cayese en un pequeño charco que había en la acera. Mi respiración descontrolada me asustó, pero pude relajarme nada más pegarla. Todos se quedaron en silencio, no saltó ni un solo flash en nuestra cara, hasta pude ver la sonrisa en la cara de alguno de los fotógrafos. Alison maldecía en el suelo y del edificio salió John, uno de los trabajadores de seguridad para llevársela de allí. Aquello sí que lo capturaron.

—Lo siento.

—No, cariño, no lo sientas. —Alex me agarró de la cara.

—Por favor, ¿puedo pedirte un favor? —Me acerqué a un fotógrafo—. No me he podido controlar, pero no quiero perjudicar... —Tener que pedirle un favor a un paparazzi, que tanto por culo nos había dado, me estaba matando.

—Te aseguro que no saldrá y si sale algo, tú quedarás como la madre que protege a su familia.

—¿Si os damos una exclusiva acabará toda la persecución, tanto a nosotros como a nuestra familia? Queremos recuperar una vida normal. Y si para ello tenemos que salir en una revista respondiendo vuestras preguntas, siempre que lo que salga sea lo que decimos, lo haremos.

Miré a Alex y afirmé. Si de aquella manera nos dejaban en paz y, no parecíamos los nuevos West-Kardashian al salir a la calle, dejaríamos que nos hiciesen unas fotos y responderíamos a algunas preguntas.

—Ya sabes dónde localizarme y por quién preguntar.

Mariola se desenvolvió con aquel fotógrafo a las mil maravillas. Supuse que haciendo aquello, nuestra vida volvería a ser normal. Pero ¿cuándo había tenido un momento normal

desde que Mariola apareció en mi vida? Nunca. Y tenía que decir que aquello me gustaba. Como ella siempre decía: «Lo normal está sobrevalorado». No le faltaba razón.

Entramos en su despacho y desapareció durante varios minutos buscando a Will. Volvió a entrar con un par de vasos de zumo y un café para mí.

—¿Estás bien? —Me acerqué a ella ya que se estaba frotando la tripa.

—Sí, Erin se ha revolucionado con el puñetazo. —Me eché a reír—. Tengo que solucionar muchas cosas ahora mismo.

—He solucionado lo del catering, Mike se encargará, le he pedido a Frank que mueva sus hilos y conseguirá algo increíble para la música, la seguridad nos la proporcionará Dwayne. Al menos hay puertas que no se han cerrado aún.

Jason estaba dibujando en la mesa y Mariola me miraba boquiabierta.

—¿Sabes que serías muy bueno en este trabajo?

—No, nena, solo te estoy echando una mano. —Se quedó pensando unos segundos y parecía que se le había iluminado algo en la cabeza—. ¿Qué se te ha ocurrido?

—No es algo que se me ha ocurrido, es algo que esta mañana ha dicho Will.

Mariola se llevó una mano a los labios y tamborileó los dedos sobre ellos. Después se pasó un mechón de pelo por la oreja y movió la cabeza varias veces como si estuviese hablando interiormente. Will entró en el despacho sin llamar. La puerta de Mariola parecía estar siempre abierta para todo el mundo.

—¿Qué demonios le pasa a esta ciudad con la empresa, Mariola? —Se desplomó en uno de los sillones—. Haces tal magia que todo el mundo piensa que puedes hacerles la fiesta de sus sueños. Me han pedido diez fiestas en lo que llevamos de tarde.

—¿Qué tiene de malo eso? —Mariola le miraba negando con la cabeza. Se notaba la pasión que desprendía por su trabajo.

—Tendrás que ampliar el departamento, contratar a más personas y empezar a pensar cómo vas a organizar tú sola toda la empresa.

—¿Sola? —Se tuvo que apoyar en la mesa.

—Sí. ¿No te lo he dicho esta mañana? En unos meses dejaré la empresa totalmente en tus manos. Te cedo todas las acciones, Mariola. Pensé que podría con ello, pero mi empresa en Los Ángeles se está resintiendo y tengo que estar allí.

—Vamos a ver, puedes seguir con las dos. Yo no tengo el dinero para comprarte tu parte. —Will le entregó a Mariola una carpeta y ella leyó atentamente el papel que estaba dentro y abrió mucho los ojos—. No me lo puedo creer.

—Los jefes así lo dejaron escrito. —La cara de Mariola no tenía precio.

—No es que tengas que irte, es que firmaste estar unos meses aquí para que yo no flipase tal y como lo estoy haciendo ahora mismo por dejarme la empresa. —Cogió el teléfono enfadada—. Hola, jefa. ¿Qué demonios has hecho? No me vengas con esas, Linda. No. —Se movía por el despacho como si estuviese enjaulada. Paró un instante y se deshizo de los tacones lanzándolos contra el suelo—. No, Linda. No podéis hacer eso. Y un mojón, Linda. —Tapé los oídos a Jason, pero ya se estaba riendo. Parecía saber lo que quería decir aquello en castellano—. Pues ya podéis venir a la empresa. ¿En las Seychelles? —Se desplomó en el sillón—. ¿Y si la llevo a la quiebra? ¿Y si todo lo que habéis conseguido lo mando a la mierda? —Noté cómo su respiración se descontrolaba y trataba de poner su cabeza entre las piernas, cosa que no pudo hacer por la tripa—. Sí. Nos vemos.

—¿Contenta? —Mariola levantó la vista y miró a Will negando con la cabeza—. Es una gran oportunidad y eres capaz de hacerlo. Lo tengo más que claro.

—Yo...

—Deja de tener tanto miedo. Cree en ti como los demás hacemos. Haz que me arrepienta de la decisión de irme a Los Ángeles y que en unos meses esta empresa haya despuntado más aún en tus manos. —Se acercó a ella lentamente—. Eres capaz. Eres Mariola Santamaría.

—Después de esto no sé si quedará algo del Santa de mi apellido.

Mariola se tranquilizó un poco pasado un rato y conseguí convencerla para que nos fuésemos a casa. Al llegar nos encontramos la casa colapsada con cajas de mudanza. Mariola las atravesó como pudo y Jason me miraba extrañado. El pobre no entendía nada. Se fue a su habitación casi trepando por algunas cajas y en la cocina estaba Mariola preparando algo para cenar.

—Nena, descansa, llevas todo el día trabajando. Déjame a mí. —Le quité el cuchillo de las manos.

—¿Y si no sé hacerlo? —Sus ojos me transmitían la gran preocupación que tenía.

—Te he visto hacer magia y si los jefes lo han decidido así, es porque después de todos estos años te han visto trabajar, crecer y ser increíble. Así que se acabaron los miedos. Yo estaré aquí siempre. —Resopló fuertemente.

—¿Puedes hacerme un favor? —Vio cómo afirmaba—. Arráncame la falda, por Dios, creo que se me ha incrustado en la piel.

—Vamos.

Cuando estábamos en la habitación y le estaba ayudando a soltarse la falda notamos la mirada de Jason desde la puerta fija en nosotros.

—¿Qué pasa, cariño?

—¿Por qué tenemos todas nuestras cosas en cajas, papi? —Se quedó mirándome con sus ojos fijos en los míos.

—Porque... —No sabía bien cómo explicarle las cosas a mi propio hijo. No quería que pensase que su padre era un fracasado.

Mientras me ponía una camiseta me di cuenta de que Alex estaba perdido sin saber muy bien por dónde salir. Podía escuchar perfectamente su corazón palpar fuertemente bajo su pecho. Me acerqué a él y agarré de la mano a Jason.

—Ayúdame a hacer la cena, cariño, y te lo cuento todo. —Le senté en la encimera de la cocina y comencé con la historia. No quería mentirle.

—Ha habido un problema con... —Me obligué a parar y a pensarme bien las palabras que tenía que utilizar con él—. ¿Recuerdas aquel señor que vimos en mi despacho?

—¿El que decía que era mi abuelo?

—Ese señor actuó muy mal y ha intentado que tu padre pague por ello.

—Pero si él ha hecho algo malo, ¿porqué quiere que castiguen a papá?

—Porque las personas malas no quieren que las castiguen. Por eso no podemos estar en vuestra casa. Papá firmó unos papeles hace muchos años, engañado por ese señor. Tiene que pagar una multa de mucho dinero y ha tenido que vender la casa y el hotel. —Miré a Jason esperando que aquella explicación no fuese demasiado dura para él.

Saltó de la encimera y comenzó a rebuscar entre las cajas del salón. Tras mirar en varias de ellas, abrió una que ponía *Habitación Jason*. Rebuscó durante unos segundos y encontró lo que estaba buscando. Volvió a la habitación donde estaba Alex y le seguí curiosa.

—Papi, sé que no es mucho, pero puedes usar mi dinero para pagar la multa.

Le entregó a su padre aquella hucha cerdito de *El principito*. Alex le miró sin saber qué decir y

negó con la cabeza.

—No, cariño. Es tu dinero.

—Pero yo quiero ayudar. Sé que no puedo pagar todo, pero en algo puede ayudar. —Jason levanto la hucha en el aire para tirarla al suelo, pero la cogió al vuelo.

—No, mi amor. Hemos solucionado todo. No hace falta que la rompas. —Miré a Alex y estaba emocionado por aquel gran gesto de su hijo.

—¿Por qué tu padre quiere hacerte daño?

—Porque es un cabrón. —Sabía que aquello en castellano no lo podría entender el niño.

—Porque no es buena persona. —Alex me miró.

—Si es tu padre tendría que quererte. —Jason no era capaz de comprender cómo el tiburón había podido hacer aquello.

—No todos los padres quieren a sus hijos. —Alex lo dijo en alto por primera vez y sabía que le estaba matando por dentro reconocerlo.

—No lo entiendo. Tú me quieres mucho y quieres mucho a Erin que aún no ha nacido. —Jason tenía la mirada triste.

—Tu padre te adora y siempre lo hará.

—No quiero que ese señor se acerque a nosotros si os hace llorar. Ni a la abuela. —Nos dio una mano a cada uno.

—No se acercará nunca a nosotros. Por eso no te preocupes, cariño. —Alex abrazó a su hijo.

—Mientras estemos juntos, estaremos bien.

En ningún momento me imaginé que Jason actuaría de aquella manera tan madura. Para tener siete años nos daba mil vueltas a todos los adultos. Quise darles un poco de tiempo entre los dos y me fui de nuevo a la cocina. Estuve atenta y los escuché hablar durante un rato, hasta que me sacaron de la cocina y Alex me obligó a sentarme en el sofá mientras ellos acababan la cena. Aparté las cajas a una de las esquinas y me quedé mirando unos segundos mientras me acariciaba la tripa. ¿Dónde demonios íbamos a meter todo aquello? Comenzaron a pasarse un millón de preguntas por mi cabeza y en aquel momento no pude encontrar la respuesta a ninguna.

—Estaremos bien. —La pequeña mano de Jason agarrándose a la mía me sacó de mis pensamientos.

—Lo sé, aunque la casa sea más pequeña —eché un vistazo alrededor—, mucho más pequeña, estaremos bien. Pero tendrás que compartir cuarto con Erin. Aunque cuando sea pequeña estará en nuestro cuarto, si hago hueco para la cuna.

—Yo la cuidaré siempre, así que no te preocupes por nada, mami. —Erin comenzó a revolverse en la tripa.

—Pues vas a poder jugar con ella al fútbol. No deja de moverse. —Me senté incómoda en el sofá.

—¿Estás bien? —Jason me miraba preocupado.

—Sí, solo necesito descansar un poco.

Sonó el timbre y Alex salió de la cocina para abrir la puerta. Allí estaban Frank, Sonia y Andrea que venían con bolsas con el postre.

Tras cenar y dejar a los niños en la habitación jugando, nos sentamos de nuevo en el sofá. Sabía que aquello no era una simple visita social.

—¿Qué tal estáis?

—Con dolor de espalda, un marrón importante de la empresa y un millón y medio de cajas en casa, pero de puta madre. —Sonreí mirándolos.

—¿Marrón?

—Sí, mis queridos jefes me han hecho un lío y la empresa está a mi nombre al 100%. Una empresa que no sé ni cómo llevar, una plantilla pequeña que necesitamos... —carraspeé— necesito ampliar.

—Pero eso es genial. —Sonia me abrazó—. Llevas muchos años en la empresa, es parte de ti, solo necesitas rodearte de buenos profesionales.

—Eso suena a muchos dolores de cabeza.

Mariola estaba realmente preocupada por la decisión de sus jefes.

—Pero puedes hacerlo, nena. —Agarré su temblorosa mano.

—Alex, tenemos que hablar. Brian me ha enviado un e-mail esta mañana. —Miré extrañado a Frank, mi hermano estaba de luna de miel.

—¿Sobre qué?

—Mañana hay que ir al juzgado para firmar la disolución de la sociedad del hotel y el embargo del piso. Y Mariola para firmar y recoger el cheque. —Frank negó con la cabeza sin mirar a Mariola—. No me mires así. Quieras o no, es tuyo y creo que lo vais a necesitar. ¿Por qué no lo pensamos fríamente? Teniendo en cuenta lo que tenéis por aquí... ¿por qué no aprovecháis ese dinero?

—¿A qué te refieres, Frank?

—Mira que no te enteras cuando hay que hacerlo, Mariola. —Sonia se empezó a reír.

—Este embarazo me está dejando sin neuronas.

—A ver, cariño. Este piso es genial... para una persona, pero vais a ser cuatro en nada y creo que necesitaréis algo más de espacio. Usad ese dinero para vuestro futuro.

Estuvimos hablando hasta que Mariola comenzó a semi cerrar los ojos. Tuve que obligarle a irse a la cama mientras yo trataba de recoger el salón, pero fue a arropar a Jason. Cuando salí de la habitación, me quedé observando las cajas amontonadas por las esquinas y abrí una en la que se podía leer la palabra despacho. Ni siquiera habían tenido la consideración de guardar bien las cosas, todo estaba amontonado. Al revisar la caja me encontré una foto que ni siquiera recordaba. Tenía que ser del cumpleaños de Jason. Estaba besando la tripa de Mariola. No recordaba que nos hubieran sacado aquella foto, ni siquiera recordaba haberla tenido en el despacho. Le di la vuelta y leí algo escrito.

Mami y papi en mi cumple. Coney Island, 2017.

Aquella foto era de Jason. Fui hasta su habitación y me encontré a él abrazado a Mariola. Les arropé y me fui a nuestra habitación. Aquella cama era demasiado pequeña para que yo me uniera a sus dulces sueños.

Quando me desperté estaba en la habitación de los niños, me debí quedar dormida cuando fui a darle las buenas noches a Jason. Escuché ruido en el salón, y al salir me encontré con la mitad de las cajas abiertas, y a Alex tratando de colocar el millón de cosas que había en ellas. Estaba desquiciado sin saber dónde meter todo.

—Buenos días, cariño.

—¿Te he despertado? ¿He hecho mucho ruido? ¿Ha sido al abrir la caja de los juguetes? —Habla sin parar y al echar un vistazo a la cafetera la vi medio vacía.

—¿Cuánto café te has tomado?

—Creo que más de la cuenta.

—Dúchate y levanta a Jason, yo preparo el desayuno y nos vamos a dejarle al colegio. —Le quité las cosas que tenía en las manos—. Luego tenemos que ir al juzgado. Espero que sea la última vez que pisemos uno.

Después de dejar a Jason en el colegio nos acercamos al juzgado. En aquella sala todo de nuevo eran tecnicismos que ni siquiera podía comprender. Nuestro abogado parloteaba sin parar y Alex tenía la vista perdida en los grandes ventanales de aquella sala. Agarré fuertemente su mano. Su mirada se posó en mí y le sonreí prometiéndole que todo terminaría.

—Mariola, tienes que firmar aquí, aquí y aquí. —Me pasó unos papeles que firmé tras leerlos.

—Alex, tú lo mismo. —También firmó todo.

—¿Algo más?

—Sí, Mariola, esto es tuyo.

Me entregó un sobre blanco y cuando lo abrí... Menos mal que estaba sentada, ya que si no me hubiese caído al suelo de la impresión al ver tantos ceros en el cheque.

—Por un despido improcedente...

El abogado de la Fiscalía me cortó.

—Teniendo en cuenta todo lo que aquel despido generó y cómo su vida se puso en grave peligro por todo aquello... Por todo lo que ha sucedido, creemos que es la cantidad justa.

—¿Creen que con esto se me va a olvidar todo lo que nos ha pasado? ¿Todo lo que hemos perdido?

—No, señorita Santamaría, pero al menos queremos que su vida a partir de ahora sea mejor.

Negué con la cabeza y salí de la sala cerrando la puerta con un fuerte golpe. Comencé a pasear por aquel hall de mármol en el que se oían mis tacones resonando. Una mano se posó sobre mi hombro y al darme la vuelta vi al juez.

—Buenos días, señorita Santamaría.

—Hola —no era capaz de recordar su nombre—, señor juez. —Traté de sonreír, pero estaba tan cabreada que lo notó.

—Llámame Josh.

—No creo que pueda. —Sonreí.

—Veo que ya te han entregado el cheque.

—Todo este dinero es de Alex, ha vendido todo para que a los demás no nos pase nada. No es justo.

—Hay veces que la justicia no se ve igual por todos los ojos. Te puedo asegurar que había otras opciones, pero él no quiso que su madre interfiriese en sus cosas. —Le miré extrañado de que supiera cosas de Susan—. No te hagas más preguntas de las necesarias. Tan solo piensa que vuestros problemas se han terminado. Richard cumplirá muchos años en la cárcel y vosotros podréis empezar de cero. Como si hoy fuera el primer día de vuestras vidas, como en aquella fiesta. —Entrecerré los ojos preguntándome cómo él sabía aquel detalle—. Nos vemos pronto, señorita Santamaría.

Me quedé observándole con la boca abierta viendo cómo su figura se desvanecía en uno de los despachos del fondo del pasillo, mientras iba tarareando una canción.

Estuve el resto del día en la oficina pensando en lo que me había dicho el juez. Una llamada de Susan me sacó de la pila de papeles en la que había sumergido mi cabeza.

—Hola, cariño. Te llamaba para decirte que hoy cenamos en mi casa.

—¿Los Hamptons?

—No cariño, en la ciudad. —Noté una risa nerviosa al otro lado del teléfono.

—De acuerdo. Tengo que pasar por casa a cambiarme de ropa. Un pequeño percance con un zumo de naranja.

—¿Qué tal estás?

—Rara. —Me recosté en la silla mirando el sobre—. Veinte millones parece que me vigilan desde ese horrible cheque. —Escuché cómo Susan soltaba un gemido de gran sorpresa—. Corre, mírate en un espejo y verás la cara que se me ha quedado a mí.

—Al menos el cabrón de mi exmarido paga sus deudas al final.

—El problema es que el dinero es de la venta del piso de Alex y del hotel. No puedo aceptarlo.

—Con ese dinero podéis empezar de cero.

—Susan... —Me quedé en silencio recordando aquellas mismas palabras en la boca del juez.

—Esta noche nos vemos, preciosa.

En aquel momento estaba entrando una llamada de Alex.

—Te salvas porque tu hijo me está llamando por la otra línea. Hasta luego, Susan. —Colgué y contesté a Alex—. Hola, cariño.

—Hola, nena. ¿Recuperada del susto? —Escuchaba ruidos de vajilla por detrás.

—¿Qué estás haciendo?

—Una tarta. —Me tuve que llevar la mano a la boca para que no me escuchase reírme—. Puedes reírte. Creo que me he cargado esa amasadora que tenías. Aunque ahora puedes comprar las que quieras.

—No me hagas bromas con eso.

—Te paso a recoger por la oficina a las cinco.

—No, tengo que ir a casa a cambiarme de ropa. ¿Nos vemos donde tu madre?

—Ok, que te vaya a buscar Rud. —No iba a pelear con él de nuevo.

—De acuerdo, te dejo que voy a preparar unas entrevistas para la semana que viene.

—¿Quieres que cuando volvamos de donde mi madre te eche una mano?

—Claro que sí. Nos vemos en casa de tu madre.

Rud pasó a recogerme por la oficina y cuando llegamos al piso, vi a un par de personas sacando unas cajas del piso de al lado y se montaron en el ascensor dejando las puertas abiertas. Me asomé por ellas. Una vez dentro vi que era mucho más grande que el mío, daba la vuelta al edificio y tenía una impresionante terraza de lado a lado, cuatro habitaciones, un despacho enorme, un salón gigante, una gran cocina y mucho espacio.

—Mariola, no podemos estar aquí, nos van a...

—Buenas tardes. —Al darnos la vuelta nos encontramos a un hombre de traje observándonos.

—¿Se van o se quedan?

—Se van.

—¿Está a la venta? —Volví a mirar aquello tratando de trazar un plano en mi cabeza.

—Yo soy el agente que lo lleva.

—¿Cuánto?

—Bueno, el precio en esta zona es caro y un piso como este...

—Le he preguntado que cuánto, no que me haga un estudio de viabilidad de la zona. —Sacó su *BlackBerry* y comenzó a teclear observando todo el piso, tocando las paredes y haciendo comprobaciones—. No quiero tampoco que me diga si las paredes tienen problemas, usted dígame un precio y luego lo valoraré trayendo a alguien que entienda de paredes.

—De acuerdo. Pues serían cinco.

—¿Anda ya? —Rud se quedó con la boca abierta.

—¿Me da una de esas tarjetas que seguro que está deseando entregar? —Me dio una muy escéptico—. Le llamaré con una oferta.

Al entrar en mi piso Rud se quedó apoyado en la puerta mirándome fijamente, con una de sus caras de «*Estoy flipando pepinillos*». Me cambié de ropa y justo antes de salir de casa me llamó Alex.

—Perdón, vamos tarde. Culpa mía.

—Cógeme el cargador, me estoy quedando sin batería. Te desvió las llamadas hasta que vengas.

—Sí, salimos en dos minutos.

Nos montamos en el coche y a los cinco minutos volvió a sonar el teléfono.

—Alex, ya estamos llegando. No se me ha olvidado el cargador.

—¿Alex McArddle, por favor?

—No, me ha desviado sus llamadas. Soy Mariola, ¿si puedo ayudarte en algo? —Reconoci aquella voz, pero no pude ubicarla.

—Soy el abogado de su padre. Tenemos que hablar.

—Mira, no va a hablar contigo ni hoy ni nunca. Así que no se te ocurra volver a llamarle ni a él ni a ninguno de nosotros. ¿Me ha entendido?

—El señor McArddle ha muerto en la cárcel.

Se me paralizó el corazón y los siguientes cinco minutos en que su abogado continuó hablando ni siquiera le escuché. Rud se bajó del coche y al abrirme la puerta casi tuvo que bajarme él. No pude reaccionar y cuando colgué y se lo dije, se le quedó la misma cara que a mí. Mientras íbamos subiendo en el ascensor traté de pensar la mejor manera de contárselo a Susan y a Alex. Notaba cómo mi cuerpo caminaba hacia el piso, pero era como si yo hubiese salido de él, siendo una mera observadora de todo lo que estaba a punto de suceder. Susan abrió la puerta y dentro ya estaban todos.

—Nena, ¿estás bien? —Alex me miró y no pude decir nada—. Vas a alucinar cuando veas la sorpresa de mi madre.

—¿Sorpresa?

Me giré y vi cómo el juez salía de la cocina hablando por teléfono y enseguida me localizó. Sabía que también le habían llamado a él para contárselo. Al menos no tendría que ser yo quien lo contase. ¿O sí?

—¿Qué ocurre, Josh? —Susan se acercó a él preocupada—. ¿Trabajo?

—Sí. Será mejor que os lo cuente Mariola.

Todos se giraron para mirarme.

—Gracias, Josh. —Negué con la cabeza—. Niños, ¿podéis ir a jugar con Rud en... —observé a mi alrededor y vi una terraza al otro lado del salón— la terraza un poco? —Esperé unos segundos mientras salían y Rud cerraba la puerta mirándome—. No sé cómo deciros esto. —Me apoyé en una pared—. Me has desviado las llamadas y he recibido una mientras veníamos en el coche. —Respiré profundamente tratando de tranquilizarme—. Era el abogado de tu padre. —Miré a Alex que estaba a mi lado.

—¿Qué ha hecho ese hijo de puta? —Apretó su mandíbula.

—Ha... ha... Esto es más difícil de lo que pensaba, joder. —Cerré los ojos un instante—. Ha muerto. Ha aparecido muerto en una reyerta en la cárcel. —Me quedé sin aire.

—¿Cómo? —Susan se llevó la mano a la boca y Josh le agarró del brazo.

—Juez, creo que ya me puedes echar una mano, si te parece bien.

—Me acaban de llamar. —No soltó a Susan—. Tenía demasiados enemigos en la cárcel a los que había mandado allí, timadores, empresarios y bueno... lo siento mucho. De verdad que lo siento. Nadie se merece acabar así.

Nadie dijo nada. Cada uno interiorizó como pudo aquella información. Alex se fue a la terraza a respirar y el resto no dijo ni una sola palabra. Me fui a la cocina y busqué algo en los armarios. Encontré un bote de aceitunas y me senté en una silla a comérmelas. Al levantar la vista tenía a Jason y a Andrea justo delante de mí.

—¿Nos das unas pocas? —Se sentaron uno a cada lado.

—Claro. —Les ofrecí el bote.

—¿Qué ha pasado, Mariola? Todos están muy raros y no nos dejan estar en el salón. —Los miré sin saber muy bien qué decirles o cómo contárselo. Menos mal que apareció Susan para salvarme.

—Niños, ¿os apetece que pidamos una pizza y vais a mi habitación a ver una película?

—Síiiii. —Los dos saltaron de las sillas y salieron de la cocina.

—¿Qué tal estás, Susan?

—No lo sé. No deseaba que este fuera su final, pero siendo egoísta y pensando en mi familia, pensando en vosotros, sé que ya no os puede hacer más daño. —Me acarició la cara y, aun tratando de ocultar sus sentimientos, su cara delataba el estado en el que se encontraba.

—¿Alex?

—Está en la terraza. No ha dicho nada.

No había procesado aún la noticia. Mi padre había muerto en la cárcel y yo no sentía nada. ¿Aquello me hacía mala persona? ¿Me hacía ser lo que tanto había criticado a mi padre? Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y me abracé para darme algo de calor, sentándome en un pequeño banco de la terraza. Noté la presencia de Mariola justo detrás de mí con una manta y se sentó a mi lado tapándome. No dijo nada, simplemente apoyó su cabeza en mi hombro y agarró mi mano poniéndola sobre su pierna.

—No eres mala persona, Alex, no se te ocurra pensarlo ni por un segundo.

Cerré los ojos aspirando el aroma de su pelo y sonriendo, comprendiendo que me conocía demasiado bien.

—¿Seguro?

—Sí, Alex, no eres mala persona. Sé que no le deseabas la muerte, ninguno de nosotros lo hacíamos, y sonará mal... Tal vez ese fuera su destino. —La miré a los ojos—. Perdón, no tenía que haberlo dicho.

—Solo deseo no acabar siendo como él.

—Nunca lo serás, porque tú tienes algo que él nunca tuvo. Un buen corazón.

—Tengo miedo de que un día...

—Ni se te ocurra pensar eso. Tu padre era un... era un cabrón malnacido y siento hablar así de un muerto, pero ha tratado de jodernos la vida.

—Y en cierto modo lo consiguió, pero apareciste tú para remediarlo. No sé si te lo he dicho, cariño, pero siento mucho todo por lo que mi padre o por lo que yo mismo te hice pasar cuando te despedimos. Tal vez si no lo hubiese hecho...

—No pienses en lo que podría haber pasado. Si yo no hubiera plantado mi culo en Nueva York o si no hubiese tenido agallas a aceptar la apuesta de Jus o si aquel día hubiera sido Sonia quien llevase a la niña al colegio o si no hubiésemos luchado con uñas y dientes por nosotros, no estaríamos aquí ahora. Así que se acabó, se acabaron los famosos y si o y si no.

Estamos aquí, vamos a tener una preciosa niña y nos vamos a casar. Así que, señor trajeado, nuestra vida no ha hecho nada más que empezar. —Cerró lentamente los ojos sonriendo y aquella dulce y preciosa sonrisa me contagió, obligándome a sonreír con ella.

—De acuerdo, señorita malhablada.

—Me he vuelto muy fina. —Escuchamos el rugido de sus tripas—. Joder, qué hambre tengo.

—La más fina de las altas esferas neoyorkinas.

—Por mucho que se me peguen las costumbres de esta gran ciudad, no vas a sacar nunca a la española que llevo dentro. —Puso su mano en mis mejillas apretándolas un poco.

—Ni lo quiero ni lo haré. Ese carácter tuyo fue el que me enamoró en aquella primera cena, con aquella camisa que dejaba al descubierto toda tu espalda y aquellos vaqueros que se ajustaban al mejor culo que había visto en años.

—Poco queda de aquel culo. —Se levantó enseñándome el culo enfundado debajo de aquel vestido.

—A mí me sigue encantando. —No pude evitarlo y puse mis manos sobre nuestro tema de conversación.

—Vicioso. Vamos dentro, tu madre estaba nerviosa. —Se quedó quieta—. Tu hermano.

—Ya le he llamado. Vuelven en el primer vuelo.

La noche fue larga. Se suponía que mi madre quería preguntarnos que nos parecía que el juez viniese a cenar ya que ellos habían quedado un par de veces a comer y a charlar. Hacía tiempo que no veía a mi madre sonreír de aquella manera cuando el juez la miraba y yo lo único que quería era que fuese feliz. Su sonrisa me decía que empezaba a serlo de nuevo, a tener ilusión y a tratar de superar aquellos golpes. Mariola se quedó dormida junto a Andrea y Jason en el sofá.

—No quiero formar parte de ello, mamá. No se lo merece.

—Lo sé, mi amor.

—No quiero que esté cerca de los abuelos. No quiero.

—Nos encargaremos de ello.

—Tal y como ha dicho Mariola, empezamos de cero, a ser felices y a disfrutar de la vida, mamá. Te quiero mucho. —Abracé a mi madre.

Por primera vez en muchísimo tiempo sabía que lo que le estaba prometiendo a mi madre era verdad. Que poníamos el contador a cero y todo lo que iba a suceder, solamente podía ser bueno.

Los siguientes días fueron un completo caos. El juez apoyó mucho a mi madre con el tema de la muerte de mi padre.

Aquel día iba a ser demasiado largo. Nada más levantarme, y llegar a la cocina para preparar el desayuno, empezó a sonarme el teléfono. Un escalofrío me recorrió el cuerpo antes de descolgarlo. Había mandado una oferta por el piso de al lado cuando íbamos a casa de Susan y no había recibido ninguna respuesta. Tal vez había bajado mucho el precio.

—¿Sí?

—Me gustaría hablar con Mariola Santamaría.

—Soy yo. —No reconocía aquella voz.

—Llamo de la inmobiliaria.

Alex entró con cara de dormido en la cocina y le di una taza de café humeante. Se sentó a mi lado apoyando su cabeza en mi hombro.

—Vale.

—Han subido el precio. Quieren diez millones.

—Creo que mi oferta es buena y no subiré más de cinco. Ya se sabe cómo están las cosas ahora mismo en el mercado.

—¿Quién es a estas horas?

—Ahora te cuento.

—¿Podemos quedar hoy?

—Imposible, tengo un funeral.

—¿Ni siquiera una hora?

—No, es lo que tiene un muerto, que parece que no, pero da mucha guerra. —Alex me miró extrañado—. Podría ser un día antes de las siete de la mañana. Después trabajo.

—Volveré a llamar. —No parecía estar contento por mis respuestas.

—De acuerdo. —Colgué el teléfono y le hice burla.

—¿Me vas a contar quién era? —Comenzó a jugar con sus dedos entre mis muslos.

—Un agente inmobiliario. —Alzó la vista fijando su mirada en la mía—. Sí, el otro día estaban haciendo mudanza en el piso de al lado y entré a verlo.

—¿Qué has hecho? —En su cara se podía ver la expectación que mi respuesta le estaba generando.

—Quita esa cara. ¿Tú has podido comprobar el caos que es el piso? —Señalé el salón que estaba patas arriba con las cajas—. No he hecho nada malo. He pensado en nosotros y he hecho una oferta por el piso de al lado. Es más grande y podríamos empezar de cero aquí. La zona es genial, mi trabajo está cerca, hay guardería, el colegio no está demasiado lejos...

—¿Me estás tratando de convencer? —Dudé con la cabeza—. Me hubiera gustado ser yo el que solucionaba todo, quien hacía tu sueño posible...

—Cariño, te dije hace muchos meses que yo no necesitaba un príncipe que me salvase. —Me senté encima de sus piernas—. La vida te da sorpresas y no siempre tiene que ser el hombre el que nos salve. Ese cuento está muy pasado de moda.

—Pero...

—Además... —Ya que se había enterado de lo del piso, decidí contarle todo—. Estaba pensando cómo sería trabajar juntos.

—¿Cómo juntos?

—En la empresa necesitamos gente y tú llevas muchísimos años a cargo de uno de los hoteles más importantes de la ciudad y podríamos trabajar juntos.

—¿Quieres ser mi jefa?

—No, aunque me pone mucho esa idea. —Comencé a acariciarle la barba de cinco días—. Tu jefa no, tu compañera de trabajo sí.

—Mariola, tienes que darte cuenta ya de algo. Eres la dueña de la empresa.

—No quiero que pienses que te someto a lo que yo decida. —Levanté los hombros.

—Agradezco tu oferta, pero no sé si sería la mejor idea.

Dejamos ahí nuestra conversación pendiente tanto del piso como del trabajo. El día fue muy raro. En el cementerio ninguno soltamos ni una sola lágrima excepto Susan. Pude escuchar cómo le maldecía entre gritos y cómo terminaba su última conversación con él.

Se suponía que debía derramar todas las lágrimas posibles por la muerte de mi padre, pero él a lo largo de su vida me había obligado a derramar ya demasiadas. No le odiaba, me daba pena. Pena al ver cómo había destrozado su vida. No había disfrutado de mi madre ni de

nosotros cuando éramos pequeños, ni de su nieto y nunca lo haría de su nieta. Negué con la cabeza antes de decir el último adiós. Un adiós definitivo. Ninguno de los que estuvimos allí volveríamos para visitarle. El dolor se quedó enterrado con él.

Un par de semanas después del funeral de mi padre, Mariola me dio la sorpresa de que había comprado el piso sin ni siquiera retomar de nuevo nuestra conversación pendiente. No me lo podía creer y menos cuando me enteré del precio que pedían y que logró rebajar hasta lo que ella quiso. Me enteré de todo el día que firmamos el contrato en el despacho de Mariola.

—He recibido la transferencia y aquí están los papeles de compra. —Al cogerlos vi mi nombre en el contrato de compraventa.

—¿Pensabas que lo iba a comprar a mi nombre? Firma, Alex. —Me agarró la mano mientras firmaba.

—Pues el piso es vuestro. Siento haber tardado tantos días en concertar la cita, pero así son las cosas de este tipo de ventas. —Mariola le acompañó hasta la salida y Sasha apareció por la puerta.

—¿Puedo molestaros? —Mariola la hizo pasar con una sonrisa—. Mañana empezamos con las entrevistas. El departamento de recursos humanos ha pedido ayuda también si se van a ampliar otros departamentos.

—Claro y todos quieren becarios. —Mariola escribía en el ordenador algo tecleando demasiado fuerte— E-mail enviado, en diez minutos reunión y no voy a permitir que todos pidan becarios y les traten como a una mierda.

—Dios, ya hablas como una líder. —Sasha dejó unas carpetas en la mesa—. Me alegro mucho de que lleves la empresa. Creo que no te he felicitado como quería. Muchas gracias por pensar en mí para tu antiguo puesto. —Sasha rodeó el escritorio para ponerse al lado de Mariola.

—No sé si me lo agradecerás cuando te diga todo lo que tengo pensado. —A Sasha se le dibujó una gran sonrisa en la cara—. Conlleva muchísimo trabajo y sé que lo harás perfectamente, pero si no quieres tanta carga de trabajo...

—¿Estás loca? —Sasha saltó a los brazos de Mariola sonriendo—. Prometo estar a tu lado al pie del cañón hasta que tú quieras.

—Qué haría yo sin ti, Sasha. —Comenzaron a sonar todas las líneas del teléfono de Mariola—. Ha surtido efecto el e-mail, ahora les tengo a todos con las garras fuera arañando las paredes como si estuvieran visualizando el fin del mundo. —Se empezaron las dos a reír y se oyeron unos nudillos golpeando la puerta.

—He dicho que la reunión es en diez minutos. —Se abrió la puerta y la cabeza de Rud salió por ella—. Farmer, como vengas a distraer a Sasha te juro que no te dejo ni respirar el próximo día que vengamos al trabajo. Te hago llegar aquí con la lengua en el asfalto.

—¿Tú con ese pedazo de barrigón? Soy capaz de ir y venir en menos tiempo de lo que te imaginas. —La cara de Rud era de pura chulería y la de Mariola de no me toques más las narices.

—Farmer, ¿qué aprecio le tienes a tus pelotas?

Rud se llevó la mano a su entrepierna.

—Les he cogido cariño tras tantos años.

Sasha se mordía el labio al mirar a Rud y Mariola se dio cuenta.

—Rud, yo que tú no jugaría esas cartas. —Me miró y desvié mi vista a Sasha que seguía embobada con él.

—Para que no me digan que soy una dictadora, ¿podéis bajar a por cafés al Starbucks de

aquí al lado? Y algunas galletas y lo que vedáis. —Sasha la miró ladeando la cabeza sabiendo lo que estaba haciendo. Por lo que había escuchado, hacía semanas que su novio había decidido cambiar de Estado y dejarla sin mediar palabra.

—Por supuesto, Mariola.

—¿A por cafés? —Le pregunté nada más que salieron del despacho.

—Mira, Sasha lo está pasando mal y un dulce no le amarga a nadie. Y Rud es una perita de esas para rechupetear. —Levantó los hombros como si aquello no fuese con ella.

—¿Para rechupetear?

—En las distancias cortas gana mucho. —Se acercó a mí lentamente, tratando de evaluar mi cara.

—Eso parece.

—Aunque yo solo pienso en rechupetearte a ti y a unas buenas gambas de Huelva. —Pasó sus manos por mi cuello y me besó, pero aquello duró poco tiempo, ya que tuvo que salir hacia la sala de reuniones.

Quando entraron todos a la reunión venían con ganas de guerra. Me miraban esperando a que diera la orden para invadir Polonia. Esperé unos minutos a que Sasha llegase con los cafés y, nada más llegar, comenzamos la reunión. Dos horas después todo parecía haber quedado bastante claro. Todos salieron bastante contentos y con la idea clara de que la palabra becarios no era igual a esclavos.

No tenía ni idea en qué día vivíamos. Nuestras vidas habían sido un caos las últimas semanas. Estábamos entrando ya en la recta final de noviembre.

—¿Qué día es hoy Sasha? —Seguíamos en la sala de reuniones preparando las entrevistas del día siguiente.

—29 de...

No la dejé terminar y salí corriendo a mi despacho a por el bolso.

—Dios, tengo cita con el ginecólogo y Alex estará allí esperándome con Jason. Venía a ver a Erin.

—Rud está abajo esperándote. —Se estaban enviando mensajes—. No me mires así, por ahora sigo siendo tu asistente.

—¿Qué tal con él? —Señalé su teléfono con mi mirada mientras recogía mis cosas y se le dibujó una gran sonrisa en la cara—. No hace falta que me contestes.

Allí estábamos los dos esperando a Mariola. Llegaba tarde a su propia ecografía. Jason me estaba haciendo preguntas a las que no sabía qué responder. A la media hora entró Mariola corriendo en la consulta. Cuando Jason vio en la pantalla a su hermana quiso alzar su mano para tocarla. Estaba completamente abducido por aquella imagen que se dibujaba en la pantalla. Erin estaba con el dedo en la boca y juraría que nos guiñó un ojo, pero ¿aquello no era posible? En aquel momento tampoco nos dejó verla bien como para saber a ciencia cierta si era niña. Aunque Mariola seguía diciendo que sí, que era una niña sin ningún tipo de duda.

Jason estuvo varios días flipando con la ecografía. Hasta se la llevaba al colegio para enseñar a su hermana al mundo entero.

—Yo empezaría por tirar esta pared y ampliarlo. —Mariola estaba golpeando una de las paredes del piso que habíamos comprado.

—Creo que lo mejor es llamar a un decorador y que lo hagan ellos.

—No, quiero que lo hagamos nosotros. Es nuestro primer hogar y quiero que todo sea perfecto. —Tenía un gran martillo apoyado en la pared.

—Vamos a ver, Mariola. —Me puse dos dedos en el tabique nasal—. Primero, no puedes con ese martillo y segundo, es imposible reventar esta pared.

—Te apuesto una pizza a que se puede traspasar.

—¿Tú? —Dwayne la miraba divertido.

—No, tú. ¿Te has visto? Cada vez tienes más bultos en los brazos. Eres una bestia parda. —Empezó a tocarle los brazos y no era capaz de abarcar todo el cuerpo de Dwayne.

—Pizza casera. —Puso su mano a modo de trato y Mariola la estrechó.

—Si eres capaz de atravesarla.

Dwayne cogió el martillo y de un solo golpe atravesó la pared. Mariola se empezó a reír y yo me quedé blanco comprobando su fuerza.

—¿Podemos llamar a alguien para que lo haga ahora, Mariola? Más que nada por tema de escombros. Seguro que ellos lo hacen en un día mientras tú trabajas y yo busco trabajo. —Agarré las manos de Mariola.

—Mañana tienes una entrevista. Así que prepara tu currículum.

—No, Mariola.

—Sí, Alex y no quiero discutir. Así que mueve el culo.

Mariola estaba empeñada en que hiciera la entrevista para trabajar en su empresa, pero yo no lo tenía demasiado claro. No sabía si sería valioso para CIA. Con todo lo que nos había pasado, encontrar un trabajo en Nueva York podía ser difícil y recuperar el hotel no entraba dentro de mis planes. No sabía si se me habrían cerrado todas las puertas en la ciudad.

Cuando me levanté al día siguiente, Alex ya había llevado a Jason al colegio. Me había dejado preparado el desayuno en la cocina. No eran más de las siete de la mañana y había desaparecido de casa. Aún no sabía si había decidido acudir a las entrevistas o no.

Llegué a la oficina y en una de las salas multiusos había varias personas esperando para las entrevistas, pero no vi a Alex. Supuse que no quería trabajar en la empresa pensando que aquello terminaría jodiendo nuestra relación.

Cinco horas después, y más de ocho entrevistas hechas, me desplomé en el sofá del despacho. Me quité las botas y comencé a masajearme los pies tratando de que recuperasen su aspecto habitual. Cerré los ojos un instante y, a los segundos, uno de los directores de recursos humanos entró en el despacho sin llamar.

—Mariola, hemos terminado con las entrevistas por nuestra parte. Creo que tenemos a un par de candidatos bastante buenos.

—¿Vosotros también habéis hecho entrevistas?

—Sí, para no cargarte con tanto trabajo. Así podíamos hacer una criba y para la final solo quedarán los mejores. Te dejo aquí sus fichas. El segundo candidato para mí sería la mejor incorporación.

—Gracias, Max. —Miré intrigada aquellos candidatos y se marchó del despacho.

Cogí las carpetas y salí hacia la cocina a por un café. El primer candidato era excepcional. Buena universidad, amplios conocimientos de diseño gráfico, experiencia en nuevos mercados, sin foto ni nombre. Me puse el café en una de mis tazas favoritas y salí leyendo la segunda carpeta. Amplia experiencia como director, experiencia en gestión de eventos, grandes fiestas, buena universidad, master en dirección, sin foto ni nombre tampoco. Las técnicas de Max me seguían

sorprendiendo. Entré en mi despacho absorta en los estudios de aquel candidato. La verdad es que eran muy buenos. Dejé el café en la mesa para poder leer más sobre su experiencia cuando noté unos ojos clavados en mí.

Estaba sentado en una de las sillas esperando a Mariola y entró revisando unas carpetas tan absorta, que no se percató de que estaba dentro. Se pasó el pelo por detrás de la oreja y se llevó una mano a su espalda. Soltó un pequeño gemido al echar su cuerpo hacia atrás tratando de buscar alivio a aquel dolor que le producía el embarazo. Cuando se dio cuenta de que estaba allí, se giró mirándome curiosa, queriendo saber si había hecho la entrevista o no. Se acercó a mí y me miró fijamente ladeando la cabeza.

—Hola, señor McArddle.

—Hola, señorita Santamaría. ¿Qué tal su día?

—Agotador. —Se apoyó en el brazo del sofá—. Nunca había tenido que hacer entrevistas y menos mal que me han echado una mano.

—Seguro que lo has hecho muy bien. —Tiré de su mano sentándola sobre mis piernas—. ¿Qué tal tu espalda? —Puse mi mano en ella, frotando suavemente con mis dedos.

—No pares, por favor. —Soltó un par de gemidos que me hicieron removerme en la silla.

—Mariola, vigila esa boca y esos movimientos que estás haciendo sobre mis piernas o no me podré controlar. —Se removió de nuevo mordiendo el labio.

—Mire, señor trajeado, ¿recuerdas lo que pasó en tu despacho hace unos meses? —Levantó la ceja sonriendo pícaramente—. Pues habrá que estrenar este. Está demasiado virgen y soso. —Justo llamaron a la puerta.

—Habrá que esperar. —Susurré en su oído—. Lo que queda de semana Jason dormirá con mi madre ya que han empezado las obras en casa. El hermano de Dwayne tiene una pequeña empresa de construcción y se van a encargar de todo. —Volvieron a llamar.

—Un segundo, por favor.

—Nosotros nos vamos a quedar en el Mandarin Oriental. —Los ojos de Mariola se abrieron de par en par—. Aún hay personas que no me odian y tenemos la suite presidencial para nosotros. Solo para nosotros. —Me acarició la cara dulcemente.

—Me muero por salir de trabajar.

—¿Recuerdas la primera vez que estuvimos juntos en el hotel? —Mis dedos seguían rozando su espalda.

—Recuerdo la resaca que tenía en aquella reunión con el hombre misterioso. Entonces apareciste tú y la magia empezó a flotar.

—Nos conocimos más aquel día. —Volvieron a llamar a la puerta.

—Ya va. —Se levantó contoneando de aquella manera tan sexy sus curvas delante de mí.

—¿Nos vemos allí a la noche? Yo me encargo de recoger unas cosas de casa. —Al levantarme vi mi carpeta encima de la mesa.

—Max —Mariola abrió la puerta refunfuñando—, un poco más y rompes la puerta.

—Ya veo que conoces a uno de los candidatos. Pensé que no le entrevistarías.

—¿Alex? —Me señaló confundida.

—Sí, es el candidato que te he comentado.

—¿En qué mundo vives, Max? Sabes quién es ¿verdad?

—Es uno de los dos candidatos para tu departamento y es el que más nos ha gustado. —Mariola se echó a reír—. Bien, Mariola, ya te ha dado esa vena loca que de vez en cuando te da.

—Es mi prometido. Alex. Alex McArddle. —Max miró a Mariola, me miró a mí y se llevó la

mano a la cara.

—Ya decía que su cara me era familiar.

—Para trabajar en una empresa como la nuestra no estás muy al día de los cotilleos.

—Mi trabajo se limita a los contratos, los arrendamientos de locales, las nóminas y demás labores del departamento. Me tenía que haber dado cuenta al leer lo del hotel. Lo siento, señor McArddle.

—Me alegra que haya alguien en la ciudad que no tenga ni idea de mi vida. —Respiré sonriendo.

—Yo venía a decirte Mariola que es el candidato ideal, pero está en tus manos. El resto de los departamentos ya han elegido, solo quedas tú.

—¿Podemos reunirnos mañana todos a las diez? Quiero conocer al resto de futuros trabajadores de la empresa.

—De acuerdo.

Pasé el resto de la tarde entre los currículums de aquellos posibles nuevos trabajadores, pero seguía asombrada de que Alex hubiera seguido mi consejo de presentarse. Si los jefes pudieron, nosotros también podríamos hacerlo. Me lo repetí dos o tres veces cuando Rud me dejó en el hall del Mandarin. Pregunté en la recepción por nuestra habitación y un botones me acompañó hasta el piso cincuenta y tres, la planta más alta del hotel. Me abrió la puerta diciéndome que el señor McArddle no estaba, pero que volvería en un rato.

Entré en aquella habitación observándolo todo. Me deshice de mis botas, del vestido y me encaminé al baño. Al entrar me encontré con la bañera preparada con pétalos de rosas azules en el agua. Metí la mano y el agua estaba perfecta. Encontré una nota en la encimera.

Relájate con un poco de música.

Efectivamente.

Enseguida estoy contigo.

Me desnudé completamente y pulsé el play en el mando y metí lentamente mi cuerpo en la bañera. Dios, aquello era como comerse una tarrina de helado de vainilla con pecanas después de un día de mierda. Sonreí al escuchar las primeras notas de la canción que comenzaba a sonar. *Just You and I* de Tom Walker inundaba el baño y media suite.

«Este año ha sido difícil para nosotros. (...) Todas las cosas que hemos superado. (...) Nosotros podemos aguantar esto».

Al entrar en la habitación, escuché la música y la dulce voz de Mariola tarareando la canción. Los dos camareros montaron la mesa con la cena y se marcharon. Al entrar en el baño vi cómo Mariola estaba con los ojos cerrados, la cabeza apoyada en una pequeña almohada en la bañera y se acariciaba la tripa que sobresalía un poco del agua. Me senté detrás de ella y comencé a darle un masaje en la cabeza.

—Mmmm. —Emitió un pequeño gemido—. Si sigues con eso me voy a quedar dormida.

—Pues no pretendo que duermas mucho esta noche.

Comenzó a acariciar mi brazo y vi una temible sonrisa dibujada en su cara. Supe al segundo de mirarla que estaba tramando algo. Se hizo a un lado en el agua y me tiró a la bañera, haciendo que se desbordase.

—Lo siento, pero no me he podido resistir.

—Estoy con medio cuerpo en el agua, seguramente aplastándote. —La bañera era lo

suficientemente grande como para que Mariola pudiese acceder a mí fácilmente.

—Yo estoy bien, pero si no estás a gusto, puedo salir de la bañera. —Se puso de pie y la espuma resbalaba por su cuerpo de una forma muy excitante.

—Aunque me parezca jodidamente excitante verte así ahora mismo, algo nos espera fuera. —Salí de la bañera y comencé a quitarme la ropa mientras Mariola se quitaba el jabón.

Cubrí su cuerpo desnudo con un suave albornoz. Me metí en la ducha y ella se fue a la habitación. Cuando salí al salón encontré a Mariola con un pequeño conjunto de ropa interior negra curioseando entre las bandejas de la mesa, metiéndose en la boca una uva.

—Eres la mujer más increíble que he visto en toda mi vida, nena. —Me acerqué lentamente a ella.

—Pero ¿tú te has visto? Si eres un jodido adonis en toalla. —Negó lentamente con la cabeza.

—¿Qué te estás intentando quitar de la cabeza, Mariola?

—Pasar de la cena y devorarte.

—¿Y a qué esperas? —Solté la toalla quedándome desnudo.

Aquella habitación fue la escena perfecta y el lugar idóneo para dar rienda suelta a nuestra pasión. Besos, caricias y un sinfín de sentimientos explotaron en aquella suite.

No me pude resistir al verle con la toalla, pero mucho menos cuando la dejó caer. Estábamos en el suelo, yo con mi cabeza apoyada en su pecho y Alex acariciándome la espalda. Sonreí recordando la noche de la boda en su hotel, aquel encuentro en su despacho, en mi piso, nuestras peleas, nuestras reconciliaciones y todo nuestro último año.

—Alex.

—¿Sí?

—Muchas gracias. —Giró su cabeza para mirarme directamente a los ojos.

—¿Por qué?

—Por todo. Por aparecer en mi vida, por dejarme seguir en la tuya y por darme los mejores momentos que jamás me imaginé tener al llegar a esta ciudad. —Besé aquellos dulces labios y su sonrisa se ladeó. Aquella sonrisa moja bragas tan de Alex.

—Gracias a ti por permitirme enamorarme de ti, por darme una preciosa hija, por darme la vida que siempre quise tener sin saberlo. Por hacerme ver que no he sido completamente feliz hasta que no te he conocido. —Me acarició la cara y el escalofrío, nuestro escalofrío, me recorrió el cuerpo entero.

—Ahora me dirás que entiendes las canciones de Taylor Swift. —Nos empezamos a reír los dos a carcajadas.

—Sin ti no era nadie y contigo estoy completo. Eres mi medio pomelo.

—¿Pomelo? —Le miré sin comprenderle.

—Sí, dulce y ácida.

Después de cenar me senté en una pequeña butaca con vistas a Central Park. Me sentí de nuevo en casa, como si nunca nos hubiésemos separado.

—¿Me haces un hueco?

Me separé del respaldo y se sentó detrás de mí abrazándome.

—Siempre. —Apoyé mi cabeza en su cuello, oliendo aquella mezcla de olores tan agradables que siempre desprendía.

—¿Lo hemos conseguido? —Puso sus manos sobre mi tripa.

—Lo hemos hecho. —Afirmé de forma contundente.

Y de aquella manera, abrazados y con las mejores vistas a Central Park de la ciudad, por fin conseguimos lo que tanto habíamos estado buscando sin saberlo: a nosotros mismos.

32.
CUENTO DE NAVIDAD

*P*odía ser capaz de recordar las palabras exactas de Mariola el día que me ofreció un contrato en CIA. Durante unos segundos sentí que ella me estaba haciendo un favor y que entraba en la empresa por enchufe, pero Mariola se encargó de quitarme aquella idea de un plumazo.

—Estarás de prueba dos meses. Si eres capaz de llevar el ritmo y el trabajo te gusta, quédate. Si te sale otra oferta mucho más interesante que esta, no dudes en cogerla. No quiero que estés atado a un trabajo que odies. —Se removió nerviosa en su silla. Estaba apostando por mí, no por quién era, solo se basaba en mi currículum.

—Si valgo, si lo hago bien, no creo que quiera buscar otro trabajo. Ya sabes que me parece muy interesante todo lo que hacéis aquí y te admiro por llevar a cabo un trabajo tan impecable siempre. Tal vez pueda aprender algo de ti. —Me pasé los dedos por los labios.

—Pero vamos a hacer un trato. Cuando hablemos de trabajo, será solo trabajo. Cuando estemos en casa y me vuelva loca o te vuelva loco por un evento, seguirá siendo trabajo. Pero tenemos que definir unos límites sobre esto —nos señaló a los dos—. No quiero que nada enturbie nuestra relación.

—Nada podría hacerlo, nena. —Observé cómo levantaba una ceja al escuchar la palabra nena—. ¿Jefa?

—Sigo pensando que lo de jefa y trabajador que se lían en el cuarto de la fotocopidora puede ser una fantasía recurrente en novela erótica, pero... —Se quedó unos segundos callada.

—Te llamaré Mariola, pero no prometo nada sobre la recurrente idea para hacerla realidad en tu despacho cuando no haya trabajadores en la oficina. —Me situé delante de ella entre el hueco de sus piernas—. Dijiste que estaba virgen y soso, así que habrá que remediarlo.

Me observó durante unos segundos y se mordió el labio. Ladeó la cabeza para ver la hora en el reloj que colgaba de su pared y levantó un dedo en el aire para que esperase. Se levantó, salió del despacho y recorrió el pasillo hasta llegar al ascensor. Escuché un sonido que no reconocí y a los quince segundos Mariola estaba cerrando la puerta de su despacho. Se apoyó en ella y me miró sonriendo.

—A la mierda los formalismos.

Rebautizamos la mesa del despacho, el sillón blanco y la ventana. Menos mal que era de noche y no teníamos la luz encendida, porque si no hubiésemos sido la comidilla de los mirones de aquella zona.

Superé el periodo de prueba y no tenía ninguna intención de buscar trabajo fuera de CIA. Ninguno de los dos teníamos problemas en separar la parte laboral de la personal, aunque

había veces que durante los desayunos empezábamos a trabajar antes de tiempo.

—Prometo no volver a hacerlo, Alex. —Cogió su agenda para anotar unas ideas que había tenido.

—Apunta también ahí para mirar aquella azotea de Brooklyn que tanto nos gustó. Puede que la podamos alquilar.

—No sé cómo los jefes lo podían hacer tan bien.

—Todos están muy contentos. Aunque cuando yo estoy delante suelen cortarse un poco más, no he escuchado ninguna queja, es más, les encanta trabajar en CIA a tu lado y sé que están entrando muchos currículums todos los días de personas que quieren un puesto, aunque sea llevándote el café.

Trabajar con Alex no era demasiado difícil, siendo sincera, era algo complicado cuando me traspasaba la ropa con su mirada en las reuniones de departamento. Me entraban calores solo con sentir que sus ojos estaban clavados en mí. Will decidió abandonar Nueva York en cuanto finalizó la fiesta de *Victoria's Secret*. La despedida no fue demasiado extraña. Me amenazó con volver a menudo a comer *pretzels* y a pasear por Central Park. Alex pareció aliviarse de que aquel trajeado saliese de nuestra vida.

Varios meses después, sumergidos en plena campaña navideña de fiestas y eventos, mi barriga estaba a punto de explotar. Estaba de casi nueve meses, pero parecía que Erin intentaba atravesarme la piel todos los días. Si no era su pie derecho clavándose en mis costillas, era su codo tratando de acabar con mi bazo.

Estaba sentada en mi despacho o el que hasta hacía tres días lo había sido, esperando a que Alex acabase de hablar por teléfono con su madre. El médico me había pedido encarecidamente que dejase ya de trabajar o, palabras textuales, iba a parir en medio de una fiesta elegante y no iba a quedar demasiado bonito mucha sangre y un tapón mucoso en las fotos. Y, claro, Alex encontró en él el aliado perfecto para sacarme de la empresa.

—De acuerdo, mamá. Sí, sin problema. —Colgó el teléfono y se acercó a mí que estaba situada al lado del radiador mirando por la ventana—. Estas navidades mi madre quiere que vayamos a la cabaña todos, pero no me apetece estar tan lejos de la ciudad con Erin tratando de salir. Las contracciones del otro día...

—Alex, tu hija no va a nacer hasta mediados de enero. Las contracciones del otro día fueron normales. Te aseguro que el día que tenga una de las de verdad, gritaré como si me estuviese atacando un alien.

—Ya, pero no creo que la mejor opción sea estar a más de hora y media de la ciudad.

—Tu madre lleva meses plane... an... do... —Ya la había cagado.

—¿Cómo que meses?

—Vale. Yo no te he dicho nada. Tu madre ha hecho una pequeña obra y tenemos sitio para todos entre las dos cabañas. Iba a ser una sorpresa para todos, pero después del desastre que fue Acción de Gracias... —Empecé a reírme. Fue un caos absoluto.

Mi hermana se empeñó en organizar ella aquella cena. Era su primer año en Nueva York para Acción de Gracias y quiso agasajarnos con una gran cena con todo lo típico de aquella fecha. Un pavo de diez kilos congelado, una salsa de arándanos ~~ligeramente~~ ~~muy~~ excesivamente salada, judías verdes más tiesas que la pata de un pirata, calabaza con demasiadas pepitas, nabos chamuscados, todo ello acompañado de una tarta más negra que los cojones de un grillo. María

tenía menos idea que yo de cocina y terminamos pidiendo unas pizzas a Lombardi's. Según nuestra suegra, las hermanas Santamaría habían llegado para cambiar todas las tradiciones de los McArddle.

—Mike se encargará esta vez de la comida.

—Más vale. Otro pavo más congelado y...

—Prometido. Ni mi hermana ni yo pisaremos la cocina.

—¿Nos vamos a casa? —Alex cerró un par de carpetas y respiró aliviado. Parecía que estaba satisfecho con el trabajo que estaba haciendo.

—Sí. He pasado antes por casa y está lista. Huele aún a madera y pintura, pero podemos volver ya a instalarnos. He pedido que nos lleven las cosas del hotel a casa. Me gusta el Mandarin, pero tengo unas ganas de estrenar la cama, que no veo el momento.

Recogimos a Jason del piso de Sonia y fuimos a estrenar nuestra nueva casa. Al llegar y abrir la puerta, un olor muy familiar inundó todo mi cuerpo. Estaba claro que Mariola se había pasado antes por allí para dar su toque a la casa. La obra había sido muy larga, pero el resultado nos hizo sonreír a los tres. Por fin estábamos en casa, en nuestro nuevo hogar. Jason corrió a su habitación y escuchamos un par de frases que hicieron sonreír a Mariola.

—Sabes que tienes que descansar. —La agarré de las mejillas.

—Pero vale la pena por veros felices. Me ha ayudado Rud y tu hermano. No he cargado con nada de peso, pero creo que se han acabado las galletas de jengibre que hacen que todo huelga tan bien.

Obligué a Mariola a no volver a hacer nada en casa y a no pasar por CIA hasta que no diese a luz. Me daba miedo que se quedase encerrada en un ascensor y estuviese sola. O que en plena calle, sin ayuda de nadie, tuviese contracciones antes de tiempo. Sabía que hasta enero no salía de cuentas, pero también sabía que los partos se podían adelantar.

El día de nochebuena fui a la fiesta que todos los años CIA celebraba en la que los trabajadores se ponían gorros de renos, narices de colores y gorros de Papá Noel. Eran las siete de la tarde y Mariola aún no había aparecido por la oficina. Después tendríamos que conducir hasta la cabaña para la cena y no tenía noticias de ella.

—Tu hermano me mata. Ahora mismo tendría que estar en CIA con la fiesta de Navidad y en media hora, a más tardar, deberíamos salir para la cabaña. Mike, Justin, Frank, Sonia, tu mujer, los niños y Rud ya están allí. Nos matarán.

Cruzamos desde Madison Avenue hacia la Quinta por la 33, pero comencé a sentir unos pinchazos en la parte baja de la tripa. No quise hacerles caso, porque seguramente sería Erin pateando, pero tras unos metros tuve que pararme unos segundos y hacer unos ejercicios de respiración. Sentía como si mi entrepierna fuera a abrirse en dos en cualquier momento. Brian continuó hablando solo unos metros hasta que se dio cuenta de que me había parado.

—Mariola, ¿estás bien? —Brian corrió a mi lado.

—Sí, me he pasado hoy caminando. Tu sobrina está como una moto. —No quise darle importancia ya que mi ginecólogo nos dijo que tendría contracciones durante el resto del embarazo.

—Podemos dejarlo para otro día.

—El cumpleaños de María es el treinta de diciembre. Ahora está cerrado el último piso del Empire State gracias a un par de llamadas y a unos favores que he pedido. Así que no me jodas, Brian. —Apreté mi mano alrededor del cuello de su abrigo.

—De acuerdo. —Comenzamos a caminar mientras se recolocaba el cuello del abrigo—. Joder, qué frío.

—Hay un puesto de chocolate caliente justo al lado del Empire. Podemos coger dos enormes y después acabamos con esto.

—¿Más chocolate? —Debí de mirarle como una psicópata—. Vale. No digo nada más. —Brian y su sempiterna sonrisa.

No podía enfadarme con él, ni aunque me hubiese pedido hacía tan solo tres días que le echase una mano para poder celebrar a solas el cumpleaños de mi hermana en el último piso del Empire State.

Nos acercamos al puesto y mientras Brian hacía la cola para coger los chocolates, yo me quedé observando todo a mi alrededor. Las luces navideñas inundaban la ciudad, el ambiente era espectacular en aquella zona de Manhattan. Se podían escuchar los villancicos saliendo de algunos altavoces, la gente iba cargada de regalos para llevar a sus casas y yo me acordé de mis padres. Habíamos intentado que viniesen a celebrar la Navidad con nosotros, pero a María no le perdonaban que no les hubiese invitado a su boda relámpago y a mí me seguían castigando por no haberles avisado. Lo comprendía perfectamente, pero era mi hermana la que les tenía que haber dicho: «Papá, mamá, me he vuelto loca y voy a celebrar una boda con quince invitados, porque estoy completamente enamorada y no quiero esperar». También se habrían enfadado. No les quise insistir y esperaba que en enero viajasen a Nueva York para conocer a su nieta.

La cola estaba siendo eterna. Al girarme, vi a Mariola con la mirada puesta en los edificios de nuestro alrededor; tarareando el famoso villancico de Mariah Carey que todas las navidades sonaba en la ciudad.

—All I want for Christmas is youuuuu...

Le daba igual que media calle la estuviese mirando o que el frío estuviese a punto de congelarle los labios por sacarlos de la bufanda enorme en la que estaba cobijada, pero parecía feliz. Se acariciaba la tripa y supe que se lo estaba cantando a mi sobrina. Una sobrina que no se había dejado ver y no estábamos seguros de que no naciese con un par de pelotas entre las piernas.

—Date prisa, se me está congelando el puñetero culo. —Mariola dejó de cantar para gritar en medio de la calle.

—Me encanta tu espíritu navideño, cuñada.

—Espíritu el que le va a entrar a tu hermano como no estemos en menos de una hora en CIA dispuestos a irnos a la cabaña.

—Ve hacia el Empire que ya me toca y tú no puedes correr. Te alcanzo ahora.

—Sí, recorrer estos diez metros me puede costar una hora.

—Adoro tu sarcasmo.

Observé cómo caminaba hacia el Empire refunfuñando y tarareando la canción. No había quién la entendiese. Pero en una cosa tenía razón, si mi hermano se enteraba de que estaba conmigo trabajando me iba a quedar sin huevos.

No tardé más de quince minutos en salir corriendo entre la gente con los chocolates, cuando vi a Mariola con una mano apoyada en la pared del Empire, la otra soltándose la bufanda y respirando con bastante dificultad. Tenía la mirada puesta en alguien que se había parado delante de ella. Desde lejos no podía distinguir quién era. Lo siguiente que vi fue la mano de Mariola golpeando la cara de aquel des... co... no... Joder, la madre que me parió, no podía ser.

No me podía creer lo que estaban viendo mis ojos. Tenía que ser una mala pasada que me estaba jugando mi cabeza. Era... era imposible que lo tuviese delante de mí. Comencé a emitir pequeños gemidos que salían de la garganta que no pude reprimir. Me estaba ahogando y me tuve que deshacer de la bufanda y de los primeros botones del abrigo. Cerré los ojos intentando que aquella visión se fuese de allí, pero al volver a abrirlos seguía estando delante. No me pude controlar y le solté una bofetada que hizo que la mitad de las personas que allí se estaba arremolinando nos mirasen.

—¿Qué... ¿Cómo... —Negaba con la cabeza, me acariciaba la tripa porque las contracciones estaban empezando a ser un poco más fuertes—. Pero... tú...

No dije nada más y me metí en el hall del Empire State, subí como pude las escaleras hasta el primer piso donde se encontraba el primero de los ascensores que tenía que tomar hasta subir a la planta ciento dos, al último mirador.

No sé cuánto tiempo tardé ni cómo llegué a aquella última planta, pero cuando noté el frío helador en mi cara, comencé a respirar tratando de minimizar el dolor que me estaban provocando aquellas contracciones y el shock que acababa de recibir. Me apoyé contra la pared y me cubrí la cara con mis manos. No daba crédito a lo que acababa de suceder. ¿Tan mal seguía mi cabeza que... No, no había sido una imaginación, le acababa de abofetear.

—Mariola. —La voz de Brian me hizo quitarme las manos de mi cara y a su lado vi a Ryan.

—¿Qué cojones crees que estás haciendo aquí?

Me acerqué a él y comencé a pegarle en los brazos, el pecho y tuvo que agarrarme de las manos para no volver a darle una bofetada. Sus ojos se fijaron en los míos y le observé. No había cambiado nada. Tal vez tenía más barba que la última vez que le vi y el pelo más corto, pero sus ojos seguían siendo los mismos. Poco a poco mi respiración descontrolada comenzó a relajarse mientras Ryan soltaba mis manos para abrazarme. Sus manos me cerraron el cuello del abrigo y sus brazos me acariciaron la espalda. No comprendía nada de lo que estaba ocurriendo.

—Lo siento, nena. Lo siento mucho.

—¿Por qué? ¿Cómo?

Me aparté de él enfadada. No comprendía cómo me había engañado con su propia muerte durante tantos meses. Había derramado tantas lágrimas por él, por haber muerto por mi culpa, para descubrir que aquel dolor fue un engaño. Rebusqué en mi bolso entre todas las cosas que llevaba, hasta encontrar su medalla.

—¿Por qué lo hiciste? —Se la enseñé—. Aquella carta, el regalo, tus palabras... no valen una mierda. Me has hecho creer que estabas muerto, que Jonathan te mató por mi culpa. ¿Sabes la cantidad de noches que te he llorado? ¿Las veces que he deseado que estuvieses vivo? —Sentía aquellos dolores bajando por la tripa—. Joder.

Flexioné unos segundos las rodillas y me agarré a su cazadora, estrujándola entre mis manos.

—Siento todo lo que has sufrido, pero la misión se complicó y tuve que hacerlo.

—Joder. —Mi respiración no estaba colaborando.

—Se complicó tanto que me ordenaron salir del hospital sin decírselo a nadie para que la misión tuviese éxito. Si todos pensaban que estaba muerto, podríamos acabar con la organización. Se habían enterado del tiroteo y era nuestro modo de atacar después, pero todo lo que escribí es lo que sentía, es lo que siento, Mariola. No sabía si volvería vivo de Colombia y no quería irme sin despedirme. Si moría allí, no me hubiese perdonado no decirte todo lo que sentía.

Las palabras de Ryan se estaban alejando y de repente los dolores cesaron por unos segundos y noté un líquido caliente recorriéndome las piernas.

—No, no, no. —Me toqué las medias y comprobé que no era sangre, pero a los segundos noté

que de mi cuerpo quería salir algo—. Joder, joder, joder. Acabo de romper aguas. ¡Acabo de romper aguas en el puto Empire State!

No tardaron en volver las contracciones y eran mucho más fuertes. En las clases preparto nos avisaron de que desde que se rompía aguas, hasta que llegaba el momento real del parto, podían pasar muchas horas, pero parecía que Erin no estaba dispuesta a esperar mucho más tiempo. El dolor era constante y estaba empezando a ser más que doloroso. Era el dolor más insoportable que había sentido en toda mi vida.

—Imposible. Eso es que no controlas la vejiga y te acabas de mear. —Brian me agarró del hombro y le miré enfurecida.

—¿Me estás diciendo que me acabo de mear, cacho imbécil? —Le agarré de la bufanda casi ahogándole—. No es una pérdida de orina, Brian. Tu sobrina está intentando salir de mi interior a marchas forzadas. —Pegué tal grito que juraría haber recibido el eco del resto de los edificios.

—Mi hermano me mata, mi hermano acaba conmigo. Vamos, Mariola, tenemos que bajar y llevarte a un hospital.

Traté de dar un par de pasos para meternos en el hall del último piso, pero otra contracción me golpeó más fuerte, mucho más dolorosa que la anterior. No podía caminar. Comencé a agacharme hasta ponerme de rodillas con las palmas de las manos en el suelo.

—¡Joderrrrrrrr! —No podía controlar mis gritos y las técnicas de respiración no eran suficientes para paliar aquel dolor—. Quiero droga, quiero drogas duras.

—Madre mía. —Ryan se agachó a mi lado—. No te preocupes, Mariola, vamos a salir de aquí y...

—No me toques, Ryan. Ni se te ocurra *tocarmeeeeeee*...

—Se supone que tendrían que ser cortas, intensas y espaciadas en el tiempo, pero sigues gritando. —Brian se agachó también a mi lado y le agarré del abrigo.

—Espaciadas son las hostias que te voy a meter como no me saques ya de aquí.

Mientras trataba de respirar y Ryan me levantaba del suelo, mi teléfono comenzó a sonar y sabía que era Alex, el tono de la llamada me lo dijo.

—Es... tu... hermano... —Las piernas me flaquearon y volví a arrodillarme en el suelo.

¿Dónde se había metido Mariola? Se suponía que estaba con Brian llegando a la oficina, pero habían pasado más de dos horas de su última llamada. Mi hermano contestó al teléfono.

—Espero que estéis llegando, porque aquí todos preguntan por Mariola.

—No exactamente.

Pude escuchar un grito desgarrador al otro lado del teléfono. No pude reconocer de quién era.

—Será mejor que vengas cagando leches al último mirador del Empire State y te traigas a unos médicos. Mariola acaba de ponerse de parto.

—Vale, como broma está bien, pero...

Esperé unos segundos a que mi hermano lo negase, me dijese que estaba en una tienda y Mariola estuviese luchando por los dos regalos que aún no les habíamos conseguido a los niños.

—Brian, fuera bromas. ¿Dónde estáis?

—Alex, tu hija quiere nacer ya y lo va a hacer aquí y ahora por lo que parece.

Salí del edificio completamente aterrado y en menos de diez minutos estaba entrando en el hall principal del Empire State. Había corrido por Madison hasta llegar allí sin importarme cuántas personas arrollaba en mi carrera contrarreloj. Aún me quedaba por subir en los ascensores hasta el último piso. ¿Qué cojones estaba haciendo allí Mariola y qué había pasado

para que el parto se adelantase unas semanas? Cuando salí del ascensor y vi lo que estaba pasando no me lo podía creer. Me arrodillé al lado de Mariola.

—Nena... ¿qué pasa?

—Nada, he venido aquí a tumbarme para coger el metro. ¿Tú qué crees? —Me agarró del traje tirando hacia ella—. Sácame de aquí y que me pongan la epidural ya.

—Nos vamos de aquí ahora mismo. —Traté de levantarla, pero se retorcía de dolor. Tuve que volver a dejarla en el suelo encima de su abrigo.

A mi lado estaba Brian tratando de ayudar a Mariola con la respiración y en una esquina estaba Ryan hablando por teléfono. ¿Ryan? No daba crédito a lo que estaban viendo mis ojos. Ryan había vuelto de entre los muertos para ¿qué?

—No, no podemos bajar. No tengo ni idea de cuánto ha dilatado. —Ryan se acercó a nosotros—. Mariola, necesito ver cuánto has dilatado. Alex, ayúdame a quitarle la ropa.

Vale, en cualquier otro momento le hubiese pegado un puñetazo por aquel comentario, pero lo importante era Mariola y mi hija.

—Nena, todo saldrá bien. —Besé a Mariola y me deshice de su ropa dejándola solo con el vestido. No, no quise ni mirar.

—Vale, creo que esto va mucho más rápido de lo que debería y si no venís pronto... Sí, lo comprendo, pero esta de parto y veo la coronilla.

Mariola apretó fuertemente mi mano y vi el terror en sus ojos.

—No estoy preparada, no puedo hacerlo. —Comenzó a llorar asustada—. No aquí, no en este hall, sin médicos, sin ayuda.

—Mariola —Ryan se arrodilló al lado de su cara para tratar de calmarla con un tono de voz muy suave—, sé que está asustada, que piensas que no puedes hacerlo, pero si sientes la necesidad de empujar vas a tener que hacerlo. Tratar de retrasar el parto podría ser perjudicial para vuestro bebé. —Ryan me miró buscando mi apoyo.

—¿Entiendes también de partos?

—Tuve que atender un par en Afganistán. —Claro, que era héroe nacional y lo había olvidado.

—Pero aquí... —Señalé aquel hall en el que podría haber mil microbios e infecciones.

—Un equipo sanitario está en camino, les escoltará la policía, pero Nueva York está intransitable.

—No puedo... —Mariola no podía dejar de llorar—. ¿Y si se muere aquí? ¿Y si no sobrevive por mi culpa?

—Nena —Ryan agarró la cara de Mariola—, no voy a permitir que eso pase. No os va a suceder nada a ninguna de las dos.

Ryan se levantó y buscó algo en el bolso de Mariola. Sacó la medalla que siempre llevaba con ella y se la puso en la mano que le quedaba libre.

—Todo lo que leíste en aquella nota es verdad. Siento mucho haberte hecho pasar por todo esto, pero no tuve otra opción. Siento haberte causado tanto dolor, nena, pero te prometo que no lo volveré a hacer. —La besó y sentí ganas de partirle la cara en mil pedazos por haber hecho sufrir a Mariola—. ¿Estás preparada?

—No. —Vimos un gesto de dolor en su cara— Pero no va a llegar ese equipo médico antes de que Erin nazca, ¿verdad?

—No lo sé, cariño, pero no voy a apartarme de tu lado. No es como lo hemos planeado, pero tú puedes con esto. Me lo has demostrado desde el día en que te conocí. Erin no podría haber elegido un lugar más especial para nacer, cerca de las estrellas y a lo grande. —Observé una

pequeña sonrisa en su boca.

—Te quiero, Alex.

Estaba aterrada y sintiendo un dolor tan intenso que pensé que me iba a desmayar en cualquier momento, pero sabía que tenía que ser así, que no podía parar aquello ya que Erin podría sufrir y no lo iba a permitir. Ryan buscó en mi bolso algo y se limpió las manos. Se deshizo de su chaqueta, de la bufanda y se remangó el jersey azul que llevaba. Sí, me fijé en cómo iba vestido, tenía que intentar obviar aquellas contracciones tan brutales.

—Lo siento.

Alex me besó y no comprendía por qué me pedía perdón. Se acercó decidido a Ryan negando con la cabeza.

*—Alex, necesito que...—*Ryan no pudo decir nada más y Alex le pegó un puñetazo que le hizo chocarse con la pared.

—No vuelvas a hacerle daño a Mariola.

*—Alex... —*El dolor era más que insoportable.

*—No te acerques a ella de nuevo si vas a volverle desaparecer. No sabes cómo te ha llorado, no tienes ni idea de las noches que ha pasado sin dormir por tu recuerdo. Se ha culpado muchas veces de tu muerte y todo fue una estratagema de FBI. —*Alex tenía el puño apretado*—. Pero...*

Ryan no se había movido, no pretendía defenderse. Sabía que me había hecho mucho daño y que Alex tenía toda la razón.

*—Pero tengo que agradecerte que pusieras tu vida por delante de la de Mariola. Si no llega a ser por ti, ahora estaría muerta. Así que... —*Extendió su mano delante de Ryan*—. Muchísimas gracias por salvarle la vida a Mariola.*

*—Lo haría mil veces más. La quiero y espero que la trates como se merece. —*Ryan terminó estrechándole la mano a Alex*—. Y ahora vamos a traer a tu hija a este mundo. Veo que la genética de hacer todo a lo grande lo ha sacado de su madre. —*Ryan le dio una palmada a Alex en la espalda.

*—Go big or go home^[56]. —*Lo susurré entre contracción y contracción.

Los dos se acercaron a mí sonriendo muy nerviosos.

*—Mariola, nena, toca empujar. No hay epidural y dolerá, pero cuando terminemos, tendrás a tu preciosa hija en tus brazos. —*Ryan me guiñó un ojo y afirmé con la cabeza sin estar completamente segura de que aquello fuese la mejor de las ideas.

Brian se puso detrás de mí y Alex no soltó mi mano, mientras Ryan apretaba mis rodillas. Si echaba la vista atrás, en ningún momento me hubiese imaginado que Ryan nos ayudase a traer al mundo a nuestra hija.

Perdí el control de mis gritos, de mi cuerpo y del tiempo. No sabía si habían pasado segundos, minutos u horas allí tumbada con aquel dolor tan intenso.

*—Lo estás haciendo genial, Mariola, pero necesito más ayuda. ¿Alex? —*Ryan me miró y pensé que algo iba mal. Me acerqué a él.

—Creo que es el momento de conocer a alguien, chicos.

«Continúa hasta el final, haz tus sueños realidad. No abandones la pelea. Estarás bien, por que no hay nadie como tú en el universo».

Entré los gritos desgarradores de Mariola e Invencible de Muse que sonaba por los altavoces, Erin llegó al mundo. Salió del cuerpo de Mariola envuelta en líquido pegajoso y la cogí entre mis manos. Ryan me había guiado en todo momento, me había dicho cómo tenía que

hacerlo, cómo tratar de que mi hija naciese perfecta. Su llanto inundó el hall y no me lo podía creer, tenía a mi hija entre mis brazos. Brian me entregó su jersey y coloqué a Erin en él.

—¿Está bien? —Mariola, que seguía recostada sobre las piernas de Brian, me miraba preocupada y agotada—. Alex, ¿está bien?

—Es perfecta.

Tapé a Erin con el jersey de Brian y se la coloqué a Mariola en el pecho. La miró unos segundos y lloró emocionada al notar cómo la mano de nuestra hija se aferraba a su dedo.

—Es perfecta, Alex.

—Lo hemos conseguido, nena.

«Y esta noche realmente podemos decir que juntos, somos invencibles».

New York,
I love you.



EPÍLOGO



Ocho años después

—*Mamá, papá, estamos todos esperando. ¿Vais a venir o qué? Lo que os cuesta estar listos a la hora. —Jason entró en la habitación negando con la cabeza—. Erin está dando vueltas en la terraza y dice que no quiere entrar hasta que no estemos todos en el salón.*

—*Se va a congelar. ¡Que estamos en febrero! —Miré a mi hijo que estaba pendiente del móvil.*

—*Eso se lo dices tú, porque a mí no me hace caso. Por mucho que sea su hermano mayor, ha sacado el genio de mamá y me levanta la ceja cada vez que le digo algo. —Miró a Mariola que se reía mientras se colocaba el jersey.*

—*A mí no me miréis. Si no le consintieseis a la niña todo —se dio la vuelta y nos miró a los dos—, os haría más caso.*

—*Papá, me prometiste que cuando creciese comprendería a las mujeres, pero tengo quince años ya y cada vez me parecen más complicadas. Erin solo tiene ocho años y no sé qué quiere decir muchas veces. —Jason se acercó a Mariola muy serio—. Tu hija está descontrolada.*

—*¿Perdón? —Mariola no pudo evitar reírse más.*

—*Sí, creo que es hora de que empiece a actuar más como hermano mayor. Yo a su edad no decía esas cosas.*

—*¿Qué cosas? —Mariola le miró divertida.*

—*Pues me acaba de preguntar si Marion, mi amiga del colegio, es mi novia. Dice que se me hacen chiribitas los ojos cuando viene a casa a hacer los deberes. Y que qué pasa con Andrea.*

—*Ya. —Mariola se acercó a Jason muy seria—. ¿Quieres que te recuerde las lecciones que nos diste cuando tu padre y yo nos conocimos?*

—*Jason se quedó unos segundos mirando a Mariola y sin decirse nada se entendieron. Era algo que desde que se conocieron habían hecho. Solo con mirarse se decían muchas cosas. Demasiadas algunas veces.*

—*Es igual que tú y te encanta, mamá. —Jason se abrazó a Mariola. Ya le sacaba varios*

centímetros.

—La manera que tiene de mirarme mientras duermo como si quisiese robarme los órganos para venderlos en el mercado negro —Mariola negó con la cabeza—, lo hacías tú también cuando nos conocimos.

—Era mi plan. —Jason se separó unos centímetros de Mariola y sonrió—. Pero me sonreías y se me olvidaba.

—¿Eres demasiado mayor para que te coma a besos?

Mariola no le dio opción a Jason para responder y empezó a darle besos por toda la cara. Me quedé observándoles y seguía viendo la devoción que nuestro hijo sentía por Mariola, por mucho que tratase de deshacerse de ella cuando le montaba alguna escenita de las suyas en el colegio. Mi hijo seguía enamorado de ella. Daba igual las peleas que tenían a diario porque Mariola seguía quemando las tortitas. No importaban las peleas nocturnas por ver baloncesto o series de superhéroes. Ellos dos eran el amor en estado puro.

—Papá, tu mujer está descontrolada.

—¿Perdona?

—Es la verdad, mamá.

No pude evitar soltar una carcajada. Mi hijo siempre había sido más adulto que yo en muchos sentidos, pero al ir creciendo me estaba superando. Creo que de los cuatro, él era el más maduro.

—Jason, no te conviertas en un señor trajeado pequeño, por favor. —Mariola se separó de él un poco apenada.

—No te preocupes, mamá. —Le guiñó un ojo—. Nunca seré demasiado mayor para tus besos y abrazos. Ni tampoco me convertiré en alguien soso y aburrido. Eso se lo dejamos a papá cuando está reunido. —Los dos se rieron.

—¿Perdón?

—Ya no es tan estirado como cuando le conocí.

—Gracias a Dios. —Jason me miró de reojo—. Hiciste un buen trabajo, mamá.

En aquella ocasión fue mi hijo quien agarró de las mejillas a Mariola y le dio un beso. Se quedó unos segundos mirándola y suspiró.

—Te quiero, mamá. Controlada, descontrolada, loca y malhablada. Has sido y serás el mejor regalo que me ha hecho mi padre. —Le guiñó un ojo y me miró de reojo—. Hasta que decidáis darme un hermano. Que me iré a la universidad en unos años y vais a echar de menos uno tan guapo y adorable como yo que os ponga los pies en la tierra de vez en cuando.

Nos miró con una sonrisa ladeada y salió de la habitación silbando Sweet Child O' Mine de Guns N' Roses. Hasta en el estilo de música que le gustaba se parecía a Mariola.

—¿Nos acaba de pedir un hermano?

—Eso parece. —Mariola se acercó a mí sonriendo—. Pero eso es por que se le han olvidado esos meses en los que su hermana se dedicó a tenernos despiertos hasta las tantas de la madrugada.

—Repetiría la experiencia. Bueno, pero tal vez esta vez podrías esperar a dar a luz en un hospital y no en el Empire State. —Recibí un golpe en el pecho—. Erin decidió hacer una entrada a lo grande.

Escuchamos un ruido en la terraza y al mirar por la ventana de nuestra habitación, nos encontramos a Erin subida a una de las hamacas con un palo en la mano y a Rud arrodillado delante de ella.

—¿Pero qué...

Salimos y escuchamos lo que estaba sucediendo.

—Yo, Erin McArddle Santamaría, por el poder que me ha dado ser una Santamaría, te ordeno como el nuevo protector del reino de las hadas rockeras.

Rud tenía uno de los manteles atados al cuello a modo de capa y estaba con la cabeza agachada delante de la niña.

—Será todo un honor ser su protector, mi reina.

—Hola, mami. —Erin levantó el palo en la mano y rompió una de las macetas que acabábamos de colocar en la pared, cayéndole encima toda la tierra—. Ups.

—El reino se desmorona. —Mariola se empezó a reír y la niña se unió a ella—. Vamos, princesa, hay que limpiarte la tierra que te ha caído. Que tienes un peligro con un palo en la mano... —Mariola la cogió en brazos y entraron en la habitación.

Me quedé unos segundos observándolas. Erin era Mariola en pequeña. Tenía su mismo pelo moreno, su sonrisa, su forma divertida de ver la vida y el brillo tan especial que tenían sus ojos. Lo único que las diferenciaba era el color. Erin los tenía de un azul brillante, al igual que los de Jason y los míos.

—Papi nos está mirando raro. ¿Se ha enfadado por haber roto lo de la terraza?

—No, cariño. Es uno de esos momentos en los que se le está pasando por la cabeza algo y nos mira como si fuésemos una gran tarta de chocolate. —Las dos me miraron de reojo.

—¿Y nos va a comer?

—Pues...

No dejé que Mariola terminase la frase. Me acerqué a ellas, las agarré de la cintura y las tiré a la cama a las dos para hacerles cosquillas y besarlas. Adoraba hacer eso con ellas, tirarnos en la cama los tres, sentir la cabeza de Mariola en mi pecho y las cosquillas que me hacía el pelo de Erin cuando se tumbaba sobre mí. Cuando un día de locura en la oficina nos dejaba agotados a los dos, Erin terminaba siendo nuestra mejor medicina.

—Te quiero, papi. —Erin se tumbó sobre mí, pasó sus pequeñas manos por mis mejillas y me dio un beso.

—Y yo a ti, princesa.

Erin se quedó unos segundos tumbada sobre mi pecho y negué con la cabeza sonriendo.

—Lo siento mucho por Jason, pero quiero otra como esta, cariño. Quiero otra niña tan preciosa y dulce como su madre. Quiero que me vuelva loco con sus preguntas, que se duerma entre mis brazos, que me sonría y me mire como si fuese el hombre más importante de su vida.

—¿Ahora quieres otro cambio, Alex?

Comprendía lo que Mariola me estaba diciendo con aquella pregunta. CIA era la empresa más importante de Nueva York de relaciones públicas y organización de eventos. Dos años antes tuvimos que ampliar de nuevo plantilla y oficinas. Seguía sin comprender cómo Mariola era capaz de llevar una empresa con tantos empleados, organizarse tan bien y tener tiempo para llevar a Erin a ballet, a Jason a béisbol, podía quedar con las chicas e irse a tomar un café descalzas en el parque... A mí había días que me costaba despegarme de la silla del despacho, pero Mariola terminaba sacándome de la oficina para escaparnos los cuatro de viaje algunos fines de semana. La verdad es que pensé que nos costaría compaginar nuestra vida privada y no mezclarla con la profesional. Trabajar juntos podría haber sido un reto difícil de superar, pero lo conseguimos y seguíamos haciéndolo a diario.

—Se enfría la comida. —María entró en la habitación con James en brazos—. Cariño, dile a tus tíos que se van a quedar sin postre como no salgan ya.

—Me lo voy a comer yo todo.

A los segundos aparecieron Aaron y April peleándose, con Frank corriendo detrás de ellos.

—En serio, o salís ya o la mesa va a terminar como un campo de guerra. Los niños están empezando a atacar todo.

Sí, parecía que nos habíamos propuesto repoblar Nueva York nosotros solos. La primera en nacer fue Erin, pero a los tres años nacieron James y Aaron, los gemelos de Brian y María. Los dos terremotos más adorables del mundo. Un año después Frank y Sonia nos regalaron a April, una preciosa niña rubia con una sonrisa de la que nos enamoramos. Y tan solo hacía unos meses, Justin y Mike aparecieron en casa con Luke, un niño tan esperado como deseado. Un bebé que se había ganado nuestros corazones con una sola sonrisa. Les costó años de lágrimas y negativas. Adoptar no era tan fácil como pensábamos, pero al fin formaba parte de nuestra gran familia.

Salimos al salón y en aquella gran mesa, celebrando como cada año el día de San Valentín, teníamos a toda nuestra familia. Una familia que se fue formando año tras año, golpe tras golpe y al que se habían ido añadiendo personas que eran imprescindibles ya para nosotros. Mi madre y Josh siguieron viéndose después del juicio hasta que nos dieron la sorpresa de una boda relámpago en el 620 Loft and Garden, en una azotea con vistas a la Catedral de St. Patrick. Una boda al anochecer en la que las luces de la Quinta hicieron de aquella una noche mágica. Mi madre no había dejado de sonreír desde aquel día, algo que nos hizo muy felices a mi hermano y a mí. A su lado se encontraban Rud y Sasha. Por fin, después de idas y venidas, habían decidido dar el gran paso y formalizar su situación. Estaban viviendo en el mismo edificio que nosotros, unos pisos más abajo. Brian, María y los gemelos, vivían también en nuestro edificio. Mike, Justin y su precioso bebé seguían viviendo en su antiguo piso, pero estaban reformando uno en el edificio contiguo al nuestro. Frank, Sonia, Andrea y April se habían mudado a un par de manzanas. Antes de conocer a Mariola y a la loca familia que traía con ella, nunca había sentido la necesidad de tener a las personas que quería tan cerca, pero con ellos todo cambió. Formábamos una familia diferente, en la que las comidas acababan en batallas campales de objetos volando, en la que los partidos de béisbol se convertían en el nuevo cuatro de julio, en la que las bodas siempre podían sorprender más de lo que nos imaginábamos y en la que no podíamos pasar un día sin tomar un café, sin una llamada o sin una videoconferencia. Por fin habíamos conseguido lo que tanto habíamos deseado sin saberlo todos.

—A comer. —Mike terminó de colocar la comida en la mesa y nos sentamos alrededor de ella—. Tarde, como siempre, podemos empezar a celebrar el día de San Valentín.

—Me encanta esta tradición. Aunque se lleva la palma de las sorpresas y celebraciones la sorpresa de Alex hace cinco años. —María me miró sonriendo.

Mariola agachó la cabeza y se acarició el anillo que llevaba en su mano. No se lo había quitado ni un solo día.

Me costó arrancar a Mariola de su despacho. No eran ni las seis de la mañana y se había marchado de casa para trabajar en la primera reunión del día. Casi la maté cuando me di cuenta de que no estaba en casa. Mis nervios no me dejaron actuar con normalidad y pensé que Mariola sospecharía algo.

—Pero tengo que terminar esto, Alex. Esta tarde se presentan los presupuestos.

—Se encargará de ello Zac, no te preocupes. Vamos.

No podía estar más nervioso cuando saqué a Mariola del edificio y los primeros copos de

nieve de la nueva tormenta que estaba asolando aquella zona del país, estaban empezando a caer en Nueva York. Recé para que todo saliese bien cuando nos montamos en el coche que nos llevaba al aeropuerto. Mi respiración se podía escuchar en la parte de atrás del coche.

—¿Dónde vamos, Alex?

—Es una sorpresa, así que no te voy a decir nada más en un buen rato. —Coloqué un antifaz sobre sus ojos—. ¿Confías en mí?

—¿Hace falta que te conteste, Alex? —Giró la cabeza con los labios fruncidos.

—No, nena, pero tendrás que confiar aún más en mí las próximas horas. No te voy a quitar ese antifaz ni un solo momento. —Puse mi mano en sus piernas y la subí por el interior de ellas.

—¿Y las manos me las vas a quitar?

—Ni un solo segundo durante el resto de mi vida. —Lo susurré en su oído y aproveché para besarla en el cuello, acto que provocó un escalofrío que la hizo sonreír.

—¿Dónde tengo que firmar para quedarme con eso por escrito?

Alex no me dijo ni una sola palabra más. Respiraba agobiado en el coche que nos llevaba a algún lugar secreto y por sus comentarios, estaba empezando a nevar. Supe que estábamos en el aeropuerto justo en el momento en que me pidieron el pasaporte y, amablemente, me exigieron enseñar la cara.

—¿A dónde vamos, Alex? Las reuniones...

—Te vas a tomar unas vacaciones quieras o no. Desde que nació Erin no has parado ni un segundo. Quisiste volver al trabajo cuanto antes y decidiste montar la guardería para los trabajadores y así poder estar cerca de Erin todos los días.

—Pero...

—No hay peros que sirvan. Nos vamos de vacaciones, nena.

—¿Y los niños?

—Mi madre está con ellos. No te preocupes por nada, Mariola. Todo está bajo control.

—¿Ha vuelto el Alex controlador?

—En este caso sí, pero te aseguro que en cuanto lleguemos a nuestro destino las sorpresas te envolverán para darte el mejor momento de tu vida.

Antes de montarnos en el avión me obligó a ponerme unos cascos con música para que no escuchase nada durante el despegue y decidí dejarme llevar. Quería descubrir a qué se refería con las sorpresas. Me acomodé en el asiento y me quedé dormida cuando solo llevábamos media hora de vuelo.

Al despertarme busqué a Alex con mi mano y seguía a mi lado.

—Enseguida llegamos, nena. Creo que has dormido bien por lo que parece.

—¿Cuánto llevo durmiendo?

—No te voy a dar pistas, pero me parece que lo que no has dormido esta noche, acabas de hacerlo ahora en el vuelo.

—¿No me habrás echado nada en el zumo que me has dado?

—Llevas durmiendo una media de tres horas la última semana. No he necesitado drogarte.

—¿Puedo quitarme el antifaz? —Me llevé las manos a los ojos, pero Alex las interceptó antes para besarlas.

—No. Dame dos horas y podrás verlo todo.

—Pues tengo que ir al baño y será muy divertido ir así.

—Te acompaño. —Me metió en el baño y solo me dejó quitarme el antifaz mientras estaba dentro, luego volvió a cubrirme los ojos.

Ni siquiera me los destapó cuando bajamos del avión ni cuando pasamos por el aeropuerto ni en ningún momento hasta que nos montamos en el coche. Hacía calor, así que supuse que estábamos por el Caribe o en el sur de España.

—Ya hemos llegado, preciosa. ¿Puedes esperar a que te quite el antifaz?

—Si consigo calmar tus nervios esperando, lo haré. ¿Qué estás tramando, Alex?

—Pronto lo descubrirás.

—Esto es un secuestro en toda regla. Solo espero que no me quede ciega cuando me dé el sol de... ¿Marbella? ¿Cancún? —Traté de sonsacárselo de alguna manera.

—No, no has acertado.

Tras un corto trayecto llegamos a lo que supuse que era el hotel. Me ayudó a salir del coche y me dejó sola unos segundos. Supuse que estaba sacando las maletas o pagando el taxi, o yo que sé, cediéndome a alguna tribu en forma de tributo a los dioses. Me dio la mano y caminamos por una senda de piedra, aquello me lo dijo el ruido que hacían mis zapatos en el suelo. Subimos unas escaleras y se situó detrás de mí para guiarme por lo que imaginé que era una habitación.

—¿Preparada?

—Siempre.

—Pues dame cinco minutos y te quitas el antifaz. Yo no estaré aquí, pero sabrás lo que tienes que hacer.

Ladeé unos centímetros la cabeza y me encontré con su boca sobre mis labios. Me besó de la misma manera que la primera vez, provocando que todo mi cuerpo respondiese a aquel beso.

—Te quiero, princesa. Disfruta de todo lo que está por llegar.

Escuché cómo salía de la habitación y esperé pacientemente lo que en mi cabeza no fueron más de veinte o treinta segundos.

—Allá vamos.

Me llevé las manos al antifaz y me lo quité con cuidado. Agaché la cabeza y cerré los ojos de nuevo. Tantas horas a oscuras no me dejaban ver bien. Pasaron un par de segundos hasta que mi vista se acostumbró a la claridad y vi en el suelo un camino de orquídeas que llevaba a una terraza. Caminé los metros que me separaban de ella y al levantar la vista vi una playa preciosa delante de mí. Aquello estaba claro que no era España ni el Caribe. El color del agua era turquesa y con un oleaje moderado. El calor no era asfixiante y se escuchaban las risas de personas cerca de mí. En una de las hamacas había un sobre.

—¿Qué es esto, Alex?

Los nervios me invadieron y tomé el sobre entre mis manos sin dejar de temblar. Respiré un par de veces antes de abrirlo. Al hacerlo, me encontré una nota escrita a mano y reconocí la letra de Alex.

Recuerdo aún tu sonrisa al ver este paraíso
y como dijiste que sería el lugar más
mágico para una boda. La segunda pedida
no fue tan especial como me hubiese
gustado, pero espero que este día supere
todo lo que has soñado para este día.
Aquí tienes todo lo que necesitas.
He esperado toda mi vida para este
momento.
Nos vemos en la playa.
Te quiero.
Alex.



Me llevé la mano a la boca y sentí unas lágrimas cayendo de mis ojos. Alex había organizado todo aquello solo por mí. Estábamos en Hawái. Escuché el sonido de unos nudillos en la puerta y al girarme entraron Sonia, María, Susan y Andrea.

—¿Vosotras sabíais esto?

—Alex lleva organizándolo muchos meses. Quería que fuese el día y el lugar perfecto y parece que el día de los enamorados va a tomar un nuevo sentido para vosotros.

—Joder. —Me llevé la mano a la boca. No me había acordado de que era San Valentín.

—No tenemos tiempo para que te fustigues por no acordarte del lanza flechas. Tenemos dos horas para la cita en la playa. ¿Preparada? —Sonia me agarró de la mano.

Antes de meterme en el baño, observé la funda blanca que estaba colgada de uno de los armarios. Me acerqué curiosa y al abrirlo comprobé que era el vestido que Samuel preparó para mí. Aquel vestido que había estado esperándome más de un año.

Aquellas dos horas se me pasaron volando y cuando me quise dar cuenta, estaba en el salón con los nervios a flor de piel, esperando a que dieran las seis para encontrarme con Alex. Sonia me había puesto en el pelo una orquídea morada y sonreí por el color. Todo comenzó con mi pelo morado.

—Papá y mamá no han podido venir. —Mi hermana les estaba disculpando, pero estaba claro que aún no nos habían perdonado lo de su boda.

—No han venido a conocer a su nieta ¿cómo iban a venir a mi boda?

—Se les pasará. —Mi hermana me colocó un mechón de pelo rebelde que se salía del pequeño recogido que me había hecho.

—Vosotros sois mi familia. Suena mal, pero ahora mismo no necesito a nadie más aquí.

—¿Y a mí? —Jason apareció con su gran sonrisa de la mano de Erin. Estaba empezando a caminar y aún andaba un poco pez.

—A ti siempre, cariño. A los dos. —Me agaché para besarles.

—Yo me llevo a tu niña y Jason es el encargado de llevarte hasta el altar. Te esperamos fuera.

Nos dejaron a los dos a solas unos minutos y mi hermana me guiñó un ojo antes de desaparecer en el jardín y bajar unas escaleras que supuse que llevaban a la playa.

—¿Estás nerviosa? —Jason estaba agarrado a mi mano.

—Siempre dicen que las novias se ponen nerviosas el día de su boda, pero quiero tanto a tu padre, que no tengo por qué sentir ninguna otra cosa que no sea felicidad.

—Te quiero, mami. Gracias por volver y no marcharte nunca. —Jason tiró de mi mano para que me agachase.

—Para siempre.

—Para siempre. —Me dio un beso y abrió mucho los ojos cuando comenzamos a escuchar las notas de un ukelele—. Vamos, es la hora.

Jason tiró de mi mano y a los metros se quedó quieto mirándome los pies.

—No llevas zapatos.

—Tu padre me ha dicho que es en la playa. Me gusta sentir la arena bajo los pies.

Jason se sentó en el suelo unos segundos y se deshizo de las zapatillas que llevaba. Se volvió a levantar y sonrió. Caminamos hasta el final del jardín, hasta unas escaleras que daban a la playa.

—Te esperamos abajo.

Salió corriendo y me quedé unos segundos mirando el horizonte. El mar se había calmado, corría una brisa cálida y la música seguía sonando. Era una versión de *Can't Help Falling In Love* de Elvis, acompañada solamente de la voz de un chico y de un ukelele. Comencé a bajar aquellas escaleras de madera y llegué a la arena. Al levantar la vista los vi a todos a unos metros de mí, situado a ambos lados de Alex, formando un pequeño pasillo que me llevaba hasta él. Comenzaron a temblarme las manos y las piernas. No eran nervios, eran las ganas que tenía de estar a su lado. Pensé que no sería capaz de recorrer los veinte metros que me separaban de él, pero en el momento en que se dio cuenta de que estaba allí, me regaló una de sus sonrisas más sinceras y bonitas.

Sí, él también estaba nervioso, porque jugueteaba con el reloj que le regalé en Marbella, que Susan se había encargado de reparar. Estaba vestido de blanco, al igual que el resto. Estaba subido a un pequeño altar improvisado en medio de la playa y Jason estaba a su lado con Erin de la mano. Tomé aire y caminé hacia ellos. Al pasar al lado de Sonia, Susan y mi hermana, pude ver cómo les brillaban los ojos, estaban a punto de ponerse a llorar. Las tranquilicé con una sonrisa y un guiño. Me situé delante de Alex y volví a respirar.

—Hola.

—Hola, nena.

—Espero no haberte hecho esperar mucho.

—Por ti esperaría toda la eternidad.

¿Cómo no estar enamorada del hombre que tenía delante? Ya no solo eran los detalles que tenía conmigo a diario. Era mucho más.

—¿Empezamos?

Alex me miró y asentí sonriente con la cabeza. Hizo un gesto y Mike se levantó de las sillas en las que el resto se habían sentado. Se acercó a nosotros y le dio la mano a Alex, para después besarme y susurrarme al oído.

—Te quiero.

Mike era el encargado de officiar nuestra boda.

—Dicen que solo los tontos se enamoran, pues aquí tenemos a los dos enamorados más tontos del mundo mundial.

Todos esbozamos una sonrisa con el inicio de su discurso.

—Han luchado contra todo lo que se les ha puesto por delante, y joder, sí que han tenido que superar obstáculos. Se conocieron sin saber que aquella noche comenzaría la aventura de sus

vidas. No ha habido ni un solo momento que no haya vivido al lado de Mariola, en el que haya dudado del amor que siente por Alex. No tengo que convencer a nadie de los que estamos aquí presentes. Todos lo hemos vivido. Sus besos, sus caricias, sus peleas y sus desencuentros. Pero han sido tan luchadores, que la vida les ha dado una segunda oportunidad y no la han desaprovechado. Han formado la familia más bonita que podría haber deseado para mi mejor amiga.

Estaba tratando de no llorar, pero con las palabras que Mike nos estaba dedicando iba a ser imposible.

—Cuando te conocí supe que serías capaz de cambiar nuestras vidas. Si no hubieses entrado aquella tarde en el bar, estoy seguro de que hoy no estaría prometido con Justin. No hubiese sido capaz de dar el gran paso. Tú nos has enseñado a luchar por lo que queremos y a pelear por nuestros sueños. —Respiró profundamente y me miró—. Gracias, Mariola, por aparecer en nuestras vidas, por volvernos completamente locos y por hacernos creer que los finales felices están al alcance de todos. Gracias por hacerme volver a creer en los finales de cuento.

Agaché la cabeza y Mike me entregó un pañuelo para limpiarme las lágrimas.

—Tú, Alex, jamás me hubiese imaginado que salieses de aquel periódico en el que te conocimos en nuestra terraza, para ser el hombre que ha hecho que Mariola vuelva a sonreír, el que es capaz de controlar a la bestia que lleva dentro y el que la ama por encima de todo. El que le ha dado a un hijo precioso y una hija maravillosa. Gracias por seguir luchando por vuestro amor, porque es uno de esos amores en los que el resto nos fijamos. Sobrevivir a un psicópata, a una cuñada loca, a un padre... —ladeó la cabeza y pidió permiso a alguien para seguir hablando y por su sonrisa supimos que Susan le dio su bendición para seguir hablando—. A un padre cabrón y a toda la prensa que se metió entre vosotros. Gracias por hacer que mi amiga esté hoy aquí tan radiante.

Le estrechó la mano a Alex y se acercó a mí para besarme.

—Ahora es vuestro turno. —Mike me miró y me dio paso.

—A ver si puedo superar tu discurso. —Sonreí tímidamente y tomé una gran bocanada de aire—. Vale. No tenía nada preparado, ya que me han secuestrado en la oficina esta mañana y creo que he entrado en un universo paralelo del que no quiero salir jamás.

Noté los ojos de todos sobre mí, esperando lo que iba a decir.

—Alex —le agarré fuertemente de las manos—, nunca me imaginé que aquel hombre estirado que me miraba como si estuviese loca en aquella fiesta en la que llevaba el pelo morado y las tetas en la barbilla, se convertiría en el hombre que me hace reír, el que me hace querer ser mejor persona día a día, el que consigue calmar mis nervios y el que me ha protegido anteponiendo sus deseos a los míos. El que ha traído a mi familia a Hawái para que celebrásemos la boda que siempre soñé. Aquella de la que hablamos en tu hotel hace tres años. De la que nunca pensé que te acordarías.

—Recuerdo cada momento que he vivido a tu lado. —Me besó las manos.

—Te has convertido en el hombre que no duda ni un segundo en saltar por delante de mí antes de que yo caiga. Eres mi red de seguridad y mi mejor amigo. Eres mi amor, mi vida y mi alma gemela. Te quiero, Alex McArddle.

Levanté los hombros entre lágrimas asimilando que no podía decir nada más, que no tenía nada más que gritarle al mundo.

—Menos mal que no tenías nada preparado. —Mike abrió los ojos sonriendo.

—Es lo que tiene que me dejéis hablar libremente.

Todos soltaron una gran carcajada.

—Mariola —Alex tuvo que respirar antes de seguir y me hizo sonreír—, aún recuerdo tu mirada desafiante en aquella fiesta. No soñé tener tanta suerte como para que llegase el día que me hicieras tu marido. No necesitamos un papel ni un juez ni nada que nos diga que esto es para siempre, porque los dos sabemos que lo nuestro será eterno. Tenía tantas cosas en la cabeza que quería decirte, pero teniéndote delante, mientras me miras con tus ojos tan llenos de vida y me regalas tus preciosas sonrisas, no puedo decirte nada que no sepas. Pero quiero aprovechar la canción que sigue sonando y robarle unas frases al más grande. —Puso delante de mí la mano que se acababa de pasar por la boca nervioso—. Toma mi mano, toma mi vida entera. Porque no puedo evitar enamorarme de ti. Ni puedo ni quiero. Porque, nena, somos eternos.

No esperé a que Mike nos declarase marido y mujer, porque ya lo éramos desde hacía tiempo. Me lancé a sus brazos y le besé como si fuese a desaparecer. Necesitaba agradecerle tantas cosas, que aquel beso fue tan intenso como dulce.

—Te quiero, Alex. Muchísimas gracias por organizar todo esto.

—Aún queda alguna sorpresa.

La música siguió sonando mientras todos nos abrazamos y besamos, continuó mientras veíamos el atardecer desde la mesa que teníamos preparada y nos acompañó el resto de la noche. La verdad es que en algún momento pensé que me iba a despertar de aquel sueño, pero no fue así.

—Vamos. —Alex me levantó de la mesa y caminamos por un sendero en la arena que estaba iluminado con varias antorchas—. Sé que te hubiese gustado que estuviesen tus padres aquí, pero ha sido imposible convencerles.

—Tengo justo delante de mí todo lo que necesito, Alex. Con los niños y contigo tengo lo necesario para perderme en una isla desierta.

—Última sorpresa. —Me dio un beso y me giró.

Al darme la vuelta vi a todos con lámparas de papel preparadas para lanzar al cielo.

—No me he olvidado de nada, Mariola.

La versión con ukelele de *Over The Rainbow* nos acompañó mientras soltamos aquellas lámparas que subieron al cielo formando algo precioso. Me quedé unos segundos observando aquellas luces alejándose y noté la mano de Erin sobre mi pierna. La cogí entre mis brazos y esbozó una gran sonrisa, para después quedarse dormida. Alex se acercó a mí con Jason también dormido entre los brazos. Todo el mundo desapareció en el momento en que dejamos a los niños en su habitación en la planta baja, junto con Andrea. Parecía que nos querían dar un poco de privacidad en nuestra noche de bodas. Subimos a nuestra habitación y caminé hasta la barandilla para recuperar un poco la cordura.

—¿Eres feliz? —Alex me abrazó y me giró para mirarle a los ojos.

—Más de lo que jamás me imaginé que podría ser, Alex. —Respiré unos segundos—. La vida no es perfecta —miré a Alex a los ojos y sonreír—, pero esto está muy cerca de serlo.

—*Mau loa*^[57].

—*Mau loa*.

Sabía que estaba recordando nuestra boda en Hawái porque se estaba acariciando el tatuaje de la muñeca en el que se leía mau loa.

—¿Estás bien, mami? Tienes esa mirada de loca que se te pone de vez en cuando. —Erin estaba sentada en las piernas de Mariola y esta afirmó sin decir nada más—. Te quiero, mami.

—Te quiero, peque. —Se besaron y se me cayó la baba.

Tras comer, recibí una llamada y me alejé de la mesa para poder contestar. Alex me regañó con la mirada desde la distancia por hacerlo, pero tenía que cogerlo. Tras colgar, me acerqué a Jason y le dije algo al oído que nadie más escuchó. Quería que todos fuesen parte de la sorpresa que teníamos preparada.

—Ahora toca el postre. —Mike se levantó para ayudarnos y se fue a la cocina para terminar de preparar la tarta.

A los segundos escuchamos el timbre y me quedé mirando a la mesa y a la puerta durante varios segundos. Conté uno a uno los que estábamos y allí no faltaba nadie. Estaban todos los niños, ninguno se había escapado aquella vez. Al abrir la puerta me encontré con un ramo de flores y detrás de aquellas rosas estaba Ryan tan guapo como siempre. Hacía varios años que había empezado a trabajar en San Francisco y no había sabido nada de él en demasiado tiempo.

—Feliz aniversario, Mariola.

—Ryan. —Me abracé fuertemente a él.

—No me podía perder un día así.

—Gracias por venir. —Alex se acercó a nosotros y se dio un gran abrazo con él.

—Ya está la tarta.

—Vamos. —Pasé un brazo por la cintura de Ryan y le invité a entrar en casa.

Nos sentamos todos y le di un cuchillo a Alex para que cortase él mismo la tarta.

—¿Y esto?

La tarta era de fondant blanco algo extraña. No era el mejor postre que Mike había preparado.

—Hemos improvisado con los niños. —Mike me miró guiñándome un ojo.

Alex comenzó a partirla, pero al llegar a la base algo le impedía seguir cortándola. Tras pelear durante unos segundos, se empezó a ver algo negro en la parte de abajo. Metió los dedos y tiró de ella. Negó con la cabeza unos segundos y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Es... esto es...

Entre los dedos pringados de crema tenía una ecografía.

—¿Estás embarazada?

—Sí, de tres meses.

—¿Tres? ¿Cómo no me he enterado de nada?

—Quería asegurarme de que todo estaba bien y como hemos tenido tanto trabajo y hoy celebrábamos nuestro aniversario y el día de San Valentín, he querido hacerte un regalo.

Todos nos estaban mirando atónitos. Nadie excepto Jason y Mike sabían nada.

—¿Crema rosa y azul? Entonces... no sabes lo que es.

Ladeé varias veces la cabeza esperando a que Alex se diese cuenta del mensaje encubierto en aquellos colores.

—Querías tener otra princesita, pero parece que...

—Madre mía, papá. Tan listo para unas cosas y tan corto para otras. —Jason le dio una palmada a su padre en la espalda—. Niño y niña.

Levanté los hombros y sonreí unos segundos. En aquel momento había dos opciones: se desmayaba del susto y no iba a cerrar la boca en su vida, o salía corriendo.

—La madre que me parió.

Alex comenzó a dar vueltas por el salón sin saber muy bien qué decir y todos le observamos esperando su reacción. Brian me miraba con las manos en el aire y yo no sabía qué hacer.

—Dos. —Se acercó a mí sonriendo—. Vamos a tener dos hijos. Te quiero, nena, te quiero.

Me abrazó y comenzó a girar conmigo en brazos por el salón ante la atenta mirada de toda nuestra familia que rompió en aplausos y abrazos.

Mientras giraba con Mariola en brazos comprendí que un día a su lado sin sorpresas, no era un día normal. Desde que la conocí había sentido que si las sorpresas podían llegar a nuestra vida, todas vendrían de su mano.

—Gracias, nena, es uno de los mejores regalos de aniversario que me podrías haber hecho.

—Siento no habértelo dicho antes, pero quería asegurarme de que todo estuviese bien, de que estábamos bien.

—¿Y? —La dejé en el suelo y la agarré de las mejillas.

—Por ahora están creciendo sanos y fuertes. Me están comiendo por dentro, pero están perfectos.

La besé y me arrodillé delante de su tripa.

—Bienvenidos a esta familia tan especial. Os adoro.

Sabía que la vida podía ser una aventura, pero nunca me imaginé que ella sería la mayor aventura de mi vida.

Fuimos un instante
lleno de casualidades
y seremos eternos.

SOMOS

Somos
Mi tarea pendiente IV

«Ojalá podamos tener el coraje de estar solos,
y la valentía de arriesgarnos a estar juntos».

Eduardo Galeano

01.
COMO SI FUESE AYER

No me puedo creer que hayan pasado más de diez años desde aquella fiesta en la que una apuesta, que en su momento pensé que era la peor idea que Justin podía tener, me haya traído hasta aquí, a este hueco en el que estoy ~~sentada~~ escondida con una copa en una mano y uno de los puros de mi cuñado en la otra, observando las olas rompiendo en la orilla. Son las tres de la madrugada y ojeo mis redes sociales esperando a que Jason y Andrea lleguen de la fiesta a la que han asistido. Sí, ya tienen dieciocho y era imposible decirles que no, además, Andrea está a nuestro cargo hasta que sus padres se reúnan con nosotros. No iba a permitir que fuese sola y Jason se ha ofrecido a acompañarla, aunque odie ese tipo de fiestas. No sé en qué puñetero momento dije que sí con todo lo que tengo en la cabeza preparando la fiesta de cumpleaños de Alex. Cuarenta no se cumplen todos los años.

Os estaréis preguntando en qué momento Manhattan ha pasado a tener playa. Por ahora en ninguno. Alex se empeñó hace unos meses en que nos teníamos que ir todos de vacaciones a las Bahamas, que un colega de Frank nos dejaba una casita en la playa. Seguimos teniendo diferentes formas de llamar a las cosas. Yo a esto le llamo mansión en una de las islas de las Bahamas. Ocho habitaciones, nueve baños y medio (lo del medio me mata), acceso directo a la playa, dos piscinas, barbacoa, gimnasio y mil huecos donde los niños se pueden esconder para darte por saco a cualquier hora del día. No, no es una simple casita.

Agito la copa en mis manos y los hielos golpean las paredes del vaso. Levanto la vista y observo las antorchas que Alex y las niñas encendieron antes de cenar. Sam y Sue se empeñaron en... Esperad, que no conocéis a las mellizas del terror. Creo que os quedasteis con que estaba embarazada de mellizos, chico y chica. Pues mis embarazos son de todo menos habituales. Erin no se dejó ver hasta que sacó la cabeza en el Empire State, Sue salió con el puño en alto y Sam, como todo el embarazo, con la mano entre las piernas. A Alex casi le da por iniciar una expedición entre mis piernas buscando el miembro perdido de su no hijo. Sonríó al recordar su cara y la de Jason cuando las conoció.

—¿En serio, mamá?

—Sí, yo ya lo siento, pero no es como si fuesen Mister Potato y le pudiese quitar y poner orejas o...

—Un rabo. —Jason no puede casi cerrar los ojos—. Papá, pensaba que sabías lo que hacías con tu vida. Que nos ganan, papá. Que son mayoría.

Jason está señalando a su padre, mientras Erin se ha subido conmigo en la cama y tiene entre sus brazos a Sam y Sue, ante la atenta mirada de Alex.

—Lo sé, Jason, lo sé. Pero son preciosas y nos van a volver locos. Lo mismo que hizo tu hermana cuando llegó.

—Esa mocosa era una llorona.

A Jason le encanta meterse con Erin y a esta responderle de una forma tan locuaz que a mí

siempre me saca una gran sonrisa, aunque a su padre le meta en apuros a menudo.

—Pero me adoras y tu vida hubiese sido tan aburrida sin mí. —Erin aletea sus largas pestañas y mira a sus hermanas—. Chicas, no sabéis la suerte que habéis tenido al llegar a esta familia. Papá tiene unas normas un poco raras en cuestión de helados —se acerca un poco a ellas para susurrar—, solo pide de café. Jason, aunque se haga el duro, os va a querer más que a nada. Yo estaré siempre con vosotras, como la tía María y la tía Sonia con mamá. —Erin levanta su cabeza y me mira fijamente—. Y con ella os ha tocado la lotería. Mamá no sabe hacer lasaña o puede que os saque de casa con una zapatilla de cada color, pero da los mejores abrazos, los mejores besos y siempre siempre siempre os va a despertar con una gran sonrisa y besos por toda la cara. Cuando os pongáis malas, recorrerá toda la ciudad para buscar vuestra comida favorita, aunque sea algo que a papá le parezca asqueroso.

—¿Por qué siempre yo soy el que parece no encajar? —Alex me susurra al oído antes de besarme.

—Y cuando ella no tenga ya fuerzas porque ha trabajado mucho, será papá quien salga a comprar todo lo que necesitemos. A veces os regañarán por hacer cosas que no están del todo bien, pero somos la mejor familia del mundo mundial.

Erin nos mira a los tres y luego besa a sus hermanas que se han quedado dormidas entre sus brazos.

—Bienvenidas a la familia, chicas.

Todos nos quedamos unos minutos en silencio y siento cómo se me empiezan a escapar lágrimas al comprobar lo que hemos conseguido.

—Nena, gracias por hacerlo tan sencillo. —Alex me besa de nuevo.

¿Sencillo?

Para nada.

No durmieron más de dos horas seguidas durante los primeros meses. Los cólicos, la mastitis, llorar sin saber el motivo, perder la libido, la visita al hospital una noche que comencé a sangrar como si me estuviesen rajando por dentro, un legrado de urgencia, una noche hospitalizada lejos de las bebés, de Erin, de Jason y de Alex, me hizo sentir la peor madre del mundo. Fueron los siete meses más duros de toda mi vida. Pero mi hermana me dio el mejor de los consejos: «Nuestra vida no se define por las veces que nos caemos y lloramos. Se define por nuestra capacidad de levantarnos y salir adelante. Y tú, hermanita, tienes más cojones que nadie». Aquella misma noche mi hermana se tumbó en la cama a mi lado en el hospital y hablamos hasta que la luz del sol entró por la ventana.

Escucho el sonido de las risas casi silenciosas de Andrea y Jason en la entrada de la playa. No hago el amago de esconderme o de ocultar la copa o el puro, con ellos no hay secretos ni mentiras.

—Ese tío es imbécil, Andrea. Tú vales mucho más.

—Si el problema es que ya lo sé, Jason, pero soy una puta kamikaze.

—Joder con la boca de Andrea. —Lo susurro para que no me oigan. Ahora sí me interesa mantenerme oculta.

—Andrea, no tenemos ni idea de lo que es enamorarse de verdad. Ahora yo creo que sentimos curiosidad y queremos saber qué hay debajo de la ropa y saber lo que se siente, queremos saber lo que es el sexo, pero con condón siempre.

Cierro los ojos agradeciendo que Jason tenga la cabeza tan bien amueblada.

—No me refiero a eso, Jason. —Andrea se desmorona en la arena—. Yo ya perdí mi virginidad en el baile del año pasado, y mamá y Mariola lo saben. Mi problema es que soy igual de boba que ellas, me he enamorado de un tío que no me merece y que cree que tiene poder sobre mí. Quiere que... —se aclara la garganta—. Me ha exigido que vaya a su universidad. Me han aceptado en Derecho en la Universidad de Nueva York y no me quiero ir de aquí.

—¿En qué universidad han cogido a ese imbécil?

—Va a jugar rugby con una beca en Utah. —Andrea termina de tumbarse en la arena. Jason hace lo mismo y le acaricia el pelo. Sabe que eso a las chicas de la familia nos tranquiliza.

—La vida no es tan fácil como nos gustaría. Esta familia sabe mucho de eso. Pero tú tienes que empezar tu camino y vivir como tú quieres, no a través de nadie. Quédate en Nueva York, yo voy a hacer Periodismo en Columbia. Seguiremos viéndonos, yendo a comer hamburguesas a *Shake Shack* y a pasear por el puente hasta Brooklyn o desayunar juntos en casa.

Me pongo los cascos y les dejo un poco de intimidad. Estos dos son más que amigos, son hermanos. Reviso la pequeña agenda que llevo en el móvil con la fiesta de cumpleaños de Alex y no me doy cuenta de que son las tres de la madrugada. Cuando vuelvo a mirar hacia la playa, las antorchas están apagadas y no hay rastro de los chicos. No escucho ruido en la casa, así que decido que es el mejor momento para meterme en la cama y tratar de dormir.

Subo las escaleras, dejo el vaso en la cocina y camino hasta el final del pasillo donde se encuentra nuestra habitación. Al abrir lentamente la puerta los veo: Alex está en medio de la cama con Sam sobre el pecho, Sue en el hueco de su cuello y Erin apoyada en su estómago.

—No sé cómo puede dormir así. —Jason aparece a mi lado.

—Porque les permite todo. ¿Por qué crees que estamos aquí de vacaciones? Tus hermanas vieron un documental de delfines y le convencieron de que aquí podrían nadar con ellos. Caiditas de ojos, lágrimas de esas que sacan gordas y espesas y, *chas*, tu padre comiendo de sus pequeñas manos manipuladoras. —Miré a Jason sonriendo.

—Yo también quería venir y verte debajo de la escalera preparándole a papá la fiesta de cumpleaños. ¿Cómo la llevas?

—No lo sé. Es una fecha especial y no sé si lo mejor es una gran fiesta o una más familiar, si volar lejos o...

—Mamá, da igual si lo hacemos en la cabaña o en esta playa, papá solo nos quiere a nosotros cerca. Aunque parece que solo con las chicas le valdría para celebrar ese día. ¿No podías haber puesto empeño en hacer un niño? Me tienen loco. —Pasa su brazo por mis hombros y me pega a él.

—Eres su superhéroe. ¿Te gustaría compartir eso?

—La verdad es que no.

Nos quedamos unos segundos en silencio y sé que le preocupa algo. No quiero empezar de nuevo con las preguntas, la última vez acabamos discutiendo.

—Tengo miedo, mamá.

—¿Miedo? —Caminamos hasta la terraza que hay en su habitación y nos sentamos en el sofá.

—¿Y si no estoy preparado para la Universidad? ¿Y si la cago, mamá? ¿Y si no pudo vivir solo o estudiar o salir adelante?

—Para el carro. —Tengo que evitar reírme—. Todo eso te lo ha pegado tu hermana, *drama king*. Vas a estar en un piso a diez minutos de casa. ¿Crees que tus hermanas van a dejarte tranquilo? —Me acerco más a él y le sujeto por la barbilla—. Decidimos que te irías al antiguo piso de tus tíos para que pudieses tener tranquilidad y una vida. Tus hermanas son lo peor y no te van a dejar en paz. Joder, no me dejan ni mear a solas. Hace más de cuatro semanas que no

echamos un... —carraspeo, sonrío y levanto los hombros—. Es el momento de empezar a vivir, cariño. Sé que da miedo, pero siempre nos tendrás a una llamada.

—¿Y si la cago? —Jason me mira con tanta ternura, que veo en él al niño de siete años del que me enamoré.

—Si la cagas, serás aún más Santamaría. En esta familia aceptamos las cagadas ajenas como propias y las solucionamos. —Le abrazo—. Y en ese piso no tendrás sorpresas de primas ni primos que te ataquen mientras preparas exámenes o te destrocen el trabajo de química en el último momento.

—Pero no me quiero perder los cumpleaños ni las cenas de los viernes.

—Aunque estés en la otra punta del mundo, siempre habrá un hueco en la mesa para ti, cariño.

—Gracias, mamá. —Me besa y pone cara rara—. El tío te va a matar cuando se entere de que le has robado un puro.

—Se los traje yo de Cuba, así que en parte son míos. —Le guiño un ojo—. Ahora a dormir, que mañana llegan primos, tíos y demás fauna. Descansa. —Le beso y me dispongo a salir de la habitación.

—Mamá, eres la mejor. Tuvimos suerte. —Me guiña un ojo—. Te quiero.

—Te quiero, hijo.

Al cerrar la puerta mis hormonas me desmantelan por completo y se me escapan unas lágrimas. No soy una madre de las dramáticas, eso se lo dejo a mis hijas, pero Jason se va en unos meses de casa y voy a echar de menos sus grandes ojos azules que me miran siempre con tanto cariño, hasta cuando discutimos.

Entro en nuestro cuarto y veo a Erin sentada en la cama con la mano en la tripa.

—Cariño, ¿estás bien?

—Me duele la barriga, creo que...

Casi no me da tiempo a llevarla volando al baño, cuando comienza a vomitar lo más grande. ¿Cómo puede caber tanto...

—¿Eso es regaliz?

¿Cómo puede caber tanto regaliz en un cuerpo tan pequeño?

—Lo siento, mami. No debí empezar la tercera bolsa, pero papá la abrió.

—No te preocupes. Vamos a la cocina y te preparo una manzanilla para que se te calme el estómago.

El resto de la madrugada la paso con Erin en brazos en el sofá del salón vigilando que no vuelva a vomitar.

Me despierto con una patada en las costillas de Samantha. Son casi las siete de la mañana y Mariola no está a mi lado. Cojo en brazos a las mellizas y las llevo a su habitación en la que tampoco está Erin. Compruebo que Jason está en su cuarto y que Andrea también duerme en el suyo. Me acerco a la cocina y escucho a Erin hablando.

—Vale, entonces, si Jason se va, ¿me quedo con su habitación? Pero quitamos todo eso de deporte. Porque esos colores... Mamá, ¿cómo le dejaste poner ese azul de Prusia?

¿Azul de Prusia? Erin ya se ha colado en el despacho de su madre y ha estado jugando con los abanicos de colores que tiene por las mesas.

—Y luego podemos pintar algo en el techo con nuestras supernovas. Y quitar ese escritorio horroroso marrón y colocar uno blanco enorme para ponerme un cuaderno gigante para pintar, una biblioteca con muchas estanterías y una escalera para ir de lado a lado cantando.

Me imagino a Erin volando por la habitación subida en la escalera y reventando los

timpanos de los vecinos. Mi hija tiene muchos dones, pero el canto no es uno de ellos. Mariola no contesta a nada de lo que dice la niña, algo muy raro en ella. Cuando se da la vuelta con una taza de café en la mano, veo que se han dibujado unas ojeras oscuras bajo sus ojos.

—Erin, cariño mío, ¿puedes aflojar un poco tu euforia de las siete de la mañana? Tu madre está ahora mismo que se quiere pegar un tiro si no se mete en vena un litro de café y tus hermanas aparecerán corriendo en menos de media hora. —Mariola sonríe.

—Estás así como cuando Sam y Sue tiraron encima de la presentación aquel zumo de arándanos radioactivo. Levantas esa ceja demasiado y sonríes de una forma muy rara. —Erin empuja a Mariola hasta la silla—. Necesitas relajarte, mamá. Estás muy estresada. Papá debería hacer algo por ti.

—Sí, dame un poll...

—¿Qué demonios hacéis levantadas? —Me acerco a Mariola y la beso—. ¿Qué necesitas que te dé?

—Que no dejes que tu hija se meta medio kilo de regalices rojos. Ha estado vomitando todo esta noche. —Me besa.

—¿Está bien?

—¿Tú la ves mal? Esta niña es como un ciclón tropical. De hecho, su nombre lo han usado mínimo cinco veces en estos últimos veinte años para esas tormentas que asolan el país de vez en cuando. Es aparentemente tranquila a lo lejos, pero cuando toca tierra, arrasa a su paso.

Observamos a la niña que está con una revista de decoración, marcando las esquinas de las hojas que tienen cosas que le gustan, mientras saca la lengua y se remanga la camiseta que le ha robado a su hermano. Emite unos ruiditos de satisfacción, los mismos que Mariola cuando las cosas le gustan.

—¿Por qué no te vas a dormir un poco ahora? —Abrazo a Mariola.

—Ves, Sue, no huele a tortitas.

—Eso es porque no sabes quitarte los mocos.

—Por ellas.

Las mellizas aparecen en la cocina de la mano, como si fuesen las gemelas de El resplandor, negando con la cabeza.

—A papá le salen fatal y mamá hace mucho que no nos hace.

—¿Cómo puede ser que estas niñas hablen ya así? —Me siento en la silla al lado de Mariola y recibo con una sonrisa su taza de café que me acerca.

—Porque mi hermana ha estado de baja y les habla y habla y habla sin parar. En breve nos explican cuál es la importancia de... yo qué sé por qué le habrá dado ahora a mi hermana. Por organizar tours en parapente entre rascacielos.

Mariola está agotada, pero cuando las mellizas se suben por su silla y se agazapan entre sus brazos, les regala la más bonita de sus sonrisas.

—Buenos días, mami. —Las dos hablan a la vez y la besan.

—¿Vosotras también estáis con las pilas cargadas?

—Más o menos. Solo nos falta que nos hagas esas cosquillas en la espalda.

Las niñas no me miran, se pegan al pecho de Mariola con los ojos cerrados y ella les acaricia la espalda por debajo de sus camisetas.

—Voy a hacer de esas tortitas que tan poco os gustan, niñas. —No hay ninguna respuesta—. Vale.

Me acerco a la cocina donde hay restos de las bolsas de regalices que nos comimos ayer por la noche, mientras veía con Erin una película de las que tanto le gustan de romance. Escucho el

ruido de una de las banquetas y a los segundos Erin está a mi lado sentada observándome.

—Yo siempre quiero tus tortitas. —Me abraza por la cintura.

—Gracias, cariño.

—Aunque se queden crudas y no sepan demasiado bien. Les echamos un poco más de sirope y nos las comemos. Como no tenemos perro, no se las podemos dar a él.

—No empieces con lo del perro, cariño. —Me agacho para susurrarla—. Les he quitado la idea a tus hermanas y no necesito que me las revoluciones. Ya sabes cómo son.

—Cuándo sea mayor y me vaya de casa, ¿ya no volveré a desayunar con vosotros? —Erin me mira apenada. Me temo que la marcha de Jason nos está afectando a todos.

—Pequeña, siempre podrás desayunar y venir a casa.

—Gracias, papá. —Salta a mis brazos y se aferra con fuerza al cuello—. Me gusta mucho que me abracés.

—Ya mí hacerlo, sentir que, aunque te haces mayor, sigues queriéndome.

—Siempre te querré, papi, no seas tonto.

—Gracias por tus piropos tan bonitos, Erin.

Mariola ha puesto música, es algo que hacemos todas las mañanas mientras preparamos los desayunos. Hoy parece que Bon Jovi se ha adueñado de esta cocina. I'll Be There For You es nuestra banda sonora.

Después de desayunar, las mellizas se duermen en brazos de Mariola y ella me hace un gesto con la cara que denota su cansancio, pero sonrío al ver a Erin en mis brazos. Sonríe a pesar de estar sin dormir, a pesar de no haber descansado más de tres horas seguidas la última semana, sonrío a pesar de los pesares.

Han sido meses complicados, años en los que las cosas no han ido tan bien como nos hubiese gustado y hasta peleas que hicieron que nos tambaleásemos, pero nuestros cimientos son fuertes y resisten los embistes de la vida. Aunque en aquel momento sentí que se nos escapaba todo de las manos.

—No me lo puedo creer, Alex.

—Nada de esto ha sido culpa mía.

—Entonces, ¿estás diciendo que soy la culpable de que esto —nos abarca con los brazos mientras habla— se esté yendo a la mierda? No me jodas, Alex.

—Sin joderte, Mariola.

—Eres imbécil.

—Sí, lo soy y mucho al parecer. ¿Crees que no me iba a enterar? Joder, Mariola, pensaba que no teníamos secretos.

—Yo no tengo secretos, joder, ninguno. Confío en ti, Alex, sabes todo de mi vida, hasta lo peor de mí.

Camino por el salón que sigue a oscuras, mientras en el suelo brillan los restos del vaso que se le ha caído a Mariola.

—¿Y por qué no me has contado que Ryan viene a la ciudad?

—Porque me he enterado hace —antes de seguir hablando mira el teléfono— exactamente dos horas. Pero he estado reunida con la puñetera fiesta del MET y no te he visto. Joder, Alex.

—Esa no es excusa. Con él sí que hablas desde que perdimos al bebé.

—Porque contigo es imposible, Alex. Te cierras en banda, niegas con la cabeza y te vas de la habitación dando casi siempre un portazo. —Mariola estalla, parece que lleva reprimiéndose demasiado.

—Porque me duele, Mariola.

—¿Te crees que a mí no, Alex? ¿Crees que soy feliz por haber perdido a nuestro bebé? ¿Que no me encantaría dar marcha atrás, hace justo seis meses y seguir con el embarazo, pasar por todos los vómitos y dolores, para tener a nuestro hijo? Pero no pudo ser, Alex. —Se lleva las manos a la cara—. Estoy cansada de ser la que está tirando de la casa, de la empresa, de las niñas y de esta relación que parece que acabó en el momento en que yo entré en aquel hospital. No puedo más, Alex. No...

No dice nada más, recoge la chaqueta y desaparece del piso en medio de la noche. Estamos en marzo y Nueva York está completamente nevado cuando Mariola desaparece. No han sido meses fáciles. Yo me culpo por no haber estado a su lado aquella tarde. Me encontraba preparando una reunión en Chicago cuando recibí la llamada de María. Estaba con Mariola en una ambulancia camino del hospital. Me fui directo al aeropuerto, pero no había ningún vuelo hasta las seis de la mañana del día siguiente. Mariola estaba pasando por el peor momento de su vida y yo estaba a mil doscientos kilómetros.

—Mierda, Alex.

Tardé tres horas en saber dónde estaba. Llamé a la puerta y me abrió con una taza de chocolate caliente entre las manos.

—No eres el que me trae los regalices.

—Siento no ser quien esperabas.

Se aleja de mí y entro en nuestra habitación del Soho Grand. Sigue siendo nuestro lugar para escondernos del mundo y, al parecer, el favorito de Mariola para alejarse del imbécil de su marido. Se sienta delante de la chimenea y se tapa con una manta mientras vuelve a conectar la música. Suena Smile de Nat King Cole. Me acerco a ella y observo un montón de pañuelos de papel hechos bolas en el suelo. Me deshago de mis zapatos, del abrigo y me siento a su lado.

No hablamos.

«Sonríe aunque te duela el corazón. Sonríe a pesar de que se está rompiendo. Cuando haya nubes en el cielo, te las arreglarás. (...) Sonríe y tal vez mañana, verás que el sol brilla a través de ti».

No decimos una sola palabra mientras escuchamos la canción. Mariola es de ponérselas en bucle y solo hay dos opciones: que rompa y comience a soltar lastre o que...

—Es más fácil cuando él lo canta.

—Lo siento, Mariola, siento no haber estado contigo aquella noche.

—¿Crees que es eso lo que me pasa?

Me mira negando con la cabeza, suelta el aire por la boca y se levanta para salir a la terraza. Va descalza y en ropa interior con una camiseta de manga larga, pero le da igual que haya empezado a nevar con más fuerza. Salgo con ella y veo cómo su cuerpo tiembla y trato de abrazarla, pero se aparta. Este gesto me mata.

—Alex, he sido la fuerte, la que ha seguido adelante porque tú no podías. ¿Crees que no me he culpado por lo que sucedió? Puede que no me diese cuenta y me golpearo o comiese algo que no debía.

—No fue tu culpa, Mariola.

—Tampoco tuya, Alex. ¿Por qué eres tan duro contigo?

—Porque no estuve allí. Estabas con los cuatro niños y ellos se asustaron, tú estuviste sola en aquel quirófano y me culpo por no haber estado a tu lado.

—Deja de sentirte culpable, Alex. —Se da la vuelta y me sujeta de las manos. Está helada—. Ni tú ni yo fuimos los culpables. La vida es así. Nos ha regalado tres niñas fantásticas y un hijo fabuloso. Ahora tenemos una estrella en el centro de esa gran supernova que conforma nuestra familia. No, no es justo que ocurriese, pero la vida sigue valiendo la pena, Alex.

—¿Eres fuerte por ti o por mí?

—Por los dos, hasta que tú vuelvas a estar bien. —Pone sus manos en mis mejillas—. Siempre seré tu red de seguridad, Alex.

Las mellizas se han quedado dormidas sobre mi pecho y me están babeando la camiseta. Me levanto como puedo. Entre las dos pesarán más de treinta kilos. Estoy tentada a tirarlas al sofá, no se despertarían. De día, cuando yo tengo que trabajar, son capaces de echar siestas de dos horas sin inmutarse, pero cada madrugada sobre las cuatro, las dos se despiertan pidiendo agua.

—¿A qué hora llegan los tíos?

—Para comer.

No digo nada más. Brian está organizando algo gordo y no me han querido decir nada. Solo dice: «Las vacaciones de las Kardashian se van a quedar pequeñas».

Media hora después Erin está junto a sus hermanas dormida en el sofá. Comen, beben, mean y se duermen. Yo pensaba que eso se pasaba con los años, pero me temo que no. Jason y Andrea siguen durmiendo y aprovecho para escabullirme a la habitación y tumbarme en la cama para descansar hasta el mediodía.

—Sabes que las personas tienen que dormir para sobrevivir, ¿verdad? —Alex se tumba a mi lado y comienza a acariciarme la espalda.

—Un poco más arriba y más fuerte.

—Aunque puedes echar una siesta después de que te acaricie cada parte de tu cuerpo y...

—Calla. —Me doy la vuelta y le tapo la boca—. Cada vez que lo intentamos o lo decimos, esas terroristas aparecen en escena. Deja que duerman para que luego den por culo a sus tíos. ¿Seríamos muy malos padres si echásemos el pestillo y pasásemos de ellas si gritan? Como mucho pueden acabar en la casa de algún vecino robándoles las flores.

Escuchamos un estallido de cristales, un grito, un llanto, una palabra malsonante de la boca de Jason, otra de la de Andrea y tres carcajadas.

—¿El seguro de responsabilidad civil de la empresa cubrirá esto? —Alex me mira aterrado.

—¿A tus hijas? No. —Me tumbo boca arriba en la cama sin hacer el más mínimo amago de levantarme—. Eso tiene pinta de que ha sido Erin poniéndoles un zumo y Sam, la que no para quieta, ha movido el vaso de la barra. Mientras no haya sangre, me vale.

—Nena, ¿cómo puedes mantener la calma?

—Con respiraciones desde el diafragma. —Le miro de reojo y compruebo que no sabe de qué le estoy hablando—. Cariño, he aprendido a solucionar los problemas según van llegando.

—Pero ¿qué habéis liado? —Escucho la voz de Jason.

—Y hoy me aprovecho de que Andrea y tu hijo son responsables y se van a llevar a las niñas a esa fiesta infantil del club náutico. El resto de la familia llega creo que sobre las cinco de la tarde y tendremos la casa completa para nosotros desde las doce. —Me siento en la cama y le observo—. ¿Crees que podré enseñarte ese conjunto de ropa interior que me compré en Londres hace dos

meses y que aún no he podido estrenar?

—Me temo que no rendiré si te lo pones, nena.

—Ya me encargaré yo de ello. —Me siento sobre él—. No sabes las ganas que tengo de meterte mano y que me metas...

—¿Qué haces, mamá?

La voz de Sam suena detrás de nosotros.

—Tenemos que aprender a echar el pestillo y que se dejen las uñas rascando la puerta. —Apoyo mi frente en la de Alex y le beso—. Pues mira, Samantha, íbamos a echar un polvo.

Sam me mira sin comprenderme y sale corriendo por el pasillo gritando.

—Dicen que va a echar un polvo, pero no les he visto los trapos. Yo no sé cómo van a echarlo, ¿van a soplar para que se despegue de los armarios?

Yo me empiezo a reír, Alex me muerde el cuello en señal de regañina y a los segundos aparece Jason en la puerta.

—¿En serio, mamá? Tus hijas están descontroladas y vas tú y las atusas como si fuesen animales peligrosos. Joder, que son peores que los velociraptores sin comida. —Jason tiene los ojos hinchados. No ha dormido demasiado—. Ahora me toca calmarlas, recoger su desastre y llevarlas a esa maldita fiesta en la que me van a matar a bolazos en la piscina.

—Qué mala suerte, hijo. —Alex se levanta y le agarra por los hombros—. Me da pena que te toque a ti hacerlo, pero tu madre y yo tenemos que...

—No, no quiero saberlo. Vosotros no tenéis sexo. Esos monstruos los dejaron en la puerta de casa. —Jason se pone encantador cuando llama a sus hermanas así.

—Claro que lo tenemos, cariño. —Me encanta ponerle contra las cuerdas y ver sus salidas—. ¿Crees que es casualidad que todos coincidáis en las extraescolares todos los jueves por la tarde y luego cenéis con los abuelos?

Jason me mira, se gira para mirar a su padre, en su cabeza se están resolviendo integrales y ecuaciones para averiguar desde cuándo lo planeamos así. Sus ojos se posan en los míos y se dibuja un gesto divertido y extraño en su cara.

—Por eso aquel jueves que fui a casa estabais llenos de chocolate. No es que explotase la tarta. Aggggggggg. —Me mira con la boca abierta y cara de «*Mamá, por favor*»—. Que desayunamos ahí al día siguiente.

—Tu padre se encargó de no dejar ni gota de chocolate.

—Joder, sois muy raros, de verdad.

—Lo deberías tener ya asumido.

—Me matáis. —Jason mira a su padre—. Me alegro de que apareciese Mariola aquel día en el colegio. Con sus gafas de marca, su sonrisa hipnótica y aquella forma de mover el culo al andar.

—¿Disculpa? —Me pongo de pie con las manos en las caderas.

—Eso dijo papá, que no había visto a nadie mover el culo de aquella manera. —Jason sonrío—. Y que te quedaba la falda como un guante.

—Jason.

—Papá, ya sabes que no hay mentiras entre nosotros. A veces sois... somos demasiado sinceros, pero es lo que más me gusta de esta familia de tarados.

Se abraza a Alex y a mí se me parte un poco el corazón. Sé que no se va al otro lado del mundo, pero Alex lo está pasando fatal. Su hijo empieza a volar solo y sé que ya se ha encargado de que el piso esté perfecto para cuando Jason haga la pequeña mudanza.

—Me voy a ver si convengo a las chicas de que terminen de recoger.

—Voy yo. —Trato de salir por la puerta, pero Jason me frena.

—Me encargo yo, mamá. Intenta dormir, que esas ojeras no quedan demasiado bien con el... — Se muerde el labio inferior, mira a Alex de reojo y levanta los hombros—. Voy a convencer a Andrea y nos vamos en coche antes. Así tendréis tiempo para lo que sea que hagáis ya a vuestra edad.

—¿Recuerdas la cafetera que tanto te gusta? Te has quedado sin ella por llamarme vieja. —Le hago burla.

—Yo lo digo por papá, que los cuarenta parece que le van a caer como un mazo.

—Ten hijos...

—Y te sacarán los ojos. —Jason y yo lo decimos a la vez.

Mariola y Jason caminan por el pasillo hasta la cocina. Tardo unos segundos en seguirles, necesito ese tiempo para respirar profundamente. Sé que esto es la vida, que no tengo que preocuparme porque mi hijo es uno de los chicos más maduros que he conocido. Me paso la mano por la cara y escucho un grito junto a un sonido seco en la cocina. Acelero el paso y cuando llego me encuentro a Sam y Sue subidas en la isla agarradas al cuello de Andrea, Erin en brazos de Jason y Mariola con un cuenco pegado en la pared.

—¿La vas a matar? —Sue mira apenada a su madre.

—No, hija, no la voy a matar. Puede que le haya dado un ataque al corazón con tu grito.

—¿Qué pasa? —Todos me miran como si no supiesen que estaba en casa.

—Mamá ha atrapado a una turtuntula. —Sue mueve sus dedos.

—¿Seguro que es una tarántula? Mirad que sois muy exageradas con estas cosas.

—Perdón por ser tan maleducada. —Mariola se acerca al cuenco—. Señora araña, ¿podría decirme su nombre? Ajá, claro. Sí, me confirma que es una tarántula. Es marrón, peluda y tiene colmillos.

—¿Y qué pretendes hacer ahora?

—Yo que sé. Vi que la Pataky hacía esto para no matarla.

—Es verdad. —Erin me mira—. Pero papá no es Thor.

Me siento observado por mi familia. Me revisan de arriba abajo y creo que Mariola me está imaginando con el martillo en la mano y con una peluca rubia.

—No es mala la fantasía. —Lo está haciendo, me visualiza en su mente como Thor.

—Vamos a ver si podemos llevar a nuestra nueva amiga a un sitio más seguro. —Niego con la cabeza acercándome a Mariola.

—Dame una cartulina de las niñas.

Diez minutos después Mariola suelta a doña Peluda. He tenido que convencer a las niñas, que han pasado del terror más absoluto a la petición casi de rodillas, para que nos quedásemos a la araña de mascota. Están fatal estas crías.

A media mañana Jason y Andrea se llevan a las niñas a la fiesta, mientras Mariola aprovecha para recoger un poco el salón y yo hablo con mi hermano.

—¿Problemas en el aeropuerto?

—Sí, María se ha dejado el pasaporte y los gemelos la han liado bien en la sala VIP. Jamás pensé que dos críos podrían reventar un florero de un naranjazo.

Los gemelos han sacado los genes Santamaría y las ganas de tocar las pelotas de su padre. Son como Brian cuando era pequeño: no paran quietos, son hiperactivos y solo se calman con su madre, con Sonia o Mariola. Vamos a ver, son dos rubiales con ojos azules con cara de romper corazones y con una sonrisa pícaro que a sus tías las ganan en dos segundos.

—Bueno, no te preocupes. Mis hijas ya han inaugurado una pared de la casa con zumo de naranja. —Observo la mancha en el salón—. Por lo demás, ¿cómo estás con María?

Están pasando por una crisis. Han estado separados durante una temporada. Brian se vino a vivir a casa mientras María se quedó con los niños. Aún no tengo demasiado claro cuál ha sido el problema, pero están dando pasos pequeños por los niños.

—Es complicado, pero creo que la decisión de ir a terapia ha sido la correcta.

—Mientras vosotros estéis bien, lo demás no importa.

—Nos vemos esta tarde. Te quiero, hermano.

—Y yo a ti, cuarentón.

Antes de permitirme contestarle, escucho el pitido al otro lado del teléfono. Será mamá.

Busco a Mariola en el salón, pero no hay rastro de ella. Camino por el pasillo y escucho una guitarra que me resulta familiar. Sex on Fire de Kings Of Lion suena en la zona de la piscina. Mariola está de pie en el borde, completamente desnuda y se está sujetando en la parte alta de la cabeza el pelo para hacerse un moño. Observo cómo se curva su espalda y mueve las caderas, pasando el peso de un pie al otro al son de la música. Sigue siendo la mujer más sexy y sensual que he tenido el placer de conocer. Sigo asombrándome cada día que me despierto a su lado y sé perfectamente lo afortunado que soy por tenerla en mi vida, por ser la madre tan genial para nuestras hijas y la madre que tanto ansiaba tener Jason.

—¿Vas a quedarte ahí mirándome o vamos a aprovechar estas horas a solas?

Me mira por encima del hombro, ladeando levemente su cuello y se dibuja una curva en su espalda que me muero por recorrer con mis dedos.

—Búscame al final de la piscina cuando tengas ganas.

Se lanza de cabeza al agua y bucea hasta casi llegar al final, apoya los brazos en el bordillo y observa el mar en calma que tenemos enfrente.

—Podría acostumbrarme a ver esto cada mañana al despertar.

Sus hombros se levantan unos milímetros, es casi imperceptible, pero la conozco a la perfección. Sé que tiene los ojos cerrados, sonríe sin abrirlos y está aspirando el aroma a salitre que inunda la casa.

Me deshago rápidamente de la ropa, me meto en el agua y nado casi en silencio hasta su lado. Está exactamente como he dicho, disfrutando de este momento que se va en unos segundos. Desde que perdimos al bebé, decidimos que la vida eran segundos, momentos y desastres o genialidades que no vuelven a ocurrir. Es más, me tatué algo en castellano que cuando alguien lo ve, me mira sorprendido. Lo recuerdo con una gran sonrisa cada vez que lo veo en su piel o en la mía.

Bajamos la escalera negra que lleva a la calle saliendo de Red Rocket Tattoo. Mariola da un salto para bajar el último escalón y al abrir la puerta se encuentra con una tormenta que está casi inundando la ciudad. Sale a la calle y el agua comienza a empaparla, estira su mano, sonríe y me mira con los ojos muy abiertos.

—Es momento de poner en práctica lo que acabas de tatuarte, señor trajeado. —Mira mi brazo cubierto por un film transparente y niega con la cabeza—. Si no empiezas ahora a vivir de verdad, llegará un día que será demasiado tarde, te habrás perdido lo bueno de la vida y nos habremos quedado sin tiempo. Solo tenemos una vida, Alex. Vamos a exprimirla al máximo. —Toma una gran bocanada de aire y la ropa comienza a pegarse a su cuerpo—. Vive, joder, vive.

Grita lo que nos acabamos de tatuar en la piel y acto seguido sale al medio de la acera,

comienza a dar vueltas con los brazos abiertos y la cara hacia el cielo. Sonríe, me hace vibrar, me hace querer más y, aunque más no es suficiente, con ella lo es todo.

Alex está observando el horizonte, disfrutando del más absoluto silencio. Se han dibujado más arrugas alrededor de sus ojos, las canas están comenzando a teñir su pelo negro, pero sigue siendo el tío más guapo del mundo. Me gusta observarle cuando cree que no le veo. Me gusta cuando le da igual si tiene el pelo bien o no, cuando se muerde el labio inferior al sacarle de quicio alguna de mis ideas o cuando aprieta con fuerza el puente de su nariz cuando un presupuesto no le cuadra. Me gusta la forma que tiene de dormirse con las mellizas en el sillón por las noches, cuando ellas deberían estar en la cama; adoro el modo en que me sigue mirando como si fuese aquella primera vez, con una mezcla de incompreensión y dulzura. Me encanta que, mientras se prepara el primer café de la mañana y yo estoy peleándome con los monstruos para que se vistan, él me deja mi taza de café recién hecho en el baño y se lleva a las niñas para que yo tenga diez minutos para mí. Creo que queda claro que me encanta por ser él y por cómo es conmigo, por cómo somos juntos, como pareja, como individuos y como familia.

—Sería fácil acostumbrarse a esto. —Alex sigue mirando la playa. Apoya su barbilla en las manos y me mira.

—Al silencio, a nosotros, a reencontrarnos. —Me acerco a él y paso mi mano por su frente, para deshacerme de unos rizos que le salen.

—Echaríamos de menos a nuestras hijas si las diésemos en adopción. Les tengo cariño después de estos años.

Con este tipo de comentarios me hace reír siempre. Jamás pensé que él sería capaz de bromear con estas cosas.

—Con lo que cuesta mantenerlas, nadie en su sano juicio las querría. ¿Te has dado cuenta la cantidad de manzanas que comen esas dos? Aunque sigo pensando que un día las voy a pillar en plan Guillermo Tell en su habitación.

—No me sorprendería.

Me tumbo sobre su espalda y pongo mis manos sobre las suyas. Estamos durante unos minutos en silencio.

—Me habías prometido un pase de ropa interior. —Se da la vuelta y me sujeta por el culo.

—Pensé que te gustaría más sin ropa, aunque mi cuerpo ya no sea el mismo.

—Tu cuerpo es el que me ha dado tres niñas. Tus curvas, las que hace años me volvían loco, siguen haciéndolo. —Sabe perfectamente la lucha que llevo con el paso del tiempo.

—Las marcas de la vida. Son como los tatuajes: todas nos recuerdan lo que hemos vivido.

—Sí.

Alex fija su mirada en una marca que no se ha ido de mi cuerpo, la del momento en que Jonathan casi acaba conmigo. Le sigue doliendo, lo sé, aunque trate de hacerme creer que lo ha olvidado.

—Hay algunas cicatrices que son difíciles de olvidar, nena.

—Pensaba que estaba superado. —Siento la mirada de Alex preocupada.

—Y yo, pero a veces los fantasmas reaparecen.

—Pues volvemos a ir al psicólogo. No pienso dejar que vuelvan aquellos terrores nocturnos de hace varios años, Alex. No puedo volver a verte de aquella manera.

—No, no volverán. Ahora sé cómo luchar contra ellos.

Fueron episodios de parálisis de sueño durante varios meses, en los que Alex respiraba con

dificultad por las noches, se le aceleraba el pulso y no podía moverse. La primera vez me asusté tanto, que estuve sin parar de llorar encerrada en el baño media hora, alejada de Alex para que no se preocupase. Buscamos ayuda y tras muchas sesiones, pruebas hasta de homeopatía y acupuntura, todo aquello se quedó unos meses terribles.

—Quita esa cara, Mariola, no vamos a volver a aquel punto.

Cierro los ojos, me separo de él y comienzo a nadar hacia las escaleras de salida.

—Vamos, hombretón, ponme los ojos en la nuca y hazme ver hasta las estrellas.

No tarda ni diez segundos en salir del agua conmigo en brazos y caminar por el pasillo hasta nuestra habitación. Me deja sobre la lanza a la cama y cierra las puertas correderas que dan a la terraza de la playa, pone los cierres de seguridad y corre la cortina y el cortinón; entra en el baño y escucho cómo cierra también las puertas y los cierres, vuelve a la habitación y cierra la puerta con llave.

—Ya puede caerse el mundo, pero aquí no va a molestar nadie en unas cuántas horas.

La habitación está oscura, demasiado. Alex se encarga de encender unas velas y comienza a crear clima. Joder, Alex es experto en hacer este tipo de cosas. Me ha sorprendido muchas veces en estos años, de formas muy diferentes, pero sigue impresionándome con sus ideas para volver a ser solo nosotros por un rato.

Mariola me observa con la boca entreabierta, se lame lentamente los labios y comienza un baile casi imperceptible con sus caderas sobre las sábanas. Su pubis sube y baja, frota sus muslos y se muerde el labio. ¿Qué hombre podría resistirse a ella?

—Joder, Mariola.

—Esa boca, trajeado.

En dos segundos estoy sobre ella. Su cuerpo tiembla y se pega al mío.

—Joder, Alex. —Pega su pelvis a la mía.

—Esa boca, malhablada.

No me da casi tiempo a terminar de hablar y ataca mi boca con una ferocidad que me la pone dura en dos segundos. Sí, ahora empleo palabras como me la pone dura, joder —más a menudo de lo que me gustaría—, mamón, que te folle un pez, lameculos y tocapelotas, entre otras muchas. Todas ellas empleadas en un perfecto castellano siempre.

Mariola me empuja sobre la cama y se sienta sobre mí, tira de mis manos y me obliga a sentarme como ella. Con sus dedos comienza a recorrer el perfil de mis labios y me produce cosquillas y escalofríos en la nuca. Me besa el cuello por la derecha, después por la izquierda y pasa su lengua por el centro hasta mi boca, que lame con ese descarado que tiene. Roza su nariz con la mía y siento cómo se mueve sobre mí y...

—Joder. —Se me escapa un gemido de la garganta. Mariola ha conseguido que ya esté dentro de ella.

Sonríe, se muerde el labio y levanta los hombros pidiendo un falso perdón que no hay quién se lo crea.

—Te quiero, nena.

—Más me vas a querer cuando acabemos en dos horas.

Abre la boca de una forma tan descarada que me hace sonreír, mientras sus caderas comienzan a moverse con una precisión que creo que va a hacer que pierda —de nuevo— la cabeza por ella.

02.
COMO SI NUNCA

Me remuevo nerviosa en el asiento del barco en el que nos hemos montado hace una hora. Los niños están todos vigilados por padres, tíos y demás fauna que nos hemos juntado en las Bahamas para el cumpleaños de Alex. Que digo yo, estaría bien celebrarlo de una forma más normal, así como en casa o en un restaurante, pero no. Mi marido ha decidido alquilar una mansión privada en una isla alejada de la civilización. No sé ni cuánto dinero ha podido costar. Por mucho que me diga que Susan ha sido la intermediaria, el tema del dinero y de los gastos desorbitados como estos, nos siguen trayendo por el camino de la amargura. No es que caguemos billetes en plan Kardashian, aunque no me importaría que mi marca de maquillaje vendiese miles de millones de unidades al día, que un programa de televisión transmitiese mi vida de rica y que un jet me esperase para llevarme a Aspen y... Vale, esto último es algo muy normal en esta familia. ¿En qué momento nos convertimos en ese tipo de personas?

—Señor, esto es una locura. —Justin se sienta a mi lado con dos copas de champán—. Ahora falta algún raperito con una pistola de las que lanzan dinero y seríamos un perfecto reality.

—Sí. —Continúo revisando el móvil.

—Hija, estás de un desagradable últimamente, que no sé cómo pillarte.

—Yo tampoco lo sé.

—¿Cómo estáis vosotros?

—Estamos, que no es poco. Al menos ahora podemos pasar una hora en terapia sin sacar el cajón de mierda.

Me quedo pensando en nosotros, en los que fuimos, en lo que éramos cuando nos conocimos y en aquella invitación de boda que recibió Mariola en CIA y que yo vi sobre su mesa.

Mariola se da la vuelta para seguir hablando con nuestro proveedor. Yo creo que mi hermana es la narco más importante de Manhattan y no nos lo ha dicho, porque finaliza todas sus conversaciones con un «*O me lo distribuyes o te saco del plan*». Me siento en su silla y reviso un presupuesto que tiene en la pantalla. Mi hermana me ofreció un puesto en CIA y, tras varios años negándome y recorriendo Manhattan en puestos de mierda, decidí aceptar. Formaba parte del equipo de localización para las fiestas y tanto mi hermana como Alex me daban total libertad para crear. En pocos meses comprendí el motivo por el que Mariola sentía tanta pasión por su trabajo.

Amontono unas muestras de invitaciones que tiene desperdigadas en la mesa y al ver su nombre, ~~mi corazón da un vuelco~~, se para, siento cómo mi corazón comienza a dejar de latir.

—¿Mark se casa?

—Te llamo en diez minutos.

Mi hermana se pasa la mano por la frente, se quita las gafas y levanta los hombros.

—Estaba a punto de pedir la cena y tratar de que los niños se quedasen viendo una película con sus padres. Quería...

—¿Qué estuviese lo suficientemente borracha?

—He abierto la invitación de Mark hace media hora.

—¿Con quién se casa?

Desde que le tiré el anillo a la cara hace tantos años no he vuelto a verle y ni siquiera había pensado en él. Los papeles de la casa los firmamos rápidamente y dejé esa parte de mi vida bloqueada, hasta ahora. Recuerdo cómo nos conocimos, cómo me miraba en aquella visita a los viñedos y la forma en que me besó por primera vez después de cuatro viajes a la Rioja.

—Sé que es jodido ver cómo tu pasado retoma su vida, pero tú te casaste poco tiempo después y él se merece ser feliz. Tú...

—¿Fui una zorra?

—No he dicho eso.

—Claro que sí, sé leerte entre líneas. —Me levanto con fuerza de la silla, que golpea contra la pared—. Siempre crees que no me entero de las cosas, pero no soy tonta.

—María, creo que tienes que tranquilizarte.

—No me hagas esas tácticas de los niños. No tengo tres años ni me tienes que explicar que hago las cosas mal.

—No lo estoy haciendo. —Se le levanta una ceja.

—Pero es lo que piensas: que soy una niña y me estoy comportando como tal.

—Yo no lo he dicho.

—No hace falta. —Me enfado con ella y sé que lo estoy haciendo por no enfrentarme a mí y a mis miedos.

Salgo del despacho con toda la dignidad intacta, una sonrisa en la cara y mi mente en Escocia. ¿Hice bien aquella noche desligándome de una vida que era buena para mí?

Aquel pensamiento fue el inicio del fin, el caos, una hecatombe, una serie de catastróficas desdichas... Mierda, mi puñetera *drama queen* me llevó al límite y empezó a jugarme muy malas pasadas. Entré en un bucle en el que cualquier otra persona me hubiese dejado hundirme, pero mi familia no me lo permitió. Empezando por Alex. Le llegué a coger tal manía, que una noche le crucé la cara de una bofetada por uno de sus comentarios. No sé cómo no me mandó a tomar por culo. Es más, si hubiese sido el Alex de hace diez años, no creo que estuviese hoy aquí. Hasta tuvo una gran bronca con Mariola por mi culpa. Es que mi hermana también tiene la misión de salvar las vidas de todos los que le rodean. Al principio no comprendía sus motivos ni siquiera los compartía cuando me contaba todo lo que hacía por Sonia, Justin y Mike. Pero cuando llegué a Nueva York y puse patas arriba toda mi vida —y la suya, todo hay que decirlo—, todos, sin excepción, se volcaron en mí sin conocerme. Sonia, aunque estaba atravesando el peor momento de su vida, me apoyó. Justin y Mike se convirtieron en mis hermanos, hasta Frank, al que no terminaba de entender muchas veces, me ayudó cuando tenía problemas. Sentí que formaba parte de una secta que no lograba comprender, pero cuando mi hermana desapareció a manos de Jonathan, lo entendí. Ryan y Alex, a pesar de los problemas que les separaban, trabajaron juntos para conseguir que mi hermana volviese a casa sana y salva. Alex puso su vida en peligro y eso que ni siquiera estaban juntos. Rud, que se había despedido del trabajo, le ofreció su mano a mi cuñado.

¿La razón?

Que mi hermana, la cabezota, estúpida e insolente de mi hermana, consiguió que once desconocidos nos uniésemos en una familia que sigue, que perdona, que se pelea y que es una sola persona cuando las cosas van mal. Sí, sé que estás contando con los dedos y te preguntas: «Tengo

a Mariola y Alex, a mí y a Brian, Sonia y Frank, a Justin y Mike. ¿Los otros tres?». Rud, Dwayne y Ryan son parte de esta familia. No creo que te hayas olvidado de ellos. Y no cuento a los niños. Ya hemos superado de forma estrepitosa a la familia von Trapp. Menos mal que no... nos da... por... cantar... Mentira. Las mellizas están todo el día canturreando como su madre, los gemelos del infierno —léase mis dos angelicales hijos— las siguen a donde vayan, Erin las alienta en sus fechorías y... Vale, creo que no solo es Erin la culpable de todo. Ahora mismo es Sonia la que les está poniendo música y enseñando una coreografía que hará que a Brian le estalle la cabeza.

Brian.

Brian ha aguantado mucho, no creo que yo en su situación hubiese sido tan comprensiva. Le culpé, me culpé, le dije que no deberíamos habernos conocido, le confesé que tenía miedo de lo rápido que fue todo; confirmé que mis miedos eran capaces de superarme, ahogarme y enterrarme. En vez de sacar la cabeza, era yo misma quien tiraba de mi mano y me hundía más en la mierda.

Intenté irme de casa.

Maldita manía de las Santamaría de salir huyendo. Con los cojones que tenemos para unas cosas y lo que nos gusta salir corriendo.

Pero Brian me paró. Me pidió que me quedase en casa con los niños.

Me cedió nuestro espacio, nuestro hogar para que pusiese mis ideas en orden. Los sentimientos estaban intactos: le amaba con todo mi ser, pero no sé que puta parte irracional de mi cerebro me hizo perder los nervios.

No fue fácil ver cómo Brian salía de nuestra casa mientras los niños estaban en el colegio. Decidimos que sería un corto periodo de tiempo. Él se iba a casa de mi hermana, los niños se quedaban conmigo y Brian vendría cada día para estar con ellos. No necesitaban saber que los mayores la estaban cagando a lo grande.

¿Qué pensará cuando le diga que estoy embarazada?

Hace un par de semanas que él volvió a vivir en casa, pero hace tres meses, tras una sesión de terapia en la que salió toda nuestra parte más visceral, acabamos follando como veinteañeros en un hotel.

Qué poder tan jodidamente brutal ejercen los McArddle sobre las Santamaría. Me reía de la forma en que mi hermana se quedó embarazada de Erin, porque la situación fue algo parecida.

—Gracias, karma, pillado.

—¿Karma?

Justin sigue a mi lado. Creo que me ha estado hablando de algo y yo me he ido a mi mundo.

—Yo conozco esa cara. —Hace círculos con su dedo en el aire alrededor de mi boca—. Tu hermana hizo lo mismo cuando... ¿Estás embarazada?

—¿Llevo un cartel o algo?

—¿Y él lo sabe? —Señala a Brian que está sentado en el suelo con los niños alrededor y les está contando una aventura sobre piratas.

Suspiro.

Hondo.

Muy hondo.

—No, él no lo sabe y no sé cómo se tomará este cambio.

James comienza a ondear una camiseta en el aire y el resto de los niños le siguen con unos parches que les he pintado en la cara con un lápiz de ojos de Sonia. Miro a mi mujer, sigue siendo mi mujer y poco a poco volvemos a ser nosotros. Lo que nos está costando, joder. Se levanta del sofá en el que estaba hablando con Justin y camina por el lateral del barco. Su mano acaricia la barandilla hasta que desaparece de mi vista.

—¿Cuidas de los niños? Mis hijos son capaces de hacer un tablón y tirar a alguien por él. —
Le pido a Mike ayuda.

—Ve a hablar con ella.

—Gracias. —Apoyo mi mano en su hombro y aprieto un par de segundos. Creo que es más un gesto para mí, para tomar aire.

Observo a los niños que juegan felices, ajenos a esos problemas que a nosotros nos han estado machacando. No sé si realmente fue aquella invitación de la boda o la visita de Mark a Mariola hace unos meses lo que hizo que todo estallase.

Fue jodido.

Muy jodido verlos a los dos de nuevo en la misma sala.

Me lo he comido sin esperarlo. Veo a Mariola en la recepción de CIA con un tío que me suena mucho, pero que de espaldas no logro ubicar. Pero cuando escucho su voz y la cara que comienza a poner María en el momento en que le ve, comprendo quién es.

—¿Mark?

Él se da la vuelta y sonríe.

Mariola cierra los ojos.

María camina hacia él.

Yo me alejo de todo.

Desde que conocí a María aquella noche, no nos hemos separado. Ni siquiera cuando nuestros hermanos lo dejaron. Hemos estado casi diez años juntos. No he sentido miedo a su lado, hemos superado muchas cosas, pero por primera vez, siento que esto está a punto de separarnos.

—¿Qué haces aquí?

—Estamos en la ciudad y si no venía a saludar a tu hermana, sería capaz de matarme. —
Mark sonríe y recuerdo que aquel día en la cafetería la miraba de la misma manera—. Vamos a ir a cenar esta noche los cuatro.

—¿Cuatro? —María tiembla—. ¿Has venido con tu prometida?

—Sí. Está en una reunión en Naciones Unidas.

—¿Naciones Unidas? ¿Es una política? —María respira hondo.

—Es interprete. Trabaja en la embajada de Suecia en Londres.

—¿Vives en Londres?

—Desde hace siete años.

Veo cómo María sonríe, agacha la mirada, niega con la cabeza y se saca una excusa de la manga.

—Tengo que ir a hacer una llamada importante a mi despacho. Enhorabuena por la boda, Mark. —Extiende su mano temblorosa y espera que él la estreche.

—Me alegro de verte tan bien. —Mark abraza a María y esta se escurre entre sus brazos.

—Disfrutad de la cena.

María se deshace del abrazo y sale casi corriendo por el pasillo.

—¿En serio, Mark? ¿Te vas a casar con una sueca que trabaja en Naciones Unidas? —
Mariola le da un manotazo en el brazo—. Veo que mi marido se vuelve loco hoy en la cena y otro McArddle te jode la boda.

Mariola y su forma tan divertida de tocar los cojones. Que si no la conoces, seguramente es como recibir una patada en las pelotas, pero Mark recibe la broma con una gran sonrisa y una

respuesta perfecta.

—Ya sabes que siempre querré casarme contigo. Si no es en esta vida, esperaré a la tercera. En la siguiente tengo intención de reencarnarme en ti para saber lo que es dominar Nueva York desde esos tacones.

Estos dos sí que han sabido pasar página, olvidar todo lo que sucedió y han conseguido mantener una amistad preciosa. No sé qué es lo que le sucede a María, pero me temo que esto va a ser un punto de inflexión en nuestra relación.

—¿Sigues pensando en él?

—Sí.

Sinceridad brutal.

Es lo que nos hemos prometido.

—Pero tendrías que hacerme la pregunta de otra manera.

—No te entiendo, María. —Me siento a su lado.

—Pregúntame si sigo pensando en él como hacía hace doce años. Si sigo queriéndole como hace quince. Si me arrepiento de estar aquí y no ser la sueca que se casa con él. —Mira al horizonte sin girar su cara.

—No sé si estoy preparado para que me des esas respuestas.

—Claro que sigo pensando en él, ha sido una parte muy importante de mi vida. No lo hago de la misma manera porque ya no le quiero. Bueno. —Abre y cierra la boca un par de veces—. Le quiero, está claro, pero no de la forma que puede darte miedo. No le amo, que es lo importante y no quiero ser la sueca de piernas de infarto. —Por primera vez me mira y hace que mi cuerpo tiemble—. No cambiaría mi vida por nada del mundo, Brian. Tenemos dos hijos increíbles, un trabajo que me encanta y en el que puedo dar rienda suelta a mi creatividad sin que me nadie me coarte; un marido que me ha aguantado a pesar de mi estupidez, de mis miedos y de cagarla una y otra vez. —Acerca su mano temblorosa y sujeta la mía para llevársela a su tripa—. Ella se merece que su madre y su padre sean felices.

Tardo unos segundos en comprenderlo. Aparto asustado la mano y me la llevo a la boca. Señalo su tripa sin decir nada. Niego incrédulo con la cabeza.

—¿Volvemos a ser padres?

—Tú siempre has querido una niña y nuestro destino es llenar Manhattan de pequeños terroristas McArddle.

Vale, creo que no se lo está tomando demasiado bien. No dice nada, solo salen palabras sin sentido de su boca y a los segundos, sale corriendo por el lateral del barco. Miro al horizonte y parece que ya estamos llegando a nuestro destino.

—Joder, María, más tonta y no naces, de verdad. ¿Cómo has podido cagarla tanto en esta vida?
—Me paso las manos por la cara y me tumbo en el suelo.

—Mamá, ¿estás bien?

La cara de Aaron me tapa el sol y sus enormes ojos azules me miran preocupados.

—Sí, cariño, es que me he mareado un poco.

—Os tenemos algo que contar.

Brian camina hacia nosotros con James delante. Los niños se apoyan en la barandilla y Brian se arrodilla a mi lado, me tiende su mano para que me incorpore y, al hacerlo, me besa en los labios. Llevaba tanto tiempo sin hacerlo, que me recorre un escalofrío por la espalda.

Sonrí.

Aquí está.

Es cosa de familia.

—Chicos, ¿qué os parece la idea de remodelar una de las habitaciones que tenemos vacía?

—Para un bebé.

Aaron, que no ha dejado de mirarme en ningún segundo, sonrío. Él ha sacado la parte más sensible de las dos familias, el que sin palabras sabe lo que necesito, bien sea un abrazo, un beso o una onza de chocolate. O medio kilo.

—Para vuestra hermana.

Los dos se miran, entrecierran los ojos y sé que están hablando mentalmente. Comienza a hacer gestos con la boca como si se estuviesen respondiendo y vuelven a mirarnos.

—Nosotros no queremos decir nada, pero me parece que ya es hora de que esta familia deje de tener hijos. Vamos a tener que decirles a los abuelos que reformen de nuevo la cabaña y metan otro anexo. A este paso nos hacemos los dueños de aquella zona. —James sonrío con picardía.

—Ya lo somos. Bueno. —Aaron ladea la cabeza—. Nosotros somos la plebe, mientras Sam y Sue reinan a sus anchas.

—Espero que nuestra hermana sea capaz de acabar con su reinado, que es una dictadura de esas chungas. —James va a ser político. Es el correcto, el que nunca se altera y el que se parece a su tío Alex. Y juro que hasta creo que heredó lo del palo en el culo.

Los dos nos miran y suspiran. Vuelven a comunicarse mentalmente.

—¿Entonces se acabaron las noches durmiendo separados, papá no se va a ir otra vez de casa y os vais a querer siempre?

—Nunca he dejado de querer a vuestro padre y nunca lo haré. —Me arrodillo delante de ellos y les agarro de las manos—. Siento que hayáis tenido que sufrir estos meses en los que los mayores no lo hemos hecho bien.

—Mamá —Aaron me acaricia la cara mientras habla—, nosotros lo que queremos es que estéis bien. Sabemos que en esta familia no ocultamos los problemas y os agradecemos que siempre nos contéis las cosas tal y como son. —Me da un beso y me sonrío—. Somos afortunados por teneros como padres.

Me pongo a llorar como una energúmena, con moqueo y sonidos guturales extraños incluidos. Sé que tanto mis hijos como Brian me están mirando en plan «*Ya ha salido de nuevo la loca Santamaría*».

—Y esto, hijos míos, son las hormonas. Así que estad preparados para un embarazo por el que puede pasar por todas las etapas de llantos y risas en dos minutos. —Brian me abraza—. Te quiero, cariño. Gracias por regalarme esta familia.

—Gracias por aguantar mis mierdas, Brian.

—Nuestras mierdas. Siempre nuestras. —Me besa mientras sus brazos acarician mi espalda y me siento en el lugar más seguro del mundo.

—Chicos, estamos llegando.

Mike nos avisa de que en breve atracaremos en la arena. Aquí no hay puerto y tendremos que bajar en el agua. Cuando me levanto y veo todo lo que tenemos delante, creo que el joder se escucha desde Nueva York. Cómo nos las gastamos en esta familia para los cumpleaños.

Rud nos saluda con una cerveza en la mano desde la casa.

03.
COMO SI SIEMPRE

Aún no sé cómo me he dejado liar por Mariola. Sigue siendo la mayor lianta del planeta. Del barco comienzan a bajar niños, padres y demás familia. Yo no sé en qué momento decidí formar parte de este grupo. Si es que cada cuál es más raro.

¿A quién quiero engañar?

Me encanta ser parte de todo esto. Aunque lo de tener que venirme un par de días antes aquí para que montasen la casa al gusto de Mariola...

¿A quién quiero engañar?

Estoy en las Bahamas, en una mansión de una isla solitaria y he paseado desnudo durante dos días sin que nadie me diga qué hacer y qué no. ¿Se nota demasiado que acaba de dejarme mi última novia?

—Rud, dime que debajo de ese delantal llevas ropa.

No digo nada, le doy otro trago a mi cerveza y deleito a todos los recién llegados con mi culo desnudo.

—Joder, Rud, de verdad. Que hay niños.

—Como que esta familia no es de pasear en bolas cuando creen que no los ven. —Miro a Justin y Mike. Fueron a los últimos que pillé haciéndolo.

—Y luego nosotros nos tenemos que poner ropa. —Uno de los gemelos de María comienza a quitarse la camiseta.

—Haced lo que queráis. Yo he venido a divertirme y a celebrar el cumpleaños de mi cuñado con una botella de... —María se queda en silencio y hace un gesto con la cabeza como de que no le gusta algo—. Mierda, no puedo.

Todos miramos a María. No se pierde ninguna fiesta y suele ser la encargada de hacer cócteles de todo tipo y sabores. Es más, ha superado en nivel de alcoholismo en un solo vaso al *Furor Latino* de Justin.

—El embarazo y el alcohol no son compatibles. —Siente que todos nos sorprendemos y levanta las manos—. ¡Sorpresa! Tendremos en seis meses una nueva integrante en la familia.

—Seremos seis contra cuatro. —April, la hija de Sonia y Frank, sonrío.

—Ahora mismo no veo a ninguna de tus primas. —James y Aaron rodean a su prima.

—No tenéis narices. Y como me hagáis algo, esta noche os aseguro que Sam y Sue os harán tener pesadillas.

Las mellizas que a todos son capaces de acojonar. Esto es por culpa de su madre, ya que el pasado Halloween las disfrazó de Annabelle y Pennywise. Os juro que nunca pensé que dos niñas pequeñas me darían tantísimo miedo.

La fiesta del año.

Mariola no ha dejado de repetirlo una y otra vez.

Vale, que la tía es muy buena en su trabajo, pero de ahí, a que me haya mandado mensajes

desde hace una semana cada media hora, avisándome de que me iba a cagar por la última broma que le hice, es demasiado.

Susan le ha cedido la casa de los Hamptons y ha contratado a una de las mejores empresas de efectos especiales para recrear un pasaje del terror, apto para todos los públicos.

Y una mierda.

Esto que estoy viendo no es apto para todos los públicos, los niños van a tener pesadillas y los adultos no vamos a poder dormir en un par de días.

—Estás como una cabra. —Me acerco a Mariola que está preparando algo en un caldero del que sale humo—. Creo que se te ha ido de las manos.

—Pues cuando veas a las niñas, vas a flipar.

Mariola va disfrazada de esqueleto, con un body ajustado negro y se ha maquillado brazos, pecho, cuello y cara como si fuese un esqueleto real.

—Joder, estás... ¿de muerte?

—Te lo he puesto a huevo.

Voy a darle un beso, pero no quiero joderle el maquillaje, así que se lo doy en el pelo.

—Tienes arañas entre el peinado.

—Lo sé. —Me guiña un ojo—. ¿Puedes ir a la bodega a por un par de botellas de vino tinto? De las de la izquierda arriba, con estola plateada, *MIRTO*.

—¿Del último alijo que te han mandado tus amigos de Madrid?

—Ese mismo.

Camino silbando *This is Halloween*, de la película *Pesadilla antes de Navidad*, que suena por los altavoces y bajo las escaleras que llevan a la bodega. Esta parte va a estar cerrada a la fiesta, demasiado dinero invertido en esta bodega. Me subo a una escalera de madera y bajo una caja del vino que Mariola me ha pedido. La dejo en una mesa en la que hay unas copas y una botella vacía. Parece que han tenido una cata privada y no me han invitado.

—Mariola, a la próxima invítame. —Lo grito para que me escuche mientras abro la caja para sacar las botellas.

Comienzo a escuchar unos susurros, pero al girarme no veo a nadie.

—Rud, no dejes que la decoración te engañe.

Vuelvo a escucharlos y esta vez van unidos a unas risas de ultratumba. Salgo al pequeño pasillo, pero tampoco hay nadie.

—Vamos a ver, subconsciente, no me jodas. Que tú eres un tío con dos dedos de frente y no te asustas. Mierda. —Me doy dos palmadas en las mejillas y espero escuchar algo más, pero no sucede—. ¿Ves? No era nada.

—*Que-re-mos jugaaaaaar*.

Ahora lo escucho muy claro. Es casi un susurro, pero está detrás de mí. Me niego a mí mismo que sea real, es solo una mala jugada de la noche, pero me doy la vuelta lentamente, con los ojos cerrados, por supuesto.

—No hay nada, Rud.

Respiro hondo.

Abro los ojos.

Sufro un infarto.

Un ictus.

Una embolia.

O como cojones lo queráis llamar.

Mi grito se oye hasta en Jamaica.

—Mierda puta.

Delante, más bien, debajo de mi cintura tengo a una puñetera Pennywise y a una jodida Annabelle que dan más miedo que las originales de las películas. Pero... ¿Cómo dos mocosas pueden asustarme tanto?

Ellas comienzan a acercarse a mí susurrando «*Queremos jugar contigo, Rud. Ven con nosotras, no tengas miedo*», hasta que me atrapan contra la pared. Cierro los ojos, rezo por mi vida y trato de mantener la compostura. No quiero que se me vaya la mano y la boca.

—Vale, chicas, creo que ya hemos comprobado que el disfraz acojona. —Mariola aparece al lado de sus hijas y chocan las manos.

—Seréis cabronas. —No puedo evitarlo—. ¿Queréis que me muera de un susto?

—No, no queremos perder a uno de nuestros tíos favoritos.

—¿Uno de los favoritos? Esto es lo que me va a matar. —Me llevo una mano al corazón y me deslizo por la pared hasta el suelo haciéndome el muerto.

—Que no. —Sam se acerca a mí y me da un beso—. El de mi hermana es Brian, pero tú eres el mío. —Me guiña un ojo con el mismo descaro que su madre.

Desde aquella noche he tenido pesadillas con cada globo rojo que se ha cruzado en mi camino. Mariola lo sabe y se ha encargado de que en esta fiesta hubiese un par de ellos. Me he encargado de pincharlos y hacer que parezca un accidente.

—Bienvenidos a *Dellis Cay*, el paraíso del que no vais a sacarme. He decidido que me quedo aquí a vivir. —Camino detrás de todos para que no me sigan mirando el culo.

—¿Me haces un hueco? —Sonia suspira al entrar en la casa.

Está completamente hecha con madera y piedra, de mármol y vigas metálicas que rompen un poco el ambiente. La decoración es blanca y hay colchonetas de algodón repartidas por toda la casa para observar a través de las cristaleras, también hay dos habitaciones que tienen el techo de cristal. En la parte trasera de la casa hay una terraza grande cubierta por telas y con antorchas, desde el que puedes disfrutar de una copa —o tres— en la más absoluta tranquilidad. ¿Se nota que me he enamorado de este lugar? Una pena que el coste de la mansión no entre dentro de mis posibilidades. La opción de la lotería no la contemplo y lo de casarme con una mujer rica tampoco. Y menos después de mi reciente ruptura con una de las mujeres menores de treinta más influyentes de Nueva York. ¿Cuándo dejaré de pensar tanto con la polla? Esto es lo que me va a decir Mariola en cuanto me la encuentre.

—Podéis instalaros en la habitación que más os guste. La de la otra ala es para Mariola y Alex. Elección de Erin cuando la vio.

—No es justo, es la única que está en esa parte. No van a tener problemas con los niños. —Justin pone los ojos bizcos.

—Haber elegido bien tus cartas. Erin fue la primera que me mandó un mensaje y sigo a pies juntillas todas sus peticiones. Que nos conocemos.

—Sabes que su tío favorito es Ryan, ¿verdad? —James es un tocapelotas.

—Pero eso es porque Ryan ayudó a que Erin naciese. Si no llega a ser por él, nuestra prima seguiría dentro de la tía.

Todos miramos a Aaron que sale corriendo dentro de la casa.

—El tema de embarazo, semilla y demás no lo tiene demasiado claro. —Brian excusa a su hijo entre risas.

—Déjale, que no pierda su inocencia aún.

—Pues yo quiero ver cómo nace nuestra hermana. —James mira a María.

—Va a haber mucosa, sangre, restos humanos y será asqueroso.

—Me da igual, mamá. Quiero estar contigo. —James le aprieta la mano a su madre y esta babea por él.

—Gracias, mi amor.

Siento envidia de la forma en que sus locas vidas acabaron entrelazadas, de cómo han luchado por tener lo que tienen. Yo siempre había querido formar una familia, tener hijos y disfrutar de cosas como esta: un cumpleaños rodeado de mis amigos y de un grupo tan especial. Pero mi vida sentimental no ha ido demasiado bien.

Mi relación con Sasha se rompió en el momento en que a ella le ofrecieron ascender en la delegación de Los Ángeles. Yo no podía pedirle que eligiese entre sus sueños y yo, así que antes de que ni siquiera se lo plantease, le dije que su sitio estaba en California y que encontraría a alguien mejor que yo. Menuda cagada. Han pasado cinco años desde aquella noche en la que me despedí de ella en el *Bow Bridge* de Central Park. Estaba comenzando a nevar y ella tenía que dar su respuesta al día siguiente. Hablé con Mariola aquella misma tarde en su despacho y ella me dijo que luchase por nuestra relación. Pero ser una carga para ella no entraba en mis planes. Escuché cómo nuestros corazones se rompían, pero sabía que el suyo volvería a latir con la ilusión de una nueva vida.

El mío aún está recomponiéndose de aquella noche.

Después de ella he tenido un par de relaciones más o menos estables, pero ya no soy el mismo chico despreocupado que solo quería un polvo rápido y cero problemas.

—Voy a hacer una llamada. Os podéis acomodar y en la nevera hay de todo. En media hora traen la comida y aviso a Mariola.

Me refugio en la habitación hasta que llegue la comida.

Cojo mi móvil, accedo a contactos y paso el dedo por encima de su nombre. Hace demasiado que no hablo con ella. Exactamente tres años. Después de nuestra ruptura le llamaba una vez al mes y siempre nos felicitábamos las fechas importantes, sobre todo los cumpleaños. Pero cuando un hombre respondió una de las llamadas, supe que era el momento de cortar lo nuestro.

Sin darme cuenta su nombre está en la pantalla y suenan los pitidos de espera.

—Hola, casi desconocido.

—Hola, californiana. —No quiero que note nada en mi tono de voz, pero a pesar de los años, creo que es de las pocas personas que me conocen tal como soy.

—¿Cómo te trata la vida, Rud?

—No me puedo quejar. —Miro a mi alrededor y hacerlo sería de estupidez máxima—. ¿Cómo te tratan en Los Ángeles?

—Pues la verdad es que no es el paraíso. Entre incendios, famosos que están como una cabra y calor hasta en Navidad, esto más bien parece el infierno. Nueva York debe estar preciosa a estas alturas del año.

—Mucho turista. —Cierro los ojos y me paso la mano por la cara. *Eres rematadamente imbécil, Rud.*

—No hablamos en tres años ¿y vamos a tener una conversación de mierda? Esperaba mucho más de nuestro reencuentro.

—En persona sigo ganando mucho.

—Me encantará comprobarlo.

Desearía tenerla delante y decirle que he sido un estúpido, que perderla fue la peor decisión que he tomado en mi vida y que no he dejado de quererla.

La conversación se alarga hasta media tarde, justo cuando Mariola me manda un mensaje avisándome de que el vuelo se retrasa a las ocho de la mañana por problemas de viento. Me encarga que retrase todo un día. Cuando se lo diga a Brian, le va a cambiar el color de pelo.

—¿Problemas con la fiesta de Alex?

—¿Cómo lo sabes?

—Hablo a diario con Mariola. Estuve cenando con ella la semana pasada.

—¿Has estado en la ciudad?

Se queda en silencio y sé que se está pasando los dedos por los labios, mirando a un punto fijo de alguna parte de la sala en la que esté y cerrará los ojos.

—Pensé que estarías ocupado con tu chica. —Noto algo raro en su tono de voz, algo que no reconozco.

—Mariola ya te lo habrá contado.

—Le pedí que no hablásemos de ti, dolía... Duele.

—No tendré vida para pedirte perdón.

—Bueno, tal vez puedas tratar de hacerlo de nuevo cara a cara.

Escucho unos nudillos llamando suavemente en la puerta de mi habitación. Me temo que llevo demasiado tiempo aquí encerrado y Brian necesita ayuda para que le explique lo que queda pendiente.

—¿Puedo volver a llamarte otro día?

—¿Me vas a colgar?

—Están llamando a la puerta. Puede ser Brian reclamando ayuda, los niños que han cazado algún tiburón o que Justin esté buscando la bodega y no la encuentre.

—Me alegra mucho hablar contigo. Deberíamos hacerlo más a menudo, Rud.

—Te echo de menos.

Mierda.

¿Cómo ha salido esto de mi boca?

¿En qué puñetero momento me ha parecido bien decir eso?

Actúa con normalidad.

Actúa como si no acabases de decirle a tu exnovia a la que dejaste hace muchos años, que la sigues echando de menos.

—Abre la puerta, Rud.

Parece que ha escuchado los nudillos de nuevo.

—Sí, claro.

Respiro aliviado al pensar que no me ha escuchado.

Abro la puerta, levanto la vista y me quedo sin palabras.

—Yo también te he echado de menos, Rud.

Sasha está delante de mí con una gran sonrisa. Está preciosa.

04.
COMO SI CADA DÍA

Me sigo sorprendiendo con la forma que tiene el destino de actuar en nuestras vidas. Hace casi veinte años —que esto quede entre nosotros porque Mariola y yo hicimos un pacto de no pasar de los cuarenta— una chica que estaba perdida en Manhattan entró en nuestro bar. Ella no tenía ni idea de que empezaba una gran aventura y nosotros mucho menos. Mariola poco a poco fue formando una familia en Nueva York. Primero fuimos Mike, Sonia y yo, a los meses llegó Andrea y poco a poco hemos ido creando una gran familia disfuncional, caótica, reina de los desastres, pero tan especial, que doy las gracias cada día por formar parte de ella. Creo que, si Mariola no hubiese entrado en aquel bar, ni hubiésemos compartido tanto, hoy no tendría a Luke durmiendo en mis brazos y Mike no sería mi marido.

—Toma. —Brian me trae una copa de vino que agradezco con una sonrisa—. Hasta mañana no llegan, problemas con la visibilidad. Así que por hoy podemos descansar.

—Mejor, porque Mike quiere preparar los postres y así podrá usar todo lo que se ha empeñado en traer. —Me acomodo en el sofá.

—¿Ya tenéis todo listo para la inauguración?

Hace más de medio año nos enteramos de que una de las azoteas más emblemáticas de la ciudad y en la que más horas habíamos pasado, estaba en venta. Alex se enteró en una reunión e hizo una oferta por mí. Todo esto sin que yo supiese nada.

Os podéis imaginar la cara que se me quedó cuando me enteré de todo.

—¿Te has vuelto loco?

—Jus, si no la hacía en el momento, te la iban a quitar.

—¿Te has vuelto loco?

No puedo dejar de repetir lo mismo en varias ocasiones hasta que Mike me quita el teléfono.

—Nos vemos en vuestra casa.

Quince minutos después, con una buena botella de vino, Alex me expone su idea. Mariola no dice nada mientras paga las pizzas que ha pedido.

—¿Otro local? ¿Estás loco?

—Justin, eres el mejor en este sector y este sitio contiene tantos recuerdos, que no lo dudé ni un solo segundo. —Alex sonrío y niega con la cabeza—. Si tú no lo quieres, puede que haya algún inversor que quiera...

—Es una locura, pero hagámoslo, ¿qué podemos perder?

—No me jodas, Mike. Que en esta familia no se puede decir ni «¿Qué podemos perder?» ni «¿Qué puede salir mal?». Son los precedentes para...

—Algo nuevo y maravilloso. —Mariola deja la pizza en la isla y observa a los niños que empiezan a cenar en la mesa grande del salón—. Con ellos fue algo así como «¿Quién dijo miedo?» y oye, que tan mal no lo hemos hecho.

Los miramos y veo cómo a Sam se le escurre queso de la pizza y Sue se pone debajo con la

boca abierta, como si estuviese bebiendo cerveza en una fraternidad. Cierro los ojos y niego con la cabeza.

—Lo de esas dos es caso aparte. Las debimos engendrar una noche de demasiado alcohol y aquella *shisha* llevaba algo muy raro. —Alex sonrío—. Ya os dije que no me fiaba demasiado de aquel tío del bazar de Marrakech.

—Era una pipa de agua, Alex. No te preocupes. —Mariola abre mucho los ojos y niega con la cabeza levantando una ceja en plan «*Aquello era droga fijo*».

Vaya quebraderos de cabeza nos ha dado la inauguración. Es en un mes y creo que me van a salir canas aun siendo pelirrojo.

—Tu cuñada creo que va a conseguir que la última inauguración quede a la altura del betún. Y tu mujer está obsesionada con grabar todo con drones. Anda peleándose con espacio aéreo o algo así. —Veo cómo Brian sonrío al hablar de María—. Joder, por fin.

—¿Por fin? —Me mira sin saber de qué hablo.

—Pues que llevabais una temporada que dabais más por saco por separado que juntos. Que mira, yo os quiero mucho a los dos y como pareja me encantáis, pero por separado y en plan depresión absoluta, dais mucho asco.

—Gra... Gracias, creo.

—¿Nervioso por el embarazo nuevo?

—Mi cerebro ha colapsado, pero no por el hecho del bebé. Si todo es tan sencillo como con los gemelos, yo tendría hijos todos los años.

—¿Sencillo? —Miro a Brian y miro a Luke que sigue durmiendo—. Yo no sé cómo habéis sobrevivido a dos. Si nosotros con uno casi morimos en el intento.

—Eso es porque Luke es especial y su inicio de vida no fue demasiado fácil.

La verdad es que no lo fue. Nos entregaron a Luke muy pequeño y comenzó a tener problemas de respiración. Tras muchas pruebas médicas y noches sin dormir, le diagnosticaron SAN, Síndrome de Abstinencia Neonatal. La madre, una adolescente de quince años, consumió drogas estando embarazada, por lo que los síntomas de Luke se acrecentaron con los días. Fueron meses de noches en el hospital probando todo lo que los médicos nos pedían. Incluso al salir de allí y quedarnos a solas con él en casa, tuvimos que acostumbrarnos a tener las luces muy suaves, tratar de que no hubiese ruido en casa y le mecíamos constantemente cuando empezaba con alguna de sus crisis. Estas se fueron espaciando en el tiempo y hoy podemos decir que tenemos a un niño perfectamente sano.

—Nos salvó a los dos.

—Y vosotros a él. Os estaba esperando.

—Os traigo algo para picar. —Mike deja en una pequeña mesa un plato con tartaletas que seguramente acaba de preparar. Me besa y besa a Luke.

—No deberías acostumbrarme tanto a tu comida, Mike, o engordaré de nuevo. —Brian se levanta un poco la camiseta y los dos le miramos con descaro.

—Tú estás demasiado bueno para ser real, Brian. ¿Qué comisteis los McArddle de pequeños? Porque eso en mi pueblo no había.

Escuchamos unos gritos de una pelea que proviene de la playa y nos acercamos tranquilos. Seguramente serán los niños jugando.

Efectivamente.

Están gritando en clave y jugando a algo que no comprendemos demasiado bien. Se inventan

deportes —algunos bastante peligrosos, todo hay que decirlo— y juegos con palabras que seguramente sean parte de algún ritual satánico, pero oye, que ellos solos se entretienen.

—Yo quiero jugar.

Efectivamente.

Luke casi salta de los brazos de Justin y se acerca corriendo a sus primos. Me encanta verlos tan unidos y me encantaría que pudiésemos adoptar a otro niño, pero estamos pendientes de otra llamada. Cruzo los dedos y hasta rezo cada día para que sea otro sí y no más negativas. Siempre estamos juntos y con la forma de vida que llevamos nunca se siente solo, pero quiero tener más hijos con Justin. ¿Quién me lo iba a decir a mí? Aquel loco pelirrojo que llegó a mi vida una noche de tormenta, al que no aguantaba más de cinco minutos hablando y por el que juré jamás sentir nada, lleva a mi lado más de veinte años.

Efectivamente.

Cómo ha pasado el tiempo.

Efectivamente.

Hace un año nos estábamos casando en una boda organizada por Mariola en la casa de Susan en los Hamptons y fue perfecta. Todos nuestros amigos y familia estaban allí. Cuando digo familia hablo de los chicos, de nuestros sobrinos, no de la nuestra de sangre. Mis padres murieron hace varios años con meses de diferencia y los de Justin no quisieron saber nada de nuestro hijo y mucho menos de la boda de dos maricones. Qué pena que se estén perdiendo vivir la vida de su nieto, del niño más maravilloso de este mundo, del que aprendo cada día más, que nos sonrío y nos besa como si le hubiésemos salvado la vida, cuando ha sido él quien ha llegado a nuestro mundo para completarlo.

Efectivamente.

Tras cenar lo que Mariola nos ha mandado del catering —se ha encargado de cambiar todo y seguir teniendo a su marido completamente engañado o atado a la cama —, los niños se quedan viendo una película en una sala que han encontrado con un sofá gigante en el que seguramente todos querrán dormir esta noche. Nosotros nos ponemos unas copas y nos sentamos alrededor de la hoguera que Frank ha hecho antes de cenar.

Efectivamente.

Ninguno decimos nada, todos observamos el fuego, algunos sonrío y comienza a sonar una canción que nos define a la perfección a todos.

Efectivamente.

«Simplemente te quiero cerca, contigo puedo quedarme para siempre. Puedes estar seguro, que solo mejorará. Tú y yo juntos, a través de los días y las noches, no me preocupó, porque todo va a salir bien».

Efectivamente.

No One de Alicia Keys nos saca una sonrisa a todos.

Efectivamente.

—¿Os imagináis dónde estaríamos ahora si Mariola no hubiese entrado en nuestras vidas? — Frank sujeta la mano de Sonia y se la lleva a la boca.

Efectivamente.

—Que no nos habríamos conocido ninguno. Jodida lianta. —María sonrío suspirando mientras se acaricia la tripa con una mano y con la otra aprieta con fuerza la de su marido.

Efectivamente.

—Si ella no hubiese salido de España, se habría ahorrado también pasar por cosas que no se merecía.

Efectivamente.

Todos pensamos lo mismo, pero ese mal recuerdo no es capaz de empañar el resto de buenos que tenemos.

Efectivamente.

—No habría llegado a aquella mierda de hotel donde trabajaba y no me hubiese hecho su amiga. Andrea nunca habría tenido esta familia a la que tanto quiere, no habría conocido a Frank en aquella fiesta de la academia y creo que ni siquiera tendría academia. Bailaría en bares de mala muerte para mantener a mi hija. —Sonia respira hondo, llena sus pulmones y levanta su copa—. Por la jodida lianta de Mariola.

Efectivamente.

Todos hacemos lo mismo y damos un trago.

Efectivamente.

—Si esa morena de ojos enormes no nos hubiese salvado el culo en aquella cena, seguramente seguiría trabajando en restaurantes en los que no me dejarían hacer lo que hago ahora, vivir de mi pasión. —Mike me sujeta la mano—. Ni este pelirrojo hubiese llegado a ser mi marido ni Luke habría llegado a nuestro hogar. Por la jodida lianta.

Efectivamente.

Levantamos la copa y volvemos a beber.

Efectivamente.

—Lo de que tú y yo nos liásemos es mucho más cosa mía que de Mariola. —Justin me sujeta de la cara—. Sabía que tarde o temprano caerías rendido a todos mis encantos. —Me besa y antes de separarse me susurra—. Te quiero. La verdad es que sin ella nuestra vida hubiese sido mucho menos divertida. Por la jodida tarada.

Efectivamente.

Levantamos la copa y volvemos a beber.

Efectivamente.

—Pues yo me hubiese ahorrado un tiro y semanas en el hospital, un accidente de coche, varios bofetones y seguir su culo por las calles de Manhattan. —Rud levanta una ceja.

Efectivamente.

—Pero no me hubieses conocido a mí. —Sasha se acurruca en su pecho.

Efectivamente.

—No cambiaría ni un momento que he vivido con ella, porque me ha llevado a ti. —Rud besa a su recién recuperada chica y creo que todos sonreímos. Ya era hora de que estos dos estuviesen juntos—. Han sido divertidos estos diez años. Por diez más.

Efectivamente.

Levantamos la copa y bebemos.

Efectivamente.

—A este paso nos emborrachamos a su salud. —Frank toma la palabra—. Pues yo seguramente estaría ahora saliendo de la cama de alguna chica a hurtadillas, me habría convertido en el tío que no creía en el amor y que pensaba que si me acostaba con varias en un mes, esquivaría las flechas de cupido. —Mira a Sonia con tanta dulzura, que no puede engañar a nadie—. Conocerme fue el mayor regalo que la ciudad me pudo dar. No pensé que llegaríamos a nada dados nuestros inicios, pero viste en mí alguien en quien confiar.

Efectivamente.

—Estuviste a mi lado en mis peores momentos, Frank. ¿Cómo iba a echarme de mi vida si me estabas poniendo la tuya a mis pies?

Efectivamente.

—Por eso y por más doy las gracias a la jodida lianta. —Besa a Sonia y todos levantamos las copas en el aire—. Por nosotros, por los que ya no están, por los que nunca debieron ser y por lo que siempre seremos: familia.

Efectivamente.

¿Podría añadirse algo más a esta noche?

Efectivamente.

Que a la que le deben pitar los oídos, su marido y los niños estuviesen aquí con nosotros, pero tenemos por delante dos semanas de vacaciones, un cumpleaños y seguramente que alguna sorpresa más. Que nosotros somos muy de montar un sarao —como dice Mariola— de un entierro.

05.
COMO SI A VECES

Carecer de una buena base familiar puede ser complicado. Eso fue lo primero que pensé cuando nació Andrea. Temí estar sola en una ciudad que te muerde, te mastica y con suerte te escupe. Levanto la vista al cielo y busco nuestras estrellas. En Manhattan es bastante complicado hacerlo, pero aquí parece que brillan solo para nosotros. Mi móvil comienza a sonar y veo la cara de Mariola en la pantalla.

—¿Ya estás huyendo de tus hijas?

—Sí. Están hasta arriba de azúcar por culpa de su hermano y de tu hija. Les han dejado comer tarta ultra procesada en la fiesta y ahora parecen *Spiderman* por la habitación. —Escucho una puerta y un pestillo—. Que las aguanten ellos.

Tengo que reírme. Si Asuntos Sociales escuchase nuestras llamadas o la forma en que a veces hablamos de nuestras hijas, creo que hace muchos años que nos las hubiesen quitado.

Aunque encasquetarlas sería muy complicado, señores. Que sé que escucháis nuestras conversaciones, leéis nuestros mensajes y los *e-mails*. Nosotras ya nos hemos hecho a ellas, os hacemos un favor, os lo aseguro.

—¿Y tu marido?

—Haciendo unos largos en la piscina. Me he tenido que desnudar de nuevo y atacarle en el sofá para que no sospeche de que no lleguéis hoy aquí.

—Uy, sí, te noto muy apenada por haber tenido que hacerlo. Menudo suplicio. —Me río.

—Pues no, mira, hemos podido follar sin que los monstruos nos pillen entre medias o me pregunten que qué hago encima de su padre. —Se queda en silencio unos segundos—. ¿Qué tal Sasha y Rud?

—Felices.

—No sabes cómo me alegro.

—¿Por qué sigues haciéndolo?

—¿El qué?

—Tratar de que todos seamos felices.

—Ya sabes mis ganas de salvar el mundo, Sonia.

Las dos nos quedamos en silencio unos segundos y yo me siento en la arena, alejada del resto, pero sin perderles de vista. Creo que las dos estamos pensando en lo mismo.

—¿Qué hubiese sido de nosotras si no nos hubiésemos conocido?

—Que no hubieses tenido tantos problemas.

Sé que Mariola se siente culpable de que acabase enganchada a las drogas y de los abusos de Jonathan.

—Que no tendría la vida que tanto soñaba, Mariola.

—Hemos luchado y conseguido muchas cosas estos años.

Se oye un estruendo seguido de un par de tacos.

—¿Pero qué... —Esa es la voz de Alex.

—¿Ya la han liado?

—Creo que te tengo que dejar. Escucho llantos y me temo que son de dolor. —Escucho que

abre una puerta y suelta un gran suspiro—. Vale, hay sangre. Luego hablamos.

—No dejes de contarme, Mariola. Estaré despierta.

—Te quiero.

Cuelga casi sin dejarme contestarle. Me temo que es importante. Solemos decir que hasta que no vemos demasiada sangre o algún órgano fuera de su sitio, no debemos preocuparnos. Así que me parece que es algo más grave y que no se puede tapar con una tiritita.

—Toma. —Frank me ofrece una copa—. Agua con gas y lima.

—Gracias, cariño. —Le hago un hueco a mi lado.

—¿Todo bien?

—Sí, estaba hablando con Mariola y creo que las niñas la han liado bien. Iba a hablar con Andrea, pero han saltado las alarmas. —Sonrío.

—Mañana estaremos con ella, yo también la echo de menos. ¿Ya te ha dicho a qué Universidad quiere ir?

—Después del mensaje de ayer, no tengo ni idea de lo que quiere hacer. Solo espero que no se deje llevar por ese imbécil.

Sé que a Frank tampoco le gusta el chico con el que nuestra hija está saliendo. Ella me recuerda tanto a mí, que me da miedo que cometa los mismos errores y se deje llevar por un tío que no es más que un capullo. Pero es ella quien tiene que aprender de sus errores, es la única forma de la que podemos hacerlo. Yo puedo frenar la caída y estar cuando todo acabe, pero jamás me interpondré en sus decisiones.

—Creo que Jason tiene mucho que ver en este mensaje de Andrea. —Frank lo está leyendo de nuevo—. «*Mamá, papá, tenemos que hablar de la uni. Creo que no he elegido bien. En unos días lo hablamos y espero que os guste la decisión que he tomado*». No, sigo sin entender una mierda. ¿Crees que lo estamos haciendo bien con ellos?

—Frank, Andrea llegó a ti ya con sus taras y has sido el mejor padre que ha podido tener. Si es que esa pequeña te adora.

—Ya no es tan pequeña. Pronto se irá de casa. —Frank agacha la cabeza y sonrío—. Aún recuerdo cuando se dormía en el sofá pegada a mi pecho.

—April lo sigue haciendo. Tiene devoción por ti.

—Sí, pero Andrea pronto lo hará en brazos de algún imbécil al que querré arrancarle las pelotas como le haga daño.

Llevo muy mal que Andrea se vaya de casa. Todo el tema de chicos, adolescencia, estar fuera de mi control... me mata. Y todo esto es culpa de Alex, que se ríe de mí cuando le cuento mis preocupaciones. Pero lo que no sabe es que él tiene tres hijas que pasarán por lo mismo y será mi momento de venganza.

Efectivamente.

—Somos buenos padres, que la cagan, pero buenos padres. En esta familia sabemos cómo actuar y siempre tenemos una gran red de seguridad. —Sonia siempre tiene las palabras perfectas para cada momento.

Efectivamente.

—¿Sabes que nunca me imaginé que acabaría así?

Efectivamente.

—¿Así cómo?

Efectivamente.

—Con una mujer preciosa, dos hijas maravillosas y viviendo en el mismo edificio que mi familia. Siempre he sido muy independiente, tanto de mis padres como de mis amigos.

Efectivamente.

—Excepto con Alex.

Efectivamente.

—Alex y yo somos hermanos, eso lo cambia todo. —Sonrío—. Pero al conocerte, al conoceros, comencé a sentir que me faltaba algo, que mi vida no estaba completa y que vosotros, una pandilla de locos, habíais llegado para hacer que necesitase más.

Efectivamente.

—Como dice Alex, más a veces es peligroso.

Efectivamente.

—Por ti asumo todos los riesgos. —Sujeto su mano y la beso.

Efectivamente.

—Lo hiciste sin conocerme, me tendiste tu mano y pusiste todo lo que tenías para mi recuperación. Aún no lo entiendo.

Efectivamente.

—Porque lo necesitabas. La vida no te había tratado como te mereces y parece que yo estaba en el momento justo y en el lugar adecuado. —Respiro hondo—. Creo que ya te quería sin saberlo y necesitaba que estuvieses bien para empezar una vida contigo. Suena a locura, lo sé, pero ya me conoces.

Efectivamente.

—A estas alturas ya no hay secretos, Frank. Nos conocemos en lo bueno y en lo malo.

Efectivamente.

—Somos afortunados.

Efectivamente.

Escuchamos a Rud contando una historia que hace reír a todos mientras le escuchan atentamente. Le doy la mano a Sonia al levantarme para ir a ver a los niños, antes de unirnos de nuevo al resto.

Efectivamente.

Están dormidos unos encima de otros, con las manos entrelazadas y con mantas por encima. Corremos las cortinas que dan a la playa y dejamos un hueco en la del pasillo para poder echar un ojo más tarde sin molestarles.

Efectivamente.

—Ellos van a tener una gran red de seguridad toda la vida. Creo que aún no saben la suerte que tienen. —Sonia apoya su cabeza en mi hombro—. Joder, me alegro tanto que ellos sí sepan lo que es tener una familia.

Efectivamente.

—Yo también, cariño. —La beso y por un momento pienso en irnos a nuestra habitación y pasar un tiempo a solas, pero las risas de los chicos nos hacen salir de nuevo.

Efectivamente.

Puede que suene a que me repito como el ajo, creo que se dice así en castellano. Aún estoy aprendiendo de Sonia y Mariola. Que las dos han enseñado a todos los niños a hablarlo y a veces nos dejan con la boca abierta sin saber qué responder. Y no pienso darles más ventaja a los niños para sacarnos los colores en cualquier lugar, que en eso ya son expertos en inglés.

Efectivamente.

Sé que esto parece una reunión perfecta, con vidas perfectas y en la que los problemas no tienen cabida, pero la vida no es perfecta. Los problemas de Sonia con las adicciones terminaron hace muchos años, pero hace dos comenzamos con otra clase de problemas. El padre de Andrea,

el que jamás quiso saber de ella, volvió a nuestra vida una noche en un partido en el Madison. Ninguno nos esperábamos que aquello fuese a suceder, pero se acercó a Sonia y al ver a la niña, vio el gran parecido.

Efectivamente.

Andrea siempre ha sabido quién era el donante de esperma, así decidió llamarlo ella misma, no fue cosa nuestra. Así que cuando el donante —se conocerá así el resto de nuestras vidas— se acercó a nosotros para reclamarnos, fue Andrea la que le paró los pies. Aún sigo asombrado por sus palabras.

—Mire, señor donante, puede que aquella noche alguno de sus espermatozoides, el único listo de la pandilla llegase a fecundar un óvulo, pero de ahí, a que tú seas mi padre, ni de coña. —Andrea me sujeta de la mano con fuerza—. Este es mi padre y me da igual que su sangre y la mía no sean del mismo tipo. Porque él me ha demostrado desde siempre que no soy un estorbo, que no soy algo de lo que te puedes deshacer y jamás ha tratado a mi madre como una mierda. —Toma aire, sonrío y veo en su cara un gesto de victoria—. Es una pena que te hayas perdido a una hija como yo, pero yo doy gracias de que tú no hayas estado jamás en mi vida. Porque no te mereces que sienta lástima por ti.

Efectivamente.

—Pero...

Efectivamente.

A cada palabra que el donante trata de decir, Andrea le corta tajante.

Efectivamente.

—No tienes ni puta idea de lo que mi madre sufrió por ti. Eso no te lo perdonaré jamás. Pero ¿sabes una cosa? He sido muy afortunada de que no hayas formado parte ni un segundo de mi vida. Tengo una madre que ha luchado por sacarme adelante, tengo una hermana preciosa y a la que adoro, y un padre que me quiere a pesar de mis errores.

Efectivamente.

Me mira, me sujeta con fuerza de la mano y da un paso a mi lado.

Efectivamente.

—Él lleva a mi lado nueve años y no se ha movido ni por mis quejas ni por mis problemas. Jamás sabrás lo que es el amor incondicional porque no te lo mereces.

Efectivamente.

—Solo eres una cría.

Efectivamente.

—Una cría a la que quieres utilizar para... ¿qué? Yo no te voy a dar ni una foto ni un reencuentro lacrimógeno en ningún programa de televisión.

Efectivamente.

Andrea se da la vuelta y camina hacia Jason que está al lado de sus padres. Este sonrío y pasa su brazo por el hombro de Andrea cuando llega a su lado.

Efectivamente.

—Ole tus ovarios, sobrina. —Mariola levanta una mano en el aire y nuestra hija se la choca—. Dios, qué gusto debes sentir ahora mismo en todo tu cuerpo.

Efectivamente.

—Gracias por enseñarme a luchar y a sentir que puedo con todo. —Andrea mira a Mariola y a su madre que están a su lado.

Efectivamente.

—Cariño, tienes más ovarios que las dos juntas. Siento que hayas tenido que pasar por algo así. No pensé que nos lo encontraríamos —Sonia juguetea con sus dedos nerviosa.

Efectivamente.

—Mamá, no me pidas perdón. Llevaba varios años queriendo cruzarme con él y que supiese que jamás le necesitamos y que nunca formaría parte de nuestra familia. —Andrea sonríe abiertamente y toma una gran bocanada de aire—. ¡Joder! Qué bien sienta poder decir lo que piensas a un capullo arrogante folla ovejas.

Efectivamente.

Todos miramos a Andrea y acto seguido a Mariola. Ella tiene los ojos cerrados, los labios fruncidos y niega levemente con la cabeza.

Efectivamente.

—¿Folla ovejas? —Lo repito mirándola.

Efectivamente.

—¿Por qué siempre soy yo la culpable?

Efectivamente.

—Tu cara te delata, mamá. —Jason se está riendo sin control—. Es que tienes cada idea...

Efectivamente.

—Lo siento. Intento que no se me escapen delante de los chicos, pero si lo escuchan cuando estoy trabajando en el despacho, no me hago responsable. Es mi zona de seguridad y de libre expresión.

Efectivamente.

—Mariola, no te preocupes. —Le paso un brazo por el hombro y salimos caminando de Madison—. Te seguimos queriendo tal y como eres. Si no dijese todas esas cosas, perderías esa esencia tan tuya.

Efectivamente.

—Joder, yo lo intento.

Efectivamente.

—Deja de hacerlo. —Andrea se aferra a su mano—. Si no fueses así, no habrías conseguido que el tío se sacase el palo del culo.

Efectivamente.

Caminamos hasta Penn Station para coger el metro a casa.

La prensa comenzó un ataque feroz a favor de la hija perdida del ganador de bla bla bla... Pero tras el juicio, el veredicto le dio la razón a Sonia, demostrando que el donante no quiso saber jamás de ella y que la chantajeó para que abortase. Además, Andrea cuenta ahora mismo con un fondo de varios millones para sus estudios, su vida y todo lo que necesite. Es lo que tiene ser un imbécil y creer que por dar un par de entrevistas vas a limpiar tu nombre de la trama de partidos amañados de la NBA.

Efectivamente.

—¿Pensando en Andrea? —Sonia me saca de mis pensamientos.

Efectivamente.

—¿Cómo lo sabes?

Efectivamente.

—Se te dibujan arrugas en los ojos y un gesto que solo te sale con ella. —Me besa—. Creo que

la tendremos más cerca de lo que te imaginas y no tendrás que mandar a nadie del F.B.I a investigar.

Efectivamente.

—¿Quieres compartir conmigo algo? —La observo con detenimiento y veo cómo se le dibuja una gran sonrisa, como aquella noche en la fiesta de cumpleaños de Andrea, cuando nos conocimos.

Efectivamente.

—El resto de mi vida. —Arruga la nariz y me besa.

Efectivamente.

—No juegues conmigo, Sonia, que sabes que soy un tío que se enamora muy fuerte y que no estoy dispuesto a vivir solo esta vida a tu lado.

Efectivamente.

—Entonces modifico mi respuesta. El resto de mis vidas.

Efectivamente.

¿Cómo no voy a estar enamorado de la mujer que tengo a mi lado? Hubiese sido un idiota que se arrepentiría el resto de sus vidas, si no hubiese apostado por lo nuestro a pesar de los problemas.

06.
SIEMPRE ELLOS

Mariola se levanta en silencio antes de que el sol salga y deja a Alex durmiendo semidesnudo en la cama. Sé que está pensando que sería un buen momento para un buen polvo antes de que la casa se convierta en una locura. Se pasa los dedos por los labios saboreando la piel de Alex. Piensa un par de segundos lo de posponer hacer maletas y tratar de que sus hijas no se despierten en un par de horas, pero decide con la cabeza. Se acerca a él y le recorre con sus ojos, antes de besarle en la frente.

—Feliz cumpleaños, trajeado.

Exacto, el señor trajeado cumple hoy cuarenta años y, joder, menudos cuarenta. Si sigue envejeciendo a este ritmo, le va a quitar a Brad Pitt el puesto de maduro más sexy del planeta. Alex se remueve en la cama y continúa durmiendo ajeno a todo lo que está a punto de suceder hoy.

Mariola sale de puntillas, recoge una camiseta y cierra la puerta con mucho cuidado. Necesita mínimo dos horas para recoger todo lo que hay en el salón, cosa que le pidió a sus hijas que hiciesen, terminar de preparar las maletas que anoche dejó a medias y ponerse un buen café para despertar por completo. La noche ha sido algo movidita y ojalá —para ella— hubiese sido por sexo del bueno y gustoso, pero nada por el estilo. La anulación del vuelo por inclemencias del tiempo... se quedó algo corto. Cuando sale al salón ve restos de ramas de las palmeras dentro de la terraza. Sale descalza y baja las escaleras que dan a la playa y se queda observando el horizonte.

—Es increíble que tras esta tormenta eso se vea desde aquí.

En el horizonte se están dibujando naranjas, azules y hasta rojos que tiñen el cielo mientras el sol comienza su ascenso. Mariola se olvida de todo, camina hasta la orilla, mete sus pies dentro del agua y respira hondo. Sonríe y yo sé porqué lo está haciendo. Después de cada una de sus tormentas, de las de su familia, siempre ha salido el sol, por muy negro que todo estuviese. Se pasa sin saber muy bien por qué la mano por la cicatriz de su costado. No se suele permitir pensar en aquel día, en aquellos minutos en los que sintió que todo se le escapaba de las manos, pero siempre acaba sonriendo.

Así es ella.

La chica más fuerte.

La chica luchadora.

La chica de los grandes sueños.

La chica afortunada.

La chica que es capaz de parar el mundo para disfrutar de un amanecer, aunque luego tenga que pelearse con las agujas del reloj mientras le pegan en el culo.

Se levanta de la arena veinte minutos después y al entrar en el salón ve que Jason está saliendo de debajo de un fuerte hecho de cojines y mantas.

—Buenos... ¿días?

—Joder. —Jason se asusta pero es capaz de susurrar—. Deja de ser tan sigilosa.

—¿Qué haces ahí debajo?

—Las mellizas se han despertado por la tormenta y han venido a mi cuarto, pero en mi cama también tenían miedo. Querían ir a vuestra habitación, pero las convencí de que podíamos montar un fuerte aquí. —Jason levanta una de las mantas y los dos miran dentro—. Les puse un vaso de leche y después de contarles medio cuento, comenzaron a babearme la camiseta.

—¿Tú has dormido algo? —Mariola coge a Jason por las mejillas y suspira.

—Me gusta dormir con ellas. En unos meses no lo haré tan a menudo y las echaré de menos, aunque sus babas sean radioactivas. —Jason tira de su camiseta y pone los ojos en blanco—. ¿Empezamos a recoger?

—Tú desayuna y descansa.

—Ya lo haré cuando volvamos a casa.

Jason besa a Mariola y se quedan unos segundos observándose. Yo en ella veo a la chica que conoció a un pequeño niño a la puerta del colegio de su sobrina, a la que no le dio miedo enfrentarse a un padre estirado para que aquel niño, que la miraba con los ojos muy abiertos, pudiese disfrutar de verdad de un cumpleaños. Qué bonitos son, joder.

—Yo recojo todo lo que queda por aquí y tú haces un par de cafés. No creo que papá tarde mucho en levantarse.

Se quedan los dos quietos, han escuchado una puerta y unos pasos que provienen del pasillo. Ambos miran deseando que no sea Alex, que siga durmiendo un poco más o no tendrán excusa para estar despiertos tan temprano.

—¿Se supone que esperabais a otra persona?

Andrea, que se frota los ojos, niega con la cabeza ya que Jason y Mariola la están mirando casi sin respirar.

—El tío sigue durmiendo, la puerta está cerrada. Mi madre me acaba de escribir diciéndome que el parte de hoy es perfecto. Que en una hora tenemos el avión, dos horas de vuelo y una de barco. —Andrea niega con la cabeza suspirando—. ¿De verdad el tío Brian pensó bien el plan?

—Él se ha encargado de aquello para el fin de semana y nosotros tenemos que preparar todo aquí para cuando volvamos el lunes.

No hace falta que Mariola diga nada más. Jason se encarga de preparar los cafés mientras Andrea comienza a recoger juguetes del suelo y los mete en unas cajas de madera que apila en una esquina. Me temo que el tema de TOCs en esta familia es contagioso.

Antes de que Jason tenga los tres cafés listos y haya sacado de la nevera lo necesario para las tostadas del desayuno, Mariola y Andrea ya han terminado de recoger y preparar las maletas.

—¿Ahí va todo? —Jason mira extrañado.

—La grande es de tus hermanas y vuestra, la pequeña de Alex y mía. Si os falta ropa, declaro un cumpleaños nudista y se acabaron los problemas.

—A los enanos les encantará, pero no veo a papá en pelotas todo el día.

—Yo lo visualizo perfectamente. —Mariola se sienta en una silla y sonríe.

—Andrea, tendremos que llamar antes de ir a casa. Me veo que los viernes se convierten ahora en nudistas y acabaremos cenando en nuestro pequeño, pero acogedor piso. —Jason respira hondo al terminar la frase. Él sabe que no se va a tener que despedir por ahora de su prima.

No, no hay un amor más allá de la de ser los mejores amigos, hermanos y primos. Estos dos no serán de esos que se enrollen una noche y pierdan la relación tan especial que tienen. Los dos se necesitaron mucho cuando eran pequeños y sin darse cuenta crecieron, pasaron por épocas complicadas y se han apoyado tanto, que ninguno de los dos quiere perder lo que tienen.

A veces los adultos nos complicamos mucho más la vida en la balanza del sexo y del amor. Deberíamos aprender tanto de estos dos...

—Mamá, ¿quedan galletas de las que hizo la tía María?

Ninguno se ha dado cuenta de que las mellizas se han despertado y están a su lado. Cuando ellas duermen, el resto de la familia tiene la oportunidad de desayunar en silencio y leyendo las noticias.

—Os las comisteis ayer. Hoy toca desayunar tostadas con tomate o aguacate.

Mariola prepara dos platos y calienta dos tazas con leche mientras en su cabeza comienza a maquinarse el plan del día. Ninguno va a decir nada sobre el cumpleaños, sabe que Alex no va a caer en la trampa, pero con el desastre natural que hay en la playa, Alex se va a creer la excusa que Mariola se va a sacar de la manga. Aún no sé cómo no conoce a su mujer, de verdad.

—¿Entonces no podemos felicitar a papá?

Que Sue y Sam guarden un secreto es algo demasiado complicado. Les han enseñado bien lo de que no hay que mentir, que no hay que ocultar las cosas, así que cuando Erin y Jason se lo intentaron explicar, las dos preferían no ver a Alex.

—No, chicas. No. —Erin aparece de puntillas en la cocina y mandando callar a sus hermanas —. Se os oye desde mi habitación. Papá aún no es tan viejo como para estar sordo.

—Matas a tu padre como te oiga. —Mariola niega con la cabeza mientras prepara más desayunos y le da mordiscos a la tostada que una de las mellizas le quita del plato.

Alex se despierta con el olor a café, estira su mano y solo toca colchón, no encuentra a Mariola a su lado y mira el reloj del móvil. No son ni las ocho de la mañana y se oye el barullo que tanto le gusta en la cocina. Se pasa la mano por la cara y comienza a hacer esa lista mental que todos los años el día de su cumpleaños realiza. Piensa en lo bueno que ha sucedido en esos doce meses, en todo por lo que tiene que dar gracias y sonríe por tener a Mariola en su vida, a tres niñas que le vuelven loco y a un hijo como Jason.

—Enhorabuena, Alex. Un año más viejo y mucho más feliz que el anterior.

Aunque no lo quiera reconocer, Alex suele pensar si la felicidad tiene algún límite, si llegará el día en que diga: «*Soy lo más feliz que jamás seré en mi vida*». Creo que nadie sabrá nunca la respuesta a esas preguntas que suele hacerse. Yo creo que todos, en algún momento de nuestra vida, pensamos que las cosas van demasiado bien. Esta familia lo de pensar dos veces las cosas no es que sea algo que hagan a menudo.

Alex busca una camiseta que se va poniendo mientras camina por el pasillo. Ojalá se hubiese dejado los pantalones también en la silla. *Ejem*. Da pequeños pasos, retrasando su llegada a la cocina y escucha la conversación que sus hijas mantienen.

—Ya, pero si tú dices que no hay que mentir, mamá... —Sam pone a su madre contra las cuerdas. Es experta en ello.

—Si tú te comes con papá, pongamos tres galletas de coco, cuando yo te he dicho que solo os dejaba comer una cada una y al día siguiente pregunto dónde están, y me decís que no sabéis qué ha podido pasar con ellas, es mentir u ocultar datos.

—Mira mamá. —Sam trepa por la silla y se sienta en la encimera, justo al lado de Mariola que sigue cortando pan y untándolo con tomate—. El problema es que dijiste una cada una. La mía era súper pequeña y la de Sue enorme, entonces me vi en la obligación de coger otra para que comiésemos lo mismo.

Mariola trata de mantener la boca cerrada y a raya sus ganas de empezar a reírse, pero afirma con la cabeza como si realmente se estuviese creyendo la historia.

—Entonces, como somos mellizas y sentimos todo, si yo no me satis... Satisfá... —Sam afirma con la cabeza—. Satisfacía...

—¿Satisfacía? ¿De dónde sacan estas niñas esas palabras? —Jason mira extrañado a Andrea.

—A mí no me mires. Una galleta de coco no me satisface. Necesito más.

Vale, yo acabo de pensar muy mal y creo que los adultos de la cocina también. Miran de reojo a Andrea y ella, cómicamente, pone los ojos en blanco y hace una o con la boca.

—No estoy hablando de...

Andrea, que te estás metiendo en un jardín que no vas a saber encontrar la salida. Y mira que esta familia es de las comprensivas, pero a tu tío está a punto de darle un infarto como digas lo de aquella canción de «*A mí me gustan más grandes, que no me quepan en la boca*».

—El caso —Sam reclama de nuevo la atención de su madre—. Si yo no comía otra, a Sue le iba a doler la barriga y no queremos eso. Que es un poco quejica cuando está mala.

—Oyeeeeeeee. —Sue, que es la tranquila —pocas veces— y la que no tiene tanta imaginación, le hace burla a su hermana—. Papá me dio la grande porque soy su favorita.

Vale, será la más tranquila, pero en cuestiones de tocar los cojones es más sibilina, no se la ve venir y cuando menos te lo esperas, *zas*, corte de narices.

—Sam, Sue, no tenéis ni idea. —Erin agarra de las manos a sus hermanas y sonríe de forma que sé que va a decir algo que hará que las mellizas se queden mudas—. Os voy a explicar cómo va la vida, que ya es hora. Papá nos adora, a mí por ser su primera chica, a vosotras por ser especiales, pero la favorita de papá es y será siempre mamá.

Es fácil saber que a Mariola ahora se le está cayendo la baba y ha perdido las bragas al escuchar a su hija mayor decir esto. Cierra los ojos, sonríe y se balancea suavemente hasta su hija, dejándole un tazón de leche en la isla.

—¿Sabes que te quiero mucho?

—Y yo a ti, mami. Siempre.

—Llegará el día que me odies, que te hagas adolescente y no quieras saber de mí.

—Claro que no, mami. Siempre te querré. Odiar es muy feo. —Erin, a pesar de su corta edad, también es muy madura... cuando quiere.

—Pero las personas pasamos por diferentes etapas en la vida. La adolescencia es muy jodi... Muy dura. Nos cambia el cuerpo, tenemos que empezara elegir cosas, a decidir por nuestra cuenta y a veces tus decisiones y las nuestras, no van a ser las mismas. —Mariola besa a su hija que la mira con devoción.

—Jason, ¿tú has odiado a mamá?

Jason, que está tranquilamente leyendo el periódico, levanta la vista y le manda un rayo fulminador a su hermana. Si pudiese leerle la mente, sabría que ahora mismo ha bajado en puestos de hermana favorita.

—Nunca he odiado a mamá o a papá. Es verdad que hubo un tiempo en que no me gustaba cómo actuaban. Cuando decidieron que lo más inteligente era dejar de estar juntos y fo... —Jason también tiene que controlar su lengua. La sangre no es la que siempre te manda el ADN—. Cuando ambos decidieron que darse un tiempo era lo más inteligente. Algunas personas intentaron meterme en la cabeza ideas que a mí me parecían raras, pero quién era yo para decir que no era verdad. —Jason mira a Mariola y esta le devuelve un gesto de: «*No te preocupes, eras un niño*»—. Es verdad que hay veces que lo que tú quieras no será lo que más te convenga y empezarás a discutir. Querrás salir de fiesta con tus amigas y llegar más tarde, pero mamá y papá siempre van a hacer lo mejor para ti. —Jason se sitúa al lado de Erin—. Van a darte la libertad de

que escojas, decidas y, si has de caerte, ellos tratarán de que el golpe no duela. No van a evitar que te raspes las rodillas, pero sí pondrán todo lo que esté en su mano para que curen rápido.

—¿Entonces sí voy a odiarles alguna vez?

—No. No te preocupes por eso porque tú, pequeña, lo de odiar no lo llevas bien. —Jason besa a su hermana y esta sonrío.

—A ti te odie por no llevarme a Coney Island hace dos meses.

—Me odiaste durante... ¿dos minutos? Cuando te enseñé lo que te había traído y te expliqué porqué no podías venir, se te olvidó. Cuando odias, no lo olvidas tan rápido y eso es una mierda.

—Jason resopla como si tuviese algo dentro que le martiriza. Yo sé lo que es: odia al tío que intentó hacer daño a sus padres.

—Así que mamá y papá nos ayudan y a veces no nos gusta. —Sam sorbe cereales que ha sacado de una caja de contrabando con su hermana—. Vale, es como cuando nosotras hacemos cosas que nos dicen que no debemos, pero las hacemos igual.

—Es que vosotras sois dos bicharracas que han llegado a este mundo a volvernos locos a mamá y a mí. —Alex, que ha escuchado todo, coge a las niñas por la cintura y las eleva en el aire.

—Pero somos *bicacharras* adorables.

Las dos ponen sus manos unidas debajo de sus barbillas y aletean sus pestañas. Andrea y Jason se ríen, Mariola niega con la cabeza y Erin las observa.

—¿Yo era así de pequeña?

—Son igual que tú.

Alex se acerca a Erin y la besa, haciendo ruidos como si se la estuviese comiendo. A la niña le encanta y a Mariola se le cae la baba al ver a su familia. Por su cabeza se pasa la idea de no haber cruzado su mirada con Alex en aquella fiesta, si no hubiese aceptado la apuesta, si no fuese una puta kamikaze a veces, nada de esto sería posible. Es probable que se hubiese casado, o no; podría seguir viviendo en Nueva York o se habría establecido en Los Ángeles; tal vez sería feliz, es posible, pero siempre sabría que algo faltaba en su vida y eran esas niñas, Jason y ese hombre que la sigue mirando con admiración.

—Buenos días, cariño.

Alex se sitúa al lado de Mariola y roza sus dedos sobre la piel desnuda de la pierna de ella. Sube y baja las yemas en un recorrido que hace que Mariola se estremezca.

Ella cierra los ojos.

Él sonrío al verlo.

Mariola se da la vuelta y se muerde el labio. Le va a costar fingir que no recuerda el cumpleaños, pero no quiere destrozar todo por lo que han trabajado.

—¿Café? —No mira a Alex.

—Me va a hacer falta. —Alex se sitúa detrás de Mariola y le aparta el pelo del cuello. Se acerca, siente cómo su piel se estremece ante su cercanía—. ¿Vas a fingir que se te ha olvidado mi cumpleaños para no estropear la sorpresa?

Mariola se da la vuelta, rozando todo su cuerpo contra el de Alex, ya que le ha dejado muy poco espacio para moverse. Levanta una ceja, frunce los labios y niega con la cabeza.

—No sé de qué estás hablando, Alex.

—No sabes mentir, nena. —Se acerca a su boca. Roza sus labios con los de ella, para acabar susurrando con sus mejillas juntas—. Ayer escuché a las niñas, pero prometo fingir sorpresa.

—No sabes fingir, nene. —Mariola mueve su pelvis contra Alex y este suelta un pequeño gruñido.

—No contigo, pero sí con ellas.

—Son muy listas. Escucha.

Mientras Mariola y Alex susurran en su mundo, en la mesa hay una conversación que debería ser estudiada.

—Entonces dices que cuando algo te excita, ¿se te hacen más grandes los ojos? —Erin no comprende lo que Andrea le estaba contando a Jason como una confidencia. Estas crías son unas metomentodo, adorables, pero no dejan nada al azar y no hay conversaciones privadas.

—¿Tú te acuerdas del gato de *Shrek*? —Jason imita la escena de los ojos enormes.

—Pero esa es la mirada que Andrea nos enseñó y papá no nos deja poner.

—Bueno, yo no puedo con ellas. —Jason se levanta de su silla—. Podéis explicarles vosotros todo lo que preguntan.

Mariola y Alex continúan mirándose y hablando sin palabras. Ella levanta una ceja, él respondo con una negativa. Ella ladea un poco los labios antes de reírse y Alex pone los ojos en blanco.

—Voy a darme una ducha y así te dejo que termines de preparar todo sin que yo me entere. Ojalá tengas un momento para meterte dentro conmigo y aprovechar el agua. —Alex lo dice tan pegado a su oído, que soy capaz de escuchar cómo se eriza la piel de todo el cuerpo de Mariola.

—Chicas, vamos terminando el desayuno y hoy vais a aprender cómo se pone este lavavajillas. —Mariola tira de la mano de Alex—. Nosotros tenemos que comprobar que el agua de la ducha sale bien.

—No cuele. —Andrea comienza a recoger las cosas de la mesa—. Cuarenta minutos para la hora cero. —Trata de hablar en clave, pero nunca se le ha dado demasiado bien. Aunque Alex se hace muy bien el tonto.

Una hora después un barco les está esperando para llevarlos hasta la isla en la que se encuentra el aeropuerto. Hora y media después están en otro barco.

—En serio, Sam, vas a caerte al agua. —Mariola sujeta a la niña del chaleco salvavidas, que está metida entre dos barandillas.

—Es que hay delfines.

—Sam, cariño, donde vamos hay delfines y los tíos han organizado algo con ellos, así que trata de no morir en este viaje.

—¿No podemos felicitar a papá? Yo le veo un poco triste.

Alex y Jason están hablando en popa, una zona en la parte trasera que tiene una especie de hamacas.

—Papá, ya sabes que vamos a tu fiesta de cumpleaños. Te vi anoche en la cocina. ¿Por qué finges?

—Porque tus hermanas, tu madre y toda la familia han hecho tanto por estar aquí, que no quiero estropearles la sorpresa. En eso se basa a veces la vida, hijo. —Se pone las gafas de sol y mira al horizonte—. Aunque sepas que hay cosas que van a suceder, a veces, tienes que dejarte llevar y cerrar los ojos.

—Vale, eso creo que va más por mis miedos que por esta semana. ¿Mamá ha hablado contigo?

Alex y Jason continúan hablando de los miedos más que normales de uno y de la ilusión y el orgullo que siente el otro al ver cómo su hijo comienza su propia vida.

Mariola sigue luchando para que las mellizas no acaben en el agua mientras Andrea no suelta el teléfono. Os lo cuento, está mandando a la mierda a su ya exnovio capullo y cínico que tiene una

pinta de subnormal profundo que no es ni medio normal. A estas chicas los capullos les atraen bastante. Menos mal que con la edad eso a todas se nos pasa.

Mientras tanto en la isla privada en la que solo hay una mega mansión y una fiesta que espera por el cumpleaños, el resto de la familia comienza con un desayuno de la mano de Mike y una ronda de mimosas creación de Sonia y Justin. Yo no me tomaría más de dos. He visto cómo las han preparado y Sanidad no daría su visto bueno.

—Mensaje de Mariola. —Sonia aleja el móvil porque ha probado varias margaritas—. Está intentando que sus hijas no mueran en el mar, Alex no sabe nada y pide que tengamos todo listo en media hora.

Sonia comienza a reírse cuando ve la hora en su móvil.

—El mensaje me lo ha mandado hace media hora.

—Buenos días, familia que se había quedado tirada por las inclemencias del tiempo.

Alex, Jason, Andrea, Erin, Mariola y las mellizas están delante de la mesa grande que han preparado para el desayuno. Todos se miran y Sonia levanta la jarra de margaritas en el aire.

—¡Sorpresa! —Sonia grita y mueve la jarra, derramando un poco de bebida en el suelo.

—Feliz cumpleaños.

Todos se unen al extraño grito mientras miran a Sonia.

—Y yo pensaba que mandaba el mensaje a la persona correcta. —Mariola se ríe y agarra a Alex de la mano—. Feliz cuarenta cumpleaños, cariño. Espero que disfrutes mucho del día.

—Gracias por organizar todo.

—No todo es cosa mía, te lo aseguro. No me hago responsable nada más que del catering de estos días y de una cosa que llevo en la mochila. Todo lo demás es cosa de la familia.

—Me siguen dando escalofríos cuando lo dices con ese tono. No somos la mafia.

—Bueno, hay mucha gente en Manhattan que nos teme.

A Mariola le encanta no ser la típica empresa correcta y que hace todo como dicta la moda o exigen los famosos. CIA es la empresa referente en la Costa Este de Estados Unidos. Hace un año FORBES hizo un artículo sobre la empresa y los McArddle. Esto ha generado que algunos competidores lancen mierda en la prensa sensacionalista y están cada semana en alguna de esas revistas saliendo de alguna reunión o en una fiesta. Es el precio que deben pagar, según ellos, pero a Mariola le encanta dar caña a algunos de esos reporteros cuando se los encuentra.

Menos mal que tiene amigos en la prensa y que Dwayne y Rud siguen formando parte del equipo de seguridad de la empresa. Aunque Dwayne ahora está de luna de miel en África. Sí, no se ha sabido mucho de su vida privada, pero para él eso era muy importante. Aunque desde que forma parte de este selecto grupo de personas, eso no es posible. Todos los viernes él y su mujer Leilani, cenan en casa de Mariola y Alex. Como podéis observar, el nombre es hawaiano. La conoció cuando Alex y Mariola se casaron. Es, bueno, era la jefa de seguridad del complejo donde se alojaron todos, el Four Seasons. Parecía que el destino tenía preparado un final para cada uno de ellos y que no iba a permitir que se alejasen mucho.

Aunque el cumpleaños haya empezado un poco caótico, el resto de la mañana transcurre prácticamente perfecta. Los niños deciden empezar un partido de fútbol americano —sí, para muchas cosas son estereotipos americanos. ¿Qué se le va a hacer? Se les quiere igual—.

Alex pide que Frank le releve y se sienta en una de las hamacas debajo de la tela que le parapeta del sol. Mariola se acerca a él por detrás y le ofrece una cerveza muy fría que acepta con

una gran sonrisa.

—Creo que me he hecho viejo de repente. —Resopla y se quita el sudor.

—A mí no me lo parece. Pero nos toman el relevo. —Mariola señala a sus hijos y sobrinos, mientras se sienta entre las piernas de Alex.

—¿Crees que sus vidas van a ser tan complicadas como las nuestras? —Alex da un trago a la cerveza.

—Seguramente y serán tan estúpidos como nosotros a veces, pero se tienen entre ellos. —Mariola señala a todos los niños—. Ellos crecerán juntos y son muchos para enfrentarse a todo lo que la vida les tenga preparado.

Los dos se quedan un momento en silencio.

Es raro en ellos que no tengan nada que decir, pero me gusta ver cómo de lo que fueron en su día, de todos los problemas que les rondaban, ahora solo queda una pequeña sombra gris de todo lo que sucedió.

Jason se va de casa.

Andrea hará lo mismo.

A todos los que se han reunido para celebrar el cumpleaños y la vida, parece que esta semana les va a servir para crear esos recuerdos que siempre sacan en una cena o en una comida. Sí, me pongo pesada con que esta familia es especial, pero... ¡Joder! Han sobrevivido a un puto psicópata, a una bruja que trató de separarles, a un donante que se quiso deshacer de su hija; a un tiburón que intentó destrozarles, a la prensa, los miedos, los terrores nocturnos, las pérdidas y a las enfermedades. No, no creo que sea demasiado para una sola vida, es que estos son expertos en toparse con problemas, pero también en sobrevivir a ellos. Son unos supervivientes y punto.

—Si son la mitad de felices de lo que he sido yo desde que te conozco, tendrán una gran vida.

Mariola echa la cabeza para atrás y se apoya en la pierna de Alex. Le mira con esa sonrisa que se le dibuja cada vez que le ve, como la primera vez, como aquella en el bar en el que le tiró el café por encima o cuando le vio esperándole en el altar en Hawái.

—¿Cómo puedo seguir enamorada de ti hasta las trancas después de tantos años?

—Pues porque soy el tío más increíble con el que has tenido la suerte de encontrarte.

Alex frunce los labios y entrecierra los ojos de forma chulesca, cosa que hace que Mariola estalle en carcajadas.

—Eres el tío más encantador con el que me he encontrado, pero para increíble...

—Como digas Ryan me partes el corazón.

La relación de Alex y Ryan pasó por momentos muy complicados. Alex jamás creyó que pudiese ser amigo del tío que se acostó con su mujer, aunque técnicamente en aquel momento no fuesen nada y ella acabase de nuevo con él un día después de su primera cita. Tuvo problemas cuando perdieron el bebé y Ryan fue con quien Mariola se desahogaba, pero él tampoco estaba pasando por un buen momento. Hace unos años, en unas vacaciones en Londres, Alex tuvo un pequeño problema con un robo de identidad y Ryan solucionó todo en un abrir y cerrar de ojos.

—Parece el puto 007. —Alex niega con la cabeza mientras Ryan le entrega a Mariola una carpeta enorme.

—Porque no es inglés, pero el esmoquin le queda como un guante.

Ryan está vestido de gala para algo de lo que no puedo hablar o me tendrían que matar.

—Cuando vuelva a la ciudad me paso por CIA y echamos un vistazo a vuestro sistema de seguridad.

—Dwayne y Rud saben lo que hacen. —Alex da un paso al lado de su mujer, aunque no le gusta hacerlo, su subconsciente le traiciona.

—Lo sé, sé que son muy buenos en su trabajo, pero mandaré a un informático que trabaja con nosotros para que os instale algunas cosas para que no suceda nada raro. —Ryan sonrío mientras se ajusta la pajarita mirando a Alex a través del espejo—. Sé que sigo sin gustarte, Alex, pero tu mujer siempre será alguien muy importante en mi vida. Haré todo lo que esté en mi mano para que no le pase nada y sé que tú quieres lo mismo. No te pido que seamos colegas de barbacoas los domingos o tomemos copas en el Soho.

—Chicos... —Mariola sonrío tratando de que no comiencen otra pelea verbal, pero se sorprende ante la actitud de ambos.

—Podría estar bien empezar por desayunar mañana en Camden, si no tienes que salvar al país de un ataque nuclear o no has quedado con alguna mujer.

Por muy raro que parezca, al día siguiente ambos tomaron café en un puesto callejero en el mercado de Camden. Lo que allí se habló se guarda como un secreto de estado, un pacto entre caballeros que tal vez Ryan os cuente en algún momento, pero no en este.

Tras la comida llega la entrega de regalos. Hace un par de años se hizo una decisión de lo más acertada. Habría un solo regalo grande para el cumpleaños y el resto deberían ser de menos de cincuenta dólares. No os podéis imaginar la de regalos locos que han tenido estos años. Lo de los regalos de Monica y Chandler creados a mano para San Valentín, se queda en una anécdota. *Nota para el lector: jamás hagáis caso a Joey y su idea de regalo perfecto de San Valentín. Brian lo hizo y estuvo dos noches durmiendo en el sofá.*

Susan le entrega una fotografía. Alex reconoce a Jason con un año, a él mismo con la misma edad, pero la tercera fotografía es algo antigua.

—Es tu abuelo. La encontré hace unas semanas y supe que debíais tenerla en casa.

Alex se fija en los tres niños de un año de la foto y se sorprende del parecido entre él y su abuelo, pero más de su hijo con su abuelo. Susan sabe lo que significa para Alex esa imagen, por lo que se levanta para abrazarle y le susurra mientras están unidos.

—Estarían tan orgullosos de ti, cariño.

—Te quiero, mamá.

Jason sujeta la foto y se une al abrazo con su padre y abuela. No dicen nada, pero a Alex se seca una lágrima y respira hondo. Lo de desmoronarse delante de todos aún lo lleva un poquito mal.

Pero cuando llegan los regalos de las mellizas y Erin, no puede evitar que se le salten las lágrimas. Es un collage de fotos desde que nacieron, hasta hace exactamente dos horas. La última foto la han sacado mientras Alex dormía un poco de siesta antes del partido y las niñas se han acomodado en su pecho. Siempre llevan una cámara de las instantáneas encima que les ha dejado Andrea.

—Te queremos, papi. —Las tres se lanzan sobre él y Alex abre los brazos para acogerlas.

—Os quiero, pequeñas.

Mariola los mira dándoles su espacio, mientras Jason le sujeta con su brazo por los hombros.

—Son capaces de hacer que papá pierda el culo por ellas.

Mariola no dice nada. Está tan emocionada, que necesita alejarse un momento de la mesa y tomar distancia de lo que está sucediendo. Se pasa la mano por la cara limpiándose las lágrimas. Sí, todos han dicho lo afortunados que son, incluso Mariola, pero han sido unos meses complicados y antes de sus más que merecidas vacaciones en familia por Indonesia, este día era importante que saliese bien. Ya sabemos lo perfeccionista que es la chica y que debe tener todo calculado y medido y...

—Oye, ya está bien de ponerme a caldo. Que solo necesito respirar un poco. Mi regalo no se lo puedo entregar hasta esta noche y quiero que sea un momento especial.

—¿Un conjunto de ropa sexy?

—No, no es eso. He decidido comprar un edificio y hacer crecer CIA más aún.

—Joder, Mariola, estás que te sales.

—¿Estoy loca?

—El mundo es de los locos y los valientes. Y tú tienes mucho de ambas cosas.

—Gracias, creo. Sí.

Se da la vuelta y observa cómo el atardecer comienza a teñir el cielo y cómo su familia se ríe de algún chiste o de alguna ocurrencia de sus sobrinos. María da la noticia de su embarazo a quienes aún no lo sabían y todos se abrazan, levantan las copas y brindan por el nuevo miembro de la familia.

—Enhorabuena.

—Gracias. —Sonríe pasándose los dedos por los labios—. Que sigan ampliando la familia está bien. Nosotros ya no podemos. —Se le entristece la mirada.

—Creo que ser familia de cuatro niños es suficiente gen Santamaría en el planeta.

—Súmame a mis sobrinos y a la nueva reina que está en camino.

—Que se prepare el mundo, porque vais a ser los reyes y reinas del futuro.

Mariola se queda pensando en esta frase.

Suspira.

Se deshace de un par de lágrimas.

—Gracias, gracias por hacer esta historia realidad.

Mira al cielo y guiña un ojo. Sus supernovas comienzan a brillar, pero su mirada está fija en un punto muy concreto.

—¿Hablando sola? —Alex se acerca a ella y la besa.

—Con una amiga.

No dice nada más y siguen disfrutando de una noche en la que los recuerdos, las ganas de comerse el futuro y la vida, se entremezclan haciendo que el cuarenta cumpleaños del señor trajeado sea prácticamente perfecto.

Alex y Mariola caminan por el pasillo hasta la otra punta de la casa. Sonríen al darse cuenta de que les han dado la única habitación de esa parte para que tengan un momento de tranquilidad. Caminan dentro y Mariola alza la vista para observar el cielo estrellado sobre sus cabezas.

—Parece que el mejor regalo llega ahora. —Alex se acerca a su mujer y comienza a besarle el cuello.

—Yo también tengo algo para ti. En realidad son dos cosas. —Se da la vuelta y sujeta las manos de Alex que ya estaban bajando por sus brazos.

—¿Con ropa y sin ropa?

—No, Alex.

Mariola le empuja y le obliga a sentarse en la cama. Busca en su bolso y saca una carpeta con varios documentos. Alex la recoge y se tumba en la cama para ver de qué se trata.

—¿Recuerdas aquel edificio que estaba en venta que vimos hace unas semanas?

—No. —Alex rebusca en la carpeta y ve las fotos junto a unos documentos—. Mariola, ¿qué has hecho?

—Aún nada. He dejado una señal y una tarjeta, que abre muchas puertas, ya lo sabes. —Mariola se retuerce los dedos nerviosa—. Yo sé que estas cosas se te atragantan un poco, pero después de ver lo del local de Justin, me lancé. —Se sienta en la cama al lado de Alex y comienza a enseñarle lo que ha preparado—. Podemos reformar el edificio por plantas, en unas de ellas nos metemos con CIA y el resto lo alquilamos o montamos oficinas para nuevas promesas, centros de *coworking* subvencionados o...

Las ideas bullen en la cabeza de Mariola. Sabe lo que es no tener ayuda y quiere ser la persona que lance a nuevas promesas, a personas que no tienen medios para poder tener una oficina en pleno Manhattan a un precio más asequible que el resto. ¿Una utopía? Puede ser, pero también a ella le parecía un imposible su vida actual.

—Podemos alquilar oficinas montadas o despachos por horas, para que quien necesite citarse en un buen sitio, tenga la oportunidad.

Mariola escupe las palabras mientras Alex las va ordenando en su cabeza y sonríe.

—¿Tú sabes lo grande que eres, pequeña? Sí, por supuesto. ¿Cómo decirte que no si has pintado con colores las salas, las plantas y has puesto pegatinas de gente? —Alex pasa los dedos por algunas de las hojas.

—Las niñas me han ayudado un poco. Hasta han decidido que habrá una planta para que los niños de padres y madres puedan estar allí cuando sean pequeños. —Mariola levanta los hombros y se le hincha el pecho de orgullo.

—Tenemos unas hijas increíbles.

—Han heredado cosas buenas de los dos.

Ambos sonrían mientras Mariola continúa explicándole a Alex sus ideas, aunque él no necesita más datos. Si su mujer dice que saltar es una buena idea, él no mira abajo, se aferra a su mano y vuelan.

—Y, si te parece bien...

—Sí. —No le deja terminar la frase.

—Puedo mandarles un *e-mail* para que envíen a nuestros abogados y lo revisen para la firma.

—Sí. —Alex le sujeta de las mejillas—. Mariola, sí.

—¿No te parece una locura meternos en esta inversión que no sabemos si saldrá bien?

—Mariola. —Alex besa los labios de su mujer, atrapando esas dudas que se le escapan—. Volemos, nena, volemos.

—¿Cómo puedes fiarte de mis ideas locas? Si ni yo misma sé si las cosas irán bien. —Mariola comienza a temblar. Le parecía una mejor idea en su cabeza.

—Porque confío en ti y ver ese brillo en tus ojos ya es signo de que va a ser bueno. Quieres darles un hueco a esas personas que tienen sueños pero no medios; quieres que se les vea en Manhattan y no en sitios cutres por los que les cobran miles de dólares y no tienen nada seguro. —Alex se levanta para arrodillarse al lado de Mariola—. Quieres que tengan ayuda, visibilidad y sin querer sacar un beneficio por ello. ¿Cómo no quererte si siempre quieres ayudar a los demás?

—Gracias, Alex. Gracias.

Mariola se lanza contra él y acaban los dos en el suelo riéndose. Es probable que en unos minutos las mellizas aparezcan corriendo porque no se han despedido de ellas antes de dormirse y tienen la costumbre nocturna de besarse antes de irse a la cama; es muy posible que Erin también llame a la puerta porque cada cumpleaños de Alex ha dormido con él o que Jason, en un ataque de nostalgia siga a sus hermanas.

—Sabes que esta noche el segundo regalo va a ser complicado dártelo, ¿verdad? —Mariola señala el pasillo y ambos escuchan pasos.

Sam y Sue llaman a la puerta despacio. Mariola se levanta del suelo mientras Alex recoge de la cama la carpeta y las fotografías.

—Buenas noches, princesas.

—¿Podemos dormir con vosotros? Es el cumple de papá y no nos habéis dado un beso.

Alex mira la cama y comprueba que mide dos metros. Niega con la cabeza sabiendo que va a ceder en menos de dos segundos, pero es Mariola la que se le adelanta.

—Claro, venga, a la cama. —Mira al pasillo y ve que Erin camina hacia ella—. Princesa, aún hay hueco.

Erin entra corriendo en la habitación y salta a la cama para meterse dentro junto a sus hermanas.

—¿Crees que podremos dormir algo? —Alex pasa un brazo por los hombros de Mariola y esta se esconde en su cuello.

—No, pero será una bonita noche bajo las estrellas.

Los dos se meten en la cama mientras las niñas señalan el techo de cristal entre ovaciones.

—Vuestra habitación es la más chula. —Erin se pega al pecho de su madre.

—¿Desde aquí se ven nuestras estrellas? —Sue mira a su padre, que mira a Mariola y esta levanta los hombros—. Le preguntaré a mamá, que con esa cara ya sé que no lo sabes.

—Qué poco respeto me tienes, enana. —Alex le hace cosquillas a su hija y sus carcajadas contagian a sus hermanas.

—Es que mamá siempre sabe todo o al menos tiene respuestas para todo. —Erin entrelaza la mano con Mariola.

—Eso no te lo niego, pequeña. —Alex acaricia la cabeza de Erin sonriendo.

—¿Puedes poner la canción que me gusta muy bajita para ver las estrellas a oscuras? —Erin mira a su madre y esta busca su teléfono.

Erin se refiere a la canción *Shine* de Birdy. Es una canción que su madre le ponía hace muchos años porque la letra le recordaba a aquella pequeña que luchó por ambas en los malos momentos. La que estando dentro de ella le demostró que iba a ser la que siempre iba a pelear.

Comienza a sonar en el altavoz del teléfono y Alex apaga la luz. La luna brilla, iluminando la habitación mientras las niñas se acomodan y Alex pasa su brazo por encima de la almohada para sujetar la libre de Mariola.

—¿Hay sitio para uno más?

Jason está en la puerta observando la escena.

—Siempre.

Erin golpea el colchón a su lado y Jason se tumba en el hueco que queda libre entre ella y el final de la cama.

—Este es el mejor regalo de cumpleaños. —Alex respira hondo controlando sus sentimientos, que están a punto de rebosarle.

«Brilla. Si tu corazón te lo dice, entonces, ¿quién eres tú para cuestionarlo? Brilla. Si el mundo te defrauda, no tengas miedo de luchar contra él. (...) Si tu corazón te lo dice, entonces, ¿quién eres tú para cuestionarlo?».

Todos observan las estrellas que parpadean sobre ellos.

Sue ve una estrella fugaz y cierra los ojos con fuerza pidiendo un deseo.

Sam, que se da cuenta, hace lo mismo uniéndose a su deseo. Son mellizas y comparten todo.

Erin juguetea con sus dedos sobre la camiseta de Mariola.

Jason se tumba con la mano detrás de la cabeza y acaricia el pelo de su madre. Es algo que hacía de pequeño y le calmaba, parece que aún lo hace.

Mariola observa a Alex que aprieta su mano con fuerza.

Sus miradas se unen.

Observan lo que tienen en la cama.

Sonríen y en los labios de Alex, Mariola puede leer un: «*Lo hemos hecho bien*».

Ella afirma con la cabeza manteniendo a raya sus lágrimas de alegría.

—Sois el mejor regalo de mi vida.

Hasta siempre, chicos.

Es hora de cerrar esa puerta, de correr las cortinas y de permitir que esta bonita familia disfrute de la lluvia de estrellas que están a punto de presenciar.

Las despedidas son complicadas y creo que esta es una de las difíciles de verdad porque ha sido mucho tiempo el que hemos vivido vuestras vidas.

Pero es hora de que voléis alto.

Que seáis muy felices y no os olvidéis de mandar un mensaje de vez en cuando para ponerme al día.

Os deseo que la vida os devuelva todo lo bueno que habéis ofrecido.

Os quiero.

AGRADECIMIENTOS

Ahora os preguntaréis que qué clase de narrador tiene tanta confianza con unos personajes.

Aquí está la respuesta.

Una que los vio nacer, crecer, perder y ganar, que los ha escuchado durante muchos años; la que empezó a soñar con escribir y publicar de verdad con ellos, la que no puede estar más agradecida por todo lo que ha conllevado darles vida.

Yo soy la chica más afortunada, porque con ellos he conseguido llegar a tu lector, a tus manos, a tu vida, a tus sueños y, tal vez, te empuje a perseguir los tuyos y a luchar cuando las cosas se tuerzan.

Yo también soy la chica de los grandes sueños y tú, chica afortunada, dales voz a los tuyos y hazlos realidad. Mariola nos ha enseñado que las cosas, por muy jodidas que parezcan, pueden llevarnos a correr aventuras que jamás olvidaremos. Nadie dijo que esto fuese fácil y estoy segura de que seguiremos encontrando piedras en el camino, pero es nuestra obligación vivir.

Se cuál es vuestra pregunta: «*¿Y si nos caemos al saltar?*».

Yo tengo la respuesta: «*Pero... ¿y si volamos?*».

VIVE,
JODER,
VIVE.

Si quieres saber más sobre mí o quieres ponerte en contacto conmigo, puedes hacerlo a través de mi blog www.martalobo.es y en mis redes sociales:



Enamórate



Erótica



Chick-Lit



Chick-Lit



Romántica contemporánea



Romántica contemporánea



Romántica contemporánea



Si te ha gustado esta novela o cualquiera de mis otras historias, ayúdame a seguir creciendo y a que me conozcan. Puedes dejar comentarios en Amazon, Goodreads y/o Babelio, o en cualquier otra plataforma que conozcas.

Los autores vivimos de vuestros comentarios.

LEE, COMENTA, COMPARTE.

-
- [1] Nueva York, donde los sueños se hacen realidad.
- [2] NoLiIta (North of Little Italy), barrio de Manhattan.
- [3] Silueta o visión total o parcial de las estructuras y edificios más altos (sobre todo rascacielos) de una ciudad.
- [4] Bebida a base de ginebra, agua con gas, azúcar limón y hielo.
- [5] Barrio situado en Lower Manhattan.
- [6] Maravillosa ciudad.
- [7] Botella de ron de la destilería Angostura, con un precio de \$25.000. Es el ron más caro del mundo y uno de los más exclusivos.
- [8] Lucha y defensa personal usado por las Fuerzas de Seguridad y Defensa de Israel.
- [9] Programa de televisión norteamericano que se desarrolla como una competición de música que busca nuevos talentos.
- [10] Ty Warner Penthouse Suite, del hotel Four Seasons de Nueva York.
- [11] Hazlo a lo grande, o vete a casa, nena.
- [12] La mayor liga de fútbol americano de los [Estados Unidos](#).
- [13] TMZ web estadounidense dedicado a las noticias sobre [celebridades](#).
- [14] Denominación de origen.
- [15] Fotógrafo de la famosa fotografía V-J Day, en la que un marinero besa a una enfermera en Times Square durante la Segunda Guerra Mundial.
- [16] El haggis es el plato típico escocés. Consiste en un embuchado que se sirve tradicionalmente con puré de colinabo y patatas.
- [17] Torneo internacional y anual de rugby entre las selecciones nacionales de Escocia, Francia, Gales, Inglaterra, Irlanda e Italia.
- [18] Es la quinta temporada de la [serie de televisión](#) de [antología](#) y [horror](#).
- [19] Bebida alcohólica mexicana que se prepara [mezclando cerveza](#), [jugo de limón](#), sal y, a veces, una mezcla de salsas y picante.
- [20] La escala Scoville es una medida de picantes.
- [21] Película de terror de 1996.
- [22] Festival de música que se desarrolla durante tres días en California.
- [23] Agencia del Departamento de Justicia de EEUU dedicada a la lucha contra el contrabando y consumo de drogas.
- [24] Museo de Arte Moderno de Nueva York.
- [25] Expresión inglesa que significa 'fuera de combate' y se aplica en boxeo.
- [26] Personaje interpretado por Kevin Costner en "El guardaespaldas".
- [27] Supervillana que aparece en DC Comics.
- [28] Son los equivalentes italianos a picos de pan españoles, pero alargados.
- [29] *Arriverá* de Emma.
- [30] Salón internacional de la Moda Flamenca.
- [31] Película de los hermanos Marx conocida por varias de las escenas. Mariola se refiere en concreto a la escena del camarote.
- [32] Furgonetas de venta de comida en la calle.

- [33] Una de las variedades de chile con mayor intensidad de sabor picante.
- [34] Cita del escritor O.K. Bernhardt.
- [35] Aeropuerto internacional John F. Kennedy.
- [36] Cantante de Whitesnake.
- [37] Uno de los personajes principales de la serie Gossip Girl.
- [38] En una pinta (586ml) de cerveza se introduce un chupito de *whisky* y se bebe antes de que se desborde.
- [39] Botella de 1,5 litros.
- [40] Leyenda urbana.
- [41] Verduras estofadas en aceite.
- [42] Pan plano italiano.
- [43] Personaje ficticio de Instinto Básico interpretado por Sharon Stone.
- [44] Se refiere a la escultura con la palabra LOVE.
- [45] Cuando el bateador hace contacto con la pelota de una manera que le permita recorrer las bases y anotar una carrera en la misma jugada.
- [46] Collar de flores que se obsequia como símbolo de afecto en Hawái.
- [47] Para siempre en hawaiano.
- [48] Por toda la eternidad en hawaiano.
- [49] Baile tradicional hawaiano.
- [50] ¿Qué haría yo sin tu boca inteligente? Que me excita y me da patadas a la vez.
- [51] Las cartas están sobre la mesa, mostramos al mundo dos corazones que arriesgan todo, aunque sea difícil.
- [52] Protagonista de la serie *Entre fantasmas*.
- [53] Cantante de One Republic.
- [54] Programa de cámaras ocultas a famosos.
- [55] Jugador de baloncesto de los New York Knicks.
- [56] Hazlo a lo grande o vete a casa.
- [57] Para siempre en hawaiano.

Table of Contents

VIVE LA NOVELA

SOMOS INSTANTES

PRÓLOGO

1.COMO UN CÓCTEL CAMBIÓ MI VIDA

2.COMO AGENTES DE LA CIA

3.COMO EN UN VIDEOCLIP DE LOS 80

4.COMO CHUPAR UNA BARANDILLA

5.COMO UN CARAMELO EN LA PUERTA DEL COLEGIO

6.CÓMO LAS COINCIDENCIAS UNEN

7.COMO SE HACEN LAS PROMESAS

8.COMO SI FUERA UN REGALO DE NAVIDAD

9.COMO CUANDO MONTAS UN PUZZLE

10.COMO SI ES UNA MISIÓN SUICIDA

11.COMO SI LO VIERA VENIR

12.COMO SI REALMENTE TUVIERA MIEDO

13.COMO LA PEOR BASURA DEL VERTEDERO

14.COMO UNA DECLARACIÓN DE AMOR

15.COMO DOS TRENES DE MERCANCÍAS PELIGROSAS

16.COMO SI HUBIERA ESPERADO TODA LA VIDA

17.CÓMO FIRMAR UN CONTRATO

18.CÓMO CAZAR UN MILLONARIO

SOMOS CASUALIDADES

19.COMO SI FUERA UN GRAN SECRETO

20.COMO CAER EN UNA TRAMPA

21.COMO EN UNA PELÍCULA

22.CÓMO LLEGAMOS A ESA SITUACIÓN

23.COMO DOROTHY BUSCANDO EL CAMINO

24.COMO EN UNA VERDADERA CITA

25.CÓMO ENFRENTAR LA VERDAD

26.COMO DOS GALLOS DE PELEA

27.COMO UN PISO FRANCO

28.COMO CUANDO NOS CONOCIMOS

29.COMO DOS ADOLESCENTES

30.COMO LA PLASTILINA

31.COMO UN GRAN RESACÓN

32.COMO GIACOMO CASANOVA

33.COMO LAS JINETES DEL APOCALIPSIS

34.COMO UN BOMBÓN EN UNA PASTELERÍA

35.COMO SI UN GATO ME HUBIESE COMIDO LA LENGUA

36.COMO SI LLEVARAS ESCALERA REAL DE COLOR

37.COMO EN EL AJEDREZ

38.COMO SI EL CIELO ME CASTIGASE

SOMOS ETERNOS

1.COMO SI NO ESTUVIESE ALLÍ

- [2.COMO SI HUBIESE VISTO UN FANTASMA](#)
- [3.COMO EN UNA PELÍCULA ROMÁNTICA](#)
- [4.COMO EN NUESTRO PARAÍSO](#)
- [5.COMO SI DE UN FANTASMA SE TRATASE](#)
- [6.COMO SI QUISIERA QUE FUERAMOS SOLO UNO](#)
- [7.COMO HULK](#)
- [8.COMO UN JUGADOR DE RUGBY](#)
- [9.COMO EN BLANCO Y NEGRO](#)
- [10.COMO AQUEL CHICO SIN MIEDO](#)
- [11.COMO SI FUERA UNA BOMBA A PUNTO DE EXPLOTAR](#)
- [12.COMO UNOS GLADIADORES A PUNTO DE SALIR A PELEAR](#)
- [13.COMO SI FUERA LA CHICA DE GAFAS Y APARATO](#)
- [14.COMO UNA MALDITA PESADILLA](#)
- [15.COMO SI MIS PEORES PESADILLAS SE ESTUVIERAN HACIENDO REALIDAD](#)
- [16.COMO SI QUISIERA BORRAR AQUEL RASTRO DE MI CUERPO](#)
- [17.COMO SI FUERA LA MEDICINA QUE NECESITABA](#)
- [18.COMO SI FUERA DOS PERSONAS DIFERENTES](#)
- [19.COMO SI QUISIERA OBLIGARME A NO OLVIDARLE](#)
- [20.COMO FUEGOS ARTIFICIALES EL 4 DE JULIO](#)
- [21.COMO SI FUESE LA PRIMERA VEZ, COMO SI FUESE LA ÚLTIMA](#)
- [22.COMO SI NUNCA NOS HUBIERAMOS CONOCIDO](#)
- [23.COMO SI MIS CABLES NO HICIERAN CONTACTO](#)
- [24.COMO A CENICIENTA](#)
- [25.COMO ESAS PELÍCULAS EN BLANCO Y NEGRO](#)
- [26.COMO SI HUBIERAN HECHO UN PACTO DE SILENCIO.](#)
- [27.COMO ALGO QUE NINGUNO DE NOSOTROS PLANEAMOS](#)
- [28.COMO UNA FOTO INCOMPLETA](#)
- [29.COMO SI EL UNIVERSO ESTUVIERA CONSPIRANDO](#)
- [30.COMO EN UNA GRAN PELÍCULA AMERICANA](#)
- [31.COMO EL FINAL DE UN CUENTO DE HADAS](#)
- [32.CUENTO DE NAVIDAD](#)

[EPÍLOGO](#)

[SOMOS](#)

- [1.COMO SI FUESE AYER](#)
 - [2.COMO SI NUNCA](#)
 - [3.COMO SI SIEMPRE](#)
 - [4.COMO SI CADA DÍA](#)
 - [5.COMO SI A VECES](#)
- [SIEMPRE ELLOS](#)
- [AGRADECIMIENTOS](#)